
Una historia
muy *spicy*...
Juegos
PELIGROSOS
Trilogía completa
ISABELLA MARÍN

Juegos peligrosos
Trilogía completa

Parte 1: El aire que me quitas
Isabella Marín

© Isabella Marín, diciembre 2023

Diseño de la portada: Adyma Design
Foto: Adobe Stock

Primera edición: enero 2024

Corregido por Correctivia

"No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Índice

Parte 1: El aire que me quitas
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Epílogo
Parte 2: La hora más oscura
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
Parte 3: Una bala con tu nombre
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14

Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo parte 1
Epílogo parte 2

Prólogo
Capítulo 1

Capítulo 1

¿Te has enamorado alguna vez?
¿No es horrible?
Te hace tan vulnerable...
(Neil Gaiman)

Alexandra

¿Conoces ese instante que lo paraliza todo? ¿Tu mente, tu corazón, incluso las microscópicas partículas de oxígeno que flotan a tu alrededor? Entonces, no tienes la menor idea de lo que se siente al enamorarse.

Me resulta divertido hablarte de esto. Casi irónico.

Antes te habría dicho que los flechazos no existen. Los consideraba pura fantasía novelística. Un invento de los poetas. Inocentes mentiras que nos contamos a nosotros mismos para que parezca que nuestra vida tiene algo de sentido; que no estamos tan jodidamente vacíos por dentro como parecemos.

Eso fue antes de que él abriera la puerta, *antes* de que nuestras miradas colisionaran a través del aire como dos fuegos artificiales que se unen en una explosión tan magnífica que arrasa con todo a su alrededor.

Por aquel entonces yo aún era una mujer fría y racional.

No tengo ni idea de lo que soy ahora. El tiempo se ha congelado en un momento que siempre recordaré.

Él y yo. Cara a cara. Por primera vez.

Al abrirse la puerta, todo lo que creía saber desapareció, y el mundo, hasta entonces helado, empezó a arder.

Fue el principio de algo y el fin de todo lo demás.

*****

No hay forma humana de retirarle la mirada. Desprende una energía tan primitiva que una vaga sensación de peligro se enciende dentro de mí, aunque no es esa inexplicable inquietud lo que me dispara el pulso en las muñecas, sino la intensa descarga eléctrica que estalla por toda mi columna vertebral y convierte en chispas el aire a nuestro alrededor.

Me siento como si nos conociéramos de toda una vida.

—Vale. Que te follen a ti también, desgraciado. Escucha, tengo que dejarte. Ya está aquí mi cita de las cinco.

Su interlocutor sigue hablando, lo escucho reírse desde aquí, pero él se aparta el teléfono del oído como si estuviera en trance y se lo guarda en el bolsillo.

Debe de sentirlo. Es imposible que no note el rugido de toda esta energía eléctrica que nos envuelve.

Está tan atrapado como yo.

La atracción es inmediata, un agudo tirón en el estómago, y *pum*, mi sangre se dispara y empieza a bombear sin ningún control, tan tórrida y veloz en mis venas que, durante unos lentísimos diez segundos, el mundo entero queda relegado al frenético latido de mi corazón y al profundo azul de su mirada.

Nunca había visto un trozo de hielo que quemara tanto.

—La señorita Harper, imagino —dice mientras me taladra con expresión impenetrable.

La voz, ronca y llena de promesas oscuras, me hace pensar en sexo salvaje.

Intento rehuir la crudeza de la imagen de nuestros cuerpos entrelazados que se reproduce espontáneamente en mi desatada imaginación, me aclaro la voz por lo bajo y cuadro los hombros con aire profesional.

—Sí. Buenas tardes.

—Pase, por favor. La estaba esperando.

Estupendo. Ahora voy a tener que levantarme, caminar hacia él, y no sé si seré capaz de comportarme con naturalidad. No esperaba que saliera a recibirme, ni mucho menos que su presencia me hiciera sentir como me siento.

Es el hombre más atractivo que he visto en toda mi vida, no es que lo ponga en duda. Alto e imponente; imagino una pared de músculos perfectamente definidos por debajo de su sofisticado traje tres piezas de color azul marino.

Pero que vibre por dentro, me tiemblen las manos y mi corazón lata tan deprisa que me empiezo a marear parece consecuencia de algo mucho más intrínseco, nada que ver con su cara cincelada o su atlética silueta.

Hay algo más en él. Todavía no soy capaz de definirlo, y me preocupa lo mucho que estoy dispuesta a ahondar con tal de conseguirlo.

Sé que debería moverme, hacer lo que se espera de mí. Y nada desearía más que poder reaccionar.

Pero estoy paralizada en el sofá, pupilas dilatadas, boca seca, ideas dispersas, todas tremendas.

Mi pecho sube y baja cada vez más deprisa. Oigo mi propia respiración quebrantarse.

Mis incontrolables reacciones deben de resultarle entretenidas. Capto la sombra de una leve sonrisa en las comisuras de sus labios.

Genial. Ahora sabrá que no me ha dejado indiferente.

Lo peor que puedes hacer en una entrevista cara a cara es ponerte nerviosa. Le otorga a la otra persona poder sobre ti.

Y el poder no es algo que una mujer como yo desee perder.

Me humedezco los labios, cabreada conmigo misma por ser tan impresionable, fuerzo una sonrisa profesional y me pongo en pie, haciendo gala de un control que no poseo desde que sus ojos impactaron contra los míos.

Los tacones de mis absurdos zapatos de salón repiquetean encima del carísimo mármol del suelo, lo cual acalla durante unos momentos el persistente rugido de la lluvia que desde ayer acumula aguas residuales en las aceras de Cleveland.

Apenas llevo unas cuantas semanas en la ciudad. Me parece todo muy distinto a California. Es como si aquí nunca brillara el sol.

Me detengo delante de él, con la sangre latiéndome de manera irregular en las sienes y los ojos incapaces de apartarse de su sublime rostro.

«Vaya… tela… joder».

He visto fotos, ¿quién no?, pero la cámara no le hace justicia. Una lente no podría captar todos los matices, las contracciones de su tenso perfil, la intensidad de su mirada…

A través de una pantalla no puedes percibir cómo huele una persona ni cómo te revuelve por dentro ese olor.

No es una colonia. No creo que las colonias puedan reproducir algo tan devastador y exquisito. Huele como esperarías que oliera la naturaleza desatada.

Casi doy un respingo cuando se saca la mano del bolsillo del pantalón para ofrecérmela. No sonríe. Al menos, no del todo.

Y, sin embargo, parecen divertirle mis reacciones. Hay un destello socarrón en la mirada que no deja de sondear la mía.

Observo durante unos lentos segundos el extraño anillo que lleva, sus cinco dedos, todos tatuados, y luego estrecho su mano con el apretón firme y profesional que se espera de mí.

Siento las chispas eléctricas incluso antes de que su cálida piel llegue a rozarme, y me apresuro a despegar nuestras palmas tan pronto como me es posible sin parecer brusca o maleducada.

—Señor Williams.

—Encantado de conocerla. ¿Le ha costado encontrar el edificio?

—He puesto el GPS.

Arquea una ceja.

—En ese caso, no tiene pérdida. Pase. Póngase cómoda.

Su despacho es colosal, ocupa casi la mitad de este ático.

Sin embargo, al cerrarse la puerta, siento que toda la superficie encoge de golpe, como si la intimidante figura que se me acerca por detrás ocupara más espacio del que le corresponde.

—Vaya vistas tiene desde aquí.

Comprueba, confundido, la ventana.

—Sí. Supongo. No me había fijado.

¿En serio?

Me instalo en la silla y lo observo con las cejas en alto. Es la clase de persona que hace que todos le sigan con la mirada, como si cada gesto suyo fuera digno de estudiar.

Estudiar es lo mío, sin duda.

Se acerca con paso ligero al sillón ejecutivo que se le parece más a un trono que a cualquier otra cosa y se desabrocha el botón de la americana con dos dedos, antes de acomodarse al otro lado de la mesa que se interpone entre nosotros.

Estoy un poco abrumada. Sus ojos impactan cuando te miran de lleno. No solo que sean eléctricos. Es mucho peor que eso. Su fortaleza, similar al acero, impide el paso hacia las profundidades de su mente.

Dicen que los ojos son un espejo en el que se refleja el alma humana. Los suyos, no. No hay reflejo, solo una roca escarchada contra la que te estrellas si se te ocurre sumergirte en ellos un poco más de la cuenta.

—Está un poco pálida. ¿Le sirvo algo de beber?

Echo un vistazo rápido a la bandeja llena de licores que hay junto al sofá. Tomaría algo fuerte para calmar los nervios, pero no creo que sea adecuado para una entrevista de trabajo.

—No, gracias. —Le devuelvo toda mi atención, soy una chica fuerte, puedo con esto—. Estoy bien así.

Me analiza como si yo fuera un cuadro, su concentración es tan absoluta que en este momento cada molécula de su ser está pendiente de mí.

Se me forma un nudo en la garganta y noto que me empiezan a temblar las manos en el regazo.

Entrelazo los dedos para calmarme.

Parece peligroso. Autoritario. Desafiante.

Y sexy, jodidamente sexy.

«Y tú necesitas centrarte en el motivo de esta entrevista, no en lo que él te hace sentir. Así que… Al lío, Alexandra».

—Señor Williams, le agradezco que me haya recibido con tan poca antelación —empiezo a decirle con voz atropellada.

—No me lo agradezca a mí. Mi hermana insistió mucho. Por lo visto, la tiene usted muy impresionada.

—Le prometo que no la he coaccionado ni nada.

La bromita con la que pretendía romper el hielo ni siquiera le arranca una sonrisa. Se limita a observarme como lo harías con un animalito exótico que te tiene de lo más intrigado.

Me aparto el pelo de los ojos con dedos intranquilos y, tensando las comisuras de los labios en un gesto nervioso, le sostengo la mirada.

Ni se inmuta.

—Mia dice que se acaba de mudar aquí.

Hasta su timbre, bajo y rasposo, me pone a cien. «Centrémonos».

—Así es.

—¿Qué la he impulsado a tomar tan mala decisión?

—¿Perdón? —parpadeo despacio, sorprendida por la franqueza de su pregunta.

—De todos los lugares del mundo, va usted y elige Cleveland. ¿No se ha enterado? La gente se va de la ciudad, no se instala en ella.

—No he tenido esa sensación hasta ahora. Cleveland parece… una ciudad como cualquier otra.

—A lo mejor no ha visitado los barrios adecuados. Pruebe con Scoville Avenue. Aunque, si quiere mi consejo, no vaya nunca de noche. Si no quiere convertirse en la víctima de alguien. Ahora, entre nosotros dos, ¿qué le ha hecho pensar que Cleveland es el sitio apropiado para alguien como usted?

En sus labios, *alguien como usted* suena casi como un insulto.

Intento concentrarme en la conversación, no en el firme rostro de labios carnosos, pómulos planos y mandíbula esculpida que tengo delante. Pero resulta difícil. Es una puñetera obra de arte que merece la más exhaustiva de las inspecciones.

Su boca resulta demasiado sensual. Mirándola, una podría confundirse y llegar a pensar en cosas muy malas.

Los demás rasgos, en cambio, no me trasmiten sensualidad. Son demasiado implacables. El ceño fruncido concede una dureza inquebrantable a sus facciones.

Me cuesta mucho colocar una sonrisa en sus labios. No parece la clase de hombre dispuesto a reírse.

«Quizá no tenga motivos para hacerlo».

El pensamiento revuelve algo dentro de mí, rescoldos que había dado por apagados.

Aparto la vista de forma abrupta y parpadeo varias veces seguidas para recomponerme.

—¿La estoy poniendo nerviosa?

Me obligo a centrar la mirada en sus iris, el hielo que arde. Un terrible error. Desconciertan incluso más que antes. Abrasan allá donde se posan, y parecen empeñados en recorrer toda mi fisionomía.

—Usted, no. Sus preguntas.

Enarca una ceja con aspecto divertido.

—Creía que en una entrevista de trabajo las preguntas se daban por sentadas, señorita Harper. Mis disculpas si me equivoco.

—¿Por qué no me pregunta mejor sobre mi experiencia laboral?

—Porque ya me leí su currículum. —Señala aburrido las tres hojas de papel desplegadas sobre la mesa y yo escaneo deprisa los tatuajes que tiene en el reverso de las manos. Me llama la atención el de la rosa. Es muy sexy—. No me gusta dar vueltas sobre lo mismo una y otra vez. Ya sé que está licenciada en diseño de interiores, que trabajó durante dos años como pupila del famoso arquitecto David Bailey, que nació el… —Rompe nuestro perturbador contacto visual para buscar la información en la hoja porque, evidentemente, no está tan informado como cree—. Veinte de enero de mil novecientos noventa y seis —constata sorprendido, antes de volver a sopesarme con la mirada.

—¿Y qué más necesita saber?

—¿Por qué Cleveland?

Frunzo el ceño con aire confundido. Pero no, no lo deja estar. Sigue mirándome como un psicópata, a la espera de una respuesta aceptable. ¿De verdad?

Esbozo una sonrisa incrédula.

Él insiste, ni siquiera parpadea, el cabronazo no está dispuesto a aflojar. Lo veo en sus ojos.

Fastidiada, me cubro el labio inferior con los dientes y asiento para mí. Muy bien. Pues toca la respuesta breve, mil veces ensayada.

—Está lo bastante alejado de Los Ángeles.

—¿Trata de huir de algo?

—Empezar de cero.

Le ha agradado mi pequeña corrección. Casi sonríe.

—Buen eufemismo. Cuénteme algo sobre usted que no aparezca en estas páginas. Su mayor cualidad. ¿Cuál cree que es?

Medito la respuesta durante unos segundos, en los que intento captar todos los detalles que puedo.

Soy casi como una esponja, lo absorbo todo; me fijo en la cajetilla de cigarrillos que hay sobre la mesa, en la caja de cerillas con el logo de lo que parece un club —*Fever*—, en las llaves de un Lexus, el móvil de última generación que ha dejado sobre la mesa con la pantalla hacia abajo, no vaya a ser que yo pueda ver algo que no debo, el portátil blanco con el logo de Apple que se interpone entre nosotros…

No hay fotos familiares y, por supuesto, no lleva alianza.

—Soy capaz de leer a las personas como si de un mapa se tratara.

Mi respuesta enciende un brillo de curiosidad tras sus pupilas. Se retrepa en el sillón mientras considera la respuesta con una expresión de lo más hermética. Es como jugar a las cartas. ¿Quién ganará esta mano?

Empiezo a sentirme un poco expuesta, como si sus ojos hubieran visto algo más de lo que estoy dispuesta a desvelar.

Intento que no note mi desasosiego ni lo mucho que me cuesta aguantarle la mirada.

—Demuéstrelo. Cuénteme algo interesante sobre mí.

—Algo interesante sobre usted… —sopeso la idea y una sonrisa socarrona eleva unos milímetros la comisura derecha de mi boca.

El ventanal que hay a sus espaldas atrae mi atención durante unos segundos. Por fin ha dejado de llover.

—¿No se le ocurre nada interesante? —se burla al ver que guardo silencio unos segundos más de la cuenta.

Mis ojos descienden de golpe hacia los suyos, fieros y tan penetrantes que esta vez atraviesan todas las barreras que impedían el paso. La marea puede erosionar las rocas cuando golpea con suficiente fuerza. Lo he visto decenas de veces.

—No es quien dice ser.

He conseguido sorprenderle. Levanta las cejas y me observa como si intentara descifrarme, sus ojos azules se agudizan de tal

forma que parecen pretender absorberme el alma.

—Ah, ¿no?

Niego muy despacio, con una sonrisa apenas perceptible.

—Qué va. Parece amable y cortés, pero...

He captado su interés por completo. Si me detengo es solo porque me gusta crear expectativa. Ahora me toca a mí jugar con sus emociones, ponerlo nervioso.

—Pero ¿qué? —apremia, inclinándose hacia adelante con evidente curiosidad.

Nuestras miradas luchan la una contra la otra durante unos segundos. No es un hombre fácil de doblegar. Su voluntad es inquebrantable. Casi tanto como la mía.

—Cada fibra de mí me dice que usted es peligroso.

Se le frunce el ceño con tanta fiereza que por un segundo me pregunto si no me habré pasado de la raya.

—Es muy observadora —admite. Su rostro no se mueve, aunque juraría haber percibido la sombra de una leve sonrisa en las comisuras de sus labios. Esto le entretiene.

—Suelo serlo.

—¿Por qué?

—Deje algo para nuestro próximo encuentro, ¿no?

—¿Por qué? —insiste, como si no se hubiera dando cuenta de que me estoy burlando de él.

Nos internamos en un breve momento de silencio, en el que él sigue mirándome implacable y yo le aguanto la mirada con aplomo. Le encanta apretarme las tuercas.

—Me gusta saber a qué atenerme, señor Williams.

—¿Y ya sabe a qué atenerse conmigo?

Sonrío para mí y vuelvo a concentrarme en la ventana. Sé que no me quita los ojos de encima. Le intrigo tanto como él a mí.

Y, joder, a mí más que intrigarme, casi me obsesiona. Su hermana me contó que es un empresario muy exitoso que se dedica al ocio nocturno y a las apuestas, pero dos guardaespaldas con pintas de recién salidos de una rueda de reconocimiento policial me han interceptado nada más poner un pie en el edificio y uno de ellos me

ha escoltado hasta el ático. Así que ¿es realmente quien dice ser? Yo no me creo nada.

—No, no lo sé —contesto, concentrada en seguir el recorrido de una de las gotas de agua que se deslizan sobre el ventanal.

—¿Cómo es eso?

Me tomo unos segundos para pensar y luego, con parsimonia, bajo el rostro hacia el suyo y dejo que nuestras miradas se fusionen otra vez.

Qué extraño. Tengo la impresión de que, cuanto más me afano por desentrañarlo, más me estoy empapando de gasolina. Casi puedo ver la cerrilla que sostiene entre los dedos. ¿No es inquietante?

—Usted es… difícil de interpretar. Mirarle es como contemplar un enorme mosaico romano en el que algo no encaja. A primera vista parece todo correcto, colocado en el lugar que corresponde, pero hay una nota discordante que rompe por completo la armonía del conjunto.

—Ha conseguido intrigarme, señorita Harper, y tenga en cuenta que no mucha gente puede presumir de eso últimamente. ¿Cuál es esa nota discordante que ve en mí?

—Hay varias, en realidad. Pequeños detalles. Los tatuajes que tiene en los dedos y en las manos no encajan para nada con la elegancia de su ropa, y su pose despreocupada contradice por completo lo inteligente y observadora que es su mirada cuando te fijas en ella de verdad. Tengo la impresión de que lleva como una especie de disfraz y, cuanto más le analizo, más claro tengo que no le pega en absoluto. Así que no puedo dejar de preguntarme, señor Williams. ¿A quién pretende engañar? ¿A los demás? ¿O a sí mismo?

Lanza un silbido entre dientes.

—La leche. Muy bien, doctora Quinzel. Muy perspicaz. Me ha dejado sin habla. Debería poner esto en su currículum, añadirlo junto al resto de aptitudes. Inteligente y observadora. Lee a las personas.

Me muerdo fastidiada la punta de la lengua y encajo la burla con un leve asentimiento.

—No era más que una suposición. Tengo que hacer muchas suposiciones en mi trabajo. Comprender cómo es una persona ayuda a anticiparse, a adivinar mejor qué es lo que quiere. Ya sabe, conocer sus gustos.

Asiente y, con tranquilidad, abre la cajetilla, retira un cigarrillo y se lo encaja entre los labios.

—Mis gustos, ¿eh? Cuando usted quiera, se los explico al detalle. ¿Fuma?

Niego.

—No.

Me gustaría saber si lo que acaba de decirme sobre sus gustos es alguna especie de alusión sexual. Algo en su sonrisa contenida me dice que sí.

—Bien por usted. —Sujeta el cigarrillo entre los dientes y me vuelve a contemplar como a un cuadro de valor incalculable—. Dicen que es malo.

—¿Y por qué no lo deja?

Bufando una especie de risa, coge la caja de cerillas y prende una con los ojos clavados en los míos.

—Soy un temerario.

La llama ilumina momentáneamente el delgado rostro que se afila aún más cuando absorbe con fuerza humo en los pulmones.

Me quedo tan atrapada que desearía mirar más y más, hasta perderme en la infinitud de tantas preguntas sin respuesta que él suscita en mí.

Es como la caja de Pandora. Nadie consigue mantener a raya la curiosidad. Pero, si dejas que la curiosidad te absorba, estás acabado.

—¿Qué más cree saber sobre mí? —me pregunta después de expulsar una nube de humo hacia un lado, para evitar arrojármela en la cara.

Cada vez que le miro la boca, y me parece que lo hago más a menudo de lo prudente, siento tal punzada de deseo sexual que todo lo demás se desvanece. Tiene los labios perfectos para darle placer a una mujer.

Mierda, este juego me excita. Eso es malo.

—¿Qué más? Veamos. Diría que padece un egocentrismo casi patológico, basándome en lo mucho que disfruta con esta conversación que gira en torno a usted.

Suelta una risa rasposa, da una calada prolongada y vuelve a observarme, todavía más intrigado.

Es guapo. Demasiado.

Y, cuando sonríe, quita el aliento.

—¿Por qué diría algo así?

Se produce un breve silencio, en el que me humedezco los labios e intento comportarme como la buena chica que sé que soy, aunque no lo parezca ahora mismo.

—Porque actúa como si, no solo este lugar, sino el mundo entero, le pertenecieran por derecho natural. Su postura erguida, la forma en la que mira a los demás, siempre de frente, desafiante. Le gusta el poder, señor Williams, y es bastante evidente que lo emplea en todos y cada uno de los aspectos de su vida. Juraría que nunca ha dado un paso en falso.

—Pues te equivocas, Alexandra. Créeme, he dado más pasos en falso que nadie en el mundo. ¿Qué más?

Sonrío con cierto fastidio. Él no lo hace. Su rostro es un conjunto de rasgos peñascosos, casi huraños.

—Es una persona reservada. Da la impresión de que no necesita nada de los demás. Solo se tiene a sí mismo y eso le parece suficiente. Puede que le hayan decepcionado demasiadas veces a lo largo de su vida. Tal vez eso haya quebrantado su confianza en los demás.

El oscuro brillo de sus ojos se apaga de golpe, y su expresión deshecha es tan inesperada que me aturde.

—Te has divertido lo suficiente, ¿no crees? Ahora te toca.

—¿Me toca? ¿El qué?

—Desvélame algo sobre ti.

Los bordes de mi boca contienen el esbozo de una sonrisa irónica.

Sus ojos vuelan por unos segundos hacia mis labios y, una vez más, noto la tremenda energía que fluye entre nosotros.

Le gustaría besarme, está fantaseando con ello ahora mismo, y lo entiendo, en serio. La boca es el mejor atributo de toda mi

fisionomía. Sería necio por mi parte ignorarlo. Tengo un rostro simétrico, y mis ojos de color ámbar ocultan un halo de misterio tras la espesa cortina de pestañas negras, pero, sin la boca, decidida, carnosa, pintada de rojo mate oscuro, sería una chica del montón.

Hoy no quiero ser del montón. Necesito que me vean.

—¿Por qué iba a desvelar nada? Un jugador nunca enseña sus cartas.

—Eso es cierto. Muy bien, haré conjeturas.

Me humedezco el labio superior con la punta de la lengua y despliego las manos a ambos lados del cuerpo en un gesto de indiferencia.

Sus ojos se oscurecen más y más. Juraría que ahora mismo me observa con la atención de un cazador que tiene a su presa en el punto de mira de su escopeta.

—Adelante —lo reto con una ceja en alto—. Pruebe suerte.

En su boca empieza a iniciarse una especie de sonrisa lenta que deja claro lo mucho que disfruta con las provocaciones.

—Está bien. —El silencio se alarga entre nosotros hasta volverse crepitante por culpa de los ojos que se pasean por encima de todo mi rostro en busca de pistas que podrían revelarle cómo soy en realidad—. Creo que te escondes.

Mi sonrisa burlona desaparece de golpe, reemplazada por unos rasgos compactos como el granito.

—Y creo que te doy miedo —continua, satisfecho por haber conseguido desgarrar mi falsa indiferencia—. Nunca te ha gustado rodearte de gente como yo. Ya sabes, tíos que tienen… tatuajes —señala, divertido.

—¿Usted cree? —repongo con ironía y sin despegar los ojos de los suyos.

Hace un leve gesto afirmativo con la cabeza. Estamos coqueteando sin el menor descaro.

—Tú tienes demasiada clase para eso, Alexandra. Durante toda tu vida te has movido en terreno seguro, controlándolo todo a tu alrededor. Nunca has decepcionado a tus padres. Eres muy sensata, interpones la razón a los sentimientos, calculas minuciosamente cada paso que hay que dar, cavilas y solo después actúas. Por eso te

dedicas al diseño. Te gusta hacer cálculos y ordenar cosas y… no crees que existan los impulsos.

—Vaya análisis más complejo —me burlo con una sonrisa de lado—. El FBI no sabe lo que se ha perdido con usted.

Me observa largo rato, con el cigarro humeante suspendido entre los labios, y al final su rostro se tuerce en una sonrisa oblicua.

—¿Y bien? ¿He acertado?

—Ni una pizca.

Mueve la cabeza, divertido, antes de erguirse sobre su metro ochenta y muchos de estatura, dando así por concluida la reunión.

Ha sido la entrevista más rara que he tenido nunca. Se ha hablado de todo, menos de negocios. Nos hemos follado el uno al otro con la mirada, nos hemos provocado, pero… ¿qué hay del trabajo que he venido a pedir?

—¿Cómo puedo localizarte? ¿Tienes una oficina?

Me tutea, pero no me ha pedido que yo lo tutee a él y no lo hago a propósito.

—Aún me estoy instalando, pero, si me necesita, puede llamarme a este número. —Cojo un bolígrafo de la mesa, agarro su muñeca y apunto mi teléfono en la palma de su mano izquierda. Sé que ya viene en el currículum, pero prefiero recordárselo. Por si acaso.

No necesito mirarlo para sentir la sonrisa con la que me observa.

—¿Tampoco tienes tarjetas?

Sonrío antes de levantar la cara hacia la suya. Estamos tan cerca que nuestras narices casi se rozan. Me estoy ahogando, no puedo respirar nada que no sea su maldito olor.

—Me preocupa el medio ambiente.

Intento no fijarme en que sus ojos están puestos en mis labios ni admitir que esa mirada oscura y cargada de deseo hace que esté conteniendo aliento ahora mismo. Su cuerpo arde y, al estar tan cerca de su órbita, el fuego parece consumirme también a mí.

—Te llamaré.

—Bien. Y a ver si la próxima vez hablamos de trabajo.

Se guarda las manos en los bolsillos del pantalón, ladea la cabeza para que nuestros ojos estén más o menos a la misma altura y sonríe con sorna.

—¿Y eso? ¿Te preocupa que siga indagando sobre ti?

—Para nada. Se le da fatal este juego.

Hace una mueca divertida.

—Yo no diría tanto.

—Hasta la próxima, señor Williams.

Me cuelgo el bolso del hombro y me encamino hacia la puerta.

—¿Sabes qué más creo, Alexandra? —me detiene cuando ya tengo la mano puesta en el pomo—. Creo que no quieres sentirte atraída por mí, pero no puedes evitarlo.

Procuro inspirar hondo antes de volver la cara hacia la suya.

Me digo a mí misma que su voz, baja y rota, no me ha afectado en absoluto y que sus malditos ojos incandescentes no me disparan el pulso cada vez que hurgan en los míos.

Y al final acabo creyéndomelo porque yo siempre creo lo que quiero creer.

—La próxima vez que nos veamos hablaremos de su arrogancia. —Mi respuesta hace que sus labios se desplieguen en una sonrisa lenta y seductora—. Vaya. Tiene que hacer eso más a menudo.

—¿El qué? —repone con expresión confundida.

—Sonreír. Está guapísimo.

Asiente divertido y sus ojos me envuelven con su eléctrica calidez. Hay algo salvaje e indómito en él, una energía latente que me deja sin respiración.

Necesito irme de aquí. He dinamitado todas mis normas hoy. *No coquetees* es la primera regla de la profesionalidad. *No fantasees con su boca encima de tu cuerpo* es la segunda. Soy una chica muy mala.

Abro la puerta con impaciencia, pero su voz grave y oxidada me detiene una vez más.

—Alexandra.

En sus labios mi nombre suena desgarrado y... sensual y no puedo evitar estremecerme por dentro al escucharlo.

Me giro despacio, como rindiéndome ante esa súplica, y nuestras miradas conectan de nuevo a través del aire. Su rostro ha recuperado el habitual rictus pétreo. Las manos, otra vez en los

bolsillos del pantalón. Está tranquilo. Posee el control. Lo ha recuperado.

—¿Por qué no hay una foto en tu currículum?

Me encojo de hombros.

—Será que me gusta el factor sorpresa.

En su cara aparece una sonrisa de lado.

Le guiño el ojo, y después me marcho, consciente del gran impacto que he causado en él.

Y también de que sus ojos me siguen como los de un tigre al acecho.

Capítulo 2

De una pequeña chispa
puede prender una llama.
(Dante)

Ash

Siempre me ha gustado el juego. No discrimina a las personas. Los jugadores se enfrentan todos a la misma suerte: ganar o perder.

Da igual quién seas, de dónde vengas, a qué clase de colegio de mierda elitista hayas asistido. Puedes ser de la *Ivy League* o alguien que no sabe deletrear su nombre. No importa. El azar no entiende de etiquetas.

Probablemente sea la única puta cosa igualitaria que hay en el mundo. El juego nos jode a todos por igual, y parece ser que esta noche está empeñado en joderme a mí.

Lo cual no estoy dispuesto a permitir.

En mi caso, la banca siempre gana.

Por la sencilla razón de que la banca soy yo.

—Mesa cinco.

Sin dejar de prestar atención a las cámaras de seguridad, me enciendo un cigarrillo y luego agito la cerilla en el aire para que se apague. Tengo debilidad por las cerillas.

Por cualquier instrumento del caos, en realidad, pero, sobre todo, por las cerillas. Para ser tan pequeñas, ocupar tan poco espacio en mi bolsillo, a veces me resultan muy útiles.

El empleado que controla las cámaras de esa zona —un chico joven, sobrino de alguien, no recuerdo ahora mismo de quién— observa a los jugadores. Se toma su tiempo para intentar adivinar cuál de los seis está haciendo trampas.

Analizo en silencio la jugada.

Sé que mi postura corporal resulta engañosa. Mantengo las manos hundidas en los bolsillos del chaleco, como si estuviera muy

tranquilo, pero de eso nada. Lo que siento es exasperación. ¿Por qué no está viendo lo mismo que yo?

Y, lo que es aún más inquietante, ¿qué coño hace en la sala de control si no es capaz de ver lo mismo que yo?

—¿Se refiere al tejano?, ¿el que lleva sombrero vaquero?

La pregunta, lanzada en tono tembloroso, me hace blasfemar hacia mis adentros.

No obstante, mi cara no desvela ni un ápice de la irritación que siento. En el fondo, soy un hombre paciente, joder.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Don, señor.

—Bien, Don. —Sonrío para que se relaje y le palmeo la espalda. Está muy tenso—. Tranquilo. No te pongas nervioso. No pasa nada. Sigue mirando. Obsérvalos bien y dime qué ves.

Nos internamos en un silencio de casi dos minutos.

El chico tiene los labios lívidos. Imagino que alguien le habrá hablado de mí. A saber lo que le habrán contado. Nada bueno.

—¿Y bien? —me intereso, después de expulsar una bocanada de humo hacia un lado.

—Es la mujer. Parece muy tensa.

Doy una calada larga y lenta a mi cigarro. Habrá que buscarle otra tarea.

El éxito en los negocios consiste en saber aprovechar los recursos humanos. A los empleados has de buscarles el trabajo que mejor encaje con sus aptitudes.

El chico no tiene la culpa. El que le encomendó esta labor tenía que haberse dado cuenta de que le falta perspicacia para desarrollarla, pero Julian —imagino que habrá sido Julian, porque es a quien dejé al cargo cuando decidí desatenderme del casino— no tiene la habilidad de… bueno, ninguna habilidad en absoluto, salvo la de dar palizas.

—¿Es la mujer, señor? —insiste Don, cada vez más convencido de haber dado en la tecla.

Niego muy despacio.

La frente del chico se perla de sudor. Será mejor que me apiade de él.

—¿Ves al que parece un universitario macarra? —Apoyo la mano en el respaldo de su silla, me inclino sobre su hombro y señalo el problema con un golpecito en la pantalla—. Este capullo está contando cartas. Le quiero fuera. Estoy hasta los huevos de estos gilipollas que se creen tan listos como para jugármela.

—Qué curioso. Creía que te gustaban los que pueden jugártela —se mofa el Holandés desde la otra esquina de la sala.

Hago una mueca.

—Los que lo consiguen, mamonazo, no los que se quedan a medio camino. Estos soplapollas no suponen ningún reto para mí.

El Holandés ríe entre dientes y cabecea, divertido.

Decido servirme una generosa copa de whisky y luego vaciarla de un trago. El chico, Don, comunica la orden al equipo de seguridad y al instante dos hombres que parecen soldados del ejército de tierra irrumpen en el casino, levantan al sospechoso de la mesa y lo arrastran hasta la puerta trasera.

Empiezo a sentirme mejor, la tensión abandona poco a poco mis agarrotados hombros. Doy una larga calada que aplaca el mal que ruge dentro de mí, retengo durante unos segundos el humo en los pulmones y lo expulso despacio.

Joder. Qué bien sienta volver a las trincheras, coño, ser el de antes. Estoy hasta la polla de la oficina. Siempre igual, las reuniones, los acuerdos, la diplomacia, lo políticamente correcto…

En el casino puedo ser yo mismo. Aquí no hay necesidad de fingir. Estoy entre los míos. En casa.

Mi primer negocio legal fue un casino. Ojalá volviera a sentir la ilusión que sentía entonces, cuando aún creía que con un local era suficiente para volverse respetable. Qué chorrada. Como si el mundo fuera a olvidar alguna vez el puto lodo del que has salido.

Me sirvo una segunda copa antes de sentarme en el borde de una mesa alargada, en la que dos amigos de mi círculo más íntimo controlan las cámaras de las salas privadas. Ahí no suele haber problemas. Los jugadores de las salas privadas son de confianza. Solo se accede por recomendación y pagando veinticinco de los grandes. Jueces, políticos, padres de familia… Lo mejorcito de la ciudad.

—¿Cómo van las cosas esta noche?

—Nada que reseñar —me contesta Serpiente, cuyos ojos grises no se apartan ni por un segundo de la pantalla. Le llaman así por el tatuaje que tiene en el cuello.

La mayoría de los empleados de este lugar tienen apodos, nada de nombres. Son todos del barrio. Si alguien me preguntara por Adam, no tendría ni idea de a quién señalar. Ni que hubiera visto su puta partida de nacimiento, si es que la tiene. Probablemente, no. Aquí nadie es legal. Nunca lo seremos.

Les ofrezco un trago, pero tanto Serpiente como el Rubio rehúsan con un gesto.

—Williams, tengo la información que me pidió.

Feller, mi contacto en el departamento de policía de Cleveland, irrumpe en la sala y su mera presencia hace que el murmullo de las conversaciones cese de golpe. Nadie se siente cómodo con él merodeando por aquí. Todo el mundo tiene motivos más que de sobra para sospechar de la policía.

Aunque poco queda del policía idealista que hace veinte años se dedicaba a perseguir criminales por los sucios callejones de Cleveland. El voluminoso michelín que le rodea la cintura sugiere un aburrido trabajo de oficina, y su rostro, inexpresivo, surcado de arrugas, que le queda poco para jubilarse.

En pocas palabras, se la resbala la ley.

Me deshago de la copa, dejo el cigarrillo en un cenicero de por ahí y me vuelvo hacia él con evidente interés.

Lo que diferencia a un rey de un matón cualquiera es lo alto que llega su influencia.

Emilio siempre me lo decía. Le metieron una bala entre las cejas hace diez años, pero sus consejos aún me guían día a día.

Me acerco a Feller y le doy la mano, antes de coger la carpeta que me ofrece, cuyo contenido analizo con un ansia que me cuesta controlar.

Lo primero que veo es una foto de ella.

Nunca me pongo nervioso. Jamás. Cualquier conocido me describiría como estoico e inmutable.

Unos pocos desafortunados dirían incluso que soy un cabrón inclemente.

Puedo llegar a ser muchas cosas, pero nunca un hombre nervioso.

Así que no me explico porque, en esta ocasión, el corazón se me acelera por debajo de la camisa lo bastante como para que la excitación empiece a bombear palpitantes chorros de adrenalina por todo mi sistema sanguíneo. Es casi tan bueno como sentirse vivo. Como cuando pones la moto a ciento cincuenta en la autopista.

La sensación dura unos cinco segundos antes de apagarse.

Después, no queda nada, vuelvo a ser el tipo imperturbable que todos conocen, al que nadie atribuiría una sola debilidad.

Compruebo la información muy por encima y luego mis ojos se clavan en el rostro de mi interlocutor. Me pregunto por un segundo cuánto le faltará para jubilarse y si el siguiente *Feller* será tan complaciente como este.

—Me sé su currículum. Créame, me leí las tres putas páginas al completo. *Dos* veces. Dígame algo que no sepa. ¿Sueños, metas… debilidades*?*

—No hay mucho que decir. Su chica es una joven ejemplar. Ni una multa restante, máster en Bellas Artes, matrícula de honor, con carta de recomendación firmada por el mismísimo David Bailey...

Ese nombre, que no deja de repetirse en todas partes, me produce una molesta sensación de ardor en el pecho.

—¿Se lo folla?

Un impulso incontrolable.

Feller, con un Marlboro sin encender encajado entre los dientes, levanta el rostro hacia el mío para dedicarme una mirada avinagrada.

—Bailey está casado y tiene dos hijas —ladra con hosquedad mientras lo enciende con un mechero metálico, que vuelve a guardarse en el bolsillo de la camisa a rayas de cuello sucio y gastado por el uso. ¿No le pagamos lo bastante?

—¿Y?

Se pasa el cigarro de una comisura a la otra y me sopesa a través de densas volutas de humo.

—¿De verdad cree que ella es esa clase de chica? ¿Una vulgar rompehogares?

La pregunta me hace fruncir el ceño.

—No —me veo obligado a admitir—. No lo creo. Es sofisticada y… segura de sí misma. ¿Qué hay de su vida personal? ¿Sale con alguien?

—No lo sé. El informe habla de un ex novio con problemas de disciplina.

Cruzo los brazos sobre el pecho. Intento parecer tranquilo, pero noto cierta rigidez a la altura de los hombros, como si mi torso ya no cupiera dentro de la camisa.

Sé que esto no guarda relación con las doscientas flexiones que hago nada más levantarme de la cama, como un puto presidiario. Que mis brazos amenacen con reventar un traje de cinco mil pavos es cosa de la tensión que empieza a embargarme.

—Defina *problemas de disciplina.*

—Maltrato.

Me empieza a latir un músculo en la mandíbula sin que yo pueda controlarlo. Levanto la mirada hacia Feller con movimientos lentos y calculados.

—¿Estamos hablando de un caso de violencia de género?

—Tiene toda la pinta. Antes de empezar esta nueva vida, su chica salía con un niño de papá de la Costa Oeste. Sus padres son reyes del mundo del espectáculo. Broadway, Los Ángeles, Chicago, San Francisco. Muy bien relacionados. Su influencia llega hasta la mismísima Casa Blanca. El tío del muchacho es senador, un amigo muy cercano del presidente, las dos familias juegan al golf desde hace años. Ella interpuso una demanda por malos tratos, pero la retiró a los pocos días de presentarla. Después, dejó Los Ángeles y se mudó aquí.

Juro entre dientes y me revuelvo el pelo con los dedos.

—¿Por qué la retiraría? ¿La habrán amenazado? Quizá nadie la creyera —murmuro para mí.

Vuelvo a estudiar su fotografía. Me fijo en su boca. El labio inferior es un poco más grueso que el superior. Es guapa. Muy guapa. Sensual. *Follable…* No puedo quitármela de la cabeza.

—¿Quién sabe? —Feller da una profunda calada que lo hace toser—. El caso es que la retiró.

«Alexandra… Estabas cargando contra alguien demasiado poderoso. Debías de saber que no había ni una sola posibilidad de que te creyeran».

Ese es el punto mundo en el que vivimos.

Ella me gusta. Me gusta de una forma que no esperaba que me gustara. La atendí solo para complacer a Mia, pero, en cuanto la vi, me quedé prendado y desde entonces no hago más que reunir información al respecto.

Primero probé suerte con Mia, pero mi hermana no aportó nada interesante, solo que es muy profesional, de confianza y un montón de blablabla que yo ya había leído en su currículum.

Quiero más que eso. Necesito saberlo todo, para hacerme una idea de a quién me estoy enfrentando. Al igual que a ella, me gusta saber a qué atenerme.

Y alguien como yo nunca deja acercarse a desconocidos sin haber comprobado antes sus antecedentes.

Ni siquiera a desconocidos guapos con cara de no haber roto nunca un jodido plato. Esos son los que más daño podrían causarte. Lo sé por experiencia.

—¿Dónde está ahora ese ex novio suyo? Por si me hiciera falta la información algún día.

A juzgar por la mirada seca que me dedica, Feller debe de saber las implicaciones de mi pregunta, que algún miembro de la organización irá a hacerle al fulano una visita nada cortés en mitad de la noche. Su deber como agente de la ley es impedirlo, por supuesto.

Aunque nunca se toma demasiado en serio sus deberes como agente de la ley...

—¿Por qué no lo deja en manos del karma?

—En mi mundo lo llamamos *vendetta*.

Serpiente y el Holandés se echan a reír. Hago un gesto de impotencia con las manos, como diciendo *así están las cosas, chavales. No fui yo quien inventó las reglas.*

El rostro de Feller se contrae en una mueca de asco. Sé que no le caigo bien.

Lástima que eso no le impida coger los fajos de dinero que le llegan todos los meses en forma de soborno para hacer la vista gorda con algún que otro asuntillo.

—¿Puedo preguntar qué está tramando con esta chica, Williams?

Estoy acostumbrado a los interrogatorios, así que ni me inmuto. Solo las comisuras de mis labios registran una pequeña contracción.

—Solo es curiosidad.

—Nunca es solo curiosidad. ¿Debería preocuparme?

—Debería —me decido a tocarle las narices, para reírnos un rato—. A veces se me cruzan por la cabeza ideas que son ilegales en la mayoría de los estados.

Feller aprieta las muelas, sin caer en la provocación todavía.

—¿Podrían ser legales en algunos?

Reflexiono, antes de asentir.

—En los menos conservadores, seguro.

—Ni tan mal —refunfuña con una mueca de acritud.

—Vamos, jefe. ¿Y esa cara? Anímese. Tomemos una copa juntos.

—Estoy de servicio, Williams.

—Está muy bien que se tome en serio sus labores.

Feller, lívido de rabia, reprime el impulso de escupirme en la cara. No me cabe duda de la opinión que le suscitamos todos nosotros. Cree que a la escoria hay que escupirle entre las cejas.

Por desgracia para él, *la escoria* lleva pistolas, trajes de marca y se comporta como si fueran los malditos reyes de la ciudad, así que lo más prudente es ser respetuoso. Debe de saber bien qué es lo que les ocurre a los que faltan el respeto a algún miembro de la familia Williams.

—Será mejor que vuelva a la comisaría.

—Usted se lo pierde, jefe. ¿Alguien quiere una copa? ¿No? Joder. En mis tiempos nadie le hacía ascos a un buen whisky. Estáis muy mimados hoy en día.

Capítulo 3

Abróchense los cinturones.
Esta va a ser una noche movidita.
(Película *Eva al desnudo*,
1950)

Alexandra

Mia me ha invitado a salir de fiesta con ella y con sus amigos, y me avergüenza admitir que he aceptado la invitación solo porque tenía la esperanza de volver a ver a su hermano.

No he tenido noticias suyas y no dejo de preguntarme si no metería la pata en la entrevista. Quizá coqueteé demasiado.

Fui yo quien lo inició, cuando le solté lo de que me parecía peligroso, y desde entonces estoy en constante conflicto conmigo misma.

No es solo por la sensación de fracaso. También está lo otro, la puñetera obsesión.

Intento ignorar la sacudida de deseo sexual que me invade cada vez que su nombre se cuela en mi mente, pero aún no he encontrado la forma de expulsarlo. Es como un fantasma que se niega a dejarme en paz; alguien cuya presencia notas incluso cuando no está.

No me reconozco. Estas cosas nunca me pasan a mí.

Y, sin embargo, lo que sentí al estar cerca de él era tan real que lo único que necesito es volver a experimentarlo, pequeñas y dañinas dosis de veneno que estoy dispuesta a suministrarme a mí misma una vez más antes de dejarlo.

Me he pasado toda la semana sobre ascuas ardientes, presa de una intranquilidad que ya no soy capaz de justificarme.

¡Porque no tiene el menor sentido! ¿Qué sentido tiene que el aire a mi alrededor se haya espesado tanto que a estas alturas del fin de

semana parece haberse convertido en una jaula que me impide respirar?

Ni siquiera aquí, en este reservado, junto a los amigos de Mia y su caro champán, consigo relajarme. Me falta algo, algo que parezco necesitar desesperadamente.

No dejo de observar la entrada. Es como si estuviera esperando a que pasara alguna cosa, ni yo misma sé el qué. En mi interior algo se ha desencadenado y ahora bulle de emoción. Hacía mucho que no me sentía así, hambrienta, desinhibida, febril.

Me he pasado toda la vida ocultándome, la chica invisible, escondida detrás de prendas holgadas y libros enmohecidos que nadie tenía interés en leer.

Esta noche quiero que me vean.

He elegido bien el atuendo: un vestido lencero negro, satinado y muy sugerente, complementado por unas sandalias de tiras finas que me elevan casi doce centímetros por encima del suelo.

Pintalabios rojo mate, un poco de *eyeliner*, dos capas de rímel y el trabajo ya estaba hecho.

El espejo que tengo delante me devuelve la imagen de una mujer muy sexy, lo cual me hace sentir una engañosa seguridad en mí misma.

Tengo la impresión de que a él le gustan las mujeres con las ideas claras. Parece la clase de hombre que sabe valorar a un adversario digno de su grandeza.

Es más, si lo que creo intuir sobre él es cierto, un adversario débil lo aburriría de inmediato.

—Alex, ¡vamos a bailar! —me grita Mia, que gracias a la sonrisa de oreja a oreja que casi nunca abandona su rostro, consigue caer bien a todo el mundo.

Incluso a mí.

Es un poco apasionada, rozando lo alocado, pero muy simpática, y me está arrastrando escaleras abajo porque ha decidido que tenemos que bailar *ahora mismo* y, cuando Mia decide algo, nadie se lo quita de la cabeza.

También decidió que yo sería perfecta para reformar la nueva mansión de su hermano.

Y aquí estamos.

Contengo una pequeña sonrisa mientras la sigo en la oscuridad. Bajamos la escalera con cuidado, las dos llevamos sandalias de tacón fino, y en la planta principal nos abrimos paso entre la multitud.

Los hombres nos miran, algunos incluso nos devoran con la mirada, pero finjo no reparar en ellos, rechazo cualquier clase de contacto visual.

No tengo tiempo que perder con gente normal y corriente. Quiero un fuera de serie, y debo admitir que es un auténtico fastidio que no haya venido con su hermana. No consigo quitarme de la cabeza el latigazo que sentí en el estómago cuando su mano acarició la mía. Fue como si en ese momento algo despertara en mi interior.

Supongo que esperaba encontrármelo aquí un sábado noche, en el *Fever*, por lo de su caja de cerillas. No ha habido suerte. Hay mucha gente, jóvenes, guapos, ricos, lo mejorcito de Cleveland y, sin embargo, yo solo experimento una aplastante sensación de vacío que ya ni me molesto en disimular.

Perdida entre desconocidos que me interesan poco o nada, levanto las manos por encima de la cabeza y sigo el ritmo de la música con los ojos cerrados, recorriéndome el pelo y la nuca con los dedos. Suena algo sugerente, y me gusta. Habla del fuego y de la fiebre, del deseo y de la obsesión; de la impotencia del que no puede evitar sentir lo que siente.

La obsesión.

La falta de control.

Lo inevitable.

Me resultan familiares.

—Está genial este sitio —le grito a Mia, abriendo los ojos para mirarla—. Tiene muy buen ambiente.

Me sonríe y responde algo que no alcanzo a oír por culpa del ruido. Asiento como si lo hubiese entendido y ella cierra los ojos y también se deja arrastrar por el ritmo laxo de la canción.

La observo, consciente de que es la única conexión que tengo con él, mi única manera de localizarlo. Me siento un poco mal por utilizarla de esta forma. ¿Habría venido esta noche si ella no fuera

hermana de Ash Williams? No, no lo creo. Yo no estaría aquí de no ser por él.

Mia me cae bien, es muy simpática, pero no me compré un vestido caro por ella. Lo mínimo que puedo hacer es tener la decencia de sentir aunque sea una pequeña dosis de culpabilidad.

Una señal de alerta se enciende dentro de mi cerebro cuando un tío desconocido se arrima demasiado a la espalda de mi acompañante.

Me pongo tensa al ver el descaro con el que apoya las manos en sus caderas.

Le susurra algo al oído.

Mia, cuyo novio está arriba, en el reservado, junto con el resto de sus amigos, se vuelve para fulminarlo con la mirada.

Tras lo que parece un tenso intercambio de palabras, lo empuja hacia atrás con las dos manos.

Vuelvo a relajarme cuando el tío se da por vencido y se marcha a molestar a otra. Es evidente que esta chica no necesita mi ayuda para quitarse de encima atenciones no deseadas.

—¿Qué te parece el capullo este? —grita para hacerse oír por encima de la música—. Me quería contar las cinco razones por las cuales debería acostarme con él cuanto antes.

Me echo a reír y ella finge vomitar.

No se le parece demasiado a su hermano. Los dos son muy atractivos, pero Mia tiene la piel mucho más morena, el pelo rizado de color café y los ojos verdes.

Aún recuerdo la mirada de Ash, profundamente azul, y su pelo rubio oscuro, liso. Ella es una canija, él un gigante. Él tiene tatuajes en los dedos —y a saber en qué otra parte de su bien cuidado cuerpo—, ella lleva pendientes de diamantes.

Y, sin embargo, son familia.

Tengo ganas de preguntarle cosas sobre él, sonsacárselo todo, pero sé que no debo. No puedo interrogar a su hermana sin que Ash se entere, ni preguntar si cree que va a llamarme o no para el trabajo.

Solo puedo esperar, y las esperas siempre me han vuelto loca. Han pasado cinco días ya. Cinco interminables días con sus

interminables horas, en las que no he hecho otra cosa que dar vueltas y más vueltas por los treinta metros cuadrados que tiene mi nueva casa.

Mi única válvula de escape ha sido salir a correr todas las mañanas. He aprovechado para familiarizarme con el vecindario. Por lo general, el ejercicio físico me aplaca, pero esta vez correr hasta quedarme exhausta no ha surtido el efecto deseado.

Estoy más intranquila que nunca. Como una fiera enjaulada. Mañana iré a apuntarme a la piscina. Quizá la natación me sirva de algo. En California nadaba mucho. A diario. Cómo echo de menos California.

—¿Tomamos una copa?

Bajo la mirada hacia Mia —soy unos diez centímetros más alta que ella— y hago un gesto afirmativo, que le da permiso para agarrarme de la mano y arrastrarme hacia la barra.

Debe de ser clienta asidua de este lugar. El barman la atiende de inmediato. En unos dos minutos ya tenemos nuestras bebidas en la mano.

—¿Te ha llamado Ash? —me dice, después de darle un sorbo a su copa.

Adoro a esta chica. Va a proporcionarme la información que necesito y creerá que ha sido todo idea suya.

—No. No he sabido nada de él.

—¿Será capullo? Me dijo que hiciste una gran entrevista.

No consigo retener la sonrisa. Tengo que morderme el labio para evitar que se convierta en un gesto demasiado delatador.

—Ah, ¿sí? ¿Eso te dijo?

—Mm-hm. Lleva toda la semana preguntándome cosas sobre ti.

Qué curioso. Justo lo que yo he intentado no hacer.

—¿En serio? ¿Y qué es lo que pregunta?

Primero me pone los ojos en blanco. Después, me tranquiliza con una sonrisa.

—Nada. Cosas sin importancia. Hace cuánto que te conozco, cómo nos conocimos, si confío en ti… Tiene la extraña política de contratar solo a gente de confianza, por eso te recomendé. Sé que

te puede ayudar a abrirte hueco en el mercado local. Me sorprende que no te haya llamado. Prometió hacerlo.

Me encojo de hombros con fingida indiferencia.

—Quizá haya encontrado a alguien mejor.

—¿Mejor que tú? No digas tonterías. Eso es imposible.

Me vuelvo a encoger de hombros como si no me importara demasiado el asunto. Pero mi mano tiembla encima de la copa. Mierda. Quiero este trabajo y empieza a preocuparme la posibilidad de que no lo consiga.

—Mia, ¿qué le has contado a tu hermano sobre mí exactamente?

Ahí está. La gran pregunta.

Ella parpadea, sorprendida por mi tono grave y el cambio de registro.

—Tranquila. No le dije por qué estás en Cleveland ni que fuiste paciente mía durante ese medio año que estuve haciendo prácticas en Los Ángeles.

—Bien. Porque es un tema del que no me gusta hablar.

Con una sonrisa cargada de comprensión, me pone la mano en el hombro y retiene mi mirada.

—Eh, no te preocupes. Estoy obligada a mantener el secreto profesional, Alex. Solo le dije que nos presentó una amiga común. Lo cual es cierto. Te conocí en una fiesta, gracias a Blake, ¿recuerdas? Que hayas hecho terapia conmigo durante un tiempo bastante limitado no es de incumbencia de Ash, ¿no te parece? Por cierto, ¿aún vas al psicólogo?

Niego.

—Lo dejé. Ahora que he puesto tierra de por medio entre el motivo de mi ansiedad y yo, ya no lo necesito como antes. Con correr y esas cosas me vale. Ya nunca tengo ataques de pánico.

—Me alegro de oírlo. Cambiar de escenario es lo mejor que podías hacer.

Le devuelvo la sonrisa y, no sé por qué, miro por un segundo hacia arriba, como si algo atrajera mi mirada hacia ahí.

Y entonces mis ojos se cruzan con los de Ash y el estómago se me tensa con una especie de espasmo nervioso.

Estoy atrapada, joder.

No respiro, no parpadeo. Solo lo miro, como si no viera nada más.

No hay forma humana de quitarle los ojos de encima a alguien que desprende tanta energía que perturba la atmósfera de un club en cuanto entra. Percibo cómo cada átomo y cada molécula de aire se rebelan y empiezan a vibrar a su alrededor.

Todo mi sistema nervioso se pone en alerta máxima, y un intenso deseo físico me sacude con fuerza, agarrándome desde muy dentro.

De algún modo, el club se ha vuelto electrizante bajo la implacable fuerza de su mirada.

Mia me dice algo. Asiento, distraída. No puedo concentrarme en ella. Su hermano atrae toda mi atención.

Y me parece que yo he captado la suya.

Sin esbozar ningún gesto, se inclina sobre la barandilla metálica y me observa con una fijeza perturbadora.

Detrás de él hay un enorme cartel luminoso.

PELIGRO.

Muy acertado. ¿Una advertencia?

Podría ser.

Mis ojos se arrastran por toda su figura, ansiosos, hambrientos, fascinados por su persona.

Lleva traje, un traje negro que le sienta tan bien que dan ganas de echarse a llorar, y su presencia aniquila todo lo demás, personas, ruidos, movimiento...

La gente a nuestro alrededor se ha convertido de repente en títeres de un juego que alguien ha dejado en suspenso. Solo importamos él y yo. Es una locura. ¿Cómo puedo sentir una atracción tan descabellada por alguien que acabo de conocer?

Frunzo el ceño disgustada y me obligo a coger aliento.

En un alarde de sensatez, incluso decido ponerle fin a nuestro inquietante contacto visual.

Es mi cuerpo el que no obedece y refuta toda la lógica de mi mente, con tanta destreza que, al final, no me queda otra alternativa salvo la de no perderlo de vista.

Me siento como un cazador que calibra a su presa a través del punto de mira de la escopeta.

Ash está absorto. Sus ojos azules recorren mi cuerpo una y otra vez, tan lentos como una caricia, y me doy cuenta de lo mucho que necesito que lo haga, de que me he pasado toda la noche deseando ver esa expresión de ansia en su cara; de que he venido aquí solo por él y que, al comprarme este vestido, me imaginé sus fuertes manos en mis hombros, a punto de deslizar los tirantes hacia abajo.

En mi mente, sus labios se aproximaban a mi oído, su nariz me inhalaba, y podía sentir su áspera respiración en la nuca y los tensos músculos de su pecho pegados a mi espalda.

Era preocupante cómo reaccionaba mi cuerpo ante esa fantasía.

Mierda. ¿Qué estoy haciendo?

Rompo de golpe el contacto visual, me pongo de espaldas a él y me concentro en la conversación que se supone que estoy manteniendo con su hermana, si es que asentir de vez en cuando pudiera ser catalogado como *conversación*.

Lo intento con todas mis fuerzas, intento resistir la tentación de volver a mirarlo, pero la energía estática que ruge a mis espaldas es tan inexorable que, al cabo de unos dos minutos de luchar conmigo misma, vuelvo la cabeza hacia atrás y registro otra vez la oscuridad en busca de ese rostro cuya expresión imperturbable no consigo quitarme de la cabeza.

Mi corazón pega un salto brutal entre las costillas cuando nuestros ojos vuelven a establecer contacto. Creo que él en ningún momento ha dejado de observarme.

Cabeceo sin dar crédito, pongo una sonrisa incrédula y, apresando el labio inferior entre los dientes, le dirijo una mirada de lo más concentrada, casi obscena.

La débil insinuación de una sonrisa aflora en las comisuras de su boca.

Sus ojos, en cambio, no me sonríen. Están demasiado encendidos, llenos de peligro.

Se me cambia la cara cuando una mujer rubia, explosiva, se acerca él y le apoya la mano en el hombro. Ash se gira, intercambian unas cuantas palabras. Es evidente que se conocen. Tal vez sea su novia.

Experimento una punzada de celos, muy fuera de lugar, y una ligera contracción en el estómago.

Agito la cabeza, sin poder creerme esta locura. No tiene ningún sentido ponerse así. ¿Nervios a flor de piel y esta ridícula agitación en el estómago? Por favor. Soy demasiado cínica para el amor a primera vista.

Y, además, la posesividad no es lo mío. Soy una gran defensora del libre comercio. Tal vez no haya encontrado aún a un hombre que me haga pensar en exclusividad.

«O, tal vez, sí…» recapacito mientras lo sopeso con la mirada.

Tengo que reprimir el impulso de preguntarle a Mia quién es esa mujer que lleva vaqueros negros ajustados, botines de tacón y una especie de sujetador por debajo de la chupa de cuero desabrochada. No es buena idea andar haciendo preguntas personales. Se supone que mi único interés en su hermano tiene que ver con el trabajo que intento conseguir. Que tenga o no novia no viene a cuento.

Delante de mis narices, la rubia echa la cabeza hacia atrás y lo provoca con un beso en la boca. Mi mano se tensa alrededor de la copa. Creo que acabo de recibir la respuesta a mi pregunta. Sale con ella. O, como mínimo, *folla* con ella.

Admito que le pega. Parece mala, dura; hecha de la misma pasta que él.

Muy distinta a mí.

Tiene tatuajes en el costado y se la ve muy desenvuelta, segura de sí misma. Es la reina de este lugar, no me cabe duda.

Y él la ha besado en la boca. Joder.

«Joder, joder, joder».

Mia me cuenta cosas de su novio y que su hermano no quiere que salga con él. ¡Por supuesto que es tan capullo como para entrometerse en la vida personal de su hermana! ¿Por qué será que eso no me sorprende en absoluto?

Me acabo la copa de un trago, me vuelvo hacia la barra y le hago una señal al barman, que deja lo que está haciendo para prepararme un segundo cóctel.

Viene bien tener enchufe. Con la cola que hay, podría estar esperando turno más de una hora, y menos mal que no ha sido el

caso porque necesito el alcohol tanto como necesito el aire que respiro.

Con la nueva copa en la mano, apoyo la espalda contra la barra y de nuevo tropiezo con los fluorescentes iris que me observan desde arriba.

Está solo otra vez, pendiente al cien por cien de mí.

Esa forma de sostener mi mirada, como si mientras me mira intentara descifrarme, me pone un poco nerviosa, pero procuro que no se me note.

Mírame. Soy una *femme fatale* y no me importáis en absoluto ni tú ni tu novia súper sexy.

Mantengo los ojos clavados en los suyos hasta que me bebo la copa entera de Martini.

Juraría haber percibido un pequeño atisbo de sonrisa en las comisuras de sus labios, pero no me quedo para analizar sus gestos. Le vuelvo la espalda con absoluto desdén, dejo la copa vacía sobre la barra y arrastro a su hermana de vuelta a la pista de baile.

Me aseguro de ponerme justo debajo de él. Para tocar las narices.

El ritmo de la canción es lento y sugerente. Kaleo siempre lo es, entiende de obsesiones mejor que nadie. Dejo que su rasgada voz inunde cada fibra de mí, cierro los ojos y hago del baile una provocación.

Los flashes me hacen sentir desenfrenada y sexy.

Me gusta la sensación.

Uno de los amigos de Mia se acerca y le susurra algo al oído. Ella compone una pequeña sonrisa de disculpa y me dice que tiene que subir un momento al reservado para despedirse de alguien. Me pregunta si quiero acompañarla. Le digo que no. Me insiste, y yo vuelvo a asegurarle que no me importa en absoluto quedarme sola.

De todos modos, no lo estoy. No he vuelto a mirar, pero tampoco me ha hecho falta. He notado sus ojos siguiéndome entre los flashes, arrastrándose por mi cuerpo lentamente. Desnudándome. Follándome.

Estoy en el punto de mira de su escopeta. Me he asegurado de estarlo.

Así que me despido de Mia con la mano, cierro los ojos y me dejo llevar por la sensual cadencia de la música. El DJ es bueno, aunque no sé si pretende que follemos en los reservados o que nos pasemos de la raya con el MDMA.

¿Ambas?

Sonrío cuando noto unas cálidas manos apoyarse en mis caderas. No necesito girarme para saber que son suyas.

—Hola, pequeña —susurra, con los labios muy cerca de mi oreja, como en mi fantasía.

Su voz, baja y gutural, me hace volverme consciente del tacto sedoso que tiene el vestido encima de mis pezones, del roce de la tela, de la sensibilidad que esa insuficiente caricia produce entre mis piernas.

El efecto se debate entre placer y dolor. Dolor porque es un deseo frustrado, lejos de verse satisfecho. Y placer porque no puedo evitar sentirme cautivada. Es algo superior a mí, una fuerza invisible que me arrastra hacia él. Ni siquiera sé cómo reaccionar. Mis libros no me han preparado para algo así. Los libros nunca hablan de hombres como él.

Aunque, ahora que lo pienso, ¿qué posibilidades hay de que existan más hombres como él? Probablemente, ninguna. Quizá sea un caso singular en el mundo.

Como no le hago el menor caso, me gira entre sus brazos hasta que mis ojos acaban a la altura de su impresionante boca.

Pequeña…

Me gusta cómo suena.

Y es acertado. Parezco una canija a su lado.

Los flashes se intensifican. El DJ cambia el ritmo otra vez. Aún más sensual. Perfecto para follar duro.

Ash me roza la mejilla con el pulgar antes de coger mis muñecas y colocarlas alrededor de su nuca. Sus manos me sostienen con firmeza por las caderas. Me estremezco y, con la boca seca, me pego un poco más a su pecho.

—¿Por qué estás aquí sola? —susurra, con su apuesto rostro inclinado sobre el mío.

Levanto la mirada hasta que mis ojos impactan de lleno contra los suyos como una flecha que se clava en la diana.

—¿Por qué no está con su novia?

Se echa a reír. Dios mío. Cuando ríe, es un espectáculo. Me obligo a no mirarlo embobada.

—No es mi novia.

—Entonces… ¿va por ahí besando a gente desconocida?

—¿Tienes celos?

Mis labios se mueven solo un ápice, casi con desprecio.

El club se llena de humo. Los flashes se han vuelto psicodélicos.

—No dignaré eso con una respuesta.

Me agarra el cuello con los dedos y acerca mi boca a la suya.

—Tramposa —susurra contra mis labios, esbozando una pequeña sonrisa.

Mi respiración se acelera tanto que tengo que abrir la boca para inhalar con más facilidad.

Aunque, al hacerlo, comprendo que no es aire lo que respiro, sino a él.

Y eso me excita mucho.

Sus ojos observan mi boca, tan fieros que por un segundo pienso que va a ceder a la tentación de besarme. Me siento casi decepcionada cuando vuelve a centrarse en mirarla.

—¿Te lo estás pasando bien esta noche?

Intento con todas mis fuerzas mantenerme impasible ante su escudriño, pero no lo consigo y al final me rindo y me sumerjo en su mirada, hasta que la curiosidad me absorbe por completo, como le pasó a Pandora.

Quiero averiguarlo todo sobre este hombre.

Es tan insano que ni siquiera me molesto en explicármelo a mí misma.

—¿Y usted?

—Yo he preguntado primero.

—Sí, me lo estaba pasando bien.

—Parecías aburrida antes.

¿Antes? ¿Cuánto tiempo lleva aquí? ¿Y cómo es que no lo he visto? No será por no buscarle…

—¿Me ha estado observando?

—Y tú a mí, así que guárdate la indignación.

Asiento con tanto fastidio que lo hago sonreír. Su cara aparece y desaparece según estallan los delirantes flashes.

—En realidad, miraba al tipo de detrás —contesto indiferente, con la esperanza de bajarlo de su nube de presunción.

Una chispa de diversión ilumina por su segundo la oscuridad que arde tras sus pupilas.

—Qué mentirosa. Los dos sabemos que no podías quitarme los ojos de encima.

—Uy, qué pedante. ¿Tan irresistible se cree?

—Sé que lo soy —responde, con una sonrisa de lado.

Me echo a reír, niego y me aparto de su pecho.

Me atrapa por las muñecas y, sin ningún esfuerzo, vuelve a pegarme a su sólida caja torácica. Noto el áspero calor que desprende incluso a través de la ropa que nos separa.

—¿Vas a alguna parte?

—A mi casa —respondo, con los ojos encajados en los suyos—. ¿Por qué?

—Es pronto.

—Ya. Pues me aburro.

Su mano se tensa en mi cintura. Me estremezco y me tomo un segundo para saborear la intensidad del momento. Su roce es eléctrico y siempre va seguido de un latigazo en el estómago.

—Podría llevarte a un lugar más… privado —me propone, con una mirada tan intensa que me hace contraer el abdomen.

Su mano se mueve desde mi cadera hasta la parte baja de mi espalda. Me atrae un poco más cerca de los duros músculos de su pecho, de la boca sensual que tanto me obsesiona. Un espasmo de placer repta por todo mi cuerpo.

Echo un poco la cabeza hacia atrás, para enfrentarme de lleno a sus ojos.

—Es el colmo de la arrogancia si de verdad cree que voy a decir que sí a eso.

Asiente, fastidiado, y evalúa mi rostro con una mirada de lo más concentrada.

—Toma al menos una copa conmigo antes de marcharte.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Porque te lo pido con educación? —me susurra al oído.

El corazón me da un fuerte baquetazo entre las costillas al notar su rápida respiración acariciándome la clavícula.

Los ojos que me inundan cuando me aparto de él son tan tranquilos que me recuerdan a las aguas de un lago helado. No puedes saber lo que ocultan tras la superficie, ni calcular la magnitud de las profundidades en las que podrías hundirte si bajaras la guardia por un momento.

Me pierdo en ellos y una vez más vuelvo a experimentar la oleada de peligro, tan cercana, tangible, inminente y real que casi puedo notar su sabor en la punta de la lengua. Mi instinto me dice que huya; me grita que salga de aquí lo antes posible.

No puedo estar a salvo si él anda cerca.

—Está bien —cedo, desafiando todo cuanto mi cerebro me pide que haga.

Sus ojos aterrizan sobre la base de mi garganta, justo encima del latido frenético de mi pulso, y se mantienen ahí unos eléctricos segundos.

—Ven —me susurra, con mi mano en la suya.

Sus dedos arden como el fuego.

Tragando saliva, lo sigo a través de la aglomeración. Subimos la escalera y me conduce al reservado donde sospecho que ha estado escondido toda la noche.

No me extraña que haya podido observarme sin que yo le viera. Me tenía justo en frente, al otro lado del círculo, y aquel reservado, a diferencia de este, no es tan privado.

Hay gente cuando llegamos, pero les hace un gesto con la barbilla y se marchan todos.

—¿Qué ha sido eso? —finjo indignarme—. Querido, ¿crees que es demasiado pronto como para que me presentes a tus amigos?

El esbozo de una sonrisa socarrona se insinúa en los bordes de sus labios. Mi sarcasmo le divierte, o puede que sonría porque haya decidido tutearle de repente. Puede que le vaya el rollo de la

dominación y que mi empeño por hablarle de usted se la ponga dura.

Vale, no voy a pensar en partes de su cuerpo que podrían ponerse duras porque no me apetece empezar a hiperventilar otra vez.

—Esta noche no quiero compartirte.

—Solo vamos a tomar una copa —le recuerdo con una medio sonrisa irónica—. No te hagas ilusiones.

Sus dientes blancos asoman por debajo de su risa.

Con un gesto de la mano, me invita a tomar asiento y, después de desabrocharse los botones de la chaqueta con dos dedos, se arrellana, cuan largo es, en el sofá a mi lado. Sus piernas llegan casi hasta la mitad del reservado. Tiene una estatura impresionante, y unas manos enormes que parecen capaces de infringir mucho daño.

Muestra aplomo y serenidad, y siempre es muy educado, pero me siento como si estuviera cara a cara con un depredador nato y supiera que no me conviene en absoluto convertirme en su próxima presa.

A pesar de todo, aquí estoy, sentada a su lado, como si el aura de peligro que lo rodea, en vez de repelerme, me atrajera.

No le quito los ojos de encima y él, con tranquilidad, se saca el paquete de cigarrillos del bolsillo y lo planta sobre la mesa, junto a la caja de cerillas.

—¿Siempre usas cerillas?

La pregunta le hace cierta gracia, como si se tratara de una broma que nadie salvo él podría entender.

—Resultan muy útiles en alguna que otra ocasión.

—No serás pirómano.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta un par de carcajadas.

—No —responde, aún divertido por mi desconfianza.

—¿Sabes?, la primera vez que te vi tuve la sensación de que no sueles reírte mucho, me costaba colocar una sonrisa en tus labios. Me equivoqué.

Su rostro adquiere un repentino aire serio y noto que me evalúa con más atención que antes.

—No. Acertaste. No suelo reírme.

—Ah. Entonces, ¿te divierto?

No esboza ningún gesto, no me concede ninguna respuesta.

Al final sonríe y, sin romper el magnético contacto visual, coge la botella de cristal tallado que hay sobre la mesa, da la vuelta a dos vasos limpios, que alguien ha traído en una bandeja plateada, y los llena de alcohol.

—¿Qué es? —pregunto, cuando me ofrece uno a mí.

—Whisky escocés. —Toma un sorbo y parece degustarlo encima del paladar—. Pruébalo. Es una exquisitez con más años que tú.

—No me va mucho el whisky.

—Confía en mí.

—Me pides lo imposible.

A pesar de mis provocaciones lingüísticas, me acerco el vaso a los labios.

Me observa, divertido. Pruebo el alcohol, tomándome unos momentos para saborearlo.

—¿Qué tal?

—No está mal. Sabe como a… tabaco y… ¿cítricos, tal vez?

—Mira tú por dónde. —Asiente, impresionado—. Tienes un gran paladar.

—Hm. Gracias. Eso nunca me lo habían dicho.

Por lo general los tíos me dicen que tengo buenas tetas o una boca follable...

Tuerzo los labios en una mueca apreciativa y tomo otro sorbo. Su sonrisa se hace más amplia al ver que le empiezo a coger el gusto. Tengo ganas de sacarle la lengua, porque no aguanto esa expresión de *te lo dije.*

—¿Ya estás del todo instalada en Cleveland?

—He sacado mis cosas de las cajas, si es eso a lo que te refieres.

Tras otro trago, me sopesa con la mirada.

—Así que piensas quedarte.

—Como bien sabes, intento empezar de cero.

—Ya me dijo mi hermana que sueles ser testaruda.

—Y a mí que te tengo tan intrigado que no dejas de hacerle preguntas.

Contiene la sonrisa, baja la mirada al suelo y asiente para sí. Diría que está un poco avergonzado.

—Puede que haya preguntado una o dos cosas sobre ti —admite, atravesándome de nuevo con la mirada, una mirada oscura que me hace apretar los muslos para frenar la humedad que no deja de acumularse entre ellos. Creo que he bebido más de la cuenta. Noto que hoy no tengo inhibiciones.

—¿Por qué? —susurro, con un repentino nudo en la garganta.

—Quiero conocerte.

—¿Te tomas tantas molestias con todos tus empleados? He oído que tienes más de doscientos.

—Me tomo estas molestias solo con los empleados con los que planeo acostarme.

Finjo estar muy conmovida.

—Qué tierno. Pero conmigo no vas a acostarte. Lo sabes, ¿verdad? Además, ¿qué pensaría tu novia?

—Seven no es mi novia.

—¿Seven? Tiene un nombre curioso.

—*Es* una chica curiosa.

—¿De qué la conoces?

Se produce una pausa, al cabo de la cual él tensa la mandíbula.

—¿Por qué no hablamos mejor de nosotros?

—No se me ocurre nada que decir al respecto.

—A mí, sí. —Con una sonrisa apenas esbozada, pasea la mirada por todo mi rostro—. Me gusta el vestido que llevas.

—Vaya. Gracias. Eres muy amable.

—Me gustaría quitártelo —prosigue con voz gutural.

Sonrío con incredulidad y mantengo los ojos encajados en los suyos.

—Dios. ¿Siempre eres tan lanzado?

—Solo si el premio vale la pena.

—No soy un premio.

—¿Por qué no lo discutimos en un ambiente más íntimo? —me propone, inclinándose sobre mí.

Tengo su indolente boca casi encima de la mía y el corazón, que me late con fuerza entre las costillas, asegura que, a pesar de la

indiferencia que intento proyectar, me muero por besarle.

—No voy a acostarme contigo.

—¿Te refieres a esta noche o…?

Sonrío para mí, me acabo el whisky de un trago y deposito el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

Solo después de este teatro mis ojos vuelven a enfrentarse a los suyos.

—*Nunca* —zanjo con una dureza que le arranca una sonrisa torcida.

—¿Me retas a conquistarte? —me pregunta con una mueca divertida.

¿Encima va de gracioso?

—Te reto a rendirte —rezongo, poniéndome de pie.

El bajo de mi vestido queda justo a la altura de sus ojos, y me estremezco en lo más profundo de mi ser cuando su mirada oscura emprende un lento camino por mi cuerpo, hasta volver a encontrar la mía.

—Rendirse es de cobardes, Alexandra. ¿Qué haces mañana?

—Elegir cortinas nuevas.

Su boca se despliega en una sonrisa socarrona. Es evidente que está haciendo un gran esfuerzo por no reírse.

—¿Qué tal si dejas las tareas domésticas para otro momento y mejor quedamos para hablar de trabajo?

—¿De trabajo o de cómo piensas persuadirme para que me abra de piernas? —le propongo con ironía.

—No necesito persuadirte. Los dos sabemos que va a pasar, tarde o temprano. Es una de esas cosas inevitables.

—Me voy. No puedo con tanta arrogancia.

Se levanta y evalúa mi rostro muy de cerca, tan pegado a mí que su áspero aliento golpea contra mis labios.

—Deja que te lleve a casa.

—Ya soy mayorcita.

—¿Esto va a ser así siempre?

—Así, ¿cómo?

—¿Yo te pediré cosas y tú me las negarás?

—Más o menos —admito, divertida.

La respuesta parece gustarle. Cabecea para sí, antes de volver a sonreír.

—Te llamo mañana.

—Quizá conteste.

Se echa a reír y yo me marcho antes de que las cosas se descontrolen. Esta noche he estado a un paso de abalanzarme sobre su boca y robarle un beso, y necesito poner un poco de orden en mi mente antes de volver a estar tan cerca de él.

Capítulo 4

Ensénname un poco más.
Estoy de rodillas
Te vendo mi alma.
(Canción *Lady, Touch Yourself*,
Nikki Idol)

Ash

Llevo dos horas mirándola como un puto perturbado.

Fui yo quien implantó en el cerebro de Mia la idea de que la invitara. En cuanto mi hermana me contó que iba a ir al *Fever* esta noche, supe que tenía que conseguir que se trajera a Alexandra.

Por supuesto, no podía parecer demasiado interesado sin despertar a la psicóloga que lleva dentro, así que se lo comenté de pasada, durante el desayuno de esta mañana.

—Imagino que invitarás a tu amiga Alexandra, ya que tan empeñada estás en ayudarla a integrarse en la… *alta* sociedad de Cleveland.

Felicitándome a mí mismo por mi desdén y por mi voz ligeramente burlona, seguí untando mantequilla sobre una tostada como si nada.

Mia dejó su croissant recién horneado sobre el plato y me miró sorprendida.

—Ash, ¡qué buena idea acabas de tener! La llamaré.

Con rostro imperturbable, mordí la tostada y le devolví a mi hermana una mirada carente de cualquier emoción.

—¿A quién?

—¿Cómo que a quién? ¡A Alexandra!

—Ah. ¿Por qué?

—¡¿Cómo que por qué?! —me chilló Mia, exasperada. En mi fuero interno, me partía de risa—. Para… Mira, olvídalo. Nunca te enteras.

Me encogí de hombros con indiferencia y seguí devorando mi desayuno. Como no había cenado la noche anterior, me moría de

hambre.

—¿Te vas a comer eso?

Mi hermana negó con aire de mártir.

—Eres un bruto, ¿sabes? —dijo mientras empujaba su plato hacia mí.

Agarré un tenedor y pinché la mitad de la tortilla que ella ni siquiera había tocado. Ahora nos iba el derroche. Hubo una época en la que nos metíamos en la cama con el estómago vacío. Yo la recuerdo muy bien. Mia parece haberlo olvidado.

—Entonces, ¿con quién vas a salir?

—¡¿Es que tú nunca me escuchas?! —se volvió a sulfurar.

—Claro que te escucho. Joder, no grites, que me late la cabeza. Llevo dieciséis horas sin dormir.

—Dejémoslo. Mejor me voy a llamar a Alexandra.

Sonreí para mí y, masticando con parsimonia, la seguí con la mirada por todo el comedor.

Me parecía importante que la llamada la hiciera mi hermana.

Si la hubiera invitado yo, Alexandra no habría venido por puro orgullo.

Y tampoco descarto que su pasado esté influenciando algunas de sus decisiones. Quizá por eso crea que soy peligroso. Tal vez haya aprendido a analizar mejor a los hombres después de ese episodio de malos tratos.

Cada fibra de mí me dice que usted es peligroso.

Aún veo sus preciosos labios formular la frase.

Estaba mirándole la boca, ensimismado, y necesité unos momentos para comprender el significado de sus palabras.

Acertó, claro. *Soy* peligroso. Pero conmigo está a salvo. Nunca haría daño a una mujer. A pesar de todo, tengo un código moral.

La espío desde mi reservado y aprieto la mandíbula hasta que se me vuelve a disparar el tic, el latido que no puedo controlar. Solo de pensar en que alguien sería capaz de ponerle la mano encima se me revuelve el estómago.

Si ella fuera mía…

Freno el pensamiento y frunzo el ceño, desconcertado.

¿Mía?

«No me jodas, Ash».

Sorbo un poco de whisky, gruño de puro disgusto y decido calmarme un poco.

Alexandra no tiene ni la menor idea del interés que ha despertado en mí.

Es una curiosidad casi enfermiza. No recuerdo haberme sentido nunca tan intrigado por una mujer. Hay algo en ella que me impide mantenerme apartado.

Dejo resbalar la mirada por su cuerpo, sus largas piernas, la elegante línea de su clavícula…

Ese vestidito me está volviendo loco.

La tengo justo en frente, sentada de perfil, inmersa en una conversación con el novio de Mia.

Sus preciosos labios se mueven, aunque no puedo pillar ni una palabra de lo que está diciendo. La veo reírse, beber champán, jugar con su pelo…

Parece acalorada.

Me visualizo a mí mismo sentado a su lado, con la boca muy cerca de su oído. Le diría *hola, pequeña.* La inhalaría, la mordería, la lamería, la absorbería, me la follaría…

Y su sabor sería infinitamente más exquisito que el de mi whisky escocés favorito, con el que, por desgracia, me tengo que conformar por ahora.

*****

Una hora más tarde, sé todo cuanto necesito saber: no disfruta con nada de esto.

Se ha pasado la noche entera registrando el club con la mirada, como si estuviera buscando a alguien.

No he podido evitar preguntarme si me estará esperando a mí. La idea me gusta. Me gusta mucho.

—¡Y va la piba y me dice que quiere por detrás! ¿Te lo puedes creer? Mi puto sueño hecho realidad. ¿Me escuchas, cabrón?

Le dedico una mirada seca a Colin, un muy viejo amigo que trabaja para mí. Me acaba de dar un golpe en el pecho para llamar

mi atención. Se ha percatado de que no dejo de mirar el reservado que tenemos enfrente y que me importa bien poco su cháchara.

—Por desgracia, te escucho, Colin. La chica quería que se le metieras por detrás.

—Bah, que te den. No me estás haciendo ni puto caso.

—Pues lárgate, coño. Déjame tranquilo.

Colin se levanta del sofá y yo me enciendo el enésimo cigarrillo de la noche.

No dejo de vaciar copas de whisky, concentrado al cien por cien en ella.

En un club lleno de gente, solo tengo ojos para una persona. Es mi jodida criptonita.

Escupo una maldición cuando Mia la coge de la mano y la arrastra hacia la escalera.

Con una mueca de disgusto, me acerco a la barandilla para no perderlas de vista. No me cabe duda de que la idea de bajar es una ocurrencia de mi irracional hermana. Siempre lleva mi paciencia un ápice más allá del límite. ¿Por qué no pueden bailar en el reservado? ¿Qué necesidad hay de mezclarse con desconocidos?

Me mosquean estas pequeñas provocaciones, y se lo he dicho a Mia decenas de veces. Estamos en mi club y agentes de seguridad de mi máxima confianza controlan a todo el que entra, pero, aun así, alguien podría colar un arma y hacerle daño. Mis enemigos saben cómo llegar hasta mí, y no te conviertes en el rey de los bajos fondos sin granjearte unos cuantos por el camino.

Con la mandíbula en tensión, apoyo las palmas contra la barandilla y sigo a las chicas con la vista.

Todo normal, hasta que, de pronto, alguien se acerca a Mia.

Me enderezo de golpe, me llevo la mano al costado y palpo la pistola a través de la tela de la chaqueta. Noto su tacto firme contra los dedos y eso me tranquiliza. Soy un buen francotirador, aunque no veo cómo podría cargarme a ese tío sin herir a nadie más en el proceso. Un club lleno de personas no es el mejor de los escenarios para logar un disparo limpio.

Justo debajo de mí, Mia empuja al tipo hacia atrás y este se va a fastidiar a otra. Lanzo un profundo gruñido y suelto, aliviado, la

pistola.

Así que solo quería ligar.

Hago una mueca de exasperación con los párpados y niego para mí. Por poco me cargo a ese gilipollas.

—¿Adónde vas, Mia? —bisbiseo crispado cuando mi hermana vuelve a moverse por el club. Joder. No se puede estar quieta ni un segundo.

Alexandra la sigue.

Lleno de tensión, ladeo la cabeza hacia la derecha y luego hacia la izquierda para relajar un poco la tirantez que agarrota mi cuello.

Las chicas se apoyan contra la barra.

Me pregunto de qué estarán hablando. Parece algo íntimo. Alexandra está un poco incómoda.

Mis ojos se arrastran por la firme línea de su mandíbula, por la respingona nariz, por los voluptuosos labios que ella se humedece cada pocos segundos.

La reclamo con la mirada, hasta que sus ojos de Bambi se alzan de golpe hacia los míos, con tanta precisión que contengo el aliento, sorprendido por el salto brutal que acaba de pegar mi corazón entre las paredes de mi pecho.

Me reconoce al instante. No parece sorprendida de verme. Ni siquiera parpadea. Sus peculiares ojos ambarinos se clavan en los míos, tan provocadores que me embarga la absoluta certeza de que ella sabe que he estado aquí toda la noche, observándola desde las sombras.

Es perfectamente consciente de que le acaban de tender una trampa.

Sonrío para mí.

«Bambi, no te haces ni una idea. Ahora mismo te estoy follando en mi mente y te está encantando».

—¿Te han dicho alguna vez que puedes llegar a ser muy siniestro?

Escupo un improperio entre dientes y, todo aplomado, me vuelvo hacia Seven, que está de pie a mi lado, con una sonrisa lasciva en la cara.

—Pensaba que no vendrías esta noche.

Me había asegurado de mantenerla ocupada. Seven es como una gata territorial a la que no quiero demasiado cerca de Alexandra porque me da miedo que clave las garras en su cremosa piel.

—No quería que me echaras de menos, pequeño —me responde con un puchero afectado.

—Por eso no deberías haberte preocupado —la exhorto.

Mi rostro desprende la misma dureza que un enorme bloque de hielo y eso le arranca a Seven una sonrisa socarrona, esbozada solo con las comisuras de la boca.

—¿Quién es la mosquita muerta?

Vuelvo a soltar un improperio, esta vez hacia mis adentros.

—¿Quién? —me hago el ingenuo.

Me centro en su cara y finjo que no tengo la perturbadora necesidad de tener localizado en cada momento al imán que me atrae con una fuerza inexplicable.

—Esa que no dejas de mirar.

—Nadie.

—No parece nadie. Mientras que tú la observabas a ella, yo te observaba a ti y, créeme, me he dado cuenta de lo interesado que estás.

«La puta hostia».

—Solo es una amiga de Mia.

—La jodida Mia siempre dando por culo.

—Seven —gruño, con voz tensa, advirtiéndola de la línea que no hay que cruzar.

Los ojos verdes de Seven se llenan de aversión. Siempre le ha tenido celos a mi hermana.

Antes, solo estábamos nosotros dos contra el mundo, rollo Bonnie & Clyde, una puta pareja de psicópatas.

Después, llegó Mia, las cosas empezaron a cambiar y no fue un cambio que agradara a Seven.

Piensa que Mia es una debilucha, un lastre que me impide ser el hombre que ella cree que debería ser.

Para mí, mi hermana es la única forma de humanidad que me queda. Sin ella, sería el monstruo que la gente cree que soy. No tendría ni un solo motivo para intentar ser mejor. Mia es sagrada y

siempre la pondré por encima de todo lo demás, le parezca bien a Seven o no. Tendrá que joderse.

—¿Sabes qué? Tírate a la mosquita muerta, si es lo que quieres.

Enarco una ceja y una media sonrisa socarrona se dispara por mi cara.

—No me digas que cuento con tu permiso, cielo —contesto, irónico.

Seven invade mi espacio personal hasta plantarme las tetas en el pecho. Solo lleva un sujetador por debajo de la chupa de cuero desabrochada. Es sexy y muy mala y la quiero a millas de distancia de Alexandra.

—Cuando te des cuenta de que ella no podrá darte lo que quieres, volverás a mí.

—¿Tan claro lo tienes?

La sonrisa que recibo a modo de respuesta es lenta y provocativa, como la de un felino cuyos ojos contemplan aplomados al pequeño roedor. Solo es cuestión de segundos hasta que le salte encima.

Se relame los labios de manera obscena, pone la rodilla contra mi entrepierna y, presionando un poco más de la cuenta, me acorrala contra la barandilla, después de lo cual se inclina sobre mí.

La observo con socarronería.

En otra época, su brusquedad me habría puesto la polla dura. Ahora la tengo así por otra mujer.

—Yo soy la única en el mundo con la que puedes ser tú mismo. Acabarás cansándote de llevar siempre una máscara.

Mantengo la cara inmersa en la suya, sin moverla ni un ápice. Sé que Seven tiene razón. Si Alexandra supiera quién soy, lo que hago, que incluso yo odio a la persona que veo reflejada todas las mañanas en el espejo, saldría corriendo sin dudarlo siquiera.

—No te acerques a ella, Seven —advierto, con la suficiente dureza como para que lo entienda—. Hablo muy en serio.

Sonríe, pero es una de esas sonrisas que me dan escalofríos.

—No quiero acercarme *a ella,* pequeño. Quiero acercarme *a ti*.

—Y yo quiero que te largues. *A-ho-ra.*

Aunque no pierde la sonrisa, me percato del aire herido que brilla en su mirada. No está bien herirla. Se vuelve peligrosa cuando

alguien la ataca. Es como las serpientes. Muerde si se siente en peligro.

—Tranquilo, ya me iba. Pero, antes…

Echa la cabeza hacia atrás y me besa en los labios.

Sé que Alexandra está mirando. Lo noto. Y me mosqueo, joder.

Pero no aparto a Seven. Ella me mete la lengua dentro y yo me dejo besar, aunque tenga cero ganas de morrearme con ella ahora mismo.

—Te esperaré despierta —me susurra al despegarse nuestras bocas—. Chorreando. No creo que esa te lleve más de un cuarto de hora.

Soltando una maldición, me seco la boca con los dedos y la observo mientras se contonea hacia las escaleras. Al final niego para mí.

Ha marcado el territorio, como siempre, y me saca de quicio que haya tenido que hacerlo delante de ella.

Me aseguro de que se haya ido, antes de volverme para buscar otra vez a Alexandra.

Nuestros ojos se encuentran de inmediato a través de la oscuridad, conectan como imanes, pero ya no me sonríe, su rostro se ha convertido en una máscara helada.

Me atraviesa con la mirada y se acaba la copa de golpe.

Verme besar a Seven la ha molestado.

La idea me produce cierta satisfacción. Incluso sonrío un poco hacia mis adentros.

La sigo con la mirada por el club, pero ella, de repente, se comporta como si yo ya no existiera.

Eso me gusta menos. Se me congela la cara.

Escupo una palabrota y mis ojos llenos de deseo la observan mientras baila de forma sugerente justo debajo de mí.

«Pequeña, eso no se hace. Me estás provocando».

—Joder —farfullo, revolviéndome el pelo con los dedos. Quiero estar ahí abajo y sentir su cuerpo estremecerse contra el mío—. ¡Eh! Ven aquí —llamo a uno de los guardaespaldas que siempre me acompañan. No es que les necesite. No lo hago. Pero me gusta que la gente me subestime. Cuando alguien te subestima, no puede

predecir los golpes. Subestimar a un enemigo te vuelve vulnerable, y yo siempre me aprovecho de la vulnerabilidad de los demás—. Entretén a mi hermana durante un rato —le ordeno.

Espero, concentrado en ella, hasta que uno de los amigos gilipollas de Mia se la lleva al reservado. Ya es hora de intervenir.

Desde lo alto de la escalera, mido el club con la mirada, y después bajo los escalones con gesto decidido. Ya está bien de gilipolleces. Quiero tenerla cerca. Cueste lo que cueste y cabree a quien cabree.

La gente se aparta de mi camino, porque en el fondo todos saben que no podrían enfrentarse a esta fuerza de voluntad. Algo en su código genético les alerta del peligro.

Puede que se trate del instinto de supervivencia con el que venimos al mundo. Son capaces de reconocer la amenaza incluso cuando no saben explicar la naturaleza de sus sentimientos. Solo han notado un pequeño escalofrío por la columna vertebral al toparse con mi implacable mirada. No tienen ni idea de cuál es la causa.

Mejor.

Con aplomo, me acerco a Alexandra y hago algo que hace días que me obsesiona: la toco.

Apoyo las manos contra sus caderas y gruño hacia sus adentros al sentir la descarga eléctrica que se produce entre nuestros cuerpos.

—Hola, pequeña —le susurro al oído.

Necesito fuerza de voluntad para no rozar su oreja con los labios. Su olor me vuelve loco; lo delicada que parece a mi lado... Casi da miedo tocarla, por si se rompiera entre mis manos.

Y, al mismo tiempo, me muero por venerar su cuerpo, con las manos, la boca, la lengua; todo, joder. Se lo daría todo. Cualquier cosa.

Ahora solo tengo que conseguir que me haga caso. Es evidente que está mosqueada.

Pese a su fingida indiferencia hacia mi persona, no me aparta, se mueve contra mí y eso me tranquiliza, aún hay una oportunidad de arreglar las cosas.

Noto sus firmes nalgas presionar sobre mi polla y que me estoy empalmando muy deprisa. Esto va a ser muy doloroso.

Ahogo una maldición, antes de girarla entre mis brazos hasta que su cara casi toca la mía.

No puedo resistir la tentación de pasarle el pulgar por la mejilla. Ella se limita a observarme, con esos preciosos ojos que parecen tener el color de mi whisky preferido.

En cierto modo, ella es como el alcohol. En dosis altas podría hacerme perder la cabeza por completo.

Cojo con delicadeza sus muñecas y la hago abrazarse a mi cuello.

Cuando vuelvo a apoyar las manos contra sus caderas, Alexandra se tensa y se acerca un poco más a mí, hasta que sus pezones, tiesos, rozan los músculos de mi pecho. Puedo sentirlos. No lleva sujetador. Le arrancaría el puto vestidito ahora mismo. ¿Por qué seguimos en este lugar y no estamos solos en alguna parte?

Juro hacia mis adentros. Tengo ganas de recolocarme mis partes. La presión es dolorosa.

Inspiro hondo e intento calmarme. Con ella no puedo comportarme como un cualquiera. Alexandra no es como las chicas de mi barrio. Tiene demasiada clase. Quiere que la seduzcan.

—¿Por qué estás aquí sola? —le susurro con el rostro inclinado sobre el suyo.

Levanta la mirada hacia la mía y mi palpitante polla vuelve a estremecerse dentro de los pantalones. Tengo que apretar fuerte las muelas y apelar a cada gramo de autocontrol para que las aguas vuelvan a calmarse.

—¿Por qué no está con su novia? —me provoca, lo cual me hace reír y distraerme por un momento de lo que se siente al tenerla cerca.

—No es mi novia.

Definir a Seven como mi novia es casi antinatural.

—Entonces… ¿va por ahí besando a gente desconocida?

—¿Tienes celos?

—No dignificaré eso con una respuesta.

No puedo contenerme, la agarro por el cuello y arrastro su boca hacia la mía.

—Tramposa —le susurro con una pequeña sonrisa de satisfacción.

Separa los labios para respirar. Debe de estar ahogándose con todo este magnetismo que desprenden nuestros cuerpos. Cuando follemos, y estoy seguro de que lo haremos, será épico.

Casi cedo al impulso de besarla, pero sé que con ella he de ir despacio. No quiero asustarla.

Así que dejo de mirarle la boca como un perturbado y me concentro en sus ojos.

—¿Te lo estás pasando bien esta noche?

—¿Y usted?

Me pregunto cuándo se dejará de tantos formalismos. Quiero oír esos jodidamente preciosos labios formular mi nombre. Aunque, en mi retorcida fantasía, estoy enterrado hasta los huevos en su cuerpo y ella solo dice mi nombre para pedirme que la folle más duro.

—Yo he preguntado primero.

—Sí, me lo estaba pasando bien.

—Parecías aburrida antes.

Parpadea con evidente sorpresa.

—¿Me ha estado observando?

—Y tú a mí, así que guárdate la indignación.

Pone tal cara de fastidio que no puedo contener la diversión.

—En realidad, miraba al tipo de detrás.

Me entran ganas de reírme.

Y de besarla...

—Qué mentirosa. Los dos sabemos que no podías quitarme los ojos de encima.

—Uy, qué pedante. ¿Tan irresistible se cree?

—Sé que lo soy.

Suelta una risa y se aparta de mí.

«No tan rápido, Bambi».

Atrapándola por las muñecas, la arrastro de nuevo a mis brazos. Es donde debería estar. Cerca. Pegada a mí.

—¿Vas a alguna parte?

—A mi casa —me responde, con sus provocadores ojos encajados en los míos—. ¿Por qué?

—Es pronto.

—Ya. Pues me aburro.

Tenso la mano en su cintura para retenerla a mi lado y noto cómo se estremece. Es buena señal.

—Podría llevarte a un lugar más… privado.

Paseo la mano por su cuerpo. La pego más a mí. Se me pone más dura. «¿Lo estás saboreando, pequeña? Imagínate si estuviéramos desnudos».

—Es el colmo de la arrogancia si de verdad cree que voy a decir que sí a eso.

La respuesta fastidia un poco, aunque sabía desde el principio que ella no sería tan fácil de conseguir. Las cosas que valen la pena requieren esfuerzo y dedicación.

—Toma al menos una copa conmigo antes de marcharte.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Porque te lo pido con educación?

«Porque no quiero que te marches tan pronto, joder».

Me observa largo rato, es como si intentara buscar algo en mí. Al final se rinde.

—Está bien.

Contengo una pequeña sonrisa de triunfo. Está nerviosa. Se le acaba de acelerar el pulso. A mí también. Es una sensación cojonuda.

—Ven.

La cojo de la mano y me la llevo al reservado. Me siento como un cavernícola que acaba de arrastrar a su presa a su guarida. Tengo que contenerme un poco. No quiero meter la pata.

Les hago un gesto a todos mis amigos para que se larguen. Fuera todo el puto mundo.

Me mira divertida.

—¿Qué ha sido eso? Querido, ¿crees que es demasiado pronto como para que me presentes a tus amigos?

Sonrío. Me ha llamado *querido*.

«Vamos, di mi nombre. Di Ash una sola vez y entonces podré besarte. Joder, te daré el puto beso más obsceno que te han dado nunca, señorita Alexandra».

He hecho un pacto conmigo mismo. No pienso besarla hasta que diga mi nombre. Está bien ponerse algún límite de vez en cuando.

—Esta noche no quiero compartirte.

—Solo vamos a tomar una copa. No te hagas ilusiones.

Me rio, no puedo evitarlo. Me gusta mucho. No solo que sea guapa. Su forma de ser me pone cachondo. Me vuelven loco las mujeres que son capaces de enfrentarse a mí.

Nos sentamos en el sofá. Me pongo cómodo a su lado, todo lo cómodo que puede estar alguien tan dolorosamente empalmado, y suelto el paquete de tabaco sobre la mesa.

Parece intrigada por las cerillas. Me pregunta por qué las uso. Sonrío hacia mis adentros al recordar todos los almacenes que tuvimos que volar por los aires para destruir pruebas, minutos antes de que llegaran con una orden de registro firmada por nuestro juez. Al menos veinte naves.

Desde entonces, llevo cerillas.

—Resultan muy útiles en alguna que otra ocasión.

—No serás pirómano.

Vuelvo a reírme. Ella me hace reír. Eso es bueno.

—No —respondo, analizándola con expresión guasona. Que haya pegado fuego a mis propios almacenes no me convierte en un pirómano, sino en un hombre previsor que sabe cuándo algo se ha convertido en un lastre y se lo quita de encima antes de que lo arrastre al fondo del mar.

—Sabes, la primera vez que te vi tuve la sensación de que no sueles reírte mucho, me costaba colocar una sonrisa en tus labios. Me equivoqué.

Me pongo tenso. Ella tiene razón. En mi mundo no hay demasiadas cosas que me hagan sonreír. Mi mundo es oscuro y asqueroso, y ella nunca debería formar parte de algo así. Tendré que encontrar fuerzas para mantenerla alejada, por mucho que algo dentro de mí me exija conservarla.

—No. Acertaste. No suelo reírme —admito, después de un largo silencio.

—Ah. Entonces, ¿te divierto?

Vuelvo a tensar el gesto, a pesar de la sonrisa que me asoma en los labios, y me entretengo con la tarea de echar whisky en dos vasos.

Sus ojos me desconciertan. Ella me recuerda a alguien, a una mujer que fue muy importante para mí. También tenía ojos de Bambi y, además, de un color similar. No quiero pensar en ella ahora. No tendría sentido.

Le ofrezco una copa a Alexandra y me obligo a apartar de mi mente las sombras del pasado. Lo que importa es el aquí y el ahora.

—¿Qué es?

—Whisky escocés. Pruébalo. Es una exquisitez con más años que tú.

—No me va mucho el whisky.

—Confía en mí.

—Me pides lo imposible —murmura antes de beber.

Esbozo una sonrisa astuta, de medio lado.

—¿Qué tal? —pregunto, devorándola con la mirada como el psicópata que soy a veces.

—No está mal. Sabe como a… tabaco y… ¿cítricos, tal vez?

—Mira tú por dónde. Tienes un gran paladar.

Estoy impresionado. Es receptiva para los sabores. Mi mente pervertida se pregunta para qué otra cosa será receptiva. Decido no seguir adentrándome por senderos peligrosos y tomo un trago para despejarme las ideas.

—Hm. Gracias. Eso nunca me lo habían dicho.

Ya. No creo que el maltratador le hiciera demasiados cumplidos.

—¿Ya estás del todo instalada en Cleveland?

—He sacado mis cosas de las cajas, si es eso a lo que te refieres.

¿Quiere decir que no está de paso? Decido averiguarlo.

—Así que piensas quedarte.

—Como bien sabes, intento empezar de cero.

«Huir. Sí, estoy al tanto».

—Ya me dijo mi hermana que sueles ser testaruda.

—Y a mí que te tengo tan intrigado que no dejas de hacerle preguntas.

La puta hostia. No me gusta que Mia me haya delatado.

—Puede que haya preguntado una o dos cosas sobre ti —me veo obligado a admitir.

—¿Por qué?

—Quiero conocerte.

—¿Te tomas tantas molestias con todos tus empleados? He oído que tienes más de doscientos.

—Me tomo estas molestias solo con los empleados con los que planeo acostarme.

Me fijo en el pequeño rubor que cubre sus mejillas. Así que la idea le resulta atractiva, ¿eh?

—Qué tierno. Pero conmigo no vas a acostarte. Lo sabes, ¿verdad? Además, ¿qué pensaría tu novia?

Sonrío para mí.

—Seven no es mi novia.

—¿Seven? Tiene un nombre curioso.

—*Es* una chica curiosa —convengo, divertido.

—¿De qué la conoces?

No quiero hablar de Seven con ella. ¿Cómo explicárselo?

—¿Por qué no hablamos mejor de nosotros?

—No se me ocurre nada que decir al respecto.

—A mí, sí. —La miro intensamente—. Me gusta el vestido que llevas.

—Vaya. Gracias. Eres muy amable.

De amable, nada.

—Me gustaría quitártelo.

Alexandra me mira con una pequeña sonrisa. No se escandaliza, y eso es la hostia de bueno.

—Dios. ¿Siempre eres tan lanzado?

—Solo si el premio vale la pena.

—No soy un premio.

—¿Por qué no lo discutimos en un ambiente más íntimo? —le sugiero, inclinándome sobre su boca.

Absorbo el aire que ella expulsa y la evalúo con ojos candentes.

Algo muy dentro de mí me exige que la toque, que la bese, que la levante en vilo y la coloque en mi regazo, con las piernas envolviéndome por las caderas.

Le rodearía el cuello con los dedos y me perdería en su boca. Joder, no solo en su tentadora boca, me perdería en todo su cuerpo.

—No voy a acostarme contigo.

La fantasía empieza a desintegrarse como la niebla. «No, no, no. Vuelve aquí. Estabas en mi regazo».

—¿Te refieres a esta noche o…?

El corazón me late con fuerza en el pecho.

Tarda en responder. Primero se acaba el whisky, luego deja el vaso sobre la mesa y solo después me atraviesa con la mirada.

—*Nunca*.

Su obstinación me arranca una sonrisa lenta.

—¿Me retas a conquistarte?

—Te reto a rendirte —asegura, antes de levantarse.

Trago saliva mientras paseo la mirada por sus muslos desnudos, que quedan ahora a la altura de mi cara. Su vestido negro solo cubre lo imprescindible. Me pregunto qué clase de ropa interior habrá debajo de eso.

Si es que la hay.

No sé qué me pone más cachondo, la idea de encontrarme unas braguitas negras de encaje o la idea de no encontrar nada.

Mierda. Será mejor que la mire a los ojos.

—Rendirse es de cobardes, Alexandra. ¿Qué haces mañana?

—Elegir cortinas nuevas.

Una fuerte carcajada cosquillea en mi garganta, pero consigo tragármela y le sonrío.

—¿Qué tal si dejas las tareas domésticas para otro momento y mejor quedamos para hablar de trabajo?

—¿De trabajo, o de cómo piensas persuadirme para que me abra de piernas?

«¿Qué tal ambas?»

La idea de tenerla en este sofá, abierta de piernas, es estremecedora. Lamería cada centímetro de su piel si me lo permitiera.

—No necesito persuadirte. Los dos sabemos que va a pasar, tarde o temprano. Es una de esas cosas inevitables.

—Me voy. No puedo con tanta arrogancia.

Me levanto y me inclino sobre ella, bloqueándole el paso con mi pecho. La energía sexual que ruge entre nosotros es impresionante.

—Deja que te lleve casa —le susurro mientras lucho conmigo mismo para no besarla.

—Ya soy mayorcita.

—¿Esto va a ser así siempre?

—Así, ¿cómo?

—¿Yo te pediré cosas y tú me las negaras?

—Más o menos.

Niego con aire divertido. Joder, me gusta esta chica.

—Te llamo mañana.

—Quizá conteste.

Me echo a reír y la sigo con la mirada por el club.

Joder.

Me invade el impulso de ir tras ella, agarrarla por la nuca y profanar su boca con un beso que pondría la vida de los dos patas arriba.

Pero no lo hago. No debo. Aún no.

Las cosas buenas se hacen de esperar.

Apuro el whisky que me queda en la copa y me lleno los bolsillos con todas las cosas que he ido soltando sobre la mesa a lo largo de la noche. Será mejor que vuelva a casa. El *Fever* ya no presenta ningún atractivo para mí.

Capítulo 5

El destino cometió un error contigo,
tenías que haber nacido muerto,
yo corregiré ese error.
(Película *El Padrino III*, 1990)

Ash

Es casi mediodía cuando llego a casa. Qué mierda, joder.

Voy directo a mi despacho, me sirvo un whisky doble y me desplomo en el sillón con el vaso apretado contra la frente.

Necesito un respiro. Mi vida es demasiado caótica. No dejan de aflorar problemas por todas partes, contratiempos que todos esperan a que yo solucione.

Me tienen hasta las pelotas.

Sorbo un poco de alcohol, cierro los ojos y me tomo unos momentos para saborearlo.

—Hijos de perra —mascullo entre dientes al recordar lo que pasó anoche, cuando salí del *Fever* y, en vez de irme para casa, tuve que cruzarme la ciudad para ocuparme de un asuntillo que se podía haber evitado si la gente usara la puta cabeza de vez en cuando.

Me laten las sienes del estrés que llevo encima. Debo intentar dormir al menos hasta media tarde. Llevo veintidós horas sin pegar ojo, de la ceca a la meca.

—Hay alguien que quiere hablar contigo —me sobresalta la voz de Mia, a quien no he escuchado acercarse por el pasillo. Habría que ponerle un cascabel.

—Estoy ocupado —ladro, sin abrir los ojos.

—Es la policía.

Gruño hacia mis adentros, levanto los párpados con displicencia y mi mirada se cruza con la de mi hermana, que está de pie en el umbral, vestida con ropa de deporte. A juzgar por su rápida respiración y las mejillas rojas de frío, vuelve de correr.

—¿Han dicho qué es lo que quieren de mí?

No será por lo de anoche…

—No.

Lanzo un suspiro profundo y vuelvo a bajar los párpados.

—Ya voy.

—Te esperan en el salón.

—Cojonudo.

Apuro el whisky, me pongo de pie y tenso la mandíbula con disgusto. Cómo me gustaría tener un día normal de vez en cuando.

Hoy no va a ser.

Ajustándome la corbata al cuello, salgo de mi despacho, tuerzo por el pasillo y me dirijo al salón con paso confiado. Si aún no han echado las puertas abajo es que no se han enterado de lo de anoche.

En el salón me encuentro a dos personas, un hombre y una mujer, los dos de pie con expresiones insondables. Parecen rondar mi edad, treinta y muchos. No llevan uniforme. Eso siempre es preocupante.

—¿Puedo ayudarles?

—¿Señor Williams? Soy la inspectora Hicks, y este es el detective Payne, de homicidios.

Les doy la mano con cara impasible. A Hicks no la conozco. A Payne, por desgracia, sí, aunque no doy señales de ello cuando lo saludo.

—Encantado. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—¿Conoce a esta mujer?

Examino desapasionadamente la foto que la inspectora Hicks sostiene a la altura de mi mirada.

—No. ¿Debería?

—Su nombre es Paola Vázquez.

—Hum. ¿Qué ha hecho? ¿Por qué la buscan?

—No la estamos buscando —responde Payne con una actitud que oscila entre lo agresivo y lo desafiante—. Está muerta.

Tenso los hombros, la única reacción que me permito a mí mismo.

—Su cuerpo desmembrado apareció esta mañana en un contenedor a unos quinientos metros de su casino —me explica la

inspectora Hicks.

No aparto la mirada, a pesar de la dureza con la que me observan los dos agentes. Parece ser que ya me han incluido a la lista de sospechosos.

—Vaya. Mis condolencias a su familia.

—No tiene familia —gruñe Payne con una sonrisa de superioridad que me hace apretar los puños a ambos lados del cuerpo.

No tengo ni idea de por qué la ha tomado conmigo, y no estoy de humor para malos humos. Me encantaría propinarle al detective un puñetazo en toda la nariz, pero sé que ni siquiera yo puedo ir tan lejos, así que me limito a apretar las muelas y al final relajo los puños.

—Tenemos que hacerle un par de preguntas —me informa la inspectora con tono profesional.

—Claro.

Les señalo el sofá. Yo me siento en la butaca. Desde aquí puedo mirar a todo el mundo de frente. Como diría Alexandra, *desafiante.*

—¿Desean tomar algo?

—No, gracias —rehúsa Hicks—. ¿Dónde estaba usted anoche entre las once y las dos?

Pregunta fácil.

—En el *Fever.*

—¿Alguien puede corroborar su coartada? —me increpa Payne.

—Sí. Al menos treinta personas.

El detective hace una mueca como si no se lo creyera.

—¿Por qué no habla con los de tráfico, detective? Me pusieron una multa muy cerca del club casi a las tres de la madrugada, cuando me estaba yendo. Por lo visto, no se puede circular por las avenidas de Cleveland a noventa por hora.

—Lo comprobaremos —asegura Hicks.

Sentado en una postura bastante relajada, con el tobillo de la pierna derecha apoyado contra la rodilla de la izquierda, traslado la mirada hacia la suya.

—No me cabe duda.

Me froto la barbilla con el pulgar. La inspectora observa los tatuajes de mis dedos. Me pregunto a qué conclusiones estará

llegando. Los dos me analizan al detalle, como si cada parpadeo mío fuera crucial para su investigación. Alexandra habría sido una buena poli. Sabe interpretar los gestos de la gente.

—¿Se le ocurre algún motivo que justifique por qué llevaba Paola su tarjeta en el bolso?

Se me nubla el gesto, pero intento que no se me note mientras le sostengo la mirada a Hicks.

—¿Mi tarjeta? Ni idea. No la conocía.

—Ya. Seguro que no.

Mis ojos enfocan a Payne.

—¿Me está acusando de algo, detective, o solo está tocándome las pelotas?

Con una expresión de asco en la cara, Payne se pone de pie y me reta con la mirada.

—Pues sí, te estoy acusando, capullo. Qué vas a hacer, ¿eh? ¿Matarme como a Paola? ¿Te la tirabas? Esa zorra estaba muy buena.

—Manda cojones —farfullo para mí. Apoyo las manos en los reposabrazos de la butaca y me yergo con estudiada tranquilidad para encararlo—. No quería partirle la cara, detective, pero me parece que no me está dejando opción.

—Inténtalo, gilipollas. Matón de mierda, a ver qué sabes hacer.

Me echo a reír y asiento para mí. Mi actitud solo es la calma antes de la tormenta. He zurrado a gente por mucho menos.

Y, de todos modos, a Payne hace años que tengo ganas de partirle el careto. Más que nada, porque él tiene la vida que a mí me habría encantado tener.

—El puñetazo que le voy a dar no es por insultarme a mí, sino por faltarle el respeto a esa chica —digo, rozándome la comisura del labio con el pulgar.

—Que follen a esa zorra.

—Que la follen —repito, sin entonación alguna.

Hicks, sin dar crédito a lo que está pasando, pega un brinco del sofá y se interpone entre nosotros.

—Payne, pero ¿qué coño te pasa? ¿Estás colocado otra vez? Vamos, déjalo estar. No querrás que te abran otro expediente.

Sonrío con aire socarrón.

—Sí, detective. Cuidado no le abran otro expediente —me mofo.

Payne me fulmina con la mirada.

Al final se rinde y aparta a la inspectora con ademanes enfurecidos.

—Ya nos veremos —amenaza, antes de salir.

Suelto un silbido.

—Le noto tenso. ¿Tiene problemas en casa? Detecto una ira reprimida hacia el género femenino. ¿Su mujer se la pega con otro?

Hicks me pone mala cara, se saca una tarjeta del bolsillo y me la ofrece.

—Llámeme si recuerda algo más.

—Muy bien.

Me guardo la tarjeta en el bolsillo y la conduzco hasta la salida. Quiero asegurarme de que se largan.

—Gracias por su tiempo —me dice, antes de salir.

Me limito a asentir.

El Porche amarillo de Seven se detiene en la gravilla con un chirrido de ruedas.

La que faltaba.

La escena no es para nada llamativa...

Primero asoma un zapato rojo de tacón alto, y luego el resto del cuerpo de Seven, que, vestida de negro, con vaqueros rotos y ajustados, chupa de cuero y un sujetador que acentúa su esculpido abdomen, se acerca a la escalera, contoneándose como un felino sobre su metro setenta y cinco de altura.

El pelo rubio le cae en ondas sobre la espalda. Sus labios están pintados de un intenso rojo oscuro. El peligro que desprende es tan excitante que deja a Payne boquiabierto.

Desde la adolescencia, Seven enloquece a los hombres. Más que guapa, es impactante.

—Buenas —le dice el detective, tan eclipsado que no puede quitarle los ojos de encima.

Ella, altiva como la reina que es, le dedica una única mirada, fría y seca, por encima del hombro, y sigue caminando hacia mí.

El mismísimo viento parece doblegarse ante su presencia. Sigue arremolinando hojas secas, pero lejos de su camino. Nadie se atreve a tocarle los ovarios a Seven, ni siquiera la Madre Naturaleza. Payne debería tomar nota. No le conviene encapricharse. Ella le haría pedazos.

Hicks saluda con la cabeza. No hay respuesta.

Sev pasa a su lado con expresión congelada, sube los escalones que nos separan, me coge por la nuca con las dos manos y me besa en la boca, como suele hacer.

Lo último que veo antes de cerrar la puerta es la cara distorsionada de rabia de Payne.

*****

Se aparta al ver que no le devuelvo el beso. Sus ojos analizan los míos en busca de pistas. No hay necesidad de palabras. Estamos acostumbrados a decírnoslo todo sin abrir la boca.

—¿Cómo lo solucionamos? —dice al fin.

—Dile a Mia que venga. Que se traiga a su novio también. Esto nos concierne a todos. Os espero en mi despacho.

Hace una mueca de exasperación con los párpados, pero no se entretiene con protestas inútiles. Ha comprendido la gravedad del asunto.

Le lanzo una última mirada y tenso la mandíbula con disgusto, antes de alejarme por el pasillo.

De vuelta a la habitación donde más tiempo paso cuando estoy en casa, me siento tras la mesa y me enciendo un cigarrillo. El tabaco me ayuda a rumiar.

Para cuando aparecen Mia y Mark, ya he perfilado el plan.

—Sentaos —les pido con calma—. Tú también, Seven.

Los tres toman asiento delante de mí. Seven tiene que arrastrar la butaca. Solo hay dos sillas al otro lado del escritorio.

—Me temo que traigo malas noticias hoy. P está muerta.

Los labios de Mia se entreabren con horror. Seven permanece inalterable. Hay muy pocas cosas capaces de alterar a Seven. Ahora mismo no se me ocurre ninguna.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Mark mientras intenta tranquilizar a su novia. Mia se acaba de acurrucar contra su costado y llora en silencio.

Hago un gesto de impotencia con las manos.

—La han asesinado. No conozco los detalles. Solo sé que alguien tiró su cuerpo en un contenedor cerca del casino.

—¡Dios mío! —Mia levanta la cabeza y me mira, aterrada.

—Es horrible, lo sé —admito con expresión deshecha.

—¿Cómo nos afecta esto?

—Tu pragmatismo me inquieta, Seven. —Vuelvo hacia ella mi cara descompuesta y le clavo una mirada acerada en las retinas—. ¿No vas a lamentar la pérdida de Julian?

—Que le follen a Julian. ¿Cómo afecta a la compañía la muerte de esa zorra colombiana?

Cuando le respondo, mi voz es fría y nada afable.

—La policía estará bastante más pendiente de nosotros que hasta ahora. Es solo cuestión de tiempo hasta que averigüen que Paola era la novia de mi mano derecha y que les he ocultado información.

Pese a estar mosqueado con ella por la falta de sensibilidad que acaba de demostrar y su total indiferencia hacia la muerte de una chica inocente, le dedico una de esas miradas que lo dicen todo.

«Busca un almacén. Asegúrate de que no puedan relacionarlo con ninguno de nosotros. Guarda ahí toda la mierda que tenemos».

Lo entiende como siempre, hace un escueto gesto de afirmación.

—¿Cómo podéis ser tan insensibles? —estalla Mia, ajena al intercambio de miradas elocuentes que se produce delante de sus narices—. ¡P está muerta, joder! ¿Acaso no os importa?

—A mí, no.

—Seven, ya vale —la acallo con dureza, antes de trasladar la mirada hacia mi hermana—. Claro que nos importa, Mia. Pero dejarnos caer en la trampa de la policía no traerá a P de vuelta. Lo que hay que hacer es encontrar al que la mató y reclamar justicia. ¿Alguno de vosotros recuerda cuándo fue la última vez que la vio?

—Anoche estaba en el *Fever*.

Todos los ojos se vuelven hacia Mark. Por primera vez en su triste existencia, hace un comentario interesante.

—¿Ah sí? —Me inclino hacia adelante con evidente curiosidad—. ¿Y qué estaba haciendo?

—No lo sé. Hablaba con un tío. No lo reconocí. Creo que era de los suyos. O sea, colombiano. Moreno, tatuado, treinta y tantos… En su momento no me pareció importante. Pero ahora…

—Hay que examinar las imágenes de las cámaras de vigilancia, y rápido. Puede que a estas alturas ese capullo se encuentre ya al otro lado de la frontera. Cuanto más lejos llegue, más nos costará dar con él. El tiempo es clave.

Seven nos dedica su habitual mueca de desagrado. Sé más que de sobra que puedo contar con ella para toda clase de trabajos delicados, pero aun así arqueo una ceja en busca de confirmación.

—Está bien —cede de mala gana, después de entornar los párpados una vez más solo para dejar clara la protesta—. Llamaré a Ruby para que traiga las grabaciones de anoche.

—Hazlo. Otra cosa, y esto os concierne a los tres. A partir de hoy, nadie puede hacer un solo movimiento sin que yo me entere. Vais a necesitar protección. Estamos al borde de una guerra.

—Puedo protegerme solita, pequeño —asegura Seven con una sonrisa de mofa.

Y, para demostrarlo, aparta la cazadora para presumir de la pistola semiautomática que siempre lleva encima.

—Ya lo sé, Seven. —Joder, es una psicópata. Claro que puede protegerse solita. Pena me da el que se interponga en su camino—. Aun así, estarás siguiendo órdenes hasta que yo te diga lo contrario.

—Eres un capullo. Lo sabes, ¿verdad?

—Agradécemelo cuando sigas con vida. Al menos tú no tendrás que quedarte en casa, como Mia.

Mi hermana me fulmina con la mirada. Odia que las cosas se pongan así. Ya nos pasó una vez, cuando ella aún era una niña. Recuerdo perfectamente que no me habló en varias semanas. No comprendía por qué yo no podía ser un chico normal ni por qué tenía que ir al colegio acompañada por dos matones.

—No pienso quedarme en casa, Ash.

—No es negociable. Han tirado a Paula a quinientos metros de mi casino. Alguien intenta enviarme un mensaje. ¿A por quién crees

que irán después? ¿A por Seven, que se cobró su primera vida a los dieciséis años y disfrutó un huevo apretando el gatillo, o a por Mia, mi dulce y delicada hermanita, que nunca ha aplastado a una mosca en toda su existencia?

—Yo también puedo defenderme —declara Mia con coraje, a través de los dientes apretados.

—Sí, de los mosquitos —se mofa Seven con una carcajada socarrona.

Le lanzo una mirada de advertencia, antes de volver a evaluar a mi hermana con preocupación. Es vital que Mia colabore. No podré protegerla de otra manera.

—Harás lo que yo te diga, coño. Tu seguridad es lo más importante para mí en este momento.

—¡¿Mi seguridad?! ¿Y qué pasa con lo demás? *Tengo* una vida, Ash. *Tengo* un trabajo. No puedo abandonarlo todo solo porque a ti te salga de las pelotas. ¡Me dijiste que tendría una vida normal si volvía a Cleveland! Dónde coño está esa vida normal ahora, ¿eh?

Entrecierro los párpados, respiro hondo y, cuando la vuelvo a mirar, mis cejas forman una línea interrumpida por dos arrugas verticales. Sé que Mia lleva razón. Se merece tener una vida normal. Gracias a mí, nunca la tendrá.

—De acuerdo —accedo con voz suave—. Irás a trabajar, pero nunca sola, ¿me has oído? Te llevarás a Joseph.

—¡No puedo ir al trabajo con un gorila siguiéndome!

—Puedes, y lo harás. Mark se asegurará de que así sea. ¿Verdad, Mark?

Este asiente. No me gusta para Mia. Ella se merece algo mejor que un artista fracasado, y espero que mi hermana lo comprenda en breve.

Mientras tanto, tendré que joderme y tolerar su presencia.

—Bien, ya podéis retiraros. Os mantendré informados.

Las patas de las sillas chirrían cuando todo el mundo se levanta para marcharse.

Reclinado en mi sillón, enciendo otro cigarrillo y sigo cavilando. Mark y Seven se marchan de inmediato. Mia se entretiene devolviendo la butaca de Seven a su sitio. Es evidente que quiere

hablar conmigo en privado y está esperando a que los demás salgan.

—¿Qué vas a hacer con lo de Paola? —me increpa cuando nos quedamos a solas.

—¿Tienes que preguntármelo? —murmuro, enfrascado en mis pensamientos.

Suelta aire por la nariz. Finjo no darme cuenta y, con semblante sombrío, estiro el brazo hacia la botella de cristal tallado y relleno mi vaso con bastante más whisky de lo que me echaría en un día normal.

—Prométeme que no harás nada estúpido.

Tomo un trago. Luego la atravieso con la mirada.

—No me hagas prometer cosas que los dos sabemos que no voy a cumplir.

Los ojos verdes de Mia adquieren un brillo tembloroso.

—Ash, solo te tengo a ti. Si te pasara algo…

—No me pasará nada, Mia.

Pese a la aspereza de mi tono, en mi fuero interno me siento conmovido por el afecto que me procesa.

—Eres todo lo que me queda. Si te pasara algo, ¿qué sería de mí? Me prometiste que dejarías esta vida.

—Y la he dejado. Mírame. Cotizo en la bolsa, coño. Salgo en Forbes. Soy un empresario, se acabó la vida en las calles. El Grupo Williams lidera la lista de empresas más solventes del país. Me llaman el Magnate del Ocio. Soy el puto Magnate del Ocio.

—¿Y por qué os preocupa tanto a Seven y a ti que venga la policía a husmear en vuestros asuntos, si tan legales son?

Mi cara no se altera. Una vez me interrogaron durante ocho horas seguidas y, aunque los métodos no fueron los más ortodoxos, en mi mundo nunca lo son, no pudieron sonsacarme nada.

—Vestigios de nuestro pasado criminal. Pero no hay nada por lo que inquietarse.

—Y yo me chupo el dedo —gruñe, plantando las palmas sobre mi mesa—. ¿Sabes? He oído rumores por ahí. La banda sigue en activo, ¿a que sí?

Esbozo una sonrisa tranquilizadora.

—La lleva Julian y solo hacemos, *hacen*, trabajos de protección. Es como una… empresa de seguridad privada.

Mia niega y suelta un bufido entre dientes. Su rostro está repleto de incredulidad.

—Me mentiste, Ash. Me dijiste que dejarías la vida que llevas, pero no hablabas en serio, ¿a que no? Sigues haciendo trapicheos.

Trapicheos. Ojalá hiciera trapicheos.

Pero no, soy el rey de un reino que todo el mundo ansía.

La organización Williams se ha vuelto la más poderosa de Cleveland. Llevamos las compañías más prosperas, tenemos a los jueces en el bolsillo. El dinero entra y entra y entra, y todo esto sin derramar una gota de sangre.

Me encantaría saber quién codicia mi corona. La puta corona de espinas. Si lo supiera, le pondría fin al conflicto antes del estallido de una guerra. Matar a una persona para salvar a cientos. No me lo pensaría dos veces, apretaría el gatillo.

—Vamos, Mia, no te pongas así —intento apaciguarla.

—¿Que no me ponga así? ¡Vas a ejecutar al asesino de Paola para cobrarte tu estúpida *vendetta!* ¿Cómo coño pretendes que me ponga?

—Esa chica se merece justicia. *La tiró* a un contenedor —subrayo entre dientes, con una rabia tan fría que Mia se estremece al otro lado de la mesa—. Merece morir, pero no sin antes pagar por cada gramo de dolor que le ha causado. ¿Hay algo en toda esta ecuación que no te cuadra?

—¡Sí! ¡No eres tú quien lo decide, Ash! ¡Deja ya de jugar a ser Dios!

—No estoy jugando a ser Dios —le replico con tranquilidad—. Es cuestión de supervivencia. No puedo dar muestras de debilidad o acabaremos todos muertos. Porque, si alguien empieza a pensar que es tan fácil llegar hasta mí…

—¡Y una mierda! —me interrumpe Mia con voz temblorosa y los ojos llenos de chispas—. Sabes perfectamente cuál es la raíz de tu comportamiento psicótico.

—¿Lo sé, doctora? —repongo con una expresión que no deja traslucir nada.

—¡Que no pudieras salvarla a ella no implica que tengas que ir por la vida intentando salvar a todas las demás mujeres que sufren! —me grita.

El golpe es tan bajo que lo encajo cerrando los ojos. Mis manos se crispan en puños tan fuertemente apretados que es un milagro que no me fracture ningún dedo en el proceso.

No me muevo, ni siquiera respiro, hasta que me sobresalta el ruido que hace la puerta al cerrarse.

Entonces, hundo la cabeza entre las manos y respiro hondo.

—Joder —farfullo para mí mientras intento contener el dolor que aprieta cada vez más.

No puedo con esto. En serio. No puedo pensar.

Me levanto bruscamente, agarro la chaqueta y salgo pegando un portazo.

Ni siquiera sé adónde voy. Necesito salir de aquí.

Subo al coche, arranco y cruzo la verja envuelto en una nube de polvo y gravilla.

Estoy loco de dolor, como siempre que me permito el suplicio de pensar en ella.

El pasado, el presente, todo se entremezcla en mi cabeza y ya no sé lo que es real y lo que no. Puede que haya bebido demasiado y lleve demasiado tiempo sin dormir.

A lo mejor ni siquiera estoy en condiciones de conducir. Ojalá me importara. Vivir, morir… ¿Dónde está la diferencia? Yo ya estoy muerto. No soy más que un puto cadáver viviente.

Cierro los ojos por un segundo y mi pie derecho aprieta con más fuerza el acelerador. Los recuerdos han vuelto para quedarse.

Da igual lo lejos que haya llegado. Muy en el fondo, sigo siendo el niño mugriento que corría descalzo por unas calles llenas de mierda y vivía en una choza que se les caía encima, un lugar horrible en el que los sueños morían a la misma velocidad a la que se apagaba su compasión.

Ese niño era débil y vulnerable, y sigo siéndolo si esto aún me afecta después de tantos años.

El coche se detiene con un chirrido de ruedas delante de la verja cerrada. Al otro lado de las rejas, al final de una larga avenida

circunvalada por imponentes castaños, asoma mi nueva casa, grandiosa, blanca, respetable.

La observo a través de los párpados entornados, contemplo sin la menor emoción todo lo que he conseguido, y pienso en lo mismo de siempre: ojalá *ella* estuviera aquí para ver todo esto. Le encantaría.

Pero se fue. Me dejó.

Las luces se mantienen apagadas, nadie se asoma tras la ventana para verme llegar. Se marchó sin más y detrás de sí queda un vacío tan grande que el mundo entero no podría llenarlo.

Si fuera lo bastante hombre, me pegaría un puto tiro. Pero sigo adelante sin saber por qué.

Niego para mí, doy media vuelta para regresar a la carretera principal y vuelvo a poner el coche a ciento ochenta por hora, como si de esa forma pudiera dejar los recuerdos atrás.

Siempre viajo deprisa, pero nunca logro desprenderme de mi carga. No puedo huir de algo que forma parte de mí.

En mi cabeza la veo morir todas las noches.

Te quiero, pero no lo aguanto más.

Eso fue lo que me dijo antes de dejarme ir.

Luego solo hubo silencio. Y rabia. Y un gran estallido de dolor.

Aprieto un botón sobre el volante y aguardo unos momentos, hasta que la voz, suave y medio ronca, inunda el coche y… mis venas.

—¿Diga?

Una sonrisa débil se abre paso en mis labios. No puedo evitarlo. Ella me sienta bien. Es como una cura a mi extraña enfermedad.

—Hola, Alexandra.

—Hola —responde, un poco sorprendida.

—¿Te pillo en mal momento?

—No, yo… No, dime.

Me fastidia lo que voy a decirle, porque quiero verla y que aletargue mi dolor durante un rato, pero hay asuntos más urgentes que requieren mi inmediata atención. No puedo distraerme ahora.

—Te llamo para decirte que al final no voy a poder verte hoy.

«Joder».

—De acuerdo. No pasa nada.

—Lo siento. Me ha surgido un imprevisto en el trabajo.

«Puede que esto sea más que un imprevisto, cielo. Puede que estemos ante el inicio de una guerra abierta entre las cuatro organizaciones criminales más mortíferas de la ciudad, pero, oye, no nos enrollemos con detalles tontos ahora».

—De verdad, no hace falta que te disculpes.

Pese a lo animada que parece, la decepción que arrastra su voz es más que evidente.

Callo unos segundos mientras lucho conmigo mismo y me recuerdo las (al menos) dos mil razones por las cuales no debería volver a verla (te quiero, pero no lo aguanto más), ni involucrarla en mi mundo de mierda.

Después de aclararme todo eso a mí mismo, le digo:

—¿Por qué no preparas unos bocetos y hablamos de ello mañana por la noche? ¿Quizá con una copa de vino en la mano?

A la mierda.

—Bueno, esto no va así. No puedo elaborar bocetos sin antes conocer el proyecto.

Estupendo. Ahora va a pensar que soy un paleto. Ni siquiera me he parado a pensar en lo que estaba diciendo. La necesidad de verla era más fuerte que todo lo demás.

—Ya, claro. Perdona mi lapsus. Nunca he trabajado con un diseñador de interiores. No sé cómo va el tema.

—No te preocupes. Es… suele pasar. No tienes por qué saberlo.

—Así que necesitas ir a ver el proyecto.

Me pongo a pensar mientras ella me explica en qué consiste exactamente su labor.

—De acuerdo —digo cuando han terminado las aclaraciones, que he oído solo de pasada—. Entonces, te recojo mañana a las seis y primero pasamos a que veas la casa.

Y más vale que ningún hijo de puta me la lie mañana otra vez.

—¿Primero? ¿Qué vamos a hacer después?

—No seas impaciente, Alexandra —respondo, sonriendo—. Ya lo sabrás mañana. Mándame tu dirección.

Capítulo 6

Podemos abandonarlo todo
menos las obsesiones.
(David Foenkinos)

Alexandra

—Esta, en concreto, es muy bonita, aunque habría que encargarla porque no la tenemos en stock ahora mismo. También la fabrican en color tostado. Mire. A mí personalmente me gusta más así, pero, claro, es cuestión de gustos.

Observo pensativa los dos trozos de tela que el dependiente acaba de dejar sobre el mostrador.

Intento averiguar qué clase de cortinas harían juego con mi nueva vida.

—¿Sería posible ver algo en color…? —El sonido de una llamada me interrumpe antes de que pueda terminar la frase—. Disculpe.

Me saco el móvil del bolsillo de los vaqueros y compruebo la pantalla. No conozco el número.

Le pido al vendedor que aguarde unos momentos y salgo al exterior para poder atender la llamada.

Hace un día oscuro, como si fuera a ponerse a nevar en cualquier momento. El cielo tiene el color de un moratón que tarda en curarse.

Llevo puesto mi abrigo camel de lana, pero me estremezco de todos modos ante la ráfaga de aire que me golpea de lleno en la cara.

En la calle principal se acumula todo un remolino de hojas doradas y marrones. Giran en el viento, antes de volver a posarse con recato sobre la acera desierta.

Como siempre, el silencio que envuelve la ciudad es profundo. Hay algo muy depresivo en esta imagen.

—¿Diga?

—Hola, Alexandra.

La voz, baja y gutural, se abre camino a través de mí como una explosión que vuela mi cordura por los aires.

Agarro el teléfono con más fuerza y pienso en lo increíble que es que, en medio de todo este frío que me rodea, su timbre rasgado me produzca un hormigueo de calor en el bajo vientre.

—Hola —musito sorprendida, tragando saliva.

—¿Te pillo en mal momento?

—No, yo… —Me obligo a respirar—. No, dime.

—Te llamo para decirte que al final no voy a poder verte hoy.

Me preocupa la oleada de decepción que me invade. Es como si el aire abandonara de golpe mis pulmones.

—De acuerdo. No pasa nada —aseguro, intentando mostrarme relajada al respecto.

—Lo siento. Me ha surgido un imprevisto en el trabajo —me explica, aunque no entiendo muy bien por qué. ¿Qué pretende?, ¿quedar bien conmigo?

—De verdad, no hace falta que te disculpes.

Se produce una pausa. Me pregunto dónde estará. Tengo la sensación de que no quiere colgarme aún.

—¿Por qué no preparas unos bocetos y hablamos de ello mañana por la noche? ¿Quizá con una copa de vino en la mano?

Parpadeo, confundida por la propuesta (¿es una cita?), y luego frunzo el ceño.

—Bueno, esto no va así. No puedo elaborar bocetos sin antes conocer el proyecto.

—Ya, claro. Perdona mi lapsus. Nunca he trabajado con un diseñador de interiores. No sé cómo va el tema.

Suena incómodo, y lo que menos pretendía era avergonzarlo.

—No te preocupes —me apresuro a decir—. Es… suele pasar. No tienes por qué saberlo.

—Así que necesitas ir a ver el proyecto.

Casi oigo los engranajes de su cerebro moviéndose.

—Sí, tengo que hacerme una idea del tamaño y más o menos de qué es lo que buscas —explico como la profesional que soy. Hablar con él por teléfono resulta más fácil. No tengo que enfrentarme a la aplastante fuerza sexual que desprende, puedo ponerme en modo

diseñadora de interiores y tratarlo como a un cliente más—. Una vez aclarado eso, haré un anteproyecto, te lo presentaré y, si le das el visto bueno, elaboro el presupuesto y nos ponemos manos a la obra.

—De acuerdo. Entonces, te recojo mañana a las seis y primero pasamos a que veas la casa.

—¿Primero? ¿Qué vamos a hacer después?

—No seas impaciente, Alexandra —replica con acento divertido—. Ya lo sabrás mañana. Mándame tu dirección.

—Pero…

Me doy cuenta de que no tiene sentido protestar. Me ha colgado.

Suelto una risita de incredulidad y regreso a la tienda. Aún no he encontrado las cortinas de mis sueños y me temo que, gracias a este hombre tan frustrante, ya no voy a poder concentrarme en nada de eso.

*****

Como no se ha dignado a decir qué es lo que vamos a hacer ni adónde me lleva, al final me he puesto un vestido camisero de color verde oscuro, botas militares y medias ahumadas, finas.

Voy más o menos preparada para todo, tanto para caminar por terreno no urbano, como para que me dejen entrar en algún establecimiento no demasiado quisquilloso con la etiqueta.

Ahora que el reloj casi marca la hora de nuestra cita, mi nerviosismo se ha vuelto incontrolable.

Me parece que este piso ya no consigue abarcar mi impaciencia, así que me pongo un abrigo negro de lana encima del vestido, me enrosco una bufanda multicolor alrededor del cuello y decido esperar en la calle los quince minutos que faltan para el encuentro.

Puede que un poco de aire fresco me venga bien. La idea de volver a vernos me intranquiliza bastante. Solo de pensar en su abrumadora presencia, me quedo sin aliento.

El ascensor es pequeño, sucio y está mal iluminado. Hay algo muy sórdido en este edificio.

Mientras el trasto traquetea entre las plantas, me observo en el espejo amarillento que tengo delante. Esta soy yo, Alexandra Harper,

aunque a veces no me reconozca.

Me paso el dedo por debajo del labio inferior para limpiarme el bálsamo de labios que ha empezado a escurrírseme.

Me tranquiliza saber que tengo buen aspecto, al menos bajo esta anémica bombilla. Llevo un maquillaje sencillo, adecuado para una reunión de trabajo. Solo he usado lápiz de ojos, rímel y un discreto toque de colorete. No quiero que piense que me he pasado todo el día delante del espejo por él.

«No, te lo has pasado sexualmente frustrada, y eso no puedes negar que haya sido por él».

Está claro que necesito que me dé el aire.

Salgo disparada en cuanto se abren las chirriantes puertas, llenas de chicles pegados y frases obscenas, y aprieto el paso hacia el exterior.

Nada más pisar la acera, freno en seco y me quedo paralizada unos segundos.

Él ya está aquí, apoyado contra el capó de un Lexus negro que parece recién sacado de fábrica. Tiene las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, las manos resguardadas en los bolsillos del pantalón y sus ojos conectan de inmediato con los míos a través de las volutas de humo que despide el cigarro que le cuelga de los labios.

Este hombre podría protagonizar sin ningún problema la próxima campaña publicitaria de Lexus.

Es tan atractivo que no puedo evitar quedarme ensimismada unos segundos.

Va muy bien vestido, muy, muy elegante. Lleva gemelos de acero y un traje negro carbón que parece hecho a la medida de su impresionante cuerpo. Lo más probable es que lo sea.

Trago saliva, aferro con fuerza la agenda que sostengo entre las manos y obligo a mi cuerpo a ponerse en marcha, a lidiar con el magnetismo que percibo desde aquí y que, por desgracia, se magnifica conforme me acerco.

Me gustaría que dejara de observarme así, o que por lo menos sonriera un poco, pero no parece dispuesto a concederme ni una cosa ni la otra.

Sus ojos se arrastran con lentitud por mi cuerpo, lo registran de arriba abajo con tanto interés que se me ruborizan las mejillas. Hay algo muy carnal en su forma de mirarme. Es como si ya supiera el aspecto que tengo cuando me corro. Inquietante.

Al devolverle la mirada —soy incapaz de no hacerlo—, advierto que su rostro se mantiene igual de pétreo que antes.

Tan solo atisbo la sombra de una leve sonrisa en las comisuras de sus labios. Muy, *muy* leve.

Me detengo delante de él y lucho por mantener a raya los latidos de mi corazón. Me da miedo que vaya a oírlos.

—Llegas pronto —informo de manera escueta. Como no llevo tacones, tengo que mirarlo desde abajo.

—Tú también —replica, divertido, arqueándome una ceja.

Todo en él resulta desafiante. El aplomo, la postura corporal, la sonrisa que intenta contener…

—Quería tomar el aire.

—¿Y eso? ¿Estás nerviosa?

—Aburrida más bien.

Sus ojos azules recorren la sucia fachada del edificio que se eleva a mis espaldas sobre siete pisos de altura.

Ya sé lo que está viendo, los grafitis, el aspecto descuidado que muestra la zona. Me temo que no estamos en uno de los barrios por los que alguien como él acostumbra a moverse.

—Esta no es una de las zonas más seguras de Cleveland, Alexandra —me dice con suavidad.

Como no respondo, su mirada vuelve a bajar hacia la mía.

Dejo de estudiar idiotizada su elegante rostro esculpido y parpadeo para recomponerme.

—Es lo único que obtienes cuando no puedes aportar una nómina.

Ash tensa la mandíbula y me observa en silencio.

—¿Nos vamos? —propongo con una ceja en alto—. Me muero por descubrir qué tienes en mente.

Se deshace en un suspiro, asiente y me abre la puerta del copiloto.

Le pongo mala cara.

—Esto es completamente innecesario.

—¿El qué? ¿Ser educado? —repone con una media sonrisa socarrona.

—Comportarse de forma paternalista, como si yo fuera una pobre damisela que necesita que alguien la cuide y la proteja.

Los ojos que se arrastran por mi rostro son cálidos y cargados de electricidad. Noto que frunce los labios para retener una sonrisa.

Estamos tan cerca el uno del otro que su embriagador aliento golpea de lleno contra mi boca. Siento las chispas, pequeñas partículas de energía estática que pasan de un cuerpo al otro, y mi respiración se vuelve pesada.

La atracción es inexplicable y, sin embargo, real. Es como si su cuerpo fuera un imán gigantesco que no hace otra cosa que atraerme.

—Créeme, Alexandra, en absoluto te estoy viendo como a una damisela desprotegida. Además, no me gustan las damiselas.

Con las cejas enarcadas y una sonrisa de insufrible autosuficiencia, aguarda a que yo entre en el coche, cosa que hago tras dedicarle una última mirada seca, y entonces deja caer la puerta y rodea el Lexus por la parte delantera.

—Ponte el cinturón —ordena, antes de girar la llave dentro del contacto.

Me muerdo el labio por dentro para no sonreír.

—¿Por qué? ¿Te preocupa que te multen?

Parece divertirle mi pregunta, a juzgar por la mirada que me lanza.

—Me preocupa que te salga algún chichón en la frente. Conduzco deprisa.

—No será para tanto.

Con una media sonrisa mal contenida, hunde el pie en el acelerador.

—Tú lo has querido.

Un fuerte chirrido de ruedas hace jirones el silencio de la tarde.

—¡Joder! —bramo, buscando el cinturón sin apartar los ojos de la carretera—. ¡Ve más despacio! ¡Cuidado con ese! ¡Se va a meter!

Escucho su risa y lo fulmino con la mirada.

—Cálmate, Alexandra. Sé lo que hago. Tú misma dijiste que lo controlo todo a mi alrededor.

Me lanza una mirada maléfica que me pone aún más nerviosa.

—¡Pero no me mires a mí! ¡Mira la carretera! —le grito—. Y yo no hablé de control. Hablé de poder.

Vuelve a reírse, niega y cambia de marcha.

—El poder implica controlarlo todo.

—¿Puedes mirar la carretera?

—Relájate. Estás a salvo, te lo prometo.

—¿A salvo? ¡Vas en quinta dentro del casco urbano!

—Y, mira, ahora voy a meter sexta.

Dejo escapar un jadeo de incredulidad, niego y me obligo a mirar por la ventanilla los edificios que vuelan tan deprisa que apenas alcanzo a distinguir una imagen borrosa.

Ash enciende la música, empleándose de uno de los mandos que hay sobre el volante, y se concentra en la conducción.

Poco a poco empiezo a acostumbrarme a la velocidad. Al rato me parece que ya no vamos tan deprisa. Sin embargo, cuando giro la mirada hacia el salpicadero, constato que viajamos tan rápido como la Muerte.

Y no sé qué es lo que me produce este hueco en el estómago, si la aguja del velocímetro o su presencia a escasos centímetros de mí.

Todo el coche huele a él y yo siento que la cabeza me empieza a dar vueltas.

—¿Por qué tantas prisas? —pregunto, buscando su mirada a través de la templada oscuridad del coche.

Es temprano, pero estamos en noviembre y en un día tan oscuro como el de hoy anochece muy pronto. Cleveland ya ha encendido su alumbrado urbano.

—Tenemos reserva para cenar a las ocho y no pienso perderla.

—¿Las ocho? ¿No es un poco tarde para cenar?

Finge prestarle mucha atención al tráfico.

Me percato de que estamos saliendo de la ciudad. Noto cierta inquietud en el estómago al no saber adónde nos dirigimos.

—Soy un animal nocturno —responde, sin mirarme.

—Hm. ¿Y puedo saber qué es lo que te ha hecho pensar que voy a cenar contigo esta noche?

Cojo aire cuando sus ojos se giran hacia los míos. Lo debe de notar porque su boca se mueve en una media sonrisa cargada de lujuria.

—Es una cena de trabajo, no te emociones.

Cabeceo con fastidio y le pongo mala cara.

—¿Y cómo sabes que no tengo planes?

—¿Los tienes? —repone, arqueando ambas cejas.

—Quizá.

—¿Nadie te ha dicho hasta ahora que mientes de pena, Alexandra?

Mortificada, me muerdo el labio inferior por dentro y aparto la mirada.

La carretera desaparece unos cuantos metros más allá de los faros del coche, como si la oscuridad se la estuviera tragando.

—¿Qué es lo que quieres que diseñe? —vuelvo a preguntar unos treinta segundos más tarde.

—Mi nueva casa.

—¿Cómo es?

—Respetable.

Respetable. Parece ser que eso es algo que le gusta. La ropa que lleva, la dirección postal de su oficina. Es todo muy respetable.

Pero algo en las profundidades de su mirada advierte de que él no lo es.

Pasamos unos momentos en completo silencio. Me sobresalto cuando recibe, a través de la computadora a bordo, una llamada de un tal Bobby Star.

La rechaza de inmediato. Qué intrigante.

—¿Quién es Bobby Star y por qué te niegas a atenderle?

La mitad derecha de su boca se eleva en una sonrisa apenas perceptible.

—La curiosidad mató al gato, pequeña Alexandra —me recuerda, con los ojos clavados en la carretera y las dos manos sobre el volante. Su control y su firmeza son absolutos.

Hago una mueca, aprovechando que no me mira, está buscando una canción en concreto.

Trago saliva cuando la encuentra.

Antes sonaba un gran éxito de los ochenta, pero ahora ha cambiado por completo de registro y esta música intensa y, en cierto modo, devastadora, altera aún más la atmósfera del coche. Me hace volverme muy consciente de su impresionante físico y de la inexplicable atracción que ejerce sobre mí.

—Me gusta —susurro, absorta en su tenso perfil.

Trascurren varios segundos hasta que su rostro se vuelve hacia el mío.

Con esa canción decadente de fondo, la fuerza de sus ojos me perturba tanto que empiezo a sentirme cada vez más vulnerable, como si estuviera bajando la guardia ante ese azul tan puro y penetrante que traspasa las grietas de mi armadura y despierta en mí un deseo tan visceral que tengo que separar los labios para que resulte viable algo tan simple como respirar. Este hombre quita el aliento.

—¿Qué te inspira?

Habla tan bajo que tengo la sensación de que sus labios ni siquiera se han movido.

Nos miramos unos segundos a los ojos. Luego, él desvía la atención hacia la carretera.

—¿Qué me inspira? —Me tomo unos segundos para meditar la respuesta—. Derrota. Obsesión. Oscuridad. Locura…

Me doy cuenta de que intenta no sonreír mientras observa cómo los faros del coche desgarran la noche.

—Solo es una historia de amor —murmura, más bien para sí.

Me río sin que me haga demasiada gracia. Sus ojos vuelan hacia los míos, atraídos por ese sonido.

—Quizá entre una chica y un asesino en serie.

Los labios de Ash se curvan en una sonrisa enigmática. Noto que le gustaría decir algo al respecto. Al final, lo deja estar y empieza a reducir la velocidad del Lexus, hasta que nos detenemos delante de una verja oxidada.

—Hemos llegado.

Miro por la ventanilla con curiosidad. La noche es cerrada, pero, gracias a los faros del coche, alcanzo a ver una casa grande y blanca al final de una avenida delineada por hileras de árboles desnudos. Ash se saca del bolsillo del pantalón un mando a distancia y abre las puertas.

La avenida debe de medir alrededor de cien metros de largo. Al fondo veo una fuente artificial, en desuso, aunque en aparente buen estado.

La música se corta de golpe para dejarle paso a una nueva llamada de Bobby Star.

Ash me lanza una miradita, antes de colgarle por segunda vez.

—Tiene nombre de actor porno —le suelto, sin pensármelo demasiado.

Se echa a reír, me devuelve la mirada y cabecea divertido.

—No creo que a él le haga gracia oírte decir eso.

—A ti, sí.

—A mí, sí. Pero yo no me llamo *Bobby Star.*

Suelto una risita y me agacho para ver mejor la cornisa y la parte superior de las cuatro columnas que parecen sostener el tejado.

Vaya sitio. Decadente, pero con mucho potencial.

El coche se detiene al lado de la amplia escalinata. Bajo antes de que se le ocurra abrirme la puerta.

Después de apagar el motor y los faros, viene hacia mí sonriendo, supongo que divertido por mi empeño de no parecer una damisela indefensa.

—Esta es la choza.

—Más que una choza, parece una mansión —repongo, recorriendo con la mirada la construcción que se eleva sobre dos pisos de altura.

Resulta un poco inquietante estar aquí con él, en mitad de la nada. A nuestro alrededor lo único que hay es campo llano y oscuridad.

Y, sin embargo, me doy cuenta de que no es él quién me asusta. Más bien tengo miedo de mí misma, de mis propios deseos.

—¿La vemos por dentro?

—Claro. Para eso he venido.

Subimos juntos por la escalera. Arriba, me aparto para que pueda abrir y desconectar la alarma.

Me quedo en el umbral hasta que acciona las luces y aparece delante de mí una enorme sala de estar, con suelos de mármol blanco, una gran escalera interior con pasamanos de bronce y unas ventanas enormes que van del suelo al techo. Hay pocos muebles, ninguno que pueda rescatar, y parece un poco maltratada, pero el potencial que tiene es impresionante. La chimenea es una exquisitez. Me imagino cómo sería pasar aquí las navidades, rodeada de una familia y…

Detengo el pensamiento de inmediato.

—¿Qué opinas?

—Espero que organices bailes benéficos, porque este lugar sería perfecto para un evento así.

Suelta una risita suave y me evalúa con ojos brillantes.

—Quizá lo haga a partir de ahora. ¿Vemos el resto?

—Lo estoy deseando. ¿Tienes los planos de la casa? Me gustaría saber cuánto mide cada habitación para poder ajustar bien el presupuesto. El suelo parece estar en buen estado, pero tendría que revisarlo todo para asegurarme de que no hay que cambiarlo.

—Sí, te los mandaré por e-mail.

—Genial.

Intercambiamos una pequeña sonrisa y lo sigo por un pasillo que, según me explica, conduce a la cocina.

Rozo por error mi pulgar contra el suyo al torcer hacia la derecha, y saltan chispas.

Trago saliva y procuro obviar la molesta descarga eléctrica que acaba de estallar por toda mi columna vertebral.

—La cocina necesita una reforma completa —sentencio, después de examinarlo todo al detalle.

Lo busco con la mirada al no recibir una respuesta. Me lo encuentro apoyado contra la puerta, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y cara muy seria. Parece absorto, como si verme en modo trabajo le resultara de lo más cautivador.

—No te cortes —susurra por fin, con una voz profunda que tensa algo dentro de mí—. Haz lo que consideres.

Fuerzo una sonrisa.

—Estupendo. Aquí hemos acabado. ¿Qué más hay en esta planta?

—Comedor, biblioteca, dos baños, una despensa, dormitorio con baño privado para el servicio...

—Guau.

Sonríe y se aparta de la puerta para que pase yo primero.

La casa resulta tener también sótano y se me acaba de ocurrir la idea de poner ahí una bodega.

Aunque no pienso decírselo. Será una sorpresa. Estoy segura de que le encantará.

Incluso podría crearle alguna especie de refugio masculino, con mesa de billar, barra de bar y una tele que cubra media pared.

Hay suficiente espacio y creo que algo así podría gustarle, un rincón suyo, en el que nadie lo moleste, con elegantes butacas en las que poder sentarse y degustar un whisky de más de treinta años. Tendré que buscar un buen equipo de sonido. No puede faltar una canción de Etta James.

Y cuerdas suspendidas del techo para que pueda practicar el *shibari*, que seguro que le va ese rollo.

Vale, puede que tenga demasiada imaginación. Aunque tampoco creo que follar en la postura del misionero sea lo suyo…

Subimos en silencio hasta la primera planta. Ash abre una puerta que da a un cuarto enorme, con baño privado y vestidor.

—El dormitorio principal.

Por algún motivo, me ruborizo al mirar la cama. Nos acabo de imaginar en ella. ¿Seré imbécil?

—Vaya. Una chimenea —me asombro al girarme.

No me quita ojo, y lo veo contener una sonrisa al oír mi tono entusiasmado.

—¿Te gusta?

—Me encanta —admito, con la mirada anclada a la suya.

Sus ojos recorren mi rostro con tanta calidez que por un segundo casi me dejo dominar por el impulso de agarrarlo por la corbata, arrastrarlo hasta la cama con dosel y empujarlo hacia atrás en ese viejo y sucio colchón.

No me cuesta ningún esfuerzo imaginarme a mí misma en su regazo, rodeándolo entre las piernas, a punto de provocarlo con la boca.

La atracción entre nosotros es más que evidente y, cuando echa a andar hacia mí, me pongo un poco nerviosa.

El magnetismo sexual que emana de él se vuelve más abrumador conforme disminuye la distancia que nos separa.

Se detiene a escasos centímetros de mi cuerpo, ladea la cabeza hacia la derecha y me atrapa con sus impresionantes iris azules.

Noto el áspero calor que desprende su pecho y eso hace que me sienta femenina, pequeña y muy frágil a su lado.

Es guapo, aunque el riguroso poder que emana de él excita mucho más que cualquier atractivo. Su autoridad es implacable. Está claro que sabe llevar las riendas a la perfección.

No quiero ni pensar en cómo sería tener todo ese poder, ese magnetismo y esa tremenda fuerza de voluntad entre las piernas. Imagino una lucha apoteósica en la que los dos daríamos lo mejor de nosotros.

—¿En qué piensas?

Su susurro, casi encima de mis labios, me estremece.

—¿Por qué lo preguntas?

—Se te han dilatado las pupilas y tu pecho se mueve demasiado deprisa. Es como si estuvieras…

—¿Qué? —murmuro, recorriendo su mirada con aire inseguro.

—Un poco acalorada.

—Ya. Me ponen las chimeneas —le contesto, sin apartar los ojos de los suyos.

Esboza una sonrisa leve y traviesa.

—Las chimeneas, ¿eh?

—Mm-hm.

Asiente para sí.

—Muy bien. Lo tendré en cuenta.

—¿Para qué? —balbuceo, un poco desconcertada.

Me pone mala cara.

—Nuestra primera vez, ¿qué va a ser, Alexandra? Céntrate un poquito.

Suelto una risa incrédula.

—Sigue soñando.

No se da por vencido y me persigue hasta la puerta.

—Imagínatelo: tú, yo, esa chimenea encendida…

—Una imagen odiosa —lo corto con voz seca.

Me dispongo a torcer por el pasillo, pero me atrapa por la muñeca y me arrastra hacia él hasta que nuestros pechos chocan, haciendo estallar las chispas de electricidad que crepitaban entre nosotros.

Tengo sus perturbadores labios a la altura de los ojos y me doy cuenta de que, mientras me observa, él también contiene el aliento.

No sé si va a besarme o a decirme algo, y la espera me está matando. Si me soy sincera a mí misma, preferiría que me besara.

—¿A qué estás jugando? —murmura, levantándome el rostro con una mano para poder evaluar mejor mi mirada.

—¿A qué te refieres?

—Hay veces en las que parece que me estás tirando los tejos, y luego me apartas de golpe. Hablemos claro, Alexandra. ¿Qué cojones quieres de mí?

Me quedo helada. No me esperaba este estallido de honestidad.

No tengo ni idea de qué contestar, y respiro con cierto alivio cuando su teléfono vuelve a sonar dentro del bolsillo de sus pantalones.

—Joder —sisea, apartándose de mí con brusquedad. Mira la pantalla y hace una mueca—. Disculpa. Tengo que coger esta llamada. Ahora mismo vuelvo. —Me lanza una última mirada, como diciendo no te muevas, y echa a andar hacia la terraza de la habitación principal—. ¿Qué pasa, Seven?

Me estremezco al oír el nombre de esa mujer.

Debería concentrarme en la habitación, pero no puedo dejar de observarlo mientras habla con ella. Parece tenso, ojalá pudiera oír lo que dice. Ha cerrado la puerta. Solo puedo intentar leerle los labios.

Y no entiendo nada…

Doy un respingo cuando se abren las puertaventanas de par en par. Finjo anotar algo en la agenda, para que no parezca que haya estado observándolo como una perturbada.

—Perdona.

—Tranquilo. —Compongo una sonrisa profesional, cierro la agenda y le aguanto la mirada como si no hubiera pasado nada—. ¿Todo bien?

—Estupendo. ¿Seguimos con la visita?

Vaya. Así que la llamada de Seven le ha hecho dejar de increparme acerca de nuestra supuesta futura relación. No sé qué sentir al respecto.

Sé lo que *no quiero* sentir, y me enfurezco conmigo misma cuando una pequeña punzada de celos impacta contra mi estómago.

Me digo a mí misma que esto es ridículo, y lo sigo por la casa con expresión resuelta.

Vemos el resto prácticamente sin dirigirnos la palabra. Yo tomo notas y mido cosas, y él aguarda paciente hasta que termino.

Son casi las siete y media cuando doy por concluida la visita. Ash comprueba el reloj —un Rolex plateado, a juego con sus gemelos— y me dice que ya es hora de volver a la ciudad.

Para ser honesta, no esperaba que quisiera seguir adelante con lo de la cena después de la llamada de Seven, pero parece ser que está empeñado en que cenemos juntos esta noche.

Y aunque yo me digo a mí misma que debería negarme, lo cierto es que la idea me atrae bastante.

Por lo que experimento una oleada de decepción muy aplastante cuando recibe otra llamada de Seven y, después de colgar, me dice que hay que posponerlo.

Esta vez atiende la llamada en el coche, advirtiendo a su interlocutora de que está en manos libres. Tampoco es que yo pudiera entender de qué están hablando.

Seven solo dice: *problemas en el Paraíso. Ven aquí cagando leches.*

Y él se desatiente de mí para ir corriendo con ella.

—Lo siento, en serio —me dice otra vez al detener el coche delante de mi edificio.

Vuelvo la cara hacia la suya con movimientos lentos y calculados. Su simétrico rostro está inmerso en la oscuridad, pero tengo la sensación de que sus ojos crepitan más que nunca.

—Llevas dos días disculpándote.

—Tengo mucho por lo que pedir disculpas —repone, con un deje divertido en la voz.

Aprieto los labios y asiento fastidiada.

—No pasa nada. Eres un tío ocupado. Lo pillo. *En serio.*

Hace una mueca.

—Intentaré dejar de estar tan ocupado un día de estos, te lo prometo.

—Da igual. No es imprescindible que cenemos. —Frunce el ceño con aire desconcertado, por lo que me apresuro a cambiar de tema—. Bueno, gracias por traerme. Te llamaré cuando tenga el anteproyecto.

—Muy bien —susurra, oscilando la mirada entre mis ojos y mis labios. El aire tiembla a nuestro alrededor, alterado por la electricidad de su mirada.

Durante un ínfimo segundo tengo la sensación de que está a punto de besarme, pero se echa hacia atrás en el asiento y suelta un suspiro.

—Buenas noches —me despido de él un poco decepcionada.

Agarro mi bolso y mi agenda y me doy prisa por salir de aquí.

No llego a escuchar su respuesta.

Entro en el portal sin volver a girarme, y solo entonces arranca el coche y se marcha. Ha esperado hasta verme entrar. Vaya.

«Ha esperado hasta verte entrar, pero se ha ido corriendo con su novia. Así que no te emociones».

Me hago una mueca a mí misma y me arrastro hacia la escalera. Hoy no me apetece coger el ascensor.

Capítulo 7

Te mostraré lo oscura
que puedo ser.
(Harley Quinn)

Alexandra

Paso tres semanas en zona gris.

No vuelve a llamar, lo cual es bastante raro teniendo en cuenta lo interesado que estaba en cenar conmigo y llevarme a la cama la última vez que nos vimos.

Sospecho que esa tal Seven habrá tenido algo que ver con su súbita desaparición.

Nuestro último contacto se produjo al día siguiente de la visita, cuando me mandó los planos de la casa a través de un e-mail escueto y distante, en el que se despedía con el típico *saludos cordiales.*

Desde entonces, nada. Ni siquiera un triste mensaje para preguntar cómo me va.

Intenté no parecer resentida ni fastidiada cuando, al cabo de ocho días, le devolví un e-mail igual de impersonal que el suyo, en el que le adjuntaba el anteproyecto y más o menos dejaba la pelota en su tejado.

Si necesita cualquier cosa, no dude en contactar conmigo.

Atentamente,

Alexandra Harper.

Hasta ayer no recibí ninguna señal de vida.

Casi estaba a punto de rendirme y buscarme otra ocupación. Como… ¿apuntarme a *Kick Boxing* para mantener a raya mi frustración?

Pero entonces me llamó su secretaria para concertar una cita. Actitud que, he de decirlo, encontré un poco insultante. ¿Su secretaria? ¿En serio? Si su intención era dejarme claro cuál sería nuestra relación a partir de ahora, ya lo he pillado, gracias.

Y aquí estoy otra vez, sentada en el sofá de la sala de visitas, sin tener la menor idea de qué esperar de este encuentro.

Como no ha tenido la decencia de responder a mi e-mail, no sé qué le habrá parecido el anteproyecto, si le habrá gustado o solo me ha hecho venir hasta aquí para decirme que estoy despedida.

No sé nada, y tanta incertidumbre me pone de los nervios. No dejo de golpear el suelo con la punta de la bota.

Compruebo el reloj demasiadas veces.

Cuando ya llevo aquí más de un cuarto de hora y me falta muy poco para querer subirme por las paredes, decido acercarme al mostrador para preguntarle a la secretaria en cuánto tiempo estima que podrá atenderme su insufrible jefe.

Sospecho que me está haciendo esperar a posta, como castigo por haberme retrasado casi diez minutos. Seguro que no tiene nada que hacer, el muy cabrón. Probablemente esté arrellanado en su ridículo sillón, deleitándose con un whisky escoces. Lo veo capaz.

—Perdona. ¿Sabes si el señor Williams podrá atenderme en breve?

La mirada de disculpa que recibo responde más que de sobra a mi pregunta.

—Lo siento. No tengo ni idea. Me ha dicho que te atenderá en cuanto pueda.

—Ya. Gracias.

—¿Seguro que no quieres un café? —insiste con una sonrisa de lo más amable.

Rehúso con un gesto.

—No, no te preocupes. Iré a sentarme otra vez.

—De acuerdo. Si quieres alguna revista…

—Estoy bien, gracias. Eres muy amable.

Me cae bien. Es la única de por aquí que me cae bien de verdad.

Me hundo en el sofá blanco con un suspiro, echo la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el respaldo y cierro los ojos.

Así es como me encuentra Ash unos cinco minutos después, cuando se digna por fin a abrir la puerta.

—Señorita Harper, cuidado no se nos duerma.

La inflexión de mofa en su voz es de lo más irritante. Tengo que apelar a mis sentimientos más cristianos para contener una réplica sarcástica.

Eso sí, no puedo controlar las reacciones de mi cuerpo. No soy una santa. Al levantar los párpados, le dedico una mirada displicente, a la que él corresponde con una sonrisa ridículamente sexy. Va en mangas de camisa, no lleva corbata y la barba de un par de días que le cubre la mandíbula me vuelve loca. Otorga a su rostro un aire áspero y salvaje.

Casi sucumbo a la repentina oleada de calor que me envuelve el cuerpo.

Luego recuerdo que es un capullo sádico que me ha tenido aquí esperando por pura diversión y adopto una indiferencia glacial de la que estoy más que orgullosa.

Evitando adrede su mirada, me incorporo, recojo mis cosas y paso a su despacho.

—¿Te has divertido? —pregunto mientras suelto el bolso sobre el escritorio y tomo asiento en la silla de la otra vez.

Frunce el ceño y se detiene por un segundo de su caminata. Qué bien se le da hacerse el confundido.

—¿A qué te refieres?

—Haciéndome esperar —aclaro con tono dulce, para que no note mi irritación.

Un leve atisbo de sonrisa eleva las comisuras de sus insolentes labios.

—Ah. ¿Crees que ha sido a propósito?

—*Sé* que ha sido a propósito.

Ocupa su trono, se acoda sobre la mesa y despliega los labios en una media sonrisa maliciosa.

—Te equivocas. Soy un hombre ocupado.

—Y un cuerno. Seguro que estabas aquí sentado, mirándote en un espejo como la madrastra de Blancanieves.

—¿Eso es lo que crees que hago cuando estoy solo?

—La verdad, no quiero pensar en lo que haces cuando estás solo.

Se echa a reír y su risa bronca me estremece hasta el tuétano.

—Tiene usted una mente muy sucia, señorita Harper.

Bufo antes de lanzarle una mirada fustigadora.

—Sucia será la suya, señor, que le está dando un enfoque guarro a algo completamente inofensivo.

Junta las manos sobre la mesa y me dedica una sonrisa lenta y lobuna mientras me somete a todo un escudriño visual.

—Me alegro de verte, Alexandra. Te he echado de menos.

—Lamento no poder decir lo mismo.

Sus ojos se llenan de diversión.

—¿Por qué estás tan malhumorada hoy? Pareces una amante despechada.

Rechino los dientes y aguanto el tiro con la cabeza bien alta. Incluso consigo componer una expresión de dulzura con los labios.

—Sabrás tú mucho de amantes despechadas.

Ladea la cabeza hacia la derecha y me observa largo rato. Su rostro aún desvela señales de diversión, lo cual me hace sentir un repentino destello de odio. Lo que menos pretendía era divertirle.

—¿Por qué no hablamos mejor de trabajo? —me propone en tono conciliador, dando un resolutivo golpecito con los nudillos en el escritorio.

—Por mí, estupendo. Es a lo que he venido.

Nuestras miradas se enfrentan en una guerra visual hasta que él se deshace en un suspiro, abre la carpeta que hay sobre la mesa y se pone a estudiarla en silencio.

Ha impreso los diseños que le mandé.

—¿Es así cómo va a quedar la casa, o esto solo es para que me haga una idea?

Decido dejar de lado cualquier cosa que no tenga que ver con el trabajo y ser profesional. A fin de cuentas, se supone que nuestra relación es estrictamente laboral.

—Partimos de esta base, pero tú puedes añadir o quitar todos los elementos que desees. Como no sabía muy bien el concepto que estabas buscando, aposté por reordenar el espacio sin perder de vista la identidad y la esencia del proyecto original. Creo conveniente conceder más protagonismo a los puntos fuertes de la casa, las chimeneas, los ventanales...

—Me gusta. Me gusta mucho.

—¿Sí? —Sonrío entusiasmada—. Me alegro. La idea es optimizar todo lo posible lo que ya tenemos. Con otro enfoque, podemos conseguir un espacio más cálido, acogedor y, sobre todo, contemporáneo.

—He visto que pretendes tirar el tabique que hay entre la cocina y el comedor. ¿Vas a incorporar también el porche trasero?

—Sí. Vamos a cerrarlo con cristal, para crear una zona amplia y abierta. Quiero que parezca que estás desayunando en el jardín. Si no te convence, podemos dejarlo como está —me apresuro a aclarar cuando le veo fruncir el ceño.

Sus rasgos se relajan, incluso me dedica una pequeña sonrisa.

—No, está bien. Me parece… estupendo.

—Genial. ¿Qué opinas de la sala de estar? El revestimiento de piedra clara en una de las paredes crearía un ambiente cálido y elegante y, además, combinaría muy bien con el amplio sofá con forma de L que habría que poner aquí —explico, señalando sobre el boceto—. No sé si tienes muchos amigos a los que reunir, pero, por si acaso. No quería quedarme corta.

Esperaba que respondiera algo ingenioso o guasón, pero se limita a asentir.

Cuadro los hombros en el asiento con cierta incomodidad y prosigo, después de aclararme la voz por lo bajo.

—La iluminación es otra de mis prioridades. Aunque la casa cuenta con bastante luz natural, una buena iluminación artificial conseguirá espacios más amplios, diáfanos, y la claridad no se vería afectada durante los meses de invierno. Vamos a poner luces aquí, aquí, aquí y aquí —le señalo con el dedo—. Hay que dar protagonismo a la escalera. Es magnífica.

Empiezo a ponerme un poco nerviosa. Cuando estamos dentro de la dinámica de lanzarnos pullas, me relajo y hasta me lo paso bien, pero estos momentos silenciosos, en los que me mira tan concentrado, me inquietan, porque su mirada es demasiado directa. Fisgona. Es como si buscara algo y no sé el qué.

Supongo que me preocupa que sus ojos puedan ver algo más de lo que estoy dispuesta a compartir con él.

—Va a ser un espacio para vivirlo y sentirlo —me oigo decir—, pero, a la vez, sostenible y, sobre todo…

—Quiero que abras el techo del dormitorio principal.

Su petición me deja boquiabierta. Hasta ahora se ha limitado a asentir, no me ha dado ninguna indicación y, de repente, va y me suelta esto. Como si dijera *quiero las cortinas en verde*.

—¿Te refieres a…?

—Una gran ventana. ¿Se llama tragaluz? Quiero un cristal ahí arriba, para ver las estrellas y la lluvia caer.

Eso es demasiado romántico para alguien como él. Por un segundo pienso que me está tomando el pelo, aunque parece hablar en serio.

—¿Por qué quieres eso?

Debe de pensar que me estoy tomando más libertades de las que me corresponden, ya que tensa la mandíbula y sus ojos se tornan fríos e intransigentes.

—Es importante para mí. ¿Podrás hacerlo?

—Pues… —Parpadeo confundida y procuro pensar deprisa—. Es una modificación importante del techo y el tejado y eso disparará el presupuesto y, además...

—No me importa el dinero —corta sin piedad mi sarta de explicaciones aturulladas—. Lo quiero. Y también quiero un gimnasio.

—Claro. ¿Por qué no? —respondo en un tono burlón que acarrea una mirada de advertencia por su parte.

—¿Cuándo podrás empezar?

Cojo una profunda bocanada de aire, que suelto despacio antes de responder.

Tengo la impresión de que trabajar para este hombre acabará siendo muy frustrante.

—Mañana mismo.

—Bien. Otra cosa. En tu currículum pone que tienes un máster en Bellas Artes.

—¿Y qué crees?, ¿que he mentido en mi currículum?

Sus facciones se mantienen duras, esculpidas en granito. Los ojos que me aguantan la mirada siguen congelándome la sangre.

—No. Pero no tengo ni puta idea de qué quiere decir *máster en Bellas Artes*. Como te habrás imaginado, no soy ningún erudito. Solo quiero saber cuánto entiendes exactamente de arte. Pinturas, para concretar.

Nos echamos un pulso visual, hasta que yo medio sonrío y él frunce el ceño, un poco confundido por mi reacción.

—Digamos que entiendo lo suficiente como para saber que lo que hay a mis espaldas es un Picasso auténtico, que, por cierto, alguien sustrajo en 2010 del Museo de Arte Moderno de París. Si fuera tú, no lo tendría tan a la vista. El arte robado es mejor guardarlo en domicilios privados, a ser posible dentro de una caja fuerte, porque puede que venga algún… *erudito* y, al igual que yo, lo reconozca al instante.

Me calibra unos momentos en silencio y, aunque no sonríe, sus ojos azules brillan de satisfacción.

—Interpretaré eso como un *bastante*. Lo cual me viene muy bien, porque tengo intención de hacerme con un par de cuadros de interés lo antes posible.

—No pienso colarme en ningún museo para robarlos. Quiero dejar claras las cosas desde el principio.

—¡No, por Dios! —finge escandalizarse, si bien parece divertirle por mi reacción—. Estaba pensando en usar talonarios.

—Ah. En ese caso, quizá pueda echarte una mano. ¿Qué buscas exactamente?

—Algo bonito y no demasiado ostentoso.

—¿Algo respetable? —propongo, con una ceja en alto.

Su sonrisa apenas esbozada me dice que he acertado.

—Lo vas pillando, Alexandra. Deberíamos celebrar nuestro acuerdo. ¿Te tomas una copa conmigo?

Su voz se ha vuelto gutural y suave como una caricia. Intento no fijarme. Obviaré el pequeño escalofrío que siento cada vez que él me habla en ese tono tan cercano. No puedo dejar que su gran atractivo o su estúpido encanto personal me vayan a influir.

Mucho menos ahora que está claro que voy a trabajar para él.

—No. Tengo cosas que hacer.

—¿Como cuáles?

—No sé qué te hace pensar que estás en tu derecho de pedirme explicaciones, pero puedo asegurar que te equivocas.

—¿Como cuáles?

Soplo aire por la nariz, mosqueada de que me esté ignorando así.

—Es personal —mascullo entre dientes.

—Personal.

Su tono y su mirada socarrona me hacen arquear una ceja.

—A la gente que trabaja para ti se le permite tener vida personal, ¿verdad?

Las comisuras de sus labios se mueven tan solo un milímetro, una sonrisa contenida que me pone de los nervios.

—A algunos, no. Debería saber, señorita Harper, que espero que usted se entregue a este proyecto en... *cuerpo y alma.* —En sus ojos se enciende un apetito salvaje al formular la última parte de la frase.

Le dedico una mirada seca mientras recojo mis cosas y abandono la silla.

—Mi cuerpo no está por la labor de entregarse ahora mismo —respondo, de camino hacia la puerta—. Pero gracias por el ofrecimiento.

Esperaba alguna réplica sarcástica, no que se plantara a mi lado de una zancada, me atrapara por la muñeca y me arrastrara a sus brazos hasta que acabo pegada a la rígida pared que es su pecho, envuelta en chispas y demasiado pendiente del movimiento brusco de su caja torácica como para concentrarme en nada más.

Sus ojos se sumergen en los míos, tan ardientes que no me cabe duda de que derretirían el corazón de la mujer más fría del mundo.

—Déjame que lo persuada entonces —susurra, con los labios casi rozándome la boca. Su voz se ha vuelto ronca, llena de implicaciones sexuales.

Por si me quedara alguna duda, que no es el caso, el miembro erecto que se tensa contra mi estómago no deja lugar a dudas sobre lo mucho que me desea.

Nos miramos absortos mientras la atmósfera se llena de electricidad estática, algo primitivo y salvaje, provocado por el impresionante cuerpo que domina el mío.

Apenas me está tocando y ya me derrito. No quiero ni pensar en qué se sentiría al estar desnuda entre sus manos. No me cabe duda de que tengo delante a un hombre que sabe muy bien cómo satisfacer a una mujer. Esa clase de cosas las notas antes de acabar en la cama con alguien, lo percibes en su mirada, en la forma en la que despierta tu cuerpo cuando estáis juntos.

Los dos aspiramos como si estuviéramos intentando impregnarnos del otro. La fijeza con la que me observan sus ojos encendidos me produce un hormigueo en la piel. Hay algo tan carnal en su mirada que tengo que hacer uso de un gran dominio sobre mí misma para rechazar la invitación.

—Su forma de tocarme roza peligrosamente el acoso laboral, señor Williams.

—Puedo despedirte, si hace que te sientas mejor.

—Muy gracioso.

Su boca registra una sonrisa apenas perceptible.

—Quiero poseerte entera. ¿Puedo?

Intento no tensarme cuando sus palmas se posan en mi culo y me aprietan contra su polla empalmada. Rendirse se está volviendo demasiado tentador. Menos mal que soy una luchadora nata.

—No. No puedes.

Cierra los ojos, se deshace en un gruñido y sus manos caen a ambos lados de mi cuerpo.

—Muy bien. Me estaré quietecito hasta que me lo pidas expresamente.

—Cosa que no haré nunca.

—Eso ya lo veremos.

Sin duda, suena a amenaza.

—¿Algo más o ya puedo marcharme?

—Ya que lo preguntas… Tengo una oficina libre aquí y he pensado que podrías usarla hasta que tengas un sitio decente desde el que poder trabajar.

Frunzo el ceño y arrastro la mirada por la exquisita cara de la que solo me separan unos centímetros.

Su electrizante respiración me roza los labios, estoy tan cerca de su pecho que noto, incluso a través de la ropa, el enérgico calor que

desprende, y siento que me ahogo, que caigo y me hundo; que lo deseo como nunca he deseado nada, de una manera salvaje, inexplicable y muy peligrosa.

—Me lo pensaré.

La media sonrisa sexy regresa a su rostro.

—¿Sí? ¿Te lo pensarás? —murmura con una ceja en alto y la voz cargada de lascivia.

Reconozco en sus ojos un brillo tan hambriento que me preocupa que sea capaz de borrar todas mis reservas, echar por los aires, uno a uno, mis muros de defensa.

—Me lo pensaré —repito, manteniendo inalterable mi expresión facial.

—De acuerdo. Esperaré impaciente tu resolución.

Le pongo mala cara, pero él me guiña el ojo y vuelve a sonreír, desarmándome una vez más.

Sé que me ofrece esto solo para tenerme cerca, y también sé que acabaré aceptando por el mismo motivo.

Pero no será hoy. Él disfruta con los adversarios dignos de su grandeza y me temo que yo disfruto demasiado de este juego.

Incluso tengo intención de ganar, así que me separo de su magnético pecho y hago lo que más me conviene hacer en este momento.

Por mucho que cada fibra de mi cuerpo requiera su contacto, por mucho que me muera de ganas por besarle, es mi mente la que tiene el control aquí.

Y mi mente me dice que frene el carro.

Antes de que sea demasiado tarde.

—Seguiremos en contacto. Gracias por dedicarme tu tiempo.

Evalúa mi rostro durante unos segundos, en completo silencio, y una pequeña sonrisa empieza a materializarse en las comisuras de sus labios.

—Vale. Muy bien —me dice, un poco fastidiado—. Pídele a Lis que te deje las llaves de la casa. Imagino que te harán falta para poder entrar y salir siempre que lo necesites.

Sospecho que Lis es la secretaria.

—Lo haré. Adiós, señor Williams.

—Me llamo Ash.

Le echo una miradita divertida mientras giro el pomo.

—Eso ya lo sé —replico, antes de salir.

Sé que permanece ahí y que no es capaz de quitarme los ojos de encima. Puedo notar el espeluznante interés con el que me observa.

Si no me giro es solo porque no quiero darle la satisfacción.

Quiero que se quede ahí, con las manos hundidas en los bolsillos de sus elegantes pantalones de sastre, su sonrisa apenas esbozada, la polla dura, y se plantee a sí mismo una sencilla pregunta. ¿Quién es el cazador y quién es la presa?

—Gracias, Lis. Hasta otra —me despido cuando ya tengo las llaves de su casa en mi poder.

Me las guardo en el bolso antes de echar a andar hacia el ascensor con perfecta normalidad.

Clavo el pulgar en el botón metálico.

Enderezo la espalda.

El corazón me late con un inusitado frenesí, completamente contradictorio al aplomo que proyecto cuando, después de cruzar las puertas que acaban de abrirse, me vuelvo de cara a él.

Por supuesto que sigue ahí. Su hipnótica mirada atrapa la mía al instante.

Noto que está tenso, que cada nervio de él permanece en alerta, pendiente de mí.

La sombra de una sonrisa eleva despacio la comisura derecha de mi boca.

«¿Lo has adivinado ya, cabronazo?».

Me inclino hacia la izquierda y mantengo presionado durante unos segundos el botón de la planta baja. No libero su mirada ni por un segundo.

Se cierran por fin las puertas, y de pronto mi perfecta fachada se viene abajo como un castillo de arena azotado por el oleaje.

El espejo me devuelve la imagen de una mujer desecha, que apoya las dos manos contra la pared, se dobla sobre sí misma y, jadeando con aspereza, lucha por recuperar el aire que él le ha arrebatado.

*****

Me demoro toda una semana en aceptar su propuesta de usar la oficina libre.

Cuando considero que he jugado con él lo bastante, busco el teléfono de atención al cliente en Google y llamo a Lis.

Los primeros copos de nieve empiezan a caer al otro lado de mi ventana. Estamos en diciembre.

Envuelta en un chal a cuadros, contemplo la nevada con mirada sombría. Por un segundo me pregunto si es una buena idea, si estoy preparada para lidiar a diario con su abrumadora presencia; si soy lo bastante fuerte como para enfrentarme al deseo que me abrasa por dentro cada vez que nuestras miradas traban contacto.

No es más que un destello de duda, un segundo de vacilación. De inmediato se apaga.

Y entonces respiro hondo, recupero mi aire jovial y le notifico a su secretaria que mañana estaré ahí a las nueve en punto.

Capítulo 8

Casi hubiera preferido
no haber bajado a esta madriguera...
sin embargo...
sin embargo...
¡qué curiosa, esta clase de vida!
(Lewis Carroll)

Alexandra

Ay, Dios.

Son las nueve y cuarto y todavía no he llegado a la oficina. Hoy todo se me ha hecho un mundo, como si el universo entero estuviera conspirando para amargarme la vida.

La nieve se ha convertido en llovizna, el tráfico es de locos, ¡todo el mundo está histérico!

Sobre todo, yo. Mi plancha de pelo casi me electrocuta a las ocho de la mañana.

Para colmo, se me cayó al váter una de mis lentillas y no he tenido tiempo de ir a la tienda a por otro par, así que unas gafas de pasta negras se encargan de que no me golpee contra los postes de la luz mientras aprieto el paso hacia el edificio más emblemático de la ciudad, The Standard Building.

El termómetro a bordo marcaba nueve grados, pero la sensación térmica en la calle no parece superior a tres. El viento que se abre paso entre los edificios con una especie de silbido espeluznante es más gélido de lo que esperaba. Mi largo abrigo marrón no consigue frenarlo.

Hace poco leí un artículo que aseguraba que Cleveland supera a Detroit en cuanto a pobreza, criminalidad y desigualdad social.

En este barrio no se percibe nada de eso. Parece una buena zona. Segura, sobre todo.

Imagino que gran parte de las torres de cristal que me rodean albergan oficinas, si bien no descarto que haya también algunas viviendas. Apartamentos caros y lujosos, a juzgar por los elegantes portales y el aspecto de las fachadas. No hay ni un solo grafiti.

Eso no sería *respetable.*

Cuando alcanzo el número 99 de St. Clair, me paro junto a la puerta para recuperar el aliento. Vengo a la carrera. Tengo una sensación extraña, un nudo en el estómago.

La calle está desierta. Aun así, me siento observada.

Registro el entorno con cautela, escaneo los edificios cuyos ventanales parecen ojos que vigilan desde la oscuridad, atentos, muy quietos, potencialmente peligrosos, y me obligo a respirar hondo.

No sé si mis movimientos estarán siendo monitorizados, si alguien me sigue, o solo me estoy volviendo paranoica sin motivo.

No hay nadie a la vista, solo coches aparcados a ambos lados de la avenida y el viento, que rasga los carteles de propaganda electoral colgados de los postes de la luz.

Será mejor que lo deje estar. Estoy siendo paranoica. Nadie me sigue. ¿Por qué iban a hacerlo?

Tras un momento de vacilación, me adentro en el edificio. Las puertas se cierran como una trampa a mis espaldas. La poca seguridad que sentía se desvanece por completo, dejando detrás de sí una molesta sensación de quemazón en el pecho que solo puede ser inquietud.

Incluso el sonido de mis tacones, que crea eco entre las paredes desnudas, me tensa los nervios.

Así debió de sentirse la pobre Alicia cuando cayó por la madriguera del conejo. A saber lo que vas a encontrarte en la oscuridad, *pequeña*.

Saludo con un gesto a los dos guardaespaldas trajeados que por primera vez no me frenan el paso y, con el maletín debajo del brazo, me dirijo deprisa al ascensor.

Durante el corto trayecto, mi respiración empieza a sosegarse. Me pregunto si él estará aquí. La respuesta me abruma, aunque más vale que me acostumbre, porque a partir de ahora esta será mi rutina. Tendré que adiestrarme para poder estar cerca del objeto de mi obsesión sin hiperventilar y sin fantasear con arrancarle la camisa.

Pan comido.

El ascensor emite un sonido suave antes de accionar el mecanismo de apertura de puertas.

Ya no hay vuelta atrás.

Levanto la cara del suelo y me quedo sin aliento al toparme con sus iris azules, que me atrapan de inmediato.

—Buenos días, señorita Harper.

Con mucha cortesía, se echa hacia un lado para permitirme el paso. Diría que se está marchando.

—Buenos días —respondo, dedicándole una sonrisa confiada.

Capto un brillo extraño en sus pupilas, pero cuando intento sumergirme en ellas para averiguar de qué se trata y qué es lo que lo está provocando, me estrello contra un bloque de hielo.

—Me alegro de ver que has decidido hacer caso a mi sugerencia.

Su voz tampoco desvela nada. Es suave y educada.

Y carente de emoción…

—Usaré esto solo el tiempo que tarde en acabar la casa —aseguro, subiéndome las gafas por la nariz con gesto nervioso.

Me mira divertido, con las cejas arqueadas y una media sonrisa apenas esbozada.

—Tranquila, Alexandra. No pienso cobrarte alquiler.

Mis labios componen una sonrisa de fastidio.

—Aun así.

—Discúlpame, tengo una reunión fuera de la oficina —me dice, tras comprobar el reloj—. Lamento no poder estar aquí mientras te instalas, pero si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedírsela a Lis.

Tal vez necesite cosas que Lis no pueda darme, pero me abstengo de decirlo en voz alta porque no quiero que juegue con ventaja.

—¿Volverás hoy?

Una muy sexy sonrisa ladeada empieza a materializarse encima de sus labios.

—¿Me echas de menos tan pronto, pequeña? Si todavía no me he ido.

Hago una mueca.

—No seas presumido. Esperaba que pudieras echar un vistazo a una selección de cuadros que he preparado para ti. No estamos hablando de Monet ni de Goya, pero hay un artista local que creo que tiene mucho potencial. Sus cuadros aún no han alcanzado tanta notoriedad como para que se dispare el precio. Es un buen momento para comprarlos. Sería una inversión inteligente.

Es evidente que a él le gusta invertir, y se le da bien por lo que he leído en las revistas locales. El grupo Williams encabeza la lista de empresas más prósperas de Cleveland. Creo que fue portada de Forbes.

—¿Y sabes todo esto porque…?

—Hago mis deberes. Y puede que me haya dado el soplo Bill Morrison, de la galería *By Morrison*. Soy nueva en la ciudad, pero he hecho algunos contactos valiosos.

Una expresión incrédula asoma en sus cincelados rasgos.

—Conozco a Bill. Es un capullo que no hace nada por amor al arte. Me sorprende que te haya dado una información así, sin pedirte nada a cambio.

—Puedo ser muy persuasiva.

—Hum, eso me gusta. Bien, les echaré un vistazo si es que vuelvo hoy. Lo dicho, si necesitas cualquier cosa, pídesela a Lis.

Presiona el botón para volver a llamar al ascensor, lo cual me da a entender que para él ya ha acabado nuestra conversación. Continuaremos luego. Si es que vuelve, claro...

Giro sobre mí misma y me dispongo a preguntarle a Lis por la oficina libre.

—Alexandra.

Una sensación cálida se me asienta en el pecho, provocada sin duda por la nota rasposa de su voz.

Me detengo, indecisa, y al final, qué remedio, muevo la cabeza hacia atrás.

Intentaré ignorar la extraña corriente eléctrica que me acaba de recorrer el cuerpo de arriba abajo. Sospecho que tiene mucho que ver con el deseo salvaje que capto en sus ardientes pupilas.

—¿Sí?

—Me gustan las gafas. Te dan un aire… intelectual.

Sonrío sin poder contenerme y él entra en el ascensor y me mira fijamente hasta que se cierran las puertas.

Joder.

Esto va a resultar más difícil de lo que creía.

*****

Mi nuevo espacio de trabajo es bastante cómodo y acogedor.

Hay un buen sillón en el que balancearse cuando estás aburrido (con buena sujeción de la espalda, no vaya a ser que me lesione…), una ventana con vistas al hotel Marriott, un portátil blanco de la marca Apple y un enorme seto natural que, conociéndome, acabará muerto en menos de un mes como me toque a mí regarlo.

Sobre la mesa encuentro un móvil de última generación con un *post it* pegado a la pantalla. *Úsame.*

Me echo a reír. ¿Quién hubiera adivinado que el señor Williams resultaría ser tan buen anfitrión?

Se ha tomado muchas molestias para que esté cómoda y bien atendida. Tengo incluso una cafetera propia como la de George Clooney. Qué tío.

Me instalo en el sillón ejecutivo, sorprendida por su excelente calidad (en serio, una fantástica sujeción de la espalda), enciendo el portátil y decido sacarle partido al día.

Hoy me toca trabajo de oficina. Tengo que contactar con varios proveedores y hacer algunos pedidos urgentes para que el contratista que he elegido para la reforma pueda iniciar las obras cuanto antes. Algo me dice que a Ash le impacientan los retrasos.

*****

La tarea me lleva todo el día, porque soy nueva en la ciudad y tengo que investigar antes de contratar a nadie, pero consigo dejarlo todo atado antes de las seis de la tarde. Así mañana podré estar en la obra para supervisar la llegada del material.

Después de colgarle al dueño del último almacén, compruebo el reloj y hago una mueca. Pensaba que Ash volvería en algún momento de la tarde y supongo que me siento un poco decepcionada de ver que no es así.

Me planteo si marcharme a casa o si concederle media hora más, solo por si acaso.

Al final decido quedarme. No tengo otra cosa que hacer.

Para entretenerme con algo mientras espero, abro el navegador y, después de leer noticias de escasa importancia sobre famosos que en el fondo no me importan, tecleo su nombre en el buscador.

Vaya. Es sorprendente la gran cantidad de tinta que han gastado con él. Es una celebridad local. Le han concedido el premio al mejor empresario del año por tres años consecutivos, y sostiene económicamente cuatro organizaciones benéficas de Cleveland.

Todo gira siempre en torno a lo mismo, mujeres sin recursos, víctimas de violencia de género o trata de personas, madres solteras y adolescentes que han sufrido abusos sexuales y/o problemas de drogadicción.

Encuentro un artículo muy detallado, publicado hace dos años en un periódico. 8 de Marzo. Ya. Tiene sentido.

Y ahí está la foto del magnate filántropo que siempre está del lado de las mujeres.

Me pregunto por qué lo hará, por qué tanto interés en la violencia contra la mujer. Todos tenemos una motivación. ¿Cuál es la suya? ¿Qué ocultan esos impenetrables ojos azules que veo en mi cabeza cada vez que bajo los párpados?

En todas las fiestas benéficas le han fotografiado solo. ¿Por qué? ¿No hay ni una mujer en su vida? ¿Nunca la ha habido? ¿O es que la ha perdido? ¿Por qué no posa con Seven? ¿Quizá porque ella se niegue a vestirse de etiqueta?

La idea me hace sonreír.

Analizo absorta la fotografía del próspero y refinado empresario que me devuelve la mirada desde la pantalla del ordenador y termino soltando un suspiro hastiado.

No quiero obsesionarme. Ash Williams es un enigma que me encantaría descifrar, pero tengo la impresión de que me llevaría años enteros comprender los entresijos de su mente.

Estoy convencida de que no es ni de lejos el hombre que pintan los tabloides. A mí me parece un lobo disfrazado de cordero, a pesar de sus obras benéficas y sus malditos galardones. Hay algo que no me encaja en todo esto. ¿El qué? Ni la menor idea. Tendré que averiguarlo.

Me froto la parte posterior del cuello con gesto cansado y decido que ya he tenido bastante por hoy. Necesito un baño relajante y una copa de vino.

Y, por supuesto, dejar de obsesionarme, al menos por esta noche.

Apago el ordenador, recojo mis cosas y echo un último vistazo a mi nuevo espacio de trabajo, antes de apagar las luces y apretar el paso hacia el ascensor.

Al llegar a la altura de su despacho, me encuentro la puerta medio entornada y la luz encendida. ¿Está aquí?

—No muerdo —resuena su voz desde dentro.

Hago una mueca de fastidio, empujo la puerta con los nudillos y me quedo plantada en el umbral.

No se mueve ni levanta la mirada.

Sentado en el sofá, contempla con aire absorto un tablero de ajedrez.

Qué polifacético. Jamás habría imaginado que alguien como él fuera a mostrar interés en algo así.

—¿Juega al ajedrez, señorita Harper? —murmura sin mirarme.

Tengo la impresión de que llevábamos toda una eternidad en silencio, él midiendo el tablero y yo midiéndolo a él. Casi me sobresalta el timbre rasposo de su voz.

—Depende.

—¿De qué?

—De quién sea el contrincante.

Sonríe solo con las comisuras de los labios y su rostro se levanta lentamente hacia el mío.

El aire se me atasca en los pulmones. El azul de sus iris es tan intenso que me paraliza junto a la puerta.

—¿Qué te parece si juegas conmigo?

Delibero unos momentos. ¿Él y yo moviendo piezas en un tablero? ¿Es que no lo estamos haciendo ya?

—Me parece que voy a ganar.

Se echa a reír, una risa ronca que ha intentado contener sin demasiado éxito.

—Eso te parece, ¿eh, pequeña?

Su cautivadora voz posee una ligera aspereza metálica que me hace estremecer por dentro. Me imagino esos labios cerca de mi oído, susurrando promesas de lo que va a hacerme (quiero poseerte entera), y se me incendia el rostro.

Desearía ponerle fin a esto, pero sus ojos me retienen con tanta fuerza que no muevo ni un músculo. Solo me mantengo apoyada en la jamba de la puerta, con el maletín en la mano derecha y la izquierda hundida en el bolsillo.

Ash deja resbalar la mirada por todo mi cuerpo, registra la blusa de color hueso con volantes sobre el pecho que llevo metida por dentro del pantalón negro de talle alto que cae con elegancia sobre mis largas piernas, analiza mis zapatos (probablemente, imaginándome desnuda, solo con ellos puestos), y luego hace lo mismo con mi rostro.

Es evidente que le gusta lo que ve. Puede que bese a Seven, incluso puede que se la folle siempre que le plazca, pero en realidad le gustan las cosas con clase, ser respetable, y no hay nadie más respetable que yo, la señorita Harper, diseñadora de interiores, erudita y chica que no sale con tíos que llevan tatuajes en los dedos.

Sé que lo obsesiono.

Lo único malo de todo esto es que él también me obsesiona a mí.

Y esta curiosidad insana tambalea el tablero y deja la victoria bajo una enorme interrogación.

El juego es trepidante. Los dos jugadores tienen potencial para coronarse ganadores.

¿Seré yo? ¿Será él?

Siento la impulsiva necesidad de salir a que me dé el aire. Sus pupilas me inflaman de deseo, un deseo al que no puedo ni debo sucumbir. ¿Por qué siempre me atraen los hombres menos apropiados? Ojalá le hubiese conocido de otra forma, en una de esas fiestas benéficas a las que acude solo. En ese caso habría sido todo muy diferente.

—Buenas noches, Ash.

Escuchar su nombre en mis labios parece gustarle.

Joder, parece gustarle mucho. Es como si uno de los muros que nos separan volara por los aires.

Sus ojos se arrastran despacio por mi figura, oscuros, encendidos de puro deseo animal, algo salvaje e incontrolable que hace que me arda el clítoris y empiece a empapar el encaje negro de las bragas.

Me está lanzando una clara invitación: *quédate conmigo esta noche*. *Fóllame. O deja que te folle yo a ti.*

Está serio, aunque percibo la sombra de una sonrisa muy débil en las comisuras de sus labios.

Niego a modo de respuesta. Se pasa la lengua por el labio inferior, se lo muerde y asiente fastidiado.

—Pues que descanse, señorita Harper.

Hay algo tremendamente sexual en su voz. Si no salgo por la puerta en los próximos dos segundos, perderé la partida. El deseo es como el miedo. Si no lo controlas tú, te acabará controlando él a ti.

—Tú también —balbuceo con voz ahogada.

—Eso lo dudo —lo escucho farfullar a mis espaldas.

Suena como un hombre agotado, acostumbrado a caminar siempre solo, a no esperar nada de nadie; alguien tremendamente triste y vencido.

Roto. Sí, eso es. Parece roto a veces.

Entrecierro los párpados para contenerme, trago saliva con dificultad y aprieto el paso hacia el ascensor.

«No mires atrás, Alexandra. No abras la caja como Pandora. No seas tan estúpida como ella».

Es difícil alejarse cuando algo más fuerte que tú te arrastra hacia atrás. Mi voluntad se resiente con cada segundo que paso dentro de este lugar.

Ni siquiera sé cómo logro llegar hasta el ascensor. El corazón me va a mil por hora y cada fibra de mí me exige que dé media vuelta y ceda ante este brutal deseo de fundirme con su boca.

Aprieto insistentemente el botón de la planta baja y, falta de aliento, apoyo la frente contra el espejo y cierro los ojos. Necesito contenerme, poner fin a esta locura.

Las puertas se cierran al fin, lo cual me produce un poco de paz. La cabina empieza a bajar. Me estoy alejando del objeto de mi obsesión. Levanto los párpados para observarme a mí misma bajo la lividez de esta luz.

Lo que veo es a una mujer de ojos vidriosos y pupilas dilatadas; alguien que hace mucho tiempo que ya no reconozco ni entiendo.

«*¿Quién coño eres, Alexandra?*».

Capítulo 9

Hay siempre en el alma humana una pasión
por ir a la caza de algo.
(Charles Dickens)

Alexandra

La llamada de Ash me pilla justo a punto de meterme en la bañera.

Son más de las ocho de la noche. No sé qué querrá a estas horas. Más vale que le conteste. Ahora es mi jefe y el hecho de que me haya dado un móvil de empresa implica que tengo que estar disponible para él.

Mierda.

Me preocupa que la idea de *estar disponible para él* me excite tanto. Hay algo muy malo en mí, tengo una vena retorcida que no conocí hasta hace bien poco.

—Hola. —Con el teléfono pegado a la oreja, me inclino sobre la bañera y cierro el grifo para poder oírle mejor.

—Hola, Alexandra. ¿Dónde estás?

La suavidad de su voz y su habitual ronquera me pillan desprevenida. Cierro los ojos y por un segundo imagino que está aquí, en este minúsculo baño lleno de vapor.

—En casa —murmuro tras un ligero carraspeo—. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Nada, es que hoy no has venido a la oficina y quería saber si te encontrabas bien.

Soy incapaz de retener la sonrisa. Conque me ha echado de menos, ¿eh?

—Perfectamente. Gracias por tu preocupación.

Sé que espera que explique el motivo de mi ausencia, pero no pienso darle ese placer, no voy a explicarle que mi trabajo no consiste en encerrarme todos los días en un despacho, que a veces

tengo que pisar polvo, atender a los obreros, solucionar los contratiempos, que no son pocos...

—¿Algo más? —vuelvo a decir, al ver que sigue callado, esperando a que le revele el misterio de por qué no he ido.

Al final se da por vencido y lo deja estar. Le oigo resoplar.

—Sí. Ayer querías comentarme algo de unos cuadros.

—Así es. Pero me diste esquinazo.

—No seas tan dura conmigo. Estuve fuera de la oficina todo el día. Cuando volví, ya no me apetecía ponerme a pensar en nada de eso. Estaba cansado.

—Ajá…

Creo que ha notado mi indiferencia, porque le oigo resollar.

Me siento en el borde de la bañera, concentrada en el incesante goteo del grifo que, de alguna forma, me ayuda a ignorar todo lo demás. Agradezco la distracción.

—Si quieres, puedo pasar a recogerte y hablamos de ello ahora mismo. ¿Qué tal una copa de vino en algún lugar cálido y acogedor como… un piano bar?

No voy a engañarme a mí misma, me apetece mucho verle, pero no creo que sea buena idea. Esta noche tengo las defensas bajas y su voz, la nota desgarrada que vibra en ella, me afecta más de lo habitual.

—No, hoy no.

—¿Tienes cosas que hacer?

—Pues… Resulta que estoy cansada y llena de polvo. Llevo trabajando todo el día. Acabo de llegar a casa.

—¿A estas horas? Dile al capullo de tu jefe que te pague más. En cuanto a lo del polvo… eso se soluciona con un buen baño.

Me echo a reír y noto que él sonríe al otro lado de la línea.

—En realidad, estaba a punto de meterme en la bañera cuando has llamado.

—Joder. ¿Por qué me torturas así? Ahora estaré pensando en eso. ¿Estás desnuda mientras hablas conmigo?

Vuelvo a reírme y niego para mí.

—Mañana hablamos, ¿vale? —le digo, con una pequeña sonrisa en la voz.

—De acuerdo —se rinde con otro suspiro—. Descansa.

—Y tú.

—Buenas noches, Alexandra.

Callo unos segundos, recreándome en la suavidad de su timbre ronco, y después, mientras recorro con los dedos el agua caliente de la bañera, susurro un débil *buenas noches*.

Sí, yo también estaré pensando en cosas en las que no debería pensar. Cogerle la llamada ha sido como abrirle la puerta e invitarle a entrar en este lugar.

Ahora me parece imposible echarle.

¿Cómo te deshaces de algo que está dentro de tus venas, en la sangre que te mantiene viva, en el puñetero aire que respiras?

*****

La puerta está abierta. Aun así, golpeo los nudillos contra el marco antes de entrar.

Ash, sentado detrás de su escritorio, con las mangas de la camisa blanca dobladas por debajo de los codos y aspecto un poco desastrado (no se ha afeitado y es evidente que se ha estado revolviendo el pelo con los dedos decenas de veces), levanta los ojos hacia los míos.

Creo que nunca me acostumbraré al impacto. Cruzar una mirada con él siempre se siente como un golpe en el estómago.

—Hola, Alexandra. ¿Qué puedo hacer por ti? Los cuadros —cae de pronto, y entrecierra los ojos, como fastidiado por haberse vuelto a olvidar del tema.

—Los cuadros —confirmo con una sonrisa—. ¿Tienes un momento?

Con un gesto de la mano, me invita a sentarme al otro lado de la mesa.

Tomo asiento e intento no desconectarme de la realidad ni perderme en el hipnótico azul que me encoge el estómago.

—Soy todo tuyo.

Lo dice con doble sentido y los dos lo sabemos.

Me muerdo el labio por dentro y me empapo de él unos segundos más, antes de ofrecerle el portátil que traigo en la mano.

—Aquí tienes algunos trabajos anteriores del pintor del que te hablé, para que te hagas una idea de cuál es más o menos su estilo.

Lo coge y, en silencio, pasea la mirada por las imágenes que he seleccionado para él.

Sin nada mejor que hacer, me deleito con su expresión concentrada, absorbo la pequeña arruga que le asoma entre las cejas y me veo a mí misma alisándosela con los dedos. Una sonrisa amarga juega en mi rostro al darme cuenta de que siempre dejo de lado la razón cuando estoy con él.

—Me gusta —dice, antes de levantar la cara hacia la mía—. Tiene personalidad. Podría encajar con el diseño de la casa.

—Yo también lo creo. Sus cuadros se han estado vendiendo en galerías locales y han gozado de bastante éxito a nivel estatal. Lleva unos cuantos meses sin participar en ninguna exposición, pero, según Bill, en su casa tiene bastante material. ¿Podría interesarnos?

—Sí. ¿Por qué no? Consigue uno o dos cuadros suyos. Como eres la experta, lo dejaré en tus manos. ¿Cuánto dinero necesitas?

—Todavía no he hablado con el artista. No sé si…

Me corta con un gesto, descorre el cajón de su mesa y firma un cheque. Después, lo desprende del talonario y me lo ofrece.

—Ten. Tienes absoluta libertad para gastar lo que consideres necesario.

Me acaba de dar un cheque en blanco. No sé si se está burlando de mí. No lo parece.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil?

—Soy un hombre fácil. Pensaba habértelo dejado claro todas las veces en las que me insinué. —Su forma de guiñarme el ojo me enciende las mejillas—. Anda, cógelo.

La seriedad con la que me habla es tan inesperada que la complicidad que parecíamos tener solo un segundo antes se esfuma de golpe.

—Muy bien. —Se lo quito de entre los dedos y me pongo en pie con un ligero carraspeo—. Bueno, pues… Gracias. Si te parece bien,

hoy ya no vuelvo después de comer. Tengo que ir a Mansfield a negociar con el pintor.

Como estoy de pie delante de su mesa, se echa hacia atrás en el sillón para poder estudiarme la cara. Empiezo a respirar pausadamente. Ese maldito azul me enciende la sangre en las venas otra vez.

—Vale. Me parece bien. ¿Irás en coche?

—Lo más probable es que vaya en tren.

Mi respuesta lo sorprende tanto que arquea las cejas.

—En tren —repite sin ninguna entonación—. ¿No tienes coche?

—Ahora mismo, no. Esta mañana me quedé sin la bomba de aceite. Era un trasto viejo, de todos modos.

Suelta un silbido.

—Vaya putada. —Se pone de pie y agarra su chaqueta, de camino a la puerta—. Vamos.

Lo miro confusa.

—¿Adónde?

—A Mansfield. Te llevo. Me pilla de paso.

—Pero…

—No me discutas. No voy a dejar que vayas en tren estando yo aquí.

Intento decir algo que le haga desistir, pero no se me ocurre nada, así que me rindo y lo sido aturdida por el pasillo. ¿Cómo se ha torcido la situación de esta forma?

—Un segundo —farfullo al llegar a la altura de mi despacho—. Tengo que dejar el portátil y recoger mis cosas.

—Vale. Voy a sacar el coche del garaje. Te espero en la calle. No tardes demasiado. Solo dispongo de un par de horas. Esta tarde tengo una reunión muy importante en la ciudad.

Me quedo plantada en la puerta, observándolo mientras se aleja por el pasillo. ¿Alguna vez dejará de atraerme tanto?

Y, joder, ¿cómo voy a aguantar un viaje de ciento treinta kilómetros, encerrada en un coche con él, cuando lo único que quiero es arrancarle la camisa y hacerle cosas muy malas?

*****

El Lexus está en la acera, con el motor en marcha y las luces de emergencia encendidas.

Ash, sentado detrás del volante, en mangas de camisa, me sigue con la mirada mientras me acerco.

Respiro con alivio cuando el abrasador azul desaparece tras unas lentes oscuras que le protegen de la luminosidad del día. Él es una criatura nocturna.

Abro la puerta y me deslizo en el asiento del copiloto. No dice nada, solo quita las luces de emergencia y da marcha atrás.

Es una de esas personas que apoya el brazo contra el respaldo del asiento del acompañante cuando da marcha atrás.

Un chulito.

Maniobra el volante con una sola mano.

Bajo el parasol e intento colocarme de tal manera para que la luz no se me clave de lleno en las retinas, pero no hay manera y acabo poniéndome las gafas de sol yo también.

Me observa divertido.

—Intenta no conducir como alma que lleva el diablo hoy —le pido después de acoplarme el cinturón.

Esboza una graciosa sonrisa de lado y pega un acelerón solo para fastidiar.

—¿En serio? —Le pongo mala cara—. ¿Tienes doce años o qué?

—Esto es lo que hay. Vivo deprisa, conduzco rápido y follo duro. Si tienes algún problema con cualquiera de esas tres cosas…

Me lanza una mirada intensa por encima de las gafas.

Asiento con fastidio y me muerdo la punta de la lengua para evitar replicarle. Sé que lo hace para provocarme.

—Muy bien. Puedes hacer lo que te dé la gana, siempre y cuando no acabemos muertos. Porque, en ese caso, tendré que matarte y no quiero estropearme el vestido.

Riendo entre dientes, agarra el volante con la izquierda y pone la mano derecha encima de la mía.

Me quedo sin aliento. Siento el fuego, las llamas que devoran mi piel, el estómago poniéndoseme rígido dentro de la ropa. Esto está

muy mal. No debería permitirme a mí misma sentir nada de esto.

Aturdida, bajo la mirada hacia el pulgar que recorre suavemente mis nudillos, uno a uno.

Me estoy humedeciendo entre las piernas.

—No tienes nada de lo que temer, Alexandra —susurra con tanta convicción que casi dan ganas de creerle.

Pero sé que no me conviene en absoluto formar parte de su universo. Mi vida ya es bastante complicada de por sí. No necesito añadirle más desgracias. *Sé* que entablar cualquier clase de relación sentimental con alguien como él supondría una desgracia. No tengo ni idea de hasta dónde llega su lado oscuro, ni si soy lo bastante fuerte como para salir ilesa.

Incómoda por lo mojada que me he puesto sin ningún motivo, busco otra postura en el asiento. Ash libera mi mano y se inclina hacia mí.

Pego la espalda contra el respaldo del asiento y contengo el aliento. Me asusta la forma en la que reacciona mi cuerpo cuando él invade mi espacio personal.

Por un segundo pienso que su mano se dirige hacia mi rodilla, e imagino cómo sería si me tocara, si esa palma enorme se arrastrara por debajo de mi falda, si se deslizara entre mis piernas y sus dedos resbalaran por encima de la humedad que empieza a empaparme las bragas.

Es casi decepcionante constatar que su objetivo era un CD de música disco de los años ochenta, guardado en la guantera.

Sonríe con autosuficiencia antes de enderezarse, y entonces caigo en la cuenta de que, en un acto reflejo, me he aferrado al asiento con las dos manos y he clavado las uñas en él.

Libero poco a poco la presión, hasta que suelto el cuero por completo.

—¿Todo bien, pequeña?

Con aire muy digno, entrelazo las manos sobre el regazo y me aclaro la voz por lo bajo. No sé qué decir. Estoy incómoda y avergonzada por mi reacción.

—No podría ir mejor —miento con una bonita sonrisa en la cara.

No, no es tanto mi reacción lo que me avergüenza, como el hecho de que me hayan pillado. Odio que sepa de qué manera responde mi cuerpo al suyo.

Como si no fuera ya lo bastante arrogante e insufrible. Ahora tiene que saber cuánto lo deseo.

«Porque lo deseas, te guste o no».

—Deja de mirarme con esa cara —exijo, malhumorada.

Cabecea, divertido, pone por fin el dichoso CD y el Lexus se une al tráfico de una tarde anodina.

La ciudad desfila a nuestro alrededor, deprisa, con sus edificios enmarcados por la luz dorada del atardecer y sus amplias avenidas.

El paisaje no me interesa. No ahora. Soy demasiado consciente de la atracción que siento por el hombre que tengo al lado en este espacio tan reducido.

Aprovechando que llevo las gafas de sol puestas, lanzo una mirada furtiva a su rostro. Como siempre, no encuentro en su fisionomía ni un solo defecto, nada fuera de lugar. Es como una perfecta obra maestra de la naturaleza.

Decido que, para conservar intacta mi salud mental, lo mejor será no mirarlo obsesivamente durante todo el trayecto. Me concentraré en el paisaje, por muy poco que me interese. Y dejaré de dar golpecitos con el dedo índice como una histérica. A ver si voy a acabar con un moratón en las rodillas…

Según dejamos atrás Cleveland, las vistas cambian, el panorama urbano le deja paso a una interminable extensión de campo ceniciento.

Hace un día soleado, pero frío. El viento parece doblar con fuerza la maleza seca que recubre los bordes de la carretera. La imagen no es nada atractiva.

Vuelvo a mirarle de soslayo. Me pregunto en qué estará pensando él. Su rostro ha adoptado una expresión relajada, medio ausente.

—Tengo que hacer una breve parada —me dice de pronto, como si hubiera notado la insistencia con la que lo estaba observando.

La suave reverberación de su voz se filtra a través de mis venas y, como siempre, me calienta la sangre.

—Claro. No tenemos prisa.

Carraspeo. Mi voz ha sonado demasiado ronca. ¿Qué demonios me pasa?

El coche se sale de la carretera. Nos adentramos por un camino de tierra. Estamos, literalmente, en mitad de la nada.

Nos detenemos delante de una verja enorme que impide ver lo que hay más allá.

—¿Qué es este sitio?

Alguien abre las rejas, algún portero que no puedo ver. El Lexus arranca despacio y las cruza.

—Solo serán cinco minutos. Quédate en el coche.

La respuesta no me satisface.

Llena de curiosidad, registro con la mirada el enorme edificio al que nos estamos acercando. Parece una residencia privada, aunque tiene cierto aire oficial, así que es posible que se trate de alguna institución.

Aunque no imagino qué clase de institución podría tener su sede en este lugar tan apartado de la civilización. Aquí solo se puede llegar conduciendo.

Ash aparca delante de una fuente que escupe agua a través de las fauces de un cocodrilo, se apea por la puerta sin decirme nada más y cierra con un golpe seco.

Levanto la mirada hacia la placa morada que cuelga junto a la entrada.

El amor no debería doler.

Qué intrigante. ¿Es un centro de rehabilitación para gente que ha sufrido alguna forma de maltrato? ¿Una escuela para personas con problemas emocionales? ¿Un lugar para los que intentan dejar de amar a alguien? ¿Un manicomio de alto nivel?

La propiedad es impresionante, los muros cubiertos de hiedra, el sendero de guijarros que serpentea entre los árboles, la alfombra de césped verde oscuro que conduce al bosque…

Casi dan ganas de quedarse a vivir aquí.

El amor no debería doler. Cierto.

Y yo debería quedarme en el coche.

Pero solo tardo medio minuto en quitarme el cinturón y salir al exterior.

Joder, qué frío. Hace un viento tremendo aquí, mucho peor que en la ciudad.

Me cierro el abrigo para conservar el calor corporal y me acerco al edificio sin que nadie me frene el paso.

Antes de que cambie de opinión, subo deprisa los ocho escalones, empujo la puerta con los nudillos y me cuelo dentro.

Me parece que Ash dio con la tecla. Soy demasiado curiosa. Siempre lo he sido. Necesito saberlo todo sobre los que me rodean. A veces resulta perturbador mi empeño por descifrarlos, como si las personas que interactúan conmigo no fueran más que un cubo de Rubik que necesito resolver de inmediato para saber a qué atenerme.

No puedo confiar en nadie así, por las buenas. Tengo que estar preparada, saber de antemano qué esperar de los demás.

Y, si hay alguien que rompa por completo mis esquemas, es el hombre al que estoy siguiendo por este imponente salón que hace cien años se debía de usar para fiestas y banquetes.

Todavía se percibe cierto aire refinado, muy a lo *Belle Époque*. La decoración es contemporánea, pero algunos pequeños detalles, las lámparas, el reloj, las altas puertas pintadas de blanco, homenajean al pasado.

No me entretengo demasiado tiempo mirando las musarañas; cruzo la habitación deprisa, dando las gracias al que ha colocado una bonita alfombra que amortigua el sonido de mis tacones, y doblo por otro interminable pasillo que me conduce a un espacio distinto, una sala llena de pupitres y ordenadores.

A través de la puerta entornada veo a varias mujeres de distintas edades trabajar en silencio.

Al acercarme un poco más a la puerta, me doy cuenta de que no trabajan. Están estudiando.

—Cuando salgáis de aquí, señoritas, tenéis que estar listas para integraros en el mundo laboral —les está diciendo una mujer a la que no había visto por culpa del ángulo en el que está ubicada—. Y, sin conocimientos de informática, vais a acabar de friegaplatos en un restaurante que os pagará el sueldo mínimo por doce horas diarias de trabajo. No queréis eso, ¿verdad?

Ellas se ríen, vergonzosas, y niegan.

Este lugar me intriga cada vez más.

También me pone un poco los pelos de punta.

Dejo atrás la sala de estudio y sigo adentrándome por una larga galería.

En una de las habitaciones que encuentro ahí, veo a Ash. Las mujeres que lo acompañan llevan ropa de deporte. A juzgar por la música y la decoración, diría que he encontrado el aula de yoga. ¿Qué cojones hace ahí?

Con el pulso latiéndome en las sienes, me pego a la pared y lo espío a través de la puerta entornada.

Una de las mujeres está llorando. No consigo enterarme de qué ha pasado ni de cuál es el papel de Ash en todo esto.

La mujer es joven, unos veintitantos, y tiene un aspecto tremendamente infeliz, no solo porque esté sollozando. Hay algo en ella, en su mirada, se percibe algo roto e irreparable. En algún momento debió de ser guapa. Me pregunto si sufrirá alguna especie de adicción. Su físico desmejorado podría deberse a problemas con las drogas o la bebida.

La escena me tiene absorta. Sencillamente, no consigo quitarles los ojos de encima.

Ella farfulla algo ininteligible, antes de romperse por completo y abrazarse al pecho de Ash.

Irritada, me pego al muro, cierro los ojos y cuento hasta diez. Necesito que se me calme el corazón y que el pulso deje de golpearme con tanta fuerza en las sienes. No me estoy enterando de nada.

Me tomo unos segundos para recuperar el control y solo entonces me atrevo a volver a abrir ojos.

La escena no ha cambiado mucho desde la última vez que miré, la mujer sigue ahí, abrazada a él.

—No sé cómo darle las gracias —la oigo balbucear—. Sin usted, estaría muerta.

—Chisss —la tranquiliza Ash con suavidad—. No tienes que agradecérmelo.

—Usted… usted… —Se le quebranta la voz, y él la vuelve a sosegar con palabras que no alcanzo a escuchar.

—Siempre he dicho que debería haber más hombres como usted.

Ash, sin dejar de frotar con ademán tranquilizador la espalda de la chica cuyas lágrimas le empapan la camisa, le dedica una sonrisa socarrona a aquella mujer que probablemente sea la profesora. Es algo más mayor que las demás y no tiene ese aire de fatalidad.

—Cuidado con lo que desea, señora Hastings.

Ella se ríe, encantada, y le pone esa cara de *no me sea granuja*, *señor Williams,* que las mujeres ponemos a veces cuando estamos cerca de él.

Hago una mueca detrás de la puerta. Es increíble el efecto que tiene este tío sobre el género opuesto.

—¿Puedo ayudarla? —escucho una tercera voz. La mujer que ha hablado tiene un pronunciado acento extranjero, aunque no sabría identificar su procedencia.

Necesito un segundo para comprender que me está hablando a mí.

«Mierda. ¿De dónde ha salido?»

Palidezco, niego horripilada y me doy prisa por escabullirme antes de que sea demasiado tarde.

Pero ya lo es. Él se ha girado y nuestros ojos se encuentran por unos segundos, en los que me mira con tanta intensidad que se me congela la sangre en las venas.

Ha encogido los párpados. Eso es malo.

Consigo deshacer el hechizo y salir corriendo, con el corazón atronándome en el pecho y la cara roja de vergüenza. Me siento ridícula por haber estado acechándole tras las puertas.

¿Qué coño me está pasando? ¿Por qué no me habré quedado quieta como me pidió? ¿Qué esperaba encontrar?

Mortificada, vuelvo al coche y me deslizo en mi asiento segundos antes de que él asome por la escalinata. Su rostro está tan rígido que no percibo ninguna clase de emoción en sus rasgos. No sé si está cabreado porque no le he obedecido o si todo esto le da igual.

Ni siquiera cuando se sienta a mi lado consigo interpretar sus pensamientos. Es como si mi radar hubiese dejado de estar

operativo.

Puedo interpretar a todo el mundo menos a él. Lo cual es muy frustrante, porque, cuanto menos entiendo, más me obsesiono por entender.

Lo observo de soslayo mientras, con aparente tranquilidad, arranca el coche y da la vuelta a la rotonda. Regresamos a la carretera polvorienta en un silencio que ni oso interrumpir ni consigo calificar.

Al final resuelvo no decir nada, a no ser que lo haga él primero.

Pero Ash tampoco habla. Mantiene la vista fija en el parabrisas y conduce a una velocidad que me aterra. Siento la tentación de aferrar el volante cuando lo suelta para encenderse un cigarro.

—¿Te molesta el humo? —dice, lanzándome una mirada rápida.

Niego con la cabeza.

Aun así, baja la ventanilla y, tras unas cuantas caladas, arroja el cigarrillo al exterior y eleva el volumen de la música.

Me quedo quieta, analizando los tatuajes que tiene en los dedos, en las manos y en los antebrazos. ¿Por qué alguien que viste un traje de diseño se tatuaría algo tan visible como los dedos y las manos? Eso es de macarras. Y a él le gusta lo elegante.

Es como si hubiera en su interior dos hombres completamente opuestos. Puede que uno de ellos sea peligroso.

Joder, puede que los dos lo sean.

Sin intercambiar ninguna palabra, llegamos a Mansfield, donde por fin me habla para preguntarme por la dirección del pintor.

Le digo la calle y él va directo hacia ahí, como si ya conociera la zona.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —pregunto cuando el coche se detiene delante de una humilde casa de madera blanca.

—Se me da bien callejear.

—Ya. Supongo que querrás entrar.

—Lo supones bien.

Le pongo mala cara mientras bajamos del coche a la vez y cerramos nuestras respectivas puertas con dos ruidos sordos que parecen, en cierto modo, alterar la armonía del vecindario. Los dos

nos quitamos las gafas de sol de camino a la puerta. Yo me las guardo en el bolso. Él se las cuelga del cuello de la camisa.

Subimos las escaleras del porche sin mirarnos. Soy yo la que pulsa el timbre.

Tras unos segundos de espera, escuchamos un ruido, una maldición y unos pasos que se acercan al otro lado. Intercambiamos una mirada. Ash enarca las cejas con aspecto divertido.

La puerta se abre por fin y aparece delante de nosotros el típico pintor aturullado y neurótico que nos mira con saña porque le hemos interrumpido en un momento de inspiración.

—Señor Sullivan, soy Alexandra Harper y este es mi jefe, Ash Williams. Hablé con usted esta mañana para concertar…

—Sí, sí, pasen —me frena malhumorado.

Ash espera a que entre yo primero y después me sigue por un caótico pasillo, que desemboca en un salón todavía más caótico.

Este lugar sería la pesadilla de cualquier amante del orden. Hay cajas de pizza vacías (y no tan vacías) esparcidas por el suelo, revistas y periódicos apilados en un rincón, latas aplastadas de Red Bull y Coca Cola tiradas debajo el sofá, y un gato gordinflón duerme tan tranquilo en una silla de mimbre.

—Para ahuyentar a los ratones —me explica Sullivan cuando se percata de que estoy mirando fijamente al animal.

Me estremezco por dentro, a pesar de la sonrisa que le acabo de dedicar.

—Claro. ¿Podemos ver las pinturas?

—Síganme. Están en el sótano. No pinto aquí porque mi chica dice que mancho mucho.

Ash lanza una mirada ceñuda al salón y frunce los labios como si le hubiesen contado un chiste muy bueno.

Le dedico una mirada elocuente antes de seguir a Sullivan por una endeble escalera de madera que cruje bajo nuestras pisadas.

Al llegar abajo, me alegro de que Ash me haya acompañado, porque este parece el típico sitio en el que una acaba degollada. Me empieza a entrar claustrofobia. Y nauseas. En la oscuridad flota un olor tan penetrante que se me revuelven las tripas.

—Les pido disculpas por la peste. Las cañerías son viejas.

Compongo otra sonrisa tensa y busco a Ash con la mirada. No parece demasiado impresionado. Me dirige una mirada inexpresiva y luego entra en el cuarto que Sullivan ha abierto para nosotros. Esta vez no prima la cortesía, prefiere llevar la delantera.

—Vaya —suelto, sorprendida, cuando él se aparta de mi campo visual y puedo ver la sala—. Esto es…

Sullivan, cruzado de brazos, me observa con una mueca autosuficiente.

—Lo sé.

Vuelvo a contemplar su obra con ojo crítico, buscando las similitudes y las diferencias que la hace tan especial.

Uno de sus fetiches es hacer hincapié en colores intensos, amarillos, naranjas, rojos, todos mezclándose de forma magistral en un único lienzo.

Quizá por eso me resulte tan atrayente el cuadro monocromático. Su oscuridad destaca en medio de esta explosión de colores.

Me acerco a él, fascinada por el potente contenido emocional que expresa, y contemplo el rostro de la mujer que asoma en medio de una neblina negra. Está de perfil, es muy gótica, su vestido se difumina en la niebla hasta convertirse en alas. Casi puedes sentir el viento que azota su pelo y traspasa el fino tejido de su ropa. Le han pintado los pezones duros.

Tíos…

¿Es un ángel caído? Podría serlo. Lleva una cruz extraña colgada al cuello.

Lo de los pezones me parece un sacrilegio. Aunque concede un aire erótico a la obra.

—¿Cómo se llama este?

—*Muerte.*

Le encuentro mucho sentido al título.

—¿Y este? —pregunto, señalando con el mentón uno de los cuadros que aún permanecen en el lienzo, húmedo por la pintura. Las tonalidades de naranja siempre han llamado poderosamente mi atención.

—Lo acabé esta mañana. Aún no le he puesto nombre.

—¿Tiene más trabajos?

—¿Aparte de estos ocho? No. Y no todos están en venta. Solo puede elegir entre estos cuatro.

Los que menos me gustan, claro.

—¿Nos permite unos momentos para que el señor Williams y yo lo discutamos en privado?

Se encoge de hombros con despreocupación.

—Claro. Les espero arriba. No toquen nada ¿vale?

Los labios de Ash se tuercen en una sonrisa socarrona, aunque no dice nada, se limita a contemplar a Sullivan con aspecto divertido.

—¿Qué opinas? —pregunto después de cerciorarme de que estamos solos.

—¿Sinceramente? Los que quiere endosarnos son los que menos me gustan.

—A mí me pasa lo mismo. ¿Nos retiramos?

La pregunta le divierte.

—¿Retirarnos? No. Le haremos una oferta por dos de los que no están en venta.

Niego con incredulidad.

—Tú realmente no encajas las negativas, ¿a que no?

Sus intensos ojos descienden sobre mi rostro.

Noto que sus labios tratan de frenar una sonrisa.

—No me gustan los límites, Alexandra. Yo no tengo límites.

Dejo escapar un largo suspiro, cabeceo divertida y ladeo la cabeza hacia un lado para mirarlo a los ojos sin necesidad de desnucarme.

—Entonces, ¿cuánto le ofrezco?

Su móvil nos interrumpe. Ash comprueba la pantalla con gesto sombrío, antes de silenciarlo.

—Tienes carta blanca. Ofrécele lo que consideres adecuado. Perdona, tengo que devolver esta llamada. Te espero en el coche.

—Está bien.

—Por cierto —dice en el último momento, justo antes de salir—. El de la muerte también es mi favorito.

Le devuelvo la sonrisa y siento que algo sucede entre nosotros, algo profundo que no estoy muy segura de comprender.

Un velo que cae.

Otro más…

Enfoco por un segundo el suelo, y luego mis ojos vuelven a elevarse hacia los suyos, demasiado atraídos como para ignorar toda esta energía.

Ash me aguanta la mirada unos segundos y después me lanza un guiño y escucho sus pasos alejarse, ligeros y aplomados, por el pasillo. Me muerdo el labio por dentro, echo un último vistazo a los cuadros y lo sigo escaleras arriba.

Cuando regreso al desorganizado salón, encuentro a Sullivan sentado en la silla de mimbre. El gato está debajo de la mesa, chuperreteando un trozo de pizza enmohecido. Ugh. Pobrecillo.

—¿Y bien? —me increpa al verme.

—Estoy autorizada para hacerle una oferta por dos de los cuadros que no están en venta, *Muerte* y… el que aún no tiene nombre, el de los tonos naranja.

La sonrisilla irónica que aflora en las comisuras de sus labios no resulta demasiado alentadora.

—Esos son demasiado personales como para que se los venda. Tienen valor sentimental para mí.

—Aun así, deje que intente convencerle.

Me saco el cheque en blanco del bolso y apunto una cifra que considero más que adecuada.

Sullivan recibe el papel que le ofrezco, le echa un vistazo y sonríe desafiante mientras, con total parsimonia, lo hace pedazos delante de mí.

—Sí, creo que eso transmite un mensaje bastante claro. ¿Entiendo que es su última respuesta?

—Largo.

*****

Me deslizo en el asiento del copiloto y, sin decir nada, me pongo el cinturón.

Ash cuelga la llamada. Estaba hablando con Seven otra vez y, como de costumbre, no sé qué sentir al respecto. Los sentimientos de celos son nuevos para mí.

—¿Ya está hecho?

Como no le contesto, me lanza una mirada concentrada por encima de las gafas de sol. Puedo sentir la rigidez de mi expresión facial y sé que él también es capaz de verlo, porque frunce el ceño y su rostro se llena de incertidumbre.

Intento relajarme un poco. Al final le ofrezco una sonrisa débil. Será mejor que piense que estoy de morros por lo de Sullivan.

—Sí. Le ofrecí cuarenta mil dólares por dos cuadros, *Muerte* y el naranja.

—Los dos mejores. ¿Y?

—Se niega a venderlos. Dice que son demasiado personales. Buscaré otras obras.

—¿Cuarenta mil dólares era una buena oferta?

Aprieto las muelas, aunque no puedo evitar lanzarle una mirada chispeante.

—¡Claro que era una buena oferta! Pero las cosas personales no tienen precio.

—Todo tiene un precio —masculla antes de girar la llave en el contacto.

Su voz suena baja y apagada, como si le entristeciera su propia afirmación. Le gustaría que las cosas no fueran así, pero para él lo son.

En su mundo todo, absolutamente todo, tiene un precio.

Y él no tiene límites...

Capítulo 10

¿Te sientes seguro fuera, en la luz?
¿O es este el lugar dónde se esconden
los monstruos?
(Canción *Who Are You?,*
Svrcina)

Alexandra

Cierro la puerta del taxi con un golpecito firme y cruzo la calle deprisa, aprovechando que el semáforo de abajo sigue en rojo y que los coches todavía están parados a unos veinte metros de mí.

Hace un día de mierda, son más de las ocho de la tarde y lo más probable es que ya no quede nadie en la oficina a estas horas. Me siento como si estuviera en un sitio en el que no debería estar.

Lo cual es cierto.

Le dije a Ash que pasaría la tarde en la obra, supervisando la llegada de más material, pero ha habido una equivocación con los azulejos de la cocina, han mandado un modelo que yo no pedí, y cuando he querido contactar con el proveedor para que me lo solucionara, me he dado cuenta de que ayer me olvidé la agenda en la oficina.

He vuelto a por ella en cuanto me he percatado de que no la llevaba en el bolso, pero ahora ya no estoy tan segura de que esto sea una buena idea.

No sé si es por la llovizna o porque se ha fundido el alumbrado urbano en toda esta manzana, el caso es que me noto algo nerviosa mientras camino cabizbaja por la acera. Puede que solo sea cansancio.

Lo único que quiero es recuperar la puñetera agenda e irme a casa para terminar el trabajo que me queda por hacer hoy.

Necesito hacer varias llamadas urgentes y no soy tan previsora como para guardarme los contactos en el móvil. Espero poder

solucionar esta metedura de pata. No suelo ser tan descuidada.

Me acerco a las puertas principales, con el aliento áspero por culpa del frío y de las prisas, y uso las dos manos a modo de pantalla para mirar a través del cristal.

Los agentes de seguridad no se encuentran en su puesto. Cuando intento abrir, descubro que el edificio está cerrado con llave.

Mierda. No quiero llamar a Ash para que venga a rescatarme (o a follarme…), pero tampoco quiero marcharme con las manos vacías.

Ya estoy aquí. Es tan fácil como entrar y cogerla. Si la recupero hoy, no tendré que cruzarme la ciudad mañana y podré aprovechar mejor el tiempo.

Tengo llave de la oficina, me la dio Lis el primer día, por si venía alguna vez a la hora de comer y ella no estaba para abrirme, pero de la puerta de abajo no me la llegó a dar porque se suponía que esto estaría abierto. ¡Qué faena!

Decido probar suerte con la otra entrada, pero, según era de esperar, también está cerrada. En los barrios de renta alta se toman en serio la seguridad de sus inquilinos y propietarios.

Congelada bajo la llovizna, que empieza a atravesar la barrera de protección que me concede mi abrigo negro, regreso junto a la entrada principal y golpeo el cristal con los nudillos. Tal vez los de seguridad estén en alguna parte, protegidos por algún muro que me impide verlos, y puedan abrirme la puerta.

Nadie contesta. Estupendo.

Soplo aire caliente en los puños y compruebo el reloj. Son ya las ocho y media, no creo que nadie vuelva a estas horas a la oficina. Mañana voy a tener que madrugar bastante para solucionar el lío de los azulejos.

Y más teniendo en cuenta que sigo sin coche. Resulta que vivo en el culo del mundo y hay que coger el autobús cinco paradas para conseguir un taxi.

Estoy a punto de marcharme a casa, cuando oigo el traqueteo del ascensor.

Me invade un profundo alivio. ¡Sí! ¡No hay que madrugar!

Le sonrío al guapo ejecutivo que me sujeta la puerta y él me desea que pase una feliz noche.

De camino al ascensor, me pregunto si habría que añadir *allanamiento de morada* a mi currículo.

Divertida por la idea, paso por delante del mostrador vacío de Lis y avanzo por el pasillo.

Un fuerte ruido, originado en el despacho de Ash, me hace agazaparme en la oscuridad.

Y luego pegarme a la pared más cercana antes de que quién quiera que ande ahí sepa que no está solo.

Podría verme en cualquier momento. La puerta está entornada, y una luz tenue, la lámpara del escritorio tal vez, ilumina el pasillo. No puedo volver a pasar por delante de la puerta y tentar a la suerte por segunda vez.

Tampoco puedo quedarme pegada al muro para siempre. En algún momento, esa persona saldrá. ¿Habrán entrado a robar?

Tras un largo silencio, en el que lo único que percibo es el ensordecedor latido de la sangre que se descontrola en mis oídos, distingo ruido de golpes y un gruñido de dolor. Calculo que habrá por lo menos dos personas ahí dentro. No parecen amigos. Se están pegando.

Algo se rompe. ¿Un florero? ¿Una de las botellas de whisky de Ash?

Busco con las dos manos la firmeza del muro y aprieto los párpados con fuerza mientras intento calmarme un poco. Esto es demencial. No debería estar aquí a estas horas.

Nadie conoce mi paradero, nadie podrá encontrarme. Si me pasara algo…

«Ya vale de tonterías».

Abro los ojos y recorro la oscuridad con ojos febriles. La única arma que veo es un jarrón de porcelana. Muy adecuado para damiselas en apuros…

Aun así, lo agarro con la mano izquierda. Estúpidamente, no quiero separarme de la pared, prefiero hacer malabares y, como era de esperar, el jarrón se desestabiliza y casi se me escurre de entre los dedos.

Consigo atraparlo justo antes de que se me caiga al suelo. No quiero ni pensar en cómo atronarían los añicos contra las baldosas

de mármol.

«Joder, joder, joder».

Vuelvo a cerrar los ojos y jadeo en busca de aire.

Tengo la espalda pegada a la pared y sé que, de momento, a no ser que quienes estén ahí dentro salgan al pasillo, estoy a salvo. Solo tengo que buscar la forma de pasar por delante de la puerta sin que me vean o me escuchen.

Mi mente intenta repasar la situación, buscar la salida más segura, pero me atraganto con el pánico y necesito un buen rato para calmarme y conseguir que mis congeladas extremidades se pongan en marcha.

Con el jarrón fuertemente apretado contra el pecho, me inclino un poco hacia adelante y lanzo una mirada rápida al interior de la oficina de Ash. Hay un cuerpo desplomado en el suelo. Por un segundo pienso que está muerto.

Pero entonces una figura corpulenta emerge de la oscuridad y lo levanta en vilo.

Y luego otra figura, igual de corpulenta, le propina un puñetazo en el estómago.

El hombre está aún medio desmayado cuando recibe un golpe en la barbilla que lo deja con el labio sangrante y gruñendo de dolor.

Me vuelvo a pegar al muro y, con un latido de horror en el estómago, me pregunto si no debería huir ahora, que están ocupados con la paliza.

Sí, parece lo más sensato. Primero saldré de aquí y después llamaré a la policía.

—Ya os vale —ordena una voz calmada y glacial. Me quedo paralizada al reconocer el timbre metálico de Ash. Abro la boca, porque coger aliento de otra forma me resultaría imposible ahora mismo—. Este espectáculo empieza a aburrirme, joder.

Lívida, vuelvo a inclinarme hacia adelante para echar otro vistazo a través de la puerta entornada.

Su monumental espalda aparece ahora dentro de mi campo visual. Imagino que estaba sentado en el sofá, por eso no lo vi cuando miré la primera vez.

La escena me tiene atrapada. Ash avanza, con perfecto aplomo, hasta el centro de la habitación. Algo metálico brilla en su mano.

Al pasar por delante de la lámpara, me doy cuenta de que se trata de la culata de una pistola. La imagen me confunde por un momento. ¿Qué intenta…?

Cuando aprieta la boca del cañón contra la frente del hombre cuyo rostro se ha vuelto totalmente irreconocible por culpa de la paliza que le acaban de dar, la escena adquiere otro significado para mí.

—Por última vez —gruñe entre dientes con una voz que no reconozco, tensa y letal—. ¿*Dónde* está la mercancía?

—No lo sé. Por favor… Yo no sé nada.

Me sorprende que el tío aún pueda hablar. Es duro de roer. Yo estaría muerta si me hubieran pegado esa paliza.

Ash le propina un puñetazo en la cara. Me cubro la boca con las dos manos y ahogo una exclamación al otro lado de la pared.

—Respuesta errónea, capullo. ¿*Dónde* está?

Su manera de subrayar las palabras delata lo cerca que está de perder la paciencia. No irá a matarle, ¿verdad? *¿Aquí?*

—No lo sé… —farfulla el tipo entre sollozos. Se para para escupir sangre y sigue sollozando—. Por favor, yo no sé nada.

Ash se guarda la pistola en el costado y se arremanga con tranquilidad la camisa, como si no quisiera manchársela de sangre.

—No creo en la tortura, pero por un gusano traidor como tú estoy dispuesto a hacer una excepción. ¿Dónde está?

—Por favor, Ash…

—*¿Por favor, Ash?* —repite, burlón, dejando de enrollarse la camisa por un momento—. Tiene cojones. ¿Qué os parece? Por favor, Ash.

Sus dos acompañantes se echan a reír y entonces reconozco a los guardaespaldas que siempre están plantados en el vestíbulo, controlando a todo aquel que se acerca a los ascensores.

Así que trabajan para él. Supongo que, en cierto modo, siempre he sabido que se dedicaban a proteger exclusivamente al inquilino que ocupa el ático.

Ash pone fin a las risas cuando golpea al hombre en toda la cara. Cierro los ojos y niego horrorizada. Como siga así, lo acabará matando. Debería hacer algo. Pero ¿qué?

—*Por favor* —vuelve a burlarse, entre puñetazo y puñetazo—. *Por favor.*

Le asesta un fuerte golpe en el estómago que lo hace doblarse hacia adelante. Me estremezco ante el grito de dolor que suelta el pobre infeliz.

—¿Sabes qué es lo que les pasa a los que intentan joderme, Bobby? Que acaban jodidos. Por enésima vez, y te aseguro que esta es la última porque has agotado mi puta paciencia. —Retrocede, le quita el seguro a la pistola y apoya el cañón contra el pómulo del hombre, justo por debajo del ojo. Veo su rostro de perfil y parece de hielo. No titubea, no experimenta ningún remordimiento o conflicto interno. No hay nada humano en sus rasgos congelados—. ¿*Qué* has hecho con la mercancía?

—Por favor…

—No supliques, o te juro por mi santa madre muerta que te vuelo primero la polla y luego la cabeza. ¿Tienes idea de lo que me hará la mafia rusa, a mí o a mi puta familia, cuando descubran que su camión lleno de lo que coño fuera ¡HA DESAPARECIDO, JODER!? —ruge con tantas fuerzas que el otro vuelve la cara hacia la derecha y ahoga un sollozo lastimero—. ¿Tienes miedo? Bien. Deberías. Deberías estar acojonado, coño. Porque, si por un solo momento has pensado que esto acaba contigo, te equivocas, mamonazo. Cuando tú estés muerto, iré a por tu mujer. A por tus hijos. A por tu madre. ¡A por tu puto perro de mierda! —escupe contra su cara—. Me enferman las personas como tú, Bobby. No le sois leales a nada, coño. A nadie. Se lo vendéis todo al mejor postor. Por eso sé que has vendido la mercancía de los rusos, cabrón. Solo dime a quién.

—Lo monos —susurra Bobby, coaccionado por las amenazas. Ash se queda tan impactado que baja la pistola.

—¿Qué has dicho? —farfulla con incredulidad.

Bobby asiente con fervor.

—Te lo prometo. Se lo vendí a Chow —confiesa, antes de quebrantarse por completo.

Ash gruñe un sonido inarticulado de furia y se dispone a darle el último golpe de gracia, pero su puño se detiene a escasos milímetros de su nariz.

—¡Me cago en la puta! —grita con todas sus fuerzas, dejando caer el brazo. Se coge la cabeza con las dos manos y mira hacia arriba como si buscara inspiración divina—. ¡Hijos de perra inútiles! —vuelve a rugir.

Se queda así todo un minuto, en el que yo me pego de nuevo a la pared, respirando muy deprisa, casi jadeando, e intento asimilar lo que sé hasta ahora.

Bobby le ha traicionado. Le ha robado y, a juzgar por la reacción de Ash, que haya vendido su mercancía a los *monos* es malo de narices.

Me pregunto si Bobby será el Bobby Star que le llamaba tan insistentemente esa noche cuando me llevó a conocer la casa. Tal vez.

—Entonces, el cargamento llevaba armas —le oigo sentenciar, con un aplomo aún más estremecedor que su cólera—. Los monos están tramando algo. ¿Un golpe de estado, quizá?

Percibo una inhalación rápida y algo que en mis oídos suena a sollozo. Cuando vuelvo a mirar, el rostro de Bobby está contorsionado por el llanto.

—No lo sé. Por favor, no me mates.

—Me tienes hasta las pelotas con los lloriqueos, macho. Ya vale. ¡Eh! —Le suelta una sonora bofetada—. Sé un hombre, joder.

—Por favor, Ash, tío, haré lo que quieras, pero no me mates. Por favor. Tengo familia. Piensa en mi hija y en el niño que está a punto de nacer. Tú sabes lo difícil que es abrirse camino en nuestro mundo sin un padre. No les hagas pasar por eso.

Ash escupe una palabrota entre dientes.

—La hostia, debo de estar ablandándome, joder. Debería cortarte al menos un dedo, o la polla, ya que estamos, para que recuerdes qué es lo que les pasa a los que intentan jugármela. Pero me siento caritativo hoy. Y no me apetece cargar con tu hediondo cadáver. Así que tranquilízate de una vez. Saldrás de este edificio caminando con tus propias piernas, si es que todavía eres capaz de caminar. Pero

hay algo que quiero que hagas por mí. Un pequeño favor por las molestias que me has causado.

De pronto, suena un teléfono y solo comprendo que es el mío (el imbécil de los azulejos, seguro) cuando Ash se vuelve hacia la puerta y nuestras miradas se encuentran a través de la oscuridad. El impacto nos deja a los dos sin respiración.

—¿Alexandra? —farfulla confundido, como si yo fuera la última persona del mundo a la que esperaba ver.

—Señor —advierte uno de los guardaespaldas.

Me temo que esa simple palabra implica algo muy malo para mí.

Ash lo detiene con la mano cuando se percata de que está a punto de sacarse la pistola.

—Vete —me dice, con una total ausencia de emociones en la voz—. Te veré mañana.

—*¡Señor!* —insiste el tipo, contrariado.

—¿He hablado contigo, coño? —le replica Ash con aspereza.

El hombre no puede aguantar la fuerza de sus ojos por mucho más tiempo y acaba enfocando el suelo.

—No, señor —farfulla, humildemente.

Ash me traspasa con una mirada gélida. Huelo su cólera desde la otra punta de la sala. Me da miedo estar cerca de la onda sísmica cuando estalle.

—Alexandra —me dice con voz calmada y apremiante—. Márchate.

No espero a que me lo vuelva a repetir.

Giro sobre los talones y me precipito hacia las escaleras.

Bajo unas diez plantas en tiempo récord, antes de detenerme para vomitar dentro de una papelera.

Joder.

«Joder, joder, joder».

Capítulo 11

Y, entonces, abrí la puerta
de par en par, y
¿qué es lo que vi?
¡Las tinieblas y nada más!
(Edgar Allan Poe)

Alexandra

Me estrello contra una pared de músculos al abrir la puerta.

Levanto la mirada, aturrullada, y me quedo sin aire, atrapada por un par de ojos helados que me observan con una tranquilidad de lo más siniestra.

Son las siete y cuarto de la mañana. Iba a correr para despejarme un poco la mente, pero me parece que eso ya no va a pasar.

«Mierda».

Creí que me concedería un poco más de tiempo…

Me quito los cascos, sin poder controlar la expresión deshecha que se apodera de mi rostro, y me dispongo a decir algo. Cualquier cosa.

Pero no brota ni una sola palabra. Tengo la mente espesa. Apenas he pegado ojo en toda la noche.

Por lo que estoy viendo, él tampoco. Su cincelada cara muestra claras señales de cansancio. Diría que lleva la misma ropa que ayer, la camisa blanca, tirante sobre su pecho fuerte, y unos pantalones negros de vestir. Que esté despeinado y sin afeitar me deja todavía más aturdida.

—¿Te ibas? —susurra, con una voz queda y ronca que me taladra las entrañas.

Repaso en silencio toda su fisionomía.

Intento adivinar sus intenciones, supongo. Pero el hielo es demasiado cortante como para que puedas adentrarte en él.

—Todas las mañanas salgo a correr —respondo, desafiante.

Su sonrisa es un poco rígida y forzada. Aun así, hace que el aire se agite y se espese a mi alrededor. El pulso se me acelera, al igual que la respiración. Me digo a mí misma que solo es miedo.

—Me alegro de ver que sigues con tus rutinas.

—El mundo no se detiene porque tú seas un sicario.

Joder. ¿Eso ha salido de mi boca?

Ash arquea las cejas, impresionado por mi osadía. Me doy cuenta de que intenta no reírse.

—No soy un sicario, Alexandra. Los sicarios matan por dinero.

—¿Y por qué lo haces tú?

Apoya el brazo en la puerta y su elegante rostro se inclina sobre el mío.

—Toma un café conmigo y quizá te lo cuente.

Me echo a reír a pesar de mí misma, pero la risa suena forzada y quebradiza en mi garganta y si no paro ahora mismo me haré añicos como una muñeca de porcelana y acabaré llorando.

—Estás loco si crees que voy a acompañarte a alguna parte.

Nos medimos el uno al otro en silencio.

La tensión entre nosotros crece hasta volverse insoportable. Ahora es cuando sacará la cerrilla y hará que la gasolina con la que me he estado empapando durante semanas estalle por los aires.

—¿Qué opciones crees que tienes? —pronuncia las palabras con firmeza y aplomo mientras nuestras miradas se enfrentan, chispeantes—. Ayer me viste darle una paliza a un tío y apretar mi pistola contra su cara. Debería explicártelo antes de que saques conclusiones precipitadas.

—¿Conclusiones precipitadas? —repito con voz incrédula—. La única conclusión que puedo sacar es que eres un animal.

Su rostro adopta una expresión compacta que no consigo descifrar. Sin embargo, sus ojos… En sus ojos brilla algo conmovedor. ¿Lo he herido? ¿Y qué esperaba? Las fieras acorraladas atacan siempre.

—¿Y por qué no has salido corriendo todavía, eh? Esta mañana. O ayer mismo. ¿Por qué una mujer que presenta una denuncia por malos tratos y abandona su ciudad natal para ponerse a salvo no sale corriendo de inmediato en cuanto se topa con otro animal?

Parece disfrutar de mi palidez y del gesto de sorpresa que me hace entreabrir los labios y dejar escapar el aire de mi boca.

—¿Y esa cara? ¿Crees que no lo sé todo sobre ti a estas alturas? ¿Crees que te habría dejado acercarte a mí sin saber quién coño eres y de dónde has salido, princesa?

Repaso con la mirada los brillantes iris clavados en los míos. Ni siquiera entiendo qué busco en ellos. Solo sé que no puedo apartarme. Esa oscuridad hipnótica me atrae todo el rato.

—Tomemos un café —propone, un poco más conciliador.

Y, sin concederme la posibilidad de negarme, me coge por la muñeca y cierra la puerta a mis espaldas.

No veo ninguna forma de escapar, así que cedo, le sigo el juego y dejo que me guie hasta el ascensor, en un mutismo que podría desvelarle lo desbocado que late mi corazón.

Cuando nos detenemos delante de las puertas, trago saliva y agacho la cabeza. Trato de no pensar en lo que vi ayer.

«¿Sabes qué es lo que les pasa a los que intentan joderme, Bobby? Que acaban jodidos».

No puedo. Sus palabras arden en mi cabeza. Parpadeo para disolver la escena que no deja de atormentarme y cierro los puños a ambos lados del cuerpo.

Ash me suelta para apretar a fondo el botón del ascensor y luego retrocede y se queda muy quieto a mi lado.

Libre de su electrizante contacto, me tomo ambos codos con las manos y me concentro en el sucio linóleo de color crema que cubre el pasillo. Sé que tengo un aspecto vulnerable ahora mismo, y sé que él lo está notando. Puede que mi miedo lo excite. ¿Qué clase de monstruo es él? Ojalá lo supiera. Nada me gustaría más que comprenderlo todo. Supondría un descanso.

Un timbre alegre precede la apertura de las puertas.

Se hace a un lado para dejarme pasar. Con la mandíbula rígida de tensión, entro en el ascensor y respiro hondo antes de volverme de cara a él.

Me coloco lo más lejos posible de su cuerpo y centro la atención en las puertas metálicas, que me devuelven una imagen nuestra

distorsionada. Tengo el estómago agitado y el pulso y la respiración descontrolados.

¿A quién pretendo engañar? Le tengo miedo y, a la vez, algo más fuerte que yo me empuja hacia él. ¿Por qué siento que hay en su interior una humanidad que no se percibe a simple vista?

En la calle nos recibe un día gris y anodino. No llueve, pero hace tanto frío que no descarto que vuelva a nevar. Puede que esta vez cuaje.

Me doy cuenta de la deriva que toman mis pensamientos para ignorar la situación en la que me he metido gracias a mi curiosidad. Lo encuentro casi divertido. Siempre he sido buena con los mecanismos de defensa. Consigo mantener a raya las cosas que podrían afectarme.

—¿Conoces alguna cafetería por aquí cerca?

Trago saliva, lo miro a la cara y me quedo paralizada por unos segundos. El aire en torno a él chisporrotea tanta electricidad que me marea.

Me siento rara, asustada y, sin embargo, no hago nada para ponerle fin a esto. Es como una pesadilla en la que sabes que no debes abrir la puerta, pero no puedes impedirle a tu mano temblorosa que gire ese maldito pomo.

—A la vuelta de la esquina hay una —musito con voz queda.

—¿Por ahí?

—Sí.

Camina a mi lado con las manos hundidas en los bolsillos. O, más bien, se balancea como si fuera el rey del mundo. Me pregunto cómo es que no tiene frío. Su camisa está doblada por debajo de los codos, lo cual me permite fijarme en los dibujos de sus antebrazos. Parecen algo más que adornos en la piel. Es como si cada uno de ellos tuviera un significado especial para él.

Aparto los ojos casi de un respingo cuando me pilla mirándolos. No dice nada al respecto, no me suelta ninguna pulla, solo me escolta hasta la cafetería y me sostiene la puerta mientras me encauza con un gesto.

Puede que sea un delincuente, pero hay que admitir que tiene clase. Me pregunto si me hará daño antes de que termine este día.

Mi instinto me dice que no, pero ¿debo confiar en algo tan intangible?

—¿Has desayunado?

Levanto el rostro hacia el suyo y lo contemplo demudada.

—No.

Mi respuesta lo hace apretar la mandíbula.

—¿Ibas a correr con el estómago vacío?

No es exactamente una pregunta. Suena más bien a reproche.

—Tenía nauseas —consigo responder después de tragar saliva.

—Y lo mejor que se te ocurre es embutirte unas mallas de correr y salir a hacer ejercicio. Ve a sentarte en alguna mesa, anda. ¿Quieres café o té?

Tras un intenso cruce de miradas, transijo y respondo que café.

Se acerca a la barra mientras yo busco algún sitio en el que poder sentarme. Hay mucho donde elegir, la cafetería está casi vacía. Me decanto por un banco de color turquesa, en el que me desplomo antes de que se me debiliten las rodillas todavía más.

Mantengo los ojos clavados en la ventana. Hace un día de mierda. Tengo las manos heladas.

Levanto la mirada cuando la sombra de Ash se cierne sobre mí.

Trae dos tazas de café, y coloca una entre mis manos.

—Gracias.

—No hay de qué.

Espero inquieta a que termine de encajar su monumental cuerpo en el escaso espacio que hay entre el banco y la mesa. No pensé en eso cuando elegí este sitio. Está claro que las sillas le habrían resultado más cómodas.

—Joder. Deben de hacer estas cosas para los niños, coño —protesta, antes de inclinarse hacia adelante y fijar los ojos en los míos.

Le oigo respirar exasperado por la nariz.

Aparte del murmuro del extractor y unas voces apagadas, todo está en silencio. Me recompongo un poco, rodeo la taza con los dedos y tomo unos sorbitos.

Llevamos sentados unos cinco minutos, sin decirnos nada, cuando se nos acerca una camarera. Su uniforme es de color turquesa, a

juego con la decoración sesentera del local. Su pelo, rubio, está recogido en un moño desordenado. Tiene la cara helada. Odia su trabajo. No me ayudaría si se lo pidiera.

Con actitud casi hosca, planta delante de mí un plato enorme, lleno de huevos revueltos, bacón y tortitas con sirope de arce.

El estómago se me encoge con un espasmo, no sé si por el hambre o porque aún tengo nauseas.

—Come un poco —me insta Ash con suavidad.

Le clavo una mirada seca en las retinas.

—¿Intentas cebarme? ¿Qué es esto? ¿La última cena?

Sus dientes asoman por debajo de la risa que suelta.

—¿Por qué estás tan melodramática hoy?

—¿A qué viene todo esto, eh? ¿Qué quieres de mí? Hablemos claro.

—Quiero explicarte lo que viste ayer.

—Lo que vi ayer no precisa ninguna explicación —repongo con dureza—. Vi a un gánster pegar, amenazar y casi matar a una persona.

Su rostro no registra ninguna reacción ante las acusaciones que escupo, mantiene la impasibilidad de siempre. Puede que tan solo su mandíbula se tense un poco.

—Solo viste a un jefe castigar a un empleado.

—En mi mundo, a la gente se la despide.

—Ya. Pues yo no vivo en tu puto mundo privilegiado.

—Eso está claro.

Nos echamos un pulso visual el uno al otro. Al final, Ash entorna los párpados en un gesto exasperado y siento que está retrocediendo sobre sus propios pasos.

—Mira, ese gilipollas ha puesto en peligro la vida de mi familia, y con eso nunca arriesgo, Alexandra. En los negocios me la juego a diario, lo apuesto todo a una sola carta y espero que me salga bien la partida, pero con la familia es diferente. Tengo una norma. Cero. *Cero* por ciento de riesgo. Ni una puta milésima más.

Niego muy despacio y bajo por unos segundos la mirada hacia la taza de café.

—No sé a qué te dedicas, pero…

—No tienes necesidad de saber a qué me dedico —me interrumpe con aspereza—. Solo debes saber que anoche necesité cada gramo de autocontrol que tengo en el cuerpo para no meter la pistola dentro de la asquerosa boca de ese tío y descargar las cuatro balas que me quedaban. Quería matarle, joder. Quería cargármelo con una fuerza que incluso a mí me asusta. Pero no lo hice.

—Aún.

Sonríe para sí y cabecea lentamente.

—No soy un asesino, solo vigilo de cerca a mis enemigos.

—Creía que Bobby Star era tu amigo.

Sus labios se curvan, escondiendo una sonrisa.

—Lo era, antes de traicionarme.

Nos miramos a los ojos. Largo rato.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

Baja la cabeza y se mantiene en silencio unos segundos. Contengo el aliento cuando sus iris vuelven a atravesarme. Algo ha cambiado en él. Su expresión se ha suavizado.

—Porque, de algún modo, me importa la opinión que te estás formando sobre mí.

Me encojo de hombros.

—No lo entiendo. ¿Por qué?

Mueve la cabeza y se revuelve el pelo con aire frustrado.

—No tengo ni puta idea, joder —susurra para sí. Vuelve a recorrerme el rostro con la mirada, y sus pupilas se calientan un poco más—. Come, anda. Estás muy pálida. No quería asustarte. Lo siento.

Lo siente… Los psicópatas nunca sienten nada.

Puede que él no sea uno de ellos.

Agarro el tenedor con dedos temblorosos y me acerco un trozo de bacón a los labios.

Me observa en silencio, inexpresivo.

—¿Contento?

Adopta una expresión divertida.

—¿Es lo que quieres? ¿Tenerme contento?

Apoyo el tenedor contra el plato y desgarro sus pupilas con una mirada heladora. Ya vale de tonterías. Necesito saberlo todo.

—¿Qué quieres tú?

Menea la cabeza en un gesto de frustración.

—Ojalá lo supiera. A estas alturas ya no sé una mierda. Anda, termínate eso. Hablaremos después.

Se apoya contra el respaldo del banco, cruza los brazos sobre el pecho y me contempla tan concentrado que apenas parpadea.

Pese al nudo que cada vez late con más fuerza en mi estómago, agarro de nuevo el tenedor y me obligo a tragar algunos bocados. Tengo que concentrarme en algo y prefiero que sea en la comida. Lo demás es demasiado complicado.

*****

Quince minutos después, abandonamos la cafetería. En el exterior no hay nadie, excepto el viento, que se abre paso a través de mí como un cuchillo.

Ash se encaja un cigarrillo entre los labios, prende una cerilla y usa la mano para hacer de pantalla contra el aire. No ha vuelto a decirme nada, pero siento que la conversación no ha terminado.

Y, en efecto, después de llenarse los pulmones de humo, sus ojos se vuelven hacia los míos y se pasean por mi rostro con lentitud.

—¿Qué hacías anoche en la oficina?

Camino con los brazos cruzados sobre el pecho para intentar protegerme del frío.

—Me había olvidado la agenda.

—¿Y tan importante era que tenías que presentarte a esas horas para recuperarla?

—Tuvimos un contratiempo con los azulejos de la cocina —respondo, sin levantar la cara del suelo helado—, y la necesitaba para llamar al proveedor.

—¿No podía esperar al día siguiente?

—Soy una profesional —espeto con irritación, volviéndome con fiereza hacia él—. Yo trabajo así. Además, tú mismo me dijiste que querías que me entregara a esto en cuerpo y alma.

Sus cejas se arquean con aire socarrón.

Sujetando el cigarro con la esquina de la boca, me sopesa unos momentos a través de las oleadas de humo que ascienden por su rostro.

—Pensaba que tu cuerpo no estaba por la labor de entregarse, pequeña —repone, y una oscura sonrisa acompaña sus palabras.

Se me encienden las mejillas. Rompo de golpe el contacto visual, pero él me agarra de la mano y me arrastra hacia su pecho.

—¿Me equivoco, quizá? —susurra, con el rostro inmerso en el mío. Ha tirado el cigarrillo al suelo, para poder dedicarme a mí toda su atención.

Estoy tan paralizada que no me atrevo a apartarme. La energía que lo envuelve me está dejando sin aliento. ¿Cómo puede nadie atraerte de esta forma? Es como si se hubiese metido en mi ADN para alterarlo. Todo mi organismo, mis huesos, mi piel, mi sangre, *todo* se ha rendido ante él.

Me siento indefensa.

Estoy cara a cara ante mi peor pesadilla. Y lo estoy disfrutando.

Es tan enfermizo que apago mis pensamientos para centrarme por completo en la intensidad de este momento, en sus ojos, en el ansia salvaje que transmiten mientras analizan los míos.

Es electrizante.

Y estoy tan anegada en esto que casi pego un respingo cuando levanta de pronto la mano y hace algo tan inesperado como pasarme el pulgar por la mejilla, muy cerca de la boca.

La repentina suavidad de su gesto me descoloca. Tengo la sensación de que hace mucho que deseaba tocarme así; de que él también está conteniendo aliento porque lo que siente no tiene el menor sentido.

No digo nada, y su dedo se arrastra por mi labio inferior.

Dejo que compruebe su textura, y tampoco lo freno cuando su mano se mueve hacia mi nuca, se enreda en mi pelo y atrae mi boca hacia la suya con la suficiente fuerza como para que empiece a respirar agitada.

Me siento frágil entre sus manos; vulnerable y expuesta. ¿Qué tiene de especial? ¿Por qué estoy dejando que cruce todas mis

barreras? De repente, he decidido ir con todo, una sola carta, la apuesta máxima.

Los ojos que se posan sobre mi boca muestran una expresión tan salvaje que el deseo se dispara por mis venas sin ningún control, líquido, caliente, irresistible.

—Estás temblando —dice en un murmullo.

Me humedezco el labio inferior con la lengua e inhalo el aire que él acaba de expulsar.

—Suéltame —le ordeno. Pero mi voz, lejos de mostrar firmeza, suena enclenque.

—¿Seguro? ¿Te suelto?

—Ya me has oído.

Me responde con una sonrisa oblicua.

Sus dedos suben y bajan por mi nuca, dibujando círculos, como imagino que hará cuando alguien le practica una mamada. Dios, no voy a pensar en eso, porque imaginarle de pie delante de mí, con los ojos cerrados, esperando a que le complazcan, me excita más que cualquier otra cosa que haya imaginado nunca.

—Sí… Te he oído… —murmura, concentrado en la imposible tarea de descifrar mi expresión facial.

A pesar del intercambio de palabras, ni él me suelta ni yo me aparto. Al contrario. Estamos cada vez más cerca el uno del otro. Nuestros labios están casi buscándose.

Inhalo. Exhalo. No hay salida. Está en todas partes, en cada poro de mi cuerpo y sigue sin ser suficiente.

Necesito más, pero no me lo da y, de algún modo, esta tortura me ahoga y llena mi cuerpo de una adrenalina que no sé cómo voy a descargar.

—¿De qué tienes miedo, eh, Alexandra? Dime la verdad. ¿Tienes miedo de mí?

Analizo su rostro como nunca lo había hecho hasta ahora. Con el debido sosiego.

—¿Debería tenerlo?

La mirada que me dedica anula el último resquicio de autocontrol que me queda, porque sus pupilas revelan una pasión desgarradora.

—Deberías —susurra, y luego asiente muy despacio, convencido de lo que está afirmando—. Soy exactamente cómo crees que soy. Un monstruo.

—Sin duda, eres un matón, pero no creo que seas un monstruo. No eres tan malo como quieres hacer creer a los demás. ¿Qué dirían tus amigos los malotes si supieran que *debería haber más hombres como tú*?

La sonrisa ladeada que me dedica está repleta de ironía. Me separa los labios con el pulgar. Ahogo un gemido. Mi reacción repercute en él y altera su expresión facial. Sus pupilas se oscurecen, llenas de un hambre salvaje, un reflejo del deseo animal que lo consume por dentro.

—No te hagas ilusiones conmigo, cielo. No soy un santo.

—No he dicho que lo seas. He dicho que no te tengo miedo.

Al formular las palabras en voz alta, me doy cuenta de que es cierto. No me asusta. No de verdad. No como debería.

Sus ojos liberan mi boca para sopesar los míos.

—¿Y por qué estás siempre tan a la defensiva conmigo?

—¡Dios, Ash! ¿Es que no lo ves? Me asusta la persona en la que me convierto cuando estoy cerca de ti. Sigo aquí después de lo de ayer, ¡y no sé por qué! Y estoy asustada… —añado, con un hilo de voz.

Con la mano que le queda libre, me levanta el mentón para que vuelva a mirarlo.

—¿De qué, si no es de mí?

Analizo en silencio la arruga que se le acaba de formar entre las cejas.

Y me rindo.

Es el fin de todo y el comienzo de *algo*. Porque otro muro más acaba de caer.

—De lo que pasaría si dejo que te acerques. Siento que pierdo la cabeza cuando estoy contigo.

Me observa largo rato. Está serio e imperturbable.

—Pues ya somos dos.

Tensando los dedos en el pelo, lleva mis labios hasta los suyos y por fin me besa; me insta a abrir la boca y se hunde en ella con una

mezcla de desesperación, urgencia y pasión que me vuelve loca.

Se está viniendo abajo, se rinde ante mí y me pide que haga lo mismo.

Y lo complazco.

Dejo que su lengua entre en mi boca en un arrebato furioso y se deslice sobre la mía. No está siendo nada amable ni cortes, y eso solo aumenta mi excitación.

Cierro los párpados para aislarme de todo lo que no sea esto.

Dudo de que algo, alguna vez, pueda superar la sensación de plenitud que estoy experimentando al besarle. Me siento como si él fuera la pieza de puzle que me faltaba. Sin esto, no estaba completa, nada encajaba.

¿Tenía que ser precisamente él? Es muy retorcido.

Me aferro con las dos manos al cuello de su camisa y mi lengua lucha contra la suya, ansiosa por explorar todos los rincones de su boca, por echar al suelo las barreras.

Noto lo rígido que se pone su cuerpo y que mi iniciativa le añade un punto de agresividad al beso. Somos dos fieras despedazándose la una a la otra. Es horrible y magnífico al mismo tiempo.

Sus músculos se endurecen, su mano se tensa en mi pelo. Me echa la cabeza hacia atrás para poder poseerme por completo.

Y yo me estoy desintegrando entre sus brazos.

Nuestras lenguas emprenden un tango muy intenso, una competición que, de momento, nadie puede ganar, si bien los dos nos entregamos a ella por completo.

Nunca me habían besado así. Es brutal, primitivo, hambriento y muy carnal. No hay gravedad. No hay consecuencias. No hay culpa ni remordimientos.

Solo existe esta atracción animal, la lenta combustión que se inició aquel primer día en su despacho y que ahora está amenazando con arrasarlo todo a su paso.

Ignoro quién es, o puede que no me importe en absoluto. Mi moral se ha diluido. El pasado, el futuro… ¿Qué importan ahora mismo? Estoy atrapada en este presente, en este momento, con él.

Joder. Nadie me había preparado para algo así.

El beso se calma lametón a lametón, hasta que nuestras bocas se separan despacio la una de la otra. Todavía está muy cerca de mí, aún me respira. Con delicadeza, me pasa el pulgar por encima de los labios, como si se arrepintiera de haberlos lastimado.

—Tengo que marcharme —farfullo sin aliento.

No dice nada, no intenta detenerme, y yo me separo de forma abrupta de la pared de músculos que me envuelve y, jadeando en busca de aliento, aprieto el paso hacia la esquina de la calle.

La ventisca me lanza mechones de pelo delante de los ojos. Los rechazo, furiosa, y me alejo por la acera sin mirar atrás. Sé que no se ha movido de ahí. Puedo sentirlo. En la punta de la lengua. En mi sangre. En cada uno de los átomos de aire que alimentan mis pulmones.

Está en todas partes. Dentro de mí.

Y yo estoy dentro de él. Es tan invencible como la oscuridad.

Puedes ahuyentarla, mantenerte a salvo mientras la luz de la mesilla permanezca encendida. Pero inevitablemente llegará la noche, el sueño te acabará venciendo. Tendrás que dormir un poco, y te dirás a ti misma que no pasa nada, estás a salvo siempre y cuando no apagues esa luz.

No comprenderás la gran mentira que has dicho hasta que bajes los párpados y tu mundo entero se torne oscuro. Estúpida niña. ¿Pensaste por un segundo que ibas a poder engañar la oscuridad? ¿Contenerla? Todavía no lo comprendes, ¿a que no?

Nace muy dentro de ti. Sois uña y carne, joder.

La oscuridad eres tú.

Capítulo 12

Lo que tiene precio,
poco valor tiene.
(Nietzsche)

Alexandra

Veinticuatro horas después de nuestro incendiario beso, recibo un paquete enorme, envuelto en cartón.

Está tan protegido que me lleva un buen rato desenvolverlo. Me lo han dejado en la puerta. Han llamado al timbre, pero, quien quiera que fuera el mensajero, se esfumó antes de que yo me pusiera una bata por encima del camisón para poder abrirle.

No lleva remitente, solo trae una nota manuscrita, sin firmar.

Lo que tiene precio, poco valor tiene.

Me echo a reír a pesar de mí misma.

Supongo que, por el tamaño de la caja, el grosor y el mensaje que acompaña el paquete intuyo lo que me voy a encontrar en su interior.

Aun así, dejo escapar una exclamación de asombro cuando rasgo el cartón y empieza a asomar poco a poco el cuadro más preciado de Sullivan, pinceladas de un furioso negro para retratar la mirada inclemente de la Muerte.

Lo destapo del todo y lo apoyo contra el respaldo del sofá para poder admirarlo como se merece.

No me lo puerto creer. ¿Cómo demonios lo habrá conseguido?

«¿De verdad hace falta que lo preguntes, genio? ¿Cómo crees que lo ha hecho?».

No sé si reírme o si alucinar; si entregarme al pasmo, al miedo o a la fascinación. Porque ahora mismo siento todo eso.

Busco su número entre las llamadas más recientes y lo marco mientras observo embobada el lienzo. No puedo dejar de mirarlo. Es como si una fuerza invisible hubiera hipnotizado mis sentidos.

—¿Lo que tiene precio, poco valor tiene? —le suelto en cuanto descuelga, al tercer toque.

—No es mío. Le pertenece a Nietzsche —me responde, con una voz tan suave como el terciopelo.

Quiero mantenerme intransigente, pero no puedo evitar que su timbre enronquecido ponga mi sangre en marcha lentamente.

—No sabía que leyeras.

—No leo.

—Pero citas a grandes filósofos.

—A veces tengo insomnio.

—Y lees a Nietzsche.

—Es tan coñazo que me duermo de inmediato.

—Eres un hombre de lo más fascinante.

No me hace falta verlo. Sé que sonríe al otro lado de la línea.

—¿Ah, sí? ¿Te fascino, Alexandra?

Su voz es baja e íntima. Supongo que está en su casa, todavía sin vestir. Es muy temprano. Me lo imagino con una sencilla camiseta blanca, el pelo aún alborotado por el sueño, y algo se contrae en mi interior.

—Más bien lo contrario —ataco con dulzura—. Me repeles.

—Tramposa —dice, con una risa suave—. Ayer no parecía repelerte.

Aprieto las muelas hasta que casi me rechinan los dientes. No me queda otra que encajar su pullita. Tiene razón. Ayer no lo parecía.

—Quiero esta mierda fuera de mi casa en menos de lo que dura un parpadeo.

Puedo sentir cómo aumenta su sonrisa.

—Me preguntaba cuándo irías al grano y te dejarías de amabilidades.

—Pues ya ves. Me gusta andarme con rodeos.

—¿Por qué quieres deshacerte del cuadro? Creía que te gustaba.

—No de esta forma.

—No lo he robado, si es lo que te preocupa.

—¿Y cómo lo has conseguido?

—Pagando un precio justo.

—Deja que lo adivine. ¿Con precio justo te refieres a poner una pistola contra la cabeza de Sullivan y agotar sus alternativas?

—¿Crees que es mi *modus operandi*?

—Lo que creo es que eres capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir algo que quieres.

Lo cual debería acojonarme. Porque *yo* soy algo que quiere.

—Pues te equivocas. No voy por la vida poniendo pistolas contra las cabezas de la gente. Lo mío es identificar sus debilidades y aprovecharlas a mi favor. Si fueran intachables, no podría apretarles las clavijas.

Esbozo una sonrisa irónica.

Está claro que mi debilidad ya la ha identificado. Es él.

—¿Y tú qué? —susurro con los ojos clavados en el cuadro. Joder, hasta el título es perfecto. Se llama *Muerte*. Perfecto para que un psicópata de manual le declare sus sentimientos a la chica que le tiene obsesionado.

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Eres intachable, Ash?

—En absoluto. Pero, si quieres conocer mis debilidades, tendrás que acercarte a mí, pequeña. A ser posible, desnuda.

—Ya. Va a ser que no.

Se ríe. Su risa es suave y cálida. Me abrazo a mí misma y me descubro sonriendo como una imbécil.

—Entonces, si no estás dispuesta a subir la apuesta, ¿cómo pretendes ganarme, Alexandra?

—No quiero ganarte.

—¿Y puedo saber qué es lo que quieres?

—Ignorarte.

—No me digas. ¿Qué tal te está yendo?

—Ahora que lo preguntas, voy de mal en peor.

—Bueno. No te desanimes. Espera un segundo… —Tapa el micrófono y se produce una pausa considerable—. Alexandra, tengo que dejarte. Te veré más tarde en el trabajo.

—Ya. Respecto a eso…

Está a punto de colgarme, pero se acerca de nuevo el teléfono al oído y lo oigo resoplar.

—¿Qué pasa ahora?

Suena exasperado. Me alegro.

—Voy a cogerme unos días libres. Tranquilo, esto no va a afectar de ninguna forma los plazos de entrega. La obra seguirá adelante, estaré disponible telemáticamente las veinticuatro horas del día para solucionar cualquier imprevisto que pueda surgir.

—¿Días libres? ¿Para qué?

—Asuntos propios. Se me permite tener asuntos propios, ¿no?

—Depende. ¿Tus asuntos propios tienen algo que ver con lo que pasó ayer?, ¿con el hecho de que yo te besara y tú me correspondieras?

Rechino los dientes y hago una mueca de exasperación con los párpados.

—No es eso lo que yo recuerdo de ayer.

—Tardo media hora en llegar hasta tu casa si necesitas que te refresque la memoria.

—Lo único que necesito es no verte durante un tiempo.

—Ya. Me temo que eso es imposible. Trabajamos juntos. Sé profesional.

—Te recuerdo que lo que pasó ayer no fue muy profesional.

—¿Que yo te besara o que tú me correspondieras?

—*Ambas* —gruño entre dientes.

—Ya. Pues quéjate a Recursos Humanos.

—Muy gracioso.

—Escucha. Realmente tengo que colgar ahora. ¿Por qué no cenas conmigo esta noche y lo hablamos con más calma?

Me apoyo contra el marco de la puerta del salón, cierro los ojos y niego con aire cansado.

—¿Qué hay que hablar?

—A mí se me ocurren un par de cosas.

—No, gracias.

—¿Qué te va más, la carne o el pescado? Para saber dónde reservo mesa.

—¿Es que no me escuchas? ¡Te he dicho que no!

—Vale. En tu casa a las ocho.

—¿Qué parte de…? ¿Ash? ¿Hola? ¡Jo-der!

Me ha colgado.

Pues me da igual. No pienso abrirle la puerta. Esto es alucinante. ¿Por qué da por hecho que voy a cenar con él?

*****

El cuadro y yo bajamos del taxi a las once y cuarto de la mañana. He llamado primero a Lis, para asegurarme de que su irritante jefe no merodea por la zona.

Quiero deshacerme de su regalo y huir antes de que regrese. Por cómo sonaba esta mañana, estará ocupado durante un rato. Haciendo alguna cosa ilícita, lo más probable.

—¿Le echo una mano? —se ofrece uno de los guardaespaldas, que acelera el paso para sujetarme la puerta.

—Gracias —le sonrío, aliviada—. Es voluminoso y no me gustaría dañar alguna esquina.

—Déjeme a mí. Ya lo tengo. Puede soltarlo.

Levanta el cuadro del suelo con facilidad y lo traslada hasta las puertas del ascensor. Lo traigo envuelto en sábanas. No quiero hacerle ningún arañazo. Estoy segura de que a Ash le habrá costado mucho *trabajo de persuasión* conseguirlo. Ojalá no hubiera destrozado el cartón. Envuelto habría sido más fácil de trasportar.

—¿Puedo pedirle un favor?

Noto que lo estoy poniendo en un aprieto. Por la cara que pone, le gustaría mandarme a la mierda, pero no debe de saber muy bien qué es lo que me traigo entre manos con el jefe y se pregunta si es buena idea negarme favores.

Entiendo el dilema. *Nadie* sabe muy bien qué es lo que me traigo entre manos con el jefe. Ojalá lo supiera yo.

—Hmmm, sí. Muy bien. Dígame lo que necesita.

—¿Puede llevar esto al despacho del señor Williams?

Se relaja al escuchar mi petición. Sin duda, esperaba algo más peliagudo. A saber a qué clase de extraños requerimientos lo tendrán acostumbrado aquí.

—No hay problema.

—Se lo agradezco mucho. Espere. Le ayudo a colocarlo.

Dejamos el cuadro apoyado contra el espejo y salgo antes de que se cierren las puertas. Qué alivio. Menos mal que me he quitado ese trasto de encima.

—Buenos días. Soy la inspectora Hicks y este es el detective Payne. Buscamos al señor Williams.

Me vuelvo ceñuda hacia los dos policías que acaban de entrar y los observo intrigada. Deben de pensar que soy la conserje o algo así.

—Eh… Buenos días —reacciono por fin—. El señor Williams no se encuentra en estos momentos en la oficina.

—¿Y usted es…?

—Oh, lo siento. Soy Alexandra Harper.

Hicks me da la mano.

—Encantada, señorita Harper. ¿Trabaja usted aquí?

—Más o menos. Soy diseñadora de interiores, así que no siempre trabajo aquí. Quiero decir que no soy parte de la plantilla, sino una… colaboradora externa.

—Comprendo.

—¿Sabe usted dónde está su jefe?

Traslado la mirada hacia Payne y hago un gesto de negación.

—Ni idea. Me han dicho que no está en la oficina hoy. ¿Puedo preguntar por qué lo buscan?

—Estamos trabajando en un caso y creemos que podría sernos de ayuda —me responde la inspectora Hicks con una de esas sonrisas que te instan a la calma. Por experiencia sé que, si la gente te sonríe así, deberías sentirte muy intranquilo—. ¿Tiene usted acceso a su agenda? Nos ayudaría mucho saber dónde encontrarle.

Podría decirles que a las ocho, sin duda, estará apoyado contra el guardabarros de su coche, delante de mi edificio. Colaboraría con una investigación criminal y, de paso, me quitaría de encima la cita. Llevo dos horas asegurándome a mí misma que no voy a cenar con él.

—Lo siento, no. No tengo la menor idea de qué planes tiene el señor Williams para hoy.

La inspectora chasque la lengua, disgustada, y me ofrece su tarjeta.

—Tenga. Si por casualidad se pusiera en contacto con usted…

—Les llamaré —aseguro, con una sonrisa encantadora.

Hicks me devuelve el gesto.

—Se lo agradecemos. Buenos días.

—Adiós.

Mi sonrisa permanece intacta. Al menos, hasta que los veo subir al coche. Después, no queda ni rastro de ella, es como si de pronto cayera al suelo.

Mierda. Acabo de mentir a la policía.

O, como mínimo, les he ocultado información.

Eso solo puede significar una cosa: necesito un vestido nuevo muy sexy.

De inmediato.

*****

He recuperado mi coche y estoy conduciendo de camino a un almacén de colchones cuando recibo una llamada de Ash. Como tengo el manos libres estropeado, tengo que pararme en la cuneta para poder atenderle.

—Hola. ¿Qué pasa?

—Hola —me estremece su voz enronquecida—. ¿Qué haces?

—Buscarte un buen colchón.

—Estas cosas es mejor que las hagamos juntos, ¿no crees? Por si hay que probarlo.

—Te va a caer una buena de Recursos Humanos como sigas insinuándote.

Se echa a reír y yo me muerdo el labio para contener la sonrisa.

—Creía que ibas a tomarte unos días libres, pero veo que encuentras tiempo para probar colchones y devolver cuadros.

—Soy así de eficiente.

—Eso nunca lo he dudado. Escucha, Alexandra. Respecto a lo de esta noche…

Bajo los párpados y una sonrisa incrédula se dibuja en mi cara.

—Déjame adivinarlo. Vas a cancelarlo.

—Eso me temo.

Es increíble que vuelva a dejarme plantada.

En serio.

—Vale. De todos modos, no iba a cenar contigo —aseguro, con los ojos clavados en la bolsa de cartón que hay sobre el asiento del copiloto. Mierda. Seguro que puedo devolver el vestido. O ponérmelo en otra ocasión—. Así que no importa. Por cierto. Te estaban buscando antes. Una tal inspectora…

—Hicks —me interrumpe con voz seca.

—Sip. Veo que te han encontrado.

—See. Siempre me encuentran.

Espero unos segundos, por si me explica de qué va el asunto.

Pero no, no lo hace. Críptico como de costumbre.

Lanzo un suspiro, me pellizco el puente de la nariz con dos dedos y niego para mí.

—Muy bien. Si eso era todo lo que querías decirme…

—Alexandra.

—¿Sí?

—Algún día cenaré contigo. Te lo prometo.

Trago saliva antes de componer una sonrisa apagada.

—Tengo que dejarte. Estoy conduciendo.

—Ya. Yo también.

Cuelgo sin despedirme y me echo hacia atrás hasta apoyar la nuca en el reposacabezas del coche.

Dios. ¿Qué me está haciendo este hombre? Realmente necesito unos cuantos días de desconexión.

Capítulo 13

Se hace tarde para renunciar a ti.
(Canción *Toxic*, Britney Spears)

Alexandra

Vuelvo.

Los adictos siempre vuelven a por su dosis. Aunque yo me digo a mí misma que no soy una de ellos y que puedo dejarlo cuando quiera. No me he enganchado al jugador. Solo al juego.

Estoy saliendo del ascensor con un descomunal vaso de café para llevar en una mano y un maletín en la otra, cuando por poco me estampo contra el imponente pecho de Ash.

Es casi un milagro que no haya tirado mi *latte* encima de su elegante traje gris.

Consigo frenar a escasos centímetros de su cuerpo y apartarme de su trayectoria justo antes de que choquemos.

Me mira divertido. Lo acompaña su… lo que sea Seven, y, los dos guapísimos y malos, parecen tener mucha prisa por largarse de aquí. A saber lo que estarán tramando. Mi instinto me dice que nada bueno.

—Señorita Harper, me alegro de que haya vuelto.

Creo que la sonrisa cáustica que le dedico trasmite exactamente lo que pretendo expresar: lamento no poder decir lo mismo.

—Gracias, señor.

—Me voy. —No se detiene para charlar, tan solo recibo una mirada rápida que me sienta como un puñetazo en el estómago—. ¿Puedes hacerme un favor y cancelar mis reuniones de hoy? No sé cuándo voy a volver.

—No soy tu secretaria.

—Joder con la niñata —farfulla Seven para sí.

A Ash, en cambio, mi contestación parece divertirle aún más que mi intento de joderle el traje. Provoca una lenta sonrisa en su cara.

—Soy consciente de eso. —Me dedica una segunda mirada, tan carnal que me deja sin respiración. A veces me mira como si me imaginara desnuda, a punto de correrme entre sus dedos—. Pero necesito que me eches una mano, un favor entre amigos. Lis está de baja con un virus estomacal. Encontrarás mi agenda encima del escritorio.

Estupendo. Lo que me faltaba hoy.

Lo fulmino con la mirada para dejarle clara mi postura, pero se marcha igualmente, dando por hecho que obedeceré.

Lo único bueno de todo esto es que puedo husmear en su agenda. No puedo imaginarme con quién tenía pensado reunirse hoy. ¿Algún traficante de armas buscado por la Interpol?

La verdad es que me muero por descubrirlo.

Este hombre es como un puzle. Tengo que interpretar todos los pedacitos si quiero que se me desvele el mensaje.

No sé nada sobre él, solo que es un matón, que le gustan los tatuajes macarras y las cerillas, y que me atrae como nadie podría hacerlo nunca. Ya va siendo hora de que nos conozcamos un poco más a fondo, ¿no?

Con una pequeña sonrisa en las comisuras de la boca, tomo un sorbo de café y echo a andar hacia su despacho. Sin él aquí, puedo inspeccionarlo con más tranquilidad. Todavía no se me ha presentado la ocasión.

Me echo a reír cuando descubro que ha desaparecido el Picasso. Debe de estar guardado bajo llave desde nuestra conversación. Me gustan los hombres que se dejan aconsejar.

Me acabo el *latte*, cabeceo divertida y repaso el sitio con la mirada, me fijo en las elegantes botellas de cristal tallado llenas de whisky caro, en el sofá desde el que presenció la otra noche cómo atizaban a Bobby Star…

Me pregunto por qué llevará guardaespaldas. Parece perfectamente capaz de apañárselas solo. De hecho, siento lástima por cualquiera que intente acercarse a él.

Incluida yo misma.

Tiro el vaso de café a la papelera. Tiene pintalabios rojo en los bordes. Siempre lo pringo todo.

Avanzo hasta el escritorio, abro la agenda, paso un par de páginas y compruebo sus apuntes de hoy.

Me llama mucho la atención su letra, también pensé en ello cuando recibí la nota manuscrita. Es armoniosa, la clase de caligrafía que uno esperaría encontrar en una carta antigua, cuando la gente aún tenía por costumbre escribir bien. No parece la letra de un matón.

Mis pensamientos me hacen bufar una sonrisa. ¿Cómo debería ser la letra de un matón?, ¿tendría que llevar calaveras encima de las íes?

Su primera cita de hoy es con alguien del Ayuntamiento.

Solicitar licencia.

¿Licencia para qué?

Los siguientes nombres no me suenan de nada.

Aquí no hay mucho que pueda sacar en claro. Su agenda es igual de críptica que todo lo demás.

Con un suspiro de decepción, me instalo en su silla y me pongo a realizar llamadas telefónicas a las personas cuyos números encuentro anotados en una pequeña libreta negra, guardada en el cajón superior de su escritorio.

Mientras hablo por teléfono y cancelo sus reuniones de hoy, me percato de que el cuero que me envuelve conserva su olor.

Me odio por haberme fijado en algo tan estúpido, y también por la forma en la que me he estremecido por dentro.

*****

No sé qué es lo que me hace levantar la mirada, si he escuchado un pequeño ruido o si he percibido algún movimiento de reojo.

El caso es que mis ojos se desprenden de la pantalla del ordenador como si la presencia del hombre que me observa desde el umbral me hubiese atraído de alguna forma.

Dejo de respirar de golpe al encontrarlo ahí plantado, con rostro inquebrantable y mirada abstraída.

No dice nada al ver que ha captado toda mi atención. Se limita a contemplarme en silencio. Sus rasgos parecen empapados de anhelo y tristeza.

—¿De dónde vienes a estas horas? —rompo el silencio después de un largo intercambio de miradas.

Se le tensa la mandíbula con tanta fuerza que incluso desde esta distancia percibo el latido de aquel músculo que algunas veces delata que no es tan impasible como aparenta.

—Del Infierno.

Algo en expresión facial asegura que lo dice muy en serio.

Mis ojos consiguen liberarse de los suyos y recorren lentamente su monumental figura de luchador callejero. Está desastrado, nada que ver con el empresario elegante y refinado que abandonaba esta mañana la oficina.

¿Por qué tengo la sensación de que, lo que fuera que pasara esta tarde, ha apagado algo dentro de él?

¿Y de dónde salen todas estas ganas de abrazarme a su pecho?

—Gracias por cancelar mis reuniones —susurra, con una voz tan rasposa que me sacude por dentro—. Sé que no era competencia tuya. Te debo una.

Ladeo la cabeza hacia la derecha e intento no sonreír.

—Me lo apuntaré. ¿Lo que hay en tu camisa es sangre?

—Tranquila. No es mía —responde, sin aflojar la presión que sus pupilas ejercen sobre las mías.

—¿Vienes de torturar a algún empleado desleal o lo has machacado solo porque te lanzó una mirada cruzada?

Mi pregunta le arranca una media sonrisa lenta.

Esa es toda la respuesta que recibo.

—¿Cómo duermes por la noche, Ash?

La sonrisa contenida vuelve a asomar en su rostro.

Tiene la chaqueta desabrochada, las piernas separadas y las manos hundidas en los bolsillos del pantalón en actitud informal. Es tremendamente atractivo. Incluso hoy.

«Sobre todo, hoy».

—Desnudo, entre sábanas de algodón egipcio. Deberías verme algún día, Alexandra.

Le pongo mala cara y niego incrédula. Él deja de sonreír y entra en mi despacho con paso lento y decidido. Siempre camina como si el mundo fuera suyo, un feudo que le pertenece.

Lo observo mientras se arrellana en el sillón, al otro lado de la mesa.

—¿Has acabado el trabajo?

—Casi.

Se inclina hacia adelante y me cierra la pantalla del portátil de golpe. Me quedo mirando la rosa que tiene tatuada en la mano con una sonrisilla de fastidio.

—La respuesta es sí —me corrige. Hay humor en su voz, pero no en sus ojos cuando vuelvo a estudiarlos.

—Reza para que se me hayan guardado los planos que estaba modificando.

—Tranquila. La divinidad está de mi parte hoy. Venga, coge el abrigo.

Trago saliva con dificultad, aunque intento que no perciba mi nerviosismo.

—¿Por qué?

—Vamos a salir.

—¿A estas horas?

—¿Tienes alguna otra cosa que hacer? ¿Algún novio que te espere en casa? ¿Un gato que alimentar?

Ahora su voz ha sonado fría.

Aprieto los labios para frenar la punzada de aprensión que siento en el pecho.

—No.

—Entonces, coge el abrigo.

Abandono la silla con total aplomo, como si no tuviera la menor prisa por irme, cojo el abrigo y el bolso y me reúno con él junto a la puerta.

—Ya está. ¿Contento? ¿Adónde vamos?

—A tomar algo.

—Tienes whisky en tu despacho.

—¿Has estado metiendo las narices en mis cosas, pequeña?

Un inoportuno arrebol se extiende por mi rostro.

Aparto la mirada de la suya casi de un respingo.

—Tranquila. Es lo que habría hecho yo. Vamos.

Su voz suena divertida.

Observo la mano que me cede el paso. Siempre tan cortés. Menos cuando da palizas…

Le obedezco, salgo sin levantar la vista del suelo. Me tiemblan un poco las piernas. La idea de saber que está a mis espaldas, a tan solo un par de centímetros de mí, me resulta perturbadora. Su cuerpo es como una especie de campo magnético cuya fuerza intento eludir, aunque siempre en vano, porque es imposible apartarse de su trayectoria. Irradia una energía demasiado fuerte.

Delante del ascensor, esperamos unos segundos a que se abran las puertas. Entramos a la vez. Me coloco a su derecha y él aprieta el botón de la planta baja. Desprende tanta electricidad estática que estoy sin aliento. Su olor me resulta irresistible dentro de este espacio reducido.

Noto su mirada clavada en mi rostro. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no devolvérsela. Quedarme embobada o perderme en él resultaría demasiado fácil.

Solo me concedo una rápida inspección, de reojo. No puedo evitarlo. Mis ojos lo buscan sin permiso.

La idea de follar con él de manera salvaje se me viene a la cabeza como un flash. No me cuesta esfuerzo imaginar nuestros cuerpos chocar el uno contra el otro, sus labios beber de los míos, sus enormes manos tirándome del pelo o asiéndome la cintura con fuerza, una fuerza que podría arreglarme o destruirme por completo, aún no lo tengo claro.

Todas las moléculas de mi cuerpo se descontrolan ante la crudeza de esas imágenes y su elevado erotismo.

Agito la cabeza con horror.

¿Qué demonios me está pasando? ¿Por qué no consigo mantener a raya este ridículo deseo?

Quizá porque él es justo la clase de hombre que me atrae, que siempre me atrajo. Por mucho que haya intentado remediarlo, solo me gustan los tíos misteriosos, solitarios, dueños de sí mismos y completamente inapropiados para mí. Sigo un patrón, como los

asesinos en serie, y me temo que Ash Williams encaja a la perfección en él.

—¿Te encuentras bien?

—Muy bien —respondo, sin mirarle.

—Te veo pálida.

—Será la luz.

Más que ver su sonrisa, la siento, y algo se contrae dentro de mí.

Enfurecida por mi estúpida actitud, enderezo la espalda y me pongo a contar mentalmente los pisos que vamos bajando.

«Solo es un hombre atractivo, Alexandra, por Dios. Atractivo y muy malo. No quieres formar parte de su universo».

Sé que, si me acuesto con él, no habrá vuelta atrás.

El pitido del ascensor me pilla tan concentrada en mi tarea de contar pisos que doy un respingo cuando nos detenemos.

Ash, con una pequeña sonrisa apenas esbozada, aproxima la palma a la parte baja de mi espalda para instarme a cruzar las puertas. No me toca. Lo único que noto es la calidez que irradia su piel y la electricidad de la expectativa.

Es más que suficiente. De hecho, es demasiado.

Cierro los ojos para protegerme de la febril excitación que me invade y ahogo una especie de jadeo.

—¿Seguro que te encuentras bien?

Levanto los párpados para enfrentarme a él. Tengo su exquisito rostro muy cerca del mío y esos ojos azules me contemplan con el espeluznante interés de un depredador.

—Sí. Genial.

Podría mentir y decirle que me encuentro mal, que estoy incubando alguna cosa, quizá el virus estomacal de Lis. Estoy segura de que podría librarme de él si dijera eso.

Pero, ¿de verdad quiero librarme de él? Porque la inexplicable necesidad de seguirle allá donde sea que vaya confirma justo lo contrario.

—Buenas noches, Tom —le oigo despedirse de uno de los guardaespaldas de la puerta, dándole a entender que no será necesario que lo acompañe hoy.

El hombre hace un gesto con la cabeza.

—Buenas noches, señor Williams. Señorita Harper.

No digo nada. Me limito a componer una sonrisa temblorosa mientras sigo a Ash de camino a la puerta.

El Lexus está en la acera. Su dueño no se molesta en abrirme la puerta. Divertida, me deslizo en el asiento del copiloto y lo observo mientras da marcha atrás y nos unimos al tráfico urbano de una noche de viernes.

—¿Tienes que apagar algún incendio? —me irrito cuando se pone a adelantar a diestro y siniestro, y no frena delante de un semáforo en ámbar. Conduce un coche muy potente y, por lo visto, disfruta llevándolo más allá de los límites.

—Realmente, necesito esa copa —responde, absorto en sus pensamientos.

—Y, después de tomártela, ¿piensas volver a casa conduciendo así?

Se produce una pausa considerable, en la que yo arrastro la mirada por su esculpido perfil y él mantiene la vista sobre la carretera.

—¿Te preocupas por mí? Pensaba que me odiabas.

—No te odio, Ash.

A ambos nos pilla desprevenidos la repentina calidez de mi voz.

Deja de estudiar la carretera y me analiza con una arruga entre las cejas. Se me está quebrantando el aliento otra vez.

—Entonces, ¿qué es lo que sientes por mí? —inquiere con voz baja y ronca.

Me lo quedo mirando, y tengo la sensación de que el tiempo discurre con gran lentitud y que voy camino de ahogarme en sus ojos.

—¿Por qué das por hecho que siento algo por ti? —susurro por fin.

Cabecea, como si mi respuesta lo hubiese decepcionado de alguna forma, aparta la mirada y se concentra de nuevo en el tráfico. Su rostro tiene un aire apagado, y noto que no le apetece demasiado charlar esta noche.

El silencio se extiende entre nosotros, cada vez más pesado. Ash vuelve a cambiar de marcha.

No me atrevo a decir nada y, al cabo de unos segundos, él enciende la música. Supongo que se ha cansado de esperar.

Muevo un poco el mentón, lo suficiente como para poder mirarlo de reojo y que parezca que no lo estoy haciendo. Se le ve muy pensativo, perdido en sus ideas, la cara congelada, expresión remota.

Me pregunto dónde habrá estado hoy, por qué tiene sangre en los puños de la camisa y qué significa Seven para él.

Le echo un vistazo a la pantalla del salpicadero, leyendo el nombre de la canción que suena, y luego vuelvo a centrar la mirada en su rostro. Moloko. *Sing It Back*. Me encantaba cuando era pequeña.

El coche se detiene delante de un club que no conozco. Pensé que me llevaría al *Fever*.

Hay cola para entrar. Solo son las ocho y media. ¿Cómo se pondrá este sitio a las once?

Dos imponentes guardaespaldas cortan el paso hacia el interior, pero, en cuanto ven llegar a Ash, quitan el cordón para dejarnos pasar. Está claro que los conoce. Les hace un gesto de saludo con el mentón.

—¿En todas partes te abren la puerta así?

Vuelve la cara hacia la mía con una ausencia total de emociones.

—No. A veces tengo que echar las puertas abajo.

Niego, con expresión de fastidio, y él me guiña el ojo. Creo que disfruta demasiado con estas pequeñas provocaciones. Es como si le encantara insuflar miedo a los demás.

En el interior del club, las luces azules y los reflejos metálicos me ciegan durante unos segundos. La música aturde. Supongo que ha escogido este lugar porque no le apetece que lo acribille a preguntas. En un sitio como este solo puedes… darte el lote, y me preocupa lo mucho que me atrae la perspectiva.

Tenso el abdomen cuando acerca la mano a la parte baja de mi espalda y me encamina hacia la planta superior. De nuevo, evita tocarme. No sé qué es peor, que me toque y que yo descubra, una vez más, que mi cuerpo responde a él de manera automática, o que no lo haga y la expectativa acabe enloqueciéndome.

Tengo que dejar de desvariar tanto. Los seres humanos no deberíamos tener tantas inquietudes.

Llegamos a un reservado y ahí me quito el abrigo antes de sentarme en el sofá con las piernas cruzadas.

Él no trae abrigo, a pesar de las temperaturas de fuera.

—¿No tienes frío?

Incluso con esta oscuridad puedo distinguir sus fluorescentes iris clavados en los míos, los ángulos agudos de su rostro, los sensuales labios inmóviles...

—No siento nada —murmura, después de lo cual aparta la mirada para llamar al camarero con un gesto.

Sus palabras y la derrota que las impregna remueven algo dentro de mí. Me doy cuenta de que se me ha contraído el vientre, como si su tristeza me estuviera excitando sexualmente. Es tan retorcido que lo aparto de inmediato de mi mente. A veces creo que estoy perdiendo la cabeza.

—¿*Dry martini*? —me pregunta, cuando ya han venido a tomarnos nota.

Es escalofriante lo mucho que parece saber sobre mí.

—No. Hoy necesito algo más fuerte.

Su rostro se mantiene inexpresivo, aunque juraría que está a punto de sonreír.

—¿Más fuerte? ¿Como, por ejemplo…?

—Sorpréndeme.

—Una botella de absenta —le pide al camarero, sin pensárselo siquiera.

Se me dilatan las pupilas y un estupor anonadado me hace separar los labios en un gesto de perplejidad.

—¿Estás de coña?

—Me has pedido que te sorprenda —me recuerda con una sonrisa descarada.

—Sí, pero pensé que pedirías… ¡bourbon!

—No me gusta hacer lo que los demás esperan que haga. No me parezco a los hombres que tú conoces, Alexandra.

—Eso sin duda —rezongo disgustada.

Vuelvo la cara hacia la izquierda solo porque no soporto ver cómo se mofa de mí.

A falta de otra cosa con la que entretenerme, registro el club con la mirada. Hay mujeres medio desnudas bailando en jaulas suspendidas del techo. Esto no es más que otro nivel de decadencia en su vida. Poco a poco empiezo a juntar las piezas del puzle, y empiezo a sospechar que la imagen al completo no va a gustarme.

El camarero no tarda nada en traernos lo que hemos pedido. Ash se inclina sobre la mesa y se pone a preparar las copas.

Niego, sin dar crédito, cuando me ofrece la primera a mí.

—¿Esto es legal siquiera?

Hace un gesto divertido con las cejas.

—Desde 2007, sí. Aunque solo en algunos estados.

—Pero es alucinógeno, ¿no?

—Depende.

Me quedo con la copa en la mano y los ojos encajados en los suyos.

—¿De qué?

—De ti —zanja, antes de vaciar la suya de un solo trago.

Vuelvo a negar, incrédula, la huelo y le doy un sorbo para probar.

Tuerzo el gesto al percibir un sabor amargo y anisado descender por mi garganta.

Mis remilgos parecen divertirle.

—Venga, no pongas esa cara. No está tan mal.

—No puedo creer que esté a punto de colocarme contigo.

—No te estás colocando. Te estás quitando las inhibiciones.

—Habló el rey de los eufemismos —farfullo. Me acerco la copa a los labios y la vacío de golpe—. ¡Jo-der!

Me pongo a toser y él ríe entre dientes.

—¿Preparo otra?

—¿Estás de broma?

—Anda, sé valiente.

Frunzo el ceño y vuelvo la cara hacia la suya con expresión de suspicacia.

—¿Te has propuesto emborracharme?

—Pues claro.

—¿Por qué?

Sus ojos azules me calibran unos segundos en silencio.

—Los borrachos y los locos dicen siempre la verdad —responde por fin.

Reflexiono unos segundos.

—¿La verdad sobre qué?

—Te lo diré más tarde —responde, demasiado enfrascado en la preparación de las copas como para prestarme atención.

Hago una mueca, pero, aun así, cojo el vaso que me ofrece, entrelazando por un segundo los dedos con los suyos. La puta corriente.

—Por la sinceridad.

Me mira a los ojos mientras choca el borde de su copa contra la mía.

Me muevo inquieta en el asiento, aunque no soy capaz de apartarme de la chispeante trayectoria de su mirada.

—Se me hace extraño brindar por algo así.

Sus ojos me evalúan como si estuvieran acariciándome la cara.

—¿Por qué lo dices?

—No pareces muy fan de la transparencia.

Sus dientes blancos asoman por debajo de una risa incrédula.

—Déjame decirte, Alexandra, que nunca he conocido a una mujer como tú. No dejas de provocarme. Pareces la horma de mi zapato.

Pese a sus palabras, en su voz no detecto irritación alguna. Al contrario. Es como si se deleitara con nuestros constantes enfrentamientos.

Le dedico una sonrisa irónica.

—A lo mejor deberías mantenerte alejado de mí.

—A lo mejor —coincide, sin que ninguna emoción se refleje en su voz o en su rostro.

Se acaba la absenta de un trago y deja el vaso sobre la mesa.

Nos seguimos mirando a los ojos, los dos desafiantes. Sus pupilas brillan en la oscuridad como las de un felino que acecha a su presa. Aunque yo siento que más bien nos estamos acechando el uno al otro.

Sigo su ejemplo, apuro la bebida y dejo el vaso al lado del suyo con un ruido sordo que queda amortiguado por la fuerza de la música.

Enarco una ceja, animándolo a que haga algún comentario al respecto.

La mitad derecha de su boca se eleva en una sonrisilla apenas perceptible.

—¿Bailas? —me pregunta, con los ojos bebiendo de los míos.

Me muerdo el labio por dentro para no sonreír.

—¿Contigo?

—¿Te lo ha pedido alguien más?

Contener la sonrisa se vuelve imposible. Mis labios acaban desvelando un pequeño indicio de diversión.

Bajo la cabeza por unos segundos, y después vuelvo a analizar el conjunto de rasgos sublimes que tengo delante.

Intento memorizarlos.

Se ha puesto de pie y me alarga la mano, esperando a que me aferre a ella. La forma en la que me contempla es… increíble, supongo.

Mi boca pierde cualquier rastro de diversión. Siento que me estoy ahogando. No me conviene en absoluto enamorarme de él. No necesito ayuda para destruirme. Se me da de maravilla joderme yo solita.

Así las cosas, creo que queda claro lo que debo hacer. La decisión está tomada.

—¿Por qué no? —le contesto, antes de coger su mano.

La electricidad de su roce me produce una deliciosa sacudida en el estómago.

Esta relación se le parece cada vez más a una partida de ajedrez. Él sabe que ha tumbado algunas de mis defensas y que está avanzando por el tablero.

Lo que no advierte en su empeño por ganarme la jugada es que, mientras nos miramos absortos, los dos embelesados por las pequeñas partículas de energía que estallan a nuestro alrededor, el rey se está quedando sin protección. Llegar hasta él sería terriblemente fácil. Podría derrumbar a todos sus peones y

marcarme un jaque, pero nunca me han gustado las victorias fáciles. Supongo que disfruto demasiado del juego.

Aguantándome la sonrisa, entrelazo los dedos con los suyos.

Me pregunto si sabrá en qué estoy pensando. Algo me dice que ni siquiera lo intuye.

Cogidos de la mano, bajamos a la primera planta, donde me rodea con el brazo y me acerca a él.

Los flashes iluminan su anguloso rostro, concediendo a sus rasgos un aire afilado y frío.

Solo libera una de mis manos. La otra la sujeta con firmeza, quizá porque siente las mismas descargas eléctricas que siento yo cada vez que se rozan nuestras palmas y no quiere prescindir tan pronto de esta sensación.

La tensión sexual que pasa de un cuerpo al otro es tan aguda que noto que se me incendia la cara y, con ella, el resto del cuerpo.

Los pechos se me vuelven blandos y pesados, y la cálida humedad que emana entre mis piernas me hace apretar los músculos internos con fuerza.

Su mano, apoyada en la parte baja de mi espalda, arde contra la tela de mi blusa.

Me pierdo en sus ojos. Él se pierde en los míos.

Me pregunto cómo acabará la partida. ¿Quién ejecutará el último movimiento?

No quiero pensar en nada de eso ahora, así que apoyo la barbilla en su hombro y dejo la mente en blanco. Me gusta esto. Abrazarle es como un dulce colocón.

—¿Tú y yo vamos a follar alguna vez?

Dejo de respirar de golpe y muevo el rostro hacia el suyo. Está impasible, como si me hubiese preguntado qué hora es.

—¿Disculpa?

Noto la lengua pesada y creo que me está mareando la velocidad de la sangre que ruge en mis oídos.

—Necesito saberlo.

—¿Necesitas saber si vamos a follar? —repito con absoluta incredulidad.

—Sí.

Trago saliva con dificultad y observo perpleja las pupilas que ejercen un enorme control sobre las mías.

Tengo la impresión de que, si me soltara, las piernas no podrían sostenerme ahora mismo.

—¿Por qué me preguntas algo así?

—Quiero saber qué esperar de ti.

—¿Y qué puedo yo esperar de ti, Ash?

Me dedica esa sonrisa suya contenida que últimamente veo incluso en sueños.

—Sexo arrasador, señorita Harper. Puede esperar eso de mí.

Levanto una ceja y finjo que el concepto ni me impresiona ni me atrae en absoluto.

Voy a ignorar el hecho de que mi mente esté reproduciendo en este preciso momento imágenes de nosotros dos follando como salvajes. Su boca me obsesiona, joder. Desde que me besó, no puedo pensar en otra cosa.

Pero finjo muy bien, mis habilidades para mentir siempre me salvan de situaciones incómodas.

—¿Solo eso? —pregunto con aspecto divertido y voz irónica.

La sonrisa contenida empieza a ensancharse poco a poco en sus labios.

—Así que quieres más.

—No me atribuyas palabras que no he formulado.

La mano en mi espalda me atrae hacia él con tanta brusquedad que mi boca acaba casi encima de la suya. Noto su cálido aliento en la cara y la firmeza del cuerpo que domina el mío.

Y todo se paraliza, salvo la música, sensual y enloquecedora, que ahora no es más que un débil e insignificante murmullo.

—¿Pues qué quieres entonces? —me susurran los carnosos labios que no puedo dejar de mirar.

Intensas corrientes eléctricas descargan contra mi cuerpo, y sé que él es consciente del deseo que despierta en mí.

—Nada.

Se mantiene callado durante un momento. Ni siquiera se mueve. Tan solo baja la mirada por mi rostro y enfoca mis labios con mucha intensidad.

Casi pego un respingo cuando apoya la frente en la mía. Le oigo gruñir, y sé que lo hace para contenerse. No quiero que se contenga. Cada átomo de mí desea ese beso. Lo necesito con tanta fuerza que incluso duele.

Sin embargo, el beso no llega y, poco a poco, él retrocede y su cuerpo se separa un poco del mío. El frío que se cuela entre nosotros me estremece por dentro. Me siento vacía, como si de repente la vida se hubiese apagado dentro de mí.

—Nada —murmura para sí, saboreando la palabra—. Bien. Eso me gusta.

—Ah, ¿sí?

—Mm-hm. Me gusta que no quieras nada de mí, porque resulta que no hay nada que yo pueda ofrecerte, Alexandra. Quiero que esto te quede bien claro desde el principio. Si quieres follar conmigo, los dos tendremos el mejor sexo de nuestras vidas, te lo prometo. No puedes ni imaginar cuánto me obsesionas.

Coge mi mano, la aprieta contra su pecho y yo me vuelvo a tensar. Tengo que hacer un gran esfuerzo por no arrastrarla hacia abajo, por su terso abdomen y, quizá, un poco más debajo de la cintura de sus pantalones. Para comprobar si sus palabras son ciertas o no.

—¿Notas cómo late mi corazón cuando te tengo cerca? —susurra, con la boca a punto de tomar la mía—. Esto es deseo, un deseo tan desenfrenado que me consume, te lo aseguro. Quiero estar dentro de ti, poseerte por completo. Lo necesito con todas mis fuerzas. Quiero hacerte sentir un placer tan inmenso que trastoque tu mundo de niña buena. Quiero correrme contigo y que tú te corras conmigo. Quiero follarte la boca. Quiero que *tú* me folles la boca. Pero eso es todo. En cuanto el deseo quede aplacado, este latido de aquí se ralentizará. No siento nada, no hay amor ni compasión en mí, y nunca lo habrá. No soy la clase de tío que se traga esas chorradas sobre el amor que arregla a las personas horribles y las hace ser mejores. Yo soy un bruto, ¿lo entiendes? Vengo de un mundo con el que tú ni siquiera sueñas, y he hecho cosas que te llenarían de espanto. No pierdas tu tiempo pensando que vas a cambiarme. Soy malo por naturaleza y, tú misma lo has dicho, soy peligroso. ¿Te ha

quedado claro eso? ¿Entiendes quién soy, *qué* soy y qué es lo que les hago a las personas que me tocan las pelotas?

Analizo en silencio los iris azules que se ciernen sobre los míos, profundos, el mismo abismo abriéndose paso a través de ti.

—Perfectamente —consigo farfullar, con una voz tan débil que por un momento me pregunto si me habrá escuchado.

—Bien. Vamos. Te llevaré a casa y te concederé algo de tiempo para que reflexiones y me digas qué es lo que de verdad deseas.

Es increíble lo imperturbable que puede llegar a ser.

Me dedica una última mirada, desapasionada, y luego se aparta de mí y se pierde entre los flashes. Es como si cerrara un trato, una fusión, algo que no guarda ninguna relación con los sentimientos.

Estas son mis condiciones. Lo coges o lo dejas. Eres un alfil que yo muevo por el tablero. No me importas.

Pues ya lo veremos.

Permanezco unos segundos atónita, siguiendo con la mirada la erguida figura que sube por la escalera. Un viaje en coche se me haría inaguantable ahora mismo.

Además, creo que es él quien tiene que reflexionar para decidir qué es lo que desea. Una retirada a tiempo siempre se considera una gran victoria.

Espero hasta que su espalda desaparece por completo de mi campo visual y entonces giro sobre mí misma y me abro paso hacia la salida.

Voy sin abrigo y sin bolso, pero eso no me impide refugiarme en uno de los taxis que esperan delante del club a que la gente esté lo suficientemente borracha como para no ser capaz de conducir.

—Siga de frente —le pido a la mujer que me observa interrogante a través del espejo—. Le iré indicando.

El taxi se pone en marcha despacio, aunque no llegamos demasiado lejos. A unos cuantos metros de nosotras hay un BMW negro bloqueando la salida.

—Menudo gilipollas —farfulla la conductora, que deja la palanca de cambios en punto muerto a la espera de que nos abran paso y expulsa aire por la nariz con un ruido de protesta.

A nuestro alrededor todo el mundo pita impaciente.

Pasan casi cinco minutos hasta que el tipo aparece de donde sea que estuviera y quita el coche del medio.

Ni siquiera se ha disculpado. Esta gente es así.

Estamos a punto de incorporarnos a la carretera cuando algo me hace girarme en el asiento y mirar hasta atrás por última vez.

Se me dispara el aliento al ver a Ash de pie en mitad del aparcamiento, con mi bolso y mi abrigo en la mano.

Cabecea lentamente al encontrarse nuestras miradas. No sé si está divertido o cabreado.

¿Ambas?

Me obligo a volverme de cara a la carretera y a ignorarlo por completo.

Capítulo 14

Es mi deseo lo que alimentas.
Sabes exactamente lo que necesito.
Tienes poder, tienes poder,
tienes poder sobre mí.
(Canción *Power*, Isak Danielson)

Ash

—Hola, tío duro.

Encontrarme a Seven en mi reservado, sentada con un cigarro en la boca y bebiéndose *mi* copa de absenta, no me hace la menor gracia, y esa crispación se refleja de inmediato en mi expresión facial.

—Seven —gruño, apretando las mandíbulas—. ¿Qué haces tú aquí?

Mi voz, teñida de furia helada, no parece alterarla.

—Pasaba por el barrio.

—Y una mierda. Hablaremos de esto más tarde. Ahora te quiero fuera de aquí en dos segundos.

—¿Por qué? La mosquita muerta se está yendo, así que no vas a poder meterle mano esta noche.

Se me cambia la cara.

—¿Qué?

Su boca se curva en una sonrisa felina. Toma otro trago, con parsimonia, llevando al límite la poca paciencia que me queda.

—No sé lo que le habrás dicho, pero no parecía muy contenta.

Alarmado, me acerco a la barandilla y la busco con la mirada por toda la planta baja. Al final la encuentro. Está a punto de salir del club.

La palabrota que escupo le arranca una sonrisa lenta y pausada a Seven.

—Me gusta cuando te pones bruto. ¿Nos vamos?

Sin prestarle ninguna atención, agarro el abrigo y el bolso de Alexandra y voy tras ella, abriéndome paso a empujones.

Esto está lleno de gilipollas y yo estoy de muy mal humor.

Fuera, la busco por toda la avenida, hasta que la localizo dentro de un taxi. Gruño otra maldición, después de lo cual suelto una risa incrédula.

Esta mujer…

Joder, me vuelve loco. Nadie juega con mi mente como ella.

Debe de sentir algo, mi presencia quizá, porque vuelve la cabeza hacia atrás. Nuestras miradas conectan de inmediato a través de la luna trasera del coche. Parecen imanes.

Niego para mí, abro el maletero y guardo ahí sus cosas. Imagino que querrá recuperarlas en algún momento.

Vuelvo a buscarla con la mirada, pero el taxi ha doblado la esquina.

«Coño, es como Cenicienta. Y tú eres el príncipe, imbécil».

Vuelvo a reírme. Qué puta situación.

La cara se me crispa cuando noto las manos de Seven abrazándome desde atrás.

Bajo la mirada hacia los dedos largos que recorren mi pecho con lascivia y entorno los párpados. No estoy de humor para más chorradas.

—¿Te vienes conmigo a casa? —me susurran al oído sus voluptuosos labios rojos.

Exasperado, la aparto de mí y me giro para poder ensartarla con la mirada.

—¿Qué quieres de mí, Seven? —repongo, rebosante de rabia—. ¿Por qué no te vas a darle el coñazo a algún infeliz de por ahí?

Con una sonrisa a medio esbozar, hunde los dedos en mi pelo y arrastra mi boca hacia la suya.

—Esta noche quiero al rey —responde, con una indudable lujuria prendida en la voz—. ¿Qué tal si me follas como solo tú sabes hacer? Con los demás nunca me corro tan duro.

Gruño y, con ojos fieros, clavo los dedos en su culo para atraerla hacia mi polla. Nunca digo que no a un polvo. Es una cuestión de principios.

Seven me lanza una mirada obscena a través de las pestañas, se frota contra mí y me abre la boca con la suya. No nos besamos, solo nos respiramos el uno al otro.

—Te he echado de menos, pequeño —murmura, moviendo las caderas para provocarme.

Cierro los ojos para saborear mejor la fricción y hundo los dedos en sus nalgas con más fuerza. Por algún motivo imagino que el cuerpo cálido que tan pequeño parece al lado del mío es el de Alexandra.

Me empalmo con una rapidez que me asusta incluso a mí.

Agarro a Seven por el cuello, la miro detenidamente y luego la empujo hacia atrás con brusquedad, como si de repente la quisiera lo más lejos posible de mí.

—¿Qué pasa? —susurra, desconcertada.

El ansia crece en mis ojos.

«No sé lo que pasa. Esto es nuevo. Preocupante…»

—Tienes que irte. No puedo hacer esto.

—¿Disculpa? No puedes ¿qué? ¿Besarme?

—No te preocupes, Seven. No eres tú. Definitivamente, soy yo.

—¿Qué coño…? ¿Te has vuelto macarra de pronto o de qué vas, tío?

Cojo aire en los pulmones y lo suelto despacio para calmarme. No tengo ni idea de cómo explicarle esto, lo que me pasa. No soy capaz ni de explicármelo a mí mismo.

—Lo siento. Será mejor que te marches.

La cara de Seven parece un cuadro de Munch.

—¿Qué cojones te pasa ahora?

—No lo sé. Pero pienso averiguarlo. ¿Sabes qué? Mejor quédate. El que se va soy yo.

—Ash, ¡vuelve aquí ahora mismo y acaba el puto trabajo! —ordena Seven, estremeciéndose de ira al comprender que esto va en serio—. ¡Sé un hombre, joder!

Suelto un suspiro interminable.

—Pues va a ser que no, cielo. Mejor te buscas a otro.

Subo al coche y doy marcha atrás con un chirrido de ruedas. Me da igual la expresión herida de Seven.

La ira salvaje que arde en mi pecho me hace apretar el acelerador a fondo.

¿Qué coño es esto, eh? ¿Qué me está haciendo esa mujer? ¿Por qué no puedo arrancármela de la cabeza? ¿Es que ahora también tiene poder sobre mi polla? ¿Por qué cojones me siento como si estuviera engañándola si me acostara con otra?

Tenso el cuello hacia ambos lados, pero eso no me tranquiliza como otras veces y acabo soltando un gruñido animal que no hace más que aumentar mi frustración.

—No me jodas, tronco —farfullo entre dientes.

Mis ojos analizan angustiados el destartalado polígono industrial al que he ido a parar.

Pese a la oscuridad que me rodea, las cosas en mi cabeza están más claras que nunca.

—¡Jo-der!

Freno en seco y, enfurecido, hago un cambio de sentido brusco en mitad de la calzada.

Odio cuando tengo que retroceder sobre mis propios pasos. Supone admitir que estaba equivocado. No me gusta equivocarme.

La aguja del velocímetro sube cada vez más deprisa.

Cien.

No me interesa ninguna mujer, solo ella.

Ciento treinta.

No consigo quitármela de cabeza. Nunca.

Ciento setenta.

Pienso en ella a todas horas.

Doscientos diez.

La busco todo el rato y solo quiero estar en los sitios en los que está ella. El trabajo ha pasado a un segundo plano. *Todo* ha pasado a un segundo plano.

El coche se detiene en mitad de la calzada con un fuerte ruido de neumáticos.

Con aire vencido, dejo caer la cabeza hasta apoyar la frente sobre el volante y cierro los ojos.

Hay que joderse.

Para mí, solo existe Alexandra...

Capítulo 15

No pienso en el futuro,
sólo en vivir el presente.
(Sid Vicious)

Alexandra

No me sorprendo demasiado cuando, media hora más tarde, alguien llama al timbre.

Dejo sobre la encimera la botella de vino que intentaba abrir, me aprieto el cinturón de la bata a la cintura y me dirijo al pasillo.

Abro, pero no quito la cadena. No son horas para recibir visitas. Solo entorno la puerta lo suficiente como para asomar media cara a través de la apertura.

—¿Querías algo?

No parece cabreado. Hay una pequeña sonrisa en las comisuras de sus labios.

Su aspecto me aturde, como siempre. Se me seca la garganta.

Tiene el pelo más alborotado que antes, como si se lo hubiera estado revolviendo con los dedos montones de veces desde la última vez que lo vi. Será la frustración que le provoca no poder follarme.

—Me preocupaba que no pudieras entrar en casa. —Con semblante divertido, me señala el bolso y el abrigo que trae en la mano—. Veo que mis temores eran infundados.

—Guardo una llave debajo del felpudo.

—El peor sitio para dejar las llaves. Los malos siempre miran debajo del felpudo y dentro de las macetas.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para contener la sonrisa.

—¿Lo dices por experiencia?

Se echa a reír, baja el rostro y cabecea con cierto fastidio, antes de volver a clavar sus ojos azules en los míos.

—¿Siempre juegas tan sucio, Alexandra?

—Casi siempre.

Su mirada resbala por mi silueta. Voy descalza, aunque, bajo la tórrida fuerza de sus ojos, tengo la sensación de estar también desnuda.

—Bonita bata —me dice, observándome de pronto como si yo fuera la cosa más perfecta, deseable e inalcanzable que ha visto en toda su vida.

Una fuerte sacudida de deseo me agita el estómago cuando me doy cuenta de que me mira como si deseara mucho arrancármela y *poseerme entera.*

Su voz ha cambiado de registro, se ha vuelto ronca y estremecedora, tan sensual que las moléculas de aire a mi alrededor parecen haberse paralizado en algún lugar de la atmósfera, lejos de mis vías respiratorias.

Me tiene tan atrapada que me pierdo en la intensidad del momento. Ni siquiera hay gravedad. Solo están sus hipnóticas pupilas, su esculpido rostro bañado por la penumbra del pasillo y mi fuerte sensación de que todo se derrite a nuestro alrededor, de que solo queda el contacto de nuestras miradas.

Empiezo a notar la atmósfera cargada, chispeante. Una sensación de puro placer recorre mi cuerpo tan rápido como un relámpago.

Es un perfecto verano y los rayos del sol me abrasan la piel.

—Gracias —me obligo a decir, con una voz que no parece la mía; una voz rota y anhelante.

—¿Qué estabas haciendo?

Su voz posee una sedosidad estremecedora y su mirada… Su mirada me folla sin prisas.

—Iba a… —Sonrío y niego para mí—. Echan *Regreso al futuro* por la tele y… bueno, iba a verla.

—*Regreso al futuro* —repite, divertido.

—Era mi película favorita cuando era niña —explico, por algún motivo.

Me estudia en silencio. Ya no sonríe.

—No sé de qué va.

Arqueo las cejas y lo miro como si fuera un bicho raro.

—¿Estás de coña? ¿Nunca has visto *Regreso al futuro*? —La negación me deja boquiabierta—. ¡No me lo creo! —Le echo otra

mirada llena de desconfianza y suelto una risita incrédula—. ¿Pero qué hacías tú a los doce?

—Vender drogas en las esquinas de los institutos.

La respuesta me deja petrificada. Sus rasgos no registran ni la más mínima alteración. Solo su voz ha cambiado, ha adquirido un letal tono helado.

Mi expresión facial se endurece de golpe. La sangre me palpita en los oídos. Me he quedado sin habla.

—Mi vida no siempre ha sido un cuento de hadas, Alexandra —me susurra con suavidad.

Trago saliva y contemplo con un nudo en la garganta la rígida perfección del rostro que parece dominar al mío. Su mandíbula está fuertemente apretada y sé que lo que acaba de decir es muy importante para él. No tanto las palabras como el significado que tienen. No va por ahí confesándole esto a la gente. Me acaba de demostrar que confía en mí; que me deja entrar.

Evalúo en silencio sus pupilas, paseo la mirada por la impasible elegancia de sus facciones y hago un amago de sonrisa.

Sus ojos me desarman. Siempre lo hacen. No puedo mantenerlo apartado de mí. Lo intento, lo intento con todas mis fuerzas, pero me perturba demasiado, está en todas partes, incluso en el aire que respiro.

Y, cuando no está, me gustaría que estuviera.

Sencillamente, no consigo mantenerme al margen.

Soy incapaz de arrancármelo de la cabeza, es como un mal que late muy dentro de mí, un veneno que me abrasa la sangre.

Huelo el peligro que emana de cada poro de su cuerpo y me gusta su sabor. No voy a negarlo. No puedo.

La caja de Pandora ejerce una extraña fascinación sobre mí, pero si hago caso a la leyenda, diría que pertenece a esos males que deben permanecer ocultos por siempre jamás.

Menos mal que yo nunca hago caso a las leyendas. Ni a las advertencias…

Suelto la cadena con dedos trémulos. No hay vuelta atrás, los dos lo sabemos.

Ash, con la cabeza ladeada hacia la derecha, empuja la puerta con los nudillos, suavemente, hasta que ya no hay nada interponiéndose entre nosotros.

Ahora estamos cara a cara. Me gustaría decir que su confesión no cambia nada entre nosotros, pero mentiría. Sé que ha dado un paso enorme, colosal, al desvelarme una información tan delicada.

—¿Ash? —susurro con voz ahogada.

—¿Pequeña? —murmura, oscilando la mirada entre mis ojos y mis labios.

Su timbre es tan cálido, suena tan íntimo en mis oídos...

Vuelve a concentrarse en mi rostro. Sus iris, brillantes y encendidos como ascuas, me hacen experimentar una fuerte oleada de deseo sexual, ante la cual puedo protegerme solo apretando los muslos.

Y no sé si eso me protege o me enciende aún más.

Tengo su boca a escasos centímetros de la mía. Creo que es consciente de que respiro muy deprisa.

—¿Quieres pasar y… ver la película conmigo?

Su rostro se mantiene inalterable, salvo por la pequeña sombra de sonrisa que asoma en la comisura derecha de su boca.

—Me encantaría —responde con esa voz ronca que parece filtrarse a través de mis venas.

Me hago a un lado para dejarlo entrar. No solo en mi casa. En mi vida. En todas partes. Yo también estoy dando un paso importante, el más crucial de todos.

Más adelante, aunque lo desee, no podré cambiar los hechos.

Todo esto es como una bala que, una vez disparada, ya no podrá regresar al cañón de la pistola.

Mi instinto me advierte de que no es un buen hombre. Sé que es peligroso. Mi vida nunca volverá a ser igual.

Lo sé. Pero… no importa.

Cuando comienza una historia, desconocemos por completo el final. Si lo supiéramos, haríamos las cosas de otra forma, tomaríamos decisiones distintas, cambiaríamos el desenlace.

Yo *sé* cómo acaba la nuestra, conozco el guion de memoria, cada giro argumental, cada conflicto de los personajes.

Y, sin embargo, no muevo ni un solo músculo, no altero ni un mísero detalle.

¿Porque no puedo?

Te equivocas.

Es porque no me da la gana.

Capítulo 16

Llegué, vi y vencí.
(Julio César)

Alexandra

Sus ojos azules registran el salón de esquina a esquina.

Sonríe al ver que solo tengo lo imprescindible, un sofá, una mesita auxiliar y un mueble para la tele. Nada personal, no hay fotos, ni libros; ni un solo objeto de decoración. Tampoco hay una mesa en la que poder sentarse y comer como una persona normal.

—Decoración minimalista, ¿eh?

Hago una mueca cuando se gira de cara a mí con una ceja arqueada.

—Me estoy instalando. Y tú me ocupas demasiado tiempo.

Me ofrece mi bolso y mi abrigo y luego hunde las manos en los bolsillos del pantalón y frunce el ceño como si tuviera delante un enigma irresoluble.

—¿Por qué has salido corriendo?

La repentina dureza de su voz me pilla tan desprevenida que no puedo evitar tensarme a su lado.

Me tomo unos segundos antes de responder.

—No estaba de acuerdo con tu punto de vista.

—¿Y *por qué* no me lo dijiste?

—Levantarse y abandonar la mesa de negociación transmite un mensaje, ¿no crees?

La provocación parece complacerle.

—Cierto. Y lo he pillado.

—Bien. No me gustaría tener que repetírtelo.

Se produce una pausa considerable, en la que nos observamos el uno al otro absortos. Él intenta ver hasta dónde puede llegar conmigo esta noche y yo… Bueno, yo estoy un poco abrumada por su presencia aquí. Con conseguir que no me tiemblen las rodillas, ya tengo suficiente.

—Dime qué es lo que quieres que haga. Cualquier cosa, me da igual. Pídemela y la tendrás.

Acorta la poca distancia que nos separa y me evalúa con detenimiento, como si pretendiera grabarse mi imagen en su memoria. Su cara queda a escasos centímetros, cerniéndose sobre la mía.

—¿Por qué? —susurro, con voz desgarrada.

—Porque me vuelves loco, joder.

No soy capaz de moverme o de apartarme de la oscuridad que consume sus pupilas. El susurro de esas palabras contra mis labios me produce una descarga tan potente en el estómago que todo mi interior se contrae de forma involuntaria.

Ash se da cuenta de que comienzo a respirar con dificultad, a jadear casi, y los ojos que descienden hacia mi boca se cargan de deseo. Fiero, inmenso, oscuro y primitivo, un deseo animal de poseer que nunca desperté en nadie.

Sus labios están cada vez más cerca de los míos. Nos impregnamos con el aliento del otro.

Estoy completamente atrapada, sin salida. Mi cuerpo entero está vibrando.

Deslizo la mano sin pensármelo hasta su nuca. Incluso a mí me sorprende mi audacia.

Sus labios se curvan en una sonrisa satisfecha.

—Me gusta que me toques —susurra con una voz grave y vibrante que me acaricia la piel como si fuera una caricia—. Y me muero por tocarte.

La atmosfera se carga de una electricidad distinta a la de antes.

Cada segundo que pasamos cerca nos arrastra un paso más allá de cualquier límite que nos hayamos impuesto.

Su pulgar me acaricia con suavidad el arco del labio superior. Me prueba y, al ver que me muestro complaciente, me enreda una mano en el pelo y se apodera de mi boca con un gruñido ansioso.

Me mete la lengua de inmediato, provocándome un latigazo de placer entre los muslos.

Gimo sin poder contenerme cuando me clava los dedos en el trasero, pega nuestros cuerpos de cintura para abajo y me enseña lo

duro que se ha puesto.

Quiero más. Más atención. Lo quiero todo…

Sus labios se detienen encima de los míos.

Me pone una mano en el cuello y aprieta un poco mientras recorre mi cara con su nariz, aspirando el aroma de mi piel.

Me obliga a echar la cabeza hacia atrás, su lengua golpea para volver a entrar y yo se lo permito.

En cuanto abro la boca, nos fundimos en un beso húmedo y apasionado que lo hace gemir en el interior de mi boca.

Mi mente no consigue ponerle ningún límite a esto. Me está doblegando en el salón de mi casa, con unas cuantas caricias. No me reconozco. Yo nunca actúo así.

Y ojalá pudiera evitarlo, pero la excitación es tan grande que mi sexo se contrae otra vez con fuerza, recordándome que se muere por un poco de atención.

Ash me clava su polla endurecida en el estómago y sus labios se lanzan contra los míos con rabia al escucharme gemir. Nuestras lenguas follan con cada vez más ganas. Despiadadas. Salvajes.

La aspereza de su barba me raspa la piel, pero no me importa. No es más que otro estímulo que me vuelve loca.

La forma en la que posee mi boca, como si nunca fuera suficiente, me arrastra hacia un abismo de oscuridad que asusta y fascina al mismo tiempo.

Estoy a punto de perderme en medio de esta pasión delirante. Empiezan a flaquearme las piernas. Debe de notarlo, porque su mano baja por mi costado, presiona contra mi cadera y me mantiene pegada a la firme dureza de su cuerpo.

Su gruesa erección golpea contra mi estómago. Quiero rodearle entre los muslos y sentir sus firmes embestidas a través de mi cuerpo palpitante. Quiero que calme esto, la tormenta que ha desatado en mi interior. Solo él puede ponerle fin.

Pero su boca libera la mía y, aunque intento que no se detenga, me agarra del pelo con los dedos, me echa la cabeza hacia atrás y sus ojos se hunden en los míos con toda su fuerza.

—¿Qué tengo que hacer para que estés conmigo?

Evalúa mi mirada con ojos tan febriles que estoy convencida de que me dará cualquier cosa que le pida. Lo dice en serio. Esto lo vuelve loco, quizá más que a mí. Yo todavía conservo un gramo de control.

Necesito un momento para recuperar el aliento. Entrecierro los párpados mientras lo hago, para huir, aunque sea por unos segundos, de las pupilas cargadas de erotismo que se arrastran por todo mi rostro y dejan mi mente tan devastada.

—No me trates como a las demás —respondo, separando las pestañas para volver a mirarlo.

Un gesto de confusión arruga la piel entre sus cejas.

—Eso no supone un problema. Tú no te pareces en nada a las demás.

—Me alegro de ver que estamos de acuerdo en algo.

Esboza una sonrisa tierna, baja el rostro sobre el mío y planta un beso casto en mis labios. Me siento decepcionada cuando se aparta, y creo que lo nota, porque su rostro desvela cierto aire satisfecho.

—No te hagas ilusiones, Alexandra. Solo he venido para ver una película. No voy a dejar que te aproveches de mí en nuestra primera cita.

Me recorro los dientes con la lengua y asiento con fastidio. Él me lanza un guiño socarrón desde el sofá en el que acaba de sentarse.

—Bueno —dice, dando dos golpecitos en el sitio a su lado—. ¿Vienes o qué? No quiero perderme el comienzo. No me gustan las historias a medias. Conmigo es un todo o nada.

Esto es increíble. Voy a ver *Regreso al futuro* con el rey de los matones, estoy sexualmente frustrada y sé que él sabe cómo me siento, porque es un tipo muy observador y, además, no me quita los ojos de encima.

Genial. Bien hecho, Alexandra.

Aprieto los labios con disgusto y me acerco a él intentando aparentar normalidad, como si no fuera más que una visita de cortesía y yo no estuviera ahora mismo fantaseando con hacer saltar por los aires los botones de su ridículamente cara camisa y montármelo con él delante de la mirada indignada de Marty McFly.

—¿Te apetece algo de beber? —me obligo a ejercer de anfitriona.

Los ojos que traban mirada con los míos encierran un brillo tan carnal que mi cuerpo reacciona como siempre, estremeciéndose. Mis mulsos se contraen casi con un espasmo.

Joder. Esto no puede estar pasándome.

—Puede —responde, paseando la mirada por mis labios, todavía hinchados por culpa de la bestialidad de nuestro beso.

—¿Puede?

—Puede que lo que me apetezca no esté en el menú esta noche —aclara con esa voz grave que me recorre por dentro.

Trago saliva y analizo con expresión descompuesta sus fluorescentes iris azules. Él se limita a devolverme la mirada. ¿Cómo puede estar tan tranquilo? ¿De dónde saca tanto aplomo?

—Mira, ¡ya empieza la peli! —exclamo de pronto, con alivio.

Ríe por lo bajo y cabecea, divertido.

—Anda, ven a sentarte. No muerdo.

No estaría tan segura...

Me vuelve a guiñar el ojo, apoya el brazo en el respaldo del sofá y espera, con una sonrisa un tanto socarrona, a que me ponga cómoda a su lado. Como si ponerse cómoda con él aquí fuera una opción.

Cojo aire para envalentonarme y luego me dejo caer en el sofá con un suspiro. Mi incomodidad es más que visible. Estoy sentada como una estatua, rígida, tengo la espalda muy tensa y sé que no voy a poder relajarme.

Nunca.

—Estás demasiado lejos.

¿Perdón?

Antes de que me haya dado tiempo de protestar, me agarra por la muñeca, tira de mí hacia él y acabo entre sus brazos, acurrucada contra su costado, con la mano apoyada en su terso abdomen.

Joder. Esto es demasiado perturbador.

El olor que desprende el cuello de su camisa es completamente narcótico.

Lo observo a hurtadillas y me doy cuenta de que él tampoco está demasiado relajado a mi lado. El brazo que me rodea está tenso.

No sé en qué estará pensando.

Yo solo puedo pensar en que estoy en bata a su lado y… necesito que me la arranque. Quiero sentir sus manos en mi cuerpo.

Está bien, lo admito. Me apetece algo más que ver una película con él.

Mañana tendré que enfrentarme a todos estos deseos con la cabeza lúcida.

De momento, solo puedo concentrarme en las sensaciones, el corazón disparado, el pulso en los oídos, la entrepierna palpitante... Ese beso que hemos compartido ha sido tan erótico que me muero por descubrir qué se siente al tenerlo dentro.

El monumental cuerpo al que estoy pegada desprende tanto calor y tanto poder que me obsesiona la idea de dominarlo.

Y luego que me domine. Y luego arrebatarle el control. Una lucha apoteósica.

Bajo los párpados y me obligo a respirar algo que no sea su maldito olor.

Vaya, parece que eso es imposible. Está en todas partes, y a mí me cuesta cada vez más esfuerzo estarme quieta.

Yo ni menciono lo incapaz que me siento de prestarle atención a la película. No hago más que apretar los muslos todo el rato mientras intento acompasar la respiración. Me esperan las dos horas más largas de toda mi vida.

—Alexandra —susurra de repente, bajando el rostro hacia el mío.

Juraría que ha plantado un pequeño beso en mi cabeza. La actitud cariñosa me conmueve, viniendo de alguien como él.

—¿Sí? —respondo, felicitándome por lo calmada que he conseguido sonar.

—Esta película es un rollo.

—No te atrevas.

Noto que sus labios se curvan contra mi pelo.

—Oye…

—¿Hm?

Recorre mis nudillos con el pulgar, uno a uno.

—¿De qué color es tu sujetador?

Dejo caer los párpados y los mantengo así unos segundos. Esto va a acabar muy mal.

«Muy bien, cabronazo. Tú te lo has buscado».

—No llevo.

Maldice entre dientes y, unos segundos después, su mano derecha empieza a subir por mi costado. Trago saliva e intento que no note lo mucho que se me ha tensado el abdomen.

La yema de su pulgar me roza la curva del pecho antes de avanzar, milímetro a milímetro, hasta mi erguido pezón.

Mi cuerpo entero reacciona, vibrando, cuando empieza a trazar círculos alrededor.

—No me estarás metiendo mano en nuestra primera cita, ¿no?

Cruzo una mirada con sus chispeantes ojos azules y me estremezco ante la pasión descontrolada que desprenden sus pupilas.

—Es lo que hace la gente en el cine —responde con cara de pillo—. ¿No lo sabías?

Lo amonesto con la mirada y su sonrisa se ensancha un poco más.

Sin flaquear nuestro inquebrantable contacto visual, separa los dedos y su palma abarca todo mi seno. Está muy concentrado, como si llevara a cabo una operación de lo más importante.

Mi respiración se dispara tanto que se escucha por todo el salón.

Él me estudia, atento a cada una de mis reacciones.

Debe de notar la forma en la que lo reclaman mis pupilas, porque su boca baja, cubre la mía y la provoca hasta que me rindo, y nuestras lenguas se encuentran en un beso delirante.

Con un movimiento enérgico, me levanta en vilo sin ningún esfuerzo y acabo en su regazo, con las piernas rodeándole por las caderas.

Estamos nariz contra nariz, respirándonos, y Ash se detiene por unos segundos, hunde los dedos en mi pelo y me echa la cabeza hacia atrás para analizar la expresión de mi cara con la debida atención. Su pecho se mueve pesada y rápidamente.

—Vuelve a besarme —le susurro, un poco inquieta por la intensidad de su escudriño.

Se humedece los labios y la sombra de una pequeña sonrisa empieza a formarse en las comisuras de sus labios.

Noto en la entrepierna el latido de su sexo duro y caliente, y tengo ganas de moverme contra él, de apartar las telas que nos separan, de dinamitar todas las malditas barreras.

—¿Besarte? —Me lame el cuello y me muerde la barbilla antes de poner su cara a la altura de la mía—. ¿Cómo quieres que te bese, pequeña?

Separo los labios para decirle que ya sabe cómo lo quiero, pero los sella con los suyos; su lengua llena por completo mi boca, mojada, caliente, exigente, y ya no puedo pensar con claridad.

Me retuerzo un poco y él traslada sus enormes manos a mis caderas, por debajo de la bata, se agarra a ellas y me clava su erección entre los muslos.

Las palpitaciones de mi sexo se vuelven dolorosas. Gimo en su boca cuando balancea la cadera otra vez.

Nuestras lenguas luchan frenéticas, sus manos me aprietan con más fuerza contra su polla. Necesito poseerle y que él me posea a mí.

Me aferro con los dedos a su rostro mientras nos devoramos el uno al otro. Por un segundo creo que voy a morir, literalmente, si no consigo aliviar la presión que me agarra desde dentro.

Su lengua acaricia el interior de mi boca, a veces como una intrusión violenta y depredadora, remolinos que arrasan con todo a su paso, y otras como un acto sexual lento y profundo, una unión inquebrantable tanto a nivel físico como mental.

A tientas, empiezo a desabrochar los botones de su camisa y casi suelto un grito cuando, en vez de ver la pared que hay a sus espaldas, tengo una clara visión del techo. Pasa todo demasiado deprisa.

En un segundo estamos besándonos como si nunca fuésemos a saciarnos, y al otro me tiene tumbada en el sofá, está encajado entre mis piernas y tengo las muñecas inmovilidades por encima de la cabeza.

Me siento del todo expuesta. Y vulnerable, muy vulnerable. Estoy a su merced. En este momento me domina por completo con su cuerpo.

Intento al menos liberar mis manos, pero aplica un poco más de presión y me advierte a través de la mirada de que es muy mala idea intentarlo siquiera.

Los dos nos quedamos quietos por unos segundos. Solo el irregular sonido de nuestras respiraciones se atreve a interrumpir el silencio.

Nunca pensé que una postura así fuera a excitarme tanto. Siempre me ha gustado el control, pero… Puede que esté dispuesta a prescindir de él por una noche.

—¿Qué quieres de mí, Alexandra?, ¿eh? Antes has salido corriendo y ahora intentas quitarme la camisa. No te sigo el ritmo. Dime qué quieres que haga, cómo quieres que me comporte.

Clavo la mirada en el hielo azul que me enfría de golpe y tenso la mandíbula.

—No quiero nada de ti —aseguro con fría altivez, muy fuera de lugar teniendo en cuenta que estoy medio desnuda por debajo de él y le he dejado más que claro que algo *sí* quiero.

Me evalúa absorto, hasta que al final se rinde y, con un sonido de hambre y necesidad, se cierne sobre mí y su boca se arrastra por mi escote.

Con la mano que le queda libre, va apartando poco a poco la tela de la bata que se interpone en su camino y sus dedos se deslizan por mi cuerpo enfebrecido. Los labios que se cierran alrededor de mi pezón me arrancan un gemido necesitado y me hacen arquearme hasta rozar la sólida pared de su pecho.

—Pídemelo —rezonga, deteniéndose por unos segundos con la boca encima de mi piel, enrojecida por el roce de su barba y húmeda por la intensidad de sus besos—. Dime qué quieres de mí, por qué alguien como tú se interesa por alguien como yo. Dímelo, porque yo no le encuentro el sentido y creo que me estoy volviendo loco, joder.

Niego muy despacio.

Gruñe exasperado, entierra la cabeza entre mis pechos y vuelve a ensañarse con mi piel. Su lengua investiga mis pezones, su barba los raspa, sus dientes arañan y su boca succiona con fuerza.

Esto es el Paraíso. Al menos, el único que voy a catar.

Mirándome a la cara con ojos salvajes, me desata el cordón de la bata. El satén beige se desliza a ambos lados de mis costados.

Espera unos segundos, antes de recorrer con la mirada todo mi cuerpo desnudo. Solo llevo unas bragas negras, minúsculas, que hacen endurecer su expresión facial.

—¿Esto es lo que llevabas antes en el club? —Introduce la mano por debajo del elástico y le da un tironcito, antes de levantar de nuevo la cara hacia la mía.

No confío en mi voz y necesito unos momentos para asegurarme de que no se me va a quebrar.

—Sí.

Libera mi rostro y estudia, con una expresión de lo más concentrada, el triángulo de encaje negro.

—¿Te pones esto para ir al trabajo?

Me paso la lengua por los labios antes de responder.

—Me gusta sentirme sexy.

Mi respuesta provoca su sonrisa, pequeña, apenas esbozada.

Roza el encaje con el pulgar y dibuja una línea vertical por todo mi sexo. Me revuelvo por debajo de su ardiente caricia, y sus ojos se elevan despacio hacia los míos para no perderse mis reacciones.

Debe de hacer una buena interpretación, puesto que vuelve a bajar la cara y su palma se arrastra por la parte interna de mi muslo, deteniéndose justo antes de que las puntas de sus largos dedos rocen mi palpitante entrepierna.

El deseo es devastador. *Necesito* que me toque.

—Quítamelas.

—No.

Me estiro hacia arriba hasta acercar la boca a la suya.

—Señor Williams, era una orden, no una sugerencia.

—No acato ordenes de…

—¿Mujeres?

—Personas que no están en condiciones de negociar conmigo.

—Buen eufemismo.

Sonríe de lado y luego me da el beso más alucinante de toda mi vida. Súper agresivo y carnal. Se me come enterita.

Flexiono las caderas contra las suyas para no dejar lugar a dudas sobre lo que quiero que haga a continuación y noto que sonríe, antes de apartarse otra vez.

—Pídemelo, Alexandra, y te las arrancaré. Dime que quieres que esté solo contigo, que no quieres que haya nadie más. Dilo y te follaré tan duro que no querrás a ningún otro amante después de mí.

«¿Serás capullo?»

Así que de eso se trataba. Lo que quiere es ganar y que yo pierda. Admitir cuánto le deseo y lo mucho que me ha fastidiado verle besar a esa tía en el club y que luego me dijera que lo nuestro no significa nada para él. No pienso darle la satisfacción.

—Lo que hagas o dejes de hacer con tu polla no me concierne. Con quién te lo montes es asunto tuyo. Me traen sin cuidado los agujeros en los que la metas. Era lo que querías, ¿no? Que esto significara para mí lo mismo que para ti. Fíjate, estás de suerte porque, para mí, tú y *esto* significáis menos que nada.

La respuesta le fastidia. Bien. Me alegro mucho.

—¿Ah, sí? Menos que nada.

Asiento con la cabeza.

—Pues ya lo ves.

—¿Menos que nada? —Hay algo muy oscuro en su mirada ahora mismo—. ¿Estás segura?

Manteniendo el intenso contacto visual, se inclina sobre mí y me lame la parte interna del muslo.

Me contraigo de golpe ante el inesperado calor de su boca.

—Siempre me he preguntado qué sonidos harías al correrte —me dice con voz ronca cuando uno de sus dedos traspasa la barrera de mis bragas y traza un círculo lento sobre la punta erguida de mi clítoris. Me sacudo como si me hubiese dado una descarga eléctrica y él sonríe antes de hundirse en la superficie resbaladiza—. ¿Qué tal si lo averiguo hoy? —vuelve a susurrarme, sin dejar de esparcir humedad sobre mi sexo necesitado.

—Adelante. Haz que me corra y luego lárgate y no vuelvas.

Suelta una risita suave y luego me baja las bragas como si no tuviera la menor prisa.

Sus manos se arrastran por mis piernas arriba y abajo, por el interior y el exterior de mis muslos; desliza las palmas como si estuviera moldeándome y tengo la sensación de que tocarme le resulta de lo más fascinante.

Sus ojos han perdido todo aire burlón. Ahora arden con un deseo salvaje que me afecta más de lo que quiero.

—He estado imaginando esto desde la primera vez que te vi ahí sentada, mirándome, paralizándome con la mirada más bien.

—¿Y la realidad es mejor o peor?

Me regala una pequeña sonrisa de lado.

—La realidad es perfecta.

Mordiéndose el labio, se inclina sobre mí para darme un beso corto, sin lengua, que me deja aún más frustrada. Protesto cuando se aparta. Me sonríe con su habitual sonrisa sesgada.

—Querías que te besara, ¿no? Tranquila. Yo cumplo las ordenes, señorita Harper, pero lo hago a mi manera.

Me hace flexionar las rodillas, se arrodilla entre ellas y sus palmas me agarran las caderas y me levantan la pelvis hasta que mi entrepierna acaba a la altura de su boca. Joder. Va a besarme *ahí*.

—¿Vas a pedírmelo?

Niego muy despacio. Estoy vibrando.

—Nunca.

—Tú misma.

Sonriendo, se acerca despacio a los palpitantes pliegues. Su mirada ardiente derrite todas mis reservas, si es que aún me quedaba alguna.

Me tenso de la cabeza a los pies y echo la nuca hacia atrás al notar la lenta pasada de su lengua alrededor de mi sexo abierto. Los músculos de mi abdomen se contraen con tanta fuerza que me aferro a la tela del sofá y cierro los puños.

Me acaricia los muslos sin prisas y después su palma se desliza por la parte interna y sube muy despacio.

—¿Estás segura de que no prefieres que veamos la peli? —susurra, apartándose un poco para poder mirarme.

Le pongo tal mala cara que la esquina derecha de su boca se alza en una pequeña sonrisa.

Baja de nuevo la mirada hacia mi sexo expuesto y lo contempla como si fuera una de sus obras de arte favoritas.

—Está bien. Al menos ahora me has pedido algo. Tendré que conformarme con eso.

Bajo los párpados cuando su lengua experta empieza a dibujar círculos lentos alrededor de mi clítoris. Estoy muy excitada, febril, y resulta difícil luchar contra las olas de placer que cada uno de los movimientos de su boca envían a lo largo de mi cuerpo.

Casi me corro cuando sus dedos me llenan por completo.

No tengo ni idea de cómo hemos acabado así, y por un segundo me pregunto si no debería poner fin a esta locura ahora que todavía conservo un gramo de lucidez como para cuestionarme a mí misma, pero Ash me sostiene con las dos manos por las caderas, me mece contra él y su boca hambrienta me recuerda que esto es demasiado tentador como para querer ponerle fin.

Mi cuerpo ha tomado todo el control. Voy a perder la cabeza como paremos ahora.

No. Hemos llegado demasiado lejos. Lo quiero todo.

Cada vez más desenfrenada, entierro los dedos en su pelo, me aferro a él con fuerza y le ofrezco mi cuerpo para que haga con él lo que le plazca.

Le gusta mi rendición. Y a mí me excita la idea de rendirme.

Debo de estar completamente ida. Voy a bordo de un tren que está fuera de control, y estoy cada vez más cerca del desastre. La velocidad es increíble, apasionante. ¿Cómo será el choque?

Ash me lame, me succiona y me penetra con los dedos hasta que me arrastra a un mundo privado, en el que no hay gravedad ni aire y los contornos de mi cuerpo se desvanecen con una rapidez aterradora.

No hay límites, y no quiero que los haya.

Es muy consciente de lo poco que me falta para correrme y, cuando sus dedos salen solo para volver a entrar, una lenta agonía que me hace deshacerme de placer, y sus ojos oscuros se elevan para atraparme con su hechizo, noto una fuerte presión aumentar en mi interior y tenso todos los músculos internos que puedo para retrasar el orgasmo.

Esto es demasiado bueno para querer que acabe tan pronto. Cuanto más lo demore, más intenso será.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —me dice, divertido—. A ver el aguante que tienes.

Tenso la mandíbula y mis chispeantes ojos aseguran que tengo mucho aguante.

Pero no estoy tan segura como aparento.

Sus manos me agarran posesivas el trasero, me levantan la pelvis y me balancean contra él, imitando un acto sexual sucio, intenso, contra el que no puedo resistirme.

Bajo los párpados por unos segundos, en cierto modo aterrada por lo que estoy sintiendo, por la forma en la que me deshago de deseo. Esto es más poderoso que yo.

Mi cuerpo se abre a él de formas que nunca habría creído posible. Entre sus manos me siento descarada, deseada, diferente.

Vuelvo a tensarme y gimo con fuerza, pero no afloja ni se detiene. Sigue lamiendo, hambriento, con la mirada encajada en la mía, y sus dedos se arrastran por mi vagina resbaladiza y sensible, arriba y abajo, entrando y saliendo, abriéndome para que su lengua pueda conseguir un mejor acceso.

No puedo más y lo sabe, y cuando usa los dientes para darme un suave mordisquito en el clítoris, mis músculos internos se contraen alrededor de sus dedos y eso me lanza a un clímax tan tempestuoso que levanto las caderas y me aprieto contra sus labios sin ninguna vergüenza. Me estoy desintegrando entre sus manos, y él contempla mi cuerpo desnudo tan intensamente que parece querer grabárselo en la memoria.

¿Qué soy, una obra de arte o una prostituta?

Me desplomo en el sofá y cierro los ojos para intentar estabilizarme a través de los intensos espasmos de placer que aún reptan por mi cuerpo.

Ash tiene el sexo caliente y duro. Lo noto tensarse encima de mi muslo. Separo los párpados para mirarlo y me vuelvo a estremecer ante esos ojos tan oscuros y carnales que me estudian con espeluznante fijeza.

—Sí que sabes acatar una orden —le digo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me he dejado llevar. Pretendía parar antes de que te corrieras.

—¿Por qué?

—¿Sadismo? —me propone, meditabundo.

Rio entre dientes.

—¿Y por qué has seguido entonces?

—Porque te he probado y no he podido detenerme. Tu sabor es mejor que cualquier droga que haya probado nunca. Quería que te corrieras en mi boca. Quería… comerte entera. Y, aun así, no es suficiente.

Sus labios están húmedos y exuberantes, entreabiertos todavía. Quiero besarle, pero no solo eso. Quiero atravesar todas sus defensas, fundirme en él, llegar más lejos de lo que nadie ha llegado jamás.

Con la mirada encajada en la suya, deslizo los dedos por la abultada bragueta de sus pantalones, aplicando un poco de presión a lo largo de su erección.

—Pues no nos detengamos ahora, que me toca a mí.

Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás en un lánguido éxtasis. Miro su poderoso cuello tensarse, sus voluptuosos labios abrirse para mí, y me estremezco ante el deseo primitivo e intenso que desvelan sus pupilas cuando vuelven a beber de las mías.

—¿Quieres chupármela?

—No solo eso.

—¿Qué más?

Descorro su cremallera despacio y luego separo las piernas a modo de invitación.

Aprieta la mandíbula y le dedica una mirada absolutamente obscena a mi cuerpo.

—Te quiero dentro.

Suelta un gruñido que parece más de disgusto que de placer, aparta mi mano de su polla y se baja del sofá.

—Vístete —ordena con voz controlada.

Me quedo perpleja.

—¿Qué?

—Que te vistas.

Bufo con incredulidad y mis ojos vuelven a comprobar su rostro. Hasta ahora no ha dejado de perseguirme y ahora que por fin admito, de una manera más que evidente, que lo deseo, ¿me pide que me vista?

—¿Es una broma?

Expulsa un gruñido de exasperación y tensa el cuello hacia ambos lados, como si quisiera desprenderse de la tensión acumulada en sus cervicales.

Cuando sus ojos descienden sobre los míos, muestran un irritante aire resolutivo que resulta de lo más inoportuno ahora mismo.

—No, Alexandra. No tengo ánimo para bromitas. Me voy.

—Pero… ¿por qué?

—¿No es evidente? No quiero estropear esto —señala, torciendo los labios con desdén—. Lo que coño sea que haya entre tú y yo se merece algo más que un polvo rápido en el sofá. Démosle veinticuatro horas para que madure. Además, ¿cómo se lo vamos a explicar después a los niños? ¿Mamá y papá en la primera cita? Muy mal. Daríamos un ejemplo pésimo.

—¿Estás chalado?

—Te recojo mañana. A las nueve. Iremos a cenar. Tú y yo como personas normales. Y, si todavía quieres que te folle para entonces, lo haré. Puedes ser mi postre si quieres.

Me saca de quicio que intente imponerme sus normas. Con los ojos relampagueando una furia aniquiladora, me incorporo en el sofá y me cubro con la bata.

—No pienso cenar contigo —gruño entre dientes—. A ver si te enteras.

—Lo harás. —Se detiene de camino a la puerta para mirarme y la expresión de su rostro cambia al instante, se vuelve suave, casi cariñosa—. Sé que lo harás.

—¿Cómo es que estás tan seguro?

Sonríe, pero es un gesto tan apagado que desaparece casi al instante.

—Porque esto te ha sabido a poco. Lo quieres todo, y yo quiero dártelo.

—¿Y por qué no me lo das ahora, aprovechando que te lo estoy pidiendo? Algo que no volverá a repetirse, por cierto.

—Básicamente porque… ¿Cómo era? Ah, sí, ya lo recuerdo. Levantarse y abandonar la mesa de negociaciones transmite un mensaje.

Hijo de puta. Me acaba de vencer en mi propio juego.

Capítulo 17

Algunas cosas están destinadas
a suceder.
(Canción *Can't help falling in love,*
Elvis Presley)

Alexandra

Es imposible que un restaurante italiano tan elegante y tan bien situado, en pleno centro de la ciudad, esté vacío un sábado por la noche.

Sin embargo, no hay nadie aparte de nosotros, el *maître* y dos camareros que no dejan de revolotear a nuestro alrededor, diría que nerviosos por la presión.

Nos sirven vino tinto.

Nos traen un plato con parmesano, panecillos de toda clase y una jarrita con aceite de oliva aderezado con hierbas aromáticas.

Se desviven por complacer, no sé si por obligación o más bien porque tienen miedo. Nadie se atreve a mirar a Ash a la cara. Solo yo.

Y él parece ignorarme a propósito...

Se echa unas gotas de aceite de un verde intenso encima de un trozo de pan y se lo come con total tranquilidad, como si no se diera cuenta de que estoy al otro lado de la mesa con cara de perturbada.

—¿Qué? —dice al fin, arqueando las cejas—. No me irás a decir que eres una de esas mujeres que no comen de nada, porque te prometo que aquí preparan una comida para chuparse los dedos. Aunque tú pareces un poco estirada. No creo que te chupes los dedos nunca.

Mis labios se despliegan en una sonrisa caustica.

—¿Dónde está todo el mundo?

—¿Qué mundo? —repone, masticando al mismo tiempo que sonríe con aire canalla.

—Los clientes, Ash. ¿*Dónde* están?

Se encoge de hombros y tuerce la cara en un gesto de desdén.

Incluso estando tan irritada con él, no puedo evitar fijarme en lo guapo que se ha puesto para nuestra cita. Lleva un traje gris de corte italiano, con chaleco a juego y corbata azul marino, camisa blanca con rayas grises verticales y su pelo rubio oscuro está peinado a la perfección, no hay ni un solo mechón rebelde.

Parece un ciudadano de lo más respetable, un prominente hombre de negocios que acaba de salir de una reunión de altísimo nivel, con su carísimo reloj que destila éxito y sus modales, siempre corteses.

Consigue engañarte, hasta que te fijas en su mirada. Ese azul fluorescente que parece absorber el aire a tu alrededor te dice que no confíes en él ni por un segundo.

Y que no se te ocurra relajarte.

—¿Y yo qué sé? —me dice, cuando se harta de ignorarme—. En sus casas, imagino.

—¿Quieres explicarme por qué estamos solos en este restaurante?

Entorna los párpados con gesto exasperado, coge la jarrita de aceite y, soltando un suspiro de hastío, se vuelve a echar un par de gotas en otro panecillo que ha partido por la mitad.

—¿Quieres?

—Lo que quiero es una explicación —replico, con suficiente dureza como para que comprenda que no voy a permitir que siga dándome largas.

Si vamos a plantearnos en serio lo de mantener algo parecido a una relación, voy a necesitar más que evasivas. Quiero saber *a quién* me estoy enfrentando. Quiero saber *cuán* peligroso es. Y quiero averiguar de lo que es capaz de hacer cuando pierde los papeles.

Necesito resolver el cubo de Rubik, abrir la caja de Pandora, soltar el mal ancestral que encierra dentro y calcular sus magnitudes.

Y no pienso rendirme hasta que lo consiga.

A pesar de sus trajes de alta costura y sus gestos atentos y aplomados, él no es uno de esos hombres con lo que puedas o debas bajar la guardia. Tengo la impresión de que puede llegar a ser inclemente si se le tocan las pelotas.

Ahí es donde reside el problema: no quiero *tener la impresión*. Quiero saberlo TODO, joder.

Debe de pillar la esencia, porque su rostro se eleva hacia el mío con irritante parsimonia y me responde, sin inmutarse:

—He reservado todo el restaurante.

Respiro largo y tendido.

—Muy bien —intento afrontarlo con calma, en serio—. ¿Por qué?

—¿Que por qué? —repite, confuso tras comprobar que yo no entiendo algo que, para él, es evidente—. Porque quiero que esta noche sea perfecta, Alexandra. Es nuestra segunda cita. No quiero a ningún capullo merodeando por aquí.

Pongo cara de fastidio, pero solo lo hago para disimular la emoción. No está bien sentirse así por montones de razones.

Una: he venido a Cleveland por motivos de trabajo.

Y personales…

Dos: él es peligroso.

Tres: acertó conmigo. Yo calculo minuciosamente cada paso que doy y solo después actúo. Y, si hubiese calculado la magnitud de todo esto, no estaría aquí. Y no me plantearía ni por un segundo mezclar los negocios con el placer.

Pero, joder, lo hago, y es una completa locura.

Me he repetido durante todo el día que no iba a cenar con él. No me ha servido de nada porque a las nueve menos cuarto ya estaba sentada en el sofá, vestida y maquillada, esperando a que llamara al timbre.

Ese es el efecto que ejerce sobre mí.

Mi parte sensata me dice que huya. Me advierte de que él no es un buen hombre.

No, no es que no sea un buen hombre, es más que eso. Es un hombre malo, malo de narices; un hombre que se mueve en un mundo peligroso del que no quiero formar parte, mafia rusa,

amenazas de muerte, tráfico de armas, y seguro que eso es solo una milésima parte de su ajetreado día a día.

Probablemente, el conjunto al completo sea mucho más aterrador.

Entonces, ¿por qué sigo aquí? Soy como un masoquista que vuelve una y otra vez en busca de un castigo un poco mayor. ¿Es porque es guapo? No creo que sea solo por eso. Porque hay montones de hombres guapos ahí fuera y ninguno despierta este interés enfermizo en mí.

Cuando estoy cerca de él pierdo mi preciado control. Es como si mi cuerpo, en vez de obedecerme a mí, estuviera bajo sus órdenes, respondiendo solo ante él.

Se me dispara la adrenalina, la dopamina alcanza niveles peligrosos, y no puedo concentrarme en nada más, solo en la maldita corriente eléctrica que me tiene enganchada.

—¿Qué te apetece cenar? —pregunta al mismo tiempo que yo me subo el tirante del vestido por el hombro. Tiende a deslizarse hacia abajo muy a menudo y acaba de caerse.

Levanto la cara hacia la suya para contestarle, pero me quedo sin habla. Toda luz ha abandonado de golpe sus pupilas. Me está mirando como un perturbado, como si quisiera arrancarme la ropa y follarme aquí mismo, encima de la mesa.

La idea hace que el corazón me martillee con fuerza en el pecho.

Y la oleada de calor húmedo que se dispara por mi vientre no parece guardar relación con el vino que apenas he probado...

Rompo de golpe el contacto visual, cojo con fingido aplomo la carta que el maître ha dejado sobre mi plato vacío e intento dominar el nerviosismo y el inoportuno temblor de las manos.

—¿Qué me recomendarías? —consigo preguntar sin que me flaquee la voz.

Le lanzo una mirada rápida a través de las pestañas.

Algo disperso, frunce el ceño, abre su carta y, con los antebrazos apoyados sobre la mesa y los hombros tan rígidos que podría reventar el traje, intenta concentrarse. Creo que estar conmigo lo deja igual de aturdido como me deja a mí su presencia.

—El solomillo con salsa de setas —responde al cabo de unos segundos, frotándose la ceja con el dedo—. A no ser que seas de

pescado, en cuyo caso te recomiendo el salmón.

—El solomillo está bien.

Cierro la carta con gesto resolutivo y la apoyo sobre el plato.

Ash deja la suya en la esquina de la mesa y vuelve a atravesarme con la abrasadora fuerza de sus iris azules. Empiezo a revolverme inquieta en la silla.

—¿Por qué me miras así? —le suelto cuando ya no aguanto más la presión.

Me contempla como si se muriera por besarme, por estar dentro de mí, por dominarme con la impresionante fuerza de su cuerpo; veo su deseo, casi puedo tocarlo, y se me corta la respiración.

—Somos muy parecidos.

—Eso lo dudo.

Mueve la cabeza, divertido por mi contestación.

—Pues te equivocas. En lo esencial, somos iguales. Puede que hayamos seguido otra trayectoria en la vida, puede que yo, empujado por algunas circunstancias, haya hecho cosas horribles mientras que tú… mojabas galletas dentro de un vaso de leche. —En este punto, yo esbozo una pequeña sonrisa y él me lanza un guiño seductor—. El caso es que, en lo esencial, Alexandra, y eso es lo que importa, joder, tú y yo somos iguales. Lo noto. Lo he notado desde el principio. Eres el viento que aviva la tormenta.

—Eso no suena a algo bueno.

—Porque no lo es.

—Supongo que tienes razón. En cierto modo, nos parecemos un poco. —Me cuelgo un mechón de pelo suelto detrás de la oreja y tomo un sorbo de vino, antes de proseguir—. Los dos somos… testarudos.

Sus labios se mueven en una pequeña sonrisa, tan lánguida como la mirada que me escruta desde el otro lado de la mesa.

—Perseverantes, querrás decir.

—Arrogantes, a lo mejor.

—Habla por ti. Yo soy muy modesto.

Me echo a reír.

—Sí, claro. El rey de la modestia.

Tomo otro sorbo de vino y niego para mí.

Ash se inclina hacia adelante, con el rostro inmerso en el mío. Ni siquiera parpadea. Hay algo perturbador en su forma de mirarme. Es como si quisiera absorberme el alma.

—¿Qué haces? —murmuro al darme cuenta de que soy incapaz de frenarle el paso.

—Mirarte.

—¿Por qué?

Se produce un breve silencio, antes de que su voz, ronca y suave, vuelva a filtrarse a través de mis venas.

—Porque me fascinas.

Me ruborizo. Intento romper el contacto visual, pero solo consigo mirar mi plato vacío durante unos segundos.

—Ah, ¿sí? —susurro, con una voz oxidada que no parece la mía.

Asiente muy despacio y mueve la boca en un atisbo de sonrisa.

Me pregunto cuánto hace que no respiro como es debido. Siento que la cabeza me da vueltas. Todo cuanto nos rodea se ha empapado de sensualidad.

Voy camino de perderme otra vez en nuestra dimensión privada, y casi doy un respingo cuando se nos acerca el *maître* para preguntarnos si sabemos ya lo que vamos a pedir.

Vaya, hay todo un mundo ahí fuera. Por un segundo se me había olvidado.

Ash se comporta como si nada hubiera pasado. Pide por los dos, una parrillada de verduras para compartir y los solomillos al punto.

—Que no tengan prisa en traernos el plato principal. Quiero disfrutar de la compañía, usted ya me entiende. ¿Quieres algo más, Alexandra?

Niego lentamente y compongo una breve sonrisa con las comisuras de los labios.

—No soy de comer mucho.

El *maître* asiente, me devuelve el gesto y se retira.

—¿Sabes que esta es mi primera cita en el verdadero sentido de la palabra? —me suelta Ash de sopetón.

Arqueo las cejas, mitad asombrada mitad confundida.

—¿Tu primera cita desde… ?

—Desde siempre.

Analizo su expresión facial en busca de más información.

—No lo entiendo. ¿Nunca has…? ¿Qué intentas decir exactamente?

¿Que es virgen?

No, eso no puede ser. Ayer me demostró más que de sobra su amplia experiencia en el terreno de lo carnal.

Vale, no voy a pensar en nada de eso porque me mosquea la idea.

Imaginármelo con otra mujer, *con Seven*, me saca de mis casillas. Seguro que el sexo que tiene con ella es arrasador. Se les nota.

—Yo no tengo citas convencionales. Yo… —Su pecho se ensancha cuando coge una profunda bocanada de aire. Por un segundo me preocupa que haga trizas el elegante chaleco que apenas parece capaz de contener su musculoso torso—. Digamos que siempre me salto unos cuantos pasos y… soy más de ir al grano.

—O sea, que solo follas. No vas al cine ni a cenar.

Aprieta los labios, algo incómodo, y asiente.

—Algo similar.

—¿Y por qué estamos aquí esta noche? Te recuerdo que todo esto fue idea tuya. Así que dime, ¿por qué me he tenido que poner un vestido elegante y unos zapatos que me aprietan por todos lados?

Guarda silencio, pensativo.

—Porque tú me gustas. Me gustas de verdad y… quiero esforzarme. Quiero… aprender a complacerte. —Se echa a reír al oírse a sí mismo y mueve la cabeza—. Joder. Quién me ha visto y quién me ve. —Se pasa la palma por la cara, como si de esa forma pudiera despojarse de esa expresión facial de la que parece avergonzarse, y vuelve a negar—. Creo que me estoy haciendo mayor, Alexandra, porque nunca creí que le diría algo así a una mujer.

«Chúpate esa, Seven».

A duras penas consigo reprimir una sonrisa de superioridad.

—Puede que yo no sea como las mujeres que tú has conocido hasta ahora.

Ríe entre dientes. Parece realmente divertido.

—Pequeña, no te pareces *en nada* a las mujeres que yo he conocido hasta ahora.

Apoyo la espalda contra el respaldo de mi silla y relajo los hombros.

—Háblame de ellas.

—Joder, ¡no!

La idea lo llena de tanto rechazo que vacía con ansia la copa de vino y después se sirve otra. También rellena la mía, aunque solo un poco porque yo apenas lo he probado.

—¿Por qué no? Sé que eres nuevo en esto, pero te aseguro que es lo que hace la gente en las primeras citas.

—Sobre todo, los gilipollas que pretenden dinamitar la posibilidad de un futuro encuentro.

Arqueo una ceja.

—¿No es nuestro caso?

—No es *para nada* nuestro caso —asegura, dedicándome una mirada de lo más seca.

—Me atas las manos, Ash.

Sus ojos brillan traviesos, y la sonrisa sesgada que me dedica está llena de insinuación sexual.

—Eso suena muy tentador.

Miro la invitación que se esconde entre sus cejas enarcadas y hago una mueca.

—En sentido figurado —recalco, irritada—. No podemos hablar de tu trabajo, no podemos hablar de tus ex novias. ¿De qué pretendes que hablemos entonces?

—Podemos hablar de ti —propone, sin dejar de analizarme con esa intensidad que suele ponerme nerviosa.

—¿En serio? ¿Es que hay algo que no sepas sobre mí a estas alturas?

Se lo piensa unos segundos.

—¿Sales con alguien? —me suelta en un impulso.

—¿Tú qué crees? —le contesto, perpleja.

—No lo sé. Por eso lo pregunto.

—¡No!

Suspira aliviado.

—Bien. Eso está… Está muy bien —asegura con un discreto carraspeo.

Niego para mí.

—Ay, Dios mío.

—¿Qué? —repone, alarmado.

—Al final va a ser cierto que nunca has tenido una cita.

Suelta una risita suave y levanta la mirada hacia el camarero que acaba de dejar la parrillada de verduras en el centro de la mesa.

—Gracias —le dice, antes de volver a dedicarme a mí toda la atención—. Que aproveche.

Sé que no me quita los ojos de encima mientras me echo una rodaja de berenjena en el plato, corto un trocito y me lo llevo a los labios, disfrutando de la experiencia.

—Mmm, está muy buena.

—Me alegro de que te guste. Podemos volver cuando quieras.

—¿Intentas decir que quieres otra cita? —repongo, sin mirarlo, concentrada en la comida.

Como no contesta, levanto la vista hacia la suya. Me estremezco al encontrarme sus abrasadoras pupilas clavadas en mí.

—Eso me gustaría.

Su voz es cálida y ronca, y a mí se me forma un nudo en el estómago.

—Quizá lo hagamos —contesto, indiferente.

Frunce los labios para disimular una sonrisa y, durante un momento, los dos nos volcamos con la comida. Está todo exquisito. Me pregunto cuánto habrá pagado para reservar el restaurante entero.

Si es que ha pagado algo. Tal vez le haya hecho al dueño una *oferta que no ha podido rechazar*.

La idea me incomoda. Cuadro los hombros en la silla y me centro en el espárrago que me estoy comiendo.

De vez en cuando levanto la mirada de la mesa, y siempre que lo hago, él me atrapa con la suya.

—¿Tienes más familia, aparte de Mia? —pregunto, después de terminar todo lo que me había servido en mi plato. Él también ha terminado de comer.

—Sí. Otra hermana más. Violet. Vive en Nueva York. Es editora.

—Vaya. Qué glamuroso.

Una hermana psicóloga y la otra editora. Y él es un matón. Una familia con clase.

—¿Y tú?

Muevo la cabeza.

—No. Soy hija única. Perdí a mis padres cuando era muy pequeña, así que no, no tengo a nadie. Mi abuela me cuidó desde entonces, pero falleció recientemente. El invierno pasado le dio un infarto mientras veía su telenovela favorita. Aún no he superado del todo el luto. La idea de saberme sola en el mundo abruma un poco.

—Lo siento. —Cae en una silenciosa abstracción—. Eso… no lo sabía.

—¿Cómo ibas a saberlo?

Sus ojos se extravían hacia la chimenea, atraídos por el fuego que crepita en silencio.

Me hace gracia que haya elegido un restaurante con chimenea. Sé que no es casual. Me lo prometió, y él es un hombre que respeta su palabra.

—Sé cómo te sientes —dice, absorto en las llamas—. Cuando perdí a mi madre, tuve la misma sensación. Estaba completamente solo.

Verlo vulnerable me sobrecoge. Pongo la mano encima de la suya, y él gira la cara y me observa, sorprendido por la caricia.

—¿Cómo era tu madre?

Sus labios esbozan una sonrisa triste.

—Guapa. Era una mujer muy guapa. La gente del barrio solía decir que me parecía a ella. No lo sé. En las fotos no se distingue nada. Tenía el pelo rubio y lo llevaba… lo llevaba cortado en…

—¿Media melena? —propongo al ver el gesto de hace.

—Eso. Media melena. Le favorecía. Era… Joder, era una personita pequeña, no como yo. No la recuerdo muy bien, pero no creo que midiera más de metro sesenta y cinco. Ahora que lo pienso, creo que no nos parecemos en absoluto. No heredé gran cosa de mi madre. Tal vez el color de los ojos. Se llamaba Josie.

Se me forma un nudo de emoción en el pecho. Siempre parece tan duro, tan al mando de la situación, que resulta sobrecogedor conocer su lado humano.

Creo que, hasta ahora, no pensé que tuviera uno. No de verdad. Pero, cuando habla de su madre, algo cambia en él.

Y eso es bueno. Es muy bueno. Puede que su corazón no sea tan negro como creía.

—¿La echas de menos? —susurro con voz queda.

Pasea el dedo por el borde de su copa, distraído, perdido en sus pensamientos.

—¿Que si la echo de menos?

Sonríe para sí, levanta el rostro hacia el mío con deliberada lentitud y sus ojos se clavan en mis retinas de un modo tan profundo que me quedo sin aliento.

Distingo un brillo muy extraño en sus pupilas, algo que va más allá del dolor; algo colérico y oscuro que aniquila por completo todo lo bueno que hay en él.

No creo que esa marea oscura desaparezca nunca. Tan solo se retira, oculta, a la espera del momento idóneo.

—A veces pienso en ella. Los días duros. Cuando todo se vuelve muy difícil, me da por pensar en el pasado. Mi infancia, mi madre, lo duro que trabajó para no verme así... Nada ha salido como debía, Alexandra.

Lo dice como si, ser quien es ahora, tener a la ciudad entera a sus pies, fuera más bien un castigo en vez de un logro.

—¿Cómo…? ¿Qué pasó?

Su rostro es una máscara impasible y, si no fuera porque sus ojos revelan una pizca de sufrimiento, pensaría que no siente nada al rememorar los hechos.

Pero ese pequeño brillo lo delata.

—Éramos… basura blanca. Vivíamos en Scoville Avenue, aunque hubo un tiempo en el que no éramos tan pobres. No lo recuerdo, solo sé que mi madre hablaba de una época en la que comprar el pan aún no era un lujo. Por lo visto, yo tenía un padre y ella no necesitaba dos empleos para poder pagar el alquiler de esa choza que se nos caía encima. Durante mucho tiempo no supe por qué se

largó el hombre al que en algún momento llamé *papá*. Cada vez que se lo preguntaba a Josie, se echaba a llorar y no había forma de sonsacarle nada. Un día dejé de hacer preguntas. Ya no me importaba una mierda.

—¿Lo averiguaste alguna vez?

Se pasa los dedos por el pelo y luego asiente.

—Sí, hace años. Ella ya no estaba para entonces. No pude decirle que había encontrado a ese puto traidor y que, si me lo pedía, podía hacerle pagar por todo el daño que nos había hecho.

La vulnerabilidad ha desaparecido por completo. En su lugar solo queda furia. El amor que siente por su madre no puede competir con la ira que su padre despierta en él.

El amor es poderoso, pero la ira es el sentimiento más puro que alberga el corazón humano.

El amor se corrompe. Incluso muere. Es débil y predecible.

La ira, en cambio, es un fuego que arde sin piedad. No puedes controlarla, y no se detendrá hasta arrasarlo todo a su paso.

—¿Crees que es lo que habría querido tu madre?, ¿venganza?

Mi pregunta consigue algo inesperado: que las sombras se aparten lo suficiente como para que vuelva a asomar un poco de humanidad en su mirada.

—No —admite al cabo de unos segundos, moviendo la cabeza—. Ella habría odiado eso. *La violencia nunca es la solución, Ash.* Me lo repetía a diario. Alexandra, ¿me creerías si te dijera que no he tenido elección?, ¿que todo lo que he hecho a lo largo de mi vida ha sido porque tenía que hacerlo?

En sus ojos brilla tanto arrepentimiento que no puedo evitar tragar saliva.

Entiendo lo que es no tener elección; hacer cosas horribles empujado por las circunstancias.

—Sí. Te creo —respondo, con la voz enronquecida de emoción.

Su cálida mirada me envuelve y, aunque intento resistirme, me pierdo en ella durante los crepitantes segundos en los que sus ojos me retienen. Nuestra conexión es muy profunda en este momento. Nada podría romperla. Estoy a punto de echar abajo sus muros, abrir la caja y contemplar el abismo que hay en su interior.

—Te parecerá mentira, pero no siempre fui quien soy ahora. Conozco la vulnerabilidad, es una sensación asquerosa que no quiero volver a probar nunca. Prefiero ser yo el que establezca las normas. En mi primer año en el colegio, recibía palizas a diario. Era un barrio peligroso, y a mí mi madre me había enseñado a poner la otra mejilla.

No quiero interrumpirle ahora, parece dispuesto a dejarme entrar, a mostrarme una faceta suya que tal vez nadie más conozca, así que me limito a acariciar la mano que aún sostengo por encima de la mesa y a asentir para animarlo a continuar.

Sus ojos se elevan por un segundo hacia los míos y noto que sucede algo entre nosotros, algo profundo que ni siquiera alcanzo a comprender. Es como si ya no hubiera barreras, como si la caja se hubiera abierto de repente y yo me hallara en el borde, contemplando los horrores que encierra dentro.

Es abrumador y, sin embargo, necesito hundirme en la oscuridad más y más. No puedo parar. *Tengo* que saberlo *todo*.

—En el segundo año, comprendí que o devuelves el golpe o estás muerto. Y golpeé. Joder, golpeé tan fuerte que me expulsaron durante tres días del colegio. Tenía mucha rabia acumulada. Lo peor de todo fue que ella no me castigó. Estaba preparado para un sermón. Incluso para un escarmiento físico. Pero lo único que recibí fue su silencio y esa mirada de decepción en sus ojos. Me dolió más que cualquier paliza.

—¿A quién pegaste?

Mueve la cabeza, desconcertado por mi pregunta, y me observa con ojos vidriosos.

—¿Qué?

—Devolviste el golpe. ¿A quién y por qué?

Se produce una pequeña pausa, en la que él me observa pensativo y yo intento no ceder ante el impulso de levantar la mano para alisar la arruga que se acaba de formar entre sus cejas.

—A uno de quinto.

—¿Por qué?

—¿Qué importa?

—Me importa a mí.

Hace una mueca.

—Acosaba a una niña de mi clase —contesta, varios segundos después, con un suspiro de hastío.

Una sonrisa apenas perceptible empieza a asomar en las esquinas de mi boca.

Es un villano noble. Vaya, vaya. Menuda caja de sorpresas. Está bien encontrar un poco de luz en toda esta oscuridad.

—Así que no lo hiciste por ti. Cuando te pegaban a ti, volvías la otra mejilla.

Una sonrisa irónica se expande lentamente por su rostro. Ha entendido por dónde voy y, a juzgar por el repentino brillo de su mirada, no está de acuerdo conmigo.

—No soy un héroe, Alexandra. No intentes buscar una justificación romántica en mis acciones. Yo no hago el bien.

—Ese día lo hiciste.

Mi afirmación le provoca una risa burlona.

—No, qué va. —Mueve la cabeza, muy divertido por la idea—. Ese día me tomé la justicia por mi mano. Eso no es muy heroico. Los héroes respetan las normas. Yo las vuelo por los aires. Le di una paliza porque… —tuerce los labios con desdén— bueno, porque me salió de los cojones. Y me dije a mí mismo que lo hacía por ella, pero en mi interior sabía que era mentira. La ira que me abrasaba las venas no tenía nada que ver con esa chica. Es complicado de explicar.

—La vida es complicada, Ash. Y la tuya lo parece aún más. Dime una cosa.

Había caído en una profunda abstracción, pero al oírme hablar, vuelve la levantar la mirada hacia la mía.

—¿El qué?

—He notado que las mujeres son tu talón de Aquiles.

Una sonrisa lenta que se inicia en la comisura derecha de su boca avanza milímetro a milímetro hasta convertirse en un gesto de lo más seductor.

—¿Es tu forma elegante de llamarme mujeriego?

Niego mientras analizo concentrada el azul que me agita el estómago.

—No me refería a eso. Intento comprenderte, atar cabos. La primera vez que pegas a alguien, es por una niña.

—Ese era el pretexto.

—O el detonante.

Sus labios se fruncen para ocultar la gracia que le hago. Siempre disfruta con estas pequeñas guerras dialécticas, aunque finja irritación.

—¿Vas a llevarme la contraria siempre?

—Solo cuando estés equivocado.

Suspira con la resignación de un mártir y se echa un poco hacia atrás para que el *maître* pueda colocarle delante el solomillo.

—Por lo que he oído por ahí, apoyas económicamente varias organizaciones benéficas —prosigo, cuando volvemos a estar solos—, y todas con un mismo objetivo, ayudar a mujeres que han sido víctimas de la brutalidad de los hombres. ¿Por qué lo haces?

La expresión de su rostro cambia, se vuelve dura e impenetrable.

—Porque me aburro.

Agito la cabeza con fastidio.

—Será mejor que lo dejemos aquí. Esto no va a funcionar si no me dejas entrar. Y ya estoy cansada.

—Por ella —gruñe exasperado cuando se da cuenta de que hablo en serio y que estoy levantándome de la silla.

Me desplomo en mi asiento.

Se frota los tatuajes de la mano derecha con las puntas de los dedos y me aguanta la mirada.

—La despidieron, y durante un par de meses apenas malvivimos, hasta que le salió trabajo en turno de noche. Yo no sabía a qué se dedicaba exactamente. Era muy pequeño como para… comprenderlo. Solo veía que, de repente, la gente ya no se sentaba cerca de nosotros en la iglesia. La comunidad empezó a excluirnos, como si hubiésemos dejado de existir para ellos. Cuando se lo pregunté a mi madre, se quedó con la mirada perdida en el vacío y ¿sabes lo que me dijo? Me dijo ¿qué sabrán ellos? No volví a hacerle preguntas. Pasaron años hasta que comprendí que ella era… que se había convertido en… —Cierra los ojos por un segundo y luego susurra— en una prostituta.

Me quedo helada.

—Ash. Lo siento mucho. A lo mejor no era el momento de sacar el tema. Yo no tenía ni idea de que…

Niega y, cuando me mira, me doy cuenta de que sus ojos se han vuelto relucientes. Casi me pilla desprevenida la desconcertante tristeza que nace en mi pecho, avivada por la inmensa desesperanza que parece consumirle a él.

—Tranquila. Eso está superado. Fue hace mucho tiempo y sé que lo hizo porque no había otra salida. Por eso intento ayudar a todas esas mujeres, para que al menos ellas tengan la opción de salir adelante.

—Eso es noble.

Mis palabras provocan un brillo colérico en lo más profundos de sus pupilas, un destello que concede a sus ojos el aspecto de unas ascuas ardientes.

—Deja de decir eso —me gruñe entre dientes—. Deja de pensar que soy una buena persona. No lo soy. Métetelo en la cabeza. No quiero que te hagas falsas expectativas respecto a mí. Siempre decepciono a la gente que me importa.

—¿Cómo murió tu madre?

Clava los ojos en los míos con expresión feroz.

Al ver que no me intimida, se dispone a decir algo, y puede que no sea algo que me guste, pero la repentina aparición de los camareros lo hace detenerse.

—¿Está todo a su gusto, señor? No… No están comiendo.

Pobre hombre. Parece angustiado. A lo mejor teme que el don vaya a pegarle un tiro si el solomillo está demasiado hecho para su gusto.

—Eh… Sí, lo siento. Todo bien. Solo estamos… conversando. Pero tiene razón, deberíamos comer, cielo. Esto estará ya frío.

Miro los solomillos intactos y la enorme fuente de patatas fritas que hay sobre la mesa. Son muy generosos con las porciones aquí, y yo no tengo apenas hambre. El estómago se me ha hecho un nudo.

—Podemos traerles otros solomillos, si lo desean.

Ash me mira con una ceja en alto.

—¿Alexandra?

—No, por mí está bien así.

—Pues nada, nos quedamos con estos. Gracias por preocuparse. Todo va bien.

Aprovecho el silencio para digerir lo que sé. Es tremendo. No digo que lo que haya vivido justifique algo de lo que hace, pero… Al menos lo comprendo.

Por fin comprendo la oscuridad que hay en él.

Mi obsesión es comprender a la gente, entender su motivación. Cuando veo un documental, cuando leo un libro, no descanso hasta comprender por qué.

Necesito saber por qué un padre de familia asesina a sus hijos y a su mujer antes de suicidarse, o por qué un personaje de ficción toma la decisión que toma.

Nunca los juzgo. No tengo el sentido de justicia de Ash. Yo solo aspiro a entenderlos, entrar en su mente y desentrañar el mecanismo que los hace actuar como actúan.

Con él lo he conseguido. Ahora sé por qué es como es. Sé que la violencia acarrea más violencia, hasta que se llega a un punto sin retorno, en el que todo a tu alrededor se convierte en un tú contra ellos.

Lo observo con disimulo mientras se come su filete.

No sé si siempre tiene tanto apetito o es que no le apetece seguir hablando de sí mismo.

Mi pregunta sobre la muerte de su madre aún flota entre nosotros, pero no pienso insistir. Esperaré hasta que esté listo para contármelo. Hay puertas que se tienen que volar por los aires y puertas delante de las cuales has de esperar paciente hasta que se abran.

Voy por la mitad de mi solomillo cuando Ash suelta los cubiertos encima de su plato y sus ojos se clavan en los míos, afilados como un puñal.

—¿Quieres que te lo cuente? Vale. Te lo contaré. Pero después de esta noche se acabaron las preguntas personales.

—Bien.

—Cojonudo. Esto es lo que pasó: era Halloween y yo estaba solo en casa. Mi madre había salido a trabajar, en fin, a hacer las calles y, como yo ya había robado suficientes caramelos en la tienda de la esquina, me quedé viendo la tele, en vez de disfrazarme e ir a pedir más chuches por el barrio. En Halloween echaban películas de miedo y me encantaba verlas, sobre todo porque Josie nunca me dejaba poner *esas porquerías que ofenden a Dios*. Estaba ahí de puta madre, hasta las cejas de azúcar y acojonado por la película, cuando llamaron al timbre. Me extrañó, porque a ningún crío de por ahí se le habría ocurrido venir a pedirnos caramelos a nosotros. Fui a abrir y… resultó ser la policía, venían a comunicarme que mi madre había sufrido un accidente. Me llevaron ellos al hospital. Era la primera vez que subía a un coche patrulla. Estaba cegado por las luces. Absorto. En esa época quería ser policía.

Calla y sus ojos recorren mi rostro con languidez. No digo nada, no hay nada que decir, solo puedo emplearme del silencio para animarlo a seguir.

A veces, el silencio trasmite más que mil palabras. Ese *estoy a tu lado, puedes contármelo,* es algo que se siente, no algo que se dice.

Y, al cabo de unos segundos, Ash retoma el relato.

—No la reconocí, Alexandra —murmura, con la voz enronquecida por la emoción—. Estaba destrozada, conectada a toda clase de aparatos que yo no tenía ni idea de para qué servían. Su rostro estaba desfigurado, joder.

Se me pone un nudo en la garganta y enseguida empieza a escocerme.

—¿Qué clase de accidente sufrió? —consigo preguntar sin que me tiemble demasiado la voz.

—Una paliza. Había recibido tantos golpes y tan brutales que nunca se recuperó. No volvió a levantarse de la cama. Jamás. Fue un cliente, alguien que pensó que, por ser una puta, su vida valía una mierda. Dio por hecho que no tenía un hijo esperándola en casa, ni planes, ni sueños. Solo estaba ahí para complacerlo, para satisfacer sus deseos más enfermizos e inconfesables y, si era necesario, también para morir por él.

Me cubro la boca con las dos manos. Él me aguanta la mirada con gesto pétreo.

—¿Contenta? Hala, esta es oficialmente la puta cita más deprimente de la historia.

—¿Cuántos años tenías?

Ríe con incredulidad y cabecea al ver que no tengo pensado parar, que sigo queriendo saber más, comprenderlo todo.

La risa se apaga pronto, y su mirada me atraviesa con tanta hostilidad que doy un pequeño respingo cuando vuelve a hablar.

No esperaba que fuera a hacerlo.

—Once años y cinco meses. Todo lo que podía haber sido acabó esa noche. Quizá en otras circunstancias habría tenido una vida normal, me habría convertido en policía o… médico, vete tú a saber. Pero, esa noche, alguien tomó la decisión por mí. Todo cambió muy deprisa, y fue irreversible. Dejé de seguir las enseñanzas de mi madre y las de Dios. Mi madre no podía moverse. En cuanto a Dios… Si es que existía, estaba muerto para mí. Solo me tenía a mí mismo. Y había que actuar en consecuencia.

—¿Qué hay del resto de tu familia?, ¿no había ningún adulto que se hiciera cargo de ti?

—Mi tía, la hermana de mi madre, era mi pariente más cercano, pero era una drogadicta fichada por la policía y los Servicios Sociales rechazaron su solicitud de custodia. Como nadie más estaba interesado, fallaron a favor del estado. Oficialmente, yo era huérfano. Me encerraron unas cuantas veces en un centro de acogida de menores, pero siempre me escapaba para volver a casa. No podía dejarla, ¿entiendes? Josie no tenía a nadie más. Su hermana no estaba en sus cabales. Mi tía era, *es*, una colgada. Yo era el único que podía hacer algo por ella.

¿Me está diciendo que se quedó al cargo de su madre paralítica?

—¿No vinieron a buscarte? —pregunto, sin dar crédito.

—Sí, varias veces, pero no me encontraron —responde, apretando los labios—. No quería volver ahí y me las apañé para esconderme siempre que venían a por mí. En el barrio nadie se fiaba de las autoridades. Los vecinos declararon no haberme visto nunca por la zona y al cabo de unos cuantos meses cesó la búsqueda. Me dieron

por desaparecido. Era habitual que los chicos de mi edad desaparecieran sin más en nuestro barrio. A veces los vendían sus propios padres. Los chicos acababan en el mundo del narcotráfico. Las chicas, en el de la prostitución. Tiempos difíciles.

Estoy atónita. Me doy cuenta de que me tiembla la mano alrededor de la copa de vino que acabo de coger.

Me bebo más de la mitad mientras la información se asienta en mi cabeza. Sé que esa realidad existe, que miles o puede que millones de niños alrededor del mundo están siendo explotados por personas crueles y sin escrúpulos, pero estar al tanto no lo vuelve menos nauseabundo.

—¿Cómo os las apañasteis tu madre y tú? —pregunto después de un buen rato, cruzando una mirada con él.

Ash se encoge de hombros.

—Nuestra casera se convirtió en su tutora legal. A mi madre le asignaron una paga después del *accidente*. Esa vieja avariciosa se llevaba más de la mitad del dinero, solo por firmar alguna cosa de vez en cuando, realizar algún trámite. Lo que quedaba para nosotros era insuficiente. Había que comer, comprar medicinas, pagar el alquiler y cuidados que la ayuda no cubría... No me quedó otra que pedirle trabajo a Jude.

—*¿Trabajo?* —repongo, perpleja—. ¿Qué podría hacer un niño de once años?

—Llevar drogas y armas de un sitio al otro —responde, con la voz carente de cualquier emoción humana—. Un crío con una mochila es menos sospechoso que un adulto.

Estoy tan estupefacta que necesito un momento para asimilar todo esto.

Me acabo el vino que me queda en la copa y completo mentalmente algunos espacios libres del puzle. Me apetece fumarme un cigarrillo. Qué lástima haberlo dejado. Los parches de nicotina son un débil sustituto.

—¿Nadie os ayudó? —vuelvo a interrogarlo cuando me siento lista para continuar.

—En realidad, sí. Un grupo de gente de color del barrio se involucraron bastante con nosotros. Se sentían igual de

marginalizados y nos hicimos amigos. Siempre que podían, nos traían ropa, comida... Una o dos veces nos pagaron incluso la calefacción.

—¿Estás hablando de uno de esos grupos religiosos que hacen labores sociales?

—Estoy hablando de los putos Panteras Negras. Lo que quedaba de su organización por aquel entonces. Ya se estaban desintegrando.

Me retiene con su mirada azul durante unos segundos, en los que el pulso me late en los oídos a una velocidad preocupante. Me hundo en cada vez más confusión; en la incertidumbre de unas emociones desconocidas hasta la fecha.

Me esfuerzo por frenar la conexión que de un modo completamente retorcido estoy creando con este hombre, peligroso para mí en todos los aspectos de la palabra, pero no puedo evitarlo. Esto es más fuerte que yo.

—¿Por qué retiraste la denuncia? —me suelta de sopetón.

—¿Qué? —repongo, sorprendida por el repentino cambio de tema y la rigidez de su rostro.

—Joder, te acabo de contar toda mi vida, cosas que nunca he compartido con nadie. Necesito que me des algo a cambio.

Adopto una expresión inmutable y finjo que su voz oxidada no me ha barrido como una ola otra vez.

Tengo que respirar hondo antes de responder, porque siento que no voy a ser capaz de hablar sin que me fallen las palabras.

—Nadie me creyó.

—¿Te amenazaron?

—No dijeron nada que yo no supiera a esas alturas. ¿Que los jueces eran suyos? Lo sabía. ¿Que el informe médico que certificaba mis lesiones había desaparecido como por arte de magia? Era de esperar. Sin pruebas, solo tenía mi palabra, que pesaba mucho menos que la suya.

—Comprendo —murmura, recorriéndose el labio inferior con la lengua antes de mordérselo—. ¿Qué quieres que pidamos de postre?

Me echo hacia atrás en la silla e inspecciono, un poco confundida, el impenetrable azul que no hay forma de descifrar.

—¿No necesitas que te desvele nada más?

Niega con la cabeza. Lo he hecho sonreír. ¿Por qué encuentra tan divertida mi pregunta?

—Cómo has dicho, Alexandra, lo sé todo sobre ti.

Ah. *Por eso.*

—Ya que has abierto el tema, ¿puedo saber cómo has averiguado esto?

Sus labios esbozan una media sonrisa maliciosa.

—Un mago nunca desvela sus trucos, cielo. ¿Qué tal el tiramisú?

—El tiramisú es uno de mis postres favoritos.

—¿De verdad?

—¿No lo ponía en tu informe?

Asiente fastidiado.

—Me lo he ganado a pulso.

Capítulo 18

En la tierra de los dioses y los monstruos,
yo era un ángel viviendo en el
jardín del mal.
(Canción *Gods & Monsters*,
Lana del Rey)

Alexandra

Siendo honesta, *sé* lo que estoy haciendo, veo las magnitudes del desastre hacia el cual me estoy encaminando y… no hago nada por detenerlo.

No sé si esto tiene algo que ver con el masoquismo o es que tuve una figura paterna demasiado dominante hasta que un accidente la hiciera desaparecer de mi vida y ahora ando un poco perdida respecto a los hombres.

Sea cual sea el motivo de mi descabellado comportamiento que no voy a molestarme en intentar comprender, Ash me acaba de invitar a tomar la última copa en su casa y… he dicho que sí.

No quiero que la noche termine aún.

No quiero que *nada* de esto termine aún.

Estoy realmente enganchada.

Al verlo por primera vez, fue como si me hubiese partido un rayo por la mitad. El mundo giraba a cámara lenta.

Esperaba que, con el paso del tiempo, la sensación disminuyera. Se suponía que el corazón tenía que dejar de martillearme con tanta fuerza en el pecho.

Estaba segura de que me acostumbraría a estar cerca de él sin que su presencia me alterara tanto.

Pero mi descontrol parece ir a más con cada segundo que paso a su lado.

Que sea tan prohibitivo y desaconsejable acercarse a él no hace más que añadirle emoción al asunto. Odio la maldita sensación de vértigo que me domina cada vez que estamos juntos.

La odio y, a pesar de todo, la necesito; la necesito con absoluta desesperación.

Aunque esta noche me ha desvelado detalles importantes de su vida privada, todavía estoy muy lejos de completar el puzle. No sé cómo un crío de once años que trasportaba drogas y armas de un lado al otro y se ocultaba de los asistentes sociales para no volver a terminar encerrado en un centro de acogida de menores, acabó convirtiéndose en el hombre que es ahora, poderoso, rico, dueño de sí mismo y de todo lo que hay a su alrededor.

Tengo preguntas que algún día querré que me responda.

Al principio, me dije a mí misma que no debía obsesionarme.

Pero ¿a quién pretendo engañar? Ya estoy obsesionada.

Durante el postre y media botella de *limoncello*, hemos hablado de mil cosas sin importancia, de manías que tenemos cada uno, de sitios que hemos visitado o que nos gustaría visitar; hemos contado anécdotas de nuestra niñez.

Me ha confesado que no ha podido cogerse vacaciones en los últimos doce años y que, si su ajetreada vida laboral se lo permitiera, le gustaría irse a la playa, sentarse en una silla de cara el océano y sentir la arena caliente bajo los pies.

Solo eso. Solo la puta arena.

Me ha escuchado con un interés casi estremecedor cuando le he desvelado cosas sobre mí, pequeñeces, nada importante. Mi vida ha sido muy convencional comparada con la suya.

Aun así, él ha estado absorbiendo cada palabra, y me ha mirado siempre a los ojos, con esa sonrisa leve, apenas esbozada, que te hace querer sonreírle de vuelta.

He descubierto que tiene un sentido del humor bastante inteligente y que le gusta leer. No lo hace solo para combatir el insomnio. Lo disfruta.

Se le da bien el ajedrez, y cree que la música que han sacado después de los noventa bien se la podrían haber ahorrado. Con pequeñas excepciones.

Practica boxeo, aunque supongo que eso lo sospeché desde el primer día. Solo hay que ver la perfecta forma física en la que está.

Yo no he sido tan generosa como él con la información proporcionada. Le he dicho que me gustan los asesinos. Se ha quedado a cuadros.

—A ver, no es que sea una de esas locas que se enamoran de un asesino y se casan con él —me he visto obligada a aclarar con una risita nerviosa en la garganta—. Quiero decir que sigo todos los documentales sobre crímenes que echan en la tele. No lo sé, los encuentro fascinantes.

—¿Que una persona mate a otra te parece fascinante? —repuso, perplejo.

—No. Eso no. Eso es horrible. Pero no es el acto, el crimen en sí, lo que percibo cuando me sumerjo en la historia. Es difícil de explicar. Digamos que, de algún modo, me las apaño para desprenderme de la brutalidad de los hechos. Nunca veo a las víctimas como seres humanos que pueden sentir dolor o angustia o sufrimiento. Para mí son fórmulas matemáticas con un resultado que aún no conozco y necesito conocer.

—¿Y cómo se resuelve una fórmula así?

Estaba confuso. Tenía el ceño fruncido.

Aunque también estaba muy interesado.

Me mojé los labios con un sorbo de *limoncello* para ganar algo de tiempo. Era difícil de explicar, necesitaba encontrar las palabras.

—Pues… muchas veces solo hace falta meterse en la mente del que lo hizo. No se trata de juzgar, sino de entender. Saber quién es, *cómo* es, ayuda a la hora de adivinar sus motivaciones. Digamos que a mí me gusta… descifrar mentes más perturbadas que la mía. Es un interés bastante científico. Podría haberme dado por hacer macramé, pero esto me pareció más entretenido.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa.

—¿Eres aficionada a las novelas de misterio?

—Más bien, a la psicología del crimen.

—Así que coges a alguien retorcido y le destripas el cerebro.

—Sí, supongo que es una buena forma de definirlo.

—¿Y por qué te has aficionado a algo así? —me preguntó, perplejo todavía.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué te has aficionado tú al boxeo?

Se lo pensó un momento.

—Porque me quita el estrés, me mantiene en forma, tranquilito…

—Pues, a mí, analizar mentes malignas me quita el estrés y me mantiene en forma y tranquilita.

Se echó a reír y me sirvió más *limoncello*.

—Eres una mujer fascinante, Alexandra. Tus inquietudes son… curiosas.

—¿Me sirves otro chupito? No habrás planeado jugar con ventaja, espero.

El guiño que me lanzó me hizo contener el aliento.

—¿Tú qué crees?

Me mordisqueé el labio y él me miró la boca con tal intensidad que no me costó nada descifrar su mente. Me había entrenado con montones de seres humanos peores que él.

*****

Y ahora estamos aquí, en su coche, cruzando la verja de su casa.

No me explico por qué necesita una nueva mansión si ya tiene esta. Parece bastante impresionante. Un poco más discreta que la otra, tal vez.

Quizá sea por eso. Ha decidido pegar el salto al mejor barrio y el más caro de la ciudad, codearse con los peces más gordos, jueces de distrito, congresistas, lo mejorcito de Cleveland para lavar su reputación y volverse *respetable*.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí?

—Unos años.

El coche se detiene cerca de la entrada. Bajamos a la vez. Me abrazo a mí misma para conservar algo de calor corporal. Hace un frío de narices en la calle, un viento seco que te barre de arriba abajo. Falta una semana para Navidad.

La idea entristece cuando no tienes a nadie con quién celebrarla.

Me la quito de la cabeza para no deprimirme y observo la propiedad desde un punto de vista profesional.

—Una casa muy bonita.

—Espera a verla por dentro. A lo mejor cambias de opinión.

Me echo a reír.

Las luces, tanto las de dentro como las de fuera, están apagadas. Ash me coge de la mano para guiarme en la oscuridad. Los latidos de mi corazón se aceleran violentamente. Me pregunto si alguna vez me acostumbraré, si algún día dejaré de sentir este cosquilleo en las venas o esta sensación de anticipación en el estómago. Siempre están ahí. Incluso cuando alguien menciona su nombre. Es preocupante.

En el vestíbulo me libera la mano para encender la luz. Me mordisqueo el labio mientras espero a que desactive la alarma. Estoy bastante nerviosa, la verdad.

Para distraerme con algo, analizo cada rincón, cada detalle. La sala de estar es bonita, amplia, bien decorada, aunque es la evidente obra de un aficionado. No parece un piso piloto. Es un hogar.

—Sigue pareciéndome bonita.

—Bien. —Riéndose, se vuelve de cara a mí y con un gesto me invita a tomar asiento en el sofá—. ¿Qué tomas, martini?

—Si no tienes, no pasa nada.

—Claro que tengo. Sabía que vendrías.

No puedo contener la sonrisa mientras me quito el abrigo, lo doblo sobre el respaldo del sofá y me siento, cruzando las piernas a la altura de los tobillos.

—¿Cómo es que estabas tan seguro de que acabaría cambiando de opinión?

Levanta la vista para lanzarme una mirada tan penetrante que mis hormonas se revuelven inquietas.

Incluso desde la otra punta de la habitación puedo sentir la poderosa fuerza sexual que trasmite.

—Me aseguré de eso ayer.

No me cabe duda de que se refiere al bochornoso episodio del sofá.

Me recorre una intensa oleada de placer sexual y otra aún más irritante de vergüenza cuando recuerdo de qué forma me dejé llevar.

Como me mira fijamente, debe de notar que me estoy sonrojando, porque sonríe, niega para sí y se pone a preparar las copas.

¿Es malo que me guste?

O, dicho de otra manera, ¿cuántas de mis reglas infrinjo solo por estar aquí, en su sofá, y permitirme a mí misma sentir las intensas vibraciones eróticas que contraen mi sexo con tanta fuerza que no dejo de apretar los muslos?

—¿Hielo?

—No. Así está bien. No me gusta aguado.

Se me acerca con las dos copas en la mano y una sonrisa de lado en el rostro.

—A mí tampoco.

Apenas me atrevo a respirar, mucho menos a romper el sensual hechizo en el que están inmersas nuestras miradas.

Observo con la garganta seca la forma decidida en la que se mueve, me demoro un poco sobre el contorno atlético de su monumental silueta, antes de precipitarme de nuevo hacia su rostro, que no desvela mucho.

Parece la clase de hombre que tiene el mundo a sus pies; de los que caminan por encima de los cadáveres de los demás.

En su caso, puede que sea literal. La dureza de sus facciones, su falta de humanidad mientras apretaba la boca de la pistola contra la sien de Bobby Star todavía me estremecen.

Cojo el vaso que me ofrece sin arrancar los ojos de los suyos.

—Gracias.

—No hay de qué.

Sorbe un poco de whisky, se suelta los botones de la chaqueta con dos dedos y se sienta a mi lado.

—Alexa, pon algo de música.

—*Aquí tienes, un mix para ti en Amazon Music* —responde Alexa.

Sonrío para mí antes de probar el martini.

—¿Qué es? —pregunto al no reconocer la canción.

—Kovacs. *My Love*.

—No la conozco.

—Es buena.

—Suena bien. —«Suena muy bien»—. ¿A qué estamos jugando, Ash? —le suelto de sopetón, volviéndome de cara a él—. Martini, música… Cualquiera diría que intentas seducirme a la antigua usanza, lo cual me desconcierta porque dijiste que no eres esa clase de tío y que no debo esperar nada de ti.

Una emoción que no me da tiempo a identificar cruza como un relámpago sus hipnóticos iris azules. Tarda solo unas milésimas de segundo en apagarse.

—Ayer, cuando saliste corriendo, temí no volver a verte.

—No salí corriendo —lo corrijo con desdén—. Caminé tranquilamente hasta la parada de taxi.

Su risa me produce un escalofrío agradable que me recorre la espalda.

Deja rodar los ojos con languidez por todo mi rostro y poco a poco su semblante recupera el aire serio.

—Que me dejaras plantado en el club me ha hecho replantearme mis sentimientos.

Sorbo un poco de martini con las dos cejas arqueadas.

—Ah. ¿Es que tú tienes sentimientos?

Mi tono de burla le arranca una sonrisa socarrona.

—No soy un robot, Alexandra.

—A veces creo que sí.

Me coge de la mano y respira hondo, ligeramente exasperado.

—Pues te equivocas —susurra con suavidad. Me quita con delicadeza la copa de entre los dedos, se deshace de ella dejándola encima de la mesa y sus ojos vuelven a sondear mi rostro, con tanta intensidad que siento un latigazo de anhelo en el vientre—. Todo esto es nuevo para mí. Tú… me haces sentir cosas que desconozco por completo. Cuando estoy contigo, me cuesta… mantener el control —su voz se convierte en un susurro ronco y cálido hacia el final de la frase y me doy cuenta de que mis posibilidades de salir incólume de esto son prácticamente nulas.

No me atrevo a moverme, y Ash coge mi rostro entre las manos y me obliga a mirarlo.

Al estar tan cerca el uno del otro, inhalo su aroma y la retengo unos segundos en los pulmones. Un deseo caliente y líquido me

enciende la sangre.

—Alexandra, ¿qué te parece si te beso ahora? Llevo toda la noche conteniéndome.

Esto me aturde. Nunca me he sentido tan deseada. Ni tan asustada. No de él. Pero sí de mí misma. Cuando estoy a su lado, parezco diferente.

Digo que sí con un gesto rápido. El alivio que lo inunda es casi palpable.

Cierro los ojos cuando me pone una mano en la nuca y acerca mi cara a la suya.

Al no recibir ningún estímulo visual, mis sentidos se agudizan tanto que percibo incluso la electricidad del aire que tiembla, cargado de expectativa, a nuestro alrededor.

Cuanto más retrasa el momento, más loca me está volviendo.

—Eh, mírame.

Su cálida voz me inunda por completo.

Y me rindo. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

Separo los párpados, y entonces él entierra los dedos en mi pelo y sella nuestros labios con un beso que está a punto de hacerme perder el poco control que aún poseo sobre la situación.

Me devora con los labios, antes de buscarme la lengua. No me resisto, se la ofrezco y, nada más rozar la suya, ya siento mi cuerpo humedecerse y palpitar.

Intento no dejarme barrer por la ola de deseo que amenaza con arrastrarme hacia la nada, pero es imposible resistirse. Nuestras lenguas parecen eléctricas. Cada vez que se rozan, siento una brutal descarga entre las piernas.

Esto me supera por completo.

El placer de verse poseída es demasiado intenso. Y él toma mi boca con tanta ferocidad que, durante el tiempo que dura el beso, solo existen los labios que se mueven sobre los míos, a veces con ternura, otras con exigencia y, la mayor parte del tiempo, con una violencia controlada que me estremece hasta la médula.

Mientras nuestras bocas follan ansiosas, clavo los dedos en la manga de su chaqueta, lo cual lo hace relajarse, bajar un poco el ritmo, entender que no pienso salir corriendo de nuevo.

Y el mundo vuelve a girar a cámara lenta.

La cabeza me da mil vueltas. No he bebido tanto como para estar tan mareada. Me gusta cómo me siento, por muy malo que me parezca sentirse así.

Nuestras lenguas cabalgan ahora en un baile sensual, lánguido, aún más enloquecedor.

En cuestión de segundos, estoy total y completamente perdida en él.

Ahora entiendo a qué se refería con lo del control. A mí también me cuesta contenerme. Quiero tocarlo, acariciarlo, sentir el calor de su piel bajo las yemas de los dedos, cada musculo tenso y definido; lamer el abdomen que se contrae por debajo de su camisa, rodearlo entre las piernas y conducirlo hasta lo más profundo de mí.

Mi lado racional me dice que no deberíamos estar haciendo esto, que debería ponerle fin antes de que su fuego me convierta en cenizas, pero el contraste entre la dulzura de su boca y la intensidad de sus caricias me vuelve lo bastante irracional como para ignorar las advertencias.

En vez de apartarlo, mi lenguaje corporal lo anima a seguir. Me arqueo hacia él, froto mi cuerpo contra el suyo, introduzco la lengua en su boca con un hambre cada vez mayor. Me siento desatada, sexy y muy deseada. No puedo parar.

—Si sigues moviéndote así, vas a volverme loco —murmura, deteniéndose por unos segundos encima de mis labios—. Tengo la polla dura desde ayer. No quiero correr riesgos innecesarios. Llevo demasiado tiempo esperando este momento como para querer convertir nuestro primer polvo en una chapuza.

Me separo unos centímetros, lo suficiente como para quedar anclada a sus ardientes ojos azules.

Su rostro muestra una expresión salvaje, llena de ansia.

—No vamos a echar un polvo, Ash. Solo te estoy besando. Si no me falla la memoria, me invitaste a tu casa a tomar la última copa, no a follar.

Su sonrisa se va intensificando hacia el final de mi frase.

—Era un eufemismo, cielo —murmura mientras hunde la mano en mi pelo, cubre mi boca con la suya y abre los labios lentamente.

Me acaba de desarmar así de fácil, porque yo también separo los míos y entonces él me mete la lengua dentro y me arrastra a un beso posesivo que incrementa todavía más el explosivo deseo que se está acumulando entre mis piernas.

Con una lentitud deliberada, mientras su lengua se desliza sobre la mía, me acaricia la parte baja de la espalda, empleando solo las puntas de los dedos. Su otra mano me sostiene la cabeza, para que no me aleje otra vez.

Lo que despierto en él es más que evidente; la tiene como una piedra y yo intento contenerme y no acariciarla. Si empiezo, no podré parar, y una parte de mí quiere detenerse. Salir corriendo. No volver a verle nunca.

Nos besamos con creciente urgencia, cada vez más cerca del límite.

Cuando nuestros labios se separan solo unos milímetros en busca de oxígeno, estoy a cien. Nunca me he sentido así. Nunca. Y no quiero que se acabe.

No obstante…

—Ash…

Niega lentamente, me rodea la cara entre los dedos y me besa en los labios con una dulzura que me hace guardar silencio.

Debe de intuir lo que estoy a punto de decir.

—No me pidas que pare. Sabes que lo deseas tanto como yo.

—Pero no debo desearlo.

La mirada que intenta descifrar la mía se enturbia.

—¿Por qué no?

—Trabajo para ti.

«Entre otras mil cosas más».

—No voy a dejar que eso se interponga en el camino de lo que tú y yo tenemos.

—¿Y qué tenemos? —repongo, apartando furiosa las manos que sostienen mi cara casi pegada a la suya—. ¡Nada! Esto solo es físico.

—Ayer habría estado completamente de acuerdo contigo, créeme. Pero hoy… Hoy todo es diferente, pequeña—. Me acaricia la mejilla con los nudillos, y yo no puedo evitar estremecerme por culpa de las chispas que estallan entre nosotros, como cada vez que nos

tocamos—. No sé qué etiqueta poner a esto, pero… —Sujetándome por la cintura, me atrae de nuevo hacia él, hacia la enérgica tibieza que desprende su pecho—. Lo que siento por ti es real. No creo que pueda explicarte algo que ni yo mismo comprendo. Solo sé que, cuando te toco, cuando te beso, me siento vivo otra vez. Y eso me gusta mucho. Es excitante, porque he estado muerto durante demasiado tiempo y de alguna forma tú me has traído de vuelta. Eres mucho más que una obsesión. Me estoy enamorando de ti, Alexandra. Va en serio.

Sus palabras me dejan sin aliento. No sé qué responder. No quiero romper el hechizo que flota en el aire, así que no digo nada, solo me rindo, acerco la boca a la suya y se la ofrezco de nuevo.

Con un gruñido de aprobación brotándole desde lo más profundo de la garganta, Ash me coge la cara con una mano y se funde conmigo en un beso arrasador.

El sabor a martini de mi lengua se mezcla con su propio aroma masculino y un enloquecedor toque a whisky, y la intensidad de su beso me aturde tanto que ni siquiera me doy cuenta de que me ha desatado el nudo que sostenía mi vestido hasta que siento la frialdad del aire en mi espalda desnuda.

No llevo sujetador, el vestido no lo permitía, y Ash aparta la boca de la mía y me devora con sus ardientes ojos azules, llenos de un deseo salvaje.

No hace falta que me lo pregunte. No es suficiente con un beso. Y él lo sabe tan bien como yo.

—Nunca me cansaría de mirarte.

La oscuridad de su expresión facial me hace comprimir los músculos internos de pura necesidad.

Con la mandíbula en tensión, levanta el brazo y me toca un pecho, lo cubre con la mano y aprieta un poco, sin dejar de estudiar mi expresión, absorto en ella. La sensación de su áspera piel contra la mía es tan intensa que noto cómo mi cuerpo se abre a él de inmediato, al igual que lo hacen los labios que lo reclaman otra vez.

Cuando me atrae hacia sí, ya no pienso en nada, solo me aferro a él y me dejo arrastrar por la oleada de placer que me arrolla.

Nuestras bocas se funden en un beso aún más desesperado que el anterior, que me hace comprender que no hay vuelta atrás. Se está abriendo un abismo entre la persona que era antes de Ash y la que soy ahora, y no estoy segura de ser capaz de salir de él con el corazón intacto.

Supongo que tendré que correr algunos riesgos por el camino.

Deliberadamente despacio, traza un círculo sobre la punta de mi pezón con el pulgar, enviando vibrantes ondas de placer a todo mi cuerpo. Todavía tengo su boca encima de la mía, aunque ya no me está besando, solo me retiene a su lado unos segundos más, mientras los dos intentamos acompasar la respiración y saboreamos la espera.

Le paso los dedos por el pelo y lo miro fascinada, y él me sonríe un poco.

—Ven aquí, pequeña —susurra, con la voz suave y ondulante.

Sus manos me instan a abandonar el sofá. Termino de pie, colocada entre sus rodillas, con las manos apoyadas en sus hombros. Él permanece sentado.

Observa los pequeños pechos que quedan justo a la altura de su rostro y, después de intercambiar una mirada conmigo, me pasa la lengua por uno de los pezones.

Extasiada, hundo los dedos en su cabello para sujetarme a algo firme que mantenga mis pies clavados en el suelo y me rindo ante la fricción de su barba contra mi piel.

Separo los labios para poder seguir respirando y arqueo la espalda para indicarle lo mucho que lo estoy disfrutando. La sensación de su lengua moviendo el sensible pezón de un lado al otro es casi dolorosa.

Suspiro con frustración cuando se detiene y echa la cabeza hacia atrás hasta atrapar mi mirada.

La languidez con la que se arrastran sus ojos por mi cuerpo casi desnudo me sacude con fuerza.

Me siento un poco abrumada por la intensidad de mis emociones, aunque también aliviada al comprobar que no estoy sola en el abismo. Algo en sus ojos me dice que lo que sea que se esté iniciando entre nosotros esta noche nos afecta por igual.

Nuestras miradas se funden y se sostienen mientras sus manos arrastran hacia abajo el vestido que cuelga de mis caderas y, con él, las finas tiras de encaje negro que en cierto modo me protegían de él.

Ignoro los gritos de mi conciencia, todos los avisos sensatos que me envía mi cerebro; aniquilo hasta el último resquicio de resistencia y, en vez de luchar, me rindo y dejo que me mire, que se empape en mí.

Después de recorrerme el cuerpo de arriba abajo con esa mirada lenta y cargada de deseo, me rodea con los brazos y me lleva consigo, hasta que acabo sentada en su regazo, con las piernas enroscadas alrededor de su cintura.

Pone la mano en mi nuca, aproxima mi cara a la suya y me vuelve a besar. Me tenso contra su pecho cuando su lengua caliente y húmeda se desliza entre mis labios y empieza a dar vueltas lentas y embriagadoras por toda mi boca.

Esta vez no hay prisa, nos tomamos todo el tiempo del mundo para explorar cada rincón de nuestras bocas. Tengo la sensación de que intenta contenerse, como si pretendiera que esto durara para siempre.

Sus dedos dibujan el contorno de mis pezones. Me agarro a sus hombros y dejo que me meza despacio encima de su feroz erección.

Es un poco injusto que siga vestido. Decido que ya va siendo hora de que yo también me deleite con su cuerpo, y empiezo a desabrocharle impaciente los botones de la camisa.

Sonríe en mi boca y sigue besándome larga e intensamente. Consigo soltar los botones hasta la altura de sus pectorales, pero a partir de ahí me cuesta, estamos demasiado cerca el uno del otro y no tengo libertad de movimiento.

Se da cuenta de que me he estancado y su mano se encuentra con la mía y juntas liberan el resto de botones.

Cuelo la palma a través de su camisa abierta, la deslizo por el muro de músculos que arden bajo mi piel, delineo los firmes escalones de su abdomen uno a uno y luego le clavo las uñas en el costado. Le gusta que lo toque; reclama mi boca con más necesidad y su erección palpita por debajo de mi cuerpo.

Me vuelvo más osada, mis dedos descienden hasta llegar al botón de sus pantalones. Se estremece un poco cuando cuelo la punta del dedo por debajo, pero no me aparta. Me está dando libertad para que haga lo que me plazca, y me encanta.

Libero el botón y busco indecisa sus ojos azules.

—Hazlo. Tócame —me pide con la voz quebrada.

Trago saliva y dejo que mis dedos crucen la barrera de su ropa hasta que me topo con algo caliente y enorme que late contra mi palma. Lo rodeo entre los dedos. Ash se queda quieto y noto que su respiración cambia, se vuelve rápida y brusca mientras me observa con ojos ardientes de pasión.

Sus labios se abren para hablar, pero no lo hace. Se limita a mirarme durante unos segundos eternos, como si tratara de descifrar mi mente. Me siento como si estuviéramos suspendidos en el tiempo.

Finalmente, me pregunta en voz baja, muy ronca:

—¿Me lo quito?

Asiento despacio y él me levanta sin ningún esfuerzo con una mano y con la otra se baja los pantalones y los bóxeres a la vez.

Cuando me deja caer otra vez en su regazo y enrosco las piernas alrededor de su cintura, mi piel húmeda late encima de la suya y un deseo muy caliente abrasa cada una de las fibras de mi cuerpo.

Una mirada. Otro beso. Nuestras lenguas cabalgan juntas, sus dedos recorren mi piel, chispas eléctricas que me acarician los muslos, la espalda...

Me agarra con fuerza por las caderas y presiona mi excitado clítoris contra su polla. Esto es demasiado bueno.

—¿Qué tal si nos vamos a la cama? El sofá se nos va a quedar pequeño.

Asiento, con su rostro a milímetros del mío y nuestros sexos frotándose en busca de más placer.

Me dispongo a levantarme, pero pone una mano en mi nuca y me retiene a su lado un momento más. La fascinación con la que me observa me hace sentirme especial, como si yo fuera una exquisita obra de arte que se muere por poseer.

—Vas a acabar conmigo, Alexandra.

Le clavo los dedos en el mentón y, después de besarlo en la boca, dejo un suave rastro de besos por su cuello. Siento su erección tensarse sobre mi sexo. Creía que eso era imposible a estas alturas. Parece una barra de acero.

—Y tú, conmigo.

Se levanta del sofá sin soltarme y me lleva hasta el dormitorio como si pesara menos que una pluma.

La habitación está a oscuras, si obviamos la chimenea encendida. Es eléctrica, pero la intención es lo que cuenta.

No puedo evitar sonreír. Para ser el malote del barrio, se le da bastante bien seducir a las mujeres.

Me tumba encima de la cama y noto su cuerpo descender sobre el mío, desprendiendo fuego a su paso.

Los dedos de su mano derecha recorren mi piel como si buscasen un camino. No tarda en encontrarlo, y la forma en la que me toca, las chispas que estallan ante el primer roce de sus dedos, me hace gemir de placer y revolverme inquieta por debajo de su pecho. La caricia me deja húmeda y preparada, con el cuerpo vibrando de deseo.

Separo los muslos un poco más para indicarle que estoy lista, que necesito sentir cada palmo de su cuerpo dentro de mí.

Pero no parece tener la misma prisa que yo.

Su apuesto rostro se inclina sobre el mío hasta que solo unos centímetros de aire se interponen entre nosotros.

Pone la boca encima de la mía y me hace separar los labios como si fuera a besarme.

Durante un buen rato, permanecemos así, saboreándolo.

Después, se aparta y esparce un húmedo rastro de besos por el tallo de mi cuello y mi clavícula.

Su boca y sus manos cubren con ansia mis pechos. Esto no es deseo, es devoción.

Arrastra la mano por mi abdomen y, sin ninguna prisa, juguetea con la lengua encima de mis abultados pezones mientras abarca mi sexo con la palma y lo estruja entre los dedos, enviando a mis terminaciones nerviosas un hormigueo eléctrico que casi me arrastra

al borde del orgasmo. Mi cuerpo da una lenta sacudida y el anhelo por tenerlo dentro me hace emitir un sonido entrecortado.

Abro las piernas un poco más, lo cual me provoca una necesidad de soltarme todavía más violenta. Cuando consiga liberar todo este deseo acumulado, será explosivo.

Quiero que me bese, y tiro de él hasta que finalmente avanza hacia mi rostro y su cálida lengua invade mi boca.

Mis manos encuentran su pelo casi al mismo tiempo que dos dedos suyos se deslizan en mi interior y me llenan. Suelto un quejido contra sus labios, le doy un tironcito en el pelo y separo un poco más las rodillas.

Deja de besarme por unos segundos y se aparta un poco para poder mirarme a la cara. Su mirada es intensa y penetrante.

Tengo la impresión de que se esfuerza mucho para no perder el control. Lo noto muy excitado, salvaje, cargado de testosterona.

Sé que quiere poseerme entera.

A pesar de todo, cuando vuelve a tocarme, sus movimientos son lentos y controlados. Sus dedos entran y salen de mí siguiendo el ritmo que yo necesito, y la boca que vuelve a cubrir a la mía ha renunciado a su anterior ferocidad.

Ahora es dulce y tentadora, demasiado como para no rendirse.

Todo se ralentiza y me resulta tan demoledor que casi me derrumbo de placer. Mi sexo palpita y empieza a vibrar cuando las puntas de sus dedos rozan la pared superior de mi vagina. Mis músculos internos se aprietan con un espasmo tan poderoso que no puedo evitar empujar las caderas hacia su mano.

Estoy a punto de correrme y gimo frustrada cuando se retira y el doloroso vacío que siento de repente hace retroceder mi orgasmo.

Sonríe tan satisfecho que me dan ganas de darle una patada en alguna parte.

—Todavía no.

Le pongo mala cara.

—Dijiste que follabas duro.

Su sonrisa adquiere un matiz sensual.

—Lo hago. Pero primero quiero saborearte.

Muy buena respuesta. Se le da de miedo jugar a esto.

—¿Cómo follas con *Seven*?, ¿duro o lento? ¿La besas como me besas a mí?

Ríe entre dientes y, moviendo la cabeza, divertido, se tumba boca abajo entre mis piernas y me hace doblar las rodillas.

Está tan cerca del centro de mi cuerpo que su irregular respiración golpea contra la humedad que ha provocado entre mis muslos. No puedo evitar estremecerme ante el exquisito contraste frío-calor.

—Solo por preguntar eso no dejaré que te corras en las próximas dos horas —amenaza, si bien la nota rasposa que mana de su voz asegura que me dará lo que quiero en muy poco tiempo.

Estoy a punto de replicar algo sarcástico cuando siento la vibración de su lengua contra mi sensible clítoris y cualquier cosa que fuera a decirle ya no importa.

Entierro los dedos en su pelo y, gimiendo, empujo las caderas contra su boca y separo los labios para intentar coger algo de aire en los pulmones.

—Como sigas haciendo lo que haces ahora, no podré aguantar ni dos minutos —le digo jadeando.

Levanta la mirada hacia la mía y deja de probarme, aunque su aliento cálido contra mi piel mojada sigue pareciéndome una tortura dulce y lenta que me aproxima cada vez más a un punto sin retorno.

—Puedo dejar de hacerlo.

—Ni se te ocurra —siseo entre dientes.

Algo en sus pupilas, un brillo muy oscuro, asegura que disfruta muchísimo con esto. Le encanta verme tan febril, tan necesitada.

—Me gusta que me pidas cosas.

—¿Para poder negármelas? —le propongo, abriendo de nuevo la boca para intentar controlar la respiración.

Sus ojos reflejan diversión, aparte del tórrido deseo que incendia mi sangre.

—¿Qué clase de persona crees que soy?

—Una muy mala.

Su rostro se vuelve de pronto compacto. Se produce una pausa, en la que me pregunto si no habré fastidiado las cosas.

—Eso es cierto —admite finalmente—. Pero no contigo.

Su dedo corazón me roza por un segundo el vibrante tallo del clítoris y luego se arrastra por mi abdomen, agitando en mi interior un deseo tan puro que me estremezco de placer y aprieto los músculos para protegerme de alguna forma de la oleada que acaba de impactarme.

—¿Por qué conmigo no?

Parece frustrado y confundido, y puede que un poco triste también.

—No dejo de preguntármelo, coño.

Su timbre roto se adentra por mis venas con la misma intensidad que una caricia.

Conteniendo el aliento, lo cojo por la nuca y acerco su cara a la mía. Nos miramos unos segundos a los ojos y luego toma mi boca con una pasión que es el claro indicio de lo que vendrá a continuación.

Solo deja de besarme el tiempo suficiente como para deslizar un condón por la longitud de su miembro, y luego sigue besándome mientras se encaja entre mis piernas y me roza, todavía sin querer entrar.

De las profundidades de mi garganta sale una especie de gemido de protesta. Le muerdo el labio con una fuerza que le hace maldecir.

Arrepentida, le paso la lengua por encima para calmar el daño que le he hecho, y solo entonces, con un firme empujón, me llena por completo, arrancándome un grito desgarrado.

Los dos nos quedamos quietos unos segundos para permitir que nuestros cuerpos se acostumbren a la fusión.

—Llevo mucho tiempo esperando este momento —me susurra mientras baja las manos hasta mi culo y lo levanta un poco, para que la penetración sea todavía más profunda. Ahogo un gemido, me retuerzo y sus brazos me rodean y me aprietan contra él para que me esté quieta y lo saboree. La verdad es que no debería perdérmelo. Es perfecto. Cada centímetro de su cuerpo encaja con el mío—. Me moría por estar dentro de ti.

—Y, ahora que lo has conseguido, ¿qué sientes?

Sus ojos arden de deseo y excitación. Se retira unos milímetros, por el mero placer de volver a penetrarme, y sonríe de lado.

—Es indescriptible. Pero no suficiente. Dime que puedo tenerte entera.

Nos miramos, quizá impregnándonos el uno del otro.

Sucede algo. No puedo definirlo. Pero, sea lo que sea, es algo bueno, algo en lo que quiero sumergirme.

Asiento con la cabeza y sus labios se mueven en una sonrisa satisfecha. Parece como si hubiera estado esperando mi respuesta todo este tiempo.

Ya la tiene.

—Bien. Ahora voy a poseerte, y lo vas a disfrutar como lo estoy haciendo yo.

Sus caderas empiezan a moverse. Al principio, despacio, entra y sale pausadamente, porque la fricción es exquisita y hay que saborearla.

Luego profundo, para demostrar que es un hombre que nunca pierde el control.

Pero lo hace. Su lengua se acelera en mi boca según aumenta su excitación. Su cuerpo sigue el ritmo, sus músculos se ponen rígidos. Tensa los dedos en mis caderas y al final me folla con ferocidad, lanzando tremendas ondas de placer por todo mi cuerpo cada vez que sus testículos golpean la humedad que se escurre por mis muslos.

Esta es la parte que más disfruto.

Porque, ahora, la que lo controla todo soy yo.

Tenerle dentro es tal y como esperaba: salvaje y desenfrenado, eléctrico y arrasador; épico, joder.

Que yo siga su ritmo lo excita hasta el delirio.

Me agarra el cuello con la mano y esos ojos azules invasores me observan mientras nos poseemos el uno al otro como animales.

Su poder es implacable, y yo le he dado mi consentimiento, la llave para abrir las compuertas y desatar la locura.

Se necesitaba mi entrega total y absoluta para explorar los límites de esta extraña relación, y ya es suya.

Tiene mi rendición.

Aunque la rendición tiene un precio alto. Él está dentro de mí. Debería saber que yo también estoy dentro de él.

Eso no podrá cambiarlo nunca. «Te estoy poseyendo entero…»

Me inyecta la lengua en la boca otra vez, me agarra el culo con fuerza y me mece contra él, disfrutando de ver cómo arqueo la espalda y cojo todo el placer que me ofrece.

El ritmo que imponen sus caderas es vertiginoso y apasionado.

Una arruga de esfuerzo aparece entre sus cejas.

Estoy en trance, y él también. Nunca he tenido el cuerpo tan sensible. El estallido será monumental.

Sus ojos se mantienen encajados en los míos. Sabe que falta muy poco y no quiere perderse nada, ni una gota de esta pasión.

No, el hielo nunca ha ardido tanto. Está en llamas, y eso lo he provocado yo. La idea me hace correrme tan duro que me aferro a él con todo mi cuerpo, con los dientes, las uñas, el sexo…

Se lo doy todo, joder. Mis gritos y mis gemidos y todo mi placer son suyos.

Y no puede aguantarlo. Mis músculos internos lo aprietan tan fuerte que solo tarda segundos en estallar en lo más profundo de mí. Se corre larga e intensamente, y gruñe, y aprieta mis muñecas con fuerza mientras entra y sale, se desliza fuera y dentro, reavivando el fuego que me consume por dentro.

Esto está ocurriendo de verdad.

«Eres una adicción…».

Capítulo 19

El mundo estaba en llamas y nadie podía salvarme, excepto tú.

(Canción *Wicked game*, Chris Isaak)

Alexandra

La frente de Ash se aprieta contra la mía.

Aún le tengo dentro, y mi cuerpo todavía vibra con los espasmos de un brutal orgasmo que nos ha dejado a los dos empapados en sudor. No soy capaz de recuperar el aliento. Me parece que él tampoco.

«Vaya tela, joder».

Estoy aferrada a su espalda con tanta fuerza que me empiezan a doler los dedos. Al tenerme atrapada entre su pecho y el colchón, percibo cada una de las pulsaciones frenéticas de su corazón. No soy capaz de oír nada más, ni de sentir nada que no sean las incansables sacudidas. Pum. Pum. Pum. ¿Cómo vas a huir si está en todas partes?

Sus brazos llenos de tatuajes permanecen tensos a ambos lados de mi cabeza.

Es difícil de catalogar lo que acaba de pasarnos.

Ha sido más que sexo, más que la liberación explosiva del deseo acumulado desde que nos conocemos.

Algo ha sucedido entre nosotros mientras nos perdíamos el uno en el otro.

Pero ¿qué?

Hago un rápido repaso de la situación, y me estremezco otra vez, solo con recordar lo que hemos hecho.

La espiral de placer era tan exquisita que me abandoné a ella sin pensármelo siquiera. No hubo límites ni miedos, solo besos hambrientos, emociones desatadas y dos cuerpos febriles chocando el uno contra el otro, como si nuestra vida entera dependiera de ello.

Y, por supuesto, ese *algo* que todavía no sé definir. ¿Era un vínculo? ¿Una conexión que traspasaba lo físico?

La respuesta por el momento se me escapa. Quizá nunca la averigüe.

—Nos teníamos muchas ganas, ¿eh?

Sonrío antes de levantar el rostro hacia el suyo. No me sorprende descubrir que el incendio de su mirada no se ha extinguido todavía. Sus ojos todavía abrasan allá donde se posan.

—Ha pasado algo de tiempo desde mi última vez —respondo, divertida.

Finge escandalizarse.

—¿Quieres decir que esto no era por mí?

—No pretendo alimentar tu descomunal ego.

Suelta una risa que, de alguna forma repercute en las profundidades de mi cuerpo, y toma mi cara con una mano, lo cual deja mi mirada encajada en la suya.

Durante unos chispeantes segundos, me observa con ternura.

Me estremezco cuando roza mis labios con un beso suave.

—Pues, en mi caso, sí que ha sido por ti.

—Claro, porque habrán pasado unas tres horas desde la última vez que follaste con alguien…

Su expresión se carga de dureza. Ay. He metido la pata.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Que eché un polvo rapidito antes de mi cita contigo?

—No lo sé. ¿Lo hiciste?

Contrae los labios en una sonrisa de fastidio. Quiere parecer relajado, pero está claro que mi desconfianza le molesta.

—¿Te sorprendería si te dijera que solo me interesas tú?

—Bastante, sí. Nunca habría adivinado que la monogamia fuera lo tuyo.

—No me va demasiado —admite con una expresión que demuestra un desdén completo y absoluto hacia todo lo que implica el concepto—. Pero contigo parece divertida.

Viniendo de él, es toda una declaración, y es así como me la voy a tomar.

Levanto el brazo para tocarle la cara y parece ser que disfruta de mi caricia, porque se queda muy quieto y me deja recorrer su barba incipiente con los dedos. Paso el pulgar por su boca, recordando su sabor y cómo arde encima de la mía, y luego lo arrastro por su mejilla rasposa. Cuando termino, me besa los nudillos. Es curioso que alguien como él pueda llegar a ser tan tierno.

Son los contrastes los que me vuelven loca, los matices. Crees que lo has encasillado, pero te equivocas. Es mucho más complejo de lo que parece. Me encantan los acertijos.

—¿Y ahora qué? —pregunto, perdida en las profundidades de su mirada.

Ash pone la mano en mi cintura y la arrastra despacio por mi estómago, enviando nuevas ondas de placer por mi cuerpo, al que creía exhausto a estas alturas.

—Ahora follaremos en serio.

¿Es una broma?

No lo parece.

—¿Qué? —Analizo su rostro, pasmada al ver la resolución que desprende su mirada—. ¿Y esto qué ha sido?

—Esto… —Me besa despacio y a consciencia, y luego me cubre un pecho con la mano y rasga el pezón con la uña, sin que su mirada deje de sondear la mía. Noto que poco a poco empieza a endurecerse dentro de mí, y un deseo caliente y húmedo vuelve a impactarme como una ola cuya furia no podré resistir mucho más—. Esto solo ha sido un aperitivo que me ha dejado con ganas de más. Ya te he dicho que quiero saborearte. Y también quiero que tú me saborees…

*****

Consigo dormirme pese a estar en una cama desconocida, con un hombre al que no conozco, pero me despierto de repente y sin motivo aparente en mitad de la noche.

No sé si es porque tengo sed o por la mala conciencia, que me recuerda que dinamité todas mis normas hace apenas unas horas.

¿Ambas, quizá?

Necesito un momento para recuperar el aliento. Siempre me despierto sobresaltada, como si escapara de una pesadilla que nunca recuerdo.

Ash duerme profundamente a mi lado. No estoy segura de si es el calor de su cuerpo o cualquier otra cosa lo que me hace sentirme tan protegida entre sus brazos.

Es de locos. De alguna forma retorcida me las he apañado para concederle un aire romántico del que carece por completo. ¿Qué me pasa? ¿Me he olvidado de lo peligroso que puede llegar a ser?

Joder, todavía hay una parte de mí que quiere dar media vuelta y huir lo más lejos posible de él; mi instinto de supervivencia, que siempre me ha advertido de que no es un buen hombre.

Pero sigo aquí.

En la cama.

Junto a él.

¿Por qué?

No necesito devanarme los sesos para conocer la respuesta. Sé que, mientras una parte de mí quiere huir y que la vida vuelva a ser la que era antes de conocerle, la otra se muere por seguir adelante con esta locura.

Me incorporo en la cama con cuidado de no despertarle y me quedo sentada unos segundos, absorta en él. Está desnudo, y esta vez puedo deleitarme.

Recorro con la mirada los desniveles de su abdomen, sus delineados brazos, los tatuajes...

Me fijo bien en los tatuajes. Los tiene en las manos y los dedos, en los brazos, en el costado, en el pecho, en la pelvis…

La mayoría son cosas que no comprendo. Uno en concreto llama mi atención. Parece un logo, un homenaje quizá. *Heaven.* Me pregunto qué significado tendrá tatuarse la palabra *cielo* en la piel.

En el costado izquierdo encuentro otro grabado que destaca por encima de los demás. *Harsh as life.* Duro como la vida.

Quizá algún día me cuente lo que significan para él.

Sonrío con amargura al darme cuenta de que estamos a mil años luz de que algo así suceda. Está más preocupado por arrancarme la ropa que por compartir conmigo su pasado delictivo. Estoy segura

de que piensa que ya me ha contado más de lo que debía. Para él, la época de las confidencias ha terminado.

Duro como la vida.

Bueno, eso debería darme alguna pista de cómo es.

Me levanto de la cama sin hacer el menor ruido y salgo de la habitación casi de puntillas. Tengo que recuperar mi ropa primero, y después conseguir un vaso de agua y un coche que me lleve a casa. No pienso quedarme aquí toda la noche. Necesito asimilar lo que he hecho. Creo que aún estoy en fase de negación.

Encuentro nuestra ropa tal y como la dejamos, esparcida por el suelo del salón. Me visto deprisa y sin encender ninguna luz por el camino. No tengo ni idea de si habrá alguien en la casa. Mejor no tentar a la suerte.

Pido un coche a través de la aplicación que me descargué la semana pasada en el móvil y voy a la cocina a por un vaso de agua.

—¿Te ibas?

Me quedo helada al chocar con la mirada acerada de Seven.

Jo-der.

Está sentada en un taburete alto, acodada sobre la encimera de granito negro. No se ha molestado en encender la luz. Tiene una copa y una botella de *bourbon* delante y un cigarro casi gastado, aunque todavía encendido, apoyado contra el cenicero. El humo le sube por la cara. Debe de molestarla, porque lo apaga.

No sé si esto de parecer una vampiresa sexy es su estilo habitual o es que vuelve de alguna fiesta de disfraces.

Me pregunto cuánto tiempo llevará aquí.

Por el cenicero lleno de colillas, diría que bastante rato. Nos ha debido de oír. Seguro que sabe los sonidos que hace él al correrse.

—Perdona. Solo quería beber un poco de agua.

—Te ha dejado exhausta, ¿eh? Folla bien. ¿Te ha dicho quién se lo enseñó?

«No, pero ya me lo figuro».

No caigo en su provocación y, con todo el aplomo del que soy capaz, abro el grifo, me inclino un poco hacia adelante y bebo con la mano. No me apetece ponerme a trastear en busca de un vaso.

No con esos ojos de reptil siguiéndome con espeluznante interés.

La oigo encenderse otro cigarrillo a mis espaldas. Cierro el grifo y me seco con el reverso de la mano el hilito de agua que se me escurre por el mentón.

—No te pilles por él. Hace mucho que ya no le van los romances. Te acabará dejando, ¿sabes?, como a las demás.

Estoy sin aliento, pero consigo disimularlo muy bien y, cuando me vuelvo para encararla, mi rostro no desvela absolutamente nada, excepto desdén.

El suyo es algo más expresivo. El odio que arde en sus pupilas es casi tangible.

—Y tú te alegrarás mucho cuando eso pase, ¿verdad, Seven?

Sonriendo para sí, le quita el tapón a la botella de *bourbon* y rellena con mucha parsimonia su vaso vacío.

—No, qué va. Yo estaré demasiado ocupada follándomelo. Tú no sabes cómo es, ni de lo que es capaz. ¿Crees que lo comprendes?, ¿que lo conoces? No tienes ni puta idea de nada. Será mejor que te marches ahora, cara bonita. Aún estás a tiempo.

Levanto la barbilla y aguanto su mirada llena de odio sin inmutarme.

—¿Y si no quiero?

Su sonrisa se vuelve más cruel, aunque noto que mi tono firme y sereno le ha causado cierta inquietud.

—Ni siquiera tú puedes ser tan estúpida como para creer que esto va a salir bien.

Le sonrío con dulzura, sin ceder ni un milímetro ante la presión de su mirada.

—Buenas noches, Seven. Que descanses.

Le da una profunda calada al cigarrillo y bufa con incredulidad. ¿Esperaba amedrentarme, asustarme con sus advertencias? Pues acaba de obtener el efecto contrario. Me encanta la gente que se empeña en decirme lo que no puedo conseguir. Llevarles la contraria me produce un placer insano.

—¿Le doy algún recado a Ash de tu parte? —pregunta, desafiante, a mis espaldas.

No me vuelvo para mirarla. No lo considero necesario.

—Descuida. Se lo daré yo misma.

Salgo de la cocina sin añadir nada más y cancelo el coche de camino a la habitación. Será mejor que me quede a dormir. Seven acaba de darme un buen motivo para hacerlo.

Regreso al dormitorio de inmediato, me quito la ropa sin hacer ruido y me deslizo entre las sábanas. Mi lado de la cama se ha enfriado en mi ausencia.

Al sentir movimiento a su lado, Ash abre los ojos y me observa con un brillo muy candente en las pupilas. A veces creo que le fascino, o que le obsesiono, quizá.

—Hey. ¿Dónde estabas?

Siempre parece alegrarse de verme. Como si mi presencia le aportara paz.

Intento que su voz profunda y rasposa no me agite el estómago, pero es imposible. Se abre camino por mis venas como una flecha empapada en veneno.

—He bajado a la cocina a por un vaso de agua.

—¿Por qué no me has despertado? Te lo habría traído yo.

—Tranquilo. Encontré el camino.

—Tienes las manos heladas. ¿Te encuentras bien?

—Sí. No es nada. Solo un poco de frío al salir de la cama.

—Ven aquí.

Me agarra de la cintura con delicadeza, como si fuera una figurita de cristal que teme romper entre sus manos, me coloca de espaldas a él y me envuelve en un abrazo. Su piel arde como si tuviera fiebre.

Tengo la certeza de que nunca me dejará marchar.

—Me encanta tu olor —susurra, acercando la boca a mi oído.

La forma en la que me absorbe, cómo recorre mi cuello con la nariz mientras llena de aire sus pulmones activa todas mis terminaciones nerviosas.

Me invade el pánico. ¿Qué estoy haciendo aquí? Es una trampa, una cárcel en la que me he encerrado yo solita.

¿Un mundo privado en el que solo existe él? No puede ser bueno.

Joder, claro que no lo es.

El silencio que flota en la habitación es denso. Juraría que puedo escuchar el latido lento de su corazón. Puede que sean los clavos que sellan la caja de Pandora conmigo dentro.

Qué melodramática me estoy poniendo.

Durante unos segundos me concentro solo en la agitada respiración que arde encima de mi piel, en el abrazo que me sostiene con firmeza, en la mano que recorre lánguidamente mi muslo arriba y abajo.

No hay salida.

Nunca la ha habido.

Se está empalmando, su polla dura se presiona contra mi trasero, y yo me muero por volver a tenerle dentro.

—Bésame, Ash.

Su nariz se detiene en mi nuca y al instante su lengua emprende un lento camino por mi hombro, un descenso que contrasta con las manos que suben hasta abarcar mis pechos.

Cierro los ojos y me deleito con las sensaciones.

Poco a poco, me gira entre sus brazos, hasta que acabo clavada entre él y el colchón.

Agarra mis dos muñecas con una mano y las presiona contra la almohada por encima de mi cabeza.

—Dobla las rodillas, cielo —ordena, con un brillo muy oscuro en las pupilas.

Y yo que me quería perder todo esto.

Gracias, Seven. Me aseguraré de gemir muy alto cuando me haga correrme otra vez.

Capítulo 20

Nadie está a salvo aquí.
(Canción *Darkside*, Oshins)

Alexandra

—Buenos días.

No sabría decir el tiempo que lleva observándome.

Cuando abro los ojos por la mañana, los suyos ya están planeando sobre mi rostro y tengo la sensación de que hace un buen rato que está analizándome.

Lo cual es bastante siniestro y preocupante porque él, a ver, no es exactamente un tipo normal. No es un mandamás de las finanzas ni un respetado abogado. Es…

Lo más gracioso de todo es que no tengo ni idea de lo que es.

Mejor no pensarlo.

«Sí. Hazlo. No lo pienses».

—Buenos días —respondo tras un suave carraspeo.

Sonriéndome con ternura, se inclina sobre mí y me besa en los labios.

Después se aparta y vuelve a observarme de esa forma suya tan siniestra. Me gustaría que parpadeara un poco.

—Tengo un día muy ajetreado hoy. ¿Te llevo a alguna parte?

¿Es su forma educada de decirme *lárgate, joder*?

Intento no parecer ofendida. Al fin y al cabo, yo iba a largarme en mitad de la noche si no me hubiese cruzado con su novia en la cocina.

—No hace falta. Cogeré un taxi.

—¿Para ir adónde, exactamente?

—No sé por qué crees que te debo alguna explicación, pero…

—Alexandra —me corta con dureza—. Responde a la pregunta, por favor.

—A tu casa. *Tu otra* casa —me corrijo, entornando los párpados.

Me parece que está conteniendo la sonrisa.

—Bien. ¿Necesitas pasar por la tuya para cambiarte de ropa?

—Sí.

—Estupendo. Te llevaré primero a tu casa y luego… a la mía otra vez.

—No quiero molestarte.

—Tú no molestas. Supongo que querrás darte una ducha mientras yo… no sé, ¿preparo café?

¿Café y todo? Qué hospitalario.

—No estaría mal.

Se levanta y me da la mano para ayudarme a incorporarme. Está completamente desnudo. Y, bajo la luz de una soleada mañana de invierno, puedo asegurar que es…

Jo-der.

Un poco cohibida por toda la perfección masculina que tengo delante, aparto con cierta incomodidad la sábana que me cubre y me aferro a sus dedos.

En un visto y no visto acabo entre sus brazos. Casi puedo ver las chispas que estallan cuando mi pecho choca contra el suyo. Me concentraría en ellas, pero me besa con suavidad y no puedo pensar en nada más.

Suspiro de puro placer, y Ash me acaricia el labio inferior con la lengua y me aprieta más fuerte contra su pecho. Es evidente que está buscando una forma de entrar. Intenta tentarme para que separe los labios y lo acoja dentro.

No tardo demasiado en ceder, y entonces el beso suave se convierte en un roce de lenguas húmedas y voluntades de hierro.

A juzgar por la erección que se aprieta contra mi estómago, besarme no es lo único que quiere hacerme.

Tampoco es lo único que quiero yo… Mi cuerpo me traiciona. Este deseo acabará conmigo.

Me siento como si estuviera colocada todo el rato. Quizá sea la adrenalina o la oxitocina lo que hace que la cabeza me dé tantas vueltas y las normas se dilaten como si no tuvieran contorno.

He leído en alguna parte que, cuanto más se prolongan los besos con lengua, más testosterona le pasa el hombre a la mujer, lo cual

actúa como una especie de afrodisiaco que aumenta su receptividad para el acto sexual.

Será eso. Yo me noto muy receptiva. Demasiado, diría.

Ash desliza la lengua sobre la mía, despacio, provocándome, y siento que mi cuerpo se humedece, que las rodillas se me debilitan.

Me estremezco de placer y separo un poquito las piernas cuando noto que su mano baja lentamente por mi espalda y se cuela entre mis nalgas. Sus dedos palpan. Trazan círculos. Me enloquecen. Siente mi deseo y sé que le gusta, disfruta de la forma en la que me remuevo y reacciono ante sus caricias.

Introduce la punta de su dedo corazón en mí y luego me busca el clítoris con el pulgar. Me sacudo como si me hubiese dado una descarga eléctrica.

Su erección crece. El beso se vuelve salvaje.

Entonces, llaman a la puerta.

—¿Ash?

Mierda. Tenía que ser ella.

—¡Espérame en la cocina, Seven! —le grita, exasperado.

Se queda quieto unos segundos, hasta asegurarse de que se ha largado. Sus tacones resuenan por el pasillo.

Tengo que clavarme los dientes en el labio inferior para contener un gemido. Sus dedos aún vibran sobre el lugar donde se concentra todo mi placer. Esto es demencial. ¿Qué demonios hago aquí con este hombre mientras su… lo que sea, está ahí fuera, esperándole? ¿Qué clase de juego perverso es este?

Cuando dejamos de oír el repiqueo de sus tacones, Ash baja la cara hacia la mía. Está sonriendo. Qué guapo es. ¿Por qué no puede dedicarse a la contabilidad y no tener una ex psicópata?

En ese caso, lo nuestro tendría algún futuro.

—Lo siento. —Frunciendo el ceño en un gesto bastante arrepentido, desliza los dedos hacia mi boca y me acaricia los labios—. A veces es un poco territorial.

Hago una mueca y me separo de él.

—Mejor me voy a la ducha.

—Mm-hm. El baño está ahí.

Menos mal que su habitación tiene baño privado. Necesito estar de inmediato bajo un chorro de agua muy caliente que lave mis pecados.

Me dirijo a la puerta que me acaba de indicar y la abro con suavidad.

—Alexandra.

La voz, firme y grave, se abre paso a través de mis venas como si fuera un chute de MDMA.

Vuelvo la cara hacia la suya y, mientras mantengo su mirada, siento una sacudida en el pecho. ¿Qué coño…?

—No sigas sin mí.

Me recorre un escalofrío de anticipación y me noto aún más húmeda que antes. Me arden las mejillas. La adrenalina se desborda por completo en mi torrente sanguíneo. Ya no puedo controlar la respiración. Mi pecho sube y baja deprisa.

Los ojos de Ash se arrastran por mi cuerpo desnudo. Cada vez más lentos. Oscuros. Venerando. Cuando vuelven a clavarse en los míos, ya sé lo que me espera.

—Joder con Seven —gruñe entre dientes—. Ni que fuera de la puta brigada anti polvos. Espérame en la ducha. Volveré lo más deprisa que pueda.

La promesa me excita, o puede que sea la expresión carnal que endurece su rostro. Me cojo el labio inferior entre los dientes y asiento, y él se marcha maldiciendo otra vez la interrupción.

—A ver qué coño quiere ahora —rezonga, antes de pegar un portazo.

*****

El baño es espectacular. Debería ver el cuchitril en el que me ducho yo. De hecho, juraría que mi salón tiene el mismo tamaño que este baño.

Hay una bañera ovalada, con jacuzzi, en medio, lavabo con grifos de bronce envejecido y una cabina de ducha que parece sacada de una película de ciencia ficción.

Elijo la ducha, aunque tardo un buen rato en adivinar cómo funcionan los mandos. Nada más abrir el grifo, le empiezan a salir

chorros por todas partes. Uno de ellos me da justo en el ojo. Otros dos, en los pezones. Otro, entre las piernas.

Sí, precisamente lo que me hacía falta. Más estímulos sexuales.

Gruño disgustada y me lavo el pelo con su champú. Compruebo la etiqueta. No, no es anti caída. Menos mal. Le habría quitado todo el *sex appeal*.

Después de aclararme y tras constatar que no usa acondicionador, cojo su exótico gel de ducha, me echo una buena cantidad en la palma y empiezo a frotarme el cuerpo.

Mmm... Hoy voy a pasarme todo el día oliendo a él. ¿Es retorcido que algo así me excite?

Noto una repentina oleada de frío en la espalda y luego su mano, que baja por mi abdomen y se desliza entre mis piernas.

—Ya sigo yo —me gruñe en el oído.

Siento sus dedos entrar en mí y un latigazo de placer muy intenso me atraviesa el cuerpo. Cierro los ojos, demasiado excitada, y muevo las caderas despacio.

Ash me raspa el cuello con la barba mientras me succiona el lóbulo de la oreja. Su polla palpita en la parte baja de mi espalda. Empuja contra mis nalgas y me separa un poco más las piernas con la rodilla. Intento tocarlo, pero me coge las muñecas con delicadeza y me hace apoyar las palmas en la pared de cristal que tengo delante.

Me dejo hacer y me estremezco cuando sus dedos me llenan de nuevo. Fuera y dentro, con el pulgar rodeándome el clítoris, acelerando el ritmo, ejerciendo la presión exacta. El áspero toque de su barba en mi hombro me hace flexionar las rodillas. Pedir más.

—¿Vas a correrte? —me susurra al oído. Esa voz… Ese timbre tan bajo y masculino me vuelve loca.

Apoyo la nuca contra su pecho y me abandono a sus caricias.

Muevo las caderas, gimo, demando más. Mi cuerpo y mi mente se han desinhibido por completo.

Los dedos que entran y salen de mí me llenan de sensaciones y me arrastran cada vez más cerca de ese lugar oscuro al que pretendo llegar.

Su lengua cálida juega despacio con el lóbulo de mi oreja. Su polla vibra contra mi espalda. No puedo aguantarlo. Esto es demasiado. El placer se derrama de golpe por todo mi cuerpo. Grito y me rompo, y el agua sigue cayendo por encima de nosotros, caliente y purificadora, y mi clítoris sigue rígido y todavía deseo desesperadamente tenerlo dentro…

Nunca estaré a salvo con él cerca de mí.

Capítulo 21

Intentaron hacerme ir a rehabilitación
Pero dije: No, no, no.
(Canción *Rehab*,
Amy Winehouse)

Alexandra

Las obras de la casa progresan con rapidez. Si no hay más contratiempos, para mediados de enero habré acabado. Y la perspectiva me produce cierto desasosiego.

Soy consciente de todo lo que supone terminar la obra. Lo que me une a él dejará de existir. Se habrán acabado las visitas a su oficina, las llamadas para preguntar cualquier cosa que en realidad podría decidir yo misma…

Y entonces ¿qué? ¿Se deshará de mí, como ya me advirtió Seven?

De repente la perspectiva ha dejado de parecerme tan improbable.

No he tenido ninguna noticia suya en los últimos dos días. Me dejó esa mañana en la obra, con un beso pasional, y desde entonces nada, solo silencio. Ni un triste *hola, ¿qué tal te va?*

Así que no dejo de preguntármelo. ¿Soy una más? ¿Es Seven la única importante en su vida y yo formo parte del colectivo de mujeres que entran y salen sin dejar ninguna huella?

Por mucho que me estruje el cerebro, no se me ocurre ninguna respuesta satisfactoria.

Frustrada por todas estas dudas que no consigo despejar, me levanto del sofá y me acerco a la ventana del salón, apartando las cortinas para echar un vistazo al exterior.

Una luna llena de un blanco azulado esparce sombras y contornos sobre la acera helada. La nieve se ha derretido por completo, aunque han dicho que para navidades volverá a nevar, una auténtica tormenta invernal. Faltan cinco días. Las autoridades han aconsejado

que hagamos acopio de alimentos y agua y, si tenemos previsto algún viaje, que salgamos ya.

Observo pensativa la calle vacía y los edificios destartalados y llenos de grafitis.

No hay nada en este mundo que se pueda controlar por completo, ¿verdad? No hay certezas absolutas, solo probabilidades.

Odio las probabilidades. Me gustan las certezas.

Me separo de la ventana sin ninguna gana, cojo el mando a distancia y apago la película en blanco y negro a la que no le he prestado ninguna atención. Será mejor que me vaya a la cama. De todos modos, es muy tarde.

Compruebo el móvil que lleva dos días muy callado y suspiro aburrida. No hay notificaciones nuevas.

Me pregunto si habrá pensado en mí alguna vez. ¿Esto es una cosa pasajera para él o el principio de algo más?

Apago todas las luces de la casa de camino a mi dormitorio y me preparo para una nueva noche de incertidumbre.

¿Estará con Seven?

¿Con cualquier otra?

Vete tú a saber.

Me deslizo entre las sabanas revueltas (llevo varios días sin tomarme la molestia de hacer la cama), me abrazo a la almohada y trato de hacerme a la idea de que debo aprender a ser paciente. Las cosas llevan su tiempo. Él está acostumbrado a otra especie de relación sentimental. Quizá necesite algo de tiempo para asimilar la monogamia.

Si es que somos monógamos…

¿Y si no lo fuéramos?, me pregunto de repente. La verdad es que no lo hemos discutido en serio. Puede que no lo seamos. ¿Me molestaría que se acostara con otras? ¿Que le hiciera a otro cuerpo lo que le ha hecho al mío? ¿Que lo poseyera, que lo marcara, que le provocara a otra ese placer tan intenso que te arrastra hacia la nada, al limbo, al abismo de tu propia consciencia?

¿Y si la mirara como me miró a mí?

Sus ojos azules se materializan de repente en mi memoria. Me penetraban con el mismo frenesí que el cuerpo que se hundía en el

mío.

¿Y si en mi lugar estuviera Seven, o cualquier otra mujer?

¿Me molestaría?

El timbre de la puerta no me permite hallar la respuesta.

Enciendo la pantalla del móvil para comprobar la hora y suelto aire por la nariz. ¿Casi tres días sin saber nada de él y se presenta aquí a las dos de la madrugada? No debería abrirle.

Pero mi cuerpo me traiciona como siempre. Late con tanta anticipación que me levanto de la cama de un salto y, sin encender ninguna luz por el camino, me dirijo a la puerta.

Abro. Nadie dice nada. No hay palabras, ni explicaciones, ni disculpas.

Me mira a los ojos, todo serio, y luego me agarra del pelo, acerca su boca a la mía y me da un beso hambriento, salvaje, que me pone a cien.

Su lengua empuja contra mis dientes y por supuesto que le permito el paso.

¿A quién pretendo engañar? Claro que me molestaría. Me molestaría mucho. Él me pertenece tanto como yo le pertenezco a él.

Cierra la puerta a sus espaldas, me levanta por las caderas y me hace rodear su cintura entre las piernas.

Me apoya contra la pared del pasillo y toma mi boca con la misma pasión que sin duda empleará dentro de un rato con mi cuerpo.

Me noto cada vez más húmeda, siento el cálido fluido que emana de mí, cómo se me empapan las bragas, y me froto contra su erección, provocándolo hasta que el beso se vuelve por completo sexual. Nuestras lenguas se lanzan la una contra la otra como si pretendieran consumirse mutuamente.

—¿Dónde hay una cama? —murmura, con los labios arrastrándose ahora por la línea de mi mandíbula.

Se lo indico con un gesto.

Me separa de la pared y, sin bajarme al suelo, me lleva a la habitación.

Me sienta encima de la cama.

Me mira como si fuera su obra de arte favorita.

Luego me sube el camisón hasta la cintura.

Sus ojos se oscurecen cuando doblo las rodillas y abro las piernas para él. Me toca con el dedo corazón por encima del encaje húmedo.

Un roce. Una descarga eléctrica. El chute de éxtasis líquido en mis venas, y ya estoy loca de deseo por él.

Se quita la corbata. La tira al suelo.

Separo un poquito más las piernas. Se quita la camisa.

Nuestras miradas no dejan de aferrarse la una a la otra.

Pantalones fuera, y su miembro erecto salta hacia arriba, ansioso por ser acariciado.

—Quítatelas —me pide con la voz tan ronca que casi ni la reconozco.

Lo hago, me quito las bragas de encaje negro que en realidad solo me pongo para él y las dejo caer al suelo. Me excita su forma de mirarme, lo salvaje y ansiosa que se ha vuelto su expresión facial.

—Quiero que te toques.

Arqueo una ceja.

—Y yo quiero que tú también lo hagas.

Sonríe, aunque solo un poco.

—De acuerdo. ¿Así?

Cierra la mano en torno a su miembro y la mueve arriba y abajo. Me excito tanto que no tengo ningún problema en presionar mi clítoris con los dedos.

—Mm-hm.

Se acerca a mí para tocarme un pecho. Después, el otro. Sin dejar de masturbarse. Sin que yo deje de hacerlo. Sus dedos rodean sin prisa mis pezones, círculos lentos que los hace erguirse de inmediato.

—¿Qué sientes, Alexandra? —pregunta, sin liberar mi mirada.

—Placer.

—¿Y quién te lo está dando, tú o yo?

—Tú —respondo sin dudar.

—¿Y qué sientes cuando te lo provocas solo tú?

—Frustración.

Levanta la mirada hacia la mía, sorprendido de ver que no estoy dudando.

—¿Lo has intentado?

—Ayer.

Intenta mantenerse serio, pero no lo consigue.

—¿Qué pasó?

—Que no llegué.

Vuelve a apretar los labios para esconder la sonrisa. Sé que le satisface mi respuesta.

—¿Fue en la bañera?

—En esta cama.

—Hum. Abre las piernas un poco más, pequeña. Eso es. Ahora métete un dedo dentro, el corazón, y dóblalo hacia arriba. No dejes de girar el pulgar. Quiero que llegues esta vez.

—¿Sin ti?

—Habrá tiempo para todo.

Hago lo que me pide y su mano se mueve más rápido encima de su polla. Esto le gusta, le pone cachondo.

—¿Dónde has estado? —pregunto, sin poder contenerme.

Me sonríe, enseñando los dientes.

—Por ahí.

—¿Por ahí?

—¿Estás molesta?

—¿Por qué iba a estarlo?

—No lo sé. Dímelo tú.

—No tengo nada que decirte.

—Cojonudo entonces. Yo tampoco tengo nada que decir al respecto. Acarícíate un pecho. Rasga el pezón con la uña. ¿Qué sientes?

—Una descarga de placer.

—¿Quieres correrte?

—Aún no.

—Estás enfadada conmigo.

—¿Tú crees?

Vuelve a sonreír.

—A ver ese dedo. Sácalo. Mmm —ronronea con deleite—. Me gusta que estés así de mojada. Que lo desees tanto. Ahora quiero que uses también el otro, el índice. Imagínate que soy yo quien lo hace, que te estoy follando con estos dos dedos.

Es curioso el poder que concedemos a otros sobre nuestro placer.

Separo los labios para coger algo de aliento y sigo sus instrucciones. Mi cuerpo se arquea. Se retuerce por él.

Acerca su boca a mis pezones y se entretiene en ellos unos segundos. Después, la aprieta contra la mía, me pide entrar.

No se lo niego, y nuestras lenguas se encuentran y cabalgan lentamente la una encima de la otra, hasta que me aparto de él y clavo mis ojos cargados de fuego en los suyos.

Observa cómo me toco y empieza a frotarse con más velocidad. Todos los músculos de su rostro se endurecen. Se le hincha una vena en la frente. Noto que le falta poco para correrse. Y también que no quiere hacerlo.

—Pídemelo —suplica desesperado, acercando de nuevo la boca a la mía—. Dime que me necesitas dentro de ti.

Veo el deseo en sus ojos.

Otro beso violento.

Nuestras lenguas buscándose.

Se lo pido.

—Fóllame, Ash. —Hago una pausa y, respirando fuerte cerca de su boca, susurro—: Por favor.

Gruñendo ansioso, me busca la boca de nuevo, la lengua... Recorre mi cuerpo con las manos, los dedos, los labios. Se pone un condón deprisa. Es un experto.

Cierro los ojos cuando se empuja dentro de mí con una firme embestida. Su respiración arde en mi cuello, me acaricia la cara. Su cuerpo palpita por liberarse en lo más profundo de mi interior. Pero no lo hace. Sale, vuelve a entrar, dibuja círculos con las caderas.

Y me toca; me toca justo donde necesito que me toque y yo me disuelvo, me pierdo en él de una forma que empieza a asustarme. Porque por unos segundos no hay nada, solo placer y el hielo en llamas que absorbe mi alma.

Se corre con un gruñido y, cuando termina de vaciarse, se queda quieto, abrazado a mí.

—Siento no haberte llamado —me dice con la frente apoyada en la mía—. He tenido unos días complicados. Pero, créeme, he estado pensando en ti todo el rato.

—¿Quedas con otras mujeres?

Se aparta un poco y me evalúa con el ceño fruncido.

—¿Y tú? ¿Quedas con otros hombres?

—Lo he preguntado yo primero.

—Ya te lo he dicho, solo me interesas tú. ¿Qué hay de ti?

—Yo solo me acuesto contigo.

Sonríe y me toca el centro del mentón, justo por debajo del labio.

—Como debe ser, pequeña.

—¿Por qué me llamas así?

—No lo sé, te pega. ¿Puedo quedarme a dormir?

—¿Quieres quedarte a dormir? —repongo, divertida.

—Y también quiero sitio para mi cepillo de dientes.

Le pongo mala cara y él se echa a reír mientras, despacio, sale de mí y se quita el condón.

—Mañana iremos al médico.

El cambio de tema me sorprende. Me incorporo en la cama y lo miro, confundida.

—¿Para qué?

—Quiero renunciar a esto. ¿Tú no? ¿Dónde hay una papelera?

—En el baño.

Espero a que vuelva y entonces le digo:

—¿No te preocupa un embarazo no deseado?

—El otro día te dejaste las píldoras encima de la mesa.

—Entonces, ya sabes lo descuidada que soy.

Su risa me hace sonreír.

—A lo mejor llevabas mucho tiempo sin hacerlo y no te preocupaba quedarte embarazada. Ven.

Se tumba en la cama y me rodea en un abrazo. Esto me confunde. Su forma de hacerme el amor, esta conversación, que se quede ahora…

—Ash… —Levanto la mirada hacia la suya y durante unos segundos nos evaluamos el uno al otro en silencio—. ¿Estamos manteniendo una relación?

Me abraza con fuerza, como si quisiera asegurarse de que no vamos a separarnos nunca.

En realidad, no necesito que me conteste. Veo en sus ojos el brillo de posesividad. No se requieren palabras para que entienda que nos pertenecemos el uno al otro desde el primer día.

—Sí, Alexandra. Estamos manteniendo una relación.

Y así, sin más, me deja entrar en su mundo.

Capítulo 22

¿Cómo he llegado hasta aquí?
Me pregunto cuándo comenzó mi declive;
en qué momento podría haberlo interrumpido.
¿Dónde tomé el camino equivocado?
(Paula Hawkins)

Alexandra

Faltan tres días para Navidad.

Ash ha vuelto a pasar la noche en mi casa. No parece molestarle el barrio, los edificios destartalados de aspecto tercermundista, ni el cuchitril en el que vivo.

Debe de sentirse cómodo aquí, porque es la tercera noche que llama a la puerta y, en cuanto le abro, sin necesidad de intercambiar palabras tontas, me desanuda el cordón de la bata, me lleva a mi habitación entre besos y caricias eléctricas, y me hace el amor en mi propia cama, con una pasión y una ternura que me descolocan.

Nuestros cuerpos se funden en la oscuridad, nuestros dedos se entrelazan, somos uno y un todo, y yo me dejo llevar por la intensidad del momento, sin comerme la cabeza con algo tan vulgar como los arrepentimientos.

Cuando el fuego se aplaca por fin, nos tumbamos encima de las sábanas húmedas y arrugadas que huelen a sexo y conservan su aroma horas después de que se marche, y él me abraza.

No hay palabras innecesarias, solo el silencio cargado de paz que, durante unos minutos, me hace ignorar la realidad.

Solo al insinuarse el amanecer al otro lado de la ventana la sensación de paz se tiñe de tristeza. El tiempo se acaba.

Durante la noche me pertenece por completo, pero de día nunca está aquí y, cada vez que sale por la puerta, me pregunto si volveré a verle.

No me preocupa que quiera apartarse de mí. Que quiera ponerle fin a lo nuestro ya no me parece probable. Está tan enganchado como yo. Lo que me preocupa es que le pase algo.

Las noticias que sacuden la ciudad son cada vez más alarmantes. Hace dos noches dispararon a un hombre a quemarropa en plena calle. Lo tildaron de ejecución, un ajuste de cuentas entre dos bandas criminales.

No puedo dejar de preguntarme si lo hizo él. Si fue su mano la que apretó ese gatillo. La misma mano que tanto placer puede darme. ¿Es ella la causante de todo ese dolor y esa muerte y esa destrucción?

Me vuelvo a enfundar en mi bata y me aferro a su cuerpo desnudo por última vez, susurrándole al oído un breve adiós.

Su piel es cálida, suave y conocida. Mis manos recorren su espalda y noto cada uno de sus músculos tensarse conforme se le quebranta la respiración.

Me besa el cuello, me lame la piel, me quita otra vez la bata, y yo cierro los ojos y me abrazo a él con más fuerza.

Fuera, la nevada es cada vez más intensa. En breve tendrá que quedarse en su casa. Ya no se podrán sacar los coches a las calles. Dicen en la tele que es la peor borrasca en cien años.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le susurro mientras él penetra con un dedo mi cuerpo, húmedo y listo para entregarse otra vez.

Siempre lo hace antes de irse, como si regalarme unas últimas gotas de placer lo excitara; como si pretendiera que yo me pasara lo que queda de día pensando en él, deseándolo.

—Trabajar.

Cierro los ojos y gimo con suavidad, y él sigue jugando con ese trocito de placer que ahora le pertenece por completo. Su boca se arrastra por mi garganta y mi mentón, levantando fuego a su paso.

Noto su aliento caliente en mis mejillas y su polla tiesa dándome un empujoncito. Me sostiene, me protege, me besa y me abraza, y sus dedos entran y salen despacio. Siempre igual. Círculos, besos, su lengua empujándome cada vez más cerca del límite. Me desintegro de placer y él me calma despacio, no hay prisa por acabar. Supongo

que, en este momento, comprendo quién es él y qué significa para mí.

—¿Qué tal se te dan los juegos? —me pregunta cuando ya se ha apartado de mí y, de pie delante de la cama, se está poniendo la camisa.

Me doy cuenta de que lo observo como una perturbada, de que me excitan incluso las cosas más sencillas, ver cómo se viste, cómo se cierra los botones de la camisa, cómo se anuda la corbata al cuello, cómo se coloca los gemelos...

Parpadeo para tranquilizarme y levanto la mirada hacia la suya.

—¿De qué clase de juegos estamos hablando?

Me sonríe con una expresión traviesa que me recuerda por qué me gusta tanto estar con él, y se sienta en la cama a mi lado. Con ternura, acaricia mi cabello y me roza la mejilla con los dedos. Es una sensación de lo más reconfortante. Me acerco a él, aunque sé que no vamos a volver a lo que estábamos haciendo.

—Los de azar.

—¿La ruleta?

—Algo así.

—No lo sé. Nunca he ido a un casino.

—¿Que nunca has ido a un casino? —repone, perplejo—. Coño, eso hay que remediarlo de inmediato. Te recojo esta noche a las ocho. Cenaremos antes.

—¿Antes de qué?

Se levanta de la cama y me sonríe desde arriba con una complicidad que me hace añorar la pasión de anoche.

—*Antes.*

Se pone los gemelos y el reloj. Lo miro, lo absorbo, me pierdo en él. Se cuelga un cigarro de los labios, pero no lo enciende. Nunca fuma aquí dentro.

—¿Ash?

Se vuelve desde la puerta, con las cejas enarcadas, y espera a que diga lo que sea que quiera decirle. Es un hombre muy paciente. Me daría miedo verle perder los estribos.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le repito con tranquilidad.

Sus ojos se arrugan hacia las esquinas, como si estuviera conteniendo la sonrisa.

—Trabajar, cielo.

Siempre igual.

—Trabajar, ¿en qué?

La única respuesta que me concede es un guiño.

Espero hasta oír la puerta de la entrada cerrarse detrás de él y entonces me desplomo en la cama que huele a él, a nosotros, abrazo su almohada y sueño.

Sueño siempre con tantas cosas imposibles...

*****

Es la primera vez en toda mi vida que piso un casino.

El edificio es tan majestuoso que me siento como si hubiese cruzado un túnel del tiempo. De pronto, he sido catapultada a los años treinta, la época dorada del juego.

Hay glamour en todo lo que me rodea, en la opulencia de los techos altos, en los mármoles y en las alfombras que cubren los suelos, en las descomunales salas revestidas de rojo y bronce, y hasta en las lámparas que arrojan una luz tenue y misteriosa sobre los febriles jugadores.

El tintineo de las tragaperras me resulta reconfortante. Un jazz muy suave suena en alguna parte, apenas un susurro que se escucha en la antesala.

Camino con los ojos clavados en las impresionantes columnas iónicas que parecen sostener todo el edificio para que no se venga abajo.

Es un lugar magnífico que huele a euforia y a vidas truncadas. Me gusta que no haya relojes. El tiempo no tiene ningún significado.

Ash apoya la palma contra mi espalda y me conduce hasta el bar. Todo el mundo lo saluda de camino. Todos lo conocen. *Buenas noches, señor Williams. ¿Cómo está, señor Williams? ¿Todo bien, señor Williams? Me alegro de verle, señor.*

Es el rey de este lugar, y ante mí se inclinan como si fuera su reina.

—¿Cómo es que los conoces a todos?

Vuelve la cara hacía la mía y me sonríe.

Y esa sonrisa, tan atractiva, tan *real*, me paraliza el corazón y hace que contraiga los muslos.

—Soy el dueño.

—¿Tienes un casino?

—Y muchos clubs —me responde mientras, con una mano, me invita a sentarme en una mesa para dos. El casino tiene restaurante—. Querías saber a qué me dedico, ¿no? Pues ya lo ves: apuestas y ocio nocturno. También invierto en petróleo, energías renovables para cuando se vaya a tomar por culo el petróleo, que lo hará, transporte, empresas de seguridad… Un sinfín de sectores. El *Grupo Williams* tiene intereses variados.

No confío en él ni por un segundo.

—¿Y qué hay de la pistola que llevas siempre encima? La que sueltas todas las noches encima de mi mesilla, junto al contenido de tus bolsillos.

Una pequeña sonrisa intenta abrirse camino en las comisuras de mi boca.

—Esto es América, cielo. Hasta los niños llevan pistolas.

—Te oí esa noche y lo sabes. Pongamos las cartas sobre la mesa, *cielo*. Esto ha dejado de divertirme. ¿Te dedicas al tráfico de armas?

—No.

Es tan categórico que me lo creo.

Así que será otra cosa.

—¿Narcotráfico?

—No.

—¿Prostitución?

—Ni de puta coña —me gruñe con una fiereza que me estremece.

—Entonces ¿qué cojones haces?

—Te lo acabo de decir —contesta con cierto hastío—. Apuestas y ocio nocturno.

—Pero te han robado un camión lleno de armamento.

Su rostro pasa de la beligerancia a la exasperación.

—El camión no era mío. Hay una filial de la sociedad W que ofrece servicios de protección. No hacemos preguntas, y tú tampoco deberías.

Es muy frustrante golpearse una y otra vez contra el mismo muro de acero.

El camarero deja sobre la mesa dos copas que no hemos pedido. Whisky para él, *dry martini* para mí.

Lo ignoro por completo y mantengo la vista clavada en las pupilas del hombre que tengo delante.

—¿A quién ofrecéis servicios de protección?

Se encoge de hombros con desdén.

—A todo el que lo demande. Inversores extranjeros, en este caso.

—¿Y no os reserváis el derecho de admisión? ¿Si quien lo demanda es un grupo terrorista…?

Su cara no desvela nada. ¿Por qué tengo la impresión de que siempre lleva puesta una máscara?

—¿De dónde viene todo este interés por mi trabajo, Alexandra?

—Quiero conocerte.

—Me conoces. Anoche estuve dentro de tu cuerpo.

La ceja que arquea insinúa que lo que pretende decir es: estuve dentro de tu cuerpo *sin condón*. Me arrastró al médico y, después de hacernos las pruebas que certificaron que ninguno de los dos padecía enfermedades de ningún tipo, tiró a la basura los condones. Disfrutó mucho haciéndolo. Odia cualquier cosa que se interponga entre nosotros.

—No es lo mismo y lo sabes.

Toma un trago de whisky y tensa el gesto.

—¿Por qué no te limitas a follar conmigo? —me propone, atravesándome con toda la oscuridad de su mirada.

—Tengo la sensación de que lo nuestro no va a funcionar, Ash.

—No seas tan pesimista, joder.

Desprendo los ojos de los suyos y observo el restaurante. Hay varias caras conocidas. Famosos, políticos; él es importante si toda esta gente está aquí. ¿Harán negocios juntos?

—¿Te gusta? —pregunto al volver de nuevo la cara hacia la suya.

Tan cautivado parece por mi presencia que, por un momento, al mirarnos, todo cuanto nos rodea se desvanece. A la mierda las

compuertas y los contornos. No hay nada más allá del azul fluorescente que me absorbe.

—¿El qué? —inquiere con esa voz rasgada que me hace estremecerme de placer.

—Ser un mafioso. ¿Tienes un *consigliere* como Vito Corleone? ¿Qué eres?, ¿un capo, un don? Desconozco las castas. Háblame de ello.

Me sonríe, una sonrisa lenta que deja claro que no está dispuesto a ofrecerme ninguna información.

—No soy un mafioso, cielo.

—¿Y qué eres?

—Ahora mismo, un hombre muy hambriento. ¿Podemos pedir ya o hay algo más que quieras preguntarme?

Aprieto los labios con fastidio y niego para mí.

—No sé qué estoy haciendo aquí. Tú y yo no mantenemos una relación, Ash. Tú y yo follamos. Vienes a mi casa, te vacías dentro de mi cuerpo y luego te largas. Eso es todo.

Como no soporto mirarlo ahora mismo, desvío la vista hacia la estantería de los vinos. Los hay de toda clase, de todos los países.

—Pasa la Navidad conmigo y con mi familia.

Vuelvo el rostro hacia el suyo, sorprendida por la petición.

—¿Qué?

—Quiero que estés conmigo —me dice, con la mirada clavada en la mía y una voz baja y cálida que, como siempre, me desarma—. Esto es serio para mí, Alexandra. Te prometo que lo es. Estoy al cien por cien comprometido con esta relación. *Quiero* que funcione.

¿Qué puedo decir?

—Está bien. ¿Irá Seven?

No he podido evitarlo y, por la cara que me pone, no le gusta la pregunta. Si me pusiera a hacer una lista de todas las cosas que no me gustan a mí, no acabaríamos hasta el amanecer.

—Ella es parte de mi familia.

Las buenas noticias no dejan de acumularse.

—Genial. Estoy impaciente por saludarla.

Me mira mal, y la verdad es que me da lo mismo.

*****

No hablamos demasiado durante el resto de la cena. Imagino que ya no tenemos nada que decirnos. A él no le gusta que le presionen y a mí no me gusta que me den largas. Somos tal para cual, a ninguno nos gusta ceder.

Después de compartir postre, uno con chocolate, que es lo que me apetecía a mí, me lleva a uno de los salones de juego y pasamos por varias mesas.

Juega al *blackjack* y gana.

Juega a la ruleta y gana otra vez.

—¿Cómo es que no dejas de ganar? —le susurro cuando por fin consigo acercarme a él. Como ahora juega al póker, he podido sentarme a su lado y estoy mirando sus cartas sin entender demasiado. Los juegos de azar me aburren. No creo en el azar. Lo mío es la planificación de una estrategia bien ejecutada. El azar es voluble. Me gustan las certezas.

—La diosa Fortuna está de mi parte últimamente.

La diosa Fortuna.

Si algo sé sobre la suerte, es que a veces cambia, se vuelve en tu contra.

La diosa Fortuna es una zorra desagradecida. Te deja plantado cuando menos te lo esperas. Aunque por su sonrisita diría que no va a ser esta noche…

Deposita las cartas sobre la mesa y desafía con la mirada a los demás jugadores.

—¡No me jodas! —protesta un tipo mayor, elegante y refinado, con un gusto exquisito, a juzgar por la rubia con aspecto de modelo que lo acompaña—. ¿Una escalera de color?

A juzgar por la cara que ponen todos, la escalera de color de Ash es una jugada maestra.

—Ha sido divertido, caballeros —les dice, poniéndose de pie y arrastrándome tras él—, pero ya es hora de retirarme. Que lo paséis bien.

Coge sus ganancias y nos largamos de ahí. Si no he perdido la cuenta, creo que ha ganado unos cincuenta mil dólares esta noche.

—¿Qué vas a hacer con tanto dinero? —pregunto de camino al aparcamiento.

—Comprar regalos para los niños. Es Navidad.

Lo miro sin comprender. ¿Es que tiene hijos? A ver si va a estar casado con Seven y yo aquí sin saberlo. Las relaciones abiertas están muy de moda hoy en día.

—¿Qué niños? ¿Tuyos?

—No, Alexandra. Yo siempre he usado condón antes de ti.

Se está burlando. Puedo ver un rastro de sonrisa en la comisura de sus labios, amenazando con hacer añicos la serenidad de su expresión.

—¿Entonces?

Se detiene por un segundo, antes de entrar en el coche, y me mira por encima de la carrocería del Audi negro que se ha traído esta noche.

—Los niños de mi barrio.

—Los niños de tu barrio viven en casas de dos millones de dólares.

Hace una mueca.

—No *ese* barrio. *El otro*.

—No hablas mucho del otro.

—No tengo nada que contar.

—¿Puedo ir contigo?

—Mejor en otra ocasión. Sube. Volvamos a tu casa.

Me recorre una intensa oleada de placer sexual. Veo la amenaza que esconden sus palabras.

Y no me equivoco. La combustión crece hasta volverse peligrosa.

Cuando llegamos a mi apartamento, me abraza tan fuerte que siento que podría matarme si quisiera.

Y, mientras nos besamos, arropados por la oscuridad del salón, febriles, impacientes, empujándonos el uno al otro más allá de los límites, me pregunto quién es este hombre al que estoy dejando entrar en mi mente, en mi corazón, en mi cuerpo…

Se está incrustando en mí con la misma fuerza que los dedos que me acaban de arrancar el vestido y ahora me agarran el culo con tanta firmeza que no consigo despegar mi cuerpo del suyo.

Abro los ojos para estudiar su exquisito rostro bañado por la penumbra, y me pregunto si de verdad llegamos a conocer a una persona.

Hay muchas formas de matar a alguien. Puedes asesinarlo, puedes ignorarlo y puedes olvidarlo.

Que te olviden es la peor forma de morir, la más cruel de todas. No quiero que él me olvide nunca. Quiero que recuerde; que lo recuerde *todo*.

Supongo que eso es lo que implica estar tan obsesionado con alguien, sientes una constante necesidad de poseer y de ser poseído, tu único deseo en el mundo es dominar a la persona que se ha convertido en objeto de tu obsesión. Quieres incrustarte en ella hasta estar seguro de que nunca te superará.

Hay límites que no se deben cruzar nunca porque, una vez traspasados, no habrá vuelta atrás.

Lo nuestro no entiende de límites.

Lo que Ash y yo tenemos es una obsesión de primero de psicología.

Acabo de comprenderlo.

Capítulo 23

Todo lo que quiero para Navidad…
eres tú
(Canción *All I Want for Christmas Is You*,
Mariah Carey)

Alexandra

El veinticuatro de diciembre amanece con el alcalde de la ciudad decretando el estado de emergencia por culpa de la nieve.

Si lo que vi anoche por la ventana era un reino encantado, una auténtica postal navideña, lo que tengo delante al abrir las cortinas esta mañana es el escenario de una novela de Stephen King.

Estamos aislados y, aunque ha dejado por fin de nevar después de treinta horas seguidas, fuertes rachas de viento levantan una nevisca helada que dificulta por completo una tarea tan simple como la de caminar por la calle sin tener que cerrar los párpados.

Dadas las rentas casi inexistentes de los vecinos de la zona, seremos los últimos en ver una máquina quitanieves en nuestras calles. No es ningún secreto que las autoridades se preocupan primero por solucionar los problemas de los barrios más pudientes.

Y, después, si es que aún cuentan con recursos, atienden a los demás.

Me parece que voy a pasar las navidades sola, lejos de la mansión encantada de Ash.

No sé si siento alivio o aflicción.

Será mejor que le llame para darle las buenas noticias.

Me anudo la bata en la cintura, enciendo la cafetera y marco su número mientras espero a que se termine de calentar el café.

Contesta de inmediato y, como siempre, mi estúpido corazón late frenético.

Anoche no nos vimos, él tenía *cosas que hacer*, y creo que estoy con el mono.

—¿Me echas de menos tan pronto?

Algún día haré añicos esa arrogancia. Lo juro.

—No mucho, la verdad. ¿Qué tal estáis por tu zona?

—Aislados. —Se le filtra la sonrisa en la voz—. ¿Qué tal tú?

—Igual. Me parece que vamos a tener que cancelar lo de esta noche.

—¿Por qué?

¿En serio? ¿Es que no ve por la ventana el mismo escenario apocalíptico que yo?

—¿Porque vives en la otra punta de la ciudad y no se puede conducir con metro y medio de nieve en la calzada?

—Bueno, si es por eso… ¿Y qué vas a hacer sola en casa? Aparte de pensar en mí y echarme de menos.

Me río mientras, con el móvil entre el hombro y la oreja, me sirvo una buena taza de café.

—Pues no lo sé. Me prepararé una pizza congelada y pondré alguna película en blanco y negro.

Noto que sonríe.

—¿Te gustan las películas en blanco y negro?

—Son mis favoritas.

—¿Por qué?

—Llámame nostálgica.

Se produce una pequeña pausa.

Tomo un sorbo de café. Él suelta un suspiro.

—Te recojo a las siete, Alexandra.

—¿Cómo que me recoges a las siete?

—Ya te lo he dicho, cielo. Quiero que pases las navidades conmigo.

—¡Estamos aislados bajo una nevada histórica!

—Buscaré una solución.

—*No hay* solución.

—*Siempre* hay una solución —me corrige, antes de colgarme.

Creo que se le ha ido la pinza. La presión de ser el mandamás del reino de los matones ha podido con él. A ver si vamos a tener que llevarlo a terapia como a Paul Vitti o a Tony Soprano.

Es una bendición que tenga una hermana psicóloga.

*****

Me he dicho a mí misma que era imposible salir hoy de casa y, para colmo, cruzar la ciudad; que Ash ha perdido la cabeza y que hay que llevarlo a psicoterapia lo antes posible.

Me he puesto excusas y más excusas.

Pero son las siete menos cinco y aquí estoy, delante de la ventana, vestida para salir.

Me gustaría saber cómo tiene pensado llegar hasta aquí. ¿En helicóptero?

Surco el cielo con la mirada, pero no me parece probable que nadie pueda volar esta noche. No solo porque esté nevando, sino por el viento de las narices. Cleveland se ha convertido en el Polo Norte. Muy oportuno para las navidades.

No, es imposible que pueda llegar hasta mi casa. Será mejor que me cambie, me desmaquille y…

No llego a acabar el pensamiento. Algo grande y ruidoso asoma en mitad de la oscuridad. ¿Qué demonios es esa bestia estrepitosa?

Primero veo las luces.

Luego, la nieve volar por los aires.

Espera. ¿Es una…?

Nooo. ¡Se ha traído una quitanieves! ¡¿Qué?! Suelto una fuerte carcajada detrás de la ventana.

Algunos vecinos, alertados por el ruido, han salido a los balcones y están aplaudiendo al héroe que va a liberarlos esta Nochebuena. Esto es demencial.

Sin dar crédito a lo que estoy viendo, agarro mi bolsito de noche, me pongo un abrigo negro, elegante, que reservo solo para las ocasiones especiales, y salgo a la calle.

Ash me espera delante del edifico, apoyado en el guardabarros de un Range Rover blanco que tiene las lunas tintadas. Al verme llegar, le da una última calada al cigarro y lo lanza en la nieve.

No puedo creer que haya armado todo este follón solo para venir a recogerme.

Al final vamos a ser el primer barrio de Cleveland en recuperar la movilidad, y todo porque yo salgo con *Don* Williams.

—¿De dónde has sacado una quitanieves?

Esboza una arrebatadora sonrisa de lado, que pinta arruguitas muy sexys en las comisuras de sus penetrantes ojos. Está guapísimo. Lleva esmoquin y abrigo negro. Un mechón de pelo rubio oscuro le cae sobre la frente con el viento y se lo peina de nuevo hacia atrás con los dedos.

—Tengo contactos.

Se hunde en el manto de nieve que la máquina ha tirado a las aceras, coge mi cara entre las manos y sus labios se encuentran con los míos en un beso devastador. Los vecinos que siguen asomados a los balcones aplauden y vitorean.

—Vamos —me susurra con suavidad—. Hace frío. No quiero que te enfermes.

Me coge de la mano para ayudarme a mantener el equilibrio subida a unos tacones de aguja y me abre la puerta del Rover.

Agradezco el calor que me recibe en el interior y los asientos calefactables. La verdad es que, pese a su beso pasional, empezaba a congelarme. Tengo la ropa mojada de abrirme paso entre la nieve.

Ash enciende los faros y, despacio, sigue a la quitanieves.

Todavía estoy perpleja. Nadie ha hecho nunca nada parecido para estar conmigo.

—Dime la verdad. ¿Has armado este follón porque te parecía deprimente que cenara una pizza congelada en Nochebuena?

Ríe, me coge la mano y planta un beso en mis nudillos.

—No, pequeña —responde, clavándome su abrasadora mirada en las retinas por unos segundos—. He hecho esto porque te necesito a mi lado a todas horas. Esta noche es especial y quiero que la celebremos juntos. Porque *tú* eres especial para mí.

Está claro: es mi príncipe azul vestido de etiqueta, a lomos de una máquina quitanieves.

Lástima que sea un príncipe oscuro.

*****

Esperaba alguna decoración navideña, no que el jardín de su casa se hubiese convertido en el sitio más alucinante de la ciudad.

—Guau. A esto le llamo yo entusiasmo navideño.

Se echa a reír y aparca el coche lo más cerca posible de la escalera. Hay varios todoterrenos en el patio, así que, o tiene una familia grande, o ha montado un fiestón a pesar del estado de alarma. No parece él muy fan de las normas…

—Es cosa de Mia. Le encanta la Navidad.

—Ya lo veo.

—Ven. Entremos.

Admito que estoy un poco nerviosa, no sé lo que me espera ahí dentro. Sus dedos encima de mis nudillos me infunden valor, pero no sé si será suficiente.

Se abre la puerta y nos recibe la música y las risas.

Sin embrago, todo parece congelarse cuando la gente advierte mi presencia. La música sigue sonando sin que nadie le preste atención.

Mia se ha quedado pálida, lo cual me hace pensar que Ash no le ha contado nada de lo nuestro.

Mierda.

Recorro el salón con la mirada, un rápido examen de los rostros que me rodean. La que más miedo da es Seven. Sus ojos de azul plomizo parecen desgarrarme la piel de la cara.

—¿Qué hace *esta* aquí? —gruñe, entre dientes.

Ash la ignora.

—Atención todos. Dejad lo que sea que estéis haciendo porque tengo algo importante que anunciaros. Tú también, Julian. Deja el puto porro. Ya sabes que no puedes fumar aquí dentro, joder, que luego me apestan las cortinas.

Fascinante. Le preocupa el olor de las cortinas. Nunca se me habría ocurrido.

El tipo calvo, con aspecto de ex presidiario, apaga el porro en un cenicero y casi se traga el humo. Es divertido ver a alguien tan grandote en un aprieto.

—Lo siento. ¿Decías?

—Quiero presentaros a Alexandra, mi novia. Alexandra, estos son mi familia, el Rubio, Serpiente, Colin, Santi, Rafa, este gilipollas que huele a hierba barata es Julian. —Todo el mundo se ríe; yo me limito

a tensar los labios en un gesto bastante incómodo—. Ellas son sus chicas. Harper, Dakota, Bethany, Laney… eh…

—Mel —le echa un cable alguien de por ahí.

—Eso, Mel. Y… perdona, cielo. No me sé tu nombre.

—Andrea —contesta una rubia bajita con aspecto de duendecillo alegre.

—Andrea. Por supuesto, conoces a mi hermana Mia y a su encantador novio, este de aquí es mi colega Ax y su mujer, Daisy, Seven... Ah, y ese que vuelve de la bodega es Mickey. El puto Mickey Mouse.

Tengo decenas de ojos curiosos clavados en mí. Adiós a mis esperanzas de pasar medio desapercibida. Todo el mundo me inspecciona de la cabeza a los pies. Espero estar vestida a la altura de la ocasión. Aunque no sé qué vestido iría a juego con mi novio el mafioso…

Seven empuja la silla hacia atrás con gesto cabreado y se marcha de la fiesta.

—Se ve que le he caído bien —digo, para diversión de Ax y de su mujer que, al estar cerca de mí, me escuchan perfectamente.

—No te lo tomes a mal —intenta consolarme Axel—. Es así de arisca con todo el mundo.

Me quedo mirando su rostro apuesto en un evidente intento por ubicarlo en mi memoria.

—Tú me suenas de algo.

—Axel Grove —se presenta, alargándome la mano—. Gané la Indy del año pasado. Tal vez te suene por eso.

—¡Claro! Eres súper famoso.

—Tampoco es para tanto —interviene Ash, que me rodea los hombros con el brazo y me acerca a él—. ¿Qué quieres beber, cielo? ¿Un martini?

—Si no es mucha molestia…

—Nunca lo es.

Me deja con un beso en el cuello y va a por mi copa. Se supone que ahora debería integrarme en el grupo, interactuar con sus amigos y familiares, pero no me siento nada cómoda. La gente o

bien me ignora o bien me observa, como Mia, en cuya expresión percibo una dureza que no invita nada a acercarse.

—¿Y cómo os conocisteis Ash y tú? —me pregunta Axel, a quien agradezco hacia mis adentros que siga de pie a mi lado e intente llevar una conversación. Parece buen tío.

—Estoy reformando su nueva casa.

—¿El palacio oriental?

Me río.

—Sí. ¿Has estado ahí?

—Daisy y yo vivimos cerca.

—Ah. Genial. ¿Y de qué conoces tú a Ash?

Es decir, sus amigos con pintas de presidiarios encajan más en el ambiente que un famoso piloto con tantos títulos a sus espaldas. Ahora que me ha dicho su nombre completo, ya sé con quién estoy hablando.

—Hace mucho que lo conozco. Fui a la cárcel por ese gilipollas.

—¿Qué? ¿Te detuvieron?

—Mm-hm.

—¿Por qué?

—Porque se dejó trincar —me responde Ash. Pone la copa en mi mano y me vuelve a rodear los hombros con el brazo.

—No seas capullo. Encima de que no te delaté…

Ash se echa a reír y me guiña el ojo. Este hombre ha tenido una vida fascinante.

—Creí que vendría —dice Ax de pronto, y me doy cuenta de que algo ha cambiado en su cara. De repente parece mayor, cansado y vencido. No hay luz en sus ojos, solo tristeza y oscuridad.

—Tío, han cancelado todos los vuelos. Mira por la ventana, coño.

—Ya. Mala suerte, ¿no?

—¿Por qué no te vas a buscar a Daisy? —le propone Ash en tono apaciguador—. No le estás haciendo ni puto caso a tu mujer.

—No me necesita. Con un par de rayas, Daisy está servida.

—Joder, Axel. No me toques las pelotas.

Me parece que no debería presenciar esta conversación tan íntima, pero estoy en medio de los dos, con el brazo de Ash

manteniéndome pegada a su costado, y no puedo marcharme sin llamar la atención.

Así que tomo un sorbo de martini y los miro incómoda a través de mis maquilladísimas pestañas. Me pregunto quién será ella. Es evidente que Axel está enamorado de alguien a quien esperaba ver en la fiesta de esta noche. Así que… ¿quién falta?

—¡A cenar! —escucho la alegre voz de Mia—. Venga. ¿A qué estáis esperando?

No queda otra que ponerse en marcha.

Ash se sienta en el cabecero de la mesa. Yo, a su derecha. Mia, justo en frente de mí.

Me dispongo a decirle algo, pero aparta la mirada a propósito antes de que lo haga y se pone a hablar con la mujer de Axel.

Vale. Esto va a ser difícil.

*****

La hermana de Ash y yo no nos dirigimos la palabra en toda la cena, así que siento alivio al cruzarme con ella en la puerta del baño. Será mejor atajar esto lo ante posible.

—Oye, Mia. ¿Podemos hablar un momento? Me gustaría aclarar algunas cosas.

Durante unos breves segundos noto su resistencia, su determinación de no ceder.

Sin embargo, después de expulsar un profundo suspiro, asiente levemente.

—Está bien. Vayamos a la biblioteca. Nadie nos molestará ahí.

La sigo en silencio por el pasillo y entro tras ella en una enorme sala repleta de libros, con butacas de cuero marrón y un sofá a juego, en el que me invita a ponerme cómoda.

—Tú dirás —apremia tras instalarse en una butaca.

—Lo siento, creía que tu hermano te había contado lo nuestro.

—Pues no. No tenía ni idea.

—Mia —empiezo, intentando reprimir el desasosiego creciente que inunda mis venas—, si hubiese sabido que…

—Da igual, ¿vale? —me interrumpe con tono seco—. No es asunto mío. ¿Algo más que quieras contarme?

Me quedo callada, resoplando.

—¿Por qué no lo apruebas?

Me mira a los ojos con una intensidad que me deja sin palabras. Es la primera vez que me mira de verdad en toda la noche. Antes me ha mirado a la cara, pero no a los ojos. No como ahora.

—No es que no lo apruebe. Más bien, no lo aconsejo. Ash y tú sois esa clase de personas que podríais haceros mucho daño el uno al otro. Los dos sois frágiles y…

—¿Frágiles? —repito, con las cejas arqueadas en una mueca de incredulidad—. No describiría a tu hermano como frágil.

—Porque no lo conoces, Alexandra. No sabes nada sobre él.

—La gente no deja de repetirme eso.

—Porque es cierto. ¿Sabías que no somos hermanos en realidad?

Me yergo un poco en mi asiento.

—¿Qué?

—No lo somos. Mi verdadero hermano se llamaba Jinx. Le pegaron un tiro en la calle cuando yo tenía diez años. Ash me llevó a su casa y desde esa noche me cuidó como si fuera su hermana. Pero no llevamos la misma sangre, y que no te contara algo tan importante como eso solo deja claro lo poco que sabéis el uno del otro. ¿Sabes quién es, Alexandra? ¿Te ha explicado qué es lo que hace para ganarse la vida, a qué se dedica? No, solo ves lo que él quiere que veas. Con Ash, las apariencias son importantes.

—Yo veo más allá de ellas. Sé que siempre lleva una pistola encima, pegada al costado —respondo, dejándola helada—, que se rodea de matones, que es perfectamente capaz de ejecutar a una persona de un tiro en la nuca y que lo haría sin parpadear siquiera. Y también sé que no quiere hacerlo. Nunca quiere apretar el gatillo, Mia. Para él, siempre es la última opción. Su mayor deseo en el mundo es ser respetable, alguien legal. Pero no se lo permiten, siempre hay alguien que lo arrastra hacia atrás. Tu hermano tiene el instinto protector más desarrollado que he visto nunca en nadie. Todos somos capaces de cargarnos a alguien llegado el momento. Lo haríamos por un motivo u otro. Él lo haría para proteger a su

familia. Porque sois lo más importante que tiene. Eso es lo único que sé, y no necesito más.

Me doy cuenta de que mis palabras la han afectado.

Se seca discretamente la humedad que se empieza a acumular en las esquinas de sus ojos y tensa la boca en un gesto que pretende ser una sonrisa.

—Entonces, si sabes todo eso y no has salido corriendo todavía, debería darte la bienvenida a la familia.

Estupendo. Ahora formo parte de *la familia*.

*****

Después de mi conversación con Mia, decido buscar a Ash. Lo encuentro fuera, fumando en las escaleras.

—Hey. ¿Qué haces aquí solo?

—Pensar.

—¿En qué? —pregunto, acercándome a él a pesar del frío que tengo. He salido sin abrigo, solo con un vestido de tirantes.

Ash me abraza contra su costado y se cambia el cigarro a la otra comisura de la boca para no echarme el humo en la cara. Su cuerpo arde incluso a través de la ropa.

—En ti —murmura mientras se quita la chaqueta y me la pone por los hombros.

Levanto el rostro para mirarlo, y él tira el cigarro a la nieve y baja el suyo hasta que nuestras narices casi se rozan. Durante unos eléctricos segundos, analiza mis ojos con una intensidad bastante perturbadora.

—Me quitas el aliento, Alexandra —vuelve a susurrarme.

—Eso es bueno, ¿no?

—No lo sé. ¿Lo es?

Me acerco un poco más. Estoy tan pegada a él que paladeo el sabor del whisky y el tabaco en su respiración.

Apoyo mi mano en su pecho. Él la agarra con fuerza. Nos observamos en silencio, mientras las luces navideñas del jardín se reflejan en nuestras caras.

—Estoy enamorada de ti, Ash.

Sin soltarme los dedos, pone su boca en la mía y me besa. No hace falta que lo diga. Sé que él también está completa y absolutamente enamorado de mí.

Era inevitable.

—Antes de que se me olvide —murmura al separarse nuestros labios—. Tengo un regalo para ti.

Aqueo una ceja.

—No será otro cuadro…

Se ríe de la cara de horror que pongo, y después se seca algo del bolsillo, algo brillante.

—No.

Miro el collar que le cuelga del dedo. Es precioso y parece muy caro. No entiendo de joyas, pero por cómo brillan esas piedras diría que son diamantes.

—Ash, es demasiado. No puedo aceptarlo.

—Claro que puedes. Déjame que te lo ponga. Te quedará muy bien con este vestido.

No me queda otra que ceder, sé que no se dará por vencido nunca, así que me coloco de espaldas a él y me quedo quietecita.

—Listo —murmura, plantando un beso rápido en mi cuello.

—Es precioso. Gracias. Yo también tengo algo para ti.

—Espero que sea sexo porque todo lo que quiero para Navidad eres tú.

—Lamento decepcionarte, Mariah Carey, pero no es sexo. Es una primera edición de *El Padrino*.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada gutural.

—Esa sí que es buena. ¿Y dónde está?

—Me temo que me lo he dejado en casa —me veo obligada a admitir con una mueca que lo hace reírse a sacudidas y rodearme en un abrazo.

—Eres perfecta. No sé qué coño haces conmigo, pero me da igual. No pienso dejarte escapar. Yo también estoy enamorado de ti.

Eso me temía.

Capítulo 24

Un corazón se deshará
por un simple deseo.
(Canción *Simple Desire*, All Mankind)

Alexandra

Dado que estamos en pleno estado de emergencia, los invitados se quedan a dormir y a la mañana siguiente me los encuentro a todos en el salón, sobrios y alguno más malhumorado que otro.

Esto podría ser el escenario de una novela de Agatha Christie. Como el encierro dure más de unas cuantas horas, alguien, lo más probable yo, no vivirá para contarlo.

Seven me lanza tal mirada torva desde el sillón en el que se ha arrellanado que no me cabe duda de que fantasea con el homicidio ahora mismo.

Todo lo contrario que Ash, cuyo semblante parece iluminarse solo de verme entrar por la puerta.

Viene hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja, me planta un beso en la boca delante de todos y le pide a su empleada doméstica (por supuesto que tiene una) que me traiga un café y lo que sea que me apetezca para desayunar.

—Pide lo que quieras, cielo —me dice, dándome otro beso, esta vez en la sien. Le cuesta mantener las manos y los labios alejados de mí. No le molesta que la gente no deje de observarnos. Ni siquiera se da cuenta. En esta habitación estamos él y yo, nadie más que le importe.

—Solo café, gracias. No me apetece desayunar.

Frunce el ceño, en claro desacuerdo con mi petición. Lleva un jersey gris de Tommy Hilfiger que le sienta de miedo, vaqueros y los pies descalzos. Hoy parece cómodo y despreocupado, y… está tan guapo que duele mirarlo.

—¿No quieres nada de comer?

—No me apetece, gracias.

—¿Te encuentras bien?

No. Estoy incómoda. Fuera de lugar. Esto es raro. Tenemos demasiado público. Todo el mundo está pendiente de nosotros.

—Sí. Genial.

Parece tragárselo, porque se vuelve a sentar en el sofá y tira de mí para acurrucarme contra su costado.

Huele a suavizante y a gel de ducha, y es muy reconfortante hundir la nariz en su hombro y aspirarlo. Es lo único familiar aquí.

Mia y su novio deben de seguir en la cama. No creo que hayan salido a dar una vuelta por la nieve. Esto parece Siberia.

—¿Qué coño miráis? —gruñe Ash de pronto, cuando se da cuenta de que no estamos solos aquí.

Todo el mundo se da prisa por retomar la conversación anterior o inventarse una nueva sobre la marcha.

La única que no se esfuerza en disimular es Seven. Prefiere clavarme la mirada como una psicópata.

—¿Qué tal has dormido? —me susurra Ash, con los labios pegados a mi oído.

Él también me aspira. Noto su nariz encima de mi piel y cómo llena de aire sus pulmones. Anoche me dijo que con solo olerme se le ponía dura. Me pregunto si estará empalmado ahora mismo. No me atrevo a comprobarlo con su *novia* mirándonos tan fijamente.

—*Poco* —le recuerdo con énfasis.

Ríe entre dientes y me lanza un guiño antes de levantarme la cara con un dedo y tomar mis labios con una ternura que me derrite. Su lengua empuja contra mis dientes para que le deje entrar.

—Voy a potar.

Ash interrumpe el beso para dedicarle a su ex un gesto adusto. La tenemos de pie delante de nosotros, con un odio tremendo impreso en su rostro.

—Seven, sé amable.

Su voz grave reverbera ira, pero a ella no parece afectarle. Nos vuelve la espalda con desdén y se marcha dando un portazo.

—Lo siento. —Planta un beso en mi pelo y me aprieta contra él con el brazo—. Acabará aceptándolo.

Lo observo divertida.

—Para ser alguien tan perspicaz, a veces pareces muy ingenuo.

Me frunce las cejas.

—¿Qué quieres decir?

Cojo el café que me acaban de traer y le doy un sorbo antes de contestar. Mmm. Le han echado una pizca de canela.

—Tu novia nunca aceptará lo nuestro. Por cierto, ¿vive aquí o es que siempre está en vuestra casa?

Ash se limita a mirarme de forma inexpresiva.

—Me aseguraré de que deje de incordiar.

—¿Vive aquí? —insisto, mosqueada al ver que me está dando largas.

—A veces.

Me concede la respuesta de mala gana, con los ojos clavados en la ventana.

—¿Aún te la follas?

Su rostro se vuelve muy despacio hacia el mío. El brillo de fiereza en sus ojos me hace tensarme a su lado.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que tú eres la única?

Afortunadamente, la llegada de Mia es lo suficientemente efusiva como para ponerle fin a la tensión. Poco a poco, Ash se relaja y nuestra conversación cae en el olvido. Al menos para él.

*****

Por la tarde, le pido que me lleve a casa.

—No aguantaré otra noche aquí.

—No me extraña —murmura desde la cama. Está tumbado, cuan largo es, en el colchón y tiene las manos apoyadas por debajo de la nuca, de tal manera que el jersey se le ha subido un poco y puedo ver el tatuaje que tiene en la pelvis y que me distrae un poco, porque me hace recordar que anoche mi lengua estaba justo ahí—. Llevas con esa cara larga desde por la mañana. ¿Qué te pasa? No me has dejado tocarte hoy en todo el puto día. Y me duele la polla de tenerte cerca, olerte y no poder tocarte, Alexandra. Me estoy volviendo loco.

—Lo sé. De eso se trataba.

—¿Por qué juegas conmigo?

De espaldas a él, me visto tan tranquila delante del espejo, consciente de que sus ojos de depredador se arrastran, muy oscuros, por mi piel desnuda y que su mente de psicópata se deleita con ideas muy sucias de todas las cosas que me haría si se lo permitiera.

Que no es el caso.

Me acabo de duchar. *Sola*, como le he recalcado cuando ha intentado unirse. Le dije que necesitaba un poco de intimidad, y me complació, pero muy a disgusto.

Y, por supuesto, se quedó en la habitación, esperando a que terminara, y ahora me observa como un perturbado.

—A ver, ¿cómo te sentirías tú si yo te dijera que mi ex novio se queda a veces en mi casa?

La idea le resulta tan molesta que le oigo expulsar aire con fuerza por la nariz.

Se levanta de la cama y se acerca a mí para subirme la cremallera del vestido. El roce de sus dedos en mi espalda me hace contraerme de deseo.

Espero a que se aparte, pero no lo hace, se queda ahí mirándome a través del espejo mientras arroja su cálido y suave aliento contra mi oído.

Tenerle tan cerca es devastador. Desprende un magnetismo sexual tan fuerte que me arrastra hacia él incluso cuando yo me empeño en caminar en dirección contraria.

Estoy mojada, preparada, y él lo sabe, porque me respira con ansia y sé que lo sabe, es consciente de que palpito por él.

—Me cargaría a ese cabrón sin dudarlo —masculla, con la boca enterrada en mi pelo. Me abraza por detrás y su gruesa y larga erección se presiona contra la parte baja de mi espalda—. Pero esto es diferente. Seven no es mi ex novia. Solo era sexo y acabó en cuanto te conocí.

Me empieza a acariciar el cuello con los labios y sé que la conversación ha acabado para él.

—Ash… —protesto, pero a media voz porque en realidad no quiero que se detenga.

—Te llevaré a casa, pero… primero quiero comerte entera y luego que te encarames sobre mi polla y luego…

—Creo que lo he pillado. No hace falta que seas tan gráfico.

Suelta una risita, me vuelve entre sus brazos y acerca la cara a la mía hasta que solo nos separan unos centímetros de aire. Está en todas partes.

—No te preocupes por nada, ¿vale? Estoy absolutamente obsesionado contigo. Quiero follarte en todas y cada una de las posturas que se me ocurran, quiero tener mi polla dentro de tu boca a todas horas, quiero meter mis dedos y mi lengua dentro de ti, y tú quieres que lo haga. Este subidón no se nos va a pasar nunca. Cuando tú y yo estamos juntos, no hay nada más, joder. Solo nosotros dos. Así que no te sientas amenazada ni por Seven ni por nadie. Tú eres la única que me importa.

Algo muy dentro de mí se agita de anticipación y me insta a apretarme contra su pecho, presa de este deseo que nos consume a los dos.

Tengo su mano en mi cintura y su pierna se desliza entre las mías para separarlas un poco.

Registro su rostro con ojos delirantes, el estilizado perfil de sus facciones, la boca que a veces refleja una expresión seductora y, otras, de lo más cruel, y me clavo los dientes en el labio inferior cuando su mano se traslada a mi espalda y me baja despacio la cremallera que acaba de subirme.

—Deja que te posea, cielo. Es Navidad. Luego, si quieres, puedes poseerme tú a mí.

—Un trato justo —replico, divertida. Sí que está obsesionado conmigo.

—¿Puedo? —murmura, señalando el tirante del vestido que se muere por deslizar hacia abajo.

Asiento, consciente solo del brutal latido de mi corazón y del extraño hormigueo que recorre mi piel.

Con su rostro serio inmerso en el mío, desliza mi vestido hacia abajo y me contempla. Vuelvo a ser una obra de arte. O una prostituta, no lo sé.

Los pensamientos cesan de golpe cuando él empieza a arrastrar el dedo por el borde de mi boca y se relame los labios, a punto de besarme.

Sus fluorescentes iris se sumergen tan profundamente en los míos que me quedo anclada a sus oscuras pupilas.

Este hombre despierta en mí un lado salvaje que no sabía que tuviera, algo febril, un fuego que acabará consumiéndome por dentro.

Sé que no hay manera de sobrevivir a algo así.

*****

—Voy a estar fuera de Cleveland unos días —informa al poner el coche en punto muerto delante de mi edificio. La máquina quitanieves se ha parado unos metros por delante de nosotros, donde espera, con el motor en marcha, a que el todoterreno de Ash la siga—. No vas a poder localizarme, pero volveré antes de Nochevieja. Iremos a una fiesta.

Me miro las manos entrelazadas en el regazo y niego, confundida.

—¿Vas a salir de la ciudad con esta nevada?

—Sí.

Como siempre, es una tumba, no me da ningún detalle.

—¿Adónde vas?

—Al puto medio oeste.

—¿Por qué?

Guarda silencio un momento y, cuando vuelve a hablar, percibo en su voz un deje frío y controlado que me congela la sangre.

—Negocios.

—Negocios —repito, moviendo la cabeza con incredulidad.

—Negocios, sí —me responde con un soplido.

La rabia me abrasa por dentro, tan poderosa que necesito respirar hondo para poder hablar.

—¿Esto va a ser siempre así?

Su semblante se pone tenso al volverse hacia el mío.

—Así, ¿cómo? —repone, cortante.

—¿Tú harás cosas de las que nunca me enteraré?

Tarda unos segundos en calibrar mis palabras. Poco a poco, sus facciones se suavizan. Cuando extiende el brazo para colocarme un mechón de pelo tras la oreja, una pequeña sonrisa se reproduce en sus labios.

—Cielo, créeme, cuanto menos sepas de las cosas que hago, mejor. Más a salvo vas a estar.

—¿A salvo de qué? —le grito, con los ojos chispeantes de indignación.

—De todo… —murmura, tirando de mí hacia su pecho.

Me da un beso largo y lento, húmedo, bien dado, y luego se despide sin más.

No sé adónde va, no sé con quién, no sé por qué y ni siquiera sé si va a volver.

Aún no le he dado su maldito regalo de Navidad y me estoy poniendo de muy mal humor. ¿Qué significan *unos días*? ¿Cuántas horas y minutos voy a tener que esperarle esta vez?

*****

Vuelve.

La noche antes de Nochevieja, llama a mi timbre en plena madrugada y yo abro, como la yonqui enganchada que soy.

—Hola —dice al encontrarse nuestras miradas a través del pequeño hueco de la puerta. No he quitado la cadena.

—No son horas para visitas —lo reprendo, mosqueada por todos estos días de silencio—. ¿Qué quieres?

—¿Ahora mismo? —Se produce una pausa, al final de la cual murmura—: Comerte el coño hasta que te corras en mi boca.

Debe de ser la nota rasposa y medio suave que arrastra su voz lo que hace que sus amenazadoras palabras se filtren a través de mis venas como caramelo derretido que enciende mi sangre.

Esto es peor que una fiebre, es una enfermedad. Los labios que estoy mirando absorta son letales y, aun así, me muero por volver a probarlos, otro chute de veneno que estoy dispuesta a suministrarme a mí misma antes de prometerme que será la última vez que lo pruebe.

Los adictos siempre mienten.

Quito la cadena con manos temblorosas y él entra en mi casa con los ojos clavados en los míos y dispuesto a llevar a cabo la amenaza.

Cierra la puerta con tranquilidad y después me levanta del suelo sin esfuerzo y me tira encima del sofá.

Me desata el cinturón de la baja, la aparta a ambos lados de mi cuerpo desnudo y febril, y me contempla como a una puñetera obra de arte.

—Te he echado mucho de menos —murmura, antes de apoyar la lengua contra mi hinchado clítoris.

Hundo los dedos en su pelo, los tenso y le obligo a sacar la cabeza de entre mis piernas.

—¿*Dónde* has estado?

—Resolviendo un asunto.

—¿*Qué* asunto?

Me atraviesa con una mirada llena de furia y pasión.

—No te concierne. Solo te diré que he hecho lo que debía. Y ahora el mundo es un lugar un poco mejor.

—Creía que tú no hacías el bien.

—No lo hago. Pero, a veces, hacer el mal es una buena obra de Dios.

—¿Crees en Dios?

—No. Solo en mí mismo. Separa las rodillas.

Obedezco la orden y él sonríe al fijarse en lo duros que se me han puesto los pezones. Las ordenes me excitan.

—Veo que no soy el único que ha echado de menos esto. —Me roza el pezón derecho con la punta del dedo y yo me sacudo, como si me hubieran atravesado miles de voltios de corriente eléctrica—. Dilo.

—*Jódete* —gruño entre dientes, y sonrío, cruel.

Mueve la cabeza, divertido, se inclina hacia adelante y me pasa la lengua por toda la apertura, hasta golpear contra mi clítoris.

—Dilo.

Hundo la mano en su pelo y acerco de nuevo su boca a mi entrepierna.

—Haz que me corra y luego, tal vez, te diré que te he echado de menos.

Suelta una risita y me da lo que le pido.

Ha sido fácil. Estaba tan excitada que no he podido aguantar más de dos minutos sin correrme.

Cuando vuelvo a tener su boca en la mía y mi propio sabor en el paladar, lo miro a los ojos y susurro:

—Te he echado de menos, Ash.

—Y yo a ti, joder.

Me besa con lentitud, haciendo que mi corazón palpite descontrolado, juega con mi lengua y con mi cuerpo y estoy cada vez más perdida en esto; más loca por él.

El sexo que sigue a este pequeño momento de ternura es diferente. Salvaje, duro, frenético, intenso. Resulta muy complicado, casi imposible, combatir el fuego que arde en sus pupilas. Al final me rindo y dejo que me envuelva.

Me lleva al orgasmo de nuevo, y mira con ferocidad el cuerpo que se estremece por él y vuelve a romperse en pedazos.

Mientras yo me sacudo febril y levanto la pelvis hacia la suya para prolongar infinitamente esta sensación de plenitud, él acerca la boca a mi oído y murmura:

—Quiero que vivas conmigo. Quiero esto todas las putas noches.

Hundo las manos en su pelo, atraigo su cabeza hacia la mía y le doy un beso largo e intenso. Su lengua me penetra, provoca la mía, y sus manos me arrancan caricias sedientas que vuelven a encenderme.

La barba incipiente que cubre su mandíbula me pincha los labios, pero me da igual, necesito sentirlo.

Su erección se restriega entre mis pliegues, y yo vibro y me contraigo a su alrededor y lo beso y gimo…

Estoy viendo las puñeteras estrellas.

Quiero hacerlo, quiero parar, pero no puedo, y él me folla duro y me atraviesa con esa mirada suya que me quema la piel, y entonces cedo y digo que sí.

—Viviré contigo, pero solos, tú y yo, nadie más.

—Joder. Sí. Vale. Lo que quieras —sisea, y con unos cuantos empujones más, se derrama en mi interior, gruñendo como una bestia.

Me abraza con fuerza y permanecemos así un buen rato, con su cuerpo enterrado en el mío, palpitando todavía, y su respiración irregular acariciándome el cuello. Oigo su corazón, lo rápido y desacompasado que late, y me doy cuenta de que lo que siento por él es más que lujuria u obsesión.

—¿Has matado a alguien durante este viaje? —musito, con los labios en el hueco de su clavícula.

Noto que sus brazos se vuelven de acero a mi alrededor. Se produce una pausa muy larga.

Se aparta lo suficiente como para poder mirarme, y entonces sus ojos se enfrían hasta congelarse del todo, un muro impenetrable que me frena el paso.

—Sí, Alexandra. Lo he hecho.

No se le mueve ni un músculo al admitirlo. Para él, matar a alguien es algo normal, un trámite más.

Me quedo helada. Esperaba que lo negara.

Pero ha decido confiar en mí. Esto es importante para él.

—No sé cómo sentirme ahora mismo, Ash —confieso, deshecha, preguntándome si alguna vez podré asimilar su respuesta.

—Siéntete aliviada. Era un monstruo.

Tengo la boca seca y necesito un momento para acallar este vaivén de pensamientos.

—¿Qué ha hecho para merecer la muerte?

Sacude la cabeza con gesto de frustración.

—Matar a una chica. Trocearla. Tirarla a un contenedor.

Su tono es frío y controlado, pero sus pupilas desprenden una oscuridad estremecedora.

—¿Cómo lo mataste?

Tuerce la boca con desdén.

—De un tiro en la nuca. Nada de crueldad. No se lo merecía, pero tenía prisa por volver contigo y fui benevolente. La muerte siempre lo es. Es muy misericordiosa. Si quieres hacerle daño a alguien, daño de verdad, no te lo cargas, joder. Lo mantienes vivo porque hay destinos muchos peores que la muerte. Cuando te cargas a alguien, estás haciendo limpieza, un favor al mundo. No tiene nada de

retorcido matar a otra persona. Aprietas el gatillo y eso es todo. No hay satisfacción.

Nunca se ha abierto tanto conmigo. Nunca me ha dejado entrar de esta forma en su mundo. Esto es bueno y terrible al mismo tiempo.

Empleo mis dedos para alisar la arruga de entre sus cejas y la caricia parece calmar el tic de su mandíbula.

—¿Querías ser cruel?

—Se lo merecía.

—¿Y por qué cambiaste de opinión?

Juraría haber captado un brillo de tormento en sus ojos, aunque no podría asegurarlo.

—Porque quiero mirarme a un puto espejo y no sentir asco de mí mismo.

Las lágrimas que me ciegan son tan irracionales que ni siquiera me molesto en contenerlas.

Me estoy ahogando cada vez más deprisa. El suelo por debajo de nosotros se ha convertido en arenas movedizas que se nos van a tragar.

—¿Vas a dejar esta vida alguna vez? —susurro con voz trémula. Que lo niegue, sin tan siquiera meditarlo, me hace polvo. Me oigo soltar un sollozo, antes de farfullar—: ¿Por qué no?

—De mi mundo se sale de dos maneras: dentro de un ataúd o con una corona.

Absorbo, febril, las facciones duras, esculpidas en granito, que se ciernen sobre las mías, y noto que el corazón se me ralentiza en el pecho.

Nunca me había sentido tan unida a alguien. No solo porque esté todavía dentro de mi cuerpo, sino porque yo estoy dentro de su corazón y puedo ver toda la oscuridad que hay en su interior.

—¿Y qué eres tú, un condenado? —murmuro, horrorizada.

Niega, y la dureza de sus rasgos se suavizan un poco mientras me seca la cara con los dedos.

—Un rey. El crimen organizado es mi reino y tengo que gobernarlo me plazca o no. Alexandra, las cosas no son fáciles. No te has enamorado de alguien normal, y lo siento porque, gracias a

mí, tu vida no será nunca normal. Tus hijos no serán normales. Intenté dejar esta vida, pero ella nunca va a dejarme a mí. Puedo elegir la corona o la muerte, y ya he hecho mi elección. Ahora sabes quién soy. Sabes de lo que soy capaz. ¿Estás conmigo?

Me aguanta la mirada en silencio. No aparta la cara, y por un segundo percibo un aire vulnerable en su expresión. Teme que salga corriendo, ahora que lo sé todo.

Si fuera sensata, lo haría.

Pero yo también hice mi elección hace tiempo.

—Estoy contigo.

Sus ojos se arrastran, llenos de ternura, por toda mi fisionomía; absorbe cada una de mis facciones, y luego su boca acomete contra la mía y la invade, y yo dejo que nuestras lenguas se enreden en un beso febril y húmedo, al mismo tiempo que les permito a las lágrimas que arden tras mis párpados que se derramen por mis mejillas.

Lloro por mí misma y puede que un poco también por él, por ese niño empujado a buscarse la vida en un mundo de monstruos hasta convertirse él mismo en uno de ellos.

—Te quiero —murmura, con los labios pegados a los míos y los dedos tensos alrededor del cráneo—. No llores, por favor. No quiero hacerte llorar nunca.

—Pero vas a hacerlo igualmente.

Su boca se separa despacio de la mía. Esparce besos por todo mi rostro. Mis mejillas, mi nariz, mis párpados… Intenta secarme las lágrimas, pero no es suficiente.

Estando con él, derramaré más lágrimas de las que sus labios nunca podrán secar.

—Alexandra, ¿por qué dices eso? —murmura, confundido y puede que un poco herido por mis palabras.

Me detengo, y lo miro con mis ojos rojos e hinchados de llanto, y todo se viene abajo, el mundo se hunde y solo sé que no he podido evitar esto y que me siento perdida y que no tengo ni idea de qué voy a hacer a partir de ahora, porque nada me ha preparado para sentir lo que siento por este hombre.

—Porque yo también te quiero.

«Y eso es terrible».

Capítulo 25

Encuentra lo que amas y deja que te mate. (Charles Bukowski)

Ash

El tatuaje ha quedado como esperaba. Todavía está un poco sanguinolento, espero que no me manche la camisa. Debería ponerle un apósito, por si acaso.

Entro en el baño, abro el botiquín y busco algo que me sirva para cubrir la zona. ¿Qué es toda esta mierda? Si yo no uso nada de esto, solo vendas y agua oxigenada de vez en cuando. ¿En qué momento dejé que Mia se ocupara de rellenar los botiquines?

Rebusco cabreado entre montones de pastillas y cremas que no tengo ni idea de para qué sirven y al final encuentro lo que necesito. Al fondo del todo. La única puta cosa que exijo de un botiquín.

Suelto un suspiro de exasperación, rasgo el papel con los dientes y me pongo de perfil para ver lo que estoy haciendo.

—¡Ash! —oigo a Seven gritarme desde la habitación—. ¡Los rusos están conformes con el trato!

Ya iba siendo hora, joder.

Hago una mueca mientras me vendo la herida delante del espejo. Esta noche tendré que quitarme el vendaje para enseñarle el tatuaje a Alexandra, pero, de momento, hay que hacer una mudanza y necesito que me aguante un par de horas.

—¿Me has oído?

—¡Que sí! —gruño tras escupir el envoltorio del apósito al suelo.

—¿Y por qué coño no dices nada? ¿Qué estás, haciéndote una paja?

Abro la puerta para lanzarle una mirada cruzada.

—Me estaba vendando un tatuaje nuevo. Las pajas prefiero que me las hagan —respondo al mismo tiempo que entro en la habitación, desnudo de cintura para arriba.

—Yo también —me dice desde la cama en la que acaba de instalarse.

La forma en la que separa las rodillas, sonríe y levanta las cejas me hace ponerle mala cara.

—¿Cuántas veces te lo tengo que repetir?

Me pone los ojos en blanco.

—Que sí, que solo follas con ella. Te oí las primeras treinta veces, capullo.

—¿Y por qué insistes?

De pie, delante del espejo de cuerpo entero, me pongo la camisa, mi reloj favorito y me peino con los dedos, echándome el pelo hacia un lado.

—Así que os vais a vuestro nidito de amor.

—Ajá.

—¿No te parece un poco pronto?

Le frunzo el ceño a través del espejo.

—¿Pronto?

—¿Cuánto hace que la conoces?

—No lo sé, unos cuantos meses. La conocí en octubre o en noviembre, no estoy seguro. El tiempo es un concepto abstracto para mí.

Debería afeitarme, pero no quiero llegar tarde. Hoy es un gran día. A partir de hoy, la tendré solo para mí.

—Es todo muy precipitado —está diciendo Seven, ajena a la cara de satisfacción que pongo mientras me cierro los puños de la camisa—. Entra en tu oficina, te quedas patidifuso y ahora no solo que estáis en plan *Cincuenta Sombras de Grey* a todas horas, sino que, para colmo, os vais a vivir juntos. Me entran arcadas solo de pensarlo.

Me pongo la corbata, la chaqueta y los gemelos, y tomo nota mental de pedirle a Lis que compruebe la agenda. Quiero recordar la fecha de nuestro aniversario. ¿O el aniversario es la fecha de cuando follaste por primera vez con esa persona? No estoy seguro ahora mismo. Se lo preguntaré a Lis.

—¿Qué quieres que te diga, Seven? —mascullo, sin mirarla—. Me he enamorado de ella.

—Tus amoríos no suelen salir bien.

—No seas tan agorera, coño. Saldrá bien.

—Si tú lo dices…

—Pásame ese móvil de ahí, anda. Tengo que llamar a Colin.

De mala gana, se estira en la cama, coge mi móvil de la mesilla y me lo tira a la cara con mucha mala leche.

—Oye, cuidado, que me rompes la pantalla.

—Da gracias de que no te la rompa contra esa cabeza hueca que tienes.

Me echo a reír.

—¿Por qué estás tan de malhumor hoy, a ver? Los negocios nos van bien, los rusos han aceptado el trato… ¿Qué más necesitas para estar contenta?

—Que no te mudes con ella.

—Ya. Eso no va a pasar. Acostúmbrate.

—Es que no me cae bien.

Bufo hacia mis adentros. Que no le *caiga bien* se queda muy corto. La detesta. Le pegaría un tiro a la mínima.

—No hace falta que lo jures. Pero, por favor, intenta ser más amable con ella, ¿de acuerdo? Venga, andando, que tengo cosas que hacer, y tú también.

Le hago un gesto para que me deje solo y ella me obsequia con una bonita peineta antes de salir de mi cuarto.

Llamo a Colin.

—¿Qué pasa, jefe?

—¿Ya tenéis la furgoneta?

—Estamos en la calle, acabo de aparcar.

—Bajo en dos minutos.

Cuelgo, me vuelvo a arreglar el pelo con los dedos y salgo de la habitación silbando. Estoy de buen humor hoy. Tengo todo lo que quería. La diosa de la fortuna me sonríe.

*****

Alexandra mira divertida el tatuaje que me he hecho en su honor.

—¿Duele?

—Escuece.

Se acabó la mudanza. Los chicos han dejado las cajas en el suelo del salón y por fin se han largado a sus casas. Tendré que traerlas de ahí tarde o temprano, pero eso no me preocupa ahora mismo. Tengo cosas más importantes en las que pensar.

Alexandra y yo estamos en *nuestro* dormitorio y me acabo de bajar la camisa por los hombros para que vea qué he estado haciendo durante toda la mañana. Siempre quiere saber dónde he estado y con quién. Me divierte su curiosidad.

—Me gusta la frase que has escogido.

Sonrío. Me he tatuado algo de Bukowski: *Encuentra lo que amas y deja que te mate*.

Claro que le gusta. Nadie ha hecho esto nunca por ella.

Su dedo índice se pasea por los relieves de mi abdomen. Se me tensan los músculos de golpe, me late la polla... Entrecierro los párpados y me tomo un momento para disfrutarlo. Esto es muy bueno.

Su dedo se detiene. Vuelvo a estar al mano.

Le quito con aplomo la camisa blanca, enorme, que lleva y trago saliva. Va a acabar conmigo. Esperaba ropa interior sencilla, de algodón, puesto que lleva vaqueros y esta camisa larga que le sienta de miedo, pero lo que me encuentro por debajo, un conjunto de encaje negro, muy sexy, me produce una erección de narices.

—¿Todos los tatuajes que tienes significan algo para ti?

—Menos este —digo, enseñándole uno que tengo en el otro costado—. Estaba borracho cuando me lo hice.

Se ríe.

—No te imagino borracho. Siempre estás tan al mando de todo… ¿Y este?

Me señala uno que es muy especial para mí. Ella también lo era. Ahora tengo que esforzarme para recordar su cara, sus rasgos, su sonrisa.

Te quiero, pero no lo aguanto más…

Antes, la veía morir todas las noches. Desde que conozco a Alexandra, ella me visita menos, y lo agradezco. Va siendo hora de que la deje marchar. Está acurrucadita en una tumba, mi bella

durmiente, a salvo de todo, ya nadie podrá hacerle daño nunca más (me aseguré de eso). No me necesita a su lado. Existimos en universos diferentes.

—¿Este? —repongo con voz indiferente.

—¿Qué significa *Heaven* para ti?

—Una canción de Brian Adams.

Levanta el semblante hacia el mío, debatiéndose entre la diversión y la perplejidad.

—Bromeas.

—Nop.

Sonaba cuando la conocí.

Trabajaba de camarera en un bar de mala muerte en el que entré a comprar tabaco. Fue todo muy fácil, le pedí fuego, me enamoré perdidamente…

Hasta que se jodió todo. El declive era visible. Ojalá no me hubiera negado a verlo.

Te quiero, pero no lo aguanto más.

Eso se acabó. Soy un hombre nuevo ahora. La tengo a ella. Alexandra no es Nikki.

—¿En qué piensas?

Parpadeo para disolver el pasado y niego con la cabeza.

—En nada. ¿Por qué?

—Se te ha nublado la expresión.

Sonrío para tranquilizarla. No quiero joder este momento. Es nuestra primera noche juntos como pareja en nuestra casa. Hay cosas más importantes que quiero hacer que pensar en una chica que lleva media vida muerta.

Más que nada, porque hay una mujer muy viva y casi desnuda delante de mí, y su presencia es tan poderosa que anula el pasado.

Pasé el umbral de esta casa con ella entre mis brazos. Nadie puede echarme en cara que no sea un puto romántico.

Le desabrocho los vaqueros y me quedo lívido. La parte de abajo es todavía más sugerente. Todas estas cuerdas… ¿Y si la ato? Eso no lo hemos hecho todavía.

Paseo el dedo por el tirante que sube por su cadera para unir la parte de abajo de su ropa interior con la de arriba y gruño de gusto.

La idea de atarla me excita cada vez más.

—Quiero quitarte este conjuntito tan sexy que me llevas. ¿Puedo?

—Bueno. Si te empeñas.

Me gusta que me provoque. Me gusta todo de ella. Cómo me mira, cómo se le acelera la respiración cuando siente que estoy a punto de besarla, cómo me quita la ropa, se monta sobre mi polla y me cabalga hasta que se corre…

Vale, necesito mirar otra cosa que no sean sus espectaculares tetas embutidas en esta cosa diminuta de encaje porque, de lo contrario, esto durará menos de lo previsto y hoy quiero ser meticuloso.

¿Habrá cuerdas en esta casa? Ella se pone batas para dormir. Las batas tienen cordones. Hay batas en las cajas de mudanza.

Con el rostro inclinado sobre el suyo («no voy a besarte por mucho que me mires con esos ojitos de Bambi»), cojo los dos tirantes de su corsé y los deslizo hacia abajo, acariciando su suave piel con los dedos mientras lo hago. Estoy siendo considerado. En otras circunstancias, se lo arrancaría. Pero hoy es un gran día. Quiero que lo recuerde.

—Alexa, pon los *Nocturnos* de Chopin —le ordeno al trasto que hay a mis espaldas, mientras desabrocho los cordones que todavía mantienen el corsé pegado a su cuerpo.

Alexandra sonríe.

—Qué sofisticado.

El corsé cae al suelo.

Observo absorto las perfectas tetas que se yerguen delante de mí, los abultados pezones que en breve estarán dentro de mi boca. Sé que mi mirada la calienta entera. Puedo ver sus pupilas dilatadas, escuchar su respiración superficial. Ya es mía, la tengo.

—Me gustan las connotaciones poéticas y eróticas de estas piezas.

Arquea una ceja.

—¿Eróticas? —repone, con esa voz mitad sarcástica mitad dulce que me pone cachondo.

—Mm-hm. —Le rozo un pezón con la uña y contengo una sonrisa al percibir la descarga eléctrica que le ha recorrido el cuerpo—.

Escucha cómo se intensifica hasta alcanzar el clímax.

—El clímax —dice, sin entonación.

—Ahí está. ¿Lo notas? —murmuro, con la boca cada vez más cerca de la suya.

Me mira. La miro. Me palpita la polla. A ella le arde el clítoris.

—Lo noto… —musita, y sus dedos se clavan en el cuello de mi camisa para atraerme más cerca de sus labios.

Está rogándome un beso, pero no cedo. Me gusta demasiado esta energía eléctrica como para permitirle que estalle tan pronto.

La siento vibrar, está a escasos centímetros de mí y el aire tiembla. ¿Qué tal si vibramos los dos un poco más?

La giro entre mis brazos, la pego al armario y meto la mano dentro de sus bragas. Estoy siendo tan brusco que ahoga un gemido. Le gusta cuando me pongo así. Se me viene a la cabeza una canción de Cohen. *Lo quieres más oscuro. Matamos la llama*[1]*.* Pura poesía. Como esto.

Sonrío contra su hombro al sentir su excitación en las puntas de mis dedos. Mi miembro tieso se frota contra la parte baja de su espalda.

—Bienvenida a casa —ronroneo en su oído—. Voy a lamer todo tu cuerpo.

Sus dedos se clavan en la tela de mis pantalones y me instan a seguir frotándome contra ella. Lo hago, se lo doy todo, y Alexandra ladea la cabeza para que mi boca tenga pleno acceso a su cuello. Disfruto mucho de su rendición. Voy a premiarla como se merece.

Paseo la nariz por su piel, inhalando, y deslizo mis dedos en su interior.

Gime y se retuerce.

Lo quiere más oscuro.

Matemos la jodida llama.

Capítulo 26

¿Alguna vez te has enamorado,
enamorado de alguien de quien no deberías haberte enamorado?
(Canción *Ever Fallen in Love*, Buzzcocks)

Alexandra

Me convierto en uno de ellos.

Los próximos cinco meses, no hay fiesta en Cleveland a la que no acuda, siempre agarrada al brazo del hombre más atractivo de la ciudad.

Obras de teatro, musicales, fiestas benéficas, estrenos de cine; una larga sucesión de alfombras rojas y eventos llenos de glamour a los que hay que acudir siempre vestido de etiqueta y sonreír delante de los focos como si guardaras un secreto que nadie más debe conocer, solo el fotógrafo cuyos labios están sellados.

Los periódicos enloquecen.

Para los suyos, es un gánster.

Para el mundo, un filántropo, y yo, su flamante novia de la que no se separa ni a sol ni a sombra.

El día en el que por fin me tuvo en su casa, con todas mis cajas de mudanza y mis trastos que no llenaban ni una cuarta parte de su salón descomunal, se hizo un tatuaje nuevo en el costado.

A modo de homenaje, se grabó en la piel una frase de Bukowski: *encuentra lo que amas y deja que te mate*.

Muy poético, ya lo creo.

Cuando le pregunté por qué había hecho algo así, me contestó que quería recordar ese día para siempre.

Suele tener esa clase de gestos que te desconciertan y hacen que tu cabeza dé vueltas, porque él es un hombre hecho de contrastes y, si estás con él, estás por completo, cabalgando hasta el final sangriento, como dice esa canción de 2Pac que le pide a Alexa que

ponga cuando hace flexiones, recién levantado de la cama, mientras yo me quedo ahí mirándolo y preguntándome qué tengo de especial, cuánto durará esto y cómo será ese final sangriento.

Imagino que doloroso. Para ambos.

Esta noche me ha llevado a la inauguración de un restaurante. Lo reservó en exclusividad para nosotros dos (menuda inauguración, pobre dueño, tendrá que volver a inaugurarlo mañana), y ahora estamos en el *Fever*, tomando una copa.

La idea de venir aquí fue mía.

Vivo con él y comparto su cama, pero nunca lo tengo por completo.

Siempre hay algo, un asunto, un problema, un secreto, el vacío, noches enteras en las que no tengo ni idea de dónde está ni de lo que está haciendo ni de si volverá alguna vez o no, y siento que me estoy volviendo loca lentamente con tantas ideas y tanto puñetero silencio que hay a mi alrededor.

Porque, con él, el mundo puede ser el Paraíso y el Infierno a la vez.

Cuando colgamos el cuadro de la muerte en el salón de su, *nuestra*, casa (lo colgó él mismo para enseñarme que sabe usar las manos para algo más que para follar o para cargarse a gente), le pregunté por qué el arte.

Se quedó absorto en el lienzo, meditando la respuesta, y al final dijo:

—Me gustan las cosas bonitas.

Moví la cabeza con tristeza al ver cómo se engañaba a sí mismo.

—Te equivocas. Te gustan los trofeos.

Y él sonrió para sí, porque sabía que la doctora Quinzel volvía a dar en el clavo.

A veces me pregunto si soy un trofeo para él.

A veces, incluso, creo saber la respuesta.

Pero hoy todo es diferente, esta noche por fin siento que está conmigo al cien por cien, que para él tampoco hay un mundo fuera de este reservado.

Me mira todo el rato, y reconozco en sus ojos el brillo hambriento que asegura que le cuesta cada vez más esfuerzo contenerse.

—La última vez que estuvimos aquí, me moría por follarte en este sofá.

Una sonrisa traviesa asoma en mis labios. Estoy cada vez más colada por él. Es demencial. Puede que a mí también me guste coleccionar trofeos. Cosas bonitas…

—Lo recuerdo. Creo que lo dejaste claro.

Ladea una sonrisa.

—Me la pusiste muy dura esa noche.

Arqueo una ceja, sorbo un poco de martini y dejo la copa sobre la mesa.

—¿Y cómo la tienes ahora?

Coge mi mano y la aprieta contra su erección.

—Igual.

De repente, soy una bola de deseo y solo quiero que se marchen todos a su casa para quedarnos solos en el club, nosotros y nuestros deseos más oscuros.

Mis dedos se mueven, ya le tengo en la mano, y él se deshace de su copa, coge mi rostro entre las manos y me da un beso furioso que me vuelve loca.

Su lengua, despiadada, provoca la mía para que la siga en este febril tango que no tarda nada en convertirse en una total y absoluta pérdida de control, y yo emito un gemido leve y abro un poco las piernas para instarle a que siga.

Suerte que me haya puesto un vestido que se abre sobre una pierna y él puede subir la mano por la parte interna de mi muslo y pasar los dedos por encima de la ropa interior de encaje que se ha empezado a humedecer en cuanto introdujo su lengua con sabor a whisky dentro de mi boca.

Le saco la polla, sabiendo que nadie puede vernos aquí, y empiezo a masturbarlo, y él dibuja círculos lentos alrededor de mi hinchado clítoris y me devora a besos sedientos mientras me dice que soy suya y que puede hacer conmigo lo que le plaza, lo cual me pone hasta límites insanos.

Estoy húmeda, muy excitada, lista para correrme, cuando la mano de Ash se detiene de golpe y sus dedos, en vez de llenarme, colocan mis bragas en su sitio.

—Tenemos que hablar —escucho a mi espalda.

Dejo caer los párpados al reconocer la voz borde y seca de su mascotita.

—Ahora no, Seven —gruñe, fulminándola con la mirada mientras se guarda su miembro dentro de los pantalones y se sube la cremallera.

—Es importante.

—Esto también lo es.

Seven planta una bota negra, de motera, sobre la mesa y se inclina sobre él.

—Escúchame bien, capullo encoñado. Me importa una mierda tu polla o lo mucho que te apetezca meterla en el agujero de esta. Colin ha muerto y esos cabrones colombianos vienen a por ti ahora mismo. Me acabo de enterar, joder. Tienes que salir de este antro cagando leches antes de que sea demasiado tarde.

A Ash se le cambia la cara. Creo que a mí también.

—¿Colin ha muerto? —farfulla, tan descompuesto que cuesta entenderle.

—¡Y todo por cargarte al hijo puta de Miguel! Qué te lo dije, coño, que lo dejaras estar.

—Debía morir. ¡La tiró a un puto contenedor de mierda!

—Ya, ¡pues acabas de desatar la puta guerra con el cartel más letal del país por una zorra colombiana! ¿Estás contento ahora, capullo?

Se están gritando el uno al otro sin ningún pudor. No tienen ningún cuidado con lo que dicen, no hablan en clave como siempre. Esto es grave. Estoy asustada.

Un disparo quiebra la música.

—¡Iros! ¡Ya! —ruge Seven, que se saca dos pistolas de debajo de la cintura de los vaqueros y sale del reservado dispuesta a cargarse a todo hijo de perra que se le ponga por delante.

Es admirable que esté dispuesta a morir por un hombre que no comparte ni compartirá nunca sus sentimientos.

Ash reacciona de inmediato, a diferencia de mí; me agarra de la muñeca, me arrastra hacia la barra y luego por una especie de

pasillo clandestino que se abre si metes la mano dentro de la boca de Medusa.

—¿Qué es esto? —murmuro. Mi voz parece un susurro débil que corta la noche de este laberinto de túneles sin fin.

—Me preocupaba que alguien intentara pegarme un tiro aquí dentro y tomé mis precauciones.

Caminamos con rapidez, sumidos en la oscuridad que nos envuelve. Solo oigo el murmuro de nuestras respiraciones aceleradas, las rápidas pisadas y los disparos. El pasillo parece eterno. Me cuesta pensar. Tengo la cabeza muy espesa.

—¿Ves algo?

—Sí, ahí está la salida.

Trascurridos unos angustiosos minutos, Ash desatranca la puerta con el hombro y me saca a la calle. Los disparos se escuchan un poco más amortiguados desde aquí.

—Alexandra—. Me sacude al ver que tardo en reaccionar. Trato de concentrarme en la voz cargada de urgencia que me arrastra hasta esta realidad de la que solo quiero huir, pero la maraña de emociones que me embargan son muy fuertes y me resulta difícil enfocar mi atención en él—. Escúchame. No se te ocurra ir a casa bajo ningún concepto. Ve a este sitio y quédate ahí hasta que vaya a buscarte. No mis hombres, yo en persona. No mandaré a nadie a por ti. Iré yo. ¿Me has oído? Cielo, concéntrate. ¿Me has oído?

La repetición de la pregunta me hace reaccionar por fin. Parpadeo, y el mundo vuelve a girar. Las balas siguen entonando su siniestra melodía, y el miedo a perderlo es tan tangible que me ahoga.

Lo agarro de la manga de la chaqueta y lo miro horrorizada, abriendo mucho los ojos.

—Espera. ¿Qué piensas hacer?

—Volver —dice mientras se la quita y me envuelve en ella.

—¡No! ¡Te matarán! ¡Es a ti a quien quieren!

—Nadie va a matarme —asegura, con mi cabeza entre las manos para obligarme a mirarlo y a confiar en él. Sus ojos azules son muy persuasivos, pero ahora mismo yo no atiendo a razones.

—¡No puedes irte! ¡No puedes dejarme!

—Alexandra, escúchame, coño. Todo va a salir bien si sigues mis instrucciones. Mira la tarjeta que tienes en la mano. Mírala, cielo.

Hago lo que me dice.

Es la tarjeta de un motel.

—¿Qué es esto?

—El sitio más cutre de la ciudad. Nadie te buscará ahí. Coge un taxi, pero no le digas la dirección. Pídele que te deje a dos manzanas y ve andando hasta ahí. No pases por recepción. Ve directamente a la habitación 114. Usa esta llave para entrar. Quédate ahí, ¿me has oído? No le abras la puerta a nadie, ni a la de la limpieza, ni al que te traiga la pizza, ni a los testigos de Jehová, ni a la puta madre que los parió a todos. Solo a mí. Paga la comida por debajo de la puerta. Que nadie te vea. Tu cara está en todas las jodidas revistas. Saben quién eres. ¿Lo has entendido?

—No puedes volver ahí.

—No va a pasarme nada —me repite muy despacio, para que se me meta en la cabeza.

—¡Eso no lo sabes!

—Lo sé. Te lo prometo, estaré bien. No te preocupes por mí, haz lo que te digo. Ve a este sitio y quédate ahí. Toma. Dinero en efectivo. Te hará falta. No se te ocurra usar una tarjeta. Dame tu móvil.

Se lo doy, y ahogo un grito cuando lo tira al suelo y lo destroza de una pisada.

—¡¿Qué has hecho?!

—Nada de móviles. Nada de tarjetas. Solo efectivo y que nadie te vea la cara. Eso es todo lo que tienes que recordar.

Que me esté dando todas estas instrucciones tan calmado, tan imperturbable en medio de este caos, me deja muda de terror.

La presión es tan grande que noto que mis facciones se arrugan y, antes de que me dé cuenta, ya estoy llorando.

—¡No puedes volver ahí! No es seguro…

Ash me toma con fuerza entre sus brazos para tranquilizarme.

—Cielo, ¿oyes los disparos? —Asiento, febril, y me aferro a él con las dos manos para retenerlo a mi lado—. Es buena señal. El silencio

sí que sería una mala señal, me acojonaría, pero los disparos son buenos. Quiere decir que los nuestros siguen vivos.

—No me dejes...

—Cariño, mi gente corre peligro. Necesitan que vaya a ayudarlos. Están dispuestos a morir por mí. ¿Qué clase de hombre sería yo si no estuviera dispuesto a morir por ellos?

—Me da igual —lloro, con la cara hundida en su pecho—. No te vayas.

—Por favor, confía en mí —me pide con una firmeza que no admite réplica—. Vendré a buscarte en cuanto pueda. Ahora, ve. ¡Vamos!

Hago acopio del poco control que me queda, me separo de él y me seco las mejillas con las palmas. Me ha quedado claro que no tengo que llamar la atención. Nadie debe fijarse en mí.

—Vale. Te esperaré ahí.

Aliviado, me planta un beso profundo y apasionado en la boca, se saca la pistola del costado, le quita el seguro y echa a andar hacia la parte delantera del club, zambulléndose en la noche.

No sé si es un estratega o un suicida.

Y no me quedo para averiguarlo.

Epílogo

¿Quién eres tú que adoptas
tan diferentes formas?
(Película *La delgada línea roja*, 1998)

Alexandra

El motel es todavía peor de lo que esperaba. Hay moho en la ducha, no funciona la televisión y huele como si alguien hubiera muerto aquí dentro.

Me tiemblan las manos, pero no he perdido los nervios y eso es bueno.

Lo malo es que estoy completamente aislada, sin posibilidad de saber qué está pasando ahí fuera.

Sin móvil y sin tele, no puedo seguir las noticias, y el tiempo pasa muy despacio en este lugar cuando no sabes nada y deseas saberlo todo.

Tengo muchas horas vacías, en las que lo único que puedo hacer es pensar.

Pensar me vuelve loca.

Sopeso todas las ideas, incluida la de que Ash haya muerto durante el tiroteo.

Dijo que vendría a por mí, pero han pasado tres días y sigo aquí. No lo aguanto más. Tengo que averiguar qué está pasando.

Espero a que se haga de noche y entonces rompo la promesa que le hice y salgo a la calle. Hay una farmacia cerca de aquí y yo necesito bragas limpias, cepillo y pasta de dientes, un frasco de aspirinas y todo lo que pueda conseguir en una farmacia y me resulte de cierta utilidad.

No creo que nadie pueda reconocerme. Llevo unas pintas horrorosas.

Solo mi vestido de Valentino podría delatarme, pero lo desgarro a la altura de la apertura vertical, me pongo la chaqueta de Ash encima y ahora parezco una prostituta drogadicta que le acaba de hacer a alguien una mamada en el motel de la equina.

No me lavo la cara desde hace días, no me he peinado y tengo un aspecto tremendo.

Estoy a salvo. La mujer glamurosa de las alfombras rojas no se parece en nada a mí.

Entro en la farmacia, evitando mirar a la gente a la cara, cojo un carrito y lo lleno de cosas, tampones por si se me baja la regla, vaselina porque tengo los labios destrozados de tanto mordérmelos, y otras pequeñas vanidades dado lo estresante que me resulta la situación.

Es evidente que no estoy preparada para ser la mujer de un gánster. ¿Alguien está preparado para algo así? Quizá Seven lo esté. Se me hiela la sangre solo de recordar cómo salió del reservado con las dos pistolas en alto. ¿Habrá sobrevivido? Espero que sí, por muy raro que eso suene. Su lealtad hacia él me hace verla con otros ojos.

En la caja, me atiende una chica joven. No me mira, está pendiente del móvil. Me encanta esta generación.

Pago y salgo tan tranquila.

De camino al motel, paso por un quiosco para comprar el periódico de hoy y unas barritas de chocolate, y con mi botín en la mano, me doy prisa por volver.

Meto la llave en la puerta, la giro y me quedo helada.

Ash está de pie en mitad de la habitación y me mira implacable y desalmado, con una ferocidad que me acelera el pulso.

—¿Dónde *coño* estabas?

Ese bramido en el que se ha convertido su voz suena tan agresivo que doy un respingo.

Está tenso, tiene la cara lívida de ira, ni siquiera parpadea y, con su impresionante estatura y su cuerpo musculoso que hace menguar la habitación, parece muy intimidante. Miro su rostro cincelado y se me contrae el estómago.

Verlo reaviva todos mis sentimientos; vuelve a estar en todas partes, en mis deseos más oscuros y en mis pesadillas más

aterradoras.

—Estás vivo…

—¡¿Dónde coño estabas, joder?! ¡Te dije que no salieras!

Hoy parece diferente, más peligroso de lo normal.

No lleva traje ni nada llamativo. Va vestido como un motero, vaqueros negros, botas, chupa de cuero...

De hecho, ha venido en moto, me fijo en los dos cascos que hay encima de la mesilla de noche y me invade una súbita sensación de alarma.

Esto no ha acabado.

—He ido a la farmacia —explico, deshecha.

—A la farmacia.

Se me acerca, me coge la bolsa de la mano e inspecciona su contenido.

—Necesitaba algunas cosas —digo con voz temblorosa.

Sus ojos azules se levantan hacia los míos, duros como un puñetazo en el estómago.

—¿Rímel? —se burla, con las cejas en alto.

Me siento tonta y superficial por haber comprado eso.

—Fui a por bragas —me disculpo mientras cambio el peso del cuerpo de una pierna a la otra—. Pero, ya que me arriesgaba…

Pienso que va a gritarme, pero lo que hace es echarse a reír, si bien no parece nada divertido.

Con un punto de frustración en la mirada, se frota la barba que cubre su cuadrada mandíbula y niega para sí.

—Acabarás conmigo, cielo. Casi me da un infarto cuando he abierto la puerta y tú no estabas.

—Lo siento —murmuro, arrepentida porque parece decirlo muy en serio.

Se masajea el ceño con aire muy cansado.

—Dejaré una bolsa con cosas que son imprescindibles para ti en los moteles y en los pisos francos, para que la próxima vez no tengas que desobedecerme. A ver si me haces una lista, coño.

Solo una enorme dosis de voluntad me hace mantenerme serena ahora mismo. El corazón me va a toda velocidad.

—¿Habrá una próxima vez?

La pregunta lo intranquiliza.

Se queda mudo de asombro e impotencia, y cuando sus ojos vuelven a clavarse en los míos, veo que tiene muchísimo miedo de perderme.

—Sí.

Me conmueve su honestidad. Podría haberme mentido, haberme dicho que no me preocupara, que todo va a salir bien, pero no lo hace y lo quiero por ello.

—Entiendo.

Con una expresión que no puedo descifrar, baja la mirada al suelo y mueve la cabeza, atribulado.

—Las cosas se van a poner muy feas, Alexandra. Se acabaron los lujos, los desfiles de cine y las fiestas glamurosas. Tengo que volver a las cloacas, porque es la única forma de exterminar a las ratas. ¿Vas a dejarme? —me pregunta, con voz tensa y mesurada, al levantar la vista hacia la mía.

La idea lo aterra, pero me sostiene la mirada con calma, a la espera de mi sentencia.

Sé que, decida lo que decida, lo aceptará. Me dejará marchar, si es lo que deseo.

Y, por un segundo, barajo la posibilidad de salir corriendo, ir a cualquier otro sitio, empezar de cero, sin pasado, solo el futuro.

Los ojos de Ash me atraviesan, llenos de unas emociones que no termino de comprender del todo.

La elección es mía. Puedo echar tierra por encima de lo que tuvimos, o puedo quedarme.

Sin aliento, desecha y agitada, cruzo la habitación deprisa, cojo su cabeza entre las manos y evalúo el dolor que hace brillar sus ojos, hasta que me empapo de él.

—No. Estaré contigo hasta el final, te lo prometo.

El final sangriento…

Leo en su rostro el alivio que lo invade. Exhala una buena cantidad de aire y me envuelve en un abrazo tan fuerte que apenas respiro.

Con los dedos tensos en mi chaqueta (la suya, en realidad), entierra la cara en mi cuello, me inhala con fuerza, y su tórax se

mueve deprisa, al ritmo de su agitado aliento.

El calor del pecho que arde por debajo de su camiseta es tan áspero y envolvente que se me ralentiza el corazón. Me libero de su agarre, levanto el semblante hacia el suyo y analizo en silencio los iris tocados de dolor y, a pesar de todo, llenos de una pasión desgarradora que nadie ha demostrado nunca por mí.

Él hace que te sientas especial. La única chica que importa. La sensación es adictiva.

—Pero no vuelvas a hacerme esto —advierto con expresión helada—. Me he pasado tres días encerrada, sin tener ni idea de si estabas vivo o muerto.

—Lo sé. Lo siento.

—*Nunca más,* Ash —subrayo, con voz vibrante de ira—. Te lo digo muy en serio.

Asiente, envuelve mi nuca con los dedos y arrastra mi cara hacia la suya.

Su boca me invade, y todo se oscurece, todo se apaga, esto es especial y no hay vuelta atrás. Estoy con él al cien por cien, y él está al cien por cien volcado en mí.

Es bonito.

Aterrador.

Y es real, la única realidad que importa.

Un claxon en la calle lo hace soltar mis labios y acercarse a la ventana. Voy tras él y los dos miramos hacia el aparcamiento a través de las horribles cortinas de encaje con modelo floral, muy de los sesenta.

Fuera, hay por lo menos veinte motos. Todas en fila.

—¿Qué es eso? —susurro, aterrada.

La mano de Ash en mi cintura es firme y sosegadora.

—Tranquila, son de los nuestros. He reunido a la antigua banda, los de Scoville Avenue. Tenemos trabajo que hacer. Vamos.

Lo miro sin entender.

—¿Adónde?

—Te llevaré a la que será nuestra casa el tiempo que se prolongue esta situación. Ahí estarás a salvo. No es grande ni lujosa, pero tendrás todo lo que necesites.

Trago saliva, voy hacia la mesilla y cojo el casco pequeño con manos temblorosas.

—Alexandra.

Su voz suena tan ronca y tan cálida a mis espaldas que dejo el casco donde estaba y me vuelvo hacia él, atraída como un mosquito hacia la luz.

Aunque no hay luz en sus ojos al cruzarse nuestras miradas, solo oscuridad, una tan profunda que se nos acabará tragando a los dos.

—¿Qué?

Su expresión desecha hace que se me caiga el alma a los pies. La tormenta de emociones que se le refleja en la mirada me deja demudada.

—Cuando esto termine, te pediré que te cases conmigo, y a partir de ese día seré el hombre que te mereces tener a tu lado. Lo juro. Aunque tenga que cargarme a cada hijo de puta que quede en esta ciudad asquerosa, conseguiré ser esa persona algún día. Y tú serás mi reina.

Su mirada es firme e insistente, y su semblante, lleno de una resolución apabullante.

Cumplirá la promesa. Lo sé. Es esa clase de tío, fiable, para lo bueno y para lo malo. Estoy segura de que, si le promete a alguien que va a matarle, lo hará. Cuando esa persona menos se lo espere, notará el tacto congelado de un cañón en la nuca. El pobre infeliz no tendrá ni tiempo de averiguar de qué se trata porque una bala le estará atravesando los sesos en ese preciso momento.

Y, algún día, yo me casaré con él.

Un criminal.

Un gánster.

El jefe del crimen organizado que está en guerra con el cartel más letal del país.

El que me mira como si fuera una puñetera obra de arte y no sonreía apenas antes de conocerme porque no tenía motivos para hacerlo.

El que hace que el mundo se detenga cuando estamos juntos y que nada más importe.

El monstruo en cuyos ojos veo rastros de humanidad.

¿Cómo puede ser tantas personas en una sola?

—¿Dirás que sí cuando te lo pregunte? —susurra, con los ojos ejerciendo un fiero control sobre los míos.

No necesito meditarlo. Sé que lo haré, me casaré con él porque, en realidad, no tengo elección. Nunca la he tenido. La diosa Fortuna eligió por mí hace mucho tiempo.

Solo espero que la suerte esté de mi parte.

—Lo haré. Seré tu reina.

Me parece que un leve atisbo de sonrisa ha movido hacia arriba la comisura derecha de su boca, pero no sé si es real o si me lo estoy imaginando todo.

¿Qué más da?

Acaba de extenderme su mano y sé que, una vez más, me aferraré a ella.

Parte 2: La hora más oscura

Isabella Marín

© Isabella Marín, abril 2024

Diseño de la portada: Adyma Design
Foto: Adobe Stock

Primera edición: mayo 2024

Corregido por Correctivia

"No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Capítulo 1

La muerte es el castigo para aquellos que mienten.
(Lucky Luciano, mafioso estadounidense)

Alexandra

—Dime qué pasó realmente. Empieza por el principio. Háblame de la noche en la que elegiste irte con él y con todo su ejército de moteros, sin saber siquiera adónde te llevaba. ¿Por qué lo hiciste? Podrías haberte negado.

—¿Negarme? —repongo, con una carcajada tan vacía que le hace fruncir las cejas y observarme confundido, como si no fuera capaz de comprender qué es lo que me hace tanta gracia.

—Negarte, sí. Haber dicho que no. No eres tonta, niña. Debías de saber que tu vida corría peligro cada vez que respirabas cerca de él. ¿O es que a esas alturas no te habías hecho una idea clara de quién era en realidad el *respetable* señor Williams? ¿No bastó un tiroteo en plena calle para hacerte ver que él era algo más que una cara bonita en la portada de la revista *Forbes*?

La sonrisa que se insinúa en las comisuras de mis labios oscila entre lo irónico y lo desafiante.

—No digas tonterías. Sabía quién era incluso antes del tiroteo. Él mismo me abrió las puertas de su mundo y me enseñó lo oscuro y peligroso que podía llegar a ser.

—¡¿Y por qué *cojones* no saliste corriendo antes de que fuera demasiado tarde?! ¡Ayúdame a comprenderte!

Tomo un sorbo del horrible café que me acaba de traer de la máquina expendedora del pasillo y sopeso pensativa los profundos ojos azules clavados en los míos.

—Dime una cosa, Clark. —Parece divertirle el hecho de que me esté dirigiendo a él de igual a igual—. ¿Conoces ese instante que lo paraliza todo?

—No —responde con ensayada amabilidad—, y tampoco sé adónde quieres ir a parar.

Le sonrío con indulgencia.

—¿Lo ves? No puedes comprenderlo porque no tienes ni puta idea lo que se siente al enamorarse. No es algo que se pueda evitar, planificar o controlar a tu antojo. *No hay* control de daños porque el amor es como un fuego que avanza, latente y silencioso, hasta consumirte por dentro. Cuando empiezas a notar el calor, suele ser tarde. Ya estás en llamas. ¿Te importa que fume? Últimamente, me afloran vicios por todos lados.

—¿Esa es tu explicación? —repone, con tal perplejidad que sus cejas rubias casi rozan la línea de su cabello dorado, tanto las ha arqueado—. ¿Que te *enamoraste* de él?

Me enciendo un cigarrillo y durante unos segundos evalúo, pensativa, su anguloso rostro surcado de arrugas.

—¿Qué más quieres que te diga? ¿Que es bueno en la cama? Eso también ayudó un poco —admito, divertida.

Clark niega una y otra vez.

—Esto es increíble. Pero ¿qué pasa con ese tío? ¿Es que tiene la polla de oro o qué?

Junto entonces se abre la puerta y, para nuestra mutua sorpresa, entra Ash, con un traje negro tres piezas que se ajusta a su corpulenta figura de luchador callejero y ese magnetismo que nos tiene a todos girando a su alrededor, mariposas en busca de una luz que no existe porque él es pura, profunda y eterna oscuridad, y precisamente ahí es donde reside su encanto.

—Deduzco que estáis hablando de mí otra vez —nos dice con expresión guasona, mientras avanza con su talante confiado hacia la mesa en la que los dos estamos sentados, cara a cara—. ¿Qué haces con mi mujer, Clark? Esto es demasiado rastrero incluso para una rata vieja como tú.

El semblante de Clark se llena de rabia. No sé qué le resulta más molesto, ¿la intromisión o que le hayan llamado rata vieja y rastrera en toda su cara? Solo a Ash se le ocurriría hacer algo así. Siempre ha sido algo insolente.

—¡Deberías estar entre rejas! —exclama en un tono vibrante y tenso que delata la indignación que arde en su pecho.

—Sin duda. Pero aquí estamos, como en los viejos tiempos. El héroe nacional y el villano de los bajos fondos. Dos pesos pesados de Ohio. Qué sería de tu aburrida existencia si no fuera por mí, ¿eh? Estarías todo el día tocándote el nabo en la oficina. ¿Me permites unas palabras con mi dulce esposa?

Clark me recorre el rostro con la mirada en busca de confirmación. Le hago un escueto gesto para que nos deje a solas.

De manera sorprendente, obedece, y ahora es Ash el que se encuentra sentado en la silla al otro lado de la mesa, y suyos los ojos que hurgan en los míos.

En el profundo silencio que nos envuelve en cuanto se cierra la puerta, el tic tac de su *Rolex* resuena como un tambor.

Pasan los segundos sin que nadie diga nada. Él sigue observándome con tranquilidad, como si estuviéramos sentados en la barra de un bar, tomando un whisky con soda. Bueno, yo. Él lo tomaría solo. Odia la soda.

La pequeña corrección que hace mi cerebro me arranca una leve sonrisa que intento disimular.

No es el lugar ni el momento para andarse con bromitas, así que procuro concentrarme al cien por cien en el azul helado que me dispara el pulso en las venas.

Mi pausado acto de succionar el cigarro con absoluto desdén y crear círculos con el humo que expulso a través de los labios pintados de rojo mate despierta en él una exasperación tal que se inclina sobre la mesa y me lo arranca de entre los labios para, acto seguido, arrojarlo con furia dentro del vaso de café que apenas he probado.

A tomar por culo el cigarrito. Parece que lo esté oyendo, irritado, hablándome como a una cría. Sin embargo, no hay palabras, porque él siempre mantiene el tipo, tiene los nervios bien templados y, a pesar de lo que cualquiera podría pensar, es un hombre muy paciente.

—Hola, cielo —me dice al final, abismos de tiempo más tarde—. ¿Te estaba dando el coñazo el bueno de Clark?

La sonrisa que pende de sus labios es ligeramente burlona y termino sonriendo yo también. Como siempre que lo tengo cerca.

—Un poco. ¿Cómo es que nunca me has hablado de él?

—Bueno, ya me conoces. Soy un hombre de pocas palabras. Me va más la acción. ¿Por qué estabais hablando de mi polla, si puedo preguntarlo?

Abro el paquete de chicles que hay sobre la mesa (Clark me lo compró en la máquina expendedora porque yo no llevaba monedas encima) y me como uno con total tranquilidad.

Ash cruza los brazos sobre el pecho y se arrellana con insolencia en la silla, a la espera de una respuesta que tardo en concederle.

—Porque Clark cree que la usaste para cautivarme.

—Ah. Qué interesante. ¿Y lo hice?

—Por supuesto —admito, sin despegar la mirada de la suya. La verdad es que cuesta quitarle los ojos de encima. Sigue siendo mi imán.

—¿Te gustó?

Una sonrisa lenta empuja las comisuras de mis labios hacia arriba.

—No, en absoluto —respondo, consciente de la poca seguridad (y la enorme diversión) que hay en mi voz.

—Tramposa —dice con una risa ronca y un brillo muy socarrón en la mirada—. Claro que te gustó. Te gustó tanto como a mí, joder. Dime una cosa, mi amor. —Se inclina hacia adelante, apoyados sus antebrazos en la mesa. Hay cierta tensión alrededor de sus hombros, contrastando con el aire guasón que arruga las esquinas de sus ojos al verme hacer globos con el chicle—. Si pudieras volver atrás en el tiempo, si te encontraras de nuevo de pie en el aparcamiento de ese motel, sabiendo todo lo que sabes ahora, ¿qué harías?

No necesito meditarlo. La respuesta es obvia.

—Me subiría a tu moto.

Una oleada de triunfo masculino recorre el atractivo semblante que tanto empeño pone en mantener inexpresivo. Es un buen jugador de póker. Casi nunca deja entrever lo que piensa.

—¿Lo has oído, Clark? —grita para que se le escuche al otro lado de la pared—. ¡Se subiría a mi puta moto de nuevo! ¡Así que a

mamarla!

De pronto, la sonrisa engreída se borra de sus atractivas facciones y los ojos que vuelven a aferrarse a los míos se enfrían de golpe, hasta tornarse irreconocibles, duros, llenos de peligro; aguas profundas y heladas en las que ahogarse resultaría demasiado fácil.

Ya no es el mismo hombre que entró en la sala con sus bromitas y su sonrisa indolente.

No, ahora tengo delante al rey, el despiadado jefe del crimen organizado, que lleva en el bolsillo una bala con su nombre, su particular *memento mori*, para recordarse a sí mismo que, si hay que caer, mejor que sea en el campo de batalla y llevándose por delante a todos los hijos de puta que sea posible.

Y, vaya, ese es el hombre del que yo me enamoré, aun sabiendo quién era y de lo que era capaz.

Al igual que Clark, querrás saber por qué.

Dios, es una historia *taaan* larga…

Dejemos algo para nuestro próximo encuentro, ¿no te parece?

Solo te diré que no he podido evitarlo. Me obsesioné tanto que su oscuridad acabó siendo la única luz que iluminaba mi interior.

Una noche, después de vaciarse en mi cuerpo con tantas ganas que al día siguiente todavía tenía las marcas de sus dedos en las caderas, me dijo que él estaba muerto antes de conocerme. No le confesé que yo también lo estaba.

Tiene gracia. *La muerte es el castigo para aquellos que mienten*, aseveró hace mucho tiempo el padre del crimen organizado de este país.

Pero ¿qué castigo le asignas a alguien que ya está muerto? Esa persona no le teme a nada.

Y ¿qué es un hombre (o una mujer) sin la pesada carga del miedo?

Un puto vencedor.

Los animales de la selva comprenden bien su naturaleza. El depredador es un depredador. La presa, una presa.

Los humanos, en cambio...

Bueno. Nosotros mentimos más de lo que respiramos. Adoptamos formas cambiantes. Oscilamos entre las luces y las sombras.

Tejemos verdades tan hermosas que no cuesta nada creérselas.

La mayoría poseemos el don de la dualidad. Podemos ser lo que queramos ser. Cazadores… Presas… Lo que haga falta con tal de ganar.

Somos criaturas peligrosas que se adaptan a cualquier hábitat.

Pero la persona más peligrosa de todas es la que tiene la facilidad de decir la puñetera verdad incluso cuando te está mintiendo.

Y así es cómo acabamos aquí, en esta sala.

Capítulo 2

El mundo se derrumba y nosotros
nos enamoramos.
(Película *Casablanca*, 1942)

Dos años y medio antes

Alexandra

El rugido de la Harley se eleva como un trueno entre sombras y destellos de farolas titilantes.

Me abrazo a la poderosa espalda de Ash y me siento a salvo, aunque en el fondo sé que no es más que otra de las mentiras que me cuento a mí misma para poder seguir adelante.

En realidad, estoy más cerca que nunca del abismo. Los dos lo estamos. Podríamos caer por él en cualquier momento.

Tras el infierno de los últimos tres días, no tengo ni idea de qué esperar a partir de ahora. ¿Cómo serán nuestras vidas? Me cuesta imaginarlas.

¿Adónde iremos? ¿Para hacer el qué? ¿Podré salir a mi antojo, trabajar, tener una vida? ¿O pasaré minutos, horas, días y semanas interminables en casa, con las cortinas bajadas, preguntándome si en alguna parte de esta ciudad él todavía respira o es que ya le han pegado un tiro en la nuca?

No sé si estoy preparada para afrontarlo.

Me parece todo demasiado horrible. *La situación* se ha salido de madre.

Como si intuyera mi preocupación, Ash pone su mano enguantada encima de la mía y presiona suavemente mis dedos. Busca reconfortarme, saber si me encuentro bien, trasmitirme una sensación de seguridad a la que yo me agarro de inmediato para evitar hundirme en más y más incertidumbre.

Me obligo a recordar por qué me he metido en esto, que no había forma de evitarlo. Tenía que abrir la caja de Pandora y echar un vistacito dentro, y lo hice. Ya lo creo que lo hice.

Lo malo es que ahora no puedo apartar la mirada. Hay tanta oscuridad en su interior que estoy atrapada.

Soy una mujer perdida, sin pasado ni futuro, condenada a vivir en un presente laberíntico, donde mi brújula moral ya no me indica lo lejos que estoy del norte porque incluso mi moralidad se ha rendido ante él.

Se está abriendo un abismo cada vez más grande entre la persona que era antes de conocerle y la que soy ahora. Ya no me reconozco en absoluto.

¿Cómo he dejado que algo así pasara? Supongo que era inevitable. Que, de alguna forma retorcida que todavía no comprendo, él y yo estábamos predestinados a acabar así.

Rendirme ante la fascinación enfermiza que me produce estar cerca de él era, desde el principio, una opción tentadora, pero se tornó irresistible según iba completando el puzle.

Olvidar quién es y qué es lo que hace no es demasiado difícil de conseguir cuando no eres el tipo de persona que juzga a los demás.

Yo solo aspiro a comprenderle, saberlo todo sobre él. No me importan demasiado el bien o el mal. No son más que conceptos y, además, en este mundo todo es relativo.

Menos la verdad. La horrible, aterradora y peligrosa verdad que las personas ocultamos detrás de disfraces y máscaras porque nos da miedo el ser juzgados.

¿Quién no se ha enfrentado alguna vez a esos individuos simplistas que, desde lo alto de su pedestal de superioridad moral, les han señalado con el dedo, han tirado la piedra, han escupido la acusación?

Yo nunca lo haría.

Cómo odio a los hipócritas. Él no lo es. Es consciente de que, en esta vida, todo tiene un precio, y está dispuesto a abonarlo, incluso con plomo y sangre. Su límite está en el cielo, lo cual le convierte en alguien muy, muy peligroso.

Las personas que no le temen a la muerte siempre lo son porque ellas ya no tienen nada que perder.

Y es justo su aura de peligro la que cautiva a quienes lo rodean. El peligro hace que te sientas vivo. ¿Qué podría competir con esa sensación?

Yo misma me dejé llevar por la adrenalina de lo desconocido, y ahora estoy aquí, rumbo a ninguna parte.

Desde que lo conozco, me debato entre el temor y el éxtasis, la fascinación y el horror, la vida y la muerte. Soy un péndulo que oscila, mitad en la luz, mitad en la oscuridad, persiguiendo un equilibrio ilusorio. Ya no sabría decir de qué lado estoy realmente. ¿Del de los héroes? ¿O el de los villanos?

Cuando navegas de un extremo al otro, las fronteras se difuminan. Encuentras héroes que descarrilan en la penumbra y villanos que de vez en cuando muestran algunos destellos de humanidad que te pillan desprevenida.

Y luego está él, un viajero como yo, alguien que busca el camino redentor hacia la luz sin miedo a afrontar la oscuridad que lleva dentro; un ser cambiante; un imán que atrae sin piedad a todo el mundo a su alrededor, incluyéndome a mí.

Ash y yo somos iguales, dos caras de una sola moneda. Él es mío. Yo soy suya.

Y el asfalto, ahora mismo, parece nuestro.

Nunca me había sentido tan libre. Es como si no me importara nada de lo que estoy dejado atrás. Por primera vez en nuestra relación, esta noche estoy con él al cien por cien.

Cuelo las manos por debajo de su chaqueta, me sujeto fuerte a su abdomen y, con los pulgares, acaricio los férreos músculos de su estómago, que se tensan todavía más bajo mi contacto.

Creí que podría parar cuando quisiera. He sido tan ilusa…

Una voz interior me susurra con desprecio: «Estúpida niña, jugando siempre a juegos que te quedan demasiado grandes. ¿Cuándo vas a comprender que tú ya no controlas el tablero?»

En realidad, todo depende de la suerte. La diosa Fortuna una vez más, misteriosa como ella sola. No quiere desvelarme todavía si soy

la jugadora o un mero juguete, y eso hace que el juego sea todavía más trepidante.

Ya veremos cómo termina esto. Hay demasiadas variantes como para sopesarlas ahora, así que mis manos siguen explorando por debajo de su chaqueta y poco a poco el mundo, al igual que mis ideas, empieza a enturbiarse.

De todos modos, ¿qué importancia tiene?

Le seguiré, como todos los demás, otra pequeña mariposa buscando desesperadamente una luz que nunca ha existido.

Observo, medio ausente, la estampa que vuela a ambos lados de la calzada. Todo anodino, parques, calles, edificios; nada destaca.

La ciudad todavía no ha comprendido que el rugido de estos motores es, en realidad, una declaración de guerra. Nadie nota lo fuerte que está vibrando la tierra.

Los conductores que adelantamos hacen lo imposible por apartarse de nuestro camino. Una V invertida de veinte motos adueñándose de las calles de la ciudad no debe de ser algo que se vea a menudo en Cleveland.

Ash le hace un gesto con dos dedos al motorista que tiene al lado. No puedo verle la cara, no sé quién se esconde detrás de ese enorme casco negro, pero su respuesta afirmativa nos da permiso para girar a la izquierda en el siguiente cruce, un preocupante duelo con la gravedad y también con todas las normas de tráfico establecidas.

Tener de pronto el suelo tan cerca de nosotros me hiela la sangre en las venas.

A él no parece preocuparle la idea de matarse en un accidente de tráfico. Traza con destreza la curva y después endereza la máquina, alejándonos por el momento de la amenaza inminente de estrellarnos contra el asfalto.

Conmigo abrazada a su enérgico cuerpo, se cuela entre coches y autobuses, tan vertiginoso que a los conductores apenas les da tiempo de captar una imagen borrosa de su espalda enfundada en cuero.

No tiene limitaciones.

En cuanto a las normas, las vuela por los aires. No es un héroe. Me he obsesionado con el villano y, gracias a eso, mi vida nunca volverá a ser igual.

Contengo la respiración cuando la moto se inclina peligrosamente hacia la derecha. Clavo los dedos en su estómago, la única estabilidad que puedo encontrar en medio de este mundo caótico a punto de venirse abajo.

Ash solo tarda un segundo en apoyar la mano encima de la mía con ademán tranquilizador. *Serás mi reina*, me dijo hace un rato.

Por un segundo, creí que todo había acabado. Pero no, nuestra historia no ha hecho más que comenzar. Somos un lienzo en blanco, marionetas de un escenario que ninguno de los dos controla a estas alturas. El amor, junto a la muerte, son los únicos dos pilares de la vida que las personas no podemos gobernar.

Los últimos días han debido de ser un infierno también para él. Suele volverle loco la perspectiva de no volver a verme, de no volver a tocarme nunca.

Por eso estaba tan alterado cuando vino a buscarme y no me encontró. Pensó que lo había abandonado, como hicieron su padre, su madre y toda la gente por la que llegó a sentir algo alguna vez.

Ahora empieza a asimilar que esto es de verdad, que estaré con él hasta el final, da igual lo sangriento que sea. Él, sin límites. Yo, sin elección.

Esto es más grande que nosotros dos, va mucho más allá. Seguro que Ash diría que no es más que una historia de amor. Encuentra pureza incluso en los recovecos más oscuros. Es un optimista.

Para él, la vida está hecha de posibilidades. Solo tiene que escoger.

Y me ha escogido a mí. Su reina.

Juntos, navegamos entre las sombras y las luces de las farolas, rodeados de gente con vidas normales y corrientes que nunca lo comprenderían.

Las marcas viales indican que estamos a punto de entrar en una autopista.

Destellos de cuero y acero danzan en el aire a mi alrededor, imágenes imprecisas, flashes en los que no puedo concentrarme

durante demasiado tiempo.

Ash libera mi mano para poder sortear mejor el tráfico. Cada giro es un desafío. A veces nos inclinamos hacia la izquierda hasta que su rodilla casi roza el asfalto. Otras, hacia la derecha. Su cuerpo se fusiona con la máquina en perfecta sintonía.

Se me viene a la mente una imagen de él haciéndome el amor. Es exactamente igual. Sabe lo que hace, lo tiene todo controlado, y siempre se entrega al cien por cien. Es un todo o nada, como haría cualquier otro buen jugador.

El trayecto por la autopista es breve; cogemos pronto un desvío y las revoluciones disminuyen mientras las motos se reagrupan una vez más.

La noche es el escenario perfecto para ellos, se camuflan a la perfección entre las sombras a las que pertenecen. Sus chaquetas de cuero desgastadas, las botas negras y los cascos que ocultan sus rostros los vuelven indistinguibles.

El anonimato es peligroso. Concede a la gente un extraño poder para perpetuar el mal. No hay inhibiciones cuando sabes que no habrá consecuencias para tus actos.

Adelantamos a un autobús estacionado en la parada. Incluso él me parece gris y anodino, vacío, solo hay dos personas dentro, sentadas con mirada perdida al otro lado del cristal.

No tengo ni idea de dónde estamos, no reconozco la zona, pero el aspecto deprimente de los inmuebles y los grafitis que lo cubren todo asegura que nos estamos acercando a nuestro destino. Dijo que había que volver a las cloacas.

Tras un último giro a la izquierda, Ash reduce la velocidad hasta detener su ruidosa Harley frente a un edificio de dos plantas.

El talón de su bota se apoya contra el asfalto.

Su mano izquierda, en mi cadera, acariciando.

—¿Es aquí? —le pregunta a la persona que tenemos al lado.

—Sí —contesta el hombre cuya voz no he sido capaz de reconocer.

—Cercano a la autopista. Me gusta. Nos lo quedamos.

Observo el edificio, demasiado entumecida como para sentir algo.

Ash coloca la moto sobre el soporte, se quita el casco y los guantes y se medio gira para mirarme.

Está tan imperturbable que me quedo absorta. Mis ojos parecen incapaces de apartarse de su sublime rostro. Nada podría alterarlo ahora. Me impresiona tanta sangre fría.

Él es bastante impresionante en líneas generales. Una parte de mí estaba convencida de que no volveríamos a vernos.

Pero aquí estamos. *Serás mi reina*. ¿Quiero esa corona? No lo sé. No he tenido tiempo para digerirlo. Todo ha cambiado demasiado deprisa.

Me pregunto qué pasaría si de repente decidiera echarme atrás. ¿Aceptaría vivir en un mundo en el que yo no estoy o me impediría dejarle? ¿Qué es capaz de hacer cuando alguien le quita lo que más desea en el mundo?

No lo sé todo sobre él. Las personas somos como pozos sin fondo. Nunca se llega a conocer a nadie de verdad. Ni siquiera a uno mismo.

Él me quiere, pero…

¿Y si me quisiera demasiado, de esa forma extraña que la gente como él sabe querer a veces? ¿Qué haría entonces? Es curioso que no me lo haya planteado nunca, teniendo en cuenta lo obsesionado que está conmigo.

Nuestra relación tiene todos los ingredientes para convertirse en un auténtico desastre. Es intensa y eléctrica; desde el minuto uno se cimienta sobre el sexo y la pasión desenfrenada.

¿Cuál es el grado de peligro al que me estoy exponiendo realmente? ¿Debería tomar precauciones? ¿Sería capaz de hacerle daño a una mujer a la que quiere si ella dejara de quererlo?

Una sombra de incertidumbre se cierne de pronto sobre sus acciones, y empiezo a valorarlo todo bajo una nueva luz.

Quiero poseerte entera.

Cuando estoy contigo, me cuesta mantener el control.

Soy exactamente cómo crees que soy. Un monstruo.

Las palabras están ahí. ¿Cuánto poder encierran las suyas?

Me quedo quietecita mientras él, ajeno a mi intenso conflicto mental, me quita el casco con delicadeza y sus ojos, de un azul

chispeante, se colocan a la altura de los míos.

Lo genuinamente feliz que parece en mi presencia me hace dejar de divagar y concentrarme en el presente.

Todo se desvanece, anulado por su presencia, tan magnética como el fuego que arde en sus pupilas.

Algún día lo averiguaré, seré capaz de responder a todas las preguntas. Hoy no es un buen momento para planteármelas.

—¿Estás bien, pequeña? No te habrá asustado la velocidad.

Niego y él me roza la mejilla con el dedo, antes de abrazarme con fuerza.

—Esa es mi chica —me susurra al oído—. Todo saldrá bien. Te lo prometo.

Dejo que mi cuerpo, cada vez más dócil y relajado, se amolde contra el suyo. Esto es perfecto. No quiero que me suelte nunca. Nada me importa, solo él.

Pasados unos segundos, me aferro a su nuca con los dedos, hundo la nariz en su cuello e inhalo con fuerza. El aroma de su cálida piel llena mis fosas nasales, calmando de golpe todos mis temores.

No, no le tengo miedo. No como debería. Mi instinto sigue diciéndome que es un justiciero que solo castiga a los pecadores. ¿Puedo confiar en mi instinto?

—Dame un segundo —murmura, cogiéndome la cabeza entre las manos para entrelazar de nuevo nuestras miradas—. Ahora vuelvo.

—Vale.

Planta un beso rápido en mis labios y después su cuerpo se separa del mío.

Me recorre una oleada de frío, a pesar del ambiente húmedo y templado, bastante primaveral, que se respira esta noche en las calles de Cleveland.

Abrazada a mí misma, me vuelvo hacia atrás para saludar a nuestros acompañantes con un gesto del mentón.

Algunos se han ido quitando los cascos mientras Ash y yo nos estábamos haciendo arrumacos, de modo que reconozco a Julian, a Serpiente, a Mickey y a Seven.

Han sobrevivido casi todos los de su círculo más íntimo. Menos Colin. Una lástima. Me caía bien.

Ash está hablando con Julian en susurros. Los observo con una arruga entre las cejas. ¿Qué estarán tramando?

Solo intercambian unas pocas palabras, después de las cuales asienten los dos, conformes con lo que sea que hayan decidido, se dan palmaditas en el brazo y se despiden con un gesto.

Un segundo después, la noche se los ha tragado.

Ash regresa junto a mí, me coge de la mano y presiona mis dedos con suavidad, antes de besarme los nudillos.

—Entremos. Me daré una ducha y luego bajaré a por algo de cenar.

Doy mi conformidad con un gesto. Me cuesta hablar. El corazón me martillea de manera irregular entre las paredes de la caja torácica, y su latido es todo en lo que puedo concentrarme durante unos lentos segundos.

Mi mundo está cambiando deprisa, y me temo que ninguno de esos cambios parece bueno.

No sé cómo puede estar tan tranquilo, tan al mando de la situación, teniendo en cuenta que le acaban de colocar una diana sobre la espalda.

No hay ni una pizca de titubeo en él. Ni un músculo que se mueva. Ninguna expresión que delate preocupación.

Se mantiene imperturbable, como una estatua asiria cuyas elegantes facciones no puedes hacer otra cosa salvo contemplar. Bella, con sus ángulos perfectos, sus contornos mitad luz mitad oscuridad, pero no es más que un trozo de roca frío e intocable.

¿Dónde está su humanidad? Hoy solo parece un espejismo.

Estamos lo bastante cerca el uno del otro como para que su vibrante energía y su abrumador olor masculino despierten un estúpido cosquilleo en mi estómago. No necesita ducharse. Así es como más me gusta. Tengo ganas de lamerle la piel.

Me estremezco ante la imagen que se abre paso por mi caótica mente. Dios. Estoy obsesionada. Cuanto más me da, más necesito. No es amor. Va mucho más allá. Se trata de poseer, de apoderarse de todo, de arrebatarle hasta el último resquicio de control.

Él me consume y supongo que yo también necesito consumirlo.

O puede que sea amor, después de todo. Tampoco es que yo haya amado antes.

Capítulo 3

Quiero vivir en la oscuridad.
(Canción *Sun of a Gun*, Oh Land)

Alexandra

Lo observo en silencio mientras abre la puerta del portal y me arrastra tras él por un pasillo minúsculo y sucio, cuya luz no se molesta en encender.

Subimos por la escalera, no hay ascensor. Nuestro piso está en la segunda planta. Esperaba algo peor. Es pequeño, pero está limpio y con eso me doy por satisfecha. No huele a moho como el motel.

—No está tan mal —comento al entrar en el salón.

Él hace un leve amago de sonrisa, como si apreciara mi conformidad.

Suelta las llaves y los dos cascos encima de la mesa y empieza a vaciarse los bolsillos, tabaco, cerillas, móvil, pistolas y otra clase de cachivaches peligrosos…

Lo dejo ahí, concentrado en lo suyo, y decido dar una vuelta por el que será nuestro hogar a partir de ahora; me paseo por el dormitorio, el salón, la cocina y el baño, haciendo un repaso mental de las cosas que faltan y necesitamos. Me ha pedido una lista. Se la haré mientras él se ducha.

Regreso al salón, me siento en el sofá y empiezo a apuntar cosas en el bloc de notas de su móvil de prepago. Yo todavía no tengo uno.

—Alexandra.

Levanto la cara hacia la suya, estremeciéndome como cada maldita vez que sus labios formulan mi nombre, sonidos arrastrados, roncos, que me reclaman de una forma que incluso la sangre se incendia en mis venas.

Mis ojos conectan de inmediato con los suyos. El contacto es tan visceral como siempre.

—Dime.

De pie en mitad de la habitación, en vaqueros y una camiseta de manga corta que se tensa sobre su pecho musculoso, parece inmerso en una tremenda lucha interna.

Se produce una pausa tan larga que casi doy un respingo cuando su voz rota vuelve a abrirse paso a través de mí.

—Lo siento. De veras.

Trago saliva, sin saber cuándo ha empezado a escocerme tanto la garganta.

—Lo sé.

Veo su tristeza, me empapo en ella y todo se complica, mi cuerpo despierta y se vuelve muy consciente del suyo porque, cuando está vulnerable, los pocos momentos en los que se muestra humano, pierdo la cabeza por él.

—Lo arreglaré —me promete, aunque apenas presto atención a sus palabras. Solo puedo concentrarme en ese timbre rasposo que me hace arder en llamas. Mis músculos internos se contraen de forma casi dolorosa.

Nada de esto estaría pasando de no haberme obsesionado con él. Ahora no hay vuelta atrás. Estoy atrapada. Los dos lo estamos.

—Sé que lo harás.

Lo que me preocupa es *cómo*.

Me mira largo rato, y yo lo miro también; no puedo despegar nuestras miradas ahora mismo, tan eléctrica es la fuerza con la que me retiene.

—Te quiero —dice finalmente.

Una sonrisa débil se dibuja en mis labios.

—Lo sé…

Aguarda unos segundos, muy quieto, con un destello de esperanza iluminando el peligroso azul de sus bonitos ojos.

Cada molécula de su ser está pendiente de mí.

Pero, conforme se prolonga mi silencio, su rostro abandona la ilusión y comienza a reflejar una sombra de incertidumbre.

Y, quizá, también un rastro de devastación.

—Voy a ducharme —se rinde en un murmullo, tras un tiempo razonable en el que yo no me he visto capaz de abrir la boca.

Asiento despacio y lo sigo con la mirada por el pasillo.

—Joder —siseo entre dientes al quedarme sola en el salón.

Cierro los ojos y aprieto los párpados con fuerza.

¿Por qué no se lo habré dicho?

Maldigo hacia mis adentros, tiro su móvil al sofá y voy tras él.

La puerta está abierta como de costumbre. No le gusta ducharse de otra forma, le agobia el vapor.

Cuando entro, él está de perfil, con las dos manos apoyadas contra la pared y la cabeza bajada, para que el agua le caiga justo en la nuca.

Observo sin ningún pudor su atlético cuerpo lleno de tatuajes, sigo con la mirada los hilos de agua que se escurren por los escalones de su abdomen, y me siento como siempre, inevitablemente atraída, presa de una erótica fascinación que me impide mantenerme al margen.

Todavía no ha reparado en mi presencia. Tiene los ojos cerrados. Está tenso y…

Parece vencido.

Sé que eso se lo he provocado yo. Ahora tengo que arreglarlo.

Me quito la ropa deprisa, me suelto la coleta que me hice para poder ponerme el casco y me peino un poco con los dedos delante del espejo.

Él es lo único que tengo ahora. Estamos juntos en esto.

Respiro hondo antes de tirar de la puerta con las dos manos. Probablemente no vuelva a coger oxígeno hasta dentro de un rato. El espacio es tan reducido que da la impresión de que no queda aire ahí dentro, solo él, en todas partes.

Ash se vuelve hacia mí, sorprendido por mi presencia, y me observa sin decir nada. No intenta tocarme ni acercarse a mí de ningún modo. Quiere que lo decida yo. Nuestros cuerpos casi se rozan, pero por falta de espacio, no por elección suya.

El agua corre a nuestro alrededor, casi hirviendo. Mi cuerpo está en llamas.

Lo miro, me empapo en él, y noto la sangre latir por mis venas y una lenta sacudida en el estómago.

—Alexandra, ¿qué…?

Dios… Su voz ronca vibra en mi piel. Es demasiado tentador como para resistirse.

Hundo los dedos en su pelo mojado y acerco su boca a la mía para acallarlo. Mi forma brusca de actuar lo excita. Lo percibo en el movimiento acelerado de su pecho y en el destello de los ojos, que pasan de tristes a salvajes.

Nos quedamos así unos lentos segundos, saboreando la espera. El cálido aliento que arroja contra mis labios envía a mis terminaciones nerviosas un estremecedor hormigueo eléctrico.

Empieza a ponerse duro. Primero lo noto en sus pupilas. La oscuridad que arde tras ellas está a punto de desbordarse.

Al cabo de unos segundos, me arrima toda la extensión de su miembro; se frota contra mí, aunque sin intención de entrar todavía.

Cierro los ojos para disfrutar de la sensación un poco más. Su polla, firme y caliente, palpita sobre mi clítoris. Me muero por tenerlo dentro, a pesar de que, al mismo tiempo, me gustaría prolongar la espera todo lo posible porque esta electricidad es muy excitante.

—Yo también te quiero —murmuro, antes de darle el beso que los dos estábamos anhelando, el que nos tenía vibrando de deseo encima de los labios del otro.

Gruñe excitado, clava los dedos en mi trasero, me aplasta contra la puerta de la cabina y su boca me atrapa en un beso feroz que inmediatamente me deja mojada e hinchada de deseo.

—Dilo otra vez —ordena con voz áspera, separando el rostro del mío lo suficiente como para poder sopesarme con sus ojos cargados de lujuria.

Sin romper el electrizante contacto visual en el que estamos inmersos, lo hago girarse hasta que es él el que termina apoyado contra la puerta.

No hace nada para detenerme, solo me observa de esa forma lánguida que deja muy claro lo obsesionado que lo tengo.

Trago saliva y exploro con los dedos su esculpido torso, sus costillas y el impresionante miembro que se me clava en el estómago.

Divertido, me agarra la muñeca, me la aprieta contra la pared de azulejos que tengo a mis espaldas para que me esté quieta y su

cincelada cara se inclina sobre la mía. Su cuerpo me domina con la misma fuerza que las pupilas que poco a poco vencen mi resistencia.

Compongo una sonrisa perversa, que lo hace arquear la ceja derecha con aire exigente. Quiere oírmelo decir una y otra vez para poder creérselo.

—Te quie-ro —deletreo con lentitud, firmeza y mucha convicción.

Ahogo un gemido dentro de la boca que de pronto captura la mía en un beso incendiario. Su cuerpo, que sigue atrapándome contra la pared, se presiona contra el mío. Su rígida erección empieza a frotarse entre mis piernas.

De nuevo, busca sin querer entrar. Me vuelve loca. Mi cuerpo entero vibra por la necesidad de liberarse.

Un quejido sale de mis labios cuando intento que me penetre y se retira.

Me sonríe, una sonrisa pendenciera que me acelera el corazón.

—Otra vez —ordena, con un hambre salvaje ardiéndole en la mirada.

Mis dedos se pasean por el tatuaje de su costado. *Encuentra lo que amas y deja que te mate.* Muy adecuado.

Se estremece y yo me pongo todavía más caliente.

—Te quiero, Ash.

Desliza el dedo índice por mi mejilla y recorre, absorto, el perfil de mi boca. Su respiración suena de repente rápida e irregular.

—La puta hostia. No sabes lo feliz que me hace tenerte aquí. Por muy egoísta que suene.

Antes de que pueda responder, me ha hundido la mano en el pelo y su lengua ya está dentro de mi boca, buscando con desesperación la mía.

Saboreo la eléctrica fricción el momento que dura el beso, y suspiro de placer cuando se retira y sitúa sus ojos azules a la altura de los míos.

—Dime qué quieres que haga.

—Te quiero dentro.

—Ah, ¿sí? ¿Quieres mi polla?

—Sí —jadeo, completamente ahogada en este deseo.

Su erección se frota, palpitante, entre mis pliegues hinchados. La petición lo vuelve loco, lo noto en la expresión ansiosa que se cobija bajo sus facciones.

—¿Cómo la quieres? —me susurra, rozándome la oreja con sus labios calientes.

—Eso ya lo sabes.

—De todos modos, dame detalles. Quiero hacerlo bien.

—No necesitas detalles. Sigue tu instinto.

Ríe entre dientes y niega para sí.

Abro los labios y chupo con delicadeza la yema del dedo que acaba de apoyar contra mis labios. Sus ojos se oscurecen del todo cuando lo rodeo con la lengua y me lo meto por completo dentro de la boca.

—Te he echado tanto de menos que creí que me volvería loco en ese puto piso —sisea mientras sigue frotándose a sí mismo contra mí —. Solo podía pensar en ti. En esto —murmura, abarcando todo mi sexo en la palma de su mano.

Abro la boca para respirar, y él inclina el rostro sobre el mío para aspirarme a mí.

—Dime la verdad, Ash. ¿Te tocaste pensando en mí?

Las comisuras de sus labios se elevan en una sonrisa mal disimulada.

—Tal vez… ¿Y qué si lo hice?

—¿Te corriste? —murmuro, provocando su boca hasta que se dispone a besarme y entonces me aparto y lo dejo con las ganas porque yo también sé jugar a esto.

—Joder. No hagas eso, pequeña. —Suelta un gruñido bajo y largo al ver que, en lugar de besarle, me acaricio el abultado pezón con el dedo que acabo de lubricar y, manteniendo los ojos fijos en los suyos, me lo meto dentro—. Ten en cuenta que llevo tres días con el mono y la última vez me quedé a medias. No me provoques.

—¿O qué? —lo reto mientras me penetro yo solita con su dedo.

—O acabaré siguiendo mi instinto y no va a gustarte.

Lo contemplo a través de las pestañas, dedicándole mi mirada más seductora.

—Pruébame.

Un brillo de satisfacción ilumina sus pupilas. Disfruta mucho con esto. Los dos lo sabemos.

—Tú misma.

Ahogo una exclamación de sorpresa cuando me da la vuelta de repente, presiona mis pechos contra la pared y se pega a mi espalda.

—Voy a probarte —me susurra al oído, con voz gutural y un poco amenazadora—. Y no solo eso, cielo. Voy a darme un auténtico festín. Celebremos que esos capullos malnacidos no han podido conmigo.

La lenta pasada de su lengua alrededor de mi lóbulo me hace cerrar los ojos y renunciar encantada a cualquier atisbo de control o lucidez que me quedaba en el cuerpo.

Echo la cabeza hacia atrás hasta apoyar la nuca en su hombro y me concentro solo en los pulgares que acaban de localizar mis tensos pezones y dan vueltas lentas a su alrededor.

—Sí… Hazlo...

Como siempre, tiene mi consentimiento.

Capítulo 4

Tengo un deseo ardiente por ti, nena.
(Canción *Burning Desire*, Lana del Rey)

Alexandra

—¿No te gusta la pizza? Lo siento, no encontré nada mejor.

La voz preocupada de Ash me arranca de mi ensimismamiento. Me doy cuenta de que sujeto un triángulo de pizza en la mano desde hace un rato y que solo le he dado un pequeño mordisco.

—No, la pizza está bien —lo tranquilizo con algo que pretende ser una sonrisa—. Es que no tengo mucha hambre.

Me evalúa a través de los párpados entornados.

—Sé que esta situación te… inquieta —pronuncia las palabras de forma lenta y mesurada, como si necesitarla sopesar bien lo que va a decirme—, pero no tienes nada por lo que preocuparte porque…

—¿Qué ha pasado, Ash? ¿Hubo un tiroteo delante de un club como en el Viejo Oeste y os busca la policía o…?

—Nadie nos busca.

Niego, sin dejar de evaluar su tenso semblante.

—No lo comprendo. ¿Cómo es posible? Hay cámaras por todas partes.

—Las que rodean el *Fever* estaban desactivadas. Nuestro hacker se ocupó de eso. Ni siquiera había alumbrado urbano.

—¿Tenéis un hacker?

—Cielo, somos una organización del siglo XXI. Claro que tenemos un hacker. Come un poco, anda. Has tenido unos días tensos. No hagas que me preocupe también por ti. Necesitas recuperar fuerzas.

—¿Fuerzas para qué?

Arquea las dos cejas con aire travieso y sus labios se despliegan en una sonrisa provocativa.

—Oh —murmuro al comprender por dónde van los tiros—. Me gusta lo que insinúas.

—Esto te va a gustar más. Escucha. He decidido quedarme un par de días en casa, contigo.

Me estremezco en lo más profundo de mí, porque entiendo lo que me está diciendo. *Voy a quedarme un par de días en casa y vamos a follar hasta volvernos locos para celebrar que sigo vivo.*

—¿Y luego?

Su cincelada mandíbula se contrae de tensión.

—Luego ya veremos. Cena. Más tarde podemos ver una película, si te apetece.

Ver una película. Qué gracia. Él y yo no somos capaces de hacer algo tan simple como ver una película juntos. Todas acaban igual: con nosotros dos desnudos, jugando con el cuerpo del otro. Ash no puede sentarse a mi lado en el sofá y mantener las manos quietas. Lo nuestro es demasiado físico.

—Sí. Bien. Me parece genial.

—Pero tendrás que acabarte al menos dos porciones de pizza.

Le pongo mala cara. A veces me habla como si fuera su hija.

El sonido del timbre lo hace levantarse del sofá y, a mí, fruncir el ceño.

—¿Esperamos a alguien?

—A Seven —contesta, antes de abrir.

Estupendo. Se me acaba de indigestar el poco alimento que he ingerido.

—Traigo las cosas que pediste —rezonga ella, sin mirarme a mí.

Supongo que debe de resultarle incómodo verme en el sofá, vestida con la camiseta de Ash, y encontrarlo a él desnudo de cintura para arriba. En nuestra defensa, no tenemos más ropa que ponernos.

—Gracias, Sev.

Coge las dos bolsas de viaje que ella le alarga y se hace a un lado para dejarla pasar.

—¿Pizza? —le ofrece, y por ello se gana una mueca enfurruñada.

—Paso. ¿Necesitáis algo más?

—Alexandra, revisa esta bolsa y dime si quieres algo más.

Sorprendida, suelto la porción que sigo sin acabarme, abro la bolsa negra que me ofrece y registro su contenido.

Dios mío. Ha dejado que su ex novia psicópata me compre bragas, ropa de estar por casa, vaqueros, camisetas, jerséis, lentillas de contacto y algunos productos cosméticos de la lista que le pasé. ¿Cómo puede ser tan capullo? ¡Esto no es ni medianamente normal!

—Renovaremos nuestros armarios en breve, solo necesitas ir tirando unos cuantos días, hasta que pueda llevarte de compras. ¿Te apañas con eso?

Hiervo de furia a su lado, y debe de notarlo en mi cara porque aprieta la mandíbula con disgusto y le dice a Seven que no, no necesitamos nada más.

—Bien. Llámame si quieres algo.

Le planta un beso rápido en la mejilla, muy cerca de los labios, y se despide de mí con un gesto escueto.

Ash cierra la puerta con aplomo.

Lo oigo respirar hondo antes de volverse para encararme. Intuye que vamos a pelearnos y creo que no le apetece nada. Pues me da igual.

—¿Qué pasa ahora?

—¡¿Que qué pasa?! —le grito, perpleja—. ¡Has enviado a tu ex novia a comprarme bragas!

Le late la mandíbula y el rictus pétreo que asola su expresión facial me dispara el pulso.

—¿Sí? No me digas. ¿Y qué querías, que mandara a Julian? ¿Crees que habría sabido qué coño es el…? —Como no se acuerda del nombre, se saca el móvil del bolsillo y pasea el dedo por la pantalla con una feroz arruga entre las cejas—. A ver dónde está. Ajá. Aquí. *Advanced Night Repair* de Estée Lauder —me lee con suma ironía—. Tócate los huevos.

—¡Eres un cabronazo! —le grito, tirándole a la cara las bragas de encaje que tenía en la mano.

La ira que incendia sus pupilas da mucho miedo, pero lo que más aterra en realidad es el férreo control que se obliga a mantener sobre sí mismo.

Esos ojos podrían reducirme a cenizas si se lo propusieran. Pero es evidente que no quiere perder los estribos conmigo y decir cosas de las que podría arrepentirse más tarde. Lo veo en la forma en la que se le dilatan las aletas de la nariz al coger aire y en cómo mueve su poderoso cuello hacia ambos lados para relajar un poco la tensión.

Decido que ya he tenido suficiente por hoy y le vuelvo la espalda.

—¿Sabes qué? No tengo por qué aguantar esta mierda.

—Alexandra, vuelve aquí —me pide, con mucha calma, los nervios templados de siempre—. No hemos acabado de cenar ni de pelearnos.

—Yo, sí —grito, de camino al dormitorio—. ¡Y hoy duermes en el sofá!

Pego un portazo, me desplomo sobre la cama y suelto un gruñido de rabia solo con volver a visualizar a Seven, de tienda en tienda, eligiendo bragas y productos cosméticos para mí.

¡¿Es que nadie ve lo retorcida que es la situación?!

Hundo la cara en la almohada y gruño con todas mis fuerzas.

*****

El interior de la boca de Ash es caliente y húmedo.

No sé si estaba consciente o no cuando empezamos a besarnos. A lo mejor actué por instinto… En algún momento me quedé dormida y cuando volví a la realidad, estaba entre sus brazos, él se había puesto duro y nos estábamos comiendo a besos como si nuestra vida dependiera de ello.

Ahora estoy totalmente despierta. Todo mi cuerpo lo está, pendiente de cada estímulo.

Su respiración controlada me excita tanto que mi lengua se desliza furiosa sobre la suya, intentando igualar su hambre, y mi mano se pasea por su costado, arriba y abajo.

Cuando su boca libera la mía para devorar la línea de mi mandíbula, jadeo en busca de oxígeno.

Su mano encuentra mi pecho por debajo de la enorme camiseta que llevo y lo amasa. Con las puntas de las uñas me pellizca el

pezón, desatando olas de placer eléctrico entre mis piernas.

Me arqueo hacia él, gimo, me agarro a su pelo y le clavo los dientes en el hombro.

—Ha sido nuestra primera pelea de enamorados —murmura contra mi piel. Acaba de levantarme la camiseta y su boca arde encima de mi estómago.

—Lo sé.

—Me has puesto muy cachondo.

Su lengua sube por mi abdomen, hasta arremolinarse alrededor de mis hinchados pezones. Lo sujeto con fuerza por el pelo para mantener su boca ahí. Quiero que siga lamiendo y succionando, que se deleite.

—Lo sé —musito entre jadeos mientras lo busco con los dedos.

Gruñe contra mi piel y se frota a sí mismo dentro de mi puño cerrado.

—Deberíamos pelearnos más a menudo, ¿no crees?

Su mano baja por mi cuerpo, hasta cubrirme el sexo con la palma. Lo estruja entre los dedos y sigue lamiéndome los pezones y tirando de ellos con los labios y los dientes.

Vibro y palpito por él y lo sabe, por eso se lo está tomando con calma.

—Deberías follarme para que nos reconciliemos.

—Debería.

Pero su mano me libera, justo cuando me empezaba a acelerar.

Jadeo impaciente.

—¿Vas a hacerlo? —susurro, buscando su rostro entre las sombras.

—No lo sé. Me has llamado cabronazo. Te mereces un castigo. Yo nunca te he insultado a ti.

Ahogo una exclamación cuando rodea mis muñecas con un cordón que se ha debido de sacar de algún bolsillo y me las ata al cabecero de la cama.

Intentar forcejear no sirve de nada. No puedo liberarme. Solo consigo que el cordón se me clave todavía más en las muñecas.

—Puto psicópata —escupo, revolviéndome contra su cara—. Y yo que creía que te arrepentías de ser tan capullo…

Se echa a reír.

—Yo nunca me arrepiento de nada, cielo. Es la jodida definición de la psicopatía. *Sin remordimientos.* Estate quieta o no dejaré que te corras.

—¿Esto te pone cachondo?

—No te haces una idea —responde, provocándome con los labios.

Dios, soy muy débil… Saco la lengua y se la paso por la boca, y él disfruta mucho alejándose, lo cual me enfurece tanto que forcejeo de nuevo.

—Suéltame las manos, Ash.

Ojalá fuera capaz de pedirlo con más firmeza o convicción...

—¿Por qué? ¿Para que sigas tirándome cosas?

—Para que pueda retorcerte las pelotas —amenazo entre dientes.

Sus roncas carcajadas resuenan por toda la habitación.

—Qué bruta eres a veces... ¿Sabes? Creo que es lo que más me gusta de ti. Tú me completas. ¿De verdad quieres que te suelte? —murmura, con ojos serios, mientras desliza los dedos sobre mi hinchado clítoris, disfrutando de la forma en la que mi cuerpo se sacude bajo sus provocativas caricias. La expresión resuelta que se refleja en su cara me vuelve loca—. Dímelo. Y sé honesta. ¿Quieres que te suelte, Alexandra, o probamos a ver hasta dónde nos lleva esto? Jugaré según tus normas, como siempre.

Mi contestación consiste en separar un poco más las rodillas.

Otro consentimiento más.

Pasea la mirada por todo mi semblante y me doy cuenta de que lucha por contener una sonrisa de satisfacción.

—Buena chica. ¿Ves? Te lo has ganado.

Me da lo que le pido, me estimula con los dedos hasta que mi fiebre por romperme en pedazos se vuelve inaguantable.

Empiezo a mover la pelvis y a jadear, acelerada. Estoy casi saboreando el orgasmo cuando vuelve a detenerse.

—Ash… —murmuro, suplicante, aunque esta vez no es necesario mendigar.

Me separa las piernas con cierta brusquedad y su lengua me rodea el clítoris y gira muy despacio a su alrededor, aplicando cada vez más presión hasta que el orgasmo más fuerte que he tenido en

toda mi vida se apodera de mí y empiezo a sacudirme, a gemir y a suplicar que se detenga porque no aguanto más la presión.

Pero él persiste hasta el final, me obliga a aceptarlo todo, oleada tras oleada, por muy intensas que sean, y solo cuando caigo rendida en el cochón saca la cabeza de entre mis piernas y me besa con una furia que prolonga todavía más las intensas descargas de placer que me hacen vibrar por debajo de él.

Puedo saborearme a mí misma en la lengua que se desliza furiosa sobre la mía y eso me vuelve todavía más hambrienta y más desatada.

—Te ha gustado entregarme a mí todo el control.

No es una pregunta.

Aun así, asiento, sin aliento para formular palabras.

—¿Te suelto, o sigo?

Respiro hondo, con la mirada encajada en la suya mientras aúno fuerzas para hablar.

—Sigue.

Un pequeño atisbo de sonrisa mueve la comisura de su boca hacia la derecha.

—Respuesta correcta.

Y de golpe atraviesa mi cuerpo inflamado y resbaladizo, arrancándome un grito ahogado y dejando mi mente en blanco.

El placer es intenso y eléctrico, y yo estoy cada vez más pillada, cada vez más fuera de control.

Nunca he conocido a nadie como él. Es exactamente la pieza que me faltaba.

Capítulo 5

Sabía que había llegado el momento
para matar el pasado y volver a la vida.
(Canción *Coming Back To Life*, Pink Floyd)

Ash

Necesita a alguien normal en su vida, a un tío decente que le prepare tortitas el domingo por la mañana y la abrace mientras ven juntos el clásico que echan en la sesión de tarde de Paramount Channel.

Y, como yo pretendo ser ese tío, hoy he ido a la tienda y aquí estoy, haciendo las putas tortitas.

No quiero más peleas. Dios sabe que estar con ella es como intentar domesticar una fiera. Un paso en falso y estás jodido. La reconciliación de anoche fue muy gratificante para los dos, pero no podemos seguir así para siempre.

Sospecho que una parte de ella quiere dejarme, o que al menos se lo ha estado planteando. Me preocupa esa parte, es imprevisible. Necesito que se quede a mi lado, por muy egoísta que suene. La quiero. He dejado ir a Nikki para entregarme a ella por completo.

O, en fin, he dejado ir a Nikki todo lo que Nikki me ha permitido dejarla, porque siempre ha sido muy acaparadora.

Será mejor que deje de pensar en gilipolleces y me concentre en las tortitas. No hago esto desde que Mia era pequeña y quiero que salga bien. Que sea un desayuno perfecto. Normal. Todo normal. Calma.

Pongo música en el móvil (estoy de buen humor hoy), echo una bola de mantequilla dentro de la sartén y la froto por toda su superficie, esperando a que se derrita por completo antes de echar la masa.

Suena *Coming Back To Life*, de Pink Floyd, y para mí es un domingo perfecto, a pesar del mundo que está ardiendo ahí fuera.

Al otro lado de la ventana hace un día gris y lluvioso. Dentro no se está nada mal. He puesto la calefacción, para que ella no tenga frío cuando se levante de la cama. Los dos nos quedamos dormidos sin ropa. Estábamos agotados anoche.

Me cuelgo un cigarrillo entre los labios, lo enciendo y suelto la primera tortita dentro de un plato. Parece comestible. Solo me queda aguantar dos horas abrazado a ella sin intentar follármela y ya seré ese tío. Voy por el camino de la normalidad.

Me abstraigo unos segundos con el ritmo progresivo de *The Great Gig In The Sky*, mientras espero a que el fuego haga su trabajo. Me encanta esta canción. Me encanta Pink Floyd.

Doy una profunda calada al cigarro, saboreándolo con cada fibra de mi ser, y zarandeo la sartén para que no se me pegue la tortita.

De pronto, los brazos de Alexandra me rodean la cintura. No la he oído acercarse y el roce de sus dedos helados en mi estómago caliente me hace estremecer.

—Mierda —murmuro, mirando el estropicio—. Esta hay que tirarla. Se me ha caído toda la columna de la ceniza dentro.

Riéndose, planta un beso en mi hombro y separa su cuerpo del mío. Joder. ¿Por qué? Me gustaba tenerla pegada a mi espalda.

—No puedes cocinar y fumar al mismo tiempo.

La miro con sorna.

—¿Quién dice que no puedo?

—El departamento de sanidad.

—Ja. He preparado café.

—Qué majo. Café y todo.

—Soy un buen tío, ya lo sabes.

Esta vez es ella la que me mira con sorna. Vuelvo a absorber humo en los pulmones y después lo suelto hacia el lado opuesto a donde está. No quiero asfixiarla. No suelo fumar en casa, solo lo hago en la cocina y solo porque he abierto la ventana.

—¿Qué tal has dormido?

Sirve dos tazas de café. Deja una en la encimera a mi lado.

—Poco. Ya lo sabes.

Sonrío para mí. Sí que lo sé.

La atrapo por la muñeca, la arrastro a mis brazos y le doy un obsceno beso de buenos días, que tengo que interrumpir cuando el humo de la tercera tortita, chamuscada por completo, nos hace toser.

—¡Ash!

—Que no cunda el pánico. Tengo una que está bien. Solo tengo que conseguir tres más. Ten un poco de fe en mí.

Alexandra la toquetea con el dedo y pone cara de grima.

—¡Esta está cruda!

Entorno los párpados en un gesto exasperado. ¿Es que no ve que me estoy esforzando, coño? Para mí sería más fácil comprar las putas tortitas ya hechas.

Pero lo que puedes comprar, poco valor tiene, ¿no?

—La sartén no se había calentado lo suficiente. Pero ya está, lo tengo controlado. ¿Lo ves? Esta tiene buena pinta, mujer de poca fe.

Riéndose, toma un sorbo de café, se apoya contra la encimera, de cara a mí y me observa pensativa.

—¿Qué estás haciendo?

—Tortitas.

Pensaba que era obvio.

—¿Por qué?

«Esa es una pregunta fácil, cielo. Quiero ser ese hombre, el que hace tortitas, el que ve películas sin intentar meterte la polla en ninguna parte».

Pero será mejor que le suelte la versión censurada. Ella no es como las demás.

—Quiero mimarte.

Me sopesa en silencio con esos ojos que tienen el mismo color que el de mi whisky favorito. Me pregunto qué es lo que verá en mí cuando me escudriña tan concentrada. Tengo la sensación de que ella puede atravesar el velo, advertir el mal que intento mantener a raya.

—Estás distinto.

—¿Eso es bueno o malo?

—Nunca te había visto tan hogareño.

—Nunca he estado de vacaciones —repongo, quitando, satisfecho, la cuarta tortita de la sartén. Ha salido perfecta. Mi plan va sobre ruedas.

—¿Estás de vacaciones ahora?

—Claro. ¿No lo ves? —le guiño el ojo después de echar otro cucharón de masa cruda en la sartén.

—¿Y cuánto tiempo van a durar estas vacaciones tuyas?

Jo-der. No me gusta que me acribillen a preguntas recién levantado.

«Tú tranquilo. Sobre todo, no te pelees».

Intento destensarme, estiro el cuello hacia ambos lados y apago el cigarro en un plato de postre. No tenemos ceniceros.

—No pensemos en el futuro ahora —le respondo, apaciguador—. Disfrutemos de este momento.

Nada mejor que la paz antes de una tormenta. El aire es eléctrico. Todo parece posible.

—Está bien —se rinde con un suspiro.

Sonrío cuando deja la taza de café en la encimera, se abraza de nuevo a mi espalda y apoya la barbilla en mi hombro. Debe de haberse puesto de puntillas. No es tan alta como para llegar hasta ahí sin estirarse.

—Me gusta cuando estás de vacaciones. Me gusta esta versión de ti.

A mí también, joder.

—Algún día iremos a la playa, y esas sí que serán unas buenas vacaciones.

—Mmmm —ronronea en mi oído mientras sus uñas se pasean lánguidamente por el contorno de mis abdominales—. Me muero de ganas. Echo de menos tumbarme bajo el sol.

Una imagen de su cuerpo desnudo en la arena caliente me sacude con fuerza.

Mierda. Me estoy empalmando entero y no, no, no, no quiero joder este momento. «Respira, tío. No pienses en ella desnuda».

La puta hostia. ¿A quién pretendo engañar? Me muero por perderme en ella; quiero poseerla encima de la encimera, con furia y dureza, y luego despacio, solo para prolongarlo un poco más. A la

mierda las tortitas. A la mierda con todo. Que le den a ese capullo que prefiere ver películas viejas en vez de follarse a su mujer.

Estoy tan cerca de ceder que casi me rindo y acepto que yo no soy (y nunca seré) esa persona, pero al final consigo contenerme, aprieto los dientes y me concentro en lo que estoy haciendo.

No es buena idea follar ahora.

Quiero que desayunemos como una pareja normal por una vez en nuestra vida.

Que leamos el puto periódico.

Que conectemos a todos los niveles posibles.

El sexo que tenemos ella y yo es increíble, eléctrico, arrasador.

Eso no quita que, a veces, Alexandra eche de menos la parte emocional de una relación, esa cercanía que conmigo nunca ha podido tener porque yo, en fin, siempre me guardo alguna cosa para mí, nunca la dejo entrar por completo en mi mundo.

Sé que lo que más la excita es que yo no sea un tipo normal y corriente. Pero, al mismo tiempo, echa de menos la normalidad. No necesito que me lo diga. Lo veo en sus ojos.

Antes de este follón con los colombianos, había noches enteras en las que se quedaba sola en casa. Yo volvía a las tantas, la mayor parte del tiempo agotado o cachondo, y siempre sin una explicación que darle.

Cuando me preguntaba dónde había estado, la respuesta era invariable: *por ahí.* Que no confiara en ella lo bastante como para hablarle de las cosas que hacía cuando no estábamos juntos le sentaba como una bofetada en la cara.

Yo fingía que no me daba cuenta, que no me dolía la forma en la que me miraba a veces; que era muy normal encontrármela despierta y triste, jugando una partida de ajedrez consigo misma, con una copa en la mano que había vaciado de solo tres tragos antes de volver a llenarla, o acurrucada en el sofá, contemplando con ojos muertos una película en blanco y negro cuyo argumento hacía hora y media que ya no era capaz de seguir.

Pero sí que me dolía porque, en cuanto se mudó conmigo, comprendí que no tenía ni puñetera idea de cómo hacerla feliz. Cada día se alejaba de mí un poco más.

En las últimas semanas habíamos empezado a distanciarnos. Tal vez no desde un punto de vista físico (dice que uso el sexo para huir de la intimidad…), pero sin duda a nivel emocional.

Ella creía que era como una especie de trofeo para mí y yo sentía que cada día era más difícil conservarla a mi lado.

Se acabó. No voy a pensar más eso. El pasado ya no importa. El hombre que era entonces murió hace cuatro noches en el *Fever*.

Ahora soy otra persona, alguien mejor. Le hice una promesa y voy a respetarla.

Quiero dárselo todo a partir de ahora, cualquier cosa que me pida, cubrir todas y cada una de sus necesidades.

Incluso las emocionales porque, de lo contrario, en algún momento se cansará de follarme, decidirá que esto es demasiado complicado para alguien como ella y me dejará.

Pues no se lo voy a poner tan fácil. No, señor. Ella no es ningún puto trofeo. Es la obra maestra.

«Tú no te irás, Bambi», me prometo a mí mismo mientras intento mantener a raya el feroz apetito que despierta en mi interior.

«Tú, no. No eres Nikki. Tú lo aguantarás todo. Tú ves la oscuridad que hay en mí y le estás plantando cara, joder. Lo nuestro es especial».

Nunca he sentido esto por nadie. No así. Ella será mi último amor, estoy seguro, porque es imposible que yo vuelva a sentir esta obsesión por otra persona. Rompe todos mis esquemas. No lo comprendo, y hace tiempo que ya ni me molesto en intentarlo siquiera. Solo puedo aceptarlo, resignarme, dejar que siga ejerciendo su poder sobre mí.

Tomada la decisión, pongo la mano encima de la suya y aprieto sus dedos para que se detenga. Unos milímetros más abajo y ya no podré contenerme.

Y volveré a usar el sexo para huir de la intimidad…

Hay que joderse.

—Señorita, ya está el desayuno. Lleva esos siropes y el bol de fruta a la mesa, anda. He comprado un poco de todo. No quería que te faltara de nada.

Recorre la piel de mi cuello con la nariz, inhalándome ansiosa, y me susurra al oído lo perfecto que es todo esto.

«Pues claro que lo es, joder. Es perfecto. Estamos de puta madre. Y tú no te irás».

Me vuelvo hacia ella, la abrazo y rozo sus labios con un beso suave. Nada de lengua, que no queremos que se nos vaya de las manos otra vez; solo mi boca temblando encima de la suya, el beso más casto que le he dado nunca.

Hey, you
Out there in the cold
Getting lonely, getting old
Can you feel me?[2]

—Me gusta lo que tienes puesto —murmura nada más liberar yo sus labios.

Apoyo mi frente contra la suya, clavo los dedos en sus caderas y entrecierro los párpados.

—A mí también. Me toca por dentro. —Levanto el rostro para mirarla y noto que se estremece cuando mis ojos oscuros de deseo se insertan en los suyos. Debe de intuir que, en mi mente, mi cuerpo también se inserta en el suyo y que estoy haciendo un enorme esfuerzo para no llevar esa fantasía a la práctica—. Baila conmigo.

Sonríe, cogiéndose el labio inferior entre los dientes, se abraza a mi cuello y deja que la guie.

La amoldo contra mi pecho y me lleno los pulmones de ella. El aire que respiro es mucho más excitante desde que la conozco.

—Me quedaría así para siempre —murmuro junto a su oído—. Abrazándote.

No nos movemos del sitio, solo nos balanceamos un poco mientras mi mano sube y baja por su espalda, por debajo de la camiseta que lleva (la mía). Sus pezones están duros contra mi pecho. Mi polla, tensa contra su estómago.

Nuestras respiraciones alteradas están follando ahora mismo.

Sus ojos se mantienen encajados en los míos.

Me siento como si estuviéramos en medio de una bruma espesa que me nubla la vista. Solo puedo verla a ella.

—¿Cómo puedes ser tantas personas a la vez?

—Pequeña… —Le paso el dedo índice por encima de la boca y gruño hacia mis adentros—. Tengo alma camaleónica.

Está muy seria, hasta que de pronto todo su semblante se ilumina en una sonrisa. Se la devuelvo. Es fácil sonreír cuando ella está cerca de mí.

Hey, you
Would you help me to carry the stone?
Open your heart
I'm coming home[3]

Con mi canción favorita sonando desde el móvil, el olor del café recién hecho y de las tortitas inundando la cocina, la mujer que quiero entre mis brazos, es el puto día más perfecto que he tenido en décadas.

Morir es bueno porque, cuando vuelves a la vida, todo parece más brillante, más excitante, más intenso.

«Eres tú. Creía que era Nikki, pero estaba equivocado. Eres tú».

Tú.

TÚ.

No he vuelto a ser el mismo desde que la conozco. Eso es bueno en muchos aspectos y aterrador en otros tantos. No se me puede olvidar quién soy. Porque, los hombres que no se acuerdan de dónde han salido, acaban en un callejón, con una bala incrustada en la nuca.

Así que yo seguiré siendo yo.

Solo que ella no debe saberlo.

Capítulo 6

Si tuviera que volver a comenzar mi vida, intentaría encontrarte mucho antes.
(Antoine de Saint-Exupéry)

Ash

Esta película es un rollo. Mantenerse quieto con ella acurrucada contra mí lo es todavía más. Me merezco una medalla por aguantar este bodrio durante Dos.Putas.Horas.

Le preocupa que lo nuestro sea demasiado físico, que no seamos compatibles fuera de la cama, y últimamente concede importancia a actividades conjuntas que no impliquen sexo.

Una relación no puede ser *demasiado* física. Pero da igual lo que yo diga, ella cree que la nuestra supera los límites de la normalidad y punto. Nunca aceptará una opinión contraria. Es igual de testaruda que yo. Eso me saca de quicio a veces y me la pone dura la mayor parte del tiempo porque, en el fondo, no quiero a alguien que me diga que sí a todo. Me aburriría enseguida si me dieran la razón. Me gustan los desafíos.

—Ha sido precioso, ¿verdad? El final es alucinante.

El final ha sido una mierda, como el resto de la película.

—Precioso, sí. ¿Podemos follar ahora?

Se produce un silencio demasiado largo y tenso. ¿Y ahora qué pasa, por el amor de Dios? ¿Qué he hecho esta vez?

—¿Ni siquiera te ha emocionado?

¿Emocionarme? Casi me duermo.

—¿Qué quieres de mí, Alexandra?

Sueno cansado porque es así como me siento. Se lo estoy dando todo. ¿Por qué no es suficiente?

—Quiero que sientas *algo* —se sulfura—, empatía o compasión o lo que sea.

Arqueo las cejas con sorna.

—¿De repente te preocupa que sea un psicópata?

—¿Lo eres?

Pongo mala cara, después de lo cual me fijo en el aire grave que desvela su rostro y contraigo la mandíbula.

¿Por qué se ha torcido tanto el día? ¡Si íbamos muy bien! Ha debido de ser la puta película, nos ha puesto a los dos de malhumor. La próxima vez la elijo yo.

—No soy un psicópata. Siento cosas. Ahora mismo, mucha irritación.

Se revuelve entre mis brazos hasta ponerse de cara a mí. Está muy seria. Mal asunto. Creo que no vamos a follar hoy. No la veo por la labor.

—¿Qué sientes cuando matas a alguien?

Qué pregunta tan absurda.

A cuento de nada, además.

—No me produce placer matar, si es lo que intentas averiguar.

—Bien, ¿y qué sientes entonces?

«¿Nada?»

—Que he hecho lo que debía.

—¿Nunca te arrepientes?

—No —gruño con voz agresiva.

—¿A cuántas personas te has cargado?

—No llevo la cuenta.

Claro que la llevo. Recuerdo cada rostro. Me atormenta noche tras noche. Así que no, no soy un psicópata, aunque a veces lo parezca.

—¿Alguna vez has matado a una mujer?

—¿Qué coño…? Daré de baja los putos canales de crímenes, que lo sepas. Te meten cosas raras en el cerebro, cielo.

—¿Sí o no? —me exhorta, con esos ojos implacables clavados en los míos.

—*No* —gruño, mosqueado de verdad. Tenía un plan y se acaba de ir a la mierda.

Casi es un alivio que me llame Julian y me pida que vaya a verlos al bar.

—Voy a por la cena —informo nada más colgar la llamada—. Estaré aquí a las nueve, nueve y media como muy tarde, ¿vale?

Se incorpora en el sofá y me mira con esa cara que me hace sentir como un capullo integral por dejarla sola otra vez, cuando le prometí que estaría aquí al menos hasta el próximo domingo.

—¿Necesitas tanto tiempo para comprar la cena?

—Tengo que hacer una cosa antes —explico, revolviéndome el pelo con los dedos porque no sé de qué otra forma podría contener la frustración.

—¿Qué cosa?

Y dale.

—He quedado con Julian.

—¿Para qué?

—Para hablar. Me voy.

—¿Puedo acompañarte?

Jo-der.

—¡No! ¡No puedes! —Mierda. ¿Qué coño me pasa? Respiro hondo para calmarme y, cuando consigo recuperar un poco de aplomo, me atrevo a mirarla de nuevo—. Lo siento. No quería gritarte, de verdad que no. ¿Por qué no pones otra película? He contratado todos los canales de pago habidos y por haber. Seguro que encuentras algo con lo que entretenerte mientras tanto. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta, ¿de acuerdo?

Me inclino sobre ella para darle un beso en la boca. Me duele que se aparte y que mis labios acaben en su rígida mejilla. Todo es muy difícil. Lo nuestro es como una montaña rusa. En un segundo estamos en la cima. Y, de pronto, parece que nos estemos precipitando hacia la nada.

Puta mierda de situación.

Agarro las llaves de la mesa y me marcho dando un portazo. A tomar por culo.

En el bar, me mantengo hosco y poco comunicativo. No hay grandes avances. Eso me cabrea. Quiero ponerle fin a este follón lo

antes posible. Mi hermana está en Londres y mi novia me hace la cobra cuando intento besarla. Nada me está saliendo bien.

—Coño, no bebes nada —me ladra Julian, disgustado.

—No quiero beber, gilipollas. Me voy a casa.

—Joder, tío. Déjala sola un rato, que no le va a pasar nada. No es una niña pequeña.

Me vuelvo a sentar en la silla, todo tenso, y los ensarto a todos con la mirada.

—¿De qué cojones va esto?

Julian respira.

Hondo.

Lo que me faltaba.

—Mira, te lo voy a decir yo porque estos capullos no se atreven. Estamos preocupados por ti.

Ahora sí que me estoy mosqueando en serio.

—¿Preocupados, en qué sentido? —hago el esfuerzo de preguntar con calma.

—Pasas demasiado tiempo con esa tía —me suelta Serpiente en un tono acusatorio ante el cual yo arqueo las cejas.

—Es mi novia, capullo. Claro que paso tiempo con ella, joder.

—Pero estás muy pillado —arguye Mickey, que parece contar con el apoyo del grupo, a juzgar por la forma en la que asienten todos.

Hago un rápido escaneo de las caras que hay a mi alrededor y cierro los puños en el regazo. No me gusta nada lo que veo.

—¿Qué coño quiere decir pillado en vuestro mundo de zopencos? No sé a qué os referís. Pillado, pillado… ¿Qué significa pillado? —me impaciento, gesticulando con mala uva.

—Obsesionado. Encoñado —enumera Julian con exasperación—. Encaprichado. Como quieras llamarlo.

Increíble. ¿También mis amigos van a tocarme las pelotas hoy?

—No te lo tomes a mal, Ash, pero no creemos que sea buena para ti. Ella no es de los nuestros.

Aprieto la mandíbula para contenerme porque, en realidad, lo que quiero es apretar la *puta* cabeza de Serpiente contra la mesa hasta que me suplique que pare.

Me da igual lo que digan. La elegiré a ella siempre. Para siempre. Por encima de cualquier otra cosa. No voy a poner ningún límite a lo nuestro.

Mierda. Me parece que he sido un capullo esta noche. Tenía que haberme comportado mejor, haber tenido más paciencia, haberla calmado.

En vez de eso, salí dando un portazo. Joder. Esa no es la actitud. A veces me puede el mal genio. Quiero que las cosas se hagan a mi manera y, cuando algo se me resiste, me enfurezco. Aprenderé a auto calmarme la próxima vez. Está claro que la culpa ha sido mía.

—Ella no es asunto vuestro.

—Tú sí eres asunto nuestro —intenta aplacarme Julian. Se ha dado cuenta de que se me ha hinchado la vena de la sien—. Te seré sincero, Ash. Tu piba no me cae bien.

—Menuda novedad. A ti nadie te cae bien, Julian. Ni siquiera Seven.

—Seven es una hija de puta de mucho cuidado —admite, aprovechando que la susodicha está en la calle, hablando por teléfono con alguno de sus ligues—, pero al menos sabemos que es de fiar.

—Alexandra también es de fiar.

—No metas la mano en el fuego por ella, tío. La conoces desde hace cinco minutos.

—No necesito más. Y tú tampoco. Escuchadme todos porque no pienso repetíroslo. Esta conversación se zanja hoy, aquí, y no vamos a someterlo a votación. Me da igual que os caiga bien o mal. Es mi chica. Algún día será mi mujer, la madre de mis puñeteros hijos, y más vale que todos vosotros, capullos, empecéis a respetarla desde ya. No os cae bien. No me jodáis. Ninguna os ha caído nunca bien. ¡Nikki tampoco os caía bien!

—¡Porque estaba mal de la cabeza! —me grita Julian mientras expulsa humo y apaga su cigarro en el cenicero lleno de colillas—. ¡Mira cómo acabó esa movida!

—Camilla no os caía bien —prosigo, haciendo caso omiso de lo de Nikki.

—Camilla era una drogadicta —me recuerda el Holandés desde el otro lado de la mesa.

—La madre que me parió —me sulfuro, fulminándolos a todos con la mirada.

—Ahora va a ser culpa nuestra que tú no sepas elegir mejor a las hembras a las que te follas.

Mi cara helada se vuelve hacia la de Julian lentamente.

—Vuelve a llamarla hembra otra vez.

—No saques la Sig Sauer[4] todavía, coño. Lo que quiero decir es que…

—Mejor me voy a casa porque, si me quedo, voy a empezar a repartir hostias como panes y es mejor que mantengamos un perfil bajo en el barrio. No quiero veros a ninguno de vosotros hasta la semana que viene porque estoy oficialmente de vacaciones. Y la semana que viene, cuando os vea, más vale que me traigáis buenas noticias y que NO ME MOLESTÉIS UN PUTO DOMINGO POR LA NOCHE PARA DARME EL COÑAZO CON COSAS QUE NO OS INCUMBEN, JODER.

—Qué carácter —farfulla el Rubio, negando para sí.

Me levanto cabreado de la silla, cruzo el bar en dirección a la salida y pego un portazo para zanjar la conversación.

A mamarla.

En la calle, cojo una profunda bocanada de aire frío y húmedo en el pecho y echo la cabeza hacia atrás hasta que el inmenso cielo estrellado aparece dentro de mi campo visual. Ya iba siendo hora de que dejara de llover.

Estamos en primavera desde hace más de un mes, pero nadie se ha dado cuenta hasta ahora porque ha estado lloviendo casi a diario.

Me gusta la primavera. Todo vuelve a nacer. Ya no importan los ciclos que se cierran, solo los que están a punto de abrirse.

*****

Entro en el salón sin decir nada, suelto las llaves encima de la mesa, me siento a su lado en el sofá y la cojo por el brazo para acurrucarla

contra mi costado.

No soy el único arrepentido. La encuentro bastante más dócil de lo que estaba cuando me marché. Se abraza a mí y suspira por lo bajo.

—Lo siento —le susurro al oído, plantando un beso detrás de su oreja.

—Lo sé. Yo también. Es el encierro. Me está poniendo de malhumor.

Mis brazos se tensan a su alrededor.

—¿Quieres que salgamos a cenar?

Se separa de mí y me mira tan esperanzada que comprendo de inmediato que esta noche tengo que sacarla del piso sí o sí.

—¿Podemos?

No me entusiasma, pero, en fin, se supone que nadie sabe dónde estamos. La llevaré al italiano de la esquina, el que me vendió las pizzas ayer. Es una mierda de restaurante, con manteles de papel a cuadros y velas clavadas en botellas de vino. Ella debería estar en un sitio caro. Me cabrea no poder ofrecerle todo lo que se merece. Más vale que esta puñetera situación termine lo antes posible.

A mí también me pone de malhumor el encierro. Y, cuando yo estoy de malhumor, la ciudad arde y alguien paga las consecuencias. Sí, será mejor que salgamos.

—Si te apetece, hay un italiano aquí cerca.

—¡Sí! —exclama, con una sonrisa de oreja a oreja.

A veces es como una cría. Le hacen feliz las cosas más sencillas. No le regales diamantes. No significan nada para ella. No concede importancia a cosas materiales. Una vez le traje un ramo de lilas *del jardín* y su sonrisa iluminó la habitación entera. Le hizo mucha más ilusión ese ramo cutre de lo que le habría hecho cualquier joya costosa. Lo que tiene precio, poco valor tiene. Supongo que es eso. Es como yo.

—Vale. Vístete y nos vamos.

Me dispongo a levantarme del sofá, pero me tira del brazo para que vuelva a sentarme.

—Gracias —susurra, con expresión seria.

Cojo su rostro entre las manos y mis ojos se pasean lánguidos por su rostro.

—No me des las gracias. Haría cualquier cosa por ti.

—¿Cualquier cosa?

Apenas puedo respirar con ella tan cerca. Siento que me ahogo, como si el mismo aire se hubiera contagiado de la electricidad que fluye entre nosotros.

—Absolutamente cualquier *puta* cosa.

Se le suaviza la expresión.

—¿Te asusta lo que sientes por mí?

—A veces —termino admitiendo con una sonrisa amarga—. Tienes tanto poder sobre mí que haces que me sienta muy vulnerable.

—Lo sé.

—Está bien que lo sepas.

Apoyo, rendido, mi frente contra la suya, cierro los ojos y la inhalo.

Es Alexandra quien me levanta la cara e inicia un beso lento y eléctrico que nos sumerge a los dos en un abismo de sensaciones vibrantes y cautivadoras.

Me mete la lengua en la boca, tímidamente, y es como si una corriente invisible recorriera mi piel. Se me pone dura al instante, y lo que pasa a continuación es culpa mía.

Que le rodee el cuello con una mano, tome el control sobre su boca con un beso violento, ansioso y prolongado que sirve de aliciente para una sesión de sexo enfadado y muy sucio en el puñetero sofá es solo culpa mía.

No he podido contenerme.

De todos modos, ella tampoco quería que me contuviera. Disfruta de esto tanto como yo.

—¿Notas lo dentro de ti que estoy?

—Sí… —me responde, sin aliento.

Llegamos al clímax al mismo tiempo, con una intensidad que me arranca un gruñido animal de la garganta y me hace enterrarme en ella con tanta fuerza que chirrían las patas del sofá encima del parqué.

Mi mano está tan tensa en su pelo mientras doy las últimas estocadas que ha echado la cabeza hacia atrás, lo cual me gusta porque puedo mirarla a los ojos cuando se corre conmigo y ver en su rostro todo lo que siente ahora mismo.

Tras vaciarme por completo en lo más profundo de su cuerpo, me desplomo sobre su pecho y me obligo a recuperar el aliento.

—Nos han debido de oír hasta en la planta baja —le digo cuando se me ha calmado un poco el rugido de la sangre en las sienes.

Se echa a reír, apretando la cara contra mi hombro.

—Es probable.

Planto un beso rápido en su pelo y empiezo a retirarme poco a poco de su interior. Los dos nos estremecemos.

—Vístete, anda. Salgamos a que nos dé un poco el aire. No estás a salvo aquí, señorita Alexandra. Todavía tengo ganas de devorarte, de poseerte enterita.

Apoya el dedo contra mi boca y el roce me hace bajar la mirada hacia la suya.

—Ash...

—¿Hm?

—Estoy bien, ¿vale? No me pasa nada raro. He estado un poco tensa, a veces me pongo de malhumor sin ningún motivo, como hoy. Pero estamos bien. No voy a dejarte, si es lo que te preocupa.

Me acojona, sí.

Bajo la cara sobre la suya y la beso en los labios con una dulzura que la desarma.

Debería haberla conocido hace décadas. Siento que he malgastado el tiempo hasta ahora. He estado con mujeres que me han decepcionado. Ella no lo hará. Ella es especial. *Esto* es especial. Me da igual lo que diga mi gente. Ellos no tienen ni puta idea de nada. No me ven como ella. Me miran, pero no ven nada. Alexandra lo ve todo. Y no me tiene miedo.

Eso es cojonudo y muy esperanzador.

Capítulo 7

Estamos todos rotos;
así es como entra la luz.
(Ernest Hemingway)

Ash

—Vaya. Estás preciosa. —La contemplo absorto cuando, un cuarto de hora después del polvo furioso en el sofá, se queda de pie delante de mí, lista para marcharnos. Mi cuerpo todavía no se ha aplacado del todo. Aún la deseo—. ¿Te has puesto ese vestidito para mí?

—*Sip*. ¿Te gusta?

¿Que si me gusta? Me preocupa lo mucho que quiero arrancárselo del cuerpo y volver a poseerla. Es sugerente. Elegante. Sexy. No puedo dejar de mirarla.

—Me encanta. Te sienta muy bien. ¿De dónde lo has sacado?

—Venía en la bolsa.

—Estupendo. Ahora voy a tener que escribirle una nota de agradecimiento a Seven.

—Puede que no sea tan mala, después de todo —admite con un tonito seco que me arranca una sonrisa de lado.

—No lo es. Seguro que podéis haceros amigas.

—¿De verdad lo crees?

No. La idea de que Seven tenga amigas es antinatural.

—En fin, nunca se sabe. La gente no deja de sorprenderme últimamente. Ponte mi chaqueta de cuero. No salgas con la espalda desnuda. Todavía hace fresco en la calle y estás recién duchada.

—¡No me hables como si fuera tu hija!

Hago una mueca.

—Necesitas que te cuiden, pequeña —la apaciguo con un beso en la punta de su respingona nariz.

—¿Y vas a cuidarme tú?

—Es lo que intento hacer —aseguro mientras rodeo sus hombros desnudos con mi chaqueta.

—Mmm. Huele a ti.

Le guiño el ojo, abro la puerta y me aparto para cederle el paso.

—Contente un poquito, cielo. Ahora vamos a cenar. Ya follaremos después. A lo mejor te poseo en el baño del restaurante, si te portas bien durante la cena.

La expresión de alarma que pone me hace reírme hacia mis adentros.

Bajo la escalera tras ella, tarareando *Hey You*, de Pink Floyd. No está siendo tan mal domingo, después de todo.

En el exterior, la rodeo con el brazo y la pego a mi costado. Parecemos una pareja como cualquier otra; gente normal.

Caminamos en silencio hasta la esquina de la calle. Siento que estamos ella y yo contra todo lo demás.

El restaurante está casi vacío. Un poco sórdido gracias a su escasa iluminación y las capas de polvo que se están acumulando en los posters de las paredes. El aroma de la comida flota en el aire, impregnando la atmósfera con una mezcla de especias, ajo y aceite de oliva. Es un buen sitio para pasar desapercibido.

Nos instalamos en una mesa para dos. Su rostro, bajo la luz de la vela que tiembla en el centro de la mesa, parece pálido. Unos rasgos tan perfectos que no puedo dejar de mirarlos. Solo era sexo. ¿Cuándo perdí el control?

Intento recordar en qué momento, en qué lugar me enamoré de ella, pero soy incapaz. Es como si la quisiera desde siempre. ¿Fue esa noche en la oficina, cuando ella vio al monstro y con la mirada me suplicó que parara, que lo contuviera dentro de mí, que intentara ser mejor persona? ¿O quizá pasó cuando la besé en la calle, a la mañana siguiente? ¿O más bien cuando me dejó solo en el club porque abandonar la mesa de negociaciones transmite un mensaje?

Ni puta idea.

Solo sé que la quiero.

Con ella, me siento como si estuviera caminando sobre una cuerda colocada a diez pisos de altura del suelo. Me gusta la sensación.

Pongo la mano encima de la suya y me entretengo acariciando sus nudillos con el pulgar. Cuesta creer que esto sea de verdad. Está guapísima con su vestido nuevo, y lo mejor de todo es que se lo ha puesto para mí.

No libero su mano mientras nos toman nota. No quiero dejar de sentirla. Me encanta esta sensación de paz.

—Tráiganos dos copas de vino tinto. El mejor que tengan. ¿Qué quieres comer, cielo? —Me responde que algo picante, aunque no demasiado picante—. ¿Espaguetis a la *arrabiata*? —le propongo, oscilando la mirada entre ella y la carta que tengo delante. Asiente, conforme, así que pido lo mismo para los dos. A mí me da igual la comida. Solo quiero complacerla.

—Es un lugar bastante íntimo —comenta cuando volvemos a estar solos—. Típico restaurante de barrio, pero parece italiano de verdad, no un restaurante *i-ta-lia-no* llevado por George de Minnesota.

—Sí —coincido, riéndome entre dientes de su tonito irónico y del gesto de las comillas que hace con los dedos—. A juzgar por el acento marcado del camarero, diría que no es de Minnesota.

—Me gusta más que los restaurantes sofisticados a los que solemos ir.

Arqueo las cejas, confundido por la afirmación. Estaba convencido de que esos sitios le gustaban. Siempre la llevé a los mejores lugares de la ciudad.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Porque aquí pareces diferente.

Evalúo durante unos segundos el brillo de sus ojos y luego muevo la cabeza, sin entender lo que intenta decirme.

—Diferente, ¿en qué sentido?

—Te siento más cerca.

—Porque la mesa es más pequeña. Estoy, literalmente, a centímetros de ti.

Se ríe y prueba el vino que nos acaban de traer.

La observo con una sonrisa lánguida. Todavía me cuesta asimilar esto. ¿De verdad es mía? ¿Dónde está la trampa? En mi vida siempre hay una puta trampa.

—¿Has estado enamorado alguna vez?

Vaya. La gran pregunta. Ya estaba tardando.

—Lo estoy ahora.

—Antes de esto.

Me cuestiono durante unos segundos si contárselo o si mejor me callo.

—Sí —termino admitiendo.

No puedo analizar su rostro, sus rasgos se han vuelto compactos, tan tensos que parecen esculpidos en hielo.

—¿Aún sientes algo por ella?

Rechazo la idea con un gesto.

—Está muerta.

Veo que se tensa todavía más.

—¿Cómo murió?

No lo aguantaba más.

—Una larga enfermedad que arrastraba desde la infancia.

«Busca lo que quieras en mi mirada. No vas a encontrar nada, cielo. Lo enterré todo en una tumba sin nombre».

—¿Cómo se llamaba?

Sorbo un poco de vino antes de volver a levantar mi impasible rostro hacia el suyo.

—Nikki.

*****

Ha pasado casi media hora y el fantasma de Nikki aún flota entre nosotros. Alexandra está muy rara. Tenía que haberme callado la puta boca. Esto es un desastre, joder.

Me esfuerzo mucho por conversar, por hacerla reír un poco, pero está muy callada. Fría. No sé cómo arreglarlo. Está claro que mantener relaciones no se me da nada bien.

—¿Te pasa algo? —pregunto cuando ya no lo aguanto más.

Niega con la cabeza.

—No. Solo disfruto de la comida.

Mentirosa...

Los ojos que me taladran desde el otro lado de la mesa se han enfriado por completo desde que le hablé de Nikki. Me recuerdan a

unas esquirlas de hielo, tan afiladas que podrían desgarrarte la yugular.

—¿Has estado tú enamorada alguna vez?

Sonríe con tristeza.

—No. Yo nunca había sentido esto —murmura, rompiendo nuestro contacto visual casi de un respingo.

Pongo la mano encima de la suya y mi caricia le hace levantar de nuevo la cara hacia la mía.

—Yo tampoco había sentido esto nunca, Alexandra. Cada amor es diferente. No se puede comparar. Lo de Nikki fue hace mucho tiempo. Tú eras una niña en esa época. No tiene por qué molestarte. Pasó en otra vida. A estas alturas, ya ni siquiera recuerdo bien su rostro. Ella es el pasado, y el pasado está muerto, no importa. Lo que importa es esto. Tú eres mi presente, y también mi futuro. Lo eres todo para mí. Quiero que lo sepas.

Se obliga a coger aliento. Incluso me sonríe un poco. Una sonrisa temblorosa, pero, de momento, me sirve.

—Lo sé. En serio. Sé lo importante que soy para ti.

Su tono no me termina de convencer. Hay algo impasible en ella al decirlo.

Pongo cara de estar muy confundido, pero niega, sonríe y todo vuelve a ser normal. Puede que estuviera equivocado. Puede que el fantasma de Nikki se haya ido ya.

—¿Compartimos un tiramisú de postre? —me propone, y entonces me relajo por completo. Hemos superado el bache.

—Claro. Lo que tú quieras, pequeña.

—Me pediría un cappuccino, pero me preocupa no pegar ojo en toda la noche.

Arqueo las cejas.

—¿Y? Se me ocurren un par de cosas que podrían entretenernos. Y no me refiero precisamente a leer a Nietzsche.

—¡Tú no tienes fin! —se indigna, si bien le gusta que las cosas sean tan intensas entre nosotros. Los ojos le brillan de excitación. Le encanta sentirse tan deseada.

—A ver, te pones estos vestiditos…

Baja la mirada para examinarse a sí misma.

—¿Qué le pasa a mi vestido?

No sé por dónde empezar.

—Es sexy. Me pone cachondo. No llevas sujetador.

—¿Se nota?

—Pues claro. Veo el contorno de tus pezones y desde que te has sentado al otro lado de la mesa solo puedo pensar en lo mucho que me gustaría tenerlos en mi boca. Quiero lamerlos y morderlos hasta que tu cuerpo esté listo para mí. Mira, se te están poniendo duros. A mí también se me está empezando a poner dura.

Levanta la mirada hacia la mía y el fuego que arde en sus pupilas me hace sonreír.

—Ash, estamos en un restaurante.

—¿Y?

—Pues que… hay gente.

El rubor que se expande por sus mejillas me hace gracia. «Bambi, si pudieras leerme la mente en este momento, si vieras las cosas que te estoy haciendo…»

—¿Entiendes ahora por qué hay que reservar el establecimiento completo, cielo? No me gusta la gente. Puede que tengas razón y sufra un trastorno antisocial de la personalidad, porque me cargaría a todos estos capullos solo para estar a solas contigo.

Mi mirada, penetrante y carnal, la hace estremecerse.

—Mejor me tomo el postre en casa —farfulla, entre respiraciones irregulares.

—Mucho mejor —convengo divertido, dejando dinero en efectivo sobre la mesa—. Pónganos el tiramisú para llevar —le pido al camarero que pasa por delante de nosotros con dos pizzas en la mano.

*****

Esta noche me esmero mucho para hacerle sentir mi amor. Dejo que tome de mí lo que necesite. Estoy ebrio de algo que ni yo mismo alcanzo a comprender. Tiene poco que ver con el vino que tomé en la cena. Es ella. Absolutamente todos los aspectos de mi vida, excepto lo que pasa dentro de este apartamento, me resultan indiferentes.

Le amaso las caderas y el culo, la beso, la froto contra mí… No le meto la polla en ninguna parte. Quiero que la desee mucho.

Cuando le doy la vuelta, la aprieto boca abajo contra el colchón y presiono mi erección contra su trasero, veo la mancha de humedad en las sábanas y casi pierdo el control.

Gruño hacia mis adentros, me inclino sobre ella y arrastro la nariz por su espalda, inhalando y lamiéndole la piel.

—¿Quieres follarme otra vez? —murmura, entre jadeos.

—Sí…

Es una puta obsesión que se me ha ido de las manos.

Lamo su nuca y sigo presionándome con fuerza contra ella. Introduce la mano entre nuestros cuerpos e intenta tocarme, pero estamos tan pegados el uno al otro que solo puede rozarme el abdomen.

—Ven aquí…

—No. Aún no. Tenemos toda la noche.

Me aparto, separo sus muslos con la mano y me deleito con la imagen.

—¿Qué estás haciendo? —susurra cuando ha pasado un buen rato y yo no la he tocado todavía.

—Mirarte…

Paseo la mano por la curva de su trasero, la manoseo todo lo que puedo, la venero como a la obra de arte que es para mí y al final le doy un pequeño azote que la hace gemir.

—¿Te gusta duro?

—Sí.

—Pues toma.

Le doy otro azote, en la otra nalga. Me excita el sonido, pero lo que más me pone es ver cómo se excita ella.

La mancha de humedad ha doblado su tamaño. Sonrío para mí.

Luego me vuelvo serio porque intenta que se la meta y me cuesta horrores contenerme y no ceder a sus pretensiones. Lo de antes duró dos minutos. No quiero otro polvo chapuza.

—¿La quieres dentro? —pregunto mientras le separo las nalgas con la punta del miembro y le doy golpecitos con él en el clítoris.

—Sí…

Me retiro y ella se sacude al sentir mis dedos lubricar el punto más sensible de todo su cuerpo.

Rodeo su cuello con los dedos y la separo un poco del colchón.

—Aún no —le susurro, con los labios pegados a su oído.

Lamo su espalda, le mordisqueo el lóbulo de la oreja, busco otra vez la eléctrica fricción de nuestros cuerpos…

Gemidos febriles y jadeantes alteran el silencio de la habitación.

Me agarro la erección con la mano, me la pego al abdomen y me tumbo boca abajo entre sus muslos.

La cojo por las caderas con las dos mano y levanto su culo hasta colocarla a la altura de mi boca.

La llevo al límite cuando deslizo la lengua alrededor de su apertura, recogiendo la humedad que mana de ella. Se agarra a las sábanas con las dos manos y gime, y yo sigo y sigo y sigo, la acelero como si fuera mi Harley y luego la freno en seco porque me gusta demasiado el viaje como para querer llegar a un destino tan pronto.

Le doy otro azote, la giro por debajo de mí y le inserto la lengua en la boca, para empaparla de su propio sabor.

—¿Te diviertes? —me pregunta al despegarse nuestras bocas.

Mi rostro, inclinado sobre el suyo, se abre en una sonrisa lenta.

—¿Y usted, señorita?

—Lo haré en breve.

Mierda, me tiene entre sus dedos.

Y, jo-der, me aprieta de una forma que me vuelve loco.

Cierro los ojos, echo la cabeza hacia atrás y abro la boca para respirar. El juego se está volviendo en mi contra. Eso es lo que más me gusta de ella, siempre me planta cara.

Me empuja hacia atrás en el colchón, me agarra la erección con una mano y pasea la nariz y la lengua por mis testículos.

Flexiono los músculos del abdomen con un espasmo de placer y hundo las dos manos en su pelo.

—Alexandra… —consigo sisear entre respiraciones alteradas.

—No. Ahora me toca a mí y más vale que te aguantes.

Le aparto la cabeza de mi entrepierna para poder ver su bonita cara y le dedico una sonrisa cargada de lujuria.

—¿Quieres metértela en la boca? Adelante. Me gusta que me la chupes.

—Lo sé. Por eso no voy a hacerlo.

Se sienta entre mis muslos sobre los codos, mira mi polla con expresión ardiente y llena de pasión y luego arrastra los labios por toda su longitud, deteniéndose justo antes de rozar la punta. Y nada de lengua.

—Pequeña —murmuro, con una sonrisa lánguida—. Eso no se hace. Me estás provocando.

—¿Y qué vas a hacer?

Ni siquiera le concedo tiempo para que parpadee. Le agarro el trasero con fuerza, la levanto y, antes de que pueda decir nada, la bajo de golpe encima de mi erección, hasta que su cuerpo se me traga entero.

—¿Qué tal si te follo?

Abre la boca encima de la mía.

Yo hago lo mismo.

Nos miramos.

Nos inhalamos.

Y empieza a vibrar a mi alrededor.

—Ash, me corro.

—Joder. ¿Ya?

Se me nubla la mirada, lo veo todo borroso. La abrazo tan fuerte que no podría soltarse si quisiera y empiezo a moverme con embestidas potentes, rítmicas. Un golpe, y otro.

Ella se está corriendo y yo la sigo, y esto es perfecto, una puta maravilla y no cambiaría nada.

Por primera vez en toda mi vida, me siento completo. Ella es justo lo que me faltaba para tenerlo todo.

¿Qué es un reino sin una reina a la que poder seducir todas las noches?

Capítulo 8

Eres dueño de lo que matas.
(Película *Las Crónicas de Riddick*)

Ash

Ha sido una semana cojonuda. Hemos ido de compras, hemos cenado en el restaurante italiano de la esquina todas las noches, hemos hecho el amor, también hemos follado como salvajes... Se lo he dado todo a lo largo de estos siete días.

Pero ya no puedo seguir manteniendo la fantasía. El cuento de hadas debe acabar. Tengo trabajo que hacer y no puedo permitir que nada, ni siquiera ella, me distraiga de mi misión.

—¿Estáis seguros de esta información?

Julian asiente.

—Completamente. El sábado, los camiones de nieve van a pasar por aquí —me señala la ruta en el mapa y yo asiento.

Hemos alquilado el bar de la vez pasada por tiempo ilimitado. Ahora es nuestro nuevo centro de operaciones.

Solo hay una camarera atendiendo, no quiero gente por aquí. Ella es muy joven, veinticinco como mucho, y está claro que se siente un poco abrumada por nosotros, así que no va a dedicarse a escuchar las conversaciones.

De todos modos, la tengo controlada. Puedo verla desde donde estoy sentado y comprobar que sigue en la barra, colocando bocabajo las copas que saca del lavavajillas.

Mi gente no deja de vaciar botellas de whisky. El humo de los cigarros es tan denso que no sé cómo respira la pobre. No es fumadora.

Al sentirse observada, levanta la cabeza y nuestras miradas se encuentran por unos segundos. Noto que le gusto. Se le han encendido las mejillas.

Aparto los ojos de los suyos con impasibilidad y me enciendo un cigarro.

—Escuchadme todos. Solo tenemos una oportunidad de hacerlo —les recuerdo después de unas cuantas caladas—. Tiene que salirnos bien a la primera. No hay lugar para ensayos ni errores. La semana que viene cambiarán la ruta y reforzarán la seguridad. Es un ahora o nunca.

—Pero ¿por qué vamos a dedicar tanto tiempo y recursos a esto, cuando podríamos estar cargándonos a esos hijos de puta colombianos ahora mismo?

Seven no cree en las estrategias. Ella es partidaria de matarlos a todos.

A mí personalmente no me gustan las masacres. Si hay una forma diplomática de llegar a un acuerdo, es preferible hacerlo. No somos salvajes. Somos empresarios.

—Porque la guerra no la libran los soldados, Seven, la libra el dinero. Y ahí es donde hay que atacar. Lo de Estados Unidos es solo una fracción del cártel. Cuando sus jefes, sus verdaderos jefes, los pesos pesados de Colombia, empiecen a palmar pasta por todos lados, te aseguro que querrán negociar la tregua conmigo. No quiero derramamiento inútil de sangre.

Seven hace una mueca con los párpados.

—Yo me los cargaría a todos.

Miro al cielo y gruño para mí.

—Lo sé, pero el que manda soy yo y estas son mis órdenes. Si ya tenéis claro lo que hay que hacer…

—¿Te vas ya?

Miro a Julian con mala cara.

—¿Algún problema?

—Pensaba que te quedarías a cenar con nosotros. La chiquilla puede prepararnos unos sándwiches. Se ofreció ella, que conste.

—Hablando de la chiquilla —se entromete Seven en la conversación—. ¿Por qué no te quedas y te la follas?

Me vuelvo hacia ella con el ceño fruncido. La tengo a mi derecha, arrellanada en la silla, con un cigarro en la boca.

—¿Por qué iba a follármela?

—Porque te gusta —me responde, indiferente.

—Si la estoy mirando es porque quiero tenerla localizada y asegurarme de que no escucha nuestras conversaciones, coño, no porque quiera follármela.

—Eso díselo a tu mujer.

—Me voy. Me estáis tocando la polla.

—¿Estás seguro de que no quieres que te la toque la chiquilla?

—¡Que te den, Mickey Mouse! Si es que prefiero estar con mi mujer en vez de con vosotros. Ella no me pone de los nervios.

—Y, además, te la chupa.

—Capullo —le digo a Julian, con un pescozón en la nuca—. Habla bien, que ahora somos gente distinguida.

—Uy, usted perdone. Quería decir que, además, te practica una felación.

—Que te follen.

—¿No éramos gente distinguida? —repone el Rubio con una carcajada.

—Gente distinguida. ¡Si sois unas putas ratas de alcantarilla! —les grito, con la sonrisa en la cara—. Os veo mañana. A la misma hora. No quiero saber nada de vosotros hasta entonces.

Me levanto de la silla y le hago un gesto con el mentón a la camarera antes de salir. La sonrisa que me dedica desde la barra hace que los neandertales de mis amigos se echen a reír a carcajadas y den golpes en la mesa. Capullos. No quiero follarme a la chica. Antes sí, claro. ¿Quién no? Ni que fuera yo un santo…

De camino a casa, llamo a Mia para saber cómo les va a ella y a Mark en Londres. La pillo de buen humor. Menos mal que está contenta. Dentro de una semana inaugura su propia clínica de psicología, y se pasa diez minutos hablándome del tema, explicándome los detalles de la reforma y la burocracia inglesa. Me alegro de que le vaya bien ahí, y todavía más de que no me odie.

Me despido de ella delante del portal, sin mandarle recuerdos a Mark, y subo las escaleras de dos en dos. Estoy cada vez más

ansioso. Según me acerco, la polla se me pone cada vez más tensa. Nadie podría hacerme esto. Solo ella. Estoy obsesionado, joder.

Abro la puerta de casa, entro y me dirijo directamente al baño, quitándome la ropa por el camino. Oigo la ducha. Quiero estar ahí.

Fuera la camiseta y los vaqueros. Fuera el puto reloj. Fuera los calzoncillos y los calcetines. Tiro con fuerza de las puertas de la cabina (están mal montadas y cuesta abrirlas, cuando tenga un rato lo arreglaré), la giro entre mis brazos y me la como a besos.

—Oye —jadea cuando mi boca libera la suya para poder deleitarse con su mandíbula y su cuello—. ¿Qué es lo que te ha puesto tan cachondo?

—Tú —murmuro mientras cuelo los dedos entre sus piernas y empiezo a tocarla.

Vibra y palpita y todo esto lo estoy provocando yo, y no quiero a ninguna otra, solo a ella.

Me arrodillo, pese al poco espacio del que disponemos, coloco su pierna en mi hombro y levanto la cara hacia la suya.

—Quiero lamerte entera.

Alexandra hunde los dedos en mi pelo y acerca mi cabeza al centro de todo su deseo.

—Adelante.

Paso la lengua por todo su sexo, recogiendo la humedad, y la observo. Respira por la boca, y tiene los ojos nublados de pasión. Me gusta cuando me mira así. Le meto un dedo dentro y lo giro hasta rozarle la pared superior de la vagina. Ahoga un gemido, se muerde el labio inferior y se sacude en busca de más placer.

—¿Has querido follarte a otra persona desde que me conoces?

Me frunce el ceño, sorprendida por la pregunta.

—No —dice, no demasiado segura de por dónde voy—. ¿Y tú?

Pienso en la chica del bar. En su forma de mirarme.

—No, qué va. Solo a ti.

*****

—¿Está todo listo?

—En posición —me responde Mickey por el auricular.

—En posición yo también —confirma Serpiente.

—Dejad ya de decir que estáis en posición, coño, que parecéis idiotas —nos gruñe Seven, exasperada.

—¿Tenemos contacto visual? —pregunto, ignorándola.

—Aún no —me responde Julian—. Y yo también estoy en posición, joder —añade, solo para cabrearla.

—Que os follen —nos ladra, a todos.

—Chisss. No te distraigas, Seven. Sigue mirando.

—Estoy mirando y no veo nada, capullo.

—Pues mira hasta que veas algo.

Estamos comprobando distintos puntos de la carretera. A cada uno de nosotros le ha tocado un tramo. En Grupo W apostamos por el trabajo en equipo. Somos como cualquier otra multinacional.

—Los de arriba. ¿Veis algo? —nos pregunta el Holandés al cabo de un rato.

—Todavía no —le respondo yo—. Aguardad. ¿Qué pasa, que os tiembla el pulso ahí abajo?

Creo que los camiones van a parar aquí. Los guardarán en este aparcamiento porque nuestros contactos en la DEA acaban de anunciar una redada a veinte kilómetros carretera arriba. Los conductores no van a arriesgarse a pasar por ahí. Y creo que este es el mejor sitio para detenerse porque el parking es grande y, además, hay un puticlub al otro lado de la calle.

Espero no equivocarme, porque, si me equivoco, tendremos que matarlos a todos y eso no me gusta. A un kilómetro de aquí hay cinco coches bomba, que estallarán si los camiones siguen adelante. Preferiría hacer volar por los aires solo la cocaína, con los conductores dentro del puticlub.

Pero estoy dispuesto a cualquier cosa, con tal de acabar con la violencia en las calles. Mis socios no están contentos con esta situación.

—Se acercan los camiones —advierte el Rubio.

Muevo los prismáticos de visión nocturna hasta localizar la caravana.

—Bien. A ver qué hacen. Chino, estaros preparados para volarlos en caso de que pasen de largo. Calculo que estarán ahí en unos

cuatro minutos. Recordad que solo tenemos una oportunidad de hacer las cosas bien. No.La.Caguéis.

Aguanto la respiración hasta que veo que el primer camión de la fila señaliza hacia la derecha para indicar a los demás que no pueden avanzar.

—Los capullos se quedan aquí. Cojonudo. Esperad a mi orden.

Los conductores bajan de las cabinas y se aseguran de haber cerrado bien, antes de cruzar la carretera de camino al bar de alterne.

—Vía libre —les digo a los chicos—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Cinco minutos y nos replegamos.

Dejo los prismáticos encima de la moto y voy a echar una mano. Colocaremos explosivos debajo de los camiones y luego bum, a tomar por culo la cocaína. En otros tiempos la habría robado para venderla yo mismo. Ahora me la pela. No voy a complicarme la vida. Prefiero las inversiones inmobiliarias y el arte. Más respetable.

Peino la zona y me reitero en mis convenciones de que volarlos aquí es lo más seguro. Solo hay un coche en el aparcamiento, algún cliente del club. Con suerte, se la estarán chupando un rato más y terminaremos la noche con un balance de cero víctimas. En mi mundo, es todo un éxito.

—Listo —les digo tras haber cumplido con mi misión.

Una vez que confirman todos que han hecho su parte, les ordeno que se retiren.

—Ahora, a mirar los fuegos artificiales, chavales. —Me froto las manos, impaciente y entusiasmado—. Serpiente, haz que revienten tan alto que se escuche en la puta selva colombiana.

—Hecho. Quedan tres minutos —nos confirma.

—A mamarla, cabronazos.

Qué satisfacción. Me enciendo un cigarrillo y lo saboreo con ganas.

—Ash. Tenemos un problema.

—Justo lo que no quería oír esta noche. ¿Qué pasa, Julian?

—Hay un tío en el aparcamiento. Cerca de los camiones.

—No me jodáis.

—¡A mí no me toquéis la polla, que yo no sé desactivar estos trastos! —se sulfura Serpiente—. Andrei solo me dijo cómo había que activarlos.

—¿Dónde está ese capullo? No lo encuentro.

—Ash —me gruñe Seven—. A tu derecha, y no va a gustarte. Mira quién es.

Me muevo hacia la derecha y recorro la oscuridad del aparcamiento con los prismáticos.

Se me cambia la expresión de la cara cuando encuentro el objetivo.

—No me jodas —maldigo, gruñendo de rabia—. Serpiente, ¡desactiva los putos artefactos ya!

—¡Que no sé desactivarlos, gilipollas!

—¡Me cago en la puta!

Tiro los prismáticos y el cigarro al suelo y salgo corriendo hacia ahí.

—Ash, ¡¿qué coño haces?! —me grita Julian en el oído—. ¡Vas a volar por los aires, idiota! ¡Quedan menos de dos minutos! ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Corro como un poseso, colina abajo, alcanzo el objetivo y lo empujo hacia atrás, poniéndolo a salvo detrás de su coche unos cinco segundos antes de que los camiones estallen el uno detrás del otro.

¡La hostia!

Por los pelos.

Aterrizo encima de él en el cemento y suelto una maldición cuando las lunas del coche que nos protege se hacen añicos. Me cubro la cabeza con los brazos. Aun así, noto que varios cristales me han cortado la cara y el cuello.

La explosión por encima de nosotros es magnífica. Andrei nunca falla. La disfrutaría si no fuera por este imbécil.

Bajo la cara hacia la suya y entorno los párpados en un gesto que delata mi enfado.

—Más vale que esa cosa dura que se me clava en el estómago sea tu pistola, no tu polla, gilipollas.

Payne levanta la cara hacia la mía y se queda perplejo al reconocerme.

—¿Qué…? ¿Williams? ¿Qué es esto? —farfulla, lívido, mirando el polvo blanco que flota a nuestro alrededor.

—Feliz Navidad, detective —le digo, riendo entre dientes.

Joder. La cocaína parece nieve de verdad. Es un espectáculo bonito.

Me aparto, me pongo en pie y tiro de él hacia arriba. Diría que no tiene nada roto.

—Que estoy bien, coño —tranquilizo a los histéricos de mis amigos, que me llaman todos a la vez por el auricular—. Estamos bien los dos.

Me responden con toda clase de insultos. No les hago caso.

—¿Qué…?

Por Dios. Qué poco perspicaz es este tío. ¿Cómo le hicieron detective? No me extraña que todos los malos de Cleveland anden sueltos por la calle y que tenga que ocuparme yo de ellos.

—Ibas a morir. Te acabo de salvar la vida. La palabra que buscas es *gracias*.

—¡Esto lo has hecho tú! —se enfurece, fulminándome con su mirada. Tiene los ojos azules inyectados en sangre. Pupilas dilatadas.

«Puto gilipollas, ¿qué te has metido, imbécil? ¿No tenías bastante con follarte a esas chicas que no quieren follarte a ti?» Tengo ganas de darle un bofetón para que se espabile de una vez.

—¿Sí? No me digas. Pues finge que no he sido yo y yo fingiré que tú no estabas saliendo de un puticlub, colocado hasta las cejas y con una cogorza que no te puedes ni sujetar en pie.

¿Sobra decir que estoy absolutamente en contra de usar a las mujeres con estos fines? ¿No será mejor follarse a alguien que quiere hacerlo contigo porque te desea, no porque le pagues?

Payne debe de comprender que tengo razón, porque su rostro se apacigua un poco.

—Pide un taxi, anda. Toma. Pago yo.

Tira al suelo el dinero que le acabo de plantar en la mano y me atraviesa con una mirada asesina.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Volar los camiones o salvarte la vida?

—Ambas —me gruñe entre dientes.

Nos desafiamos con la mirada el uno al otro hasta que yo termino sonriendo.

—Porque soy un buen tío, detective. Recuérdalo la próxima vez que tengas ganas de tocarme la polla.

Lo dejo en mitad del aparcamiento, todo pasmado, voy a la moto que dejé ahí arriba, en el descampado, y la enderezo.

—¿Por qué? —me ladra Julian en el oído.

Entorno los párpados, me pongo el casco y suelto el soporte.

Se produce una pausa bastante larga.

—Porque es mi puto hermano —contesto antes de arrancar la Harley.

Cuestión de medio minuto, nadie dice nada.

—¿Hijo del capullo de tu padre?

—*See.*

—¿Y por qué Seven lo sabía y yo me estoy enterando ahora?

—Porque yo, antes, se la chupaba, querido Julian. ¿También quieres competir con eso?

—Cabrona —le dice él, riéndose.

—Desconecto. No quiero oíros más. Me tenéis hasta la polla con la cháchara. Parecéis loros. Buen trabajo, por cierto.

Me quito el auricular, me lo guardo en el bolsillo de la chaqueta y me marcho, acelerando a tope. No quiero esperar a los demás. Me apetece estar solo. Conducir. Perderme.

Capítulo 9

Es divertido estar perdidamente enamorado.
Es peligroso, pero es divertido.
(Keanu Reeves)

Ash

Son más de las cuatro de la madrugada cuando llego por fin a casa. Alexandra está durmiendo de espaldas a la puerta. Me quito la ropa sin encender la luz, me deslizo a su lado en la cama y la envuelvo en un abrazo.

Se despierta de inmediato, lo sé por la forma en la que cambia su respiración.

También sé que está enfadada conmigo. Y lo entiendo, en serio. En su lugar, yo también estaría furioso. No son horas de volver a casa.

—Siento llegar tan tarde —le susurro al oído.

No dice nada.

Planto un beso en su hombro desnudo y la abrazo más posesivamente.

Lo malo de estar tan pegado a ella es que me pongo cachondo, cada vez más duro contra su espalda. Me vuelve loco el contraste entre mi cuerpo frío y el suyo, tan caliente bajo las sábanas.

Mi respiración empieza a sonar distinta, áspera, en el silencio de la habitación.

Mis manos emprenden un lento camino por su cuerpo; arrastro las palmas por su costado y su firme cadera con claras intenciones sexuales y me presiono contra su espalda para hacerle notar mis tremendas ganas de perderme en ella. Me encanta tocarla. Inhalarla. Follármela…

Gruño en su oreja y paso de la cadera al estómago.

Coloco su trasero donde quiero que esté para poder restregarme bien y dibujo un camino ascendente con la lengua por su hombro mientras subo la mano por su abdomen hasta abarcar uno de sus senos y estrujarlo entre mis dedos.

Mi erección lucha cada vez más por liberarse y buscar su humedad.

—¿Dónde estabas? —me detiene con un tono frío que delata su irritación.

Miro por un segundo el techo de la habitación.

—Por ahí —murmuro, enterrando de nuevo el rostro en su nuca. Apoyo mi nariz en su piel, la inhalo y la polla me da un respingo. Joder. Tengo que estar dentro de ella.

—*Por ahí*.

Resopla y agita la cabeza con decepción.

No quiero enfadarla.

Tampoco quiero contarle que me he pasado la noche colocando artefactos explosivos debajo de unos camiones llenos de cocaína. No es que no confíe en ella. Lo hago. Pero no quiero arrastrar esa parte de mi vida a nuestra relación.

Tenemos que hacer las paces, y solo conozco una forma.

Sigo amasándole el pecho. El pezón se pone duro al instante. Clavo los dientes en el lóbulo de su oreja y le doy otro empujoncito con mi erección.

No me aparta, aunque tampoco coopera como otras veces. Ella suele ser receptiva. Cuando hago esto, suele frotarse contra mí y provocarme para que siga. Ahora se queda rígida. Tendré que esforzarme un poco más.

Cuelo la mano dentro de su bata y la arrastro despacio hacia abajo. Saltan chispas, como siempre que la toco, y sé que ella tiene tantas ganas como yo. Se le altera la respiración.

—Pequeña… Quiero estar dentro de ti. Mira cómo me has puesto. ¿Estás mojada?

Me presiono de nuevo contra ella y deslizo la mano entre sus piernas para comprobarlo.

Ya casi estoy. Me falta un milímetro para…

Cierra los muslos de golpe cuando intento tocarla ahí.

Mierda.

Jo-der.

Odio que se ponga así, que nos niegue a los dos el inmenso placer que podríamos tener si me dejara tocarla.

—No tengo ganas, Ash —rezonga, a pesar de que yo haya retirado ya la mano. Suelo captar el mensaje a la primera. No soy tan capullo.

—Ya lo veo —mascullo, apartándome con un soplido de hastío.

Me tumbo en mi lado de la cama, miro el techo fijamente y niego, frustrado.

Un día estamos bien, el otro nos peleamos. Ella se mantiene fría y yo ardo en llamas.

Estoy hasta la polla.

*****

—Quiero un coche —se me notifica escuetamente a la mañana siguiente. Ni que el baño fuera la puta Oficina de Atención al Ciudadano Tocapelotas.

Intento tomármelo con calma.

Bajo la cuchilla con infinita paciencia (¿soy o no soy un hombre paciente?), la aclaro bajo el grifo y la observo impasible a través del espejo.

—¿Un coche? ¿Para qué?

—Para usarlo. Creía que era obvio.

—¿Usarlo? ¿Dónde?

Se encoge de hombros con desdén.

—No lo sé. ¿Por ahí?

Primer golpe bajo del día.

Pongo una sonrisa cáustica.

—Cielo, no me provoques —advierto, con los nervios muy temblados todavía.

—¿O qué? —repone, entrando en el baño para causar un enfrentamiento.

Lo peor es que no se me ocurre nada que contestarle.

Mierda. Estoy en desventaja. Tiene la puta sartén por el mango y lo sabe.

Siempre lo he dicho, mantener una relación con ella es como intentar domesticar a una fiera salvaje. Si pierdes el aplomo, te acabará devorando. Así que has de ser muy, muy paciente. Nada de movimientos bruscos. Le dejas la mano para que la huela y rezas para que no te la destroce.

—Es peligroso, Alexandra. Ya lo sabes.

Me analizo a mí mismo y llego a la conclusión de que sueno y parezco sereno. Seguro que acabará cooperando. Lo entenderá. Es un ser racional.

—Me da igual. No voy a quedarme aquí encerrada hasta el fin de los tiempos. Consígueme un coche. No es negociable. Si no lo haces tú, lo haré yo misma.

Ser racional, mis cojones.

Gruño irritado cuando se inclina hacia adelante y me roza el hombro con sus pechos. Está buscando algo dentro del armario, aunque lo de tocarme lo hace aposta. Para ponerme cachondo y luego cortarme el rollo. Eso es sadismo, joder.

Se ha puesto uno de esos sujetadores deportivos. Lo noto todo, la curva de los senos, los pezones…

La observo con ojos asesinos. Ella, tan tranquila, saca de ahí una goma de pelo, se coloca a mi lado, dándome un empujoncito con la cadera para que me quite, y se hace una coleta alta delante del espejo.

Muy satisfecha de sí misma, presiona un labio contra el otro para extender la vaselina que se ha debido de echar antes de que yo ocupara el baño y se peina las cejas con las puntas de los dedos. Detecto el olor a cacao de sus labios y también la pasta de dientes en su aliento, y sigo poniéndome como una moto.

Blasfemo hacia mis adentros. Estoy a un paso de cogerla por el cuello, hundir la boca en la suya y comérmela a besos mientras me la follo encima del lavabo.

Hum. No es mala idea. Es más, creo que es una idea cojonuda.

Me echo un poco hacia atrás para poder deleitarme con una bonita imagen de su trasero respingón. Lleva mallas de deporte, unas tan ajustadas que…

De pronto, me doy cuenta de que se ha puesto zapatillas de correr y la polla se me tranquiliza de golpe.

—¿Por qué te has calzado? ¿Adónde vas?

Vuelve la mirada hacia la mía para dedicarme esa sonrisa dulce que me pone los nervios de punta porque nunca augura nada bueno.

—A partir de hoy, retomaré mi vida. Y mi vida empieza con hora y media de deporte al aire libre.

Adiós al polvo de reconciliación en el lavabo.

—Te acompaño.

—De eso nada. Necesito estar sola.

—Alexandra, no me seas terca, joder. Si es por lo de anoche, estuve con los chicos volando unos camiones por los aires. Parecía el puto cuatro de julio.

—Lo sé, lo leí en el periódico de esta mañana. *Duro golpe al narcotráfico.* Supuse que habías sido tú. Esto no es por lo de anoche.

—Entonces, ¿qué pasa? —rezongo, cruzando los brazos sobre el pecho. Me noto tenso y de un humor peligroso.

—Que necesito respirar lejos de ti.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un tiempo. Esta relación me asfixia.

Eso duele, joder. Cada vez que se aleja de mí, me vuelvo loco.

—Te asfixia. Te asfixio. Yo. Esto.

—Me voy —vuelve a informarme con ese tonito frío y resolutivo que no admite replica—. No estoy de humor para pelearme contigo.

Me quedo apoyado contra el lavabo, cruzado de brazos, y la miro mitad incrédulo mitad herido por lo que acaba de decirme, pero ella no cambia de opinión. Se marcha con un portazo que sacude las lámparas del piso.

Jo-der. Cómo estamos hoy.

Hago una mueca de exasperación, me saco el móvil del bolsillo de los pantalones de chándal (es tan temprano que todavía no me he vestido) y presiono una tecla. Estas cosas siempre las tienes en marcación rápida.

—¿Qué pasa? —contesta el Holandés de inmediato.

Es muy rubio y no podíamos llamarle el Rubio porque ya había un Rubio en el grupo, así que le llamamos el Holandés.

—Seguidla. No he podido detenerla.

—¿Has probado con las esposas?

—No seas gilipollas. No voy a esposar a mi novia a la cama.

—¿Por qué no? Yo esposo a la mía todas las noches.

—¡Deja de darme el coñazo, desgraciado, y síguela de una puta vez! —me irrito.

Últimamente, nadie me hace caso. Es exasperante.

—No te sulfures, joder. El Chino y yo estamos conduciendo detrás de ella, tú tranquilo. Pero te has quedado solo.

—No estoy solo. Tengo a mi nena.

—¿Y munición?

—Más que de sobra. Olvídate de mí. Tú, al loro —sigo embalándome y levantando el tono porque estoy de un humor explosivo hoy—. Vuestra prioridad es ella. Que nadie le ponga un dedo encima.

—¿Y qué hay de los mirones? Porque, con lo que lleva puesto… Yo tengo una clara visión de su culito ahora mismo y uf.

—¿Me estás tocando la polla aposta?

El Holandés ríe entre dientes.

—Pues claro.

—Gilipollas —escupo antes de colgarle.

Me siento en el sofá y hundo la cabeza entre las manos. Mi vida sería mucho más fácil si todo el mundo cooperara.

Ella incluida.

*****

Como llevamos dos días malos, o sea, sin follar, decido quedarme en casa esta noche para intentar remediarlo. Atenderé aquí a Seven y, una vez me cuente las novedades y se largue, seré todo suyo.

Sev y yo estamos sentados en la mesa del salón, tomando una copa y hablando de negocios, cuando Alexandra sale de la cocina y me observa con aire expectante.

—¿Qué pasa? —me inquieto de inmediato. No sé por dónde me va a salir hoy...

—Pon la mesa. He hecho la cena. Estoy harta de la comida para llevar.

Vale, esto es nuevo.

Intercambio una mirada rápida con Seven y los dos nos levantamos de la silla.

—¿Ahora cocinas?

—Pues sí. He ido al supermercado y he hecho la compra. En esta casa nunca hay de nada.

Tuerzo la boca, impresionado por el cambio que ha pegado. No esperaba que se pusiera a cocinar. Parecía más probable que usara la cocina como campo de batalla y las ollas y las sartenes a modo de munición.

Voy tras ella para traer cubiertos y vasos de la cocina. Seven nos sigue, intrigada.

Me acerco para comprobar el contenido de la olla que ha dejado encima de un trapo, en la encimera, y frunzo el ceño.

Seven también ojea el menú, por encima de mi hombro. Creo que a ninguno de los dos nos gusta demasiado lo que estamos viendo. Cruzamos una mirada que lo dice todo.

—¿Qué es esto? —pregunto, buscándola con la mirada hasta localizarla de pie delante de la nevera.

—*Vichyssoise* —me responde, igual de fría que ayer.

—¿Y para que yo lo entienda?

—Crema de puerro y patata.

—Ugh. ¿No preferirías que te pegaran un tiro los colombianos?

Le doy un codazo a Seven para que cierre la bocaza.

—Suena muy bien, cielo. Me muero por probarla. ¿Cuándo cenamos?

—¿Te quedas? —le dice a Seven.

—Si me invitáis…

La fulmino con la mirada. Mi mensaje es claro: largo de aquí, joder.

—Eres bienvenida —le responde Alexandra.

¿Qué demonios? ¿Qué pretende ahora? No me fío de ella. Algo está tramando.

—¿Por qué no ponéis la mesa mientras yo sirvo la crema? Ash, ¿puedes abrir una botella de vino?

Intercambio otra mirada confundida con Seven. Esto es raro de narices.

—¿Ash? —insiste al ver que no me muevo.

—Sí, sí. Ahora la abro.

Hago todo lo que me pide y unos cinco minutos después ya estamos los tres instalados en la mesa del salón. Esto es retorcido incluso para mí. Me he acostado con las dos. Y ellas lo saben. Será mejor que me coma la *vichyssoise.*

Recojo con la cuchara una buena cantidad de crema y la pruebo. Bueno. No está mal. Sigo prefiriendo unas costillas a la barbacoa, pero no está mal. He comido cosas peores.

—Oye, pues está bueno —le dice Seven, impresionada—. ¿Dónde aprendiste a cocinar?

—Saqué la receta de internet. A lo mejor me apunto a un curso de cocina online, ahora que no tengo nada mejor que hacer.

Entorno los párpados. Sé que es un ataque hacia mi persona, pero no voy a picar.

—Me parece una idea magnífica, cielo —concedo con gran grandilocuencia—. Lo que sea que te haga feliz.

Me lanza una mirada rápida y dura como una bala.

—¿Y cómo va la guerra? —nos interroga, alternando la mirada de un rostro al otro.

A lo mejor se siente sola y ha organizado esta velada para ver otra cara que no sea la mía. De momento, está siendo buena anfitriona, aunque tampoco quiero bajar la guardia. Uno no debe relajarse en presencia de las fieras salvajes.

—Puff. A mí esto del desgaste y las trincheras me parece un puto coñazo. Me los cargaba a todos y ponía fin al conflicto. Pero aquí el jefe aboga por la diplomacia y nos tenemos que joder todos.

Hago una mueca.

—Soy un hombre de negocios, y si hay algo que odien los mercados es la inestabilidad en las calles. Después del tiroteo en el *Fever*, las cotizaciones bajaron un veintidós por ciento en la Bolsa. Pero Seven no entiende de estrategias.

—Cargárselos a todos también es una estrategia.

Alexandra sonríe, divertida.

—¿Alguna vez estáis de acuerdo en algo, vosotros dos?

—En la c…

—No —la acallo yo, porque, como se le ocurra decir *en la cama*, esta noche duermo en el puto sofá otra vez—. Seven y yo no estamos de acuerdo en nada, nunca.

Sev me mira con una sonrisa socarrona. Pero no sigue y se lo agradezco con la mirada.

—Mira, yo estoy harta de esta mierda —retoma su conversación con Alexandra—. Vivo en un sitio tan cutre que ayer tuve que pegarle un tiro a una rata. La hija puta, así de gorda, estaba en el armario. ¡Encima de un *Versace!* A ver ahora qué me pongo yo el sábado. El vestido lo he tenido que tirar. Como comprenderás, estaba hecho un cristo.

—Puedo prestarte alguno de los que me compré. Yo no tengo donde ponérmelos. Nunca salgo de aquí.

Lo que nos faltaba, que se hicieran amigas e intercambiaran vestiditos. Como si mi vida no fuera lo bastante complicada ya.

¿Y qué es eso de que nunca sale de aquí? Antes de que se enfadara conmigo, la sacaba a cenar todas las noches. Y ahora se va a correr y a comprar puerros. Ni que fuera una prisionera.

—No creo que tengamos el mismo estilo —rechaza Seven su ofrecimiento. Se ha zampado su *vichyssoise* y también se ha ventilado dos copas de vino, y ahora está arrellanada en la silla, jugueteando con un cigarrillo que encendería si yo le permitiera fumar aquí—, pero te lo agradezco. Es un bonito detalle por tu parte.

—Bueno, tú lo proteges a él todos los días. Es lo mínimo que puedo hacer.

Intercambio una mirada con ella y por unos segundos todo vuelve a ser como antes, el puto tiempo se detiene y solo estamos ella y yo.

Y el mundo, que arde.

*****

Me siento ansioso. Seven se ha ido y no sé qué esperar de ella esta noche. Esa mirada en la cena fue increíble, pero desde entonces me ignora a propósito. Su actitud me confunde.

Habla de poder y de que yo lo controlo todo a mi alrededor, pero, ahora mismo, me siento a su merced. Una palaba suya y estoy jodido. Eso no es poder. Eso no es nada.

Tal vez yo lo controle todo, pero es ella la que me controla *a mí*.

Aquí estoy, sentado en el sofá, con una sensación de inquietud en el pecho desde que se ha encerrado en el baño. Lleva ahí más de un cuarto de hora y, según pasa el tiempo, más tenso me estoy poniendo. El corazón me late con furia por debajo de la camiseta.

Escuchar el crujido de la puerta me hace enderezarme entre los cojines.

«Vamos, cielo, sal de una vez».

Golpeo el suelo con la punta del pie y solo paro cuando por fin la veo asomar por el pasillo. Entonces me relajo un poco porque seguro que quiere hablar para aclarar esto. Me miró con puro deseo en la cena. Me echa de menos tanto como yo a ella.

—Me voy a la cama —me informa, tan indiferente como se ha mantenido en los últimos dos días. Se ha lavado la cara y los dientes y lleva un camisón de satén beige que deja muy poco sitio para la imaginación. Me duele la polla de mirarla y no poder tenerla. Es una puta obsesión convertida en un sueño inalcanzable—. Que descanses.

Genial. Me toca el sofá otra vez.

La boca se me contrae en una expresión de disgusto.

—*See*. Y tú.

Me echo hacia atrás en los cojines cuando oigo la puerta de nuestra habitación cerrarse detrás de ella. ¿Hasta cuándo va a durar esta jodida situación? ¿Por qué no puede comprender que lo único que pretendo es protegerla? La idea de perderla me resulta totalmente insoportable.

Me froto el pelo con los dedos y suspiro, frustrado. No tengo sueño, y no quiero quedarme en el sofá otra vez, tumbado con los ojos clavados en el techo. No voy a aguantar otra noche así.

A tomar por culo.

Me pongo de pie, me guardo la cartera, el móvil y las llaves en el bolsillo de los vaqueros y salgo a dar una vuelta por el barrio.

Son casi las once. Algunos miembros de las pandillas locales ya pululan entre las sombras, trapicheado, robando coches o pintando gilipolleces en los muros de los edificios.

Paso de largo y, abstraído en mis pensamientos, acabo delante de nuestro bar.

Será mejor que entre. Necesito una copa.

Tiro de la puerta con una mano y me dirijo con paso ligero a la barra, echando una ojeada rápida en derredor. Esto está vacío. La chiquilla (coño, ¿tan mayores somos que tenemos que llamarla *la chiquilla*?) está detrás de la barra. Acaba de sacar una bandeja de vasos del lavavajillas y los está secando, antes de colocarlos boca abajo encima de un trapo blanco.

Sus ojos, grandes, de color marrón verdoso, se iluminan al reconocerme.

—Hola, Ash —me saluda con su habitual sonrisa de oreja a oreja y ese tono tan animado que usa conmigo—. Tus amigos se acaban de marchar.

Ni idea de por qué sabe mi nombre. No importa, supongo. Con lo ruidosos que son estos, a estas alturas todo el barrio debe de saber que me llamo Ash.

—Vaya. Pues me voy yo también para que puedas cerrar.

—¡No! —me detiene con tanto ahínco que me giro de nuevo hacia ella y la observo confundido—. Quiero decir que voy a estar aquí un rato más, así que, si quieres una copa, te la puedo servir.

Estoy intrigado.

—¿Por qué ibas a quedarte si no hay más clientes? Si es por mí, no lo hagas. Puedo tomarme la copa en casa.

Se coloca el pelo detrás de las orejas. Tiene el pelo oscuro y liso, cortado a la altura de la clavícula. Las mejillas, teñidas de rojo. La pongo nerviosa.

—Es que… tengo que recoger esto y… y… no me importa que estés aquí.

Me deshago en un suspiro.

—De acuerdo. Me tomaré una copa entonces. Whisky, por favor.

Me la sirve mientras yo me acodo sobre la barra y me saco el tabaco del bolsillo.

Frunzo el ceño al ver que no es una copa lo que me pone delante, son mínimo dos. Esto dará para un buen rato. Espero que no tenga prisa en cerrar porque yo suelo tomarme mi tiempo para disfrutar las cosas que me gustan.

—¿Te saco algo de picar? ¿Unos cacahuetes o…?

—No. Así está bien. Gracias.

—¡De nada!

Levanto con calma el vaso y tomo un trago. Ella se queda ahí, inmersa en una insistente contemplación. ¿No tenía que recoger, o solo era una excusa para que me quedara?

Bueno, ¿y qué más da? Es evidente que quiere follar conmigo.

—Perdona —digo tras encenderme un cigarro y echar el humo hacia arriba—. No recuerdo tu nombre.

—Trixie.

—Trixie, es verdad. Me estoy haciendo mayor. Ya no retengo la información como antes. Gracias por la copa, Trixie. Me hacía falta un trago esta noche.

Sonríe con cada centímetro de su cara. Parece mucho más joven cuando sonríe. Julian tiene razón al llamarla *la chiquilla*. Es guapa. No es que me importe, pero lo es.

—Pareces triste. ¿Va todo bien?

Me encojo de hombros con desdén y fumo con aire pensativo.

—La verdad es que no estoy seguro. —Bajo la mirada y observo las muescas de la barra durante un rato—. Resulta que hay una mujer en mi vida. Es muy importante para mí, pero… —Clavo mis ojos en los suyos y sonrío con languidez mientras apoyo el cigarro en el cenicero que acaba de ponerme delante. Echo el humo hacia un lado antes de continuar—. Lamentablemente, las cosas importantes son frágiles y cuesta conservarlas.

Decepcionar a la gente a la que amo debe de ser lo que mejor se me da.

Te quiero, pero no lo aguanto más.

Siempre les fallo. Siempre. Haga lo que haga.

Trixie se apoya sobre los codos y se inclina hacia mí. No parece molestarle el humo que sube por su rostro.

—Mi madre solía decir que, si el zapato no encaja, es que no es para ti.

Dejo de golpear los pulgares contra la barra y sonrío, solo con los bordes de la boca.

—Pues verás. Resulta que estos zapatos están hechos a mi justa medida y no quiero otros. El problema es que el cuero se niega a ceder.

Levanto el vaso y tomo otro trago. Ella mantiene los ojos encajados en los míos.

—El pie no puede hacerse más pequeño. Si el cuero no cede…

Me lo pienso unos segundos.

—Pero, a lo mejor, el pie debería encogerse un poco, solo hasta que el cuero ceda. Por muy incómodo que esté el pie. Es trabajo de dos, ¿no? Ha de haber armonía. —Apago el cigarro, me levanto de la silla y dejo dinero sobre la barra—. Gracias por la copa. Quédate las vueltas.

—Pero si no te la has tomado… —murmura, decepcionada.

—Acabo de recordar que tengo que hacer una llamada importante. Buenas noches. Ah. Y gracias también por la charla. Me ha venido bien.

Salgo del bar con el móvil pegado a la oreja y un cigarro sin encender entre los labios.

—¿Qué se le antoja al señor? —me contesta Serpiente al quinto toque.

—Necesito un coche para Alexandra. —Prendo una cerrilla, acerco la punta del cigarro a la titilante llama y me trago el humo antes de continuar—. Un Toyota de segunda mano, o algo igual de discreto. Que no destaque en el barrio.

—Vale —me responde con un bostezo—. ¿Para cuándo te hace falta?

—Lo antes posible.

Espero que el cuero valore el compromiso que está demostrando el pie. Dios sabe que le cuesta lo suyo ceder y que no lo haría si no deseara tanto poseer esos zapatos.

Capítulo 10

Estoy constantemente a punto de intentar besarte.
(Canción *Do I Wanna Know?*, Arctic Monkeys)

Ash

—¿Qué es tan urgente que no podía esperar hasta después del desayuno? —espeto nada más cruzar la puerta del bar. Ya están todos aquí, sentados en la mesa de siempre. Trixie me sonríe desde la barra.

—¡Hola, Ash! ¿Te pongo un café?

—Buenos días, Trixie. Sí, por favor. Solo y sin azúcar.

—*¿Buenos días, Trixie?* —se mofa Julian, con una sonrisa taimada en la cara—. Tú te traes algo entre las manos con la chiquilla, so cabrón.

Me dejo caer en una silla, dejo escapar el aire de la boca con un ruido de protesta y me cuelgo un cigarro entre los labios.

—Y dale. Que no me traigo nada entre las manos con la chiquilla. ¡Dejad de darme por culo con el tema ya! Al grano, que tengo cosas que hacer.

—¿Como… follarte a tu novia? —me propone Mickey con un guiño socarrón.

—Qué más quisiera, joder —rezongo mientras prendo el fósforo de una cerilla y aproximo la llama a la punta del cigarro.

Todos se ríen, como era de esperar.

—Noticias frescas para su majestad —dice Julian después de que se hayan calmado los ánimos.

Doy una calada muy profunda. La primera siempre es la mejor, por eso me tomo un momento prolongado para saborearla.

—Sorpréndeme.

—Te voy a sorprender, sí.

Nos callamos, a la espera de que Trixie disponga los cafés sobre la mesa.

Seven le mira el culo, junta los labios como si fuera a silbar, aunque sin producir ningún sonido, y asiente divertida. La fulmino con la mirada. Por Dios. ¿No puede uno ser amable con una chica sin querer tirársela, joder?

—Los colombianos han respondido a nuestra ofensiva de la otra noche —soy puesto en antecedentes nada más retirarse la camarera.

—Bien. ¿Cuándo nos reunimos?

—No se trata de esa clase de respuesta —me arranca el portavoz Julian de mi error.

Hago una mueca, soplo en la taza y sorbo un poco de café.

—Temía que dijeras eso. ¿Qué han hecho?

Seven se enciende un cigarrillo antes de contestarme.

—Tu parque de viviendas de las afueras. El ambicioso plan urbanístico para que los pobres tengan una vivienda digna.

Me vuelvo en la silla para ponerle mala cara. No me gusta su tonito.

—¿Disfrutas burlándote?

Me arquea una de sus cejas rubias. Pues claro que disfruta. Es Seven. Ella disfruta haciendo el mal.

—Ha volado por los aires. Bum y a tomar por culo.

—Pedazo de inútiles… —Resoplo y agito la cabeza con hartazgo—. Si me lo va a pagar el seguro, joder. Es que no sirven para nada, no tienen cerebro. Tanta rabia y sin saber qué hacer con ella.

—Tendremos que responder al ataque.

Mis ojos se posan en la cara de Julian.

—Me están empezando a inflar la polla. Vamos a ganar tarde o temprano, no me cabe duda. Somos más listos y tenemos más dinero, más apoyos y más influencia. Lo que me irrita es el tiempo que hay que dedicarle a este asunto. Podría estar haciendo otras cosas, joder.

—¿Como… follarte a tu novia?

—Qué más quisiera, cabrón —le respondo al Holandés.

Todo el mundo se ríe de la expresión apenada que pongo.

—¿Seguís con la ley seca? —me pregunta Julian.

—¿Tú has visto la cara que traigo? Claro que seguimos con la puta ley seca. No me hagas preguntas absurdas. Trixie, ¿me pones un cappuccino para llevar?

—Le lleva el café a la cama —se mofa el Chino—. Qué bueno es. Cómo se nota que le tienen a dos velas en su casa.

—Callaros, joder, antes de que pague mi frustración sexual con vosotros. ¿Tenemos localizado el próximo envío de cocaína?

—No, todavía no —me responde Julian.

—Pues no sé a qué estáis esperando.

—Estamos en ello —me tranquiliza Mickey—, trabajamos conjuntamente con la DEA. Es cuestión de tiempo.

Me vuelvo hacia Serpiente.

—¿Tienes lo que te pedí?

Asiente, busca dentro del bolsillo de su sudadera Adidas y me lanza las llaves de un Ford.

—No encontré ningún Toyota.

—El Ford me vale. No lo habrás robado, ¿no? Ella no quiere cosas robadas.

—¿Por quién me tomas? Se lo compré a un tío que se lo compró a un tío que se lo compró a otro tío que se lo robó a una vieja de Wisconsin.

—Así me gusta, que seamos legales.

—Tu cappuccino.

—Gracias, Trixie. Bueno, luego hablamos. Y a ver si me traéis alguna buena noticia por la tarde.

—¿Adónde vas? —Seven se inclina hacia atrás con la silla hasta que atrapa mi mirada, dado que, a estas alturas, estoy ya de pie a su lado.

—Tengo cosas que hacer —le repito con suma exasperación—. ¿Es que no me escucháis cuando os hablo?

*****

—Buenos días.

Alexandra abre sus preciosos ojos y me mira entre parpadeos soñolientos.

—Ash… ¿Qué haces aquí? ¿Qué hora es?

Que me pregunte qué hago en nuestra habitación es bastante preocupante. Pero se lo voy a pasar por alto esta vez.

—Son las siete y media de la mañana. Te traigo un cappuccino.

—¿Has salido tan pronto?

—Tenía que ver a los chicos.

Se incorpora en la cama, coge el vaso de cartón que le ofrezco y le quita la tapa.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Intento no fijarme en que se le transparenta el camisón. Esos pezones podrían estar en mi boca si no fuera tan terca.

Me revuelvo inquieto en la silla. Será mejor que respire, la mire a la cara y me concentre en esta conversación.

—Los colombianos me han jodido unos edificios que estoy construyendo en la Avenida Seymour. Anoche los volaron por los aires en respuesta a nuestra maniobra con los narco-camiones.

Toma un sorbo de cappuccino y frunce el ceño.

—Vaya —dice, bostezando—. Es todo muy confuso. Cuando dijiste guerra, esperaba algo más…

—¿Sangriento?

—Sí.

—Seguro que ellos también. Esto no les gusta. No entienden de estrategias. Solo comprenden la violencia. Vinieron al *Fever*, se liaron a tiros como en el puto Oeste y pensaron que eso sería todo, pero les estamos golpeando donde más les duele, su imperio de la droga peligra y se empiezan a poner nerviosos. Es cuestión de tiempo hasta que cometan algún error.

—Te veo muy tranquilo.

—Nunca pierdo la calma. No es el primer enfrentamiento y, llevando la vida que llevo, tampoco será el último. No he llegado hasta aquí sin tener nervios de acero.

—Nunca me has hablado de cómo has llegado hasta aquí.

Atravieso sus pupilas con una mirada helada que ella me aguanta con total impasibilidad.

—Muy fácil: me cargué a la competencia. Avísame cuando estés lista. —Me levanto de la silla y pongo una sonrisa escueta—. Vamos

a salir.

—¿Adónde vamos?

—Quiero enseñarte una cosa. Ponte ropa cómoda.

Intrigada, me sigue con la mirada de camino a la puerta.

*****

—¿Puedo?

Me responde que sí con un gesto de la cabeza.

De pie detrás de ella, coloco los brazos encima de los suyos y la ayudo a apuntar.

La energía que ruge a nuestro alrededor al tocarnos por primera vez en días es increíble. Narcótica. Quiero estar dentro de ella, poseerla entera, darle placer. Nunca he deseado algo con tantas fuerzas. Que me lo niegue solo hace que lo ansíe aún más.

—Relaja el brazo —le susurro al oído. Me empiezo a empalmar. Este puto deseo me consume a fuego lento —. Estás tensa.

—¿Así? —me dice, sin aliento.

Vuelve la cara hacia la mía para buscar confirmación. Estoy absorto. Rozar su cuerpo con el mío me tiene hipnotizado.

—¿Ash?

—Sí, lo estás haciendo muy bien. —«Sobre todo, no te apartes»—. Céntrate en la botella.

He colocado cinco botellas de cerveza encima de un tronco de madera en mitad del campo. Todas en fila. Mi plan es enseñarle a defenderse. Traigo munición más que de sobra. Tenemos toda la mañana para que practique. No vamos a volver a la ciudad hasta que no haya aprendido a disparar como Dios manda.

—¿Aprieto?

—Si has llegado a ese punto en el que solo existís la botella y tú, sí.

—Vale.

—Respira. Relájate. Concéntrate en el objetivo.

El disparo que rompe de pronto la armonía del lugar ahuyenta a un grupo de pájaros que silbaban dentro de un árbol.

No le ha dado ni por asomo a la botella.

—Otra vez.

Le enderezo el brazo y ella dispara de nuevo, con el mismo resultado.

—Mierda —maldice con un gruñido—. Es más difícil de lo que creía.

Sonrío. Está frustrada. Odia que las cosas no le salgan bien a la primera. No sabe gestionar los fracasos porque ella no ha fracasado nunca. Es toda una perfeccionista.

—Es cuestión de práctica.

—A ver cómo lo haces tú.

Le quito con delicadeza la pistola de la mano y disparo.

—¡Ni siquiera has mirado! —exclama porque, evidentemente, yo sí le he dado a la botella.

—Claro que he mirado. Siempre miro —aseguro mientras le devuelvo el arma.

—Me has mirado a mí a los ojos.

—Primero he mirado la botella. En todo momento hay que saber dónde está el enemigo.

Doy un paso atrás, me cruzo de brazos y le hago un gesto con la barbilla para que siga disparando.

Tensa la mandíbula, apunta, corrige la postura y dispara.

Esta vez, la bala atraviesa de lleno el centro de una de las botellas y el vidrio estalla en pedazos.

—¡Muy bien! —me entusiasmo, como un profesor orgulloso de su pupilo estrella—. Ya lo tienes.

—Claro. No estabas aquí para distraerme —responde, divertida.

Baja la pistola y me la devuelve.

La cojo, le pongo el seguro y me la guardo en la espalda, en la cintura de los vaqueros. Después, me acerco a ella hasta invadir ese espacio personal que tan celosamente ha protegido estos días.

—¿Te distraigo? —le pregunto, disfrutando de ver que la nota rasposa que arrastra mi voz la estremece a mi lado.

El brillo de sus ojos es increíble. Puro fuego.

—Se te estaba poniendo dura.

Sonrío, me inclino sobre su pecho y hago ademán de besarla, aunque me freno justo a tiempo y solo juego con ella. Es evidente

que lo desea.

—¿La has notado?

—Como para no notarla.

Miro el campo a lo lejos y luego mis ojos descienden de nuevo sobre su rostro, buscando los suyos.

—Se muere por un poco de atención tuya.

—¿Ah, sí?

Me gusta que coquetee, que haga de la seducción un modo de comunicarse. Me vuelve loco.

—Mira—. Cojo su mano y se la coloco encima de mi erección—. ¿Lo ves?

Los dedos que presiono contra mi polla empiezan a apretarme. ¡Por fin!

Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y me deleito con la caricia.

Al instante, la tengo pegada a mí, lamiéndome el cuello y la mandíbula. No sé si fiarme de ella todavía. Le gusta jugar conmigo. Será mejor que me asegure de sus intenciones.

—No subas la apuesta si vas a retirarte del juego, cielo.

Noto que los labios que devoran mi piel se curvan encima de mi mentón.

—¿Quién ha dicho nada de retirarse? —murmura, con la respiración tan irregular como la mía.

En mi boca asoma en una sonrisa lenta, de pura satisfacción. Guio su mano para que siga tocándome y le cedo a ella todo el control. Me hace sentir tan bien que solo quiero que continúe.

Y ella, hoy, está por la labor.

Me provoca, arrancándome gruñidos y maldiciones, hasta que decido que quiero más que unos cuantos tocamientos en mitad del campo.

Lo quiero todo.

Respirando deprisa, la agarro por el trasero, se lo estrujo con fuerza y bajo el rostro sobre el suyo.

—Hola, pequeña. Te echaba de menos —murmuro, antes de hundirme en su boca con la mía y arrastrarla a un beso profundo y

ardiente que deja muy claro que me muero por tenerla, aquí y ahora.

—Ash… —me frena cuando descorro la cremallera de mis vaqueros y meto su mano dentro, para que pueda tocarme como Dios manda—. Deberíamos volver a la ciudad.

Mi polla late en su mano con tanta fuerza que, si me pide que pare ahora, me acabaré dando de cabezazos contra ese árbol de ahí.

—Pero yo te necesito ahora. ¿Tú no me necesitas a mí ni un poquito?

Beso a beso, mi ansiosa boca la vence, y entonces me deja entrar, me lo da todo. Es mío. Solo tengo que cogerlo.

Esto es lo que llevo toda la semana deseando. El fuego lento. La atracción. La electricidad que se produce cuando nuestras lenguas se deslizan la una encima de la otra.

La tomo entre mis brazos y poseo su boca con un beso lo suficientemente carnal como para estimular su cuerpo hasta dejarlo caliente y febril, listo para acogerme.

—Me muero por estar dentro de ti —le susurro, deteniéndome un momento encima de sus labios.

—Yo también.

Gruño, la presiono contra mí y el beso que le doy se vuelve todavía más hambriento que el anterior.

Nuestras lenguas, húmedas, cabalgan ansiosas, provocándose mutuamente. Esto es profundo. Eléctrico. Casi delirante. Hago que dure una eternidad.

—Ash… —murmura cuando mi boca deja por fin de acometer contra la suya.

Uno nuestras frentes y la miro a los ojos. Estoy sin aliento.

—¿Vas a pedirme que pare?

—No.

—¿Vas a pedirme que te folle?

—No... —responde, divertida.

—Entonces, puede esperar, joder. Dejemos la charla para después.

La tomo en brazos, la tumbo en la hierba, bajo un árbol, y la sigo besando febril. Como no recibo señales contradictorias, le suelto el

botón de los vaqueros, le descorro la cremallera, abarco todo su sexo con la mano y se lo estrujo entre los dedos.

—Quiero hacerte el amor. ¿Puedo?

Me clava los dientes en el labio inferior y tira de él con fuerza. Maldigo y vuelvo a estrujarla hasta que se arquea hacia mí, presa de una sacudida eléctrica.

—No te he oído. ¿Me has dicho que sí?

—Sí…

Ya iba siendo hora.

Me aparto, le quito los vaqueros y esa cosa diminuta de encaje que se pone para volverme loco y al instante me tiene entre sus piernas, paseando la nariz por todo el centro de su deseo, arriba y abajo.

—Me vuelve loco tu olor —susurro mientras me lleno los pulmones de ella.

—Eres un pervertido.

Sonrío lentamente contra su piel, lubricada y sensible.

—Lo sé.

Le rodeo el clítoris con la lengua muy despacio y ella hunde los dedos en mi pelo y me ofrece su cuerpo para que juegue con él a mi antojo.

Voy a hacer que palpite, que lo desee, que se retuerza y que me lo suplique.

He sido paciente, pero nunca perdono. La *vendetta* es la *vendetta*, y ella ha jugado conmigo tanto tiempo que se merece un pequeño castigo.

*****

Se corre intensamente con la primera embestida porque no lo aguantaba más y, por desgracia, cuando empieza a gimotear, a convulsionar y a apretarme con tanta fuerza que se me traga entero, yo también lo hago, llego a un clímax tan turbulento y feroz que casi veo las putas estrellas. Han sido días tensos. Disfrutemos un poco de la vida.

Dejo caer la frente contra la suya y me obligo a penetrarla más despacio, para que los dos saboreemos lo máximo posible esta caída

libre que ha llegado antes de lo que me habría gustado, pero que es lo suficientemente explosiva como para que sirva de aliciente hasta, al menos, la hora de la cena. Me debe unos cuantos polvos y hoy me lo voy a cobrar. Con intereses.

Pero, antes…

Me retiro despacio y la miro a los ojos.

—Nos teníamos ganas, ¿eh?

—Habla por ti —me responde, aunque la sonrisa la delata.

Muevo la mano y le acaricio el labio inferior, se lo arrastro hacia abajo con el pulgar y se lo doblo hasta que noto humedad en la punta del dedo. Ella me provoca con la lengua. Mi cuerpo reacciona con un espasmo.

—¿Te has divertido negándonos el placer a los dos durante todos estos días?

—Te lo he negado solo a ti.

Pongo cara de estar muy escandalizado.

—¿Qué insinúas?

Agita las cejas con gesto travieso.

—¿Tú qué crees?

Me echo a reír.

—Conque esas tenemos, tramposa. Bueno, ya que estamos confesando nuestros pecados, deberías saber que el otro día me hice una paja en la ducha.

Su boca se abre con expresión incrédula. Luego empieza a reírse a carcajadas por debajo de mí. Hago un gesto de impotencia con las manos y le lanzo un guiño socarrón.

—¿Y te corriste duro? —me pregunta cuando se le calma el ataque de risa.

Noto que se me calienta la mirada mientras la paseo por toda su cara. Sonreír es inevitable. Me encantan estas charlas de después del sexo, nuestras bromas privadas… Todo.

—No tanto como contigo, pero al menos no me cargué a nadie ese día. Ah. Antes de que se me olvide. Tengo algo para ti—. Me estiro un poco para buscar dentro del bolsillo de los vaqueros la llave que me dio Serpiente esta mañana—. Espera, espera, espera. Reglas. Número uno: no te irás a ninguna parte sin protección —

advierto, resistiéndome a entregársela todavía—. Número dos: quiero estar al tanto de cada uno de tus movimientos. Así que, si pensabas quedar con tu amante, ya puedes olvidarte del tema.

—Vaya. Pues se llevará un disgusto el pobre.

Le pongo mala cara, ella suelta otra risa y volvemos a estar bien, casi rozando el cielo porque así es como te sientes cuando caminas sobre una cuerda colgada encima de un puto precipicio.

—Ash.

Dejo de deslizarme a mí mismo dentro de ella (me estoy regodeando, eso es todo) y la miro.

—¿Qué?

—¿En qué pensaste?

—¿Cuando me hice la paja?

—Mm-hm.

—Te imaginé en la ducha conmigo. Arrodillada. Separando estos preciosos labios para acogerme dentro… —Arrastro el pulgar por su boca y gruño disgustado—. Joder. Me encantaría seguir así toda la mañana, contártelo con todo lujo de detalles y hasta ponerlo en práctica, pero tengo una reunión en la ciudad a la hora de comer y no puedo posponerla.

—¿Con quién te reúnes?

Los ojos se me llenan de diversión.

—Con el alcalde. Hemos quedado para comer, jugar al golf y hablar de desarrollo urbanístico.

—¿Cómo puedes ser tantas personas a la vez?

Mis ojos siguen sonriendo, incluso cuando la boca ha dejado de hacerlo.

—Ya lo sabes. Alma camaleónica.

Abandono, con gran disgusto, su cálido interior, me pongo en pie y observo desde arriba su cuerpo desnudo. Sigo teniéndola dura. Tardará un rato en bajar.

—Quieta. Te daré algo para que te limpies. Creo que tengo pañuelos en la moto—. La dejo ahí tumbada, desaparezco un momento y regreso, victorioso, con un paquete de *Kleenex* en la mano—. Ta-chan.

—Qué bien. Gracias.

Lo abro, saco uno y me arrodillo a su lado.

—¿Puedo?

Asiente, divertida.

—Si te empeñas.

La limpio con delicadeza, a las obras de arte hay que dedicarlas especial atención, y aprovecho para estudiar, absorto, el perfecto rostro que tengo delante. El aire que nos separa, los tres milímetros de aire que hay entre mi boca y la suya, se agita, cargado de energía.

—Ash… —murmura, con esos increíbles ojos ambarinos clavados en los míos.

—¿Hm?

—¿Cuál de ellos es tu favorito?

Una sonrisa lenta se abre camino en mis labios.

—El que está enamorado de ti.

—A mí también es el que más me gusta —murmura, acercando la boca a la mía para provocarme con otro beso que me tendrá toda la tarde inquieto y distraído, pensando solo en lo que le haré cuando vuelva a casa esta noche.

Que le den al puto desarrollo urbanístico.

Capítulo 11

Cada vez que cierro los ojos es como un paraíso oscuro.
(Canción *Dark Paradise*, Lana del Rey)

Alexandra

Es el cumpleaños de Ash y sus amigos han organizado una fiesta en un club de Akron, a unos sesenta y tantos kilómetros de la ciudad, para asegurarse una noche sin problemas.

Pese a las precauciones tomadas, van todos armados hasta los dientes. La velada promete.

Ash propone ir en moto porque:

A) es más fácil pasar desapercibido

y

B) se puede aparcar en cualquier sitio.

No me opongo. Me gusta ir en moto, abrazarme a su espalda y sentir el viento en la cara, buscar la seguridad en él.

Solo estamos nosotros y la carretera, y creo que es el único momento en el que los dos nos sentimos libres de verdad, sin pasado ni futuro, sin brújulas morales que nos indiquen lo lejos que estamos del puñetero norte.

La Harley ronronea. El suelo tiembla. El viaje es tan increíble que parece un sueño del que no quieres despertar.

De acuerdo, voy a bordo de un tren que está cada vez más cerca de descarrillar. Lo sé, pero elijo concentrarme solo en la adrenalina que bombea a través de mis venas.

Al salir de Cleveland, Ash se separa del grupo, aumentando tanto la velocidad que nadie se atreve a seguirle.

Somos él y yo y nada más que nos ate o que nos importe. Yo soy su hogar. El único que le importa.

Me abrazo fuerte a él y por un segundo todo me parece posible. Incluso la perspectiva de que esto salga bien, después de todo, de que el tren acabe enderezándose y llegue a la estación.

En el club nos espera un reservado bastante íntimo, con cortinas negras de terciopelo en la entrada, en caso de que queramos aislarnos por completo del resto de la gente.

Hay sofás de cuero desgastado que crujen cuando nos sentamos, una cubitera con botellas de champán en el centro de la mesa, dos botellas de whisky caro, con sus respectivos vasos de cristal tallado colocados bocabajo encima de una bandeja metálica, y varios boles llenos de cacahuetes y almendras fritas.

Ash, sentado a mi lado, con su muslo rozándome la pierna desnuda, se sirve una copa de Macallan.

Observo el elixir ambarino hasta perderme por unos segundos en los destellos dorados que danzan en su copa, y luego lo observo a él, el perfecto perfil cincelado, que se ilumina o se oscurece según estallan los flashes. El hueco debajo de sus pómulos parece esculpido a cincel.

Cumple treinta y nueve años hoy. No me lo ha dicho. Simplemente, lo sé.

Al sentirse observado, vuelve la mirada hacia la mía y ese hielo azul que incendia mi cuerpo entero silencia los murmullos que hay a nuestro alrededor hasta dejarnos por completo aislados en nuestra burbuja íntima.

Él y yo y nada más que nos importe. Los demás son títeres de nuestro juego.

Está tan cerca de mí que su enérgico calor corporal hace revolotear mi pulso. Su olor está en todas partes, tan embriagador que mi ritmo cardiaco cambia de cadencia.

Sin poder contenerme, acerco la cara a la suya y paseo la nariz por su mejilla. El roce de la barba incipiente me estremece. Me excito de inmediato, no tengo remedio.

Cuando llego a la comisura de la boca, él separa los labios para que lo bese, pero en el último segundo cambio de opinión, me pego a su pecho e inhalo su cuello.

—Mmm. ¿Qué te has echado hoy que tengo tantas ganas de restregarme contra ti?

Se aparta un poco y sus ojos se sumergen en los míos, cálidos y llenos de amor. Me quiere de una forma completamente irracional. Jamás podré escapar de él. Ni él de mí. Estamos juntos en esto.

—*L'homme*, de Yves Saint Laurent.

—Huele de cine.

Lucha por contener la sonrisa.

—Pensé que te gustaría.

—¿Te has tomado tantas molestias por mí? No deberías haberlo hecho. También quiero restregarme contra ti por la mañana, cuando estás sin duchar y te mueres por metérmela.

Milímetro a milímetro, una sonrisa lenta, de lado, consigue materializarse encima de sus labios y a mí se me activa el corazón.

—¿Quién es la pervertida ahora?

Cojo su cabeza entre las manos y lo evalúo absorta. Treinta y nueve años. Es como el buen vino.

—Feliz cumpleaños, cariño.

Sus ojos se calientan un poco más. Me gusta que el hielo azul se derrita por mí. Que arda por mí.

—Cariño… Suena perfecto en estos preciosos labios.

Su pulgar me entreabre la boca. Ahogo un gemido. Mi reacción repercute en él y altera su expresión facial, la llena de pasión. Sus ojos se oscurecen del todo, un claro reflejo del deseo que lo consume por dentro.

La música cesa. Alguien coge un micrófono para decirnos que hoy es la noche de los talentos emergentes y que vamos a poder votar a nuestro intérprete favorito.

—¡Démosle la bienvenida a Cherry!

Ash y yo prestamos atención por unos segundos a la cantante afroamericana que, de pie sobre el escenario, anuncia que va a interpretar *Prisoner of Love*, de Shirley Johnson.

—Me gusta —comenta, antes de volver a enfocar toda su atención en mi boca.

—A mí también. Puede que la vote.

Hay que admitir que Cherry lo está haciendo bien. Parece verter su alma e incluso su último aliento en suplicarle a su hombre que vuelva a casa con ella.

—¿Dónde estábamos?

—Ibas a besarme.

—¿Quieres que te bese?

—No mucho, la verdad.

—Tramposa…

Absorto, arrastra mi labio inferior hacia abajo con el pulgar. Quiero abrir la boca para él y acogerle dentro.

Hay algo tremendamente sexual en la atmósfera de este reservado. Quizá sea la oscuridad, quizá sea la música. O, tal vez, la expectativa. El caso es que estar aquí con él me llena de una inexplicable energía que me tiene vibrando de anticipación.

Pongo los dedos encima de la rosa que tiene tatuada en el reverso de la mano, le paso la lengua por la yema del pulgar y sus ojos se llenan de un apetito feroz.

—¡Eh!, dejad las guarradas para luego, coño, que parecéis gatos en celo —nos reprende Julian, que nos quita el rollo al dejarse caer a mi lado en el sofá con un cigarro sin encender entre los labios.

Suena cabreado, pero su anguloso rostro muestra una expresión de lo más guasona.

Es un tío alto y fuerte, calvo (por elección propia) y lleno de tatuajes; majo, aunque a veces con un carácter algo impredecible. A diferencia de Ash, pasa de cero a cien en un nanosegundo.

Y, una vez cabreado, cuesta calmarle. Creo que es su mejor amigo o algo así.

Ash libera mi rostro y le pone mala cara.

—¿Qué eres, de la puta brigada anti polvos?

Los ojos verdes de Julian se arrugan hacia las esquinas, chispeantes de buen humor.

—Pues sí. Si yo no mojo, nadie moja aquí esta noche. Hemos venido a divertirnos.

Ash da un bufido.

—Haber elegido otro club. A mí esta música me pone cachondo.

—Tienes razón. Esto es un puto rollo. Voy a decirles a esos capullos que la cambien de inmediato.

Se levanta del sofá y se coloca la camisa con gesto decidido.

—Eh, Julian, venga, tranquilito, que no queremos rollos esta noche —intenta apaciguarlo Ash.

—Tú habla por ti. Estos malnacidos se van a enterar de que los de Scoville Avenue estamos aquí hoy, JO-DER.

Ash niega para sí y expulsa el aire por la nariz con más fuerza de la necesaria. Me vuelvo hacia él con el ceño fruncido.

—Va a liarla, ¿verdad?

—*See* —me responde, disgustado.

Riéndome, sigo a Julian con la mirada por el club. Parece empeñado en hablar con el gerente.

—¿Es tu *consigliere*?

—¿Mi *consigliere*? —repite en tono de burla al mismo tiempo que su cara, llena de humor, se gira hacia la mía—. Si solo sabe dar palizas, ¿cómo va a aconsejarme?

—¿Y qué es entonces?

Se lo piensa un momento.

—Mi mano derecha, la ejecutora.

—Creía que tu mano derecha era Seven.

Solo había que verla en el *Fever* con las dos pistolas…

Los dos desviamos la atención hacia la aludida, que se está pegando el lote con un tío desconocido en el sofá de la esquina. Madre mía, qué pasión.

—Ella también lo cree —me responde Ash, divertido.

—¿Cómo conociste a Julian? —me intereso, concentrándome de nuevo en él.

—Pues en el barrio.

—¿Y a Seven?

—Una larga historia.

—De la que no te apetece hablar —deduzco con un toque de disgusto en la voz.

Me sonríe.

—De la que no me apetece hablar —me confirma con un guiño socarrón.

—Vaya sorpresa.

Toma un trago de whisky, me coge el mentón con los dedos y su boca vierte la mitad del licor dentro de la mía.

—Traga.

—A una mujer no se le puede decir eso, señor Williams. Tragará solo si ella quiere.

Se echa a reír y niega para sí.

Los dos observamos a Julian, que vuelve al reservado, pagado de sí mismo, se hunde en el sofá a mi lado y se enciende el cigarrillo con el que lleva al menos diez minutos en la boca.

Al instante, cambia la música. Me parece que el encargado, sabiamente, ha decidido trasladar la noche de los talentos emergentes a cualquier otro momento.

—¿Qué coño…? —Ash arruga el ceño, en claro desacuerdo con la elección musical de su amigo.

—¿Eh? —se vanagloria Julian, haciéndome un gesto con la barbilla—. ¿Qué te parece? Salsa.

—Prefería el blues —rezonga Ash a mi derecha.

—No seas capullo. Esto es mejor. Puedes frotarte contra ella mientras bailáis.

Me lanza un guiño socarrón al decirlo y yo vuelvo a reírme.

—En el blues también puedo frotarme, desgraciado —lo contradice Ash—. Y es más lento. Da tiempo a saborearlo.

—Gilipolleces. Voy a ver si encuentro a una churri por ahí. Ya verás cuando le enseñe mi movimiento de caderas. Mira. Mira. ¿Eh? ¿Qué os parece?

Me echo a reír a carcajadas al ver el bailecito que hace delante de nosotros.

—Vaya, Julian, se te da… realmente bien.

—Lo sé —me responde con un guiño—. ¡Tranquilas, nenas, que ya voy!

Ash niega para sí, toma un trago y le oigo farfullar:

—Menudo capullo. Le doy media hora antes de ir a hablar con el encargado.

Me vuelvo en el sofá con expresión risueña.

—¿Es que no te gusta la salsa?

—No es santo de mi devoción.

—Así que no vas a sacarme a bailar.

Arquea las cejas, divertidísimo.

—¿Quieres que nos frotemos el uno contra el otro en la oscuridad, pequeña?

—Si no sabes bailar salsa, no pasa nada.

Su sonrisa aumenta milímetro a milímetro. Disfruta de la provocación.

—Cielo, bailar salsa es como practicar sexo. Si sabes mover las caderas, no necesitas más. Es cuestión de seguir el ritmo.

Me coge de la muñeca, me lleva a la pista y, con brusquedad, me atrae a sus brazos hasta que mi pecho choca contra el suyo. Saltan chispas y me doy cuenta de que el brillo salvaje de su mirada sugiere algo más que un baile.

Madre mía. Esto va a ser intenso.

Arrastra la mano por mi hombro y mi brazo, acerca la boca a la mía y, cuando creo que va a besarme, me hace dar una vuelta sobre mí misma, me atrapa de nuevo entre sus brazos y me inclina hacia abajo hasta que mi pelo casi roza el suelo.

—Tú sígueme —murmura, con los labios encima de los míos, aspirando.

Me tiene atrapada. Me estoy poniendo cachonda. Más, quiero decir.

—Te sigo.

Una sonrisa lenta se dispara por su apuesto rostro.

Me guiña el ojo antes de enderezarme y… empezamos a movernos. Nunca había bailado salsa, pero él me guía y acabo entregándome a este vaivén apasionado que me impone.

Entre giros y miradas carnales, nuestros cuerpos, cada vez más receptivos antes los estímulos, se acercan y se alejan, todo el rato desafiándose.

El tiempo se disuelve entre caricias ardientes y movimientos sexuales. Sus manos trazan senderos de fuego sobre mi piel desnuda. Necesito su boca en la mía ahora mismo, pero me la niega y eso solo me excita más.

Otro giro. Más chispas que saltan al chocar mi pecho contra el suyo. El toque a whisky de su respiración me vuelve loca.

Cogiéndome por las caderas, encaja nuestros cuerpos de cintura para abajo y sigue dominándome por toda la pista. Ahora mismo quiero que me domine en la cama. Y que deje de negarme los besos…

—Ash…

—¿Bomboncito? —repone, socarrón.

Vuelve a alejarme por el mero placer de atraerme de vuelta a sus brazos.

Me ahogo con toda esta electricidad. Pongo un dedo encima del arco de su boca y lo arrastro hacia la derecha.

—Bésame.

Sonríe para sí.

—No.

—Señor Williams, era una orden, no una sugerencia.

Me hace dar otra vuelta y esta vez me abraza por detrás, para poder clavarme su feroz erección en el trasero.

—¿Crees que estás en condiciones de poder negociar conmigo, pequeña? —susurra junto a mi oreja.

Me cojo el labio inferior entre los dientes y presiono las nalgas contra su polla.

Sus palmas se arrastran por mis hombros desnudos, bajan por mis costados y acarician ligeramente las curvas de mis pechos, antes de posarse sobre mi estómago.

Las puntas de sus dedos se incrustan en mi pelvis, apretándome contra él.

Y… termina la canción con mi cuerpo febril y húmedo, listo para entregarse, y su monumental erección palpitando en la parte baja de mi espalda.

Entonces, me coge de la mano, me gira con suavidad para tenerme de frente y, después de colocar una de mis manos en su hombro y la otra en su cintura, me abraza por las caderas.

—No entiendo por qué no te gusta la salsa —le digo, respirando muy deprisa encima de sus labios. Estamos de pie en mitad de la pista, inmóviles, atrapados en la mirada del otro.

Sonríe.

—Me pongo cachondo muy deprisa.

Arqueo las dos cejas con aire socarrón.

—¿Puedo hacer algo para remediarlo?

Me agarra por el trasero, me aprieta contra él y sus dedos se deslizan entre mis nalgas hasta presionarme el sexo.

—Aguántalo ahí hasta que lleguemos a casa. Tú eres el regalo de cumple que más deseo y serás lo último que desenvuelva. Esta noche pienso tomarme mi tiempo.

Madre mía. La expectativa va a volverme loca. La noche es muy joven todavía. Sus amigos no parecen por la labor de irnos a casa. Julian ha encontrado a una *churri* pelirroja, a la que le está metiendo la lengua hasta la garganta en el sofá, y Seven tiene una teta fuera del sujetador y la mano de ese tío por todos lados cuando volvemos al reservado.

Los demás ríen, fuman, beben y se lo pasan en grande, libres de la tensión de estas últimas semanas. Es evidente que son amigos de toda la vida. No se trata solo de negocios. Matarían el uno por el otro y a cualquiera que amenace al líder.

Ash los llama *mis hermanos*. En cierto modo, lo son. Una auténtica familia.

Nos integramos en el grupo, no queda otra. Nos hacen sentarnos en uno de los cuatro sofás que hay, lejos el uno del otro, para poder avasallar a Ash con sus atenciones, y nos ofrecen una copa de champán a cada uno.

Él intenta prestarles atención, divertirse un poco, reírse de los chistes, pero noto que solo está pendiente de mí. No puede quitarme los ojos de encima.

Lo único que quiere el rey esta noche es poseer a la reina. Lo demás, interferencias y molestias. Este juego solo tiene dos jugadores. El resto de participantes son irrelevantes.

—Jo-der. No sabéis las cosas que hace ese tío con la lengua.

Seven se deja caer en una esquina del sofá y le propina un codazo cómplice al Chino.

Todos se echan a reír al verla tan despeinada y ruborizada.

Ash, con un cigarro colgado entre los labios, me lanza un guiño y se sirve otra copa, whisky esta vez, antes de decirle:

—Si no te importa, nos gustaría seguir siendo ignorantes, Seven.

—Pues mira, os lo voy a contar con todo lujo de detalles, a ver si aprendéis algo, cabrones. Me llevó al baño, me cogió el culo con las dos manos, así, sujetándome bien, y cuando me abrió las piernas…

Las carcajadas provocadas por la cara que le pone Ash interrumpen incluso a Julian, que sale por un momento de su efluvio erótico para rezongar:

—¿Pero qué cojones os pasa? ¿Qué es este jaleo? Así no hay quién se concentre, coño.

Ash, riéndose de su cabreo, apaga el cigarrillo, se echa más whisky y sigue mirándome. Sus ojos son increíbles. Puro fuego azul.

Que estemos lejos el uno del otro, sentados en lados opuestos de la mesa, sin poder tocarnos, solo le añade combustible a este deseo, de por sí ardiente.

Siento que esta será una de esas noches que ninguno de los dos olvidaremos nunca.

Capítulo 12

Llegarás primero a las sirenas,
que encantan a cuantos hombres
van a su encuentro…
(Homero)

Ash

Estoy jodido. Del todo. Soy el marinero cuyo barco se estrella contra las rocas; al que le da lo mismo encontrar o no el camino de vuelta a casa. ¿Dónde está ese lugar, de todos modos? No puede ser mi hogar si ella no está ahí.

—Ash, coño, ¡hazme caso un segundo!

—Te estoy haciendo caso, capullo —le respondo, exasperado, a Julian.

Pero no puedo dejar de mirarla. Me tiene hechizado.

Tan cerca y, aun así, tan jodidamente lejos de mí. Necesito tenerla a mi lado a todas horas, tocarla, absorberla, follármela, que ella me folle a mí…

No puedo quitármela de la cabeza ni por un segundo. Me obsesiona. Puede que todo el mundo lleve razón y que yo esté equivocado. Puede que no sea normal necesitarla de esta forma.

Es como si la conociera desde siempre. Ella era la pieza que hacía falta para que mi mundo empezara a girar.

Siento que llevo toda mi vida queriéndola cuando, en realidad, ni siquiera ha pasado un año desde que la conozco.

Pero, a veces, toda una vida puede concentrarse en un solo momento. Hay sucesos que lo cambian todo, un camión que se ha saltado el stop o una bala disparada en un callejón…

En mi caso, es ella. Llegó y lo puso todo patas arriba. Perdí la cabeza y, lo que es peor, no tengo deseos de recuperarla.

Mientras me deleito con un cigarro y una copa de whisky, mientras mis amigos vociferan todos a la vez, dándome la matraca con sus gilipolleces de siempre, yo me dedico a contemplarla.

Sospecho que no volveré a recuperar nunca el control.

—Escucha, Ash. ¿Te acuerdas de cuando tú estabas…?

Por Dios. Esta noche no va a acabar nunca. ¿Cuántas anécdotas más les queda por contar?

Cuando por fin consigo quitármelos a todos de encima con la excusa de que tengo que mear, me acerco a ella y le pido que me siga.

Lo hace sin preguntas, y yo le sujeto la mano para no perderla entre la gente, la saco a la calle y le pongo el casco con expresión seria.

—¿Y estas prisas?

—Me queda un regalo por desenvolver, ¿recuerdas?

—No soy un regalo.

Paso una pierna sobre la moto, la enderezo y le dedico mi mejor sonrisa persuasiva.

—¿Lo discutimos en un ambiente más íntimo, bomboncito?

Riéndose, se monta en mi moto (¡insensata!) y me abraza por la cintura. Me pongo mi casco, quito el apoyo y acelero al máximo el motor.

Mis amigos se acaban de dar cuenta de que me estoy largando. Julian y el Holandés han salido a la calle, y los dos me hacen gestos escandalizados con los brazos.

A mamarla.

—¡Venga ya, capullo, que es tu cumpleaños! —oigo gritar a Julian por encima del estruendo de la Harley.

Me despido con una peineta.

Apoyo la mano contra la cadera de Alexandra y paso por delante de ellos sin que su indignación me haga cambiar de parecer. Precisamente: es mi cumpleaños y esto es lo que me apetece hacer.

*****

Alexandra toma la iniciativa en cuanto abro la puerta de casa. Es consciente de que la he elegido a ella por encima de todo y, para demostrarme su gratitud, se tira a mis brazos, me atrapa contra la pared y me lame el cuello, antes de besarme en la boca de esa forma hambrienta que hace que me hierva la sangre en las putas venas.

El bailecito la ha puesto cachonda. Pero yo quiero darme un festín, así que nada de prisas ni chapuzas.

«Bambi, no te haces una idea de las cosas que voy a hacerte».

Mi cumpleaños, mis reglas, joder.

La aferro por el cuello para que se esté quita y paseo la mirada por todo su rostro, despacio, absorbiendo cada detalle. No quiero perderme nada.

—Pequeña, vas muy deprisa.

Me lame los labios para provocarme.

—No, qué va.

Incapaz de dominarme, estampo su boca contra la mía y la beso como nunca he besado a nadie; la devoro. De mi pecho reverbera un gemido animal cuando se pega más a mí y me permite que la saboree todo lo que me plazca.

Mi lengua llena impaciente su boca, entro y salgo, la domino, dejo que me domine.

Estamos hechos el uno para el otro. Ella y yo encajamos.

Gruño en el interior de su boca cuando empieza a tocarme, primero por encima y luego por dentro de los pantalones.

Su cuerpo se frota contra el mío. Saltan chispas. Me está volviendo loco.

Cierro los ojos e intento luchar contra el deseo que crece en mi interior, pero ese puño me está apretando con tanto desenfreno…

No. Hasta aquí hemos llegado.

Rompo el beso, la obligo a soltarme la polla y le doy la vuelta para atraparla de cara a la pared.

Cuando la tengo justo donde quiero tenerla, me presiono contra su espalda y mis manos recorren sin prisa su cuerpo acalorado.

—Quieta, pequeña —le susurro al oído, haciéndola vibrar—. No tengas prisa. Déjame saborearte.

Se estremece, echa la cabeza hacia un lado y me ofrece su cuello para que lo lama y lo muerda. Me gusta que me pida cosas.

—Ash, llevo toda la noche imaginándote dentro de mí —murmura mientras yo le chupo el lóbulo de la oreja y arrimo mi erección a la parte baja de su espalda.

Me detengo, acaricio su cuello con la punta de mi nariz y, sonriendo para mis adentros, la vuelvo entre mis brazos y la beso con ternura.

—Yo también. Pero en mi fantasía estabas atada a la cama. Toda abierta para mí. Y eras la puta cosa más preciosa que he visto nunca. Dime que puedo hacerlo realidad.

Me pongo cachondo solo de pensarlo. La estoy visualizando ahora mismo.

—Es tu cumpleaños —concede, con un leve encogimiento de hombros—. Hoy mandas tú.

—Justo lo que quería oír. ¿Qué te parece? He ido de compras esta mañana, así que estoy preparado para todo.

Su boca refleja una expresión socarrona al ver las cuerdas que me saco del bolsillo de la chaqueta.

—¿Llevas toda la noche con eso encima?

—Oh, sí. Y hay más.

Del otro bolsillo me saco un antifaz.

Intenta no reírse.

—¿Para qué es eso?

—Ya sabes, el poder de la sugestión, jugar con la anticipación… Una larga lista de ventajas, pero mejor las descubres tú solita y me lo cuentas luego.

—¿Tienes más juguetes en los bolsillos?

—Tal vez. ¿Quieres cachearme?

Su cara se abre en una sonrisa.

—*Neah.* Prefiero el misterio. A ver cómo acaba esto.

—Estás a punto de descubrirlo, bomboncito.

Me la llevo al dormitorio, la empujo hacia atrás en el colchón y me arrodillo delante de ella, para poder quitarle las sandalias. Desabrocho las dos tiras despacio, con deleite, y planto un beso suave en su empeine.

Le llega el turno a la ropa interior. Me muevo sin prisas, con la mirada encajada en la suya. Me gusta desnudarla y también acariciarla mientras lo hago.

—Te brillan los ojos como a un felino hambriento. Me preocupas.

Me rio por lo bajo.

—Tranquila. Está todo controlado. Túmbate. Abre las piernas. Así. Perfecto. No te muevas.

Le ato los dos tobillos a los postes de la cama. Intento ser todo lo tierno que puedes ser a la hora de atar a alguien. No quiero hacerle daño. Esto no va del dolor. Va del placer. Quiero dárselo todo. Cada gota.

—Ahora voy a ponerte el antifaz. ¿Lista?

—Mm-hm.

Se lo coloco y sonrío satisfecho.

Justo así es como me la he estado imaginando. He acabado con una erección de narices.

Me inclino sobre ella y acerco la cara a la suya. No puede verme y sé que eso la excita, lo noto en su respiración, cada vez más acelerada.

Pasan varios segundos sin que yo me mueva. Me limito a respirarla, a observarle la boca, a gruñir hambriento hacia mis adentros. No deja de relamerse los labios, de acelerarse, de humedecerse. Me palpita la polla. Pero no, nada de prisas hoy. Juguemos un poco. Es nuestra primera incursión en el terreno del *bondage*. Hasta ahora he sido bueno. *Demasiado.*

—¿Ash? —susurra, inquieta.

—Voy a devorarte entera, voy a darme un festín contigo esta noche —le prometo al oído, antes de apartarme—. Alexa, pon *Nights in White Satin*. En bucle.

—*Nights in White Satin, de The Moody Blues, en modo repetición en Amazon Music* —me responde el trasto que me he auto regalado para mi cumpleaños.

—Y ahora, juguemos, pequeña.

—No veo nada.

—Bien. De eso se trata.

—¿Por qué no me tocas?

—No te pongas nerviosa. ¿Dónde quieres que te toque?

Se relame los labios, inquieta.

—Donde sea —dice al final.

Sonrío.

—Donde sea. Me gusta tu actitud.

Las puntas de mis dedos emprenden un camino lento desde el hueco de su garganta hasta su estómago, y de vuelta a subir.

Los pezones se le ponen duros de inmediato. Qué preciosidad. Me gusta que no se haya puesto sujetador esta noche. Lástima que su vestido negro me impida deleitarme.

Pues a tomar por culo el vestidito.

—¡Ash! —protesta, escandalizada, al oír cómo se rasga la tela. En serio, era muy endeble. No me ha costado ningún esfuerzo rajarlo.

—Chisss. Te compraré otro mañana.

Quiere parecer indignada, pero esto la excita tanto como a mí.

Ahora que la tengo casi desnuda, me inclino sobre ella y juego con sus pezones, los acaricio primero con los labios y luego con la lengua.

Alexandra ronronea y separa las rodillas para enseñarme dónde necesita que la toque. Sus deseos son órdenes para mí. La froto con el pulgar hasta que consigo que empape el encaje negro y entonces decido desnudarla del todo.

—¡¿Quieres dejar de romperlo todo?! —me chilla cuando le arranco las bragas de un solo tirón.

—*Nop.* Me gusta romper tus cosas.

La dejo ahí desnuda y excitada y voy al salón a por la botella de whisky. Bebo a morro de camino a la habitación.

Al verla revolverse tan inquieta, me apiado de ella y vierto un poco dentro de su boca.

—Traga.

Lo hace. Muy obediente. Así me gusta.

Un hilo de alcohol se le escurre por la comisura del labio. Lo lamo.

—Delicioso. Un whisky escocés de treinta años y tú. No se me ocurre una combinación mejor. Tengo una idea.

De pie delante de la cama, inclino la botella y dejo caer un reguero de alcohol por su abdomen. Observo cómo se escurre hasta

colarse entre sus piernas y luego lo lamo todo.

Alexandra se arquea en busca de más y, como era de esperar, protesta al no recibirlo.

—Te tengo muy mal acostumbrada. Hoy mando yo, ¿recuerdas?

Me inclino sobre ella, acerco los labios a los suyos y la beso con fuerza mientras rodeo con el pulgar el punto más sensible de todo su cuerpo y me lo trabajo meticulosamente.

La tensión sexual que estoy acumulando es brutal. Cuando estalle, veré las estrellas otra vez.

Mi lengua se enreda con la suya. La humedad que empapa mis dedos me permite deslizarme por su sexo con cada vez más facilidad.

Está a punto de correrse. Lo sé. Lo noto. Está muy tensa, lista para dármelo todo.

La idea de tenerla deshaciéndose de placer entre mis dedos me pone muchísimo.

Le devoro la boca con mayor avidez, le doy un beso casi animal, que la hace vibrar y arquear el cuerpo todo lo que las cuerdas permiten, y sigo masturbándola.

—Quiero que acabes —murmuro, junto a su oído.

Pienso en ella teniendo un orgasmo, en lo salvaje que se vuelve, y mi polla da una sacudida. Respiro hondo para calmarme. No tengo tiempo para preocuparme por mí mismo ahora.

—No pares —murmura, revolviéndose agitada por debajo de mi pecho.

—No voy a parar.

Pone una mano encima de la mía (iba a atarle también las muñecas, pero me gusta que me toque) y me guía para que la penetre con los dedos. Le doy lo que me pide, y ella se arquea todavía más febril por debajo de mí.

Libero sus labios para concentrarme en sus perfectos pezones. Lamo, muerdo, succiono y vuelvo a lamer, mientras juego con su cuerpo a mi antojo.

Se retuerce y la oigo inhalar de forma brusca.

Provoco con los dientes uno de sus pezones y, de pronto, ella pega un grito y se corre larga e intensamente en mis dedos.

Le concedo unos momentos para que se le calme la respiración y luego deposito un beso suave en sus labios entreabiertos, en sus dos pezones abultados, y le quito el antifaz.

—Precioso. Un regalo perfecto. Me ha encantado desenvolverlo.

Levanta los párpados para evaluarme y yo juego con su boca, se la abro con los dedos y le acaricio el labio inferior.

A veces me pregunto en qué piensa cuando me mira así. Es como si se alejara por un momento, abismada en un mundo privado del que no me cuenta nada. Ella es todavía más hermética que yo.

—Creía que hoy se trataba de ti —dice al cabo de unos segundos —. Es tu cumpleaños. ¿No era yo la que debía hacer algo por ti esta noche?

Se me escapa una sonrisa.

—Lo acabas de hacer. A mí lo que me pone es tu excitación. No puedes imaginar lo placentero que me resulta ver cómo te retuerces, cómo te humedeces, cómo pides más, cómo me reclamas, cómo te abres para mí… Alexandra, no sé si alguna vez serás capaz de comprender lo que siento por ti. Eres un sueño febril del que no quiero despertarme nunca. Te amo.

—Qué tierno —se burla, arrancándome una mueca.

—No te creas. También quiero follarte hasta quedarme sin fuerzas. Voy a darte duro hoy, porque es mi cumpleaños y me lo he ganado. Créeme, pequeña, no va a ser *tierno*.

Me agarra del pelo y acerca mi boca a la suya hasta que nuestras respiraciones se entrelazan. La suya brota más áspera que la mía.

—No sé qué responder a eso, señor Williams.

Tuerzo los labios en un gesto desdeñoso. Todavía estoy tranquilo, aunque noto que el aplomo no me va a durar mucho más. Saborearla, inhalarla y llevarla al orgasmo ha concentrado toda la sangre de mi cuerpo en la polla, y no deja de palpitarme.

—Con un *sí, señor* debería bastar.

Me propina un golpe en el brazo y yo la cojo por la cintura, la muevo unos milímetros en el colchón y me pongo de pie para poder contemplarla como es debido.

—No te muevas. Estás perfecta así. Abierta. Indefensa. Húmeda… ¿Probamos los demás juguetes? —La cara que me pone me hace

reírme—. ¿No? Hoy no te viene bien. Vale, lo dejamos para mañana. Si yo prisa no tengo.

Me quito la ropa, acerco mi erección a sus labios y, cogiéndola del pelo, echo su cabeza hacia atrás hasta que sus ojos se encuentran con los míos.

—Abre —ordeno con voz autoritaria.

Ella, como la buena chica obediente que es, separa los labios, me acoge dentro y empieza a hacerme la mamada más increíble de toda mi vida. Nunca le ha puesto tanto sentimiento. Cómo se nota que es mi cumpleaños hoy.

—Joder —gruño unos dos minutos después, tensando la mano en su pelo para obligarla a bajar el ritmo—. Para, para, para. No quiero correrme en tu lengua y, como sigas así, lo haré.

Se detiene, se relame los labios y me mira en busca de nuevas órdenes. Quiere complacerme esta noche. Sabe que me apetece saborearla.

—¿Qué quieres que haga?

Me lo pienso en segundo. Quiero que haga tantas cosas…

—¿Qué tal si te tocas para mí? Ya sabes lo mucho que disfruto mirándote.

—Solo si tú haces lo mismo.

Me rio, disfrutando como siempre de sus pequeñas provocaciones, y empiezo a frotarme con el puño hacia delante y hacia atrás.

No soy el único al que le excita mirar.

Sus pezones se tensan de golpe. Se le ha puesto la piel de gallina. La puta hostia. Es jodidamente perfecta para mí.

Apoyo la palma en la pared, flexiono un poco los músculos del estómago y me toco para ella.

—¿Te gusta lo que ves? —siseo, al reparar en que no me quita los ojos de encima.

—Mucho.

Una sonrisa leve, de lado, aparece en la comisura de mi boca.

—Eres un poco traviesa tú, ¿no?

—¿Eso crees?

Con los ojos encajados en los míos, se introduce un dedo dentro, lo saca, completamente reluciente, y se lo mete en la boca.

«Joder, joder, joder».

Dejo de masturbarme y me encajo entre sus piernas, listo para penetrarla.

—A tomar por culo los jueguecitos. Me vuelves demasiado loco. No puedo aguantar más.

Capítulo 13

Al final, solo recordamos
lo que nos hizo sentir vivos.
(Tennessee Williams)

Alexandra

Detengo el Crown Victoria delante del tugurio de mala muerte en el que tanto le gusta perder el rato con sus amiguitos y coloco la palanca de cambios en punto muerto.

Durante unos segundos, no me muevo, solo observo con curiosidad la entrada, intentando adivinar qué atributos posee este lugar para, a pesar de su aparente vulgaridad, erigirse como nuevo epicentro de la organización Williams.

Ash, hábil estratega, nunca hace nada al azar. Si lo ha escogido es por alguna razón. Este monumento a la decadencia no es más que un señuelo, otro de sus disfraces.

Cualquiera que pase por la calle y vea la fachada desgastada, con la pintura que ha cedido ante las inclemencias del tiempo y la marquesina que proclama el nombre del establecimiento en letras que luchan por mantener su legibilidad, pensará que se trata del enésimo antro de poca monta que quebró durante la última crisis.

Cuando lo cierto es que, tras sus puertas maltrechas y sus ventanas opacas, sucias por la desidia de vete a saber quién, se esconde en realidad el bastión estratégico de uno de los imperios criminales más poderosos y prósperos de Ohio.

Los señores del hampa se reúnen a diario en el interior del *Rusty's Pub*; interminables partidas de póker que, a veces, fines de semana y alguna que otra velada entre diario, se prolongan hasta bien entrada la madrugada porque, para mover los hilos del poder, no necesitas solo un escenario cuidadosamente seleccionado para

confundir a los observadores casuales y al FBI. También necesitas tiempo.

Yo tengo vetada la entrada. Ash pretende mantenerme todo lo al margen posible de su mundo de secretos y sombras.

Como si algo así fuera viable. Estoy metida hasta el cuello; me he empapado yo solita con un bidón entero de gasolina y ahora no hago más que esperar y esperar el inevitable desenlace, la chispa que hará que todo mi mundo estalle en pedazos.

Mejor no pensarlo. Es deprimente.

Toco dos veces el claxon, bajo la ventanilla del copiloto para que me dé el aire y sorbo un poco de té helado mientras espero a que me haga caso.

Al final, después de dos pitadas adicionales, se da por aludido y sale por la puerta, con un cigarro colgándole entre los labios.

Cómo ha cambiado todo en tan poco tiempo. En un segundo, eres el rey del inframundo. Y, de pronto, todos demandan tu puñetera cabeza.

Observo la imponente figura que se aproxima con paso mesurado por la derecha y una sonrisa socarrona empuja hacia arriba las comisuras de mis labios.

Lo que más admiro de él es su temple, esa confianza en sí mismo tan bien cimentada que se refleja incluso en su forma de caminar.

La ropa que lleva no está a la altura, es sencilla, vaqueros de un azul pálido y una camiseta blanca de manga corta, pero, aun así, no hay forma de quitarle los ojos de encima a alguien que desprende una energía tan brutal que convierte en chispas el maldito aire que te rodea.

Un rápido intercambio de miradas y ya noto el cosquilleo eléctrico en el estómago, la excitación que me domina cada vez que lo tengo cerca. Me asfixio, joder, con tanto magnetismo. Esperaba acostumbrarme a él con el paso del tiempo, pero me parece que voy a peor con cada día que pasa.

—Alexandra. ¿Qué haces tú aquí?

—Sube —le pido, agachándome para mirarlo a través del hueco de la ventanilla del copiloto.

Arquea las cejas con expresión inquisitiva.

Se dispone a decirme algo, cuando la llegada de un coche negro le hace desviar la atención hacia el aparcamiento que hay al otro lado de la calle. Siempre mantiene la guardia alta. Mucha gente lo quiere muerto.

Después de asegurarse de que aquel tipo no supone un peligro para ninguno de los dos, apoya las muñecas en la ventanilla bajada y se inclina hacia adelante.

La cercanía me excita, pero no quiero dejarme dominar por el deseo otra vez.

—¿Qué tramas, gatita?

—Es una sorpresa.

Asiente con una sonrisa pícara. Sospecho que es consciente del efecto que causa en mí.

—¿Incluye sexo?

Entorno los párpados por debajo de las gafas de sol.

—Estás obsesionado. ¿Quieres subir de una vez?

Me sopesa, pensativo, a través de las volutas de humo que desprende su cigarrillo. Supongo que intenta adivinar mis intenciones, aunque los dos sabemos que me seguiría hasta los confines del mundo, y sin hacerme demasiadas preguntas.

—Tú ganas.

Como era de esperar, después de dar una lenta y prolongada calada, abre la puerta, se pone cómodo en el asiento y espera, con una sonrisa mal disimulada en las comisuras de la boca, a que le desvele mis planes. Algo que no tengo la menor intención de hacer.

—¿Y bien? ¿De qué va esto? ¿Adónde vamos?

—Creo que hay algo en el concepto *sorpresa* que no terminas de pillar.

Ríe entre dientes, sin percatarse de que acaba de abrirse la puerta del bar y Seven, con cara de cabreo, viene hacia nosotros a grandes zancadas.

—¿Qué haces? —lo increpa a través de la ventanilla bajada, en la que él acaba de apoyar el codo—. ¿Te vas?

Ash vuelve el rostro hacia el suyo con total parsimonia.

—*Sip.*

—¿Adónde?

—No lo sé. Dice que es una sorpresa.

—Ash, déjate de chorradas y vuelve ahí dentro. Tenemos cosas que hacer.

—No puedo. Hoy manda ella. Dale caña, bomboncito.

—¡Ash! —exclama Seven, perpleja, demandándome explicaciones a mí—. ¿Qué cojones…?

Me encojo de hombros como si el asunto no fuera conmigo, meto la primera marcha y, al cabo de unos segundos, el bar no es más que una sombra a lo lejos.

Como diría Ash: *a mamarla*.

Se termina el cigarro, lo apaga en el cenicero del coche y me observa intrigado. Si yo estoy cerca, no puede prestar atención a nada más. Soy su imán. Lástima que él sea el mío.

—¿Adónde vamos?

Conduzco con una mano sobre el volante para poder terminarme el té helado y solo le lanzo una miradita rápida por encima de las gafas, ya que hay bastante tráfico a estas horas y necesito mantenerme concentrada.

—Lo sabrás cuando lleguemos.

Se fija en las dos maletas que he tirado a los asientos traseros.

—¿Por qué llevamos tanto equipaje? ¿Cuándo vamos a volver?

—Lo sabrás cuando volvamos.

Su cara se abre en una sonrisa.

—Qué misterioso todo.

—¿A que fastidia? Ten. Sujétame esto un momento.

Le planto mi té helado en la mano para poder ajustar bien el espejo interior.

Lo veo encogerse de hombros con desdén, probarlo y hacer una mueca de desagrado.

—Podrías haberle echado un poco de whisky.

—¡Estoy conduciendo!

—¿Y?

Niego para mí y recupero mi vaso.

Después de acabarme la bebida, arrugo el cartón y lo lanzo a la parte trasera del coche, para diversión de Ash, que me observa con las cejas en alto.

—¿Qué estabais tramando tus amigos y tú? —pregunto después de incorporarme a la autopista—. ¿Era una de esas reuniones de la mafia?

—Ves demasiadas películas. Solo estábamos tomando café.

Sí, claro. *Café.*

—¿Y por qué se ha enfadado tanto Seven cuando le has dicho que te ibas?

—Seven es así. A la mínima se nos sulfura. Voy a poner la radio —me informa, para que me calle y deje de acribillarle a preguntas. Cuanto menos sepa, mejor, según él—. ¿Sabes que es la primera vez que vamos juntos en un coche y conduces tú?

—Lo sé. Ponte el cinturón. No quiero que me multen.

Se echa a reír, hace lo que le he pedido, y luego se cruza de brazos y se retrepa en el asiento.

El sol está en lo alto, parece que nos encaminemos hacia él. Es un viernes perfecto. Y estamos juntos. *Vivos.* ¿Qué más se puede pedir?

Observo pensativa el paisaje, que cambia según los suburbios de Cleveland se alejan por el retrovisor.

Tengo la sensación de que estamos yendo hacia algún lugar, no solo al misterioso sitio que Ash se muere por conocer, sino a otro punto clave de mi relación con él.

Dejo de concentrarme en el paisaje para dedicarle a mi apuesto *novio* toda la atención que puedo. (Se me hace raro referirme a él como mi novio, aunque supongo que lo es).

Estudio, con un nudo en el pecho, su perfecto perfil esculpido por la luz del día, la curva de su mandíbula, el dorado destello de la barba que le añade un atractivo adicional a su rostro…

El sol, artista concienzudo, está empeñado en destacar hoy las mejores características de su fisionomía.

—Cómo me gusta esta canción —dice de pronto, tan entusiasmado que sube el volumen de la radio para mi desesperación.

—Pues a mí, no.

Me mira como a un bicho raro.

—¿A quién no le gusta *Dancing Queen*?

—A mucha gente. Tu novia entre ellos.

La verdad es que odio esta canción. Despierta en mí rescoldos que me he esforzado mucho por sofocar. Es como un botón que lo activa todo.

¿Dónde estás, conejito? Te en-con-tra-reeeé.

Dios. ¿Por qué siguen ardiendo? El pasado es como un fuego insidioso. Si no lo ahogas, te acabará consumiendo por completo.

Con brusquedad, cambio de emisora para alejar de mí el eco persistente de esa voz empalagosa.

—Tócate los cojones —se materializa al rato la voz de Ash en mitad del recuerdo que intento reprimir—. ¿Has visto eso?

Parpadeo para volver con él, a esta realidad.

—¿El qué? —pregunto, con la mandíbula en tensión.

—¡El jinete! ¿No te has fijado en cómo ha saltado la valla? Lo acaba de hacer.

—No. Lo siento. Estaba… perdida en mis pensamientos.

Pone la mano encima de la mía y me percato de la arruga que se le acaba de formar entre las cejas.

—Eh. ¿Estás bien?

Fuerzo una sonrisa para tranquilizarle.

Desearía haberle conocido en otras circunstancias. Ojalá él no fuera uno de los señores de la Mafia. ¿Por qué no puede ser normal? ¿Por qué *nada* en mi vida puede ser nunca normal?

—Sí, solo estoy planificando la ruta.

—Si me dices adónde vamos, a lo mejor puedo ayudarte.

—Buen intento.

—Había que probar suerte.

Niego para mí, incapaz de no devolverle la sonrisa.

Los kilómetros se deslizan veloces bajo las ruedas del coche. Cada vez hay menos tráfico. Empiezo a relajarme.

Al cabo de unos cinco minutos de silencio, Ash se mueve en el asiento para coger el paquete de chicles que he soltado antes al lado de las llaves de casa. Lo abre y se lleva uno a los labios.

Me pregunta si quiero. Le digo que no.

Los chicles y, ahora también él, huelen a fresa.

Todos los momentos que paso a su lado son como instantáneas de un álbum de recuerdos que estamos creando.

El tiempo es limitado, y la diosa Fortuna no siempre estará de nuestro lado. Todo podría torcerse en un segundo.

Supongo que es lo que lo hace tan excitante. Bailamos en el filo de un cuchillo. La posibilidad de caer es tan real que no queda otra que vivir con intensidad el presente, crear recuerdo tras recuerdo porque algún día necesitaremos algo a lo que aferrarnos.

La gente como nosotros nunca acaba bien.

Sonrío con tristeza y lo observo ensimismada tras los lentes.

Me gusta que esté tan tranquilo hoy, tan relajado, tan diferente. No lleva ninguna máscara, ningún disfraz. Puede que lo que tenga al lado sea Ash al cien por cien, el auténtico.

Tararea por lo bajo la canción de Nirvana que suena en la radio y sus ojos divagan por el paisaje que se despliega al otro lado de la ventana.

Parece disfrutar mucho de los rayos de sol que le acarician la cara, como si llevara toda su vida en la oscuridad y por fin se encontrara con un poco de luz.

Su rostro se vuelve hacia el mío. Al darse cuenta de que lo estaba observando, me lanza un guiño seductor y todo su semblante se abre en una sonrisa que yo le devuelvo al instante.

Parecemos una pareja como cualquier otra. Jóvenes. Divertidos. Despreocupados. Locamente enamorados...

Algo semejante al dolor se me enrosca en el pecho sin que pueda frenarlo a tiempo. Se me seca la garganta y me percato de que mis manos están cada vez más tensas sobre el volante.

Ojalá fuéramos esa pareja, tan perfectos como parecemos desde fuera.

Ojalá las cosas fueran sencillas.

Ojalá él fuera siempre el hombre que es ahora.

Pero no, guarda demasiados secretos y tendré que desentrañarlos todos antes de que lleguemos a donde sea que estemos yendo.

Termina la canción de Nirvana y el locutor anuncia *Another Brick In The Wall*. Nos cuenta por encima la historia del grupo, detalles de su exitosa trayectoria.

Ash eleva el volumen para enterarse bien de lo que dice. Le gusta Pink Floyd.

Sonrío para mí al verlo tan interesado.

Espero hasta que arrancan los icónicos acordes y entonces le digo:

—Cuando era pequeña, mi profesora de lengua me pidió que hiciera una redacción sobre lo que quería ser de mayor y yo trascribí la letra de esta canción. *No necesitamos ninguna educación. No necesitamos ningún lavado cerebral. Ni ningún sarcasmo disimulado en el aula. Profesores, dejen a los niños en paz*[5].

Se echa a reír y me observa con expresión guasona. Su mirada se ha calentado por completo. Es un fuego que te devora.

—¿Y qué nota te pusieron, pequeño trasto?

—Puff. A ver si te lo imaginas.

—Tan mal, ¿eh?

—Además, estuve castigada durante dos semanas por mala conducta.

—Y yo que creía que tú siempre habías sido ejemplar…

—Solo eran apariencias. En realidad, fui un *enfant terrible*.

Mueve la cabeza, divertido.

—No tenía ni idea de que te gustara Pink Floyd.

—¿Bromeas? —Le lanzo una miradita rápida, por encima de las gafas—. *Me encanta* Pink Floyd.

—A mí también. Es el mejor grupo de la historia.

—Hmm. ¿Y qué me dices de Queen?

Arquea las cejas, pensativo.

—¿Queen? Bueno, Queen es la hostia. Evidentemente.

Una sonrisa lenta mueve la comisura de mis labios hacia la derecha.

Parecemos la pareja perfecta.

Solo que no lo somos.

*****

He usado el antifaz para cubrirle los ojos y lo estoy llevando del brazo, descalzo, por una pasarela de madera.

Por el olor que flota en el aire, debe de intuir lo que estoy tramando.

Aun así, sonríe de oreja a oreja cuando sus pies descalzos rozan la arena caliente.

—Increíble —dice, con una fuerte carcajada—. ¿Me has traído a la playa?

Le quito el antifaz. Sus ojos, de un azul eléctrico hoy, bajan hacia los míos.

—Ta-chan.

Riéndose, me envuelve en un gran abrazo. A sus espaldas, el sol empieza a hundirse en el mar.

—Eres alucinante —me susurra al oído.

Me besa con ternura y luego se separa de mí y observa la mesa para dos colocada cerca de la orilla, todo muy elegante, con mantel blanco y una botella del mejor champán de la carta esperándonos en una cubitera helada.

Hay un chiringuito de madera a unos diez metros de la terraza. Dentro, un cocinero de mediana edad nos prepara una cena que huele de maravilla. No hay más mesas porque he reservado el bar solo para nosotros dos.

—¿Cómo has…?

—Cualquier cosa es posible si tienes wifi.

Su risa es agradable y relajada. Todo ha valido la pena solo para ver el brillo de emoción en sus ojos mientras contempla el océano. Es como un niño que ve el mar por primera vez. Creo que nunca le había amado tanto. Tampoco le había visto nunca tan tranquilo y feliz.

—¿Qué tal se siente la arena caliente bajo tus pies?

—¿Cómo sabías lo de la arena?

Me encojo de hombros.

—Me lo dijiste en nuestra primera cita.

Frunce el ceño, un evidente repaso de sus recuerdos de aquella noche.

—Sé que te corriste en mi boca y que me hiciste ver una película horrible de los años ochenta, pero no recuerdo ninguna conversación sobre la playa.

Pongo cara de exasperación y hago chocar el hombro contra el suyo.

—Ayyyy, ¡qué bruto! ¡Me refiero a nuestra primera cita de verdad! Me contaste que, si tu agenda te lo permitiera, te gustaría irte a la playa, sentarte en una silla de cara el océano y sentir la arena caliente bajo los pies. *Solo eso. Solo la puta arena,* dijiste. No lo sé, quería hacer esto por ti, regalártelo por tu cumpleaños.

Me coge de la mano para que deje de andar y me vuelve hacia él.

—Gracias. Es…

—¿Vas a llorar?

Se echa a reír. Le brillan mucho los ojos.

—No. Solo quería decirte que nadie ha hecho nunca algo así por mí en toda mi vida y yo… Joder, no sé ni cómo expresarlo. Me siento muy…

—¿Agradecido?

—Vivo.

Eso es bueno. Nunca olvidamos a las personas que nos hacen sentirnos vivos.

*****

Sorbe champán, contempla el océano, las lentas olas que van y vienen, y después centra la mirada en mí mientras el camarero retira de la mesa la fuente llena de cáscaras de ostra.

—Estás muy guapa con ese vestido —me dice, con voz rasposa.

Me encojo de hombros.

—No es más que un trapito.

—Entonces, no te importará que te lo arranque del cuerpo esta noche.

Le lanzo una mirada concentrada y seductora a través de los párpados.

—Si lo haces, tendrás que comprarme otro. No traigo mucha ropa.

—Menos mal que estamos en la playa. Puedes pasarte el día entero desnuda.

—Te encantaría, ¿a que sí?

—Ya lo creo —admite, con cara de pillo.

Poco a poco, la sonrisa se apaga en sus labios y de pronto está tan serio que empiezo a contener aliento.

—¿Eres feliz, Alexandra?

—¿Ahora? —repongo, sorprendida por su repentino aire grave.

El tiempo avanza muy despacio mientras nos evaluamos el uno al otro.

—Conmigo.

Me lo pienso unos segundos.

—A veces.

—*¿A veces?*

—Cuando estás. Cuando sales por la puerta, ya no. Siempre me pregunto adónde vas y si vas a volver de una sola pieza.

Deja caer los párpados y se muerde el labio inferior por dentro. Mi sinceridad lo ha dejado bastante mortificado.

—Lo siento —murmura al cabo de unos segundos, dirigiendo toda la intensidad azul de sus ojos hacia mi rostro—. Odio hacerte pasar por esto.

—Lo sé.

—Me gustaría decirte que la situación va a acabar pronto, pero lo cierto es que estamos estancados. Nadie hace nada. Es como la calma antes de la gran tormenta. Es evidente que se está fraguando una tormenta de cojones. Solo que aún no sé dónde va a estallar, ni cuándo, ni cómo frenarla y me estoy volviendo loco porque quiero poner fin a esta mierda y que recuperemos nuestra vida; quiero ser la persona que te prometí ser. Quiero dártelo todo, pero las cosas avanzan muy despacio y estoy hasta la polla ya.

Lo observo en silencio. Su camiseta blanca se agita con la brisa. Los tatuajes de sus antebrazos, sus dedos y sus manos me llaman la atención casi tanto como el primer día que los vi.

Ahora ya casi nunca se pone traje. Una pena. Estaba monísimo con su disfraz de empresario exitoso. Seguro que lo echa de menos.

Está harto de las cloacas. No están mal para un rato, como anécdota, pero él aspira a ser respetable.

—¿Por qué no buscas aliados?

—¿Aliados?

—Los enemigos de tus enemigos. En tiempos de guerra se forjan acuerdos.

Lo cavila, y una arruga le asoma en el entrecejo.

—Creo que me acabas de dar una idea. Cuando volvamos a casa, iremos a Scoville Avenue.

La afirmación me sorprende tanto que arqueo ambas cejas.

—*¿Iremos?* ¿Te refieres a que puedo acompañarte?

—Claro. Así te enseño mi barrio. Ya verás cuánta clase.

El camarero deja sobre la mesa un plato con seis bombones de chocolate de distintos sabores. Le doy las gracias con una sonrisa.

—Hmm. Qué buena pinta —dice Ash, agradeciéndole el detalle.

—Pruébalos. Los traen de una bombonería muy famosa aquí.

—¿Conocías este lugar?

—No. Pero tengo mucho tiempo libre y una fantástica conexión wifi. Y la gente es muy pesada con lo de dejar su huella digital en todas partes. Yo nunca opino sobre nada. Me gusta pasar desapercibida.

Suelta una risa rasposa que me recorre por dentro, coge un bombón de chocolate negro y se lo come con los ojos clavados en los míos.

—Hum. Es exquisito. Casi tanto como tú, bomboncito.

Me sonrojo un poco.

Mi reacción parece divertirle mucho.

Me guiña el ojo y yo sé que ahora me quiere más que hace media hora; el doble que ayer porque yo hago que se sienta vivo y completo y nadie, jamás, podrá competir contra eso.

*****

A través de la ventana abierta de par en par oigo el vaivén de las olas, pero no puedo concentrarme en ellas por más de tres o cuatro segundos. La lengua de Ash entra y sale de mi boca, lametazos

lánguidos y sexuales que me tienen vibrando por debajo de su sólida caja torácica.

Lo tengo dentro, y hoy no está por la labor de follar. Me está haciendo el amor. Sin prisas. Sin reservas. Con intensidad y el grado justo de desesperación como para volverte loca.

Cierro los ojos y dejo que me bese despacio, que me estimule con sus caricias, que se abra paso a través de mí. Su boca juega con la mía. Me provoca, se retira, vuelve a buscarme...

Absorbo el aire que respira.

Ash me absorbe a mí, su fragancia favorita en el mundo entero.

Hundo los dedos en su pelo y lo obligo a mirarme a los ojos mientras nuestros cuerpos se buscan febriles.

Se lo doy todo.

Y él a mí, también.

Y es perfecto, a pesar de la oscuridad y el desastre que nos acecha.

Capítulo 14

No te pido que me ames siempre así, pero te pido que recuerdes.
(Scott Fitzgerald)

Alexandra

—Buenos días, pequeña.

Abro los ojos y sonrío de oreja a oreja.

—Hmmm. Me encanta despertar así, con la brisa del mar acariciándonos.

Me estiro, satisfecha, bajo la sábana, me incorporo en la cama y echo un vistazo rápido al ventanal que da al océano. Y pensar que hay gente que vive así, que todos los días ve este paraíso desde su ventana...

—A mí me encanta despertar a tu lado —me dice Ash, que deposita un beso tierno de buenos días en mis labios y me entrega una taza de café recién hecho.

Está ya vestido, a diferencia de mí, que solo llevo bragas por debajo de la sábana que acabo de enrollarme alrededor del torso. No quiero que la gente que pasea por la orilla pueda verme en topless.

—¿Has ido de compras? —pregunto, sorprendida por su atuendo blanco de pantalones ligeros y camisa de lino, doblada por debajo de los codos. No recuerdo haber empaquetado eso.

—Sí. También te he comprado algo a ti. Y he alquilado una lancha. Saldremos a navegar en cuanto estés lista.

—Perdona, ¿has dicho *una lancha*?

Una expresión juguetona aparece en su apuesto rostro.

—Es lo que hace la gente en verano, cielo. Alquilan una lancha, buscan un sitio íntimo en alta mar y…

Sus cejas se elevan en un gesto travieso.

Reprimo una carcajada y lo observo divertida a través de las pestañas.

—¿Y…? —lo insto a acabar la frase.

—Usa tu imaginación, Alexandra.

Todo cambia con increíble rapidez. Su voz, ronca y grave, parece vibrar encima de mi piel. La expresión de su cara se ha vuelto tan intensa que siento un irracional deseo de tocarlo, lamerlo, hacerle perder todo el control.

Es culpa suya. Me mira como si deseara devorarme entera y todo mi cuerpo se altera, vuelve a la vida y demanda atención. Los pezones se me endurecen bajo la fina tela de la sábana blanca que me cubre.

Ash lo nota y sus ojos se vuelven salvajes, cargados de lujuria. Inclina la cabeza hacia un lado, extiende el brazo y pasea el pulgar alrededor de la rígida protuberancia, tan dedicado a lo que está haciendo que parece llevar a cabo una operación muy delicada. Ha aparecido una arruga de concentración entre sus cejas.

Siento tal oleada de calor entre las piernas que apretar los músculos internos no sirve de mucho. Solo me excita más.

Empiezo a respirar con rapidez y a humedecerme todavía más deprisa.

—¿Quieres mi polla? —me pregunta con voz ronca.

Su respiración se ha vuelto igual de agitada que la mía.

Estudio su atractivo rostro, la mandíbula prieta, marcada por una áspera barba incipiente, las abrasadoras pupilas, cargadas de excitación, y le respondo con un rápido asentimiento que lo hace contener una pequeña sonrisa.

Como si no tuviera la menor prisa, tira despacio de la sábana y descubre mis pechos. La imagen de los pezones erguidos contrae todavía más su rígida mandíbula.

Me toca un seno con los ojos clavados en ellos. Luego, el otro.

—¿Dónde? —murmura, con ese sonido grave en el que se ha convertido su voz.

Ya la tiene dura dentro de los pantalones y a través de la tela suave de su camisa puedo ver cómo se le agitan los regios músculos

del estómago al respirar.

—¿Dónde quieres metérmela? —repongo, antes de volver a concentrarme en su cara.

Sonríe, disfrutando como siempre del juego.

—En todas partes. ¿Estás mojada?

—Compruébalo tú mismo.

Separo las rodillas para hacerle saber lo mucho que lo quiero dentro, y también los labios para que me bese, pero él deja de sobarme el pecho y una sonrisa socarrona se forma en sus labios.

—Ahora no. Voy a traerte el vestido que te he comprado, para que puedas prepararte. Pensé que te gustaría algo especial para nuestro primer día en el mar.

Me desplomo en la cama con un gruñido.

—Estupendo. ¿Y puedo preguntar hasta cuándo voy a estar sexualmente frustrada?

Tiene la desfachatez de comprobar el reloj, el muy cabrón.

—Mínimo, hasta la hora de comer —me responde divertido, ya de camino hacia la puerta.

—*Calientabragas* —mascullo para mí.

Riéndose, sale de la habitación y regresa al cabo de unos segundos, con un bonito sobre de papel lila en la mano. Dentro, un vestido blanco, ligero y delicado, que me hace sonreír.

—Es muy bonito. Gracias.

—De nada. Avísame cuando estés lista para zarpar hacia la aventura. Perdona, tengo que hacer una llamada antes de irnos. Ahora vuelvo.

Típico. Pero no voy a dejar que nada me ponga de malhumor hoy. Hace un día estupendo. El mar y el cielo se funden en un azul sereno, y la suave brisa que se cuela en la habitación trae consigo el aroma de la sal marina y la arena caliente.

El océano está en calma, perfecto para surcarlo con una lancha veloz, y yo siento una mezcla de emoción y anticipación que me hace acabarme el café de unos cuantos tragos y meterme deprisa en la ducha.

Se me viene a la cabeza una canción de Nina Simone, y la tarareo animada mientras me enjabono todo el cuerpo.

Después de ducharme y ponerme el vestido que él ha elegido para mí, entro en el salón con una renovada sensación de entusiasmo y vitalidad.

Ash, al notar mi presencia, cuelga el teléfono y su semblante se ilumina en una sonrisa.

—Vaya.

—¿Te gusta? —hago unas piruetas y me doy cuenta de que de pronto está muy serio. Su expresión intensa abre un hueco en mi estómago. Dejo de girar y me quedo muy quieta, atrapada en su mirada.

—No puedo dejar de mirarte. ¿Dónde coño has estado tú toda mi vida?

—En el colegio.

Se echa a reír y niega a para sí.

—¿Me acabas de llamar vejestorio?

Me encojo de hombros con sonrisa traviesa.

—Unos cuantos años sí que me sacas…

Viene hacia mí, me acorrala contra la mesa y me restriega su polla empalmada por encima de la ropa mientras arrastra la nariz por la piel de mi cuello, absorbiéndome como si fuera su fragancia favorita.

—Solo por decir eso no voy a dejar que te corras hasta la hora de la cena —murmura al mismo tiempo que me provoca con la boca, abre los labios encima de los míos sin la menor intención de besarme y luego se queda quieto. Solo quiere que saboreemos la excitación de la espera; volverme loca.

—Mentiroso —jadeo, respirándolo yo también.

Con la punta de la lengua, trazo una línea vertical por la barrera de sus labios para que me abra paso. Una especie de gruñido hambriento brota de lo más profundo de su garganta.

Hunde los dedos en mi pelo, levanta mi cara hacia la suya y toma por fin lo que le ofrezco, se abre paso hacia el interior de mi boca de esa forma ansiosa, agresiva y necesitada que me hace desintegrarme entre sus manos.

Bajo los párpados para aislarme de cualquier cosa que no sea esto y me vuelco por completo en nuestro beso, tan primitivo,

famélico y carnal que en cuestión de segundos estoy totalmente perdida en él.

Esta oscuridad es adictiva.

*****

Tengo la cabeza apoyada contra los músculos de su estómago y los ojos clavados en el cielo. Las olas acarician perezosas la embarcación. La brisa marina es cálida y salada. Prácticamente, noto la vitamina D en mis poros.

La camisa blanca de Ash cuelga desabrochada a ambos lados de sus costados. Yo llevo puesto el bañador, pero él no ha querido cambiarse.

—Qué paz —murmuro, después de haberme mantenido en silencio durante muchísimo tiempo. El sonido del mar es demasiado increíble como para querer interrumpirlo.

—Hmm. Me quedaría así para siempre.

Mueve la mano para acariciarme distraído la cabeza y una oleada de calidez me inunda el pecho. Estos momentos de ternura me descolocan a veces. Echan por los suelos todas mis teorías sobre él.

—No quiero volver a casa.

Por cómo se agita la pared de músculos contra la que estoy apoyada, deduzco que se está riendo.

—¿Te gustaría vivir en un sitio así?

—Ya lo creo.

—¿Para hacer el qué?

—Navegar, nadar, pasear por la playa…

—¿Follar? —me sugiere con voz gutural.

Me descubro sonriendo.

—Si te empeñas…

—Me empeño —murmura mientras engancha un dedo en la parte inferior de mi bañador y la aparta para acariciarme.

Me muevo para tenerle de frente y él se quita las gafas de sol y usa la mano que le queda libre para sujetarme la nuca y acercar mi boca a la suya. Veo el deseo que inunda sus ojos y solo quiero sumergirme en él.

Decido tocarlo, masajearlo a través de los pantalones hasta sentirlo palpitar entre mis dedos.

Y él decide deslizar la lengua entre mis labios y besarme.

—¿Vamos a llegar hasta el final o solo vas a jugar conmigo como antes? —pregunto después de que el beso se haya calmado lametón a lametón.

Su sonrisa sexy va directa a mi corazón.

—En realidad, estaba pensando en nadar un poco.

Desvío la mirada hacia el profundo mar que nos rodea y me estremezco por dentro. Aquí nunca tocaría el fondo. Estamos en mitad de la nada. Nos hemos alejado un montón de la costa.

—No soy tan buena nadadora como para enfrentarme a las corrientes del océano. Esto es muy profundo. A mí me van más las piscinas.

Un destello de ternura cruza la superficie azul de sus iris.

—¿Confías en mí?

Lo observo largo rato. No sé qué es lo que veo en sus ojos, pero la respuesta nace de forma natural en mis labios.

—Sí.

Pero ¿debería? ¿Puedo confiar en él? ¿Es sensato hacerlo?

Me instinto me dice que sí y, una vez más, elijo hacerle caso. Por mi propio bien, espero no equivocarme.

Ash se quita la ropa y se coloca en el borde de la lancha. Paseo la mirada por su musculoso cuerpo tatuado, observo el perfecto salto que hace y sonrío al ver la facilidad con la que regresa a la superficie.

El agua se le escurre por todo el rostro. Se frota los párpados con los puños y se echa el pelo hacia atrás con los dedos. Los ojos que me observan desde abajo brillan cargados de entusiasmo. Y su sonrisa es… Increíble, supongo.

Nunca le había visto tan feliz, tan normal. Realmente le hacían falta unas vacaciones.

Me quedo atrapada por los destellos que el sol esparce sobre su piel mojada. Desearía mirar más y más la luz que por fin he encontrado en él. Puede que esto funcione, después de todo.

—Venga, bomboncito. Cierra los ojos y déjate llevar.

Dudo en el borde de la lancha, pero extiende los brazos hacia mí y la confianza que trasmite su mirada me hace desprenderme de la incertidumbre y sumergirme en el abismo.

Primero siento el impacto gélido del agua y cómo oscila el océano a mi alrededor. Después, la seguridad de su abrazo y la certeza de que nunca dejaría que me pasara nada malo.

—¿Qué tal? —me pregunta con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Está helada!

Ríe suavemente y me acurruca contra su pecho, mis piernas apretando sus caderas y sus manos sujetándome el trasero con firmeza.

—Yo te caliento, pequeña. No te preocupes.

Lo peor de todo es que no estoy preocupada. Ni una pizca. Soy una inconsciente.

*****

Hemos vuelto a cenar en el chiringuito de la playa y ahora, con el rumor de las olas como música de fondo, paseamos cogidos de la mano por la orilla.

El mar acaricia tímido nuestros tobillos desnudos. En la lejanía, las luces tenues de la terraza en la que hemos pasado la última hora pintan destellos de calidez en la oscuridad.

Ash está raro de narices. Se ha mantenido callado durante casi toda la cena. Está claro que hay algo rondándole la cabeza.

—Deberías saber que me estoy planteando dejarlo —me dice de pronto.

Recorro ansiosa su mirada, buscando respuestas en la tormenta que parece agitarse en su interior. Las luces del paseo marítimo arrojan suficiente claridad sobre la playa como para vislumbrar su expresión tensa y el músculo que le palpita en la mandíbula.

—Dejar ¿el qué?

Respira hondo, desvía la mirada hacia el horizonte y murmura:

—Todo…

—¿Te refieres a la…?

—A la vida que llevo, sí —confiesa, concentrado en la vasta superficie oscura que se extiende delante de nosotros, quizá para ocultarme lo mortificado que se siente.

La brisa marina se intensifica tanto que tengo que sujetarme el pelo con una mano para seguir mirándolo. Mi corazón late con cada vez más fuerza conforme asimilo sus palabras.

—¿Y qué hay del ataúd y la corona? Dijiste que no podías dejarlo.

Deja de estudiar la inmensidad del mar y sus ojos conectan con los míos a través de la penumbra.

—Y no puedo. Ese es el problema. Pero tampoco puedo seguir así. Estoy harto de todos los esfuerzos que tengo que hacer para mantener este equilibrio tan precario.

Mis dedos se aferran con fuerza a los suyos.

—Y entonces ¿qué? ¿Cuál es tu plan? ¿Dejarlo y enfrentarte a las consecuencias?

—No lo sé. No tengo un plan todavía. Lo único claro es que quiero mandarlo todo a la mierda.

—¿Para hacer el qué?

Sus rasgos se suavizan.

—Estar contigo —murmura con timbre rasposo mientras me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y me acaricia la mejilla con el pulgar.

—¿Lo dejarías todo por mí?

Me coge por la nuca y acerca mi rostro al suyo hasta que nuestras respiraciones se fusionan en un abrazo y nuestras frentes se apoyan la una en la otra.

—Quiero construir algo auténtico contigo, Alexandra, algo que no esté marcado por el peso de la vida que llevo. No más secretos, ni más silencios, ni más noches en vela, preguntándote si voy a volver a casa de una pieza o no. Me revienta que te sientas así por mi culpa.

Apoyo un dedo contra su labio inferior y analizo la mirada llena de ternura que él mantiene encajada en la mía. Nunca había visto un trozo de hielo derretirse tan deprisa. La conexión entre nosotros es eléctrica, como si el simple hecho de tocarnos desatara una corriente de emociones que ya no hay forma de contener.

—Ash, ¿estás seguro de que eso es lo que quieres hacer?

—Escúchame, cielo. Nunca he estado tan seguro de algo en toda mi puñetera vida. Pero no es un buen momento para dejarlo y no sé cuándo lo será.

Mi dedo se retira de inmediato de sus labios. Mi mirada se tiñe de sombras. Retrocedo para catalogar su expresión facial y no me gusta nada lo que encuentro en ella.

—Entonces, ¿para qué me lo cuentas?

Su mano, tensa en mi nuca, acerca de nuevo mi cara a la suya.

—Quería que lo supieras. Vamos. Hay que regresar. Huele a tormenta.

Nada más decirlo, el rugido distante del mar es acallado por el retumbar del cielo encolerizado.

Levanto la mirada justo a tiempo de captar una imagen rápida del rayo que acaba de estallar por encima de nosotros.

Nuestro amor es tan impredecible como el tiempo. Esta tarde lucía un sol perfecto. Ahora, mar y tierra se entrelazan en una danza caótica, probablemente peligrosa para ambos.

*****

El cielo acaba desatando toda su furia sobre nosotros. La lluvia comienza a caer en un fuerte chaparrón antes de que nos haya dado tiempo de ponernos a salvo en el piso que alquilé en *Airbnb*.

Estamos alojados en primera línea de playa, pero, aun así, nos hemos empapado.

Ash, sin encender ninguna luz de la casa, me quita de inmediato la ropa y la amontona en el suelo del salón. Lo hace todo de forma mecánica, sin prestar atención a los detalles. Solo pretende que no coja una cistitis.

Se aparta para deshacerse de su propia ropa, pero después de desabrocharse la camisa parece replanteárselo, ya que regresa junto a mí, me coge la cabeza entre las manos y me obliga a mirarlo.

—Oye. ¿Estamos bien?

¿Qué puedo decir? La verdad es que en ningún momento esperé que lo dejara todo por mí. Sé que no lo hará (nunca será un buen momento para dejar de planear asesinatos), aunque el hecho de que

se lo esté planteando es esperanzador. No es un psicópata, solo un tío pragmático.

—Prometí estar contigo hasta el final, ¿no?

—¿Y vas a cumplirlo?

—Sí.

Una expresión de puro alivio reemplaza la rigidez de su rostro y enciende un brillo muy oscuro detrás de sus pupilas.

—Hueles increíble —susurra contra mi boca.

—Tú también. Hueles a tormenta y a peligro.

Pasea la mirada por todo mi semblante, sonriendo de lado.

No sé lo que estará viendo, pero de pronto sus labios, mojados por la lluvia, buscan los míos con un frenesí ciego y desesperado.

Suelto un gemido, que él aprovecha para meterme la lengua dentro y reclamarme de una forma tan devastadora que no puedo resistirme.

Mi mente se nubla. Mis pensamientos pierden toda la coherencia. Me aferro con las dos manos al cuello de su camisa y él me levanta sin ningún esfuerzo por las caderas, me hace rodearle la cintura entre las piernas y el beso se carga de una electricidad tan narcótica que la habitación entera se enturbia a nuestro alrededor.

La lluvia golpea las ventanas con una cadencia melódica, un repiqueteo constante que crea un telón de fondo realmente hipnótico. Ash me sienta sobre el escritorio y se encaja a sí mismo entre mis piernas. Su mano se arrastra por mi muslo, despacio. Nuestras lenguas follan con ganas. Oigo un gemido, mío o suyo, no lo sé. Esta pasión te absorbe tanto que la realidad ya no tiene importancia.

Aprieto su cuerpo cálido y poderoso entre las piernas, recorro con los dedos su pelo mojado y me pierdo en él por completo.

Hoy no haremos el amor. Me devora con unas ganas demasiado brutales.

Esta noche va a poseerme entera.

Y lo recordará para siempre.

Incluso cuando ya no me ame...

Capítulo 15

Todo lo que no te mata te hace… más extraño.
(El caballero oscuro)

Ash

El viaje de vuelta se desarrolla en un silencio que habla por sí solo. Los dos nos mantenemos hoscos y poco comunicativos, no sé si es la depresión postvacacional o el recuerdo de la conversación de anoche, que empieza a hacer mella en nosotros con algo de retardo.

Me empeño en conducir yo. Mejor que sea rápido. Acortemos el sufrimiento como hice con mi caballo *Magnus* cuando se rompió la espalda y el veterinario dijo que no había esperanza. Una bala y a tomar por culo.

A estas alturas, ya nadie disfruta del viaje. Regresar no es lo mismo que partir. Hemos dejado de enfrentamos a la emoción de lo desconocido para volvernos de nuevo conscientes de la dura realidad que nos espera en casa.

Me toca la polla pensar en todas las cosas que tengo que hacer en cuanto regresemos a la ciudad. Los problemas no dejan de aflorar y, como siempre, tendré que solucionarlos de la manera más limpia posible porque mantener el orden en las calles es mi prioridad principal.

Mis socios se ponen nerviosos con el caos, y ahora mismo Cleveland se ha vuelto un poco caótica.

Este fin de semana, justo cuando yo no estaba, hemos tenido que cerrar el casino y dos de nuestros mejores clubs porque ciertos actos de vandalismo han dejado huellas importantes en las fachadas y en las inmediaciones. Hay que joderse.

Me enteré ayer, antes de la cena. Seven me estuvo llamando toda la tarde, pero me dejé el móvil en el piso y no le devolví la llamada hasta horas más tarde.

Por lo que me estuvo contando, en algunos círculos de los bajos fondos se empieza a poner en duda mi liderazgo. No es que me sorprenda demasiado. Sé que no estoy donde debo. Me he vuelto blando y los tiburones ya paladean la sangre. Por el bien de todos, *la situación* debe acabar.

Cuando le dije a Alexandra que pensaba dejarlo, iba en serio. Quiero hacerlo, pero me temo que la transición será larga y violenta. Se acabaron las estrategias. Han demostrado ser una absoluta pérdida de tiempo. Iré a por todas esta vez. Seré el hombre que soy, no el que aspiro a ser. No se me permite ser débil. Esta ciudad necesita ser gobernada con mano firme. Es la única manera de mantener el puto equilibrio.

A ella no va a gustarle. Todavía no conoce la versión fría, cruel y despiadada del hombre del que se ha enamorado. Para que conste, a mí tampoco me gusta esa versión de mí mismo. Pero es lo que hay. Cualquier muestra de debilidad por mi parte hará que los dos acabemos muertos y, evidentemente, no puedo permitirlo.

La observo de reojo mientras conduzco con una mano sobre el volante y la otra apoyada en la parte interna de su muslo.

Hace unos cien kilómetros se ha puesto los cascos. Para aislarse de mí, supongo.

Tiene la mirada perdida en el horizonte, no sé si porque le llama la atención los tonos del atardecer o para evitar mirarme. Sospecho que lo segundo, lo cual me cabrea.

—Falta poco para llegar, media hora o así —le digo cuando no aguanto más el frío silencio que hay entre nosotros. Tengo la voz ronca después de tanto tiempo sin dirigirnos la palabra. Me la aclaro por lo bajo antes de continuar—. ¿Quieres que pare en alguna gasolinera? ¿Necesitas ir al servicio, beber algo… o vamos directos a casa?

Niega con la cabeza. Parece cansada, apática.

—A casa.

—A casa, entonces —digo, apretándole el muslo para que sepa que la echo de menos.

Compruebo de nuevo su expresión, vacía y distante, y una arruga de preocupación surca mi rostro. No sé si estamos bien. No me ha

hecho ningún caso durante todo el viaje. Ni siquiera me ha mirado.

Empiezo a pensar que esto es algo más que depresión postvacacional. La siento más lejos de mí que nunca y eso, como siempre, me vuelve loco porque la necesito como jamás he necesitado a nadie.

—¿Qué escuchas?

Desconecta sus cascos inalámbricos y eleva el volumen del móvil.

Presto atención, pero no reconozco ni a la artista ni la canción.

—Suena bien. ¿Qué es?

—*Doin' Time.*

Ni puta idea.

—Dame más detalles.

—Lana del Rey.

Asiento para mí.

—Hum. No está mal. ¿Es esto lo que escucháis los jóvenes hoy en día?

Vuelve la cara hacia la mía y me sonríe, y siento que la tensión abandona poco a poco mi semblante, lo suficiente como para un gesto parecido a una sonrisa se insinúe en mis labios.

Es la primera vez que me sonríe en todo el día.

Levanto el brazo para acariciarle la mejilla con el pulgar y noto que mi mirada, al igual que algo en mi pecho, comienza a calentarse.

—Te quiero, pequeña —le susurro, dosificando mi atención entre su rostro y la carretera.

Se produce una pausa tan larga que mi expresión facial vuelve a endurecerse.

—Lo sé… —dice al final, retirando los ojos de los míos.

Vuelve a ponerse los cascos y yo gruño por lo bajo, asiento para mí y presiono con rabia el acelerador al ver que su mirada se ha vuelto de nuevo opaca, llena de desapego. Es como si estuviera perdida en algún rincón oscuro de su mente, totalmente convencida de que no existe ninguna posibilidad de encontrar la luz.

—Este coche es una puta mierda —mascullo entre dientes—. Se me está haciendo eterno el viaje.

Sé que no me escucha. Ha subido tanto el volumen del móvil que oigo a la puta Lana del Rey desde aquí.

Aprieto la mandíbula e intento calmarme. ¿De qué serviría otra pelea? Solo le añadiría gasolina al fuego.

*****

Suelto las dos maletas en mitad del salón y le digo que me marcho.

Frunce los labios y niega con tristeza.

—¿Tan pronto? Acabamos de llegar. ¿No estás cansado después del viaje?

Hay todo un abanico de emociones en su mirada, pero no me paro a catalogarlas porque, si lo hiciera, no sería capaz de irme y *tengo* que hacerlo.

—Estoy hasta la polla, pero los negocios no entienden de cansancio. Ha habido un problema y tengo que solucionarlo. En fin, una larga historia. Resumiéndola: el casino y dos de mis mejores clubs han dejado de estar operativos por cortesía colombiana. No me esperes despierta, ¿vale?

Estoy ya de camino a la puerta cuando cambio de opinión, vuelvo a su lado y, agachando la cabeza, la beso con suavidad en los labios.

—Lo siento —susurro al retroceder.

Se toma los codos con las manos y asiente. De repente, me parece vulnerable y muy joven. Odio mi puto trabajo. En serio. Lo detesto.

Agarro las llaves de la mesa y me dispongo a salir. Intento que el arrepentimiento que siento por volver a dejarla sola toda la noche no se me note en la cara.

—Ash.

Suelto el pomo y vuelvo la cabeza hacia atrás para mirarla.

Por algún motivo, el corazón me late deprisa por debajo de la camiseta.

Que todo tu mundo dependa tanto de una persona es una locura; que tenga el poder de cambiar el pulso en tus venas con una palabra, una mirada, un silencio, hace que te preguntes hasta dónde estarías dispuesto a llegar por ella. Sospecho que la respuesta no va a gustarme.

—¿Qué?

Se encoge de hombros, como si estuviera rindiéndose ante alguna cosa.

—Yo también te quiero.

Me la quedo mirando un buen rato y poco a poco mi boca ensancha en una pequeña sonrisa.

—Lo sé.

Le lanzo un guiño y luego la puerta del piso se cierra a mis espaldas.

*****

Me fumo un cigarro de camino al bar. Necesito despejarme, pensar.

Entro sin habérmelo terminado todavía, saludo a todo el mundo con un gesto huraño y me siento en la única silla que queda libre.

—Los albañiles están en ello —me tranquiliza Serpiente. Todos se han fijado en la mala cara que traigo y han comprendido que no estoy de humor para gilipolleces.

—Bien. ¿Qué más?

—Tenemos la ruta, pero no va a ser fácil. Han reforzado mucho la seguridad después de nuestro último ataque.

Me vuelvo hacia Julian con los párpados entornados.

—Solo un gilipollas pensaría que esto va a ser fácil. Será difícil, pero no imposible.

—Yo solo decía que…

—Pásamela —lo interrumpo con aspereza—. Y no te preocupes por la seguridad. Nosotros también reforzaremos la nuestra.

—¿Qué estás tramando? —Seven estudia mi expresión impasible con párpados encogidos de sospecha.

—Mañana iré a Scoville Avenue —le respondo después de echarme una copa.

—¡¿A Scoville Avenue?! —Mickey arruga mucho el ceño, como si esa ratonera en la que nos criamos fuera el único sitio del mundo al que nadie debería volver nunca—. ¿Para qué?

Levanto con calma el vaso de whisky y tomo un trago, antes de responder con serena indiferencia:

—A hablar con Tiger. Me parece que aún no le he dado la enhorabuena por su ascenso, y no quiero ser descortés.

Tiger es el hijo pequeño (y el único que sigue vivo) de Jude, mi primer jefe, y ahora está al cargo de la organización de su padre. Los de Scoville Avenue se mueven exclusivamente en el mundo de la droga. Para ellos es el único negocio válido. Yo me desatendí del tema en cuanto pude vivir de otras fuentes, pero, a tiempos difíciles, medidas drásticas.

—¿Qué te traes entre manos con los negros?

—*Los negros*, Julian —subrayo, exasperado—, son los reyes de la droga. Y resulta que nosotros tenemos droga. *Camiones enteros llenos* de droga, la nieve más pura que sale de la puta selva colombiana. ¿Ves por dónde voy?

Julian deja escapar el aire de su boca con un ruido de protesta.

—Así que vas a aliarte con los negros del barrio.

—En tiempos de guerra se forjan acuerdos curiosos —le respondo al Holandés con una sonrisa enigmática.

—¿Y qué hay de los otros? —cambia de asunto el Chino—. Algunos empiezan a dudar de que seas capaz de solucionar esto. No nos conviene que nuestros aliados se pongan nerviosos.

—¿Aliados? —repongo con calma, un sentimiento que no se refleja en la mirada helada que clavo en su rostro—. Si algo he aprendido en las calles es que, en cuanto se empieza a dudar, uno ya no es un aliado. Es un traidor que hay que eliminar de inmediato. ¿Quiénes, exactamente, empiezan a ponerse nerviosos? Quiero nombres y apellidos. La Bratvá no creo que sea un problema.

—No, los rusos están tranquilitos —reconoce Julian, que está apoyado con aire impasible contra el respaldo de su silla y me observa a través del asqueroso humo de su porro. Odio los putos porros, y más si son de hierba barata como la que le gusta a Julian —. Andrei confía en ti.

—Entonces, ¿dónde está el problema? Los italianos no pintan nada en esta ciudad desde que el FBI los aplastó en los noventa y en los dos mil. No creo que se atrevan a cuestionarme.

—No lo hacen. Necesitan tu protección. Apenas tienen personal desplegado en las calles. No pueden defender sus negocios, por eso

se han arrodillado ante ti. Los que me preocupan son los clanes del este. Creen que te has vuelto un burgués, y ellos sí que tienen los recursos y los cojones suficientes como para plantarte cara.

Me acomodo en mi asiento, estiro las piernas y miro a mi segundo a la cara.

—Pues conciértame una reunión con Vasil. Le explicaremos cómo hacemos las cosas en América.

—¿Y qué hay de los chinos? A la Tríada no le gustas y lo sabes. Es la única organización que se ha negado a firmar el acuerdo de paz.

Me vuelvo hacia Seven, que hoy está sorprendentemente callada y tranquila, solo habla de vez en cuanto y solo para hacer aportaciones inteligentes. Me preocupa.

—Ni a mí me gusta la puta Triada y te prometo que acabaremos con su filial de Cleveland en cuanto sea posible. El alcalde está intranquilo con tanta fábrica clandestina y tanta chica asiática obligada a prostituirse. Me pidió que limpiara los polígonos, y es lo que pienso hacer.

—Tus planes son ambiciosos, tío. Como siempre.

Hace medio minuto que me he acabado el cigarro, así que abro con tranquilidad la cajetilla, me enciendo otro con el fósforo de una cerilla y absorbo humo en los pulmones, reteniéndolo unos segundos, antes de soltarlo hacia el techo. Parezco John, que siempre empalmaba un cigarrillo con el otro. Así murió de un cáncer de pulmón…

—¿Dónde está el límite? —respondo, con lentitud y firmeza—. Mira hacia arriba, Julian. Mira lo lejos que queda el puto cielo. ¿Te parece que hemos llegado hasta ahí?

Dejo de ensartarlo con la mirada y le hago un gesto a Trixie para que nos traiga otra botella de whisky. Como le dije a Alexandra, voy a llegar tarde hoy.

—Te noto distinto —comenta Seven después de haberme sopesado en silencio por algo más de medio minuto.

—¿En qué sentido?

—Pareces tú mismo. El viejo tú.

Sonrío para mí.

—Hace falta un monstruo para acabar con los monstruos, ¿no? Pues aquí lo tenéis. ¡Trixie! —llamo a la camarera otra vez—. Tráeme las cartas, por favor. Juguemos un poco al póker, para que parezca que hacemos algo aquí más aparte de orquestar asesinatos.

—¿Qué vas a hacer con Vasil? —me pregunta Julian mientras yo lleno las copas de todo el mundo.

Suelto la botella de Macallan sobre la mesa y lo ensarto con la mirada.

—Ya te lo he dicho. Le enseñaremos a ese capullo cómo hacemos las cosas en América. Y, con suerte, el próximo *Vasil* lo recordará y será fiel a los juramentos que haga porque, si hay algo que odio, es a la gente que no le es leal a su propia palabra. No se puede confiar en un hombre así.

Nos callamos todos cuando Trixie se planta a mi lado y me alarga la baraja que le he pedido.

—¿Necesitas algo más? —me dice, con sus grandes ojos marrones encajados en los míos.

Veo de reojo a los capullos de mis amigos intercambiar miraditas, a punto de descojonarse.

—No. Solo las cartas. Gracias.

Se retira con una leve inclinación de cabeza y entonces todos estallan en carcajadas.

—*¿Necesitas algo más?* —se burla Julian, parpadeando como una damisela.

Le tiro la baraja a la cara.

—Reparte, gilipollas. Y ya vale de bromitas. Como Alexandra se entere de esto, me la va a liar.

—Joder con la niñata. Para ser el tío más chungo de la ciudad, te tiene cogido por las pelotas.

Le pongo mala cara a Seven.

—No empieces con tus gilipolleces. Trixie, ¿puedes poner algo de música? —grito para que la chiquilla me escuche desde la barra—. A ver si encuentras una canción de Lana del Rey. Se llama *Doin´ Time*. ¿Qué? —pregunto al ver las muecas que cosecho—. Esa chica tiene buen sonido.

Trixie encuentra la canción. Doy golpecitos en la mesa con el pulgar, estudio mis cartas y procuro no pensar en que, de una forma u otra, siempre me las arreglo para que ella esté presente.

Porque es la única luz que hay en este puto abismo en el que estoy atrapado.

Capítulo 16

Todos llevamos una máscara. Solo debes averiguar cuál llevas puesta.
(Christopher Nolan)

Alexandra

Mientras camino por la acera, con mi mano dentro del bolsillo de Ash y nuestros dedos entrelazados, observo con cierta preocupación la maraña de nubes grises e hinchadas que cubren el horizonte.

—Me parece que vamos a tener una tarde tormentosa, ¿no crees?

Sus ojos escudriñan el cielo. Lo veo asentir.

—Tiene toda la pinta.

Sin duda. Algo eléctrico agita el aire y, con él, las hojas de los pocos árboles, escuálidos, que hay en las aceras, a ambos lados de la calzada marcada por baches, que ya anticipa lo que vas a encontrarte una vez te adentres en Scoville Avenue.

Ash, con su distinguido traje de tres piezas de un azul tan oscuro que bajo el cielo encapotado podría pasar por negro, no encaja nada en este lugar. Su ropa cara, su reloj, su forma de caminar; sencillamente, él no pertenece a esto.

Sin embargo, nació aquí. Estas calles lo vieron convertirse en el hombre poderoso que es ahora.

Hoy me ha traído por fin a su barrio, el auténtico, y es un lugar todavía más deprimente de lo que me esperaba.

Que conste que mis expectativas eran bajas.

Aun así, el aspecto ruinoso de las fachadas y de los mugrientos comercios locales consigue impresionarme. A lo mejor es cosa de la tormenta. Esta luz azulada hace que todo parezca sucio y deprimente.

—¡Jimmy el Tuerto! —saluda al primer ciudadano que encontramos por el camino—. ¿Cómo coño te las arreglas para

seguir vivo, chaval?

La pregunta no carece de sentido. Jimmy es un borracho decrepito que yace tirado al lado de lo que parece la fachada de una vieja carnicería, *Morgan's*. El sitio debe de llevar medio siglo cerrado.

—¿Quién anda ahí?

—¿Es que ahora eres Jimmy el Ciego? Que soy yo, coño. Ash.

—¿Ash? —La sonrisa carente de dentadura que nos dedica el anciano es encantadora y galante—. ¿Eres tú? Chico, cuánto tiempo sin verte. ¿No tendrás algo para mí?

—Que sí, hombre, que sí. Toma. —Se saca del bolsillo un buen fajo de billetes y se los entrega—. Pero no te lo gastes todo en bebida. Come algo, ¿eh? Que estás muy flaco.

Así es Ash, derrocha carisma con los congresistas y también con los vagabundos que se acaban de hacer pis encima. Él no cree en *esa chorrada* de las clases sociales. Puede ser amable con todo el mundo, algo que me gusta mucho de él. Sabe cómo meterse a la gente en el bolsillo, y lo hace todo el rato. Por eso le siguen. Con él, te sientes especial, como si formaras parte de un círculo muy exclusivo.

—Gracias, Ash. Tú sí que eres un tío cojonudo. No como estos malnacidos de hoy en día, que ni los buenos días te dan ya.

—Y que lo digas. Menuda generación de tarados. Bueno, que te vaya bien, Jimmy.

Se despide del anciano con un gesto del mentón y, tensando los dedos sobre los míos, me conduce calle abajo hacia lo que parece un bar.

Este sitio es un gueto. Cada rincón del barrio rezuma pobreza y dejadez. Salir de un lugar así es prácticamente imposible. Sigo sin saber cómo lo consiguió y, lo que es aún más insólito, cómo fue capaz de llegar hasta las más altas esferas de la ciudad; convertirse en alguien respetado en el mundo empresarial y temido en los bajos fondos.

Hay muy poca gente como él. Supongo que por eso me fascina tanto. Es el cubo de Rubik más complejo que he tenido que resolver nunca.

—Esta era mi casa. —Me señala una construcción ruinosa, con un jardín enano lleno de maleza seca, delante del cual nos detenemos unos segundos.

El viento gime entre los escombros. El techo se ha hundido por completo. Vaya. No sé ni qué decir.

—No hace falta que digas nada, señorita Alexandra —se burla, como si me hubiera leído los pensamientos—. Sé que esto te impresiona. Nunca habías estado en las cloacas, ¿a que no?

Me yergo un poco para parecer más alta.

—No está tan mal. Hay sitios peores.

Se echa a reír con ganas.

—Siempre tan políticamente correcta, cielo. Me gusta eso de ti.

—El resto de casas tienen mal aspecto —comento, después de escudriñar la calle de arriba abajo—. Pero esta está devastada. ¿Ya no tiene dueño?

—Claro que sí. Soy yo. La compré hace años.

Su afirmación me hace separar los labios con incredulidad.

—¿Lo dices en serio? ¿Compraste esta casa?

—Sí. Ya lo creo que lo hice.

Estudio su rostro, su mandíbula tensa, la expresión de acero que reflejan sus rasgos compactos, y sacudo la cabeza con aire confundido.

—¿Por qué?

—Porque me produce una satisfacción insana pasar por aquí y ver cómo todo mi pasado se hunde bajo el peso de estos escombros. Ven. Entremos en el bar, a ver si Tiger anda por ahí.

Es la primera vez que me permite asistir a una de sus reuniones de *trabajo.* Es una enorme muestra de confianza que, por supuesto, pienso aprovechar. Ni siquiera notará que estoy presente. Me entusiasma tanto la oportunidad de poder observarlo en su papel de jefe de una sanguinaria organización criminal que no quiero fastidiar las cosas y conseguir que me mande de vuelta al coche.

Hoy hemos venido en coche porque Ash se ha empeñado en ponernos elegantes. Él siempre viste bien para las reuniones. Las apariencias son importantes. No basta con ser el rey. Hay que parecerlo.

Entramos en el bar de la esquina, un lugar oscuro y lleno de humo, donde un grupo de cuatro hombres afroamericanos, altos y corpulentos, juegan al billar y toman cerveza.

—Caballeros —saluda con una leve inclinación de cabeza—. ¿Alguno de vosotros sabe dónde puedo encontrar a Tiger?

Uno de ellos se nos queda mirando, mosqueado por la interrupción, y noto cómo le cambia la expresión al reconocer a Ash.

—¡Pero si es el puto rey de los malotes, tío! ¿Cómo tú por aquí, don súper empresario? ¿Ya no te dejan entrar en *Forbes*?

Ash le pone mala cara.

—No digas gilipolleces, negro. *Forbes* es una revista, no un club privado. No me hagas perder el tiempo con tus chorradas, anda. ¿Sabes o no dónde está Tiger?

El tío se nos acerca con actitud desafiante, aunque no es suficiente como para impresionar a Ash, que se mantiene impasible a mi lado.

Cada paso que da el hombre, cómo se apoya en su taco de billar, se inclina hacia nosotros y estudia descaradamente mi rostro y después el suyo es una declaración de intenciones, pero su conducta provocativa no afecta lo más mínimo a mi acompañante. Mantiene su temple de siempre, la expresión acerada y los ojos clavados en los de su adversario. Le encanta mirar a la gente de frente.

—¿Y qué quieres tú de Tiger, blancucho?

—Lo que yo quiera o deje de querer no es asunto tuyo, *hermano*. Deja de tocarme la polla. ¿Tienes la información que necesito o no?

Me quedo de piedra, porque yo conozco una versión totalmente diferente de Ash. Otro lenguaje, otro comportamiento. ¿Cuántas personalidades tiene y cuál es la más peligrosa de todas?

Su interlocutor, a diferencia de mí, no parece tan impresionado. Para mi enorme desconcierto, se echa a reír y le propina a Ash una palmadita en el hombro.

—Siempre igual, el hijo-puta —me dice con una sonrisa guasona —. Negocios, negocios, negocios. Este no sabe vivir. Tiger ya no para por aquí, tío. Estará en el bar de Cristal. Pasa todas las tardes ahí, con los suyos. Ya no somos tan amigos como antes. Es el nuevo tú del barrio, así que ha dejado de juntarse con la chusma.

—¿Cristal? ¿La madre de Aiden?

—La gran Cristal King, ¿quién sino? Su hijo, otro Don Importante —me explica a mí, antes de volver a dirigirse a Ash—, le compró el bar en el que trabajaba, ya sabes, el antiguo puticlub de Brown, y ahora doña Cristal se cree gran cosa porque tiene su propio negocio. Se ha rehabilitado y todo. Ya ni siquiera se mete heroína.

—Fascinante. Bueno, gracias por la información. Nos vemos.

Me vuelve a coger de la mano y echamos a andar hacia la puerta.

—Oye, blancucho.

La voz del tío lo hace detenerse y dar media vuelta para encararlo.

—¿Qué?

—Que estés aquí significa que vamos a tener lío en el barrio, ¿no?

—¿Qué tal Sheila? Me han dicho que os habéis casado recientemente, después de vivir toda una vida en pecado. Dile que le mando saludos.

—Que te follen. Saludos tuyos le iba a dar yo.

Ash ríe entre dientes y vuelve a reanudar la marcha. Sin embargo, se detiene justo antes de que crucemos la puerta, como si se lo hubiera replanteado.

—¿Leroy? —dice, sin volverse—. La respuesta a tu pregunta es afirmativa. Se va a liar una de cojones en el barrio.

—Como siempre que vienes de visita, tío.

Salimos a la calle, donde él se enciende un cigarrillo y yo lo observo con ojos expectantes.

—Mi mundo es así, cielo. En realidad, somos amigos. Bueno, amigos no, pero no le pegaría un tiro. A no ser que me toque mucho las narices. Vamos. Encontremos a Tiger. No tengo todo el día, y este habla más de lo que respira. Hay que ver lo que le gusta la cháchara.

*****

Encontramos a Tiger donde dijo Leroy, en otro antro del barrio, todavía peor que el primero.

Parece alegrarle la visita de Ash. Nos invita a sentarnos en su reservado y le pide a la camarera, una rubia entrada en años, que

nos traiga algo de beber. Yo quiero una Coca Cola. Ash se pide un whisky.

—Pero no el matarratas que vendes a tus habituales, Cristal —especifica, cogiéndola por la muñeca para detenerla.

Ella hace una mueca.

—Ahora el niño bonito se nos ha vuelto pijo.

—Este siempre lo ha sido —le dice Tiger con una risotada.

Ash me ha explicado algunas cosas de camino. Sé que Tiger es hijo de Jude y que, desde la muerte de su hermano mayor (asesinado, cómo no, por una banda rival) domina el oscuro tablero del narcotráfico local. No es exactamente el delincuente que esperaba. Parece bastante simpático. Supongo que, cuando te tomas la molestia de conocerlos, descubres que solo son personas que, por un motivo u otro, hacen cosas malas y acabas congeniando con ellos.

—¿Y qué puedo hacer por ti? No me digas que es una visita de cortesía.

—¿Lo es alguna vez?

—Contigo, desde luego que no.

Sonriendo de lado, Ash abre su cajetilla y le ofrece un cigarrillo que él no rechaza. También le ofrece fuego, y después de que los dos hayan inhalado la primera calada, le dice:

—Puedo conseguirte mucha coca. De la buena.

Permanezco rígida en mi asiento, fascinada por la conversación y por la sordidez del mundo que nos rodea; su mundo.

—¿Dónde está el truco?

Ash apoya la mano en la parte interna de mi muslo y clava su aguda mirada en la de su interlocutor.

—No es mía. Hay que robarla. Un trabajo para profesionales.

Se interrumpe y espera a que Cristal disponga las bebidas sobre la mesa, antes de continuar con la conversación.

—Viene en camiones custodiados por miembros del cártel y resulta que yo sé la ruta que van a seguir, pero no puedo hacerlo solo porque mis hombres están en varios asuntos a la vez y tengo poco personal disponible en las calles ahora mismo. Te necesito,

Tiger. Toma. Una muestra de lo que es la mercancía, para que te hagas una idea.

Planta sobre la mesa un pequeño paquete, a saber cómo lo habrá conseguido, y Tiger, después de probarla con él dedo y hacer un gesto de aprobación con la cabeza, se saca de la cartera una tarjeta de crédito y prepara tres rayas. Me ofrece primero a mí, luego a Ash, y cuando los dos nos negamos, la esnifa él.

—Es buena, tío —admite, apretándose las aletas de la nariz con dos dedos—. Mucho mejor que la que tenemos nosotros.

—Lo sé. Es la más pura del estado. ¿Te apuntas?

—Parece interesante, pero no sé qué decirte. Tengo que hablarlo primero con mi gente. ¿Cuál es el porcentaje que nos ofreces?

Ash aspira el humo de su cigarro y luego exhala una densa nube al techo.

—No hay porcentaje —le responde después de tomar un trago de whisky—. Toda para ti.

Veo en su rostro que Tiger desconfía de la oferta.

—¿Me estás vacilando, capullo?

—Para nada. Yo ya no me dedico a esta mierda.

—Entonces, ¿qué ganas tú?

—Jodo a un enemigo y estrecho lazos con un amigo. Todas ventajas. Habla con tu gente y, cuando sepas algo, me pegas un toque. No pienso volver a esta puta ratonera.

Tiger se echa a reír, desvelando una dentadura blanca y fuerte.

—Menudo cabronazo. ¿Y este bombón quién es? —dice, centrando de pronto toda la atención de sus ojos oscuros en mí—. ¿Tu mujer?

Sin alterarse lo más mínimo, porque él no es un hombre celoso ni de lejos, Ash aplasta la punta del cigarro en el cenicero y deja dinero sobre la mesa. La consumición, y una generosa propina para Cristal, corren a su cargo.

—Aún no. Pero lo será en breve. Solo necesito un poco de tiempo para ir al sastre y que me tome las medidas del traje de novio.

Tiger me estudia con los párpados entrecerrados.

—Es guapa.

—Lo es —se muestra de acuerdo Ash.

—Siempre las escoge guapas —me dice Tiger, afirmación que despierta en mí unos sorprendentes celos.

Me pregunto a quién se refiere. ¿A Nikki? ¿Conoció este hombre a Nikki, el anterior gran amor de Ash, que murió trágicamente y de la que él se niega a hablarme?

Me encantaría preguntárselo, conocer hasta el más mínimo e insignificante detalle de esa relación amorosa, pero con los ojos de depredador de mi futuro marido puestos en mí, solo puedo componer la sonrisa que se espera de mí en estas circunstancias.

—Tomaré eso como un cumplido.

—Lo es, dulce dama.

Capítulo 17

Amarte para siempre no puede estar mal.
(Lana del Rey)

Alexandra

—¿Y ahora qué? —increpo a Ash mientras él aparca en la acera, delante de nuestro edificio.

El Ford no le pega nada. Es completamente anodino, por eso lo llevan tanto el FBI como la policía, porque tiene un diseño tan soso que pasa desapercibido durante las operaciones de vigilancia.

—Ahora yo me voy al bar y tú te subes a casa.

—Fíjate. Ya parecemos un matrimonio. ¿También quieres que te haga la cena?

—Preferiría que me esperaras desnuda encima de la mesa del salón, pero, si te empeñas, haz unos sándwiches.

—Muy gracioso. ¿Qué vas a hacer en el bar?

Se vuelve en la silla para mirarme. Parece muy divertido.

—Lo de siempre. Beber, fumar, jugar al póker… Lo que hace la gente en los bares.

—Quiero ir contigo.

Arquea las dos cejas.

—¿Por qué?

Decido ir a por todas, darle lo que quiere. Es la única forma de conseguir lo que *yo* quiero.

—Porque te echo de menos y quiero estar cerca de ti esta noche.

Le ha gustado mi respuesta, lo veo en las ascuas que empiezan a encenderse en su mirada.

—Está bien —concede después de un exhaustivo repaso de mi rostro y mi boca—. Hoy puedes acompañarme.

Bajo del coche, intentando disimular el brillo de triunfo que seguro que se refleja en mi mirada, y camino a su lado por la acera, en dirección al bar.

Hace un viento de narices. La tormenta es inminente. Pero no sé cuál es más peligrosa, si la que está a punto de estallar por encima de nosotros o la que empieza a formarse en mi interior y amenaza con arrasarlo todo.

Estar tan cerca de Ash altera cada fibra de mi cuerpo. Su silueta, poderosa y corpulenta, a duras penas contenida por su traje hecho a medida, desprende tanto magnetismo que me cuesta respirar. Esta extraña atracción acabará mal, lo sé. Algún día tendré que ajustar cuentas conmigo misma y admitir que lo que se siento por este hombre es una auténtica locura.

—Me gustan las tormentas de verano —comento porque tanto silencio me hace ser consciente de su abrumadora presencia, y ser consciente de su presencia conduce a pensamientos muy sucios.

Acompañarle hoy, verle en su mundo de tíos duros, me ha puesto a cien, y solo puedo pensar en lo mucho que me obsesiona la idea de tenerle entre mis piernas y luchar contra él hasta conseguir doblegarlo y que se rinda ante mí. Es bastante retorcido. No sé de dónde provienen estos pensamientos, pero Freud me diría que son fruto de una infancia muy jodida. Y Freud nunca se equivoca.

—¿Por qué? Son ruidosas y violentas.

—Lo sé, pero el aire es tan eléctrico... Me encanta cómo huele la ciudad antes de una tormenta, el peligro que se respira, la anticipación…

Me contempla con una pequeña sonrisa.

—¿Cómo puede ser que hablar de una tormenta de verano me ponga cachondo?

Me echo a reír.

—Tu cerebro es básico.

—Ja ja.

Me abre la puerta del bar y me encauza con un gesto del mentón. Los señores (y la señora) del crimen ya están aquí, y no les hace gracia verme.

—¿Qué es esto?, ¿la puta jornada de puertas abiertas? —nos increpa Julian a los dos.

Ash le pone mala cara, arrastra una silla hacia atrás para sentarse a su lado y tira de mí hasta que acabo encima de su rodilla, con sus fuertes manos sujetándome por las caderas.

—La señorita quiere jugar al póker con nosotros esta noche. ¡Trixie! Trae la baraja y un Martini seco con tres aceitunas y una rodaja de lima.

—¿Tres aceitunas? —replico, divertida.

Me guiña el ojo.

—Sé que te gustan.

—Qué buen anfitrión.

—Nada es demasiado para mi chica.

Intercambiamos una sonrisa y por un momento es como si estuviéramos solos en nuestra burbuja, no delante de tanta gente que me observa con disgusto.

En este lugar, incluso a la camarera le molesta mi presencia.

Planta mi Martini en la mesa con más brusquedad de la necesaria y, después de ofrecerle a Ash la baraja, vuelve detrás de la barra y nos observa desde ahí con expresión enfurruñada.

Como cabía de esperar, en el bar solo estamos nosotros, no hay más clientes.

Este es el centro de operaciones de la organización W. Aquí no se permiten intrusos. Solo yo, y solo porque me estoy tirando al jefe.

—He hablado con Tiger.

La afirmación de Ash hace que Julian abra los ojos de par en par.

—¿No íbamos a jugar al póker?

—Tranquilo. Ella me ha acompañado. Está al tanto de los detalles. ¿Te molesta si fumo, cielo?

Niego y él me vuelve a guiñar el ojo con complicidad antes de colgarse un cigarro entre los labios y encenderlo con una cerrilla.

—¿Has dejado que te acompañe a una reunión?

—Julian, no me des la matraca —protesta entre volutas de humo —. Es mi mujer. Además, la idea fue suya. Me sugirió que buscara aliados. No habría pensado en Tiger de no haber sido por ella.

—¡¿Ahora dejas que te asesore?! —lo riñe Seven, perpleja.

—Vale, chicos, mirad, sé que no os termino de caer bien y lo entiendo, porque no me conocéis de nada, y dejarme entrar en vuestro mundo os incomoda, pero quiero que sepáis que estoy con él al cien por cien. Yo no soy una amenaza para vuestros negocios.

Ash echa la cabeza hacia atrás y me observa con una sonrisa orgullosa.

—Así se habla, mi vida.

Me palmea las caderas y el gesto, así como el hecho de estar sentada en su rodilla, me empieza a excitar.

—Nadie ha dicho que seas una amenaza, cara bonita —me tranquiliza Seven después de expulsar una nube de humo al techo—. Pero no nos gusta que los civiles se metan donde no les llaman. Más que nada porque si te capturaran y te torturaran, tú te irías de la lengua de inmediato, a diferencia de nosotros, que estamos entrenados para mantener la puta boca cerrada.

Me quedo lívida, para satisfacción de Seven, que es justo lo que pretendía: causar un efecto en mí.

—Eh, ya vale, no me la asustéis, coño. Nadie la va a capturar y nadie le pondrá jamás un puto dedo encima. Juguemos, que me estáis empezando a tocar la polla.

Trago saliva y Ash vuelve a acariciarme la cadera para reconfortarme.

Julian reparte las cartas. Ash se cambia el cigarro a la otra comisura de la boca, para apartar todo lo posible el humo de mí, me rodea con el brazo y los dos estudiamos sus cartas.

Durante un rato, todos se mantienen en silencio, concentrados en algo tan inofensivo como el póker.

—¿Y qué ha dicho Tiger? —pregunta de pronto Serpiente.

Ni idea de cómo se llaman la mayoría de ellos. Ash nunca dice sus nombres, solo los apodos.

—Lo va a hablar con los suyos, pero estoy seguro de que se apuntan. Es un buen negocio para ellos.

—¿Qué les has ofrecido? —masculla Julian, que tiene que hablar y sujetar el cigarro entre los dientes al mismo tiempo.

—Toda la coca.

—¡¿Toda la puta coca?!

—Seven, no vamos a traficar con droga.

—¿Por qué no? Nos haríamos de oro.

—Ya somos oro. De 24 quilates. No vamos a tocar esa mierda nunca más. Somos legales. Jugamos a otros niveles ahora, ¿recuerdas? A nuestros socios no les gusta la droga —se dirige a mí esta vez, lo cual es raro porque nunca me ha hablado de sus socios, no sé quiénes son esos señores del hampa que se mantienen en la sombra—. Atrae escocia a la ciudad.

Seven no parece contenta con la decisión de su jefe. Si fuera por ella, se cargaría a todo el mundo y se quedaría con el botín. Una parte de mí la admira. Tiene ovarios.

—Yo no voy —anuncia Mickey, soltando disgustado sus cartas sobre la mesa.

—¿Jugáis por dinero? —le susurro a Ash al oído, solo porque me encanta olerlo y ahogarme con la electricidad que desprende su piel. Dios, cuando lleva traje pierdo los papeles. Solo puedo pensar en arrancarle la camisa, atarle las muñecas con su propia corbata y hacerle cosas muy sucias.

—Por supuesto. Si no hay una recompensa de por medio, ¿dónde está la gracia?

Se cuelga el cigarro de los labios para tener libre una mano y así poder acariciarme la cadera por debajo de la mesa.

Separo un poco las piernas y me doy cuenta de que sonríe para sí antes de deslizar la palma por la parte interna de mi muslo y rozarme el sexo por encima de las bragas con las puntas de los dedos.

Como él se ha puesto elegante para su reunión, yo he aprovechado para ponerme uno de los vestidos que me compré en un centro comercial (ahora vivimos en la América profunda) y que no había tenido ocasión de estrenar todavía porque una no puede ponerse guapa para ir al supermercado del barrio.

Noto que me estoy humedeciendo, y él también lo ha notado porque empieza a ponerse duro contra mi espalda.

Suelta una carta sobre la mesa, me rodea con el brazo y me arrastra hacia atrás hasta colocarme encima de su erección.

Trago saliva y sé que se ha dado cuenta porque, cuando intercambio una mirada con él, veo el brillo socarrón en sus ojos. Esto le encanta. El póker, su gente y yo, encima de su polla. Seguro que hoy se siente completo. Lo tiene todo.

—Joder, ¡qué mala mano! —protesta el Chino—. No voy.

Los jugadores que quedan suben las apuestas.

—¿Vas a ganar? —le susurro a Ash.

—Por supuesto —responde, aprovechando la cercanía para acariciarme la oreja con los labios.

Mi cuerpo se vuelve efervescente, debatiéndose entre el placer y la frustración. Quiero que se larguen todos, que me dejen a solas con él. Aquí ya no hay nada interesante que ver, solo una aburrida partida de póker.

Al final se retiran todos de la apuesta, hasta que quedan Ash y Seven. Ella parece dispuesta a ir a por todas. Me pregunto si alguna vez se le habrá pasado por la cabeza la idea de rebelarse contra su jefe. Está claro que tiene otra visión de cómo debería llevarse el negocio. ¿Qué es lo que la retiene a su lado? No creo que siga enamorada de él, si es que alguna vez lo ha estado.

Diez minutos más tarde, termina la partida con Seven maldiciendo. Ash se guarda el dinero en el bolsillo, se pone en pie y me agarra de la mano.

—Caballeros, ha sido divertido, pero me tengo que ir. Nos vemos mañana.

—¿Vas a dejarnos plantados otra vez para irte a casa con tu mujer? ¡Si no son ni las nueve! —exclama Julian, no sé si cabreado o solo burlón.

Ash sonríe.

—Ella tiene algo de lo que vosotros, cabrones, carecéis por completo.

—¿Coño? —le propone su amigo con las cejas en alto.

Me ruborizo y Ash lo fulmina con la mirada y le da una palmada en la nuca.

—Me refiero a su carisma, gilipollas. Y haz el favor de comportarte cuando hay damas delante.

—Conmigo nunca os tomáis tantas molestias, capullos.

—Tú no eres una dama, Seven.

—Y que lo digas —se enorgullece ella mientras echa la silla hacia atrás y planta las botas sobre la mesa.

—Eh, ¡baja esas pezuñas! —la increpa el Holandés con semblante risueño—. Que no estamos en el establo de tu padre. Ash quiere que seamos finos, joder.

—Que te den por el culo. A ti, a Ash y a sus exquisitos modales, que solo adopta cuando hay *damas* delante.

—Me largo. Me tenéis harto. No me llaméis, a no ser que la ciudad esté en llamas. Tengo planes esta noche.

—Ya sabemos los planes que tienes tú esta noche, cabrón —se burla el Chino con una fuerte carcajada.

Ash le dedica una peineta.

—A mamarla.

—Se refería a su coño —les aclara Julian por lo bajo cuando estamos saliendo por la puerta.

Todos estallan en carcajadas. Ash pone cara de mártir y niega para sí.

—Por eso no quiero que vengas —dice mientras se quita la chaqueta del traje y me la pone encima de los hombros para protegerme de la lluvia—. Son unos salvajes.

—No están tan mal. Se preocupan por ti. Se ve que no se trata solo de negocios.

—Claro que no. Somos familia, la única que tengo.

—También me tienes a mí.

Se detiene en mitad de la acera, me mira largo rato y al final su boca se abre poco a poco en una sonrisa tierna.

—Cierto. También te tengo a ti.

Me besa en mitad de la tormenta, sin preocuparse por los rayos o las fuertes gotas que impactan contra nuestras cabezas, y entre sus brazos, la lluvia, en vez de congelarme, me incendia la piel.

—¿Echamos a correr? —me dice divertido cuando su boca se separa de la mía.

Me río.

—Vale.

—Dame la mano.

Se la doy y me arrastra tras él hasta el portal. De todos modos, nos hemos empapado. Pero también nos hemos divertido. Nos miramos y nos entra la risa.

Ash busca en su bolsillo la llave de casa. Yo me apoyo contra la pared del pasillo y lo observo con una sonrisa que no hay forma de contener.

—A la camarera le gustas. Te ha estado mirando todo el rato.

No dice nada por unos segundos. Solo gira la llave dentro de la cerradura y abre la puerta.

—¿Celosa? —me propone, volviendo su perfecto rostro hacia el mío.

Le aguanto la mirada.

—¿Te la tirarías?

—¿Si no estuviera enamorado de ti? Sí. Claro. ¿Quién no? Está buena.

—Así que te has fijado —replico, divertida.

—Yo siempre me fijo. Tú misma dijiste que soy un mujeriego y que las mujeres son mi talón de Aquiles.

Mis ojos se arrastran por todo su rostro, devorando su expresión.

—¿Quieres follártela?

Ash empuja la puerta con los nudillos y me hace un gesto para que entre.

Tras unos segundos de vacilación, lo hago, a pesar de que la pregunta sigue flotando entre nosotros, sin ninguna respuesta satisfactoria. Él me sigue, cierra la puerta del piso a sus espaldas y echa a andar detrás de mí con paso ligero.

—Que si quiero follármela, dice.

Me vuelvo hacia él al oírle hablar consigo mismo y, de pronto, tengo la sensación de que el pasillo es enano. Su poderosa figura ocupa todo el espacio, y cuando se cierne sobre mí, me coge por el cuello y me atrapa contra la pared, dejo escapar una exclamación de sorpresa, que él aprovecha para arrastrar mi boca hacia la suya y besarme de una forma tan intensa que me quedo sin aliento.

Me clava su erección en el estómago, se frota contra mí y me devora.

Todo mi cuerpo cobra vida. Estoy vibrando, y él se vuelve más hambriento, me besa con más dureza y me clava insistente su polla dura en el vientre.

Me arranca las bragas de un tirón, me agarra por los muslos y me levanta, atrapándome entre su cuerpo y la rugosa pared. El pulso late febril entre mis piernas. Incluso en la oscuridad, sus ojos me queman.

—No quiero follármela a ella —masculla contra la piel de mi cuello, mientras desliza el brazo entre nuestros cuerpos, se baja la cremallera y, sujetándose la erección con la mano, la encamina hacia la entrada—. Quiero follarte a ti.

Su pecho se agita sin control, y le oigo gruñir cuando su lengua invade mi boca y su miembro entra en mí de golpe.

Me arqueo hacia él, respirando por la boca, e intento acostumbrarme a la sensación. No estoy todo lo mojada que debería y le noto latir en mi interior, enorme, duro e impaciente.

Le hundo los dedos en el pelo, tiro de su cabeza hacia atrás y le lamo el cuello, disfrutando de la aspereza de su barba incipiente y de la sensación que me produce entre las piernas. Ash sale, golpea su grueso miembro encima de mi clítoris y vuelve a entrar de golpe.

Su expresión hambrienta y salvaje me excita lo bastante como para que mi cuerpo acoja por fin la feroz invasión.

Nota la forma en la que me dilato y entonces empieza a moverse, a arremeter contra mí con fuerza hasta que los dos alcanzamos un orgasmo violento que nos hace chocar el uno contra el otro como si nuestras vidas dependieran de ello. Estoy bastante segura de que los vecinos lo han oído todo. Hasta los sonidos húmedos de su cuerpo penetrando el mío.

Me abre la boca con la lengua y me saborea mientras yo me arqueo contra su pecho macizo y me dejo llevar por completo, cabalgando la ola hasta que no queda ni una gota de placer que esgrimir.

—Solo a ti —gruñe contra mis labios, haciendo un esfuerzo por recuperar el aliento.

La mirada le arde, posesiva, y sé que lo está diciendo en serio. Para él, solo existo yo.

Capítulo 18

¿Qué clase de hijo de puta eres?
(Amy Winehouse)

Alexandra

Levantarse tarde y encontrarse a Ash trasteando en la cocina, descamisado y descalzo, no es algo que se vea a diario, así que me quedo un buen rato apoyada en el quicio de la puerta y lo observo divertida mientras él, ocupado en desplegar sobre la mesa todo un arsenal de herramientas, permanece ajeno a mi presencia.

—¿Qué se supone que es eso?

—¡Jo-der! —Levanta el rostro hacia el mío para amonestarme por el sobresalto que le acabo de pegar—. Habría que ponerte un cascabel. No te he oído entrar.

—Porque no he entrado. ¿Qué es eso?

—Esto —repone, con una sonrisa guasona y sus fluorescentes ojos encajados en los míos— es un destornillador, cariño. Se usa para desatornillar cosas.

—Muy gracioso. ¿Qué vas a desatornillar?

—Ahora, nada. Lo he usado para arreglar la ducha. Por fin se abren las puertas como Dios manda, así que ya puedo ponerme con el fregadero.

Creo que mi perplejidad está más que justificada. Ayer llevaba un traje Zegna de unos cinco mil dólares, una camisa de Ralph Lauren, y se pavoneaba por su anterior barrio como si fuera el rey del mundo, y ahora está aquí, en mitad de la cocina, con unos vaqueros desgastados, el pelo despeinado y un destornillador en la mano, diciéndome que va a arreglar el fregadero.

—¿Qué le pasa al fregadero?

—Que no traga. Y, para colmo, se filtra el agua. Mira, ¿lo ves? Aquí ya se ha hinchado la madera. Voy a desatascarlo y luego le echaré silicona.

Lo flipo.

—¿Vas a arreglar el fregadero tú mismo?

—Sip. Con mis manitas.

Un hombre fascinante.

—¿Por qué? Eres asquerosamente rico. Puedes pagar a alguien.

—Sí, pero lo que tiene precio, poco valor tiene. ¿No querrás que te cuelgue algún cuadro? Es que Kenneth me ha prestado también un taladro y quiero presumir.

—¿Quién demonios es Kenneth?

Me señala con el dedo la pared que hay a su derecha.

—Nuestro vecino —me dice en susurros—. Muy majo. Hay que invitarle a una cerveza un día de estos.

—Tú no bebes cerveza. ¿Y no crees que a Kenneth le resultaría sospechoso que alguien que vive en este chozo le ofrezca un Macallan de siete mil dólares? ¿Y tú desde cuándo haces amigos?

—Cuántas preguntas. Y eso que aún no has tomado cafeína...

Me dejo caer en una silla, apoyo la barbilla en una mano y lo estudio con mucho detenimiento.

Estoy un poco desbordada por su aspecto casero, por descubrir esta nueva faceta suya.

Al pasear la mirada por las elegantes facciones de su rostro, caigo presa de su mirada y un sentimiento que no comprendo se enrosca en mi pecho, algo fuerte y cálido en lo que quiero ahondar.

—Es que no estoy acostumbrada a verte tan…

—¿Tan…?

—Normal.

Suelta aire despacio, viene hacia mí y me levanta el mentón con una mano. Me encuentro con una expresión tranquila y amable, y un pequeño amago de sonrisa en el que hay la misma cantidad de tristeza que de confusión.

—Oye. Yo *soy* normal —afirma, de una forma tan persuasiva que dan ganas de creerle. Lo juro. Si no lo conociera de nada y viera

estos convincentes ojos azules clavados en los míos, me tragaría cualquier cosa que me dijera.

Lo malo es que lo conozco.

A estas alturas, lo sé casi todo sobre él. Comprendo su motivación, puedo adivinar cómo va a reaccionar en una situación u otra… El puzle está casi completo en mi mente.

—Ash, tú eres de todo menos normal. Aspiras a serlo, pero algún día tendrás que admitir que algo así no es posible. No pasa nada, en serio. Yo lo acepto. Acepto que tú no eres la clase de tío que se toma cervezas con nuestro vecino Ken.

—Pues, entonces, acepta que voy a arreglar el fregadero. —Se aparta mosqueado porque su mayor deseo en el mundo es ser normal y respetable, y que yo le diga que no lo está consiguiendo le resulta exasperante.

—Muy bien. Pues yo voy a prepararme un café. ¿Quieres uno?

Tumbado en el suelo de la cocina, concentrado en desmontar el desagüe, se detiene para mirarme.

Sus ojos se posan unos segundos sobre mi rostro, antes de perderse por debajo del dobladillo de mi bata. No tiene remedio.

—No. Me tomé uno en el bar. —Se obliga a mirarme de nuevo a la cara. Le supone un evidente esfuerzo, ya que su atención se desvía todo el rato, en contra de su voluntad, hacia mis piernas desnudas.

—¿Ya has ido a ver a los señores de la Mafia tan pronto? Pero si no son ni las nueve… ¿A qué hora te has levantado hoy?

—A las seis, como de costumbre. Teníamos que hablar de una cosa importante —responde mientras desenrosca la tubería.

—Y no pudisteis hacerlo anoche porque estaba yo delante —deduzco, con un rastro de fastidio en la voz.

—Exacto. Tú los pones nerviosos, cielo. ¿Me pasas esa linterna?

Hago una mueca para mí y le alargo la linterna, y entonces él me agarra de la muñeca y tira de mí hacia abajo hasta que acabo entre sus brazos, los dos tumbados en el suelo de la cocina.

—¿Y mi beso de buenos días?

Evalúo los simétricos ángulos de su rostro, los sensuales labios que encierran una pequeña sonrisa, y no puedo resistirme, me acerco y rozo su boca con la mía.

—Buenos días —susurro, pasándole una mano por el pelo.

Su semblante se ilumina con una sonrisa tierna.

—Buenos días. Dame otro beso.

Presiono de nuevo mis labios contra los suyos.

—¿Contento?

Me observa de esa forma suya alucinante, como si yo fuera el mejor cuadro de toda su colección privada, y no necesito que diga nada. Veo en su mirada lo mucho que me quiere, percibo la obsesión insana que siente hacia mí.

—Aún no. Quiero un poco más de ti. Te echo de menos.

—Así no vas a arreglar tú el fregadero —me burlo cuando su enorme mano se cuela por debajo de mi bata y sus dedos me estrujan el culo, apretando mi cuerpo contra el suyo.

Mantiene la misma expresión tranquila y controlada de siempre; está al cargo de la situación.

—Tengo todo el día por delante, señorita.

Lo que yo decía.

*****

Cuando el fregadero está arreglado, yo me pongo a preparar espaguetis para comer y Ash se mete en la ducha.

Al tenerle de vuelta en la cocina, deduzco que va a salir. Se ha puesto traje, así que tendrá alguna reunión importante en la ciudad y yo comeré sola otra vez. Estupendo. A lo mejor debería hacerme amiga de los vecinos como él…

La idea me hace fruncir la nariz. No se me da bien hacer amigos. Soy bastante solitaria.

Lo espío mientras él se cierra los puños de la camisa y se arregla el pelo con los dedos delante de la puerta del microondas.

—No me esperes para comer.

—¿Con quién has quedado hoy?

—La promotora. Tenemos que hablar y ver qué hacemos con los pisos de la Avenida Seymour.

—Ya.

Se me acerca, me planta un beso detrás de la oreja y se dispone a marcharse.

—Ah, antes de que se me olvide. He invitado a Axel y a su mujer a cenar con nosotros esta noche.

La afirmación me sorprende. No solemos recibir visitas. Excepto Seven o Julian, y muy de vez en cuando.

—Muy bien. ¿Quieres que prepare algo?

—No. Lo haré yo a la vuelta. Traeré un buen costillar para asar.

Dejo en el fregadero el escurridor con la pasta humeante y sigo sus pasos hacia la puerta.

—¿Es que ahora también asas costillares?

Se vuelve desde la entrada para guiñarme el ojo. Un cigarro sin encender le cuelga entre los labios.

—Cariño, soy un hombre todoterreno. Yo hago de todo.

—¡Y también un arrogante! —grito tras él.

Lo oigo reírse antes de que la puerta se cierre a sus espaldas.

*****

Vuelve sobre las seis y media, con un costillar enorme, un bote de salsa barbacoa y cuatro botellas de vino. Me encuentra dónde me dejó, en la cocina.

—¿Qué tal tu reunión?

—¿Qué es eso? —pregunta después de soltar la compra sobre la mesa.

—Una mousse de chocolate. Saqué la receta de internet. Nunca había tenido tiempo libre hasta ahora, así que no tenía ni idea de lo mucho que disfruto probando recetas nuevas. ¿Sabes?, en otra vida podría haber sido cocinera.

—Todavía estás a tiempo.

Apoya la barbilla en mi hombro, me envuelve en un abrazo y mete el dedo dentro del bol.

—¡Ash!

—Hmm —dice después de chuparlo—. Te ha salido muy rica.

Le pongo mala cara y él se ríe, me vuelve entre sus brazos y me da un beso largo y profundo que asegura que me ha echado mucho

de menos en la comida. Intenta comer en casa todo lo que le permite su ajetreada agenda de líder del sindicato criminal y yo aprecio que se esté tomando tantas molestias para que lo nuestro funcione.

—¿Me ayudas a preparar las costillas? Necesito una ayudante. A ser posible, una guapa como tú.

Observo el atisbo de sonrisa a un lado de su boca, las cálidas oleadas de azul que invaden mis venas, y una vez más me doy cuenta de lo especial que es esto, de que podría funcionar. Él y yo contra el mundo. Sin pasado ni futuro. Sin principios ni moralidad.

—Está bien. ¿Qué tengo que hacer?

—Servirle una copa al chef, para empezar.

Me rio, rompo el abrazo y preparo dos copas de whisky. Yo lo tomo con soda. Él lo toma solo.

—Chin chin —digo, chocando mi vaso contra el suyo.

Me sonríe, toma un trago y se arremanga la camisa.

Divertida, me acodo sobre la encimera y lo sigo con la mirada mientras se lava las manos (un chef muy higiénico) y abre el bote de salsa barbacoa.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Tú solo quédate ahí y no te muevas. Esto es perfecto.

Asiento, muy seria, y poco a poco la sonrisa cálida se acentúa en sus ojos.

—El secreto de unas buenas costillas asadas está en la salsa. Hay que comprar siempre la mejor. Que es esta.

—Eres todo un experto.

—Me encantan las costillas.

—Es la primera vez que las preparas.

—Porque nunca tengo tiempo. Pero, algún día, me retiraré de la vida pública y entonces me pasaré lo que me quede de tiempo asando costillas y criando caballos.

Arqueo las cejas, intentando no reírme de sus planes de jubilación.

—¿Caballos?

—Me encantan los caballos.

—Las costillas y los caballos. ¿Qué más?

Deja de untar salsa encima de la tira de costillas, se queda unos segundos callado y al fin alza el rostro hacia el mío.

Permanezco en silencio, tensa, mientras él me observa con expresión tranquila.

—Tú.

Noto la sonrisa a flor de boca, y al poco tiempo se intensifica tanto que él me la devuelve, me lanza un guiño y me dice que no nos dispersemos.

—Los invitados están al caer y ni siquiera hemos encendido el horno todavía.

Sigue recubriendo las costillas con salsa barbacoa, lo cual me permite a mí abismarme en mis pensamientos durante un rato.

Con la mirada perdida en algún punto de la cocina, tomo un trago de whisky con soda y sopeso la situación y mis propios sentimientos.

—¿Qué pasa? —escucho de pronto su voz frenando mis caóticos pensamientos.

Lo tranquilizo con una sonrisa bastante convincente.

—Nada. Estaba pensando en irme a la ducha ya. Es tarde.

—Vale. ¿Quieres patatas fritas o puré?

Me detengo en mitad de la cocina y giro en redondo para dirigirle una mirada burlona.

—¿También vas a preparar puré?

—Si es lo que quieres, sí. Entonces, ¿prefieres el puré?

Me las apaño para decir que sí, y salgo prácticamente corriendo de la cocina antes de que se percate del dolor que arde en mis ojos y me pregunte por su procedencia.

Creo que hoy sería capaz de sincerarme, contarle la verdad que oculto detrás de mi máscara; lo haría si me lo preguntara.

Pero no hay preguntas, él no dice nada y yo me encierro en el cuarto de baño y me contemplo en el espejo, apoyadas las dos manos en el lavabo, con la angustia de siempre devorándome por dentro.

«¿Quién coño eres, Alexandra?»

Me mojo la cara una y otra vez, incapaz de reconocer a la mujer que me observa desde el espejo.

Lo que peor llevo es la impotencia, la que veo en sus ojos y la que siento en mi pecho. Una impotencia horrible porque las dos queremos de veras a este hombre y no veo de qué forma algo así podría salir bien.

El mundo se cae a pedazos, cada vez más cerca del desastre, y aquí estamos nosotros, asando costillas y sintiendo cosas que no deberíamos sentir; relegados al infierno y sin poder evitar lo inevitable.

El amor es una cárcel en la que me he metido yo solita, con una condena de por vida.

¿Vale la pena?, te preguntarás.

Y yo, tras un largo análisis, te diré que sí. Claro que sí.

Porque, juntos, hemos construido nuestro propio paraíso en medio del apocalipsis que se ha armado ahí fuera.

En este piso, todo es diferente. *Él* es diferente.

Ojalá el mundo entero se redujera a este piso. Aquí somos felices. No en la casa grande, ni en los restaurantes caros, ni en las alfombras rojas ni en las salas privadas de sus casinos.

Aquí, donde las paredes guardan los secretos de nuestros momentos más auténticos; donde él solo es Ash y yo solo soy Alexandra. Sin reyes ni reinas. No hay héroes ni villanos. Han desaparecido las máscaras y los disfraces, se acabó el juego, nadie sigue un puñetero guion.

En la historia que se escribe aquí dentro, epopeya o tragedia, todavía no lo sabemos a ciencia exacta, los dos somos libres de elegir lo que queremos ser, no interviene la dualidad simplista de los roles que nos han sido asignados previamente.

Podemos ser la mejor versión de nosotros mismos. Podemos ser reales. *Podemos* sobrevivir a esto.

Me miro en el espejo y me pregunto por qué ella no se lo termina de creer.

Capítulo 19

Yo pinto mi propia realidad.
(Frida Kahlo)

Alexandra

Las costillas deprenden su tentador aroma por toda la casa cuando los invitados llaman al timbre.

—¿Abres tú, cielo? —me grita Ash, para hacerse oír por encima de la canción de Pink Floyd que escucha mientras prepara la cena.

¿No es increíble que seamos la clase de pareja que organiza cenas a las que acuden otras parejas?

A Ash solo le falta un delantal de Homer Simpson y no ser el rey de la mafia para alcanzar ese grado de normalidad del ciudadano americano corriente, que bebe cerveza y deleita a sus invitados con anécdotas triviales sobre la vida doméstica. Sé que es una quimera, pero parece todo tan real que elijo tragármelo.

Al menos por una noche.

—¡Sí, tranquilo! —le grito desde la habitación—. Yo me ocupo de los invitados.

Tras comprobar que tengo buen aspecto, me pongo unos pendientes largos, de fantasía, dejo cerrada la puerta de la habitación para que no se cuele dentro el olor de las costillas y echo a andar por el pasillo, con una vitalidad que hace mucho que no sentía. Si es que he llegado a sentirla alguna vez.

Mi cerebro ha estado en alerta constante, advirtiéndome de que esto no va a durar, pero hoy ha elegido callarse y dejarme disfrutar de la velada.

Libre, feliz, sin dudas.

Y eso pienso hacer, eludir las sombras del mañana y centrarme en el presente.

El vestido hippie que he elegido para la ocasión transmite la esencia del perfecto verano que estamos viviendo. Su paleta de

colores vibrantes, los patrones florales, el lazo en la nuca, todo refleja frescura y despreocupación.

Llaman al timbre por segunda vez mientras yo me calzo unas sandalias cómodas, de cuero marrón, que me permiten caminar con la misma ligereza que estando descalza.

Los mechones que han escapado de mi recogido desenfadado se mueven con la corriente cuando paso por delante de la ventana abierta del salón, de camino hacia la puerta.

La brisa fresca de esta increíble tarde de finales de junio se cuela en el interior del piso, arrastrando detrás de sí el olor del perfume que me acabo de echar. *Chanel Madeimoselle*. Un regalo de Ash para una mujer independiente y provocadora que lo vuelve loco.

Creo que la nota decía más o menos eso…

Abro después de alisarme el vestido sobre la cintura y mis labios pintados de rojo mate se curvan en una sonrisa de bienvenida, que cuesta un poco mantener cuando me doy cuenta de que Axel viene solo.

—Vaya—. Me da un divertido repaso con la mirada y suelta un silbido, antes de plantar un beso en mi mejilla—. Ash es un capullo con mucha suerte. Toma. Esto es para vosotros. Espero haber acertado. No sé qué clase de vino sueles beber.

Compruebo la etiqueta de la botella que me acaba de poner en la mano y arqueo las cejas, impresionada por la elección. Es un vino de gran calidad y valor.

Desde que salgo con Ash, empiezo a estar familiarizada con ciertas cosas. Él tiene un gusto refinado para los placeres de la vida y, además, le encantan los vinos. Los colecciona y todo.

Es más, una vez le escuché decir que no le importaría tener una bodega en alguna parte de Francia y dedicarse a la viticultura. Sus intereses son amplios.

—Créeme, has acertado de lleno. Este vino es excepcional. Veo que Ash y tú tenéis en común el buen gusto para las bebidas. Pero, por favor, pasa. Vayamos al salón. Se nos unirá enseguida. Está terminando de preparar la cena.

—Déjame adivinarlo. —Ax suelta sus gafas de sol y las llaves del coche sobre la mesita de café y se vuelve para mirarme—.

¿Costillas?

—¿Las has olido?

—No. Pero es lo único que sabe cocinar —me responde con un guiño socarrón.

—Pues te equivocas. También sabe hacer tortitas.

—Gracias, cielo —oigo la divertida voz del chef a mis espaldas—. Ax, ¿qué pasa, colega? —Se saludan como seguro que hacían cuando vivían los dos en Scoville Avenue y luego Ash me rodea la cintura con el brazo y me pega a su costado—. ¿Y Daisy? ¿Llega tarde o qué?

—No va a venir. Está de morros.

—¿Qué has hecho ahora? —se ríe Ash, dando por sentado que la culpa es de su amigo.

—Yo, nada. Es ella, que se niega a ser razonable o civilizada.

—Algo le habrás hecho.

—Solo le corté el grifo porque todo nuestro dinero se está yendo por su nariz y no quiero que la palme, joder. Me tiene preocupado. Está muy enganchada a la coca.

Ash frunce el ceño y yo también, porque en los círculos en los que me movía antes la gente no exponía sus problemas conyugales con tanta ligereza. Deben de ser muy amigos, lo cual me hace preguntarme qué le habrá contado Ash sobre mí. Seguro que han hablado del tema en algún momento.

—¿Por qué no hablas con tu prima, tío? Ella tenía el mismo problema y consiguió desengancharse.

Ax entorna los párpados.

—Si llevé un día a Serena para que hablara del tema con Daisy, pero ya sabes cómo es. Según ella, no tiene ningún problema. Solo se lo está pasando bien y yo soy un carca. A la niña, ni puto caso, claro. Y deberías ver a los tíos que me mete en casa. Me tiene hasta la polla con las fiestecitas. Solo quiero un poco de normalidad, joder. Tengo casi cuarenta tacos, ya no estoy para tanto trote. Bebí lo que tenía que beberme y me divertí lo que tenía que divertirme hace veinte años. Ahora quiero vivir como un adulto. Y, si eso me convierte en un carca, pues, mira, a tomar por culo. Soy un carca y ya está.

Ash se echa a reír.

—Todos somos carcas ahora, tío. Pasó la época en la que nos apetecía prenderle fuego a la ciudad con los colegas —dice mientras me estrecha entre sus brazos y planta un beso en mi sien, dando a entender que en esta etapa de su vida prefiere estar conmigo en lugar de irse de fiesta con sus amigos.

—¿Tenéis hijos? —le pregunto a Axel, sorprendida, porque hasta ahora creía que no los tenían.

Su boca no sonríe, pero los ojos que vuelven a posarse en mi cara sí lo hacen.

—Sí. A ver, yo biológicos no tengo, pero es como si Ally fuera hija mía. Me casé con Daisy cuando la cría tenía unos dos años. Ahora tiene ocho y se entera de todo lo que pasa en esa casa, por mucho que yo intente mantenerla al margen.

—Ya. Son como esponjas, ¿verdad?

—Sí. En fin. ¿Qué tal vosotros? ¿Cómo lleváis *la situación*?

Me encojo de hombros. Axel habla en plural, pero es evidente que se refiere a mí, ya que es a quien mira al hablar.

—Bien. Cada día mejor.

—Es una valiente —se enorgullece Ash, cuyo brazo hace un poco más de fuerza a mi alrededor—. Pero siéntate, joder. No te quedes ahí de pie. ¿Qué quieres tomar?

—¿Una cerveza, para ir calentando?

Me dispongo a decirle que no tenemos, cuando Ash me da un apretoncito en la cintura y mi mirada se desvía hacia la suya.

—¿Tenemos cerveza? ¿Desde cuándo?

—Desde que fui a comprar, mientras tú te estabas duchando. Alexandra cree que soy incapaz de beber cerveza —le explica a Ax, y los dos se tronchan de risa, como si fuera el mejor chiste que han oído nunca—. ¿Quieres tú una, cariño?

Me encojo de hombros.

—Está bien. Tráeme una a mí. ¿De qué iba eso? ¿Por qué os habéis reído tanto? —interrogo a Axel nada más quedarnos a solas en el salón, él sentado en el sofá y yo recién instalada en una silla.

—Porque a Ash le encanta la cerveza. Incluso inventó *el juego de la cerveza*.

—¿El juego de la cerveza? ¿Eso qué es?

—Después de vaciar una botella, la sitúas a exactamente cien metros de ti y le pegas un tiro.

—Ah. A eso sigue jugando.

—Claro. Era el mejor. Poseía el récord de Ohio. Entrenó mucho, ja ja ja.

—Me sorprende que no sea alcohólico con estas inclinaciones.

—Uy, no. Cuando la puntería flaqueaba, de inmediato se pasaba al agua. No le gusta emborracharse porque eso supone…

—Una pérdida de control —acaba Ash su frase al mismo tiempo que le planta en la mano una *Budweiser*—. Deja ya de ventilar los trapos sucios, capullo. Ella no tiene necesidad de conocer mi turbio pasado. Además, soy un hombre nuevo ahora. Estas botellas irán directas al punto de reciclaje. Nada de pegar tiros como los salvajes.

Axel suelta una carcajada y toma un sorbo de cerveza.

—Eso me encantaría verlo.

Ash, sonriéndome, se sienta a mi lado, me ofrece una botella de cerveza y me acuna entre sus brazos.

—¿Tú no bebes?

—Claro que sí. —Me mira con dulzura, me guiña un ojo y me la quita de la mano para probarla—. La compartimos. Así no llega a calentarse. La cerveza tiene que estar como mucho a tres grados y medio. Cualquier cosa por encima de eso, es té de cebada.

Me echo a reír y, recostada sobre su hombro, bebo un sorbo de la botella que me devuelve y me deleito con la forma en la que se entibia mi cuerpo al estar apoyado contra el suyo.

Ultimadamente, la vida es tan buena que no se le parece en nada a la mía.

*****

Ax se marcha sobre las doce y media y Ash se queda recogiendo mientras yo me lavo la cara y los dientes y me preparo para irnos a la cama.

Estoy desnuda en la penumbra, a punto de ponerme el camisón, cuando me abraza por detrás y sus labios me rozan la piel del

cuello.

—Gracias por quedarte con nosotros hasta el final, a pesar de que Daisy no haya venido y a pesar de que no sepas jugar decentemente al póker.

Una sonrisa divertida empuja hacia arriba las comisuras de mis labios.

—No me des las gracias. Me gusta estar con vosotros. Axel es divertido y cuenta muchas anécdotas de tus viejos tiempos. Cosas que tú nunca quieres contarme.

Sus manos suben por mi cuerpo hasta abarcarme los dos pechos.

—Porque yo ya no soy ese —me susurra al oído, y su miembro endurecido se aprieta primero contra la parte baja de mi espalda y después contra mi trasero.

Y entonces me vuelvo entre sus brazos, lo aprisiono entre las piernas y mi lengua con sabor a cerveza se encuentra con la suya en un beso febril que llevamos toda la noche aplazando, hasta que el fuego ha empezado a consumirnos por dentro.

Ash me sostiene alrededor de sus caderas mientras me devora la boca sin prisas, deleitándose como si fuera la primera vez que me besa. O, quizá, la última.

Mi cuerpo se ha vuelto efervescente, pendiente de cada estímulo, estremeciéndose con cada giro de su lengua.

La noche es silenciosa y cálida. De vez en cuando pasa algún coche por la calle o escuchamos a un grupo de jóvenes reír en la lejanía. No importa. Estamos en un mundo privado en el que no existe nadie más.

Besándome, retrocede hasta dejarme encima de la cama, se desnuda, y vuelve a levantarme en brazos, sosteniéndome sin demasiado esfuerzo alrededor de sus caderas.

Poco a poco se introduce en mi interior, despacio, controlado, sin apartar la boca de la mía, y yo siento que la lucidez me abandona lentamente y que no me importa nada de nada, solo él.

*****

—¿Crees que van a divorciarse?

Ash, sobre mí en la cama, retira el rostro del hueco de mi cuello y me observa con una arruga entre las cejas, sorprendido por la pregunta.

Sigo acariciándole el pelo con los dedos. Me gusta hacerlo. Se queda muy quieto, como si fuera la primera vez que alguien le toca así.

—¿Axel y Daisy? —Asiento, y él entorna los párpados con aire pensativo—. Podría ser.

—Vaya. Le verdad es que no se les ve demasiado felices juntos. Lo pensé cuando los vi por primera vez, en tu cena de Navidad del año pasado.

—Hum. Su matrimonio está condenado desde el principio. Se casaron por los motivos equivocados.

—¿Es decir?

—Ella porque buscaba estabilidad material. Y Ax, para olvidar a Violet.

Lo miro boquiabierta.

—¿Violet? ¿Tu hermana de la que apenas hablas?

—Bueno, en realidad, ella es…

—¿Tan hermana tuya como Mia?

Me estudia con mucho detenimiento y guardando silencio durante un tiempo bastante largo.

—¿Sabías lo de Mia?

—Por ella, no por ti.

Entorna los párpados.

—Soy un hombre de pocas palabras. Me gusta más la acción.

—Ya. ¿Por qué no me cuentas lo de Violet?

Lo oigo resoplar, como siempre que le pido que me hable del pasado.

—No hay mucho que contar. Mi madre tuvo un novio cuando tenía yo unos nueve o diez años. John. Violet era su hija. Los dos vivieron con nosotros unos meses, antes de que la relación se fuera a pique. Un tiempo corto, pero yo lo recuerdo con mucho cariño. John era un tío bastante decente, la verdad. Me enseñó a disparar, a conducir su moto, cosas de la vida, de lo que es ser un hombre... Seguimos en contacto después de que mi madre y él rompieran. Vivían bastante

cerca y yo me iba a comer con ellos al menos una vez por semana, sin que Josie lo supiera, claro. Cuando murió John, un cáncer de pulmón fulminante porque el capullo siempre empalmaba un cigarrillo con el siguiente, lo sentí mucho porque había sido la única figura paterna que había tenido en toda mi vida. Eso me unió todavía más a Violet. Los dos le habíamos perdido.

—Así que Violet y Axel fueron novios.

—Sí. Estaban muy… unidos.

—¿Y qué pasó?

—A él lo trincaron con medio kilo de coca en el maletero y lo metieron en la cárcel. Le cayeron seis años. Violet nos informó de que ya no iría a la universidad. Le habían dado una beca para estudiar Ciencias de la Comunicación en Columbia, pero con Axel atrapado en Ohio, iba a rechazarla. Habían planeado irse juntos, alquilar un pisito por ahí. Él se había propuesto trabajar en lo que fuera mientras ella se sacaba la carrera.

—Vaya lío.

—Sip. Todos intentamos convencer a Vi para que no echara su futuro por la borda, pero no atendía a razones. Así que Ax rompió con ella. Fue… muy cruel. Le partió el corazón.

—Y ella se fue a la universidad.

—Sí.

—Y ahora es editora.

—Sí.

—Y él sigue queriéndola.

Pausa.

Larga.

—Sí.

—¿Y ella?

Lo veo encogerse de hombros.

—La última vez que la llamé, me dijo que había dejado la píldora, que su pareja y ella buscan ser padres. En fin, él es más adecuado, ¿sabes? Trabajan juntos en la editorial, tienen intereses comunes… A veces la vida no acaba siendo lo que te gustaría que fuera.

—Pero él, Ax, quiere volver. En la cena de Navidad se puso muy triste al ver que ella no estaba allí.

—Cuando estás enamorado de una persona, a veces necesitas saber que sigue respirando el mismo aire que tú. Pero eso es todo. No hará nada. Dejará que ella sea feliz. Su tren ya pasó, y Axel lo sabe bien.

—¿Qué harías tú en su lugar? Si se tratara de nosotros dos, ¿me dejarías ser feliz con otro tío?

Sigue inmóvil, estudiándome con detenimiento, el ceño cada vez más fruncido.

—Claro que no.

Arqueo las dos cejas, divertida por la contestación.

—¿En serio?

—En serio. Ese tío no podría hacerte feliz.

Lo observo, valorativa.

—¿Y tú cómo lo sabes, si no le conoces aún?

Ash acentúa un poco la sonrisa.

—Muy simple, bomboncito. Ese tío no soy yo.

—¡Qué arrogante! —exclamo, dándole un golpe indignado en el hombro.

Me río y él también acaba riéndose, y me besa la cara millones de veces, y el cuello, raspándome con la barba, y esto es tan perfecto que a veces duele porque una parte de mí lo sabe, sabe exactamente cómo va a acabar esta historia.

Cuando hay tanta gente que te quiere ver hundido, cuando vives en el punto de mira de tantas escopetas, alguien acabará alcanzándote tarde o temprano. Es un hecho irrefutable.

Todo el mundo cae. Cayeron los dioses del Olimpo y tantos imperios que ya ni siquiera nos acordamos de ellos.

Él se cree invencible, pero no lo es. Caerá como todos.

Y yo estaré a su lado cuando eso pase, porque le hice una promesa y joder si voy a respetarla.

—Ojalá pudiéramos vivir toda nuestra vida dentro de este piso, sin salir nunca de aquí —susurro, cambiada mi expresión, ensombrecida por la nube de oscuridad que veo flotar por encima de nosotros. Él aún no la ve. Algún día lo hará, pero será tarde entonces. Ya estará cayendo, como todos.

Se me queda mirando con la cara tensa, y al final niega, sin comprender.

—¿Por qué? —murmura, y me doy cuenta de que sus ojos ya no sonríen ahora. Su perfil está cada vez más rígido.

—Porque aquí tú solo eres Ash. Y yo solo soy Alexandra.

Capítulo 20

El mundo solo existe en tus ojos. Puedes hacerlo tan grande o tan pequeño como quieras.
(Scott Fitzgerald)

Alexandra

—El viernes por la noche se celebra un combate de boxeo clandestino en mi viejo barrio. ¿Vienes a verme?

Suelto el tenedor y levanto despacio el rostro hacia el suyo. Recién duchado, con el pelo perfectamente arreglado y sin una camisa o una camiseta que tape su musculoso pecho, me observa con tranquilidad desde el otro lado de la mesa.

Hoy toca comer en casa. Hace lo posible por estar aquí a la hora de comer y también a la hora de cenar. Se ha vuelto muy casero. A veces vamos al restaurante italiano de la esquina, entrelazados por la cintura, compartiendo risas cómplices y bromas privadas. Otras, improvisamos algo rápido con lo que sea que haya en la nevera.

El caso es que pasamos juntos más tiempo que nunca, como una pareja del mundo real, no solo practicamos sexo, sino que conectamos el uno con el otro a todos los niveles posibles, y admito que eso es algo que me gusta bastante porque Ash es un tipo realmente genial cuando se le llega a conocer. De algún modo se las ha arreglado para convertirse en mi persona favorita del mundo entero.

Aunque está claro que él sigue guardándose algún que otro as en la manga. Lo del combate es una sorpresa total, lo cual sin duda se debe de reflejar en mi expresión facial mientras aguanto su impertérrita mirada.

—¿Vuelves a boxear?

—Nunca he dejado de hacerlo.

—¿Y cómo es que yo no tenía ni idea?

—Tú te levantas a mediodía, cielo —me recuerda, con divertida indulgencia—. Yo empiezo mis rutinas a las seis. De seis a siete, corro. De siente a ocho, entreno. A las ocho voy a tomar café al bar con los chicos. Para cuando te levantas tú, casi he tenido tiempo de echarme una siestecita.

Le pongo mala cara.

—Las diez no es mediodía. ¡Y a veces me levanto a las nueve y media! Una vez incluso a las nueve menos cuarto...

Veo que intenta contener la risa.

—Lo que tú digas. ¿Vendrás?

—Oh, no me lo perdería por nada en el mundo. Aunque estoy un poco desconcertada. Creía que practicabas boxeo para mantenerte en forma y evitar cargarte a gente. Más de lo necesario, quiero decir —me corrijo, y él hace un gesto de irritación con los párpados—. No tenía ni idea de que compitieras. ¿Desde cuándo compites?

—Desde siempre. Soy un jugador. Los jugadores apuestan. Yo apuesto por mí mismo.

—Eso no es nada ególatra.

En su rostro aparece una mueca pícara.

—Ya me conoces. ¿Vas a comerte eso?

Separos los labios en un gesto de perplejidad.

—¿Es que no has tenido suficiente?

—No. Hoy he entrenado duro y tengo hambre.

—Tú mismo. Pero, como eches barriga, te dejo.

Me tira un cachito de pan a la cara.

—Bomboncito, ¿dónde vas a encontrar tú a un tío como yo? —repone, tan tranquilo él, tan jocoso, como si los celos fueran un concepto ajeno a su realidad, algo demasiado indigno como para pararse a sopesarlo siquiera.

Sentir celos supondría admitir que tiene un rival con suficiente potencial como para soplarle a su chica, y él no tiene rivales. Ni limitaciones. Es el protagonista indiscutible de cualquier historia, el rey del tablero.

Es un jugador tan nato y tan arrogante que apostaría contra la vida misma, y contra el Diablo si hiciera falta, sin dudar en ningún momento de la victoria.

Eso es algo en lo que se equivoca.

*****

Me doy de bruces contra Julian al salir del edificio. Él es lo suficientemente grande como para ocupar media acera y yo voy revolviendo el bolso en busca de las llaves del coche y no presto atención, hasta que es demasiado tarde.

—¡Julian! —exclamo al estrellarme contra su musculoso pecho. Estamos los dos súper cortados, incómodos con tanta proximidad. En cierto modo es divertido poner nervioso a alguien de casi metro noventa—. ¡Hola! ¿Qué haces tú aquí? Si vienes a hablar con Ash, no está.

Tira al suelo el cigarro que se estaba fumando y baja la mirada hacia la mía, ya que me saca casi dos cabezas. Tiene los ojos de un verde tranquilo que te instan a la calma y montones de tatuajes a la vista. Un samurái enorme le cubre el antebrazo izquierdo. En su cuello, una frase que no me paro a leer (con un vistazo rápido solo alcanzo a ver *hijos de puta*) sobresale por encima del borde de su camiseta blanca con el logo de *Levi´s* sobre el pecho.

—Lo sé. Me ha pedido que te lleve al combate.

—Iba a ir con mi coche.

—¿Sola? —repone, como si acabara de escuchar el mejor chiste del día—. No te flipes, guapa. Ash no va a dejar que vayas sola a ninguna parte.

Noto que empiezo a embalarme.

—¿Que Ash *no va a dejar* que qué? Verás, Julian, y puede que esto te sorprenda, pero resulta que soy una mujer libre que toma sus propias decisiones. No necesito que Ash *me deje* hacer una cosa u otra.

Cruza sus fornidos brazos sobre el pecho y me mira con condescendencia, como si me considerara una cría ingenua que no sabe nada de la vida.

—Cariño, tú no vas sola a ninguna parte desde que estás con él. La única diferencia es que hasta ahora nos manteníamos *detrás* de tu coche y ahora *tú* vas a ir *dentro* del mío.

Creo que se me escucha rechinar los dientes desde Atlanta.

¡Esto es absurdo! ¡No necesito que me escolten a ninguna parte!

—¿Y si no estoy conforme?

—No te cargues al mensajero. Esto no es cosa mía. Tu hombre me ha dado órdenes muy claras. Me dijo, textualmente*, te la traes tú, aunque tengas que echártela al puto hombro*. Ya ves, el muy capullo sabía de antemano que me la ibas a montar.

Hago una mueca hacia mis adentros.

—Pues mira, solo para llevarle la contraria, iré contigo y ya se la montaré a él luego.

—Cojonudo. Ahí está mi *buga*. Sube.

Obedezco, qué remedio, y Julian arranca y maniobra el volante con suavidad para dar media vuelta en mitad de la calle.

Es la primera vez que estoy a solas con él. Sé que no le caigo bien. Nunca ha hecho ningún esfuerzo por conocerme o por tener trato conmigo. Me evita todo lo que puede.

De hecho, el único del círculo de amigos de Ash que me ha dado una oportunidad ha sido Axel. Los demás, me ignoran. Soy la novia del jefe y me toleran porque me acuesto con él, pero eso es todo.

De modo que el viaje va a resultar incómodo, ya que Julian se mantiene callado y a mí no se me ocurre nada de lo que hablar porque, en realidad, no sé mucho sobre él.

—¿Tú también boxeas? —opto por preguntar tras unos diez minutos de silencio incómodo.

Sus ojos vuelan hacia los míos.

—¿Yo? Sí, antes entrenaba con Ash, pero desde que pasó lo de mi chica, lo dejé.

—¿Tu chica? ¿Estás atravesando una ruptura de las malas? —pregunto, empática.

Un fruncir de ceño y tres parpadeos más tarde, recibo la respuesta.

—No. Ella murió. ¿Ash no te ha contado nada?

—No, yo… Joder, no tenía ni idea. Dios, lo siento mucho, Julian. No debí haber sacado el tema.

Mueve la cabeza despacio y me dice con suavidad:

—Tranquila. Es lo que hay. No es culpa tuya.

Su mirada se pierde en la lejanía, dejando entrever un pesar que va más allá de su aparente resignación.

Aprieto los labios en un gesto de fastidio. Antes no éramos los mejores amigos, pero ahora el silencio se torna aún más pesado. Me mantengo tensa en el asiento y no veo la hora de que lleguemos al combate.

—¿Te ha contado por qué estamos en esta situación? —inquiere de pronto, cuando yo ya me había resignado ante el silencio.

—Pues… sí. Se cargó a un tío del cártel, alguien que asesinó a una chica.

—Paola. Sí. Era mi novia.

Me vuelvo hacia él, mis ojos abiertos de par en par, los labios, separados en un gesto perplejo. Acabo de meter la pata por segunda vez, al relatar un asunto tan delicado con una frivolidad que no le hace justicia. Mi falta de tacto no conoce límites.

—Vaya. Pues esa parte no me la había contado. Lo siento mucho, Julian.

Da igual lo que diga a partir de ahora. Nada aligerará la incomodidad que siento. Él conduce con la mandíbula en tensión y muy concentrado en la carretera. Yo trago saliva y maldigo hacia mis adentros. Ojalá pudiera rebobinar y amordazarme, o preguntar si cree que vamos a tener un verano caluroso este año…

—A veces, la gente como él y como yo contamos medias verdades —murmura Julian al cabo de un rato.

No se me ocurre nada que añadir y, como ya no quiero interrogarlo ni meter más la pata, me mantengo callada, completando otro trocito más del puzle que tengo en la cabeza.

—¿Le quieres? —me dice de pronto, una pregunta tan inesperada que busco de nuevo su rostro con la mirada.

Debe de encontrar la respuesta en mis ojos, porque asiente incluso antes de que me haya dado tiempo de abrir la boca.

Y entonces ya no digo nada. Solo hago un gesto afirmativo con la cabeza.

—Pues díselo —añade, apartando la mirada para prestar atención al tráfico—. Yo a ella no se lo decía lo suficiente.

No sé qué me empuja a hacerlo, si la voz, que le brota ronca, o la pena que leo en sus ojos, el caso es que pongo la mano encima de sus dedos tatuados y llenos de anillos de plata con dibujos de calaveras y le dedico una sonrisa temblorosa.

—Eh. Estoy segura de que ella lo sabía.

Asiente, y de pronto en su rostro se mezcla tanto la melancolía como la aceptación.

—Seguro que sí. Hemos llegado. ¿Lista?

Miro el sórdido local delante del cual nos hemos detenido, a todas las personas que intentan en vano que el guardaespaldas les deje pasar, y le respondo con un gesto.

Lista. Para todo.

*****

Nosotros no tenemos problemas para entrar. El de la puerta conoce a Julian, a quien saluda efusivamente antes de abrirle la puerta.

Ni caso a los de la fila, que rechistan indignados al presenciar este trato de favor.

—¿Vosotros nunca hacéis cola o qué?

—No si al de la puerta sabe lo que le conviene —me responde mi guardaespaldas con una media sonrisa lobuna.

Entiendo por qué le llaman la mano ejecutora. Ash, da las ordenes. Julian, las palizas. Seven, el coñazo. Empiezo a tener más o menos claro el organigrama del grupo W.

—Ven. Busquemos a Ash.

El interior del local es todavía más sórdido que el exterior. Gente apiñada, impidiéndote el paso, olor a cigarrillos, cerveza barata, sudor.

Los hombres que combaten en el cuadrilátero se creen inmortales. Hasta que caen.

Pero sin duda Ash no tiene intención de caer esta noche. Él es un luchador y también un superviviente. Se las arreglará.

—Espera —le digo a Julian, tirándole del brazo para que no siga alejándose entre la gente—. Voy a apostar.

Arquea las cejas, impresionado por mi actitud lanzada.

—No te tenía por una jugadora.

No soy una jugadora, aunque se me da bien el juego porque, a diferencia de todos ellos, calculo, analizo y solo después lanzo los dardos, cuando ya estoy segura de que tengo los pies bien anclados en el suelo y grandes posibilidades de ganar. No creo en el azar. Creo en el trabajo duro, en el esfuerzo y en la disciplina. Sobre todo, en la disciplina. Es la única forma de conseguir lo que quieres.

—Quinientos dólares por Williams —le digo al de la caja.

Julian suelta un silbido.

—Tú no te cortas, ¿eh, guapa?

—Confío en él. Ganará.

—¿Cómo es que estás tan segura?

Pongo una sonrisa de lado, un poco socarrona.

—Tiene disciplina. Ya está. Podemos seguir —le digo después de guardarme el recibo que me han dado en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Espera. Yo también voy a apostar por el jefe, ya que estamos aquí.

Apoyo la espalda contra la cabina y lo miro divertida mientras suelta un buen fajo de dinero en efectivo sobre el mostrador.

Le entregan su papel, y entonces baja la mirada hacia la mía y me encauza con un gesto.

—Vamos. Está a punto de comenzar el primer combate.

No hay asientos asignados, pero voy con el peso pesado Julian, probablemente conocido en los bajos fondos como *Julian Puños de Acero*, y ya se ocupa él de apartar a todo el mundo de nuestro camino y conseguir los mejores sitios, en primera fila.

—Quita, *pringao.* —Le da un empujón a un pobre chico que se interpone en nuestro camino y ahí nos quedamos, delante del cuadrilátero.

No vemos a Ash, pero según el programa que hay en la pared a mi derecha, será el último en salir. Imagino que mandó a Julian a modo de acompañante más que de guardaespaldas. No quería que me quedara sola todo el combate.

No puedo evitar sonreír ante la idea. Para ser el malote del barrio, es bastante tierno y considerado cuando quiere.

*****

El eco de la multitud enardecida precede al último combate.

El aire vibra con una electricidad familiar, que sin duda se debe a la inminente llegada de Ash.

Su oponente es el primero en salir, pasa por delante de nosotros rugiendo como una bestia y escupiendo palabrotas. El público enloquece.

Creo que al lado de su nombre, Sonny no sé qué, también escuché la palabra *invicto*. Muy alentador.

—¡Ahí está el gran hombre! —exclama Julian, con la mirada repleta de orgullo.

Las luces tenues que delinean el cuadrilátero destacan la figura esculpida de Ash, que sube los escalones con la tranquilidad de alguien que está convencido de que va a ganar. Ni gruñe ni escupe amenazas como el otro, prefiere mantener su aplomo de siempre, los nervios templados, la sangre fría, expresión helada en el rostro.

Saluda a su público, y luego me saluda a mí con su forma característica de saludar, ese guiño mitad bromista mitad tranquilizador con el que me asegura que está todo controlado.

Mi semblante se abre en una sonrisa de oreja a oreja. Nunca había salido con un boxeador. Es excitante.

Aunque, con él, todo lo es.

Hasta que se vuelve oscuro.

Seguiría coqueteando, provocándolo con la mirada, pero el sonido amortiguado de la campana marca el inicio del combate, y Ash se tiene que centrar en lo suyo y olvidarse de mí durante un rato.

—¡Qué nervios! —le digo a Julian, que ríe entre dientes y niega con la cabeza.

—Tranquila. Este está hecho de titanio. Va a enterrarnos a todos.

Me río de la cara que pone y después los dos prestamos atención a lo que está pasando en el cuadrilátero.

Ash se mueve con elegancia, esquivando y devolviendo golpes con una precisión que me tiene hipnotizada.

Sus músculos, tensos y perfectamente definidos, reflejan un poco de rigidez, pero su mirada fija y su expresión resuelta solo muestran determinación. Está al cien por cien concentrado en lo que hace.

El bullicio de la multitud reverbera en el aire, cada vez más ensordecedor según los guantes impactan contra un rostro o contra un costado. Adrenalina. Emoción. Un coro de vítores.

Ash se ha llevado un par de puñetazos en la cara, aunque ha sido el de las costillas el que le ha hecho esbozar un gesto de dolor. Espero que no le rompan nada. ¿Qué necesidad tiene de hacer esto?

De pronto, la irritación se apodera de mí como una marea furiosa. ¿No le basta con ser el CEO de la empresa más prospera de la ciudad, el líder despiadado del sindicato criminal y el mecenas de tantas organizaciones benéficas? ¿De verdad ahora necesita coronarse campeón en un combate de boxeo clandestino? ¡Este hombre es exasperante!

A unos cuantos metros de distancia de mí, en el cuadrilátero, su majestad escupe sangre y contrae la mandíbula. Se acaba de llevar otro gancho de derecha que le ha dejado un poco aturdido.

Ver al *Magnate del Ocio*, conocido tanto por su astucia empresarial como por su crueldad en los bajos fondos, lidiar con la brutalidad del boxeo clandestino me llena de exasperación. Es como si su apetito insaciable por el poder se extendiera a todos los rincones de su vida, joder.

Un nuevo golpe del invicto Sonny no sé qué encuentra su objetivo en la mandíbula de Ash, pero él ni se inmuta, solo vuelve el rostro hacia la derecha y luego mira de nuevo a su rival, de frente, desafiante.

Sus ojos muestran la frialdad de alguien que ha encajado golpes peores.

—¿Cuánto tiempo más van a seguir así? —le pregunto a Julian.

—Hasta que uno de los dos caiga. Eh —dice, apretándome la cintura con ademanes sosegadores—. Tranquila, que no le pasa nada, solo es un poco de sangre.

No sé yo… Entré por la puerta convencida de que iba a ganar, pero ahora ya no las tengo todas conmigo. Ese Sonny es una bestia sanguinaria. Ash se ha llevado unos buenos ganchos de derecha y se

le ve mareado. Espero que no tenga una contusión. ¿Y por qué no deja de escupir sangre? A ver si le van a romper los dientes…

—¿No deberían llevar protectores en la cabeza?

—Cariño, esto es boxeo callejero. Aquí no hay normas.

—Igual que en el Coliseo.

Oigo a Julian reírse por lo bajo.

Bueno, al menos él se divierte. Observa a su amigo con una sonrisa velada y ni se inmuta cuando le vuelven la cabeza hacia un lado de un puñetazo en la mandíbula o cuando le hacen doblarse hacia adelante tras un golpe en la boca del estómago que, sin duda, le corta la respiración.

Yo cierro los ojos cada vez que pasa, no soporto mirar cómo le pegan, pero Julian, tan tranquilo, presencia la escena con un brillo de orgullo en la mirada y hasta se descojona de la risa, como si un labio partido o una costilla rota fueran algo divertido de presenciar.

De vez en cuanto levanta los brazos por encima de la cabeza, aplaude y le grita a Ash palabras de ánimo del tipo: *acaba con ese puto gusano, Ash*, o i*No hagas que suba ahí y me lo cargue yo con mis propias manos, joder!*

No tengo ni idea de cómo he acabado metida en esto. Está claro que no estoy acostumbrada a gente como ellos.

Estoy tensa, y el sonido de los golpes que se mezclan con los rugidos y los aplausos del público me altera todavía más. Cada nervio de mi cuerpo está en alerta.

—*¡Sonny, Sonny, Sonny!* —ovaciona el público.

Julian, indignado, se vuelve hacia atrás.

—¡Callaos ya, mamones! ¡Que Sonny ni que pollas! Panda de gilipollas… —masculla para sí, pendiente de nuevo de lo que está pasando en el cuadrilátero.

En medio del tumulto, la concentración y el cabreo de Ash son palpables. Contrae de nuevo la mandíbula y su puñetazo impacta de lleno en la cara del otro.

—¡Ahora, ahora, ahora! —vocifera Julian, animado—. ¡Dale lo suyo a ese malnacido, Ash!

Y parece ser que es justo lo que él piensa hacer.

Vuelve de donde sea que lo hayan enviado los diez puñetazos que se ha llevado en los últimos tres minutos y golpea con toda su fuerza, canalizando una cantidad impresionante de energía para, acto seguido, descargarla con un golpe demoledor. El sonido del impacto corta el aire como un trueno.

La muchedumbre calla de golpe.

Sonny se queda aturdido, y entonces Ash empieza a machacarle. Jamás le había visto perder el control.

Hasta ahora.

El mundo exterior se desvanece para él. Cada puñetazo que le suelta al otro es una declaración de intenciones.

Voy a matarte, hijo de puta.

Así de claro. Golpe tras golpe, la cara del invicto Sonny acaba peor que la suya.

Con una fría determinación tallada en sus (antes del combate) atractivos rasgos, descarga toda su ira contenida, hasta que, con un golpe magistral, abate a su oponente y los árbitros le obligan a parar.

Se necesitan dos tíos para sujetarlo, porque no se detiene cuando se lo piden y la organización tiene que intervenir.

Esperamos unos segundos, inmersos en un tenso silencio.

Y por fin lo declaran vencedor.

La multitud estalla en jubilo. Ahí tenemos a nuestro nuevo campeón.

Me busca con la mirada y, a través de la sangre y las contusiones que desfiguran su bien parecido rostro, me lanza un guiño cómplice.

Me permito a mí misma una sonrisa discreta y un único pensamiento: así es cómo se crean los villanos. Años enteros llenos de golpes y abusos alimentan la oscura semilla hasta hacerla germinar.

Y luego ya no hay vuelta atrás.

Entre las ruinas de la inocencia, alejados de cualquier compasión, forjados por las cicatrices del pasado y la desidia de una sociedad que no ha sabido estar a la altura, se gesta la metamorfosis.

Y al final nacen ellos, los marginados de un mundo que los ha moldeado con su crudeza o con su indiferencia.

No hay que juzgarlos. No es culpa suya. Somos nosotros, todos nosotros, quienes les hemos fallado. Nuestra negligencia colectiva los ha empujado a esto.

La última máscara de Ash acaba de caer al suelo. Aquí está, de pie delante de mí, exponiéndose tal y como es. Y yo lo he visto todo. Ahora lo comprendo. Es como si me hubiera dado un paseo por el laberinto intrincado que es su pasado. He visto los golpes y las cicatrices. Le he visto apartar la mirada, y luego canalizar toda su energía para golpear de vuelta. He visto la fría determinación que ha marcado su camino.

Creí que era un hombre hecho a sí mismo. Me equivoqué. Lo hicimos nosotros, la sociedad entera, ciegos a su dolor, impasibles ante la tragedia de una familia rota en pedazos. Dios estaba muerto, su padre lo había abandonado y su madre no era más que una sombra en su memoria.

Solo se tenía a sí mismo, y actuó en consecuencia. Si el mundo le había vuelto la espalda, ¿qué iba a importarle a él el puñetero mundo?

Todo eso acabo de verlo en sus ojos al cruzarse nuestras miradas mientras el árbitro levantaba su brazo en alto y su nombre se iluminaba en el marcador.

En este local sórdido, rodeada por una muchedumbre frenética que aclama o maldice al nuevo campeón, he presenciado su ascenso desde el abismo hasta las cumbres, y ahora me pregunto con horror en qué momento y en qué lugar presenciaré el derrumbe.

Nadie es invencible. Esta noche ha ganado, pero la vida en sí es una batalla constante y contra el destino no se puede apostar.

Si algo sé sobre la suerte es que *siempre* se vuelve en tu contra. Como diría Ash: nos jode a todos por igual.

Y cuando la suerte decida joderle a él, mi mundo se hará pedazos.

Capítulo 21

Con cada combate te haces más fuerte.
(Película *Cinderella Man*, 2005)

Alexandra

—Auch.

Lo miro sin dar crédito. Le han machacado la cara y las costillas, probablemente tenga una contusión y algún órgano interno afectado, ¿y se queja cuando le echo un poco de alcohol en el labio?

—¿Auch? —repito, propinándole un golpecito indignado en su musculoso brazo—. ¿En serio? ¿Con las hostias que te han caído esta noche, vas y dices *auch* por esto?

Esboza una sonrisa indulgente, como si los golpes recibidos fueran meras cosquillas.

—De él me lo esperaba. Pero creía que tú ibas a ser tierna, bomboncito.

—Tierna. Tienes suerte de que no te machaque yo también. ¡Por gilipollas!

Ríe, un sonido que resuena cálido y ronco entre las sombras del callejón.

—¿Por qué estás tan malhumorada hoy? He ganado, ¿no? Y por lo que me ha contado Julian, vosotros también. Casi todos apostaron por el campeón invicto.

—Pero ¿qué necesidad había de esto? Mírate, ¡tienes la cara hecha unos zorros! —no puedo evitar gritarle. Me dan ganas de zarandearle—. Te duelen las costillas, ¿a que sí?

—No.

Rechaza la idea con mucha firmeza, pero no me creo nada.

—Anda que no —rebuzno mientras examino las huellas del combate en su rostro maltrecho. Él me aguanta la mirada, a pesar

de los moretones, las hinchazones y la sangre seca—. No puedes evitarlo, ¿verdad?

—¿El qué? —repone, apoyadas sus manos en mis caderas, su voz tan ronca que agita el aire a mi alrededor.

Me lo quedo mirando, analizo el cálido brillo de sus ojos detenidamente, y al final niego para mí.

—Meterte en líos.

Levanta la mano y me pasa el pulgar por la mejilla.

—Vivir es arriesgado, pequeña, y yo soy de los que prefieren las emociones fuertes. A veces, meterse en líos es el único modo de sentirse vivo. Solo hay dos cosas en el mundo que me producen este subidón de adrenalina en el cuerpo: las peleas y… tú —concluye después de una pequeña pausa, en la que sus chispeantes pupilas me han retenido con una fuerza magnética ineludible.

Quiero permanecer cabreada, pero no puedo evitar sentir una oleada de atracción ante sus palabras. Este hombre despierta algo salvaje en mi interior, algo que me asusta y al mismo tiempo me seduce.

—Eres un maldito temerario —espeto, temblorosas mis manos mientras limpio la herida de su labio partido. Esta vez ni siquiera parpadea; su mirada se pasea por todo mi rostro, calentándose cada vez más, según se acentúa la sonrisa en las comisuras de sus labios —. No entiendo cómo puedes tomártelo todo tan a la ligera. Es como si disfrutaras del dolor.

—Vale la pena sufrir un poco para conseguir la victoria. El dolor me recuerda que estoy vivo, y es una sensación cojonuda, que tú conoces bien. No finjas que no estás conmigo por el peligro y la emoción, señorita Alexandra. No te mientas a ti misma. Podrías salir con cualquier tío de la *Ivy League*, pero aquí estás, en este puto callejón que huele a pis, limpiándome a mí las heridas —susurra, con el rostro cada vez más cerca del mío.

Su mirada intensa parece traspasar las barreras del tiempo y el espacio, conectándonos en medio de la oscuridad con una fuerza magnética indestructible.

Tengo su cálido aliento acariciándome los labios. Sus manos, en mis caderas. La boca, a punto de poseer la mía.

—¿Ya estáis como gatos en celo otra vez? —brama Julian a mis espaldas, haciéndome pegar un brinco y retroceder de inmediato—. No se os puede dejar solos ni un cuarto de hora, joder. Toma, jefa. Tu pasta. Enhorabuena. Has hecho una buena inversión, y tu chico sigue conservando la dentadura.

Me vuelvo hacia él con una sonrisa irónica y cojo el fajo de billetes que me ofrece.

—Gracias. Me compraré algo bonito.

Ash me lanza un guiño socarrón. Sus manos siguen en mis caderas, calientes, acariciando, círculos que me erizan la piel y espesan el aire a mi alrededor.

—¿Qué? ¿Vamos a cenar, o queréis echar un polvo en el callejón?

—Necesita una novia urgentemente. ¿Tú no tendrás alguna amiga soltera?

La pregunta de Ash me hace reír y, a Julian, apretar las muelas.

—¿Qué pasa, que os molesto? Pues no pienso irme a casa. O me lleváis a cenar o, si no, os daré el coñazo toda la noche. Vosotros decidís.

Ash y yo intercambiamos una mirada horrorizada.

—Te llevamos a cenar —contestamos a la vez, con absoluta firmeza.

Julian inhala una profunda bocanada de aire que duplica el tamaño de su caja torácica y luego la suelta con expresión satisfecha.

—Cojonudo. Elijo yo el sitio.

*****

—Tenía que ser aquí —masculla Ash entre dientes, nada conforme con la elección de su amigo.

Seguimos en su barrio, restaurante clásico, bancos de polipiel rosa, todo el mundo conoce a todo el mundo...

Los camareros navegan entre las mesas con sus patines y sus platos rebosantes de suculentas hamburguesas y perritos calientes, todo acompañado de montañas de crujientes patatas fritas que huelen tan bien que mi estómago se rebela con un rugido ansioso.

La música, mezcla de jazz y rock, es perfecta para un lugar que narra historias de una América que ya no existe, la de los Kennedy y Audrey Hepburn, las Supremes y Marlon Brandon; leyendas de una época dorada donde la realidad se mezclaba con la fantasía y el mundo no parecía tan cruel como ahora.

Aunque puede que lo fuera. A fin de cuentas, siempre lo ha sido, ¿no?, desde que vivíamos en las cavernas y nos matábamos los unos a los otros por un bicho muerto o el amor de alguna hembra.

—¿Qué tiene de malo este lugar? —repongo, después de analizarlo todo al detalle.

Julian, con una sonrisa irónica, deja de examinar el menú repleto de grandes éxitos de la gastronomía americana y levanta el rostro hacia el mío.

—Nada. Y él estaría cómodo si no se hubiera tirado a todo el mundo.

Ash hace una mueca de exasperación.

—Qué gilipollez. Ni que me hubiera tirado también a los tíos.

Julian suelta una carcajada.

—No, pero te follaste a sus novias y ahora todo el mundo te mira mal y quiere partirte el careto.

Ash levanta con tranquilidad su vaso de agua y bebe un sorbo.

—Que lo intenten.

Echo una ojeada a nuestro alrededor, preguntándome con quién se habrá acostado. Lo cierto es que la gente no deja de observarnos. Las mujeres lo miran con deseo. Los hombres, con (Julian está en lo cierto) evidentes deseos de machacarle la cara.

—¿Y con quién te has acostado exactamente?

El semblante que compone deja claro que no piensa responder a mi interrogatorio.

—Si quieres, yo te lo cuento.

—Julian, —advierte entre dientes, con espeluznante calma — cállate, anda.

—¿Qué? ¿Te avergüenzas de tu pasado? Seguro que ella sabe que no eras virgen cuando te conoció.

—El pasado no importa —le gruñe a su amigo, su mano recién apoyada en la parte interna de mi muslo, estrujando mi carne, gesto

sin importancia que, aun así, me llena el estómago de electricidad y me deja con ganas de más, húmeda y con los pezones tirantes dentro del sujetador—. Y no me toques más la polla con el temita. ¿Podemos pedir? Tengo hambre.

Julian lo deja estar, y yo también. ¿Me molesta? A lo mejor, aunque sé que no tengo ningún derecho de cabrearme por las cosas que hizo antes de conocerme. Sería un poco hipócrita si me cabreara por algo así, ¿no? Todos tenemos una vida y un pasado.

Y todos intentamos ignorarlo, aun cuando nos golpea en la cara, como los pechos siliconados de la camarera, que no tiene reparos a la hora de plantarlos delante de mi novio y rozarle el hombro con ellos mientras le pone delante su plato de pollo frito.

—¡Hola, Ash! ¡Cuánto tiempo!

Vaya por Dios. Ese entusiasmo significa algo.

—Cami —dice él sin mirarla, más interesado en los muslitos de su plato que en las pechugas que ella expone sin pudor delante de sus narices.

—¿Qué haces en el barrio?

—Julian sentía nostalgia por los viejos tiempos.

—¿Solo Julian?

Ash levanta la mirada hacia la suya con deliberada lentitud. Camilla, según la etiqueta que lleva pegada en su top minúsculo, se mantiene sonriente, esperando la respuesta.

—Solo Julian —le responde, con un aplomo tan frío que la hace patinar de inmediato de vuelta hacia la barra.

Arqueo las cejas y él niega para indicarme que ella no es nadie y que no tiene el menor sentido hablar del tema.

Así que esto es lo que queda cuando termina el fuego. Aplomo frío y esa cara de *no me toques las pelotas, cielo.* Estupendo.

—¿Qué tal tu perrito caliente? —me dice como si no hubiera pasado nada.

—Está bueno. Pica un poco.

—Es la mostaza —asegura Julian, que parece haber probado todos los platos de la carta. Debieron de ser habituales de este sitio en el pasado—. La mejor de Ohio. La preparan ellos mismos.

—A Julian le encanta este sitio.

Pongo una sonrisa de lado, burlona.

—¿Solo a Julian?

Mi provocación lo hace asentir fastidiado.

—Solo a Julian. A mí me gustan los sitios con más clase.

A él le gustan las mujeres con más clase, eso es lo que me está diciendo en realidad. Colecciona trofeos y yo soy uno de ellos.

*****

Horas después, estamos en el sofá, haciéndolo, cara a cara, bien aferrados el uno al otro, sus ojos fijos en los míos y yo aguantándole la mirada mientras se inserta en mis entrañas.

—¿Qué hacías con ella? —le suelto de pronto. He intentado dejarme llevar, pero no consigo alcanzar ese estado de seminconsciencia que deja mi mente en blanco.

Ash se detiene y me observa serio, en absoluto silencio.

—Pues follar.

—¿Así? —pregunto al mismo tiempo que le paso los dedos por el pelo y lo cabalgo despacio.

Me pone una mano en el cuello y echa mi cabeza hacia atrás hasta situar mi boca a la altura de la suya.

—No. Así no —responde, provocándome con sus labios para luego dejarme con las ganas.

En vez de besarme, me inhala, se llena los pulmones de aire mientras pasea la nariz por el tallo de mi cuello, haciéndome estremecer, y luego vuelve a clavar su implacable mirada en mi rostro.

—Entonces, ¿cómo?

—Ya te dije que cada relación es diferente. Con ella solo era sexo.

—¿Y conmigo? —murmuro, buscando la respuesta en sus pupilas, brasas encendidas que despiertan una tormenta de emociones en mi interior.

Durante unos segundos, sostiene mi mirada con una intensidad que llena mi estómago de chispas, y poco a poco sus labios empiezan a dibujar una sonrisa tierna.

—A ti te lo doy todo. No hay limitaciones.

Me aferro con las dos manos a su cara magullada y lo beso, y todo vuelve a la normalidad, su lengua da vueltas por mi boca mientras su miembro cobra vida de nuevo en mi interior, metido bien adentro, golpeando y retirándose, trazando círculos hasta llevarme de nuevo a ese lugar en el que no hay pasado ni futuro, donde puedo abandonarme sin remordimientos y observarlo muy de cerca, mientras se vacía lenta y largamente en lo más profundo de mi cuerpo, sin cerrar los ojos, sin crear fantasías; el ceño fruncido, los músculos tensos y empapados en sudor, aquí, al cien por cien conmigo, en nuestra burbuja especial, sin nadie que nos importe, sin una moralidad que nos frene.

Solo él y yo, y que les jodan a todos.

Capítulo 22

Las mujeres. ¡Dios mío! Le vuelven a uno loco. De verdad .
(J.D. Salinger)

Ash

Es una de esas tardes lánguidas de comienzos de julio, en las que lo único que te apetece hacer es tumbarte bajo la sombra de algún árbol frondoso y dejar que el mundo siga su curso lo más lejos posible de ti, para que no altere la armonía de tu letargo.

Al ser festivo nacional, nadie, ni siquiera yo, tiene que trabajar hoy, así que me he traído a Alexandra a una barbacoa en casa de mi buen amigo Ax, en la misma zona en la que ella y yo vivíamos antes, una exclusiva urbanización llena de mansiones ocultas entre jardines exuberantes y gente muy respetable.

Todo el mundo lo ha desaconsejado, pero aquí estamos, tomando mojitos. Incluso yo, que prefiero las bebidas más fuertes, me he dejado seducir por la frescura de la hierbabuena, sobre todo después de haber catado su exquisito sabor en los labios de Alexandra, antes de que ella me dejara plantado por otras compañías más interesantes que la mía.

Daisy ha dicho que Ax y yo somos dos *muermazos* y se la ha llevado al otro lado de la piscina, donde está la gente *guay,* en un ambiente *chill out* probablemente provocado por un excesivo consumo de narcóticos.

Ax y yo intercambiamos una mirada socarrona al verlas marchar y acordamos, tácitamente, divertirnos a nuestra manera. Es decir, quedarnos sentados en un cómodo silencio que solo dos buenos amigos podrían compartir.

En el grupo de los *guays* fluyen las risas y las conversaciones animadas. Algunos tíos musculosos y sin ningún rastro de vello corporal (exacto, se han depilado las piernas con cera), se tiran de cabeza a la piscina para impresionar a la anfitriona.

Otros hacen acrobacias al lado de la barbacoa que Axel no ha encendido todavía.

La competencia por captar la atención de Daisy es evidente; todos gritan su nombre, ¡*Daisy, mira esto!, ¡mira lo otro!*

Cada uno de sus invitados parece estar dispuesto a hacer lo necesario para ganarse su admiración.

Me entristece descubrir que, como siempre, ella está más preocupada por esos gilipollas de cuerpos bronceados y brillantes por el aceite que se han echado que por la niña que juega sola en una esquina del jardín, resignada ante la falta de atención de su progenitora.

Está claro que Daisy tiene otras prioridades en su vida y que una hija y un marido no llenan el vacío que tiene dentro. No apoyo su estilo de vida bohemio, aunque tampoco lo condeno. Cada uno es libre de hacer lo que le plaza.

En cuanto a la cría, al menos tiene a Ax. No me cabe duda de que, incluso si se divorciaran, él seguiría siendo el padre de Ally, al igual que John fue el mío en su momento.

Mi propio padre me enseñó que la sangre no importa una mierda.

—Voy a ver si la niña se ha echado crema solar —le oigo decir por encima de las risotadas y los chapoteos de los *guays*—. ¿Te traigo otro mojito?

—Pues sí. Si me haces ese favor…

Le doy un último trago a la copa que tengo en la mano, le entrego el vaso vacío y lo sigo con la mirada por el jardín. Axel es un buen tío. Siempre lo ha sido. Me habría gustado que él y Violet acabaran juntos, pero, en fin, las cosas no siempre salen bien.

El móvil cobra vida en el bolsillo de mis pantalones blancos de verano, una vibración que interrumpe por completo la placidez del momento, ya que me hace ser consciente del mundo frenético que coexiste en la misma dimensión que este remanso de paz. Elijo ignorarlo y aferrarme con las dos manos a este presente. Sea cual sea la noticia, buena o mala, en este jardín todavía no ha pasado y no voy a dejar que pase de momento.

Recostado junto a la piscina, con la copa en la mano y las gafas de sol puestas para que la gente deje de preguntarme quién me ha pegado una paliza, echo la cabeza hacia atrás como si deseara observar mejor el parsimonioso atardecer que nos envuelve, pero lo cierto es que enseguida cierro los ojos y dejo la mente en reposo.

No me apetece compañía ahora mismo. Solo quiero disfrutar del murmullo de la brisa que se filtra entre los árboles, el aroma del césped recién cortado y el vinilo de Dolly Parton que Daisy ha seleccionado para ambientar la fiesta.

Si hay algo que se le dé bien a Daisy, aparte de la coca, es organizar interesantes veladas que reúnen a gente muy diversa. Un talento que no todo el mundo posee.

Sé que Ax no lo ve como un don, más que nada porque su mujer organiza estas bucólicas reuniones casi a diario, pero yo personalmente aprecio su habilidad a la hora de crear ambientes como este, acogedores y entretenidos.

Entre las amistades que cultiva hay de todo: artistas excéntricos, aristócratas caídos en desgracia, ejecutivos de traje y corbata, y hasta algún que otro *famosete*.

—Me olvidé de decirte que Daisy ha invitado a Aiden y a Serena a la barbacoa de esta noche —se materializa la voz de Axel en mitad de mis pensamientos.

Me enderezo en la tumbona, cojo la copa fría que me ofrece y contemplo el tenso perfil de mi amigo, preguntándome qué secretos o preocupaciones ocultan esos rasgos que tengo la sensación de conocer desde siempre.

—¿Y van a venir?

—No estoy seguro. Estaban en California esta mañana, salieron en las noticias, así que, a no ser que vengan en *jet* privado…

—Capaces son —rezongo, disgustado.

Noto que Axel me observa con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—No tienes mal rollo con Aiden, ¿no?

—¿Por qué iba a tenerlo? —repongo, sin mirarlo.

—Yo que sé. Como te liaste con su mujer…

—*Casi* me lie —corrijo con calma—. Aiden nos interrumpió antes de que la sangre llegara al río. Y eso es agua pasada. Solventamos el problema esa misma noche. Le dejé que me pegara una paliza y adiós muy buenas. Lo he visto un par de veces desde entonces.

—¿Y?

—Y estamos bien —lo tranquilizo con un rastro de exasperación en la voz—. No es que seamos amigos, nunca lo hemos sido, pero mantenemos la dinámica de siempre, la de no te tocaré la polla a no ser que me la toques tú a mí primero.

—Una buena estrategia.

—La mejor.

Tras esta breve conversación, los *muermazos* nos volvemos a refugiar en nuestro silencio cómodo.

El sol, cada vez más bajo y desfallecido, se filtra entre las hojas de los árboles que se yerguen a nuestras espaldas, proyectando un caleidoscopio de luces y sombras sobre la superficie lisa de la piscina.

Tengo la sensación de que el tiempo se mueve muy despacio hoy. ¿Cuánto hace que empezó a atardecer y, sin embargo, ahí sigue el sol, suspendido en el horizonte?

Busco con la mirada a Alexandra que, en bikini, se echa crema solar al otro lado de la piscina que nos separa. La encuentro reírse por algo que le acaba de decir uno de los *amigos* de Daisy.

Según Ax, esos pimpollos llenos de esteroides son algo más que amigos. No soy un tipo particularmente celoso, pero no me haría mucha gracia que mi mujer invitara a sus amantes a casa.

Ni que tuviera amantes…

Axel nunca le habría permitido algo así a Violet. Claro que su mujer no es Violet ni significa para él lo mismo que significaba ella.

Me abstraigo por unos segundos en la música. A mi madre le encantaba Dolly Parton, y todavía más esta canción (*Jolene*). Siempre la escuchaba en bucle, supongo que por motivos obvios. El amor de su vida la había abandonado por una mujer con la que ella no podía competir y esa es precisamente la letra de la canción. Al final jodió el vinilo y ya no compramos otro.

—¿Qué tal la niña? —le pregunto a Ax, para evitar adentrarme en mierdas que ya no tienen la menor importancia—. ¿Se había echado crema solar?

—No, qué va. Se la acabo de echar yo. Ya tiene los mofletes colorados.

Me echo a reír, tomo otro trago y miro de nuevo a Alexandra. Todavía no hemos hablado de hijos. Ni idea de qué opinará al respecto. A mí me gustaría tenerlos. Creo que sería un buen padre, muy en la línea de Axel y John.

Por Dios. ¿Qué le estará contando ese? Parece una charla muy entretenida. Ella no deja de reírse.

Ax sigue la dirección de mi mirada y esboza una sonrisa socarrona al verme fruncir el ceño.

—A todo se acostumbra uno —me dice, divertido.

—Ni de puta coña. Yo no me acostumbraría. Lo que haría sería cargármelo. —Me vuelvo hacia él y lo señalo con el dedo—. ¿Tú te acuerdas de cuando, debían de ser los noventa, el jefe de esa familia criminal de Nueva York ordenó a dos sicarios que le cortaran la polla a uno que se tiraba a la mujer de…? No estoy seguro de si era un capitán o un *consgiliere*, pero yo haría lo mismo.

Axel suelta una carcajada.

—¿Irías a la cárcel por ella?

Me enciendo un cigarro y lo chupo con tranquilidad.

—Incluso al Infierno —respondo después de expulsar el humo que he retenido unos segundos en los pulmones.

Mi amigo se cruza de brazos y se la queda mirando, valorativo.

—Debe de ser especial, entonces.

—Lo es.

—¿Qué tal te va con ella?

Me encojo de hombros.

—Bueno… Tenemos días buenos y días malos. Como todo el mundo, supongo. Estar con Alexandra es como intentar domar a un caballo salvaje. Divertido, excitante, pero, sobre todo, peligroso.

—¿Peligroso? No digas chorradas. ¿Cómo va a ser ella peligrosa para ti?

Expulso hacia arriba una nube de humo y vuelvo la mirada hacia la suya.

—Tú lo sabes mejor que nadie, Ax.

Asiente al comprenderlo y le oigo chasquear la lengua.

—Así que tu gran amor, ¿eh?

—Tío, no te lo imaginas. Si la perdiera, me volvería loco.

Me pone mala cara.

—Ash, no vas a perderla por ese gilipollas.

Entorno los párpados por debajo de las gafas.

—No, hombre, no. Ese pringado me suda la polla. Me refiero a que podría perderla por causa de la vida que llevo y eso sería devastador.

Se produce un silencio, que asegura que mi amigo entiende lo que le estoy diciendo.

—¿Crees que está en peligro?

—Ella es una debilidad, y la gente como yo no debería tener debilidades porque eso hace que seas vulnerable.

—¿Por qué no cortaste con ella después del *incidente*?

—Iba a hacerlo —admito después de unos segundos. El humo escapa a través de mis labios en un hilo delgado, y pasa un buen rato hasta que vuelvo a hablar—. Iba a hacer lo mismo que hiciste tú con Vi. Incluso le había comprado un billete de avión a California. Tenía el puto discurso hecho. Solo quería follarte, eres un trofeo, bla bla bla.

—¿Y qué pasó?

Sacudo la cabeza, atribulado.

—No preguntes. El caso es que aquí estamos.

Axel toma un trago y me sonríe con afabilidad.

—¿Hay avances?

—Los habrá a partir de mañana. Pasamos a la ofensiva.

Lo veo vacilar. Luego, dice:

—No pareces contento.

—No lo estoy.

Me da una palmadita de ánimo en el hombro y yo hago el esfuerzo de componer un gesto cansado que intento pasar por una sonrisa.

—Piensas retirarte, ¿verdad?

Digo que sí con la cabeza. Estoy tomando un trago y no puedo responder.

—Pero primero tengo que ganar el juego, tío. Esto es como *Jumanji.* O ganas la partida o la palmas, y yo no estoy por la labor de palmarla, mucho menos ahora, que me va mejor que nunca. He encontrado a mi media naranja. Sería una lástima que alguien me pegara un tiro antes de que llegara a disfrutarla lo suficiente, ¿no crees?

Ax niega para sí.

—Está bien que te lo tomes con guasa.

—Yo lo llamo filosofía.

—Tú eres un capullo —dice mientras se enciende un habano.

Me río entre dientes y sigo mirándola. Deberíamos hablar en breve del tema de los hijos, si es que no corta conmigo a finales de esta semana, cuando empiecen a salir noticias escalofriantes en los periódicos.

Capítulo 23

Es algo bueno haber nacido para morir, aunque sólo fuera para eso.
(Jack Kerouac)

Ash

El cielo pasa de los matices dorados y rojos a los tonos índigo y violeta según la noche se apodera lentamente de la colina.

Ax y yo, alumbrados por la luz de decenas de farolillos colgados entre los árboles, nos encontramos junto a la parrilla de carbón, compartiendo viejas anécdotas delante del fuego que crepita con un brillo reconfortante.

Nos hemos pasado a las cervezas. Al final, los dos acabamos hasta el nabo de los mojitos.

—¿Qué tal si empezamos a pegar tiros a las botellas para espantar a los pimpollos de Daisy?

—No vamos a pegar tiros a nada —intento calmarlo, con una risita—. Concentrémonos en dar de comer a toda esta gente.

—Pues a mí me apetece disparar esta noche.

—Estás borracho. A ver si vas a darle por error a uno de esos capullos depilados.

El suave roce de Alexandra al abrazarme por detrás me arranca una sonrisa. Coloco la mano sobre su antebrazo y sigo explicándole a Axel por qué no es buena idea empuñar un arma esta noche.

—Hay niños en la fiesta. ¿Qué pensaría Ally? ¿Esa es la parte de ti que quieres que vea?

Ante mi argumento irrefutable, se da por vencido, y entonces puedo hacerle caso a mi chica.

Me vuelvo hacia ella y rozo sus labios con un beso suave.

—Hola, pequeña. ¿Te lo estás pasando bien?

—Muy bien —me responde con una chispa traviesa en los ojos—. ¿Y tú?

Se la ve contenta. Sonríe de oreja a oreja.

—Yo también —aseguro, dejándome contagiar por el calor de su sonrisa.

—¿No te relacionas con los mortales?

—¿Con esos gilipollas de ahí? —repongo, echando una miradita disgustada al grupo de los *guays*—. No son de mi estilo.

Al oír su risita, mis ojos descienden sobre su rostro. Durante unos segundos, intento capturar cada matiz, con una intensidad que solo ella podría provocar.

—Daisy dice que podemos quedarnos a dormir. Han habilitado montones de habitaciones para los invitados. Por si bebemos más de la cuenta.

—¿Quieres quedarte a dormir?

Se encoge de hombros.

—Mañana hay un *brunch*.

Entorno los párpados.

—Bien. Pues nos quedamos, si quieres.

—¡Tío Ash! —oigo de repente.

Me vuelvo hacia la derecha, sorprendido, y entonces una adolescente alta y rubia salta a mis brazos y se agarra a mi cuello.

—¿Trish? Dios Santo, casi no te reconozco. ¡Pero qué guapa estás, *jodía*! ¿Cuánto mides ya?

—Metro setenta.

—La puta hostia. Al final te comiste los guisantes, ¿eh?

—Decías que había que comérselos si quería ser tan alta como tú.

—Cierto. Me alegro de verte, ratoncita.

La abrazo, riéndome, y cuando ella se separa de mi gran abrazo de oso, me vuelvo hacia Alexandra, que nos observa a los dos con las cejas arqueadas.

Rodeándole los hombros a Trish con el brazo, le digo:

—Esta es Trish. Le hacía de canguro cuando era pequeña.

—Mientras seducía a su madre —añade una voz seca a mis espaldas.

Me giro con los ojos en blanco, dejando escapar un suspiro teatral.

—Tenías que decírselo, ¿verdad?

—Pues claro —me contesta Aiden con una sonrisa burlona—. ¿No será que te avergüenza tu pasado, *tío Ash*?

—Este gilipollas de aquí es Aiden —le explico a Alexandra.

—Ya sé quién eres —le dice ella con una sonrisa, mientras estrecha la mano que él acaba de alargarle—. El príncipe del rap.

—El mismo.

—Alexandra. Encantada de conocerte.

—Igualmente. Nenita, ¿por qué no vas a saludar a tu prima Ally mientras papá y el tío Ash se ponen al día?

—Pero no os peleéis —nos advierte Trish, que nos señala a los dos con el dedo, como diciendo *sé de lo que sois capaces*.

—¿Pelearnos? —la tranquilizo con un gesto—. Nooo. No vamos a estropearle la fiesta al tío Ax.

—¡Más os vale, capullos! —grita este desde la barbacoa. Acaba de echar las hamburguesas y las salchichas y tiene que vigilarlas.

Trish planta un beso en mi mejilla y sale corriendo.

—¿Y cómo es que se lio con la madre de Trish? —le pregunta Alexandra a Aiden, con una curiosidad traviesa bailando en sus pupilas.

—Mejor te lo cuento yo, que estaba ahí. Aiden estaba en la cárcel.

King se vuelve hacía mí con las cejas peligrosamente fruncidas.

—¿Te liaste con mi mujer cuando estaba yo en la cárcel?

Intento hacer memoria. Ha pasado toda una vida desde entonces.

—Puede que estuvieras en Los Ángeles. No lo recuerdo bien.

—Convenientemente. Nunca se acuerda de nada, el gilipollas este.

—Así que ella era tu mujer.

—Mm-hm. ¿Ves a esa rubia de ahí? Pues es ella. Serena.

—¿Y qué hiciste tú cuando te enteraste? —quiere saber Alexandra, siempre muy fascinada por mi pasado.

—Partirle la cara —le contesta Aiden con una risotada.

Ella le da un sorbo a la copa helada que alguien le acaba de plantar en la mano y nos observa a los dos con las cejas arqueadas

en un gesto irónico.

—¿Y qué hizo él?

—Dejarse pegar.

—Comportarme como un caballero.

Se echa a reír al escuchar mi explicación. Intercambia una mirada conmigo y luego dice:

—¿Y después volvisteis a ser amigos?

Aiden y yo nos miramos, horrorizados.

—¿Quién? ¿Este y yo? —dice él al mismo tiempo que yo aseguro:

—Oh, no, nunca lo fuimos.

—Ah, ¡que no sois amigos! —exclama, todavía más divertida.

Los dos ponemos cara de grima.

—¡Claro que no somos amigos! —profiero, mientras Aiden suelta un *ni de coña* entre dientes.

—¿Y de qué os conocéis?

Lo miro y él me mira a mí.

—Mi madre se la chupó por cinco pavos —le contesta él, al mismo tiempo que yo respondo con un inofensivo *del barrio*.

Tenso los dedos alrededor de la botella de cerveza.

—¿A que te parto la cara, rapero?

—¡Tu madre es Cristal, la del bar! —cae Alexandra de pronto, después de lo cual me mira a mí con expresión socarrona—. ¿Te la chupó por cinco pavos?

—Mira, no quiero hablar del tema —me mosqueo de inmediato.

Ella se echa a reír.

—Se avergüenza de su pasado —le susurra Aiden, burlón.

Los fulmino a los dos con la mirada y me acerco a echarle una mano a Axel con la barbacoa.

—Ese capullo me ha dejado en muy mal lugar delante de ella.

—Ash, Alexandra sabe quién eres —me intenta aplacar Ax, que siempre ha sido un tío tranquilo que ha pasado de rollos—. No creo que le importe tu pasado. ¿Te importa a ti el suyo?

Frunzo el ceño mientras lo sopeso.

—No sé mucho de su pasado porque no hay mucho que saber. Ella es una chica ejemplar. Ni siquiera sé qué cojones hace conmigo…

—Los contrastes se atraen, tío. Como yo y…

Se calla abruptamente antes de decir su nombre. Lo miro y después le doy una palmadita compasiva en el hombro.

—¿Tú estás bien, tío?

—Claro. ¿Mostaza?

—¿Eh?

—Que si quieres mostaza en el perrito caliente.

—Ah. Sí, tú echa, no te cortes.

*****

Voy a llevarle un perrito caliente a ella, todo sumiso porque no sé de qué humor estará después de su larga conversación con Aiden. A saber lo que le habrá contado ese capullo sobre mí. Seguro que nada bueno.

—Te traigo la cena.

Levanta la mirada hacia la mía y sus ojos se iluminan con una mezcla de diversión y complicidad.

—Gracias. He conocido a la mujer de Aiden, Serena. A diferencia de su marido, ella me ha hablado maravillas de ti.

—Me alegro —respondo secamente mientras me siento a su lado en el césped.

En cinco minutos van a empezar los fuegos artificiales, y Alexandra parece ser la única de la fiesta interesada en mirarlos. Los demás invitados siguen charlando junto a la piscina, pero ella se ha sentado en el sitio más alto del jardín y observa emocionada el cielo.

—¿Quieres que me marche? —le digo de pronto.

Sus ojos descienden hacia los míos llenos de desconcierto.

—¿Por qué iba a querer eso?

—No quiero estropearte la fiesta, así que, si estás disgustada por lo de…

—Ash, para. Por favor. Mira, yo ya sabía que eras un mujeriego cuando te conocí. No puedo enfadarme por algo que hiciste hace veinte años.

—¿Tanto ha pasado? Qué viejo estoy, joder.

Alexandra se pasa la lengua por los labios y luego se cubre el labio inferior con los dientes mientras su mirada se pasea por toda mi cara, calentándose poco a poco.

—Todos tenemos un pasado. No le demos más vueltas, ¿vale?

—Por mí, estupendo. ¿Puedo besarte? —le digo, dejando que mi deseo de perderme en ella se filtre a través de mis palabras.

—¿Ahora pides permiso? —repone con una sonrisa juguetona.

—Solo cuando dudo.

—¿Y dudas porque…?

—Porque no sé si tú quieres besarme a mí ahora.

Su boca se abre, como si estuviera a punto de decirme algo, pero al final se calla, se acerca y sus labios encuentran los míos en un beso cargado de electricidad, que borra el desagradable recuerdo de un pasado que está muerto para mí.

No puedo contenerme, le cojo la barbilla con una mano, le meto la lengua dentro, y justo entonces empiezan los fuegos artificiales. Toda una explosión de luz y color estalla en el cielo nocturno mientras ella y yo nos besamos, ajenos a cualquier cosa que no sea esto.

—Eres lo mejor que me ha pasado en toda mi vida, señorita Alexandra —murmuro cuando el beso se ha calmado poco a poco hasta detenerse mis labios encima de los suyos.

Ella rodea mi cabeza entre los dedos y me obliga a mirarla.

—Yo también te quiero, *casanova*.

Me echo a reír, la envuelvo en un abrazo, enternecido por la fragilidad de su cuerpo contra el mío, y nos quedamos los dos absortos en el espectáculo que ilumina el cielo.

El mundo entero se desvanece a nuestro alrededor. Esto es perfecto.

De haber muerto hace diez años, cuando me pegaron tres tiros delante de uno de mis almacenes, no la habría conocido. Me habría ido de este mundo asqueroso sin saber cómo se encienden sus ojos cuando algo la apasiona de verdad, sin sentir la electricidad que recorre mis venas cada vez que mis labios tiemblan encima de los suyos, sin amarla como la amo esta noche, mientras los dos nos reímos, fascinados por la danza de los fuegos artificiales.

Pero sobreviví, y mucha gente morirá por ello.

Capítulo 24

El poder no es algo que se da, es algo que se toma.
(Frank Costello, mafioso estadounidense)

Ash

Lunes
A mis espaldas, el rugido de ocho detonaciones engulle el silencio de la noche mientras yo avanzo por el aparcamiento con calma, como si el caos que dejo atrás fuese solo una parte más del decorado que me rodea.

Un cigarro sin encender me cuelga en una de las comisuras de la boca. La cerrilla, firme entre mis dedos, aguarda, dispuesta a desatar más destrucción, si fuera necesario.

Por el auricular se agolpan voces eufóricas. Todos me felicitan por el triunfo. El rey ha bajado a las trincheras. De vez en cuanto hay que motivar a los hombres que dan su vida por ti, enseñar a los becarios cómo se hace, joder.

En Grupo W solo tenemos una regla: si hay que morir, que sea en el campo de batalla, llevándote por delante a todos los hijos de puta que se crucen en tu camino.

—Jefe, alguien acaba de llamar a los bomberos.

—Ya iba siendo hora, Mickey Mouse.

Me enciendo el cigarro, usando las manos para proteger la llama de los caprichos del viento, y fumo con calma, inmune ante la tragedia.

—¡¿Quieres salir de ahí de una puta vez, muchacho?! —se enerva Seven, puro nervio como siempre.

—Tranquila. Dispongo de ocho minutos. No hay prisa. Si los camiones salen del punto A ahora mismo y su velocidad máxima es de…

—Que te den por el culo, Einstein —me acalla, tan malhumorada que me echo a reír.

Apago la cerrilla con la punta de la bota (no queremos un incendio descontrolado en el descampado) y me alejo imperturbable del fuego que consume a mis enemigos.

—Ash… —gruñe Julian en mi oído—. Te has dejado un almacén intacto, cabronazo inútil.

—Lo sé —respondo sin alterarme. Extraigo el spray de pintura de mi chaqueta y lo guardo bajo el asiento de la moto para futuras ocasiones. Luego le aclaro a Julian el porqué del asunto—: Necesitaba una pared para dejarles un mensaje.

Se produce un silencio lleno de expectativa en la línea. Probablemente todos hayan dirigido sus prismáticos hacia el edificio más retirado para buscar el recado.

—¿*A mamarla*? —lee Serpiente, con la risa palpable en la voz.

—A mamarla, joder. Cuando la palme, quiero que pongáis eso en mi puta lápida.

—Vas a palmarla antes de lo que crees como ¡NO MUEVAS EL CULO YA, IDIOTA!

—Seven necesita echar un polvo lo antes posible. La noto tensa. ¿No tendréis algún primo soltero que esté bueno?

—Que te jodan.

—Yo primos no tengo —me responde Julian con voz guasona—, pero si hay que echarle un polvo a la Seven, me sacrifico.

—Más quisieras tú, capullo —le dice ella, riéndose.

Tiro el cigarro al suelo con desdén, dirijo una mirada impasible a las naves industriales en llamas, como si la sensación de poder y control que emana de cada fibra de mi cuerpo no me estuviera emocionando en lo más mínimo, y me marcho con la misma serenidad con la que llegué, sin que nada me perturbe o me frene.

Nadie se interpone en mi camino. No hay límites ni barreras. No hay nada, solo un aplomo helado y la firme convicción de que he hecho lo que debía.

A dos kilómetros de distancia del incendio, nos cruzamos con los bomberos.

—Y por eso hay que aprender matemáticas, chicos.

—Para colmo, se regodea —reniega Seven, aunque noto una pizca de diversión en su voz, bien oculta tras la capa de malhumorado sarcasmo.

Puede engañar a todo el mundo, pero no puede engañarme a mí. Yo la conozco demasiado bien. Veo a la niña asustada que una vez fue, oculta detrás del butacón, aguardando aterrada los horrores de una nueva noche en un mundo oscuro y lleno de monstruos privados de cualquier humanidad.

Tenía quince años y las manos llenas de cicatrices cuando la conocí. Su jefe disfrutaba apagando el cigarrillo en su piel.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces. Ahora camina con paso firme y altivo, y todo el mundo se lo traga. Solo yo conozco la fragilidad que todavía reside en lo más profundo de su ser.

Pero nunca se lo diré a nadie. Porque, algún día, cuando yo muera, ella será la reina, llevará mi corona de espinas, y tendrá que engañarlos a todos, tal y como he hecho yo durante los últimos quince años.

Todavía no está lista para asumir el cargo. Ni siquiera le he contado mis planes. No sabe que, antes de lo que nadie podría imaginar, accederá al trono como soberana absoluta de los bajos fondos, donde se verá obligada a mantener el frágil equilibro del que ahora se mofa.

No lo comprendería si se lo dijera esta noche. Aún es pronto para desvelarle nada. Debe enfrentar incontables batallas para alcanzar la madurez necesaria y así estar a la altura del desafío, pero lo logrará.

Seré su mentor en la oscuridad que la aguarda, la ayudaré a esconder los esqueletos de su vulnerabilidad en el armario, y, cuando lo consiga, estará lista para gobernar mi reino.

Porque solo alguien forjado en las llamas del dolor propio y la crueldad de los demás, alguien que ha estado oscilando entre los dos bandos, luz y oscuridad, poder y vulnerabilidad, puede verdaderamente lidiar con la dualidad de este cargo.

*****

Martes

Vivimos en un universo despiadado, donde la única ley que impera es la de la jungla. Los poderosos devoran a los débiles.

Y eso es lo que está pasando aquí esta noche.

Con destreza y una coordinación impecable, rodeamos a nuestra presa como leones en la feroz sabana africana, sin dejarle más opción que la de rendirse.

La noche es nuestra, y emergemos de las sombras todos a la vez, peligrosos y desafiantes, con nuestros motores potentes, nuestros rostros encapuchados y nuestra fría determinación; un grupo de veinticinco tíos, más Seven, todos dispuestos a abrazar la anarquía del mundo cruel en el que vivimos, donde no hay margen para la misericordia o el perdón.

Antes de que los camioneros puedan siquiera comprender la magnitud de la amenaza, ya están superados en número y sin tiempo para reaccionar.

El silencio tenso se rompe solo por el frío cañón de una pistola presionando contra la mejilla de aquellos que osan resistirse.

—Por si no os habéis dado cuenta, *capullos*, esto es un atraco y más vale que ninguno de vosotros se mueva, joder.

—Esta mercancía es de don Carlos Alberto, huevón —protesta, desafiante, el camionero al que estoy apuntando con mi arma.

Trata de mantener la compostura frente a la violenta intrusión de mi gente y la de Tiger, pero le tiembla la voz. Cree que somos bestias como los jefes que les pagan la nómina, y me gusta que piensen eso porque así me aseguro una noche tranquilita.

—¿Ah, sí? Pues dile a Carlos Alberto que me chupe la verga. Ahora la mercancía es mía. Y dile también que no he hecho más que empezar.

—Todo listo —me avisa Tiger por el auricular.

—Baja de la cabina —le ordeno al conductor con voz fría y despiadada—. Las manos donde pueda verlas.

En cuanto obedece, uno de los chicos de Tiger ocupa su lugar.

—Iros —les digo a mis socios, sin que me flaquee la mano que sostiene la pistola bajo la barbilla del camionero—. Nosotros os cubrimos.

—Un placer hacer negocios contigo, tío —se despide Tiger.

Los míos seguimos apuntando a los conductores con las pistolas mientras los suyos se llevan los camiones llenos de droga en dirección contraria a donde se dirigían. Esto de tener aliados no está nada mal.

—Carlos Alberto te colgará de los huevos por esto, mamón.

—Tiemblo de miedo. Venga, acabemos con esto de una vez. Ya sabéis lo que tenéis que hacer, chicos.

—Por favor, por favor, no nos matéis —se viene abajo uno de sus compañeros—. Nosotros solo somos conductores.

—Si la situación se diera a la inversa, vuestro jefe no tendría reparos a la hora de cargarse a los míos—. El hombre solloza, y yo me destapo la cara y me lo quedo mirando—. Pero tenéis suerte de que yo no sea vuestro jefe, así que estaros tranquilitos, dejarnos acabar y podréis volver a casa con vuestras familias para la hora del desayuno. *Nada.De.Estupideces.*

El discurso ha calado. No mueven un dedo. Están en este negocio por dinero, no por lealtad como nosotros. Solo son mercenarios. No van a dar su vida por alguien en quien no creen y que sin duda no haría lo mismo por ellos.

De modo que se quedan tranquilos y nos dejan registrarles en busca de armas o móviles, y yo, una vez confiscado cualquier material peligroso, cumplo con mi palabra y doy la orden de retirada.

Antes de partir, le extiendo mi tarjeta al camionero que ha tenido suficiente sangre fría como para intentar enfrentarse a mí.

—Toma. Dile a Carlos Alberto que me llame un día de estos, *huevón.* A ver si tomamos un café o algo. Y anima esa cara, joder. Esto no es personal. Solo son negocios, tío.

Me llevo dos dedos a la sien para despedirme, monto en la Harley y me marcho, dejándolos ilesos en mitad de la nada, porque así es como hacemos las cosas en esta ciudad. No somos salvajes. Somos empresarios que protegen sus negocios. Nada es personal. Salvo alguna cosa.

*****

Viernes

La mañana empieza como otras tantas: en pleno tiroteo con unos mexicanos.

Me encantaría despertarme un día de estos e iniciar la actividad como cualquier otro ser humano normal, ¿tal vez con un plato de huevos humeantes, un café recién hecho y la mujer que quiero sentada en mi rodilla, vestida solo con alguna de las camisas que me robó?

Por desgracia, cuando eres alguien como yo, algo así es imposible. Motivo por el cual, a las cinco de la mañana, antes incluso de que amanezca del todo, Seven y yo descargamos nuestras pistolas en un callejón de mierda que huele a pis.

El Chino, el Holandés y un ruso, cuyo nombre ahora no recuerdo, nos cubren las espaldas.

El tiroteo es de lo más normalito. No va a acabar con un fiambre tendido en el suelo. Lo sabemos todos, los mexicanos, los rusos y nosotros. Solo estamos haciendo el imbécil.

Yo estoy protegido por el lateral de uno de mis coches, un precioso Corvette de color azul turquesa, que saqué ayer del garaje porque este fin de semana tengo pensado llevar a Alexandra al campo y no quiero llevarme esa mierda de Ford viejo otra vez.

He alquilado una casa junto a un lago para que tengamos un fin de semana romántico y, sobre todo, tranquilo.

Apenas nos hemos visto en toda la semana. He estado muy liado con los juegos del poder. Llego a casa a las tantas y ella está durmiendo y, para cuando se despierta, yo ya me he ido. Soy prácticamente un fantasma.

Y ahora esto. Espero que no me joda el fin de semana romántico con mi chica porque me los cargo a todos.

Miro a Seven, que se oculta detrás de un contenedor de basura, y hago una mueca.

—Estoy hasta los cojones —le digo—. Es el tiroteo más aburrido de la historia. A estos les da pereza disparar.

—¡Te he oído, *güero*! —me grita Santiago, el lugarteniente de Esteban. Lleva toda su vida adulta en Estados Unidos y, aun así, todavía arrastra un poco de acento mexicano.

—Pues, si me has oído, pongámosle fin. Tengo cosas más importantes que hacer que gastar mi munición contigo.

—¿No será que temes que le demos a tu bonito coche? —replica con voz divertida.

—Os mato a todos, cabrones, como le hagáis un arañazo —amenazo, y hablo muy en serio.

Le oigo reírse.

—El jefe quiere verte.

Entorno los ojos y cargo la pistola. Si bien se trata de un tiroteo superfluo, no me puedo relajar del todo.

—¿Y no podía enviarme un e-mail, como la gente normal? ¿Era necesario armar todo este follón? ¿En México no os llega el *outlook*?

—Quiere proponerte un negocio.

—No voy a ir a México a ver a tu puñetero jefe —grito, manteniendo mi pistola en alto—. Tengo planes para el fin de semana y, además, estoy en guerra con los amos de Medellín.

—No es necesario ir a ninguna parte. Esteban ha vuelto.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está?

—En el rancho, *güey*. ¿Dónde va a estar?

Seven me mira con el ceño fruncido, como preguntando en qué estoy pensando. Hago un gesto para decirle que no tiene importancia.

—¡No va a ir a vuestro puto rancho, mamones! —le grita Seven.

—*Güero*, dile a tu novia que no se meta.

—No soy su novia. Y haz el favor de dirigirte a mí cuando tengas algo que decirme.

—Te salió chingona, ¿eh?

Soltando una maldición entre dientes, me siento en el suelo y me enciendo un cigarrillo. Esto es de lo más surrealista. Yo solo quería supervisar el transporte de un camión que tenía que llevar mercancía de los rusos a un nuevo almacén, pero nos hemos visto rodeados de coches caros y mexicanos con pistolas.

Como es normal, nos pusimos a cubierto y empezamos a dispararles. Es mejor atacar primero que esperar a que te ataquen ellos a ti.

Y ahora me entero de que venían en son de paz. Cojonudo.

Le hago una señal a Seven para que baje el arma y me yergo.

—¿Qué quiere tu jefe? —pregunto mientras echo a andar hacia Santiago, con el cigarro colgando en la esquina derecha de mi boca.

Me guardo la pistola en la espalda, bajo la cintura de los vaqueros.

Santiago, a su vez, se guarda la suya y viene a mi encuentro.

Cualquiera alucinaría. Minutos antes nos hemos estado disparando como en el Salvaje Oeste, y ahora nos damos la mano. Mi mundo es complicado, supongo.

—¿Y bien? —vuelvo a preguntarle después del saludo de cortesía.

—Protección.

—¿Para qué?

—Tiene que mover unos camiones.

—¿Nieve?

Niega con la cabeza.

—Éxtasis.

—Ah. Diversificando el negocio. Eso está bien.

—¿Qué me dices, *güero*?

—De acuerdo. Os echaremos una mano con el transporte. Pero nos llevamos un veinte por ciento.

—Siete.

—Veintidós.

—*Chale*. ¿Cómo negociáis en América, *güey*?

—Con dos cojones.

Santiago se ríe por debajo de su bigote oscuro.

—Un quince por ciento y cerramos el trato sin que tengas que ir a ver a Esteban.

—¿Quién coño te ha dicho a ti que iba a ir a ver a Esteban, *güey*? El que me necesita es él. Y, si quiere usar mis contactos en la DEA, más vale que suelte la pasta. Dieciocho por ciento y de ahí no paso.

Me mira muy disgustado, apretando los labios.

—Trato hecho —cede al cabo de veinte segundos de pulso visual.

—Cojonudo. —Estrecho su mano y luego le digo—: Concreta los detalles con Seven. Yo tengo que marcharme.

—¡¿Una morra?!

Santiago suena aterrado.

Ya le he vuelto la espalda, pero me tengo que girar para que pueda ver bien mi mueca de irritación.

—Sí, tronco, una mujer —corroboro con tono hastiado—. Tranquilo, aunque no tenga verga, Seven vale más que cualquiera de los gilipollas que te acompañan.

—No me lo creo. Mírala, *güey*, si no es más que una chava.

—Vuelve a llamarme así, capullo, y te juro por Dios que te romperé ese dedo con el que me apuntas y te lo meteré por el culo tan adentro que acabarás atragantándote con él —amenaza Sev entre dientes.

—¿Lo ves? —le digo a Santiago con una sonrisa socarrona—. Seven está hecha de otra pasta. Por si te surgen dudas, ella hablaba en serio con lo del dedo, así que procura no cabrearla ni llamarla *chava*, lo que sea que eso signifique. Hala, que os vaya bien. ¡Y acuérdate de mi dieciocho por ciento!

Me monto en el Corvette y me largo con un chirrido de ruedas.

Mi vida es así. Turbulenta y convulsa. No puedo hacer nada para remediar las cosas. Tomé este camino hace mucho tiempo. Ahora he de seguir adelante.

No hay forma de cambiar la decisión de un crío de quince años que eligió encender la mecha.

A estas alturas de mi vida lo que queda es aprender a lidiar con ello.

No es fácil.

Pero es lo que hay.

El poder no es algo que se da. Hay que arrebatárselo a alguien. La vida es así, para que unos ganen, otros tienen que perderlo todo. Es a lo que llamamos equilibrio.

Capítulo 25

Los seres más despiadados son siempre los sentimentales.
(Ernest Hemingway)

Ash

Un viento suave mece las hojas de los árboles y su cabello contra mi cara. El sol se oculta lentamente en el horizonte. El día sangra, a punto de perder la batalla contra las sombras del ocaso.

Sentados en la mecedora del porche, observamos en silencio el lago que refleja los últimos destellos diurnos. La casa es tal y como esperaba, íntima, de madera, con luces doradas adornando la fachada; un buen sitio para desconectar durante un fin de semana.

Dejo la copa de vino en el suelo y envuelvo los hombros de Alexandra con el brazo, atrayéndola hacia mí con ternura. Nuestras miradas se encuentran.

—¿En qué piensas? —le susurro.

Me sonríe.

—Me gusta que hayas tenido este gesto, que hayas organizado… esto.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo vas a recompensarme?

Me pone mala cara, pero el atisbo de sonrisa en los ojos la delata.

—¿Qué quieres?

Aproximo los labios a su oído y le susurro:

—Lo quiero *todo*.

Se echa a reír y me da un beso, y yo decido conformarme solo con eso de momento.

—¿Qué tal tu semana? —me pregunta después.

—Ajetreada. He estado ocupado con varios negocios al mismo tiempo —le contesto, con los ojos vagando sobre el lago—. ¿Qué tal la tuya?

—Me apunté por fin al curso de cocina.

—Qué bien. ¿Y cómo te va?

Se encoge de hombros.

—Intento adaptarme.

Sonrío, solo con las comisuras de los labios, una sonrisa sin demasiadas energías.

—Esta situación no durará para siempre, pequeña.

—Lo sé. Nada dura para siempre, ¿verdad?

La miro con extrañeza. Está un poco rara hoy. Como ausente.

—¿Qué tal si nos metemos en el jacuzzi? —le propongo para animarla.

Vuelve el rostro hacia el mío con las dos cejas arqueadas.

—¿Hay un jacuzzi?

—¿No has entrado en la habitación?

—No. Solo en el salón.

—Pues hay un jacuzzi. ¿Lo probamos?

Veo la chispa de entusiasmo en sus ojos y me echo a reír, estrechándola de nuevo contra mi costado. Planto un beso tierno en su cabeza y me levanto del balancín.

—Vamos. Relajémonos un rato entre burbujas.

Se abraza a mí y entramos juntos en la casa.

Algún día, la vida será así. Largos atardeceres dorados. Noches de amor febriles. Ninguna preocupación.

La visión de nuestro futuro compartido se abre ante mí con una claridad tan asombrosa que sé que haré todo cuanto haga falta para conseguirlo.

Por un fugaz instante, cuando ella se quita la ropa para meterse en el jacuzzi y yo me quedo ahí de pie, mirándola agilipollado, siento la tentación de arrodillarme y pedirle que se case conmigo.

Al fin y al cabo, llevo meses con el anillo guardado en la cartera, a la espera del momento idóneo.

Sin embargo, una voz interior me susurra que lo deje estar. Todavía no soy el hombre que le prometí. Pero lo seré. Y entonces ya no habrá nada interponiéndose en nuestro camino.

—¿Vas a quitarte la ropa esta noche o…?

Parpadeo para espabilarme y desabrocho la camisa, sonriendo ante la lujuria que enciende sus pupilas.

—¿Te gusta algo de lo que ves?

—Me gusta todo.

—A mí también, señorita Harper. Aunque me gustaría más que abrieras tus preciosos labios para mí. ¿Puedo follarte la boca?

Clava los ojos en los míos y asiente, con una sonrisa de lado.

Le lanzo un guiño y me quito los pantalones con unas prisas que la hacen reír.

Cuando ya estoy dentro de la bañera, nos ponemos serios los dos. Nos miramos con intensidad y yo primero la beso y luego acerco mi miembro a su boca y cierro los ojos con deleite cuando ella me acoge dentro y empieza a juguetear con la lengua alrededor de la punta.

La cojo por el pelo con una mano y la guío hasta conseguir el ritmo que quiero que siga.

—Joder —gruño, tensos mis dedos en su pelo castaño—. Esto es perfecto. *Tú* eres perfecta —mascullo, abriendo los ojos para contemplarla.

Se relame los labios cuando me retiro, y yo me siento a su lado y la hago separar las rodillas para poder tocarla donde sé que quiere que la toque.

—Dios, Ash… Te he echado de menos.

Llevamos una semana sin estar juntos. Para unos yonquis como nosotros, eso es muchísimo tiempo.

—Lo sé. Te lo compensaré.

Cierra los ojos, echa la cabeza hacia atrás hasta apoyar la nuca contra el borde de la bañera y su pecho sube y baja cada vez más rápido, conforme el placer empieza a inundar su vientre.

Le froto un pezón entre los dos y la observo. Me encanta mirarla, ver cómo se acelera, cómo entreabre la boca y se relame los labios... Me volvería loco si la perdiera porque la idea de imaginarla así con otro tío me pone en plan homicida.

—Dime qué quieres que haga —le susurro con voz gutural.

Abre los ojos y me mira de lleno, con las pupilas en llamas.

—¿Qué quieres tú?

—Ya te lo he dicho. Lo quiero *todo.*

Apretando el puño sobre su pelo, la acerco a mí y la beso, sin poder contenerme; le doy un beso apasionado y húmedo, gruñendo en el interior de su boca, y entro en ella de golpe, potentes estocadas mientas la reclamo con ojos oscuros y posesivos.

Se sacude, me clava las uñas en la espalda y me devuelve el beso con absoluta veneración.

—No te corras —le advierto con voz gutural—. Haz que dure un poco.

—Es que… necesito… Si no paras… Oh, Dios, no hagas eso.

Sonrío y retrocedo lentamente, solo por el placer de volver a entrar y sentir los músculos de su interior tensarse con fuerza alrededor de mi polla.

—¿El qué? ¿Esto? —repongo socarrón, bombeando de nuevo dentro de ella, consciente del orgasmo que crece en su interior.

—Ash…

Sus uñas se clavan con más fuerza en mi piel, lo cual me pone aún más cachondo.

—¿Hm? —murmuro, mordiéndole el mentón.

Debería esperar una respuesta, pero no lo hago. Le paso la punta de la lengua por los labios, provocándola para que me deje entrar, y cuando lo hace, lamo el interior de su boca con desesperada necesidad y tenso el puño alrededor de su pelo, sin dejar de poseerla con implacables embestidas.

Alexandra se estremece de placer, arquea las caderas contra las mías y hace que la penetre todavía más profundo.

Desatado, deslizo la boca por su cuello, mis manos se agarran a su culo, estrujándolo, y empiezo a follármela con fuerza hasta que mi mente sucumbe a una narcótica oscuridad.

La sensación es tan buena que no quiero que acabe nunca.

—Ash… —musita, y entonces abro los ojos que en algún momento había cerrado y cruzo una mirada ardiente con ella.

—Lo sé. Yo también —mascullo mientras me deslizo por su resbaladizo cuerpo, cada vez más profundo y salvaje porque sé que esto la vuelve tan loca como a mí.

¿Cómo no iba a ser ella?

Alexandra es como yo, es el viento que aviva la tormenta.

Nunca volveré a amar a nadie como la amo a ella. Es mi adicción. Mi obsesión. Perderla me destrozaría. No sé por qué no puedo quitarme la puta idea de la cabeza de repente.

«No vas a perderla, joder», me prometo a mí mismo mientras me impulso con pasión dentro de su interior lubricado, vagamente consciente de los resoplidos primitivos que salen de mi pecho.

Tenso el puño cuando ella se contrae a mi alrededor y, con una última embestida, estallo y empiezo a vaciarme dentro de ella.

Nos corremos a la vez y todo es perfecto, pero la idea sigue ahí.

Un dos por ciento de mi cerebro me dice que esto no va a durar, que la gente como yo no puede conseguir su puto final feliz, que la mierda que has hecho vuelve siempre porque el universo es así de retorcido y todos pagamos por nuestros crímenes, tarde o temprano, y que la forma más cruel de pagar mis deudas con el mundo sería perdiéndola a ella.

Pero yo soy un jugador nivel maestro dentro de este universo cruel y despiadado y, además, la suerte me acompaña siempre.

Así que le haré caso a ese noventa y ocho por ciento de mi cerebro que está absolutamente convencido de que Esto.Va.A.Salir.Bien, joder. Porque la puta vida me lo debe. Porque he hecho cosas malas, de acuerdo, pero también hice algunas cosas buenas para compensarlo. Y ha de haber un equilibrio. Siempre ha de haber un equilibrio.

Bajo la mirada hacia la suya y le sonrío, antes de plantar un beso en la punta de su nariz.

—¿Tienes hambre?

—Pues…

—Hay un bar a unos diez kilómetros de aquí. ¿Qué tal si salimos a cenar esta noche?

Me devuelve una sonrisa somnolienta y satisfecha y yo me echo a reír.

—¿No tienes fuerzas para hablar? —le digo, divertido.

Se encoge de hombros y yo sigo riéndome mientras la aprieto contra mí y la beso con ternura. Siempre consigo lo que quiero. Ella no va a convertirse en una excepción.

*****

Por algún motivo, se le ha ido un poco la mano con la bebida y se tambalea al subir las escaleras del porche.

Riéndome, porque es la primera vez que pasa algo así, la tomo suavemente por el brazo para ayudarla a mantener el equilibrio.

—¿Está usted borracha, señorita Harper?

—Deliciosamente achispada, señor.

—Estás adorable.

—Ah, ¿sí?

—¿Intentas coquetear conmigo, o se te ha metido algo en el ojo?

—Cabrón —sisea entre dientes, dirigiéndome una mirada encolerizada que me hace reír de nuevo.

Entre mis carcajadas y sus miradas disgustadas, abro la puerta y la levanto en brazos sin ningún esfuerzo porque pesa menos que una pluma.

—¡Oye! —protesta, con un golpecito en mi hombro—. ¡Suéltame! La cabaña me da vueltas. Me ha debido de sentar mal el medio costillar que me he comido.

—O las cinco copas…

—¿Me he tomado cinco?

—Y una cerveza antes de eso.

Esconde el rostro en mi cuello.

—Dios mío... ¡Soy una alcohólica!

Me río, la deposito encima de la cama y empiezo a desnudarla. Se queda quieta, mordiéndose el labio inferior.

—¿Vas a follarme otra vez?

Le pongo mala cara.

—Claro que no. Estás ebria.

—¿Y?

—Y me gusta que estés lucida.

Se calla y yo sigo quitándole la ropa, consciente de que no deja de observarme.

—Oye —dice cuando regreso al dormitorio con un camisón de satén blanco en la mano. Al llegar, solté las maletas en mitad del

salón y ahí se quedaron.

—Levanta los brazos. Vamos a ponerte esto.

—¿Quieres mirarme?

La miro, y lo que encuentro es un semblante serio y una profunda arruga marcándose entre sus cejas.

—¿Qué?

—Te quiero.

Una sonrisa lenta empuja las comisuras de mis labios hacia arriba.

—Ya lo sé.

—Va en serio, Ash. No debí enamorarme de ti, pero lo he hecho. No he podido evitarlo.

El que frunce ahora el ceño soy yo.

—¿Y por qué no debiste enamorarte de mí?

—Porque esto no va a salir bien.

De pronto, todo lo que he intentado reprimir vuelve, la angustiosa idea de que, en efecto, esto no va a salir bien, que yo no me merezco que salga bien, que ella debería estar con alguien mejor.

A tomar por culo, joder.

Cojo su cabeza entre las manos y la obligo a mirarme.

—Escúchame, Alexandra. Quiero que prestes atención a lo que voy a decirte porque es importante que lo sepas. Esto VA a salir bien porque Yo.Me.Cargaré a cualquier capullo que intente impedirlo. ¿Entendido?

—Sí, mi capitán.

—Bien. Ahora sé buena chica, levanta los brazos y deja que te ponga el camisón.

—¿No puedo dormir desnuda?

Contraigo la mandíbula.

—No.

—¿Porque te pondría cachondo y tu código de villano te impide follar con mujeres borrachas que no están en condiciones de dar su pleno consentimiento?

Miro al techo y respiro hondo.

—Sí.

—Eres muy tierno para ser el malo de la peli.

Me río por lo bajo.

—No soy el malo de la peli, cielo.

—¿Y quién eres?

—El listo, el que se los folla a todos y se queda con la chica. A dormir.

—Pero…

—No quiero oír ni una palabra más.

—Buenas noches.

—¿Qué te he dicho?

Me saca la lengua.

Riéndome, me tumbo a su lado y la abrazo por detrás.

—Ash —murmura unos veinte segundos después, dibujando corazoncitos sobre mi brazo con el dedo.

—¿Qué? —gruño al lado de su oreja.

—La habitación me da vueltas.

—Pues cierra los ojos.

—Sigue dándome vueltas.

La puta hostia.

—¿Quieres vomitar?

—No… Quiero dormir.

—Entonces, duerme.

—Pero no puedo. Cuéntame un cuento.

—Lo que me faltaba.

—Venga, solo uno.

Cojo aire y lo suelto despacio, gruñendo.

—Bien. Érase una vez una chica blanca como la nieve, que vivía en una cabaña con tres cerditos.

—Siete enanitos.

—Oye, quién está contando la historia, ¿tú o yo?

—¿Tú? —responde, no demasiado segura.

—Entonces, calla y escucha. Y había una madrastra mala, que la encerró en una torre alta.

—Dios mío...

—Y el príncipe llegó con su dragón. O sea, su *enorme* dragón, y era un príncipe muy, muy guapo y ella no pudo resistirse, de lo bien parecido que era, y entonces se arrancó el corsé porque necesitaban cuerdas para que ella pudiera bajar de la torre. El príncipe le sugirió

que las cuerdas también se podían emplear con otros fines, pero la princesa, que era casi tan terca como tú…

Me callo al oír algo que se le parece sospechosamente a un ronquido. La miro y, en efecto, se ha quedado dormida.

Una sonrisa tierna aparece al instante en mi semblante.

—Buenas noches, pequeña —le susurro, aun sabiendo que ha dejado de escucharme.

La aprieto contra mi costado, planto un beso suave en su pelo, procurando no despertarla al moverme, e intento dormir un poco. Y, a ser posible, evitar soñar con el príncipe, su enorme dragón y de qué otro modo se podrían usar las cuerdas de ese corsé.

Capítulo 26

Ash te manda saludos, capullo.
(Lema del Grupo W)

Julian

La piba de Ash sale del portal justo cuando yo estoy a punto de entrar.

Mejor. Así podré hablar con él a solas y contarle lo de este fin de semana. Mientras sus majestades estaban en su nidito de amor entre las montañas, paseando a orillas de no sé qué pollas de lago (me lo dijo, pero de geografía yo no entiendo nada; el iluminado es Ash), el Rubio y yo fuimos a dar una vuelta muy provechosa por Rodeo Drive, jajaja.

Me quedé impresionado. Nunca había estado yo en la puta ciudad de los ángeles. Y eso de Beverly Hills… Ahí se ve que hay pasta por un tubo. Como que se respira en el aire, ¿no? Se nota la riqueza.

Mientras subíamos una colina con nuestra Rav4 a toda pastilla, siguiendo las indicaciones del GPS, nos cruzamos con montones de vejestorios con la crisis de la mediana edad, bronceados, coche descapotable, la versión más joven de la mujer de la que se están divorciando pintándose los labios en el espejo retrovisor y sonriéndole coqueta al Rubio, que iba conduciendo, todo musculoso y lleno de tatuajes y testosterona…

En fin, que en Beverly Hills la gente se lo monta la hostia de bien.

El Rubi y yo disfrutamos bastante de estas mini vacaciones en la playa. Imagino que tanto como disfrutaron sus majestades de sus vacaciones en la montaña, porque aquí a la colega se la ve radiante y descansada. Me sonríe y todo y, como yo también estoy de buen humor hoy, le enseño hasta las muelas de juicio cuando le devuelvo la sonrisa.

—Hola, jefa. ¿Y el gran hombre?

—Arriba —me responde ella mientras intenta mantener a raya la falda de su vestido. (Hace un viento travieso hoy)—. Pasando la aspiradora.

—Hay que joderse. Lo que me faltaba por oír.

Se baja las gafas de sol por la nariz para dedicarme una miradita burlona, lo cual le permite al viento levantarle la falda hasta casi la cintura. Silbaría. Si no fuera la mujer del jefe, claro.

—¿Qué pasa?, ¿crees que por ser el amo y señor del hampa se le permite escaquearse de las tareas domésticas? Ay, ¡puto viento!

—Eso creía, sí —respondo, riendo divertido al ver cómo lucha con la falda y cómo se enfurece al no poder controlarla del todo.

—Pues va a ser que no. Ahí lo tienes, pasando la aspiradora y escuchando a Pink Floyd.

—Eso tengo que verlo. Y tú ¿adónde vas?

Para saber cuándo vuelve…

—Al supermercado.

—Ah. Oye, ¿vas a tardar mucho?

—No. Solo tengo que comprar un par de cosas. ¿Por qué?

—¿Puedes subir una bolsa de nachos?

Intenta contener la risa.

—Nachos.

—Ajá. Se me han antojado así de repente.

—Muy bien. ¿Qué salsa quieres?

—Pues… guacamole.

—Nachos con guacamole. Marchando.

—Gracias, jefa. Eres la mejor.

Me despido de ella con un guiño y subo animado por las escaleras. Al principio no me caía muy bien, pero, ahora que empiezo a conocerla un poco, admito que es una tía legal.

Y está muy, muy buena. Entiendo que Ash ande tan encoñado. Aunque a veces me cabrea porque echo de menos a mi amigo y, desde que está con ella, pues como que ya no es lo mismo, ¿no? Se ha vuelto muy casero. Apenas nos vemos fuera del trabajo.

Al finar voy a tener que echarme novia yo también, para salir en pareja.

Intento no pensar en eso porque, si lo pienso, P se me viene a la cabeza y no puedo dejar que entre en mi mente porque no sé el daño que podría causarme pensar en ella. Mejor no tentar a la suerte.

Tras subir el tramo de escalones en un periquete, aporreo la puerta de Ash hasta que me abre. Estaba, en efecto, pasando la puta aspiradora. Lo que yo decía, muy casero.

—Te tiene cogido por las pelotas.

—Cállate, joder —dice, apartándose para dejarme entrar—. ¿Qué quieres?

Silbo al fijarme en lo impoluta y ordenada que tienen la casa.

—¡Muchacho! Esto está más limpio que un hospital. No me fio de la gente tan limpia, fíjate. Eso es de psicópatas.

—Tú no te fías de nadie.

—Pues también es cierto. Oye, cuando quieras, te pasas por mi casa con la aspiradora. No veas el polvo que hay ahí.

—Me descojono, Julian. ¿Quieres una cerveza?

—Claro. ¿Qué tal el finde?

—Ya sabes, en mitad de la nada, con ella —me responde mientras saca una *Budweiser* de la nevera y me la da—. Resumiendo: perfecto. ¿Qué tal el tuyo?

—Verás…

*****

El Rubio y yo bajamos del avión con nuestras camisas tropicales. Ya que íbamos a Los Ángeles, mejor parecer turistas para que nadie nos confundiera por error con unos mafiosos. Habíamos decidido pasar desapercibidos. Completamente. Perfil bajo.

—La puta madre que me parió, joder con el puñetero sol que hace aquí —maldijo el Rubio, con ese vozarrón que tiene, nada más poner un pie en la pista de aterrizaje.

Cuando se pone nervioso, ya no hay forma de calmarlo, muchacho. ¡Parece tu Harley cuando la pones a toda pastilla, chico! No hubo forma de hacerle entrar en razón, al muy desgraciado.

Amenazó con quedarse en el aeropuerto, a no ser que le consiguiera unas gafas de sol. Dijo que no había un Dios quien condujera con tanta luz.

La verdad es que parecía un topo con esos ojos pequeñitos, bizqueando, sin aguantar la claridad.

Pa mí que a ese le falta algún pigmento o algo. Demasiado rubio, el capullo. Por eso no aguanta el sol.

—Pero, Rubi, coño, no me toques la polla, muchacho, que aquí no podemos quedarnos hasta el atardecer como los putos vampiros.

—Yo así no salgo —se empecinó el alma cándida.

Pues nada, no me quedó otra que obligar a un pringado a que nos entregara sus gafas de sol. Se las pedí amablemente, que conste, con un ligero empujón, que no me apetecían problemas.

Después de todo, el Rubi y yo estábamos de vacaciones, como bien indicaban nuestras bonitas camisas tropicales.

Arreglado el problema de la bizquera de mi molesto acompañante (si es que me tenía que haber llevado al Chino, joder, que ese tiene los ojos como dos rendijas y apenas se le cuela por ahí el sol), lo siguiente que hicimos fue alquilar un coche a nombre de un tal señor Morris. Que no éramos ninguno de los dos. Aunque el carné de conducir del Rubi dijera lo contrario…

De camino a Beverly Hills, pasamos por una armería, pero dije: ¿pa *qué? si tenemos puños*. Y el Rubio dijo: *pues también es verdad.*

Así que no le compramos a ese mamón estirado ninguna pistola. Solo le tocamos las pelotas un rato, *enséñame esta, quiero ver la otra, ¿qué te parece este rifle, señor Morris?*, y luego nos largamos sin soltar un duro en su mierda de tienda.

El Rubio quería zamparse una hamburguesa de camino, pero como me había inflado las pelotas con lo de las gafas del sol, le dije lo que le habrías dicho tú: *a mamarla, joder*. Primero el trabajo y luego la diversión.

Me la volvió a montar. Hasta que me puse serio con él y se le quitó la tontería de encima con el pescozón que le di.

En Beverly Hills no nos costó mucho encontrar la casa, era la más grande de toda la calle.

—¿Seguro que es esta? —me dijo el Rubio, todavía mosqueado por el pescozón. Ya sabes que a veces es un poco rencoroso.

—Que sí, cojones —le gruñí yo—. Al loro. Concentra tus dos neuronas en vigilar la puerta.

Aparcamos en la sombra y nos quedamos ahí unas dos horas, controlando al personal.

Al final, el pavo salió con un coche descapotable, uno de esos pequeñitos, el que conduciría el novio de la puta Barbie.

Aunque ¿qué puedes esperar de un pavo como ese? Tenías que haberlo visto, *tron*, con sus manitas chiquititas de uñas impecables sobre el volante y todo arregladito y perfumado.

Pa mí, que se había echado laca o algo en las uñas. No veas cómo le brillaban. Eso lo vimos más tarde. En ese momento, solo nos fijamos en lo bien vestido que iba e hicimos unos cuantos comentarios sobre partirle la cara solo por llevar un polo turquesa.

Entre risas y bromitas, le seguimos hasta un club llamado *Decadence.* Ahí el pavo le soltó las llaves al *aparca* con esa actitud de los señoritos perfumados y repeinados, y entró.

Yo ya quería partirle el careto a esas alturas, más que nada porque no habíamos cenado y el hambre me pone de muy mala hostia (no era personal, era el gusanillo que me apretaba las tripas), pero había demasiada gente por ahí, así que el Rubio y yo nos pusimos de acuerdo para seguirle dentro del antro.

El de la puerta intentó impedirnos el paso, íbamos con las putas camisas tropicales, al fin y al cabo. Le enseñé mis puños de acero y me dijo: *pase usted, señor*, y se quitó del medio.

Dentro, el típico club de folleteo. Todo el mundo se trincaba a todo el mundo, chaval. Como en la puta Babilonia. El Rubio se me puso cachondo y casi se nos fuga con una churri igual de rubia que él, pero, en cuanto le enseñé los puños de acero, se estuvo quieto, el muchacho.

—Ya me has jodido bastante con las gafas y las hamburguesas. ¿Ahora también quieres joderme con la verga?

No digas nada. Sé que sonó fatal.

Como prometió comportarse (después de sentir los puños de acero clavándosele en la mandíbula), nos sentamos en la barra, muy

dignos los dos. En plan turistas. Todo correcto. *Disculpe, señorita. ¿Puede servirnos dos copas de bourbon, si es tan amable?* Unos señores, vamos.

Tomamos las copas, jijiji jajaja, admiramos las vistas un rato, tetas por todas partes… Hasta que el pavo se fue a mear.

Ahí decidí dejarnos de tonterías e intervenir porque tampoco me iba a pasar yo toda la noche viendo tetas, ¿sabes?

El pavo estaba con la chorra al aire cuando entramos en el baño. *Neah, poca cosa,* le dije al Rubio mientras echaba el pestillo.

A continuación, lo molimos a palos. Así, en seco, como a mí me gusta. Primero las hostias, luego las explicaciones.

—Te gusta maltratar a las chicas, ¿eh, capullo? ¿Se te pone dura esta pollita chiquitita cuando las pegas? —le dije mientras le daba de puñetazos. El Rubio se rio, todo simpático. Luego le rompió un dedo. Ya sabes que el Rubio es un poco bruto a veces—. ¿Por qué no mides tu fuerza con alguien de tu tamaño, eh, muñequita?

Y hala, más puñetazos hasta que le tuve escupiendo sangre encima de mis zapatos. Y menos mal que no me jodió la bonita camisa tropical, que hubiera sido capaz de cargármelo ahí mismo.

—Ven aquí, muñeca —le dije, levantándolo del suelo porque no habíamos acabado con él todavía. No dejaba de preguntar quiénes éramos, qué queríamos, mientras nos suplicaba parar y nos prometía mucho dinero si lo hacíamos—. ¿Dinero? No quiero tu dinero, pedazo de mierda maltratador de chicas guapas.

—¡¿Y qué queréis entonces?! —rugió, histérico.

—Saludarte, *no más*.

Es que antes había hablado con los mexicanos por teléfono y se me pegó el acento de esos cabrones.

—Sal… salu… ¿saludarme?

—Ajá. Ash te manda saludos, capullo.

Ya sabes cuánto me gusta decir esa frase.

—¿Ash? ¿Quién demonios es Ash? —lloriqueó la muñequita, que ya no parecía una muñequita en ese momento porque le habíamos jodido su cara bien parecida y llenado el polo turquesa de sangre.

Le iba a contestar, para que no se pensara que nos habíamos equivocado de tío y que lo estábamos moliendo a palos por nada.

Lo juro por mi madre muerta que iba a contestarle, pero no calculé bien el siguiente puñetazo y lo noqueé por error antes de que me diera tiempo de decírselo.

—Tócate los huevos —protesté cuando se nos desmayó—. Pensaba que aguantaría un poco más. Justo ahora me estaba animando…

—¿Le reanímanos? —me sugirió el Rubio al verme tan disgustado—. Igual si le metemos la cabeza en el váter…

Intercambiamos una mirada especulativa.

Neah, resolvimos a la vez.

—Que le den por el culo —dije, soltándolo en el suelo—. Tengo hambre. Venga, vámonos.

El Rubio colocó a la muñequita encima del váter, así, con los pantalones por los tobillos, la picha al aire, el careto desfigurado, y nos fuimos a cenar unas hamburguesas porque, al fin y al cabo, estábamos de vacaciones en la puta ciudad de los ángeles.

Además, el Rubi quería encontrarse por ahí a la Johansson para echarle un polvo guarro. Más gilipollas, imposible.

*****

—Así que, ya ves, un fin de semana cojonudo.

Ash asiente.

—Buen trabajo.

Tomo un trago de cerveza y lo miro pensativo unos segundos.

—¿Se lo vas a decir?

—¿A ella? Ni de coña. Esto que quede entre nosotros, ¿entendido?

Me encojo de hombros.

—Tú sabrás. Oye, le he pedido que nos suba nachos, por si quieres que echemos una partidita de cartas, ya que estoy aquí.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no he terminado la limpieza. ¿O es que estás ciego?

—¿La limpieza? No me jodas, Ash.

—¿Qué? Esta semana me toca a mí. Pero, si me ayudas a acabar, claro, echamos una partidita luego.

—¿Que te ayude? Jesús, María y José. Lo que nos faltaba ahora. Un jefe tarado. Me da a mí que tú ya no estás en condiciones de ejercer tu cargo, muchacho. Como se enteren de esto los colombianos, estamos jodidos.

—Muy gracioso. Toma. Quita el polvo.

—¿Que quite el…? ¿Pero tú te caíste de la cuna cuando eras pequeño, so desgraciado? A ver si ahora voy a tener que enseñarte a ti también los puños de acero…

—Puedes empezar por ahí —me espeta su majestad antes de encender la aspiradora.

Lo miro sin dar crédito. *Pa* mí, que este se cayó de la cuna en algún momento. Cuando Josie no estaba pendiente de él. A lo mejor ella hablaba por teléfono o veía la tele y el niño *plot* y a tomar por culo.

Al ver que no reacciona ante mis miradas asesinas, agarro el trapo que me ha plantado en la mano y empiezo a limpiar, muy a disgusto, la puta estantería. Esto no está pagado, joder.

—Chicos, ¡ya estoy en casa! ¡Traigo nachos y lasaña congelada! Julian, ¿te quedas a cenar?

—¿Qué mínimo? Ya que me tenéis aquí *explotao*…

Alexandra mete la cabeza por el hueco de la puerta y se echa a reír al verme delante de la estantería, quitando el polvo con cara de amargura.

—Menudo cuadro —nos dice, antes de desaparecer en la cocina.

—Somos una vergüenza, Ash. Las titis de nuestro barrio se descojonarían si nos vieran ahora mismo.

—Cállate y haz lo que te he pedido, joder. Cuanto antes acabemos con este rollo, antes podremos jugar al póker y cenar lasaña. Anímate, coño. Si ya casi tenemos el piso limpio.

Jesús, María y José. Le tiene cogido por las pelotas.

Capítulo 27

Un hombre que no pasa tiempo con su familia no puede ser un hombre.
(Vito Corleone)

Ash

Los chicos, Alexandra y yo vamos a cenar juntos a una pizzería del barrio.

Estamos de enhorabuena, llevamos todo el verano robando cargamentos de nieve y nunca se nos ha torcido nada, siempre hemos ejecutado los atracos con absoluta coordinación y parece ser que, después de dos meses de duro trabajo, por fin se empiezan a notar los resultados.

Según mis fuentes, los jefes del cártel se han reunido esta semana para someter a votación un posible armisticio. Les estamos haciendo palmar mucha pasta, así que es posible que esto acabe antes de que empiecen a caer las hojas de los árboles.

Aunque en la cena nadie lo menciona siquiera. Nos hemos traído a nuestras chicas y la charla es superficial, nada de negocios esta noche. Solo risas, *lambrusco* y recuerdos bochornosos de tiempos pasados. Está bien contar de vez en cuando con momentos de desconexión, en los que la única preocupación es si pedir la pizza con piña o no.

El grupo está dividido, lo cual da lugar a más bromas y más risas mientras las copas tintinean y el tiempo pasa sin que a nadie le importe realmente.

Echo de menos a Colin. Él era de mi equipo: *isi quisiera comerme una puta fruta, me comería una puta fruta, no una jodida pizza, cabrones!*

Es como si lo oyera protestar ahora mismo.

—Entonces, ¿cuántas con piña y cuántas sin piña? —se enerva Seven al ver que esto no avanza—. ¿Y alguien la quería con nata y

champiñones? Tú dijiste con extra de bacón, ¿no, Chino?

—Vais a volver loca a la chica, joder —rezonga el Holandés, que tiene hambre y quiere que acabe el debate de una vez—. Las pedimos todas iguales y a tomar por culo.

—Iguales no, ¡que yo la quiero sin tomate! —exclama Serpiente, indignado.

—La madre que me parió. Tú te la vas a comer con tomate como todos, cabrón. Ahora se nos ha vuelto finolis el reptil este.

Desconecto durante unos momentos del griterío y las objeciones y, como tengo a *bomboncito* sentada en mi rodilla, aprovecho para abrazarla, besarle el cuello y estrecharla contra mí, aunque no me hace ningún caso porque está inmersa en una apasionada contradicción con Julian sobre el desenlace de una película de dibujos animados que, de manera extraordinaria, les gusta a los dos, si bien Julian no ha entendido muy bien de lo que va, a juzgar por los gestos de incredulidad que se pintan en su cara cuando Alexandra le explica el final.

—O sea, ¿que eso es lo que significa? ¡Es una metáfora! Yo flipo. Oye, ¿qué es una metáfora? —dice de pronto, provocando risas contagiosas entre los que les estamos escuchando.

Alexandra le explica paciente qué es una metáfora y Julian abre los ojos de par en par al comprenderlo.

—Espera, espera, espera. ¡¿Me estás diciendo que la puta gata, en realidad, la palma?! —se horroriza.

—Pues… sí. Muere, pero va al cielo, donde no hay más sufrimiento.

—¡Pues vaya puta mierda de final, colega! Pero ¿cómo se va a morir la gata? ¡¿Y los niños lo saben?!

Su indignación inunda el ambiente con una nueva oleada de risas y bromitas.

Mis labios rozan de nuevo el cuello de Alexandra, y esta vez ella se vuelve y planta un beso descuidado en mis labios, antes de seguir hablando del tema con Julian, que asegura que prefería no haberlo averiguado nunca. Sí. Mucho mejor seguir pensando que la gata solo volaba, no que iba al puto Cielo porque estaba tiesa, joder.

No puedo evitar reírme de lo escandalizado que está con el guionista, ¡menudo cabrón!, ¿cómo se le ocurre matar a la puta gata y traumatizar a tantas generaciones de críos?

Desternillante.

—Julian, supéralo ya, tío —le digo, sacudiéndome de risa—. La gata muere y punto. Todos morimos.

—La mayoría, solos —apunta Seven, que esta noche se ha traído a su nuevo ligue, Andrei, el príncipe del Kremlin, gran aliado del grupo W. Aunque en este mundo no hay aliados, así que…

—Pero es que la gata había tenido una vida de mierda, cabrones. ¡No se merecía morir, joder!

—¿Y qué hacemos? —repone El Holandés, intentando contener las carcajadas—. ¿Nos cargamos al guionista?

—Pues, si supiera dónde vive ese malnacido… *Chiqui* —le dice a la camarera que viene a dejarnos ceniceros limpios. Cualquiera les dice a estos que no se puede fumar aquí dentro…—, trae otro *lambrusco*, anda, que necesito superar un trauma.

—¡Qué exagerado! —protesta Alexandra, riéndose—. ¡Pero si tiene final feliz! En el Cielo ningún humano sádico podrá hacerle daño nunca más.

—Pero ¡¿por qué no podía adoptarla un humano cariñoso, de esos que alimentan a los gatos con latitas de atún?!

—Creo que Julian necesita adoptar un minino ya —les digo con una fuerte carcajada.

Julian se cruza de brazos y nos maldice a todos porque no le gusta que nos mofemos de su lado sensible.

Alexandra se gira entre mis brazos para sonreírme y yo le guiño un ojo con complicidad.

Esta noche, los chicos la han aceptado por fin, y ella también los ha aceptado a ellos.

Es la primera mujer con la que salgo que ha conseguido esto, que mi gente la reciba como a una de los nuestros.

Se ha abierto hueco no solo en mi corazón, sino también en el de ellos.

Incluso Seven, con lo que es ella, me dijo el otro día que Alex (me descojono, ¡Alex!) es una tía legal. Un gran cumplido viniendo de la

mujer que se cargó a su familia cuando era una adolescente y no experimentó el más mínimo arrepentimiento al apretar el gatillo.

*****

—Ash, ¿tienes un minuto? —me intercepta Julian cuando nos cruzamos en el pasillo que conduce a los servicios.

—Claro. ¿Qué pasa?

Se le ve apurado, así que ni idea de qué va a decirme.

—La juzgué mal. Lo siento.

Le doy una palmadita en el hombro.

—Tranqui, colega. No pasa nada.

—No, en serio, quería disculparme porque, en fin, te dije algunas cosas feas y ahora me doy cuenta de que ella es realmente… A ver, que hacéis…

—Julian, a ti te van las palizas, no las palabras. Déjalo estar, anda.

—Bueno, pero lo siento, ¿eh? Para que conste.

—Me consta, tú tranquilo.

Esta vez, le doy palmaditas en la mejilla, como si yo fuera el padrino y él, mi ahijado.

—Bien. Pues… cojonudo.

—Cojonudo, sí. —Intento pasar de largo para entrar en el baño.

—¿Y qué te parece lo de Seven y Andrei? —me dice, frenándome el paso otra vez—. ¿Tú lo sabías?

Resoplo y vuelvo a mirarlo.

—¿Que si sabía que estaban follando? Sí. Yo lo sé todo.

—¿Y te parece bien?

—¿Por qué no iba a parecerme bien?

—No sé, como tú y ella…

—¿Follábamos?

—Iba a decir que sois como hermanos.

—Eso suena raro y retorcido. Incluso para nosotros. Tranquilo, Julian. Apruebo completamente lo de Seven y Andrei.

—Oye, ¿y cómo está Mia? —me frena de nuevo.

No hay que tomárselo en cuenta. Está bebido y, cuando bebe, Julian quiere estar con sus amigos.

Aun así, me pone de los nervios la cháchara y se me escucha gruñir antes de contestarle.

—Bien. En Londres. Con su clínica. ¿Me permites?

—¿Sigue con ese *pringao*?

—Que yo sepa, sí. Déjame pasar, tronco.

—Qué lástima. ¿Y Violet?

—Oye, Julian, que tengo que ir a echar el lambrusco. Aparta, joder.

—Que tampoco hace falta que me des tantos detalles, ¿eh?

—No, a ver si te vas a pensar que voy a los servicios a leer a Nietzsche, no te jode…

Julian se aparta con una mueca y por fin consigo entrar en el puto baño sin que nadie más me acose por el camino.

Me estoy lavando las manos cuando escucho la puerta abrirse a mis espaldas. Entorno los párpados, exasperado. Solo puede ser alguien del grupo porque hemos alquilado el local entero.

—Oye, ¿podéis dejarme mear tranquilo, joder?

—Perdón. Si te molesto, me voy.

—¡No, no, no! —exclamo al oír la titubeante voz de Alexandra—. Tú no me molestas, bomboncito. Creía que era uno de esos capullos.

—¿Seguro que no te molesto?

Me seco las manos con un trozo de papel y le sonrío a través del espejo.

—Qué va. Tú entra y echa el pestillo. Tengo algo para ti.

—No te estarás refiriendo a tu polla…

Arrugo la cara, niego y gesticulo, desconcertado.

—¿Por qué das siempre por hecho que me refiero a mi polla?

Echa el pesillo tal y como le he pedido, viene hacia mí y yo me giro para abrazarla.

—Bien. ¿A qué te refieres entonces? —repone, con los ojos encajados en los míos.

Me relamo y sonrío.

—En realidad, me refería a mi polla. Solo quería saber por qué lo dabas tú por hecho.

Me propina un golpecito indignado en el pecho y yo me río y rozo su boca con un beso suave.

—Gracias —murmuro al separar nuestros labios.

—¿Por qué? —me pregunta, con los dos brazos entrelazados alrededor de mi cintura.

—Por ser tan guapa, lista, sexy, adorable, por estar conmigo, aunque no te merezca, y… por hacer un esfuerzo con los neandertales de mis amigos.

—Vaya. Tantas virtudes se merecen algo más que un simple gracias —dice, toda coqueta.

Noto que mi rostro se abre poco a poco en una sonrisa.

—No te estarás refiriendo a mi polla… —le digo, suspicaz.

Finge escandalizarse.

—¿Por qué siempre das por hecho que me refiero a tu polla?

—¿A qué te refieres entonces? —pregunto, falsamente confundido.

—A tu polla…

Me río, le envuelvo en un abrazo de oso y no sé el tiempo que permanecemos así porque me niego a soltarla.

Y me la pela el capullo que aporrea la puerta.

—¡Hay un descampado enfrente, joder! —le grito, para que se largue de una vez.

—¡Ash, coño, abre, que tengo una seria emergencia! —ruge el Chino, tras otra serie de golpes ruidosos—. Creo que me ha sentado mal la piña.

—Y por eso no hay que echarle piña a la puta pizza —le digo a Alexandra, con los párpados entornados.

Ella, enterrando la cara en mi cuello, sofoca una risita.

—Deberíamos irnos.

—¿Tú crees?

—Ash, ¡me cago en la puta! ¡Abre!

—Hay que joderse. Vámonos, bomboncito. Discutamos lo nuestro en un ambiente más íntimo.

Capítulo 28

De mi mundo se sale de dos maneras: dentro de un ataúd o con una corona.
(Ash Williams)

Alexandra

Sospecho que algo va mal en cuanto entro por la puerta. La casa está a oscuras, pero oigo música en el salón, así que Ash debe de estar.

En alguna parte…

Para colmo, escucha algo lo bastante inquietante como para yo empiece a preocuparme.

—¿Ash? ¡Ya estoy en casa!

—¿Dónde estabas? —me estremece su voz, fría, nada más entrar en el salón.

—¿Por qué escuchas ópera a oscuras? Pareces Hannibal Lecter. Por cierto, ¿te has fijado en que, en las películas, los psicópatas siempre escuchan ópera antes de hacer el mal? ¿Qué tendrá la ópera para atraer a las mentes malignas?

—¿Dónde *cojones* estabas? —me pregunta de nuevo, con un calma mortal.

Empiezo a cabrearme.

—Oye, ¿de qué vas? —Lo encuentro sentado en la butaca, con una botella de Macallan al lado y un cigarro consumiéndose en un cenicero, lo cual es súper raro porque él nunca fuma en el salón. No quiere que apesten las cortinas…

—¿De qué voy? Esta tarde has dado esquinazo a tus guardaespaldas y llevo cinco *putas* horas sin saber nada de ti.

Me cruzo de brazos, mosqueada.

—¿Ahora te ha dado por los celos?

—¡¿Celos?! —grita, perplejo—. ¿Crees que me preocupa que te estés follando a algún desgraciado? No, cariño. ¡Lo que me preocupa

es que te maten, joder! No puedes hacer esto, Alexandra. ¿Lo entiendes? ¡NO PUEDES DESAPARECER SIN MÁS DURANTE CINCO HORAS Y APAGAR EL PUTO TELÉFONO! ¿ES QUE SE TE VA LA PUTA CABEZA O QUÉ COÑO PASA CONTIGO?

No doy crédito. Nunca nos hemos peleado así.

Se ha puesto de pie y me está gritando y faltando el respeto de una forma que quiero abofetearle.

Vale, he toreado a sus estúpidos guardaespaldas hasta que me han perdido el rastro entre las calles, pero no es motivo suficiente como para que se ponga hecho un basilisco.

—¿Has bebido más de la cuenta? —escupo, en un tono de desprecio que le hace contraer el rostro.

La casa está en penumbra, pero se me ha acostumbrado la mirada y puedo verle. Fuera hay luna llena.

—¿Y qué?

—¡Que tú no bebes hasta emborracharte y nunca me hablas así! ¿Qué pasa, Ash? Dime la verdad.

Su mandíbula se tensa todavía más, hasta que su semblante se convierte en una máscara helada que nada desvela.

—La verdad. Muy bien, cielo. He aquí la verdad. Hoy, a las 18:44 horas han acribillado a balas a Julian y está muerto. Y a las 18:55 me he enterado de que mi mujer ha desaparecido. Ahora, te pregunto: ¿crees que es normal que, el día en el que se cargan a mi mejor amigo, en vez de estar persiguiendo a los putos cobardes que le han disparado por detrás al salir de la carnicería, tenga que recorrer la jodida ciudad entera para buscar a alguien que es patológicamente incapaz de acatar una puta orden tan sencilla como la de *No Te Separes Del Coche Que Te Vigila*? —me dice, haciendo hincapié en cada palabra—. Dime si a ti te parece normal, porque a mí no me lo parece.

Siento cómo el mundo se desmorona a nuestro alrededor. Siento que las palabras de Ash, si bien cortantes como cuchillas afiladas, ocultan un profundo dolor que trasciende la furia.

Y siento que esto se nos ha ido de las manos.

Las lágrimas, primero de rabia contenida y ahora de pura angustia, fluyen como ríos por mis mejillas.

Doy unos pasos vacilantes hacia él y, con manos temblorosas, lo rodeo en un abrazo.

—Lo siento muchísimo.

Durante unos diez segundos, se queda inmóvil, muy quieto.

Luego deja caer la cabeza hasta apoyar la boca contra mi hombro y entonces la tensión abandona un poco sus músculos agarrotados. Sus brazos, aunque rígidos como el acero, rodean mi espalda y sus dedos se aferran, feroces, a mi chaqueta vaquera.

—No vuelvas a hacerme algo así nunca más. Creí que tú también estabas muerta —masculla, con voz apagada.

—No lo haré. —Cojo su cabeza entre las manos y lo beso montones de veces en la boca, antes de clavar la mirada en la suya y prometerle que no lo haré nunca más—. Te doy mi palabra.

—De acuerdo —musita, abrazándome de nuevo, con renovada fuerza.

Pasamos así horas, puede que milenios enteros. En profunda oscuridad. Profundo silencio. Escuchando ópera. Despidiendo al amigo que él ha perdido y que yo empezaba a ganar.

Se llamaba Julian. Vivió deprisa. Murió joven… Y dejó detrás de sí una onda sísmica llamada Ash que, cuando estalle, arrasará la ciudad entera.

No habrá piedad ni clemencia. El Grupo W no perdona ni olvida. Cuando vives entre las sombras, la vida se convierte en un juego con una sola regla: el que pierde, muere.

Y habrá decenas de muertos.

De este mundo se sale de dos maneras: como Julian, dentro de un ataúd, o como Ash, con una corona que todo el mundo codicia y que algunos matarían para conseguir.

Esta tarde, a las 18:44 horas, empezó la guerra. La de verdad. Y nadie, ni siquiera yo, podrá impedirla. Porque, a partir de este momento, estoy fuera. No habrá confidencias. No habrá concesiones. Solo un silencio gélido y esa sonrisa aplomada, como si estuviera diciéndome: *no te preocupes, cielo. Está todo controlado. Todo va a salir bien.*

Cuando lo cierto es que el mundo entero está a punto de hacerse añicos, como un espejo que alguien deja caer al suelo por error en

una mudanza y luego ya no hay forma de remediarlo.

*****

Imagino que Julian no tenía familia, porque a su funeral solo asisten ellos, los señores del Hampa, elegantes, sombríos, callados. Trajes negros. Rostros apesadumbrados. Un brillo feroz impreso en sus retinas…

En las calles, la lealtad y el respecto valen más que los lazos de sangre, y hoy se ha ido uno de la familia. Un cargo muy alto dentro de la organización. La mismísima mano ejecutora, el lugarteniente del rey.

Están todos consternados, preguntándose cómo alguien ha osado a hacer algo así, planeando qué le harán a ese alguien cuando irrumpan en la madriguera en la que se esconde y lo arrastren fuera.

Sienten incredulidad y rabia reprimida, y en breve harán algo con ese peligroso coctel de sentimientos, esa cólera sorda que les quema por dentro.

El hecho de estar en tierra santa no les disuade. No creen en Dios. Solo en sí mismos. Se tienen los unos a los otros. Uno para todos y todos para uno, como los mosqueteros de Dumas.

Ash coge la botella de Macallan, bebe un trago y luego vierte una pequeña cantidad encima de la tumba recién cerrada.

—Por ti, hermano. Donde quiera que estés.

Está en horas muy bajas, puede que incluso sea esta su hora más oscura. Se lo noto en la cara. Su perfil, pese a la rigidez afilada que desvela, no puede enmascarar el dolor. Está a punto de desmoronarse. Ha perdido a un gran amigo, no solo a un empleado valioso.

Y Julian le tenía verdadera admiración a Ash. Era su referente para todo. Solo había que oírle hablar. Ash esto, Ash lo otro. Pedía su opinión para todo.

Él fingía exasperarse a veces. *A tomar por culo, Julian. Deja de darme la matraca, joder.*

Pero el vínculo que tenían era tan inquebrantable que solo la muerte ha podido destruirlo.

Tomo a Ash de la mano cuando regresa a mi lado y él me mira por un segundo, distraído, con ojos rojizos por culpa de las lágrimas que está conteniendo.

Le toca a Seven repetir el ritual.

—Por Julian. Adiós, cabronazo.

Creo que siguen el rango que cada uno ostenta dentro de la organización, porque yo soy la última a la que le pasan la botella. La forajida, la que está dentro y fuera, viendo los horrores, pero fingiendo no saber nada del tema.

Supongo que lo mío siempre ha sido fingir.

Cojo la botella con manos temblorosas y mirada apagada, bebo y comparto un trago con el difunto.

—Por Julian. Que ahora, por fin, entenderá la metáfora.

Todo el mundo se echa a reír, porque, en los funerales, se llora y se ríe, pensamos en la muerte, pero también homenajeamos la vida.

Así que, por Julian, el cabronazo con los amigos más leales que nadie podría desear.

Ash, con sonrisa triste, me pasa el brazo por los hombros y me aprieta contra él, y seguimos mirando todos, con gesto ausente, la tumba, en un silencio compartido e íntimo, roto solo por el susurro del viento y el murmullo de las hojas que empiezan a palidecer ante la inminente llegada del otoño.

—Esta noche volvemos a casa —me susurra Ash al oído, después de lo cual planta un beso rápido en mi sien e ignora a propósito mi cara de pasmo.

¿Qué significa el hecho de que volvamos a casa? ¿Que se está fraguando un alto el fuego o que sus enemigos caerán tan deprisa que no tendrán tiempo ni de desenfundar las pistolas?

La segunda opción parece más probable.

Capítulo 29

Aunque tenga que cargarme a cada hijo de puta que quede en esta ciudad asquerosa, conseguiré ser esa persona algún día.
(Ash Williams)

Ash

Acabo de dejar a Alexandra en casa, con todo un equipo de guardaespaldas a cargo de su seguridad, y voy al *Fever* por primera vez en meses. Esta noche no abrimos. La reunión tendrá lugar a puertas cerradas.

Asistirán seis personas aparte de mí: El Rubio, Seven, El Holandés, el Chino, Serpiente y Mickey, los mejores francotiradores que hay en todo el puto estado de Ohio.

—¿Tenemos la lista? —pregunto, intentando no pensar en que esta es la primera reunión sin Julian.

Seven empuja hacia mí una hoja de papel. Desvío la mirada, indiferente, la compruebo y después, asiento, dando mi conformidad. Veinte nombres. Veinte vidas que vamos a cobrarnos.

—Lo haremos a lo grande, como en los viejos tiempos, para que la gente recuerde. En esta ciudad no habrá paz hasta que todos acaben de rodillas otra vez, porque lo malo que tiene el ser humano es que a veces le falla la puta memoria. La traición se paga con sangre y no aceptaremos otra moneda de cambio. ¿Queda claro?

Asienten todos, con expresiones solemnes, a la altura de las circunstancias.

—¿Y qué hay de Carlos Alberto? —me pregunta el Holandés.

Vuelvo la mirada hacia la suya con lentitud. Mi semblante no refleja nada, porque ahora mismo no siento nada, solo la calma mortal que se apodera de mí antes de que estalle la tormenta.

—Como bien sabéis, en nuestro mundo, cargarse a alguien delante de su casa se considera una tremenda falta de respecto —le

digo, después de encenderme un cigarro—. El peor insulto que le puedes hacer a un hombre es matarlo delante de toda su familia. De Carlos Alberto me ocupo yo. Morirá como un perro, os lo prometo. Así sabrán todos de lo que soy capaz.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Seven, que, como siempre, mantiene el mismo aplomo helado que yo.

—Lo que debo. La próxima vez que alguien ose pronunciar mi nombre, quiero que lo haga en susurros y estremeciéndose. En cuanto al que disparó a Julian por la espalda, con él no quiero ejecuciones mafiosas en callejones sucios. Lo quiero vivo, porque hay destinos peores que la muerte.

La muerte es misericordiosa.

Yo, no.

*****

Seis nombres desaparecen de la lista en el primer mes.

El resto de acontecimientos me son indiferentes. Tengo negocios y reuniones, y la vida sigue su curso, a pesar de la gente que muere en ejecuciones mafiosas en plena calle, a plena luz del día.

Corren ríos de tinta.

Delincuencia disparada en Cleveland.

La tasa de violencia, por las nubes.

Las autoridades preocupadas por el índice de la criminalidad.

A todo esto, yo me muevo por la ciudad con un Lexus último modelo, un traje hecho a medida, y nadie se atreve a señalarme. Me hacen fotografías en compañía de jueces, fiscales, políticos y empresarios.

Estoy en la luz, y también en la más profunda oscuridad.

Llega nuestro primer aniversario. Según Lis, Alexandra entró en mi despacho, y en mi vida, hace exactamente un año.

—Pues habrá que celebrarlo esta noche —le digo cuando me lo recuerda.

De pie delante de mi mesa, Lis, con una americana fucsia sobre un vestido blanco, entallado, cambia el peso del cuerpo de una pierna a la otra y se coloca con discreción un mechón de pelo rubio

detrás de la oreja. Es muy discreta y muy respetable. Encaja de maravilla en esta oficina acristalada.

—¿Preparo algo?

Le devuelvo los documentos que me ha pedido que le firme.

—Claro. Busca algún sitio con clase. Esto es importante.

—De acuerdo. Te confirmo los detalles antes de tu próxima reunión.

—Gracias, Lis. Eres un cielo.

Me devuelve la sonrisa y después cierra la puerta a sus espaldas, y entonces yo, por fin, puedo quitarme la máscara por un momento. Hoy llevo puesta la de jefe atento y novio considerado, pero a veces las máscaras pesan demasiado.

*****

No sé cómo, se me pasa el resto del día, entre reuniones, negociaciones y acuerdos, y toca sacar a Alexandra a cenar.

La sorprendo con una joya que ni siquiera me molesté en ir a comprar yo, se encargó Lis a la hora de comer; sonrío y bromeo como si todo me diera igual, pero no estoy ahí realmente, solo soy un puto cadáver viviente y odio a la persona que me ha hecho esto.

Después de la cena, volvemos a casa. La beso y, como todas las noches antes de esta y las que están por venir, cumplo con mi deber, pero sigo sin estar ahí, esto es follar por follar, y ella lo nota, y se mortifica, y yo no puedo evitarlo porque mi amigo ha muerto, el mundo está ardiendo y la puta cerrilla la encendí yo mismo y esto es lo que hay, joder.

Hasta que no me los cargue a todos y le ponga fin a la guerra, no habrá paz. Ni para ellos ni para mí.

*****

No la escucho acercarse y, cuando me vuelvo consciente de su presencia, ya es tarde, ha visto la bala que sujeto entre los dedos y contemplo como si fuera el puto Santo Grial, y ahora me va a

preguntar qué es y voy a tener que decírselo porque ella es como un sabueso, no se le puede ocultar nunca nada.

—Eh... ¿Estás bien? Me desperté y no estabas en la cama.

—Sí, es que no podía dormir —oigo mi voz, hueca e indiferente, y me pregunto si ella también lo estará notando, si se habrá dado cuenta de que apenas queda un gramo de humanidad en mi interior esta noche.

—¿Qué es eso?

—Una bala con mi nombre.

—¡¿Qué?! —se horroriza, quitándomela de la mano para examinarla ella misma—. ¿De dónde demonios ha salido?

—De mi bolsillo —respondo con aplomo. Como no dice nada, mi mirada se eleva para encontrarse con la suya. Estoy sentado en la butaca. Ella está de pie delante de mí, con la perplejidad inundando cada milímetro de su rostro, los labios entreabiertos y los ojos llenos de preguntas.

—Ash, ¡¿por qué llevas esto en el bolsillo?! ¿Quién te la ha mandado?

—Nadie. La hice yo, hace diez años, la tallé la noche en la que mataron a Emilio, mi mentor.

—¡¿Por qué?!

Se produce un largo silencio. Al final, después de mucho tiempo, contraigo el ceño y niego con aire cansado.

—Para recordarme a mí mismo que ningún monstruo es inmortal. Es mi *memento mori* y la miro de vez en cuando, la toco como si fuera un amuleto sagrado porque me hace recordar que no hay mucha diferencia entre la vida y la muerte y que, si hay que caer, mejor que sea en el campo de batalla y llevándose por delante a todos los hijos de puta que sea posible.

Se arrodilla delante de mí, se agarra a mis muslos con manos temblorosas y sigue observándome con esa mirada entre delirante y horrorizada.

—Ash… ¿Qué vas a hacer?

—Lo que debo. No te preocupes, pequeña —le susurro mientras acaricio su cabeza con gesto ausente—. Está todo controlado.

«Controladísimo».

*****

Dos días después mantener esa conversación en plena madrugada en el salón de nuestra casa, Carlos Alberto Medina Carvajal, cara visible del cártel de los Rojos del Valle, puerta de entrada de la coca en Estados Unidos y autor intelectual de la ejecución de Julian, entre otras tantas ejecuciones, es asesinado de tres disparos a quemarropa al salir de la iglesia, delante de su Dios y de toda su familia.

Como puta muestra de respeto, joder.

Y esto no he hecho más que empezar.

*****

—¡Señor Williams! Vaya sorpresa. No le esperábamos hasta dentro de dos semanas.

Me detengo delante del mostrador de recepción y le sonrío a Jenny, la pelirroja que siempre parece alegrarse de verme.

—Lo sé. Me temo que tengo programado un viaje de negocios para esas fechas y no hay forma de cambiarlo. ¿Cómo se encuentra nuestro paciente últimamente? ¿Alguna mejora?

Jenny da por hecho que hago esto porque me importa, con lo cual pone cara de lástima al no poder darme buenas noticias.

—Lamentablemente, no. Sigue sin comunicarse con el mundo exterior. El psiquiatra dice que no hay nada que se lo impida, excepto su propio cerebro, claro.

—Pero sigue consciente de todo cuanto pasa a su alrededor, ¿verdad?

No me gustaría perder mi tiempo con él si no disfruta tanto como yo de esta visita. Soy un hombre ocupado.

—Sin duda. Solo que no desea interactuar con nadie. Pero seguro que se alegra de verle.

«Más vale que sí».

—Eso espero, Jenny. Espero que sea consciente de mi presencia —le digo con una de mis más encantadoras sonrisas, que ella me

devuelve al instante.

Me despido con un gesto y sigo avanzando por el pasillo, calmado, con las manos en los bolsillos, hasta la habitación 016.

No hay nadie cuando entro, solo el hombre al que he venido a ver, sentado en una silla de ruedas, delante de la ventana, con una manta a cuadros sobre las rodillas y la mirada vacía como de costumbre.

Suelto un silbido.

—Vaya vistas tienes desde aquí, Gavin. Te quejarás.

Se pone tenso al escuchar mi voz, así que ya queda confirmado que *no* estoy perdiendo mi tiempo con él.

Estupendo.

Me apoyo en el radiador, delante de él, cruzados los brazos sobre el pecho, y lo observo. Cada año va menguando. Apagándose poco a poco. El deterioro resulta visible.

—Te sorprenderá que haya venido a verte hoy. Verás, tengo que emprender un viaje muy importante. El más importante de todos. Y puede que la palme porque, en fin, mucha gente me quiere muerto ahora mismo. ¿Recuerdas lo que era eso? Seguro que sí. Menuda adrenalina, ¿verdad? ¿Te importa que fume? Tomaré tu silencio como un no.

Me enciendo un cigarro, lo chupo lentamente y, después de exhalar humo, vuelvo a bajar la mirada hacia la suya.

—Dios, no sabes lo que odiaría palmarla y dejarme tantos asuntos pendientes. Así que aquí me tienes, haciéndole la visita de rigor a mi buen amigo Gavin. Anima esa cara, joder. —Le doy unas palmaditas en la mejilla y luego le sonrío, benevolente—. Vamos a pasarlo muy bien esta tarde los dos juntos. Mira. He traído nuestra peli favorita, como siempre. ¿Qué me dices, socio? ¿Quieres que la veamos?

Sus ojos, dilatados como abismos sin fondo, destellan un brillo de pavor desesperado. Su respiración suena agitada en el silencio de la habitación, revelando el terror que lo consume por dentro, el mismo terror paralizante que veo impreso en sus facciones.

—¿Y qué te cuentas hoy? —pregunto mientras pongo el DVD y enciendo la tele—. ¿Te tratan bien en la clínica? Más vale que sí, dado que esto me cuesta un ojo en la cara y la mitad del otro. Pero

nada es demasiado para que mi gran amigo Gavin esté cómodo. —Me vuelvo de cara a él y le dedico otra sonrisa amable, antes de añadir—: Cómodo y, sobre todo, *vivo*.

Capítulo 30

Las heridas que no se ven son las más profundas.
(Shakespeare)

Alexandra

Volver de una entrevista de trabajo que no ha ido demasiado bien y encontrarme a Seven en casa, a las nueve de la noche, no me hace demasiada gracia.

—Hola —saludo, después de guardar la chaqueta en el armario que hay junto a la entrada y quitarme los zapatos de tacón alto que me hinchan los pies a los diez minutos de llevarlos puestos. Ya ni menciono cómo me siento después de cinco horas—. ¿Y Ash?

Seven, desplomada en una silla, con los pies sobre la mesa del comedor, hace un gesto de negación con la cabeza.

—No está.

—Ah. ¿Quieres tomar algo?

—Se ha ido de la ciudad.

Me vuelvo desde el mueble bar, pasmada por su afirmación.

—¿Perdona? ¿Cómo que se ha ido de la ciudad?

—Un viaje de negocios. Algo imprevisto.

Ya. Seguro que sí.

—¿Qué clase de negocios?

Los labios de Seven se tuercen en un gesto de desdén.

—Ni idea. Ya te lo explicará él cuando vuelva.

Esto es indignante. No solo se ha largado sin decirme nada, sino que le ha pedido a Seven que me lo diga en vez de tomarse él la molestia de descolgar el puto teléfono. He sido paciente porque sé que lo está pasando mal con la muerte de Julian, pero esto es pasarse de la raya.

—¿Y por qué demonios no me ha llamado para decirme que se marchaba?

—No le gustan las despedidas. Por cierto, me quedaré aquí hasta que vuelva. Ordenes de su majestad.

Cuando creía que no había más buenas noticias…

—Increíble.

—Solo quiere que estés a salvo, cara bonita.

—Y me manda a su ex novia para que me haga de niñera.

Sonríe, solo con el lado derecho de la boca. Tiene unos labios sexys, pintados de rojo mate, el mismo tono que uso yo. Labios que *él* ha besado. Y follado... Estupendo.

—Soy la única persona a quien confiaría su vida y, por lo tanto, me ha confiado la tuya. No te quejes. Soy la mejor guardaespaldas que vas a tener jamás. Mucho mejor que esos mamones a los que das esquinazo.

—Eso solo pasó una vez.

—Ya. Por cierto, ¿qué hiciste esa tarde? Intentamos averiguarlo por todos los medios, pero perdimos tu rastro en alguna parte del centro.

Agitando la cabeza con incredulidad, me sirvo una copa del mejor whisky de Ash y también le sirvo una a ella.

Después de pensármelo mejor, decido añadir dos dedos más de alcohol porque si ella y yo vamos a dormir hoy bajo el mismo techo, nos hará falta. A las dos.

—Nada. Solo quería estar un rato sola, sin tanta vigilancia. Fui a un parque y me senté en un banco al lado de un señor que daba de comer a las palomas.

—Fascinante. Y Ash imaginándose toda clase de escenarios horripilantes… ¿Qué tal tu entrevista? —me pregunta cuando le ofrezco la copa.

Tomo un trago de la mía, me instalo en el sofá y la miro unos segundos a los ojos, antes de responder. Por supuesto que sabe dónde he estado hoy y qué narices he estado haciendo.

—No ha ido demasiado bien.

—Sabes que tu hombre puede arreglarlo, ¿verdad?

Por supuesto. Pondría una pistola contra la sien del quisquilloso señor Miller, que no está demasiado seguro de que yo sea la persona

más adecuada para reformar la casa de su distinguida tía octogenaria, y agotaría sus opciones.

—No quiero tratos de favor. Me gusta conseguir las cosas por mí misma.

Seven alza su copa y sonríe, socarrona.

—Eso lo comprendo, y lo respeto. A mí también me gusta demostrarle al mundo mi valía.

Supongo que ella y yo nos parecemos un poco. Las dos somos tenaces.

Tomo un trago y la miro otra vez. Su rostro es una obra maestra. Sinceramente, ella es más guapa que yo. Si la analizas al detalle, no encuentras defectos en su fisionomía.

—¿Aún le quieres?

No sé por qué demonios lo he preguntado. Ha sido un impulso estúpido y ahora es tarde para retractarse.

Seven inclina la cabeza como si tuviera que pensárselo bien antes de responder.

—Lo mío con Ash está por encima del amor.

—Explícame eso.

—El amor termina. La lealtad dura para siempre.

Otro trago que tomo, más que nada para que la garganta deje de escocerme tanto. Seven también bebe, conservando su aplomo de siempre.

La evalúo en silencio mientras asimilo la respuesta.

—¿Y por qué le debes lealtad, Seven?

Se produce un largo silencio. Doy por acabada la charla, cuando de pronto su rostro se eleva hacia el mío y la dureza que lo empapa me hace retener la siguiente pregunta que iba a formularle.

—Porque él fue el único que me vio cuando yo era invisible, cara bonita. Me sacó de las calles. Me dio un hogar. Una familia.

—¿Hacías las calles? ¿Eras prostituta?

—¿No me ves en ese papel? —repone, divertida.

—No. No mucho.

—Ya. Yo tampoco me veía. Pero tenía miedo. El hombre que me había comprado…

—¡¿Comprado?! —la interrumpo, atónita—. ¿Es que alguien te vendió?

—¿Puedo fumar?

Hago un gesto con la cabeza para decirle que sí y ella, aprovechando que no está Ash, se enciende un cigarrillo, aspira humo y al final asiente.

—Mi madre. Mi propia y encantadora madre. Me vendió a su chulo, cuando él ya no quiso contar con sus servicios. Lo que pasa con la gente que se chuta heroína es que empieza a pudrírseles el cuerpo. La cara se les viene abajo, se les caen los dientes, las tetas, se les seca el coño... Mi madre ya no se la ponía dura a nadie, así que me tocó a mí seguir con el negocio familiar.

La miro pasmada, porque me lo cuenta con una total ausencia de emociones, como si estuviéramos comentando una tontería.

—¿Cuántos años tenías?

—¿Cuándo fui comprada? —Asiento. Sus labios dibujan una O con el humo. Me vuelve a mirar con la misma indiferencia—. Catorce. Cuando me encontró Ash, quince, casi dieciséis.

—¡Dios mío! Ese no era un chulo, ¡era un pedófilo! Seven, lo siento mucho.

—¿Por qué lo sientes?

—Es que… todo lo que te hicieron…

—Esa deuda está saldada, cariño. Tú tranquila. Me cargué a cada uno de los capullos asquerosos que alguna vez se atrevieron a ponerme un dedo encima. Me llevó años conseguirlo, pero al final los borré a todos de la puta faz de la tierra.

Escucho, pasmada, el desapego con el que me lo cuenta, el mismo que usa Ash cada vez que habla del pasado, como si todas esas cosas no les hubieran pasado a ellos, sino a otra persona, alguien desconocido. Cuando me quiero dar cuenta, resulta que ya me he bebido la copa entera. Así que voy a por la botella y relleno tanto mi vaso como el suyo.

—¿Él era tu cliente? —quiero saber, después de sentarme.

—¿Quién? ¿Ash? —Bufa y niega, y luego sus ojos azules, risueños, vuelven a clavarse en los míos—. No. Él era el camello de mi jefe. Una noche el puto gordo de mierda lo llamó para que le

trajera anfetas y Ash se fijó en mí porque estaba hecha un ovillo en el suelo, llena de sangre y asustada que te cagas. No dejaba de temblar. Me castañeaban los dientes. Creo que estaba en alguna especie de trance. Me habían dado una paliza de narices porque no había chupado suficientes vergas ese día. Llovía y no había capullos en la calle, pero a mi jefe no le bastó esa explicación.

—¿Y qué hizo Ash cuando te vio?

—Mirarme. Solo me miró por un segundo, pero de alguna forma supe que él me veía de verdad, no como el resto. Volvió a las dos horas. No dijo nada, y yo tampoco pregunté. Lo seguí sin más, en completo silencio. No me importaba adónde. No podía haber un sitio peor que en el que ya estaba. El Ash de ahora se habría cargado a mi chulo sin parpadear, pero el Ash de entonces todavía estaba verde. Un chico, no un hombre. Me escondió unos meses en su casa, hasta que estuve lista para cobrarme la venganza. Me entrenó, me enseñó lo que él sabía. Básicamente, cómo manejar un arma y un coche, y nunca me he separado de él desde entonces. Juntos hemos hecho grandes cosas. A veces, echo de menos esos tiempos.

—¿Tú no quieres ser respetable como él?

Se queda unos segundos callada, con la mirada perdida en el vacío.

—No es eso. Es que antes tenía la venganza, ¿sabes? Pero… cuando eso acabó…

—Ya no tenías nada —termino la frase que ella ha dejado en el aire.

Asiente para sí. Tras unos segundos de profundo silencio, sus ojos se vuelven hacia los míos y, por primera vez desde que la conozco, veo el dolor que arde detrás del hielo.

—Sí. No tengo nada, y echo de menos esa época porque al menos tenía un propósito en la vida.

—Entiendo lo que me estás diciendo.

—Pues claro. Tú eres brillante, eso dice él.

—¿Habla de mí?

—Todo el rato.

Pone una sonrisa apesadumbrada y yo me relajo porque siento que por fin la comprendo. Otro cubo de Rubik resuelto.

Es un alivio porque, si no comprendes a las personas, no puedes saber de lo que son capaces. Seven es una superviviente, como Ash, y ahora sé que es capaz de cualquier cosa porque no tiene nada que perder. Nada que la ate ni la frene. No tiene miedo y, por lo tanto, tampoco tiene limitaciones.

—¿Por qué me resulta tan fácil hablar de esto contigo? —me dice de repente, ella misma sorprendida a causa del vínculo que se ha creado entre nosotras esta noche.

Hago un brindis con la copa y le guiño un ojo.

—Tengo don de gentes.

Me sonríe y creo que es la primera sonrisa sincera que me ha dedicado en todo este largo año.

Un año. Ha pasado un año desde que estoy con él. A veces ni yo misma me lo creo. Supongo que es porque la mujer que era el año pasado se ha convertido en una extraña para mí.

—¿Por qué te llaman Seven?

—Ah, es una historia entretenida.

—Que no te apetece contarme.

—Hoy, no. Pero a lo mejor te lo cuento en nuestra próxima fiesta de pijamas.

Capítulo 31

No hay pasado ni futuro, todo fluye en un eterno presente.
(James Joyce)

Alexandra

Abro los ojos sin ningún motivo aparente y lo primero que veo es una figura alta e imponente de pie delante de mi cama, en plena oscuridad, el contorno de los anchos hombros apenas visible en la penumbra que se crea gracias al tragaluz que hay en el techo.

Mi primer instinto es gritar, pero antes de que me dé tiempo a hacerlo, se encuentran nuestras miradas y mi corazón febril empieza a calmarse.

—¡Dios, Ash! ¡Me acabas de pegar un susto de muerte! ¿Qué demonios haces a oscuras, mirándome como un perturbado?

No hay respuesta. Permanece inmutable, con esa mirada penetrante atravesando la oscuridad para retener la mía.

Mis labios, entreabiertos y expectantes, ansían las palabras que parecen luchar por escapar de su boca. Es como si el tiempo mismo se hubiera detenido en el eco de mi respiración, todavía agitada por el sobresalto, y en la magnética conexión de nuestras miradas.

—Se acabó —lo oigo farfullar, a saber cuánto tiempo después.

—¿El qué? —susurro yo también.

—Todo… Se acabó.

Me doy cuenta de que está raro, como pálido, y que se está tambaleando un poco.

—¿Estás borracho?

Sonríe, pero incluso eso parece suponerle un esfuerzo.

—Ojalá…

Me levanto de la cama, me acerco a él y cojo su cabeza entre las manos.

—¿Qué te pasa entonces?

—Cásate conmigo —farfulla, sin apenas fuerzas.

Mis ojos, enormes y cargados de preguntas, buscan respuestas en su mirada reluciente, pero no hay forma de saber qué se oculta detrás de su semblante imperturbable.

Separo los labios para preguntar de qué va esto.

Entonces, Ash pierde el equilibro y empiezo a actuar por impulso. Reaccionando deprisa, lo atrapo y lo insto a apoyarse en mí.

—Eh, quieto. ¿Estás bien?

Pongo la palma en su espalda, entre la chaqueta y la camisa, para sostenerlo. El corazón se me encoge en el pecho al sentir la humedad cálida en mis dedos.

Mis ojos escrutan con desesperación los suyos, ahora nublados por un velo de dolor y confusión. Mi mente necesita medio segundo para procesar, y comprender, la gravedad del asunto.

—Ash, ¡te han disparado! ¡Seven! Dios mío… No te muevas. ¡Seven!

—Solo es un rasguño. Responde a la pregunta —murmura con labios lívidos y la frente perlada de sudor.

—Estate quieto, apóyate en mí y cállate de una vez. Hablaremos de esto cuando estés bien.

Oigo pasos veloces por el pasillo. La puerta se abre.

—¿Qué ha pasado? —dice Seven, un poco más alterada que de costumbre. Antes de que pueda contestar, ella ya lo ha comprendido—. Joder. ¿Te han dado? Déjame ver si es grave.

Enciende la luz, le levanta la camisa y examina la herida con la sangre fría de siempre.

Los ojos azules de Ash se sitúan ahora a la altura de los míos. Es como si no pudiera dejar de mirarme. Como si todo le diera igual. Pasado, futuro, vida, muerte. Para él, solo existo yo.

—Dime si te casarás conmigo. Necesito saberlo ahora, por si la palmo.

—Puto imbécil. Si no estuvieras herido, te daría un bofetón ahora mismo por estar burlándote de esta forma cuando yo estoy de los nervios. ¡Dijiste que era un rasguño!

Vuelve a sonreír sin fuerzas, enseñando una hilera de dientes blancos y rectos.

—Nunca se sabe, mi amor.

—Ni caso a este capullo —me tranquiliza Seven, completamente al mando de la situación. Creo que es lo que más admiro de ella. Nunca pierde la calma, lo cual viene muy bien en situaciones críticas. Cuando los demás cerebros se colapsan, el suyo reacciona de inmediato y encuentra soluciones a los problemas—. Sobrevivirá. Pero hay que extraer la bala. No hay orificio de salida. ¿Puedes con él? —Asiento—. De acuerdo, pues sostenlo así. Voy a llamar al médico.

Ash sigue mirándome, esperanzado.

—Aún no me has contestado —susurra contra mis labios. Incluso ahora, el aire tiembla, cargado de electricidad.

—Sí —gruño para que se calme de una vez—. Me casaré contigo.

—Bien. ¿Te pones tú el anillo? Está en mi cartera. Me pondría de rodillas, pero…

Sonríe, me acaricia la comisura de la boca con el pulgar e intenta besarme, pero entonces se desmaya, cae encima de mí y ya no puedo sostenerlo más.

Cuando regresa, Seven me encuentra tumbada en la cama, con él encima.

—No estaréis follando…—me dice, suspicaz.

—¡Por Dios! ¡Se ha desmayado!, ¿o es que no lo ves? Ayúdame, anda. Apenas puedo respirar.

—¿Y cómo te las arreglas cuando te folla?

Le pongo mala cara. Ella entorna los párpados, exasperada, y lo coge del brazo para ayudarme a incorporarlo.

*****

Preparo café mientras un médico en pijama atiende a Ash en la habitación. Por lo visto, vive cerca de nosotros y es el sanitario de confianza de los señores del Hampa.

Seven, apoyada en la encimera de la cocina, me observa en un silencio espeluznante.

—¿Se pondrá bien? —digo, mirándola.

Asiente.

—Solo es un rasguño. Ha tenido heridas peores.

—He visto tres cicatrices de bala en su cuerpo. No son muy visibles, hay tatuajes encima, y él nunca me ha hablado del tema.

—¿Se lo has preguntado?

Niego, cojo el paquete de cigarrillos que ella ha soltado sobre la mesa y me enciendo uno con manos temblorosas. Seven frunce el ceño al fijarse en el ansia con el que absorbo las primeras chupadas.

—Creía que no fumabas.

—Lo dejé —respondo, volviendo la mirada hacia la suya—. Pero me parece un buen momento para retomarlo.

Me observa con cierta preocupación.

—Intentaron matarle la noche que mataron a Emilio —me dice de pronto—. ¿Te ha hablado alguna vez de Emilio?

—No. Solo lo mencionó de pasada.

—Era nuestro jefe. El rey de esa época. Ash era su mano derecha. Hubo una emboscada. Emilio fue acribillado a tiros en plena calle. Ash también, pero él sobrevivió. Y después se los cargó a todos.

Asiento. Arrojo al techo una densa nube de humo, apago la cafetera y preparo dos tazas. Le alargo una a Seven.

—¿Siempre se cobra las venganzas?

Coge la taza de entre mis dedos, le da un sorbo y se enciende un pitillo.

—Si hay algo que puedo decirte sobre Ash, aparte de que es un hijo de puta duro de roer, es que nunca le pasa una a nadie. Si le jodes, estás muerto. La traición se paga con sangre.

—Ya.

Lo que imaginaba.

Se produce un largo silencio mientras las dos tomamos café y chupamos, pensativas, nuestros respectivos cigarrillos.

—Te ha pedido que te cases con él esta noche —me suelta Seven de repente—. ¿Qué le has contestado?

La miro.

Ella me mira a mí.

—Le he dicho que sí.

Una sonrisa muy pequeña asoma en las comisuras de sus labios.

—Pues enhorabuena.

Sigo mirándola, evaluando su semblante inalterable.

—¿Sin rencores?

Guarda silencio durante casi medio minuto. Entonces, brinda con su taza y asiente.

—Sin rencores, tía. Has jugado bien y has ganado, así que solo puedo darte la enhorabuena.

Por algún motivo que no acierto a adivinar, eso significa algo para mí. Nunca he tenido amigas. Mi madre y yo nos cambiábamos todo el rato de casa, y esa clase de vida, casi nómada, me enseñó que los lazos personales son efímeros, luces fugaces completamente incompatibles con una existencia errante como la nuestra.

No es que Seven sea santo de mi devoción, pero… en este momento es lo más parecido a una amiga que tengo.

Lo cual es muy, muy retorcido.

Los seres humanos creamos vínculos con la gente más inesperada, en las situaciones más inusuales. Ella y yo estamos en caras opuestas de la moneda, somos enemigas naturales, pero a veces incluso un enemigo puede llegar a despertar simpatía en ti.

Capítulo 32

Si le jodes, estás muerto. La traición se paga con sangre.
(Seven)

Ash

—¿Seguro que quieres hacerlo tú?

Mi mirada desapasionada se cruza con la de Seven.

—Seguro.

—¿Ya no te duele la herida?

—Claro que sí. Pero me gusta el dolor. Hace que me sienta vivo.

Introduzco la mano en las fauces de Medusa, acciono el mecanismo de apertura del túnel y Seven y yo nos adentramos en la oscuridad, dejando detrás de nosotros música, flashes y a la *crème de la crème* de Cleveland disfrutando de otra noche de viernes en el club más de moda de la ciudad.

Dentro del túnel, la oscuridad es absoluta. Escogí este lugar precisamente por eso. Cuando uno está a solas sin ver nada, tiene tiempo para pensar. Para arrepentirse. Para conocer el terror.

Seven enciende la linterna del móvil. Yo no necesito luz. Me oriento muy bien en la oscuridad. Pero ella lleva botines de tacón alto y tal vez le preocupe torcerse un tobillo. A fin de cuentas, estamos en una fiesta. Todos han venido esta noche para darnos a Alexandra y a mí la enhorabuena. ¿Qué mejor sitio que el *Fever* para celebrar nuestro compromiso?

—Despierta, capullo. —Seven le propina una bofetada al hombre maniatado, que sale de su letargo doloroso y nos mira, asustado.

Veo en la desesperación que arde en su mirada que su mente lucha por comprender la situación en la que se encuentra.

—Hola, soy Ash —le digo con voz tranquila y animada—. ¿Cómo te llamas tú?

—Diego —responde, desconfiando de mi amabilidad. Hace bien en desconfiar.

—Diego. Buenas noches, Diego. ¿Qué tal te han tratado mis amigos? No muy bien, por lo que veo.

—Oye, tío, yo…

—Chisss. No te he dado permiso para hablar. ¿O sí y no lo recuerdo?

Niega y cierra la boca. Las lágrimas empiezan a escurrirse por su rostro. Eso es terror, ese sentimiento opresivo que inunda cada fibra de tu cuerpo hasta paralizarte por completo. Tu corazón empieza a latir, delirante y desacompasado, y cuando te quieres dar cuenta, te has sumergido en un océano de desesperación, ya no controlas el temblor de tus miembros y tu voz no es más que un sonido ahogado por el pánico que sientes.

Entonces, la oscuridad se vuelve más profunda, como si tu dolor y todos tus miedos la estuvieran alimentando y, al final, la angustia te consume.

—Quiero que sepas que no estás aquí por haberte cargado a Julian. Eres un soldado. Solo cumplías órdenes. Eso puedo comprenderlo. No te juzgo. Yo también fui un soldado que tenía que cumplir órdenes con las que no siempre estaba de acuerdo.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? —atina a decir, con apenas un hilo de voz, entrecortado por el llanto.

Me enciendo un cigarro y le doy una calada, antes de responder.

—Estás aquí porque le has disparado por la espalda, al salir de una carnicería, como el puto cobarde que eres. Así es como nos cargamos a las ratas, no a los altos mandos. Con los altos mandos lo hacemos a lo grande, como yo con tu jefe, Carlos Alberto. Los miramos a los ojos antes de disparar. Para que sepan quién ha sido y por qué.

—Yo solo….

—Verás, Diego. Resulta que mi amigo era el segundo mejor francotirador del puto Ohio y tu forma de cargártelo me ha indignado porque él se merecía más. Se merecía que lo mirases a los putos ojos. ¿Lo ves? Yo te miro a ti a los ojos ahora mismo, ¿no?

—Por favor, a mí solo me ordenaron que…

—Te diré cómo está la situación. Voy a matarte. Creo que ya te hemos torturado lo suficiente. Estás listo para morir. Pero no quiero que te vayas sin saber que, antes de enfriarse tu puto cadáver, me habré follado a tu mujer y me la habré cargado. Y me cargaré también a tus putos hijos. Y, por supuesto, tampoco dejaré vivir a tu madre o a tu padre, porque este es un mundo cruel y yo soy un hijo de perra muy despiadado.

Se dispone a suplicar, pero nos lo ahorro a los dos. Me saco la pistola y le pego un tiro como a *Magnus*, sin parpadear.

Después, le doy el arma a Seven y, con dos golpecitos, echo al suelo la columna de ceniza que cuelga de la punta de mi cigarro y sigo fumando con tranquilidad, contemplando la obra que tenemos delante.

—¿Desde cuándo te cargas tú a inocentes y, todavía peor, violas a mujeres?

—No lo hago —respondo, con los ojos clavados en lo que queda de Diego—. Pero él ha muerto creyendo que sí. Bueno, ¿lista para volver a la fiesta? Voy a sacar a bailar a mi prometida y, cuando note algo duro clavándosele en el trasero, no quiero que sea la pistola —le digo, recuperando el aire jovial.

Seven niega, pone los ojos en blanco y luego me sigue, guardándose el arma bajo la cintura de los vaqueros.

*****

—Hola, pequeña —le susurro, abrazándola por detrás, mis manos subiendo por su cuerpo hasta detenerse justo por debajo de sus pechos. Seguiría subiendo, pero todo el mundo nos está mirando y no voy a dar a estos capullos material pornográfico en el que pensar esta noche cuando estén a solas.

Alexandra pone las manos en mis antebrazos y echa la cabeza hacia atrás para intentar atrapar mi mirada.

—¿Dónde estabas?

—He ido al servicio.

—¿Con Seven?

Sonrío para mí.

—¿Celosa? —le susurro, acariciándole la oreja con los labios.

—No dignaré eso con una respuesta.

Me río.

—Yo he ido al servicio. No idea de lo que estaba haciendo Seven. ¿Bailas, futura señora de Ash Williams?

Se vuelve entre mis brazos y se abraza a mi nuca. Está sonriendo.

—¿Contigo?

—¿Te lo ha pedido alguien más?

Hace un gesto de picardía con las cejas.

—Ahora que lo dices…

Le pongo mala cara.

—Tienes suerte de que no sea un tipo celoso.

—Es curioso que no lo seas.

Apoyo las palmas en su firme cintura y la miro absorto a los ojos.

—¿Y por qué es curioso?

—No lo sé. Es una de esas cosas que no encajan en el mosaico que es tu personalidad. La posesividad suele ser un rasgo dominante en gente como tú.

Intento no sonreír, aunque sé que mis ojos lo hacen.

—¿Qué significa *gente como tú*?

—Machos alfa.

La respuesta me hace reírme entre dientes.

—Yo no soy un macho alfa. Los machos alfa son unos capullos inseguros que se sienten amenazados por mujeres más fuertes que ellos. A mí me encantan las mujeres fuertes.

—Las mujeres en general. Dejémoslo ahí.

Arqueo las cejas con gesto socarrón.

—¿Sugieres que soy un mujeriego, cielo?

—Yo no sugiero nada. Te lo digo con absoluta claridad.

Mi pecho se agita con la risas que suelto. Noto que ella se estremece a mi lado, así que la pego a mí un poco más, hasta que nuestros cuerpos se unen de cintura para abajo. Abre los ojos de par en par al sentir la erección con la que le doy un golpecito.

—¿Eso va a ser así siempre? —le digo, inhalándola.

—Así, ¿cómo? —repone, toda coqueta.

Mi mirada se calienta tanto que, cuando le rozo la mejilla con el pulgar, siento que arde encima de su piel.

—¿Vas en enfrentarte siempre a mí?

—Solo cuando sea necesario.

Una sonrisa lenta se inicia en la comisura derecha de mi boca y poco a poco se expande por todo mi rostro.

—Eso está muy bien. Me gusta que me desafíen.

—Ah, ¿sí? ¿Qué más te gusta? —me provoca, sus dedos apretándome los testículos.

Separo los labios para respirar. A veces cuesta coger aire cuando la tengo cerca.

—Tu vestido. ¿Cuándo podré quitártelo?

—¿Cuándo quieres quitármelo?

Miro a mis amigos, por encima de su cabeza.

—Largaos —ordeno, y ella se echa a reír, me besa y, cuando vuelvo a mirar, estamos solos en el reservado.

—¿Ya no te duele la herida? —me dice, un poco preocupada.

—Dolor, placer… La línea es delgada —respondo, más preocupado por bajar los tirantes de su vestido negro que por el malestar que todavía persiste después del disparo. La prenda, una tela muy delgada, se desliza hasta sus caderas. Retrocedo un poco para poder admirarla—. Me gusta que no lleves sujetador.

—Odio los sujetadores.

—Lo sé. Yo también. Con los bonitos que son los pechos, ¿por qué esconderlos? —murmuro, paseando, muy despacio, el dedo por la curva de su seno desnudo.

—Algunos hombres se sienten amenazados por los pezones.

Sonrío para mí.

—Algunos hombres son idiotas. A mí me encantan tus pezones. ¿Puedo lamértelos?

Ella también sonríe. Y se le acelera la respiración. Eso es bueno de narices.

—Puedes.

Me inclino sobre ella, cubro la punta de su pecho con la boca y paseo la lengua alrededor del pezón. Ya estaba duro, pero con el calor y la humedad de la caricia florece todavía más.

Alexandra hunde los dedos en mi pelo y aprieta mi boca contra su piel.

Por un segundo creí que no lo conseguiría. Pero aquí estamos, en tiempos de paz. La guerra no es más que un recuerdo amargo que me esfuerzo por dejar atrás. Con la ciudad limpia de escoria, podré ser por final hombre que le prometí, el que se merece tener a su lado.

Incluso dejaré de visitar a Gavin una vez al año para… pasar tiempo de calidad con él.

Solo me queda un cabo suelto.

Una bala.

Un nombre que arde en mi memoria todas las noches como un fuego que no hay forma de ahogar.

Aston Hughes.

No es fácil llegar hasta él, está muy protegido porque mucha gente quiere su cabeza, pero lo conseguiré.

Tarde o temprano, me lo cargaré.

Y cuando apriete por fin el gatillo, daré por finiquitado el pasado y me retiraré definitivamente de esta vida. Soltaré la corona, escogeré un bonito ataúd y yo mismo cavaré el hoyo.

Mientras tanto, fingiré que la venganza no consume mi alma, que soy libre, que ella me basta y me sobra para sentirme completo y en paz con el mundo.

Y todos se lo tragarán porque, cuando quiero, miento de puta madre. Escojo los disfraces con la misma habilidad con la que elijo las corbatas todas las mañanas antes del irme a la oficina, y ahora he de llevar el de hombre enamorado que tiene una boda y una súper luna de miel que organizar.

Hace veintisiete años que espero el momento. ¿Qué suponen un año o dos más? El tiempo no es nada. Cuanto más pase, más gratificante será.

—Quiero meterte la polla —le susurro, dejando de besarla por un momento. La tengo sentada en mi regazo, con las piernas apretadas alrededor de mis caderas, restregándose encima de mi erección—. ¿Me dejas?

Tensa los dedos en mi pelo y se me queda mirando. Me encanta la pasión que arde en sus bonitos ojos, cómo se le agita el pecho, al compás de la respiración…

Necesita esto tanto como yo.

—Te dejo.

—Bien —murmuro, con una sonrisa en las esquinas de la boca que se acerca cada vez más a la suya.

Cuando por fin la beso, es como si la jodida electricidad que hay entre nosotros estallara por los aires, y solo porque nuestras lenguas acaban de encontrarse, giros lentos y húmedos que desencadenan toda una explosión de pasión y deseo.

Con la polla pegando golpecitos contra su clítoris y las manos firmes en sus caderas, me detengo por unos segundos y la observo con ojos relucientes.

—Quería ir despacio, pero me parece que eso ya no es posible ahora —murmuro, antes de cogerla por el cuello con una mano y aplastar su boca contra la mía.

Capítulo 33

A veces, hacer el mal es una buena obra de Dios.
(Ash Williams)

Alexandra

Ash se niega a hablar conmigo. No sé quién le pegó un tiro ni sé por qué; no me cuenta nada, y cuanto más le insisto, más deprisa cambia de tema. Siempre igual.

Ya no importa. Está solucionado. No le des más vueltas. ¿Prefieres una boda de invierno o una de verano? Porque, por mí, nos casamos lo antes posible. ¿Cómo lo ves?

Es frustrante golpearse una y otra vez contra la misma roca escarchada.

Solo sé lo que he averiguado por mí misma, siguiendo el rastro de destrucción que ha dejado a su paso, y no es demasiada información.

Sé que ha desmantelado los cimientos de poder del cártel de los *Rojos del Valle* y que ha eliminado sin miramientos a los líderes de los clanes del este, despiadados mafiosos europeos especializados en trata de personas, tráfico de estupefacientes y toda clase de robos, estafas y vilezas de la peor calaña.

También sospecho que a estas alturas se habrá cargado con sus propias manos al sicario que ejecutó a Julian.

Aparte de eso, no tengo nada, porque de lo único que quiere hablar Ash es… de la boda.

O de sexo.

En medio de mi febril búsqueda de la verdad, llegan las Navidades, tan distintas a las del año pasado, marcadas por un silencio que nos recuerda que algunos ya no están entre nosotros.

Las celebramos en casa, una fiesta por todo lo alto para dejar atrás la oscuridad de estos últimos meses.

Mia y Mark vienen desde Londres, Violet y su prometido, desde Nueva York (tremendo el momento de su reencuentro con Axel, muy a lo Gran Gatsby); la *familia W* al completo. Hay risas y champán. Música y baile.

Sin embargo, nada es igual.

La nieve, desde lo alto de la terraza, parece ceniza, copos de destrucción que caen del cielo.

Los sigo con la mirada vacía, juego con el precioso anillo de compromiso que hoy siento arder en mi piel y pienso en la nevada del año pasado, en Ash viniendo a rescatarme con una quitanieves.

Una sonrisa amarga aparece en las comisuras de mis labios al recordar ese momento. Fue uno de sus grandes éxitos. Cuando no se carga a nadie, es un novio realmente genial.

Pero a veces se carga a gente. Debe de ser su único defecto.

Pensar en Ash agita mi estómago, lo llena de la electricidad de siempre.

Probablemente me esté buscando ahora mismo, como siempre que desaparezco de un sitio por un período superior a cinco minutos.

Pues que siga buscando. No me apetece estar en la fiesta. No estoy de humor para celebraciones. La música me parece fuera de lugar hoy.

Toda mi vida parece fuera de lugar hoy. Tengo cargos de conciencia después de lo que ha pasado durante estos últimos meses.

Sé que eran malos y que quizá merecían morir; sé que se trataba de gente cruel que hacía cosas aún más crueles, pero saberlo no alivia mi conflicto interno.

No consigo dejar de pensar en que yo podría haberlo detenido. Podía haber llamado al FBI. Delatarle, como tantas otras delatan a sus novios o maridos.

Con una sola llamada, habría impedido todas las ejecuciones mafiosas que no han dejado de salir en las noticias desde la muerte de Julian.

Hay muchas cosas que podría haber hecho, y no hice nada.

Me pregunto si Ash, alguna vez, experimenta remordimientos. Él dice que no.

Ya…

No me lo creo.

—¿Por qué te has escabullido de la fiesta?

Me vuelvo hacia Mia y fuerzo una sonrisa. Esto empezó con ella, la noche que la conocí. Ella sigue siendo la misma. Yo, no. Todo ha cambiado.

—Necesitaba un poco de aire fresco.

—Ya. Agobian cuando están todos juntos, ¿no? —dice, riéndose.

Me envuelvo en mi chal y me encojo de hombros. El aire es fuerte y helado. Tengo frío.

—¿Cómo te va en Londres, Mia?

—Si te soy sincera, es un alivio no estar en Cleveland. Y más teniendo en cuenta…

—¿Que tu hermano no deja de cargarse a gente?

La dureza de mi tono la hace fruncir el ceño y guardar un silencio reflexivo, que se prolonga más de lo que me gustaría. La gente, cuando calla, mira. Y, cuando miran, ven cosas.

Y ella debe de notar que esta noche siento el peso del mundo entero encima de mis hombros.

—¿Estás bien? Te veo rara. En la cena apenas has dicho un par de palabras.

La miro a los ojos.

Profundamente.

Y miento, le digo que sí, que solo estoy cansada, que todo este último año ha sido bastante abrumador, ¡pero estoy bien!, no es nada, es que esto de la boda me tiene un poco atacada.

—De acuerdo. Si eso es todo lo que te pasa…

Otra sonrisa relámpago, e insisto nuevamente, incluso con más ahínco que antes, como si, más que a ella, intentara convencerme a mí misma.

—Estoy bien, en serio.

—Genial. Me alegro de oírlo.

—Sí. ¿Volvemos a la fiesta? Hace un poco de frío aquí.

Intercambiamos una sonrisa y regresamos junto con los demás, a ese salón grandioso que, la primera vez que vi, me pregunté cómo sería pasar aquí las navidades, en el seno de una familia.

Ahora ya lo sé.

No es para nada como esperaba. Se suponía que tenía que disfrutarlo, no absorberme en conflictos mentales sobre el bien y el mal.

Nada más verme entrar, Ash viene hacia nosotras, con esa sonrisa suya que solo reserva para mí, y rodea mis hombros con el brazo.

—Eh, ¿dónde estabais? Llevo un buen rato buscándote, señorita. Quiero hacer un brindis y te necesito a mi lado.

—Pues aquí me tienes. Cuando quieras.

—¿Todo bien? —dice, mirándome de una forma diferente, con más atención, como si no confiara en mi sonrisa.

—Claro. Todo genial.

Lo malo de las mentiras es que algunas son tan bonitas que acabas creyéndotelas. Te dices a ti misma que haber apartado la mirada no te convierte en cómplice.

Que se lo merecían.

Sobre todo, eso, te empeñas en creer que se lo merecían, que eran gente mala, que debían pagar por sus crímenes.

Empleas los mismos argumentos que se repite Ash cada vez que aprieta el gatillo. Porque la historia la escriben los vencedores y la verdad es siempre relativa.

Así están las cosas.

Y, una vez te hayas autoconvencido de ello, se vuelve todo muy fácil.

La sonrisa, natural en tu rostro.

Se lo merecían.

¿Tu consciencia? Encerrada bajo puertas de hierro que *no* vas a abrir.

Se lo merecían.

La verdad no tiene importancia. Es un concepto subjetivo que moldeamos a nuestra conveniencia.

La única cuestión aquí es: ¿qué harías tú para proteger a la persona que más amas en el mundo?

Él mataría por ti. Tú solo tienes que apartar la mirada. Fingir no saber nada del tema. Como te aconsejó las navidades pasadas: limítate a follar con él. Juega a las casitas. Asume que lo que eras antes de conocerle no tiene nada que ver con la persona que eres ahora.

Tu integridad, tu moralidad, tu conciencia…

¿Recuerdas siquiera cuándo dejaron de preocuparte?

En la vida, todos nos ponemos siempre del lado de los héroes.

Pero, cuando te paras a escuchar la versión del villano, cuando por fin resuelves el cubo de Rubik y se te desvela el mensaje completo, comprendes que las cosas no son tan simples como parecían desde fuera.

Y, entonces, se te olvida de qué lado estás.

Luz. Oscuridad. Bien. Mal...

La línea es siempre muy delgada, y cuando eres el péndulo que oscila en medio, ¿cómo saber en qué maldito lado hay que detenerse?

Capítulo 34

Cariño, soy tuyo y seré tuyo hasta que las estrellas caigan del cielo.
(Canción *Baby I'm Yours*, Arctic Monkeys)

Alexandra

De algún modo pasa el tiempo y de pronto estoy aquí, delante del espejo de nuestra habitación, con mi vestido de novia y mi impecable maquillaje, lista para dejar de ser Alexandra Harper y convertirme en Alexandra Williams.

Como a mí me era indiferente y Ash quería que nos casáramos lo antes posible, decidimos celebrar el enlace en mayo, en el jardín de nuestra casa.

A petición del novio, ayer se instalaron montones de carpas blancas a lo largo de los cinco mil metros cuadrados que tiene la finca; hay varios rincones, para la ceremonia, para el coctel, para el banquete…

Con un escenario para la banda, una pista de baile, esculturas de hielo y toneladas de flores, no falta un solo detalle para convertir la celebración en un cuento de hadas hecho realidad. Él es el soltero de oro de la ciudad y todas las mujeres de Cleveland sueñan con ser Alexandra algún día.

Es la boda del año, según la prensa sensacionalista; un evento real.

La niña de Axel, vestida de luminoso blanco, sujetará la larga cola de encaje de mi vestido de camino al altar, improvisado bajo la sombra de un antiguo castaño. Una calesa con dos caballos me esperará junto a la escalinata para trasladarme hacia el rincón del jardín dónde Ash quería que celebráramos la ceremonia.

Después, la misma calesa llevará a los novios al banquete. Los demás invitados se moverán por la finca en caritos de golf alquilados.

Al no tener un padre que pudiera acompañarme, el encargado de entregarme a Ash será Axel.

Los invitados, sentados en sillas blancas a ambos lados de la alfombra roja, me estarán sonriendo y deseando lo mejor en esta nueva etapa de mi vida, y yo caminaré por encima de pétalos de flores esparcidos por cinco niños y les daré las gracias con una sonrisa serena.

Abro mi pintalabios favorito y el cremoso rojo mate empieza a dibujar el contorno de mi boca, a darle protagonismo al mejor rasgo de toda mi fisionomía. Era el toque que me faltaba. La maquilladora había elegido un discreto beige, pero eso no me definía, así que decidí quitármelo y pintarme yo misma los labios.

—Perfecto —digo, sonriéndole a la mujer que me observa pensativa desde el espejo.

Aprieto un labio contra el otro y analizo su rostro con meticulosidad, una mirada crítica y tranquila, casi amistosa.

No tiene sentido preguntar qué está haciendo. Ella lo tiene claro. No hay nerviosismo en su expresión.

Solo yo puedo saber que esos ojos marrones, iluminados por la luz dorada del atardecer que se arrastra por la ventana que tengo al lado, ocultan un caos de emociones. Hay miedo y confusión. Muchas preguntas y dudas. ¿Saldrá bien? ¿Cumplirá Ash su promesa? ¿Será el hombre que necesito a mi lado?

¿Y qué hay de mí? ¿Estaré a la altura?

El señor Williams y su flamante prometida, dicen los periódicos. *El señor y la señora Williams*, dirá el maestro de ceremonias cuando Ash y yo inauguremos el baile de esta noche.

Pero detrás de esa fachada de perfección, se esconde un laberinto de deseos y temores.

Quiero que esto salga bien y me da miedo que no sea así.

En medio de mi conflicto mental, la puerta de la habitación se abre a mis espaldas. Muevo la mirada hacia ahí y mis pupilas se dilatan con espanto.

—¡Ash! ¡No puedes entrar aquí! ¡Trae mala suerte!

Él, tan tranquilo, echa a andar hacia mí, con su traje azul marino impecablemente ajustado, una sonrisa serena en los labios y los

ojos, profundos y un poco traviesos, reflejando una confianza que desafía cualquier superstición.

—Lo siento, bomboncito, pero yo no creo en esas tonterías.

—Pues deberías.

—La diosa Fortuna está siempre de mi lado —me recuerda con una sonrisa socarrona, ante la cual yo pongo los ojos en blanco, haciéndole reír—. Estás guapísima —murmura, después de pasear los ojos por todo mi cuerpo, con una lentitud y un interés estremecedores. Cuando vuelve a clavarse en la mía, su mirada arde como el fuego.

Al final le sonrío. Siempre me engatusa.

—Y tú.

—Eso ya lo sé. Has colocado mogollón de cristales en esta casa. Me he visto reflejado al menos cinco veces de camino aquí. Acabaré volviéndome narcisista. Lo que le faltaba a mi personalidad.

Me río y él también, y luego me abraza y me acurruca contra su fuerte pecho, que desprende una energía tan reconfortante que no quiero separarme de él nunca más. Su presencia irradia tanta calma que aplaca la tormenta que se gestaba en mi interior.

—¿No podríamos pasar de la boda y quedarnos así toda la tarde?

Su torso se sacude con la risa ronca que suelta ante mi pregunta cargada de esperanza.

—¿Y cómo se lo vamos a explicar a los niños?

—¿*Qué* niños?

—Los que vamos a tener —me responde, inclinando su apuesto rostro hacia el mío. Hay una sonrisa mal disimulada en las comisuras de su sensual boca.

—No hemos hablado de niños.

La sonrisa, pendenciera, se ensancha unos milímetros más. Analizo su rostro y, como siempre, no encuentro ni un solo defecto o duda ocultos entre la elegancia de sus rasgos. Él tiene muy claro que quiere casarse conmigo y que esto *va* a salir bien.

—Bueno, esperaba a estar casados. Soy católico, ¿sabes?

Evidentemente, intento no reírme. Tengo que esforzarme mucho.

—*Católico*. Ya.

—¿Qué pasa? —se indigna ante mi risa sofocada—. ¿Y esa cara? Hablo en serio. Mis antepasados eran irlandeses católicos.

Este hombre nunca dejará de asombrarme.

—Pensaba que no creías en Dios.

Sus ojos, de un azul chispeante, se sitúan a la altura de los míos.

—Y no creo. Solo creo en mí mismo y, ahora, en nosotros. Pero, si tuviera hijos sin estar casado, seguro que mis antepasados volverían para atormentarme.

Suelto una carcajada.

—Así que, en el fondo, eres un hombre tradicional.

Me roza la mejilla con el pulgar y me lanza un guiño cómplice.

—El más tradicional de todos, bomboncito. Contigo quiero hacer las cosas bien. Que sea todo perfecto. Intachable.

—En ese caso, no deberías ver a la novia antes de la ceremonia —le recuerdo mientras intento hacerlo retroceder hacia la puerta.

—Espera, espera, espera. Tengo algo para ti.

Dejo de empujarlo y miro la fina cadenita que se acaba de sacar del bolsillo. Es de oro blanco, fina y discreta, perfecta como complemento para el vestido de corte sirena que llevo, tiene la misma elegancia atemporal que el encaje de color marfil que envuelve mi cuerpo y es lo suficientemente sencilla y refinada como para no robarle protagonismo al conjunto.

—¿Qué es esto?

Sonrío, sin poder contenerme, al ver la pequeña corona que cuelga de la cadena.

—Te dije que, cuando todo acabara, sería el hombre que te mereces tener a tu lado y que tú serías mi reina. ¿Qué es una reina sin una corona? —repone, con otro de sus guiños seductores.

—Es preciosa —susurro, con un enorme nudo en la garganta. No me está regalando una joya. Me está haciendo una promesa. Y yo a él, también. Le prometo que lo querré siempre. Pase lo que pase.

Incluso en los momentos más oscuros.

Incluso cuando él rompa la promesa, que lo hará, tarde o temprano volverá a hacerlo, lo sé, pero, incluso entonces, yo seguiré queriéndolo.

—Tú sí que eres preciosa.

Con manos temblorosas, tomo su rostro entre mis manos y lo beso. Y, a través de ese gesto, suave y nada pasional para no restregarle el pintalabios, le entrego mi corazón.

Esta es mi promesa: estaré a su lado en las alegrías y también en las penas, en la salud y en la enfermedad, hasta que el último aliento abandone mi cuerpo o el suyo.

De este mundo se sale de dos maneras: con una corona o dentro de un ataúd.

Hoy, aquí, me estoy enterrando viva y él se ocupa de echar tierra por encima de la mujer que era antes de conocerlo.

Y, después, le ofrece su mano a la nueva Alexandra, la que hemos creado juntos: su reina.

—Te quiero, Ash —le susurro al despegar los labios de los suyos—. Recuérdalo siempre. Si alguna vez experimentas dudas, si nuestro matrimonio se volviera difícil o imposible en algún momento, quiero que regreses a este día y que me veas delante de ti tal y como estoy ahora, con mi vestido de novia y mi voz temblorosa de emoción, diciéndote que te quiero. Y que sepas entonces, *que recuerdes*, que iba en serio.

Mis palabras llenan su mirada de un sentimiento que no sabría identificar. Puede que sea amor en su estado más puro.

—Lo sé. Yo también te quiero, pequeña —susurra, acariciándome suavemente la boca con sus labios—. Eres mi amuleto de la suerte. Desde que te tengo a ti, todo se ha encauzado.

Intercambiamos una pequeña sonrisa, y luego me pongo de espaldas a él para que pueda cerrar alrededor de mi cuello el símbolo tangible de nuestro compromiso mutuo. Lo hace y, acto seguido, me rodea el estómago con el brazo, se pega a mi espalda y planta un beso en mi cuello.

Mi mirada se cruza con la suya a través del espejo. Ha apoyado la barbilla en mi hombro. Me sonríe con ternura y se me queda mirando, sus ojos reflejando un amor y una devoción que me dejan sin aliento.

Bajo la mirada hacia la cadenita que descansa sobre mi piel, su promesa de amor eterno y lealtad inquebrantable, y después vuelvo

a buscar a través del espejo el fluorescente azul que me deja sin aire en los pulmones.

—¿Qué sientes ahora? —le susurro.

—Me siento vivo y completo. Feliz por primera vez en mi vida. Tú lo eres todo para mí. Quiero que lo sepas. Iría al puto Infierno por ti.

—Lo sé.

—Bien. Me alegro de que lo sepas. Te diré lo mismo que me has dicho tú a mí: cuando las cosas se vuelvan difíciles, que con suerte nunca lo harán, quiero que me recuerdes así, diciéndote que te quiero y que iría al Infierno por ti. Y que sepas que va muy en serio.

Lo sé. Solo hay una cosa que haría perder la cabeza a un rey: su reina.

Y, esta, hoy va a casarse con él en una ceremonia a la que asistirán casi quinientas personas, gente del más alto nivel porque Ash es un hombre admirado y respetado en todos los círculos sociales y conoce a todo el mundo que es alguien en este estado, desde políticos hasta mafiosos.

Y todos van a acompañarnos esta noche para presenciar nuestro final feliz.

Paseo el dedo por la rosa que tiene tatuada en el reverso de la mano, le sonrío y ya no hay más dudas.

*****

—Damas y caballeros, ¡demos la bienvenida al señor y la señora Williams con esta canción que el novio quiere dedicar a su resplandeciente esposa! *Can't Take My Eyes Off You*, lo cual es bastante acertado porque *nadie* puede quitarle los ojos de encima a la señora Williams hoy.

Entre aplausos, vítores y fuegos artificiales estallando por encima de nosotros, me acerco a Ash, un poco desconcertada porque la música que suena *no* es la canción que habíamos acordado para nuestro baile nupcial.

Cojo su mano tendida y le susurro:

—¿Qué fue de Etta James?

Me guiña el ojo con complicidad.

—Cambio de planes. Frankie Valli me parecía más apropiado.

—Pero…

—¿Confías en mí? —me frena, con sus persuasivos ojos azules clavados en los míos.

Y, entonces, me rindo con un suspiro imperceptible.

—Está bien. *Confío* en ti.

Con una sonrisa irresistible en las comisuras de su sexy boca, me guía con elegancia hasta la pista que acogerá nuestros primeros pasos como marido y mujer.

La atmosfera vibra con una energía inusitada. Mi corazón late febril. Creo que todavía no soy muy consciente de que estamos casados. La ceremonia es un recuerdo borroso. Repetimos los votos que cada uno habíamos anotado en un trozo de papel mil veces manoseado por los nervios, intercambiamos las alianzas y un beso nada católico y ahora estamos aquí, delante de toda esta gente, avanzando hacia el centro de la pista.

Me he pasado la vida entera ocultándome y ahora mismo absolutamente todos me están mirando, porque estoy caminando al lado del hombre que tiene el mundo a sus pies.

Gracias a Dios, su magnetismo es tan contagioso que de pronto me envuelve un aura de confianza y seguridad que nunca antes había experimentado, lo cual me permite recuperar la compostura y no ponerme nerviosa a pesar de sentir las miradas de quinientas personas clavadas en mí.

Cuando llegamos a la altura de los focos, las manos fuertes y seguras de Ash se apoyan en mi cintura con delicadeza y entonces la sonrisa se vuelve natural en mi rostro porque recuerdo que aquí solo estamos él y yo, sin pasado ni futuro, con el contador a cero, listos para escribir nuestra historia.

—Hola, pequeña —me susurra, rozándome la mejilla con la nariz mientras se llena los pulmones de aire.

—Eh. Nada de guarradas antes de la tarta —advierto, con el ceño fruncido en un falso gesto de indignación.

Riéndose con ganas, me pega a su cálido pecho, me abraza y todo desaparece, los aplausos de la gente y las sonrisas que nos rodean, el ruido ambiental, incluso la voz de Frankie.

Solo le oigo a él, cantándome al oído:

I love you, baby
And if it's quite alright
I need you, baby
To warm the lonely night
I love you, baby
Trust in me when I say[6]

En el fondo, es un romántico.

Capítulo 35

Prefiero morir de pasión que de aburrimiento.
(Èmile Zola)

Ash

Le abro la boca con la lengua y la saboreo sin prisas y sin preocuparme por los invitados que siguen ahí fuera tomando copas y fumando puros. Que les follen. Quiero estar a solas con mi mujer, que por algo me he casado.

—Ash… —protesta cuando la dejo coger aire por un segundo. No quiero que se desmaye. Ese vestido parece muy apretado. Se lo quitaré en breve.

—Chissss. Está todo controlado.

—Estamos en el pasillo.

Sonrío sobre sus labios.

—¿Y?

La tengo atrapada contra la pared y no dejo de frotarme contra ella, le restriego insistente la polla contra el estómago mientras le amaso el culo y las caderas.

—Podría vernos cualquiera.

—Tengo dos guardaespaldas en la escalera. He dado órdenes específicas de que nadie, *absolutamente nadie*, suba a la primera planta. Aquí solo estamos tú y yo, bomboncito.

—Vayamos a la cama.

—Y una mierda. —Le muerdo el cuello, se lo lamo y vuelvo a presionarme contra ella—. Voy a poseerte aquí mismo.

—No vas a poder —me dice con una risita—. ¿Has visto lo que llevo puesto?

Analizo su vestido, paseando la mirada por todo su cuerpo, y frunzo el ceño.

—Joder. Tienes razón. ¿Puedo hacerlo jirones?

—No. No puedes —se exaspera e intenta escabullirse de mi agarre, pero la atrapo rápidamente, apoyando las palmas en la pared, a ambos lados de su cabeza. No hay escapatoria—. Ash, ¡venga ya! Tenemos que volver a la fiesta. Hay gente en el jardín. Senadores, congresistas, el alcalde y la realeza del crimen, todos en el mismo evento.

—Cierto. Soy un hombre popular.

—Y un arrogante.

—También —admito con una risita—. Les diré que estás indispuesta y que me quedo a cuidarte. O, mejor, ni bajo —decido mientras le aprieto los pechos y la provoco con los labios—. No voy a dar explicaciones. Me suda la polla lo que piensen los invitados.

—Muy bonito.

—¿Qué puedo hacer si solo me importas tú?

Con la boca sobre la suya, paseo las manos por su espalda desnuda y le doy golpecitos con mi erección. Tengo el pecho agitado y unas ganas de besarla y follármela que no puedo con mi existencia.

—Ven —le susurro, tensando los dedos sobre su muñeca.

—¿Adónde?

—A la habitación. Ya que no me dejas arrancarte esto del cuerpo, te lo quitaré civilizadamente para que puedas volver a ponértelo después.

Me sigue, al ver que he entrado en razón y que no voy a comportarme como un salvaje.

Entramos en la habitación. Ni me molesto en encender la luz. De todos modos, con la cantidad de farolillos que hay en el jardín, veo más que de sobra.

La coloco de espaldas a mí y empiezo a desabrocharle el vestido. Mi polla palpita impaciente en la parte baja de su espalda.

—¿He oído un crujido?

Hago una mueca.

—Intento ser delicado, en serio, pero, joder, quiero follarme a mi mujer y el puto diseñador de mierda este me lo está poniendo muy difícil. Hace falta un máster para adivinar cómo se desabrocha esto.

Por fin consigo soltar el último botón, y entonces la vuelvo entre mis brazos, echo una mirada rápida y hambrienta a sus perfectas tetas embutidas en un corsé blanco que me la pone todavía más dura y, tensando los dedos en su cuello, le doy un beso feroz, que nos deja a los dos sin aliento.

Al detenerse mis labios, no la suelto, me quedo un buen rato así, con la boca encima de la suya, respirándola, y los dedos presionándole el cuello.

—De rodillas en la cama —ordeno de pronto, con voz áspera.

Me pone mala cara.

—¿Crees que por habernos casado puedes darme órdenes?

Mis ojos se encienden con un deseo salvaje al encontrarse con los suyos en la penumbra.

—Quiero lamerte entera —le respondo en el mismo tono brusco y gutural. Suena casi a amenaza— y es mejor que tengas las rodillas apoyadas contra algo firme porque haré que te tiemblen.

—Bueno, vale, tú ganas.

Sonrío al ver la rapidez con la que obedece.

Sin quitarme ni una prenda de ropa por el camino, me arrodillo en el suelo, meto la cabeza debajo de toda esa tela de encaje, apartando lo que se interpone en mi camino, y pego la boca a su coño, paseando la lengua por encima del satén blanco de sus braguitas.

—Esto es la puta gloria —farfullo, antes de volver a la carga.

Alexandra se tensa y se aprieta contra mi boca, y sé que es mía, ya la tengo. Esto es para siempre.

Gruño y le doy un mordisquito en el clítoris cuando consigo que empape la ropa interior.

—Ash…

—Ya lo sé —farfullo, con la respiración muy alterada.

Aparto la tela que me frena el paso y mi ansiosa lengua lame cada delicioso centímetro de ella, deteniéndome solo cuando noto que está a punto de correrse.

—¿Por qué te par…?

Calla y gime fuerte cuando me hundo en su interior de golpe. Tenso los dedos en sus caderas, me detengo por un segundo para

saborearlo bien y después empiezo a bombear fuera y dentro, embistiendo sin control hasta que ella se contrae, yo me tenso y, entre espasmos y ruidos animales, me vacío en lo más profundo de su cuerpo, con los dientes clavados en su hombro y la mano tensa en su pelo.

Cuando mi polla deja de sacudirse y su resbaladizo coño ha dejado de apretarme, me desplomo contra su espalda y tenso los brazos alrededor de su estómago.

—Pues ya queda inaugurado el matrimonio.

—Dios mío. ¿Cómo he podido casarme contigo?

—Precisamente por lo que acabo de hacerte. Sabes que conmigo no vas a aburrirte nunca.

Se echa a reír y yo vuelvo a tensarme de puro placer.

—Auch. Ten en cuenta que sigo dentro de ti y que, siempre que te contraes, veo las putas estrellas.

—¿Te refieres a cuando hago esto?

—Cielo, no me provoques.

—¿O qué?

—O en cinco minutos volveré a follarte.

—¿Cinco? Te estás haciendo mayor.

—Si me la chupas un rato, serán tres.

—Eres un cerdo.

Me río, con la cara hundida en su pelo.

—Este matrimonio va a ser muy divertido —auguro entre risitas.

Poco a poco me retiro de su interior y me dejo caer a su lado en la cama. Estoy bocarriba. Ella, bocabajo. Intercambiamos una mirada risueña mientras luchamos por recuperar el aliento y las fuerzas.

—¿Vas a decirme dónde me llevas de luna de miel?

—Nop. Lo sabrás cuando lleguemos.

—Aaaaash…

—¿Quéééé? —repongo en el mismo tono, mitad impaciente mitad exasperado.

—¡Tengo que saber qué ropa hay que llevar!

—Pequeña, es nuestra luna de miel. Lo adecuado sería no llevar ropa en absoluto.

—Me exasperas.

—Ya lo sé —replico divertido.

—Y te la suda, ¿verdad?

—Pues sí.

Me da un golpecito indignado en el brazo y yo, riéndome, tiro de ella y la acurruco contra mi pecho.

—Deberíamos hablar de la píldora.

Su mirada se eleva lentamente hacia la mía.

—¿Qué?

—Bueno, no ahora mismo, pero en un tiempo prudencial, ¿medio año, tal vez?, a lo mejor podrías… no sé… ¿plantearte dejar de tomarla?

Se tensa a mi lado. Está de repente muy seria. No sé si esto le gusta... Si la asusta… Si cree que es pronto…

—¿Me estás diciendo que quieres que tengamos hijos?

Me encojo de hombros.

—Yo estoy listo si tú lo estás. —Su boca empieza a desplegarse en una sonrisa—. ¿Qué? ¿Por qué sonríes así?

—Porque, cuando te conocí, nunca pensé que fuera a tener hijos contigo.

Contengo la respiración unos segundos, en los que mis ojos se arrastran por todo su rostro, absorbiendo su expresión.

—Para que yo me entere bien, ¿me estás diciendo que sí?

Me guiña el ojo y la sonrisa sigue aumentando en su rostro.

—Sí —confirma tras un largo silencio—. ¡Pero no serán principitos o princesas de la mafia!

—¡Claro que no! —me indigno ante su tonito acusatorio—. ¡Irán a la puta *Ivy League*! Serán gente respetable. Puede que nuestro hijo acabe siendo el próximo presidente de los Estados Unidos, el John Fitzgerald Kennedy de su generación.

—¿Y si es una niña? —repone, divertida—. ¿Será la Jacqueline de su generación?

—No digas tonterías. Que Jacqueline ni Jacqueline. Haré añicos el puto techo de cristal y nuestra hija será la primera mujer en sentarse en el jodido despacho oval.

—Tú siempre has sido un feminista —dice con una risita.

—¿Qué quieres que te diga? Me crio una madre soltera.

Hablar de mi madre me hace pensar en ella, y poco a poco la sonrisa se apaga en mi rostro.

Le habría encantado asistir a mi boda. Conocer a mi mujer. A sus nietos.

Todo eso se lo quitaron, y algún día yo le quitaré la vida a esa persona.

Alexandra debe de notar que algo ha cambiado en mí, porque se incorpora, apoyándose en un codo, y me mira con preocupación.

—¿Alguna vez averiguaste quien lo hizo?

—Sí.

—¿Te lo cargaste?

—No.

Su mirada inquisitiva busca respuesta en mi expresión facial. Al no encontrar nada, susurra:

—¿Cómo es eso?

Cojo aire en los pulmones y lo expulso muy despacio.

—Llegar hasta él no es fácil. Es un hombre muy poderoso.

—¿Cómo de poderoso?

—Un alto mandatario. Trabaja en el Servicio de Seguridad Diplomática. Está en lo alto de la pirámide. Nunca ha sido fácil llegar hasta él, pero ahora es imposible. Lo destinaron a Libia en 2012, después del asalto al consulado estadounidense en Bengasi. Si me lo cargo ahí, daré pie a un conflicto internacional, justo ahora, cuando el país está a punto de lograr la estabilidad y la prosperidad dentro del marco constitucional. La paz es demasiado frágil. No puedo ponerla en riesgo. La única forma de matarlo es que pise suelo estadounidense. Pero no hablemos de esto en nuestra noche de bodas. Mejor volvamos a la fiesta, ¿quieres?

No, no quiere. Se ha puesto muy tensa.

—Dijiste que se había acabado.

Su tono acusatorio me hace entornar los párpados.

—¡Y se ha acabado! Él vivirá su vida ahí, asegurando la paz y la prosperidad de esa gente, y yo viviré la mía aquí, contigo. Te hice una promesa —murmuro, rozando con el dedo índice la pequeña corona que cuelga de su cuello—, y voy a respetarla.

A no ser que él pise suelo estadounidense, claro. Porque, si eso pasara, será lo último que haga en su miserable vida.

Le sonrío a Alexandra para tranquilizarla y levanto el brazo para hacerle hueco a mi lado.

Me mira con dureza, pero yo no desvío la mirada ni flaqueo, así que al final cede, se deja convencer por mis palabras y por mi expresión seria y comprometida y se acurruca contra mi cuerpo, apoyando la mano encima del chaleco que llevo por debajo de la americana.

Algún día cumpliré la promesa que hice delante de la tumba abierta de mi madre, pero, desde luego, mi noche de bodas no es el mejor momento para pensar en venganzas.

—No le des más vueltas, pequeña —le susurro con ternura mientras la abrazo más fuerte—. Cumpliré mi promesa. Seré el hombre que necesitas a tu lado.

Un hombre de palabra. Claro que lo seré. Lo seré cuando me lo cargue. No le estoy mintiendo porque, incluso cuando miento, yo digo la verdad.

Capítulo 36

Hay que vivir deprisa, la muerte llega pronto.
(James Dean)

Ash

El pelo de Alexandra atrapa los destellos dorados del atardecer. La tela de la falda de su vestido ondea con la brisa parisina mientras ella, con sandalias cómodas que me hacen parecer un gigante a su lado y decenas de pulseras bohemias en la muñeca derecha, camina con gracia por pintorescas callejuelas que ni sé adónde llevan ni me importa en absoluto. El destino es irrelevante. Lo único que quiero es seguirla.

Me doy cuenta de que atrae la atención de varios tíos, que le hacen un rápido escaneo con la mirada, antes de toparse con mi expresión acerada, que les invita a irse a tomar por culo.

No me sorprende en lo más mínimo que se sientan atraídos por ella. Su belleza, su elegancia y esa sonrisa que no abandona sus facciones desde que aterrizamos en París son como imanes que capturan la atención de los hombres que se cruzan en nuestro camino.

Hoy, nuestro tercer día aquí, lleva un vestido veraniego, estampado, de tirantes, sin sujetador por debajo, y una cinta a juego en el pelo. También lleva gafas de sol de montura negra, muy *vintage*, y pintalabios rojo. Está guapísima.

Debe de notar la insistencia de mi mirada porque deja de mirar golosa los *macarons* multicolores expuestos en el escaparate de una pastelería, vuelve la mirada hacia la mía y me frunce el ceño.

—¿Qué?

—Nada. Es que verte en modo turista me fascina —respondo mientras paseo a su lado con las manos hundidas en los bolsillos de

mis pantalones blancos, la camisa de lino azul pálido doblada por debajo de los codos—. ¿Quieres esos *macarons*?

—No debería. Llevo todo el día comiendo.

—Gilipolleces. Voy a comprarte los *macarons*.

—Ash —protesta, pero yo ya estoy dentro de la tienda—. Sí, *bonjour*. Quiero doce de estos.

La dependienta me dice algo en francés. Ni puta idea.

—*Douze…* de estos… *s'il vous plait* —le repito lentamente.

Al final me entiende, escoge doce *macarons* y los guarda en una cajita muy mona de cartón.

Me encuentro a Alexandra apoyada contra la pared al salir.

—*Pour vous, mademoiselle* —digo, ofreciéndole la caja con una sonrisa.

—Menos mal que te ha servido para algo la guía que te leíste en el avión.

Me echo a reír y le robo una galleta de la caja.

—Joder, sí que están buenas, las hijas de puta.

Riéndose, me da un empujoncito con la cadera. Yo la rodeo con el brazo, la pego a mi costado y paseamos sin prisas por las calles empedradas.

—Tú no sabrás montar en bicicleta… —le digo de pronto.

Vuelve la cara hacia la mía, con las cejas arqueadas por debajo de las gafas.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ese alquila bicicletas.

Su atención se desvía hacia el tipo que acabo de señalarle con un gesto del mentón.

—¿Quieres pasear en bici por un París que está atardeciendo?

—¿Es cursi?

Me mira, con una sonrisa cada vez más acentuada en las comisuras de su carnosa boca.

—No es cursi —responde, colgándose de mi cuello con los brazos—. Es perfecto.

Reprimiendo una sonrisa, pongo las manos en su esbelta cintura y la beso. La gente pasa a nuestro alrededor. El sol sigue hundiéndose entre los edificios que rodean la plaza. No es más que otro día en

París. No tiene nada de especial. Pero para mí, lo es. Y sé que para ella también.

*****

En Italia, nos empapamos de arte y cultura. Visitamos templos e iglesias, tiendas y museos. Desde el Renacimiento en Florencia hasta las últimas huellas de los romanos en la capital del imperio, no quiero que se pierda nada.

Cenamos en un *palazzo* de Venecia y encargamos ropa en una boutique de Milán.

Leemos la *Cosa Nostra*, de John Dickie, que ella se empeñó en comprarme en una librería de París, y nos reímos a carcajadas mientras comemos naranjas en la cama de nuestra habitación de hotel, ajenos a la madrugada que se arrastra por la ventana abierta.

(Están teniendo un mes de mayo sorprendentemente cálido en Italia, lo dicen los periódicos).

Con el brazo alrededor de su cuerpo y saciado después de hacerle el amor apasionadamente entre las sábanas arrugadas, pienso en que toda mi vida podría ser así. Nada de preocupaciones. Nada de malgastar el tiempo con cosas que ya no me importan. Solo ella y lo que estamos construyendo juntos.

Se queda dormida y entonces salgo a fumar en la terraza, y sigo cavilando, haciendo planes, organizando los negocios y mi propio funeral. Cuando empieza a asomar el sol, sigo ahí, y ella se acurruca contra mi espalda y me abraza por la cintura.

—Eh… ¿No has pegado ojo en toda la noche?

Sonrío, con los ojos clavados en una basílica, y pongo la mano encima de las suyas. El humo de mi cigarro dibuja espirales en el aire.

—Me pasé con los *espresso* ayer.

—¿Te encuentras bien?

Me deshago del cigarrillo, me vuelvo hacia ella y la abrazo.

—Mejor que nunca. Buenos días.

Me devuelve la sonrisa, aunque la suya es soñolienta y muy adorable.

—Buenos días.

La beso con suavidad en los labios y mi mirada vuelve a arrastrarse con ternura por sus facciones.

—¿Lista para la aventura?

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—Te lo cuento si me la chupas un rato.

Me da un golpe en el pecho.

—¡Puerco!

Riéndome, la abrazo y la obligo a retroceder hasta que aterrizamos los dos en el colchón.

—Verás lo que pasa cuando me insultas, señora Williams.

Empiezo a hacerle cosquillas y ella se revuelve y forcejea conmigo.

—¡Para! ¡Ash! —exclama entre risas histéricas.

—¿Qué? ¿Te rindes? ¿Hm? ¿Te rindes o sigo?

—¡¡Ay!! ¡¡Para!! Me rindo. ¡Me rindo!

Dejo de torturarla, me vuelvo serio y entonces la beso, le lamo la boca sin prisas, y ella lame la mía y pienso en lo jodidamente perfecto que es todo y en que… puede que perdamos el vuelo a Budapest.

*****

En nuestra cuarta noche en Budapest se desata una tormenta de cojones en la ciudad, así que nada de pasear por la orilla del Danubio hasta el Teatro Nacional; hoy toca cena en el restaurante del hotel y de vuelta a la habitación después de compartir un *strudel* de cereza con nata y café descafeinado, no vaya a ser.

Aunque no me quejo.

Hemos echado un polvo épico y ahora, atrapados en nuestro refugio, nos sumergimos en conversaciones profundas y risas cómplices, con el escándalo de los truenos y el furioso golpear de la lluvia contra la ventana, dramática música de fondo, como uno esperaría de un país tan enigmático como Hungría. Es como si la frenética lluvia quisiera hablarnos de las leyendas que envuelven

estas tierras, susurrarnos antiguos secretos, misterios aún por resolver.

La luz se va de pronto después de un rayo que ha iluminado toda la habitación, y entonces me echo a reír, la abrazo y le digo que este país ha cumplido con todas mis expectativas.

—¿No te parece que hay algo siniestro en este hotel? A lo mejor están todos muertos.

Alexandra me propina un golpecito en el brazo y yo sigo riéndome de lo lindo.

—¡No tiene gracia! ¡Estoy acojonada!

Dejo de carcajearme y la miro, con una sonrisa llena de ternura en los labios.

—No te preocupes, pequeña. Yo te cuidaré. *Siempre.* A no ser que sean zombis, claro. En cuyo caso, dejaré que te devoren. Empezando por… ¡aquí!

—Ay —grita, forcejeando conmigo en vano porque podría sujetarla con una mano y fumarme un cigarrillo al mismo tiempo.

Después de torturarla a cosquillas durante un buen rato, me canso y entonces la beso, y el tempestuoso cielo de Budapest vuelve a iluminarse en mitad de su danza de elementos desatados, como si la mismísima ciudad notara la electricidad que desprenden sus labios encima de los míos.

Capítulo 37

El mundo es cruel. Y la única ética en un mundo cruel es el azar.

(Película El Caballero Oscuro)

Un año después

Alexandra

La jueza Andy MacGregor nos está contando una historia fascinante sobre sus tiempos como becaria de un abogado defensor que justo hoy ha sido condenado por ser el cabecilla de una impresionante trama de corrupción que salpica a altos cargos de la fiscalía, cuando un cambio en la música me hace desconectar de la conversación y recorrer la sala con la mirada, hasta caer presa de los ojos devastadores de Ash.

Está de pie junto a una escultura de hielo, con un traje negro como el carbón, las piernas separadas, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, y me mira con una intensidad que me deja sin aliento.

Suena nuestra canción, y dado que la velada la organiza su empresa para inaugurar el parque de viviendas sociales que acaban de estrenar en la Avenida Seymour, no me cabe duda de que no es casualidad.

—¿Me disculpan?

Me despido con una sonrisa amable del grupo de personas que se apiñan alrededor de la vivaracha jueza y me acerco a mi apuesto y galante marido, consciente de que la gente no nos quita la mirada de encima.

Hay periodistas por todos lados, sacando fotos, disparando sus flashes. Somos la pareja más mediática de la ciudad. El filántropo dueño del grupo de empresas más solventes de Cleveland y su

encantadora esposa, la diseñadora de interiores Alexandra Williams, que ha conseguido abrirse hueco en el mercado local sin contar con la ayuda de su todopoderoso marido y firmar un contrato suculento con una famosa cadena de hoteles. Nuestra felicidad conyugal casi da asco. Parece que lo tengamos todo.

—¿Bailas? —me dice Ash cuando me detengo delante de él, con mi elegante vestido de coctel y los labios, rojos, ocultando una sonrisa. Esta noche los dos hemos apostado por la ropa de color negro. No ha sido a propósito, si bien lo parece.

—¿Contigo?

—¿Te lo ha pedido alguien más? —repone, con una chispa de humor ardiéndole en la mirada.

—De acuerdo. Bailemos.

Me rodea con los brazos, me acerca a él y noto que, nada más hundir la cara en mi pelo, inhala profundamente y tarda unos segundos más de la cuenta en exhalar.

—No irás a empalmarte, ¿verdad? —Se echa a reír por lo bajo ante la mueca suspicaz que le dedico y niega para sí, dando a entender que no tengo remedio—. Más vale que te domines. Todo el mundo nos está mirando.

—Pues que miren —me susurra al oído, rozándome la oreja con los labios—. Bonito vestido.

Sonrío.

—Gracias.

Pasea el dedo a lo largo de mi tirante e intercambia una mirada ardiente conmigo.

—¿Cuándo podré quitártelo?

La sonrisa se acentúa en mis labios.

—Cuando estemos en la intimidad de nuestro hogar.

—¿Y cuánto queda para eso?

—Toda la noche.

—Puñetas…

—Eres el anfitrión de la fiesta.

—Odio cualquier cosa que se interponga entre tú y yo.

Sin dejar de sonreír, me abrazo a su cuello y nos mecemos despacio, rodeados por otras parejas, otros maridos que han

aprovechado la canción de Frankie para sacar a sus esposas a bailar.

Pero son irrelevantes porque aquí, como siempre, solo estamos él y yo.

Siempre que suena esta canción, al igual que en nuestra boda, Ash me la tararea al oído.

I love you, baby
And if it's quite alright
I need you, baby…[7]

Me aferro a él con más fuerza, como si pretendiera retenerlo, como si pensara que alguien podría quitármelo, y me siento bien, me siento como si estuviera en la cima del mundo, sin ninguna posibilidad de caerme.

—¿Te has hecho el test? —me susurra.

Asiento.

—Negativo. No estoy embarazada.

—Bien. Follaremos más duro, hasta que lo estés.

Sonrío, con el rostro oculto en su cuello.

Tengo su áspera mejilla encima de la mía y no quiero moverme porque me gusta la sensación.

—Creía que estabas muy ocupado con tus negocios.

—Lo estoy, pero siempre tengo tiempo para ti.

Eso es cierto. Este último año ha sido un marido ejemplar. No ha llegado tarde ni un solo día. Nada de secretitos, reuniones a medianoche con los suyos, llamadas en clave o asesinatos a quemarropa en la calle. La ciudad está en calma. *Yo* estoy en calma. He llegado a creerme que el final feliz es posible, que esta historia *puede* acabar bien, que él lo ha dejado todo para estar conmigo, al igual que yo lo he dejado todo para estar con él.

En eso estoy pensando cuando los labios rojos de Seven se aproximan a su oído y le susurran algo.

Algo que hace que el semblante de Ash se endurezca de golpe y sus ojos se carguen con una especie de sentimiento frío y aniquilador.

—¿Qué pasa?

Compone de inmediato una sonrisa tranquilizadora y su expresión vuelve a ser normal.

—Nada que deba preocuparte. Es solo un asunto que tengo que atender.

Dan ganas de confiar en esos persuasivos ojos azules que me instan a la calma, pero he encontrado una pequeña grieta en su impecable máscara y me he adentrado a través de ella hasta verme inmersa en algo malo, algo en lo que no quiero sumergirme, algo que me aterra.

Busco y busco y busco, desesperada, y lo único que encuentro es oscuridad.

Y no es que haya regresado. En realidad, nunca desapareció. Solo estaba ahí, oculta, esperando el momento idóneo.

—¿Qué te ha dicho Seven? —inquiero, con una voz tan gélida como lo es mi mirada.

Su expresión serena no consigue disipar mis preocupaciones.

—No es nada grave, tranquila. Solo tengo que ir un momento a la oficina para dejar firmados unos documentos. Te veré luego, en casa.

—¿Te vas? —farfullo, sin dar crédito.

Otra sonrisa tranquilizadora.

Un beso en la mejilla.

La expresión de *no te preocupes, cielo, está todo controlado* en su apuesto rostro.

Tengo ganas de chillar. De pegarle. De sacudirle. De gritarle: *para de una puta vez. Deja la venganza. Vive tu vida. Quédate conmigo.*

Pero lo único que hago es mirarlo. Muda. Dócil. Consciente de que, diga lo que diga, no le haré cambiar de opinión.

—Despídeme de los invitados, ¿quieres? Toma. —Me pone algo en la mano. No miro el qué porque no soy capaz de despegar los ojos de los suyos—. Mi discurso. Léelo tú por mí, cielo.

—Pero…

—Te veo en casa, ¿vale? Te quiero.

Se va tras otro beso rápido en mi mejilla y yo me quedo sola en mitad de la pista, con la mirada perdida, incapaz de tomar aliento.

¿Conoces ese instante que lo paraliza todo? ¿Tu mente, tu corazón, incluso esas diminutas moléculas de oxígeno que nutren tus pulmones?

Entonces ya sabes lo que se siente cuando tu mundo entero se hace añicos.

Primero, la calma. Luego empieza el caos.

He visto esos labios rojos moverse al lado de su oído, y sé perfectamente lo que han dicho: *el senador Hughes va de camino al casino.*

Y solo necesito unos segundos para comprenderlo, para que la información pase a través de mis conductos cognitivos, enlace deprisa una información con la otra y todo cobre sentido.

Recuerdo de pronto que hoy se ha celebrado un evento de Naciones Unidas en la ciudad, al que Hughes ha asistido. Lo leí en el periódico, aunque la noticia me pasó desapercibida en ese momento. No me afectaba. Solo era un senador del que nunca había oído hablar.

Fue al escuchar su nombre en labios de Seven cuando comprendí quién es; cuando establecí la conexión entre él y Ash.

Por lo visto, Aston Hughes es nuevo en el Senado. Fue elegido hace unos pocos meses. Antes trabajaba en el extranjero.

Para ser exactos, en la embajada de Estados Unidos en Libia.

El extracto del periódico decía que ha realizado un gran trabajo ahí y que le han invitado al evento de hoy como muestra de agradecimiento por sus labores de negociación. Gracias a él, el país africano está hoy un paso más cerca de la democracia de lo que lo estaba cuando le enviaron ahí.

Un gran hombre, según los periódicos. Un patriota y un hábil diplomático.

Un monstruo, según Ash.

¿Y qué hace él? Limpiar la ciudad de monstruos. Ningún monstruo es inmortal, ¿verdad? *Memento mori*. Todos debemos morir. Y hoy lo hará el senador.

Se me hiela la sangre al comprender las implicaciones del asesinato que está orquestando mi marido mientras yo sigo aquí, atónita, con la sangre rugiéndome en las sienes, mi ridículo vestido

negro de alta costura que empieza a asfixiarme, el estúpido colgante que arde sobre mi piel, cruel recordatorio de que sus promesas significan una mierda…

—Señora Williams, estoy buscando a su marido. Es hora de que dé el discurso.

Salgo de mi abstracción con un fuerte parpadeo y enfoco al hombre que tengo delante, un tipo alto y rubio, que me sonríe con aire apremiante.

—El discurso —farfullo, intentando concentrarme—. Sí. Tenga. Léalo usted. Yo tengo que irme.

—Pero ¿y el señor Will…?

—El señor Williams no va a volver esta noche.

Porque piensa cargarse a un puñetero senador de los Estados Unidos de América.

«Dios mío... ¡Eso es terrorismo, joder!»

No puedo dejar que haga algo así porque las consecuencias serían catastróficas.

¿Cómo ha podido pasar esto?

¡¿Y dónde cojones estaba yo?!

¿Cómo es posible que no haya notado nada raro en él? Debe de llevar meses detrás de la presa, acechando, acorralándola, tendiéndole la trampa, atrayéndole a la ciudad…

Me ha estado mintiendo, y yo me lo he tragado todo como una gilipollas porque, a veces, vemos solo lo que queremos ver.

Dicen que el amor es ciego. Puede que tengan razón.

*****

—Me has mentido.

Mi voz suena helada en el silencio de nuestro dormitorio.

Ash, sobresaltado, se vuelve hacia mí con una 9 mm en la mano. Hay todo un arsenal de armas y munición detrás de sus trajes y sus camisas, lo cual no me lo esperaba porque yo supervisé la reforma de esta casa y puedo asegurar que no pedí que los obreros hicieran un doble fondo en el armario principal. Ni en ningún otro...

—No te he oído entrar. ¿Por qué no estás en la fiesta? —me dice, tan tranquilo, sin molestarse en explicar por qué ha instalado en nuestro vestidor la guarida de Batman, llena de juguetitos mortíferos que no quiero tener cerca cuando duermo.

—¿Por qué no estás tú en la oficina?

Sonríe y sigue comprobando el peso que tiene el arma entre sus manos.

—Tengo que resolver un asunto.

—Sí. Cargarte al asesino de tu madre.

Deja de jugar con la pistola, levanta la mirada hacia la mía, prestándome atención por primera vez desde que he entrado en la habitación, y me frunce el ceño.

—¿Cómo sabes eso?

—Soy muy observadora.

Vuelve a sonreír, enseñando los dientes.

—Eso es cierto. Nuestros hijos serán la polla de listos.

Cruzada de brazos, me apoyo contra la pared y lo observo con calma. Largo rato, sin prisas. Arrastro la mirada por sus hombros anchos, por su perfil tenso y vacío de cualquier expresión... ¿Por qué no puede ser un contable? No necesitamos dinero ni mansiones. Solo el uno al otro.

—No puedo dejar que lo hagas, Ash.

—No puedes detenerme.

Mis ojos aún se arrastran por su figura corpulenta y poderosa. Está impresionante con su distinguido traje tres piezas y la sombra de una barba incipiente enmarcando su cincelada mandíbula.

—¿Has pensado en las consecuencias?

—No habrá consecuencias.

—Cuando apuntas tan alto, siempre las hay —le recuerdo con tristeza.

—Tengo que hacerlo, Alexandra —masculla, sin mirarme, demasiado concentrado en cargar la recámara de otra arma.

Ha cambiado de idea. La 9 mm no le convencía. O puede que planee llevar dos pistolas.

—Tienes que hacerlo. Sí. Y yo *tengo* que detenerte. Así están las cosas.

Mi empeño le arranca una sonrisa de lado. Viene hacia mí con ese magnetismo que hace que la gente contenga el aliento cuando está cerca de él y me coloca el arma entre los dedos; me obliga a sujetarla con firmeza.

—Pues dispara, cielo, porque esa es la única manera de detenerme.

—Sabía que no atenderías a razones. Lo vi en tus ojos, antes de que me dejaras sola en la fiesta.

—Entonces, ¿por qué te has molestado en venir?

Lo tengo tan cerca que podría besarle con solo mover un poco la cabeza. Pero no lo hago. Porque, si lo hiciera, sería todo mucho más difícil y ya es lo bastante horrible de por sí.

—Ojalá nos hubiéramos quedado en el piso franco para siempre —murmuro, con los ojos cargados de lágrimas—. Ojalá tú solo fueras Ash y yo solo fuera Alexandra. Nada desearía más en este momento.

Repara en las lágrimas que empiezan a escurrirse por las equinas de mis ojos e inclina la cabeza hacia un lado, fruncido su ceño con evidente confusión.

—¿Qué…?

No le da tiempo de formular la frase. El cristal de la terraza se hace añicos.

—¡FBI! ¡AL SUELO! ¡AL SUELO, JODER! ¡APÁRTATE DE ELLA!

Ash me mira sin comprender, negando, diciendo *¿qué cojones?*

Y, entonces, yo lo encañono con la pistola que él mismo me ha colocado entre las manos y las lágrimas se detienen, congeladas por el hielo que me recubre.

—Ya le has oído. FBI. Al suelo. Nada de gilipolleces, Ash. Estás rodeado.

Los hombres como él se creen inmortales. Hasta que caen. Siempre he disfrutado de este momento. Incluso cuando empecé a salir con él, una parte de mí todavía soñaba con poder hacer añicos su arrogancia. Pero, ahora que lo he conseguido, no siento la menor satisfacción. Es horrible. Ver cómo se arrodilla delante de mí, cómo se rinde porque sabe que no va a salirse con la suya esta vez, es demoledor.

Si he ganado, ¿por qué me siento como si estuviera pegando fuego a todas mis naves?

Durante dos años he sido una viajera. Saltando de un mundo al otro. Sin saber a qué bando o causa pertenecía realmente. Sin intervenir. Siempre observando. El péndulo que oscila entre la luz y la oscuridad.

Pero ya no puedo seguir haciéndolo. Esto debe acabar hoy, aquí, con las luces de las linternas reflejándose en nuestros rostros, las botas de un ejército de federales mancillándolo todo, jodiendo nuestra bonita alfombra beige en la que hace solo tres noches estábamos haciendo el amor apasionadamente, con la intención de convertirnos en padres.

Él ha sido incapaz de cumplir su maldita promesa y a mí no me ha quedado otra que intervenir. Ahora ya no vacilo. No pienso. Solo ejecuto. La pistola firme entre mis dedos, los ojos incapaces de despegarse de los suyos, la puñetera adrenalina en las venas.

—Lo siento —formulo con los labios, sin alterar el silencio de este mundo que ahora gira a cámara lenta.

Su única respuesta consiste en contraer la mandíbula. Sigue mirándome, incapaz de reconocer mi rostro sin la máscara que siempre lo ha estado ocultando. Hace mucho tiempo que yo tampoco me reconozco. Cada vez que me miro a un espejo, me pregunto quién soy realmente.

—¿Le lees los derechos, Coop? ¡Agente Cooper!

Vuelvo en mí y miro al compañero que me ha llamado.

Tommy Murkowski. Antes me lo tiraba.

—¿Qué?

—Toma. Imagino que no guardarás un par de esposas en el liguero. ¿Llevas liguero debajo de esa cosa?

Veo de reojo a Ash rechinar los dientes, negar y gruñir, y corto a Tommy de inmediato.

—No es asunto tuyo. Dame las putas esposas.

—Uhh. ¿Qué pasa, que estás con la regla?

—Capullo —rezongo, arrancándole las esposas de la mano.

Entre tanto, dos agentes han ayudado a Ash a incorporarse y lo sujetan cada uno por un brazo. Me acerco a él para leerle los cargos

y sus derechos. Sigue mirándome. Nunca ha dejado de hacerlo. Supongo que cuesta asimilar que, de todos ellos, yo, precisamente yo, voy a ser su verdugo.

—Ash Williams, quedas detenido. Se te imputan cargos de asesinato, conspiración para cometer asesinato, pertenencia a banda criminal, obstrucción a la Justicia, juego ilegal, extorsión… Me parece que lo único de lo que no puedo acusarte es de evasión de impuestos. Has pagado los tuyos religiosamente.

Pone una sonrisa de lado y yo le recito sus derechos.

Tienes derecho a permanecer en silencio…

Tienes derecho a un abogado…

Sigue mirándome, como si aquí estuviéramos solo él y yo. Nadie más que le importe. Está tranquilo. Decepcionado, pero tranquilo. Me observa con una curiosidad casi infantil, fascinado por descubrir esta nueva faceta mía.

—¿Entiendes tus derechos? —le repito por segunda vez, al no haberme contestado la primera.

—Ahora lo entiendo todo —murmura, y una tremenda desesperanza se cuela a través de sus palabras.

Le pongo las esposas, y entonces se lo llevan.

—¿Vienes, Coop? —me pregunta Tommy mientras yo sigo mirándolo. Parece poderoso incluso esposado. Como si esto no fuera más que un juego para él. Otro desafío. Otra persona más en su vida que le decepciona. Nada nuevo, supongo.

—Id vosotros. Necesito un momento —consigo decirle con voz estrangulada.

Me rodea el brazo con la mano y sus preocupados ojos marrones se sitúan a la altura de los míos.

—¿Estás bien?

Tommy es un buen tío.

Tommy no es Ash.

Me aparto para que deje de tocarme y compongo una sonrisa temblorosa.

—Genial. ¿Podéis iros ya?

—Claro. Te veo luego.

—Sí. Luego.

Se marchan todos, y yo me siento tan apabullada que prácticamente me desplomo encima de la cama y por fin me echo a llorar.

Me cubro la boca con la palma y lloro en silencio mientras pienso en él. En su sonrisa. En su forma de mirarme. En los guiños socarrones que me lanzaba con complicidad cuando le pescaba observándome en algún evento, como si fuera literalmente incapaz de quitarme los ojos de encima.

Mi cuerpo vibraba solo por estar en la misma maldita habitación que él.

Nadie estará nunca a su altura. Nadie podrá llenar el vacío. Sabía desde el principio cómo iba a acabar la historia. Pero no tenía ni idea de lo mucho que me iba a doler.

En mi mente lo veo una y otra vez saliendo de esta habitación esposado, caminando por encima de los añicos del cristal y de nuestro destrozado matrimonio. La cabeza alta. Mirando siempre de frente, con actitud desafiante.

Antes, la diosa Fortuna estaba de su lado, pero ahora incluso ella lo ha abandonado. No importa, supongo.

En el fondo, él siempre ha sido de los que caminan solos.

Epílogo

Pero así como el amor te corona, también te crucificará.
(Franz Kafka)

Ash

No la veo hasta la mañana siguiente.

En todo este tiempo, el soplapollas de Clark me da el coñazo con la matraca de siempre: *si confiesas, hablaremos a tu favor en el juico.*

—Una polla —sentencio, con un golpecito de nudillos en la mesa—. Soy inocente, Clark. Deja de dar por culo con las confesiones. ¿Cuándo podré verla?

El agente Montgomery Clark, en mangas de camisa y con profundas orejas porque son las tantas de la madrugada, arruga el ceño en un gesto desconcertado. Imagino que se la pone dura el hecho de tenerme aquí. Lleva mucho tiempo detrás de mí, intentando encontrar esqueletos ocultos en mi armario.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A mi querida esposa.

—Joder. ¿Es que solo piensas en ella?

Pues sí, solo pienso en ella, y ahora la tengo delante y no la reconozco.

He pasado una noche en el talego. Curiosamente, la primera de toda mi vida. Soy un hombre sin antecedentes penales porque siempre han ido otros a la cárcel por mí, pero esta vez se me imputa una larga lista de atrocidades.

Pertenencia a banda criminal, conspirar para cometer asesinatos…

Me suda la polla.

Mi único problema es que mi mujer, el único ser humano en el que confiaba al cien por cien, es una puta agente infiltrada.

Y, desde luego, cuando entra en la sala, parece una agente federal por primera vez desde que la conozco. La cara lavada, el pelo recogido en un moño bajo, un traje negro barato y dos vasos de café para llevar delatan su profesión y dejan claro que nunca me quiso; es una mentirosa profesional, me enseñó lo que quería ver, nunca la verdad.

Me pone uno de los dos vasos delante. Es de mi cafetería favorita. Extraño modo de pedir disculpas después de acuchillarme por la espalda.

—Pensé que te apetecería uno. El de la máquina del pasillo es horrible.

Arrellanado en la silla, cruzado de brazos con total indiferencia, la observo con las cejas arqueadas; me fijo en su nerviosismo, en cómo le tiemblan las manos sobre la mesa, en cómo se relame los labios a cada cinco o seis segundos.

He estado entre las sombras y he ardido en llamas. *Anoche*. Ahora estoy tranquilo. He tenido tiempo para asimilarlo.

Ella, no. Alexandra, o como cojones sea que se llame en realidad, está hecha un manojo de nervios. Supongo que le cuesta dar la cara después de lo que me ha hecho.

—¿No vas a decirme nada? —murmura cuando ya no aguanta más la presión de mi mirada.

—Me la has jugado bien jugada.

Sus rasgos se endurecen.

—Te dije que iba a ganar.

Hago memoria para acordarme de en qué dichoso momento me dijo algo así y las comisuras de mis labios se contraen en un gesto de disgusto al rememorar la escena. Increíble. Sí, lo recuerdo. Ya lo creo que lo recuerdo. Era de noche. Estábamos en la oficina. Fue al principio de todo. Yo le pregunté qué le parecía si jugaba conmigo al ajedrez.

Me parece que voy a ganar, fue su respuesta.

Ahora me entran ganas de reírme, en serio.

Lo haría si eso no me hiciera parecer un puto perturbado.

—Sí, me lo dijiste. Pero déjame decirte algo, cielo. —Me inclino sobre la mesa y ella retrocede porque no puede aguantar la oscura

fuerza de mi mirada, dura y penetrante como una bala—. El juego no ha terminado.

—¿Es una amenaza?

—Dios me libre de engrosar el *dossier* con más acusaciones. Parece que ya tenéis unas cuantas.

—¿Quieres que llame al abogado? —me dice, y ahora es ella de nuevo, la mujer con la que me casé. Supongo que no soy el único que tiene alma camaleónica.

—No quiero una puta mierda de ti, cariño.

Eso le ha dolido. Bien. Me gusta el dolor. Puedo comprenderlo. Lo que no comprendo es todo lo demás.

—Me han dicho mis compañeros que todavía no has solicitado tu llamada.

¿Y por qué será?

—En estos casos, uno llama a su mujer, pero ¿qué haces cuando es tu mujer la que te ha metido en el talego?

Asiente, se levanta de la silla y recoge los papeles que traía en la mano, carpetas, fotos, vete a saber qué otras pruebas habrá adjuntado al dossier. Debe de haber conseguido un material cojonudo. Yo nunca le frené el paso, le puse toda la información en bandeja.

—¿Te marchas tan pronto? —me burlo, al ver la prisa que parece tener por salir de la sala.

Creo que se ha replanteado lo de interrogarme ella misma. Seguro que ahora me manda a Clark o a algún psicólogo para que hablemos de mi dura infancia. Esta gente siempre quiere que les hables de tu puta infancia.

—Pues sí.

—Cierra al salir —farfullo, ya sin fuerzas para aparentar que me da lo mismo.

*****

Alexandra

—Alexandra —me detiene cuando estoy a punto de cruzar la puerta—. O como sea que te llames.

Me giro y lo miro, y ahora ya no sonríe ni me desafía con la mirada como antes.

Sus ojos me examinan en silencio unos segundos, aguas heladas de color azul. Podrías hundirte si bajaras la guardia por un momento; congelarte para siempre.

—Dime.

—Cuando todo esto termine…

—Déjame adivinarlo. ¿Irás a por mí?

—Puedes apostarlo.

Doy media vuelta, me saco el arma reglamentaria del estuche en el que la guardé esta mañana, un poco nerviosa al tener que hacerlo después de todo este tiempo y, con expresión dura y mirada pétrea, retiro una bala y la planto sobre la mesa.

—Entonces, ve tallando mi puto nombre ahí.

Observa la bala durante casi veinte segundos y después, con estudiada lentitud, levanta el rostro hacia el mío, muy tranquilo, cruzado de brazos. No hay nada en su expresión. Ni un gesto que lo delate. Es completamente inexpresivo.

Me pierdo unos segundos en su gélida mirada azul y la oleada de peligro que experimento es tan real que puedo saborearla.

Mi instinto me dice que salga corriendo ahora mismo, y no voy a quedarme para que me mande un segundo aviso.

Me precipito fuera de la sala sin volver a mirarlo y en el pasillo me apoyo contra la pared y me obligo a recuperar el aliento. Hago lo posible por no venirme abajo, por no hundirme por completo. Pero es muy duro. No sé si voy a poder con todo esto. Empezó tan apasionadamente que me parece una crueldad acabar de este modo tan frío, en una asfixiante sala de interrogatorios del FBI.

Te preguntarás por qué lo hice. Por qué ahora. Por qué el péndulo decidió de repente detenerse en la luz y no en la oscuridad.

Pues bien, te lo diré. Estaba entre la espada y la pared. Teniendo en cuenta lo que se le imputa, y que tiene suficiente dinero como para comprarse al mejor abogado defensor del país, calculo que estará encerrado como mucho unos quince años.

Pero, si llegara a cargarse a un puñetero senador, con todo lo que eso implica, el gobierno desplegando todos sus recursos para meter entre rejas al terrorista que apretó el gatillo…

Bueno, esa es otra historia.

Déjame que te lo plantee de forma más sencilla. Si tuvieras que destruir al único hombre al que has amado en toda tu vida porque esa es la única manera que tienes de salvarlo, ¿tú qué cojones harías, eh?

Parte 3: Una bala con tu nombre
Isabella Marín

© Isabella Marín, junio 2024

Diseño de la portada: Adyma Design
Foto: Adobe Stock

Primera edición: junio 2024

Corregido por Correctivia

"No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Capítulo 1

La mayor de las lealtades exige a veces una pequeña traición.
(Gilles Legardinier)

Alexandra

Le llamaban el Magnate del Ocio.

Él era muchas cosas. Empresario, filántropo, carismático líder del sindicato criminal….

Conmigo solo era Ash. Y yo solo era Alexandra. Sin pasado ni futuro. Sin una brújula moral que me señalara el norte.

Me creía a salvo. Pero no lo estaba.

Y mi mundo dorado se hizo pedazos, casi a cámara lenta, para poder recrearse en los sonidos del caos que desaté.

Jamás podré quitarme de la cabeza el momento en el que irrumpieron en nuestra habitación, con sus chalecos antibalas, sus armas y sus verdades que ya nada significan para mí, y me vi obligada a quitarme la máscara, renunciar a la *performance*, matar a Alexandra para volver a ser yo misma, aunque ni idea de qué significa eso porque… joder, ¿cuándo fue la última vez que me sentí yo misma? ¿Cuando tenía seis o siete años?

He estado llevando una máscara durante toda la vida. Y las he odiado todas. Menos la de ella. Me gustaba ser Alexandra porque ella podía tenerlo a él.

Parecía casi real, como si yo por fin encajara en alguna parte. Con alguien. Qué puta gilipollez.

Algo caliente empieza a deslizarse por mi mejilla izquierda. Tanteo la zona como a través de un sueño y, al rozar la humedad, la arrastró deprisa hacia un lado con las puntas de los dedos, antes de que alguien más lo note.

—¿Pensabas que nunca te cogeríamos, eh, capullo? —Green, desafiante, le da un empujón mientras se lo llevan esposado entre él y Snyder. *Cuando tu adversario está inmovilizado, es muy fácil ser desafiante*, pienso con desprecio al presenciar la actitud abusona de mis compañeros—. Nos la has jugado durante años. Te creías muy listo, pero ya te tenemos, cabronazo. Vas a pudrirte en una cárcel federal. Seguro que esto no te lo esperabas, ¿a que no? Tu propia mujercita. Hay que joderse. Si es que ya no puede uno fiarse de nadie hoy en día.

Da igual lo mucho que lo provoquen. No piensa plantar cara ni oponer resistencia alguna. Se deja empujar, humillar, insultar... No parecen afectarle las burlas. Su corazón está demasiado roto como para que le importe. Creo que ni siquiera le preocupa la idea de acabar en la cárcel.

Su único problema es que su mujer, la persona por la que hubiera ido al puto Infierno, lo ha traicionado.

Ojalá hubiera otra forma. Por desgracia, no la hay. Estoy haciendo lo correcto por primera vez en años, aunque duele mucho más que cualquier error que pudiera haber cometido.

Impotente y falta de aliento, mis ojos anegados en lágrimas de derrota que nadie esperaría encontrar en una vencedora, enfoco la elegante silueta que queda cada vez más lejos de mí.

Green, Snyder y sus bromitas de mal gusto desaparecen. Solo existe él.

O existía, porque, con cada paso que nos separa, el frío de su ausencia se me incrusta más y más en los huesos. Hasta la médula.

Cuando desaparece de mi campo visual, ya no puedo contener más la sensación de pérdida y desesperación que amenaza con ahogarme, y oigo el sollozo que escapa a través de mis labios, quebrantando el funeste silencio que reinaba en mi cabeza.

Me cubro la boca con la mano, intentando contener dentro un dolor que se niega a obedecerme y que al instante empieza a arder en mis ojos, adoptando la forma de unas lágrimas tan irracionales e imparables que acaban cegándome por completo.

Lo veo todo muy turbio, tanto el presente como el futuro. Empieza mi hora más oscura y no tengo la menor idea de cómo

afrontarla.

Hago lo posible por frenar la tormenta emocional que se fragua en mi interior, o al menos posponerla hasta quedarme sola en la habitación, pero cuesta muchísimo mantenerlo todo a raya.

No puedo romperme ahora. No delante de toda esta gente. Ellos no lo comprenderían. No saben quiénes somos ni lo que significábamos el uno para el otro. Ellos ven dos bandos. Blanco y negro. Nada más.

—¿Vienes, Coop?

«Respira, agente. Respira hondo».

—Id vosotros. —Al responder, me las apaño para sonar más o menos normal; quizá agotada, estoy sometida a mucha presión, es comprensible—. Necesito unos minutos.

—¿Estás bien?

Tommy se materializa dentro de mis pensamientos y, unos segundos después de que yo haya conseguido secarme las lágrimas con mucha discreción, de espaldas a él, aparece también dentro de mi campo visual. Su mano me está rodeando el brazo, lo cual me produce una especie de rabia que me ayuda a mantenerme entera.

Me separo unos centímetros para que deje de tocarme y estiro los labios en un gesto similar a las sonrisas, casi relámpago.

—Genial. ¿Podéis iros ya?

—Claro. Te veo luego.

—Sí. Luego.

Cuando el último agente sale por la puerta de la terraza, pisando los añicos de una vida que ya no importa a estas alturas, no lo aguanto más. Me desplomo sobre la cama y doy rienda suelta a todo el dolor y a la angustia; dejo que me envuelvan como una niebla densa y que me consuman. ¿Qué más da? Se acabó.

¿Conoces ese instante que lo paraliza todo? ¿Las voces y las bromas de tus compañeros, las luces de los malditos coches del FBI que se alejan por el jardín…?

Entonces, no tienes ni idea de lo que se siente al enamorarse de la persona más inadecuada del mundo y perderla.

Es como si el universo entero contuviera la respiración, a la espera de ver cómo vas a reaccionar, lo potente que será la onda

sísmica cuando por fin estalles y te vuelvas loca de dolor.

Todo se reduce a un instante suspendido en el tiempo. Nada se mueve a tu alrededor, los átomos, las moléculas… Todo en calma. Incluso las puñeteras motas de polvo que ensucian la atmosfera parecen haberse congelado de repente.

Con el paso de los minutos empiezas a asimilarlo, y al final el dolor te hunde tanto que te quedas sin fuerzas.

Acabas de comprender que él se ha ido y nunca volverá. Se acabaron los guiños cómplices y las sonrisas veladas; los besos febriles en mitad de la noche y las risas.

Dios, cómo os reíais a veces… Teníais una química impresionante, una conexión que nunca fuiste capaz de establecer con otra persona.

Y ahora se acabó. Se acabó todo y tienes que empezar a hacerte a la jodida idea, *agente Cooper*. Años enteros de tu vida tirados al lado de estos añicos.

Me incorporo lentamente en la cama y mi mirada se pierde en el vacío que me rodea. La casa está en completo silencio, y yo no muevo ni un solo músculo. Ya ni siquiera lloro. No. Ahora toca hacer recuento de los daños. Sin prisa. Dispongo de tiempo para pensar, para comprender y asimilar que todo lo que creía seguro se ha desmoronado delante de mis narices en una escasa media hora.

Tiene gracia.

¿De verdad creíste que iba a salir bien, niña estúpida? Estabas en el filo de un puñetero cuchillo. ¿Cómo pretendías mantener el equilibrio el resto de tu vida, eh? Era imposible, joder.

Y, a pesar de todo, lo he intentado.

Durante mucho tiempo he hecho todo lo que estaba en mis manos para evitar llegar a esto. Quería cambiar el desenlace, conseguir que funcionara; ser solo Alexandra y fingir que él solo era Ash.

Aparté la mirada. Dejé que siguiera cargándose a gente. Hice la vista gorda. Podía haberlo detenido, pero, sorpresa, no moví un solo dedo.

Se lo merecían.

¿Cuántas veces no me he repetido lo mismo?

Así ahogaba mis remordimientos.

Se lo merecían. Qué fácil, ¿no? Se lo merecían como se lo mereció mi padre y punto.

Pero he perdido la batalla y, mientras jugaba a los héroes y los villanos, oscilando entre la luz y la oscuridad, enfrenándome al mismísimo rey en su propio tablero, también me he perdido a mí misma.

El juego tenía una sola regla: *el que pierde, muere*.

Y ya estoy muerta.

¿Qué más da que haya ganado? A veces puedes ganar y perderlo todo en el mismo segundo.

La suerte nos jode a todos por igual.

Hoy me ha tocado turno a mí.

*****

Una hora antes

El tráfico es demencial, y que la gente no sepa conducir tampoco ayuda. Algunos no hacen más que estorbar, en la carretera y supongo que en la vida también. No tengo el día para que me toquen las narices.

Pito, furiosa, a un imbécil que circula demasiado despacio por el carril izquierdo de la autopista, pero no se aparta ni acelera, y entonces lo adelanto por la derecha, colándome entre su coche y un camión de manera casi temeraria, para luego volver a la izquierda.

Compruebo el retrovisor y ahí sigue, ralentizando el tráfico, como si la cosa no fuera con él. Que todo el mundo lo esté adelantando de malas maneras no despierta señales de alarma en su cerebro primitivo. Increíble.

Echo un vistazo rápido a la computadora de a bordo e intento no ceder ante la oleada de ansiedad que me inunda.

Cierro los ojos por un momento, tratando de mantener la calma, respiro hondo y cuadro los hombros en el asiento. Tengo que controlar la situación. No queda otra que intervenir. El desastre es inminente. Solo yo puedo frenarlo.

—Llama a tía Alice.

—*Llamando a tía Alice* —me confirma la voz metálica de la asistente virtual.

Ya está. No hay vuelta atrás. La bala, una vez disparada, no podrá regresar al cañón de la pistola. Hay cosas que sencillamente no puedes deshacer.

Doy golpecitos impacientes con los dedos sobre el volante mientras espero a que descuelguen al otro lado de la línea.

«Si alguna vez se complican las cosas, llámame, niña. A cualquier hora. Cualquier día. Te sacaremos de ahí». Tía Alice. Qué gracia.

—Venga. Venga… —mascullo, tan tensa que mi pierna izquierda tiembla de forma involuntaria en el suelo del coche y los golpecitos de mis dedos sobre el suave cuero del volante se vuelven frenéticos.

—Montgomery Clark.

Mi cerebro se aquieta de golpe al escuchar su voz sosegadora. No hay más pensamientos ni más miedos. Solo certezas.

—¿Señor? Soy la agente Cooper.

—¿Cooper? No me jodas. Esto sí que no me lo esperaba hoy. ¿A qué debo el honor, *agente*, después de todo este tiempo?

—Voy a entregároslo esta noche.

Se produce una pausa. Larga. Oigo el crujido de su silla.

Imagino a Clark en su despacho, a las tantas de la noche, con la lámpara de escritorio arrojando una luz mortecina sobre los papeles de algún caso que esté supervisando.

En la mano, un vaso de plástico al que da sorbos de vez en cuando, haciendo muecas porque el café de la máquina del pasillo es realmente espantoso. Tal vez tenga un cigarro humeándole entre los labios. Sin duda, está agotado. Le pesan las responsabilidades. Así es la vida de un agente federal que está casado con su trabajo.

Así era la mía.

—¿Por qué iba a confiar en ti? —repone, con la voz un poco más áspera que antes—. Llevas año y medio sin pasarnos ningún informe. Ni siquiera te has molestado en decirme que lo dejabas.

—Lo sé, y me merezco su desconfianza, pero necesito que me crea cuando le digo que voy en serio esta vez. *Le voy… a entregar… a Ash… Williams* —le repito lentamente, haciendo hincapié en cada

palabra—. Le pasaré todas las pruebas que tengo, audios, fechas, contactos… Todo. Tenemos suficiente material como para que el fiscal presente cargos el lunes por la mañana. Señor, necesito un equipo en veinte minutos en mi casa.

Clark despide aire por la nariz con más fuerza de la necesaria y calla unos segundos.

—¿Estás expuesta, niña? ¿Es eso? ¿Ha averiguado quién eres? ¿Tu vida corre peligro?

—No, no y no.

—Entonces, ¿por qué haces esto?

—Mis motivos me conciernen solo a mí. ¿Cuento con el respaldo de la agencia, *señor*, o estoy por cuenta propia?

Le oigo resoplar de nuevo.

A ese suspiro le sigue un silencio tenso, en el que el futuro cuelga de un hilo. Una parte de mí desea que el hilo se rompa, a pesar de las consecuencias; que Clark me mande a la mierda.

Esa es la parte insensata.

—Yo te he metido en esto y seré yo quien te saque, pero más vale que no me estés toreando otra vez, agente Cooper.

El hilo no se ha roto, y mis ojos se cierran por unos segundos, antes de volver a enfocar la autopista.

—No lo haré, señor.

—Bien. Tendrás el apoyo que necesitas. Espera confirmación.

*****

Ahora

Intento no llorar más. Intento arrancarme de la cabeza la forma en la que me miró al comprender quién era yo y de qué iba todo. Estaba devastado.

Cuando levanté la pistola y me quité por fin la máscara, después de todo este tiempo en el que no lo he engañado solamente a él, también me he engañado y mentido a mí misma, vi vulnerabilidad, más de la que yo podía aguantar.

No encontré ni rastro de rabia en sus ojos. Creo que eso fue lo peor. La ausencia de furia resultó más demoledora que cualquier

reproche o acusación que pudiera haberme lanzado, porque la desilusión que hallé en su mirada turbia se convirtió de pronto en un eco de mi propia fragilidad.

Me hizo comprender que la peor traición no fue la que le infligí a él, sino la que me infligí a mí misma.

La que sentía rabia era yo. Él solo sentía una decepción casi resignada.

Como la masoquista obsesiva que soy, repaso mis recuerdos por enésima vez. Todo a cámara lenta, prestando la debida atención a cada mirada intercambiada, a cada contracción de su apuesto rostro…

Estábamos atrapados en nuestra burbuja privada, absortos el uno en el otro, cuando mi pasado, adoptando la voz de Murkowski, interfirió en el mundo que habíamos creado, esa mentira tan bonita que a mí no me había costado nada tragármela, y rompió el hechizo.

—¡Agente Cooper!

Hacía un porrón de tiempo que nadie me llamaba así. Supongo que esa era yo. La agente especial Cooper del FBI, infiltrada en la organización criminal W con el propósito de reunir suficientes pruebas como para retirar de por vida a su líder, Ash Williams, en una prisión federal, donde ya no pudiera perpetrar más asesinatos a quemarropa en mitad de la calle ni ninguna otra lindeza de su arsenal de delitos federales.

Tenía el guion hecho, me lo sabía de memoria, pero la jodí al enamorarme de él.

Y luego la volví a joder al traicionarle.

¡Siempre jodiéndola, coño!

Con todas esas emociones creando una devastadora tormenta en mi interior, me obligué a leerle los cargos y recordarle sus derechos.

Él permaneció impasible, como un faro en medio de la tempestad. No hay oleaje lo bastante violento como para alterar su calma.

Eso sí, no me quitó los ojos de encima. Y, poco a poco, empecé a sentirme desnuda ante él, como si su mirada penetrante hubiera desgarrado la última capa de mi ser y expuesto mis secretos más oscuros y mis más profundos temores a la luz del día.

Comprendí que, mientras me miraba, Ash veía mi alma por primera vez, lo cual, en cierto modo, era injusto, dado que yo llevaba meses enteros viendo la suya.

Cuando sonó el clic de las esposas que cerré alrededor de sus muñecas, se lo llevaron, y aquí estoy ahora, de pie en la que era nuestra habitación, midiendo con ojos desaforados cada rincón, cada esquina; aferrándome delirante, frenética, jodidamente desesperada, a cada recuerdo feliz que atesoré con la esperanza de que pudiera sostenerme en un futuro.

Qué ilusa. Nada podría sostenerme ahora.

El mundo se ha congelado y yo estoy entumecida.

Nuestro dormitorio me parece más grande y más frío que nunca sin el calor de su presencia. Solo puedo pensar en el fuego que ardía en sus ojos cada vez que me pasaba un brazo protector por la cintura, me pegaba a él para alguna foto en alguna alfombra roja y me contemplaba con esa media sonrisa velada, ese orgullo masculino, como si le estuviera diciendo al mundo: *esta mujer es mía, la conseguí. Y, juntos, somos perfectos.*

Nunca miraba a la cámara. Siempre a mí. Los periodistas se la sudaban.

Entro en el cuarto contiguo y cierro con rabia el armario de los juguetitos. No quiero verlo ahora mismo. Prefiero tener delante un vestidor inofensivo, ordenado, lleno de recuerdos bonitos.

Fingiré que no hay nada detrás de esa pared. Fingiré que él está a punto de volver del trabajo. O de jugar al golf con algún magistrado del Tribunal Supremo.

Observo su ropa cara y elegante, las cajas de zapatos colocadas en las estanterías, las corbatas y los relojes…

Estos veinte metros cuadrados conservan su olor y su esencia más que ningún otro lugar de la casa; le veo en todas partes, escogiendo una camisa, cerrándose la corbata al cuello, ajustándose un reloj…

A veces me quedaba apoyada contra la puerta, ensimismada, y él me devolvía una mirada socarrona a través del espejo, sonreía de lado y me decía: *¿Espiándome otra vez, señora Williams? ¿Te gusta algo de lo que ves?*

Me gustaba todo.

Observarle mientras se preparaba por la mañana para irse a la oficina era mi actividad favorita del día.

De verdad que me tragué lo de que se había vuelto del todo respetable. Qué estupidez. De su mundo se sale de tres maneras: con una corona, dentro de un ataúd o esposado, en una furgoneta del FBI.

Parece ser que él nunca tuvo en cuenta la última opción.

Ausente, atrapada en una mezcla tumultuosa de dolor y nostalgia, acaricio con la mano las impecables camisas colgadas en las perchas.

Ya nunca volverás a ponérselas.

Froto la mejilla contra la manga de una camisa a rayas y cierro los ojos durante unos segundos, imaginándomelo aquí.

Cuando separo los párpados, sigo sola, y la idea me hunde en la miseria porque comprendo que estoy más sola de lo que he estado jamás.

Sintiéndome como si estuviera caminando debajo del agua, la cabeza embotada, sin aire en los pulmones, regreso a la habitación, donde reparo en la foto de nuestra boda que descansa enmarcada en su mesilla de noche.

La pidió en blanco y negro, y luego la colocó en un marco oscuro que escogimos juntos en una tienda de decoración de Milán.

Es un sentimental. Yo no tengo fotos en ningún marco, ni de nuestra boda ni de ningún otro momento de mi vida. Tendré que llevarme esta.

De todos modos, él ya no la necesita ahora. No creo que quiera colgarla en su celda para mirar todas las mañanas el motivo por el cual está entre rejas.

Me acerco, aferro el marco con mano trémula y nos analizo crítica, como si no fuera yo la de la foto. Parecíamos felices. *Lo éramos.* Dos fuerzas de la naturaleza, caóticas y poderosas, convergiendo en una colisión tan apasionada que el mundo entero se detenía para presenciarla. El aire se electrizaba cuando estábamos los dos juntos en la misma habitación. Éramos el

epicentro de algo que muy poca gente habría conseguido comprender. Estábamos hecho el uno para el otro.

Y yo le quería.

Dios, le quería tanto que ahora mismo tengo el corazón roto y el alma en ruinas, y sé que nunca más volveré a sentirme completa.

Y todo esto es una puta mierda. Ojalá no le hubiera conocido, porque entonces no sentiría el dolor que me consume ahora. Seguiría muerta, cierto, pero lo bueno que tiene la muerte es que te libera de todos los tormentos.

El marco se escurre entre mis dedos y se estrella contra el suelo, estoy tan ida que ya no puedo ni sujetarlo. El cristal se resquebraja. Como nuestro amor, supongo. Jodida simbiosis...

Falta de fuerzas, me acurruco a su lado, con la espalda apoyada contra la cama y los brazos rodeándome las rodillas, y cierro los ojos, sin preocuparme por las lágrimas que se deslizan de nuevo por mis mejillas. Me estoy rompiendo con una rapidez impresionante.

Durante años me he estado empapando de gasolina. Pensé que sería él quien encendiera la cerrilla. Pero no. Ha sido mi propia mano la causante de este caos.

Y ahora voy a arder hasta convertirme en nada.

*****

—Se han marchado todos. Solo quedamos tú y yo. Tenemos que irnos, Coop. Esto no es seguro. Ya no. Venga.

Abro los ojos al escuchar la voz de Tommy cerca de mí. Lo tengo delante, con su chaleco antibalas y su mirada oscura cargada de preocupación.

—¿Por qué no te has ido con ellos? —farfullo con voz apagada.

Se encoge de hombros y al final, callado y serio, se sienta a mi lado en el suelo y vuelve su simétrico rostro de mandíbula cuadrada y pómulos planos hacia el mío. En la oficina le llaman el *Agente Macizo*. Es muy popular entre las mujeres.

No dejo de pensar en la expresión de Ash cuando se dio cuenta de que Tommy y yo éramos algo más que compañeros o amigos; en cómo apretó la mandíbula. Debe de pensar que se la he estado

jugando, que se la pegaba con Tommy mientras fingía estar enamorada de él.

Debe de pensar tantas cosas en este momento…

—No podía dejarte sola —me sobresalta de nuevo la voz rasposa del hombre que sigue evaluándome con expresión cautelosa.

—Estaré bien —murmuro, aun sabiendo que nada, nunca, volverá a estar bien.

—De eso, nada. Los suyos le profesan absoluta lealtad. Probablemente el portero haya dado el aviso de que lo hemos detenido. No estás a salvo, Cooper. Vas a tener que acogerte al programa de Protección de Testigos.

Una media sonrisa bastante amarga asoma en la comisura derecha de mis labios.

—No.

—Coop…

—Nunca volveré a formar parte del programa de Protección de Testigos, Tommy —lo corto de forma tajante—. Te borran de la faz de la tierra. Te anulan. Ellos son los causantes de todos esto. Me enseñaron a mentir. A adaptarme a cualquier hábitat. Solo importa la supervivencia. Que se joda lo demás. No hay lealtad. ¡No hay nada! Aprendí a decir la puñetera verdad incluso cuando estoy mintiendo, y no sé en qué me convierte todo eso.

Se produce un silencio largo. Insignificante para mí. Estoy demasiado anestesiada. Las lágrimas se han congelado, al igual que mi dolor. Sospecho que están reuniendo fuerzas para atacarme más tarde con una intensidad aún mayor.

—¿Le querías?

La sonrisa, no sé si amarga o cruel, vuelve a asomar en la comisura de mis labios.

—Le quiero.

Otra pausa.

Y, al rato, su susurro:

—Entiendo.

—¿De verdad? —repongo, clavando una mirada dura y penetrante en sus retinas.

Tommy parece de pronto incómodo, incapaz de aguantar mi examen visual.

Sus ojos se desvían, buscando refugio en cualquier rincón de este cuarto.

Poco a poco, el silencio se espesa entre nosotros hasta convertirse en una especie de muro impenetrable. En su vacilación percibo que preferiría seguir ignorando la verdad.

Antes de que me asignaran el caso de Ash (o, mejor dicho, antes de que yo le diera el coñazo a Clark para que me asignara el caso de Ash), él hablaba de tener una cita de verdad algún día.

Que conste que yo nunca dije que sí. Lo nuestro solo era físico, una descarga de adrenalina cuando estaba tensa por culpa del trabajo. No me veía a mí misma enamorada, ni de él ni de nadie. No había conocido a un hombre que me hiciera pensar en exclusividad, hasta que puse un pie en ese jodido ático y todo en lo que creía desapareció como hilitos de arena que se desintegran entre los dedos de la persona que intenta retenerlos.

—Bueno, yo… En fin, comprendo que tú te hayas pillado por él mientras…

—¿Me lo follaba?

Sus ojos marrones se vuelven de golpe hacia los míos, helados y acusadores.

—Nunca te pidieron que hicieras eso, agente.

—Cierto —admito, la sonrisa volviéndose socarrona encima de mis labios—. Fue idea mía. No pude resistirme a sus encantos masculinos.

—Mira qué bien —farfulla, tan incómodo que se revuelve el pelo con las dos manos, sin saber qué otra cosa hacer con ellas.

Sigo observándolo, con una fijeza perturbadora, y él se empieza a poner más y más nervioso. Se pasa la lengua por el labio superior, vacila, se frota la oscura barba incipiente que cubre su cincelada mandíbula y al final niega para sí. Yo, por mi parte, enfoco con la mirada el reloj que lleva en la muñeca.

—No sé ni qué decir ahora mismo.

—Lo siento, Tommy. Antes de esto, tú y yo…

—No lo hagas —me frena, negando de nuevo, esta vez con los ojos encajados en los míos—. Da igual a estas alturas. ¿Nos vamos?

—Ve tú. Yo voy a quedarme un rato más aquí, regodeándome en la miseria.

—No puedo dejarte sola, Cooper. Esto no es seguro. Su lugarteniente está muerto, pero ella sigue viva.

—¿Seven?

Hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—La princesa del crimen. Puede que esté de camino.

Seguro que sí.

Imagino que ella ha ganado, después de todo. O puede que las dos hayamos perdido.

En realidad, no hay vencedores en esta historia. Hemos sido todos cruelmente derrotados.

—Seven es un perro leal que solo atiende ordenes de su amo —contesto después de un silencio reflexivo—. No va a morder, a no ser que él se lo ordene.

—¿Y qué te hace pensar que él no se lo ha ordenado ya? Tiene derecho a una llamada.

Niego, abismada en mis pensamientos, en el dolor que arde en mi interior, esperando el momento idóneo para consumirme por completo.

—No. De eso nada. Ash no es así. Si me quiere muerta, querrá hacerlo con sus propias manos. Esto es personal. No son negocios, Tommy. Esta vez, no.

Capítulo 2

Si me querías, ¿con qué derecho me abandonaste?
(Emily Brontë)

Alexandra

La gente aplaude cuando entro por la puerta. Me quedo inmóvil, sin esbozar ningún gesto. Algunos se acercan para darme palmaditas cómplices en el brazo.

¡Qué cabrona, Cooper! Pensábamos que te habías cambiado de bando, pero no, ahí estabas tú, cavando desde dentro. Engañándonos a todos.

Solo hay palabras de elogio. Se me felicita por desarticular la organización criminal más poderosa de Ohio; llegar más lejos que ningún otro federal y mucho menos uno que aún no ha cumplido los treinta.

En otra época, me habría dado un baño de masas.

Chuparos esa, capullos.

En mis inicios, me obligaba a mí misma a ver el mundo en términos simplistas. Todo era sencillo, claro y definido. El mío era un universo de certezas.

Ahora ya no sé una mierda, y no me produce ninguna satisfacción personal el numerito que se está montando en la agencia porque está claro que ellos y yo ya no estamos en el mismo bando y que, de no haberse tratado de un senador de los Estados Unidos, nunca habría delatado a Ash.

Clark, mi superior, me observa pensativo desde la puerta de su despacho. No me sonríe ni me felicita. Algo me dice que él sí ha notado que yo ya no soy la misma persona que era cuando me asignaron este caso.

Dedico a mis compañeros una sonrisa temblorosa, fingiendo estar muy agradecida por su recibimiento, los dejo con su celebración y me acerco para hablarle.

Montgomery Clark es un tipo de unos cincuenta y tantos años, alto y atlético, rubio, con arrugas alrededor de los ojos y surcos en las comisuras de los labios, testigos silenciosos de un pasado marcado por excesos y tragedias personales.

Afrontó una adicción al alcohol, un divorcio complicado, la devastadora pérdida de un hijo de veinte años que empotró el coche contra un árbol con tanta fuerza que sus padres tuvieron que enterrar pedazos de él mientras se culpaban el uno al otro por el trágico accidente…

Y aquí sigue, encerrando a los malos.

No quiero ser como Clark. Antes lo deseaba, quería casarme con mi trabajo, sacrificarlo todo en el altar del deber, ser la mejor.

Eso es lo que siempre he querido, liderar la carrera, ser la más lista, anticiparme, destacar por mi astucia, por mi estrategia, por mi obsesión a la hora de resolver el enigma.

Ahora me doy cuenta de que ya no soy capaz ni de recordar cuándo dejó de importarme mi trabajo. ¿Cuándo dejé de ser una persona gris e invisible que pasa tan desapercibida como un Crown Victoria? ¿Cuándo me volví tan jodidamente egoísta como para decidir que lo quería todo; que me lo merecía?

—Quiero interrogarle yo.

—No es buena idea, Cooper.

—Es mi caso.

—No sé por cuánto tiempo.

Encojo las pupilas mientras estudio, incrédula, su expresión compacta. Clark es mi mentor, la única figura paterna de mi vida.

—¿A qué se refiere?

—Habrá una investigación interna para determinar si tu actuación ha sido correcta o no.

—¿Me está tomando el puto pelo? ¡Me he estado jugando el cuello por esta agencia!

(Y luego me follé al sospechoso, pero eso no viene a cuento ahora).

—Tienes que entenderlo. Te pasaste de la raya. No nos facilitaste ninguna información durante año y medio.

—¡Pero os lo he entregado!, que es lo que se suponía que tenía que hacer.

—Cierto, pero Asuntos Internos tendrá que esclarecer si cometiste algún delito al ocultarnos, deliberada y reiteradamente, información. Mucha gente ha muerto, Cooper. Eso es irreparable. Si nos hubieses dado algún soplo, a lo mejor se habrían podido salvar vidas.

—Increíble.

—No pongas esa cara, anda. Tú y yo sabemos que no actuaste de buena fe. Lo cual me hace preguntarme por qué ahora, ¿eh? ¿Por qué has decidido venderlo de repente? ¿Se te jodió el cuento de hadas? ¿Te la pegaba con otra?

Noto cómo se endurece mi rostro, la tensión que se apodera de mi mandíbula.

—Con todos mis respetos, señor, que le den por el culo. Si quiere interrogarme, tendrá que leerme mis putos derechos antes.

Por primera vez desde que lo conozco, Montgomery Clark ríe con ganas, desvelando una fila de dientes no demasiado rectos y de un tono más bien grisáceo.

—Entiendo por qué le gustas. Eres exactamente su tipo de chica.

Bufo y giro en redondo. No voy a seguir con esta conversación.

—¡¿Adónde vas?! —se exaspera. Se ve que todavía no ha terminado de pegarme la bronca.

—A comprar café. El de la máquina del pasillo es una mierda. Cuando vuelva, iré a verlo.

—¡No lo he autorizado!

Me vuelvo desde la puerta. Nuestras miradas chocan como si fueran dos titanes que pretenden aniquilarse el uno al otro. Despliego las manos a ambos lados del cuerpo.

—A no ser que me detenga, pienso entrar en esa sala con su autorización o sin ella, *señor*. Es mi caso. Al menos hasta que Asuntos Internos me suspenda.

La sonrisa petulante permanece intacta en las comisuras de sus labios.

—Soy tu supervisor, agente Cooper.

—Pues supervise. No tengo ningún problema con eso.

*****

Paso adrede por delante del despacho de Clark, con dos cafés para llevar en la mano y una carpeta llena de pruebas, de las que el FBI todavía no tiene constancia.

Las recogía, pero nunca llegué a entregarlas. Las ocultaba en la caja de seguridad de un banco. Me pregunto cómo sería mi vida ahora si las hubiera destruido en su momento.

¿Qué más da? Lo hecho, hecho está. Sé que actué lo mejor que pude, dadas las circunstancias. Eso es innegable. Uno no puede cargarse a alguien como Aston Hughes y salirse de rositas. Ni siquiera el rey de la Mafia puede llegar tan lejos.

Clark me sigue con la mirada a lo largo del pasillo. No intenta frenarme. Permanece sentado detrás de su ordenador, con los pies encima de la mesa, una carpeta entre las manos y un bolígrafo detrás de la oreja.

Estupendo. Eso quiere decir que dispongo de un poco de tiempo hasta que Asuntos Internos me aparte del caso.

No me cabe duda de que lo harán y de que, además, me abrirán un expediente sancionador. Clark no va a intervenir a mi favor, está claro. La he cagado y, cuando alguien la caga, hay consecuencias.

Pero no es la perspectiva de enfrentar las consecuencias de mis actos lo que dispara mi nerviosismo, sino la idea de volver a ver a Ash.

Según me acerco, mi corazón bombea más y más sangre, y la adrenalina que se dispara por mi torrente sanguíneo me hace respirar de forma casi superficial.

Tuerzo por el pasillo, me obligo a coger una profunda bocanada de aire en los pulmones y empujo con firmeza la puerta de la sala en la que se lleva a cabo el interrogatorio.

Hoy tengo que ser la mujer que durante todo este tiempo me ha estado espiando desde el espejo. Alexandra no podrá soportar esto. Verle así y saber que la culpa es suya la derrumbaría.

Y no puedo permitirme ser vulnerable, así que me coloco una máscara fría y compacta encima del rostro y levanto la mirada hacia la suya al ponerle delante el café que le he traído.

—Pensé que te apetecería uno. El de la máquina del pasillo es horrible.

Está muy tranquilo, relajado en la silla, sin esbozar gesto alguno.

Observa primero el vaso que tiene delante. Luego, a mí; sus ojos impactan de lleno contra los míos, con una intensidad que hace temblar mis extremidades.

Me obligo a mantener la compostura. Mirada firme. A raya el temblor que amenaza con delatarme. No puedo permitir que mi entereza se resquebraje ante su mirada penetrante.

Me siento, con la mesa de por medio, y él sigue analizándome, en un silencio que me agobia muchísimo. Cuando la gente calla, observa. Y, cuando te observan, ven cosas que no quieres que vean.

—¿No vas a decirme nada? —musito al no aguantar más su escudriño.

—Me la has jugado bien jugada.

Noto cómo se contraen mis rasgos, cómo se enfría todavía más mi mirada. Ya lo creo, soy la agente Cooper, no Alexandra, su mujer.

—Te dije que iba a ganar.

Lo piensa un rato. Y, de pronto, parece casi divertido por la situación en la que estamos.

—Sí, me lo dijiste. Pero déjame decirte algo, cielo. —Se inclina sobre la mesa para acercarse a mí y yo retrocedo de inmediato porque tenerle tan cerca es devastador—. El juego no ha terminado.

—¿Es una amenaza?

—Dios me libre de engrosar el *dossier* con más acusaciones. Parece que ya tenéis unas cuantas.

Me paso la lengua por los labios con nerviosismo y asiento para mí.

—¿Quieres que llame al abogado? —le susurro, cediéndole de nuevo protagonismo a la mujer que soy desde que lo conozco, la que está enamorada de él.

—No quiero una puta mierda de ti, cariño.

Me digo a mí misma que no tiene sentido permitir que algo así me afecte. ¿Qué esperaba, de todos modos? ¿Su perdón? Nunca lo obtendré.

—Me han dicho mis compañeros que todavía no has solicitado tu llamada.

—En estos casos, uno llama a su mujer, pero ¿qué haces cuando es tu mujer la que te ha metido en el talego?

No puedo hacer esto hoy. Creía que podría con todo, pero a lo mejor Clark tenía razón. No estoy preparada para ser la agente Cooper todavía. Estoy desentrenada.

Me levanto abruptamente de la silla y empiezo a recoger mis cosas.

—¿Te marchas tan pronto? —se burla, disfrutando de verme tan alterada.

—Pues sí.

—Cierra al salir.

Eso último me hunde. Sé que no tengo derecho a sentirme así, pero no hay forma de evitarlo.

—Alexandra. O como sea que te llames —me detiene cuando estoy a punto de irme.

¿Has sentido alguna vez que el Infierno se abría por debajo de tus pies, listo para engullirte? Yo tampoco lo había sentido hasta oírle formular mi nombre.

El de *ella,* en realidad.

Me vuelvo lo más despacio que me es posible y me estremezco de dolor cuando esos ojos azules, eléctricos, se insertan en los míos. La expresión que arde en ellos me convierte en estatúa de hielo al lado de la puerta. Su decepción y su dolor se entremezclan con la repugnancia que siento hacia mí misma.

—Dime.

—Cuando todo esto termine…

—Déjame adivinarlo. ¿Irás a por mí?

—Puedes apostarlo —su respuesta es firme, no vacila como yo.

La repugnancia se convierte en rabia, un sentimiento tan devastador y poderoso que me consume como un fuego latente.

Con movimientos controlados, me saco el arma del escuche, retiro una bala y la planto sobre la mesa, delante de él.

—Entonces, ve tallando mi puto nombre ahí.

Esto es lo que somos ahora. Dos adversarios en un juego mortal. Si algún día sale de aquí, cumplirá su promesa.

Y yo le estaré esperando.

No pienso huir. No voy a esconderme. Algún día nos encontraremos de nuevo cara a cara y entonces habrá que ver quién es más rápido a la hora de desenfundar la puta pistola.

Capítulo 3

Un hombre puede ser destruido, pero no derrotado.
(Ernest Hemingway)

Ash

Nada más entrar en la sala de interrogatorios, Clark deja caer sobre la mesa una carpeta gris bastante pesada. Hay que ver lo que le gusta el teatro a este tío.

—¿Y bien? ¿Cuándo me soltáis?

Ríe entre dientes, con sorna, se instala en la silla, al otro lado de la mesa, y se me queda mirando desafiante.

—¿Soltarte? Pero si tenemos pruebas suficientes como para encerrarte durante mucho, mucho tiempo. —Abre su carpeta para sacar una foto, la planta sobre la mesa y la empuja hacia mí—. Hablemos de Carlos Alberto Medina Carvajal, asesinado de tres tiros un domingo cuando salía de misa.

Tuerzo los labios en un gesto de desdén.

—Lo siento. No me suena de nada ese nombre.

—Tómatelo en serio, Williams. Hazte un favor a ti mismo.

—¿Por qué no me haces tú el favor de irte a tomar por culo, Clark? Y, ya que te vas, tráeme un paquete de cigarrillos a la vuelta. Estoy con el mono y, cuando se me niegan ciertos placeres de la vida, se me pone un humor… peligroso.

—Admito que la última vez me la jugaste, pero ahora te tengo, capullo. Eres mío y no voy a soltarte.

—Claro que lo harás. Saldré de aquí, y tú volverás a quedar como un gilipollas, créeme. Así que ahórranos las molestias a los dos.

—Sigue soñando con la libertad. Eso no va a pasar nunca. —Planta otra foto sobre la mesa y, con dos dedos, la acerca a mí. Todas las fotos han sido tomadas en la escena del crimen, son muy

tétricas, con la cinta amarilla y la sangre y los sesos del individuo empapando el asfalto—. ¿Qué me dices de Vasil Leka, asesinado en un callejón un sábado noche, cuando salía por la puerta trasera de uno de sus puticlubs?

—Pues fíjate, tampoco me suena de nada.

—No te suena, ¿no?

Finjo meditarlo bien, antes de negarlo todo.

—*Nop*. Jamás había oído ese nombre, y yo no frecuento puticlubs. Estoy en contra de la trata de personas.

—Tiene cojones. A lo mejor hay que ponerte los audios que me facilitó tu mujer, a ver si así se te refresca la memoria. Algunos de los micros los detectasteis, pero otros, sobre todo los de tu casa, donde te sentías relajado y a salvo…

Me acomodo, dejándome caer hacía atrás en la silla, cruzo los brazos sobre el pecho y la aguanto la mirada con serena indiferencia. Este no es ni de lejos mi peor interrogatorio.

—¿Por qué la agente *Cómo Se Llame* no está aquí? El caso es suyo, ¿no? ¿No debería interrogarme ella misma?

—Háblame de tus amiguitos de Scoville Avenue y de las toneladas de cocaína que robasteis juntos. ¿Dónde está la coca?

Sonrío, enseñando los dientes.

—¿Coca? ¿Qué coca? Podemos seguir así todo el día, agente. Ya te lo he dicho: esos nombres no me suenan de nada. Me estás hablando de delincuentes, de narcos, de traficantes de armas… ¿Cocaína? ¿En serio? ¿Qué tengo yo que ver con la cocaína? Soy un hombre de negocios respetable, por el amor de Dios.

—¿Y cómo te hiciste tan asquerosamente rico, eh? ¿Quieres que hablemos de eso?

—Pídele al IRS las cuentas de nuestras empresas, si tanto te interesan mis fuentes de ingreso. Hemos declarado cada puto céntimo que hemos recaudado. No tengo dinero en paraísos fiscales, Clark. No vais a encontrar droga ni efectivo en ninguna de mis propiedades. Estoy más limpio que el Papa.

—Pero resulta que sí hemos encontrado todo un arsenal de armas y munición en tu casa.

—Y, vaya, tengo licencia para todo. ¿Lo ves? No vais a poder imputarme nada, joder. Soy inocente de todo lo que se me acusa.

—De alguna forma psicótica, tú te crees lo que estás diciendo, ¿a que sí?

—*La verdad os hará libres* —le recito, en tono de burla—, y esta es la mía, Clark: no tengo ni puta idea de lo que me estás hablando, jo-der. No conozco a ninguno de esos individuos. No sé *nada* de ninguna cocaína robada. Estáis perdiendo el tiempo, y me hacéis a mí perder el mío, que es mucho más valioso.

*****

Nunca pensé que fuera a decir esto, pero estar en la cárcel no es para tanto. Casi un retiro espiritual, un momento de paz en tu ajetreado día a día.

Dispones de tiempo para pensar.

Calibras los hechos.

Decides.

Quién. Cómo. Cuándo. Dónde.

El porqué nunca te lo cuestionas. Es irrelevante.

Lo único malo de estar entre rejas es que a la mañana siguiente te arrastran de nuevo a la sala de interrogatorios, donde te piden que confieses.

Es más, te ofrecen un trato muy ventajoso: tu confesión a cambio de una reducción de condena.

Lo cual me hace pensar que tampoco tienen tantas pruebas. De lo contrario, Clark no estaría bajándose los pantalones. Me encerraría de por vida y bien a gusto se quedaría.

Pero no, aquí está otra vez, dándome la matraca con lo mismo.

—Macho, eres peor que un puto disco rayado. Nada de confesiones, Clark —le recuerdo, con la paciencia de un santo—. Ya te he dicho que no puedo confesar algo que no he hecho. Además, ¿qué más te da que yo confiese o no? Afirmas tener todas las pruebas necesarias para conseguir una condena.

—Agilizaríamos el proceso, y mostrarías buena fe.

—Pero si yo siempre actúo de mala fe, según tú.

—¿Te crees gracioso?

—Desternillante. ¿Cómo está mi mujer? Hoy no ha venido a traerme el café. He tenido que tomarme el matarratas que bebéis aquí. No me extraña que parezcas tan demacrado, Clark. Lo que hay en ese vaso de ahí es puro veneno que te corroe por dentro. Dime, ¿está ella ahí fuera? ¿Ya le habéis asignado otro caso? ¿Nos está mirando por ese espejo? ¿Cielo?, ¿estás ahí?

—¡Eh! Aquí las preguntas las hago yo.

—Pues tendrás que darme algo, agente. Un intercambio justo de información. Ya sabes cómo va esto. Tú quieres algo, yo quiero algo… Todo el mundo gana.

Se lo piensa unos segundos y al final parece dispuesto a ceder y a llegar a un acuerdo conmigo.

—Muy bien. La agente… *tu mujer* —se corrige con un gruñido disgustado y una especie de mueca— ha sido apartada del caso por el momento. Le han abierto un expediente disciplinario. Esta mañana le pedí que entregara la placa y el arma reglamentaria.

La respuesta es sorprendente y de lo más desconcertante, lo admito.

—¿Y eso por qué? Ha hecho lo que debía, ¿no? Aquí me tenéis.

—No te concierne el motivo. Te toca. Háblame de este hombre.

Planta sobre la mesa una foto mía con Andrei Sokolov. No la tomó Alexandra. Ella está sentada a mi lado. Tengo la mano apoyada en la parte interna de su muslo mientras hablo con Andrei. Nunca podía mantener las manos quietas cuando la tenía cerca. Eso tendrá que cambiar. Ya no podré tocarla a partir de ahora. Nunca más. Por mucho que me joda la idea.

Aparto la mirada con glaciar indiferencia, fingiendo que vernos juntos y felices no duele, y enfoco toda mi atención en la expresión pétrea de Clark.

—A mamarla —espeto con dureza. Se acabaron las bromitas y el hacerse el simpático.

—¡Teníamos un trato, cabrón! —se enfurece, brincando de su silla, tan perplejo que hasta me hace gracia.

—¿Lo teníamos? —repongo, sin alterarme—. Pues no deberías andar confiando en supuestos delincuentes, agente Clark. Por lo que he oído, algunos no son de fiar.

Con la cara contraída de rabia, planta las dos manos sobre la mesa y se inclina hacia mí, los ojos cargados de odio e irritación y las aletas de la nariz dilatadas.

—Escúchame bien, capullo. Aquí no eres nadie, ¿me oyes? Me perteneces y puedo hacer contigo lo que me dé la gana.

—Eso me suena a coacción —afirma, divertido, el hombre que acaba de abrir la puerta a espaldas de Clark—. Benjamin Costello, el abogado del señor Williams. Necesito hablar a solas con mi cliente.

Clark está que trina. Se endereza y mira con absoluto desprecio a Ben Costello que, en sus treinta y tantos y muy bien parecido, el cabrón, con su traje de sastre y el pelo peinado con raya a un lado, le sonríe desafiante.

—Cómo no. El abogado de la Mafia —masculla entre dientes.

—El mejor en cuestiones de abuso policial.

—¿Abuso? No me toque las pelotas, Costello. Aquí no se ha producido abuso alguno.

—Eso está por determinar. Cierre al salir. Y, agente… Sé que esto no hace ninguna falta que se lo diga, pero lo haré de todos modos: desconecte las cámaras. Las conversaciones abogado cliente son confidenciales.

Clark aprieta la mandíbula con disgusto, sale, pegando un portazo y, unos segundos después, la luz roja de las dos cámaras de seguridad se apaga.

Ben Costello se quita la americana del traje, la cuelga del respaldo de la silla para que no se le arrugue y se sienta, doblándose las mangas de la camisa a rayas bajo mi mirada impasible.

—Me han dicho que aún no has usado tu llamada.

—Me lo estoy tomando con calma. ¿Cómo te has enterado de esto?

Espero que la noticia no ande circulando por toda la ciudad. Que te detengan, es bueno para tu reputación. Que te detenga la persona a la que te estás follando, no tanto.

—Me llamó ella, tu mujer.

—Qué encanto. ¿Y te dijo también que es una agente infiltrada que me ha vendido a los federales por motivos que ahora mismo no tengo demasiado claros?

—No con esas palabras, pero me lo explicó a grandes rasgos. No he visto las pruebas, solo dispongo de la información que ella me ha proporcionado. La cosa no pinta del todo bien, aunque tampoco pinta tan mal. He tenido casos peores. Quiero que te lo tomes con calma y que no admitas ningún cargo.

—Tranquilo. Nunca me vengo abajo en los interrogatorios.

—Bien. Pueden retenerte aquí hasta el lunes por la mañana. Después, el fiscal tendrá que presentar cargos o, en caso de no contar con suficientes pruebas, soltarte. Así que disponemos de unas… —Comprueba su reloj de edición limitada y vuelve a clavarme la mirada con gélido aplomo—… treinta horas. Cuéntame todo lo que tengo que saber.

—No hay nada que saber, Benjamin. Soy un hombre inocente.

Costello ríe entre dientes y me señala, divertido, con el dedo.

—Cojonudo. Tú sigue afirmando eso, cabrón.

La alianza que brilla en su dedo me hace volverme consciente de la mía que, a estas alturas, no significa gran cosa.

—¿Cómo están Maggie y la niña? —pregunto, para distraerme de mis estúpidos pensamientos.

Su expresión se endurece de golpe. Se produce una pausa corta, en la que Ben Costello ya no parece el capullo pagado de sí mismo de siempre.

—La niña, bien. Maggie quiere el divorcio.

Me quedo perplejo. Eso sí que no me lo esperaba. Ben y Maggie estaban muy enamorados la última vez que los vi; la clase de pareja que todo el mundo envidia. No recuerdo si fue en mi boda o puede que en alguna gala benéfica posterior. El caso es que tenían química y complicidad y… parecían hechos el uno para el otro. Como ella y yo.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Se encoge de hombros y niega frustrado. Se lo ve desecho, nada conforme con la separación.

—¿Y yo qué sé, tío? Que si trabajo demasiado, que si nunca estoy en casa, que si la niña apenas me conoce, que si somos *absolutamente tóxicos el uno para el otro*… Ni siquiera sé qué coño

pretende decir con eso de la toxicidad, y mira que me licencié en el puto Harvard.

—Joder. Pues lo siento mucho. Ánimo, colega.

—Ya. Lo mismo te digo. Voy a ver al agente *Soplapollas*, para que me ponga al día.

Me quedo sentado, evaluándolo con tristeza. Espero que al menos ellos superen sus problemas, porque está claro que ella y yo no vamos a superar una mierda. Me retuerzo la alianza sobre el dedo y cierro los ojos durante unos segundos para contenerlo todo dentro de mí.

«Tócate los cojones, Bambi. La que me has liado, joder».

—Dile a Clark que quiero hablar.

Costello se vuelve desde la puerta para fruncirme el ceño.

—¿Te has vuelto majara? Te acabo de decir que no hables.

—Cálmate, Benjamin. No quiero hablar con él. Quiero hablar con mi mujer.

—Si le han quitado la placa, lo veo difícil. En teoría, solo puede verte tu abogado.

—Intenta conseguirlo.

—Está bien. Lo intentaré. Pero no te hagas muchas ilusiones. Ni siquiera yo puedo obrar milagros.

*****

—¿Y bien? —Miro ansioso a Costello, que niega con expresión apesadumbrada al mismo tiempo que deja caer la puerta a sus espaldas.

—Lo siento mucho, tío, no he podido hacer nada. El FBI no autoriza la entrada de civiles en esta sala y tu mujer, ahora mismo, es una civil. La han suspendido sin sueldo.

Asiento, hundo la cabeza entre las manos y me quedo así un buen rato, pensando, intentando aclararme.

Cuando se me quita un poco el mal rollo, encuentro a Ben sentado en la silla, escribiendo un mensaje en el móvil. Por su cara de tormento, sospecho que le está escribiendo a su mujer.

—Costello.

—¿Hmmm? —gruñe, sin dejar de teclear.

—Diles que quiero hacer mi llamada.

Suelta el móvil sobre la mesa y me observa intrigado.

—¿Qué estás tramando?

—Ha llegado la hora de que mi mujer y yo pongamos todas las putas cartas sobre la mesa.

—¿Vas a… eliminarla?

Una sonrisa agridulce asoma en las esquinas de mis labios.

Sí. Voy a eliminarla.

De mi vida. De mi sistema sanguíneo. De mis putos pensamientos. No será nada fácil, pero ¿qué otra opción me queda a estas alturas?

—Ash… —gruñe al ver que no le respondo—. No hagas estupideces. Tú la quieres. Sé que la quieres. No hagas el imbécil. No seas como mi padre. Tú no eres así, tío. Te conozco. Venga.

—¿De qué hablas, Ben? Solo quiero hacer una puta llamada. Nada más.

—Y yo quiero que lo medites bien antes de dar ninguna orden.

—Está más que meditado. Quiero la llamada. *A-ho-ra.* O la consigues, o te vas a tomar por culo.

—Hay que joderse.

—Seguro que esto te lo dijeron en Harvard, Costello. El cliente manda. Y, por si se te ha olvidado, *letrado*, el cliente soy yo. Así que ya estás tardando en levantarte de la silla.

Lo siento, así están las cosas ahora.

Capítulo 4

Háblame, Musa, de aquel varón de multiforme ingenio…
(Homero)

Alexandra

Hoy he tenido que entregar mi placa y el arma de oficio. No sé cómo sentirme al respecto. ¿Triste? ¿Aliviada? ¿Es normal que está oscilando entre dos emociones tan contrarias?

Por un lado, una puerta se cierra en mi vida. Tal vez, para siempre.

Al mismo tiempo, hay otra que se abre, aunque no sé todavía hacia dónde pretende llevarme. Mi mundo de certezas se ha vuelvo demasiado caótico. No hay forma de prever nada.

Esta noche no me apetecía quedarme en mi habitación del motel ni emborracharme en un bar cutre de las afueras, así que he venido al centro y aquí estoy, entrando en uno de los hoteles más lujos y exclusivos de la ciudad.

Ash y yo hemos estado en este lugar decenas de veces en el pasado. Él solía reunirse con mafiosos extranjeros que se hospedaban aquí. Yo le esperaba en el bar, con un Martini en la mano y decenas de preguntas que él casi nunca respondía.

Y está claro que era una buena estrategia. Cualquier cosa que dijera podría *e iba* a ser utilizada en su contra…

—Señora Williams, buenas noches —me saluda el barman, afable, cuando me instalo en una silla alta, al otro lado de la impoluta barra que se interpone entre nosotros.

—Buenas noches, Freddy. ¿Me pones un Martini?

—Enseguida.

Coloco el bolso a mi derecha y me fijo en todos los hombres que se me comen con la mirada. Empresarios, políticos, gente bien...

A todos parece gustarles la mujer de la barra. Cómo mantiene la compostura con elegancia y autoconfianza, su presencia magnética, el poder que emana de ella, y, sobre todo, *sobre todo,* les gusta la idea de la persecución porque ella no es una presa fácil.

No busca aprobación externa ni se ve definida a sí misma por las miradas de los demás, y cuando el primer tío se le acerca y le dice al barman que apunte la copa de la señorita en la cuenta de su habitación, ella traslada la mirada hacia la suya con indiferencia y sus carnosos labios rojos formulan, fríamente, una sola palabra.

—No.

El hombre capta el mensaje a la primera y se marcha derrotado.

Es cierto, ella se ha vestido para que la vean, pero no se ha tomado todas estas molestias por ellos. Quería verse a sí misma. Reconocerse. Encontrar su propia identidad.

No fui capaz de reconocerme cuando me miré en el espejo del baño esta mañana. La cara lavada, el pelo recogido en un moño en la nuca, un traje anodino… ¿Quién era esa desconocida? No parecía yo.

Supongo que echaba de menos ser Alexandra y ahora voy vestida como ella, llevo un traje chaqueta pantalón de color blanco, entallado, que me compré esta mañana después de que me despidieran (de momento, temporalmente, según la de Asuntos Internos), *stilettos* y los labios pintados de un tono intenso y cremoso que parece iluminar mis facciones.

Mi escote es tan profundo que parece que no lleve nada por debajo de la chaqueta. Exhibo un aspecto sexy y sofisticado, todo lo contrario a la agente Cooper.

A Ash le gustaría.

No voy a pensar en Ash.

Freddy me pone delante mi copa de Martini y me sonríe con amabilidad, aunque hoy sus ojos parecen más inquisitivos que de costumbre, como si pudieran percibir la tensión que se oculta detrás de mi disfraz de calma.

—Hmm —me deleito después del primer sorbo—. Este es el mejor Martini seco de la ciudad. Me está sabiendo a gloria bendita hoy.

—Me alegro de oírlo. Que lo disfrute.

—Oh, créeme, lo estoy haciendo.

Otro cliente, de ascendencia árabe, también sentado en la barra, llama a Freddy y le pide que me sirva otra copa.

—No, gracias —rehúso, sin dignarme a mirar al tipo—. Me pago mis propias copas.

Eufemismo de *a mamarla*.

Unos veinte minutos más tarde, después de varios intentos infructuosos de ligar conmigo, los hombres interesados en conquistarme se rinden y por fin me quedo sola, saboreando el alcohol mientras intento no pensar en nada, la mente en blanco, todo en calma.

Pero soy incapaz de mantener la quimera y al final mis pensamientos vagan entre recuerdos de Ash y el presente incierto que me rodea.

Será mejor que me lo quite de la cabeza. Esta noche necesito un respiro, un instante de paz antes de enfrentar el huracán que se avecina.

—Freddy, otro, por favor.

El barman me frunce el ceño. Voy por el cuarto o el quinto Martini, no estoy segura, y es evidente que pretendo emborracharme.

Pero aquí no te cobran a veinte dólares la bebida para cuestionar tus deseos, así que el bueno de Freddy retira una copa helada del congelador, le echa un chorrito de Martini y la gira despacio entre los dedos para que se impregne bien de vermut.

Después, la vacía y vierte dentro ginebra, que diluye con un golpe de *orange bitter*.

Con una rodaja de limón acaricia los bordes del vaso, tan frío que humea como la pócima de una bruja, y, por último, aunque no menos importante, coloca dentro el palillo con una aceituna. Exquisito como siempre. Una presentación perfecta.

Sonrío cuando me lo planta delante. Casi lo saboreo.

—¿Va todo bien? —me susurra con aspecto preocupado.

Levanto el rostro hacia el suyo hasta cruzarse nuestras miradas y hago un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

—Estupendo. No podría irme mejor.

Cojo la copa con tranquilidad, la levanto a modo de brindis, retiro el palillo y, con los ojos clavados en los suyos, me bebo todo el coctel de un trago.

—Otro —pido, devolviéndole con tranquilidad el vaso vacío.

Me aguanta la mirada sin esbozar gesto alguno. Su rostro parece de piedra ahora mismo.

—Lleva unas cuantas copas ya, ¿no le parece?

Abro el bolso con aplomo, retiro un buen fajo de billetes y, con actitud provocativa, deposito uno de cincuenta sobre la barra.

—*Otro* —insisto, con dureza, empujando el dinero hacia él—. Y no te molestes en cambiarme el vaso. Tú sigue llenándolo.

No le queda otra que agarrar la botella de ginebra y complacerme. Aquí siempre complacen a los clientes. Repite el proceso del *orange bitter* y el limón, y yo, con la nueva copa delante, tomo sorbo tras sorbo con la esperanza de que el alcohol enturbie mi cerebro lo suficiente como para que el mundo se oscurezca a mi alrededor.

Presto atención por unos segundos a la música que flota en el aire, apenas perceptible, compañera silenciosa de aquellos que beben solos.

Je T'aime, de Jane Birkin y Serge Gainsbourg.

Me recuerda a nuestra luna de miel en París. Qué sencillo parecía todo mientras paseábamos por callejones empedrados y él me compraba *macarons.*

En breve me llamarán a declarar, y tendré que hacerlo, tendré que sentarme delante de él, mirarlo a los ojos y señalarlo con el dedo.

No quiero llegar a eso. Lo daría todo por poder evitarlo. Por poder mirar al jurado y al juez a los ojos y decirles: *¡sí! ¡Lo hizo! Pero… ¿cuánto daño habrían hecho ellos de haber seguido con vida? ¿Por qué nadie se cuestiona eso? ¡Él no empezó la guerra! ¡Nunca fue su intención llegar a desatar un conflicto ni aniquilar a nadie! ¿Por qué no podían dejarlo en paz? ¡Solo quería ser respetable! ¡Es injusto!*

Pero en el mundo de las leyes, todo es muy simple. Blanco o negro. Culpable o inocente. No hay matices.

Cuando era pequeña, tenía miedo de los gigantes. Mi madre me había leído el cuento de Jack y las habichuelas mágicas y estaba realmente aterrada.

La noche en la que uno de ellos irrumpió en nuestra casa y se cumplieron todos mis temores infantiles, me quedé ahí escondida, sin atreverme a mover un solo músculo, ni osar producir un solo sonido.

Creí que, si me encontraba, me mataría.

Y me encontró. Por supuesto que sí.

La culpa debió de ser mía. A lo mejor dejé escapar alguna exclamación de espanto, un suspiro, un sollozo, qué sé yo, porque de pronto vi la cara destrozada de mi padre en el suelo a pocos centímetros de mí y la del gigante apareció unos segundos después, cuando levantó el mantel que cubría la mesa debajo de la cual me estaba escondiendo.

Cerré los ojos, preparándome para morir, pero
en lugar del golpe mortal que esperaba, escuché palabras de aliento.

—Chisss, tranquila, pequeña —me dijo, sacándome de mi escondite para, acto seguido, abrazarme contra su fornido pecho. Yo estaba sollozando desconsolada, estremecida de llanto entre sus brazos—. Chisss —siguió meciéndome mientras me frotaba la espalda con ademán sosegador—. Lo siento. No pretendía asustarte. Siento mucho que hayas tenido que ver esto. Quiero que sepas que tu papá no era un buen hombre, ¿vale? Ha hecho cosas muy, muy malas. Horribles. Aunque eso no justifica el hecho de que yo haya perdido los papeles delante de ti. De verdad que lo siento mucho. Tranquila. Estás a salvo.

Al final conseguí tranquilizarme lo bastante como para poder mirarlo a la cara y fue en ese momento cuando, a pesar del caos, el miedo y mi padre muerto en el suelo a nuestros pies, encontré una pequeña chispa de compasión en mi interior.

El gigante había hecho todo eso. Sin duda, era un monstruo, un hombre malo, el hombre del saco, pero… ¿por qué sus ojos parecían tan humanos cuando me miraban?, ¿tan tristes, tan llenos de arrepentimiento mientras su mano enorme me secaba las lágrimas que empapaban mis mejillas?

—No espero que lo comprendas ahora —siguió diciéndome con lo que yo, a estas alturas de mi vida y sabiendo cuánto sé, interpretaría como semblante atormentado—. Pero si algún día necesitas respuestas, búscame y te las daré. Te explicaré quién era tu padre y por qué ya no forma parte de tu vida.

Me dijo su nombre, para que yo supiera a quién buscar en un futuro lejano, me indicó el nombre de una ciudad, y me hizo un regalo. Algo personal para él.

—Esto pertenecía a mi madre —me explicó al ponérmelo en la mano y cerrar mis dedos a su alrededor con firmeza—, pero quiero que te lo quedes tú y lo cuides por mí. A mí ya me ha protegido lo bastante. Ahora te protegerá a ti, ¿vale?

Miré el medallón, ceñuda, un poco desconfiada, porque no creía que un trozo de metal pudiera protegerme en realidad, y, unos segundos después, lo volví a mirar a él; recorrí una y otra vez los ojos azules que tan humanos parecían mientras me observaban en silencio, tan cálidos, tan convincentes que escogí creerle. Él no era malo. Era una buena persona que a veces hacía cosas malas.

—¿Quién es esta?

Me sonrió. Una divertida sonrisa de lado. Le hizo mucha gracia mi pregunta, mi curiosidad infantil.

—Ella es… —empezó a explicarme.

La punta de la pistola que se me clava con fiereza entre las costillas me arranca de golpe de mi recuerdo y despeja un poco las nubes de mi borrachera.

—Dame un buen motivo para no apretar el puto gatillo —sisea en mi oído una voz femenina bastante familiar.

—Seven —constato, disgustada. Joder. Esta noche no me apetece ningún enfrentamiento. Ni siquiera voy armada. Solo quiero beber, coger un taxi, volver a mi polvorienta habitación y caer en un sueño que se le parezca mucho al desmayo. Lidiar con la ex amante despechada de mi marido el mafioso no se incluía entre mis planes hoy—. Suelta la pistola —le pido con calma, como lo harías con una persona desequilibrada que se ha vuelto completamente impredecible.

—¿Por qué iba a hacerlo?

La pared de la barra está forrada en espejo y puedo verla detrás de mí, toda vestida de negro, sonriendo, la muy cabrona.

Le doy un sorbo aplomado a mi Martini y sigo observándola. Ella tampoco me quita la mirada de encima. Al fin y al cabo, lleva años esperando este momento.

Y he de decir que, a pesar de las consecuencias, lo está disfrutando.

—Porque, según yo lo veo, todas tus opciones son malas.

—¿De veras? —Sonríe y la punta de su pistola se clava con más insistencia en mi costado. Mañana me va a salir un moratón—. ¿Cómo es eso?

—Si Ash me quiere muerta, querrá hacerlo con sus propias manos y te odiará por haberle arrebatado el placer. Y si por una casualidad muy remota me quisiera viva y tú me mataras hoy, sabes que no te lo perdonaría jamás. Así que, hagas lo que hagas, lo perderías. La única forma de que salgas bien parada es que sueltes la puñetera pistola y te vayas a tomar por culo, joder.

La sonrisa que se reflejaba en sus labios rojos cae al suelo, y me percato de que sus ojos azules parecen llenarse de dudas. La mano empieza a flaquearle. Ya no aplica tanta fuerza en mis costillas.

—Hija de puta —me gruñe, con voz vibrante de rabia—. ¿Cómo has podido hacerle esto?

Decido ser honesta, para variar.

—No tenía elección.

Vacila unos segundos y al final baja la pistola, y se marcha, toda lívida, sin decirme nada más.

Bajo la mirada hacia mi copa de Martini y, poco a poco, una sonrisa leve, de lado, empieza a insinuarse en mis labios.

En el fondo, aprecio a Seven. Aprecio su lealtad ciega e inquebrantable. Él habría estado mejor con ella que conmigo.

Y esa es una idea que duele horrores.

Me llevo una mano a la garganta y me froto el medallón que llevo puesto.

Por primera vez desde la boda, me he quitado el que me regaló Ash. Ya no soy su reina. Esta noche necesitaba ponerme el otro, el

que me regaló el gigante después de matar a mi padre delante de mí.

Esa noche aprendí, él me enseñó, que los monstruos no siempre son lo que parecen y que incluso en el oscuro corazón de las criaturas más despiadadas puedes encontrar un poco de humanidad.

Aprendí a no juzgarlos y desde entonces lo único que hago es intentar comprenderlos.

Por eso estudié Psicología del Crimen.

Por eso empecé a trabajar en la Unidad de Análisis de Conducta del FBI.

Por eso soy la persona que soy ahora, el péndulo que oscila entre la luz y la oscuridad.

Porque un gigante echó abajo la puerta de nuestra casa de una sola patada y mató a mi padre por motivos que todavía no tengo claros.

Él fue mi primer sujeto, mi pasión, mi cuenta pendiente, y me obsesioné tanto que su oscuridad acabó siendo la única luz que iluminaba mi vacío interior.

Cuanto más me afanaba por comprenderlo, más me empapaba en gasolina, y aquí estoy ahora, joder, ardiendo en llamas y no lo aguanto más.

Hundo la cabeza entre las manos y respiro por la boca porque las lágrimas que me ciegan me han taponado la nariz. Quiero que mi dolor acabe ya. Al menos por una noche. Que quede anestesiado, en segundo plano. Me da igual el precio.

—Freddy —musito, sin fuerzas, a punto de derrumbarme cuando alzo el rostro hacia el suyo, suplicante y vencida—. Ponme otra copa.

—Señora Williams…

—*Otra.* Y, cuando ya no pueda tenerme en pie, llamas a un taxi y le dices que me lleve a este sitio.

El barman comprueba con preocupación la tarjeta que le acabo de entregar.

—Señora, usted no está bien.

—Nunca lo he estado. Lo mataron, Freddy, y la pérdida de una vida humana siempre es terrible. Pero lo más terrible de todo es que, de haber seguido vivo, esa noche él nos habría matado a mi

madre y a mí, por eso yo estaba escondida debajo de la mesa y ella estaba arriba, en el desván, con el camisón manchado de sangre. *¿Dónde estás, conejito?*, refunfuñaba mientras me buscaba por toda la puta casa —murmuro, rompiéndome en pedazos por primera vez en más de veinte años.

No lo aguanto más...

Cierro los ojos y aprieto los párpados con fuerza, pero las lágrimas no se detienen en la barrera de mis pestañas cargadas de rímel. Se han vuelto imparables, y sus labios ya no están aquí para secarlas. Ni tampoco su mano.

—Señora Williams…

Niego con la cabeza, despacio.

—La gente nunca se para a escuchar las dos versiones —lo acallo, abriendo los ojos, hueca mi mirada, concentrada en el pasado, indiferente a las lágrimas que brillan en mis pómulos—. Si lo hicieran, lo comprenderían todo, pero ellos no quieren comprender. Solo quieren juzgar. Con sus mundos simplistas y sus putas leyes simplistas de mierda. Valores, falta de matices, moralidad, ética… Menuda sarta de gilipolleces. Estoy harta de todo.

Esbozo una sonrisa llena de desprecio al pensarlo. Las lágrimas se me juntan por debajo de la barbilla y caen sobre la única joya que llevo, aparte del anillo de compromiso y la alianza. Me pregunto si él se habrá quitado la suya a estas alturas. La última vez que lo vi aún la llevaba puesta.

—Señora…

—Lo juzgarán, Freddy —musito, mirándolo frenética, como si él pudiera arreglar algo, como si alguien fuera a tener tanto poder—, y lo encerrarán durante mucho tiempo porque es culpable. Y yo no podré hacer nada para evitarlo. Soy una agente del FBI. Y una agente del FBI no puede subir al estrado, mirar a los miembros del jurado a los ojos y decirles que todas esas víctimas merecían morir. Que, de haber seguido vivas, muchos inocentes habrían perecido por su culpa. Esa es la verdad, pero nadie quiere oír nunca la verdad. Desearía no haber abierto jamás la caja de Pandora, porque ahora mismo todas mis opciones son malas.

—Señora…

—Sírveme otra copa, Freddy. Aún me sujeto en pie. Y cambia la música, haz el favor. Esta es deprimente. Pon *Have You Ever Seen The Rain*. Es la canción más alegre que conozco. ¿No te lo parece?

Al final Freddy me complace porque en este sitio siempre complacen a los clientes, y yo me quedo en la barra, siguiendo el animado ritmo de la canción con la pierna derecha, pensando.

En nada.

En todo…

En su sonrisa cuando sus pies descalzos rozaron la arena caliente por primera vez en años.

En él, en mitad del océano, extendiendo los brazos hacia mí para infundirme la confianza que necesitaba antes de seguirle al abismo.

En cómo me besó bajo los fuegos artificiales ese cuatro de julio en el jardín de Ax.

Eres lo mejor que me ha pasado en toda mi vida, señorita Alexandra, eso fue lo que me dijo, cuando sus labios se detuvieron por fin sobre los míos*.*

Hay héroes que descarrían en la penumbra y villanos que de vez en cuando muestran algunos destellos de humanidad que te pillan desprevenida.

Y hay héroes que se enamoran de los villanos porque ven más allá de sus máscaras.

Cierro los ojos y aprieto los párpados con fuerza para contener el llanto.

Los Creedence Clearwater Revival nos preguntan si alguna vez hemos visto la lluvia caer en un día soleado y nada me gustaría más que ver esa puta lluvia ahora mismo.

Y que él estuviera a mi lado.

Él, no toda esta oscuridad ni este vacío que me acompañan vaya a donde vaya porque al fin y al cabo yo soy oscuridad y no puedes huir de algo que llevas dentro.

El juego ha terminado y hemos perdido todos. La Diosa Fortuna nos ha jodido bien jodidos esta vez.

—Freddy, ¿no tendrás un cigarrillo? Llevo mucho tiempo sin fumarme uno.

—Aquí no se puede fumar.

—Normas, normas y más normas. Cómo odio las putas normas. Me encantaría vivir en un mundo en el que reina la anarquía, sin normas ni ética ni brújulas morales, sin héroes ni villanos, sin lágrimas ni arrepentimientos. Caos absoluto. Efecto Pandora.

—He llamado a un taxi.

Una sonrisa de lado, irónica, empuja mis labios hacia la derecha.

—Vale. Pero, mientras esperamos, ponme la última.

—No. Se acabó. No voy a dejar que siga bebiendo.

—Freddy, sé razonable. Esto solo acaba cuando yo lo diga. Soy la reina del tablero, ¿no lo sabías?

—Está borracha.

—Y, sin embargo, lúcida. Ni siquiera se me permite el consuelo de un desmayo. ¿No te parece una crueldad?

—Son las tres de la mañana, señora Williams.

—El tiempo, a veces, no significa nada para mí —murmuro, antes de apoyar la frente contra la barra para que el mundo deje de dar tantas vueltas.

El bar está vacío, a excepción de Freddy y de mí.

Oigo a Dolly Parton suplicándole a Jolene que no le quite a su hombre porque nunca podrá volver a amar a nadie.

A Ash le encantaba esta canción. Nunca he sabido por qué. A veces la ponía y se quedaba muy quieto, con mirada perdida y un cigarrillo entre los labios, los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, absorto en la melodía…

He talks about you in his sleep
And there's nothing I can do to keep
From crying when he calls your name, Jolene…[8]

Brillante. Muy grande, Dolly Parton.

Capítulo 5

Silencio, cariño, no digas ni una palabra.
Mamá matará a todo el mundo por ti.
(Harley Quinn)

Seven

Andrei es bueno en lo que hace, pero no puedo concentrarme en nada de esto y, cuando suena mi móvil en la mesilla, es un alivio porque así podré quitarme a este tío de encima.

Lo agarro por el pelo, retiro su cabeza de entre mis piernas y me incorporo en la cama.

—No irás a atender una llamada ahora —me espeta, todo ofendido.

Le dedico una mirada torva.

—¿Es que aún no te había quedado claro que no iba a correrme, capullo? Diga.

—Seven, soy yo.

El alivio que siento al oír su voz es tan tremendo que cierro los ojos por unos segundos para poder recrearme en su tono rasposo.

Un segundo más tarde, llega la oleada de furia que arrasa con todo.

—¡Hijo de la gran puta! —estallo, sobresaltando a Andrei—. ¿Por qué cojones no me has llamado hasta ahora, cabronazo? ¿Tienes idea del estado de nervios en el que estoy?

Le oigo respirar fuerte al otro lado de la línea.

—Necesitaba tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para pensar. Quiero que hagas algo por mí.

—Me la cargaré con mucho gusto.

—Ni se te ocurra. Ella es mía, ¿me has oído? Que nadie en esta ciudad le toque un puto pelo. Estás a cargo de ella. Serás mis ojos

en la oscuridad mientras yo esté aquí, y te ocuparás de mantenerla a salvo.

—No me pidas eso, te lo suplico.

—No te lo estoy pidiendo. Es una orden.

—Ash…

—Ni Ash ni pollas. Escucha. No tengo mucho tiempo, así que presta atención a lo que voy a decirte. Quiero que vayas a la oficina y abras la caja fuerte de mi despacho. ¿Recuerdas la combinación?

—La fecha de cumpleaños de tu madre.

—¿Que es…?

Pongo los ojos en blanco, me vuelvo de espaldas a Andrei y susurro:

—Cinco de julio del sesenta y dos.

—Bien. Dentro de la caja fuerte, hay un móvil de prepago. Ve a llamadas recientes. Solo hay un número. Márcalo y dile a esa persona que el FBI me ha detenido.

—Ash, ¿de qué va todo esto?

—Haz lo que te pido, Seven. Cuando te vea, te lo explicaré todo. Ahora no tengo tiempo. Deja lo que sea que estés haciendo y haz esa puta llamada ya. Es un asunto de vida o muerte.

—Está bien.

Me cuelga y yo me deshago en un suspiro y hundo la cabeza entre las manos.

—¿Seguimos, princesa?

Me vuelvo hacia Andrei, que sigue en mi cama, desnudo y empalmado. Niego sin dar crédito.

—¿Es que tu *mamushka* te echaba vodka en el biberón, o qué pasa contigo?

—La *mamushka* es una *matrioshka*. Una muñeca —explica al ver mis dos cejas enarcadas.

—¡Me suda el coño! ¡Largo de aquí! Tengo trabajo que hacer.

Se levanta de la cama, furioso, y empieza a vestirse.

—Increíble. No sé por qué cojones te aguanto.

—Porque te la pongo dura.

Se detiene por un momento, nada más meterse por la cabeza el cuello de su camiseta negra de tío chungo, y sus ojos verdes buscan

los míos. Estoy vistiéndome delante del espejo.

—Eres muy desagradable.

—¿Te doy un abrazo para que así te vayas más tranquilo? —me burlo mientras me cierro el sujetador en la espalda.

—Que te den.

Me echo a reír entre dientes cuando oigo el portazo que pega.

Abro la mesilla, cojo mi pistola favorita y me la guardo debajo de la cintura de los vaqueros negros que acabo de ponerme.

Me da igual lo que diga Ash. Encontraré a esa zorra y tendremos una pequeña charlita.

Y mira que empezaba a caerme bien, la hija-puta…

*****

—Está en un hotel del centro.

Miro a Kevin con las cejas en alto. Le he pedido que me la localice y ha tardado un nanosegundo porque la muy tarada ni siquiera se ha tomado la molestia de cambiar de móvil.

—Bromeas, ¿verdad?

—*Nop*. ¿Ves este puntito en el mapa? Pues es ella.

Tócate los cojones. A lo mejor la placa del FBI la hace sentirse intocable. Le mostraré lo equivocada que está.

—Gracias, K. Te debo una.

Kevin se vuelve con la silla y me evalúa con suspicacia.

—¿Qué tramas?

Lo despeino, pero se aparta porque no le gusta que haga eso. Desde que era pequeño, odiaba que le tocara el pelo. Yo le decía: ¡pero si es tan holandés como su papá!, y él forcejeaba, gruñía y mordía. Como su papá…

—Eres muy listo para tener solo dieciséis años.

—Y tú eres muy mayor para seguir mintiéndome —repone, el muy gamberro.

—Mayor será tu abuela, mocoso —digo, acercando la mano a su pelo otra vez, aunque en esta ocasión consigue apartarse a tiempo—. Despídeme de tu padre, ¿quieres?

—Está atrás, en el cobertizo. Despídete tú misma.

—¡Holandés! —grito, sacando la cabeza por la puerta de la cocina—. ¡Me largo!

—Espera, rubia. —Le oigo soltar al suelo algo metálico y luego aparece en el jardín, descamisado y con las manos manchadas de aceite de motor, que el muy guarro se limpia encima de los vaqueros.

—¿Qué haces? ¿Se te ha jodido la moto?

—El coche.

—¿Y lo estás arreglando tú? ¿Por qué no lo llevas a un taller?

—Porque la mecánica me relaja. ¿Cómo está el jefe?

Me encojo de hombros, miro la expresión preocupada que hay en su rostro y luego niego y me deshago en un suspiro.

—No te lo sé decir, tío. Hemos hablado muy poco. Parecía estar bien. Ya sabes cómo es Ash. Peor que las cucarachas. Le arrancan la cabeza y el muy cabrón sigue vivo.

Aunque no sé si podrá vivir sin corazón…

—Pinta mal, ¿no? O sea, es el FBI. Eso siempre es malo.

—Sí…

No le cuento lo de la llamada porque es algo entre Ash y yo, y tampoco sé qué significa, de todos modos. Hice la llamada, contestó un tío, le dije que Ash había sido detenido por el FBI y él me colgó.

¿De qué va todo esto? Ni idea.

—Bueno, tengo que irme.

—Vale. Mantenme informado.

—Lo haré.

*****

Pregunto por ella en recepción, pero no me facilitan ninguna información al respeto.

No podemos desvelar datos confidenciales sobre nuestros huéspedes. Mimimi. ¿Qué te apuestas a que, si les apuntas con un arma, se olvidan de sus reglas absurdas?

Estoy a punto de hacerlo, cuando se abre la puerta del bar y ahí está ella, tan tranquila, con una copa delante.

—No se preocupe, lo entiendo —le digo a la recepcionista, cambiando mi mueca hosca por una sonrisa cómplice—. La confidencialidad es importante en este negocio. Gracias de todos modos.

De verdad que no cuesta nada ser amable.

Solo hay que ver su sonrisa agradecida… Menuda gilipollas.

Entro en el bar, me siento en un reservado y la observo con aplomo, como hay que hacer con las presas, siempre has de estudiarlas bien antes de encañonarlas.

—¿Desea tomar algo?

—Claro —le respondo al camarero sin perderla de vista—. Vodka.

¿Qué cojones pretende? Está como ausente, con la guardia baja, como si no le importara. Debe de saber que su vida corre peligro y, aun así, no parece preocupada por resguardarse las espaldas.

Bueno, ya vale de gilipolleces.

Me trinco el vodka, dejo dinero sobre la mesa y me levanto del sofá.

Me saco la Sig Sauer con disimulo, ocultándola bajo la manga de mi chaqueta de cuero, echo a andar hacia la barra, donde permanece sentada, tan absorta que no presta la menor atención al entorno, y le clavo el cañón en la espalda. *Hola, cariñito.*

—Dame un buen motivo para no apretar el puto gatillo.

—Seven —saluda, como si llevara mucho tiempo esperando este momento; preparándose para nuestro enfrentamiento—. Suelta la pistola.

—¿Por qué iba a hacerlo?

La escruto a través del espejo. Qué calmada está. Y borracha. ¿Irá armada?

¿Y qué más da? La primera en sacar un arma he sido yo. Es algo que aprendí de Ash hace mucho tiempo: *cárgatelos a todos antes de que ellos tengan la oportunidad de matarte a ti. Y ten en cuenta que lo harán sin que les tiemble el pulso.*

Me mide con la mirada mientras, parsimoniosa, toma otro trago. Esperaba encontrármela un poco más satisfecha de sí misma. Me sorprende que no sea así. Su mirada no es la de una persona que ha ganado.

Más bien todo lo contrario. Tiene los ojos brillantes, casi con lágrimas, y no creo que sea porque yo la esté apuntando con la Sig Sauer.

Tengo la sensación de que, en este momento, a esta cabrona le da lo mismo vivir que morir. Cuando la gente le tiene miedo a la muerte, tú lo notas. El miedo es algo que se huele. En ella no hay ni rastro. Es como Ash. Miran a la Muerte de frente y le dicen*: ven a por mí, zorra*. *Si te atreves, claro.*

Y de alguna forma se las arreglan para seguir con vida. Él dice que es cosa de la suerte. Puede que lo sea; puede que alguien ahí arriba lo proteja.

—Porque, según yo lo veo, todas tus opciones son malas —me responde al cabo de un rato.

—¿De veras? —Sonrío y presiono el arma contra sus costillas con más saña—. ¿Cómo es eso?

—Si Ash me quiere muerta, querrá hacerlo con sus propias manos y te odiará por haberle arrebatado el placer. Y si por una casualidad muy remota me quisiera viva y tú me mataras hoy, sabes que no te lo perdonaría jamás. Así que, hagas lo que hagas, lo perderías. La única forma de que salgas bien parada es que sueltes la puñetera pistola y te vayas a tomar por culo, joder.

Me fastidia un huevo que tenga razón.

¡Mierda, joder, me cago en la hostia! ¡No puedo cargármela! Supongo que he venido hasta aquí solo para preguntarle por qué.

—Hija de puta. ¿Cómo has podido hacerle esto?

Me mira largo rato, y al final me dice:

—No tenía elección.

Gruño hacia mis adentros, me guardo la Sig Sauer tras la cintura de los pantalones y me largo sin decirle nada más.

Sin gritarle: ¡claro que la tenías! ¡Haberle elegido a él porque Ash siempre te habría elegido a ti! ¡Incluso ahora! ¡Le jodiste y lo primero que dijo fue que no te tocara un puto pelo!

Y, si yo te matara, cosa que, no te engañes, me encantaría hacer, me encantaría joder esta cara bonita tuya que me saca de mis putas casillas, él nunca me lo perdonaría porque te quiere y la idea de tú mueras lo mataría de formas que yo ni siquiera podría comprender.

Y por eso, hija de puta, SOLO por eso, dejaré que sigas respirando, joder.

Y no te lo pierdas, *bomboncito.*

Encima, me quedaré ahí fuera para asegurarme de que ningún otro capullo te pegue un tiro cuando salgas tambaleándote por la puerta, borracha como una cuba. Seré sus ojos en la oscuridad y te protegeré como lo haría él mismo.

Y eso me pone tan histérica, joder, que me dan ganas de chillar y descargar la Sig Sauer contra la cúpula de este puto recibidor hasta hacerla añicos.

Cruzo enfurecida la puerta mecánica, me siento en la moto y espero a que la damisela deje de empinar el codo ahí dentro.

Mientras tanto, será mejor que llame a Andrei y haga las paces con él. Esta mañana fui un poco cabrona.

Un poco más de lo habitual, quiero decir.

No me gustaría perder a más gente. Me estoy quedando sola. Primero Colin, luego Julian y ahora Ash. Éramos inseparables, una familia. Ya no queda nada de eso.

Apretando la mandíbula, intento ahogar las voces que no quiero escuchar ahora mismo, aquellas que me dicen que estoy sola, que no puedo confiar en nadie ni bajar la guardia ni por un solo segundo, porque nunca sabes cuándo vendrá alguien a poner una Sig Sauer contra tus costillas.

Y, para ser honesta, a mí no se me ocurre ningún buen argumento para que esa persona no apriete el gatillo.

Capítulo 6

Cien sospechas no son una prueba.
(Fyodor Dostoievski)

Ash

A juzgar por la cara de funeral de Clark, diría que ha estallado la bomba.

—Acaban de llamar de Washington.

—No me mires así, agente. Ya te advertí de que volverías a quedar como un gilipollas.

Lo oigo gruñir mientras, de pie delante de mí, aprieta las mandíbulas con rabia.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Tuerzo la boca con indiferencia.

—No quería aguarte la sorpresa. Además, ¿me habrías creído de habértelo contado?

Se desploma en la silla, resoplando con hartazgo.

—Llevo detrás de ti la mitad de mi carrera. ¿Y ahora qué?

Me encojo de hombros.

—Si te sirve de consuelo, Clark, yo no llevo tanto tiempo en esto. Solo los últimos diez años. De modo que los primeros diez no los has malgastado. Aunque tampoco me has atrapado, así que, en cierto modo, supongo que sí que los has malgastado. ¿Qué quieres que te diga? La vida nunca resulta ser lo que esperabas que fuera.

Cabecea con pesar.

—¿Tienes idea de la cantidad de recursos que se han desperdiciado con esta operación?

—Pásame la factura. Como bien dijiste, soy asquerosamente rico.

—Qué gracia. Lárgate, joder. La puerta está abierta —me dice, mirando hacia otro lado solo para no tener que verme salir de aquí

como un hombre libre.

—Bueno… Ha sido un placer. La próxima, en mi casa.

La expresión avinagrada que me dedica me hace reír.

Me levanto de la silla, me peino con los diez dedos porque uno no debe salir de la cárcel con aspecto desaliñado y me lo quedo mirando largo rato.

El gran agente Montgomery Clark, un grano en mi culo durante casi veinte años. O puede que alguno más.

Hoy parece derrotado. Empiezan a pesarle la placa y las responsabilidades.

—Clark.

Tarda unos segundos en concederme el gusto de mirarme a la cara.

—¿Qué?

—No era personal. Solo negocios.

Me enseña el dedo corazón y yo sonrío para mí, le doy dos palmaditas de ánimo en el hombro y salgo de la sala de interrogatorios como un hombre libre al que no se le puede imputar ninguno de los cargos leídos con tanta profesionalidad por la agente Cooper.

¿Recordáis lo que os dije cuando nos conocimos? ¿Lo que diferencia a un rey de un matón cualquiera es lo alto que llega su influencia? También, pero me refería a lo otro.

La banca *siempre* gana.

Y, por si se os ha olvidado, cabrones, la puta banca SOY YO.

Así que a mamarla.

Admito que siempre he disfrutado siendo el más listo, jugando con las autoridades, adelantándome a sus operaciones y a sus trampas, guardándome el as en la manga porque me encantan los golpes de efecto.

Hoy, sin embargo, no siento la menor satisfacción. Porque, para fastidiar a Clark, he tenido que perderlo todo. Y eso duele, joder.

Recupero mi reloj y las demás cosas que llevaba en los bolsillos la noche que me detuvieron y salgo a la calle en busca de un taxi.

Podría haber llamado a cualquiera para que me llevara a casa, pero necesito estar un rato a solas para pensar en qué voy a

contarles y qué no.

Una cosa está clara: la verdad no va a ser porque, sin duda, la verdad es lo único que *no* puedo contarles.

*****

El cristal que rompieron los federales está intacto, sospecho que por cortesía de Seven. Los añicos han sido recogidos, alguien se ha esmerado mucho con la aspiradora.

Sus cosas siguen aquí. Su ropa, en el vestidor. Sus cremas y maquillajes, en el baño.

Todo igual, menos la foto de mi mesilla, que ha desaparecido como por arte de magia.

De pie en nuestro dormitorio, cierro los ojos durante un momento y contraigo la mandíbula hasta que las pulsaciones frenéticas que laten en mis sientes se ralentizan un poco.

—Tranquilo, Ash. No vaya a ser que te dé un puto infarto. Ya no eres ningún chaval.

Gruño y doblo el cuello hacia ambos lados para liberar algo de tensión.

Será mejor que me dé una ducha larga para quitarme de encima el tufo a prisión. Menos mal que Clark no montó esta operación hace diez años. En ese caso, hubiera estado muy jodido.

Claro que hace diez años yo no era tan importante como ahora. Los federales solo andaban detrás de mí para que delatara a Emilio.

Mamones… Ni que fuera yo un jodido soplón.

Abro la ducha y, sin esperar a que se caliente el agua, me quito la ropa, me meto dentro y coloco el grifo a presión máxima.

Qué putas setenta y dos horas llevo. He pasado por todos los sentimientos habidos y por haber.

He afrontado que mi mujer ha muerto y que, en su lugar, hay una desconocida de la que no sé nada en absoluto. Ni siquiera su maldito nombre.

He afrontado que nada volverá a ser nunca igual.

También he comprendido que ninguna de las cosas que daba por sentadas era real.

¿Y ahora qué coño se supone que tengo que hacer con esta información? Durante toda mi vida he eliminado a mis enemigos uno a uno. Pero, a ella…

Joder.

La simple idea de poner una pistola contra su nuca me resulta no solo insoportable, sino completamente suicida.

«La que me has liado, Bambi. A ver cómo cojones explico yo ahora que sigas respirando cuando todo el mundo sabe que en los bajos fondos la traición se paga con sangre».

*****

Nada más salir de la ducha, recupero la única pistola de la casa que los federales no han sido capaces de requisar porque estaba tan bien escondida que he tenido que joder una pared de pladur para sacarla de ahí, me sirvo una copa de Macallan y me siento en el sofá, en absoluto silencio y absoluta oscuridad, intentando averiguar cómo voy a solucionar este desastre.

Me enciendo un cigarro, el primero hoy dado que en la cárcel me quedé sin tabaco y Clark se negó a comprarme un paquete de Lucky Strike, el muy soplapollas, y lo saboreo con ganas.

Un poco más aplacado después de fumármelo, apuro la copa y enseguida me sirvo otra. Acto seguido, se me ocurre la pésima idea de poner el video de nuestra boda.

No sé qué estoy buscando. ¿Indicios de que me estaba mintiendo? ¿De que todo era una farsa? ¿De que tenía que haberlo visto venir?

Aquí no hay nada de eso. Parece bastante real. Su sonrisa es auténtica, y el brillo de sus ojos se le semeja bastante a la emoción y al amor.

Así que no me entra en la puta cabeza POR QUÉ cojones me vendió. Se lo di todo.

—Por qué coño lo has hecho, ¿eh? —murmuro, envuelto en una densa nube de humo. Voy ya por el tercer cigarrillo y seguro que ese es el único motivo por el cual noto que me escuecen un poco los ojos.

Ella, desde la tele, me sostiene la mirada mientras me dice, toda nerviosa:

—*Yo, Alexandra, te tomo a ti, Ash…*

Espero a que terminen sus votos. Luego agarro el mando a distancia y hago retroceder el video.

—*Yo, Ash, te tomo a ti, Alexandra…*

Cierro los ojos y me quedo muy quieto, escuchando mi sosegada voz y preguntándome cómo he podido ser tan gilipollas.

Cuando concluye la parte de las promesas eternas que se fueron a la mierda al cabo de solo un año, vuelvo a presionar el botón para retroceder el video. Sigo sin entenderlo. Es que no me entra en la puta cabeza.

—*Yo, Alexandra, te tomo a ti, Ash… Prometo estar a tu lado…*

—No jodas.

Me sirvo otra copa, sigo mirando la ceremonia y al final acabo tan harto de escuchar esta sarta de mentiras que cojo la pistola que hay sobre la mesa y le pego tres tiros a la puta tele.

A tomar por culo ya, joder.

No lo comprendo y, por mucho que mire esta mierda, no lo haré.

Me levanto del sofá, me paso los dedos por el pelo para calmarme y agarro las llaves del coche de camino a la puerta. Estoy seguro de que Julian, ahora mismo, estará en el más allá, con los ojos en blanco, diciendo *mira que se lo dije al puto gilipollas*. *¡Hace tres minutos que la conoces! ¡No metas la mano en el fuego por ella, tío!*

Y cierto es que me lo advirtió. Lástima que yo pensara con la polla en esa época.

Capítulo 7

Al destapar la voz largamente muda del pasado, estaba abriendo una puerta que quizá debería haber permanecido cerrada.
Una caja de Pandora…
(Katherine Neville)

Alexandra

Por Dios bendito. Dieciséis llamadas perdidas de Murkowski. Ni que se hubiera hundido el mundo.

Me enrollo una toalla alrededor del cuerpo y apago la pantalla del móvil. Ya lo llamaré. Primero quiero secarme el pelo.

Tengo una resaca de campeonato. Llevo todo el santo día durmiendo y ahora me he dado una ducha fría con la esperanza de quitarme de encima la peste a alcohol y el malestar, pero me parece que voy a tener que beberme una botellita del vodka del minibar para volver a estar bien, porque la ducha no ha conseguido obrar milagros.

Agarro la toalla del tocador, me froto bien el pelo para quitarle humedad, y después me paso un disco empapado en agua micelar por toda la cara porque, evidentemente, anoche no me desmaquillé. Me desplomé bocabajo en la cama, vestida y todo, y desde entonces llevo durmiendo la mona.

Necesito unos huevos fritos con bacón.

Abro la crema corporal que compré el otro día en la farmacia y que todavía está sin estrenar, la extiendo por toda mi piel y, mientras se seca, me aplico la hidratante por la cara y me lavo los dientes.

El teléfono vuelve a sonar.

—Hay que joderse. —Lo agarro de encima de la cisterna, antes de que se caiga al váter con tanta vibración, y descuelgo con

malhumor—. ¡¿Qué?! Más vale que sea importante. Me pillas ocupada.

—Lo han soltado. No sé dónde estás, pero, créeme, no estás a salvo ahora mismo.

Me quedo helada, tensos los dedos alrededor del móvil.

—¿Qué? ¿Cómo que *lo han soltado*? No es posible.

—Te lo digo en serio, Cooper. Lleva en libertad desde esta tarde. ¿Dónde cojones estabas? Hace horas que intento localizarte.

—Pues, yo… Espera un momento. Esto no puede estar pasando. ¿Me estás diciendo en serio que Clark, con todas las pruebas que le entregué, lo ha puesto en libertad?

—Sí.

—¡¿Por qué?!

—No me lo ha querido decir. ¡¿Qué más da, Cooper?! Sal de la ciudad antes de que te encuentre.

Un ruido en la habitación contigua me hace tensar la columna vertebral.

—Tengo que dejarte, Tommy.

—Espera. Puedo…

Cuelgo y observo la puerta con ojos inertes.

Si está aquí, ¿por qué no ha entrado? ¿Por qué no pegarme un tiro en la ducha? Esa sí que sería una ejecución limpia...

Es todo tan surrealista que incluso me hace gracia la broma y termino riéndome. Debo de estar hecha un manojo de nervios. La risa suena histérica, como cuando alguien está a punto de quebrarse.

Hay que joderse con Ash.

Me acerco de nuevo al lavabo y analizo en el espejo el reflejo de mi rostro, limpio de cualquier artificio.

Al principio, solo veo lo evidente. Huesos. Piel. Rasgos.

La boca decidida, los iris de color ámbar. Mis dos mejores atributos, los únicos que destacan en una cara simétrica, de pómulos altos y cejas marrones.

Después, me fijo en todo lo demás. En los ojos, que parecen un abismo sin fondo. En los secretos. En el miedo.

Sí, miedo, a pesar de todo. Hay miedo en todas partes. En cada gesto. En cada maldito parpadeo.

Aunque no me preocupa. El miedo solo es un estado de la mente. No puede controlarte si eres tú quien lo controla a él. Lo aprendí hace mucho.

Sé cómo despojarme de todo. Cómo mantener la calma. Cómo controlar la situación.

Extiendo el brazo hacia la camisa que dejé encima del radiador antes de meterme en la ducha. La robé de su casa, es suya.

Pues es lo que hay. No tengo más ropa aquí dentro, así que, o salgo con su camisa o salgo en pelotas, y la idea de que mis compañeros merodeen a mi alrededor para sacar fotos de mi cadáver desnudo no me entusiasma demasiado.

Bloqueando el pensamiento, me cierro los botones deprisa, con dedos hábiles. También me pongo unas sencillas bragas de algodón. Es todo lo que me he traído al baño. No esperaba visitas.

Vuelvo a comprobar mi aspecto en el espejo.

Lista, supongo.

En el último momento decido quitarme el medallón que cuelga de mi cuello y guardarlo en el bolsillo de la camisa. No quiero que se me rompa con el forcejeo.

Si es que vamos a forcejear…

Pertenezco a esa categoría de personas que esperan lo mejor y se preparan para lo peor.

Allá vamos.

Abro la puerta con ímpetu, para que se me oiga. Hay una parte de la habitación que no puedo ver desde aquí por culpa de una columna. He alquilado un apartahotel, de modo que dispongo de dos habitáculos en realidad, una especie de salón cocina y un dormitorio. Puede que esté esperándome en la habitación.

Peino el salón con la mirada en busca de armas. No veo nada, y no voy a molestarme en revolver los cajones porque sé de buena tinta que ahí no voy a encontrar ningún cuchillo en condiciones. Solo hay dos, de esos sin punta, que sirven para untar mantequilla. Mejor ir desarmada que apuntarlo con esa ridiculez.

—¿Ash? ¿Estás ahí, cielo?

Nada.

Puede que me esté volviendo paranoica sin ningún motivo.

Cojo aire en los pulmones y decido registrar el dormitorio. ¿Dejé las cortinas echadas? No lo recuerdo.

—Siempre me he preguntado por qué estabas conmigo —restalla su voz en la penumbra.

Vaya, vaya, vaya. Ahí está mi galante y apuesto marido, sentado en la butaca, apuntándome con una pistola.

Suelto el aire muy despacio, vencida, como un general que ha decidido no luchar más porque ya no cree en la causa y le parece absurdo morir por algo que no le importa, y desde el vano de la puerta lo observo con tranquilidad.

Durante unos lentos segundos, el mundo se paraliza, y solo soy consciente del delirante latido de mi corazón y de su magnética presencia.

Me he estado preparando mucho para este momento. Llevo bastante tiempo haciéndolo, años enteros, y he de decir que, ahora que ha llegado, no es para tanto.

—¿Y qué creías? —respondo, cuando por fin consigo que la lengua se me despegue del paladar—. ¿Que tengo el listón bajo?

Su rostro no se mueve, aunque juraría haber percibido la sombra de una leve sonrisa en las comisuras de sus labios.

Me hace un gesto con la pistola para indicarme que me siente en la cama. Elijo no moverme, aguantarle la mirada desde la puerta.

—Siéntate, cariño —insiste, exasperado por mi terquedad—. Tenemos que hablar.

—Parecemos el señor y la señora Smith.

—Pues no te molestes en buscar tu pistola. La tengo yo. ¿Duermes con un arma bajo la almohada, eh…? Perdona, me acabo de dar cuenta de que no sé tú nombre, cielo. ¿Cómo te llamas, a todo esto?

—Dejemos algo para nuestro próximo encuentro.

Esta vez, la sonrisa es más que evidente en sus labios. Sus dientes blancos destacan en la penumbra. Noto que lleva varios días sin afeitarse y de que desprende una energía tan primitiva y un

peligro tan tangible que el aire de esta habitación se ha vuelto eléctrico.

—¿Ya has tallado la bala con mi nombre? —vuelvo a decir al cabo de un rato, puesto que él se ha quedado en silencio y lo único que hace es pasear la mirada por mi cuerpo con languidez. Acaba de darse cuenta de que la camisa que llevo es suya. Habría que añadir ladrona a la larga lista de delitos que se me imputan.

—La bala con tu nombre —repite, y luego sonríe para sí, como si se tratara de algún chiste privado que solo a él podría hacerle gracia—. Dime una cosa, Alexandra. Te llamaré así hasta que averigüe tu verdadero nombre, si te parece bien.

—Me lo parece —concedo, con una pequeña sonrisa arrugándome las comisuras de la boca.

—Dime cómo es que no lo vi venir.

Me encojo de hombros.

—¿Y yo qué sé? Supongo que estabas tan ocupado cazándome que no te diste cuenta de que la cazadora era yo.

Asiente despacio, un poco fastidiado.

—Cierto. He estado pensando con la polla.

—Me ofendes, cielo. Creía que era con el corazón.

Una sonrisa de lado aparece en su apuesto rostro.

—No quería comportarme como un cualquiera contigo, así que procuré que fuera con el corazón, pero, ahora que lo analizo con más detenimiento, te diría que era más bien con la polla.

Trago saliva mientras le sostengo la mirada, empleando una intensidad similar a la de los iris fluorescentes que se aferran a los míos desde el otro lado de la habitación.

—¿Cómo es posible que te hayan soltado, Ash?

—Me guardaba un as bajo la manga.

—¿A quién has chantajeado?

Le oigo soltar una risa rasposa. Procuro bloquear los recuentos que algo tan simple despierta en mi interior y aguardo, paciente, casi relajada, su respuesta.

—¿Crees que es mi *modus operandi*?

—Por supuesto. Habrás agotado las opciones de algún pobre infeliz. Político, juez… ¿Qué tienes en su contra? Debe de ser algo

muy gordo. Y, sin duda, se trata de una persona muy influyente si ha conseguido que el mismísimo FBI te suelte sin presentar cargos, a pesar de las innegables pruebas que les entregué.

Contrae la mandíbula.

—Siempre tantas preguntas, cielo. Ahora ya sé por qué.

—A veces solo era curiosidad.

Baja la cabeza y asiente despacio, y a mí me parece más triste y más roto que nunca y solo quiero abrazarme a su cuello y decirle que lo siento y que todo se arreglará.

—Creía que me amabas —musita, tan bajo que apenas le escucho.

—Te amo.

Levanta la mirada hacia la mía y sacude la cabeza con pesadumbre.

—No, qué va. Cuando amas a alguien, no se lo entregas al puto FBI. Me has traicionado, Alexandra, y no hay vuelta atrás. Has puesto en marcha un mecanismo que ya ni siquiera yo puedo controlar a estas alturas. *Me has jodido, cielo* —subraya muy despacio, para que se me grabe bien en la cabeza—*.* Me has jodido para rato. ¿Tienes idea de en qué punto estoy ahora? Nadie se creerá que controlo la ciudad cuando es evidente que no soy capaz ni de controlar a mi puta mujer.

—Pues pégame un tiro para dar ejemplo.

—Pegarte un tiro —repite, con una especie de risa incrédula—. Qué fácil es todo en tu jodido mundo, cariño, ¿no?

—¡¿Fácil?! —repongo, con la furia y la perplejidad impresas en mi delirante mirada—. ¡¿Crees que ha sido fácil para mí llegar a este punto, Ash?! ¡¿Es que no te enteras, joder, de que no me has dejado elección?! ¿Por qué no podías cumplir la maldita promesa que me hiciste?

—¿Y qué hay de tus promesas, eh, agente Cooper? Hoy vi el video de nuestra boda, así que lo tengo todo muy reciente. Sobre todo, la parte en la que me prometías quererme hasta que la muerte nos separe.

—Y te querré hasta que la muerte nos separe.

—Ahorra saliva. Ya no me creo una puta palabra que salga de tu boca.

—Bien. Pues, hala, pégame el tiro que has venido a pegarme y acabemos con esto de una puta vez.

Se pasa las dos manos por el pelo, incluso la que sostiene mi pistola, y le oigo resoplar.

Pasa una eternidad hasta que vuelve a hablarme.

—Te traigo un regalo. —Se levanta de la silla y se acerca a mí despacio. Siento el impulso de retroceder, pero me obligo a mantenerme firme y a seguir mirándolo a la cara, a pesar de que la habitación esté encogiendo peligrosamente conforme su intimidante figura devora todo el espacio.

Busca algo en el bolsillo, una hoja de papel, y me la alarga. Un brillo de duda se enciende en mi mirada.

—¿Qué es esto?

—Un billete de ida a Los Ángeles. Tu trabajo aquí ha terminado, agente.

Mantengo los ojos clavados en los suyos mientras hago pedazos el papel y lo tiro al suelo.

—¿Lo captas? No voy a irme, Ash.

—Te estoy dando ventaja, coño. Aprovéchala.

—No. Si me quieres fuera de la ecuación, ya sabes lo que tienes que hacer. Aprieta… el puto… gatillo, cielo —le digo lentamente.

Me coge por el cuello, acerca mi boca a la suya y la corriente eléctrica que daba vueltas por la habitación estalla y se convierte en chispas a nuestro alrededor. Las puntas de sus dedos se clavan con firmeza en mi mandíbula.

—¿Por qué tienes que estar desafiándome siempre, joder?

—Soy la horma de tu zapato. Tú mismo lo dijiste. El viento que aviva la tormenta.

—¿Qué pretendes? —murmura, con sus iris azules buscando frenéticos respuestas en mi rostro compacto.

—Llevo toda la vida huyendo y escondiéndome. No voy a hacerlo más.

—¿De qué hablas?

—¿Qué más da? —Levanto los brazos, cojo su cabeza entre las palmas, y ahora estamos nariz contra nariz, mirándonos de lleno a los ojos—. ¿Te acuerdas de lo que te dije el día de nuestra boda?

—¿A cuál de la sarta de mentiras que soltaste ese día te refieres, cariño?

Sonrío y enfoco sus labios cuestión de unos segundos. Podría besarle si quisiera, pero no estoy segura de que él vaya a besarme a mí ahora mismo.

—Te pedí que, si alguna vez experimentabas dudas, si nuestro matrimonio se volvía difícil o imposible, regresaras a ese día y me vieras delante de ti tal y como estaba, con mi vestido de novia y la voz temblorosa de emoción, diciéndote que te quería. Y te pedí que recordaras entonces que iba en serio.

La vulnerabilidad que encuentro en lo más profundo de sus iris me quita el aliento. Cuando se muestra vulnerable, pierdo la cabeza por él.

—Ya no importa a estas alturas —murmura agotado, casi con un hilo de voz, incluso más ronca que de costumbre, más suave y mucho más enloquecedora.

—¡Claro que importa! —repongo, con una nota desesperada colándose a través de mi tajante afirmación—. ¡Lo había dejado *todo* por ti! La última vez que pasé información al FBI fue el día que mataron a Julian. Después de eso, yo cumplí absolutamente todas las promesas que te hice, Ash. Hasta que comprendí que pretendías cargarte a un senador de los Estados Unidos de América. ¡Te habrían juzgado por terrorismo!, ¿lo entiendes? ¿Tienes idea de lo que significa que te juzguen por terrorismo en este país?

—¿Que si tengo idea de…? Manda cojones. —Su mano se tensa en mi cuello y sus ojos se vuelven de pronto fríos e implacables—. Déjame que te diga cómo habría acabado la puta historia si me hubieras dado un voto de confianza, cielo. Me lo habría cargado, claro que sí, y no habría pasado nada en absoluto. Jamás me habrían pillado. Nadie me habría señalado con el dedo.

—Eso no lo sabes.

—¡Por supuesto que lo sé! ¡Es a lo que me dedico, joder! Trabajo en el puto departamento de limpieza, Alexandra. Hago de este

mundo un lugar mejor.

—Tiene gracia que te lo creas.

Me suelta, retrocede unos pasos y niega para sí.

—Lo que tiene gracia es que te haya creído a ti cada vez que me mentías.

—Yo te dije la verdad siempre.

—No jodas. ¿Sí? La verdad. Tú no tienes ni puta idea de lo que es la verdad, cielo.

—Anda, no me digas. ¿Y tú sí, Ash? Tú siempre me has contado la verdad, ¿no? Hablemos de Nikki, ya que tan transparente eres.

—¿De Nikki? —repone, con la cara arrugada en un gesto de perplejidad—. ¿Qué coño le importa al FBI una chica que lleva media vida muerta?

—Al FBI le da lo mismo. Me importa a mí. ¿Una larga enfermedad de la infancia? Eso no consta en ninguna parte.

—¿Lo investigaste?

Parece divertirle el asunto.

—Por supuesto. Es mi trabajo. Y tú me obsesionas, así que siempre he querido saberlo todo sobre ti. Resolver el enigma. Los acertijos. Juntar el puzle. Pero la ecuación Nikki se me resiste todavía. Es un cabo suelto que no consigo encajar en ninguna parte. ¿Qué pasó, hm? Dime, ¿te la cargaste? ¿Hay algún saquito con sus huesos enterrado en alguna de tus innumerables propiedades? No creo que te deshicieras de ella. A ti te gustan los trofeos.

Se echa a reír a carcajadas, si bien ahora no parece divertido. Solo incrédulo, y también decepcionado conmigo por creerle capaz de algo tan monstruoso.

—Estás enferma, joder. ¿Tú te escuchas alguna vez cuando hablas? ¿Qué hay en esta cabecita, eh?

Me aparto de los dos dedos que golpean contra mi cráneo, empujo su pecho hacia atrás con las palmas y de paso lo fulmino con la mirada.

—Pues dime qué pasó.

Se guarda mi pistola en la espalda, por debajo de la cintura de los pantalones, y sonríe con sorna.

—Que te den, agente. Cuéntame tú por qué estás tan obsesionada conmigo, joder. Venga. Y no me digas que era tu trabajo, que no me lo trago. Dudo de que tu jefe, el *honorable* agente Clark, te pidiera que me chupases la polla a cambio de información. Y, por cierto, deberías saber que usar el sexo como moneda de cambio tiene un nombre, Alexandra.

—¿Me estás llamando puta?

—Supongo que no, porque llamarte puta a ti sería un insulto hacia una comunidad de mujeres que se ganan la vida como buenamente pueden, la mayoría obligadas por alguien o por las circunstancias, mientras que tú me la has chupado porque te salió del coño, cielo.

No lo abofeteo de milagro.

—Me está faltando el respeto, señor Williams —advierto con rabia helada—. Empiezo a cabrearme.

—No me digas. Pues dime por qué lo hiciste. Vamos, agente. Te enseñaré mis sombras si tú me enseñas las tuyas.

—Muy bien. Un trato justo. Vayamos al salón para charlar.

Se me acerca peligrosamente, hasta que acabo atrapada entre su fornido pecho y la pared, sin ninguna posibilidad de apartarme de él.

—¿Y eso por qué? —murmura casi encima de mis labios, consciente de que empiezo a ahogarme con tanto magnetismo—. ¿Te pone nerviosa tenerme en tu dormitorio?

Uso las dos manos para empujarlo de nuevo hacia atrás, pero esta vez no consigo moverlo ni un solo centímetro, lo cual le arranca una sonrisa socarrona.

—Necesito beber algo —le digo, con una voz temblorosa que no suena como la mía—. Ahora que ha quedado claro que no vas a matarme, será mejor que tomemos una copa.

Presiona dos dedos contra mi cuello y sigue sondeando mi mirada.

—Tienes el pulso disparado.

—Me das miedo.

—¿Ah, sí? Qué curioso. Y por qué no has salido corriendo, ¿eh?

—No me ha dado tiempo.

—¿Y cuándo te di el billete de avión y te pedí *expresamente* que te marcharas?

Le pongo los ojos en blanco. Intento no fijarme en la forma en la que se mueve su pecho al respirar, ni las reacciones descabelladas de mi cuerpo al estar atrapado debajo del suyo.

—¿Qué más da? —murmuro, ya sin fuerzas.

—¿Que qué más da? —repone, perplejo—. ¡Coño! Podrías irte a cualquier parte. Empezar de cero. Vivir tu vida. ¿Por qué sigues aquí?

—Te lo he dicho. Tengo miedo.

—¿Miedo? *¡¿De qué?!* Sabes que preferiría pegarme un tiro antes que tocar un solo pelo de esta preciosa cabecita, así que, dime, cielo ¿de qué cojones tienes miedo, joder?

Como no le respondo, apoya las dos palmas contra la pared, a ambos lados de mi cabeza, y acorta todavía más la distancia que nos separa al inclinar el rostro sobre el mío. No puedo aguantar tanta presión y al final retiro la mirada de la suya; escojo mirar al suelo para que deje de hurgar en mis ojos con esta insistencia estremecedora.

—¿De qué tienes miedo, Alexandra? —susurra, tan cerca su rostro del mío que noto la cálida caricia de su aliento en mi mejilla.

Despacio, vuelvo la mirada hacia la suya y nos observamos en silencio, cuestión de diez o quince segundos.

—De no volver a verte… —murmuro, viniéndome abajo con tanta presión.

Me suelta de golpe, como si mis palabras fueran un golpe muy duro para él, se echa hacia atrás y sus azulísimos ojos me evalúan, tocados de dolor.

—Será mejor que tomemos esa puta copa —se rinde con un soplido.

Capítulo 8

No puedo amarte
a menos que renuncie a ti.
(Edith Warthon)

Alexandra

Estoy sentada en el sofá, las piernas por debajo del trasero y el pelo, aún húmedo, enganchado detrás de las orejas.

Ash, con los codos apoyados sobre las rodillas, me observa desde la silla en la que se ha instalado hará un cuarto de hora. En el minibar había vodka, ginebra y whisky. Yo tomo ginebra. Él, whisky.

Nos hemos mantenido callados en todo este tiempo, como si ninguno de nosotros tuviera ya fuerzas para seguir charlando después de mi confesión.

—¿Cuándo? —me exhorta de pronto.

—Cuándo, ¿qué?

—Cuándo te enamoraste de mí.

No consigo recordarlo. Es como si le quisiera desde siempre.

—No lo sé. A lo mejor pasó incluso antes de conocernos. Tu complejidad me resultaba fascinante. Cuanto más averiguaba sobre ti, más quería saber. Eres el sujeto más interesante que he tenido que analizar nunca. Tantas luces y sombras, tantos matices… ¿Cuándo te enamoraste tú de mí?

—Nunca lo he sabido. Pasó sin más.

—Ya.

Tomo otro sorbo de ginebra y sigo estudiando su semblante atormentado.

—¿Qué haces en el FBI? —vuelve a preguntarme—. ¿En qué departamento trabajas?

Supongo que es justo que ahora las preguntas las formule él. Le concederé las respuestas. Aunque la verdad me deje en mal lugar a

veces.

—Análisis de conducta criminal.

—Eso no se te da nada mal —admite, divertido—. ¿Te importa que fume?

—No, si me das uno a mí.

Me frunce el ceño.

—Tú no fumas.

—La respetable señorita Harper, no. La agente Cooper fuma más que un carretero. También bebe, a veces más de la cuenta. Hoy tiene resaca, así que, si me hubieras pegado un tiro, lo habría interpretado como un favor.

Sonríe, da unos golpecitos en el paquete de tabaco que acaba de sacarse del bolsillo y me ofrece a mí el primer cigarrillo que sale impulsado hacia arriba. Lo extraigo, me lo pongo en la boca y él se inclina hacia adelante y me lo enciende con una cerrilla.

Tenerle tan cerca de mí es devastador. Su olor está en todas partes, y respiro aliviada cuando vuelve a echarse hacia atrás, se cuelga el cigarrillo entre los labios y, después de encenderlo con la misma cerrilla, lo inhala con ansia.

—Dime qué era verdad y qué no —me pide, después de expulsar la primera nube de tabaco al techo.

Lo imito, fumo y también tomo un trago para conseguir que se me calme el pulso.

—Más o menos todo lo que te conté era verdad, en cierto modo. Ahí está la clave, hay que decir la verdad cuando mientes porque, de lo contrario, podrían pillarte en alguna contradicción. Así que no, no fingí ser algo que no soy.

—¿Me estás diciendo que la mujer de la que me enamoré existe en realidad?

La sombra de una pequeña sonrisa empieza a materializarse en las comisuras de mis labios.

—Más o menos. Con pequeñas modificaciones, claro. Pero, en líneas generales, la esencia es la misma. No estudié Diseño de Interiores, soy autodidacta en ese campo, pero sí que tengo un máster en Bellas Artes. Lo hice porque sí, porque siempre me ha llamado mucho la atención el mundo del arte. En otra vida

probablemente me habría dedicado a ello. Lo que nunca te conté es que me licencié en Psicología del Crimen.

—No era un hobby.

—No. Aunque no mentía cuando te dije que me obsesiona comprender a la gente. Y se me da bien, tanto que me reclutaron en la universidad. Fui la agente más joven de mi agencia. Tú eres mi primer caso importante. Y la cagué.

—¿Por qué te han suspendido?

—Tienen motivos. Te encubrí, les oculté información… El día que mataron Julian, cuando me deshice de tus guardaespaldas, quedé con mi contacto por última vez. Después de eso, nada. Silencio absoluto. Si les hubiera desvelado tus planes, habrían podido salvar algunas vidas.

Expulsa otra nube de tabaco al techo y niega para rechazar esa idea.

—Hay vidas que no merece la pena salvar, doctora.

—Lo sé. Pero mis jefes no están de acuerdo con eso. Hay una investigación en marcha. Asuntos Internos. Pinta mal. Puede que acabe en la cárcel.

—No me jodas—. Se ha quedado perplejo. Creo que ha estado tan ocupado pensando en la situación en la que está él que nunca se ha parado a pensar en qué situación estoy yo.

—Es lo que hay. —Sonrío y sigo mirándolo a los ojos mientras poco a poco se me apaga la sonrisa—. Todos hemos de pagar por nuestros pecados, ¿no? Yo tomé una decisión y… estas son las consecuencias. Te toca. ¿Cómo es que te han soltado?

—Ya lo sabes. Tengo los contactos adecuados.

—Estás siendo críptico.

—Pues demándame, agente.

Nos sonreímos el uno al otro y luego callamos los dos. Yo juego con mi alianza, me la quito y me la vuelvo a poner. Él, mira al suelo.

—Ash… —murmuro al cabo de mucho tiempo de silencio.

—¿Hm? —dice, levantando el rostro para volver a mirarme.

—¿En qué punto estamos tú y yo?

—En uno muy jodido. La confianza se ha roto y por mucho que peguemos los añicos, no volverá a ser igual. Creo que lo mejor es

que dejemos de vernos, que cada uno siga con su vida por separado.

—¿Lo dices en serio?

Hace un gesto afirmativo y me aguanta la mirada con semblante cansado.

—Claro que lo digo en serio, coño. Yo no puedo cambiar quien soy, y tú tampoco puedes cambiar lo que eres. Y, por supuesto, ninguno de los dos puede cambiar lo que ha hecho. Es mejor así. En otras circunstancias, si nos hubiéramos conocido de otro modo…

Guau. Menudo discurso.

Trago saliva y asiento en silencio, más para mí que para él. Retener las lágrimas es lo más difícil que he hecho nunca.

—Vale —consigo decir, no sé con qué fuerzas.

Él hace un escueto gesto de aprobación, como zanjando el asunto, se levanta de la silla y se acerca a mí.

Cierro los ojos al notar sus labios temblar en mi pelo.

—Adiós, Alexandra. Cuídate.

Aprieto los párpados con fuerza para evitar llorar.

—Sí… Adiós, Ash —me las arreglo para farfullar.

Decido mantener los ojos cerrados para no ver cómo se marcha de mi vida, pero algo hace que los abra en el último momento, cuando él está cruzando la puerta.

—¡Ash! —exclamo, presa de un impulso frenético que no he podido controlar.

Se detiene y mueve un poco la cabeza, lo suficiente como para poder mirarme de perfil.

Durante unos segundos, nadie dice nada. Solo puedo observarlo, callada y con los ojos repletos de lágrimas.

—¿Qué?

—Yo aún…

—¿Qué más da? Tú y yo hemos acabado —murmura, y luego la puerta del piso se cierra con un golpe seco a sus espaldas.

Para él, ya está todo dicho. No hay vuelta atrás. No podemos cambiar lo que somos ni lo que hemos hecho, lo que nos hemos hecho el uno al otro.

Me trago el nudo de la garganta, vuelvo a cerrar los ojos y dejo que las lágrimas caigan y se deslicen por mis mejillas.

«Yo aún te quiero», termino hacia mis adentros la frase que no me ha dejado expresar en voz alta.

Supongo que así es cómo termina la historia: él vuelve a la oscuridad y yo me quedo en la luz, preguntándome qué habría pasado de haber sido lo bastante valiente como para seguirle.

Bueno. Nunca lo sabremos.

Capítulo 9

En realidad, creo que has matado una pequeña parte de mí.
(Katherine Neville)

Ash

Suelto las llaves del coche encima de la mesa del salón, y también una maldición cuando Seven asoma por la puerta de la cocina y me pilla tan desprevenido que la encañono en un acto reflejo con la pistola que le confisqué a la agente Cooper.

—Jo-der. —Bajo el arma, me la guardo, bien sujeta tras la cintura de los pantalones, y le pongo mala cara—. ¡Tendrías que llevar un cascabel, coño! ¿Qué haces aquí?

—Muy gracioso. ¿Alcohol? —me propone, señalándome la botella que trae en la mano—. ¿O sexo?

Hago una mueca ante su forma pícara de arquear las cejas.

—Alcohol —le gruño, exasperado—. No estoy de humor para más gilipolleces hoy.

—Sabía que dirías eso. Traigo tu whisky favorito. Tú ponte cómodo mientras yo preparo dos…

Le quito la botella de la mano, desenrosco el tapón y tomo un trago largo y ansioso.

—*Copas* —enfatiza Seven en tono desencantado.

—Bebamos a morro, como en los viejos tiempos, que hoy estoy nostálgico. Ven.

Con una mueca de resignación, me sigue hasta el sofá donde, apenas nos acomodamos, me arrebata la botella y se la lleva a los labios con determinación.

Al mismo tiempo y sin ceremonias, se despoja de los zapatos, lanzándolos lejos con un suspiro de alivio y dolor entremezclados.

—Joder. Qué puta tortura de zapatos, colega. No sabes la suerte que tienes de ser un tío.

—Tú también podrías llevar esto.

Comprueba mi calzado y frunce la nariz con desagrado.

—Nop. No los fabrican para *princesas*.

Sonrío, consciente de que se refiere al apelativo cariñoso que usa Andrei para referirse a ella.

—Tú no eres una princesa, Seven. Eres la jodida reina. Jamás permitas que el mundo te haga olvidar eso. Primera lección. ¿Qué te dije cuando te puse una pistola entre las manos?

—Que puedo hacer lo que yo quiera. Que tengo poder. Y que nadie, jamás, volverá a ponerme un dedo encima —recita mientras los dos buscamos consuelo en la botella de Macallan, que pasa de mano en mano todo el rato, sin cumplir todavía la promesa de concedernos un poco de calma en medio de este caos.

—Exacto. Eso es lo que quiero que recuerdes.

—Pensaba que la reina era ella —musita tras haber titubeado un buen rato.

—Ella era *mi* reina —murmuro, con la mente perdida en recuerdos que no me hacen ningún bien ahora.

—¿De dónde vienes, Ash? —susurra, volviendo el rostro hacia el mío—. Tom me llamó en cuanto pusiste un pie en esta casa, pero antes de que me diera tiempo a llegar ya te habías largado.

—Hay que joderse. Tendré que recordarle que el que le paga el sueldo soy yo.

—No te ensañes con Tom. ¿Fuiste a verla?

—Ajá —confirmo, con la botella pegada a los labios.

—Yo es que flipo —se sulfura Seven—. ¡¿Te mete en la cárcel y lo primero que haces nada más salir es ir tras ella como un perrito faldero?!

—No me chilles. No he ido tras ella como un perrito faldero. Teníamos que acordar algunas cuestiones.

—Espero de corazón que te estés refiriendo a los términos del divorcio.

—No me des la paliza, Seven. No quiero hablar del tema.

—Bien. Hablemos entonces de por qué le pegaste tres tiros a la tele.

—Tampoco quiero hablar de eso.

—¡Ay, chico! ¡No quieres hablar de nada!

—Pues a ver si lo pillas y te quedas en silencio, joder.

Lo intenta, pero estar callada no es su punto fuerte.

—¿Quieres llorar… escuchar a Beyoncé… dispararle a alguien…? Tengo unos cuantos candidatos aptos, si te interesa.

Niego, divertido.

—No, no quiero cargarme a nadie esta noche, pero… ¿sabes qué estaría bien?

—¿Pedirle a Alexa que ponga *Survivor* de Destiny's Child?

—*¿Qué?* —repongo, totalmente perplejo.

—Ya sabes. *Now that you're out of my life I'm so much better. You thought that I'd be weak without you, but I'm stronger. YOU THOUGHT THAT I'D BE BROKE WITHOUT YOU, BUT I'M RICHER*[9]*.* —Se viene arriba, si bien de inmediato deja de cantar, al toparse con mi expresión acerada—. Está bien, cascarrabias. Nada de abrazarnos y cantar *I'm a survivor, I'm not gon' give up*[10]*…* Vaaale, no pongas esa cara de asesino psicópata. Ya me callo y dejo de bailar. ¿Lo ves? Venga, dime, ¿qué estaría bien?

Entorno los párpados y decido dejarlo estar, aunque no me hace la menor gracia la broma. Estoy realmente jodido, y esto no va a arreglarlo ninguna puta canción de Beyoncé.

Esto solo podría arreglarlo…

—Unas patatas fritas de Roxy's.

—¡Uy, sí! —se entusiasma Seven, frotándose las manos—. Con esa salsita que le echan, y su bacón crujiente, y su queso fundido… ¡Qué buena idea! Venga, te llevo, que he bebido menos.

*****

—Perdone. ¿Puede echarnos extra de queso? Es que mi amigo está deprimido. Está atravesando una ruptura de las chungas —le susurra Seven a la camarera, que no es Roxy. Esa se debió de jubilar hace años. O morir. Era una yonqui.

—¿Ah, sí? No me digas. ¿Un chico tan guapo y está solito? Yo también estoy soltera, ¿sabes?

Fulmino a Seven con la mirada. Ella lo pilla de inmediato y le susurra a la camarera:

—Es que es gay.

—Ah. —La camarera asiente, comprensiva, y recupera su buen humor—. En ese caso, os regaláramos una ración de aros de cebolla, porque está claro que este chico guapo no va a besuquear a ninguna camarera soltera esta noche—. Se vuelve hacia la barra y espeta a las tres chicas que están apoyadas contra ella, pendientes de nuestra mesa—: ¡Y vosotras volved a la cocina ya, cotillas! ¡A este le van los tíos!

Seven se echa a reír al oír sus suspiros desencantados.

—¿Lo ves? Un pájaro sale volando y otros veinte llegan de inmediato.

—Pues no quiero ningún pájaro. Solo quiero mis putas patatas, gracias.

Pone los ojos en blanco y niega para sí.

—Hay que ver lo que se os complica la vida a los tíos cuando os enamoráis.

Me froto el pelo con los dedos y la miro impotente. Seven hace otra mueca, y cambia de tema, para variar.

—Este sitio sigue igual —comenta, nostálgica—. ¿Te acuerdas de cuando veníamos todos aquí, la que le montábamos a la pobre Roxy?

Sonrío ante el recuerdo de las noches que pasábamos en este local cuando teníamos veinte o veintipocos años.

—Joder. Ya te digo. Tú, yo, Colin, Julian, con nuestros chándales de Puma a juego… Qué pinta de macarras llevábamos en esa época. ¿Quién se pone un chándal para salir un viernes por la noche?

—Cada día se cierra más el círculo, Ash.

—No te irás a deprimir, joder. —La evalúo con suspicacia, y no me gusta lo que veo—. ¡Eh! Te recuerdo que el que está atravesando la ruptura chunga soy yo.

Se queda unos segundos con la mirada perdida en el vacío y me doy cuenta de que, de repente, me cuesta reconocer a la chica que

una vez fue. La mujer que tengo sentada al otro lado de la mesa no tiene mucho que ver con ella.

—Es que las cosas han cambiado, tío. Antes nos teníamos los unos a los otros, pero poco a poco os fuisteis retirando todos. Os enamorasteis, os casasteis, moristeis… Y yo me quedé sola.

Apoyo los codos sobre la masa, junto las manos por debajo de la barbilla y la examino en silencio, intentando comprender qué pasa por esa cabecita rubia.

—¿Quieres contarme qué te está pasando últimamente, Casandra? ¿Es una crisis existencial?

Sonríe, supongo que le hace gracia que, por primera vez en más de veinte años, diga su nombre verdadero.

—Estoy hasta el coño de todo, Ash. A veces me gustaría ser como vosotros, ser capaz de confiar en alguien ciegamente. Bajar la guardia. Pero, si tu propia familia te vende por unos cuantos miles de dólares, ¿qué esperar de los demás? Aunque en este momento me alegro de no ser como vosotros. No te ofendas.

Me echo a reír y es la primera vez desde que mi matrimonio voló por los aires que no me cuesta mucho esfuerzo reírme.

—Aquí traigo las patatas, los refrescos y los aros de cebolla para que este chico guapo deje de estar tan triste.

—Hala, qué festín. —Seven se relame y me guiña el ojo, antes de volverse hacia la camarera para decirle—: Gracias. Tiene una pinta que te cagas. Seguro que esto me lo deja como nuevo.

Niego para mí y poco a poco mi sonrisa empieza a apagarse.

Todavía recuerdo el día en el que puse una pistola entre sus manos. En cierto modo, soy responsable de todas las vidas que se ha estado cobrando desde entonces.

—¿Alguna vez has deseado ser normal? ¿Haberte criado en una familia decente? ¿No haber llegado a esto?

Sus ojos plomizos se clavan con dureza en los míos desde el otro lado de la mesa.

—No tanto como tú.

—¿Por qué no?

—Porque, a diferencia de ti, yo nunca tuve una vida normal, Ash. No tuve a John, que me enseñara cosas de la vida, ni a Josie, que

me quisiera y me cuidara… Los perdiste, sí, pero al menos los tuviste durante un tiempo. Yo solo he tenido palizas, gritos, hambre, frío y miedo. O, si te empeñas, pavor. Así que no puedo soñar con cosas de las que no tengo ni pajolera idea.

—Precisamente de eso se trata. Soñamos con las cosas que no podemos tener, Casandra. Por eso los llamamos sueños y no realidad.

—Hay que joderse. ¿Te nos has vuelto todavía más iluminado en la cárcel, capullo?

—Cómete las patatas, joder —le gruño, con una mirada torva que la hace reírse.

Capítulo 10

Lo irreal no existe y lo que es real nunca deja de existir.
(Epopeya Mahabharata)

Ash

—¿Cómo es?

La miro sin comprender. Hemos decidido dar un paseo por las calles de nuestro barrio, algo que no hacíamos desde hace mucho, mucho tiempo.

—¿El qué? ¿La cárcel?

—Joder. No. Me refiero a enamorarse.

Mi semblante adopta una expresión mitad divertida mitad escandalizada mientras camino a su derecha con las manos en los bolsillos, sacándole una cabeza, a pesar de sus altos tacones.

—¿Insinúas que nunca te has enamorado? ¿Ni siquiera de mí?

—No seas capullo. Eres la persona más importante en mi vida y lo sabes, pero… no era amor. Lo nuestro era más bien…

—¿Lujuria?

—Joder. Ya te digo. Me ponías burra. Aún me pones.

Me río y la sopeso en silencio.

—No creo que pueda explicártelo, Seven —le respondo tras haberlo meditado unos segundos—. Tendrás que experimentarlo tú misma algún día.

—Lo dudo.

—No seas tan pesimista, coño. Yo tampoco pretendía enamorarme y lo hice dos veces. Aunque la última fue la peor. Y mira que lo de Nikki me dejó hecho polvo… Pero al menos sentía rabia, y eso era bueno de cojones.

—¿Qué sientes ahora?

—No lo sé. Pero no hay rabia, ese empuje que te motiva, ¿sabes de lo que te estoy hablando?

—Sí.

—Pues no siento nada de eso y, créeme, es una mierda.

—Ya. Por cierto… Ella y yo mantuvimos una pequeña charla.

Callo unos segundos. Luego bajo la mirada hacia la suya.

—¿Cuándo?

—Anoche —me responde, encogiéndose de hombros—. Fui a… ¿No te lo contó?

—No.

—La amenacé con la Sig Sauer.

—Seven… —gruño, exasperado.

—Solo quería… Mira, no sé lo que quería. A lo que voy: la vi y estaba muy jodida. Estaba borracha. No tenía esa cara que se me pone a mí cuando me cepillo a alguien. ¿Sabes de qué cara te hablo?

—*See.*

—Pues ella no la tenía.

—¿Y?

—Pues no sé, tío, a lo mejor ella también se enamoró de ti.

—Eso es evidente.

—¡¿Lo es?!

—Claro, joder.

Seven se detiene en mitad de la acera para poder analizarme con la perplejidad que requiere la situación.

—Entonces, a ver si me aclaro. Si tú estás enamorado de ella y ella está enamorada de ti…

—No.

—¡No me has dejado acabar, capullo!

—Sé lo que vas a decir, Seven. Y la respuesta es no. Hoy, mañana y siempre.

—Pero ¿por qué? A ver, no es que me caiga bien, y si pudiera me la cargaría con mucho gusto, pero es que odio verte este careto de perro apaleado, chico, y si ella es lo que necesitas para ser feliz…

—Las cosas son muy complicadas. Me ha traicionado. No hay nada peor que eso para mí.

—Dice que no le dejaste alternativa.

—Me la suda. Me crie en las calles, y la única ley que conozco es la lealtad porque es lo que marca la puta diferencia entre estar vivo y estar muerto, y ella No.Me.Ha.Sido.Leal. Me ha engañado. Me ha mentido sistemáticamente, una y otra y otra vez. ¡No sé quién es! ¡No la conozco! No puedo borrar sin más lo que nos ha pasado. Ella lo era todo para mí. Se lo di *to-do*. Me metí de cabeza en esa puta relación y la quise de un modo tan irracional que no podría ni explicarte. ¿Tienes idea de cómo me sentí cuando me apuntó con la pistola y me leyó mis derechos? Fue como si el puto mundo se colapsara. Ahora mismo soy incapaz de estar en la misma habitación que ella sin que me duela. Así que…

—Lo pillo. Las cosas entre vosotros son complicadas.

—Exacto.

—Bien. Me alegro de haberlo aclarado. Hablemos ahora de cómo has salido de la cárcel.

Entrecierro los párpados por unos segundos, resoplo y vuelvo a clavar la mirada en la suya.

—De acuerdo. Pero lo que estoy a punto de desvelarte de ningún modo se lo puedes contar a nadie.

—¿Tan chungo es?

—Imagínate una situación muy, muy mala.

—De acuerdo.

—¿La tienes?

—Sí.

—Pues es mucho peor.

—¿Qué puede ser peor?

—No estamos en el bando en el que tú crees que estamos.

Seven me mira atónita.

—¿Qué pretendes decir con eso?

—¿Nunca te has preguntado por qué nadie, *nadie* nos ha tocado las pelotas en la última década?

—Pues… ¿porque somos listos?

—No somos tan listos, Seven. La verdad es que, desde la muerte de Emilio, trabajamos para el tío Sam.

—¡¿Cómo que trabajamos para el puto tío Sam?! —se ofusca de inmediato.

—Chissss. Habla más bajo. ¿Tienes idea de lo que pasaría si la gente lo supiera?

Se detiene en mitad de la calle, levanta las palmas como diciendo *¡alto ahí!* y demanda explicaciones con la mirada, una mirada casi enajenada que no recuerdo haber visto nunca en ella.

—Cuéntamelo todo ahora mismo.

—Está bien. Esto es lo que pasó. Cuando estaba en el hospital, recuperándome tras los disparos, vino a verme un tío. Ya sabes, traje caro, buena presencia, *repeinao*… A lo que voy. Me propuso un trato. Inmunidad a cambio de una pequeña ayudita.

—¿Qué significa una pequeña ayudita? —repone, presionándome implacable.

—Ser sus ojos y sus oídos en la oscuridad. Y, a veces, su mano ejecutora donde la ley no puede llegar. Yihadistas, traficantes de armas… Cualquier cosa que suponga una amenaza para la seguridad nacional. Durante más de una década, nuestros enemigos han caído uno a uno, y nosotros seguimos aquí, intocables, porque yo dije que sí ese día. Por eso me han soltado ahora, porque soy un agente doble y mis jefes han llamado a los jefazos del FBI y les ha desvelado mi tapadera.

—Me estás tocando los ovarios, Ash.

—Lo siento. Yo era su mejor opción y ellos lo sabían. Podrían haber colado a algún infiltrado, pero jamás habría llegado tan lejos como yo. Llevo metido en este mundo toda mi vida. Nadie, bajo ningún concepto, habría sospechado de mí. Era respetado y temido en los bajos fondos porque había demostrado más que de sobra mi valía. Convencerme para que me cambiara de bando era un movimiento brillante, y los capullos aprovecharon la muerte de Emilio para presionarme. Me facilitaron nombres, datos. Yo quería venganza, cargarme a los hijos de puta que nos habían tendido la emboscada, así que acepté.

—¡¿Cómo cojones no me lo has dicho en todos estos años?! ¡¿Es que no confías en mí?!

—Claro que confío en ti, coño. Pero ese era el trato con el Gobierno. Nadie debía saberlo. Ni tú, ni mi mujer ni nadie. Era la única forma de que funcionara.

—Por eso nos volvimos legales.

—Sí.

—Por eso la empresa de seguridad privada —sigue deduciendo. Siempre ha sido una chica lista.

—Pues sí. Yo me entero de cosas y hago que el tío Sam se entere de cosas. Y, a veces, tomamos medidas. Conjuntamente o por separado. Pero el resultado es siempre invariable: la amenaza desaparece del mapa.

—Así que nuestros aliados no son en realidad nuestros amigos.

—No.

—¿Y Andrei?

—Está en el punto de mira por su vinculación con el nacionalismo islamista. Suministra armas y otro material bélico a varias organizaciones que se declaran abiertamente yihadistas, pero todavía no sé si se trata de un mero trato comercial o si es un simpatizante de la causa y planean algo gordo. Seguimos investigándole.

—¿Y no me lo ibas a decir nunca? ¿Y si llegaba a enamorarme de él?

Mi sonrisa es indulgente, y ella comprende lo que quiero decir a través de la mirada que le lanzo.

—Seven, tú nunca te enamorarías de alguien como Andrei.

—¿Por qué no?

—Porque has vivido tantas cosas malas que, el día que te enamores, escogerás a un tío decente, de los buenos. Y Sokolov no lo es. Así que fóllatelo, y si te pido que le pegues un puto tiro, pégaselo.

—Creo que necesito una copa. Esto es más de lo que yo puedo aguantar en este estado de sobriedad. ¡Joder, tío! ¡Qué puta movida! ¿Qué vas a contarles a los nuestros?

—Lo mismo que le conté a Alexandra. Bueno, no se lo conté exactamente, más bien lo dedujo ella: chantajeé a alguien muy poderoso, que movió los hilos necesarios para hacer desaparecer las

acusaciones, que de todos modos no eran para tanto. Esta es la versión oficial. Ve memorizándola.

Se echa el pelo hacia atrás con las dos manos y resopla. Se lo ha cortado hace poco. Ahora lo lleva listo y recto, a la altura de la clavícula. Y puede que más rubio que antes. O de otro tono, no lo sé.

—Es una puta locura, chaval. Mi ex es un espía. Mi novio, un objetivo. A ver si mi madre, en vez de puta, va a resultar ser una monja.

Riéndome, le paso un brazo por los hombros y la acerco a mí.

—Las cosas son complicadas, lo sé. Pero tu madre, sin duda, era una jodida puta.

Me da un golpecito en el hombro, antes de echarse a reír y abrazarse a mí.

—Me alegro de que me lo hayas contado —susurra, rodeándome la cintura con los brazos.

Le cojo el mentón con una mano y le levanto la cara hacia la mía para poder mirarla a los ojos.

—Confío en ti.

—Y yo en ti. Eres la única persona sobre la faz de la tierra que sabe quién soy, Ash. *La única*.

—Lo sé.

—Estoy viva gracias a ti.

—Estás viva porque eres una luchadora nata, Seven. Métetelo en la cabecita. No es gracias a mí. Es gracias al coraje que llevas dentro. Tú no eres la princesa de nadie. Eres la puta reina. No lo olvides.

Me sonríe, vuelve a abrazarse a mí y yo la envuelvo entre mis brazos y le froto despacio la espalda.

—¿Echamos un polvo? —me propone de repente.

—No digas gilipolleces, joder —gruño, apartándome de su abrazo.

—Algo tenía que hacer. Las cosas se estaban poniendo intensas. Ya sabes que no me gusta cuando las cosas se ponen intensas.

Me río, le ofrezco mi mano y echamos a andar hacia su coche. Me alegro de habérselo contado, de haberme desprendido de esta carga

que llevo encima desde hace más de diez años. Soy tantas personas en una sola que a veces ni yo mismo me reconozco.

Aunque mi favorito sigue siendo el Ash que está enamorado de ella. En su mundo, las cosas parecían fáciles. Yo también desearía habernos quedado para siempre en el piso franco, ser solo Ash y que ella fuera solo Alexandra.

Pero era una fantasía. Ahora hay que afrontarlo y pasar página, y es lo que voy a hacer.

Haré una única cosa por ella y después desapareceré de su vida. Algún día dejará de doler. Me olvidaré de su rostro como me olvidé del de Nikki.

Un saquito con sus huesos enterrado en alguna parte a modo de trofeo. Qué cabrona.

Bambi, si tú supieras…

Pero no lo sabes todo sobre mí, y yo tampoco lo sé todo sobre ti, y es mejor de esta forma. Menos complicado.

El amor es un lastre. Ahora lo veo todo claro. Seven tenía razón. El amor es una debilidad que te impide ser el hombre que deberías ser.

Capítulo 11

Las cosas de las que está uno completamente seguro, nunca son verdad.
(Oscar Wilde)

Ash

Lo bueno que tiene la vida es que da igual lo oscuro que sea tu mundo. Al día siguiente siempre sale el sol. Porque a nadie le importas una mierda, joder. Todo vuelve a girar. La gente nace, vive, muere, ajenos a ti y a tus pequeñas miserias.

De pie delante del espejo del vestidor, me pongo una camisa. Una corbata. Un reloj. El disfraz de siempre. Los gemelos plateados. Los zapatos adecuados. El pelo, arreglado con la raya a un lado.

See. Impecable.

El *Magnate del Ocio* ha vuelto, cabrones. Reuniones, acuerdos, me espera un día ajetreado. Tendré que dar explicaciones de por qué me han detenido. Un malentendido. Nada de lo que preocuparse.

En los bajos fondos, la gente aplaudirá. En el pleno municipal, fruncirán el ceño.

Pero pasará la tormenta, como tantas otras antes de esta y como pasarán también las que están por venir.

Y yo seguiré de pie porque nada, ni siquiera ella, podrá derrumbarme. Seré el mismo de siempre, aunque ya nada vuelva a ser igual.

Me pongo la chaqueta, me cierro los dos botones y contesto una llamada en el móvil. Es Mia.

—¡Lo siento muchísimo! —exclama antes de que me haya dado tiempo a saludar.

—Mia, da igual.

—No, ¡no da igual, Ash! ¡Te la presenté yo! No me puedo creer que me haya engañado así. Soy tan boba…

—No te fustigues. Nos engañó a todos. Incluso a Seven, que tiene la mano siempre suelta en la Sig Sauer.

—Pero a mí la primera. Dios, ¡no sabes cuánto lo siento! ¿Cómo lo llevas?

—Estoy bien.

—¿Seguro? No te estarás volviendo tóxico y siniestro como cuando murió Nikki...

Como sigo delante del espejo, veo mi expresión facial endurecerse, de pronto peligrosa, amenazadora.

—Te digo que estoy bien, coño —mascullo mientras me coloco un mechón rebelde con los dedos—. Lo de Nikki era diferente. ¿Qué tal estás tú?

Mi hermana sopla aire por la nariz ante mi intento de cambiar de tema.

—¿Qué vas a hacer? ¿Has pedido ya el divorcio? ¿Y qué pasa con el FBI?

Salgo de la habitación y bajo por la escalera. Será mejor que me ponga en marcha si no quiero llegar tarde a mi reunión de las diez.

—Con el FBI no pasa nada. Ya te dije que soy legal. No van a presentar cargos, porque no he hecho nada malo. —Recojo las llaves del Lexus, mis gafas de sol y salgo por la puerta mientras Mia vuelve a insistirme con lo del divorcio—. No, no le he pedido el divorcio —respondo cuando me lo pregunta por tercera vez—. Pero sí le he dejado claro que no podemos seguir juntos después de esto.

—¿Y por qué no pedir la separación legal y dejar las cosas claras desde el principio para que nadie pueda malinterpretar nada ni albergar esperanzas?

—Porque no quiero dedicarle tiempo y energías a este asunto ahora mismo. Y como no tengo la menor intención de volver a casarme, ¿qué más me da? Ya lo haré más adelante, cuando… me haya recuperado del impacto.

—¿Y si ella quisiera volver a casarse?

—Motivo de más para no iniciar ningún trámite. Ya sabes lo que me encanta a mí tocar las pelotas.

Mia suelta una risita. Arranco el coche y suelto el móvil en el asiento del copiloto, porque ya se ha conectado el *bluetooth*.

—Entonces ¿estás bien?

—Que sí, copón. Venga, te dejo, que estoy conduciendo.

—Vaaale. ¡Pero llámame si necesitas algo! Hablar del tema o…

—No te ofendas, Mia, pero no creo en el poder sanador de la terapia ni en las charlas grupales.

—¿Y por qué me pagaste la universidad entonces?

—Porque tú querías estudiar psicología y yo quería que fueras feliz, ¡por eso te la pagué! Pero donde haya una buena carrera de derecho, que se quite todo lo demás. Mira a Ben Costello, es el picapleitos más cojonudo de la ciudad.

—¡Siempre defiende a mafiosos! —se indigna mi hermana, que hace años que conoce a Ben, dada mi estrecha relación con él, y sabe más que de sobra que la mayoría de los clientes de Ben son, en efecto, la hostia de culpables.

—¿Y qué culpa tendrá el pobre? ¡Le contratan porque es el mejor! A un inocente cualquiera le libra de una condena. Pero, a un culpable… Hay que ser un hijo de puta muy habilidoso para convencer al jurado de que alguien como Sony Persico o Jimmy Featherstone son inocentes de todos los cargos que se les imputan. Joder, si solo con verles el careto tú ya sabes que lo hicieron… ¿Ves? Esa es la clase de tío que quiero para ti, hermanita. Alguien admirable. Un hijo de perra listo que te cagas. No artistas, joder. Olvídate de los artistas. Ninguno es de fiar.

—Pues siento decirte que llegas tarde. Ben está casado. Y no intentes marearme cambiando de tema o tocándome las narices para que deje de preguntarte por tus sentimientos o por tu forma poco sana y más bien tóxica de gestionar las emociones.

—¿Ves cómo eres muy lista y podías haber estudiado derecho?

—¡Aaash!

Sostengo el volante con la izquierda y con la mano derecha me presiono el puente de la nariz.

—Te cuelgo, cielo. Tengo una reunión. Hablamos un día de estos, ¿vale?

—Pero ¿estás bien?

—¡Que sí, joder! No te preocupes por nada. Está todo controlado.

—Que me digas que está controlado es lo que me acojona, en realidad.

—Pues no te acojones tanto, que estoy bien.

Cuelgo con mala uva y gruño exasperado.

Hay que joderse. Y yo pensando que mi mayor preocupación iba a ser un corazón roto o una cama vacía…

Me entra otra llamada y entorno los párpados al ver quién es. Ya auguro problemas. Este nunca me llama para nada bueno.

—¿Qué coño quieres, desgraciado? —contesto mientras hago maniobras para aparcar el Lexus delante de la oficina. No me apetece meterlo en el garaje. Voy a estar aquí el tiempo justo como para recoger los papeles que necesito para la reunión.

—Tío, ¡no veas qué movida!

Lo que yo decía.

Empiezo a echar de menos la cárcel, joder, y nunca creí que fuera a decir esto.

*****

Por la noche, como no tengo mejores cosas que hacer, ahora que vuelvo a estar soltero, voy al casino.

En la sala de control, Serpiente y los demás me hacen un recibimiento muy efusivo.

Doy las explicaciones pertinentes y luego me las arreglo para pasarme la noche entera en las salas privadas, jugando al póker, bebiendo y fumando.

Y me sienta muy bien porque, aunque la diosa de la suerte me haya abandonado esta noche y no haya sido capaz de ganar ni una sola mano, al menos no pienso en ella ni me pregunto dónde estará ni nada eso.

Cuando me harto de palmar pasta por todos lados, vuelvo a casa, bastante ebrio, y me desplomo en la cama. No me molesto en quitarme el traje. ¿Qué más da? Me quedo mirando al techo, desanimado, decepcionado, mientras la habitación me da vueltas…

Hoy no se ven las estrellas. Está nublado. Ahí arriba, y en todas partes, para ser honesto, no hay más que sombras.

«Anima esa cara, chico. Solo es el segundo día de una larga sucesión de días en los que vas a tener que asimilar que ella ya no está».

Miro la almohada vacía que tengo al lado y suelto un largo gruñido.

Por un segundo se me pasa por la cabeza la idea de vender la casa, pero luego la desecho porque me gusta este barrio y, ¡está bien!, también porque la casa es la única cosa que ella y yo tenemos en común a estas alturas y no quiero renunciar a ese vínculo.

Capítulo 12

Un buen mito es difícil de matar.
(Canción *Hard to Kill*, Beth Crowley)

Alexandra

Me quedo a cuadros cuando abro la puerta y el hombre que tengo delante resulta ser… mi jefe. Si es que sigo teniendo trabajo. A estas alturas, no lo tengo nada claro.

—Murkowski me dijo cómo localizarte —explica Clark al ver mi cara de pasmo.

—Ya.

—Tenemos que hablar. ¿Puedo pasar?

Me encojo de hombros.

—Claro. Adelante.

Regreso a la habitación con él caminando detrás de mí, grande y tosco. Se lo ve fuera de lugar, y también incómodo. Auguro una visita corta. *Cooper, estás despedida.* O algo similar.

—Siéntese. ¿Quiere tomar algo?

—¿Qué tienes?

Abro la mini nevera y hago un rápido chequeo del deprimente interior.

—A estas alturas, solo ron.

—El ron me vale.

Saco una botellita para él y me sirvo a mí un vaso de agua del grifo antes de sentarme en la silla en la que se sentó Ash la otra noche.

Clark, recién instalado en el sofá, toma tragos controlados para no parecer nervioso, pero el ansia que inunda sus ojos lo delata.

—No me gusta nada el ron —me confiesa con una especie de mueca, después de beberse la botellita entera.

—A mí tampoco. Me suele sentar mal.

—Hum. A mí también. Como una piedra en el estómago.

—Ya. Supongo que no se habrá dado este paseo para hablarme de cómo le sienta el alcohol, ¿verdad?

Lo siento. He tenido suficiente. No estoy de humor para atender visitas ni charlas superfluas.

La expresión del rostro de Clark cambia de repente. Se vuelve todavía más incómoda, si cabe.

—Tienes razón. En realidad, no debería haber venido. De hecho, ¡nunca he estado aquí!

Resoplo al ver lo nervioso que se está poniendo. Mi jefe es la clase de persona absolutamente íntegra que jamás de los jamases rompería una norma de la agencia. Así que, si está aquí y en realidad no debería haber venido, me empiezo a acojonar.

—¿De qué se trata? Hablemos claro.

—Quiero explicarte por qué.

—¿Por qué lo soltasteis? —pregunto, aunque creo que es bastante obvio que se refiere a eso.

—Mm-hm. Si al final resulta que Asuntos Internos decide no volver a admitirte, probablemente pienses que nada de lo que has arriesgado ha valido la pena, y quiero que sepas que no ha sido por las pruebas que nos has entregado, sino porque nos llamaron de Washington, el mismísimo jefe en persona, y nos pidió que lo pusiésemos en libertad.

—Me toma el pelo.

—Ojalá.

—Pero… ¿cómo es posible? Es que… no lo entiendo.

—Es de los nuestros, Cooper.

—¡¿De los nuestros?!

Sé que parezco lela, pero esto es demasiado como para asimilarlo de golpe.

—Un agente infiltrado. Como tú.

—Me está tomando el puto pelo. Dígame que me está tomando el puto pelo.

Clark observa mi incipiente ataque de nervios con cara de circunstancias.

—No te estoy tomando el pelo.

—¡¿Me está diciendo que el villano supremo de Ohio, también conocido como despiadado, a la par que carismático, líder del sindicato criminal, jefe del puto hampa, es en realidad un agente del FBI?! ¡Esto es peor que el señor y la señora Smith!

—No trabaja para nosotros. Colabora con otra agencia. Una un poco más… persuasiva.

—¿La CIA?

—No te lo puedo decir. No estás autorizada, Cooper.

—Entonces, es la CIA.

—No te lo puedo decir. Bien —zanja, palmeándose las rodillas con aire resolutivo—. Ahora ya lo sabes. Tengo que irme.

—Sí, será mejor que se marche. Necesito digerir este dramático giro de los acontecimientos.

Clark tensa la expresión desde la puerta.

—Ah, Cooper, antes de que se me olvide. El lunes se reúne por primera vez la comisión que va a determinar tu futuro. Tienes que estar en la agencia a las doce en punto. Van a interrogar a todos los implicados en este caso. Empezando por ti y por mí.

—Genial. Cuanto antes acabemos con esta historia, mejor para todos.

Abre la puerta y se dispone a marcharse, pero cambia de opinión en el último momento y vuelve a girarse de cara a mí.

—Niña.

Sonrío al oírle llamarme así. Hace mucho tiempo que conozco al agente Clark. Fue él quien nos metió a mi madre y a mí en Protección de Testigos.

—¿Señor?

—¿Qué vas a hacer si al final resulta que…?

—Diseñar casas. Resulta que soy mejor diseñadora que agente federal. También me tiro a los clientes, pero eso nadie lo investiga nunca.

Suelta una carcajada, cabecea divertido, pillando la ironía, y la puerta se cierra a sus espaldas.

Y entonces yo me desplomo en la silla, miro el techo de la habitación y me río como no me había reído en mucho tiempo.

Hay que joderse con Ash. Menuda caja de sorpresas.

Cuando crees que lo has encasillado, *bum*, te salta con otra cosa y al final es un no parar. Absolutamente fascinante para una mente inquieta como la mía.

Me dan ganas de llamarle y decirle que lo sé, lo sé to-do, pero me acobardo y al final decido no hacerlo.

Y justo entonces me llama su hermana.

—No me apetece nada hablar contigo —le digo a la foto que asoma en mi pantalla. Pero sé que, si no le respondo a la llamada ahora, lo tendré que hacer tarde o temprano y, cuanto más tiempo pase, peor será—. Dime.

—¿CÓMO has podido? —me grita temblando de ira al otro lado del Atlántico—. ¡Me has estado utilizando desde el principio! ¡Manipulándome para llegar hasta él! ¡Y yo fui tan estúpida que te creí! ¡Hasta llegué a pensar que éramos amigas!

Cierro los ojos y me oigo respirar hondo.

—Mia, lo siento. Quiero que sepas que nunca fue mi intención haceros daño a ti o a Ash.

—No jodas. ¡¿Y qué pensabas que iba a pasar tras entregárselo al FBI?!

—¡Era mi trabajo!

—¿Sí? ¿Te pagan para mentir y para follarte a los tíos a los que investigas?

—Vale, me merezco eso.

—Mira, ahora mismo no sé lo que te mereces, y ¡ten en cuenta que nunca he sido yo la violenta de la familia! —me grita antes de colgarme.

—Un placer hablar contigo —farfullo, antes de tirar el teléfono al sofá.

¡Estoy hasta las narices de esta gente!

Su ex novia me apuntó con una pistola.

Él me llamó puta, aunque luego decidió que no era lo suficientemente ofensivo para definirme.

Y ahora, su hermana, la del collar de perlas, me amenaza, a su modo puritano, ¡y me cuelga en las narices!

Como esto siga igual, acabaré como Clark, sola, amargada y, lo más probable, alcohólica.

Capítulo 13

La muerte es el castigo para aquellos que mienten.
(Lucky Luciano, mafioso estadounidense)

Alexandra

Todavía no me han llamado a declarar, y tampoco a Clark, así que nos hemos refugiado en una sala de interrogatorios que nadie está utilizando ahora mismo y aquí estamos, en silencio, como dos viejos amigos cuyo camino puede que termine en este momento y se están tomando un último café juntos antes de despedirse.

Es muy posible que al final de esta investigación él deje de ser mi jefe y yo deje de ser su protegida.

En el fondo, sé que Clark me tiene cariño, a pesar de mis meteduras de pata; la clase de cariño que se le tiene a un hijo que te decepciona todo el rato. No estás de acuerdo con las mierdas que hace, pero sigue siendo tu hijo, al fin y al cabo.

—Dime qué pasó realmente. Empieza por el principio. Háblame de la noche en la que elegiste irte con él y con todo su ejército de moteros, sin saber siquiera adónde te llevaba. ¿Por qué lo hiciste? Podrías haberte negado.

—¿Negarme? —repongo, con una carcajada tan vacía que le hace fruncir las cejas y observarme confundido, como si no fuera capaz de comprender qué es lo que me hace tanta gracia.

—Negarte, sí. Haber dicho que no. No eres tonta, niña. Debías de saber que tu vida corría peligro cada vez que respirabas cerca de él. ¿O es que a esas alturas no te habías hecho una idea clara de quién era en realidad el *respetable* señor Williams? ¿No bastó un tiroteo en plena calle para hacerte ver que él era algo más que una cara bonita en la portada de la revista *Forbes*?

La sonrisa que se insinúa en las comisuras de mis labios oscila entre lo irónico y lo desafiante.

—No digas tonterías. Sabía quién era incluso antes del tiroteo. Él mismo me abrió las puertas de su mundo y me enseñó lo oscuro y peligroso que podía llegar a ser.

—¡¿Y por qué *cojones* no saliste corriendo antes de que fuera demasiado tarde?! ¡Ayúdame a comprenderte!

Tomo un sorbo del horrible café que me acaba de traer de la máquina expendedora del pasillo y sopeso pensativa los profundos ojos azules clavados en los míos.

—Dime una cosa, Clark. —Parece divertirle el hecho de que me esté dirigiendo a él de igual a igual—. ¿Conoces ese instante que lo paraliza todo?

—No —responde con ensayada amabilidad—, y tampoco sé adónde quieres ir a parar.

Le sonrío con indulgencia.

—¿Lo ves? No puedes comprenderlo porque no tienes ni puta idea lo que se siente al enamorarse. No es algo que se pueda evitar, planificar o controlar a tu antojo. *No hay* control de daños porque el amor es como un fuego que avanza, latente y silencioso, hasta consumirte por dentro. Cuando empiezas a notar el calor, suele ser tarde. Ya estás en llamas. ¿Te importa que fume? Últimamente, me afloran vicios por todos lados.

—¿Esa es tu explicación? —repone, con tal perplejidad que sus cejas rubias casi rozan la línea de su cabello dorado, tanto las ha arqueado—. ¿Que te *enamoraste* de él?

Me enciendo un cigarrillo y durante unos segundos evalúo, pensativa, su anguloso rostro surcado de arrugas.

—¿Qué más quieres que te diga? ¿Que es bueno en la cama? Eso también ayudó un poco —admito, divertida.

Clark niega una y otra vez.

—Esto es increíble. Pero ¿qué pasa con ese tío? ¿Es que tiene la polla de oro o qué?

Junto entonces se abre la puerta y, para nuestra mutua sorpresa, entra Ash, con un traje negro tres piezas que se ajusta a su corpulenta figura de luchador callejero y ese magnetismo que nos tiene a todos girando a su alrededor, mariposas en busca de una luz

que no existe porque él es pura, profunda y eterna oscuridad, y precisamente ahí es donde reside su encanto.

—Deduzco que estáis hablando de mí otra vez —nos dice con expresión guasona, mientras avanza con su talante confiado hacia la mesa en la que los dos estamos sentados, cara a cara—. ¿Qué haces con mi mujer, Clark? Esto es demasiado rastrero incluso para una rata vieja como tú.

El semblante de Clark se llena de rabia. No sé qué le resulta más molesto, ¿la intromisión o que le hayan llamado rata vieja y rastrera en toda su cara? Solo a Ash se le ocurriría hacer algo así. Siempre ha sido algo insolente.

—¡Deberías estar entre rejas! —exclama en un tono vibrante y tenso que delata la indignación que arde en su pecho.

—Sin duda. Pero aquí estamos, como en los viejos tiempos. El héroe nacional y el villano de los bajos fondos. Dos pesos pesados de Ohio. Qué sería de tu aburrida existencia si no fuera por mí, ¿eh? Estarías todo el día tocándote el nabo en la oficina. ¿Me permites unas palabras con mi dulce esposa?

Clark me recorre el rostro con la mirada en busca de confirmación. Le hago un escueto gesto para que nos deje a solas.

De manera sorprendente, obedece, y ahora es Ash el que se encuentra sentado en la silla al otro lado de la mesa, y suyos los ojos que hurgan en los míos.

En el profundo silencio que nos envuelve en cuanto se cierra la puerta, el tic tac de su *Rolex* resuena como un tambor.

Pasan los segundos sin que nadie diga nada. Él sigue observándome con tranquilidad, como si estuviéramos sentados en la barra de un bar, tomando un whisky con soda. Bueno, yo. Él lo tomaría solo. Odia la soda.

La pequeña corrección que hace mi cerebro me arranca una leve sonrisa que intento disimular.

No es el lugar ni el momento para andarse con bromitas, así que procuro concentrarme al cien por cien en el azul helado que me dispara el pulso en las venas.

Mi pausado acto de succionar el cigarro con absoluto desdén y crear círculos con el humo que expulso a través de los labios

pintados de rojo mate despierta en él una exasperación tal que se inclina sobre la mesa y me lo arranca de entre los labios para, acto seguido, arrojarlo con furia dentro del vaso de café que apenas he probado.

A tomar por culo el cigarrito. Parece que lo esté oyendo, irritado, hablándome como a una cría. Sin embargo, no hay palabras, porque él siempre mantiene el tipo, tiene los nervios bien templados y, a pesar de lo que cualquiera podría pensar, es un hombre muy paciente.

—Hola, cielo —me dice al final, abismos de tiempo más tarde—. ¿Te estaba dando el coñazo el bueno de Clark?

La sonrisa que pende de sus labios es ligeramente burlona y termino sonriendo yo también. Como siempre que lo tengo cerca.

—Un poco. ¿Cómo es que nunca me has hablado de él?

—Bueno, ya me conoces. Soy un hombre de pocas palabras. Me va más la acción. ¿Por qué estabais hablando de mi polla, si puedo preguntarlo?

Abro el paquete de chicles que hay sobre la mesa (Clark me lo compró en la máquina expendedora porque yo no llevaba monedas encima) y me como uno con total tranquilidad.

Ash cruza los brazos sobre el pecho y se arrellana con insolencia en la silla, a la espera de una respuesta que tardo en concederle.

—Porque Clark cree que la usaste para cautivarme.

—Ah. Qué interesante. ¿Y lo hice?

—Por supuesto —admito, sin despegar la mirada de la suya. La verdad es que cuesta quitarle los ojos de encima. Sigue siendo mi imán.

—¿Te gustó?

Una sonrisa lenta empuja las comisuras de mis labios hacia arriba.

—No, en absoluto —respondo, consciente de la poca seguridad (y la enorme diversión) que hay en mi voz.

—Tramposa —dice con una risa ronca y un brillo muy socarrón en la mirada—. Claro que te gustó. Te gustó tanto como a mí, joder. Dime una cosa, mi amor. —Se inclina hacia adelante, apoyados sus antebrazos en la mesa. Hay cierta tensión alrededor de sus hombros, contrastando con el aire guasón que arruga las esquinas

de sus ojos al verme hacer globos con el chicle—. Si pudieras volver atrás en el tiempo, si te encontraras de nuevo de pie en el aparcamiento de ese motel, sabiendo todo lo que sabes ahora, ¿qué harías?

No necesito meditarlo. La respuesta es obvia.

—Me subiría a tu moto.

Una oleada de triunfo masculino recorre el atractivo semblante que tanto empeño pone en mantener inexpresivo. Es un buen jugador de póker. Casi nunca deja entrever lo que piensa.

—¿Lo has oído, Clark? —grita para que se le escuche al otro lado de la pared—. ¡Se subiría a mi puta moto de nuevo! ¡Así que a mamarla!

De pronto, la sonrisa engreída se borra de sus atractivas facciones y los ojos que vuelven a aferrarse a los míos se enfrían de golpe, hasta tornarse irreconocibles, duros, llenos de peligro; aguas profundas y heladas en las que ahogarse resultaría demasiado fácil.

Ya no es el mismo hombre que entró en la sala con sus bromitas y su sonrisa indolente.

No, ahora tengo delante al rey, el despiadado jefe del crimen organizado, que lleva en el bolsillo una bala con su nombre, su particular *memento mori*, para recordarse a sí mismo que, si hay que caer, mejor que sea en el campo de batalla y llevándose por delante a todos los hijos de puta que sea posible.

Y, vaya, ese es el hombre del que yo me enamoré, aun sabiendo quién era y de lo que era capaz.

Al igual que Clark, querrás saber por qué.

Dios, es una historia *taaan* larga…

Dejemos algo para nuestro próximo encuentro, ¿no te parece?

Solo te diré que no he podido evitarlo. Me obsesioné tanto que su oscuridad acabó siendo la única luz que iluminaba mi interior.

Una noche, después de vaciarse en mi cuerpo con tantas ganas que al día siguiente todavía tenía las marcas de sus dedos en las caderas, me dijo que él estaba muerto antes de conocerme. No le confesé que yo también lo estaba.

Tiene gracia. *La muerte es el castigo para aquellos que mienten*, aseveró hace mucho tiempo el padre del crimen organizado de este

país.

Pero ¿qué castigo le asignas a alguien que ya está muerto? Esa persona no le teme a nada.

Y ¿qué es un hombre (o una mujer) sin la pesada carga del miedo?

Un puto vencedor.

Los animales de la selva comprenden bien su naturaleza. El depredador es un depredador. La presa, una presa.

Los humanos, en cambio...

Bueno. Nosotros mentimos más de lo que respiramos. Adoptamos formas cambiantes. Oscilamos entre las luces y las sombras. Tejemos verdades tan hermosas que no cuesta nada creérselas.

La mayoría poseemos el don de la dualidad. Podemos ser lo que queramos ser. Cazadores… Presas… Lo que haga falta con tal de ganar.

Somos criaturas peligrosas que se adaptan a cualquier hábitat.

Pero la persona más peligrosa de todas es la que tiene la facilidad de decir la puñetera verdad incluso cuando te está mintiendo.

Y así es cómo acabamos aquí, en esta sala.

Porque esa persona soy yo.

Aunque él tampoco es que sea un angelito. Me gustaría saber qué hace aquí. Precisamente hoy. No creo que pasara por el barrio y decidiera entrar a saludar a Clark.

—Ash...

Niega despacio para que no me moleste en seguir.

—Una vez tuve un caballo. Magnífico ejemplar. Se llamaba *Magnus*. Ganó montones de torneos. No tenía rival ni limitaciones. Todos decían que se retiraría invicto, como *Frankel* en su momento, pero un día se cayó y se fracturó la espina dorsal. Tuve que sacrificarlo yo mismo para poner fin a su agonía. Nunca olvidaré de qué forma me miró. Lo sabía. *Magnus* sabía que yo apretaría el gatillo —asegura, pronunciando las palabras con una convicción y una firmeza que contrastan un poco con su mirada perdida.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

Sonríe para sí, y vuelve de su abstracción para mirarme.

—Porque estoy viendo la misma mirada de nuevo. Ahora. En tus ojos, cielo. Al igual que *Magnus*, sabes que el juego ha llegado a su fin. Es tan grande el caos que has armado que solo veo una salida posible.

—¿La muerte? —le propongo, divertida, con las dos cejas arqueadas.

Le veo hacer una mueca de exasperación.

—No seas tan dramática, coño. Si te quisiera muerta, ya lo estarías. Me refería a que la única salida que veo para nosotros es que cada uno regrese a su mundo lo antes posible. Yo, a hacer el mal. Tú, a defender la ley. Límites claros, cielo. Cada uno en su bando. Así que he venido a hablar a tu favor. Hoy se reúne la comisión, ¿no? Pues quiero declarar.

Me quedo a cuadros ante este giro inesperado de la historia.

—Me estás tomando el pelo.

—Para nada.

—¿Qué vas a decirles?

—La verdad, por supuesto. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, que así me ayude Dios.

Se está burlando de lo lindo.

—¿Y cuál es esa verdad? —decido seguirle el rollo.

No tengo ni idea de adónde nos llevará esta conversación. Estoy ante un sujeto fascinante e impredecible cuyos movimientos casi nunca puedo adivinar. O, al menos, no antes de que sea demasiado tarde. Va dos pasos por delante de mí.

—Tú la conoces bien —me dice con una especie de sonrisa—. Les contaré exactamente lo que pasó, que yo sospechaba lo del topo, que di a todo el mundo información falsa para ver quién me traicionaba y que tú, gracias a tu *enorme* profesionalidad, te diste cuenta a tiempo y no pasaste ninguna información al FBI hasta estar segura de que tu tapadera no corría peligro y de que la información que proporcionabas era verídica. Y eso no sucedió hasta la noche en la que me detuvisteis.

Brillante. A mí nunca se me habría ocurrido. Y eso que soy una mentirosa profesional.

—¿Harías eso por mí?

—Claro, mi amor.

—¿Por qué?

Tuerce la boca con desdén.

—Por los viejos tiempos. Y también porque quiero que vuelvas a tu trabajo lo antes posible. Está en Los Ángeles, ¿no?

No es un buen momento para decirle que, en realidad, lo de Los Ángeles era mi tapadera. Mi vida está aquí, en Cleveland. Al menos, desde que todos los mafiosos que nos la habían jurado a mi madre y a mí están muertos y ya nadie reclama mi cabeza.

No quiero mentirle otra vez, así que esbozo una sonrisa enigmática y mantengo los ojos clavados en los suyos, sin afirmar ni negar nada.

—Bueno —zanja al cabo de unos diez segundos, levantándose de la silla con aire enérgico y decidido—. Voy a buscar a los de Asuntos Internos. Que te vaya bien, doctora Quinzel.

Me hace gracia que me llame así. Hoy más que nunca.

—Nos vemos, Ash.

—No si tenemos un poquito de suerte, joder —me responde, de camino a la puerta.

Me echo a reír y él cierra a su espalda. No se gira, pero estoy bastante segura de que hay una pequeña sonrisa agazapada en las comisuras de sus labios.

*****

Cuando sale de la sala en la que los dos agentes de Asuntos Internos interrogan a todo Dios, me encuentra en la puerta, apoyada contra la pared.

He tenido unos veinte minutos para pensármelo bien, y creo que este es el momento de hacerlo.

Ya que estamos todos contando la verdad hoy…

Contrae la mandíbula al cruzarse nuestras miradas.

—Cielo, cuando dije lo de que no quiero volver a verte, iba en serio.

—Quiero devolverte algo.

Hace un gesto exasperado con los párpados.

—Mira, si vas a devolverme el anillo, la alianza o el colgante que te di el día de nuestra boda…

—No es eso—. Cojo su mano, le suelto algo en la palma y se la cierro—. Se trata de algo mucho más importante. Creo que es mejor que esto lo tengas tú.

Está muy confundido, lo sé no solo por la arruga que le asoma entre las cejas, sino también por la forma en la que sus ojos, de un azul devastador hoy, recorren los míos en busca de más información.

Dejo caer su mano, retrocedo y él abre la palma lentamente y se queda helado al reconocer el medallón de plata que le acabo de entregar.

—La Diosa Fortuna. ¿Te suena de algo, Ash?

No mueve ni un solo músculo. Creo que ni siquiera respira.

Analiza, cuestión de medio minuto, la moneda con las dos caras de la diosa, la tristeza de cuando pierdes y la euforia de cuando ganas, y después su mirada se eleva despacio hacia la mía.

Me he pasado toda la vida ocultándome, la chica invisible, escondida detrás de prendas holgadas y libros enmohecidos que nadie tenía interés en leer.

Hoy quiero que me vean.

Y, él, por fin, me ve.

—¿Abbie? —murmura, completamente desencajado, febriles los ojos que recorren mi fisionomía milímetro a milímetro en busca de algún indicio que le confirme lo que, en el fondo, sabe más que de sobra: que ese día en su despacho no era la primera vez que él y yo estábamos cara a cara. Solo que esa noche yo tenía un aspecto diferente.

—Hace más de veinte años que nadie me llama así —murmuro, con la voz rota y un brillo atormentado en la mirada.

—Tú… eres… ¿Abbie?

—No. Pero lo fui antes de que Protección de Testigos me convirtiera en Lily Cooper. Como puedes ver, no eres el único con alma camaleónica.

—Hay que joderse.

Ya lo sabes. En este mundo, todo es relativo.

Menos la verdad. La horrible, aterradora y peligrosa verdad, que las personas ocultamos detrás de disfraces y máscaras.

Y la verdad es que él mató a mi padre *delante* de mí, una niña de siete años. Lo cual es terrible.

Pero lo más terrible de todo es que, matándolo, nos salvó la vida a mi madre y a mí. Y puede que no tenga ni idea de eso.

Nuestros actos tienen consecuencias imprevistas. Hay efectos colaterales que a veces somos incapaces de predecir. Uno de esos actos desencadena una sucesión de hechos que nadie había visto venir.

Y que él echara abajo la puerta de nuestra casa aquella noche es lo que realmente nos ha arrastrado a los dos hasta este momento, nos ha traído hasta este pasillo. No hay más máscaras ni más disfraces, no hay héroes ni villanos. Él es solo Ash y yo soy solo Abbie, la niña a la que salvó incluso sin pretenderlo.

Siempre me he sentido como si lo conociera de toda una vida. Porque así era. Esa noche vi su alma, y me di cuenta de que no era en absoluto oscura. A pesar de todo, había algo bueno en él. Algo noble. Algo en lo que quería ahondar.

El FBI me lo pintó como un monstruo desalmado. Un gánster. Alguien frío y despiadado que impone sus propias leyes en la ciudad y nunca le perdona nada a nadie.

Pero ellos jamás han comprendido la complejidad de su ser como yo. El mundo no es blanco o negro. Las personas no somos buenas o malas por naturaleza. Hay gente buena haciendo cosas malas.

Y créeme cuando te digo que él es de los buenos.

En otras circunstancias, esta solo sería una historia de amor, sin el rastro de cadáveres que dejamos a nuestras espaldas, sin cintas policiales, sin centenares de páginas de expedientes y más expedientes, todos sin resolver, empeorándole la úlcera al agente Clark; sería una de esas historias sencillas que tanto le gustan a Ash porque, a diferencia de mí, él no admite un amor que no tenga final feliz.

A fin de cuentas, es un romántico.

Capítulo 14

Soy tu pesadilla, no mires.
(Canción *Dirty hands*, Kendra Dantes)

Ash

Llevamos más de un cuarto de hora en silencio, con un café entre las manos, en una cafetería insignificante al lado de la agencia del FBI. No tengo ni idea de por dónde empezar.

Algo me dice que ella tampoco. Esto es complejo de cojones, una historia que no hace más que enredarse.

Observo el medallón de mi madre, que he soltado sobre la mesa nada más sentarnos, con la cara triste de la diosa vuelta hacia arriba, y después mis ojos vuelven a concentrarse en ella.

—¿Quieres vengarte?

Sus carnosos labios se curvan un poco hacia las esquinas, ocultando una sonrisa.

—¿Vengarme? —repone, casi divertida.

—Por lo que pasó esa noche.

—¿Te refieres a cuando mataste a mi padre delante de mí?

Entorno los párpados en un gesto de irritación.

—Digamos que lo aparté de tu vida.

—Buen eufemismo.

Sonrío y después apago la sonrisa.

—Responde a la pregunta. ¿Quieres vengarte? —insisto, esta vez con dureza. Ella niega y tuerce la boca en un gesto de desdén, rechazando por completo la idea—. ¿Y qué quieres entonces?

—Respuestas.

—Respuestas —afirmo, con tono incrédulo.

—Dime por qué lo hiciste.

—Respuesta fácil, cielo: ese hijo de perra se lo merecía.

—¿Qué hizo?

—¿Qué más da? Lo importante es que el mundo es un lugar mejor gracias a mí.

—Tienes una forma muy retorcida de ver las cosas, Ash.

—Mira quién fue a hablar, joder.

Esta vez no hace el intento de contener la sonrisa y los jodidamente apetecibles labios que no dejo de mirar desde que me senté al otro lado de la mesa esbozan una sonrisa sexy de medio lado.

Me toca la polla que siga atrayéndome tanto, y más ahora, que sé quién es y, la hostia, esto es demasiado, incluso para mí.

—No, en serio. Dime por qué.

—Te lo acabo de decir. Se lo merecía. Ahora dime tú por qué no me lo contaste cuando nos conocimos.

—No estaba preparada para volver a ser Abbie.

Examino la superficie dorada de sus ojos, buscando algo, no sé el qué, ¿indicios de que miente?, ¿de que hay más cosas que me oculta?, ¿de qué sí quiere vengarse por lo que le hice a ese hijo de perra y solo está jugando conmigo como siempre?

—¿Solo por eso? ¿No me ocultas nada más? Si querías respuestas, ¿por qué no acudiste a mí? Cuando te entregué esto —le recuerdo, dando golpecitos en la antiquísima moneda que mis antepasados se trajeron de Irlanda para que les protegiera en su larga travesía hacia el nuevo mundo—, te dije que me buscaras si algún día querías saber por qué.

—El porqué no me quita el sueño, Ash. Sé que mi padre era un hombre malo.

—¿Lo sabes?

—Nunca te has preguntado por qué estaba yo debajo de la mesa, ¿a que no?

Ahora que lo menciona…

—¿Por qué estabas debajo de la mesa, Abbie?

Su forma de sonreír me da escalofríos.

—Mi padre tenía un cuchillo. Se lo acababa de clavar a mi madre en una pierna, pero ella había conseguido huir y ponerse a salvo en el desván, y en ese momento me estaba buscando a mí. Porque mi madre era una *puta* y yo algún día sería otra *puta* y él estaba hasta

la polla de putas; eso farfullaba, borracho, mientras daba tumbos por el salón, diciendo *¿dónde estás, conejito? Te en-con-tra-réee.* Y entonces tú le pegaste una patada a la puerta, te lo cargarse y, de esa forma, nos salvaste la vida. Así que ya lo ves, no quiero vengarme. Ese hijo de perra se lo merecía sin duda alguna y está claro que, de no haber sido por tu intervención divina, mi madre y yo estaríamos muertas ahora.

La tensión que noto alrededor de los hombros no tiene nada que ver con las flexiones de esta mañana ni con mi forma súper tóxica de golpear el saco de boxeo hasta arrancarlo de cuajo.

—No tenía ni idea —murmuro, cerrando los ojos durante unos segundos, antes de volver a analizarla en silencio. Mi infancia fue jodida, pero la suya lo fue todavía más. Al menos mis primeros años no fueron malos. Tuve a Josie, y a John durante un tiempo, y fui feliz, hasta que a ella la dejaron inválida. Pero Alexandra, en fin, *Abbie*, vivió siempre en un estado de terror, como todos los niños que presencian o sufren malos tratos, y eso ahora me permite explicarme algunas cosas; entenderla—. Mencionaste Protección de Testigos.

—Sí —me responde, tras engancharse el pelo detrás de las orejas, un gesto tan familiar que revuelve algo dentro de mí—. Después de esa noche, mi madre decidió ponerme a salvo, y la única forma de conseguirlo era contactar con el agente Clark, que unos meses antes había intentado persuadirla para que testificara en contra de mi padre y sus negocios turbios. Él ya estaba muerto, pero todavía podía delatar a todos sus socios, y eso fue lo que hizo. El FBI nos ofreció una vida nueva. Yo dejé de ser Abbie. Y la historia es más o menos esa.

—¿Dónde está tu madre ahora?

Rodea su taza de café con los dedos, baja la mirada hacia la mesa y sonríe con nostalgia.

—Se casó con un poli. Viven en Carolina del Norte. Tienen un pequeño rancho.

Acabo sonriendo mientras asiento con la cabeza, asimilándolo todo.

—Me alegro por ella.

—¿Qué hiciste tú con el cadáver? —quiere saber de pronto, levantando el rostro hacia el mío.

Me río entre dientes.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres llevar flores a la tumba de tu padre, Alexandra, Abbie, Lily o quien demonios seas en este momento?

—No. Solo era curiosidad. Lo cargaste al hombro y te fuiste sin más. ¿Cuántos años tenías, Ash?

—Si no me falla la memoria, alrededor de veinte.

—Me parecías un gigante.

—Porque tú eras una cría flacucha.

Se ríe, y por un momento… Un puto momento suspendido en el tiempo… Volvemos a ser nosotros.

Lo cual me acojona.

—Bueno, agente, una charla entretenida —me obligo a recomponerme mientras recojo el medallón de mi madre y me lo guardo en el bolsillo—, pero tengo cosas que hacer. Cuídate.

¿Estoy huyendo? Sí. Porque por un segundo, al oír su risa, me he sentido tan bien que solo quería que la sensación perdurara para siempre, y no voy a quedarme aquí para perder el control de nuevo.

Que ella sea esa niña escondida debajo de la mesa no cambia las cosas.

En todo caso, complica nuestra retorcida historia todavía más, porque ahora mismo yo sé cosas que ella ignora y no va a gustarle ni un pelo cuando lo averigüe.

De modo que rehúyo su intensa mirada, suelto dinero sobre la mesa y me marcho antes de que todo vuelva a descontrolarse.

—¡Ash!

Me detengo, pero no me giro. No puedo mirarla en este momento porque siento un impulso irracional de besarla y no debo ceder. No me gustan los límites, pero esta vez tendré que ponérmelos.

—¿Qué?

—Me gustaría pasar por tu casa algún día para recoger mis cosas, si es que todavía no les has prendido fuego en una hoguera. ¿Puedo?

Como me ha hecho reírme, tengo que respirar hondo para que no lo note cuando le respondo.

—Tú misma, cariño.

—Gracias. Te llamaré para confirmarte el día.

—Mm-hm. Una cosa más, Abbie.

—Tú dirás.

Contraigo la mandíbula.

—Siento haberlo hecho delante de ti —me disculpo al cabo de unos cinco segundos, mirándola por encima del hombro—. No tenía ni idea de que estabas ahí escondida. De haberlo sabido…

—¿Te habrías detenido a tiempo? Habrías sido menos… ¿violento, tal vez?

Noto el rostro cada vez más compacto, más frío e impersonal, más tensa la mandíbula.

—Soy consciente de que los niños que presencian actos de brutalidad en sus primeros años de vida desarrollan algunas… psicopatías, y lamento ser el causante de la tuya.

Le hace mucha gracia lo que acabo de decirle. Sus carnosos labios intentan contener el gesto, pero le resulta imposible y al final su rostro se abre en una sonrisa de oreja a oreja que me permite ver una hilera de dientes blancos y bonitos, a través de los cuales se está riendo ahora mismo.

—¿Qué? ¿Por qué te ríes?

—Me divierte que pienses que la psicópata soy yo.

Giro sobre los talones porque quiero mirarla a los ojos cuando le diga esto. También me gustaría que ella me mirara a mí.

—Cielo, te follaste al asesino de tu padre y luego te enamoraste de él. Por supuesto que la psicópata eres tú, joder.

Y ahí la dejo, sentada en la mesa, mirándome boquiabierta, herida e incrédula mientras me marcho sin volver la vista atrás, tal y como hice esa noche, cuando lo jodió todo entregándome al FBI.

Capítulo 15

Uno miente para estar a salvo.
(Agente especial Cooper)

Alexandra

Sigo sentada en la mesa, mirando la puerta por la que ha salido, cuando me llama Clark para que regrese a la agencia. Los de Asuntos Internos quieren verme.

Estupendo. Pongamos fin a la charada de una vez por todas.

De camino, repaso mi discurso. Hoy me he levantado dispuesta a contar la verdad, a pesar de las circunstancias.

Pero, al verme sentada delante de los dos agentes al cargo de esta investigación, la verdad se difumina, mi memoria se borra como por arte de magia y les cuento más o menos lo mismo que les ha contado Ash.

No era seguro compartir información. Podía no ser viable. Estaba convencida de que se trababa de una trampa en la que no quería caer.

Incluso yo me sorprendo a veces con las mierdas que hago. Me siento delante de ellos y miento de una forma magistral. Tal y como aprendí en Protección de Testigos. Uno miente para estar a salvo. Fin, señorías. No hay ética ni integridad que valga.

—Y eso es más o menos lo que pasó.

La de Asuntos Internos frunce los labios. Soy una mentirosa profesional, pero ella no se lo ha tragado. Imagino la cara que pondría si le dijera la verdad.

¿Quiere que le cuente lo que verdaderamente pasó, señoría? Aquí tiene los hechos. Me follé al sospechoso. En reiteradas ocasiones. Y las disfruté todas, como seguro que ya se imagina usted.

Me casé con él porque lo amaba y me daba igual quién fuera y también la gente a la que no dejaba de cargarse. ¿Sabe lo que le digo, señoría? Esos hijos de puta se lo merecían, en el fondo. De

haber sido intachables, él nunca los habría tocado porque tiene su código de villano y siempre lo respeta a rajatabla.

Así que, ya ve, jamás de los jamases lo habría delatado, de no haber sido por… un pequeño contratiempo que no viene a cuento en este momento.

Ahora haga usted lo que le plazca con esta información.

Sí, imagino la cara que pondría. Cómo me señalaría desde su pedestal de superioridad moral. Tiraría la primera piedra. Escupiría la acusación. *Es usted despreciable, agente Cooper. Una vergüenza para nuestra agencia y para nuestros valores.*

Pues vale. ¿Y qué? Si pudiera volver atrás en el tiempo, sabiendo todo cuanto sé ahora, haría exactamente lo mismo. Como diría Michael Corleone: ¿de qué sirve confesarme si no me arrepiento?

Puede que Ash tenga razón. Puede que haya desarrollado una psicopatía durante la infancia. La verdad es que nunca me he psicoanalizado a mí misma.

—La llamaremos cuando hayamos deliberado.

—Muy bien. Gracias por su tiempo.

—De nada, agente Cooper.

Me levanto de la silla y abandono la sala. En el pasillo me topo con Clark.

—¿Ya está? —me dice al cruzarnos.

—Sí.

—Pues suerte.

—Gracias—. Me dispongo a irme, cuando me sobreviene una duda—. Clark.

Se detiene de su caminata y se gira para atender mi pregunta.

—¿Agente?

—¿Qué les has contado?

Respira hondo, exhala y le veo tensar la mandíbula.

—Que tu actuación fue ejemplar.

Mis labios se separan en un gesto de incredulidad. Niego, confundida, sin comprender por qué haría algo así sabiendo lo que sabe, que me enamoré de Ash y que nada de lo que él o yo les hemos contado es cierto.

—¿Por qué?

—Porque tú viste cosas que a mí se me pasaron desapercibidas.

—¿Cómo cuáles?

—Que hace cosas malas, pero también cosas buenas. Tú ves más allá, Cooper. No vas siempre a por lo evidente, buscas algo más intrínseco, y eso es lo que te hace especial y valiosa para esta agencia. Eres buena en lo que haces, y te quiero en mi equipo.

Le sonrío, y él asiente para zanjar el asunto mientras se aleja por el pasillo. El héroe solitario. También es de los que caminan solos. En el fondo, son muy parecidos, Ash y él. Solo que se encuentran en caras opuestas de la moneda.

O no tanto, ahora que Ash ha demostrado estar en ambos lados, oscilando como yo entre la luz y la oscuridad, a veces ecuánime, a veces tomando partido por un bando o por el otro.

*****

No me esperaba en absoluto la llamada.

Teniendo en cuenta de qué forma acabó nuestra última conversación, no parecía probable que Ash fuera a querer estar cerca de mí en un tiempo.

Así que me pilló súper desprevenida que me llamara anoche. Estaba a punto de meterme en la ducha cuando vi su nombre iluminarse en la pantalla de mi móvil. El corazón me empezó a aporrear desbocado entre las costillas, un excitante chute de adrenalina que se disparó por todo mi torrente sanguíneo y me dejó lívida y sin aire en los pulmones.

Dejar pasar la llamada no era una opción viable. Prácticamente, me abalancé sobre el móvil, como un yonqui que ha estado apartado de su droga favorita durante mucho tiempo y, de pronto, alguien se la pone delante.

—¿Diga? —murmuré, con los dedos rígidos alrededor del aparato.

—Soy yo. Estoy en el *Fever*. He bebido más de la cuenta y mis amigos no están aquí para recordarme la mala idea que es llamar a tu ex cuando estás borracho.

Sonreí, sin poder evitarlo.

—Me alegra que hayas llamado.

—Tenemos que hablar. Necesito verte.

—¿Quieres que vaya para allá?

—Esta noche, no. Estoy borracho. No confío tanto en mí mismo como para arriesgarme a estar cerca de ti ahora. Mejor mañana.

Cerré los ojos para protegerme de alguna forma de aquella voz ronca que se estaba abriendo paso a través de mí como un torrente cálido que me barrió de arriba abajo, tragué saliva y, apoyada contra la pared, accedí. Por supuesto que accedí. Accedí a todo.

Y aquí estoy, en el lugar que él ha escogido, hecha un manojo de nervios, sin saber qué esperar de este nuevo encuentro.

Llego pronto, soy la primera. No soportaba estar en casa. El piso parecía una jaula esta mañana y yo era peor que una fiera, daba vueltas de una esquina a la otra sin poder controlar mi ansiedad.

Mejor salir de ahí y respirar un poco de aire fresco.

Escojo un banco delante del lago, para que pueda verme desde la entrada, y observo primero los patos que nadan tranquilos y luego a los niños que juegan a unos doscientos metros de aquí, en la zona de los columpios.

Noto la presencia de Ash incluso antes de que se siente a mi lado. El aire se espesa, se vuelve eléctrico, como si todos los átomos que lo componen se alteraran gracias a su llegada.

No digo nada. Él tampoco. Solo se sienta a mi lado en el banco y los dos nos limitamos a observar a los niños que chillan y ríen alegres en el parque infantil. El silencio entre nosotros es tan denso que da calambre.

—¿De verdad habías dejado la píldora? —me pregunta al final, después de más de cinco minutos de silenciosa contemplación. No se ha quitado las gafas de sol. Yo también conservo las mías.

Una sonrisa triste asoma en las esquinas de mi boca.

—Sí.

Se mantiene concentrado en las familias que disfrutan del excelente día soleado que tenemos hoy en la ciudad. Lleva unas Ray Ban muy sexys y el pelo, de un rubio bastante oscuro, peinado con la raya a un lado. Viene de trabajar o de alguna reunión importante. Parece poderoso y confiado, y tan guapo que se me forma un nudo en la garganta mientras paseo la mirada con languidez por su tenso

perfil, embebida y tan fascinada como una polilla que ve la luz por primera vez en toda su miserable vida confinada en la oscuridad.

—¿Y si te hubieras quedado embarazada? —murmura, frunciendo el ceño con aire confundido.

—Eso me habría hecho muy feliz.

Vuelve el rostro hacia el mío y yo me quedo sin aire en los pulmones. Las gafas de sol ocultan sus ojos, pero aun así puedo sentir su mirada sobre mí, penetrante y azul como el mar en calma. Igual de abismal.

—¿Por qué? Lo que tú y yo teníamos era una mentira.

Me siento triste al descubrir que él lo ve así.

—Nuestra vida no era ninguna mentira, Ash. Yo te amaba. Para mí, era muy real. Estaba contigo al cien por cien.

—Y, sin embargo, me vendiste.

—No me dejaste elección —murmuro, con la garganta cada vez más constreñida.

—No hablemos más del tema. Tú tienes tu opinión al respecto y yo tengo la mía. Y nunca vamos a ponernos de acuerdo en esto, así que dejémoslo estar.

Me deshago en un suspiro y mi atención se desvía otra vez hacia el lago. Mirar el agua resulta tranquilizador.

—¿Por qué este sitio?

Su mirada, tras los cristales de sus Ray Ban, parece penetrar en el ambiente, pendiente de cada detalle. Él nunca baja la guardia. Solo lo hizo conmigo y le salió muy mal la jugada.

Con tranquilidad, se enciende un cigarrillo, toma una calada y luego me lo pone en la boca.

Sin poder evitar sonreír, le doy una chupada antes de devolvérselo. Compartir un cigarro con él tiene algo de erótico. Me gusta. Es el único vínculo que nos queda a estas alturas.

—Supongo que podría haber escogido una cafetería cutre —admite entre nubarrones de humo—, pero creo que tú pasabas información en un parque, ¿no? Quería que te sintieras como en casa.

No voy a caer en la provocación, así que me limito a negar para mí y a fingir que no duele su ataque.

—¿Qué quieres, Ash? ¿Por qué estamos aquí?

—He recapacitado.

Su rostro denota la determinación de un hombre que sabe lo que quiere y cómo conseguirlo.

Mis ojos intentan atrapar su atención, pero se empeña en no devolverme la mirada. Prefiere observar a los patos.

—¿Respecto a lo nuestro?

—Joder, ¡no! —Parece horrorizarle la idea. Pues qué bien—. Lo nuestro está muerto, Abbie. Pero hay cosas que yo sé y que tú ignoras, y a lo mejor es hora de que pongamos todas las cartas sobre la mesa para acabar con este asunto ya. Toma. Ve a este sitio. —Me pone una tarjeta en la mano. Intento adivinar de qué va esto, pero la dirección no me desvela nada—. Te he apuntado los detalles por detrás. Encontrarás las respuestas que buscas y, con suerte, también la paz.

Aprieto la mandíbula mientras estudio el logo de lo que parece una clínica privada.

—¿Por qué haces esto?

—Porque soy un buen tío. Recuérdalo la próxima vez que quieras joderme.

Asiento, fastidiada, me guardo la tarjeta en el bolso y, durante un buen rato, me limito a dedicarles a los patos la misma atención que les brinda él. La mamá patito nada de forma muy graciosa, con todos sus hijos, siete, siguiéndola. No puedo evitar sonreír. Soy muy monos.

—¿Crees que es la madre o el padre? —me pregunta Ash de pronto, ofreciéndome el cigarrillo.

—La madre, seguro —le respondo nada más colgármelo entre los labios—. Los padres suelen pasar del tema.

—Yo no habría pasado.

Sonrío mientras expulso hacia arriba una bocanada de humo.

—Lo sé—. Le devuelvo el cigarrillo, y entonces él me mira, y yo lo miro, y el aire vuelve a cargarse de electricidad estática, como siempre que estamos juntos—. Habrías sido un buen padre.

—Bueno, nunca lo sabremos.

—Duele —admito después de un tenso silencio—. Duele mucho.

—La vida es jodida, Abbie. Asúmelo.

Nos callamos durante un rato.

—Ash.

—¿Qué? —repone, exhalando.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿El qué?

Noto sus ojos clavados en mi rostro, ardiendo tras los cristales de las Ray Ban, pero siento que no tengo fuerzas para enfrentarme a ellos. Me noto tan débil y rota que me vencerían de inmediato.

Así que mi mirada, de pronto apagada y sin brillo, como la de una persona mayor que ha visto cosas horribles que le han quitado el resplandor de la inocencia y ahora percibe el mundo tal y como es, amargo, desprovisto de ilusiones, se mantiene sobre el lago.

—Que estábamos en el mismo bando.

Como no contesta, al final mi rostro se vuelve hacia la derecha, y lo que encuentro es un semblante tenso y unos ojos fríos, de un azul helado que apenas reconozco. Se acaba de arrancar las gafas de sol para poder fulminarme con la mirada.

—¿Y cómo cojones iba a saber yo en qué puto bando estabas tú, cielo?

Asiento con fastidio. Supongo que me lo merezco.

Me quito las gafas y me las cuelgo del cuello de mi vestido veraniego.

—Dime una cosa. ¿Lo de Hughes era por cuestiones de trabajo?

Niega después de pensárselo unos momentos.

—Era personal. No te mentí. Le hice una promesa a mi madre el día que la enterré. Aston Hughes lleva mucho tiempo encabezando mi lista. Toda una vida.

Al cigarro le quedan unas dos caladas. Se lo quito de la mano y me lo cuelgo entre los labios. Sospecho que, en cuanto nos lo acabemos, se marchará. No quiero que llegue ese momento. Estar lejos de él es lo más difícil que he tenido que hacer en toda mi vida. Me gustaría abrazarme a su pecho, que me rodeara entre los brazos y que me dijera lo que me decía siempre: *todo va a salir bien. Está controlado.*

Pero sus labios se mantienen inamovibles esta vez, y sus brazos, tensos, lejos de mí.

—No vas a dejarlo estar, ¿a que no? —murmuro, después de haberlo repasado en silencio, intentando en vano establecer contacto visual con él.

—No sé de qué me hablas, agente.

Recupera el cigarrillo, lo remata y, nada más apagarlo, se levanta del banco y me dedica unos tres segundos de atención, antes de volver a enfocar el parque infantil.

—¿Te han dicho algo los de Asuntos Internos? —me pregunta, concentrado en cualquier cosa menos en la mirada que lo reclama con insistencia desde abajo.

—No. Todavía no.

—¿Quieres que haga un par de llamadas?

Lo miro sin dar crédito, con una sonrisa cada vez más perpleja.

—¿Que si quiero que hagas un par de llamadas? ¡Claro que no!

—De acuerdo. Bueno, tengo una reunión, así que…

Rígida en el banco, vuelvo el rostro hacia el lago y niego para mí.

—Pues adiós —rezongo, mosqueada. No sé qué esperaba de este encuentro, pero está claro que me ha puesto de malhumor.

—Espera. Una cosa más. Hay algo que me carcome por dentro desde hace días ya y tengo que preguntártelo.

Mi mirada vuela hacia la suya y veo que está un poco incómodo. A saber lo que va a decirme ahora.

—¿Qué pasa?

—Tu ex. Un cabo suelto. Mandé a Julian para que le diera su merecido y ahora me pregunto si no machacaríamos a ese capullo por nada.

No me tomo la molestia de fingir que no estaba al tanto del tema. Lo supe en cuanto leí la noticia. Me dio igual, como todo lo que pasaba en esa época, supongo. Ese tío se lo había ganado a pulso. No vi necesario experimentar cargos de conciencia.

—Lo que te conté era cierto.

Hunde las dos manos en los bolsillos de sus pantalones negros de sastre y se balancea sobre los talones, con los ojos vagando sobre el agua que tenemos delante.

—¿Y por qué coño dejaste que te pegara, a ver? Eres un ratón de biblioteca, pero seguro que algo de entrenamiento físico te habrán proporcionado en Quantico. ¿No pudiste neutralizarle, hacerle una llave o algo así?

—Ash, ¡no soy un ratón de biblioteca! —me enervo, fulminándolo con la mirada.

—Claro que eres un ratón de biblioteca, joder. Mírate.

Su rostro se gira hacia el mío y, por primera vez hoy, hay una sonrisa socarrona en las comisuras de sus anchos labios. Me guiña el ojo al ver la cara de pocos amigos que le dedico, y es un gesto tan familiar que me siento devastada, sin aire en los pulmones.

—Aun así —retoma la conversación como si nada, ajeno a mi expresión desecha—, por lo que me han contado, ese tío era un moñas. Creo que habrías podido con él. Pero no hiciste nada, dejaste que te pegara y se fuera de rositas. ¿Por qué? ¿No aprendiste de pequeña que a los abusones hay que pegarles el doble de fuerte?

—En este momento me alegro de que ese último test de embarazo diera negativo.

—Contesta a la pregunta —me pide con calma. Aun así, su voz, serena, aunque firme, corta el aire con autoridad.

Mi mente se enfoca en su solicitud porque es la única forma de evitar lo demás, perderme en su presencia magnética o quedar atrapada en el hielo que arde en sus ojos.

—Te di lo que necesitabas —murmuro antes de desviar la mirada.

—¿Qué es…?

Su pregunta es precedida por una mirada escrutadora de la que intento huir. Cualquier desliz podría tener consecuencias inesperadas.

—Alguien a quien poder salvar. Estaba al tanto del perfil maltratador de ese tío y lo utilicé para moldear a mi personaje. Verás, tú estabas rodeado de mujeres guapas e interesantes, así que, si quería destacar por encima de las demás, tenía que ofrecerte algún plus.

—Ah, Dios mío —le oigo decir entre dientes, asqueado—. ¡Lo que insinúas es jodidamente retorcido! ¿Sugieres que a mí me ponen

cachondo las víctimas de malos tratos?, ¿es eso? —clama, con voz vibrante de ira.

—No —lo apaciguo al fijarme en su expresión tensa. Está muy mosqueado ahora mismo. Será mejor que lo arregle. Creo que no me he expresado bien. No he encontrado la respuesta adecuada y he hecho estallar la bomba—. Lo que sugiero es que tienes el instinto protector más desarrollado que haya visto nunca en nadie. Una mujer guapa y vulnerable habría llamado tu atención.

Niega con aire de mártir y mira al cielo, como implorando paciencia.

—Debí de haberte dejado muy traumatizada esa noche. Tu cabeza está peor de lo que creía, cielo.

Vale, empiezo a mosquearme.

—¿Me estás diciendo que, de no haber tenido Alexandra el perfil que tenía, te habrías enamorado de ella igualmente?

—¡Sí! —me grita, con las pupilas encendidas de rabia.

El aire entre nosotros vibra con la fuerza de nuestras emociones desatadas. Hay algo peligroso y aniquilador en la atmosfera que nos envuelve.

—¡¿Por qué?! —le grito de vuelta.

—¡Porque me la ponía dura! ¡No soy tan retorcido como tú!

Hundo la cabeza entre las manos y, cuando vuelvo a mirar, ya se ha marchado.

Niego, derrotada, y vuelvo a concentrarme en los patitos que nadan tan tranquilos sobre la superficie del lago artificial. Su vida parece muy sencilla. Nada que ver con la mía, ni tampoco con la de Ash.

Capítulo 16

Todo el mundo tiene secretos. La única cuestión es encontrar dónde están.
(Stieg Larsson)

Alexandra

No tengo ni idea de qué va esto y estoy bastante intrigada. ¿Por qué me habrá enviado a este sitio? ¿Qué demonios se supone que voy a encontrar aquí, en una clínica pija de las afueras?

—Disculpe. ¿La habitación 016?

—¿Es usted familiar del paciente?

—Pues… no, pero me manda Ash. El señor Williams, quiero decir.

La expresión facial de la recepcionista cambia al instante. Prácticamente, se ilumina.

—¿Conoce usted al señor Williams?

¿Por qué se refiere a él como si fuera algo suyo, como si le perteneciera de alguna forma?

—Soy su mujer.

El rostro de la joven pierde de inmediato el brillo de la sonrisa.

—Ah. No sabía que estuviera…

—¿Casado? Sí, lo está. Casadísimo. ¿Ve esta alianza? Sí, me la dio él el día de nuestra boda, cuando me juró amor eterno. Entonces, ¿la habitación 016?

—Po… por ahí.

—Gracias.

Lo sé, he sido odiosa y me he puesto celosa sin ningún motivo. Bueno, ¿qué más da? No voy a volver ahora para decirle que lo estamos dejando porque él es el jefe del hampa y yo una agente federal infiltrada que lo arrastró a la cárcel.

Lo mejor será acabar con esto de una vez por todas, descubrir por qué he tenido que conducir hasta aquí, en qué nueva trampa estoy a punto de adentrarme.

Y solo hay una forma de saberlo.

Empujo con determinación la puerta de la habitación misteriosa y desde el umbral intento captar todos los detalles que puedo. No encuentro demasiadas pistas, estoy ante la típica sala de hospital, blanca y aséptica, que no trasmite gran cosa.

Sospecho que la clave de este acertijo está en el hombre sentado en la silla de ruedas.

Lo tengo de espaldas, concentrado en el jardín que se despliega delante de él en una sinfonía de verdor y calma.

Un estanque sereno, custodiado por nenúfares blancos, refleja el cielo azul y las frondosas copas de los árboles que se alzan solemnes a ambos lados del agua, dos filas de centinelas silenciosos que solo parecen relacionarse con el viento y el sol.

No es un mal sitio para recuperarse de una larga enfermedad.

Hay algo muy plácido en esta imagen, y el paciente de esta habitación está tan absorto que ni se ha percatado de mi presencia.

—¿Hola? Perdone que le moleste. El señor Williams me dijo que usted podía ayudarme. Soy la agente Cooper, del FBI. ¿Tiene un momento? Me gustaría hacerle un par de preguntas respecto a… Ash. El señor Williams, quiero decir. Lamento presentarme aquí de improviso. ¿Podemos hablar?

No hay repuesta. El hombre ni siquiera se mueve. ¿Estará muerto? De Ash me espero cualquier cosa a estas alturas.

Un poco inquieta —mi febril cerebro no deja de recrear cierta escena de *Psicosis*, esa parte en la que el espectador ve por primera vez a la madre de Norman Bates…—, entro en la habitación, lo sacudo un poco y, al ver que sigue sin reaccionar, vuelvo su silla hacia mí para comprobar si aún respira.

Y, entonces, me quedo helada, los pulmones vacíos de oxígeno y los ojos abiertos de par en par ante la sorpresa que me tenía preparada mi querido marido.

Ahogo una exclamación de horror al fijarme en el tatuaje que tiene en el brazo y retiro de inmediato la mano, como si la silla me hubiera dado una descarga eléctrica. No hay lugar a dudas. Es él.

¡Es él!

No puede ser... ¿Cómo es posible?

El silencio se vuelve opresivo, una presencia ominosa que llena toda la habitación.

Mis pensamientos corren desbocados, tratando de encontrar una explicación lógica a lo que estoy viendo.

Pero no la hay. No hay explicación que valga. Excepto que, a veces, incluso nuestros propios ojos pueden engañarnos. Y, si no podemos fiarnos ni siquiera de las cosas que vemos, ¿qué certezas nos quedan en la vida?

—¿Papá? —musito, mi voz apenas un susurro en la quietud de la habitación. Mis manos temblorosas se aferran de nuevo al borde de su silla. Siento el tacto firme bajo mis dedos mientras mi mente lucha por procesar lo incomprensible—. Eres tú, ¿verdad? Papá, soy Abbie. Soy tu hija. ¿Te acuerdas de mí?

No reacciona. No mueve ni un solo músculo, y sus ojos, de un marrón verdoso, parecen despojados de vida. Es como si él ya no estuviera ahí dentro. Su cuerpo es una reliquia, una fotografía inanimada que alude a otros tiempos. Guarda un asombroso parecido. Eso es todo. Pero no es él. Mi padre está muerto. Lo que tengo delante es… otra cosa.

—Papá, ¿de qué va esto? ¿Por qué estás aquí? Necesito que me respondas, que intentes comunicarte de alguna forma. ¿Qué has hecho? ¿Por qué cojones te tiene Ash metido en esta habitación? ¿Y por qué no te vas sin más? La puerta está abierta.

Por mucho que insista, no hay respuesta, y al final me canso de esperarla. Entonces me dejo caer en el alfeizar de la ventana y, con aire decaído, observo la pequeña habitación en la que trascurre toda su vida.

Supongo que hay destinos peores. Podría haberlo encerrado en un zulo bajo tierra.

O a lo mejor ha estado en un zulo bajo tierra hasta perder el juicio y ahora le han trasladado aquí por motivos humanitarios…

La mente de Ash es un laberinto con decenas de salidas. Encontrar la correcta a veces cuesta un poco. A él le encanta jugar al despiste.

Vuelvo la mirada hacia mi padre y esgrimo una sonrisa temblorosa. Tenerle cara a cara después de todo este tiempo me

inspira muchas cosas, pero, sobre todo, lástima. Con sorpresa estoy constatando que ya no le tengo miedo. La imagen que guardo de él es aterradora. Sin embargo, el anciano frágil y decrépito que tengo delante no puede asustarme. Ya no. Abbie ha dejado de ser esa niña que se escondía debajo de la mesa, se tapaba las orejas y rezaba febril para que los gritos cesaran y su madre sobreviviera a la paliza un día más.

—¿Te acuerdas de cuándo irrumpió en nuestras vidas, en la mía y en la tuya? —le digo al cabo de muchísimo tiempo—. Supongo que no. Llevabas unas seis horas bebiendo como un animal. Pero yo lo recuerdo a la perfección. Recuerdo cada jodido detalle. ¿Por qué no pudiste ser normal? ¿Por qué nada en mi vida puede ser nunca normal? Yo solo quería que me quisieran. Joder. Es de primero de psicología —comprendo entonces, riéndome con amargura—. Tengo a un padre como tú y voy y me enamoro de un tío como él. Soy un sujeto muy previsible.

Noto que los ojos se me cargan de lágrimas. Aparto la mirada de su rostro marchito y me fijo en que, a pesar de su lamentable estado mental, Ash le trata bastante bien. Hay incluso un DVD para que pueda ver películas. Este sitio es mejor que mi apartahotel.

—Me casé con él, papá. Pero la jodí y ahora lo estamos dejando. No me resulta nada fácil. Estoy pasando una mala racha. Lo echo de menos como nunca pensé que echaría de menos nada ni a nadie. Ni siquiera sé por qué te cuento todo esto. Supongo que eres un buen oyente. Te lo deben de decir mucho. Tiene gracia. Tú antes nunca te callabas. Siempre gritando… A esto le llamo yo justicia poética.

Me paso la mano por el rostro, vuelvo a reír con amargura y mis ojos se concentran de nuevo en el DVD. Es la nota discordante. ¿Qué sentido tiene ponerle un DVD a una persona que no reacciona ante ningún estímulo externo? De haber quedado algo de vida en su interior, habría protestado al enterarse de que me casé con su carcelero. Pero ni siquiera ha parpadeado. ¿Qué se me escapa?

Catalogo de nuevo la habitación con renovado interés, pero todo lo demás encaja, la cama, la mesilla, la tele, la lámpara. Todo, menos el DVD. Rompe la armonía del conjunto.

—¿Por qué tienes un DVD? ¿Ves películas alguna vez? ¿Ahora te va el cine?

Sus ojos se elevan y se clavan de golpe en los míos, con tanta fiereza que ahogo una exclamación. Es como si hubiera estado en coma y algo, un estímulo que no consigo identificar, le hubiera hecho despertar de repente, reaccionar, volver a la vida.

—¡Enfermera! —grito, pero ya es tarde. Mi padre se inclina hacia delante, me aferra por la muñeca y sus huesudos dedos se hunden en mi carne.

No sé qué es lo que intenta decirme. No puede hablar. Se limita a hacerme daño, y lo hace con una fuerza inhumana.

—¡Suéltame, Gavin! —exijo entre dientes. Se supone que debo conservar la calma y actuar con firmeza.

Lo intento, pero sus dedos se enroscan con más brutalidad alrededor de mi muñeca y me resulta imposible liberarme de su agarre. Sus ojos son enormes, muy hostiles. Gruñe y enseña las encías como un perro, y en las comisuras de su boca hay un poco de espuma blanca.

Unas manos fuertes me cogen por los hombros, me apartan de él y me ordenan que no me mueva.

Obedezco, presenciando con ojos aturullados cómo le inyectan algo en la vena. Su furia retrocede deprisa, hasta que, al cabo de unos dos minutos, ya no queda nada.

—¿Quién es usted y qué le ha hecho? Nunca se había alterado de esta forma. ¡Haga el favor de marcharse ahora mismo!

—Lo siento. No pretendía causarles problemas.

—¡Márchese de una vez!

Salgo precipitadamente de la habitación y corro por el pasillo sin mirar atrás.

En la calle, clavo el dedo en el mando del coche para desbloquearlo y me doy cuenta de que me ha dejado moratones.

—Mierda.

Giro la muñeca y observo las cinco marcas oscuras que entrecortan la palidez de mi piel.

*****

—¿De qué narices va esto? —espeto al irrumpir en el gimnasio, hecha un manojo de nervios todavía.

Ash, con la cabeza apoyada en el suelo y todo su cuerpo levantado en una perfecta línea vertical, me mira con una sonrisa traviesa mientras se sostiene a sí mismo en una posición de equilibrio imposible.

No lleva camiseta, solo un pantalón corto, gris, con el logo de Adidas, y cada músculo de su cuerpo está tenso y esculpido con precisión.

Me quedo paralizada por un momento, asombrada por la exhibición de control y poder físico que tengo delante. Ahora mismo me siento incapaz de apartar la mirada de su figura imponente.

La facilidad con la que mantiene la postura, combinada con la fuerza palpable que emana de él, crea una imagen hipnótica que me deja sin palabras. Y juraría que también sin aire en los pulmones.

—Le habrás dado recuerdos de mi parte.

Que se esté burlando de mí me hace reaccionar, apretar las muelas y volver a fulminarlo con la mirada.

—Ash, ¿por qué mantienes a mi padre, vivo, encerrado en esa clínica? —le insisto, temblando de rabia. Todavía no me he recuperado del impacto de volver a ver a Gavin con vida.

—Porque…

Con la destreza de un felino, baja lentamente el cuerpo al suelo, la sonrisa socarrona aún presente en su apuesto rostro, y se me acerca, medio desnudo, cortándome el aliento con la electricidad que lo envuelve.

Cada fibra de mí se vuelve consciente del peligro que desprende.

Y cada fibra de mí quiere más.

Su boca se aproxima tanto a la mía que pienso que va a besarme, pero lo que hace es echarme el pelo hacia atrás para poder susurrarme al oído:

—Cuando quieres hacerle daño a alguien, daño de verdad, no te lo cargas, joder.

Me cuesta recobrar el control sobre mí misma. Se me ha disparado la adrenalina al tenerle tan cerca de mí y ahora mismo mi

corazón martillea con un rugido tan ensordecedor que me siento un poco mareada.

—¿Y por qué quieres hacerle tanto daño, Ash? —murmuro, devastada por todo este coctel de sentimientos que estoy experimentando hoy. Él me atrae y me horroriza al mismo tiempo, este lado sádico suyo que yo no conocía me asusta.

—Porque se lo merece —gruñe en mi oído, antes de soltar el mechón de pelo que sujetaba entre sus dedos, retroceder y observarme con ojos fríos—. ¿Quieres saber por qué sigue respirando después de más de veinte años? Ven. Te lo mostraré. Venga, que me siendo magnánimo hoy. Te enseñaré otro pedacito más de la oscuridad que llevo dentro. Vayamos a la sala de cine. Estarás más cómoda ahí.

*****

Nuestras miradas chocan por un segundo en medio de la tensión que nos envuelve.

—¿De qué va esto?

Mi propia voz se eleva en un eco de recelo, palabras desgarradas por la confusión y la necesidad de comprenderlo.

Acaba de poner un DVD y ahora está trasteando con el mando para hacerlo funcionar.

—Nunca he comprendido esta puta televisión —maldice por lo bajo—. La del salón es mejor.

—Le pegaste tres tiros.

—*See.*

—¿Por qué?

—No encontraba el mando a distancia y era la forma más rápida de apagarla.

—Fascinante.

Ceñuda, me vuelvo de nuevo de cara a la pantalla. Él se mantiene a mis espaldas, con una toalla blanca alrededor de los hombros, concentrado en hacer funcionar el DVD.

Al final lo consigue, y entonces me quedo pasmada al ver que se trata de la cámara de seguridad de una azotea. Mi padre no sale en

la grabación. De momento, solo veo a una chica morena, de espaldas. Mira hacia abajo como si pretendiera saltar. ¿Qué demonios es esto?

—Nikki —oigo de pronto la voz de Ash. Necesito un momento para comprender que el que habla es el Ash de la tele. El que tengo a mis espaldas se mantiene callado, con la mandíbula en tensión—. ¿Qué haces? Volvamos a la fiesta.

—No puedo más —murmura la chica, girándose, rendida.

Me quedo sin aliento al verla por primera vez. Parece tan frágil y tan rota que da lástima. Siempre me he preguntado qué aspecto tenía. Qué había de especial en ella para que él se enamorara.

Y ahí está, en la tele, con unos vaqueros rotos, demasiado grandes para su cuerpo flacucho, y un jersey a rayas, también sin forma. No parece ropa adecuada para una fiesta.

—Nikki, ¿qué haces con esa pistola? —gruñe Ash, aunque no parece cabreado. Más bien acojonado—. Cielo, suelta la pistola. ¿Quién te la ha dado?

—La compré yo.

—¿Por qué?

—Porque no lo aguanto más.

Ash se echa el pelo hacia atrás con desesperación y se obliga a sí mismo a conservar la calma. Está desencajado. Sus perfectos rasgos se han desmoronado al ver el arma.

—Nikki, sé que estás pasando por una mala racha ahora mismo, pero podemos arreglarlo. *Yo* puedo arreglarlo. Buscaremos ayuda, ¿vale? Te llevaré a la mejor clínica, cielo. Te darán algo para que deje de doler. Caballo si hace falta, morfina o… ¡qué sé yo! Pero, por favor, por favor, cariño, Suelta.Esa.Pistola. Por favor, Nikki. Habla conmigo, ¿quieres?

—No puedo más…

Él levanta las manos en ademán apaciguador, como si estuviera dispuesto a escuchar su versión.

—Lo sé, pero hazlo por mí. Nikki, yo te quiero. No me hagas esto. Por favor. Venga, busquemos una solución.

—No la hay.

—*Siempre* hay una solución.

La chica niega, febril. Está muy inestable. podría hacer cualquier cosa, pegarse un tiro, dispararle a él, saltar al vacío… Era mirada errática y el rostro surcado de lágrimas no auguran nada bueno.

—Ash… ¿Recuerdas cuando nos conocimos? Sonaba una canción de Brian Adams.

—Lo recuerdo —le responde él con un aplomo que evidentemente no siente y una especie de sonrisa atormentada—. Por favor, suelta la pistola. Háblame de la canción. Voy a acercarme.

—¡No te acerques! —le grita ella, apoyando el cañón de la pistola justo debajo de su mentón—. ¡No se te ocurra acercarte!

—Vale, vale. Tranquila. No me acercaré. Mira. Ni un paso más. Hablemos de la canción.

—Sí… ¿Cómo era? *Oh thinkin' about all our younger years. There was only you and me*[11] —farfulla, completamente ida.

—Nikki, por favor, no me hagas esto —se viene abajo él al verla en ese estado—. Por favor, volvamos a casa. Buscaremos otro psiquiatra. Uno mejor. Lo arreglarán.

—Yo ya no tengo arreglo. Pero tú, sí.

—Nikki… —Se detiene y niega impotente. Ya no sabe cómo razonar con ella. Sospecho que no es su primer episodio psicótico—. No digas eso, cariño.

—No puedo seguir arruinándote la vida, Ash.

—¡No me estás arruinando nada, joder! A mí me encanta estar contigo, ¿vale? Me gusta cuidarte, estar a tu lado. Incluso cuando tú no quieres que esté ahí. No puedo perderte, Nikki. Nada tendría sentido sin ti. Así que suelta la pistola, cielo. Solo tienes que soltarla. Solo eso.

—Ash, tú no lo entiendes.

—Explícamelo entonces.

Nikki niega. Se la ve realmente asustada en este momento, incluso más inestable que antes.

—Las voces están siempre ahí. No puedo… no puedo vivir con eso dentro. Los veo. Los oigo. Están en todas partes. A todas horas. Es demasiado, Ash. ¡No lo aguanto! Solo quiero que se callen. Solo

quiero que se callen. Que se callen. ¡QUE SE CALLEN DE UNA PUTA VEZ!

—¡Nikki! —le grita con firmeza, lo cual surte cierto efecto en ella, la arranca por unos segundos de donde sea que se haya marchado y la devuelve a esa azotea.

—Ash, te quiero, te quie-ro. Pero no lo aguanto más.

Cierro los ojos y me estremezco, pegando un violento brinco en el sofá al oír el disparo. Joder. ¡Joder!

Cuando reúno suficientes fuerzas como para atreverme a comprobar la pantalla de nuevo, ella se ha volado la tapa de los sesos y él está de rodillas en el suelo, gritando su nombre. Se ha cogido la cabeza entre las manos y está llorando sin ningún control, en absoluto estado de shock, mientras formula su nombre una y otra vez.

Nikki, Nikki, Nikki...

No aparto la mirada de él, esa versión jovencísima de sí mismo, hasta que se levanta, va hacia su cuerpo sin vida y la abraza contra su pecho; se sienta en el suelo, con ella entre sus brazos, y la mece todo el rato, como si aún estuviera viva y eso consiguiera calmarla, como si sus caricias sirvieran de algo a esas alturas.

Entonces cierro los ojos y aprieto los párpados con fuerza. Es demasiado. Hay demasiado dolor.

Vuelvo la cabeza hacia atrás y lo miro devastada, con las lágrimas cayendo incontrolables por todo mi rostro. Me veo incapaz de hablar en este momento. Solo puedo llorar. Por él… Por ella… Por mí misma…

El Ash del presente, el hombre hecho a sí mismo, criado en las calles, luchando siempre y ganando contra todo pronóstico, no esboza ningún gesto.

Observa la pantalla con absoluta tranquilidad, ojos insondables, los brazos cruzados sobre el pecho casi con desdén. Como si no fuera él el protagonista de esta historia. Como si esta jodida tragedia le hubiera pasado a otro, un desconocido que solo le inspira indiferencia.

—Cada año, en el aniversario de su muerte, obligo a tu padre a mirar esto. Durante horas. Antes lo hacía más a menudo. Siempre

que me salía de la polla, para ser exactos. Iba al agujero en el que lo tenía antes de ingresarlo en esa clínica y, en fin, teníamos unas charlas muy enriquecedoras. Al menos, para mí. Pero, cuando te conocí, decidí dejar marchar a Nikki. No aferrarme más a la venganza. De modo que reduje las visitas considerablemente. Ahora solo voy una vez al año. Este año pensaba dejarlo estar, olvidarme ya del tema, pero, ya ves, las cosas no siempre salen como las planeas.

Estoy horrorizada. Es demasiado espeluznante incluso para él.

—¿Por qué le obligas a ver esto? —atino a murmurar al final, con un hilito de voz—. ¿Qué tiene él que ver con el suicidio de tu novia?

Ash, con la mandíbula en tensión, baja la mirada hacia la mía. No me atrevo a moverme, tal es la fuerza con la que me retienen sus pupilas negras de ira.

—Porque, como te dije, Nikki arrastraba una larga enfermedad de la infancia. Un trastorno mental que no había forma de mantener a raya. Cuando tenía esos episodios, se convertía en otra persona. También era adicta a montones de sustancias porque, gracias a tu padre, era incapaz de aguantar la realidad. Por eso sigue vivo. Para que, año tras año, pueda ver una y otra vez el daño irreparable que le causó a su propia hija.

—Espera. *¿Qué?* Su… ¿qué?

—Nikki era tu hermana, Abbie. Medio hermana, en realidad.

—No puede ser.

—Sí puede ser. Antes de conocer a tu madre, siendo muy joven, Gavin dejó embarazada a la madre de Nikki, aunque se desatendió del tema como el capullo narcisista que es. Se largó antes de que ella saliera de cuentas. Nunca reconoció a la niña. Nikki no supo que tenía padre hasta los once años, cuando él decidió regresar sin más a sus vidas. Su madre, otra pieza como él, con gran talento para la oxicodona y el chardonnay, y, a la vez, muy poco dinero y cero ganas de trabajar, lamentablemente, se lo permitió. Y las cosas que le sucedieron a Nikki a partir de ese momento la llevaron a pegarse un tiro en esa azotea.

—¿Qué cosas? ¿Qué pasó?

Contrae de nuevo la mandíbula. Sus ojos se vuelven todavía más oscuros y peligrosos. No hay luz, solo oscuridad, una tan profunda y aniquiladora que amenaza con tragársenos a los dos como sigamos ahondando en estos senderos inestables.

—¿Sabes en qué andaba metido tu padre?

—Drogas. Robos… Prostitución…

—La subastó. En cuanto le bajó la regla por primera vez, decidió que ya era una mujer y, por lo tanto, subastó su virginidad en los bajos fondos. Cincuenta mil dólares, eso valía para él. Nadie tenía tanto dinero en los círculos en los que se movía, así que seis tíos, muy malas piezas, juntaron lo que tenían y se la follaron entre todos. Te ahorraré los detalles del calvario que la hicieron vivir esa noche. Es demasiado monstruoso. Solo te diré que ellos habían pagado mucho dinero y se creían con derecho a todo.

—Dios mío. ¿Lo dices en serio? ¿Fue capaz de hacerle eso a su propia hija?

—Y no te quepa duda de que te habría hecho lo mismo a ti. Solo esperaba a que te bajara la regla. Tener hijas era un negocio muy próspero para él. Así que, sí, torturé a Gavin. Y, *see*, lo disfruté, joder. Cada gramo de dolor físico o mental que le causé fue como un subidón de adrenalina para mí. Como imaginarás, también me cargué a los seis tíos, mierdas en realidad, que abusaron de una niña indefensa. Y, fíjate qué cosas, no me arrepiento de nada, y por supuesto que volvería a hacerlo de nuevo porque YO SOY ASÍ. Ahora haz lo que consideres con esta información, agente. Diles dónde está Gavin. Haz que testifique. Me suda la polla.

Sale de la habitación, cerrando a sus espaldas con un fuerte portazo, y yo hundo la cabeza entre las manos, intentando asimilar toda esta locura.

Aunque, sinceramente, no sé de qué forma podría asimilar esto.

Capítulo 17

De todas formas, todo termina siempre en lágrimas.
(Jack Kerouac)

Ash

—¿Te recuerdo a ella?

Bajo los párpados con suplicio al oír su susurro ronco y lleno de dudas a mi espalda.

Llevo un buen rato sentado en el sofá. Mantengo apretada contra la frente la segunda copa de whisky que me he servido. La primera me la bebí de un solo trago.

También le he preparado una a ella. Sospecho que le hará falta beber algo fuerte.

—Dímelo —suplica al ver que me mantengo en silencio.

—¿Qué quieres que te diga? —farfullo, cansado, abriendo los ojos para, acto seguido, clavarlos en la pantalla destrozada de la tele.

—¿Te recuerdo a ella? ¿Por eso te enamoraste de mí? ¿Soy una copia de Nikki?

Compongo una sonrisa amarga y rechazo la idea con un gesto.

—Joder. ¡No! No te pareces en nada a ella. A ver, las dos tenéis ojos de Bambi, pero otro parecido yo no veo. Me enamoré de ti porque sí. Porque no podemos controlarlo.

Se produce un silencio tan largo que me pregunto si seguirá ahí, mirándome, o si se habrá marchado ya. Casi pego un respingo cuando vuelve a susurrarme:

—¿Y ahora qué?

Sorbo un poco de alcohol, cierro los ojos y me tomo unos momentos para saborearlo.

—Ahora nos tomamos una copa juntos, como dos viejos amigos, y luego tú te marchas a tu casa y yo me meto en la ducha porque llevo toda la tarde haciendo ejercicio y necesito una ducha muy larga con urgencia.

Suelta un largo suspiro y la oigo revolverse inquieta.

Pasados unos veinte segundos de titubeo, se sienta a mi lado en el sofá, coge la copa que he preparado para ella encima de la mesita de café y le da un sorbo.

—¿Hay más cosas que me estés ocultando?

Sonrío, con el vaso pegado a los labios. Tomo otro trago antes de responderle.

—Que yo recuerde ahora mismo, no. Pero es posible. Incluso es posible que te esté ocultando cosas sin saberlo. ¿Tienes a mano alguna foto de tu madre? A lo mejor me acosté con ella en algún momento de mi vida, a saber.

—Capullo —dice, negando para sí.

Se ríe por lo bajo y al final yo también lo hago.

Y sienta bien. Sienta tan bien que vuelvo la cabeza hacia la izquierda y la observo, una mirada larga y anhelante, que ella me devuelve de inmediato. Me gustaría besarla por última vez. Tocarla. Inhalarla. Acercarla a mí, abrazarla, dejarme llevar y follármela... Supongo que necesito despedirme. Nunca nos despedimos. Lo nuestro acabó de forma muy abrupta.

Pero no muevo un dedo. Me deleito mirándola. Y ella me mira a mí. Como en los viejos tiempos, cuando yo solo era Ash y ella solo era Alexandra, mi mujer.

—¿Me odias? —le susurro, temiendo la contestación. Que responda afirmativamente me dolería.

Para mi alivio, rechaza la idea con un gesto.

—No, Ash. No te odio.

Vuelvo a enfocar esa tele tan destrozada como nuestro matrimonio y asiento en silencio.

—Yo tampoco te odio a ti, doctora —le susurro al cabo de un buen rato.

Noto la fuerza con la que me reclaman sus ojos dorados, y empleo un empeño todavía mayor en no devolverle la mirada, por mucho que algo cálido dentro de mi pecho me inste a hacerlo.

—¿Y qué sientes por mí? —murmura al final.

Mis labios esbozan una especie de sonrisa cruel.

—¿Por qué das por hecho que aún siento algo?

La miro de reojo y la veo asentir con la cabeza.

Suelta la copa sobre la mesa y se pone en pie.

Sigo concentrándome en la tele destrozada. Habrá que comprar otra, supongo.

—Me marcho.

—Pues adiós.

No se despide y la verdad es que me da igual porque todo se ha jodido y ya no tiene arreglo.

Apuro mi copa y luego me quedo sentado en el sofá, inmóvil, jodido, hasta que el día se convierte en oscuridad y el olor de su perfume ya no se percibe en el aire.

Entonces enfoco su copa, las marcas de pintalabios rojo en el borde del vaso, y siento un dolor tan fuerte que tengo ganas de destrozar algo.

Será mejor que me dé una ducha y salga de casa esta noche. Iré a alguno de mis clubs. Me emborracharé con mis amigos. Me lo pasaré bien. Tal vez me lie a puñetazos con algún gilipollas que tenga la mala suerte de cruzarse en mi camino hoy. No llegué a estrenar los puños de acero que me regaló Julian cuando cumplí los treinta y nueve. Los tengo guardados en una caja, nuevecitos, personalizados con mi nombre. Ya va siendo hora de que les dé el uso que se merecen, joder.

No pienso quedarme en un sitio en el que cada puto objeto me recuerda a ella. Aún no se ha llevado sus cosas, motivo por el cual me he instalado en una de las habitaciones de invitados y evito a toda costa pasar por nuestro dormitorio más de lo estrictamente necesario.

Aunque hoy, incluso la habitación de invitados se me caería encima.

Porque ella ha vuelto a casa y por un momento muy absurdo he deseado que no se marchara nunca más, retenerla de alguna forma.

Sí, iré a cualquiera de mis clubs. Menos al *Fever*. Ahí todo me recordaría a ella y ahora mismo no quiero ni oír su nombre.

Ninguno de los tres, joder.

*****

—Qué bien que hayas venido. Tengo que hablar contigo de una cosa.

Le dedico a Seven una mirada seca mientras camino decidido hacia la barra. El antro acaba de abrir sus puertas y ya está hasta arriba de gente.

—Espera a que consiga una botella de Macallan y vamos al despacho del gerente.

—Bien. Te esperaré ahí.

—De acuerdo. Tito, dame una botella de whisky. De esas que tienes ahí atrás.

—Marchando, jefe.

—Gracias. ¿Todo bien?

—No podría ir mejor.

—Cojonudo. ¡Me alegro de verte! ¡Tienes buen aspecto, Tito! Dale un beso a Rita de mi parte, ¿quieres?

—Por supuesto. Se alegrará.

Me despido con un gesto del mentón y una sonrisa y echo a andar hacia la parte trasera.

—¡Hombre, Ash!

—¡Pero si es el puto Charlie Caracortada! —exclamo, deteniéndome en mi caminata para saludar a un viejo conocido—. ¿Qué pasa, tío? ¿Cómo estamos esta noche, eh? ¿Todo bien?

Nos damos grandes abrazos y ruidosas palmadas en la espalda y vuelvo a estar al cargo de la situación, la borro de mi mente y soy de nuevo el hombre que todos esperan que sea, el tipo imperturbable al que nadie atribuiría una sola debilidad.

A tomar por culo, joder. Me niego a que lo de antes me amargue la noche.

—Tengo que hablar con Seven de una cosa, pero luego, si aún sigues por aquí, podemos echar una partida de póker. Te habrás traído el talonario…

—Gilipollas, yo siempre llevo dinero encima.

—Bien. El whisky corre de mi parte.

—Búscame cuando termines. Estaré por ahí.

Nos despedimos con más palmaditas en el hombro y sigo abriéndome paso entre la gente. La mayoría se apartan de mi camino. Los que no lo hacen, se llevan un empujón. Las mujeres, no. A ellas les guiño el ojo y, por supuesto, me responden con sonrisas seductoras y miradas lascivas.

Todavía no estoy listo para follarme a nadie, pero, si lo estuviera, aquí hay mucho donde escoger.

No la necesito. Ya no la quiero. Porque yo ya no siento nada. Vuelvo a ser el de antes, y mucha gente lo lamentará.

Los flashes estallan psicodélicos y yo atrapo por la cintura a una chica que acaba de tropezar y la ayudo a enderezarse.

—Cuidado. Podrías torcerte un tobillo con esos tacones.

Se queda encandilada al echar la cabeza hacia atrás y cruzarse nuestras miradas. Sigue entre mis brazos, con la espalda apoyada contra mi pecho.

—Hola —murmura, sorprendida, quizá porque no esperaba sentirse tan atraída por mí.

—Hola —le respondo, con una sonrisa socarrona—. Soy Ash. ¿Y tú?

—Lu.

—Lu. ¿Cómo estás, Lu? Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo, Ash.

—¿Me disculpas?

—Claro. Estaré por aquí.

—Hum.

Quizá regrese. No lo sé. La noche es joven.

*****

No me he visto con fuerzas para buscar a Lu después de mi charla con Seven, así que estoy sentado en mi reservado, con un cigarro en la boca y la botella de Macallan a medio beber.

—¿Qué haces? Caracortada te andaba buscando.

Levanto la mirada hacia el Holandés y tuerzo el gesto.

—Ya. Le prometí que jugaríamos al póker.

—¿Y por qué cojones estás aquí solo? ¿Y la rubia?

—Con Andrei —le respondo mientras echo el humo hacia un lado, apago el cigarrillo y le sirvo una copa a mi amigo.

El Holandés se pone cómodo a mi lado en el sofá, se enciende un porro y prueba el whisky que le acabo de ofrecer.

—¿*Pa*' cuándo la gran boda?

—No le preguntes eso a Seven si les tienes cierto aprecio a tus partes.

Se echa a reír entre dientes.

—Dios me libre. Menuda es. ¿Y tú qué tal, tío? ¿Todo bien?

—De la hostia, colega. ¿O es que no lo ves?

—Por eso lo pregunto, capullo. Porque lo veo, joder.

Le pongo mala cara y él me da una palmada en el hombro.

—Oye, tengo que hablar contigo de un asunto —cambia de tema después de tomarse la copa.

Haciendo una mueca, le doy un sorbo a la mía.

—Todo el mundo tiene que hablar conmigo de un asunto esta noche.

—Porque eres el jefe.

—Está bien. ¿Qué coño quieres?

—Permiso para romperle las piernas a alguien.

—Adelante.

—¿No vas a preguntar a quién?

—No. Me suda la polla —respondo, encendiéndome otro cigarro.

El Holandés se me queda mirado con una arruga entre las cejas. Agito la cerilla, la tiro dentro del cenicero e inhalo una profunda calada que llena mis pulmones de nicotina.

—¿Seguro que estás bien, tío?

—De puta madre. Anda, dile a Caracortada que se venga para acá. Me apetece desplumar a ese capullo.

Capítulo 18

No teníamos absolutamente nada.
Íbamos todos derechos al Cielo,
todos nos precipitábamos en el Infierno.
(Charles Dickens)

Alexandra

Dos semanas más tarde, recibo por fin la llamada que esperaba. He recuperado mi trabajo, si es que aún deseo volver. Los jueces de la ética han fallado a mi favor.

Tendré que pensármelo. Estoy en ese punto de inflexión en el que ya no sé qué quiero hacer. No sé quién soy. Abbie, Lily, Alexandra… Demasiadas personalidades. Demasiadas vidas. Demasiados disfraces. ¿Cuál ponerse? Una elección complicada.

Al final, tomo la decisión de volver. Supongo que esto es lo que soy: la agente especial Cooper del FBI, la mujer que intenta comprender a la gente, sus motivaciones, sus miedos; adivinar sus movimientos y sus errores para poder atraparlos.

Otro caso. Otro sospechoso. Otra investigación criminal. Un nuevo cubo de Rubik.

No volveré a cometer los mismos errores. Jamás volveré a sentir ese instante que lo paraliza todo. Me convertiré en alguien como Clark. Vieja, cansada, triste y sola. Pero tendré valores y ética, y ojalá eso me sirva de algo; ojalá encuentre felicidad cuando resuelva el misterio que encierran las mentes perturbadas que a partir de ahora llenarán mis noches vacías.

Sin embargo, antes de cerrar el capítulo por completo, antes de dejar morir a Alexandra, me queda una cosa por hacer. Su última cuenta pendiente.

Titubeo largo rato, sin aliento solo por ver su nombre en la pantalla de mi móvil. Tres letras. Tanto dolor.

Al final me armo de valor y lo llamo.

Me responde al quinto toque.

—¿Qué pasa? —me estremece su voz rasposa que, una vez más, se abre paso a través de mí y me sacude por dentro.

Obligándome a coger aliento, me siento en el sofá. Mejor estar apoyada contra algo sólido.

—Hola. Me preguntaba si te vendría bien que pasara hoy por casa, por tu casa —me corrijo, incómoda—, para recoger mis cosas.

Se produce una pausa desesperantemente larga.

—Claro. Ven cuando quieras. Aún tienes tus llaves, ¿verdad?

—Ehh… No. No me las llevé cuando me marché esa noche.

—Ya. De acuerdo. Pues estaré aquí. ¿A qué hora se supone que vienes?

—¿Qué tal en un par de horas? ¿Te vendría bien?

—Sí. Cuanto antes, mejor. Acabemos con este asunto de una vez.

Me cuelga y yo me hundo en el sofá y en la miseria.

*****

El estómago me late con un espasmo nervioso mientras mi coche avanza despacio por la larga avenida bordeada de árboles.

El portero me ha abierto la verja, pero no ha respondido a mi saludo ni a mi patético intento de sonrisa, lo cual me ha puesto todavía más nerviosa.

Observo la finca para distraerme con algo. No quiero que la idea de volver a ver a Ash me consuma por completo.

La casa, blanca e imponente, se alza ante mí como un testigo silencioso de mis momentos más felices.

Me esfuerzo por desviar mi atención hacia el jardín, cuidado con esmero, hacia las frondosas puntas de los árboles que se inclinan ligeramente con la brisa, hacia las cortinas de una habitación de la segunda planta que ondean delante del enorme ventanal, que alguien ha dejado abierto de par en par.

Por desgracia, ningún estímulo visual puede eclipsar la ansiedad que siento ante mi inminente encuentro con el motivo de mi obsesión.

Aparco al lado de la glorieta, me apeo por la puerta y enderezo la espalda en un ridículo intento de parecer segura de mí misma y al cargo de la situación.

Las llaves del coche tiemblan en mi mano. Me las guardo en el bolsillo, abro el maletero para recoger las cajas de cartón y el precinto y subo por la escalera.

Arriba, apoyo los cartones contra el muro para poder llamar a la puerta.

Nadie abre.

Vuelvo a llamar y, mientras espero, examino el cielo azul que parece extenderse hacia el infinito. Hace un año, nos estábamos casando en este mismo jardín. No voy a pensar en eso.

Compruebo el reloj y vuelvo a llamar.

Nada.

Me giro al oír un coche acercarse por la avenida. Me invade una oleada de decepción al constatar que es de la empresa de seguridad. A lo mejor Ash ni siquiera está.

Y si la idea de verle me ponía ansiosa, la idea de no verle me derrumba.

El jefe de seguridad aparca al lado de mi coche. Lo observo en silencio mientras sube los escalones de dos en dos.

—Ya le abro yo. He llamado al señor Williams, pero no me lo coge. Estará ocupado. Esta mañana me dijo que la dejara pasar.

—De acuerdo. Gracias.

Tras un intento infructuoso de intercambiar una sonrisa con él, la puerta se abre, al igual que lo hace el hueco de mi estómago.

Dios. Será mejor que entre y acabe con este asunto de una vez por todas. La única manera de poner fin a una pesadilla es enfrentándose a ella.

Cargo los cartones, colocándomelos bajo el brazo, y mis ojos suben por la escalera, midiendo el terrero.

Ash debe de estar en casa, porque oigo la música a todo volumen. Viene desde el gimnasio. Dudo unos momentos sobre si ir directamente arriba y liarme con las cajas, o si bajar a saludarle.

Al final, me vence el ansia. Dejo los cartones apoyados contra la escalera y dirijo mis inseguras pisadas hacia el gimnasio.

No me escucha entrar, lo cual no me sorprende demasiado. Eminem va a dejarnos sordos a todos.

Me quedo en la puerta y lo observo mientras se desquita con el saco de boxeo. Debe de llevar aquí un buen rato, está empapado en sudor y tiene los músculos muy tensos, definidos a la perfección. No lleva camiseta, solo un pantalón corto, zapatillas y guantes.

Y yo no puedo dejar de mirarlo…

Conforme pasa el tiempo, mi ansia aumenta. Cuando la misma canción empieza a sonar por segunda vez, tengo claro que Ash piensa golpear ese maldito saco hasta que colapse, y entonces le pido a Alexa que pare la música.

Él se detiene en seco, y se toma unos cinco segundos antes de volver el rostro hacia el mío.

—Perdona. Calculé que ibas a tardar unos veinte minutos más.

Miro esos increíbles ojos azules que hacen temblar el aire y me obligo a respirar. Estoy sin aliento. Es como si abrieran un hueco candente en mi pecho.

—No había tráfico —me obligo a farfullar.

—Qué curioso.

—Insólito, sí.

—¿Cómo has entrado? No te he oído llamar a la puerta.

—Me ha abierto Tom.

—Ya. Bueno, pues ya sabes dónde están tus cosas, ¿no? Estaré aquí si me necesitas para algo. Alexa, pon *Gangsta's Paradise.*

—Qué mala leche —le digo, sonriendo ante su elección musical, que solo ha escogido para tocarme las narices.

Al final él también sonríe. Adopta la postura de boxeo, me guiña el ojo y vuelve a desquitarse con el saxo.

Pues nada, será mejor que vaya a guardar en cajas los mejores años de mi vida.

Lo más probable, también de la suya.

*****

—¿Necesitas ayuda?

Estoy sentada en el suelo, precintando una caja, pero dejo de lado lo que estoy haciendo y levanto la mirada hacia él al oír su cálida voz inundar la habitación entera y también mis venas.

Con una toalla blanca alrededor del cuello, se apoya contra la cómoda y me observa en silencio, con una pequeña arruga entre las cejas.

—No. Está controlado.

—Bien. Entonces, iré a ducharme. ¿Tienes que coger cosas del baño ahora?

Esto es más difícil de lo que creía. Tener sus abrasadores ojos encajados en los míos y, sin embargo, estar rodeada de tanta frialdad, me resulta devastador.

—No. Adelante. Puedes ducharte. Todavía no he acabado con el vestidor.

Asiente, se endereza y entra en la habitación contigua.

Cierro los ojos y respiro hondo al escuchar el agua correr al otro lado de la pared. Será mejor que me concentre en mis cajas y no me obsesione con que él está ahí, a escasos metros de distancia, completamente desnudo.

Pero mi mente no siempre atiende a razones y cuando me quiero dar cuenta, me he hecho un corte en la palma con la cuchilla del cúter y estoy sangrando encima de una caja.

—¡Su puta madre! —exclamo, lanzando el maldito cúter lo más lejos posible de mí.

Para ser exactos, al lado de los pies de Ash, que acaba de salir del baño y me observa con las cejas fruncidas en un gesto de preocupación.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Solo es un arañazo.

—A ver.

—¡En serio!, ¡no es para tanto! —me altero, irritada por culpa de mi propia estupidez.

Exasperado y gruñendo, me coge la mano y me obliga a abrir la palma.

—Déjame que lo vea. No seas terca.

Extiendo los dedos y ahí está la raya ensangrentada, cruzando mi palma en diagonal.

—¿Lo ves? No es para tanto.

—¿Que no es para tanto? Menudo corte te has hecho. Ven. Te lo limpiaré.

—No hace falta.

—No me discutas.

Exhalando irritada, dejo que me arrastre al baño y me siento encima de la taza del váter que él ha bajado para mí, antes de indicarme con un gesto que me quede ahí sentadita y lo deje al cargo de la situación.

Lo contemplo callada mientras saca productos del botiquín.

—Ash…

—Va a escocer.

Me echa una buena cantidad de alcohol en la herida y yo aprieto los dientes.

—¡Auch!

Se acerca mi palma a los labios, sopla aire y sus fluorescentes iris azules se clavan en los míos.

—Lo siento. ¿Mejor?

Estoy sin aliento. Paralizada. Perdida en su mirada. ¿Qué demonios estamos haciendo aquí?

—Eeehhh… sí —me obligo a concentrarme—. Ya no escuece. Gracias.

Tensa la mandíbula, asiente y me suelta la mano. También se ha debido de dar cuenta de que esto es inapropiado; de que, entre nosotros, dada la situación actual, debería haber cierta distancia.

Ya no somos pareja.

Ya no somos nada.

Sentada, sin mover un músculo, lo observo mientras él, arrodillado a mi lado, abre un apósito con los dientes, coge de nuevo mi mano y me venda con cuidado la herida. Tengo ganas de pasarle los dedos por el pelo, de decirle que lo siento, que le quiero; de pedirle que me bese, o de iniciar el beso yo misma.

Pero no me atrevo a hacer nada, solo paseo la mirada por su esculpido rostro, abrumada, sin aire en los pulmones.

Cada movimiento suyo me produce una mezcla de nerviosismo y anhelo en el estómago. Siento el deseo abrumador de perderme en el roce de mis dedos sobre la áspera línea de su mandíbula.

Su cercanía me ha dejado un poco mareada, como si el oxígeno mismo se hubiera escapado de la habitación para dejarnos a solas, para no molestarnos.

El corazón me late desbocado en el pecho.

—Listo. Haz el favor de cuidártelo, ¿vale? Desinfectas la zona y cambias el apósito al menos una vez al día porque te has hecho un buen corte.

Su voz rompe mi ensimismamiento.

—A la orden, doctor Williams.

Sonríe y comprueba mi mirada unos segundos. Nos separan centímetros.

Palabras que no debo pronunciar se ahogan en mi garganta, y el impulso de rendirme ante un beso febril se vuelve casi irresistible.

Intensas corrientes eléctricas impactan contra mi cuerpo y de alguna forma lo alteran todo a nuestro alrededor. Putas chispas. El aire parece vibrar con una energía desconocida, o tal vez familiar, que poco a poco me arrastra hacia el abismo de mi propia consciencia.

Estoy en la cima del mundo, como siempre que lo tengo cerca, pero abajo solo puedo encontrar aguas oscuras, llenas de deseos prohibidos que me arrastrarán hacia lo desconocido si se me ocurriera adentrarme en ellas. Cualquier paso en falso podría llevarme a lugares de los que no podré escapar nunca.

Aun así, mis labios se acercan a los suyos, más y más cerca, seducidos por el calor de su aliento sobre mi piel y la electricidad que chispea en la atmosfera cargada de anticipación.

Cierro los ojos y me dejo llevar por el impulso que me domina. Todo lo demás se desvanece. Nada importa. Ni pasado ni futuro. Solo el tirón magnético que me arrastra hacia él.

—No —me frena, apartándose de golpe justo antes de que mis labios rocen los suyos—. ¡Ni si se te ocurra arrastrarme de vuelta!

Separo los párpados y lo observo inquieta. De pronto, está lívido, una expresión tensa desencaja sus perfectas facciones y no hace

más que aumentar mi ansia.

—Ash…

Niega para que me calle.

—Recoge tus cosas y márchate —ordena, frío, seco, diferente a todo cuanto yo he conocido hasta ahora.

—Pero…

—Lo único bueno, lo único incorruptible que había en mi vida, era lo que tú y yo teníamos. ¡Y LO JODISTE! —estalla, furioso por primera vez en todo este tiempo, desatando por fin la tormenta emocional que debe de consumirle por dentro desde aquella noche —. Así que no me pidas que haga borrón y cuenta nueva, cielo, ¡porque no lo haré, joder! No puedo, ¿vale? —vuelve a gritarme, después de lo cual parece quedarse sin fuerzas, y se limita a tragar saliva y a agitar la cabeza con pesadumbre—. No puedo, Abbie — murmura, vencido, antes de girar sobre sí mismo, salir del baño y, unos quince segundos después, cerrar la puerta de abajo con un golpe que parece sacudir la casa entera.

Recuerdo que me lo advirtió cuando empecé a salir con él: conmigo es un todo o nada. Estás conmigo al cien por cien o no lo estás.

Yo no lo he estado, y estas son las consecuencias.

Cierro los ojos al oír el rugido de la Harley en el garaje. No tengo fuerzas para moverme, y no lo hago hasta que me sobresalta la voz de Tom, a saber cuánto tiempo después.

—Vengo a ayudarla. El señor Williams me ha pedido que le eche una mano con las cajas. ¿Es esto lo que hay que llevar a su coche?

Trago saliva para contener las lágrimas y al final asiento.

—Sí. Me faltan las del baño, pero las haré en un momento. Ya casi he terminado.

—De acuerdo. ¿Me deja las llaves para que pueda abrir el maletero?

Asiento, busco dentro del bolsillo de los vaqueros y se las alargo.

—¿Qué le ha pasado en la mano?

—¿Qué?

—Su mano.

Me miro la mano, aturullada.

Ya ni me acordaba.

—Ah. Nada. Solo un cortecito. Estoy bien. Es superficial.

Tom asiente, circunspecto, gira sobre sí mismo y sale por la puerta.

Estoy bien.

Me lo repito una y otra vez mientras intento convencerme a mí misma de que no me duele lo que acaba de decirme, ni la forma en la que se ha marchado, ese portazo con el que ha zanjado nuestra relación.

No pasa nada. Lo llevo bien. Lo tengo asumido.

Venga, a hacer las putas cajas y a empezar de cero. Sin pasado ni futuro.

Llevo toda la vida mintiendo para estar a salvo. Este no es un buen momento para empezar a admitir la verdad, para dejar de silenciar esa voz en mi interior que me susurra que nunca volveré a estar bien.

Capítulo 19

Somos lo que hemos hecho el uno del otro.
(Ash Williams)

Ash

Atrás quedan cientos de kilómetros de asfalto quemado por las ruedas de mi Harley y, sin embargo, las cosas de las que pretendo desprenderme todavía me acompañan, grabadas a fuego en mi memoria. Sus labios cada vez más cerca de los míos, cómo me miró cuando soplé aire para que su herida dejara de escocer, la forma en la que, por unos estúpidos segundos, yo la reclamé con la mirada…

No puedo creer que haya bajado tanto la guardia como para que se me pasara por la cabeza la idea de…

¿De qué, a ver? ¿De recuperar lo que teníamos? ¿Es que se me ha olvidado lo que sentí cuando me apuntó con la pistola? ¿O cuando me cerró las esposas alrededor de las muñecas mientras sus compañeros los federales se burlaban de mí? ¿O cuando me leyó mis putos derechos?

Si estoy en la calle, sin cargos imputables, no es gracias a ella.

Si fuera por la agente Cooper, me comería fácilmente veinte putos años en el talego Y ESO NO SE ME PUEDE OLVIDAR, JODER.

Porque, cuando ella decidió venderme, la realidad era esa: me iban a caer veinte jodidos años de condena.

Quince en el mejor de los casos, si me tocaba un juez de los nuestros y me lo montaba la hostia de bien.

Pero a ella le pareció una buena opción. ¿Qué cojones…? ¡Hay que joderse!

La tensión que se apodera de mi mandíbula siempre que recuerdo este dato hace que apriete los dientes con tanta fuerza que casi los oigo rechinar.

O, en fin, lo haría; me oiría a mí mismo rechinar los dientes y gruñir de exasperación, si no fuera por el rugido del motor, que se

intensifica según aumento la velocidad de la moto hasta que ya ni los radares podrían detectarme.

A tomar por culo, joder. No le permitiré que se acerque de nuevo a mí. No vamos a cruzar más líneas. Ni hablar. No veo la hora de que vuelva a Los Ángeles y me deje tranquilo de una vez por todas.

¿A qué estarán esperando los de Asuntos Internos para devolverle la placa? Es toda una profesional. En lo que a mí respecta, no hay duda razonable. Cumplió con su trabajo a rajatabla. Me jodió bien jodido. ¿Para qué necesito enemigos con una mujer como ella?

Echo un vistazo a la franja de playa perpendicular al asfalto, línea divisoria entre el océano y la tierra, y relajo un poco las manos sobre el manillar, buscando algo de calma en la brisa marina que impacta contra mi rostro. No me he molestado en ponerme un casco.

Compruebo el nombre de la localidad en el panel de la autopista y cojo la primera salida. He llegado a mi destino.

Cuando salí de casa, no tenía un destino claro. Solo quería perderme, alejarme de todo lo que estaba dejando atrás.

Pero, de algún modo inconsciente, acabé cogiendo la carretera que lleva al pequeño pueblo costero al que fuimos una vez ella y yo, y aquí estoy, aparcando la moto en la acera, delante del paseo marítimo.

Ahora ya sé por qué he venido; por qué llevo horas enteras conduciendo. Este sitio está lleno de fantasmas. Nos veo sentados en la mesa de aquel chiringuito, cenando y riéndonos hasta las tantas de la noche. Nos veo descalzos, caminando por la orilla, o tumbados en el suelo del barco, su cabeza encima de mi pecho y mi mano jugando, perezosa, con su pelo.

Fragmentos. Recuerdos. Mentiras…

Un beso febril bajo la tormenta. Ella y yo follando en la oscuridad. O haciendo el amor, a estas alturas ya no distingo la diferencia.

Pues bien, habrá que enfrentarse a los fantasmas. Aniquilarlos uno a uno. Por eso estoy aquí. El hombre que una vez fui tendrá que ahogarse en el puto océano, víctima de su propia vulnerabilidad asquerosa. Una lástima. Me caía bien ese tipo.

Pero el mundo no necesita a hombres como él. Al menos, no el mío.

En mi mundo, se requieren personas imperturbables, con los nervios bien templados y cero debilidades.

Y eso es lo que seré cuando regrese a la ciudad. En las calles, la debilidad no tiene cabida. Marca la diferencia entre estar vivo o estar muerto.

Así que se acabó lo de ser débil y vulnerable. Es una sensación asquerosa que no tengo intención de volver a experimentar nunca más. Hay que solucionarlo todo antes de que vuelva a Cleveland.

Porque, cuando regrese, volveré a ser el rey, y volveré a reinar como antes. Alguien tendrá que llevar la corona de espinas. Mejor que sea yo.

Me quito las Adidas y, con ellas en la mano, camino hasta unas dunas y ahí me siento, de cara al océano, pensativo y medio ausente. El vaivén de las olas es hipnótico. Casi una cura.

Al rato de estar sentado, me encajo un cigarrillo entre los labios y me lo fumo abstraído, pensando en cómo empezó todo esto. En cómo me perdí. Ahora dan ganas de reírse.

Menudo imbécil. Es mi ego el que me metió en este follón. Fui lo bastante estúpido como para pensar que lo nuestro saldría bien.

Tan grande era mi estupidez que luché contra todo, contra todos, incluso contra mí mismo y mis propios valores.

Ella, no. Mi querida mujer me vendió sin más.

Así que me la suda lo que haga a partir de ahora. No hay vuelta atrás, joder. Ella cavó la tumba y este soy yo echando tierra por encima.

Con mirada remota, perdida sobre el océano, sujeto el cigarro entre los dedos, le doy una profunda calada y luego expulso el humo muy despacio, reteniéndolo todo lo posible en los pulmones.

Me fijo en esa lancha que, en la lejanía, surca el oleaje; la sigo con la mirada durante un buen rato.

No hay retorno posible, jamás podremos recuperar lo que se perdió. No escucharé más palabras engañosas ni más disculpas. La realidad es que ella *eligió* jodernos. Yo me habría pegado un tiro antes que hacerle daño, joder.

Cierro los ojos durante unos segundos, para dejar de pensar en ello.

«Se acabó, Ash. ¿Me oyes? Se acabó, tío. Déjala marchar».

Separo los párpados y vuelvo a enfocar la misma lancha, que se aleja cada vez más de la orilla.

Está todo controlado. Solo tengo que quedarme aquí sentado y fumarme este cigarrillo mientras mis mejores recuerdos de nosotros se incendian, arden y se consumen en mi memoria. Lo aniquilaré todo para volver a empezar. Sin debilidades. Sin lastres. Sin obsesiones.

Sin ella.

Las sombras que me rodean son cada vez más profundas. El humo del cigarro se mezcla con las cenizas de nuestro amor. Su rostro no volverá a atormentarme. No se lo permitiré.

Al final, el cigarro se consume entre mis dedos.

También lo hace su recuerdo.

Espero media hora o así antes de encenderme otro. Oigo a un crío llorar en alguna parte. Unos perros ladran. Se ha levantado viento, una corriente salada que juega con la tela de mi camiseta.

Puede que llueva esta noche. Huele a tormenta.

Desde que estoy aquí sentado, el sol se ha escondido en el agua, las gaviotas se han marchado, la arena se ha enfriado bajo las plantas de mis pies.

El mundo está en calma.

Y mis debilidades parecen haber desaparecido una a una. Creo que estoy listo para fumarme el último cigarrillo y poner rumbo a la ciudad.

Lo enciendo, parsimonioso, inhalo el humo, lo exhalo, y noto que vuelvo a ser yo, la versión de mí mismo que desterré cuando la conocí.

De alguna forma, estar con ella me hizo olvidarme de quién era. Pero no se me puede olvidar quién soy ni de dónde vengo porque el mundo jamás lo olvidará.

Me cuelgo el cigarro en una esquina de la boca y me quito la alianza con la intención de tirarla al océano.

Al final recapacito y hago algo menos dramático: me la guardo en la cartera. Me digo a mí mismo que no estoy dejando una ventana abierta. Es mi conciencia medioambiental lo que me impide

contaminar el planeta. Cuando llegue a casa, la dejaré en la caja fuerte y me olvidaré del asunto. Mucho más civilizado. ¿En qué clase de mundo de mierda viviríamos si todos los pringados que se separan de sus mujeres tirasen las alianzas al mar?

Hoy ella todavía llevaba puesta la suya, y también el anillo de compromiso.

No, no voy a pensar en eso. ¿Qué más da?

—Basta. Céntrate, Ash.

Busco dentro de la cartera la bala que siempre llevo encima y la observo largo rato a la luz de la luna, girándola entre los dedos. *Memento mori*. Nada dura para siempre, joder. Ni siquiera el amor. Todo se corrompe. Todo muere. Todo es débil y vulnerable. La única forma de seguir en pie es aniquilándolo todo antes de que te aniquile, y tenlo por seguro que lo hará si se lo permites.

Cierro el puño, estrechando la bala con tanta fuerza que noto cómo se incrusta en mi piel, y me lo repito para que se me meta bien en la cabeza: esto es lo que soy. No se me puede volver a olvidar. Soy el puto rey y a partir de ahora voy a reinar como Dios manda, con la cabeza, no con el corazón.

*****

De pie en la que era nuestra habitación, observo con fijeza lo que hay encima de mi mesilla de noche.

Nada excepto *eso* testifica su paso por esta casa. Han desaparecido todas sus cosas, las cremas, los zapatos, la ropa, los vestidos...

Aunque ha decidido dejarme un recordatorio de nuestro amor en mi puta mesilla de noche. Qué cabrona.

Apretando la mandíbula, agarro la alianza, el anillo de compromiso y el colgante que le regalé el día de nuestra boda y los guardo en la caja fuerte, al lado de mi anillo de bodas.

Al menos se ha quedado con el colgante que le regalé esas primeras navidades que pasamos juntos.

A saber por qué, la idea me reconforta. Será que soy gilipollas.

Dios. Necesito una copa después del día de mierda que llevo hoy.

Voy al salón, le quito el tapón a la botella de cristal tallado, me echo una buena cantidad de whisky en un vaso de los grandes y lo vacío con ansia, antes de volver a llenarlo.

Empiezo a estar un poco mareado. Me pesa el cansancio, el largo viaje hasta la playa y luego de vuelta y, además, no recuerdo cuándo comí por última vez. Será mejor que pida algo, una pizza o qué sé yo.

Con el vaso pegado a los labios, levanto la mirada, y ahí está la joya en cuestión, colgada de la esquina del puto cuadro que conseguí para ella, a pesar de que el mamón que lo pintó se empecinó mucho en que no estaba a la venta. (Hasta que le demostré que sí lo estaba. Todo está en venta. Siempre).

—No me jodas —rezongo, disgustado, tosiendo porque acabo de atragantarme con el whisky. Hay que ver lo dramática que se pone con las rupturas.

Suelto la copa sobre la mesa, ruidosamente, desperdiciando una buena cantidad de alcohol al hacerlo, desengancho el colgante y me lo guardo en el bolsillo.

Lo llevaré a la caja fuerte, junto con lo demás. De momento, será mejor que inspeccione bien la casa. A saber qué otro regalo me habrá dejado la muy psicópata.

—¡¿En serio?! —gruño cuando entro en el sótano y encuentro encima de la mesa de billar un conjuntito de lencería negro, muy sexy, que, por supuesto, compré yo y ella se puso para mí unos días antes de joderlo todo.

Suelto una risa incrédula al verlo ahí expuesto como si esto fuera el puto museo de la pornografía.

—Acojonante.

Bueno, lo estrenamos encima de esta mesa, así que supongo que tiene parte de lógica dejármelo aquí.

Una lógica muy retorcida, digna de una mente perturbada que, gracias a mí, desarrolló una psicopatía en la infancia.

Lo pesco, negando para mí, y lo guardo junto con lo demás, dentro de la caja fuerte.

Como me haya dejado más trofeos, tendré que comprarme una caja fuerte más grande.

Riéndome sin dar crédito, me saco el móvil del bolsillo y decido ponerle un mensaje. El alcohol empieza a surtirme efecto. Ya no pienso con claridad. Lo peor que puede hacer uno cuando está borracho es contactar con su ex. Y aquí estoy yo.

Ash: *No me habrás pinchado también las ruedas de mi coche favorito a modo de despedida, ¿no?*

Bomboncito: *¡Mierda! ¡Eso era lo que me quedaba por hacer!*

Su contestación me hace reír y cabecear, divertido.

Ash: *Eres una cabrona de mucho cuidado, Abbie.*

Bomboncito: *Aprendí del mejor.*

Ash: *Ja. Dime una cosa.*

Bomboncito: *¿Qué?*

Ash: *Entiendo que me devolvieras las cosas que te recuerdan a nuestra boda. Pero… ¿por qué lo demás?*

Bomboncito: *Porque te gustan los trofeos.*

Sonrío y al final asiento con cierto fastidio. Nadie me conoce como ella. Supongo que forma parte de su trabajo. O que no mentía cuando dijo que se obsesionó conmigo.

Ash: *No voy a negarlo, me encantan los trofeos. Y estos están a salvo en mi caja fuerte.*

Bomboncito: *¿Incluso las bragas?*

Ash: *SOBRE TODO las bragas.*

Me manda tres emoticonos de risa y otros tres de muñeco guiñando el ojo. No puedo contener la sonrisa. Me gusta chatear con ella.

Bueno, ya vale de gilipolleces. No vamos a hacernos amigos por correspondencia. Será mejor que me despida ya.

Ash: *Buen viaje de vuelta a casa, doctora,* le escribo después de vacilar durante un buen rato. Seguro que ha visto que estaba escribiendo y dejando de escribir y escribiendo otra vez, incapaz de aclararme.

Bomboncito: *Ya estoy en casa, Ash.*

Se me borra la sonrisa, reemplazada por un gesto de tristeza y nostalgia que no he podido frenar a tiempo. Acabo de comprender que esto va en serio, lo nuestro se ha acabado. Es lo que quiero y, al mismo tiempo, lo que nunca deseé que pasara. Este es el peor de

los escenarios que recreé en mi mente, ella y yo por separado, meros desconocidos.

Apago la pantalla y me guardo el móvil en el bolsillo. No le vuelvo a escribir. Ella tampoco a mí.

Aunque, de vez en cuando, mientras vacío un vaso detrás del otro y me abstraigo en el puñetero cuadro de la Muerte, compruebo el móvil. Solo por si acaso. Para comprobar algo que en el fondo ya sé: vamos en direcciones opuestas y nuestros caminos no volverán a cruzarse.

Capítulo 20

Es un nuevo amanecer. Es un nuevo día. Es una nueva vida para mí. Y me siento bien.
(Canción *Feeling good*, Nina Simone)

Alexandra

Delante del espejo, me recojo el pelo en un moño bajo, me pongo una chaqueta negra, coloco mi arma en el estuche y engancho mi placa en la cintura de los pantalones.

Tres mujeres en una sola. Es el turno de Lily.

Me digo a mí misma que voy a estar bien, que esto es lo que quiero; ser agente federal es lo que siempre he deseado, desde el instituto. O puede que antes.

Y al final me lo trago porque las mentiras que te repites a ti misma acaban convirtiéndose en la única verdad que importa.

Compruebo mi aspecto, eficiente y profesional, en el espejo y, para concluir el ritual, me echo vaselina en los labios, extendiéndola con pequeños golpecitos, para asegurarme de que penetra bien mi piel agrietada. Últimamente me he estado hidratando a base de alcohol. No he llevado demasiado bien la ruptura.

—Anima esa cara, Lily. Es un nuevo comienzo.

Coge toda la mierda, enciérrala en una caja y asegúrate de tirar la llave.

Si no lo ves, no existe.

*****

En la agencia ya no me hacen el recibimiento de la vez pasada. La investigación interna ha ensombrecido mi buena reputación. No es que me importe demasiado… Ser popular nunca ha sido lo mío. Prefiero pasar desapercibida, que la gente me vea solo cuando yo lo decido así.

Entro en la sala de reuniones y saludo con un gesto a mis compañeros. Ha pasado algo, a juzgar por las expresiones tensas que reflejan sus rostros.

—¿De qué se trata?

—Un caso en Colorado —me responde Clark—. Han matado a dos universitarias y todo apunta a que va a haber una tercera víctima. Mismo *modus operandi*, notas de amenaza: *Sé dónde vives. Te estoy observando. Dime quién soy.* Jugando al despiste. La primera víctima denunció el acoso, pero no la tomaron en cuenta en la comisaría. Una broma pesada, algún ex novio despechado, le dijeron. Y murió. A la segunda la creyeron y, de hecho, montaron guardia las veinticuatro horas del día delante de la residencia en la que vivía. Al final detuvieron a un estudiante, un tipo bastante sospechoso, en cuya habitación encontraron montones de fotos de la joven, sin duda tomadas sin su consentimiento, incluso mientras ella dormía. El caso parecía resuelto. Retiraron la vigilancia. Y justo la mañana en la que el fiscal presentaba cargos, a ella la mataron. El chico no era el asesino, solo un acosador siniestro que se había obsesionado con ella. Ahora, una tercera joven recibe las mismas notas de amenaza y esto empieza a superar a las autoridades locales. Han solicitado nuestra cooperación.

Ocupo uno de los asientos libres, apoyo los codos en los reposabrazos y paseo la mirada por la enorme pantalla que hay a sus espaldas. Han proyectado una de las notas de amenaza, que leo hacia mis adentros, fijándome en algunas palabras clave que me aportan alguna pista acerca de la persona que la escribió.

—¿Puedo ver el expediente?

Clark, asintiendo, me alarga una carpeta azul. La abro y analizo en silencio las fotos. Dos chicas han muerto. Una tercera lo hará en breve como fracasemos.

—El informe forense determina como causa de la muerte… —oigo la voz amortiguada de Murkowski.

Desconecto de la conversación, me aíslo, concentrada por completo en lo mío, hasta que todo a mi alrededor desaparece y solo quedan ellas dos.

Quieren hablar, contármelo todo. Y yo quiero escucharlas; quiero que me digan quién es ese monstruo cuyo rostro se mantiene todavía oculto entre las sombras. Necesito saberlo para poder detenerle.

Lo que me están diciendo es que el sujeto no es un sádico, no parece recrearse en el crimen. Más bien disfruta del juego, le encanta asustarlas, tener a la policía detrás de él en vano. Le divierte reírse en sus narices, demostrar que son incapaces de pillarle.

Incluso mandó una de sus misivas al inspector jefe que lleva la investigación. Una adivinanza.

La leo tres veces seguidas, memorizándola antes de cerrar la carpeta. He visto lo suficiente como para saber que nos enfrentamos a un narcisista de manual que se cree demasiado listo como para caer. Siempre es un placer demostrarles lo contrario.

—Las horas de un reloj —interrumpo a Tommy, que nos está mostrando el informe forense en la pantalla y las marcas de estrangulamiento de la segunda víctima.

—¿Qué? —Murkowski niega y me mira confundido.

Le devuelvo la carpeta a Clark, alargándosela por encima de la mesa.

—El acertijo —aclaro, paseando la mirada de un rostro al otro—. Son doce señoras con medias, pero sin zapatos. Se refiere a las horas de un reloj. Piensa sacrificar a doce chicas y después retirarse, hacer historia, que hablen de él para siempre, el asesino del reloj, nadie sabe quién es, nunca lo han pillado. Documentales, preguntas sin respuesta, horas y horas de investigación infructuosa. Lo que busca es gloria y fama, y vamos a jugar con su ego. ¿Qué sabemos de las chicas? ¿Estudian en la misma universidad?

—No —me responde Snyder, cuyos ojos grises se vuelven hacia los míos—. Aparentemente, no tienen nada en común.

—Pues tendremos que encontrar algo que las conecte con el asesino.

—Muy bien, Cooper. Haz las maletas. Te vienes a Colorado.

Asiento y dejo salir de golpe el aire que estaba conteniendo. Supongo que es lo mejor que podría pasarme ahora mismo. Dejar

atrás la ciudad durante un tiempo me vendrá bien. Necesito estar distraída, trabajar para no pensar en el desastre en el que se ha convertido mi vida personal.

*****

Al ser la única chica del equipo, no tengo que compartir habitación con nadie, y aprovecho para pegarme una buena ducha antes de la reunión con el inspector jefe que lleva el caso.

(Nada más llegar, también he aprovechado para vaciar una de las botellitas de whisky del minibar. Últimamente, me afloran vicios por todos lados. Me estoy convirtiendo en Clark…)

Cojo el bote de gel, lo extiendo por todo mi cuerpo y cierro los ojos mientras el agua cae en cascada por encima de mí y arrastra la espuma perfumada hacia el desagüe.

Esto es relajante. Perfecto. Justo lo que necesitaba después del vuelo. Es como un masaje agradable que deja mi mente en blanco.

Bajo el potente chorro de la ducha, mi cuerpo empieza a despertar, a absorber los estímulos del agua caliente y del gel, que tiene un olor tan masculino y excitante que mi estómago se tensa con un espasmo.

Me pierdo por unos segundos en las sensaciones que me inundan, y entonces noto su presencia a mis espaldas. Oigo su respiración, cada vez más alterada, revolviéndome el pelo.

Estoy a punto de sentir sus manos en mis pechos, los tensos músculos de su tórax rozándome la espalda, esos labios, esa tentadora boca aferrándose a mi piel mientras su cuerpo se pega al mío…

Me cubro el labio inferior con los dientes y me dejo llevar por la fantasía. Mis venas se llenan de lava ardiente. Se me tensan los pezones al oír su voz amenazadora susurrándome al oigo:

—Voy a poseerte entera.

Me rindo.

Suplico que me toque.

Lo necesito.

Me da igual el coste.

No puedo quitarme esta obsesión de la cabeza. No puedo vivir sin esa pasión.

Pero la caricia se hace de rogar, y la anticipación, al igual que mi febril aliento, empiezan a descontrolarse.

Pasados unos treinta segundos de tormento, abro los ojos y descubro que no hay nadie tras de mí, solo el vapor de la ducha.

Comprenderlo me derrumba por completo.

Porque esto va a ser así siempre.

Para siempre.

Hasta que me olvide de su rostro y de lo que sentía cuando me besaba.

Separo los labios y suelto una especie de sonido ahogado, como si hubiera recibido un golpe repentino en el estómago que me ha dejado sin aire.

Bajando los párpados con suplicio, apoyo la frente contra los azulejos y dejo que el agua caiga, hirviente y purificadora, y que lo arrastre todo hacia el desagüe.

*****

—¡Cooper!

El bramido y el golpe en la puerta hacen que me sobresalte delante del espejo lleno de vaho.

—¡Cinco minutos! —grito, para que Clark me escuche desde el pasillo.

Se produce una pausa. Estará protestado.

—¡Te esperamos en recepción!

Exhalo, me obligo a concentrarme y limpio de una pasada el vapor que empaña el espejo.

La vida de una chica de veintiún años depende de mí en este momento. No puedo distraerme con gilipolleces.

*****

Después de las presentaciones de rigor, el inspector Shapiro, un tipo en sus cuarenta y pocos años, seco hasta la antipatía, nos conduce

por un largo pasillo hasta la sala designada para que el equipo del FBI y el departamento de homicidios trabajemos codo con codo, a contrarreloj, para salvar la vida de Claudia Pironti, la tercera universitaria que ahora mismo está confinada en su casa, con un equipo de dos policías acompañándola probablemente incluso al servicio.

Tras dos asesinatos que han indignado sobremanera a la opinión pública de Colorado, este departamento se enfrenta a acusaciones por negligencia, así que Shapiro no quiere jugársela por tercera vez.

Por eso estamos aquí. Este todavía no se ha convertido en un caso federal. No es más que una llamada de auxilio por parte de un inspector que se ha visto superado por los acontecimientos, hecho que no le hace la menor gracia, a juzgar por su expresión tensa y esa cara de pocos amigos con la que nos recibe.

—Estas son las pruebas que hemos reunido hasta la fecha —nos dice, apoyada la mano en una de las cinco cajas de cartón que ha hecho traer desde su despacho para que podamos examinarlas—. Las cartas con las amenazas, declaraciones de amigos y compañeros de clase…

—Me gustaría ver las grabaciones de los interrogatorios.

Shapiro se vuelve hacia mí, sorprendido.

—Claro, pero no tenemos sospechosos. Solo hemos hablado con familiares, amigos y conocidos de las víctimas. De los interrogatorios no hemos sacado nada, ninguna pista.

—¿Tienes algo, Cooper? —se entromete Clark en nuestra conversación.

Asiento, trasladando la mirada hacia la suya.

—Tengo el perfil.

Mi jefe cruza los brazos sobre el pecho y me da vía libre con un gesto. Su mandíbula, tensa, concede un aire áspero a su semblante. Aunque, una vez se le conoce, no es tan huraño como parece.

—Adelante. Cuéntanos lo que estamos buscando.

Paseo la mirada de un rostro al otro. La luz fría de los fluorescentes añade un toque de solemnidad al entorno. Desde aquí oímos el incesante sonido de los teléfonos y el zumbido de las radios policiales. Tengo una clara visión de la pizarra en blanco y de la

ventana que da a la calle, y también de él, el que está entre las sombras. No veo su rostro. *Aún*. Pero sí veo lo que hace. Lo que piensa. Lo seguro y a salvo que se siente en la oscuridad, convencido de que nadie sabe dónde buscar.

—El sujeto es un varón blanco, joven, franja de edad aproximada entre veinticinco y treinta y cinco años. Posee una inteligencia superior a la media. Es un tipo culto, pero no de los que van a la universidad. No lo necesita. Está por encima de eso. Hay cosas que no se aprenden en un aula. Él tiene opiniones claras y bien formadas; es crítico, sabe que es listo; no necesita gastarse tanto dinero en la matrícula de una escuela privada para demostrarlo. No es patético como el resto, como esos niñitos de papá a los que tanto desprecia. Proviene de una familia desestructurada, pero no importa de dónde vienes sino adónde te diriges, y él será *alguien* algún día.

»Buscamos a un tío con buena presencia, un actor hábil que engaña fácilmente, cae bien, un buen vecino, amable con las ancianas. Todas nos dirán que les sube la compra y les ayuda a cruzar la calle. El poder le obsesiona, y nada concede más poder que el reconocimiento de los demás.

»Tiene una personalidad manipuladora, y es muy persuasivo. Puede distinguir perfectamente entre el bien y el mal. Al matar, busca la gratificación que le concede el arrebatar una vida con total impunidad.

»Tiene un ego descomunal y rasgos narcisistas, le encanta ser más listo que la policía, ir tres pasos por delante de nosotros. Y por eso sé seguro que ya lo ha interrogado usted, inspector. Ahora tenemos que examinar las grabaciones para determinar quién encaja con el perfil que estamos buscando.

Shapiro me observa como a un bicho raro.

—¿Me está diciendo que usted ha sacado todas esas conclusiones solo por leerse un expediente?

Aprieto los labios hasta que mi boca se convierte en una línea rígida.

—Me fijo en los detalles. Es mi trabajo.

—Impresionante. Ojalá acierte porque, si no, me colgarán por las pelotas. Espere aquí. Le traeré las grabaciones.

Clark se vuelve de cara a mí y, con un gesto apenas perceptible, me indica que está de acuerdo con mi análisis.

—Bueno, ¿dónde cenamos esta noche?

—¿Qué tal en la comisaría, agente Snyder? ¿Le vale un sándwich de la máquina expendedora o quiere que le montemos una cena con baile?

—Menudo aguafiestas —me susurra Snyder cuando Clark sale de la sala en busca de un nuevo chute de cafeína—. ¿Qué tal una copa cuando el vejestorio se vaya a la cama? Podemos hablar del caso, si te empeñas.

Le dedico una miradita seca y él, con su habitual actitud pagada de sí mismo, me lanza un guiño socarrón.

Al final, me río y oigo que los demás también lo hacen a nuestras espaldas, mientras analizan las pruebas que nos ha facilitado Shapiro.

—Está casada, Snyder.

—Era una tapadera, Murkowski —responde él en el mismo tono, lento, paciente, ligeramente exasperado, como si estuviera diciéndole: *aterriza, tío, no era real.*

Tommy y yo intercambiamos una mirada rápida por encima de las cajas. Él sabe que lo mío con Ash era más que una tapadera. Podría delatarme. Pero no lo hace. Tensa la mandíbula y, acto seguido, compone una especie de sonrisa cáustica para Snyder.

—Cierto, pero no eres su tipo.

—¿Y tú qué vas a saber, capullo? Soy tu tipo, ¿a que sí, Coop?

—Bueno…

—No irás a decirme que no soy tu tipo —se indigna, tan ofendido que dan ganas de reírse.

—Tranquilo, Joseph. Tú eres el tipo de todas.

—¿Lo veis, capullos? Soy el tipo de todas.

—Pero no el mío.

—¡¿Qué?! —grita, irritado—. ¡No jodas! ¿¿Por qué dices eso??

—¿Qué tal para bajarte de tu nube de presunción? —le propongo, arqueando ambas cejas.

Murkowski y Green se parten de risa. Al final, me uno a la diversión, mientras Snyder finge estar desolado por la negativa.

Ya está, agente Cooper. Bienvenida de vuelta a casa. Parece que tus compañeros te han perdonado por follarte al enemigo.

Capítulo 21

Las cosas que me importan son frágiles, nunca me duran demasiado.
(Ash Williams)

Ash

—¿De qué querías hablarme?

Seven se deja caer en la silla al otro lado de mi escritorio y planta sobre la mesa la carpeta que traía en la mano.

—Quiero abrir un negocio que sea mío al cien por cien. A ver qué te parece. Necesito tu opinión de experto. Mira. He hecho un plan empresarial y todo. Como a ti te gusta. Con estudio de mercado incluido, para que no digas que no me implico.

—Estoy intrigado. —Abro la carpeta y leo la información por encima—. ¿Vas a abrir un puticlub?

—¡No seas imbécil! —se indigna, fustigándome con la mirada—. No es un puticlub, capullo. ¿Es que no has leído lo que pone ahí?

—Lo he leído en diagonal. Será mejor que me lo expliques porque, así, a primera vista parece un puticlub.

—¡Para nada! *7* será un club liberal enfocado al placer, la relajación y el morbo. Habrá spa, un bar con buenos licores y buena música y, por supuesto, salas calientes abiertas a los curiosos.

—O sea, que vas a montar orgias de lujo.

—¡No! Es un espacio lúdico, alejado de los tabúes sexuales… Vale, voy a montar orgías de lujo, si te empeñas en llamar a las cosas por su nombre —admite, enfurruñada, al ver mi expresión de pocos amigos.

—Pues no sé, Seven. ¿Es lo que quieres hacer con tu vida?

Asiente y busca otra postura en la silla. Parece un poco inquieta, como si pensara que no voy a aprobarlo. Es evidente que mi opinión es muy importante para ella.

—Es lo que necesito ahora mismo, Ash. Quiero un negocio mío, algo para llevarlo yo, un proyecto que me mantenga ocupada. Y, sinceramente, solo entiendo de cargarme a gente o de follar.

—Está bien. Si esto es lo que quieres hacer, adelante. Yo le veo potencial económico a cualquier negocio que tenga que ver con las perversiones.

—Entonces, ¿crees que funcionaría? O sea, ¿que sería rentable? He investigado un poco y resulta que no hay ningún club liberal en la ciudad. Hubo uno de *swingers* en los ochenta, pero lleva más de veinte años cerrado. Lo cerró Sanidad. Sus instalaciones no eran aptas.

—Estoy seguro de que, si te lo montas bien, será todo un éxito.

Tomo un trago de whisky, cierro la carpeta y entonces Seven me dice:

—Me lo voy a montar la hostia de bien. Pienso poner incluso una silla ginecológica.

Me atraganto con el licor, toso y la miro con las cejas arqueadas.

—¿Una silla ginecológica?

—Es una de mis fantasías.

—Hay que joderse.

—¿Cuál es la tuya? Dame ideas.

—Yo no tengo fantasías, Seven. Cuando quiero algo, lo consigo.

Mi problema es que no puedo conservarlo. Las cosas que me importan son frágiles, nunca me duran demasiado.

Igual si dejara de enamorarme de las hijas de Gavin…

—Señor Williams, ya está aquí su cita de las once —nos interrumpe Lis, cuya cabeza rubia asoma de pronto por el hueco de la puerta.

Levanto la mirada hacia la suya para indicarle que la he oído.

—Gracias, Lis. Dile que pase.

Seven se levanta de la silla y me observa con cierta preocupación.

—¿Estás bien?

Me enciendo un cigarrillo con parsimonia y al final le devuelvo la mirada.

—Claro. ¿No lo ves?

—Pues…

—¡Williams!, ¡viejo zorro!

La alegre exclamación del hombre que acaba de cruzar la puerta de mi despacho la hace callarse y torcer el gesto.

—¡Richard Malloy!, ¡el capullo que solo viene a verme cuando quiere algo de mí!

Malloy ríe entre dientes, un poco fastidiado porque sabe que tengo razón.

—Siempre tan hijo de perra, joder.

Nos damos un abrazo, con palmaditas incluidas, después de lo cual él repara en Seven y de repente cambia de actitud. Se está poniendo en modo ligón.

—¿Y tú quién eres?

—La que va a patearte el culo como sigas mirándole el escote. Me voy. Te veré luego en el *Fever*.

Malloy suelta una especie de suspiro desbordado, se afloja la corbata, como si hiciera muchísimo calor aquí dentro, y se deja caer en la silla que Seven acaba de dejar libre.

—Menuda hembra. ¿Es tu novia?

—No es una hembra, tío. Es una mujer. Hablemos de negocios, ¿quieres? No tengo el día para que me toquen las pelotas.

—¿Vengo en mal momento?

Desde la noche *cero*, todos los momentos son malos. Ya se ha corrido la voz en los bajos fondos de que estoy de un humor… peligroso últimamente.

*****

Por la noche, en el *Fever*, voy directo a la barra.

—Danny, dame una botella de esas, anda.

—Marchando, jefe.

—¡Hola, Ash!

Sorprendido, me giro hacia la camarera que se acaba de acercar por mi derecha con una bandeja llena de vasos sucios en la mano.

—¿Trixie? —farfullo perplejo, reconociéndola de inmediato. No ha cambiado demasiado, mismo corte de pelo, mismas mejillas ruborizadas—. ¿Qué haces tú aquí?

—Es mi primer día de trabajo.

—¿Trabajas aquí? —repongo, con más perplejidad si cabe.

—Síííí. Seven vino a verme la semana pasada para ofrecerme este empleo. ¿Qué haces tú aquí?

—El club el mío —le respondo, con una arruga entre las cejas.

—Oh. No tenía ni idea.

—Así que Seven ha ido a verte.

—¡Sí! La verdad es que este trabajo es mucho mejor que el que tenía. Mi jefe estaba a punto de echar el cierre. En un mes o dos me iba a quedar en la calle. Os agradezco muchísimo la oportunidad. A los dos.

Hay que joderse.

—Pues nada, bienvenida al equipo.

—¡Gracias!

—Perdona. Tengo que irme.

—Claro. ¡Nos vemos, Ash!

—Ajá.

Busco a Seven entre la gente. La encuentro en mitad de la pista, restregándose lascivamente contra un tío desconocido. Cabreado, la agarro del brazo y la arrastro hacia el despacho del gerente.

—¡Oye, oye, oye! ¿Qué coño pasa contigo, tío?

La suelto, nada más empujarla dentro, doy un portazo para frenar un poco la insufrible música, que no tengo el humor de escuchar ahora mismo, y la ensarto con la mirada.

—¿Qué cojones hace Trixie aquí?

—¿Quién?

—No te hagas la tonta. Sabes perfectamente de qué te estoy hablando.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, Ash? —repone, cruzándose de brazos—. Más de un año, y aún te acuerdas de su nombre. Ella te gusta. ¡Admítelo! Siempre te ha gustado. No has querido dar rienda suelta a esa atracción porque estabas muy encoñado con esa piba. Pero ahora tu matrimonio es agua pasada. Hay que pasar página, ¿no crees? ¿Quién mejor que Trixie para consolarte? Ash, ¡aterriza de una vez! ¡Los árboles te impiden ver el bosque! ¿O es que no lo ves? Por cierto, con árboles me refiero a las tetas de tu ex.

—Hay que joderse —maldigo, peinándome con los dedos de pura exasperación—. ¿Es que ahora eres una proxeneta, joder? ¡A ver si te enteras de una puta vez, Seven! ¡Cuando quiera meter mi polla en alguna parte, la meteré sin tu ayuda, cojones!

Paso por su lado golpeándola con el hombro, salgo y cierro de un portazo. A tomar por culo.

En el club, aparto a la gente de mi camino a empujones. No estoy de humor.

Regreso al coche que dejé estacionado de malas maneras en la acera, arranco y me largo con un chirrido de ruedas. Ni siquiera sé adónde voy. A cualquier parte, supongo.

Una hora después, termino la velada sentado en el césped, al lado de la tumba de Julian.

—Menos mal que traigo el Macallan —le digo, negando exasperado—. Esto dará para rato.

Abro por fin la botella, tomo un interminable trago y luego vierto una buena cantidad sobre el montículo de tierra que tengo a mi derecha.

—¿Te acuerdas de la chiquilla del bar? Pues resulta que ahora trabaja para nosotros. Seven cree que debería follármela. Sí, por lo visto tengo que superar a… a mi… a… en fin, a *ella* —subrayo entre dientes, disgustado por no saber cómo referirme a su persona. ¿Mi falsa esposa? ¿La agente que me jodió? *¿Literalmente*? Y hablando de follar…—Por lo visto, según nuestra Sev, hasta que no me folle a otra persona, no habré zanjado la relación. ¿Qué te parece? Estoy hasta la polla de todo, Julian. En serio. Estoy teniendo un año cojonudo. Pero qué te voy a contar a ti, que estás muerto, joder. Seguro que lo que menos te apetece ahora mismo es escuchar mis lloriqueos. ¿Qué tal P? ¿Os lo montáis en el Cielo? Seguro que sí, cabrones. —Sonrío ante la idea y vuelvo a beber, otro trago interminable.

Capítulo 22

Casi siempre estamos rodeados de oscuridad.
(Agente especial Cooper)

Alexandra

—Voy a morir, ¿verdad?

Suelto sobre la mesa las cartas que estoy examinando y me armo de valor para enfrentarme a la mirada de Claudia, la joven universitaria cuya vida depende de las pistas que puedan desvelarme estas jodidas notas, tan crípticas que no he sacado nada en claro todavía.

—No. Por supuesto que no —le aseguro, con una seguridad que no sé de dónde saco.

—¿Cuánto tiempo lleva analizando las cartas, agente Cooper?

El suficiente como para sabérmelas de memoria...

—Seguiré estudiándolas hasta que encuentre la clave. Estoy segura de que está aquí, en alguna parte. Las tengo todas, las que te envió a ti y también las que envió a… a otras personas.

—A las chicas muertas. Tranquila. Puede decirlo. Estoy al tanto.

—Eh —le digo, estirándome sobre la mesa para poner mi mano encima de la suya—. No vas a morir, ¿me oyes?

—Las otras murieron.

—Las otras no me tenían a mí. Lo encontraré. Solo necesito un poco más de tiempo.

—No tiene *todas* las notas.

—¿Cómo dices?

—La primera la tiré. Parecía una broma pesada.

Me quedo perpleja. Puede que la clave esté ahí, y si las dos anteriores víctimas pensaron lo mismo…

—Claudia, ¿qué decía la primera nota?

Mira hacia arriba como intentando hacer memoria.

—Decía… *Sé lo que hiciste, pero no lo contaré*.

—¿A qué se refería?

Se encoge de hombros antes de negar con la cabeza.

—Ni idea.

—¿Recuerdas cuándo la recibiste? ¿Puedes señalarme la fecha aproximada sobre un calendario?

Agarro el que tiene Shapiro sobre su mesa y se lo pongo delante.

Mordisqueándose el labio inquieta, se toma unos segundos para pensar y luego me indica fechas de hace casi un mes.

—No recuerdo el día exacto, pero fue a lo largo de esta semana.

—¿Estás segura?

—Sí. Me acababan de despedir y la primera carta llegó unos pocos días después, y fue como *guau, lo que me faltaba.*

—Entiendo. Hagamos una cosa. Un ejercicio de memoria. Quiero que mires este calendario. Por ejemplo, la semana anterior al despido. ¿Qué recuerdas de esos días?

—Pues… fui a la universidad, fui a trabajar, quedé con unas amigas para irnos de compras… Lo de siempre. Nada especial.

—Piénsalo bien. Cualquier cosa, por insignificante que te parezca, puede ser importante.

—Un momento. Sí, hay algo más. Este día —me señala el viernes de esa semana con una uña mordisqueada y después levanta la mirada hacia la mía— quedé con alguien.

—¿Alguien?

—Un hombre.

—¿Una cita?

—No exactamente. Fue un… Bueno, nosotros... —Coge aire y su rostro se carga de vergüenza—. En realidad, fuimos a un hotel y…

—Mantuvisteis relaciones. No pasa nada. No te sientas incómoda. Estoy aquí para ayudarte. Háblame de él.

El timbre de mi voz parece infundirle la suficiente confianza como para relajarse. Sonríe un poco y me lo cuenta todo como a una de sus amigas.

—Jerry es… increíble. Es súper atento, súper tierno, siempre consigue mesa en los mejores restaurantes… Conoce a los maîtres por su nombre y tiene una forma súper elegante de dar propina.

Porque es un tío mayor. Los universitarios no dan propina ni conocen los mejores restaurantes de la ciudad. Ese Jerry me recuerda a Ash. Lo cual tampoco es tan difícil. A mí *todo* me recuerda a Ash, y en este momento tengo que hacer un gran esfuerzo para echarle de mi cabeza y concentrarme en la conversación.

—Claudia, ¿cuántos años te saca Jerry?

Se clava los dientes en el labio inferior y se encoge, mitad avergonzada mitad traviesa, en la silla.

—Unos… ¿veinte?

Lo que yo decía.

—¿De qué lo conoces?

—Su oficina está al lado de la cafetería en la que trabajaba antes de que me despidieran. Entró un día a tomar café y fue un flechazo. ¿Sabe a lo que me refiero?

Vaya si lo sé.

—¿Está casado?

Se revuelve en el asiento, se coloca el pelo, rubio y liso, detrás de las orejas y me mira, un poco desbordada.

—Pues…

—Recuerda que no estoy aquí para juzgarte. Solo quiero que estés a salvo.

—Sí, está casado —admite, ruborizándose de nuevo.

—¿Y qué hicisteis ese día?

—Pues… fuimos a cenar y luego… me llevó a un hotel.

Me dice el nombre y la dirección, tanto del restaurante como del hotel, y yo los anoto en la libreta.

—¿Cree que esto es cosa de Jerry?

Niego con la cabeza, cierro mi bloc de notas y la vuelvo a mirar a los ojos.

—No. Pero alguien os vio esa noche. ¿Jerry lleva alianza cuando sale contigo?

—Sí, sí que la lleva.

—Pues es evidente. Tú eres mucho más joven, solo uno de los dos llevaba anillo... Alguien llegó a la conclusión de que se trataba de una aventura y eso le mosqueó.

Claudia hunde la cabeza entre las manos y gimotea.

—Oh, Dios mío. ¡Si es que sabía que lo nuestro estaba mal! Pero es tan guapo y súper encantador y…

—No te fustigues. Esto no es culpa tuya.

—Pero, si yo…

—Eh, no hagas eso.

—Ya estoy aquí. Gracias por vigilarla. —Shapiro, que acaba de entrar, todo enérgico, en su despacho, frunce el ceño al encontrar a Claudia llorando a moco tendido y a mí con la mano encima de la suya, intentando consolarla—. ¡¿Qué le ha hecho?!

Luego se lo cuento, articulo con los labios, sin dejar de frotar la mano de la pobre Claudia.

—Todo saldrá bien, Claudia. Te lo prometo.

*****

Dos semanas después, toca despedirse del inspector Shapiro y también de Claudia. El caso está cerrado. El monstruo, entre rejas. A veces, mi trabajo resulta muy gratificante.

—No sé cómo agradecérselo. Gracias a usted, he recuperado mi vida. ¿Cómo ha sabido que era el recepcionista del hotel?

—Cuando supe lo de tu cita con Jerry y la primera nota de amenaza, pedí el listado de empleados, tanto del restaurante como del hotel, y descubrí que uno de ellos, el recepcionista, había estado presente en uno de los interrogatorios, como vecino de la primera víctima. No le citaron, se presentó él solito, alegando que la conocía, aunque, cuando preguntamos, ninguno de los amigos de la joven pudo corroborar esa afirmación.

—Vaya. ¿Se delató él solito?

—El ego siempre acaba con ellos. Seguimos investigándole hasta que nos dimos cuenta que también estaba relacionado con la segunda víctima. Ella había hecho una sustitución en el hotel unos meses antes, cuando una de las recepcionistas cogió la gripe, de modo que él la conocía.

—Guau.

—Sí. Le teníamos. Y, entonces, el inspector Shapiro lo acorraló, con sus modales de Colorado, y los agentes Murkowski, Green, Snyder y Clark encontraron varias pruebas en su domicilio, incluida la siguiente nota que pensaba enviarte y… Más o menos fue así. Buscábamos a alguien obsesionado con el poder y, sinceramente, ¿hay alguien más poderoso que un recepcionista, y más uno que trabaja en un hotel de lujo y está al tanto de los secretos de todos los huéspedes?

Claudia, sonriendo de oreja a oreja, vuelve a abrazarme.

—¡Gracias otra vez!

—De nada. En cuanto a Jerry, siento que su mujer se haya enterado y le haya pedido el divorcio.

—¿Le confieso una cosa? Yo no lo siento en absoluto.

Me río y me acerco a Shapiro, para despedirme también de él.

—Un placer, inspector.

Aprieta la mano que le alargo, y también la mandíbula, porque él es un tipo bastante serio. Al menos, en apariencia. Una noche salimos todos a tomar unas cervezas en el bar de la esquina y ahí lo encontré bastante más simpático y menos huraño que en la oficina.

—Agente Cooper, gracias por todo.

—No hay de qué. Le diría hasta la próxima, pero, con suerte, no volveremos a vernos.

Me señala con el dedo y al final ríe entre dientes por primera vez en estas intensas semanas.

Me coloco las gafas de sol sobre la nariz y me abro paso hacia la claridad del día. Otro caso. Otro cubo de Rubik resuelto. Es gratificante, pero, cuando cae la noche y estoy otra vez sola en mi habitación, en absoluto silencio, con los ojos clavados en el techo blanco que a veces parece a punto de caérseme encima, no puedo evitarlo, no puedo evitar echar de menos lo que él y yo teníamos.

Echo de menos a Ash con todas mis fuerzas, y la idea de volver a Cleveland contrae mi estómago con una especie de latigazo eléctrico, que suelo sentir cada vez que su nombre se cuela en mi memoria; cada vez que bajo la guardia lo suficiente como para permitirme a mí misma pensar en él.

—¡Cooper, sube de una vez! —me grita Clark desde el interior de uno de los coches patrulla que va a llevarnos al aeropuerto—. ¿Qué demonios estás haciendo? Llevamos veinte minutos de retraso por tu culpa. ¿Otra vez te has implicado más de la cuenta en un caso?

La bromita no acabará nunca. Les encanta meterse conmigo.

Tiro al suelo el cigarro que me estaba fumando delante de la comisaría y echo a andar hacia la acera. En el bolsillo de mi chaqueta, se mueve de un lado al otro una caja de cerrillas con el logo del *Fever*. No significa nada. Y, a la vez, lo es todo.

—Hay que ver lo cascarrabias que estáis hoy. Os jode no haber resuelto el caso vosotros.

—Suerte de principiante. —Green, sentado a mi izquierda, me lanza un guiño socarrón.

Le hago una mueca, niego, fingiendo exasperación, y compruebo el móvil. Como siempre, no hay notificaciones. Solo un *e-mail* de mi madre, que nunca me llama porque no sabe si trabajo en un caso de incógnito o no y no quiere pifiarla.

Durante mi relación con Ash, me comunicaba con ella una vez a la semana, siempre por correo electrónico. Creo que solo la llamé dos veces, y porque era su cumpleaños. No podía arriesgarme a que me pillaran.

Ahora, que mi vida ha vuelto a la normalidad, la llamo de forma regular, dos o tres veces por semana.

Mamá, estoy a punto de coger un vuelto. Te llamo cuando llegue a Cleveland.

—¿Me has oído, Cooper?

Envío el mail, levanto la mirada hacia Clark, que está sentado en el asiento del copiloto, al lado de un agente uniformado, y niego.

—Perdón, ¿decía?

—Te estaba felicitando por el trabajo que has hecho estas últimas semanas.

—Para una vez que no se tira al sospechoso…

Le doy un codazo a Green, y este se dobla hacia adelante, fingiendo dolor, aunque sin dejar de reírse por lo bajo.

—Joder, ¡qué bruta! Señor, la agente Cooper me está agrediendo aquí atrás.

—Estaros quietos u os bajo del coche en el próximo semáforo.

Green me dedica una mueca. Yo le saco la lengua.

—Agentes, os estoy viendo por el retrovisor. Comportaros, por el amor de Dios. Ya sois mayorcitos.

—Sobre todo, ella.

Le propino a Green otro codazo poco amistoso.

—¡Señor! Lo ha visto, ¿verdad? Ábrale un expediente.

—No he visto nada, agente Green —gruñe Clark, exasperado.

Acto seguido, se baja sus gafas de piloto por la nariz, me guiña el ojo a través del espejo y yo le sonrío con cada milímetro de mi rostro.

—¡Esto es una conspiración! —se indigna Green a mi lado.

—¿Son así siempre? —le pregunta el policía a Clark.

—Oh, son mucho peor. Hoy tienen un buen día.

El agente niega, como diciendo *qué barbaridad*. Green y yo sofocamos una risita en la parte de atrás del coche patrulla.

Casi siempre estamos rodeados de oscuridad. Estos breves momentos de desconexión son el único respiro que tenemos.

Capítulo 23

Somos criaturas peligrosas que se adaptan a cualquier hábitat.
(Agente especial Cooper)

Tres meses después

Alexandra

—¿Qué tenemos? —pregunto al entrar en la sala de reuniones, donde ya están todos los de mi equipo. Llego puntual, son ellos los que se han adelantado.

Murkowski me pone uno de esos cafés horrible en la mano. Me lo ha servido en mi taza gris con el logo del FBI, que me regaló él mismo cuando nos hicimos "amigos". También me alarga el expediente del nuevo caso que nos han asignado.

—Cuatro víctimas. Todas mujeres. Trabajadoras de la noche. Mismo *modus operandi*. Hay un nuevo asesino en serie en Cleveland y se está cebando con las prostitutas. Es un sujeto muy violento. Un psicópata sádico. Espero que no hayas desayunado todavía, Cooper, porque las fotos son un espanto.

Vaya.

Pues habrá que ver quién lo caza antes, ¿nosotros o él?

Porque está claro que este caso, por sus características y la implicación de nuestro villano favorito en el campo de las mujeres en situación vulnerable o desfavorecida, nos interesa a todos.

Solo que algunos juegan con ventaja porque no siempre necesitan ordenes de registro firmadas por un juez ni tienen una moralidad que les frene o les ralentice el camino.

Su límite está en el cielo. No es un héroe. No respeta las normas. Él, más bien, las vuela por los aires.

Y estoy segura de que ya está al tanto de la amenaza que se cierne sobre sus protegidas.

Tenemos las mismas prioridades, después de todo. Perseguimos las mismas metas. Paz en las calles. Seguridad. Por eso observamos, vigilamos y, cuando la situación lo requiere, actuamos.

Él, en la oscuridad.

Yo, en la luz.

Juntos por la misma causa. ¿No es romántico?

Sorbo un poco del espantoso café de la máquina y sonrío para mí.

«Pues que empiece el juego, *mi amor*».

—Estudiaré las pruebas y mañana os entregaré el perfil criminal del sujeto.

—Estupendo, Cooper. —Clark asiente, conforme con el plazo, y carraspea por lo bajo para aclararse la voz—. A trabajar, agentes. Hay que retirar a otro psicópata de las calles.

Es justo lo que vamos a hacer.

La bestia acaba de atacar. Eso quiere decir que disponemos de unas cuarenta y ocho horas para resolver el acertijo.

Aunque, si no lo conseguimos, tendremos otra oportunidad porque este tío tiene hambre de más. Veo furia, desprecio; veo poder. Lo hace porque puede. Con lo cual, volverá a hacerlo.

La lucha nunca termina. Siempre hay un monstruo en alguna parte.

Y esto es lo que soy. Esto forma parte de mí. Al igual que forma parte de él.

Ash y yo somos dos caras de una misma moneda. Distintos, pero iguales. Nunca dejaremos esta vida. A no ser que muramos, claro.

Por supuesto, en nuestro mundo morir no siempre es sinónimos de dejar de respirar. La pequeña Abbie lo sabe bien, ¿verdad? Lo fácil que es mutar de una piel a la otra. Lo rápido que puedes cambiarte de disfraz. Una máscara y otra y otra… Jamás te encontrarán, a no ser que quieras que te encuentren. Somos criaturas peligrosas que se adaptan a cualquier hábitat.

Y ese ser despreciable que ahora mismo pulula por las calles de Cleveland con un martillo ensangrentado en el maletero del coche, creyéndose impugne mientras se ceba con mujeres que no están en condición de defenderse a sí mismas, debería estar acojonado, porque vamos a ir a por él con todos los medios que tenemos a

nuestro alcance. Es solo cuestión de tiempo. Y, una vez más, también de suerte.

La pregunta es: ¿de qué lado estará la diosa esta vez?

*****

—Cooper, te toca.

Me levanto de la silla, con mi carpeta entre las manos, y me coloco en el sitio que Clark acaba de dejar libre, delante de la pantalla en la que estamos viendo una foto de la última víctima, tal y como la encontraron en el descampado.

Carraspeo antes de dirigirme a la sala. Este caso me pone un poco nerviosa. Es esta maldita ciudad. Todo me recuerda a él y me cuesta mantener bajo control la obsesión que me consume por dentro.

—Bien. Buscamos a un hombre blanco de entre treinta y cuarenta y cinco años. Estatura media. No es alto, pero sí corpulento. Las asalta por sorpresa, para que no puedan defenderse. Las neutraliza, las mete en el coche y después las mutila con saña en alguna parte. Ha escogido un sitio reservado para que nadie las oiga gritar, y tras asestarles un golpe en la cabeza con el martillo, las lleva a su guarida. Ahí las ata, pero no las amordaza porque quiere recrearse en sus gritos de agonía. ¿Sí, Green?

—¿Son crímenes sexuales?

—Sí. El informe forense no deja lugar a dudas. Su forma de torturarlas es sexual. Les introduce objetos punzantes en la vagina. Les arranca los pezones. Probablemente se masturbe mientras ellas agonizan, pero no vais a encontrar rastro de semen. Posee conocimientos de leyes, por eso no forcejea ni mantiene relaciones sexuales con las víctimas. Le preocupa que encontremos muestras de ADN bajo sus uñas o en cualquier otra parte de sus cuerpos. Puede que esté fichado por delitos menores y no quiera jugársela.

—¿Buscamos delincuentes sexuales?

Rechazo con un gesto la pregunta de Snyder.

—Yo buscaría violencia de género. No es un violador. Es un maltratador. Ella —cojo el mando a distancia y cambio la diapositiva

—, Alice, es su primera víctima mortal, pero antes ha habido otras. Ensayos que le han salido mal. Buscad agresiones violentas. Mujeres que hayan sobrevivido y que puedan colaborar para realizar un retrato robot. Puede que le hayan interrumpido. Eso ya no pasará. Ahora tiene un plan bien perfilado, y matar lo excita. Es una obsesión que no puede mantener a raya. Una droga. El tiempo juega en nuestra contra, agentes. Este tío está a punto de matar de nuevo, sabemos que lo hará muy pronto. En este momento, está en alguna parte de la ciudad, acechando a su próxima víctima. *No* las escoge al azar. Esto es importante. Busca determinadas características en ellas. Pautas. Todas las víctimas eran madres, lo cual me dice que la madre de nuestro sujeto se dedicaba a la prostitución.

—¿Qué más puedes contarnos sobre su infancia, Coop? ¿A lo mejor fue fichado por los Servicios Sociales cuando era pequeño?

Asiento ante la pregunta de Murkowski.

—Es posible. Las víctimas eran consumidoras de drogas. Su madre era una drogadicta negligente y maltratadora. Sin figura paterna clara. Nos enfrentamos a una persona fría, calculadora y sádica. Un tipo metódico. Matar a prostitutas es su misión divina. Es reservado, introvertido y muy religioso, a lo Antiguo Testamento, Sodoma y Gomorra, mujeres que no obedecen a la máxima autoridad, que es el varón. Está haciendo una purga. No descarto que esté en contacto directo con ellas antes de escogerlas. Puede que trabaje en algo relacionado. Tal vez, Servicios Sociales. Una iglesia. Alguna institución. Se relaciona de alguna forma con mujeres en situación vulnerable y se dice a sí mismo que las está ayudando. No las mata. Les concede la salvación eterna.

—¿Qué hay de él, Cooper? ¿Algún rasgo físico que nos ayude a descartar sospechosos?

Vuelvo la mirada hacia Clark.

—Pasa desapercibido en todas partes, así que no esperéis a alguien con pinta de perturbado. En sociedad, se muestra como una persona normal y aparentemente inofensiva; un buen samaritano. Aunque su ex mujer o novia os dirá que la pegaba. Y, si alguna vez la insultaba, la palabra era siempre la misma: *puta*.

Clark busca una mejor postura en la silla, deja escapar un suspiro y comprueba el reloj. Llega tarde a alguna parte. Quizá tenga una cita médica. Le oí susurrar la palabra hemorroides por teléfono.

—¿Algo más, Cooper?

—Sí. No os dejéis engañar por la bestialidad de la escena del crimen. Nuestro hombre mantiene un tremendo grado de control sobre la situación. Detecto rasgos de esquizofrenia paranoide en su comportamiento. Resumiendo: el asesino es un hombre de Dios, con un trabajo normal, infancia complicada y ex parejas que han sufrido alguna especie de maltrato, aunque puede ser que no lo hayan denunciado nunca.

Espero a que dejen de tomar notas, y entonces prosigo.

—La clave, esta vez, no está en el asesino, sino en las víctimas. Para encontrarle a él, debemos saber quiénes eran ellas. Qué tenían en común. ¿Acudían a la misma iglesia? ¿Les atendía el mismo trabajador de Servicios Sociales? Sabéis por qué mata. Se lo pide el mismísimo Dios. La pregunta que os tiene que quitar el sueño, agentes, es: ¿Por qué ellas? ¿Por qué Alice, Sara, Lisa y Ana? *Nada* es casual. Nos enfrentamos a un cazador, y necesitamos saber dónde capta a sus presas. Y creedme cuando os digo que no es en la esquina de una calle. Eso es lo que quiere que pensemos. Está jugando al despiste, pero no vamos a caer en su trampa. La verdad está en estos cuatro expedientes de aquí. Hay que encontrarla.

—Gracias, Cooper. Murkowski, ¿qué sabemos hasta ahora de las víctimas?

Tommy y yo nos cruzamos mientras le cedo el sitio. Hace un gesto con la cabeza y me sonríe, como diciendo: *buen trabajo, Coop*. Le devuelvo el gesto.

—De momento, no mucho. Todas tenían hijos, eran madres solteras y también drogadictas. Vamos a concentrarnos en lo que nos ha dicho Cooper, iglesias y Servicios Sociales, aunque yo añadiría también centros de desintoxicación. Puede que primero intente ayudarlas, si es un hombre de Dios. Pero ellas recaen, les puede la tentación y el pecado, son débiles, y entonces él se siente decepcionado y muy furioso.

Apunto en la esquina de mi carpeta *centros de desintoxicación/ayuda a mujeres en situación vulnerable y/o desfavorecida*, y sigo escuchando.

*****

Investigando a las víctimas, averiguamos que dos de ellas asistieron casi a la vez a un centro de reinserción, y aquí estamos Murkowski y yo, aparcando delante de la fuente que escupe agua a través de las fauces de un cocodrilo.

Me estremezco por dentro al leer la inscripción de la puerta. *El amor no debería doler*. Aún recuerdo el primer día que vine aquí. Todo era tan diferente…

Tommy camina en silencio a mi lado. Está muy callado desde que salimos de la agencia. Hay algo rondándole por la cabeza.

—Esto es de tu marido —me dice al final, cuando estamos casi en la parte de arriba de la escalera.

—¿Y?

—Y da el perfil. Su madre era una…

—Su madre era una mujer cariñosa que lo quiso muchísimo —lo freno con impaciencia—, y lo educó muy bien, en el respeto y en la igualdad. Ser prostituta no es lo que definía a Josie Williams. No era drogadicta ni tampoco negligente. Hacía las calles por pura necesidad, para mantener a su hijo y pagar el alquiler. Además, él no es para nada reservado ni introvertido. ¡Es don simpatía! Y jamás haría daño a ninguna mujer, créeme. Es todo lo contrario. Tiene un instinto protector muy desarrollado. En su mundo, nada es personal. Solo son negocios. No es un sádico. Es un tipo eficiente. No cree en Dios ni en las misiones divinas. Solo cree en sí mismo y en la Sig Sauer. No es nuestro hombre ni de coña.

Tommy hace una mueca de disgusto por debajo de las gafas de sol.

Espero que, a pesar de caerle tan mal Ash, sea consciente de que yo tengo razón y no ande buscándole las cosquillas.

—¿Te contó Clark por qué le soltaron?

—No. Pero lo sé.

—¿Y por qué fue? No dejo de preguntármelo. Teníamos pruebas más que de sobra. Y de repente, hala, a la puta calle. A tomar por culo la operación.

—Las pruebas no era fiables.

—¿Qué quieres decir? ¿Las manipulaste?

—Las pruebas no eran fiables, Tommy —insisto con dureza—. Es todo lo que necesitas saber.

—Pues cojonudo. Me alivia mucho tu respuesta. Buenos días. Soy el agente Murkowski y ella es la agente Cooper. Somos del FBI. Investigamos la muerte de esas dos mujeres. Necesitamos hacerles algunas preguntas acerca de su paso por esta institución.

La mujer con la que nos hemos cruzado en el pasillo me mira largo y tendido. Está claro que me ha reconocido. Es posible que hayamos coincidido en algún evento benéfico. Ash conocía a tantísima gente que sería imposible acordarse de todos.

—Yo soy la directora —nos dice al fin, sonriéndole a mi compañero, mas no a mí—. La doctora Burstein. Por favor, pasen a mi despacho. Les ayudaremos en lo que podamos.

Murkowski se cuelga del cuello de la camisa las gafas de sol y me dedica una mirada elocuente y muy seca. Sigue pensando que Ash es nuestro hombre. Por el amor de Dios.

Capítulo 24

A veces tienes que decir adiós a las cosas que conoces y hola a las que no.
(Steve McQueen)

Ash

Llamo como un desquiciado a su puerta. Me da igual que sean las tantas de la noche y que despierte a todo el vecindario. Estoy cabreado que te cagas. Este no es ni de coña el trato que ella y yo teníamos.

—¡Cooper! —rujo, con otra avalancha de golpes furiosos contra la puerta—. ¡Abre, joder! ¡Tenemos que hablar!

Pasa casi una eternidad hasta que al fin la oigo soltar el cerrojo. Unos segundos después, asoma por la puerta, descalza y despeinada, y me observa mitad perpleja mitad mosqueada mientras se ata los cordones de la bata en la cintura.

Me obligo a ensartarla con la mirada, para no fijarme demasiado en el camisón de satén que lleva y que se le trasparenta en la zona del pecho y también… más abajo.

Gruño hacia mis adentros, exasperado conmigo mismo después de que mi atención se haya demorado sobre su cuerpo unos segundos más de la cuenta. Es evidente que todavía me siento muy atraído por ella. Intentaré obviar eso y concentrarme en las emociones negativas, que también están ahí. Menudo cóctel.

—¿Qué? —grazna, seca como cabía de esperar.

—¿Qué coño haces en *mi* ciudad, interrogando a *mis* empleados? —le grito, bajando la mirada hacia la suya para poder fulminarla como es debido con la fuerza de mis pupilas.

—Poco ha tardado la doctora Burstein.

Enderezándome, me paso las dos manos por el pelo y suelto un gruñido de frustración.

—¡Dijiste que ya estabas en casa! ¡¿Por qué me mentiste?! ¿Qué cojones haces todavía en Cleveland?

—*Esta* es mi casa, Ash —me contesta, con una paciencia que evidentemente no siente—. Yo digo la verdad incluso cuando miento. Vivo aquí.

—No.

Lo siento, no admito esa respuesta.

—*Sí.* He alquilado este piso.

—No —insisto, con más firmeza.

—*Ash* —me gruñe, con voz vibrante. Deja escapar un suspiro cansado y niega con la cabeza una y otra vez—. No estoy de humor para pelearme contigo ahora mismo. ¿Tienes idea de la hora que es?

—¡Me suda la polla la hora que es, cielo! ¡Dijiste que volverías a Los Ángeles!

—¡Nunca dije eso! —me grita, perdiendo la paciencia conmigo, a juzgar por la expresión rabiosa que se enciende en su mirada.

—¿Cómo que no? El día que fui a hablar con los de Asuntos Internos…

—¡Tú sacaste tus propias conclusiones!

—¡Pero tú no me corregiste! ¡Me hiciste creer que te marchabas! No pensarás en serio quedarte en Cleveland.

—Por supuesto que voy a quedarme en Cleveland. ¡Trabajo aquí! ¡A ver si te enteras! ¡Tengo un caso! ¡Hay un asesino en serie en la ciudad! ¡NO VOY a irme, Ash! ¡Tendrás que aguantarte, joder! ¡Deja de ser tan crío! ¡La gente, cuando se separa, no se cambia de ciudad ni de hemisferio! Sencillamente, ¡se ignoran el uno al otro! ¡Haz eso!

Me paso la mano por la cara, me echo un poco hacia atrás porque en algún momento he invadido su espacio personal y eso es malo de narices, y niego, sin fuerzas para seguir gritándole. Cuando ella se enciende, lo mejor que puedo hacer yo es apagarme, porque, si nos encendemos los dos, puede que la ciudad arda.

—¿Haces esto porque aún crees que tú y yo…?

La veo apretar la mandíbula. Sus ojos dorados me pulverizan con una expresión bastante fustigadora.

—¿Por qué no hablamos mejor de por qué no has pedido tú el divorcio, cielo?

—Increíble, joder. ¿Crees que no he pedido el divorcio porque aún me aferro a algo? —le grito, intentando ignorar esa vocecita en mi cabeza que me dice que ese es precisamente el motivo por el cual no he movido un dedo hasta ahora y que haya estado ocupado no es una excusa. Cuando quiero algo, cuando lo quiero de verdad, lo obtengo, y si no tengo el divorcio es porque…

Acerca su rostro al mío, tanto que tengo que contener el aliento para no inhalarla como a una parte muy retorcida de mí le gustaría hacer.

A esa parte retorcida le encantaría agarrarla por el cuello ahora mismo, aplastar su boca contra la mía y darle un beso obsceno, derivado de la furia que me asaltó cuando me llamó la doctora Burstein para decirme que mi mujer, la agente Cooper, había ido a verla.

—No lo creo —me provoca, rozándome el pecho con el suyo—. *Lo sé.*

En un momento de debilidad, bajo la mirada hacia sus tentadores labios. Solo es un lapsus temporal. Le pongo remedio de inmediato al levantar de golpe la vista e insertarla con saña en la suya.

—Bien, cielo. Pues tendrás noticias de mi puto abogado mañana mismo.

—¡Lo estoy deseando! —ruje, un segundo antes de darme con la puerta en las narices.

Tócate los cojones.

Me quedo inmóvil unos segundos, con la cara a escasos centímetros de la madera que nos separa, y al final una sonrisa incrédula se abre paso a través de mis labios.

Hay que joderse. Justo cuando empezaba a superarlo, a hacerme a la idea de que ella no volvería, resulta que, en realidad, nunca se ha marchado.

Eso me cabrea.

*****

—Quiero que lleves mi divorcio.

Costello, arrellanado en su sillón ejecutivo, me pone mala cara.

—No soy especialista en divorcios, Ash.

—Te pago una fortuna, *Ben*, así que eres especialista en lo que a mí me salga del nabo.

—Te veo alterado.

—Estoy bien. Solo quiero zanjar el puto asunto de la separación lo antes posible. Lo he pospuesto durante demasiado tiempo. Toma. Aquí tienes el teléfono de mi mujer y su dirección actual. Contacta con ella y ya me vas diciendo cuándo hay qué firmar los papeles.

—¿Ella está por la labor de divorciarse?

—Más le vale.

—O sea, que no lo sabes.

—No, Ben, ¡no lo sé! —exclamo, exasperado—, pero doy por hecho que los dos estamos de acuerdo en que lo nuestro ya no tiene arreglo a estas alturas.

—Hoy en día hay una cosa llamada comunicación, colega.

—Y también una llamada tortura. ¿Probamos a ver cuál de las dos se me da mejor?

—Qué bárbaro. No me extraña que te dejara tu mujer.

—Le dejé yo a ella.

—Porque te esposó y te metió en una furgoneta del FBI.

—Tú sigue tocándome las pelotas, Costello. Ya verás lo que pasa.

—Venga, no te pongas cascarrabias. ¿Una copa?

—Bueno… Ya que estoy aquí… Por cierto. ¿Cómo va lo tuyo con Maggie?

—Mejor no preguntes —me gruñe entre dientes—. Solo te diré que duermo en un hotel.

*****

Ben Costello me llama dos días después.

Me pilla jugando al golf. Me disculpo con el alcalde y me alejo por el césped para poder atender la llamada en privado.

—Dime.

—Lamento decirte que te casaste con alguien que no existe, de modo que no es necesario que os divorciéis. Con rellenar un formulario será suficiente. Puedo hacerlo yo. *Online.*

—De eso nada. Necesitamos unos límites claros. Vernos en presencia de los abogados, acordar los términos de la separación y toda esa parafernalia nos hará comprender, a los dos, que nuestra relación está muerta y enterrada.

—Ash, sería una pantomima.

—¡Pues organiza una puta pantomima! ¿Dónde está el problema? Cuando alguien muere, organizamos funerales. Mi matrimonio ha muerto. ¡Haz lo que te he pedido!

Le cuelgo sin despedirme y me guardo el móvil en el bolsillo de los pantalones con ademanes furiosos. No dejan de aflorarme problemas por todos lados. Estoy hasta la polla.

—Ash, ¿conoces a Tom Payne? —me dice el alcalde cuando regreso, con el palo apoyado en el hombro—. Trabaja en la Fiscalía.

Lo que me faltaba.

—Señor Williams, he oído hablar de usted. En unos pocos años se ha convertido en la mayor fortuna de Ohio. Vaya. Impresionante.

El distinguido señor Payne me ofrece la mano. Pues no voy a estrechársela. Me vuelvo hacia el alcalde para contestar a su pregunta.

—No, no he tenido el gusto de conocer al señor Payne, pero él sí me conoce a mí.

—Ah, ¿sí? No lo recuerdo.

Vuelvo la mirada hacia la suya y lo observo unos segundos sin esbozar gesto alguno.

—¿En serio? Pues conoció a mi madre. Se llamaba Josie.

Su expresión afable se hace añicos.

—¿Tú eres…?

—Solo tengo una duda —lo freno, con sonrisa cáustica—. ¿Te despediste de mí antes de abandonarme? Espera, no me contestes. Me suda la polla.

—Hijo, yo…

—No te atrevas —espeto entre dientes, con voz fría y letal—. Yo no soy tu hijo, capullo.

Tiro el palo de golf al suelo y me largo delante de las miradas perplejas de todo el mundo.

La gente tenía razón. Me parezco a ella.

*****

La sala está llena de periodistas.

El alcalde, sentado a mi derecha, responde a todas las preguntas, sin perder ni por un segundo ese carisma típico de la clase política.

—Usted. La del fondo.

—Tengo una pregunta para el señor Williams.

—Adelante —intervengo, inclinándome hacia el micrófono.

—Señor Williams, ¿dónde está su mujer? Antes eran inseparables y hace meses que no la vemos en ningún evento. ¿Se encuentra bien?

Lo que me faltaba, joder.

Aunque supongo que se veía venir. Ella caía bien a la prensa. La flamante esposa. Tócate los cojones.

—La señora Williams y yo nos estamos divorciando. No, no levanten la mano porque no haré más declaraciones acerca de mi vida personal. Si alguien quiere hacerme alguna pregunta sobre el centro cívico, adelante. Si no, que tengan ustedes un buen día.

Por supuesto, las preguntan no cesan, y entonces me levanto de la silla y abandono la sala en mitad de la rueda de prensa, sin importarme un comino la cara indignada del edil. El que financia el proyecto soy yo. Si quiere mi dinero, tendrá que joderse y aceptar mis métodos.

*****

Una semana más tarde, ella y yo volvemos a estar cara a cara. Esta vez, en el despacho de Ben.

Estamos en otoño. Faltan ocho días para nuestro aniversario. La idea me mosquea. ¿Por qué cojones sigo pendiente de estas fechas?

Me parece que el que necesita la parafernalia soy yo, no ella. Todavía no he comprendido que no hay vuelta atrás.

Arrellanado en la silla, la sopeso con una mirada especulativa, pero su rostro se mantiene helado, no hay forma de saber lo que piensa, su expresión facial no desvela ninguna emoción.

Tiene buen aspecto, como siempre. Lleva una americana de color mostaza sobre unos vaqueros negros, ajustados. El pelo, recogido en la nuca. Pendientes pequeños, de oro, discretos. Vaselina en los labios.

Parpadeo para dejar de mirarle la boca y me concentro en el conjunto al completo. Está guapa. Diferente. No es Alexandra. No sé quién es. Ya no la conozco.

—¿No traes abogado? —la abordo, desde el otro lado de la mesa. Todavía no nos hemos dicho ni una palabra.

—No lo necesito.

—Tú misma.

—Bien —interviene Ben, con aire eficiente—. Vayamos al grano. Aunque no hay ninguna obligación legal, porque esto es *una farsa* —subraya, clavándome una mirada disgustada en las retinas—, mi cliente está empeñado en ofrecerle una compensación económica a cambio del falso divorcio.

—Deja de tocar las pelotas, Costello —amenazo entre dientes—. Es un divorcio como cualquier otro. Ella y yo nos casamos delante de cientos de personas, tú incluido. Lo adecuado sería divorciarse.

—Lo que tú digas. Esta es la oferta que le hacemos.

Le planta el cheque delante. Ella no se mueve. Cuento los segundos. Han debido de pasar unos veinte. Entonces, lo coge, lo comprueba y sonríe, incrédula. Le he dado un cheque en blanco.

—Pon tu precio, cielo.

Levanta el rostro hacia el mío y, durante medio minuto, me sopesa en silencio. Sigo sin saber qué piensa.

Solo sé que no puedo desprender la mirada de la suya, como tampoco pude hacerlo el día que entró en mi despacho ni en ningún otro momento desde entonces. Es mi jodida criptonita.

Lo cual me mosquea tanto que gruño:

—Dale un boli, Costello.

Una sonrisa amarga se insinúa en las comisuras de esa boca que no debería mirar como un perturbado, joder, pero lo hago porque

sigo obsesionado con ella. Estoy haciendo grandes esfuerzos para no ceder y pedirle que vuelva. Odio retroceder sobre mis propios pasos. Sería admitir que me he equivocado, y esto no es ningún error. Ella tomó una decisión esa noche y yo no puedo volver atrás para cambiar el caos que ese paso en falso desencadenó en mi vida.

Esto.Es.Lo.Correcto.

Fin del asunto.

—No necesito un boli —me responde con dureza mientras, sin romper nuestro electrizante contacto visual, reduce el cheque a pedazos.

—¿Qué haces? Estoy siendo amable contigo.

—¿Amable? —repone, deteniéndose por un momento—. Esto es un insulto.

—¿Es un insulto ofrecerte una compensación económica a cambio del divorcio? Mi situación financiera es mejor que la tuya. Coge el dinero. Cómprate un piso. Empieza de cero. No me seas terca, joder.

—Terca —repite, sopesando la palabra con esa extraña sonrisa en las comisuras de los labios—. Verás, Ash. No estoy siendo terca. Resulta que… ¿Cómo era? Ah, sí, ya lo recuerdo. *Lo que tiene precio, poco valor tiene.* Así que métete tu puto dinero por donde te quepa, joder. Puede que en tu mundo todo tenga un precio. Pero, en el mío, hay cosas que no están a la venta. Y yo soy una de ellas.

Me tira los pedazos a la cara, echa hacia atrás la silla con tanta fuerza que casi la vuelca y abandona la sala sin volver a mirarme.

La puerta se cierra a su espalda con un estruendo, el golpe final en nuestra relación, que deja tras de sí un silencio pesado y frío, la confirmación de que la intimidad que ella y yo teníamos se ha convertido en un abismo de distancia irreparable.

Es lo que quería y, al mismo tiempo, mi peor pesadilla.

Dejo caer los párpados, exasperado, y solo vuelvo a abrirlos cuando oigo silbar a mi abogado.

—Solo le ha faltado abofetearte —me dice, riéndose por lo bajo.

—Ganas no le faltarían —me veo obligado a admitir.

—La has cabreado tanto que se ha ido sin firmar los falsos papeles. ¿Te vale así o la obligamos a punta de pistola? Te habrás traído la Sig Sauer.

Noto que los tensos músculos de mi mandíbula se endurecen todavía más.

—Cállate, joder. No me des la matraca. No tengo el día.

Esperaba alguna réplica sarcástica, no que se mantuviera tan callado que casi puedo escuchar el rugido de la avalancha de emociones que amenaza con desbordarse en mi interior, un torrente incontrolable de sentimientos que no tengo ni puta idea de cómo gestionar.

Será mejor que siga burlándose y me propicie una distracción temporal de mis molestos pensamientos. Necesito alguna especie de estímulo que acalle esa estúpida voz en mi cerebro que me dice que el orgullo nunca es bueno y que vaya tras ella y solucione esa mierda de una vez.

Vuelvo la silla hacia Costello y lo encuentro con el móvil en la mano y una expresión tensa ensombreciéndole el rostro.

—Eh, Benjamin. ¿Qué te pasa? ¿Va todo bien?

Niega, sin dejar de observar absorto la pantalla del móvil.

—Mi padre acaba de sufrir un derrame, tío. Tengo que volver a Baltimore.

Aprieto los labios en gesto compasivo. Sé que Ben y su padre, jefe de la familia Costello, la más poderosa de Baltimore, no se llevan demasiado bien.

El viejo Joe, un tipo muy tradicional, hecho a la antigua, nunca encontró la forma de aceptar que su primogénito no tuviera el menor interés en continuar con el negocio familiar y escogiera abrirse camino por sí mismo en el mundo de la abogacía, lo más lejos posible del imperio criminal Costello.

Aun así, es su padre y la noticia lo ha dejado bastante afectado.

Le doy una palmadita de ánimo en el hombro.

—Mierda. Lo siento mucho, colega. Espero que se mejore.

Asiente, con mirada vacía y gesto ausente.

—Será mejor que me marche ya. Perdona.

—Claro. Tranquilo. Oye, si necesitas algo, llámame.

—Gracias, tío. Hablamos de tu divorcio en otro momento.

—No hace falta. Ya está zanjado.

En lo que a mí respecta, ella y yo hemos acabado oficialmente nuestra relación. Ya puedo pasar página. Ya no me aferro a nada.

*****

Trixie está currando detrás de la barra hoy.

Me siento en un taburete y le pido una copa, que ella me prepara de inmediato, dejando de lado cualquier otra cosa.

Callado y pensativo, la sigo con la mirada de un lado al otro. Es buena en lo que hace. No se colapsa a pesar de la cantidad de trabajo que tiene. Es rápida, lo cual le permite tenerlo todo controlado.

—Dios, hay que ver el calor que hace esta noche —dice al pasar por delante de mí con dos mojitos para la pareja pija que tengo al lado.

—Se te ve acalorada.

Sonríe, y yo tomo otro trago de whisky y sigo observándola ensimismado.

Lleva una camiseta negra de tirantes, escotada, con el logo del *Fever* sobre el pecho, y unos vaqueros oscuros que le sientan muy bien.

Lo del vestuario fue idea de Seven. Yo escogí los licores y la música. Seven tenía claro que los camareros debían llevar camisetas negras y que el logo del *Fever* se tenía que imprimir en letras de color fuego.

Danny regresa de donde sea que haya estado y le dice que ya se queda él en la barra.

Trixie asiente y se detiene por un segundo para rehacerse la coleta. Mis ojos caen sobre la elegante línea de su cuello.

—Oye, Trixie —le digo en un impulso.

—¿Sí?

Se acerca a la barra, se coloca la goma en el pelo y me mira con esos enormes ojos de marrón verdoso, llenos de una curiosidad inocente, bastante infantil. Me gusta eso de ella.

—¿Qué haces mañana por la noche?

—Trabajar. ¿Por qué?

—¿Quieres acompañarme a una fiesta? —le propongo, antes de arrepentirme.

—Me encantaría, pero…

—Si es por esto, dile a Danny que yo te he dado la noche libre.

—¿En serio?

—Mm-hm.

—Entonces, ¡me encantaría acompañarte! —asegura, con una sonrisa de oreja a oreja que ilumina todo su rostro.

—Cojonudo—. Me acabo la copa de un trago, me saco una tarjeta de visita del bolsillo y la planto sobre la barra—. Pasaré a recogerte sobre las ocho. Mándame la dirección a este número, si eres tan amable.

Coge la tarjeta como si fuera un objeto valioso para ella y la aprieta entre los dedos.

—¡Genial! En cuanto tenga un rato, te la mando.

—Bueno —zanjo, con un golpe de nudillos—, pues te veré mañana.

—Sí.

Me despido con un gesto. Ella se queda ahí, detrás de la barra, con una mezcla de sorpresa y entusiasmo brillándole en los ojos.

En el reservado, me siento al lado del Chino y me pongo a escribirle un correo electrónico a Lis. A Trixie le hará falta un vestido. Es un cóctel de etiqueta.

—Problemas en el Paraíso.

Mis dedos se detienen en seco.

Levanto la mirada hacia Seven. La tengo delante, con su habitual ropa negra y también su habitual careto de mala uva.

—Siempre hay problemas en el puto Paraíso. Hoy conduces tú.

Se saca la Sig Sauer de la espalda, comprueba las balas que le quedan en la recámara y se la vuelve a guardar tras la cintura de los vaqueros.

—Vamos. El tiempo apremia.

Capítulo 25

Disfrute de la vida. Esto no es un ensayo. (Friedrich Nietzsche)

Ash

La observo por encima de las copas. La fiesta era más bien una obligación laboral, de la que me escabullí en cuanto pude.

Ahora estamos en un local del centro, un sitio muy tranquilo, enfocado más hacia los encuentros íntimos que hacia bulliciosas quedadas entre amigos. Las mesas son pequeñas. La música, suave, de fondo.

Sopesé la idea de llevarla a alguno de nuestros clubes, pero ahí todo me habría recordado a otra persona y lo que intento es precisamente olvidarla. Mejor quedar con Trixie en terreno neutral. No se merece que yo me pase la noche entera pensando en otra.

—Así que tienes cuatro hermanos —constato con una sonrisa cuando acaba la anécdota que me estaba contando.

Me alegro de haberle pedido salir. Me lo estoy pasando bien, mejor de lo esperado. Estar con ella es como una distracción que realmente necesitaba, un pequeño momento de respiro y calma en mi ajetreado día a día.

Trixie le da un sorbo a su cóctel, sujetando la pajita entre los dientes como una niña, y asiente.

—Uy, sí. Cuatro hermanos mayores.

—Vaya. ¿Y cómo fue criarse con tantos chicos?

—Horrible. No tuve novio hasta los diecinueve. Todos salían despavoridos.

Me río por lo bajo y sorbo un poco de whisky, antes de volver a centrar la mirada en su ruborizado rostro.

—¿Y qué pasó a los diecinueve? ¿Decidieron que tenías suficiente edad como para salir con chicos?

—Dos de ellos acabaron en la cárcel. Uno se casó y se mudó a Florida. Y el cuarto decidió que para qué.

—La hostia.

Su risa suave se mezcla con el murmullo de fondo del bar y el sonido del piano. Esta cita ha resultado ser una grata sorpresa. ¿Por qué no lo habré hecho antes?

«Porque te aferrabas a algo que ya no existe, capullo».

Me pongo los ojos en blanco a mí mismo y sopeso, pensativo, a la mujer que me sonríe desde el otro lado de la mesa.

Me gusta el vestido que lleva esta noche. Lis tiene buen gusto, aunque a Alexandra nunca le habría enviado algo así. El rosa pastel no era su color. A ella le iba el negro. Como a mí.

«Se acabó, joder. Las comparaciones son odiosas. Ella te jodió y tú estás pasando página. Fin del asunto».

—Sabes, Ash. —Después de sorber un poco de Piña Colada, Trixie suelta la pajita y clava su mirada en la mía —. Pensé que nunca me lo pedirías.

Frunzo el ceño, sin comprender a qué se refiere.

Me doy cuenta de que el pianista está interpretando ahora la canción de *City of Stars*, y los putos acordes, familiares, revuelven de nuevo las cosas que intento mantener a raya.

Fuimos al estreno de la película. Me habían regalado las entradas. Pensé que no sería su tipo de historia, le van más las clásicas, las de la época dorada del cine, pero, en contra de todo pronóstico, esta le encantó. Lloró al final. Y eso, de alguna forma, me conmovió e hizo que la quisiera un poco más.

Cojo aire en los pulmones, aíslo la melodía que despierta en mi pecho un extraño cosquilleo, y me obligo a prestarle atención a Trixie.

Su rostro parece más pálido bajo la lánguida luz de la lámpara con forma de vela que se interpone entre nosotros.

—Pedirte ¿el qué?

Se coloca detrás de la oreja uno de los oscuros mechones de pelo que han escapado de su recogido y una especie de sonrisa asoma en sus labios sin pintar, arrugándole de una forma bastante graciosa las dos comisuras de la boca.

—Salir. Parecías… O, mejor dicho, *no parecías* interesado.

—¿Interesado en salir?

—Interesado en mí —repone, un tanto incómoda.

—Ah. No, no es eso. Es que yo…

Callo unos segundos, niego con la cabeza y desvío la mirada hacia el puto pianista que me está empezando a inflar la polla con la mierda de canción que está tocando. A que le saco la Sig Sauer y lo obligo a tocar folklore húngaro. Aunque cabe la posibilidad de que incluso eso acabe recordándome a ella. A fin de cuentas, estuvimos en Hungría en nuestra puta luna de miel.

—Había otra persona —confieso, volviéndome de cara a ella. Estoy poniendo todo mi empeño en mantenerme quietecito y pendiente de esta conversación.

—Lo sé. ¿Qué pasó?

Me encojo de hombros.

—No funcionó.

—¿Pero seguís casados?

Veo que me mira las manos y que siente cierto alivio al no encontrar ahí ningún anillo.

—No. Ya no.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro. Dispara.

—¿Todavía sientes algo por ella?

Ahí está, la jodida pregunta que nunca me atrevo a plantearme a mí mismo por miedo a que la respuesta me acabe mosqueando.

—Es complicado —admito, tensando las comisuras de los labios—. No hablemos de eso ahora. Hablemos mejor de nosotros. Me gustaría follarte.

Mi franqueza la ha dejado boquiabierta. Durante unos diez segundos, lo único que consigue hacer es parpadear con nerviosismo.

—Eh… Pues… A mí también me gustaría.

—Entonces larguémonos de este sitio. Esta musiquita me pone de los putos nervios. Me voy a volver tarado como siga aquí dentro.

—¿No te gusta *City of Stars*?

—Es una película estúpida, con un final aún más estúpido.

—Yo creo que es muy romántico.

Sí, ella creía lo mismo...

Con gesto tenso, suelto dinero sobre la mesa, la cojo de la mano y prácticamente la arrastro hasta la salida.

Será mejor que respire y me calme un poquito. Parezco un cavernícola arrastrando a la chica guapa de la tribu a su guarida. No estaría de más actuar como un caballero. ¿Qué mínimo, después de soltarle, así, sin más, que quiero follármela?

En mi defensa, la pregunta sobre si aún siento algo por *cómo se llame* me ha crispado los nervios. Entre eso y el jodido pianista…

Soltando un suspiro, le abro la puerta del coche y espero paciente a que se coloque en el asiento del copiloto, antes de cerrar y rodear el Porche por la parte delantera.

—¿Es nuevo? —me pregunta Trixie mientras yo introduzco las llaves en el contacto.

—Sí. Mi regalo de divorcio.

—Guau. Es muy bonito.

—Una preciosidad. Vale la pena divorciarse por un coche como este.

Se echa a reír al ver el guiño socarrón que le lanzo.

Arranco y me tomo unos segundos para pensar en dónde llevarla. ¿Cuál es el mejor sitio de la ciudad para echar un polvo? Además de mi casa, quiero decir.

Bien, creo que ya lo tengo.

Me incorporo a la calzada y le sonrío a Trixie, que me observa un poco inquieta, sujetándose el labio inferior entre los dientes.

Yo tampoco estoy tan al mando de la situación como aparento. La idea de follar con otra persona me pone un poco… nervioso. Si Mia estuviera en este coche, me diría que es demasiado pronto; que no he superado todavía a *cómo se llame*.

A la mierda con la puta psicoterapia. ESTA es mi forma de superar a *cómo se llame*.

Porque da igual que lo nuestro esté muerto. No habré echado tierra por encima hasta que no me folle a otra persona.

Y Seven tiene razón. En el fondo, Trixie siempre me ha resultado atractiva. Con ella, todo es fácil. No estamos jugando, no hay persecución, no hay obsesión. Es la clase de chica que te pone las cosas fáciles; se adapta a todo.

Y es justo lo que yo necesito en este momento de mi vida. Necesito a alguien que *no* me recuerde *en absoluto* a ella.

*****

Trixie parece un poco abrumada. La estoy besando y la noto algo tensa entre mis brazos. Creo que esto no está marchando como debería.

Me detengo y paseo la mirada por su rostro en busca de algún indicio que desvele en qué está pensando.

—¿Todo bien? ¿Quieres que paremos?

—¡No! Es que tú…

Se frena y se muerde otra vez el labio, algo que he notado que hace siempre que está inquieta o mortificada.

—¿Yo…? —la animo a seguir con las cejas arqueadas.

—Tú me gustas mucho y… me preocupa no estar a la altura y… cagarla.

Sonrío, en contra de mi voluntad, y Trixie parece todavía más mortificada.

—¡Dios mío! —exclama, retrocediendo despavorida—. Es muy estúpido lo que acabo de decirte. ¡Lo siento!

—Eh. No es estúpido. Eres muy dulce. Ven aquí. —La rodeo en un nuevo abrazo, apoyo su cabeza en mi pecho y le acaricio el pelo con los dedos, sonriendo todavía—. Tranquila. Tú no podrías cagarla ni aunque quisieras. Y, oye, no tenemos por qué hacer esto ahora. A lo mejor he sido demasiado directo contigo. No quiero que te sientas presionada a…

—No —me acalla, agarrándose con las dos manos al cuello de mi camisa, encajados sus ojos en los míos de forma muy convincente—. Me gusta cómo eres, y *quiero* hacer esto. Siempre… Bueno, seguro que te has dado cuenta de que siempre he estado colada por ti, ¿no?

—Sí.

—Pues hagámoslo.

Pongo una mano en su nuca, enredo los dedos en su pelo y acerco su rostro al mío.

—Oye.

—¿Qué?

—Lo que me has preguntado antes, si aún siento algo por ella.

—¿Sí?

—Puede que lo haga. Y creo que debería ser sincero contigo, y conmigo mismo, antes de que esto vaya más lejos de un pequeño morreo.

Sonríe, con los labios casi encima de los míos.

—No me importa. Quiero hacerlo contigo.

—¿Incluso si yo no puedo ofrecerte nada más que sexo?

—Incluso así.

—Bien. Entonces, dejaré la cháchara para cuando vaya a terapia.

—Vale.

—Vale —murmuro, incapaz de dejar de sonreír. En serio, es muy dulce. Me gusta.

La beso con ternura y, por primera vez en más de cuatro meses, el nudo que tengo en el pecho empieza a aflojar.

Hoy era nuestro aniversario. La habría llevado a un sitio caro. A lo mejor a París, como en nuestra luna de miel. Le habría hecho el amor apasionadamente entre las sábanas de algún hotel coqueto con vistas al Sena. No así. Nunca así. Habría sido diferente porque con ella todo lo era.

Esa pasión arrolladora, a fuego lento, que se te mete bajo la piel y te convierte en algo que ni siquiera reconoces, es algo que la mayoría de la gente nunca experimenta. Ella y yo la teníamos.

Pero era una fantasía y se acabó.

Ahora existimos en universos diferentes, y paso de pensar en una mujer imaginaria, más que nada porque hay una muy real en la habitación de este hotel —no habría soportado la idea de follar con ella en nuestra casa, habría sido un puto sacrilegio— y voy a concentrarme en esto, en sus labios, en quitarle el sujetador, en arrastrar la boca por su hombro desnudo, y voy a bloquear esos ojos dorados, acusatorios, cargados de lágrimas, como lo estaban la noche en la que la llevé a ver el estreno de *La La Land* y al final de la película me hizo prometerle que lo nuestro duraría para siempre.

Se lo prometí, y este soy yo rompiendo la puta promesa. Así están las cosas, joder.

Con la respiración cada vez más áspera por culpa de la excitación, cuelo la mano dentro de la ropa interior de Trixie y la toco mientras observo sus reacciones, cómo arquea la espalda y cómo separa los labios en busca de oxígeno.

—¿Te gusta esto?

—Sí…

—Bien. A mí también.

Los ojos ambarinos siguen en mi cabeza, gritándome que esto es un error. Me están pidiendo que no lo haga. Que no me ponga el puto condón. Que no le separe las rodillas a Trixie ni me abra paso a través de su cuerpo caliente precisamente la noche de nuestro jodido aniversario.

Pero voy a hacerlo.

Le doy un beso de esos que dejan los labios hinchados, me coloco entre sus piernas y atravieso su cuerpo con una firme embestida.

—Dios —la oigo murmurar por debajo de mí.

Me detengo, con los labios ardiendo encima de los suyos.

—¿Todo bien?

—Sí. Hazme el amor, Ash.

Hay que joderse.

—No te entusiasmes. Yo no hago el amor, Trixie. Pero puedo follarte.

—Entonces, fóllame.

—Es lo que estoy haciendo.

Sip. Me la estoy follando.

Mi corazón es demasiado oscuro como para que me importe la puta fecha que es hoy.

—¿Lo notas? Estoy muy dentro de ti.

—Sí… Joder…

Entierro los dedos en su recogido deshecho y nuestros labios se funden de nuevo en un beso muy caliente.

Y ella sigue ahí, en mi memoria, mirándome devastada, negando, asqueada ante la escena.

Pues que te jodan, cielo. Esto lo has hecho tú. Yo soy tu puta obra maestra, al igual que tú eres la mía.

Míranos.

Vacíos. Jodidos. Insensibles...

Somos lo que hemos hecho el uno del otro.

Aprieto los párpados con fuerza y me concentro en entrar y salir del cuerpo de Trixie con estocadas firmes y controladas.

Y la oscuridad que me envuelve es cada vez más profunda. Acabo de dinamitar cualquier posibilidad de volver atrás. Pensé que me sentiría bien, que esto me distraería, pero cuando todo termina, cuando mi corazón deja de latir con la adrenalina de la excitación física, solo siento el vacío que ella dejó atrás.

Mierda. Nada está saliendo como yo esperaba.

Me tumbo en la cama y clavo los ojos en el techo. Soy un puto gilipollas. Pensé que me la arrancaría de la cabeza, pero ahora está más presente que nunca.

Trixie, con las mejillas rojas y esa sonrisa exultante que casi nunca se le borra de los labios, se acurruca contra mi costado y me envuelve con los brazos y la pierna.

—Ha sido…

—Sí —murmuro, con una arruga entre las cejas.

Le paso el brazo por encima y planto un beso en su sien. No se ha dado cuenta de lo vacío que me siento ahora mismo ni de lo despreciable que soy.

Me pregunto si esa noche ella lloró porque sabía cómo iba a acabar nuestra historia. Sospecho que sí, que siempre lo ha sabido. A diferencia de mí, sabía que llegaría un momento en el que uno giraría a la izquierda, el otro a la derecha, y que nadie miraría atrás.

Ni una sola vez.

Ella no lo hizo cuando salió abruptamente del despacho de Ben, y yo no voy a hacerlo ahora.

Lo nuestro termina hoy, aquí.

Supongo que necesitaba estar con otra persona para comprenderlo.

Y también para asimilarlo.

Lo que no había sopesado hasta ahora era lo mucho que iba a doler esa certeza.

Capítulo 26

Necesito que vengas y me salves.
(Lana del Rey)

Alexandra

La charla con la doctora Burstein, al igual que el resto de investigaciones que llevamos a cabo en la agencia, nos conduce a callejones sin salida, y para finales de noviembre, mis temores se hacen realidad cuando recibo una llamada de Murkowski en plena madrugada.

—Ha vuelto a actuar. Te mando la ubicación.

—Joder. —Me incorporo en la cama y me pinzo el puente de la nariz con aire agotado—. De acuerdo. Voy para allá.

Tardo media hora en llegar a la escena del crimen. Esta vez, el escenario es un barrio obrero, a unos veinte minutos del centro, el típico sitio en el que no esperarías que algo así sucediera.

Aparco en la acera y entro en el portal, enseñando la placa a los policías que custodian la zona.

—Agente Cooper. FBI.

—Por ahí —me confirma un poli uniformado—. Segunda planta.

—Gracias.

Subo a trote las escaleras y tuerzo el recodo del pasillo con el corazón palpitándome en el pecho.

A la quinta víctima la han matado en su propia casa. La señal de alarma la dio su compañera de piso, al volver del club de estriptis en el que ambas trabajaban.

Confío en que encontremos algunas pruebas físicas esta vez. Es el primer escenario del crimen que podemos analizar. Aún no hemos podido determinar dónde mató a las anteriores.

—Era su noche libre —oigo gimotear a la amiga cuando paso por delante de ella y de Snyder, que la atiende, compasivo, en el rellano

—. No puedo creer que esté muerta… Dios mío. ¿Quién haría algo así? ¡En nuestra casa!

Será mejor que hable con ella en otro momento. Ahora mismo no creo que pueda aportar nada relevante. Está bastante hecha polvo.

Desvío los ojos hacia aquella puerta entreabierta e intento refrenar mi ansiedad.

Oigo mis propios pasos irregulares mientras me acerco, y por un segundo me siento como si me hubiera desprendido de la realidad. A veces, el aquí y el ahora desaparecen para mí, es como si desconectara, como si me marchara a otro sitio.

Inspiro lentamente, me pongo los guantes de látex y penetro en la escena del crimen.

—Joo-der —gruño, deteniéndome unos segundos en el umbral, presa de un horror y una rabia palpables.

Algo ha cambiado en mí estos últimos años. Ya no soy capaz de ver a las víctimas como cifras o fórmulas matemáticas. Ahora las veo como personas, y eso es horrible porque me hace sentir una mezcla de ira e impotencia que no tengo ni idea de cómo gestionar.

Murkowski, que está rociando una pared con Luminol en busca de todas las pruebas posibles, levanta la cabeza y asiente, apenado.

—Menudo hijo de perra, lo sé.

La victima está tendida sobre la cama. Atada de manos y de pies. Desnuda. Expuesta. Detrás de ella, la palabra PUTA, escrita con su propia sangre en la pared desconchada. Alrededor del cuerpo, seis vibradores, de distintos tamaños y modelos, tirados sin más. Pretende mostrarnos que es una viciosa.

Analizo con mucha atención el entorno en el que nos hallamos. El dónde me conduce al porqué, y saber por qué suele conducir al *quién*.

—¿Han forzado la entrada? —le pregunto a Green, que niega y sigue buscando huellas dactilares alrededor de la puerta—. Entonces, nuestra teoría es cierta. Conoce a las víctimas.

—Eso parece —coincide Murkowski, con quien intercambio una mirada rápida que no sé muy bien qué significa por su parte.

—¿Los objetos religiosos son de la víctima o los ha traído el asesino?

—¿Qué objetos religiosos?

Se los indico con un gesto. La figura de un ángel en la mesilla, un rosario enroscado alrededor de los dos tiradores del armario, como un sello divino para contener lo que sea que haya dentro…

—Esos. No encajan es este escenario.

—Ni idea —me responde Tommy, negando confundido—. Se lo preguntaré a la compañera de piso.

—Hum. ¿Qué hay de los vibradores?

—La compañera nos ha confirmado que pertenecen a la víctima —corrobora Green.

Asiento, concentrada en el escenario. Solo quiero saber por qué lo hace. ¿Por qué cambiar de *modus operandi*? A las demás las abandonó en zonas pocos transitadas, descampados, polígonos industriales, en la planta baja de un edificio municipal en desuso... A ella la ha matado en su casa, en su propia cama, y la ha dejado aquí. ¿Por qué? ¿Las demás eran ensayos? ¿Ella es especial por algún motivo? ¿Ha sido un golpe de suerte? ¿Vino a verla, sin intención de matarla, pero se dejó llevar por un impulso?

—¿Qué sabemos de la víctima?

—Nora Gordon —me pone en antecedentes Snyder que, mientras tanto, ha vuelto a la habitación después de charlar con la amiga que la encontró—. Veintitrés años. Trabajaba en el *Bliss*. Un club de estriptis bastante famoso en la ciudad —aclara al ver mi mueca interrogante—. A diferencia de las otras víctimas, ella tenía ese curro para pagarse los estudios. Quería ser pediatra. No se dedicaba a la prostitución. Y, muy importante, no tiene hijos.

—Nada encaja. ¿Podría no tratarse de nuestro hombre? —Busco confirmación en las expresiones tensas de mis compañeros, pero todos se encogen de hombros.

—Es pronto para saberlo. —Green echa un vistazo alrededor de la habitación y luego su mirada busca la mía—. Pero hay similitudes. El forense dice que la herida de la cabeza se la hicieron con un martillo. Hay contusiones en la vagina, la ha atado de manos y de pies, igual que a las demás… La ha amordazado, cierto, pero imagino que era por precaución, para que sus gritos no alertaran a los vecinos.

Me acerco al armario, recojo ese rosario que tanto me crispa, lo guardo en una bolsita para pruebas y abro las dos puertas, soltando un silbido al fijarme en el arsenal de juguetes sexuales de dominación que me encuentro dentro.

—Es nuestro hombre. El rosario no es de la víctima. Lo dejó él, para purificar lo que hay aquí dentro.

—No me fastidies. —Tommy se acerca por mi derecha y observa atónito el contenido del armario—. ¿Y esto?

—Hay muchas formas de prostitución. A lo mejor ella no hacía las calles. A lo mejor se trataba de videochat o qué se yo, otras formas de venderse a sí misma. Para él, es una prostituta. Hay que averiguar por qué piensa eso. Puede que nos aporte alguna pista.

Según mi ex marido, yo misma soy una prostituta. Usar el sexo como moneda de cambio tiene un nombre.

Y después de eso, se le ocurrió la genial idea de darme un cheque en blanco por los servicios prestados. Menudo cabronazo.

No voy a pensar más en ello porque noto que me enciendo otra vez. Llevo semanas con un cabreo de narices.

—¿Cómo está la amiga? —pregunto, volviéndome hacia Snyder, que se encoge de hombros, apesadumbrado.

—Bastante alterada.

—Me gustaría hablar con ella cuando se calme un poco.

—Mejor mañana. Esta noche se ha ido a casa de su hermana.

—Bien.

Me vuelvo de nuevo de cara al armario y observo los látigos y la ropa sexy de látex.

¿Qué me ocultas, Nora?

*****

Todo apunta a que nuestra víctima era clienta habitual de un club llamado *7*. No necesitas ser un genio para adivinar a quién pertenece.

—¿Sabes quién es la dueña de este antro? —me pregunta Murkowski por el discreto auricular que llevo en la oreja derecha.

—Me lo figuro —contesto mientras camino hacia la entrada, en la que dos guardaespaldas con pintas de ex presidiarios se mantienen de pie, en una postura muy intimidante.

—¿Cuál es el plan? —interviene Green en nuestra conversación.

Los tres, Murkowski, Green y Snyder, se mantienen en el interior de la furgoneta gris ceniza aparcada a unos treinta metros de aquí.

Ayer, Snyder y Green vinieron a hacer algunas preguntas, pero, evidentemente, nadie quiere hablar con los federales. No les dejaron pasar. Salió el encargado a atenderlos en la calle y les aseguró que no hay cámaras de seguridad en el interior del local para preservar la intimidad de los clientes. Ahora me toca a mí.

—Voy a entrar. Voy a echar un vistazo. Voy a tomarme una copa, tal vez haga unas cuantas preguntas acerca de mi mejor amiga de la uni, Nora. Todo muy discreto.

—Eso si te dejan los gorilas —me recuerda Snyder.

Por supuesto que van a dejarme. Llevo un vestido minúsculo de látex —usar la sexualidad como moneda de cambio tiene un nombre, agente Cooper— y los morros pintados de rojo.

—Tomad nota, novatos. Hola, chicos —saludo a los guardaespaldas con una sonrisa sexy, ante la cual ambos se mantienen inexpresivos—. ¿Me permitís?

—Es solo para miembros —me ladra uno de ellos, contestación que hace que mis compañeros sofoquen risitas burlonas en mi oído derecho.

—Seguro que para las chicas guapas hacéis excepciones.

—Está lleno —me gruñe el otro.

Me deshago en un suspiro.

—¿Me estás diciendo en serio que me he puesto este modelito para nada?

—Circule, haga el favor.

Los capullos de mis compañeros se ríen a carcajadas. Cabronazos.

—¿Lo ves, Cooper? Sacar pecho no siempre funciona.

—Calla, imbécil —le ladro a Green mientras taconeo enfurecida hacia el furgón de vigilancia.

—¡Chica guapa! —oigo de pronto a mis espaldas.

Me detengo y esbozo una sonrisa triunfante, antes de girarme.

—¿Yo?

—Puedes pasar.

Taconeo de vuelta, pagada de mí misma.

—Pues gracias. Sois muy amables.

Uno de ellos me pone mala cara. Ha pillado la ironía. El otro me ignora.

Entro en el club y oigo a mis compañeros silbar. Llevo una pequeña cámara colocada muy discretamente en el vestido. Como se entere Seven, me saca la Sig Sauer otra vez.

—Cooper, ¿puedes enfocar de nuevo a la morena del corsé rojo?

—Calla, idiota —le gruño a Snyder.

—Jo, tío, es muy injusto que a nosotros no nos dejen entrar. Menudos pibones hay ahí dentro.

—La próxima vez os ponéis un sujetador con *push up* —los pincho, fingiendo una tos para que nadie me vea hablar sola.

El antro es Seven en estado puro. Sexy, provocativo, probablemente peligroso…

Decido que la primera parada debería ser la barra. Conseguiré una copa. Luego daré una vuelta por las instalaciones.

En la zona del bar nadie practica sexo, pero, por lo que hemos podido saber, hay salas privadas, aunque nadie ha sabido decirnos con exactitud qué sucede ahí dentro.

Seven se ha tomado muy en serio la privacidad. No descarto que haya usado una, ¡o dos!, pistolas para que la gente mantenga la boca cerrada.

La barra es larguísima, de acero, con neones azules, eléctricos, que invitan a dejarse llevar.

No es un sitio petado de gente, como suele pasar con los demás locales de ocio de la ciudad. Aquí no reciben a todo el mundo, y tampoco es que todo el mundo tenga interés en venir.

A primera vista, desde esta especie de antesala que es el bar, parece solo un club para gente pija con ropa de marca, pero, si miras un poco más allá, si abres tu mente y dejas volar la imaginación, empezarás a atisbar algo más, algo oscuro que te embruja y te insta a hacer locuras. ¿Aún no te has enterado? Tus principios y tus convicciones se han quedado en la entrada.

Aquí dentro te transformas en alguien diferente. Es parte del encanto que este lugar ejerce sobre ti. Nadie es quien dice ser. Eso me gusta. Hoy no quiero ser quien soy.

La música es perfecta, ritmos laxos, letras sensuales. Altísimo nivel; se nota que han invertido mucho dinero aquí y que ofrecen excelencia en cada rincón de estas instalaciones.

En Cleveland hay miles de personas que solo quieren bailar y cogerse una buena cogorza con cualquier mierda que coloque. Ninguna de ellas está esta noche aquí. El *7* no se rebajaría a ese nivel de vulgaridad. Es un sitio con clase. Lleva la seducción en los cimientos.

Me produce una especie de emoción estar aquí, aunque no puedo evitar preguntarme si mis sentimientos se deben a que él tiene una directa relación con este club.

Por si acaso, evito contestar. No quiero llevarme un chasco ni seguir deseando algo que ya no puedo tener.

Levanto la mano y le hago una seña al camarero.

—Buenas noches —le digo cuando se me acerca—. Me pone un…

—Ponle un Dry Martini con una rodaja de lima y tres aceitunas, Richie. Hola, cielo. No te tenía por usuaria de esta clase de clubes.

Es brutal cómo la atmosfera se carga de golpe de electricidad y expectativa.

Asiento, fastidiada, me tomo un segundo para exhalar y después me vuelvo a cara a él.

Lo encuentro a escasos centímetros de mí, con el brazo derecho apoyado sobre la barra y una sonrisa de lo más guasona en su apuesto rostro.

—Pero si es James Bond.

Le hace tanta gracia el apodo que los ojos azules se le arrugan un poco al sonreír. Ahí está, su sexy sonrisa de lado que hace que el corazón me dé un salto brutal en el pecho.

No llevo nada por debajo del vestido, lo cual me hace estremecerme por dentro cada vez que me muevo y el látex me roza los pezones. Me encanta la sensación. Aumenta la inquietud en mi estómago. No llevar ropa interior hace que uno se sienta sexy y juguetón, imprevisible, dispuesto a infringir las normas.

—Doctora Quinzel —saluda, inclinando la cabeza con elegancia—. Bonito vestido. ¿A quién vas a azotar?

—Como no dejes de incordiarme, a ti.

—Suena tentador.

Hago una mueca ante la sonrisa de pillo que pone, cojo mi bebida y me dispongo a pagarla.

Ash pone la mano encima de la mía para detenerme. El roce es tan eléctrico que me tenso de cabeza a pies y me descubro conteniendo EL aliento. Lo nota, y de inmediato sus dedos tatuados liberan mis nudillos.

Ahora, sus ojos sondean los míos de una forma tan intensa que me cuesta frenarle el paso.

—Quieta. Invita la casa.

—Pues gracias.

—De nada. ¿Qué haces aquí?

—Trabajo en un caso. ¿Y tú? ¿Esta es tu forma de superar lo nuestro? ¿Te ahogas en un océano de sexo pervertido?

Ríe, pero parece más fastidiado que divertido.

—No exactamente. Es una reunión de trabajo.

—Qué intrigante.

Se me queda mirando. Largo rato. Hay un destello de tristeza en sus ojos en este momento y eso me afecta más de lo que debería.

—¿Y bien? —me dice tras reponerse del golpe, su tristeza apagándose tan deprisa que me pregunto si no me la habré imaginado—. ¿Cómo te va?

—De perlas —le respondo, sin liberarle la mirada—. ¿Cómo te va a ti?

—De putísima madre desde que ya no estoy contigo.

—Genial. Me alegro de oírlo.

Sonríe para sí ante mi tono sarcástico y punzante.

—¿Y a quién vas a seducir esta noche?

Hago pucheritos.

—¿Crees que es mi *modus operandi*?

—Sé que conmigo lo fue.

—Eso solo pasó una vez, Ash.

—¿Y eso por qué, cielo? ¿Qué tengo yo de especial?

—Tú me ponías cachonda.

—Hay que joderse, Cooper. ¿Aún te lo quieres beneficiar?

Ignoro al capullo de Snyder, el demonio que me susurra al oído cosas que no me atrevo a admitir, y le dedico una sonrisa dulce a Ash. No me la devuelve. Solo comprueba el reloj y tensa el gesto antes de decirme:

—Disculpa. Tengo que volver a mi reunión. Que te diviertas.

—Mm-hm. Gracias por el Martini. Y también por colarme.

A estas alturas, tengo claro que si he entrado no ha sido gracias a mi escote.

Se vuelve para mirarme y es evidente que intenta contener la sonrisa.

—¿Por qué crees que yo he tenido algo que ver con eso?

Me acerco a él hasta que mi boca acaba al lado de su oído y entonces le susurro:

—Soy muy lista.

Me doy cuenta de que su pecho sube y baja más deprisa al invadir su espacio personal. Sonrío para mí. Me encanta descubrir que aún ejerzo el mismo efecto electrizante sobre él.

Retrocedo y, con mucha parsimonia, le doy un sorbo a mi copa.

Ash contrae la mandíbula, disgustado.

—Nos vemos, Cooper.

—Hum. Algo me dice que sí.

Le hago un brindis con mi Martini y él, sin relajar el gesto, se aleja por el club con cara de mosqueo.

Lo sigo con la mirada, no puedo evitarlo. Lleva un traje negro como el carbón, camisa blanca de cuello desabrochado, y a mí me parece mil veces más atractivo que la última vez que lo vi. Ese día, en el despacho de Ben, no había fuego en sus ojos. Hoy, sí. El hielo azul estaba en llamas. Ardía por mí, y por eso se ha retirado antes de que la situación se descontrolara. No confía en sí mismo cuando me tiene cerca.

—Cooper, deja de enfocarnos a tu ex.

Ya. Me cuesta apartar la mirada.

Cuanto más lo observo, más fascinada estoy por la facilidad con la que se desenvuelve entre la gente. Ha nacido para ser un líder. Lo

que debemos hacer los demás es seguirlo, como a un Mesías o a un Anticristo.

Aún no tengo claro cuál de sus dos mitades es la dominante, si la luz o la oscuridad.

Lo único que sé es que dentro de él hay bastante de las dos y que por eso está siempre sumido en un interminable conflicto.

—Cooper —repite Green, exasperado—. Ese tío nos la suda. Enséñanos algo interesante.

Me vuelvo de cara a la barra.

Lo último que veo antes de girarme es que entra en un reservado en el que hay varios hombres y también mujeres. Puede que no mintiera cuando dijo que está aquí por un encuentro de negocios, no por lujuria.

Lo cierto es que parecía una de esas reuniones de la Mafia.

Ha apretado las manos de los tíos, les ha dedicado a las damas una sonrisa tan frugal que bien me la podría haber imaginado y, desabrochándose los botones de la americana con dos dedos, se ha instalado de una butaca de cuero y, cuan largo es, ha estirado las piernas hasta la mitad del reservado.

Lo primero que ha hecho tras sentarse ha sido encajarse con tranquilidad un cigarrillo entre los labios. Alguien, una mujer, le ha ofrecido fuego. Sentí tal resquicio de odio hacia ella que no pude seguir mirando.

—¿Estás bien, Coop? —la voz suave de Murkowski me arranca una especie de sonrisa agridulce. Está siendo muy buen amigo. No me lo merezco.

—Sí. Iré a dar una vuelta, a ver qué consigo averiguar.

Capítulo 27

De todos los bares de todas las ciudades del mundo ella ha tenido que entrar en el mío.
(Película Casablanca, 1942)

Ash

—Perdona, Ash. Serpiente dice que vayas un momento a la sala de control.

Bajo la mirada hacia la camarera que me acaba de interceptar mientras me dirigía al reservado en el que la relaciones públicas del club acaba de conducir al príncipe Al-Otaibi, mi cita de esta noche, y le frunzo el ceño.

—¿Te ha dicho por qué?

—No. Solo me ha pedido que te dé el recado.

Serpiente nunca se anda con chorradas. Si quiere verme, por algo será.

—Está bien. Gracias.

La chica asiente y sigue con su ronda.

Compruebo el reloj. A Al-Otaibi no se le debe hacer esperar. Con una familia inmensamente rica y peligrosamente poderosa que respalda su carácter tiránico, el príncipe se ha convertido en esa clase de personas que viven convencidas de que todo el mundo debe bailar según la música que ellos escojan.

Su cambiante humor es más que famoso en los bajos fondos. Pasa de tenerte simpatía a pedir tu cabeza en una bandeja de oro en un santiamén. Es peor que un niño consentido. A diferencia de los niños, él tiene a su alcance unos juguetes bastante mortíferos y a todo un ejército de fanáticos dispuestos a acatar sus órdenes.

Pues yo no voy a ser uno de ellos.

Desvío mi trayectoria y me dirijo a la sala en la que Serpiente y los demás controlan las cámaras de vigilancia.

Seven no confía en gente de fuera, así que me birló a los mejores para encargarles la seguridad privada de su club. Dice que en el casino no pasan cosas tan… comprometidas como aquí.

En eso le doy la razón.

—¿Qué pasa?

—Mira quién está en la entrada.

Me inclino hacia la pantalla del ordenador y me quedo perplejo al reconocer a la agente Cooper, ahí, tan tranquila, charlando con los guardaespaldas. Por cómo va vestida, deduzco que no se trata de una misión oficial.

—¿Qué coño lleva puesto? —gruño, demorando la mirada sobre su esbelta figura unos segundos más de lo prudente.

—No lo sé, pero está tremenda. Dime que aún te la follas, Ash.

Le doy una palmada en la nuca a Serpiente.

—¡Capullo! Un poco de respeto, joder. Es mi exmujer de la que estamos hablando. Podría haber sido la madre de mis hijos.

Levanta la mano para disculparse.

—Lo siento, tío. Llevas razón y, cuando la llevas, la llevas. Mira, asunto arreglado. Ya se está marchando. Lamento haberte molestado. Pensé que iba a entrar y no quería que te pillara por sorpresa.

Le arranco el auricular de la oreja y me lo pongo yo.

—¡Eh! —espeto al de la puerta—. Dejad pasar a esa chica.

El Chino y Serpiente me ponen unas caras largas…

—Ni una puta palabra, joder, si queréis conservar la dentadura —amenazo con un humor similar al príncipe Al-Otaibi que, por cierto, tendrá que esperar un rato más. Ahora mismo tengo asuntos más importantes que atender—. Que alguien le lleve a nuestro huésped una botella de Dom Pérignon. Llegaré un poco tarde a la reunión.

—Ash… Así se empieza, tío.

—No me toques la polla, Chino, que soy mayorcito. Ya sé lo que hago.

—Tú mismo.

Pues eso, yo mismo.

De acuerdo, mis amigos tienen algo de razón al insinuar que no debería estar cerca de ella. Soy como un alcohólico en una licorería.

La cruda verdad es que no puedo sacármela de la cabeza. Lo he intentado, me he enumerado una y otra vez las mil razones por las cuales ella y yo ya no podemos estar juntos nunca más (no puedo dar muestras de debilidad o acabaremos todos muertos, te quiero, pero no lo aguanto más, Ash Williams, quedas detenido…). Joder con la listita de los cojones. Es interminable.

Pero… ¿cómo mantienes a raya un veneno que ya está dentro de tu cuerpo, ardiendo en tus venas?

Su simple presencia aquí me pone cachondo, y según me acerco a la barra a la que se ha dirigido nada más entrar, el corazón se me dispara en el pecho y la polla se me tensa de golpe. Nos acabo de imaginar a solas en una de las salas privadas y, no voy a engañarme a mí mismo, la idea es obsesiva.

Me estoy mentalizando para no llevar a la práctica la fantasía, aunque con ella tan cerca es bastante difícil autoconvencerse de nada. Paseo una mirada larga y lánguida por su cuerpo, aprovechando que la tengo de espaldas a mí, y aprieto las muelas para contenerme.

Dejarla pasar es la mejor idea que he tenido en décadas. Debería mantenerme al margen, dar media vuelta y fingir que no la he visto, que no me he fijado en ese puto vestidito negro de látex que me vuelve loco.

Debería ir a recibir al príncipe con los honores que él cree que se merece y no pensar más en lo mucho que me encantaría arrancarle a *cómo se llame* la diminuta prenda del cuerpo y follármela en el primer rincón oscuro que encuentre en este puto antro de mierda.

Si aún fuera mía, podría hacerle tantísimas cosas, tocarla como antes, hasta poner su jodido mundo de niña buena patas arriba.

Pero… no debo.

Además, tengo novia.

«Dato importante para Ash. Tienes novia, capullo. Da media vuelta y deja en paz a tu ex».

Pan comido.

—Buenas noches. Me pone un…

—Ponle un Dry Martini con una rodaja de lima y tres aceitunas, Richie —le pido al barman mientras me apoyo en la barra y la

observo con una sonrisa socarrona—. Hola, cielo. No te tenía por usuaria de esta clase de clubes.

Sip, así están las cosas. Mi cerebro me da una orden. Mi polla, otra, como siempre.

—Pero si es James Bond.

Cabrona.

Hago un gran esfuerzo para no reírme. En vez de eso, paseo la mirada con languidez por su exquisita figura. No me cuesta ningún esfuerzo imaginármela desnuda, deshaciéndose de placer entre mis dedos.

Joder. Tengo ganas de recolocarme la entrepierna. La presión es dolorosa.

—Doctora Quinzel. —Inclino la cabeza y sigo deleitándome con la imagen de sus pechos embutidos en la jodida cosa diminuta que lleva puesta. Me gusta ser concienzudo, tomarme mi tiempo para saborear bien las cosas que me hacen disfrutar—. Bonito vestido. ¿A quién vas a azotar?

—Como no dejes de incordiarme, a ti.

Mmmm… Ella y yo desnudos. Ahí atrás.

—Suena tentador.

Muy tentador.

Pone mala cara al ver que yo estoy por la labor de continuar con esta conversación y se saca dinero del bolsillo para pagar la copa. Coloco la mano encima de la suya para frenarla. Los dos nos estremecemos cuando se roza nuestra piel, y me veo obligado a dejar de tocarla de inmediato porque no sé qué significa esto, esta puta corriente que acaba de sacudirnos. Es atracción física, ¿o algo más?

No estoy seguro de que vaya a gustarme la respuesta...

—Quieta. Invita la casa.

—Pues gracias.

—De nada. ¿Qué haces aquí?

—Trabajo en un caso. ¿Y tú? ¿Esta es tu forma de superar lo nuestro? ¿Te ahogas en un océano de sexo pervertido?

Río sin que me haga la menor gracia porque no tiene ni idea de lo jodido que he estado ni de lo mucho que me ha costado pasar

página después de ella.

Si es que he pasado página. Ahora mismo no metería la mano en el fuego para defender esa teoría. No siento que las peleas callejeas, machacar a gente sin apenas motivo o follarme a Trixie me hayan aportado demasiado.

—No exactamente. Es una reunión de trabajo —respondo, guardándome las manos en los bolsillos del pantalón.

—Qué intrigante.

Mierda. Creo que aún siento algo por ella. Y, con algo, no me refiero a cosas físicas. Eso, claro está, nunca he dejado de sentirlo, pero creo que hay algo más.

—¿Y bien? —Intento recuperar el control, frenar mis sentimientos hacia ella y tratarla como lo que es: mi jodida exmujer que me vendió a los putos federales—. ¿Cómo te va?

—De perlas —me responde, desafiante como a mí me gusta—. ¿Cómo te va a ti?

Tuerzo los labios en un gesto de desdén.

—De putísima madre desde que ya no estoy contigo.

—Genial. Me alegro de oírlo.

El tonito me arranca una sonrisa.

—¿Y a quién vas a seducir esta noche?

Frunce los labios en un mohín y yo tengo cada vez más ganas de agarrarla por el pelo y profanar su boca con un beso.

—¿Crees que es mi *modus operandi*?

—Sé que conmigo lo fue.

—Eso solo pasó una vez, Ash.

—¿Y eso por qué, cielo? ¿Qué tengo yo de especial?

—Tú me ponías cachonda.

Joder. Parece tan honesta que me lo creo.

«Mala idea, Ash. Retrocede».

—Disculpa —le digo tras recuperar el control sobre mí mismo—. Tengo que volver a mi reunión. Que te diviertas.

—Mm-hm. Gracias por el Martini. Y también por colarme.

Me detengo de espaldas a ella, sonriendo, y al final me giro para volver a encararla.

—¿Por qué crees que yo he tenido algo que ver con eso?

Se pega a mí, rozándome el pecho con el suyo, y me susurra al oído:

—Soy muy lista.

Hay que joderse. Su olor está en todas partes y yo solo no he superado mi obsesión, esa necesidad de estar con ella que nunca desaparece del todo, sino que estoy peor que nunca.

Será mejor que ataje esto de una vez, antes de que se vuelva peligroso. Más de lo que ya está siendo.

Me dispongo a apartarla de mí, pero al final ella mueve ficha primero; retrocede, privándome del calor de su respiración en mi oreja y del eléctrico contacto de su cuerpo contra el mío, y entonces me obligo a respirar hondo y a hacer lo que tenía que haber hecho desde el principio: quitarme del medio.

—Nos vemos, Cooper.

—Hum. Algo me dice que sí.

*****

No puedo concentrarme, y cuando Al-Otaibi decide ir a dar una vuelta por las salas privadas con las tres chicas que se ha traído a la reunión de esta noche, me quedo en el reservado, hundido en el sofá, fumando cigarrillo tras cigarrillo.

No tengo una visión de ella en este momento, pero algo muy dentro de mí me dice que sigue aquí.

Cuando me harto de sentirme tan inquieto sin ningún motivo aparente (salvo su presencia aquí), vacío un vaso de whisky de un solo trago y decido ir a buscarla. Como siempre, es mi criptonita. Estoy en un jodido club lleno de mujeres guapas dispuestas a follarme y yo solo puedo pensar en la única de la que debería mantenerme alejado. En ese vestido. En lo que hay por debajo.

Conociéndola, puede que no haya nada. Jo-der.

Me froto el pelo, frustrado, respiro para calmarme y doy una vuelta circular por toda la planta baja.

Hasta que el universo hace que choquemos el uno contra el otro.

Parece ser que la suerte está de mi lado de nuevo.

—¿En serio? ¿Tú otra vez?

Sonrío ante su tonito irritado.

—Estás en mi territorio, cielo.

—Y tú, en mi camino. Aparta.

—¿Se marcha usted tan pronto, agente?

—Pues sí.

—¿Una mala noche? —Le bloqueo el paso cuando intenta pasar de largo, y entonces clava una mirada dura y penetrante como una bala en mis retinas, lo cual me arranca otra sonrisa lenta y malvada.

—Qué va. Me lo he pasado muy bien en las salas privadas.

—Tramposa.

—Déjame pasar, Ash.

—Oblígueme, doctora.

—Esto es ridículo. Está claro que no puedo obligarte.

«Está claro que no, cielo. Pero puedes intentarlo. Puedes apoyar tu cuerpo contra el mío y empujarme hacia atrás, y entonces yo te besaré y me importará una mierda lo demás».

—¿Y qué vas a hacer? —la provoco.

«Venga, acércate otra vez. Ya verás lo que pasa».

Pero no me concede el gusto. Retrocede y me mira, y según pasa el tiempo y sus ojos siguen absorbiendo los míos, su expresión se nubla cada vez más.

—Tomemos una copa —le propongo en un impulso.

Y, sin ofrecernos a ninguno de los dos tiempo para recapacitar, la llevo al reservado y ahí le pido que se siente.

No sé a qué estoy jugando. Ya no controlo el juego. Desde que ella ha puesto un pie aquí dentro, es el juego el que me controla a mí.

Lo he apostado todo a una carta y ahora espero que me salga bien.

Hay que joderse. Soy un puto temerario.

Planto una copa en su mano, intentando ignorar la jodida energía que flota entre nosotros, eléctrica, fuerte y muy peligrosa.

Será mejor que vayamos al grano de una vez. Tenerla cerca me altera demasiado.

—Ahora vas a decirme qué buscas.

Capítulo 28

¿Es que se acaba de amar alguna vez? Hay gente que ha muerto y que yo siento que aún ama.
(Honoré de Balzac)

Alexandra

Dos horas después, no tengo nada respecto a Nora. Aquí nadie quiere hablar. Seven los tiene bien adiestrados.

Voy de camino a la salida cuando el pecho de alguien se interpone en mi camino y, antes de que consiga frenarme, choco contra él.

Intento sin éxito apartar la mirada de los ojos azules que me acaban de atrapar y me observan con socarronería, pero no lo consigo y el descubrimiento me irrita.

—¿En serio? ¿Tú otra vez?

—Estás en mi territorio, cielo.

—Y tú, en mi camino. Aparta.

—¿Se marcha usted tan pronto, agente? —repone, divertido.

Miro ansiosa la salida. Está a sus espaldas.

—Pues sí.

—¿Una mala noche? —conjetura, bloqueándome el paso con su pecho otra vez.

Me enfrento a su mirada burlona con una expresión impasible de la que estoy muy orgullosa.

—Qué va. Me lo he pasado muy bien en las salas privadas.

—Tramposa —dice, riéndose.

Miro la hilera de dientes blancos que brillan en la oscuridad y niego para mí.

—Déjame pasar, Ash.

—Oblígueme, doctora —me reta, con una media sonrisa desafiante que me hace contener aliento de nuevo.

Procurando que no se percate del efecto que aún produce en mí, cabeceo sin dar crédito.

—Esto es ridículo. Está claro que no puedo obligarte.

Con cara de pasárselo en grande, se dobla sobre mí y acerca los labios a mi oído.

—¿Y qué vas a hacer? —me provoca, con una voz tan tentadora como el pecado.

Doy un paso atrás y arqueo una ceja.

Tiene las piernas separadas en una postura desafiante, las manos en los bolsillos del pantalón, y a mí me vuelve loca su aspecto autoritario, desafiante, peligroso y tan sexy que dan ganas de arrastrarlo a una de las salas privadas ahora mismo y hacerle cosas muy, muy malas.

Sigo obsesionada con este tío, joder. Lo nuestro fue un desastre. Acabó fatal. Mia tenía razón, al final nos hicimos mucho daño el uno al otro. Pero mi corazón quiere lo que quiere y no puedo evitarlo.

A pesar de todo lo que hemos dicho o hecho, a pesar de que tenga a mi padre hecho un vegetal en una clínica de por ahí, y se haya tirado a una hermana mía cuya existencia yo desconocía por completo; a pesar del horrible encuentro en el despacho de su abogado, del cheque en blanco, de llamarme prostituta y un sinfín de otras cosas, sigo enamorada de él.

Mierda. Tengo un problema de los gordos porque Ash es un hombre de palabra y, para él, lo nuestro acabó la noche en la que el FBI irrumpió en nuestra casa. Se encargó de dejármelo bien clarito la última vez que nos vimos. Nunca olvidaré de qué forma me miró el día de nuestro divorcio, cómo le pidió a su abogado que me diera un boli para poner mi precio.

Es el recuerdo más doloroso que conservo, y mira que los recuerdos de mis primeros años de vida no son demasiado buenos. Pero esa mirada, esa frialdad… Fue demasiado para mí.

—Tomemos una copa —me propone y, antes de que me haya dado tiempo a negarme, me ha cogido por el codo y llevado a un reservado en el que solo estamos él y yo—. Siéntate.

Obedezco, y él se sienta a mi lado, con la pierna rozando la mía. Contengo el aliento e intento frenar mis descabelladas reacciones

físicas. Joder. Si solo con esto me he puesto así de tensa, no quiero ni pensar en cómo me sentiría si me tocara de verdad. Si me tocara como antes. Si me besara como antes…

Me tomo un segundo para disfrutar de la oleada de calor que se expande por mi estómago y cierro los ojos para atesorar la sensación un poco más.

Él, tan tranquilo, para nada alterado por mi presencia en su reservado, prepara dos copas de whisky y me pone una en la mano.

—Ahora vas a decirme qué buscas.

Suelto el aire que estaba reteniendo y me vuelvo de cara a él en el sofá.

—Información.

Toma un trago, sin dejar de observarme.

—¿Sobre?

—Nora Gordon. ¿Te suena el nombre?

Aprieta los labios en un gesto disgustado, y al final asiente.

—Claro que me suena.

—Dime qué sabes de ella.

Hace una mueca, se lo piensa unos segundos y después vuelve a evaluarme con esa profunda arruga entre las cejas, que asoma siempre que sopesa algo muy en serio.

—Está bien —se rinde con un soplido—. Nora no era una prostituta, como las demás.

—Eso ya lo sé.

—Era una *sugar baby*.

Arqueo las cejas al constatar que va un paso por delante de nosotros. Me fastidia.

—O sea, ¿que tenía un novio mayor y rico que la financiaba?

—Sí —corrobora, tras otro trago y otra mirada intensa.

—Así que eso es lo que la convertía en prostituta a ojos de nuestro asesino —conjeturo pensativa mientras relleno algunos espacios libres del puzle que tengo en la cabeza.

Miro los dedos tatuados que él tamborilea sobre la mesa y después clavo la mirada en la tensa línea de su mandíbula sin afeitar. Una imagen de nosotros dos follando como locos me sacude por dentro. Hubo un tiempo en el que esos dedos me agarraban por el

cuello o por el pelo y mis labios se deleitaban con el roce de esa barba incipiente.

Aún recuerdo el tacto, y aún me estremezco por dentro al recordar cómo se me comía a besos, y cómo apretaba su cuerpo contra el mío, y cómo me arrancaba la ropa y su hambrienta boca se aferraba a mi piel. Ahora tengo que ser civilizada, sentarme a su lado y mantener las manos quietas, actuar como si hubiera pasado página después de él, cuando es evidente que no es más que otra de las mentiras que me cuento a mí misma para poder seguir adelante.

—Sí —confirma Ash, cuya voz, suave y ronca, me arranca de mi febril fantasía—. Ella y su… novio venían aquí una vez por semana. A él le encanta que le dominen y, cuanta más gente mirando, mejor.

De ahí los látigos y demás objetos de dominación.

—Entiendo —murmuro, procurando concentrarme en la conversación—. ¿Barajas alguna hipótesis?

Caigo en una pequeña abstracción mientras él, con calma, retira un cigarrillo del paquete de Lucky Strike que hay sobre la mesa y se lo encaja entre los labios. A duras penas resisto el impulso de mover el brazo y pasear los dedos por la rosa que tiene tatuada en el reverso de la mano. No debería acariciarlo, ¿a que no? Seguro que es mala idea. Me sacaría la Sig Sauer como Seven.

—Estoy siguiéndole el rastro, pero es listo.

—Lo sé. Es como si entendiera los procedimientos forenses, ¿verdad?

Los penetrantes ojos, de un azul helado hoy, me contemplan con tranquilidad a través de la llama de la cerilla. Su apuesto rostro muestra una expresión inquebrantable, tan dura que sus rasgos parecen tallados en mármol. Absorbe humo, apaga la cerilla y asiente, meditabundo.

—Tal vez trabaje en algo relacionado.

—No lo descarto.

—Sea como sea, lo encontraré y, cuando lo haga, no seré misericordioso.

Sonrío, divertida al descubrir que sigue siendo el tío pagado de sí mismo de siempre.

—Eso si no le encontramos nosotros antes.

—No seas arrogante, Cooper. Vosotros llamáis a la puerta. Yo echo la puta puerta abajo.

Me pone el cigarro en la boca y me lo sujeta para que le dé una calada. Obedezco, disfrutando de esta proximidad que hace temblar el aire a nuestro alrededor. Sus ojos ni por un segundo se separan de los míos, y me percato de que no soy la única a la que perturba este encuentro. Quiere parecer tranquilo, pero es pura fachada. Se muere por besarme. Lo noto en su mirada.

Y mi teoría se confirma cuando sus dedos me rozan el labio inferior, aprovechado lo cerca que estamos el uno del otro.

No se trata de un error. No es algo involuntario. Lo hace aposta. Me está acariciando a propósito la boca, y la idea me deja paralizada en el asiento de cuero que cruje cada vez que me muevo, porque no tengo ni idea de qué significa todo esto.

Recorro sus penetrantes ojos en busca de respuestas y, cuanto más miro, más quiero mirar.

Hasta que la oscuridad que hay en él me absorbe por completo.

De pronto, no hay leyes de la gravedad, y mi cuerpo se derrite en un charco de deseo tan puro y visceral que mi cerebro está horrorizado al ver que estoy dispuesta a rendirme sin plantearme ni por un segundo la posibilidad de luchar.

Y noto que él también se deja vencer; que se dispone a besarme. Percibo cómo la energía eléctrica que chisporrotea entre nosotros se descontrola, y solo sé que es algo bueno, algo en lo que quiero sumergirme. Sus labios están a punto de colisionar contra los míos.

—Vaya, vaya. ¿Quién es tu bella acompañante, señor Williams?

Ash deja de tocarme absorto y casi de un respingo retrocede y levanta la mirada hacia el tipo moreno y absurdamente atractivo que acaba de entrar en el reservado. Se obliga a sí mismo a componer una especie de sonrisa, aunque lo conozco lo bastante como para saber que lo ha mosqueado la interrupción.

—Alexandra, te presento al príncipe Al-Otaibi. Ella es Alexandra, una amiga mía.

Guau. Eso sí que no me lo esperaba. Aquí estoy yo como una imbécil, derritiéndome de deseo solo por tenerle cerca, ¿y él me

presenta como a una amiga suya? A lo mejor me equivoqué y en ningún momento fue su intención besarme. Quizá se me acercó para susurrarme un *ni lo sueñes, Cooper*, al oído.

—Será mejor que me marche —les digo, sin molestarme en apretar la mano del príncipe. Ahora mismo estoy demasiado cabreada con Ash y no me apetece ser simpática con sus amigos los mafiosos. Si por mí fuera, me sacaba la placa y arrastraba a todos estos capullos a la cárcel esta misma noche. No sé qué traman, pero seguro que no se trata de algo bueno—. Tendréis cosas muy importantes de las que hablar. No quisiera molestar.

—Alguien tan bello jamás molestaría.

Lo que tú digas, principito.

Paso de largo sin replicarle, cruzo el club en dirección a la salida y ya estoy en el pasillo, a punto de abrir la puerta que conduce al exterior, cuando alguien me agarra por la muñeca, me hace girarme y me empuja hacia la pared que hay a mis espaldas hasta que acabo atrapada entre la dura superficie y los tensos músculos de su pecho. El aliento se me dispara de golpe, y odio ser tan pringada y que mi ridícula actitud delate lo que todavía provoca en mí.

—No tan rápido, Bambi.

—Suéltame, Ash.

—¿O qué?

—O te retorceré las pelotas hasta arrancártelas —espeto contra su apuesto rostro.

Se cubre el labio inferior con los dientes y asiente fastidiado.

—Cuidado, cielo. Ese lenguaje me pone cachondo.

Le dedico una sonrisa irónica, con la barbilla levantada, pero lo cierto es que, al hacerlo, mi boca se ha acercado a la suya más de la cuenta y ya no me siento ni tan desafiante ni tan al mando de la situación como me gustaría fingir.

—¿Qué quieres? —me obligo a increparlo.

Desliza una mano entre mis omoplatos y, despacio, la va bajando por mi espalda, atrayéndome hacia él hasta que nuestras bocas acaban tan cerca la una de la otra que el aire vibra peligrosamente a nuestro alrededor.

—Te has marchado muy deprisa. Y has sido descortés con el príncipe. Aunque parece ser que eso le ha gustado. Me ha pedido tu número de teléfono.

—¿Te lo dicto?

Sus ojos se arrugan hacia las esquinas. Me agarra del cuello, me presiona contra la pared y se aprieta contra mí. Su forma de tocarme no es en absoluto agresiva. Al contrario. Es suave. Seductora. Separa los labios como si fuera a besarme, pero algo lo hace frenarse a tiempo y solo nos miramos, con la cara del otro a escasos centímetros y sus dedos acariciándome la garganta.

—¿Saldrías con alguien que recluta a gente para el ISIS?

Joder. ¿Quién es ese tío y qué planea Ash?

—He salido con gente peor —decido tocarle las narices, lo cual hace que la sonrisa se vuelva más evidente en su rostro.

—¿Te refieres a mí?

—¿Te das por aludido?

—Hmm —gruñe con cierto disgusto.

Ha debido de notar lo rápido que va mi pulso porque sus ojos caen por unos segundos sobre la base de mi garganta, antes de volver a perderse en los míos.

—¿Te lo vas a cargar? —le susurro, por si alguien está escuchando en alguna parte.

Un guiño socarrón es la única respuesta que me concede.

—¿Quieres que te lleve a casa? —repone, con esa voz sosegada y sexual que me hace tragar saliva.

Tenerle tan cerca, pegado a mí, rozándome con su cuerpo, me impide tomar aliento, y necesito unos segundos para calmarme antes de responderle. No quiero que mi voz me delate.

—Hay un furgón del FBI aparcado en la calle.

—Ah. En ese caso… —Me libera el cuello y retrocede un paso—. Que tenga usted una buena noche, agente Cooper.

En cuanto dejo de percibir la tensión de sus músculos bajo la camisa, me invade una repentina oleada de frío que me hace estremecerme por dentro.

Retengo su mirada unos segundos más de la cuenta, me acerco a él y, cogiéndolo por la nuca con una mano, lo beso sin poder

contenerme más.

A la mierda, joder. Iré a por todas.

Mi boca se une a la suya, y ya nada me importa ahora mismo, solo la tremenda energía eléctrica que estalla al juntarse nuestros labios, tan potente que envía un enorme chute de adrenalina a mis venas, despertando cada fibra de mi cuerpo por el camino.

Antes de que él pueda reaccionar, mi lengua ya está dentro de su boca, buscando con ansia la suya.

Lo oigo gruñir y entonces hunde los dedos en mi pelo, mantiene mi cara pegada a la suya y me devuelve el beso. Su lengua lucha con ímpetu contra la mía, hasta que me rindo y lo dejo al mando de la situación, como siempre.

Su fuerza me vence poco a poco, y cuando me quiero dar cuenta, estoy de nuevo pegada a la pared, su impresionante erección se presiona contra mi estómago y solo sé que quiero más. Que lo necesito.

Muevo la mano, lo toco a través de la tela de los pantalones y él me clava los dientes en el labio inferior, antes de calmarme con una rápida pasada de su cálida lengua.

—Cooper, por el amor de Dios —me gruñe Murkowski en el oído derecho—. No te lo folles en el pasillo con todo el equipo del FBI presente.

Mierda. Me había olvidado de la puta cámara. Sé que no pueden ver nada. El pecho de Ash está pegado al mío, tapándoles la visión. Aun así, nos oyen y deben de saber lo que estamos haciendo.

Me obligo a ponerle fin al beso y, mientras recuperamos el aliento, nos observamos el uno al otro en silencio. Creo que los dos nos estamos preguntando adónde nos lleva este giro.

—¿Esto es trabajo? —murmura Ash, con la respiración todavía irregular estrellándose encima de mis húmedos labios. Tiene la expresión deshecha, la lujuria la ha alterado. Acabo de despertar a la bestia que lleva dentro. Le he quitado las cadenas. Ni idea de cuáles van a ser las consecuencias.

—No. Es personal —le respondo en un susurro.

Sonríe, satisfecho con la respuesta, retrocede y asiente con la cabeza.

—Muy bien. Pues… buenas noches, eh… ¿Abbie, Lily, Alexandra…? ¿Cómo te gusta que te llamen?

—¿Qué tal cielo? —le propongo, arrancándoles bufidos irritados a mis compañeros, que me tachan de *fantasma*.

A Ash, en cambio, le divierte mucho mi contestación. Me lanza uno de sus guiños socarrones y se dispone a regresar al club.

—¡Ash! —le grito en el último momento, justo antes de que abra la puerta que conduce al interior. Se detiene, aunque el muy cabrón no se gira para devolverme la mirada, solo aguarda, paciente, a que diga lo que sea que quiera decirle—. Límpiate el pintalabios de la boca, y dile al príncipe que no es mi tipo.

No necesito verle la cara para saber que le ha hecho gracia la despedida.

La puerta cae a sus espaldas y yo me apoyo contra el muro y me cubro el labio interior con los dientes, rememorando el beso que me ha dado, la rabia con la que se movía su lengua encima de la mía.

—Cooper, ¿qué cojones?

Carraspeo, me enderezo y me coloco la falda. Ash no me ha tocado por debajo, pero aun así ha ido subiéndose por mi cuerpo por culpa de la postura en la que estábamos.

—Fingid que no habéis visto nada.

—No hemos visto nada —me replica Snyder, irritado—, pero lo hemos oído to-do. Estamos todos cachondos.

Estupendo. Lo que me faltaba. Se estarán burlando de mí durante meses.

—La próxima vez desconectaré la cámara.

—¿Habrá una próxima vez? —repone Tommy.

No le respondo.

Aunque muy dentro de mí sé que la habrá. Porque esta noche Ash y yo hemos cruzado una línea que no deberíamos haber cruzado. Nuestros actos, a veces, tienen consecuencias imprevistas, y el hecho de habernos besado ha puesto en marcha un mecanismo que ninguno de los dos puede controlar a estas alturas.

Capítulo 29

Esto se ha vuelto personal.
(Agente especial Cooper)

Alexandra

—No es él —sentencia Snyder al mismo tiempo que deja caer una carpeta encima de la mesa de Murkowski—. Tiene cuartada. De hecho, estaba en Oriente Medio cuando mataron a Nora.

Levanto la cabeza y los observo intrigada por encima de la pantalla de mi ordenador. ¿A quién están investigando? Yo no tengo nada, cero sospechosos, estoy en un callejón sin salida.

—¿De quién estáis hablando?

Tommy está de espaldas. Aun así, noto que le está poniendo mala cara a Joe, lo cual me hace sospechar de inmediato.

—Nadie. Una pista falsa.

Me levanto de la silla, agarro la carpeta antes de que Tommy consiga arrancármela de entre las manos y la abro. La profunda mirada azul de Ash me estremece incluso desde su ficha policial.

Cierro la carpeta y clavo la mirada en la suya.

—Coop…

—Al pasillo.

—Cooper.

—Al pasillo, Tommy. No hagas que te arrastre.

—Ugh, se está poniendo violenta. Me encanta.

Snyder levanta las manos para aplacarnos cuando los dos nos giramos hacia él y lo fulminamos con la mirada.

—Mejor os dejo a solas.

Se va, y yo me cruzo de brazos y sigo demandando explicaciones.

—Tenía que comprobarlo —intenta apaciguarme Murkowski. Solo que obtiene justo el efecto contrario. Me cabreo todavía más porque no, no *tenía* que hacer nada excepto dejarlo en paz. Es lo que debemos hacer todos: dejarlo en paz de una puta vez. Yo incluida.

—No me vengas con esas. Andas detrás de él solo porque yo me lo follé, ¡y lo sabes!

—Lily —empieza tras un suspiro exasperado.

—No encaja en el perfil, no tiene nada que ver con esto y, aun así, pierdes el tiempo investigándole SOLO PORQUE YO ME LO FOLLÉ. —Mi grito lo hace contraer cada músculo facial. Sus ojos se vuelven de acero mientras aguantan mi enajenada mirada—. Así que lo que sea que quieras decirme, ¡dímelo de una puta vez y acabemos con este asunto ya!

—¿Quieres que te lo diga?

—¡Sí!

—¿Sí? Pues vale. Allá va, agente Cooper. ¡Me jode horrores que te follaras a ese gilipollas! ¿Y sabes por qué? ¡Porque estaba enamorado de ti y tú lo preferiste a él!

Me echo hacia atrás y lo miro sin aliento, negando una y otra vez, perpleja ante su confesión. Pensaba que solo era un tonteo inocente. De haber sabido que él…

—¿Qué cojones está pasando aquí? —interviene Clark, cabreadísimo. No es para menos. Estamos gritándonos como dos dementes en mitad de la agencia.

Tommy vuelve el rostro hacia el suyo.

—Nada. Una conversación privada.

—No es tan privada si toda la agencia puede oír que tú te follaste a no sé quién y que tú estabas enamorado de ella. A mi despacho. Los dos.

—Espero que estés contento —le espeto entre dientes al empujarlo con el hombro, de camino al despacho de nuestro superior.

Como si no me hubieran echado bastantes broncas este año…

*****

Más tarde, bien entrada la noche, alguien llama al timbre. Pongo en pausa la película que estaba viendo y voy a abrir. El corazón me late febril en el pecho. Una parte de mí espera que sea Ash, pero no,

cuando alojo la cadena y entreabro la puerta, es Murkowski el que me aguanta la mirada.

—Vengo en son de paz.

—¿Qué es eso? ¿Comida china?

—Sí.

—¿Traes tallarines?

—Sí —responde, sonriendo.

—¿Y dos rollitos para mí?

—Sí.

Hago una mueca, suelto la cadena y lo dejo pasar.

—Me gustaría disculparme —me dice nada más soltar las dos bolsas de comida sobre la encimera de la cocina—. Me pasé de la raya. ¿Podemos volver a ser amigos?

—Mira, Tommy, creo que en primer lugar deberíamos aclarar los términos de nuestra amistad. Porque yo sigo enamorada de él y…

—Lo sé.

—No quiero hacerte daño.

—No me lo estás haciendo. Lo estoy superando.

—¿Y por qué andas buscándole las cosquillas si no es por mí?

—Solo estaba comprobando una teoría.

—A mis espaldas. Somos compañeros. Deberíamos poder confiar el uno en el otro.

—Lo siento. Sé que estuvo mal. No volveré a ocultarte cosas. ¿Amigos?

Esa sonrisa es tan irresistible que al final se la devuelvo.

—De acuerdo. Amigos.

Nos sentamos en el sofá, cada uno con un plato de comida china en la mano, y vuelvo a reanudar la película.

—¿Qué es esto? —me pregunta Tommy después de darle un mordisco a su rollito de primavera, tan crujiente que lo he oído romperse entre sus dientes.

—*Matar a un ruiseñor.*

—Hum. ¿De qué va?

—De un abogado que defiende a un hombre negro acusado de haber violado a una mujer blanca.

—¿Ku Klux Klan y esas cosas?

—Época de la Gran Depresión, en el Sur de Estados Unidos —corroboro, pendiente de lo que está haciendo el guapísimo Gregory Peck en la pantalla.

—Vaya. Parece interesante.

—¿Quieres que la ponga desde el principio?

—No. Si no me entero de algo, te lo pregunto.

—Genial. —Noto que me mira. Insistentemente—. ¿Qué? —digo, poniendo la película en pausa otra vez.

—Nada. Solo que… me alegro de que hayas vuelto. Y de que ya no seas la princesa de la Mafia.

Le doy un mordisco a mi rollito, niego, sonriendo para mí, y después me vuelvo hacia él y le digo, con cierta indiferencia:

—En realidad, era la reina.

Tommy se echa a reír. Vuelvo a reanudar la película, sin hacerle el menor caso esta vez. Pienso en él, en su brazo deslizándose por mi cintura, enviando pequeñas descargas eléctricas a mi sistema nervioso central, en la forma en la que su cuerpo rozó el mío la otra noche, en mi corazón saltándose unos ochenta latidos seguidos, cada vez más febril según nuestros rostros se aproximaban el uno al otro…

Nada me gustaría más que tenerlo aquí, aunque tengo claro que algo así no pasará. Lo besé y, sinceramente, esperaba que moviera alguna ficha después de eso, pero su silencio de estos dos días me confirma que para Ash nuestro beso no significó lo mismo que para mí.

Para él, no significó nada.

—Mierda —se materializa de pronto la voz de Tommy en medio de mis erráticos pensamientos.

—¿Qué pasa?

—Otra víctima.

—No fastidies.

—Pero Snyder dice que está viva.

—*¡¿Qué?!* —clamo, esperanzada.

—La noqueó con un golpe de martillo en la cabeza y la estaba arrastrando hacia el coche cuando un tío que paseaba al perro lo vio y empezó a gritar en busca de ayuda. El asesino se asustó, soltó a la

chica y salió corriendo, y ahora ella está en el hospital, fuera de todo peligro.

—Dime que el del perro vio la matrícula.

Tommy llama de inmediato a Snyder y le traslada la pregunta.

—Dice que no.

—Ponlo en manos libres. Joe, ¿cómo está la chica?

—Todavía no me han dejado verla, pero el médico que la ha atendido dice que se recuperará.

—Vamos para allá. A ver si conseguimos un retrato robot.

—Bien. Oye, ¿por qué estáis juntos a estas horas? No estaréis liados…

Tommy y yo ponemos mala cara a la vez.

—No, Snyder, no estamos liados —le respondo, exasperada—. Estábamos trabajando en el caso.

—Lo pregunto porque tú tienes cierto historial.

—Que te den —le dice Tommy por mí, antes de colgarle—. Pues en marcha, agente.

—Dios, nada me gustaría más pillar a ese tío —le digo, de camino a la habitación para vestirme.

—Lo haremos. Nos estamos acercando. Ha cometido un error muy grande esta noche. Le acabaremos pillando.

Eso espero. Esto se ha vuelto personal.

Capítulo 30

Quiero saber que te moviste y respiraste en el mismo mundo que yo.
(Scott Fitzgerald)

Ash

Tiro al suelo el cigarrillo sin habérmelo acabado y arranco la moto. Iba a ir a verla, necesitaba aclarar lo del beso, saber qué ha significado para ella, si es que ha significado algo, pero él llegó dos segundos antes, y que siga ahí dentro, media hora después, creo que lo aclara todo.

Lo mejor que puedo hacer es dejarlo estar, irme a casa y olvidarme de esa noche en el *7*, concentrarme en el trabajo y en Trixie, dejarme de gilipolleces.

Esto me pasa por bajar la guardia. La he dejado acercarse más de la cuenta y vuelvo a estar tan jodido como lo estaba al principio de nuestra separación.

Hay que ser estúpido.

Sorteo el tráfico hasta el *Fever* de forma bastante temeraria, entro, sin prestar atención a la gente que me saluda o me pregunta qué tal estoy, voy hasta la barra, agarro a Trixie por el pelo y le planto un beso obsceno en la boca, delante de todos.

—Hey. ¿A qué ha venido esto? —me pregunta cuando por fin la suelto. Está sonriendo. Le ha gustado.

—Larguémonos de aquí. No quiero estar en este club ni un segundo más.

—Pero, mi turno…

—Que le den a tu turno. Soy tu jefe y te estoy diciendo que te tomes la noche libre.

—Hola, Ash. ¿Qué pasa, tío?

—Ah, hola, Danny. Trixie se marcha. Buscaros la vida.

—Pues hoy no es la mejor noche para…

—Lo siento, ¿has dicho algo? Veo tus labios moviéndose, pero te juro por mi santa madre que no oigo ni una puta palabra.

Danny se recompone al instante, volviéndose muy serio. Ha pillado que estoy de mal genio. Mejor para él.

—Perdona, Ash, tío. Tú mandas.

—Bien. *Esa* es la actitud. Vamos, Trixie.

Como sigue mirándome interrogante, pierdo la poca paciencia que me quedaba, la agarro por la muñeca y la llevo detrás de mí por el club, en dirección a la salida.

—Ash, tenemos de hablar de una cosa.

—Ahora no, Seven —la freno, sorteándola cuando se interpone en mi camino.

—Es importante.

—Me suda la polla. Tengo planes.

—¡¿Qué te pasa?! ¿Qué te he hecho yo?

Sin dejar de caminar, ladeo la cabeza hacia la izquierda y después hacia la derecha para aflojar un poco la tirantez que se ha apoderado de mi cuello en cuanto he visto entrar a ese tío en su portal con dos bolsas de comida para llevar, y gruño hacia mis adentros. Si es que soy gilipollas. Por un segundo, llegué a pensar que…

Bueno, ¿qué más da?

—Sube —le ordeno a Trixie, plantándole el casco en la mano.

—¿Quieres explicarme de qué va esto?

—Pues no. ¿Alguna otra pregunta?

Se me queda mirando largo rato, hasta que comprende que no puede enfrentarse a mí, y entonces deja salir el aire en un resoplido, se pone el casco y espera a que enderece la moto, antes de sentarse a mis espaldas y rodearme con los brazos.

ESA es la actitud.

Ella me la habría montado. Habríamos estallado los dos como tornados, un choque de voluntades tremendo, y luego habríamos follado duro para hacer las paces. Gracias a Dios, Trixie es mucho más razonable. Joder, ¡¿por qué sigo pensando en ella?!

Y, lo que es aún peor, ¿por qué no dejo de imaginármela con ese tío?, entre sus brazos, entregándose a él con la misma devoción febril con la que se entregaba a mí.

Mi mano presiona, tensa, el manillar de la moto y la Harley reacciona con un rugido profundo. Trixie se pone rígida a mis espaldas, me clava las uñas en el estómago como un gatito asustado. Me obligo a calmarme. Que ella se esté follando a ese tío ahora mismo no debería ser asunto mío. Ya no estamos juntos. Ya no es mía. ¿Qué más da lo que haga o deje de hacer? A fin de cuentas, yo ya he estado con otra persona. Sería hipócrita por mi parte pretender que ella hiciera voto de castidad. YA NO ESTAMOS JUNTOS.

Pero, por mucho que me lo repita, no se me mete en la cabeza. La idea sigue aquí, mosqueándome tanto que es un milagro que no dé media vuelta y vaya a su casa para machacar a ese soplapollas. ¿Qué le ve?

*****

—Oye, Ash —me dice Trixie horas después, cuando estamos los dos desnudos, en la cama del piso que alquilé para estos encuentros. Sigue sin entusiasmarme la idea de llevarla a nuestra casa. Sé que es una soberana gilipollez y que hasta que no lo haga, hasta que no esté con otra persona en nuestra cama, no habré pasado página del todo. Pero no estoy preparado todavía.

—¿Qué? —murmuro, suspirando.

La estoy abrazando y llevo un buen rato acariciándole el pelo, perdido en mis pensamientos, en el vacío que tengo dentro.

—El sábado habrá una barbacoa en mi casa. Mi padre se jubila y, en fin, haremos una fiesta. ¿Te gustaría acompañarme?

—¿Y conocer a tu familia? —repongo, mirándola confundido.

Empieza a agobiarse, lo noto.

—Mejor olvídalo. Es evidente que no te entusiasma.

—No es eso. Es que… —Me obligo a respirar, me incorporo en la cama y la obligo a aguantarme la mirada—. Trixie, ¿esto sigue siendo solo sexo para ti o se ha convertido en algo más? No me

gustaría que te llevaras una impresión equivocada, porque yo iba en serio cuando te dije que no busco una relación fuera de la cama y si tú, en algún momento, has empezado a sentir…

—¡No es nada de eso! —me frena, para mi alivio—. Solo creí que estaría bien que vinieras. Pero olvídalo, en serio.

—No. Está bien. Iré. Solo quería asegurarme de que nuestro pacto sexual seguía en pie.

—Pues claro. ¿Qué pensabas? Soy demasiado joven como para plantearme llevar una relación seria.

—Bien, porque yo soy demasiado viejo para hacerlo.

—Estupendo.

—Genial.

Hay que joderse.

*****

—Se acerca Navidad. ¿Vas a disfrazarte de Papá Noel para la niña?

Le pongo mala cara a Seven. Nos estamos fumando un cigarrillo, apoyados contra nuestras motos. Estamos en un polígono industrial, supervisando la llegada de unos camiones de los rusos. Esa es la excusa. En realidad, estamos aquí porque necesito saber qué cojones están transportando. Están moviendo mucha mercancía últimamente, de un lado al otro, del norte al sur, lo cual me hace preguntarme qué estarán tramando, dónde planean llevarlo a cabo y qué puedo hacer para detenerlo.

—No empieces con tus gilipolleces. Tiene veintitantos años y te recuerdo que fuiste tú la que se empecinó en que me acostara con ella. El sábado quiere que vaya a conocer a su familia.

—Jesús, María y José. ¿También vas a casarte con esta?

—Claro que no, joder. Es solo sexo.

—¿Y ella lo sabe?

—Por supuesto. No soy tan capullo como para querer aprovecharme de ella. Se lo especifiqué desde el principio.

—¿Y te dijo que le parecía bien?

—*Sip.*

—Miente. Está enamorada de ti.

—No, no lo creo.

—Espera y verás. El tiempo me dará la razón. Siempre pasa lo mismo. ¿Te dije o no te dije que tus amoríos nunca terminan bien? ¿A que ahora desearías haberme hecho caso?

—Te juro que no te entiendo, Seven. Hasta ahora me has estado dando la brasa para que me acostara con Trixie. ¿Ahora me das la brasa para que *deje* de acostarme con Trixie?

—Solo te digo que te andes con ojo con la chiquilla, eso es todo. Mira, por ahí llegan los camiones.

—Bien, porque esta conversación empezaba a tocarme la polla. Venga, acabemos con este asunto de una vez. Tengo una reunión en la ciudad dentro de dos horas.

*****

En la familia de Trixie, todos se comportan como si yo fuera su novio. Espero que Seven no esté en lo cierto. No quiero hacerle daño y, si esto significa para ella más de lo que significa para mí, a lo mejor deberíamos dejarlo.

—¿Otra cerveza, Ash?

—Claro, Tim. ¿Te echo una mano con las costillas?

—Toma. Échales un ojo mientras voy a por las birras.

—Eso está hecho.

El padre de Trixie vuelve al interior de la casa y a mí me empieza a vibrar el móvil en el bolsillo de los pantalones. Hace un frío de cojones en la calle. En breve empezará a nevar. La fiesta se celebra en el interior, pero he preferido salirme con Tim porque la atmosfera ahí dentro empezaba a asfixiarme. Todo el mundo estaba pendiente de mí.

—¿Qué? —le gruño a Seven mientras doy la vuelta a dos costillares que parecen a punto de chamuscarse.

—¿Qué tal con tus suegros, todo bien?

—No empieces. ¿Qué quieres? Ando ocupado.

—Adivina dónde estoy.

—Y yo qué sé. ¿En el *7*?

—En el *Fever*. Ahora adivina quién está en mi punto de mira.

Noto que me tenso de la cabeza a los pies. No necesito hacer preguntas. Sé muy bien a quién se refiere.

—¿Está sola?

—*Sip.* ¿No te parece un descaro que venga a emborracharse aquí? Anda que no habrá clubs en la ciudad.

Todos los músculos de mi rostro parecen haberse vuelto de piedra. Siento la fuerte tentación de tirar las pinzas al suelo, olvidarme de la barbacoa e irme al *Fever* para preguntarle qué cojones hace ahí y si es a mí a quien está buscando, pero sé que no debo.

—Me da igual.

—¿Seguro?

—¿Me tocas las pelotas a propósito?

—Quiero que seas feliz. Y los dos sabemos que con ella fuiste más feliz de lo que nunca creí posible. Solo quería que… conocieras tus opciones.

—Me lo estás poniendo difícil.

—Lo siento. ¿Vas a venir?

—¿Qué fue de los árboles que me impedían ver el bosque?

—Era una gilipollez, tío. Lo leí en una galletita de la suerte. ¿Quién te manda a ti a hacerme caso? La iluminada de la familia nunca he sido yo.

Niego para mí, incapaz de contener la sonrisa.

—Paso de ella. Voy a quedarme en la barbacoa. Es lo más sensato.

—Bien. Pues no se hable más. Solo una pregunta, Ash.

—Dime.

—¿Puedo arrastrarla al túnel y torturarla un rato?

—Anda y que te den —le digo riéndome, y ella también se ríe antes de colgarme.

Me guardo el móvil en el bolsillo y entonces los brazos de Trixie me abrazan por la cintura.

—Eh. ¿Qué haces aquí solito? ¿Y mi padre?

—Ha ido a por cerveza.

—Ah. Pues se habrá ido a la tienda, porque no quedaba en la nevera. Le has caído bien, ¿sabes?

—Hmm.

—¿Estás bien?

—Sí. Pásame esa fuente, anda. Hay que sacar las costillas.

—Aquí tienes. Mmmm. Un hombre que sabe cocinar. Me encanta. Oye, ¿qué te parece si hoy me quedo a pasar la noche en tu piso? Aquí no hay mucho sitio. Mis tíos se quedan a dormir.

Mi expresión se tensa todavía más.

—Claro. Lo que quieras.

—¿Seguro que estás bien?

—De puta madre.

Joder. Los problemas me afloran por todas partes. Los rusos, el del martillo, y ahora ella. ¿Por qué no puedo arrancármela de la cabeza? ¿Por qué cada fibra de mí quiere mandar a tomar por culo la barbacoa e irse al *Fever*?

Mi móvil vuelve a vibrar.

—Dime, Mickey Mouse.

—Tengo algo.

Le planto a Trixie las pinzas en la mano y le hago un gesto para que esté atenta a las costillas. Acto seguido, me alejo por el jardín para atender la llamada en privado.

—¿Qué tienes?

—Un nombre.

—¿Quién es?

—Uno que trabaja en el banco de alimentos. Varias prostitutas lo vieron merodear por la calle la otra noche, cuando atacaron a esa chica. Alguien lo sitúa a media manzana del lugar de la agresión. Su coche coincide con la descripción que proporcionó el del perro a la policía. Dijo que era una Chevy Silverado negra, y él tiene una. Estoy seguro de que es nuestro hombre, Ash. Las fuentes son fiables.

—Espera un momento, Mickey. No te emociones todavía. ¿Has podido establecer alguna relación entre él y las chicas?

—Sí. Todas iban al mismo banco de alimentos. Menos Nora.

—¿Y entonces?

—Resulta que el pavo es enfermero. Y trabaja en la misma clínica a la que ella fue a practicarse un aborto.

—Así se explica que Nora no tuviera hijos.

—Sí.

—Y él estará en contra del aborto.

—Como todos los hombres de Dios.

—Mándame la dirección. Voy para allá. Buen trabajo, como siempre.

—Dime que me vas a subir el sueldo.

—Te haré de oro, joder.

Cuelgo y regreso junto a la barbacoa.

—Ya tengo las birras.

—Lo siento, Tim. Tengo que marcharme. Ha surgido algo en el trabajo. Discúlpame con tu madre, Trixie. Ah, y toma, la llave del piso. Yo no voy a estar, pero tú puedes dormir allí.

No me quedo a escuchar sus protestas. Esto es lo más importante para mí ahora mismo. No solo voy a retirar a otro monstruo de las calles, de paso, voy a joder a la agente Cooper arrebatándole la victoria. Con lo que le gusta a ella ganar. Es un gran día para mí. Disfrutémoslo.

Capítulo 31

El fuego en llamas normalmente nos mataría, pero con todo este deseo, juntos, somos ganadores.
(Canción *Fire on Fire, Sam Smith)*

Alexandra

Mi corazón late febril en mi pecho mientras levanto el arma, pongo el dedo en el gatillo y avanzo, despacio, con sigilo, entre los trastos que hay por toda la nave.

Hemos entrado en su guarida. Aquí es donde se trae a las víctimas para torturarlas antes de matarlas.

Estaba en el *Fever*, buscando a Ash, cuando me llamó Clark para decirme que tenemos un nombre. Una mujer vio el retrato robot en las noticias y llamó para decir que se parecía mucho a su exmarido, el padre de sus tres hijos.

Establecer la relación entre él y todas las víctimas no ha resultado difícil. Estoy segura de que es él. Todo coincide, el cubo de Rubik está completo. Joshua Chambers ha estado en contacto directo con todas las víctimas, es religioso, un hombre de Dios, madre prostituta, padre ausente; el perfil criminal coincide con todo cuanto sabemos sobre él.

Fuimos a su casa, pero no estaba ahí, y mientras tanto alguien de la oficina averiguó que hace tres años compró una nave en un polígono industrial abandonado. Las piezas encajan. Ahora solo hay que encontrarle antes de que haga daño a otra chica.

La agresión fallida de esta semana lo ha debido de dejar desquiciado. No me cabe duda de que ya tiene a otra víctima en su punto de mira. Querrá que alguien pague el precio de su ira.

Me adentro en la oscuridad, sin vacilar, preguntándome si lo que acabo de escuchar es un crujido o solo el viento golpeando contra los tablones de madera que condenan la mayoría de las ventanas.

Hay una ventisca de tres pares de narices ahí fuera. Falta poco para Navidad.

El silencio se espesa, trepidante, mientras sostengo el arma, con cada músculo de mi cuerpo sumido en una tensión increíble.

De pronto, la oscuridad parece cobrar vida delante de mí. Estoy a punto de disparar, cuando reconozco ese pelo rubio y bajo la pistola, soltando una maldición.

—Seven, ¡¿qué cojones?!

—Hay que joderse —gruñe ella también, bajando la pistola con gran disgusto—. ¡Casi te pego un tiro, gilipollas! Soy de gatillo fácil.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Es mi fin de semana de cacería —me responde con guasa—. ¿Por qué no estás en el *Fever*?

¿Me vio? Yo no la vi a ella. Aunque el *Fever* está diseñado para que sus dueños puedan vigilarte y tú no tengas ni idea de que te están mirando, así que no sé de qué me sorprendo.

—Haz el favor de largarte —le ordeno, obviando su pregunta. También obviaré la molesta voz que me susurra que, si ella está aquí, él también. No necesito ponerme a hiperventilar ahora mismo. He de controlar la situación, y nada estará bajo control hasta que le pongamos las esposas a Joshua Chambers. Va armado y es peligroso. Pero Seven es un coñazo siempre y, por supuesto, no atiende a razones. Se confirma mi teoría cuando me dice:

—De eso nada. Nosotros hemos llegado antes.

No doy crédito.

—No era una sugerencia. Era una orden, Seven.

—Pues lamento decirte que no acepto órdenes de ti, *cara bonita*.

El viento se estremece rabiosamente contra las ventanas, gimiendo ahí fuera como una bestia salvaje, y yo noto una oleada de ira abrasándome por dentro.

—No tengo tiempo para esto. Estáis interfiriendo en un puto caso federal. ¡Largaros antes de que haga que os detenga a todos!

—Uff. No me extraña que le pongas tan cachondo. Hasta a mí me pones ahora mismo...

—¡Largo de aquí, Seven! —le pido en un tono cortante que no admite réplica y, como no se mueve, levanto la pistola, apuntándola,

con el dedo tenso sobre el gatillo.

Divertida, con una sonrisa de lado empujando la comisura de sus labios hacia la derecha, levanta las manos en son de paz.

—Tranquila, bomboncito. Ya me estaba yendo.

No bajo la pistola hasta que vuelve a fundirse con la oscuridad. Entonces dejo escapar un suspiro y hago una mueca. Lo que me faltaba. Los W. Como si esto no fuera ya lo bastante complicado.

—¿Se marchan? —me pregunta Clark por el auricular.

—La verdad, lo dudo. Ash nunca suelta una presa.

—Voy a patearle el culo a ese capullo. Es nuestro caso.

—Podemos arrestarlo, pero…

—Ya lo sé. Mañana estará en la calle —me gruñe, disgustado.

—Pues eso.

—Yo no entiendo nada —interviene Murkowski en nuestra conversación—. Son civiles jodiendo un caso federal. ¿Por qué no hacemos nada?

—Es complicado —le responde Clark, con suma paciencia—. Tú a lo tuyo. Sigue, Cooper. Si necesitas ayuda, avisa.

—Sí, señor.

Ni me da tiempo de volver a levantar el brazo que sostiene la pistola. Una figura alta y corpulenta emerge de la oscuridad, me inmoviliza contra la pared y su mano silencia mi boca.

—Tienes suerte de que sea yo —susurra, con los labios casi rozándome la oreja—. De lo contrario, estarías muerta, Bambi.

No puedo hablar, así que lo pulverizo con una mirada dura y fría que lo único que consigue es arrancarle una sexy sonrisa de lado.

Forcejeo y Ash, muy divertido, se presiona contra mí y me aplasta de nuevo contra la pared. Esto se la debe de poner dura.

Abro mucho los ojos para indicarle que me deje hablar. Al final lo hace, sin dejar de sonreír.

—¿Lo que se me clava en el estómago es tu segunda pistola o es que te alegras de verme?

Ríe por lo bajo y cabecea.

—Retírate, Cooper. Vete a casa, date un baño de espuma y deja que los profesionales hagan su trabajo.

—Soy una agente federal —gruño contra su rostro, temblando de ira.

Sentirme furiosa es más aceptable que sentirme excitada por tenerlo pegado a mí, con esa cosa dura, sea lo que sea, presionando mi bajo vientre.

Ash hace una mueca de exasperación.

—Eres un ratón de biblioteca. Tu trabajo consiste en elaborar perfiles criminales —me recuerda, apuntándome con el dedo—. No deberías estar sobre el terreno, sino en la oficina, leyendo dosieres. Clark es un inconsciente por dejarte participar en la detención. ¿Por qué no está aquí el Agente Tarugo o cómo se llame? Ese sí que parece entrenado para actuar. A ti te he desarmado en cinco segundos. Como puedes ver.

—Cooper, pégale un tiro —me da vía libre Clark—. Ya veremos luego cómo lo arreglamos.

—¿El agente Tarugo seré yo? —se pregunta Murkowski.

Los ignoro a los dos y le digo a Ash:

—Me has desarmado solo porque me has pillado por sorpresa.

—Ah, ¿y crees que el del martillo te mandará un burofax para advertirte de que se te acerca por detrás? No estás entrenada para esto, Cooper. No puedes controlar la situación. Lárgate de aquí antes de que te pase algo.

Cuando la gente se empeña en decirme lo que no puedo hacer, me saca de mis casillas. Presiono el pecho contra el suyo, acerco mi boca a su boca y le espeto:

—Lárgate tú, Ash. El caso es nuestro.

Lo oigo gruñir de pura frustración.

—Eres el ser humano más irritante que he conocido en toda mi puta vida. Lo juro por Dios.

Retrocedo hasta pegarme de nuevo al muro y desde ahí lo fulmino con la mirada.

—Motivo de más para que me dejes en paz. Mantente alejado de mí y asunto resuelto.

—¿Crees que no lo intento? Joder. ¡Pero estás en todas partes! Te dije que esta ciudad era muy pequeña para los dos. Cuando esto

termine, uno de nosotros tendría que mudarse. Y, por si te surgen dudas, con uno de nosotros me refiero a ti.

Seguimos muy cerca el uno del otro. Sus manos aún me sujetan por las muñecas, y los ojos que se insertan en los míos arden como un incendio fuera de control. El aire entre nosotros vibra con una tensión cargada de puro deseo sexual. Yo lo noto, y estoy segura de que él también. Creo que los dos fantaseamos ahora mismo con arrancarle la ropa al otro.

—Ni lo sueñes —respondo, contra sus labios, refiriéndome no solo a la mudanza, sino a todas las ideas guarras que sé que se están reproduciendo ahora mismo en su primitivo cerebro.

(Y también en el mío, que es igual de primitivo).

Su peligrosa mirada enfoca mi boca unos segundos más de la cuenta y esa cosa dura vuelve a presionar mi abdomen. Por mi propio bien espero que sea la pistola. Él siempre lleva dos, ¿no? Una la sujeta con la mano derecha. Está entrenado para acorralarme a mí y para sostener el arma al mismo tiempo. Incluso creo que podría tomarse un whisky y, aun así, yo no sería capaz de liberarme. Tiene mucha fuerza física, y en este momento no tiene reparos a la hora de usarla para dominarme.

—¿Por qué me buscabas esta noche? —susurra, su voz volviéndose ronca de repente—. ¿Qué quieres de mí esta vez?

¿Hay alguien que no sepa a estas alturas que estuve en el *Fever* hace un rato?

—Solo quería un Dry Martini. Es uno de los mejores de la ciudad, ¿lo sabías? Salís en las guías de turismo.

—Has ido al *Fever* solo por el Martini —afirma, sin tragarse ni una palabra, incluso divertido al escuchar mi mentira.

—También por la música.

—Tramposa —dice, riéndose.

Sus ardientes ojos se mantienen fijos sobre mis labios y yo intento no dejarme seducir por el olor masculino que desprende su cuerpo ni por el irregular sonido de su respiración, pero lo cierto es que su presencia me acelera el pulso y… me muero por volver a besarle.

Y creo que Ash también está por la labor porque se humedece los labios y ladea la cabeza hacia la derecha, como hacía siempre que se disponía a robarme un beso. Su forma de mirarme es pura lujuria. Ya lo creo. Va a besarme. Madre mía. El corazón se me va a salir del pecho como siga demorándolo.

—Cuando acabéis de pegaros el lote, que sepáis que ya lo tenemos —me informa Clark, materializándose en medio de nuestro momento erótico.

¡Mierda! ¡Me lo he perdido! ¿Será posible?

A Ash también le deben de notificar algo por el auricular, porque retrocede y le oigo gruñir.

—Los tuyos han llegado antes que los míos —me dice disgustado—. Lo tienen. Pero supongo que ya lo sabes, ¿no?

Le sonrío con dulzura, complacida por la victoria. Aunque no sea mía, formo parte del equipo, y ganarle al maestro es todo un placer.

—Pues sí. Los buenos ganan una vez más.

Sonríe y cabecea fastidiado.

—Solo habéis ganado porque estaba distraído.

—¿Con qué? —repongo, coqueteando, por supuesto.

Lo nota y no parece disgustarle mi actitud. Al contrario. Le gusta. Le gusta mucho.

—Contigo. Como siempre. Eres mi puta criptonita.

Me cojo el labio inferior entre los dientes. Aun así, no puedo contener la sonrisa.

Ash vuelve a gruñir y se dispone a guardarse la pistola en la espalda.

Me acerco para preguntarle si podemos vernos un día de estos para hablar de lo que pasó en el *7* y qué significado tiene, y entonces todo sucede tan deprisa que no comprendo qué está pasando hasta que es demasiado tarde.

Solo sé que su mano me empuja hacia la derecha, poniéndome a salvo con su cuerpo, y acto seguido suena un disparo.

Aterrizo en el suelo, me giro, sin aliento, y recorro la oscuridad con ojos febriles. No veo una mierda.

—¡Ash! —grito, intentando ignorar el estómago que se me contrae de miedo.

—Tranquila —oigo su sosegadora voz. Un segundo después, su figura brota de la oscuridad—. Estoy bien. ¿Tú estás bien? ¿Te has hecho daño al caer?

—¿Qué? ¡No! —Me aparto de las manos que me sostienen y me incorporo con rapidez—. ¿Qué ha sido eso?

—Tenía un cómplice. Iba a dispararte. La palabra que buscas es gracias. Te acabo de salvar la vida. Estás en deuda conmigo.

Me dispongo a hablar, a pelearme con él otra vez, pero levanta la mano para frenarme, se guarda la pistola y entonces me vuelve a decir:

—Recuerda, Cooper, no bajes la guardia hasta que llegues a tu casa. Nunca sabes quién te apunta con una pistola desde la oscuridad. Os ocupáis vosotros del cadáver, ¿no? Ya que es vuestro caso… No me apetece cavar hoyos esta noche y además odiaría interferir en un caso federal.

Dicho esto, me vuelve la espalda y se aleja con paso aplomado en dirección a la salida.

—¡Llevo chaleco! —le grito, furiosa.

Creo que le oigo reírse con sorna.

—Podría haberte dado en la cabeza —me dice antes de desaparecer de mi campo visual.

Hay que joderse.

—¡Estoy bien! —les grito a mis compañeros, que no dejan de llamarme, preguntando qué ha sido eso—. Había otro tío. Por lo visto, un cómplice.

—Así se explica lo de Nora —deduce Snyder, resoplando—. Parecía el mismo y, sin embargo, no lo era. ¿Quién es ese otro tío?

—No tengo ni idea.

—¿Está muerto?

Conociendo a Ash, seguro. Él sabe en todo momento dónde está el enemigo.

Me acerco, le tomo el pulso y respondo afirmativamente a la pregunta de Clark.

—Quédate ahí, Cooper. Vamos hacia allá. Enciende la linterna. La situación está controlada. Han llegado los refuerzos.

Sí, pero de no haber sido por él, me habrían pegado un tiro. Porque estoy desentrenada. Porque, me guste o no, en algún momento dejé de ser una agente federal y no tengo ni idea de qué soy ahora.

Capítulo 32

He muerto cientos de veces. Tú vuelves con ella y yo vuelvo a nosotros.
(Canción *Back to Black*, Amy Winehouse)

Alexandra

Acabo de salir de la ducha cuando llaman al timbre. Me pongo una bata de satén verde oliva por encima de los hombros, me la ato deprisa a la cintura y libero la cadena, sin llegar a quitarla del todo.

A través de la puerta entreabierta, los ojos azules de Ash me atrapan al instante.

—¿Qué quieres?

—Esta noche se nos ha quedado una cuenta pendiente —me contesta con voz ronca—. Vengo a cobrármela.

Un escalofrío de excitación me recorre de la cabeza a los pies.

Sus ojos se pasean con languidez por mi cuerpo, de arriba abajo, demorándose unos segundos más de la cuenta sobre los pezones que empujan, erguidos, contra la fina tela de la bata. No llevo absolutamente nada por debajo, y eso me hace sentirme febril, dispuesta a dinamitar las reglas que me he estado imponiendo hasta ahora.

—¿Te refieres a que vienes a follarme?

Sonríe. Muy poco.

—Vengo a despedirme de ti como Dios manda.

—Buen eufemismo.

Su sonrisa se ensancha, empujando las comisuras de sus labios hacia arriba.

—Este es el trato que te propongo, Cooper. Una sola noche, para aplacar esta tensión tonta que ruge entre nosotros, y luego lo dejamos estar. ¿Te parece? ¿Sexo sin ataduras, solo por los viejos tiempos?

Con mano trémula, libero la cadena y abro la puerta. Ash no se mueve, mantiene la mirada encajada en la mía, a la espera de la sentencia.

—¿Ash?

—¿Bomboncito? —repone, con una ceja en alto. Cada fibra de él se concentra en mí ahora mismo, mientras sus ojos me sondean, turbios y empañados por la pasión que nos consume a ambos.

—Si esta es una despedida…

—Lo es —asegura con firmeza—. Sin gilipolleces ni remordimientos al día siguiente. Una sola vez. Tú y yo. Sexo puro y duro.

—Entonces, haz que valga la pena.

Percibo un atisbo de sonrisa en su mirada, aunque no estoy segura de que sus labios se hayan movido.

—Cuenta con ello.

Da un paso hacia adelante, me coge por la nuca con las dos manos y lo siguiente que sé es que colisionamos el uno contra el otro, un choque tan grandioso que el universo entero parece detenerse para presenciarlo. Es una pérdida de control completa y absoluta, pero me da igual.

Me abre la boca con la lengua y se introduce a través de mis labios, furioso y más hambriento que nunca, y yo dejo que me saboree, y que me arranque la bata y que me lance al sofá y venere mi cuerpo con las manos, los labios, la lengua y los dientes.

—Joder —murmura, intercambiando una mirada lánguida y febril conmigo—. No tienes ni idea de lo dura que me la pones, Cooper.

Su barba de tres días se frota contra mis pechos mientras se deleita lamiéndolos. Mis manos se aferran a su pelo en busca de algo a lo que sujetarse para dejar de hundirse en este abismo de pasión y emociones desatadas.

Con el pecho agitado, libera mis pezones y su lengua vuelve a invadir mi boca, arrancándome un gemido lánguido. Me tiene vibrando por debajo de él. Este deseo es abrasador.

Está empalmado desde que ha entrado por la puerta, y se frota contra mí mientras me besa como no recuerdo habernos besado nunca. Si es una despedida, sí, ya lo creo, vale la pena porque este

beso tiene la dosis exacta de pasión, furia y falta de control como para volverme loca.

Se desabrocha la camisa, sin dejar de sostenerme la mirada, y de nuevo se inclina sobre mí para besarme. Creo que lo ha echado muchísimo de menos. Por mucho que nos besemos, no parece tener suficiente.

Tengo los labios hinchados, pero no me importa. Me gusta cuando se pone así de bruto. Me gusta todo de él.

Introduzco la mano dentro de sus pantalones y empiezo a tocarlo, a apretarlo entre los dedos. Retrocede un poco, separa los labios para respirar por la boca y una profunda arruga se forma entre sus cejas.

Me incorporo en el sofá y acerco la boca a la suya, sin dejar de tocarlo. Un sonido grave retumba de su pecho un segundo antes de que sus labios arremetan contra los míos.

Me agarra por los muslos, me coloca por debajo de él y me devora a besos hasta dejarme sin aliento.

Cierro los ojos y me dejo llevar, y cuando libera mis labios magullados y su lengua se apoya contra mi clítoris, agarro con fuerza la tela del sofá y la estrujo entre los dedos.

—La puta hostia —le oigo maldecir de repente.

—¿Qué pasa?

—Vas a reírte de mí. Resulta que me he olvidado de guardar un condón en la cartera —me explica, avergonzado—. Acabo de darme cuenta de que, por primera vez en toda mi vida adulta, no llevo nada de protección encima.

Me clavo los dientes en el labio inferior. Aun así, mi sonrisa es más que evidente.

Ash, para distraerse del malestar provocado por este pequeño lapsus, me penetra con los dedos y, mientras traza círculos con el pulgar sobre la parte más sensible de mi cuerpo, me observa de esa forma suya tan extraña que siempre me ha hecho sentir especial, una obra de arte, la obra maestra de toda su colección.

—¿Me esperas? Voy a la farmacia en un momento.

—No. De eso nada —me río, tirando de él hacia abajo. Ahora tengo su cara pega a la mía, y su acelerada respiración me hace

cosquillas en los labios.

—Abbie…

—Alexandra —lo corrijo, recorriendo fascinada el fuego que arde en sus pupilas—. Llámame así.

Sonríe, roza mi boca con un beso suave y después vuelve a encajar la mirada en la mía.

—¿Quieres que lo hagamos sin condón?

—Por supuesto. Como en los viejos tiempos. Espera. No habrás cogido la sífilis desde nuestro divorcio, ¿verdad, cielo?

Su pecho, apoyado contra el mío, se sacude de risa.

—No, cariño. Yo siempre he usado condón. Menos contigo.

—Sabía que era especial.

—Lo eres.

Me gusta que haya empleado el presente.

Lo soy. Suena mucho mejor.

Lo beso, sin poder contenerme, y lo siguiente que sé que es estamos follando como locos en mi sofá, una lucha apoteósica, en la que los dos damos lo mejor de nosotros. Nos besamos, nos lamemos y nos poseemos como fieras salvajes, con creciente urgencia, empujándonos el uno al otro cada vez más cerca del límite.

Con los dedos clavados en mi mandíbula, para tener mi boca lo más cerca posible de la suya y sus ojos encajados en los míos, Ash entra y sale de mi cuerpo siguiendo un ritmo demencial.

El deseo que se ha estado acumulando entre nosotros en todos estos meses estalla de golpe, explosivo, y nos corremos los dos al mismo tiempo, fuertemente aferrados el uno al otro. Nunca me he sentido así. No quiero que acabe.

—Ash…

Debe de intuir lo que quiero decirle porque niega para acallarme.

—Un trato es un trato —murmura, retirándose despacio después de haberse vaciado en lo más profundo de mi cuerpo—. Así que adiós, agente Cooper.

—¿Podemos hablarlo un momento?

Su expresión se endurece de golpe.

—No me lo creo. ¡¿Por qué coño dijiste que sí si no querías esto?!

Me encojo de hombros. Me siento muy frágil ahora mismo. Tiene razón. Tenía que haber dicho que no. Pero…

—No sabía que no quería esto hasta que…

—Hasta que te diste cuenta.

—Sí. ¿Podemos hablar de lo que acaba de pasar entre nosotros y de lo que significa?

—No significa nada. Estoy saliendo con alguien. No hay nada de lo que hablar. Solo ha sido un polvo de despedida.

Tengo ganas de llorar.

Mierda.

—¿Lo dices en serio? —murmuro, maldiciendo esa voz tan rota que delata lo devastada que me ha dejado la información—. ¿Estás con otra persona ya?

—Sí.

—Guau.

Me mira como si no comprendiera mi conmoción.

—¿Qué te pasa? ¿Y esa cara? Tú también estás con el Agente Tarugo, ¿no? —dice mientras se pone los pantalones.

—¿Qué? —repongo perpleja, envolviéndome con la bata porque me resulta de repente violenta la idea de estar desnuda delante de él. Ahora que sé que tiene novia, ya no me siento cómoda.

—¿No estás con él?

—Claro que no.

—¿Y por qué vino a tu casa la otra noche, a las tantas, con comida para llevar?

—¿Me estás siguiendo?

Deja de abrocharse la camisa por un momento, para decirme, con indiferencia:

—No. Pasaba por el barrio.

—Y una mierda. ¿Sabes qué, Ash? Deberías largarte ya.

—¿Sabes qué, cielo? —me dice, imitándome—. Es lo que estoy haciendo, joder. Que te vaya bien.

—Que te den.

—Qué encanto. Se ve que ya se ha acabado nuestra tregua.

—¡Que te den!

—Te repites, Cooper.

—¡Pues que te follen!

Riéndose entre dientes, sale por la puerta y entonces yo dejo escapar un gruñido de rabia, agarro lo primero que encuentro (mi móvil, para ser exactos) y lo lanzo detrás de él.

Por desgracia, la puerta se ha cerrado a sus espaldas y lo único que consigo es romperle la pantalla al iPhone. Estupendo.

Me desplomo en el sofá, con la cabeza entre las manos, preguntándome cómo he podido ser tan estúpida como para decir que sí a un polvo de despedida. ¿De verdad creía que con una vez sería suficiente? ¿que no iba a querer más, como siempre?

La caja de Pandora ejerce sobre mí la misma fascinación enfermiza que el primer día, y haber echado un vistacito en su interior solo ha servido para avivar mi estúpida obsesión. ¿Cómo se supone que tengo que vivir a partir de ahora, si él se niega a salir de mi cabeza?

Siempre que cierre los ojos, veré los suyos encajados en los míos, febriles, llenos de pasión, sus labios provocándome, sus manos aferrándose con fuerza a mis caderas…

¿Es que puedes huir de algo que forma parte de ti, algo que está en tu sangre, incrustado en tu ADN; algo que altera y domina incluso el puto aire que respiras?

Si es así, me gustaría saber cómo. Me encantaría que alguien me lo dijera, porque ahora mismo busco y busco y busco y solo encuentro oscuridad.

Y, en medio de esa oscuridad, él, atrayéndome como nada ni nadie lo ha hecho hasta ahora.

Capítulo 33

Miro dentro de mí y veo que mi corazón es negro.
(Canción *Paint it black, The Rolling Stones)*

Ash

—¿Has visto a Trixie?

—¿Y a ti qué te pasa? —repone Seven, después de que sus ojos azules me hayan pegado un buen repaso.

—¿De qué hablas?

—Tío, resplandeces.

—¿Que resplandezco? ¿Te has dado un golpe en la cabeza? A ver, échame el aliento, Seven.

—Hablo en serio. Quita, capullo. Pareces… ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué?

—¡Has estado con ella! —comprende de pronto. Ni idea de cómo ha llegado a semejante conclusión.

—¡Claro que no! —finjo escandalizarme.

—No me mientas, que te conozco como si te hubiera parido. Te la has follado, cabronazo. Tienes la misma cara de estúpido que se te ponía cuando estabais juntos.

—Vaya, muchas gracias.

Sin alterarse por la mueca de pocos amigos que le dedico, me agarra del brazo y me arrastra hasta el despacho del gerente.

—¡Hola, Ash!

—Hola, Trixie. En un momento estoy contigo. ¡¿Quieres dejar de arrastrarme?!

Seven cierra la puerta del despacho, pone las dos manos en mis hombros y me empuja hacia abajo hasta obligarme a sentarme en una silla.

—Cuéntamelo todo ahora mismo.

—No hay nada que contar.

—¿En serio?

Entorno los párpados y al final me rindo.

—Está bien. Fui a verla.

—Y te la tiraste.

—Me acosté con ella —la corrijo, irritado. *Tirarse* resta importancia a lo que ha pasado entre nosotros esta noche.

—No marees la perdiz. Te la tiraste —se impacienta Seven.

—Bien, pues me la tiré.

—¡Oh, Dios mío!

—Te repites, Seven.

—¿Y ahora qué? ¿Estáis juntos?

—Claro que no. Solo ha sido un polvo de despedida.

—¿En serio? ¿Y cómo se lo ha tomado?

—Bastante mal —admito con una mueca—. Creo que me odia. Le he dicho que estoy con otra.

—¡Ash!

—Se lo tenía que decir.

—¿Te acostaste con ella y luego le contaste lo de Trixie para hacerle daño?

—¡No! Me acosté con ella porque estaba cachondo. No soy tan capullo como para querer hacerle daño. Solo… me dejo llevar por mis instintos más básicos.

—¿Y por qué no te acostaste con tu novia, si estabas cachondo?

—Esto parece el puto tercer grado. Eres peor que el agente Clark.

—Contesta a la pregunta, Ash.

—Me acosté con ella porque es *ella* la que me había puesto cachondo. No habría sido justo hacia Trixie.

—Madre mía, qué movida.

Después de revolverse el pelo con los dedos, Seven se deja caer en la silla que hay a mi derecha, agarra la botella de whisky que hay sobre la mesa, la abre y le da un trago largo y ansioso antes de ofrecérmela.

Qué demonios. Yo también necesito beber algo fuerte. A ver si así me la quito de la cabeza.

—Así que no estáis juntos.

—No.

—Y no volverás a verla.

—No.

—¿Y se lo vas a decir a Trixie?

—Debería.

—¿Por qué? Si no ha significado nada para ti y ya le dejaste claro que no mantenéis una relación exclusiva…

—En realidad, he sido bastante exclusivo hasta esta noche. Y eso de que no ha significado nada no es cierto.

—¡Ajá! —se regocija, apuntándome con su dedito acusador y también con una sonrisa de malvada complacencia—. ¡Entonces sí que ha significado algo!

Hundo la cabeza entre las manos.

—Claro que significa algo, joder. Significa que no he pasado página todavía. Que aún pienso en ella. La atracción es algo curioso, Seven. Entiendo la excitación física. Entiendo que a veces estemos tan cachondos que acabemos follando con cualquiera, sin importarnos demasiado con quién, solo para calmar esa necesidad. Pero la atracción que sientes hacia una persona en concreto, ese momento en el que cruzas una mirada con ella y se te dispara la puta adrenalina en las venas y, años después y da igual lo que haya pasado entre vosotros, todavía eres capaz de acordarte incluso de la jodida ropa que llevaba ella ese día, eso es algo que no comprendo. Es como si te cayera un rayo encima.

—Ash, te lo pregunto en serio: ¿hasta cuándo vas a estar haciendo el capullo saliendo con tías que no te importan? Tú quieres estar con ella. Admítelo de una puta vez.

—No. Porque volver con ella sería admitir que me equivoqué al dejarla, y yo no me equivoco nunca. No puedo retroceder sobre mis propios pasos, Seven. Significaría que estos últimos meses no han servido para nada.

—Claro que han servido. Han servido para que tú te hagas daño a ti mismo, además de a ella.

—Volver con la agente Cooper sería una peligrosa muestra de debilidad. ¿Qué mensaje trasmitiría?, ¿eh? ¿Te has parado a pensarlo?

—Tú eres Ash Williams. El rey. Cuando alguien te acusa de ser débil, te lo cargas. ¿Tienes más excusas para que yo pueda rebatirlas o hemos acabado y me das la razón ya?

—No puedo volver con ella, Seven. Porque no la he perdonado y no sé si puedo perdonarla.

—Pues entonces no te la folles, capullo.

—Ya. Soy consciente de eso. No volverá a pasar. Ha sido un lapsus momentáneo. Será mejor que vaya a decírselo a Trixie.

Los ojos azules de Seven absorben mi expresión atormentada durante un rato.

—¿Vas a contarle la verdad?

—¿Es decir?

—¿Que acostarte con ella ha sido como abrir una herida que empezaba a cerrarse?

Suelto un largo suspiro antes de responderle.

—Supongo.

Asintiendo, Seven le da otro trago largo a la botella y después me la pasa. Tiene razón. Me hará falta, porque aceptar lo que estoy a punto de contarle a mi novia, que todavía siento algo por mi ex, no me resulta nada fácil.

*****

La conversación con Trixie es bastante incómoda. Sus ojos se cargan de lágrimas en cuanto se lo confieso. Me siento como un capullo.

—Lo siento mucho, Trix. No sé qué otra cosa decirte.

—Pensaba que lo estabas superando —murmura, parpadeando con rabia para contener las lágrimas que cuelgan de sus pestañas.

Estamos en la calle, en la parte trasera del *Fever*. Quería hablar con ella en privado, sin que nadie nos interrumpiera.

Bajo el rostro hacia el suyo y le acaricio, arrepentido, la mejilla.

—Yo también lo pensaba, pero no es así. Ella fue mi familia durante mucho tiempo y no me resulta fácil expulsarla de mi vida. Si quieres poner fin a lo nuestro, lo entiendo.

Respira hondo y se obliga a recomponerse.

—Lo que quiero es que dejes de verla. ¿Podrás hacer eso?

Frunzo el ceño porque de pronto ya no parece devastada ni vulnerable, sino firme, muy decidida, imponiendo sus condiciones.

—Sí.

Sí, ¿verdad?

Que sí, joder, claro que puedo. Pan comido. Solo tengo que evitarla.

—No quiero que la llames, ni que le escribas ni hables con ella. Si lo haces, tú y yo hemos acabado.

—Me suena a amenaza.

—Es un trato.

Sonrío en contra de mi voluntad. Nunca había visto a Trixie tan guerrera. Me gusta.

—De acuerdo. Me gustan los tratos. ¿Nos damos la mano?

—¿Qué tal un beso? Pero nada de lengua, que sigo estando cabreada contigo.

Me río, la beso y al final gano yo, la provoco con la lengua hasta que se rinde y me deja besarla como Dios manda.

Me voy del *Fever* satisfecho, sonriendo, pero según me acerco a nuestra casa, la sensación cambia. Otra vez me siento vacío. Acabo de recordar que ella no está ahí.

¿A que al final voy a tener que vender la puta casa y mudarme?

«Hay que joderse, Bambi. Los problemas que das».

Me instalo en el sofá, con una copa en la mano, y observo a esa mujer siniestra del cuadro que tengo delante. La Muerte. Hum. Está buena. Sullivan es un pervertido.

Sonrío para mí, pruebo el whisky y sigo abstrayéndome en la pintura.

No puedo verla, ni llamarla ni escribirle.

Aunque en ningún momento se me ha prohibido pensar en ella. Hay un vacío legal en el trato que he hecho con Trixie. Eso quiere decir que mi mente es libre, no hay fronteras, reglas ni limitaciones. Puedo cerrar los ojos y rememorarlo todo.

Echamos muchos polvos a lo largo de estos años, pero el de esta noche ha sido el mejor. Sin duda. Épico. La clase de polvo que uno recuerda a los ochenta, a pesar del alzhéimer o la demencia.

Tomo otro trago, sin abrir los ojos, y niego para mí. Me estoy poniendo cachondo solo con rememorar lo que hicimos. Hay que joderse.

Sonrío, apuro la copa y examino de nuevo el cuadro que tengo delante.

Debería tirarlo. Debería tirar el cuadro y todos los trofeos que guardo en la caja fuerte. Incluso debería deshacerme del video de nuestra boda.

Si fuera sensato, lo haría.

Pero yo no soy sensato.

—Alexa, pon *Can't Take My Eyes off You*.

El trasto obedece.

Me saco el arma de debajo de la cintura de los pantalones, retiro una bala de la recámara y la analizo largo rato, pensativo.

Está saliendo el sol cuando por fin termino de tallarla. Ya está. Ahora tengo dos balas, y las coloco, la una al lado de la otra, sobre la mesa, para poder contemplarlas.

En una tallé mi nombre, Ash, hace muchos años. En la otra, acabo de tallar el suyo, Alexandra. ¿Para recordarme a mí mismo que incluso el amor puede morir o más bien para dejar claro que hasta que una de estas dos balas no acabe incrustándose en el corazón de su destinatario, nada estará perdido?

A saber. El caso es que aquí están, las balas con nuestros nombres. Algunos dirían que es siniestro. Yo creo que es romántico.

Me las guardo en la cartera y después me guardo la cartera, en el bolsillo de los pantalones.

No puedo verla, ni llamarla ni escribirle. Pero, de una forma u otra, siempre me las arreglo para que esté presente. Porque es la única puta cosa en el mundo que me hace sentir vivo.

Nada podrá competir con eso. Nunca. Por muchos tratos que haga. En el fondo, lo sé. No soy tan imbécil como para ignorar lo evidente.

Con una sonrisa lánguida, cierro los ojos, apoyo la nuca en el respaldo del sofá y por fin me duermo, mientras Frankie canta:

I love you, baby
And if it's quite alright.

I need you, baby
To warm the lonely night…[12]

Capítulo 34

Podrías haberme preguntado por qué rompí tu corazón.
Podrías haberme dicho que te estabas derrumbando.
(Canción *Save Your Tears, The Weekend)*

Ash

No sé cuándo ni cómo, pero llega la Navidad y lo sé porque hay un puto ramo de lilas sobre la mesa del salón, mi regalo para una mujer que ya no forma parte de mi vida. Hay que joderse. Se me olvidó cancelar el envío.

—Es lo que le regalaba todas las navidades —respondo a la pregunta no formulada de Seven.

—¿Cómo cojones te las arreglas para conseguir esto en invierno?

—No preocupándome por el cambio climático, eso seguro.

La oigo soltar una risita. No puedo concentrarme en ella ahora mismo. Estoy mirando el ramo como un perturbado mientras intento mantener a raya ese sentimiento opresivo que se está ensañando con mi estómago por algún motivo.

—¿Y ahora qué? ¿Se lo vas a regalar a Trixie?

Intercambiamos una mirada rápida (y seca por mi parte).

Seven, de pie a mi lado en mitad del salón, cruzada de brazos, analiza las flores como si fueran una obra de arte cuyo significado no es capaz de pillar. Ella preferiría diamantes, oro o cualquier otra cosa que se pueda vender en caso de extrema necesidad. Es muy pragmática.

—No digas chorradas. No voy a regalarle esto a Trixie. En primer lugar, porque sería desleal. No lo compré para ella. En segundo lugar, porque ya tengo su regalo. Esta noche la llevo a ver *El Lago de los Cisnes*.

—Qué romántico.

—Cállate, joder.

La veo sonreír, antes de volver a enfocar el jodido ramo.

—¿Y qué vas a hacer entonces con las flores?

Lo medito unos segundos, y después me vuelvo hacia ella, satisfecho con la resolución.

—¿Sabes qué, Seven? Decídelo tú.

—Yo.

—Sí, tú. Llévatelo al campo y pégale tiros hasta que reviente, préndele fuego, tíralo sin más… Me la suda.

—Te la suda —afirma en el mismo tono de *no me creo ni una palabra de lo que me estás diciendo.*

—Me la suda.

—Bien. Pues no se hable más. Si te la suda, te la suda y no hay nada que decir al respecto.

Se lleva el ramo y yo respiro aliviado mientras espero a que descuelgue la chica de la floristería.

Las próximas navidades no quiero ver esa mierda en mi casa de nuevo.

*****

—Vaya, cuánta gente.

Vuelvo mi atención hacia Trixie, que está guapísima con su vestido negro de noche, y le sonrío.

—Nunca habías estado en el ballet, ¿a que no?

—¡No! ¡Y es súper emocionante!

—Bueno, espero que te guste. Es una obra bastante triste.

—¿Tú habías estado aquí antes?

—Sí. Una vez.

—¿Viste *El Lago de los Cisnes*?

—No. Vi *Giselle*.

—No me suena. ¿De qué va?

—Una historia triste.

Como todas las que le gustaban a ella…

—Ah. A lo mejor podemos verla algún día.

Ni de puta coña.

—No, no lo creo. Con verla una vez, yo he tenido bastante. Mira, ya empieza.

Gracias a Dios. Un poco de silencio, joder. Debe de ser el ramo de flores. Me ha puesto de los nervios. Puede que sea la Navidad. En Navidad, siempre queremos estar con los seres queridos. Incluso si esos seres son unos mentirosos patológicos que nos han vendido al puto FBI.

*****

La puesta en escena es sublime. Trixie parece fascinada. La miro y sonrío para mí. Me alegro de haberla traído. Se nota que le hace mucha ilusión estar aquí.

Con mi mano sujetando la suya, paseo la mirada por todos los palcos en busca de alguna cara conocida. La gente se ofende si no la saludas.

De pronto, se me corta la respiración y me quedo atrapado, incapaz de mover un solo músculo. Solo puedo mirarla. Está ahí sentada, con un vestido que desde aquí parece blanco, y cuando la luz se mueve por un segundo, cambiando de ángulo sobre el escenario que se interpone entre nosotros, veo algo brillante en sus mejillas.

Creo que está llorando, pero no puedo asegurarlo porque se levanta con brusquedad al verme y abandona precipitadamente el palco.

Hay que joderse.

Suelto la mano de Trixie, me inclino hacia su oído y le susurro:

—Ahora vuelvo.

—¿Adónde vas?

—Tengo que hacer una llamada.

—Vale.

Salgo del palco, cerrando los ojos por un segundo, para intentar calmarme, y luego voy tras ella por el pasillo. Como siempre.

*****

—¿Por qué estás llorando?

Levanta la cabeza hasta que nuestras miradas se entrelazan a través del espejo.

No se mueve, sujeta el lavabo con las dos manos, inclinada sobre él, y me observa en silencio, sin molestarse en esconder las lágrimas que le estropean el maquillaje.

Yo me acabo de apoyar contra el muro, nada más echarle el cierre a la puerta. No quiero que entre nadie. Tenemos que hablar.

—Estás en un baño de mujeres —me responde con voz controlada.

—¿Por qué estás llorando?

—Haz el favor de salir.

—¿Por qué estás llorando?

—No es asunto tuyo. Vuelve con ella.

—¿Es por eso? ¿Lloras porque nos has visto juntos?

Niega para sí. Parece agotada. No me gusta verla así y saber que es por mi culpa. Odio hacerla llorar. A pesar de todo, no quiero que sufra por mi culpa.

—¿Te la follabas?

—¿Qué? —repongo, totalmente perplejo.

—La he reconocido. Es la camarera.

—Y crees que me la tiraba cuando tú y yo estábamos juntos —constato con una sonrisita incrédula atisbando en las comisuras de mi boca.

—Sí.

—Pues no, cariño. No me cuelgues a mí el muerto. La que jodió nuestro matrimonio fuiste tú. Yo era intachable, ¿me has oído? Estaba contigo al cien por cien. Para mí, solo existías tú.

—¿Intentas hacerme daño? ¿Castigarme por lo que hice?

Rechazo la idea de inmediato porque hacerle daño nunca ha sido mi intención.

—No. Solo intento pasar página después de ti —expongo con aflicción y la voz más ronca que de costumbre.

—Vete.

Niego, suspiro frustrado y vuelvo a mirarla, la observo largo rato, cada vez más triste e impotente.

—Alexandra…

—¡Que te largues!

—¿Podemos hablar como dos adultos civilizados?

—No. Vuelve con ella. Tenías razón, Ash. Tú y yo hemos acabado. No he querido verlo hasta esta noche. Ahora ya lo tengo claro. Aparta.

La tengo delante, exigiéndome que la deje pasar, pero no me quito porque mis ojos no son capaces de apartarse de su perfecto rostro. No quiero que se marche. No sé qué es lo que quiero…

—Alexandra —murmuro, con una suavidad que incluso a mí me pilla desprevenido.

—Que te apartes, joder —me ordena en un tono vibrante que pinta una arruga de preocupación entre mis cejas.

—La hostia. De acuerdo. No te alteres.

Me quito y ella libera el pestillo, se toma unos segundos y, después de abrir la puerta, vuelve el rostro hacia la derecha para mirarme de nuevo. Esta vez no hay rabia en sus ojos. Solo tristeza, una tan profunda que me hace polvo.

—Gracias por las lilas. Son preciosas.

«Hay que joderse. Seven, ¡me cago en la puta!»

—De nada.

Hace el esfuerzo de componer una especie de sonrisa, a pesar de las lágrimas que surcan sus pómulos.

—Feliz Navidad, Ash.

—Feliz Navidad, pequeña —me despido, igual de derrotado que ella, ladeando un poco la cabeza para poder absorber su expresión como es debido.

Unos segundos después, la puerta cae a sus espaldas, y yo cierro los párpados y vuelvo a apoyarme contra la pared. Se ha ido, pero el baño todavía huele a ella.

Decido llamar a Seven. Necesito gritarle a alguien.

—¿Qué cojones has hecho?

—Hay un tío entre mis piernas, haciendo maravillas con la lengua, así que, si solo llamas para pegarme la bronca…

—¡¿Por qué coño le has mandado las flores?!

—Porque eran suyas y muy en el fondo querías que las tuviera. De lo contrario, las habrías tirado tú mismo.

—No me psicoanalices, Seven. ¡Y cuando te pido que hagas algo, hazlo, joder! —le grito antes de colgarle.

Un segundo después, en un brote de rabia que no puedo contener, le pego un puñetazo a la pared, dejando una mancha de sangre en los azulejos blancos.

Regreso al palco solo para decirle a Trixie que me marcho. No me apetece ver el puto ballet.

—Ha surgido algo. Tengo que irme. No, no, pero tú quédate a ver la obra. Toma, dinero para el taxi. Lo siento mucho.

Y que me mire así hace que me sienta todavía más capullo…

—¿Lo dices en serio? Pensé que pasaríamos la noche juntos.

—Y yo. Pero no puedo. En serio, lo siento.

—Pero, Ash…

Planto un beso rápido en su pelo, trago saliva y salgo abruptamente por la puerta. Y por eso quería que se marchara a la puta ciudad de los seres emplumados porque sabía que me la cruzaría en cualquier parte y que esto sería un infierno.

—¿Qué le has hecho? —me espeta Clark, con quien me cruzo mientras los dos esperamos a que los aparcacoches nos devuelvan nuestros respectivos vehículos—. Se ha ido sin decirme nada.

Se me empieza a poner un humor peligroso.

—¿Y tú qué cojones haces en el ballet con mi mujer, Clark? A ver, ¿es que estás enamorado de ella o algo?

El rostro del agente Clark se contrae de rabia.

—No digas gilipolleces. La conozco desde que era una cría.

—Por lo visto, yo también.

—Soy como un padre para ella, cabronazo, y por eso voy a darte este consejo: déjala en paz, Williams. Ella no es para ti. Y, por cierto, ya no es tu mujer.

Un hecho que no hay manera de que se me meta en la cabeza.

—Su coche, señor.

—Gracias —le responde Clark al chico, entregándole la propina.

Sube a su Corolla azul y yo me quedo en la calle, mortificado, esperando el mío.

A ver si se pasan ya las putas navidades y se me quita la nostalgia de encima porque es una soberana mierda sentirse como me siento esta noche.

Capítulo 35

Jolene, te lo ruego, por favor, no te lleves a mi hombre.
(Canción *Jolene, Dolly Parton)*

Alexandra

Mi estómago se rebela con otro espasmo. Dios mío, estoy harta. ¿Hasta cuándo va a durar esto? Rompo un trozo de papel higiénico, me limpio la boca y tiro de la cadena, antes de pasarme las dos manos por el pelo para echármelo hacia atrás y suspirar con hartazgo.

—¿Vas a decírselo?

Me sobresalto al escuchar la voz de Clark a mis espaldas.

Me incorporo y lo miro confundida.

—¿El qué?

—Que estás embarazada. Imagino que será suyo.

Me quedo de piedra, con los ojos abiertos de par en par.

—Todavía no se me nota nada. ¿Cómo…? ¿Cómo lo has sabido?

—Todas las mañanas te levantas corriendo de la silla en cuando Murkowski trae el desayuno y te encierras en el baño durante un cuarto de hora. No hace falta ser un as en análisis de conducta, que lo soy, para darse cuenta de que estás embarazada.

Me cojo los codos con las manos y me hago pequeñita.

—Ha sido… un accidente. Yo… quería decírselo, pero… nunca encuentro el momento adecuado. Esto es una mierda, en serio.

—¿Has decidido tenerlo?

Asiento.

—¿Y alguna vez estarás preparada para contárselo al padre? —prosigue Clark.

Dios...

—¿Sabes qué? Voy a hacerlo hoy mismo.

Mi jefe arquea las cejas hasta que casi se le juntan con la línea del pelo.

—¿En serio?

—Sí. Ahora mismo, de hecho. Iré derechita a su despacho y se lo soltaré. Le diré que puede involucrarse en la medida que le plazca. Esto no cambia nada. Solo somos dos adultos que van a tener un bebé.

—Estupendo, Cooper. Pues hala, te doy la mañana libre para que puedas gestionar de una vez por todas el lío en el que se ha convertido tu vida desde que te enamoraste de ese capullo.

*****

Aparco en la calle, me pinto los labios porque llevarlos pintados me suele infundir confianza, y echo a andar hacia el edificio más emblemático de la ciudad, intentando no pensar en la inquietud que siento en el estómago.

Puede que solo sea nuestro hijo estrujándome las entrañas. Puede que esto no tenga nada que ver con mi obsesión ni con los recuerdos que me abruman cada vez con más fuerza conforme me acerco a las puertas del inmueble.

Entrar en el recibidor es casi como un golpe en el estómago que me priva de oxígeno.

—Señora Williams —me saluda, sorprendido, uno de los guardaespaldas.

—Buenos días. Voy a subir a ver al jefe. Hemos quedado.

No dice nada, solo comunica la información por el auricular.

Cuando alguien le pide que no me deje entrar, (imagino que se trata de eso, dado que de pronto el tío rompe a correr hacia el ascensor), ya es tarde. Las puertas se están cerrando sin que le dé tiempo de alcanzarme. Ja.

Está claro que la diosa de la suerte quiere que me arranque la tirita de golpe.

Sí, hoy es el día para ocuparme de este asunto.

Arriba me topo con Lis. Si el de abajo no ha podido frenarme, lo intentará ella.

Ya lo veremos.

—No puedes pasar. El señor Williams está ocupado.

—Es importante, Lis —intento esquivarla, sin alterarme, y ella me vuelve a impedir el paso.

—No puedo dejarte pasar.

—Lo sé, pero si no lo hago ahora, no lo haré nunca. Tengo que arrancarme la tirita de golpe.

—¿Qué…?

Me saco las esposas del bolsillo y antes de que Lis pueda decir mu, la he esposado a una lámpara de pie.

—Pero ¿qué…?

—Lo siento. No es personal. Solo negocios.

—Alexandra, por tu propio bien, ¡no entres ahí!

La tirita de golpe.

Abro la puerta de par en par y me quedo helada al ver la escena que se desarrolla dentro de su despacho. Ash está de pie en mitad de la sala. Tiene los pantalones por los tobillos y las manos hundidas en el pelo de la mujer que, de rodillas delante de él, se la está chupando.

Sus ojos se elevan, hostigadores, hacia la puerta. Está a punto de escupir una maldición, pero al reconocerme se queda anonadado, con los labios separados en un gesto de absoluto pasmo. Igual de paralizado que yo.

Mierda.

Tras unos segundos en los que no me he visto capaz de mostrar ninguna reacción ni física ni mental, cierro la puerta de golpe y salgo corriendo.

—Te lo dije —se jacta Lis—. Oye, ¡pero no te vayas! ¿Cómo abro esto?

No me detengo, bajo corriendo por las escaleras, hasta que, unas cuatro plantas más abajo, unas fuertes manos me agarran por los hombros, me aplastan contra la pared y, un segundo después, unos ojos de un azul peligroso se insertan en los míos, los bastante fustigadores como para congelarme la sangre en las venas.

—¿Qué coño pasa contigo? ¿Es que Gavin no te enseñó a llamar a la puerta?

—Suéltame.

—¿Que te suelte? ¿Qué coño haces? ¿Vienes a mi oficina, esposas a mi secretaría y pretendes irte de rositas? ¿Por qué estás aquí?

—Eso da igual a estas alturas, ¿no crees?

—No, no da igual. ¿Qué cojones quieres? Por qué no dejas de buscarme, ¿eh?

—No me grites. Estás de enhorabuena, Ash, porque voy a dejar de buscarte a partir de ahora.

—¿Qué…? —Se queda helado, recorriendo mi mirada con frenesí, como si ya no me reconociera—. ¿Me estás apuntando con la pistola? ¿En serio? ¿Lo que noto es tu pistola, Cooper?

En efecto. Me he sacado el arma del estuche y la acabo de apoyar contra su esculpido abdomen para hacerlo retroceder.

—Sí. Del amor al asesinato solo hay una bala de diferencia. Retrocede.

—Estás loca, joder.

—Pues mira, sí. Y no deberías jugar con los locos ni tocarles las narices.

Levanta las dos manos en gesto apaciguador y se aparta lo suficiente como para que yo pueda respirar aire y no a él.

—Hablemos con calma, ¿quieres?

—No, no quiero. Cualquier cosa que quisiera decirte dejó de importar en el momento en el que vi a tu novia de rodillas delante de ti, chupándote la polla. ¿Qué estáis, celebrando el día de los enamorados?

Un gesto de devastación recorre veloz sus perfectas facciones.

—Lo siento mucho. Yo no quería que vieras eso, joder. Nunca quise que…

—Me da igual. Adiós, Ash. Esta vez lo digo en serio.

—Alexandra, espera un momento.

—Lily para ti. O, mejor, la agente Cooper. No hagas que vuelva a detenerte. No podré presentar cargos, pero una noche en el calabozo no te la quita nadie. Así que mejor sube ahí y acaba lo que estabas haciendo. Sé que te pones de malhumor cuando te quedas a medias. Toma. La llave de las esposas para que puedas soltar a tu secretaría.

—Por favor, para un segundo. Deja que me disculpe.

Me vuelvo desde el borde del escalón y mi mirada helada se cruza de nuevo con la suya.

—No hace falta. Que te diviertas.

Mi tonito punzante no parece irritarlo como otras veces. Se le ha quitado la exasperación y en su lugar solo veo tristeza y arrepentimiento. Pues me da igual. Yo siento ira, una tan poderosa que me quema por dentro.

—Lo siento mucho —murmura, negando con aire impotente—. Odio que hayas tenido que ver eso. En serio. Lo daría todo por poder evitarte el mal trago.

—¿Qué más da? Tú y yo llevamos meses separados. Eres libre de meter la polla en todos los agujeros que te plazca. Así que no te disculpes ni intentes explicarte porque me da igual.

Bajo corriendo las escaleras. No intenta detenerme esta vez. Solo se queda ahí de pie, mirándome arrepentido.

—Y ese era tu querido padre —le explico al bebé en cuanto me siento en el coche—. No desesperes. Los hay peores, créeme. Ya verás cuando conozcas a tu abuelo…

Dejo caer la cabeza hasta apoyarla contra el volante y me obligo a borrar de mi mente lo que acabo de ver. Soy buena manteniendo a raya las cosas que no quiero afrontar, pero esta vez no me resulta nada fácil. Veo sus manos aferrándola por el pelo, guiándola. Su pelvis moviéndose, bombeando fuera y dentro de su boca.

Y ni siquiera puedo beber.

Las buenas noticias no dejan de acumularse.

Capítulo 36

Querida, encuentra lo que amas y deja que te mate.
(Charles Bukowski*)*

Ash

—Hoy vino a mi despacho y Trixie me la estaba chupando. Nos vio.

Noto que Seven me observa insistente. No puedo con esto. No puedo quitármelo de la cabeza. Al cruzarse nuestras miradas, el dolor que ardía en la suya era tan intenso que me consume desde entonces.

No sé cómo gestionarlo, así que me concentro en las luces de la barra del *7,* hasta que me pierdo en ellas. No me apetecía ir al *Fever*. Suele ser mi club favorito, pero hoy no habría aguantado estar ahí.

—Dime que estás de coña.

—Qué más quisiera estar de coña, joder.

Seven suelta una carcajada.

—¡¿Te pilló con la verga dentro de la boca de Trixie?!

Dejo de observar las luces para pulverizarla con la mirada. Tengo un humor de perros ahora mismo. He despedido al guardaespaldas por dejarla pasar.

Y no despido a Lis porque es demasiado buena en su trabajo y porque, conociendo a la agente Cooper, no habría podido hacer nada más.

El de la puerta, sí. Su trabajo era protegerme, joder. Incluso de mi exmujer; evitar que me sorprendieran con la polla dentro de la boca de mi novia.

Hay que joderse.

Entiendo que se marchara tan cabreada. En su lugar, yo me habría cargado a alguien.

—Debería ir a verla.

—No te lo aconsejo. Estará furiosa contigo ahora mismo.

—No puedo culparla. Metí la pata hasta el fondo.

—Estáis separados, Ash. Eres libre de follarte a quien quieras —me recuerda, ofreciéndome un cigarrillo ya encendido.

—Ya. Eso dice ella —respondo después de encajármelo entre los labios y deleitarme con él.

—Pero tú no piensas eso.

—No es que no lo piense, joder. Es que yo…

—Venga, que estás hablando conmigo. A mí no puedes mentirme. Te conozco demasiado bien.

—¿De qué coño hablas? —gruño, desmenuzándola con la mirada a través de la nube de tabaco que estoy expulsando.

—Llevas meses saliendo con Trixie y todavía no la has llevado a tu casa. ¿Te digo por qué?

—Adelante, ábreme los ojos, Seven. Hágase la luz.

Hace caso omiso de mi sarcasmo.

—No puedes llevar a tu novia a tu casa porque en tu cerebro estúpido sigues casado con ella. Esa es *vuestra* casa. Vuestro santuario. Vuestro nidito de amor. No puedes contaminarlo con la presencia de otra persona. No lo aguantarías.

—Lo que me faltaba por oír hoy, joder.

—Miéntete lo que quieras, tío. Tú y yo sabemos que es cierto. No has pasado página. Lo único que haces es castigarla.

—¡No quiero hacerle daño! ¡No la estoy castigando! Solo intento…

—Buscar consuelo en los sitios equivocados. Crees que tu novia te distraerá de tu dolor, pero no te funciona porque lo único que quieres, lo único que deseas desesperadamente, es estar con ella. ¿Por qué no te rindes ya y lo asumes?

Niego para mí. Toda esta situación empieza a resultarme agotadora.

—No voy a volver sobre mis propios pies, Seven.

—Eres un gran tío, Ash. En serio. Pero, a veces, tu ego es como un grano en el culo.

—No es una cuestión de ego —rebato, mosqueado—. Se trata de tomar la decisión correcta.

—Pues tú tomaste la decisión equivocada dos veces. La primera, al enamorarte de ella. La segunda, al pedirle el divorcio. Lo primero ya no puedes remediarlo. Ese tren se fue. Pero, lo segundo, tal vez sí. Prueba con terapia de pareja.

—Hablas como Mia.

—Y eso me hace querer pegarme un tiro, te lo aseguro.

*****

Estudio fijamente la puerta un buen rato antes de atreverme a llamar. No sé si el sonido que se produce al golpear mis nudillos contra la madera se escuchará tan lleno de derrota como me siento yo ahora mismo. Espero que sí.

Aquí estoy, a las doce de la noche, en mangas de camisa y aspecto vulnerable, dispuesto a desafiarme a mí mismo, a romper todas las putas reglas que me he impuesto para obligarme a mantenerme alejado de ella; retrocediendo sobre mis propios pies.

La oigo acercarse.

Se toma unos segundos antes de abrir y, cuando por fin lo hace, no libera la cadena, solo asoma un ojo a través del hueco.

—¿Qué quieres?

Se muestra hosca y fría, y sé que no merezco más.

—Siento lo de esta mañana —le digo, con voz suave y medio ronca.

—Consta en acta. ¿Algo más?

—Podemos… ¿hablar? ¿Tomar una copa? ¿Ir a un sitio tranquilo y…?

—No. ¿Algo más?

Resoplo, exasperado. Estoy dando un paso importante. Necesito que coopere.

—Alexandra…

—Lily —me corta con dureza.

—Tengo que hablar contigo. Explicártelo. Yo…

—No voy a escuchar ni una puta palabra, Ash. Es medianoche y tengo mucho sueño. Así que lárgate. Vuelve con ella y que seáis muy felices.

Cierra la puerta de golpe y yo me quedo en el mismo sitio, con los dos brazos aferrando el marco y una increíble impotencia filtrándose a través de mis venas.

La guerra es sucia siempre. Siega vidas sin sentido. No hay vencedores. No realmente. Todos han perdido algo por el camino.

Pero la peor batalla, la más cruel, es la que se libra en el terreno del amor. No hay tregua. Aunque las heridas sean invisibles, el dolor es real y muy profundo. Las cicatrices no se borran nunca. Las posibilidades de salir ileso son nulas. Cada palabra, cada gesto, cada silencio se convierten en un arma afilada que, al usarse, te desgarra por dentro.

He encontrado algo que amo con todas mis fuerzas. Algo que necesito incluso más de lo que necesito el puto aire que respiro.

La crueldad de la situación es que no puedo conservarlo.

Y esa certeza me está matando.

*****

Alexandra

No puedo con esto. Duele demasiado.

Falta de fuerzas, me apoyo contra la puerta y cierro los ojos para frenar las lágrimas que me ahogan.

Aunque no hay forma de frenar algo tan incontrolable que se derrama libremente por mis pómulos como un torrente imparable.

El dolor sofoca cualquier intento de respirar con normalidad. Me encuentro atrapada entre la necesidad de dejarlo marchar y el deseo de aferrarme a él con todas mis fuerzas antes de que se desvanezca. Nunca creí que fuera a dolerme tanto.

Sé que está al otro lado de la puerta. Puedo sentirlo.

Y sé que se siente igual de devastado que yo, porque no soy la única que ha comprendido que este es el fin. Ahora sí que no hay vuelta atrás.

El juego ha acabado. Y los dos hemos perdido. La diosa Fortuna nos ha jodido por igual.

No voy a contarle lo del embarazo. Es una decisión dolorosa, lo sé. Pero es necesario tomarla. Conociéndolo, querrá volver conmigo, intentar arreglar este desastre.

Y nuestro matrimonio ya no tiene arreglo a estas alturas, no después de lo de hoy, y no aguantaría la idea de que él se lo planteara por los motivos equivocados. Responsabilidad, decencia, ética… No doy un comino por nada de eso. No quiero que se sienta obligado a estar conmigo, a quedarse solo porque su padre no se quedó.

Mi corazón se ha hecho pedazos esta mañana. No puedo pretender que una tirita vaya a arreglarlo.

Me giro y esta vez apoyo la frente contra la puerta. Todavía sigue ahí, oigo su dedo golpear contra el marco de madera. Es un movimiento involuntario que hace cuando está muy concentrado en algo, cuando intenta pensar y encontrar la mejor salida.

Cierro los ojos con fuerza, y por un momento lo que siento no es el frío contacto de la madera contra mi frente, sino su cálido abrazo.

Ojalá nos hubiéramos quedado en ese piso para siempre. Ojalá esto no tuviera que acabar así. Estoy harta de los secretos, de las mentiras, de las máscaras y de los disfraces. Ojalá tuviera fuerzas suficientes como para abrir la puerta que nos separa y decirle la verdad.

Estoy embarazada. Te quiero. Vuelve conmigo. Escógeme a mí.

Pero no sería justo. Él lo haría, estoy segura.

Sin embargo, no por los motivos correctos. Yo sería una responsabilidad, no una elección.

Y, a la larga, no podría aguantarlo. Porque soy como él. Conmigo es un todo o nada. O está conmigo al cien por cien o no lo está.

Y él dejó de estar en esta relación la noche en la que supo quién era yo.

Ahora me toca a mí dejarlo marchar.

Me separo de la puerta —de él— y retrocedo lentamente. Un paso atrás. Y luego otro.

Y, poco a poco, la caja de Pandora se cierra. La estoy sellando yo misma, la insensata que la abrió.

Por desgracia, está vacía. Ahí ya no queda ni un gramo de oscuridad.

Está toda dentro de mí, en los rincones más profundos de mi alma, un constante recordatorio de lo que pudo haber sido y nunca será. Es el precio que había que pagar por mirar dentro, supongo. Quería ver la oscuridad, pero entonces la oscuridad se fijó en mí; me vio, a pesar de mis precauciones y mis disfraces, y se empeñó en poseerme entera.

Gané algunas batallas, cierto.

Sin embargo, perdí la guerra. Más vale que lo asimile y lo supere porque así están las cosas ahora.

Capítulo 37

Solo quería tenerla a mi lado. Verla. A pesar de lo mucho que me dolía mirarla.
(Ash Williams*)*

Ash

—Antes de que te alteres, no ha sido culpa nuestra. No hemos podido intervenir.

El Rubio y Mickey están de pie en mitad de mi despacho y tengo ganas de zurrarlos porque solo tenían una misión. Protegerla. Desde que ella y yo nos acostamos, teniendo en cuenta lo que pasó esa noche en la nave, tomé la decisión de restaurar la vigilancia.

Y si estos dos imbéciles están aquí ahora, es que han fracaso, joder.

—¿*Qué* ha pasado?

Intento relajarme, en serio. Afrontarlo con calma. No quiero sacar la Sig Sauer todavía. Escuchemos su versión.

—Era una cuestión de trabajo, Ash —me explica el zopenco del Rubio—. Ella estaba con los federales, persiguiendo a un tío. Nosotros estábamos en el coche, pendientes de todo, pero sin intervenir porque ahí había un puto ejército de polis y no podíamos meternos en medio. La situación parecía controlada, pero ese capullo salió de la nada y le pegó un tiro.

—¿QUÉ? —rujo, lívido de repente, dando un salto de la silla—. ¿Has dicho que le han pegado un tiro? *¿A mi mujer?*

Mickey levanta las palmas para pedirme que me calme.

—Ash, lo siento mucho, tío. No hemos podido…

Empujo al Rubio con el hombro al pasar a su lado de camino a la puerta. Tiene suerte de que no le aplaste la cabeza contra la alfombra.

—Aparta, joder. Luego hablaré con vosotros. Esto no quedará así.

—Ash…

—¡Ni Ash ni pollas! —exclamo, deteniéndome para volver a fulminarlos con la mirada—. LO ÚNICO QUE TENÍAIS QUE HACER, VUESTRA ÚNICA PUTA MISIÓN EN EL MUNDO ERA ASEGURAROS DE QUE ELLA ESTUVIERA A SALVO ¿Y ME ESTÁS DICIENDO QUE LE HAN PEGADO UN TIRO Y QUE NO LO HABÉIS PODIDO EVITAR, PEDAZO DE INÚTILES?

Los dos se echan hacia atrás y bajan la mirada al suelo. Vale, necesito tranquilizarme antes de que me cargue a alguien. Son mis amigos y, si los matara, me sentirá mal.

Me obligo a respirar hondo y, un poco más calmado, los vuelvo a mirar.

—¿Cómo está?

—No lo sé —me responde Mickey, cauto, negando con la cabeza.

Increíble.

—¿Hay algo que tú sepas? —me cabreo otra vez—. ¿Sabes dónde tienes la polla o eso también lo ignoras?

—Ash, venga, tío, si hubieras estado ahí…

—¡Si hubiera esto ahí, nada de esto habría pasado!

Me froto el pelo con las dos manos, preso de una desesperación y una frustración que no puedo evitar, y expulso una bocanada de aire profunda y controlada para calmarme.

—¿En qué hospital está? —vuelvo a decir, un poco menos desquiciado.

—En el luterano —me contesta el Rubio, sin atreverse a levantar la vista de la alfombra.

—Bien. Iré a verla. Luego hablaré con vosotros.

—Ash, lo sentimos. No podíamos hacer nada.

—*Siempre* se puede hacer algo —le recuerdo a Mickey, de camino hacia el ascensor.

*****

En recepción, me dicen que no puedo verla.

La veré, aunque tenga que encerrarlos a todos en la morgue a punta de pistola. Lo juro por Dios.

—Solo pueden pasar los familiares.

—Soy su marido, joder, y exijo ver a mi mujer. *A-ho-ra.*

—Tranquilícese, señor. Le diré al doctor que salga a hablar con usted.

—Eso. Dígale al puto doctor que venga para acá.

Unos dos minutos más tarde, el doctor me atiende en el pasillo.

—¿Cómo está? —pregunto, sin poder controlar mi ansia.

—Está bien —me tranquiliza con una sonrisa y un gesto de la mano—. Fuera de peligro. Hemos extraído la bala y ahora se está recuperando favorablemente. Gracias a Dios, la ha alcanzado en el hombro, con lo cual el bebé no ha sufrido ningún daño. Le hemos hecho una ecografía para asegurarnos de que está todo normal y no hay motivo para preocuparse.

Noto cómo cambia mi expresión, como se endurecen mis rasgos.

—El bebé. Claro, claro. Tendría que haber empezado por ahí. Entonces están bien, tanto ella como…. el… el ¿bebé?

—Sí. Esta noche se quedará en observación, para estar seguros, pero mañana le daremos el alta si todo marcha según lo previsto. Aunque tendrá que estar de baja un tiempo. Si quiere mi opinión profesional, lo aconsejable sería que no se incorporara al trabajo hasta después de dar a luz. Parece ser que su mujer no se está cuidando demasiado últimamente. Sospecho que por la naturaleza de su trabajo no puede alimentarse como es debido ni evitar el estrés. La analítica revela un poco de anemia y también falta de calcio, pero no se preocupe, no es nada grave, podemos controlarlo con la dieta adecuada y con suficiente descanso.

El corazón me va a mil por minuto. A ver si me va a dar un puto infarto. ¿Qué es eso del bebé?

—Bien —me obligo a decir cuando el doctor termina de hablar y me mira en busca de cooperación—. Pues haremos eso, comerá bien y descansará lo suficiente.

—Estupendo. Puede pasar a verla, si quiere.

Vaya si quiero.

—Gracias, doctor.

—No hay de qué.

Me despido con una sonrisa tensa y entro en la habitación que me acaba de indicar.

Está despierta, y verme no parece entusiasmarla.

—¿Qué haces aquí? —me increpa en cuanto cruzo la puerta.

Levanto las manos para pedirle que se calme. En su estado, lo mejor sería que no se alterara.

—Vengo en son de paz. ¿Cómo estás?

—De perlas. ¿No lo ves?

Sonrío, en contra de mi voluntad, y me siento en la silla que hay al lado de la camilla.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Bueno, no lo vi venir —admite, disgustada.

—En todo momento hay que saber dónde está el enemigo, cielo. ¿Es que no aprendiste nada de mí?

Quiere mantenerse mosqueada, pero la broma la hace sonreír y asentir con fastidio.

—Tienes razón. Nunca hay que bajar la guardia.

—Primera lección, agente. Hay que cargárselos a todos antes de que ellos tengan la oportunidad de matarte a ti. Lo aprendí en las calles.

—Tomo nota.

Se produce una pausa larga. Intento encontrar las palabras adecuadas. Esto no es fácil para mí.

—Alexandra, tenemos que hablar.

—Ash, no me apetece, en serio. Déjalo estar.

Suena cansada y lo siento, pero no pienso posponer esta conversación ni un segundo más.

—Sé que estás embarazada.

Se queda helada. Vuelve la mirada hacia la mía y me doy cuenta de que ya ni siquiera respira.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Me lo acaba de decir el médico que te ha atendido.

—¡Esa es una información confidencial!

—No te sulfures. Puede que yo le dijera que soy tu marido…

Niega para sí.

—Esto no cambia nada.

«Te equivocas, Bambi. Si es mío, lo cambia todo, joder».

—¿Quién es el padre?

Silencio. Sus ojos vagando sobre la ventana. ¿En serio? Hay que joderse.

—¿*Quién* es el padre, Alexandra? —insisto con más firmeza. No vaya a ser que no me haya oído la primera vez.

Su mirada se gira hacia la mía, dura y penetrante como una bala.

—Tú.

—¿Estás segura?

—Pues sí. A diferencia de ti, yo no me follo a otras personas.

Primer golpe bajo del día. No voy a protestar. Me lo he ganado a pulso.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo intenté.

—¿Cuándo?

Retira los ojos de los míos, quizá para ocultarme el brillo tembloroso que carga su mirada, y entonces lo entiendo todo y bajo los párpados por un segundo, antes de atreverme a mirarla de nuevo a la cara.

Mier-da.

Ese día en mi despacho. Vino para decirme que está embarazada. Y me encontró con la polla dentro de la boca de Trixie.

—Hay que joderse —mascullo para mí al comprender la magnitud de la situación.

—No cambia nada.

—¿Tú te estás escuchando? ¡Lo cambia todo! ¡Vamos a ser padres! Lo que sea que pasara antes de eso, ya no importa. Volverás a casa. Haremos que lo nuestro funcione.

—No.

Recorro su rígido semblante con la mirada y no me gusta nada la fría determinación que tensa sus rasgos.

—¿Qué? ¿Cómo que no?

—Me estás pidiendo que vuelva por los motivos equivocados, Ash. Si no estuviera embarazada, nunca me lo habrías pedido.

—¿Qué importa el motivo ahora? Lo importante es…

—¡Me importa a mí! —me frena con una rabia tan potente que, nada más estallar, parece dejarla exhausta—. Quiero que te marches. Estoy cansada.

—Por favor, no hagas esto. Busquemos la forma de…

—Te traigo las cosas que querías y un trozo de esa tarta de manzana que…

La voz se detiene de golpe al darse cuenta de que ella no está sola.

Vuelvo la cabeza hacia atrás para fulminar con la mirada a su incansable compañero, el agente Tarugo, que *siempre* está ahí para socorrerla.

—¿Te importa? Estamos en medio de una conversación privada. Esfúmate.

—Lo siento, yo…

—De eso nada. Tú te quedas. El que se va es él. Adiós, Ash. Dale saludos a Trish de mi parte.

Qué mala uva. Sabe perfectamente que se llama Trixie.

—Alexandra, no hemos acabado la conversación.

—Yo, sí. No tengo nada más que decirte. Lárgate. Llegaremos a un acuerdo de custodia, no te preocupes. Lo haremos a través de los abogados para que te sientas cómodo.

—¡No quiero gestionar esto con los abogados! ¡Quiero gestionarlo contigo!

—¿Para qué? No le veo el sentido. Tú y yo no volveremos a estar juntos nunca más y, hasta que no dé a luz, no quiero volver a verte. Y, una vez haya nacido nuestro hijo, te veré solo si es un asunto de vida o muerte. A lo mejor un trasplante de órganos que necesite el niño, siempre y cuando tú seas el único donante compatible sobre la faz de la tierra. ¿He sido lo bastante clara contigo o necesitas que llame a mi abogado para que redacte un contrato vinculante?

Segundo golpe bajo del día. Está muy guerrera hoy. Será porque le han pegado un tiro. Eso pone de mala hostia a cualquiera.

Suelto un suspiro agotado, me levanto de la silla y la observo desde arriba, consciente de que da igual lo que diga ahora mismo. No escuchará ni una palabra. No está por la labor de cooperar. Está

cabreadísima conmigo (con razón), y cuando está tan cabreada, se vuelve irrazonable.

Me aguanta la mirada con una rabia digna de las fieras salvajes. He de ser cuidadoso. No debo acercarme demasiado. Dejaré que huela mi mano y nada de movimientos bruscos porque podría despedazarme.

—Lo pillo. Me odias.

—No, Ash. No te odio. Me dejas fría.

Vaya. Eso sí que duele, joder.

—Te dejo fría. Muy bien. Entonces me marcho para que puedas descansar y comerte la tarta de manzana que te ha traído tu noviete.

Me pone mala cara. La verdad es que me suda la polla. Salgo de la habitación empujando al tarugo de su novio con el hombro para abrirme paso, dado que sigue parado en la puerta, no vaya a ser que ella lo necesite para algo, y ya en el exterior del hospital, me dejo caer en el primer banco que encuentro, nada más ni nada menos que al lado de mi archienemigo, el héroe de Cleveland.

—Clark —rezongo, recién instalado a su derecha.

—Williams —me saluda en el mismo tono, seco y exasperado.

No digo nada. Él tampoco. Se limita a fumar, con la mirada perdida sobre el aparcamiento.

Al cabo de un rato de profundo silencio, se saca el paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta y me ofrece uno. Lo acepto y dejo que me lo encienda con su mechero.

—¿Has ido a verla?

—Sí. Y me ha echado.

Le veo sonreír.

—¿Cómo te has enterado tan pronto?

—Los míos la estaban siguiendo. Dicen que no han podido evitarlo.

—Es que no han podido evitarlo. Nadie podía.

—Está embarazada. ¿Por qué la dejas participar en estas operaciones?

—¿Ya te lo ha contado? —se sorprende, volviendo el rostro hacia el mío.

—No. Hablé con el médico.

—Ah.

—*Sip.*

—Pues enhorabuena. Vas a ser papá.

—Hmm. Está con el tarugo ese, ¿verdad? Se lo folla, ¿a que sí? Dímelo. Podré aguantarlo.

—¿Te refieres a Murkowski? —repone, divertido, sopesándome con la mirada.

—Sí. ¿A quién si no?

—Pues no.

Ya van dos negaciones. Primero ella y ahora Clark. ¿Será cierto? Mejor asegurarse.

—¿Estás seguro?

—Mi trabajo es supervisar, así que sí, estoy seguro. Tonteaban antes de que ella te conociera, pero no era nada serio.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no me lo notificó. Reglas internas. Si uno mantiene una relación sentimental con un compañero, me lo tiene que decir. Si es serio, claro. Si se trata de algún polvo aislado, prefiero no saberlo.

—¿Y qué hay de mí? ¿Te lo notificó cuando lo nuestro se volvió serio?

—No. Lo que hizo contigo fue dejar de notificarme. Así supe que estaba enamorada de ti.

Sonrío sin poder evitarlo y asiento, pensativo, sopesando toda la jodida situación mientras me fumo la pipa de la paz con Clark.

—Era mi mejor agente, ¿sabes? —me dice al cabo de un rato, negando apesadumbrado—. Lista, tenaz, intuitiva... No había visto nada igual en más de veinte años. Pero entonces llegasteis tú y tu polla de oro y lo jodisteis todo, y desde entonces ya no es la misma. Lo intenta, intenta pasar página, concentrarse en el trabajo, pero noto que ya nada es igual. Esto jamás le habría pasado antes de ti. Ahora está distraída. Lenta. Desentrenada. Tú haces que sea vulnerable.

Doy una profunda calada al cigarro y hago una mueca.

—Si te sirve de consuelo, ella hace que *yo* sea vulnerable y te prometo que la vulnerabilidad es una soberana mierda. En esta vida

no se puede bajar la guardia ni por un segundo.

Clark, con gesto taciturno, me da la razón. Después, nadie añade nada, nos limitamos a permanecer sentados en el mismo banco, con los ojos vagando sobre el aparcamiento.

Cuando la última bocanada de su cigarro se desvanece en la nada, se levanta y se aleja por la acera, dejando tras de sí el eco de nuestra conversación.

Los dos la conocimos en la misma época. Él se acabó por convertirse en su mentor. Yo, en el padre de su hijo. No la recuerdo bien, no me acuerdo de su cara, ni de sus rasgos, ni de sus ojos… Todo eso sé ha borrado de mi memoria.

Pero sí que recuerdo que era una niña lista. Se las arreglará sin mí. Criará a nuestro hijo ella solita, y lo hará muy bien porque es toda una perfeccionista y se emplea a fondo, haga lo que haga. Siempre da lo mejor de sí. En todo. No me necesita. Yo sé que no.

La verdadera cuestión no es si ella me necesita a mí o no. La verdadera cuestión es que yo nunca dejé de necesitarla a ella.

Incluso cuando me arrastró a una celda y se me cayó la venda de los ojos, solo quería tenerla a mi lado. Verla. A pesar de lo mucho que me dolía mirarla.

No quiero desandar este camino tan largo que he recorrido desde entonces, pero ¿qué otra opción me queda?

La cruda verdad es que estoy enamorado de ella. Y, lo que es aún peor, nunca he dejado de estarlo.

Solo hay un problema. Dice que el juego ha acabado. Cielo, cielo, cielo… Esto solo se acaba cuando yo lo diga. La banca soy yo, y la banca siempre gana, joder.

Nada de abogados. Nada de gilipolleces. No voy a permitirlo. Esto es entre ella y yo, como siempre. Aquí no hay nadie más.

Capítulo 38

La verdadera cuestión no es si ella me necesita a mí o no. La verdadera cuestión es que yo nunca dejé de necesitarla a ella.
(Ash Williams*)*

Ash

—¿Cómo se encuentra?

Intercambio una mirada rápida con Seven mientras camino decidido hacia la barra del Fever. Estamos a punto de abrir, pero aquí no entra ni Dios hasta que no solucione dos asuntos.

—Está bien. Fuera de peligro. Vosotros dos. Acabemos la conversación que se nos quedó pendiente antes.

El Rubio y Mickey se levantan de los taburetes y se me acercan, los dos mansos y la hostia de arrepentidos. Más vale. Si hay algo que no tolero es la incompetencia. Ella podría haber muerto. No solo ella.

Por todos los santos. Me embalo otra vez solo de pensarlo.

—Ash…

—Silencio. Esta vez os libráis por los pelos. Pero, la próxima vez… A ver cómo explico yo esto a dos zopencos como vosotros. ¡*No habrá* una puta próxima vez! ¿Entendido?

—Entendido, jefe.

—Bien. Andando. Siguiente asunto. ¿Dónde está Trixie?

Seven se encoge de hombros.

—¿No era su noche libre hoy?

—Hay que joderse. Es verdad. Habíamos quedado. Pues ya estoy llegando tarde.

—Espera, espera, espera. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan alterado?

Me detengo un momento junto a la puerta, me giro y le presto atención por primera vez desde que he pisado el club.

—Está embrazada.

—No jodas. ¿De quién?

—Es mío —admito con una mueca.

—¿De esa noche que tú y ella…?

—*See.*

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. ¿Qué harías tú?

—Sacarme la Sig Sauer y dejarla sin opciones.

Entorno los párpados, exasperado.

— No voy a apuntar a mi mujer embarazada con la pistola, joder. Rectifico. ¿Qué harías si fueras yo?

Seven se lo piensa unos momentos.

—¿Sacarme la Sig Sauer y dejarla sin opciones?

—Esto me pasa por pedirte consejo a ti, Casandra. Tú lo resuelves todo con la Sig Sauer.

—Es lo más fiable que conozco.

—Ya. Me voy. No me llaméis.

—¿Adónde vas?

—A cortar con mi novia.

—¿Vas a recuperar a tu ex? —grita detrás de mí.

Dejo caer la puerta, sin contestarle. La respuesta es obvia, ¿no?

*****

Trixie asiente, con sonrisa amarga. Se lo acabo de contar. No lo del embarazo ni que voy a volver con ella. Solo le he dicho que lo nuestro debe acabar. Que no vamos a seguir viéndonos.

Menos mal que no me pregunta por qué estamos cortando. Para ser honesto, no tengo ninguna respuesta razonable, excepto la verdad, y eso es algo que *no* quiero contarle.

—Así que Seven tenía razón —me dice al final. Estamos los dos de pie delante de su casa.

—¿En qué?

—Me dijo que no me enamorara de ti. Que tú no estabas para más romances. Lo primero que me dijo cuando tú y yo empezamos a salir fue que solo iba a ser una más para ti.

—Ya, ya. Sí, le suelta ese discurso a todo el mundo. Nunca se equivoca.

—¿Nunca?

—Bueno, solo se ha equivocado una vez en más de veinte años —admito después de hacer una mueca.

—Con ella —deduce Trixie, asintiendo con fastidio.

Suelto un suspiro, la miro, arrepentido, y al final hago un gesto afirmativo.

—Sí. Con ella. ¿Estás bien? ¿Puedo hacer algo por ti antes de que me vaya?

—No es que esto me sorprenda. A ver, tú siempre dejaste claro que no debía esperar nada de ti. Aun así, yo… Ash, ¿no hay ninguna posibilidad de que…?

—No. Lo siento.

Así están las cosas. Algunos pensarían que estoy siendo cruel al frenarla sin permitirle ni tan siquiera acabar la frase. No es eso. No quiero que diga algo que pueda mortificarla mañana. Porque da igual lo que me pida. Hice unos votos. Hice una promesa ante Dios.

Bueno, ante Dios no, pero sí ante quinientos invitados, que es mucho peor. Ellos, a diferencia de Dios, podrían acusarme de no ser un hombre de palabra.

¿Qué clase de persona sería yo si hiciera una promesa así y no la respetara?

A Trixie solo le prometí que lo nuestro no iba a ir a ninguna parte. Se mire como se mire, volver con mi mujer, la madre de mi futuro hijo, es lo correcto.

Y, además, me la suda lo que sea correcto y lo que no. Es lo que quiero hacer y mi voluntad prevalece siempre. A lo mejor Mia tiene razón. ¿Estaré teniendo complejo de Dios?

La hostia. Tendré que llamar a Mia. Le hará mucha ilusión convertirse en tía.

Una vez supere el impacto inicial y perdone a Alexandra por usarla para llegar hasta mí, claro, porque las cosas no son fáciles…

—¿Me has oído, Ash?

—¿Eh? —Vuelvo en mí al darme cuenta de que Trixie lleva un buen rato mirándome incrédula—. Perdona, ¿decías?

—Olvídalo. Será mejor que entre.

—Sí. Ah, por cierto. Una cosa más, Trixie. A partir de mañana te trasladamos al *7*. Ahí nos serás más útil, necesitan más personal que en el *Fever* y, además, te pilla mejor. Más cerca de casa. Y pagan el doble.

—Estupendo. Qué considerado —escupe entre dientes, antes de subir casi corriendo las escaleras de su casa.

En tan poco tiempo, el club de Seven se ha convertido en el local de ocio más caro y exclusivo de la ciudad. La gente mataría por trabajar ahí. Es una buena oferta. Espero que ella lo vea igual cuando se le pase el cabreo.

No es que intente quitarla del medio. Es que Seven se merece un pequeño castigo por hacer de celestina y, además, quiero ahorrarle a Trixie el mal trago de vernos a Alexandra y a mí, juntos, en actitudes poco cristianas.

Ya lo sé. Soy un optimista. Todavía creo que es posible que ella y yo nos enrollemos en el *Fever* (o en cualquier otra parte...), a pesar de lo fría y hosca que estaba esta tarde, y a pesar de lo que clarito que me dejó que no piensa volver conmigo nunca jamás.

Bueno, ya lo veremos. Todo el mundo sabe que, si yo me propongo algo, lo consigo por narices, aunque sea lo último que haga en este puto mundo. Se me da bien identificar las debilidades de la gente y aprovecharlas a mi favor.

La debilidad de la agente Cooper soy yo, así que, en teoría, debería resultarme más o menos fácil recuperarla.

Claro que, con ella, nunca hay nada fácil. Eso es lo que más me gusta. Menudo reto. Tendré que currármelo.

El teléfono empieza a vibrarme en el bolsillo de los pantalones. Compruebo la pantalla y hago una mueca. Lo que me faltaba hoy. Este nunca me llama para nada bueno.

*****

Estoy sentado en nuestro restaurante favorito, con una copa de whisky en la mano, solo yo y los camareros de momento, hasta que…

Ajá. Por ahí llega ella, cruzando la puerta como si pretendiera arrancarla de cuajo. Está que trina. Bien. La furia es buena. Lo malo sería que yo la dejara *fría*. Eso no me gustaría nada.

—¿Qué es esto, capullo? —gruñe, plantando sobre la mesa el regalo que le hice llegar esta mañana, junto con la invitación de vernos aquí a la hora de la cena.

—Una bala con tu nombre —le respondo, sin alterarme, más preocupado por engancharme la servilleta por debajo del cuello de la camisa. No vaya a ser que le dé por tirarme el whisky a la cara y me manche esta bonita camisa blanca que me he puesto para ella.

(Pasaré por alto lo de capullo por esta vez. Se lo achacaré a las hormonas revueltas).

—¿Por qué me has...? —Está tan rabiosa que se le atascan las vocales y las consonantes. Esto es divertido. Intento no reírme cuando se toma un momento para respirar hondo antes de volver a dirigirme la palabra. Tengo el inquietante presentimiento de que ahora mismo fantasea con estrangularme con sus propias manos—. ¡¿Es que estás mal de la cabeza o qué demonios te pasa?! ¡¿Cómo se te ocurre mandarme esto?!

—Era la única forma de hacerte venir hasta aquí. Y ha funcionado. Aquí estás. Siéntate, cielo. Tenemos que habar.

—No te pongas en plan rey de la mafia conmigo, que no estoy de humor —me gruñe otra vez, apuntándome con el dedo.

—Coopera un poco. Me pasé una noche entera tallando la puta bala. Lo mínimo que puedes hacer tú es concederme cinco minutos. ¿Un Martini?

—¡Que estoy embarazada!

—Es verdad. A ver, no es que se me haya olvidado, pero no había caído en lo del alcohol. Creo que nunca había tenido tan cerca a una mujer embarazada. ¿Algo más que deba saber?

—Eres increíble —sisea mientras tira del respaldo de la silla y se sienta al otro lado de la mesa, desde donde me lacera con la mirada.

—Ponte a la cola. Eso me lo dicen todas.

—¿Te crees gracioso?

La aplaco con un gesto.

—Vayamos al grano. Los últimos acontecimientos me han hecho pensar en lo nuestro.

—No hay un *lo nuestro*.

Que me hable entre dientes y me mire como si en su mente estuviera triturando mis entrañas ahora mismo tampoco significa nada. Negociaremos hasta que ceda.

—¿Qué quieres cenar? ¿Carne o pescado?

—No voy a cenar contigo.

—Dos filetes. Al punto —le especifico al camarero, sin preocuparme por su expresión asesina—. Como iba diciendo, los últimos acontecimientos me han hecho pensar en lo nuestro y creo que deberíamos dejar de ser tan testarudos e intentar resolver nuestras… diferencias. ¿Qué tal si yo te perdono por haberme engañado, traicionado y mentido sistemáticamente desde que nos conocemos y tú me perdonas por el examen oral que me estaba haciendo Trixie cuando entraste en mi despacho? Por cierto, ya he cortado con ella, así que puedes estar tranquila. Soy todo tuyo.

—¡¿Es que tu arrogancia no conoce ningún límite?!

Apoyo los codos sobre la mesa e inserto los ojos en los suyos con dureza.

—No creo en los límites, cielo.

Parecemos dos jefes de familia negociando la tregua. Solo que esto es mucho peor.

Ella desvía la mirada hacia la ventana y niega para sí.

—¿Crees que voy a volver contigo después de lo que vi?

—Sí. Lo harás.

—Te debes de pinchar alguna cosa chunga. Me voy.

La reclamo con la mirada, aprovechando que se ha girado de nuevo de cara a mí. Mis ojos se dan todo un festín recorriendo su bonita fisionomía y, cuando vuelvo a hablar, la voz se me ha enronquecido y hay una pequeña sonrisa luchando por hacer añicos mi expresión facial.

—No hemos cenado.

—¿Es que te has dado un golpe en la cabeza y ya no te funcionan las neuronas o qué te pasa? NO VOY a cenar contigo. Métetelo en la cabeza ya. Solo he venido para gritarte. Por teléfono hubiera sido menos violento.

—Tendríamos que casarnos otra vez. Aunque ya no quiero el *pifostio* de nuestra última boda. ¿Qué tal una ceremonia íntima? Es lo más adecuado para unas segundas nupcias, ¿no crees?

—Tengo ganas de pegarte un tiro, te lo juro.

Sonrío y, sin despegar los ojos de los suyos, me saco la otra bala del bolsillo y la coloco al lado de la que le mandé a ella.

—Entonces úsala tú, cielo. Yo todavía no he tenido la ocasión.

Nos plantan los dos filetes sobre la mesa, pero no los tocamos. No podemos dejar de mirarnos. Sé que está intrigada. No se ha marchado todavía porque quiere averiguar adónde nos lleva esto. Quiere saber por qué se ha calentado tanto mi mirada. Por qué le sonrío así. Por qué no dejo de reclamar esa boca que tanto me obsesiona.

—Cásate conmigo. Te prometo que esta vez saldrá bien.

—No.

—Arpía —mascullo por lo bajo, riéndome entre dientes.

Me sonríe con falsa dulzura.

—¿Ya pasamos a los insultos? Porque tengo unos cuantos que me encantaría soltarte.

—Ya te gustaría a ti, ya.

—Pues sí.

—Lo digo en serio —insisto, recuperando mi aire formal y comprometido. Ya vale de bromitas. Esto es importante—. Casémonos. Empecemos de nuevo. La cuenta a cero, sin pasado, solo el futuro. Sin cometer errores esta vez. Sin ocultarnos nada el uno al otro.

Suelta un suspiro, compone una especie de sonrisa, melancólica, casi amarga, y se levanta de la silla.

—No —me responde, clavando de nuevo los ojos en los míos—. Es mi respuesta final.

—Hay que joderse. Si no fueras tan testaruda, nos habríamos comido el filete y estaría follándote a estas alturas.

—Tengo que preguntártelo. ¿Esto te funciona alguna vez?

—¿El qué?

—Ser un capullo arrogante y que la gente termine haciendo lo que tú quieres que haga.

—Pues sí. Me funciona bastante, para qué mentir.

—Conmigo, no. Buenas noches.

Hundo la cabeza entre las manos y resoplo airado. Ha sido más fácil firmar la paz con los clanes del este después de cargarme a su líder que negociar la tregua con ella. Le encanta ponérmelo difícil siempre.

Suelto la servilleta sobre la mesa y la sigo. La alcanzo en la calle. Va de camino a su coche, zancadas furiosas, mucha prisa por darme la espalda.

«De eso nada, Bambi. Tú no te irás. Cualquiera menos tú».

La agarro por la muñeca y la acerco a mí hasta atraparla entre mis brazos, pegada a mi pecho. La energía que ruge entre nosotros estalla y nos envuelve, y solo quiero terminar esta jodida conversación para poder estar dentro de ella. Me estoy poniendo duro solo de pensarlo.

—Suéltame —sisea entre dientes, intentando mostrarse firme.

—¿O qué? —murmuro, enfocándole la boca como un perturbado—. Escúchame un momento. Quiero volver a casarme contigo, sí, pero no te lo estoy pidiendo porque estés embarazada.

—¿En serio? Pues no me lo creo.

Vaya por Dios.

Entorno los párpados y gruño irritado. Ella intenta zafarse de mi abrazo, pero aplico un poco de fuerza para retenerla. Dónde mejor está es aquí, pegada a mí.

—Para ser tan lista y analizarlo todo tan al detalle siempre, ¿cómo es que no lo ves ahora? Odio admitir un error. Odio retroceder sobre mis propios pies. Mi ego descomunal acabará conmigo algún día. A no ser que lo hagas tú antes, bomboncito —admito, divertido.

—Al grano, Ash —exige con sequedad.

Resoplo y tenso el gesto de nuevo.

—Pequeña, lo del bebé ha sido la excusa perfecta para mí. Era justo lo que necesitaba para autoconvencerme de que no me

equivoqué al pedirte el divorcio y que, si estoy volviendo contigo, es por un mero asunto de responsabilidad. Pero muy en el fondo sé que no es más que un pretexto. Una mentira que me cuento a mí mismo para quedarme tranquilo. Lo cierto es que quiero volver a estar casado contigo no porque estés embarazada o porque piense que no eres capaz de arreglártelas sin mí. Sé que lo eres. Eres una luchadora nata, Abbie, y saldrás adelante conmigo o sin mí. Esto no te lo digo para hacerte la pelota ni para quedar bien contigo. De verdad lo creo.

Las lágrimas empiezan a enturbiar su mirada y a deslizarse una a una por sus pómulos.

Odio hacerla llorar. Al mismo tiempo, me enternece, despierta en mí un extraño instinto protector que hace mucho que ya no intento comprender. Hago una pausa para secárselas con ternura.

Me sonríe a través de ellas, una sonrisa muy débil, carente de fuerza, pero, aun así, es una sonrisa sincera, joder. La primera que no es ni malintencionada, ni hiriente ni pasivo-agresiva. Es esperanzador.

Coloco una mano en su nuca para mantener su rostro pegado al mío y respiro hondo antes de admitir la verdad.

—El verdadero problema, cielo, es que *yo* no puedo arreglármelas sin ti. No estoy listo para dejarte ir. Nunca lo he estado. Lo he intentado con todas mis fuerzas, pero soy incapaz. No consigo dejar de quererte. Ni de necesitarte. Busco frenéticamente cualquier conexión contigo, me aferro a cualquier gilipollez, la casa, la bala con tu nombre, cualquier cosa para sentir que aún formas parte de mi vida. Porque te quiero. Ese es el único puto motivo por el cual deseo casarme contigo. Dime que no iba en serio lo de que nunca volveremos a estar juntos. Dime que podemos arreglarlo.

—Ash…

—Espera. No contestes que no todavía. Me falta mi truco final.

La suelto, me pongo de rodillas y me saco el anillo del bolsillo.

—¿Pero qué demonios haces?

—No soy un tío particularmente supersticioso, pero creo que la vez pasada nuestro matrimonio se jodió porque no pude ponerme de rodillas. Como me habían pegado un tiro…

—Espera. ¿Y esto? ¿Dónde está mi anillo?

Sonrío.

—En la caja fuerte. Algún día lo haremos billetes, nena. Nos compraremos algo bonito. No sé, ¿una lancha, tal vez? Este es un anillo especial. La primera vez me equivoqué. Te compré el diamante más exclusivo que había en el mercado. Error de principiante. Ahora ya he aprendido la lección. En este anillo invertí cien pavos.

Intenta no reírse, lo noto en sus ojos.

—¿Cien dólares? ¿En serio?

—Sip. Ni oro ni diamantes. Plata antigua más historia familiar. Es lo que me cobraron por fundir la moneda de mi madre y convertirla en un *no* demasiado feo anillo de compromiso. De esta forma, la diosa de la suerte estará siempre del lado de nuestro matrimonio. No me irás a decir que no es la hostia de romántico.

Ríe y niega para sí.

—Bueno, vale, admito que lo es.

—¿Ahora qué hacemos? Ya he agotado todas tus opciones, así que… ¿Qué me dices, bomboncito? ¿Te casarás conmigo… otra vez?

—Depende.

—Por supuesto que tiene una pega más. ¿Depende de qué? —repongo, intentando no sonar demasiado exasperado. Por si no se ha dado cuenta, estoy de rodillas en la puta acera en la que habrán meado todos los chuchos de Cleveland, pero vale, sí, charlemos un rato.

—¿Podrás ser solo Ash a partir de ahora?

Esa es fácil.

—Solo si tú prometes ser solo Alexandra.

Se lo piensa unos segundos y al final sonríe.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, me casaré contigo.

—Joder, ya iba siendo hora. Me empezaba a dar un tirón en la espalda.

—¿Te ayudo a incorporarte? ¿Te traigo el bastón?

—Qué graciosa.

Deslizo el anillo sobre su dedo, me incorporo y cojo su cabeza entre las manos para obligarla a mirarme.

—Eh. Lo que tiene precio, poco valor tiene —le susurro—, y a ti no se te puede comprar con diamantes.

Hay tanta convicción en mis palabras y en la mirada que mantengo encajada en la suya que me sonríe, esta vez con cada centímetro de su fisionomía, y entonces por fin la beso.

Le doy el puto beso más obsceno que le he dado nunca, de esos que te dejan la boca hinchada y te la ponen tiesa, y cuando no aguanto más sin estar dentro de ella, la agarro por la muñeca y la arrastro como un cavernícola hasta mi coche.

—¿Y los filetes?

—A tomar por culo los putos filetes. Luego te haré una tortilla. Lo primero es lo primero. Hay que sellar el compromiso. Y solo conozco una forma.

—Intenta no matarnos en un accidente de tráfico.

—Tú tranquila, cielo. Está tooodo controlado.

—Echaba de menos que me dijeras eso —me dice, riéndose por lo bajo.

—Luego te enseño lo que echaba yo de menos.

—Puerco.

—Si no sabes a lo que me refiero, ¿por qué te sulfuras, joder?

—Sé que tiene algo que ver con tu polla.

—¿Por qué das siempre por hecho que todo lo que digo tiene algo que ver con mi polla? —repongo, exasperado, nada más arrancar el Lexus.

—Está bien. ¿De qué se trata entonces?

—De mi polla —me veo obligado a admitir.

Niega para sí y yo río entre dientes antes de hundir el pie derecho en el acelerador.

La reina vuelve al palacio. Ya iba siento hora.

Capítulo 39

¿Conoces ese instante que lo paraliza todo?

(Alexandra Harper*)*

Ash

—Espera, espera, espera —la freno, atrapándola por la cintura cuando se dispone a cruzar la puerta de casa.

—¿Qué pasa?

La levanto en brazos, la acurruco contra mi pecho y la tranquilizo con una sonrisa.

—Nada. Es que tengo que pasar el umbral contigo en brazos.

—Menos mal que no eres supersticioso.

—No lo soy. Pero no quiero tentar a la suerte otra vez. La diosa tiene un mal genio que no veas.

El teléfono vibra en mi bolsillo. Bajo a Alexandra al suelo un momento, lo saco para apagarlo, no quiero distracciones, y luego me acerco de nuevo a ella para levantarla en brazos.

—Dios mío, ¿sigues empalmado?

Al acercarme, he frotado mi tensa erección contra su estómago y la he provocado con la boca. Juro que han saltado chispas.

—Se me ha puesto dura ahora, solo de pensar en lo que voy a hacerte en unos diez segundos.

—Estás subiendo por las escaleras. ¿Por qué estás subiendo por las escaleras? Pensé que me follarías en el pasillo, dado el interés que mostraste durante nuestro beso de reconciliación.

—Ja. ¿Eso es un eufemismo de dado lo dura que se te ha puesto mientras me besabas?

—Sí.

—Hum.

—¿Por qué me llevas a la…? Madre mía. ¿Y esto?

—Tachán.

Se queda mirando la chimenea encendida y el ramo de lilas que he colocado en un jarrón encima de su mesilla y luego me mira a mí mientras la estoy colocando encima de la cama y me arrodillo delante de ella para quitarle las botas.

—¿Cómo sabías que iba a venir? —me pregunta cuando me inclino para besarle el tobillo.

Sonrío para mí antes de levantar la mirada hacia la suya.

—Sabía que te besaría en algún momento de la noche y que mi beso guarro te convencería.

Se echa a reír. Después hunde los dedos en mi pelo, lo aferra con fuerza y se pone muy seria, un aire grave que me asusta porque no sé en qué está pensando y eso siempre me acojona.

—¿Crees que estamos tomando la decisión correcta?

—¿Al volver? —repongo, un poco confundido.

Asiente y yo acerco la cara a la suya y la obligo a mirarme.

—Eh, claro que sí. Ni siquiera recuerdo por qué rompimos…

—¿En serio? Te leí tus derechos y te acusé de pertenecer a una organización criminal. Te cabreaste mucho.

—Ah, sí. Qué tiempos aquellos.

—Espera. Antes de que esto vaya más lejos, necesito preguntarte algo. Tengo que saber a qué atenerme.

—Bien. ¿De qué se trata?

—¿Vas a seguir castigándome por lo que pasó esa noche o, en fin, desde que nos conocemos?

Niego, mis dedos cada vez más tensos en su nuca, mi semblante, grave y comprometido.

—¿Ya no te preocupa no saber quién soy? —prosigue después de unos diez segundos en los que sus ojos han recorrido febriles los míos para asegurarse de que lo digo en serio, que lo he superado de verdad.

Noto que la boca, poco a poco, se me abre en una sonrisa.

—No. Ya no.

—¿Y eso por qué?

—He comprendido que tengo toda la vida por delante para averiguarlo. Además, incluso me viene bien. Así no me aburro.

Bueno, ¿podemos follar ahora o hay algo más que quieras preguntarme?

—Una cosa más, Ash.

—Por supuesto. Sí, charlemos, ¿por qué no?

—Dime la verdad.

—Yo siempre digo la verdad. Incluso cuando miento.

—Igual que yo, entonces.

—Igualito. ¿Qué quieres saber?

Me mira a los ojos largo rato, buscando, catalogando mi expresión facial.

—Quiero saber si te corriste ese día.

Mi cara debe de ser un poema ahora mismo.

—Estarás de coña.

—No, qué va. Quiero que me lo cuentes.

—Esto es por lo de Gavin, ¿a que sí? Lo viste todo y te quedaste en la parra.

—Deja de burlarte y contesta a mi pregunta.

Cojo aire en los pulmones y lo suelto pausadamente, gruñendo.

La madre que me parió. Vaya preguntas.

—Pues claro que no me corrí, joder. ¿Cómo se te ocurre? ¿Tú crees que yo podía seguir como si nada después de verte a ti? Y, lo que es aún peor, ¿después de que *tú* me vieras *a mí* con los pantalones por los tobillos?

La respuesta la complace.

—¿Y qué hiciste?

—Mandarla a casa. ¿Qué iba a hacer?

—¿No la llevaste tú?

—No —gruño entre dientes, irritado por lo mucho que se está prolongando la charlita.

—¿Por qué no?

—Porque no estaba de humor. Ya vale de cháchara. No te muevas. Voy a quitarte el jersey.

—Ash…

—¿Y ahora qué?

—Es que… No quiero hacerlo.

—Jesús.

Adiós al polvo guarro de reconciliación que había planeado.

Me desplomo en su regazo, pego la cara a su estómago y rodeo su espalda entre los brazos. Me quedaré muy quieto hasta que se me baje la erección.

—¿Crees que podríamos tumbarnos en la cama y solo abrazarnos? —me susurra, inquieta, preocupada por mi respuesta.

Que se preocupe por algo así me enternece y me arranca una sonrisa.

—Claro, joder. Lo que tú necesites, eso se hará.

—Es que… no quiero follar ahora mismo.

—Lo entiendo.

—¿En serio?

—Sí. La última vez me viste con la polla metida dentro de la boca de otra persona. Es posible que tengamos que hacer terapia para superarlo. Y mira que no creo en la puta terapia.

Suelta una risita, se tumba en la cama y yo, después de quitarme los zapatos, me tumbo a su lado y la envuelvo en un abrazo.

—Me da igual que no follemos —le digo al cabo de un largo silencio—. A ver, quiero hacerlo, porque yo siempre quiero hacerlo, pero estar aquí tumbado, abrazarte y tenerte cerca también me parece perfecto.

Planto un beso en su cabeza y mis brazos se tensan un poco más a su alrededor. No necesito mirarla para saber que sonríe.

—¿Por qué pediste el tragaluz? Nunca lo he sabido.

Mi pecho se sacude con la risa.

—Pues será lo único que no sabes sobre mí a estas alturas, cielo.

—No, no lo creo. Seguro que te guardas algún as en la manga.

—Tal vez… —admito, riéndome con más ganas. Otra pausa larga y entonces, mi voz, cálida y un poco rota confiesa la verdad—. Por ella.

—¿Por Nikki?

—Sí. Era su sueño. Quería una casa grande con un tragaluz enorme para poder ver la lluvia y las estrellas. Yo… quería concederle ese deseo, aunque ya no pudiera verlo.

Calla unos segundos y después susurra:

—Siempre fuiste un romántico.

Sonrío, la abrazo más posesivamente y planto otro beso en su pelo.

—Supongo.

—Sigues empalmado.

—Ya bajará —le respondo, divertido.

*****

Me despierto en mitad de la noche, con sus labios alrededor de mi polla.

—¿Abbie? —murmuro, adormilado.

—Alexandra.

—Eso. Me estoy haciendo un lío con tantas personalidades. ¿Qué haces?

—Chupártela. Qué demonios. Seguro que yo puedo hacerlo mejor.

—Eres demasiado competitiva —digo, sin poder evitar reírme.

La agarro por el pelo para que se detenga, acerco su boca a la mía y la beso, y poco a poco se coloca encima de mí, rodeándome entre las piernas y se deja caer lentamente encima de mi erección.

—Por todos los Santos —siseo, con la mano tensa en su pelo y sin dejar de estudiar su perfecto rostro mientras su cuerpo se me traga entero—. Joder.

—¿Te gusta? —murmura, sin dejar de contonearse de una forma tan sensual que tengo que concentrarme mucho para no perder el norte.

—Sí. No pares.

No lo hace.

Yo no controlo nada. Es ella la que se mueve. Ella me folla a mí. Y no cambiaría nada.

Cierro los ojos para saborear bien la sensación de estar dentro de ella de nuevo, y al instante tengo su boca en la mía y su lengua me provoca para que le abra paso. Obedezco, nos besamos, nos lamemos, nos devoramos con ardiente frenesí, y sé que lo hemos superado todo.

Volvemos a ser nosotros. Ansiosos, desesperados, famélicos. Mi mano firme en su pelo. Sus dedos clavados con fuerza en mi

mandíbula. Mi polla, lo más dentro posible de su cuerpo.

—Descansa, pequeña. Ya sigo yo.

La atrapo entre el colchón y mi pecho, coloco su tobillo en mi hombro derecho y tomo el control, bombeando fuera y dentro mientras recorro su boca con los dedos y ella me provoca con la punta de la lengua y mantiene los ojos encajados en los míos.

Intento que dure, pero esta pasión es como una lluvia repentina. Descarga con tanta fuerza que deja estragos.

Pero me da igual. Habrá un mañana. Y un día después de eso. Y otro, y otro, y otro.

Me deslizo sobre su cuerpo resbaladizo, consciente de que cada movimiento la propulsa al clímax como a mí, y la busco con los dedos, la toco entre las piernas, y la forma en la que se sacude y se tensa a mi alrededor me arranca un sonido ronco, de pura necesidad de la garganta.

Cada músculo de mi cuerpo se endurece. El pulso me ruge con fuerza en los oídos. Mi respiración, al igual que la suya, brota áspera e irregular. Joder. Casi lo saboreo.

Juego con uno de sus pezones, penetro cada vez con más ganas su caliente interior, me deleito con la pasión que oscurece sus bonitos ojos y oigo mis primitivos gemidos y los sonidos húmedos de mi cuerpo encajándose dentro del suyo.

—Yo también —le susurro.

Nos detenemos por un momento y nos miramos sin aliento.

—¿Qué?

—Esa noche, cuando fui a verte, no te dejé acabar la frase. Ibas a decir que aún me querías. Ahora te respondo. Yo también. Te quería entonces y te quiero ahora. ¿Hace falta que te diga que te querré siempre o es muy cursi?

Intentando sin demasiado éxito contener la sonrisa, me coge por la nuca con una mano, me acerca a ella y me besa, y yo empiezo a moverme de nuevo, a enterrarme con más fuerza dentro de ella, hasta que los dos caemos de cabeza en el éxtasis más alucinante que yo recuerde.

Me muevo muy despacio, para que lo saboreemos, y luego mi cuerpo se desploma sobre el suyo y mis brazos se tensan a su

alrededor.

La beso, juego con sus labios y con su boca, le digo que la quiero y ella me lo dice a mí.

Poco a poco me retiro de su cuerpo y, al final, me dejo caer a su lado en la cama y la cojo de la mano, los dos con los ojos clavados en el tragaluz. Hace una noche de invierno fría, pero hay mil millones de estrellas brillando en el cielo. Desde aquí solo vemos una pequeña fracción.

—Ahora vas a contármelo todo. No te dejes ningún detalle. Quiero la historia completa, desde que entraste en mi despacho hasta que me apuntaste con esa pistola.

La oigo suspirar.

—Bien. Si es lo que necesitas…

—Lo es.

Y entonces empieza a contármelo, y yo no la interrumpo, solo escucho, y según avanza el relato la sonrisa aumenta en las comisuras de mis labios.

—¿Conoces ese instante que lo paraliza todo? ¿Tu mente, tu corazón, incluso esas diminutas moléculas de oxígeno que nutren tus pulmones? Es casi un chiste hablar de ello porque, antes, te habría dicho que los flechazos no existen. Que son pura fantasía propagandística. Un invento de los poetas. Inocentes mentiras que nos contamos a nosotros mismos para que parezca que nuestra vida tiene algo de sentido; que no estamos tan jodidamente vacíos por dentro como parecemos.

Lo escucho todo, y son casi las ocho de la mañana cuando llegamos a la parte chunga.

—Déjame que te lo plantee de forma más sencilla —me dice, estudiándome con esos preciosos ojos dorados—. Si tuvieras que destruir al único hombre al que has amado en toda tu vida porque esa es la única manera que tienes de salvarlo, ¿tú qué cojones harías, eh?

Me quedo en silencio, pensando en qué responder a eso.

—Entiendo por qué lo hiciste.

—¿Lo entiendes?

—Sí, te faltaba un trozo de la historia y, sin esa parte, todas las opciones eran malas. Escogiste la menos dañina. Hubo lealtad en tu traición.

—Sí. Exacto. Fue un asunto de lealtad.

—Ahora te contaré yo el trozo que falta. Y, cuando termine, se acabó la cháchara, bomboncito. Nos pondremos físicos.

—Hoy no vamos a salir de la cama, ¿a que no?

—No te lo flipes. No vamos a salir de la cama en los próximos cinco meses, joder. Me debes un montón de polvos.

—Eres consciente de que estoy embarazada y ahora tengo ciertas necesidades, ¿verdad?

—Tú tranquila. Respetaremos los horarios de comida y de descanso. Órdenes del doctor Williams.

Se ríe, se abraza a mí y sus ojos me reclaman con tanta intensidad que bajo el rostro hacia el suyo y le sonrío.

—Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti, joder.

—Cuéntame la historia.

—Espera —. Descuelgo el teléfono de la pared y mantengo los ojos encajados en los suyos y la sonrisa tierna intacta—. Buenos días, Claudia. Por favor, ¿puedes prepararnos huevos, tortitas, bacón, fruta, zumo y… café? Ah, y un vaso grande de agua, que mi mujer tiene que hidratarse. Sí, ha vuelto a casa. Se lo diré. Claudia se alegra mucho.

—Dile que yo también.

—Dice que ella también. En la puerta, sí. Hoy no vamos a salir de la habitación. Gracias, Claudia. —Cuelgo y la acurruco de nuevo contra mi costado—. Bien, ¿dónde estábamos?

—Ibas a contarme la historia.

—Ah, sí. La historia. Pues empezó unos diez años antes de conocerte. Estaba saliendo de uno de nuestros almacenes cuando hubo una emboscada. Me llevé tres tiros. Mataron a Emilio. Hay gente que cree en el karma. En mi mundo lo llamamos *vendetta*. Me crie en las calles y la única ley que conocía era la de la jungla, pero cuando un agente del gobierno vino a verme al hospital y me hizo una oferta nada desdeñable, comprendí que la estrategia es mejor

que la furia. Mucho más letal. La venganza lleva tiempo. Planificación. Entrega. Se necesitan los nervios templados. El pulso, quieto. Tallé una bala con mi nombre, para recordarme a mí mismo que ningún monstruo es inmortal. *Memento mori*. Cuando reclamo una vida, me la cobro. Esto va así.

—¿Cuántos nombres quedan en tu lista?

—Uno. Me interrumpiste.

—No vas a dejarlo estar, ¿a que no?

Una sonrisa socarrona empieza a formarse en las comisuras de mis labios.

—Claro que sí. Lo dejaré todo en manos del karma.

—En tu mundo se llama *vendetta*.

Riéndome, la abrazo con más fuerza y planto un beso suave en sus labios.

—Tú no te preocupes por nada, pequeña. Está tooodo controlado.

Algún día, en algún lugar, me cobraré esa deuda. Es lo único que me falta por hacer en esta vida. No puedo morir antes de arrebatar la vida de Aston Hughes. Soy un hombre de palabra y una promesa, es una promesa.

Capítulo 40

El azar no entiende de etiquetas. Nos jode a todos por igual.
(Ash Williams*)*

Alexandra

Dos meses después

—En serio. Hagámoslo. Esta misma noche. Ahora.

Lo miro perpleja. Estamos en un casino, yo sentada encima de su rodilla, aunque ya no peso lo mismo que antes, y él acaba de ganarle al póker a un magnate del Medio Oeste. Ha bebido más de la cuenta. Ayer nos enteramos de que vamos a ser padres de una niña y Ash no cabe en sí de orgullo.

Va a ser todo un padrazo. Dice que el dinero que ha ganado esta noche lo va a invertir en la campaña electoral, cuando nuestra hija se presente para las presidenciales. La primera mujer en mandar en la Casa Blanca. Tiene cada cosa…

—¿Quieres que nos casemos aquí?

—¿Qué mejor sitio que Las Vegas? A mí me encantan los casinos y el juego. Los jugadores se enfrentan todos a la misma suerte: ganar o perder. El azar no entiende de etiquetas. ¿Sabías que mi primer negocio legal fue un casino?

—Sí. Me leí el expediente.

—El expediente. Tócate los cojones.

Sonrío, estudio largo rato su rostro risueño y entonces le digo:

—¿Sabes qué? Hagámoslo.

—¿En serio?

—Sí. Casémonos esta noche. Solos tú y yo. Y, claro, Marilyn y Elvis de testigos.

—Y Frankie Valli para que nos acompañe.

—Siempre fuiste un romántico. ¿Crees que se enfadarán tus amigos?

—¿Y tu madre?

Me encojo de hombros.

—Bueno, tampoco la invitamos a la primera boda, así que…

—Eso es cierto. Voy a reservar hora. Tienes diez minutos para prepárate. Ponte algo que pueda quitarte rápidamente, nada de modelitos complicados como la última vez, que no quiero pasarme otra noche de bodas soltando botoncitos.

—¿Y si no tienen libre para dentro de diez minutos? —repongo, divertida.

—A ver cómo te lo explico. O me caso dentro de diez minutos o nadie se casará aquí nunca más, joder.

—¿Así se lo vas a decir al encargado?

—No, así no. Le enseñaré la pistola. Es más persuasivo.

Niego para mí y él me guiña el ojo con esa complicidad que siempre me arranca una sonrisa.

—Venga, bomboncito. Hagámoslo otra vez. Ahora, sin joderla.

—Trato hecho.

—Me encantan los tratos.

—A mí también.

—Cuando estemos casados, te digo qué otra cosa me encanta.

—Puerco.

—Y dale. Ahora vuelvo.

*****

Un año después

Ash y yo, borrachos como cubas, nos tambaleamos por el pasillo de camino a nuestra habitación, entre risitas sofocadas y golpes contra las paredes. Nos acompaña el botones para asegurarse de que no nos desmayamos en el pasillo. Este es un establecimiento con clase.

Estamos aquí para celebrar nuestro aniversario de bodas. Nuestra pequeña, Emma Josie Williams, se ha quedo con su tía Seven y dos

niñeras a las que sin duda Seven apuntará con la Sig Sauer si le pasara algo a la niña.

Ash y yo tenemos el fin de semana solo para nosotros y lo hemos celebrado ganando en la ruleta (yo creo que Ash hace trampas, no es normal que gane siempre) y bebiendo como cosacos.

—Jijiji —me río al ver cómo se tambalea mientras el botones nos abre la puerta. Nunca lo había visto tan borracho. Un poco achispado, sí, pero ahora no se sostiene en pie.

—Espere, señor. Les ayudo a meterse en la cama.

—*Asias. Mu amable*.

Hace un gesto con el dedo para que el chico espere y unos dos minutos más tarde, después de tirar la cartera al suelo al menos cinco veces, consigue darle propina. Un buen fajo de billetes.

Acto seguido, nos desplomamos los dos en la cama y dormimos la mona hasta bien entrada la tarde del día siguiente. Vaya modo de celebrar un aniversario. Bueno, al menos no hemos vomitado uno encima del otro.

Cuando por fin nos levantamos, hechos polvo y sin que la ducha fría arregle una mierda, Ash pide el desayuno y dos periódicos. Para mí, el *Times*. Para él, el *Wall Street Journal*.

—Debería ser la cena —le digo, sentándome en la mesa de nuestra suite, vestida solo con una de sus camisas blancas, sin nada por debajo.

Ash lleva unos pantalones de chándal y el torso desnudo. Eso sí, el pelo perfecto, con la raya a un lado. Sorbe café, abre su periódico y se concentra en esas cosas de la Bolsa que a mí me importan poco o nada.

Pincho un trozo de tortita, otro de plátano, me lo llevo a los labios y despliego mi periódico.

Me quedo de hielo al ver la portada. Leo la noticia deprisa, conteniendo la respiración, y después miro a Ash que, tan tranquilo, lee su periódico sobre finanzas a mi lado.

—Has sido tú, ¿a que sí?

Baja el *Journal* con aplomo y me mira a la cara. No encuentro nada en su expresión, ningún músculo que se mueva, nada que lo delate. Pero sé que ha sido él*. Lo sé.*

—¿De qué hablas, bomboncito?

—Anoche le pegaron un tiro a Aston Hughes.

—No jodas. Para que veas lo puñetero que es el karma.

—En tu mundo se llama *vendetta*. Sé que has sido tú.

—¿Yo? —repone divertido—. Pero si estuve contigo toda la noche. ¿Dónde lo mataron?

—En California.

—Pues estamos en Las Vegas, a más de 370 millas de California.

—Sé que has sido tú. No sé cómo lo has hecho, pero es cosa tuya.

—Cielo, ni siquiera yo puedo estar en dos sitios a la vez. No soy Dios. Cómete las tortitas.

—Eres como el gato de Schrödinger.

Ríe entre dientes, niega y despliega de nuevo su periódico.

—Tienes mucha imaginación. He estado en Las Vegas toda la noche. Hay dos políticos y tres jueces que te dirán no solo que hemos jugado al póker, sino que, para colmo, les gané. Hay un botones que nos llevó a la habitación, en la que me desplomé borracho y dormí la mona hasta la tarde siguiente. En ningún momento he abandonado el hotel. Tengo una coartada muy sólida, agente.

—No sé cómo lo has hecho, pero sé que eres el responsable y algún día te lo demostraré.

—No puedes. Es imposible que lo hiciera. No soy el puto gato de Schrödinger. No puedo estar en Las Vegas y en California al mismo tiempo. Sé que, dado que estás muy enamorada de mí, has idealizado mis aptitudes, pero, créeme, ni siquiera yo puedo llegar tan lejos.

—Lo demostraré.

—Vale, lo que tú digas. Pero cómete las tortitas. Hay que reponer fuerzas.

*****

El cerebro humano es curioso. Almacenamos una información y no sabemos que la tenemos hasta que *bum*, algo actúa de detonante y

de pronto lo recordamos todo.

Han pasado tres semanas desde la muerte de Aston Hughes y no hay sospechosos, aunque las autoridades creen que tiene algo que ver con Libia. Por mucho que me haya comido el tarro, no he sido capaz de adivinar cómo lo hizo.

Y, ahora, de repente, lo sé. Estamos sentados en una terraza, tomando café, él tiene a nuestra hija en su regazo y le está haciendo el caballito para que ella se ría, y acabo de comprenderlo.

Mantengo los ojos clavados en la azotea del edificio que tenemos delante y suelto una carcajada que lo hace fruncir el ceño y mirarme como si pensara que me he vuelto loca.

—Brillante. Absolutamente brillante. Te pasaste la noche entera preparando tu coartada. Los engañaste a todos. Incluso a mí. Las bromitas, la simpatía, el alcohol… Tú no bebes. Emborracharse es una pérdida de control, y tú adoras el control. La nota discordante. Tú borracho. Eso no encaja en tu perfil.

La sonrisa es cada vez más evidente en sus ojos azules.

—A ver, Sherlock. Dime cómo lo hice.

—Estabas perfectamente sobrio. Fingías. A saber lo qué hiciste con el whisky. Pero, beber, no te lo bebiste. Yo, sí. Yo sí me emborraché, pero tú estabas perfectamente lúcido. Te aseguraste tu coartada, te quedaste en la cama hasta que yo me dormí y te largaste.

—¿En serio? ¿Cómo? Esto no es *Star Trek*. ¿Quién es esta niña tan bonita? ¿Te gusta que papá te haga el caballito? ¿Sí?

—Un helicóptero. Había una azotea, como la de ese edificio. Ahí te esperaba un helicóptero. Estábamos en la suite, toda la planta para nosotros. Nadie te vio salir. Porque no saliste por abajo. Saliste por arriba. Fuiste a California y te lo cargaste. Una bala y a tomar por culo. Conociéndote, no habrá registro de vuelo ni ningún piloto que pueda identificarte. Imagino que lo pilotaste tú mismo.

Suelta un silbido entre dientes.

—La leche. Muy bien, doctora Quinzel. Muy perspicaz. El FBI no sabe lo que se ha perdido contigo. Bueno, Clark sí. Dice que no ha visto nada igual en más de veinte años. Tenía razón el muy capullo. ¿Ahora qué? ¿Vas a detenerme? ¿Vas a acusarme de terrorismo?

Miro a Emma, que tiene los ojos de su padre, el mismo azul que te abre un hueco candente en el pecho, y luego estudio su perfecto rostro, absorbiendo su expresión socarrona.

—Lo dejé, ¿recuerdas? Ahora soy un ama de casa aficionada a las novelas de misterio.

—Escucha. Tenemos que hablar. Necesito que prestes atención a lo que voy a decirte.

Frunzo el ceño al ver su repentino aire grave.

—¿Qué pasa?

—No puedo seguir manteniendo el equilibrio. Nuestra vida, y la de nuestra hija, corre peligro constantemente gracias a… la vida que he llevado. Esto no es sostenible, Alexandra. O soy el rey o no soy nada. De este mundo se sale de dos maneras: con una corona o dentro de un ataúd. Y yo ya no quiero la puta corona. Quiero ser normal. Quiero que nuestra hija sea normal. Puedo dejar este mundo, pero él nunca me dejará a mí. Estoy atrapado.

—¿Y qué hacemos?

—En esta vida, nada. Resignarnos. No puedo volver atrás en el tiempo para cambiar la decisión de ese crío que escogió empuñar un arma e imponer sus propias leyes en las calles. Hice una elección y ahora todos, tú, yo y ella, vamos a morir por ello. Lo siento, pero solo se sale dentro de un ataúd. Ojalá hubiera otra forma. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Observo esos ojos azules que me reclaman desde el otro lado de la mesa y después me concentro en el vaso de agua que tengo delante, frío, helado, como la mismísima muerte.

—Lo entiendo todo —murmuro para mí, ausente, con la taza de café en la mano y los pensamientos rugiendo frenéticos dentro de mi cerebro.

Abrí la caja de Pandora y ahora ella se nos tragará a todos. Según yo lo veo, todas nuestras opciones son malas. Lo único que puedo hacer a estas alturas es aceptar la muerte.

Epílogo parte 1

No creo en la diplomacia. Yo lo arreglo todo con la Sig Sauer. Porque matarlos a todos también es una estrategia, joder.
(Seven*)*

Seven

Los he reunidos a todos en el *Fever*. Hoy no abrimos. Estamos de luto. Es un día negro para nosotros. Nuestro amigo, nuestro hermano, nuestro mentor no preside la reunión por primera vez en más de veinte años. Me toca a mí. Es mucha responsabilidad. Espero hacerlo bien.

Cojo aire en los pulmones, lo retengo unos segundos y empiezo, lívida de dolor.

—Han encontrado sus restos mortales en el océano. Bueno, solo los de Ash. Los cuerpos de Alexandra y de Emma no se han podido recuperar. El helicóptero estalló en llamas antes de caer, así que…

Me observan todos en silencio, semblantes graves, a la altura de la situación.

—¿No hay lugar para la esperanza? —me pregunta Mickey con un hilo de voz.

Vuelvo la mirada hacia la suya y evalúo con parpadeos lentos su expresión deshecha.

Al final, rechazo la idea con un leve gesto de la cabeza.

—Ha cesado la búsqueda. Oficialmente, están muertas. A él… En fin, lo que queda de él, una masa calcinada, lo enteraremos mañana.

Todos tienen los ojos rojos y brillantes. Es evidente que intentan contener la rabia y el dolor.

—¿Qué ha podido fallar? —me pregunta Serpiente.

—Un problema técnico. Las condiciones meteorológicas adversas. No lo sé. A veces los helicópteros fallan. Supongo que la diosa de la

suerte no estaba de su lado esta vez.

Mickey hunde la cabeza entre las manos.

—Es de locos, joder. Después de todas las formas en las que podría haberla palmado, al final se lo lleva un puto accidente de helicóptero.

—La vida es así, Mickey Mouse.

—¿Ha dejado instrucciones?

—Sí —le respondo al Holandés, trasladando la mirada hacia la suya—. Quiere que pongamos *a mamarla* en su lápida. Y que en el entierro suene *The Dark Side of The Moon*, de Pink Floyd. El mejor álbum de la historia, según él.

—Grande. Siempre grande, el puto Ash —dice Serpiente con una especie de sonrisa que oscila entre el orgullo y la tristeza—. Un tío con pelotas.

—Que en paz descanse —digo, y todos me imitan, solemnes, muy serios.

—Que en paz descanse. ¿Y ahora qué? —me pregunta el Chino—. ¿Qué hacemos ahora?

Necesitan instrucciones. Un líder. Sin Ash no somos nada.

¿O sí?

Me apoyo sobre la mesa, inclinándome hacia ellos, para evaluar sus rostros de uno en uno.

—Señores, el rey ha muerto. Hoy vais a jurarle lealtad a la puta reina.

Todos dan golpes con el puño en la mesa, votando a favor.

—Nosotros te seguiremos siempre —me dice el Rubio, que se acerca para llenarme la copa—. Pero… ¿los demás? No creo que lo hagan. Para ellos, solo eres una mujer. Se aferrarán a ese pretexto para romper la paz e intentar hacerse con nuestros negocios. El grupo Williams lidera el mercado. Forjarán alianzas para conseguir un trozo del pastel. Incluso la gente que se odia entre sí y llevan años masacrándose los unos a los otros se harán amigos para alzarse en nuestra contra.

—Que lo intenten. Estaré preparada. La situación es esta, Rubi —respondo tras encenderme un cigarro y darle un trago al whisky—. Corred la voz. Hay una nueva reina en los bajos fondos, y el que no

la siga y no se arrodille, morirá—. Me pongo en pie, temblando de rabia, y continúo, levantando el tono, sin perder ni un gramo de la firmeza o la determinación helada que lo empapa—. El que cuestione sus decisiones, morirá. El que le lance una mirada cruzada y la ponga de los putos nervios, *moriría*. Yo no soy Ash. No creo en la diplomacia. Yo lo arreglo todo con la Sig Sauer. Porque matarlos a todos también es una estrategia, joder. Ahora, si me disculpáis, voy a comprarme un vestido de luto y a pintarme las putas uñas de negro porque mañana tengo que enterrar a mi mejor amigo, mi mentor, mi salvador, y es un día muy oscuro para mí. Más vale que ningún capullo me toque los ovarios.

Epílogo parte 2

Morir no siempre es sinónimo de dejar de respirar
(Agente especial Cooper*)*

Un año y medio después

Ash

Siempre imaginé así mi muerte. Un campo verde, de un verde cruel. La luz del sol filtrándose entre las hojas de los árboles. Silencio absoluto y paz. Sin nadie que me toque la polla. Un Macallan de treinta y cinco años en la mano. La mujer que quiero, sentada en mi rodilla. El fruto de nuestro amor, en el suelo del porche de nuestra respetable casa irlandesa, jugando con…

Le dedico una mirada llena de orgullo paternal y me horrorizo cuando me doy cuenta de lo que está haciendo.

—Emma, ¡me cago en la hostia!, ¡¿quieres dejar de descuartizar las putas muñecas?!

—¡Eh! —se indigna Alexandra. Ahora solo es Alexandra—. Nada de palabrotas delante de la niña, que luego lo repite todo.

—Pues que deje ella de arrancarles las cabezas a las Barbies, no te jode.

—¡No está haciendo nada! —la defiende, como siempre—. Esto es muy normal. Yo hacía lo mismo con su edad.

—Es justo lo que me preocupa, bomboncito. Que haya salido a ti.

—Cabrón —dice, riéndose entre dientes.

La abrazo con más fuerza por el estómago, le meto mano aprovechando que nuestra hija está emperrada en torturar a las muñecas y planto un beso en su nuca.

—Esto es perfecto.

—Lo sé —me responde, volviendo la cabeza hacia atrás para sonreírme.

—Qué paz. Me encanta estar muerto.

—A mí también. ¿Te he dicho que el martes cenamos con Mary y con Scott?

—No, pero da igual. No tengo nada que hacer el martes. Tampoco el miércoles. Ni el jueves…

—¡El jueves vamos a la tienda de tartas! —me recuerda Emma desde el suelo.

—Ya has oído a la niña. El jueves vamos a la tienda de tartas.

—Pero no te compraré nada, a no ser que dejes de desmembrar las muñecas.

Alexandra me pone mala cara. Yo, le guiño el ojo. Emma decide dejar de jugar a los asesinos en serie y, toda zalamera, para que le compre algo en su tienda de dulces favorita, viene a acurrucarse en mi otra rodilla.

La rodeo con el brazo que me queda libre, después de deshacerme del whisky, y expulso una profunda bocanada de aire, cargada de satisfacción. Lo tengo todo. Ya iba siendo hora.

Un molesto pitido pone fin a mi sosiego.

—¿Quién osa joder esta paz? —le pregunto a Alexandra.

Comprueba mi móvil y hace una mueca.

—Es la tía Seven, Emma —le dice a nuestra hija—. Querrá felicitarte por tu cumpleaños.

Emma coge el móvil de la mano de su madre y descuelga.

—Hola, tía Seven.

—¡Hola, princesa! Pringaos —nos saluda a nosotros, cambiando la expresión, para luego volver a endulzarla al hablarle de nuevo a Em—. Felicidades, mi chiquitina.

—Gracias, tía Seven. Dice papá que vas a venir el sábado a mi fiesta de cumpleaños.

—Sí. Por supuesto. No me lo perdería por nada en el mundo. También vendrán tus otros tíos de Cleveland.

—¿Tengo tíos?

—Pues claro. Serpiente, El Holandés, El Rubio, El Chino, Mickey Mouse…

—Papá, ¿eres hermano de Mickey Mouse?

—Hay que joderse. Sí, cariño, pero es otro Mickey, no el de la tele.

—¿Hay otro Mickey?

—Estarás contenta —espeto a Seven—. Ahora no cesarán las preguntas hasta la hora de la cena. Emma, ¿por qué no descuartizas las muñecas un rato más? Hala, te doy permiso.

—¡Bieeeen!

—Mira qué entusiasmo. Ha salido a ti —le susurro a Alexandra, antes de concentrarme en la conversación con Seven—. ¿Les has dicho a los chicos el motivo del viaje a Irlanda?

—*Nop.*

—Bien. Ya verás la sorpresa que se llevan cuando me encuentren calentando la barbacoa.

—Fliparán en colores —me da la razón con una risotada.

—¿Me odiarán por haberlos engañado?

—Primero se alegrarán mucho de verte con vida. Luego, te molerán a palos. Y, al final, comprenderán que era la única forma. Su dolor tenía que ser verídico para que todos se lo tragaran.

—Pero tú lo has sabido desde el primer momento —interviene Alexandra en la conversación—. ¿Por qué ellos no podían saberlo?

—Porque yo sé fingir, cara bonita. Soy una mujer. ¿Sabes por dónde voy? Qué tontería. Claro que no lo sabes. Estás casada con él. Tú no finges.

—¿Por qué siempre acabáis hablando de mi polla?

—Porque es lo único que tu mujer y yo tenemos en común.

—¡Seven! —le gritamos los dos al mismo tiempo.

—Perdonad un segundo—. Desaparece del ángulo de la cámara y vuelve a aparecer. Está en mi despacho. Ahora es la jefa—. Tengo que irme, chavales. Problemas en el Paraíso. Los clanes me están dando por culo otra vez. Se han aliado y quieren venganza después de lo que les hice cuando conquisté el trono. Se sintieron humillados y, lo que es aún peor, se sintieron humillados por mí, una mujer.

—Cerdos machistas. ¿Y qué vas a hacer? —pregunto, divertido, sin echar en absoluto de menos mi otra vida. Estaba ya harto de las

movidas, de los putos clanes y de la puta madre que los parió a todos.

—Algo tan grandioso como la jodida Muralla China. Puede que lo veáis incluso desde Irlanda del Norte. Bueno, os veré el sábado en la barbacoa.

—Eso, si sigues viva.

—Por supuesto que sí. Me los cargaré a todos, antes de que ellos tengan la ocasión de matarme a mí. Enfocadme a Emma. Quiero despedirme. Adiós, princesita. Muchos besitos de tu tía Seven. Qué ricura. Yo también hacía eso con su edad.

—Ahora sí que empiezo a acojonarme en serio —gruño para mí—. ¿Crees que estamos criando a Lizzie Borden?

Alexandra me propina un golpecito indignado en el pecho.

—Deja ya de preocuparte por nuestra hija, que es muy normal, y empieza a hacer la cena.

—Vale, pero necesito una ayudante. A ser posible, una guapa como tú.

Sonriéndome con cada centímetro de su bonito rostro, se levanta y me sigue al interior de la casa.

En el recibidor, hay un cuadro enorme y muy siniestro, que yo le encargué a un pintor danés de fama mundial. Le pedí que pintará las dos balas con nuestros nombres para poder verlas siempre y recordar que las cosas que te importan son frágiles y pueden desaparecer en un segundo, pero si eres listo y lo bastante astuto, rozando lo temerario, encontrarás la forma de conservarlas.

Memento mori. Nada dura para siempre. Salvo alguna cosa.

Entrelazados por la cintura, entramos en la cocina, con Emma trotando delante de nosotros, y yo me pongo a hacer la cena mientras que ella sirve dos copas de vino de nuestros propios viñedos, se apoya en un codo y me observa con una sonrisa velada.

El sol irlandés, en su descenso, cae, una línea oblicua, sobre la mitad de su rostro.

La otra mitad está entre las sombras.

*****

Alexandra

—Hola, mamá. ¿Ya estáis saliendo? Genial. Disfrutad del vuelvo. Ash y yo os esperaremos en el aeropuerto. Sí, a Emma le encantará conocerte. Te dejo, mamá. Vamos a cenar.

Le cuelgo a mi madre y observo absorta la escena. Hemos recorrido un camino muy largo para llegar hasta aquí. La historia empezó con una niña escondida debajo de la mesa y un gigante echando la puerta abajo.

En esa casa vivía un monstruo. La niña tenía miedo de los monstruos, y también de los gigantes. Pero esa noche aprendió a distinguirlos, a mirar más allá, a ver sus almas, no solo las máscaras que frenan el paso.

Aprendió que el mundo no es solo blanco o negro, hay matices. Y eso es lo que marca siempre la diferencia.

¿Conoces ese instante que lo paraliza todo? Entonces ya sabes lo que se siente cuando ves al amor de tu vida levantar a vuestra hija en brazos, sentarla en la encimera de la cocina, con las piernecitas colgando y dando molestos golpes sobre las puertas de los armarios, y responder paciente a todas sus preguntas, una interminable lista porque la niña, por supuesto, ha salido a ti.

Es como si el mundo se detuviera, para concederte tiempo suficiente como para analizarlo todo al detalle. Estás inmortalizando el momento, captando la instantánea para, acto seguido, almacenarla en tu mente, aunque en el fondo sabes que no hará falta porque mañana se repetirá la escena, y pasado mañana también. Y nadie te los quitará nunca porque son tuyos y te los has ganado.

Descansa, agente. Tu lucha ha terminado. No hay más monstruos que cazar. El mundo está en calma. Nadie tocará nunca lo que es tuyo porque, de ser así, sacarás la Sig Sauer de Ash y te los cargarás a todos, joder. Ya no eres la niña que se escondía debajo de la mesa. Ya no tienes miedo, ni de los gigantes ni de los monstruos. El miedo solo es un estado de la mente. No puede controlarte si eres tú quien lo controla a él. Puedes relajarte. Puedes ser solo Alexandra. Míralo. Él solo es Ash.

—Bueno, ¿cenamos o qué?

Ash levanta la mirada hacia la mía y me lanza ese guiño mitad cómplice mitad bromista a través del cual me asegura que está tooodo controlado.

—Y así es como nacen los bebés —concluye por fin.

Niego para mí.

—¿No podías hablarle de la cigüeña?

—¿Y mentirle? No, gracias. Yo siempre digo la verdad.

—Incluso cuando mientes.

—Exacto.

Riéndome, me acerco a él y planto un beso suave en sus labios. Me dispongo a retirarme, cuando me atrapa por la cintura con las dos manos y me da un morreo de los guarros en mitad de la cocina.

—Papá, ¿vais a hacer un bebé?

Ash se echa a reír. Yo le pongo mala cara.

—Y por eso tenías que haberle hablado de la jodida cigüeña.

—Eh. Nada de palabrotas delante de la niña.

—Claro que no. Para eso te tiene a ti. Solo hay que verte cuando enredas con el motor del generador. Cielo, ¿por qué no te lavas las manos? Vamos a cenar. Papá nos ha preparado puré de patatas con grumos como a ti te gusta porque no sabe hacerlo de otra manera y… ¿qué es lo otro que has preparado?

Ash se ríe, me pasa un brazo por los hombros y le dice a Em que hay palitos de pescado. Ella pega un brinco de la encimera y se va corriendo al fregadero para lavarse las manos. Le encantan los palitos de pescado.

Nota de la autora

Querid@ lector@,

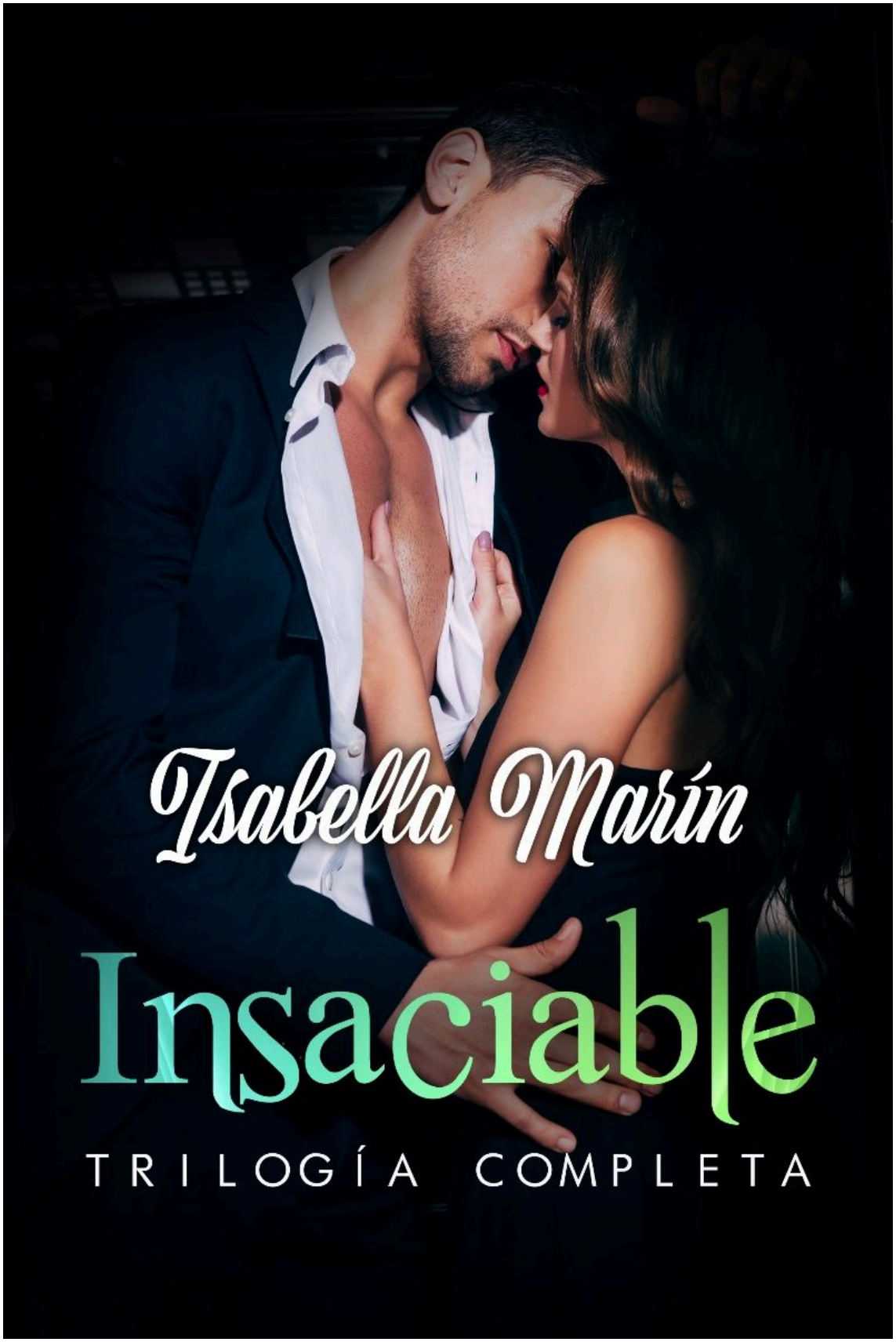
¡Muchas gracias por llegar hasta aquí, y también por recomendar este libro y por dejarme tu comentario!

Si te está gustando esta trilogía y sus personajes oscuros y atormentados, puede que también te guste la trilogía *Insaciable*. Está disponible en formato único.

Te dejo un pequeño adelanto. Espero que lo disfrutes.

Besos,

Isabella


Tsabella Marín
Insaciable
TRILOGÍA COMPLETA

Prólogo

En la actualidad, Austin, Texas

El fuego siempre ha sido y, al parecer,
seguirá siendo siempre,
el más terrible de los elementos.
(Harry Hudini)

Desde la más temprana edad me he sentido fascinada por el fuego.

Mi padre solía llamarlo *pecado* y asociaba sus llamas con el Infierno y todo lo malo que había en el mundo.

A mí, en cambio, verlo arder me resultaba hipnótico.

La danza de las llamas avivaba en mi interior un sentimiento que mi infantil cerebro nunca supo entender del todo. Supongo que ahora, a estas alturas de mi vida, lo definiría como paz.

El fuego, terrible e indomable fuerza, capaz de consumir el mundo entero, solo deja a su paso una siniestra quietud.

Y, por supuesto, copos de ceniza, humeantes vestigios de algo que una vez hubo.

De pequeña, me pasaba incontables horas contemplando la chimenea, embebida en el crepitar de las chispas, en el modo en el que la materia se derretía bajo el bullicio de las llamas.

Tanto me cautivaba el fenómeno que, por unos momentos, todo cuanto me rodeaba se desdibujaba. Los contornos se desvanecían, las compuertas caían. No existía nada más allá de esa llamarada y de mí.

El fuego tiene algo de sensual, ¿verdad? Es pura pasión. Es locura. Es misterio. Es aventura.

Pero, por encima de todo eso, es inexorable destrucción.

He sido ingenua. He pensado que podría dominar sus llamas, someterlas a mi propia voluntad. No he sido capaz de ver que el fuego es un elemento soberbio que jamás se deja controlar. El fuego es quien te controla a ti, no al revés, y, como te descuides, puedes acabar ardiendo.

Dicen que el fuego solo puede ser combatido con la gelidez del hielo. La abrasadora pasión, apagada por oleadas y oleadas de fría indiferencia.

Pero, ¿por qué alguien querría combatir el fuego? ¿Por qué no, sencillamente, apartarse y dejarlo arder en llamas?

Yo lo he hecho, y ahora mi historia comienza con este inevitable final.

Al parecer, algunas veces no se precisa más que de una débil chispa para desatar todo un infierno de llamas.

Qué curioso, ¿verdad?, toda la destrucción que abarca algo tan diminuto y tan hermoso como una chispa; algo así de fascinante.

—911, ¿cuál es su emergencia?... ¿Hola?... Ha llamado al servicio de emergencias. ¿Cuál es su emergencia?... ¿Hola?... ¿Hay alguien?... ¿Me escucha?

—La escucho —corroboré con una voz tan hueca como la mirada que se perdía en las gotas de color carmesí que se deslizaban por los azulejos del baño de la segunda planta.

Durante toda mi vida he llamado a las puertas del Paraíso. Y, sin embargo, las únicas que se abrieron para mí fueron las del Infierno.

—¿Señora, cuál es su emergencia?

—Creo que he matado a mi marido.

Se produjo una breve pausa, insignificante para mí.

¿Qué es el tiempo? ¿En qué se mide? ¿Segundos, minutos, momentos, dolor, lágrimas?

No dediqué ni un instante de mi vida a ponderarlo. ¿A quién le importa, en el fondo? Llega un momento en el que cualquier concepto deja de importar. No son más que meras palabrerías.

—Por favor, tranquilícese y… —fue lo último que escuché antes de colgar.

Una verdad empírica: me tenía que tranquilizar. Supongo que dicen eso a todo el mundo. «Mantenga usted la calma». ¿Piensan que no somos conscientes de ello?

Dejé que el teléfono se escurriera a través de mis dedos. Mis manos parecían demasiado laxas como para seguir sujetándolo. No hice ademán de atraparlo ni registré ninguna reacción cuando se estrelló contra el charco de sangre que empapaba mis ridículas zapatillas de peluche.

Mi mirada vacía se movió hacia los cristales que se sacudían ante las fuertes ráfagas de viento que los hostigaba. La rama esquelética de un membrillo golpeó contra la ventana salpicada por la lluvia. ¿Acaso pretendía sacarme de mi abisal sopor?

El balancín del porche soltó una especie de chirrido, parecido al llanto de una mujer. En alguna parte de la casa sonaba una versión instrumental de *Lascia ch´io pianga.* El melancólico sonido de ese violín me pareció lo más dramático que había escuchado en toda mi vida. Habría dado todo cuanto poseía por poder derramar al menos una miserable lágrima.

Pero no podía. Estaba demasiado congelada.

Al otro lado del cristal, el mundo aguardaba, ceniciento y deprimente. Parecía un buen día para entierros. Mi mente reprodujo la imagen de una limusina negra, repleta de rosas blancas, avanzando lentamente por un oscuro callejón. En los entierros ha de haber rosas blancas. Simbolizan amor eterno.

Ahí, en mitad de la estancia, observé con ojos mortecinos cómo las danzantes sombras del atardecer comenzaban a expandirse con el único fin de engullir el mundo exterior.

¿Qué sabía el mundo acerca de mí? Nada. El mundo no conocía mi historia. Para todos ellos, yo no era más que un juguete roto; una niña a la que habían cortado las alas en pleno vuelo.

Con toda la parsimonia posible, mis ojos se desprendieron de la ventana y se giraron hacia el escenario que me rodeaba: el escenario del crimen, que en unos pocos minutos se vería invadido por numerosos agentes de la ley. Era un caso demasiado importante, lo cual enloquecería a la prensa. Tocaría enfrentarse a una multitud de *paparazzi*, y *flashes*, y preguntas incómodas.

Sexo, asesinato y dinero.

Nada atrae más a los seres humanos.

—Adeline, ¿por qué lo has hecho? —se empujarían entre sí para acaparar el primer plano. Y yo, esposada y custodiada por la policía, bajaría la mirada al suelo y me abriría paso entre ojos tan cortantes como cuchillos.

No había manera de evitar todo ese infierno, lo sabía. Supongo que era otra de las verdades empíricas que formaban mi universo.

«Adeline Carrington irá al Infierno». Una verdad absoluta, innegable.

Me hizo evocar la imagen de un divertido panfleto religioso repartido entre los votantes republicanos de mi padre.

Iría al Infierno y, lo peor de todo, era que la certeza del hecho no me alteraba ni en lo más mínimo. Si mi destino era arder, entonces lo acataría sin rechistar. Ardería.

Esta vez no iba a refugiarme en un mundo de fantasía solo porque dolía demasiado enfrentarse a las verdades empíricas. No, claro que no. Ya había aprendido de mis propios errores.

Esta vez iba a permanecer ahí, en mi aborrecible presente. Me quedaría para lidiar con el dolor, porque estaba harta de huir siempre.

Y porque sentir dolor, por fin, me parecía algo digno. Noble. Un auténtico alivio.

El teléfono empezó a sonar al lado de mis pies, y su sonido me traspasó como un espasmo físico. No me agaché para cogerlo, no quería tocar toda esa sangre, probablemente aún tibia. Me limité a quedarme ahí, inerte, fascinada por la letra de la canción que había elegido tan solo dos días antes, cuando mi vida todavía parecía normal.

O, al menos, todo lo normal que la vida de alguien como yo pudiera llegar a parecer.

Los ritmos de *The Unforgiven* de Metallica me envolvieron suavemente, como un chal de seda enroscado alrededor de mis hombros.

Al principio, su abrazo fue delicado y reconfortante, como la caricia de un ser amado que hace mucho que no ves, pero al poco

tiempo me di cuenta de que lo que tenía entre manos no era ninguna caricia, sino un arma de doble filo, un arma que hizo que, con cada sonido, con cada palabra que escuchaba de aquella canción que tanto me recordaba a *él*, la herida de mi alma profundizara, se expandiera hasta provocarme un dolor desgarrador.

Cuando el móvil dejó de sonar por fin, advertí que el violín se deshacía ahora en sonidos agudos, más melancólicos que nunca, terriblemente dramáticos.

La lluvia, en pleno apogeo, descargaba furiosa contra el tejado de la casa, y yo, con ojos frenéticos y respiración trabajosa, era consciente de cada gota, de cada *crescendo*, de cada maldito ruido.

«*De cada salpicadura de sangre*».

Con dedos trémulos, me cogí la cabeza entre las manos, me dejé caer de rodillas, sin preocuparme ya por rozar la sangre, y aullé con todas mis fuerzas.

Sin embargo, manifestar la intensidad de mi ira no hizo que el dolor cesara. Al contrario. Explosionó y se propagó por cada célula de mi ser, veloz como la devastadora ola de un terremoto.

Imperdonable.

Todas las malas elecciones que había hecho a lo largo de mi vida también eran imperdonables.

Mi vida nunca ha sido un camino fácil. Años enteros repletos de interminable destrucción, con unos pocos recuerdos felices, lo único que me sostenía ahora, después de romperme en millares de añicos, esparcidos por el mundo entero cual insignificante polvo de estrellas.

Siempre fui una chica inusual, con una enfermiza obsesión. Un deseo tan, tan terrible... ¿Por qué será que el ser humano siempre anhela lo que jamás podrá tener?

No lo sé. Nunca lo he sabido.

Atormentada por la idea, me acurruqué en un rincón del suelo. Tenías las rodillas llenas de sangre. Las doblé, me las pegué al pecho y me las rodeé con los brazos. Me sentía como una niña indefensa. Odiaba la sensación.

Joder, necesitaba concentrarme.

Intenté mirar el espacio a través de ojos ajenos, para adivinar qué pruebas encontrarían ellos ahí.

¿El arma del crimen? No, claro que no. El arma del crimen no estaba.

¿Y el motivo? ¿Alguien conocía el motivo?

Por supuesto. El mundo entero sabía que yo era la chica que había construido un castillo de naipes en llamas.

«*Nunca juegues con fuego*».

Oh, ¿por qué tuve que ignorar su estúpida advertencia?

Por encima de mi cabeza colgaba una bombilla parpadeante. Me obsesionaba de tal modo que no podía dejar de mirarla.

Mi aletargada mente se distrajo preguntándose por qué parpadeaba tanto. ¿Importaba siquiera? ¿Acaso algo de todo eso tenía sentido ya?

Mi mundo había llegado a su último invierno, y a mí se me antojó la extraña idea de que el sol nunca volvería a brillar a través de la espesura de las tinieblas que se acercaban a mí, amenazadoras, cada vez más opresivas.

Ahí ausente, las palabras de mi padre me arredraron más que cualquier otra cosa a lo largo de mi vida.

«Llegado el momento, te destruirás con tus propias manos».

Edward tenía razón.

Lo había hecho.

*****

Y ahora heme aquí, en una pequeña sala, encogida bajo la severidad de unos ojos azules.

Un vaivén de pensamiento me carga la mente, y un dolor físico, sin duda provocado por el cansancio, se filtra por cada partícula de mi ser.

No llevo la cuenta exacta, pero creo que he pasado más de treinta horas seguidas sin pegar ojo. La luz de los fluorescentes se clava violentamente en mis pupilas, oscuras y enrojecidos a causa del cansancio. ¿Cómo pudimos acabar así?

No dejo de preguntármelo mientras intento eludir la gélida intensidad de aquellos ojos que semejan macizos bloques de hielo. El fuego solo puede acabar con hielo. Siempre lo he sabido.

—Buenos días, Adeline. ¿Qué tal te encuentras esta mañana?

Con deliberada lentitud, elevo la mirada para encontrar a la suya.

Da un respingo al cruzarse con las fosas vacías en las que se han convertido mis ojos, fosas sin ninguna clase de emoción o sentimiento delatador en ellas. Tan solo un interminable vacío, imposible de penetrar; imposible de llenar.

Acabo de comprender que lo he perdido todo. No tengo nada. Nunca lo he tenido. Quizá sea mejor así. Cuando solo tienes *nada*, entonces no hay nada que puedan arrebatarte.

—No he intentado suicidarme, si es eso lo que te preocupa.

Fuerza una sonrisa un tanto nerviosa y aprieta un botón para grabarlo todo, como si no quisiera perderse ni una sola palabra mía.

Siempre ejecuta la misma acción, nada más sentarse en la silla de enfrente, casi ansiosamente.

A continuación, entrelaza las manos por encima de la mesa y se limita a taladrarme con esos ojos suyos que todo lo ven, incluso cuando brillan ausentes.

Hay veces que, durante las horas que se pasa interrogándome, se entretiene realizando dibujos. He observado que dibujar parece relajarle. Tengo la sensación de que conversar conmigo dispara su nerviosismo, de por sí bastante elevado.

—A estas alturas, sabemos cómo va a acabar esto, pero me gustaría que me contaras cómo empezó. ¿Te sientes capaz de recordarlo?

«*Como si pudiera olvidar algo de todo aquello...*»

Apoyadas mis muñecas encima de la mesa metálica que nos separa, mis dedos temblorosos rodean el templado vaso de café que alguien me ha ofrecido en algún momento.

No me apetece tomarlo, pero es lo único a lo que puedo agarrarme para no hundirme aún más en ese oscuro abismo que me atrae irresistiblemente hacia sus profundidades. Dulces, dulces profundidades que invitan a asentar los maltrechos huesos ahí dentro para siempre.

—Sí —carraspeo en un intento por dominar la voz, que se empeña en flaquear justo ahora—. Sí, puedo hacerlo.

Enderezo los hombros para mostrar algo más de seguridad. No quiero que piense que estoy asustada, o intimidada. No quiero su estúpida compasión.

Él cruza una mirada conmigo y se retrepa en su silla, a la espera de que desvele la larga serie de infortunios que destruyeron mis sueños, los truncaron, los redujeron a polvo sin que yo opusiera el menor conato de resistencia.

Adeline Carrington, la chica que nunca tuvo nada; la que siempre lo deseó todo.

—Adelante, Adeline. Te escucho.

Ojalá sus ojos dejaran de hundirse en los míos de ese modo.

Ojalá no fuera este el fin de todo lo que una vez conocí.

«*De todo lo que una vez amé*».

Sintiéndome como si el mundo entero pesara encima de mis hombros, bajo la mirada hacia el ángel que su mano derecha ha garabateado en la cubierta de la libreta azul.

Exactamente así es cómo comenzó todo esto.

—Quieres que te cuente el comienzo… —Me quedo mirando ese hermoso ángel, y mi boca se tuerce en una sonrisa cínica—. ¿No es evidente?

El *tic tac* de su *Rolex,* un sonido sordo, monótono, resuena en el silencio de la sala.

Un aviso. El tiempo se nos está acabando.

Durante un momento, los dos contenemos el aliento, mientras la angustia se cierne sobre nosotros como un oscuro y asfixiante nubarrón.

—¿Lo es?

Sus ojos me evalúan con intensidad hasta que desvío la mirada, incapaz de seguir aguantando la presión.

Joder.

Me estiro para robar un cigarrillo del paquete rojo que ha dejado encima de la mesa. No dice nada, se limita a observarme. Ni siquiera me recuerda que no se puede fumar aquí dentro.

Mejor. No estoy de humor para sermones.

Cojo el mechero que descansa al lado de sus delgados, ágiles, intranquilos dedos, enciendo el cigarrillo y vuelvo a sonreír, pero mi

sonrisa no es más que un gesto amargo y atormentado; abarrotado de dolor.

—Claro que lo es, letrado. —Expulso el humo hacia arriba y lo miró a los ojos, con una expresión irónica en las esquinas de la boca—. Hay ángeles que tienen sus propios demonios, y resulta que los míos fueron poderosos.

Dos años atrás, ciudad de Nueva York, Nueva York

La actualidad en la prensa "seria"

¿Los republicanos tienen nuevo candidato para las presidenciales?

«El senador Edward Carrington, elegido por los votantes republicanos como el político más carismático del año. Carrington ha accedido a ser entrevistado por un periodista de *USA News Channel* a la salida de uno de los famosos mítines organizados por su partido para defender la pena de muerte. El senador acudió acompañado por su hermosa esposa, Giselle, y su perfecta hija, Adeline.

Periodista: Senador Carrington, ¿se ve usted en la Casa Blanca dentro de dos años?

Senador Carrington (abrazando a su mujer y a su hija): Si los votantes me ven, yo también me veo. Confío en su excelente criterio (risas).

Periodista: ¿Y qué opinas tú, Giselle? Ser la primera dama de una potencia mundial como Estados Unidos supone todo un reto.

Giselle Carrington: Apoyaré a mi marido en todas las decisiones que tome. Lo único que me hace feliz es verle feliz a él. Y, por supuesto, ver como él hace felices a los ciudadanos americanos.

Periodista: Senador, ¿cuáles son sus metas?

Senador Carrington: ¿Aparte de preocuparme por el bienestar de mi maravillosa familia? Es sencillo, John: preocuparme por el bienestar de todas las maravillosas familias que forman esta gran nación. ¡Que Dios bendiga América!

Periodista: ¿Y qué nos cuentas tú, Adeline? ¿Qué se siente al formar parte de una familia tan modélica?

Adeline Carrington (secamente): Ganas de vomitar*». USA News Channel*

Escándalo protagonizado por los Carrington en una manifestación republicana a favor de la guerra en Afganistán.

«El senador por el estado de Nueva York, Edward Carrington, dio un apasionado discurso, reivindicando la aniquilación de los terroristas (o civiles afganos, para el senador da lo mismo) que amenazan con tambalear la supremacía de nuestro país. Su hija, Adeline, se levantó en mitad de la conferencia, gritándole a su padre, y citamos textualmente, «¡Estás como una cabra!» y «¡Te mereces la puta camisa de fuerza!», antes de abandonar la sala. Al concluir el evento, Giselle Carrington justificó de esta forma el comportamiento de su rebelde hija: «Adeline bromeaba, por supuesto. Parece ser que aspira con convertirse en la nueva Ellen DeGeneres». *The Washington Post*

Los Carrington, más unidos que nunca.

«Durante un foro republicano, el senador por el estado de Nueva York, Edward Carrington, empleó toda su pasión en hablarnos sobre la importancia de destruir las células terroristas que amenazan con tambalear la supremacía de nuestro país.

Su esposa, Giselle, y su hija, Adeline, le aplaudieron fervientemente y, pese a que Adeline se viera obligada a abandonar la conferencia a causa de una terrible migraña, esta mañana insistió en manifestar en Twitter lo orgullosa que se siente de su padre. «Mi padre es asombrosamente inteligente. ¡Hay que exterminar a esos hijos de puta terroristas cuando antes!» *USA News Channel*

¿Insinúa Adeline Carrington que los republicanos tienen intención de revivir el holocausto?

«Este es el *tweet* que ha incendiado las redes sociales de Nueva York. «Mi padre es asombrosamente inteligente. ¡Hay que exterminar a esos hijos de puta terroristas cuando antes!» tuiteó la más joven de los Carrington, instantes antes de colgar una esvástica en su cuenta. Parece ser que la hija del senador Carrington se ha vuelto aún más rebelde con el paso de los años*». The New York Times*

¡Adeline Carrington NO ha colgado ninguna esvástica en Twitter!

«Esa fue la tajante afirmación de John Carey, el portavoz de los republicanos en el Senado, que se ha apresurado a desmentir la noticia, declarando que Adeline jamás cometería tamaña fechoría.

«*Lo más probable es que un hacker se haya apoderado de su cuenta*».

Según era de esperar, las sospechas de Carey caen sobre los terroristas afganos.

Adeline se ha negado rotundamente a declarar, limitándose a mostrar en el campus de Columbia una camiseta con un mensaje de lo más polémico: «*La libertad de expresión es decir lo que la gente no quiere oír*», frase que le pertenece al escritor británico George Orwell*». USA News Channel*

¿James O´Neill inocente?

«El "abogado del Diablo" consigue que el jurado declare **no culpable** al famoso boxeador acusado de varias agresiones sexuales.

Robert Black gana el juicio más mediatizado de los últimos años (después del de O.J. Simpson), aun con todas las pruebas en contra de su cliente.

O´Neill ha declarado que su abogado ha hecho un excelente trabajo liberando a un inocente. Por el contrario, el abogado estrella del famoso bufete *Brooks & Sanders* se ha negado a pronunciarse al respecto. Su cara al salir de los juzgados no parecía en absoluto la de un vencedor. ¿Acaso Black tiene una conciencia que le impide disfrutar su éxito?*» The New York Times*

La actualidad en la prensa menos "seria", (o sensacionalista, según algunos malpensados)

Catherine Black, la esposa de la superestrella de Hollywood, Nathaniel Black, de fiesta con su cuñado Robert en Ámsterdam.

«Mientras el chico malo se mataba a trabajar, la chica buena se mataba a bailar en los clubs más *fashion* de Europa.

Nathaniel se ha negado a hacer declaraciones sobre este incidente y se ha limitado a dedicarnos una de sus elegantes y mundialmente famosas peinetas, mientras que la *socialité* británica ha especificado en Instagram que ella y el recién coronado *playboy* del Upper East Side, Robert Black, solo estaban teniendo una reunión familiar. «Que hubiese alcohol y música pegadiza no fue más que una desafortunada coincidencia. Además, ¿desde cuándo tiene el *Page Six* jurisdicción en los Países Bajos?». Palabras textuales de la señora Black.

Para su información, el *Page Six* tiene "jurisdicción" en el mundo entero. Donde haya un escándalo, ahí nos desplazamos nosotros para cubrirlo.

Y, desde luego, el trío Black ha generado más escándalos que todas las juergas de Madonna juntas*». Page Six*

¿Robert Black tiene un lío con Paris Hilton?

«Uno de los *playboys* más deseados de América fue fotografiado en compañía de la *socialité* en un club de Manhattan. Black ha desmentido la noticia de inmediato, afirmando que no tiene tiempo para líos amorosos. Fuentes extraoficiales declaran que Paris se ha limitado a suspirar como una quinceañera*». US Weekly*

Parte 1
Chica conoce chico

Capítulo 1

Pocos ven lo que somos,
pero todos ven lo que aparentamos.
(Nicolás Maquiavelo)

No hay nada más superficial que una fiesta en el Upper East Side.

Cuando era pequeña, para que se me hicieran más amenas las horas que mis padres me obligaban a aguantar estos interminables simposios, me divertía clasificando a las personas de mi mundo en varias categorías.

Por desgracia, quince años más tarde, aún me entretengo haciéndolo. Es el único modo de que esto me resulte medianamente tolerable.

Según mi criterio, la primera y más abundante categoría la forman las modelos emperifolladas que se pasan el rato intentando ligarse a alguno de los acaudalados depredadores nocturnos que, con sus lujosas limusinas y sus trajes carísimos, acuden en busca de nuevos juguetitos de los que presumir delante de sus amigos europeos.

Al parecer, tener un yate ha dejado de impresionarlos. Encuentran mucho más glamuroso tener a una modelo calentándoles la cama.

O el yate, vete tú a saber.

Desde el otro lado de la barricada, (siempre he pecado de comparar el mundo en el que me muevo con el Viejo Oeste) oponen resistencia las señoras de mediana edad cuyo único fin en la vida parece ser exponer sus escandalosamente caras joyas, regaladas por sus maridos cada vez que los dignos señores cometieron la imprudencia de mantener relaciones sexuales ilícitas con alguna de las mujeres (véase categoría uno: *modelos emperifolladas*) que los acompañaron en sus constantes viajecitos a Europa o la Polinesia Francesa, tropiezos de los que, convenientemente, la esposa

engañada nunca llegó a enterarse. Porque prefirió hacer la vista gorda. Como debe ser.

Noche tras noche, la sociedad neoyorkina se convierte en testigo de la lucha tribal que hay entre estas dos especies, cada cual más empeñada en aniquilar a la otra.

A decir verdad, las fiestas del Upper East son todo un espectáculo. No entiendo por qué la administración no las incluye en la oferta turística de la ciudad. Visite el Empire State, pasee por Central Park, contemple cómo las mujeres y las amantes de los ricos y famosos luchan por la supremacía de una cuenta bancaria. A los turistas les encantaría. Esto es *the american dream* en estado puro.

Aparte de las mujeres carroñeras, también están los que vienen y se van, los intrusos, por así llamarlos: personas de fuera que nunca aguantan demasiado tiempo el cinismo de este mundillo. El Upper East es el territorio de los *elegidos*, gente superficial de corazón vacío y cuenta bancaria alarmantemente llena, y no cualquiera reúne todos estos requisitos.

¿De qué sirve poseer cosas si no puedes alardear de ellas? Me figuro que este debe de ser el lema de todos ellos, porque, desde luego, en mi mundo, la gente no hace más que presumir.

A mí, personalmente, me resulta cada vez más vomitivo acudir a las fiestas de etiqueta. Siempre escuchas las mismas frases, como si no hubiera más temas de conversación ahí fuera. Hay que admitir que la nuestra es una sociedad de lo más hermética, filosóficamente hablando.

Mientras me abro paso entre el gentío que atasca el vestíbulo, inevitablemente, algunas conversaciones alcanzan mis oídos.

—Tenéis que verlo. Pasa de cero a cien en tres coma dos segundos.

—Mi marido me ha regalado un viaje a Bora Bora. Iré con mi profesor de pilates.

—No entiendo por qué está tan orgullosa de ese collar. Solo son unas cuantas esmeraldas.

—Eres el hombre más atractivo de esta fiesta. Me has deslumbrado.

Invadida por una oleada de repugnancia dirigida a todo cuanto me rodea, cojo de paso una copa de champán de la bandeja de un camarero de guante blanco, me la llevo a los labios y tomo unos cuantos sorbitos más de los que debería.

«*Solo serán un par de horas, Adeline Carrington. Recemos para que se pasen cuanto antes*».

Mis ojos marrones atraviesan el recinto en un intento por localizar a Josh, mi prometido. Está en el otro extremo, liderando una competición de chupitos con sus amigos de la universidad.

Un gesto irónico curva mis labios cuando me doy cuenta de que, dentro de exactamente veinte años, yo seré una de esas señoras de mediana edad, mientras que él se convertirá en un depredador nocturno en busca de nuevas emociones.

Como debe ser.

—Podrías pasártelo bien de vez en cuando, ¿sabes? No creo que sea ilegal divertirse en el estado de Nueva York.

No necesito girar la mirada para saber quién es la que me está hablando. Lily Hamilton es mi amiga desde que tengo uso de razón. Nuestros padres son muy buenos amigos.

En los círculos en los que nos movemos Lily, Josh y yo, todo el mundo conoce a todo el mundo y todo el mundo es amigo de todo el mundo. Por supuesto, no se aceptan intrusos. Para estar entre nosotros deben avalarte al menos cien años de reputación intachable y un patrimonio mayor que el de Charles de Inglaterra.

Nosotros formamos la tercera y peor categoría, el núcleo de la alta sociedad: *los intocables*, gente metida en las más elevadas esferas del país.

Por norma general, los padres de familia suelen ser o bien políticos, fiscales o jueces de distrito, o bien extravagantes magnates; todos ellos, pesos pesados de la élite estadounidense. Lo que nos diferencia de las demás categorías es precisamente la reputación intachable. Los escándalos apenas nos rozan. Desde que nacemos se nos enseña que la imagen lo es todo. Lo que se traduce en: *haz lo que quieras, pero sin que te pillen*, algo que se ha convertido en el lema oficial.

Para mantener nuestra imagen intacta, hay ciertas normas que debemos acatar. Todo intocable que se respeta debe acudir a misa cada domingo del año, hacer acto de presencia a todas las cenas de caridad, donar sumas indecentes de dinero para apoyar las guerras en Oriente y, junto con los demás miembros de su familia, pasear al perro todos los fines de semana para que los *paparazzi* puedan fotografiarlos disfrutando de una idílica jornada familiar, lo cual es del todo falso, ya que no existe absolutamente nada idílico dentro de mi mundo.

A los más jóvenes de los intocables se nos obliga a estudiar en las mejores universidades del país; a estar eternamente preocupados por asuntos como el calentamiento global, el impacto causado por las elecciones europeas en la economía mundial, las subidas y bajadas de la bolsa de Wall Street, etc., etc.

Somos esa clase de jóvenes que se convierten, sin demasiado esfuerzo y sin habérselo ganado mediante méritos propios, en un modelo a seguir para la comunidad de Nueva York y, en algunos casos, incluso para el país entero.

Eso, por supuesto, solo pasa de cara a la opinión pública.

De puertas adentro, cada uno de nosotros puede hacer lo que, básicamente, le dé la puta gana. Nuestros padres solo nos exigen satisfacer una norma: evitar el escándalo público. No hay nada más importante que la imagen. Sin más palabras, los intocables somos lo que se dice unas familias "encantadoras".

Asaltada por una nueva oleada de repugnancia, provocada por la hipocresía de mi propio mundo, me vuelvo sobre los talones y compongo una sonrisa cínica.

—En mi vida no hay nada que me divierta, y tú lo sabes.

Lily, envuelta en un vaporoso chal beige que hace juego con su vestido de noche, enarca una ceja por debajo de su oscuro cabello, cortado a lo *garçon* con el único propósito de fastidiar a su conservadora madre. O eso dice ella. Yo la conozco lo bastante como para saber que, en realidad, lo lleva así porque tanto el corte, como el color, le favorecen.

—¿Ni siquiera el buenorro de Josh? —sugiere, con un brillo de picardía iluminando el azul zafiro que rodea la oscuridad de sus

pupilas.

Mis ojos, sombreados por rayas negras de casi un dedo de grosor, giran sobre sus órbitas.

—Josh es mi mejor amigo, Lily. Solo eso.

Por enésima vez esta noche, intento subirme el escote de mi provocativo vestido negro de lentejuelas. Odio que hagan la ropa tan ajustada. Me sentiría mucho más cómoda llevando una sencilla camiseta y un par de vaqueros holgados, pero si se me ocurriera acudir así vestida a cualquiera de estos eventos, estoy convencida de que a mi madre le saldría una arruga del disgusto.

Y el rostro de Giselle Carrington está tan terso que resultaría apocalíptico que un minúsculo surco lo cruzara. De modo que, por el bien de ese cutis que tan celosamente resguarda del sol costero, heme aquí con un estúpido vestido que me hace sentirme como un pez nadando fuera de agua.

—Según el *Post*, os casaréis después de la graduación —comenta Lily, y su mirada se entretiene buscando a Josh a través de la aglomeración—. Hay que admitir que tienes suerte. Josh Walton, el tío que toda chica quisiera tener en su cama. Y es tuyo. ¡Guau! Deberías, al menos, sentirte orgullosa, ¿no? Sus ojos verdes son motivo de desmayo entre las novatas de Columbia, ¿lo sabías?

—Permíteme que haga oídos sordos de ese dato, si eres tan amable —rezongo.

Lily me quita la copa de las manos, toma un sorbo de champán y luego me la devuelve.

—Tranquila. Él solo tiene ojos para ti.

En mi rostro se forma una expresión sarcástica que nunca llega a materializarse del todo.

—Si tú lo dices... —mascullo secamente.

—Vamos, Del, todos sabemos que Josh está enamorado de ti desde primaria.

Me acabo la copa y la deposito encima de una mesa alta y redonda, antes de agarrar otras dos, una para mí y otra para Lily. No me gusta compartir copa. No me parece higiénico.

—Está enamorado de mí porque no tiene elección, Lily. Nos prometieron al nacer. Josh y yo siempre supimos que acabaríamos

juntos.

—Y eso es lo bonito de vuestra vida. Que no hay sorpresas.

—Pues como siga bebiendo con el estómago vacío, las habrá, créeme —me burlo, horrorizando a una señora mayor con mi indecoroso sentido del humor.

Tras excusarme por mi falta de elegancia, cojo a Lily del brazo y empiezo a arrastrarla en dirección a la zona de los aperitivos. Toda esta conversación me ha dejado famélica.

Lo cierto es que, para desesperación de mi madre, a mí cualquier cosa me deja famélica. Mi talla roza peligrosamente la treinta y ocho, y Giselle está muy preocupada por este asunto. A mí no podría importarme menos.

—Oh, por favor, Adeline. No me vengas con chorradas. Te rebelas a diario en contra de las normas. ¿Por qué acatarías esta, a no ser que tú también estés enamorada de él? Admítelo de una vez por todas.

Me detengo de mi caminata y le dirijo una mirada ceñuda.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Qué estoy *enamorada*?

La confusión dibuja una V entre sus cejas.

—No entiendo por qué tanto sarcasmo a la hora de decir *enamorada.* Ni que te hubiese ofendido al insinuarlo.

Suelto una risa vacía. No me lo puedo creer. ¡Enamorada!

—¡Porque el amor no existe, Lily! El amor... no es más... que un estúpido… cuento... de hadas —articulo lentamente, y con cada palabra aumenta la helada expresión de desprecio que fulgura en las profundidades de mis ojos—. Y yo soy algo mayorcita para creer en cuentos.

—Así que te casas con el príncipe azul de Long Island porque no crees en los cuentos de hadas —sentencia de un modo tan sarcástico que me hace replantearme nuestros veinte años de amistad.

—Has dado en el clavo, princesa. Y, ahora, ataquemos la comida antes de que el champán y los enamoramientos me revuelvan el estómago.

Pasamos por debajo de un arco decorativo y nos detenemos al lado de las mesas del bufé frío, que ofrecen varios tipos de cremas

de verduras, *sushi*, caviar, y, al menos, otros veinte tipos de entrantes, colocados con elegancia encima de sofisticadas bandejas de plata.

—¿Y si, una vez te hayas casado, conoces al hombre de tu vida? —me propone Lily mientras yo contemplo las bandejas con aire indeciso—. ¿Qué harás entonces?

Tuerzo la boca en señal de indiferencia.

—No lo sé. No me importa. Nunca he valorado la posibilidad.

—¿Por qué no?

Resoplo, irritada por su insistencia.

Lily es la persona más ilusa que conozco. El amor, el hombre de mi vida… ¿De qué va? ¿Cómo puede alguien tragarse tantas chorradas?

¿Es que Lily no ha visto nunca las consecuencias del amor? ¿No ha visto las peleas, los cristales rotos, los añicos en lo que se convertía la vajilla del salón cada vez que él perdía los papeles?

¿No se ha quedado ahí, rota por dentro, contemplando inerte la destrucción desatada por el estúpido amor? No, supongo que no lo ha hecho. De lo contrario, no osaría hablar de estas cosas.

—Porque, por enésima vez, Lily, *no* creo en el amor.

—¿Crees que no existe?

Cojo un aperitivo de piña, salmón y queso, me lo llevo a la boca y lo mastico despacio, disfrutando la explosión de sabores.

—Hm. Es mucho más que eso. *Estoy convencida* de que no existe —aseguro, con énfasis.

El cuento del amor es la mayor estupidez que he oído jamás. Todos sabemos cómo acaba la historia. Chica conoce chico, chico se enamora de chica, uno de ellos traiciona al otro.

Hagas lo que hagas, el amor siempre termina igual: rompiendo tu corazón en pedazos. A mí nunca me pasará eso.

No tengo un corazón que ofrecer.

Lily, en claro desacuerdo, exhala un débil suspiro.

—Eres una escéptica, Adeline Carrington. Una escéptica bastante ingenua, además. La vida te demostrará lo contrario cuando menos te lo esperas. Ya lo verás.

Soplando en señal de exasperación, muevo el cuello hacia ella con la evidente intención de dedicarle una mirada seca, pero no llego a encontrarme con sus ojos.

Me detengo a mitad de camino, atraída por una mirada azul etéreo que se interpone en mi trayectoria y desprende tanta fuerza sexual que el aire se me queda atascado en algún punto entre los pulmones y la garganta.

La sonrisa que pende de los carnosos labios de ese desconocido es ligeramente burlona, y yo no puedo evitar sentir una descarga eléctrica estallando en las honduras de mi vientre.

—¿Y cómo es que Giselle y Edward no nos acompañan? —escucho vagamente.

Me quedo paralizada por unos segundos; después, me vuelvo de espaldas a él, con las prisas de un conejillo asustado.

Madre mía. Ese hombre me ha inspeccionado de un modo completa y absolutamente descortés; ha paseado perezosamente la mirada por todo mi cuerpo y después ha sonreído como si le gustara lo que estaba viendo.

La insolencia de su mirada me ha hecho sentir como si estuviera desnuda delante de él. Desnuda en cuerpo y *alma*.

—La Tierra llamando a Adeline.

Mi mente deja de viajar y sacudo la cabeza para despejarme.

—¿Qué? Ah. Están en Washington, en un mitin —explico brevemente—. Regresan esta noche, aunque no creo que les dé tiempo de hacer acto de presencia.

Lily sigue hablando. No sé de qué está quejándose ahora, no puedo prestar atención a su agotadora cháchara. No debería estar haciendo esto, pero la tentación es tan grande que solo tardo unos cuantos segundos en volver a girar el cuello hacia atrás, como si hubiera ahí un gigantesco imán atrayéndome irresistiblemente.

Y de nuevo cruzo una mirada con ese desconocido, moreno, mayor, guapísimo, que en ningún momento ha dejado de observarme.

Está apoyado contra el alfeizar de una ventana, con los brazos cruzados en un gesto despreocupado. Va muy bien vestido, con un

traje *Armani* de lo más sofisticado, cuya oscura tela se amolda perfectamente a su armonioso cuerpo.

Aun así, a pesar de la elegancia de su porte, no encaja en este lugar, ni pretende encajar. Está claro que preferiría hallarse en cualquier otra parte del mundo, lo que me hace sospechar que se trata de un intruso, uno de aquellos que vienen y se van; la mejor de todas las demás categorías.

Mirándolo, tengo la impresión de que intenta no mezclarse demasiado con los demás invitados. Quizá le guste mantener a raya a la gente. Parece arrogante y poderoso, muy seguro de sí mismo. Y solo. Horriblemente solo, al igual que yo.

Me recorre un leve estremecimiento cuando hace un gesto con la cabeza, sin que esa tenue sonrisa burlona deje de asomarse en sus labios. Consigo esbozar una sonrisa torpe a modo de saludo, antes de bajar la mirada hacia Lily, que se acaba de sentar en una silla.

—Me matan estos tacones —la oigo quejarse.

Me dejo caer a su lado con la misma expresión de alguien que acaba de ver un fantasma.

—¿Quién es? —le susurro, incapaz de recuperarme del impacto.

Una chispa de confusión se enciende en su mirada.

—¿Quién es quién?

—El hombre que me está mirando tan fijamente.

Lily alarga un poco el cuello para mirar por encima de mi peinado griego.

—Adeline, hay al menos cinco tíos mirándote fijamente. No me sorprende. Menudo vestido llevas esta noche. ¿Desde cuándo te gusta a ti pasearte por ahí con la espalda al aire? ¿Y por qué todo lo que te pones encima ha de ser siempre tan odiosamente negro? Hace dos años, eras una niñita adorable. Ahora pareces Morticia Addams. No formarás parte de alguna secta satánica, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco. ¿Por qué la gente siempre piensa que los rockeros somos satánicos? ¿Es que no podemos ser budistas?

—Me refiero al hombre de ojos azules que está apoyado contra la ventana —insisto con voz ansiosa—. ¿Le conoces?

Lily vuelve a mirar.

—Ah. Olvídate de él.

Mis pupilas se dilatan un poco por la intriga. Mi mejor amiga, sin dar más explicaciones al respecto, retoma su tarea de masajearse los tobillos.

—¿Por qué dices eso? —bajo la voz, como si estuviésemos tratando un asunto de lo más confidencial.

—Él no juega en tu división —me contesta con indiferencia.

Lo cual hace que el desconocido despierte aún más interés en mí.

Siempre me siento fascinada por lo que no puedo tener. Debilidades mundanas, me figuro.

—¿A qué te refieres con que no juega en mi división?

Lily resopla con fastidio y levanta la cabeza para mirarme exasperada.

—¿Adeline, es que tú nunca lees el *Page Six*?

—Estoy confusa. ¿Qué tiene eso que ver con nuestro desconocido? —repongo, sin entenderlo.

—Pues que, si leyeses el *Page Six*, sabrías que ese hombre es algo parecido a Satán, y entonces dejarías de interesarte por su persona.

Giro el cuello hacia atrás y otra vez quedo bajo el embrujo de la intensidad de su mirada.

Resulta realmente hipnótico mirarle. ¿Cómo podría ser el Diablo si las llamas reflejadas en sus pupilas seducen, en lugar de asustar?

Conforme avanzan las agujas del reloj, inevitablemente, vamos camino de perdernos en nuestras miradas, hasta que todo lo demás se vuelve nebuloso e insignificante. El ruido de fondo, la voz de Lily, la música, las risas… Todo parece cesar; desaparece sin más. Es como si estuviésemos solos en el mundo entero.

Apenas me doy cuenta de que un hombre trajeado se acerca a él y le susurra algo. El desconocido tarda unos instantes en despegar los ojos de los míos para mirar a su interlocutor. Lo hace con perfecto aplomo y sin ninguna clase de ganas. Contesta brevemente, vuelve a mirarme por última vez, y después me da la espalda y se marcha.

—¿Y sabes qué me dijo? —oigo cuando por fin el mundo en derredor mío retoma su frenética actividad—. Que no pegaban en absoluto juntos.

—¿Quieres dejar de ser tan jodidamente críptica? —espeto, moviendo la mirada hacia ella—. ¿Lo conoces, sí o no?

Lily se pone los zapatos, se endereza y me mira con mala cara.

—¿Seguimos con el temita?

—Sí, hasta que me digas todo cuanto pretendo averiguar.

Mi amiga resopla en señal de rendición.

—¿Y qué es lo que pretendes averiguar, Adeline?

—Quiero saber si lo conoces.

—Cielo, lo conoce todo el país.

—¿Y eso por qué? ¿Sale en *Gran Hermano*? ¿Es un Kardashian?

Ella suelta una carcajada.

—Qué graciosa. No, no sale en *Gran Hermano*, ni es un Kardashian. Es mucho peor que eso.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—¿No es evidente? Es rico, guapo, mujeriego y… hermano de Nathaniel Black. Hay quienes dicen que los Black son tal para cual.

—¿Nathaniel Black, la superestrella de Hollywood? —pregunto, de lo más confusa.

Los azules ojos de mi amiga se entornan por enésima vez esta noche.

—El único Nathaniel Black que hay en este país, Adeline —mi ignorancia parece irritarla—. El único relevante, al menos.

Se produce un momento de silencio. Así que es famoso. Y mujeriego. Vaya, vaya. Un chico malo. Me intriga. Hay algo en él. ¿Qué es ese algo?

Vuelvo a mirar hacia atrás, pero él ya no está ahí.

De repente, me siento vacía.

—Cuando dices que los Black son tal para cual…—la insistencia de mi mirada la insta a continuar, por lo que Lily frunce la boca en un gesto de disgusto, claramente contrariada por mi interés en aquel desconocido.

—Antes de que Nathaniel se casara con esa inglesa estirada que pertenece a la aristocracia europea, o eso dice la *TMZ* —puntualiza con los ojos en blanco, como si dudara de los nobles orígenes de la señora Black—, los Black solían ser inseparables. Las revistas del corazón se forraron con estos dos cabroncetes. Sus juegas debieron

de llenar miles de páginas. Me sorprende que no lo sepas. Siempre salían en portadas, y siempre rodeados de modelos, bebida y drogas. —Se inclina sobre mí con aire confidencial, lo cual quiere decir que piensa soltar alguna bomba—. Susurran las malas lenguas que incluso compartieron damisela más de una vez. No está muy claro de si lo hacían por separado o juntos. Desde luego, a Nathaniel le iba mucho el rollo de las orgias. Tengo que admitir que a su hermano nadie le ha relacionado con eso, pero, en fin, no deja de ser un Black. Quién sabe los secretos que ocultan esos adorables hoyuelos suyos.

Abro la boca, completamente escandalizada. «*¿Orgias?*»

—¡¿Estás de coña?!

Súbita e inexplicablemente, me invaden los celos. ¿Cómo puedo sentir celos de las mujeres que han pasado por la cama de un hombre al que ni siquiera conozco?

—Más quisiera. Como acabo de decirte, su reputación no puede ser peor. Créeme, Adeline, no quieres formar parte de su universo. Robert Black es la estrella de una liga muy superior a la tuya. Ya sabes, uno de esos tipos que viven rápido, follan duro… Pero regresemos al tema de tu compromiso. ¿Para cuándo es la gran boda?

Parpadeo con insistencia para ahuyentar las imágenes de mujeres sin rostro que se reproducen en mi cabeza. ¿Y a mí qué demonios me importa a cuántas se ha tirado ese tipo? ¡Como si son mil! No es asunto mío.

—No hay fecha. Nos lo tomamos con calma. No he decidido todavía lo que quiero hacer con mi vida.

Y me tomo toda una copa de champán de golpe, no sé por qué.

—¿En serio? Y yo pensando que tu vida había sido planificada desde antes de que nacieras...

Con las manos un poco trémulas, agarro otra copa. Sentarse cerca de la comida y la bebida ha resultado ser una brillante idea.

—No, y llevas razón. Lo ha sido. —Me quedo pensativa unos segundos, mientras tomo otros tantos sorbos—. Pero quizá me rebele un día de estos —añado para mí misma, antes de acabarme la bebida.

Cuando vuelvo a mirar a Lily, sé que he hablado más de la cuenta. Es mi mejor amiga, pero no siempre apoya mis ideas. Sigue sin entender por qué odio tanto mi existencia.

—¿Qué estás tramando?

—Nada. ¿Sabes qué? —Mis ojos se mueven inquietos en busca de una salida—. Voy a salir a tomar un poco de aire. Estas fiestas me asfixian, y está claro que he vuelto a beber más de lo que debía.

Me mira con suspicacia, como dudando si creerme o no.

—Eres una chica rara, Adeline.

Fuerzo una sonrisa que parece aplacar su recelo.

—Nadie es perfecto, Lily. No existe la perfección. Y si existe, te rompe en pedazos. Mira a tu alrededor. Es peligroso ser perfecto hoy en día.

—No tienes nada de lo que preocuparte, tú distas mucho de serlo. Toma. Hace frío en la calle. Llévate mi chal.

No quiero llevarme nada, pero lo hago para que me deje marchar de una vez. Tengo que poner orden en esos preocupantes pensamientos que llevan diez minutos asaltando mi mente como las flechas de un cazador.

—Gracias. No tardaré en volver.

Con la prenda alrededor de los hombros, salgo a la terraza más próxima. Me alegra comprobar que no hay nadie más aquí. Necesito unos momentos a solas. Por Dios, ¿a qué hora acaba esta estúpida fiesta? Me quedaré aquí, aislada de todos, hasta que termine. No pienso volver ahí dentro para escuchar las mismas conversaciones vacías de siempre.

Sumergida en mis pensamientos, apoyo las manos en la barandilla y dejo que mi mirada se pierda en el panorama que se extiende ante mis ojos.

Las luces titilantes de los rascacielos que ocultan algunas de las viviendas más caras del mundo se empequeñecen en el horizonte, y parece que la cúpula del Empire, orgullosamente erguida en medio de todos los demás edificios, está vigilando la ciudad, como uno de esos antiguos faros. El Faro de Nueva York.

Se supone que yo pertenezco a esto, que lo que estoy viendo es mi mundo, pero lo cierto es que jamás me he sentido como si

formara parte de él. En realidad, creo que yo jamás he formado parte de nada.

Es verdaderamente triste sentirse siempre como un intruso y que todo parezca tan grande comparado contigo. La jungla que se alza por encima de mí es, en ocasiones, un lugar peligroso para alguien como yo.

—Resulta tranquilizador, ¿verdad?

Sobresaltada, muevo el cuello hacia el hombre que acaba de detenerse a mi izquierda. ¡Es él! El desconocido de ojos azules.

—¿A qué te refieres? —me obligo a decir, al cabo de unos instantes de completo silencio.

Sus impactantes ojos se pierden a lo lejos. Se ha deshecho de la chaqueta de su traje y ahora solo viste el pantalón oscuro y la camisa blanca, arremangada por debajo de los codos, de un modo que le hace parecer elegante a la vez que despreocupado.

—Las luces. Me tranquiliza mirarlas. —Con absoluto aplomo, vuelve la mirada hacia mí—. ¿No te pasa a ti lo mismo?

Me quedo mirándolo embobada, sin ser capaz de abrir la boca.

El desconocido me dedica una sonrisa amable, supongo que divertido por la mueca de idiota que debe de registrar mi rostro.

¡Mi madre! Cuando sonríe, más que guapo, es arrasador. Tiene un rostro impresionante, de labios carnosos y nariz recta. Antes no me había dado cuenta de ello, pero ahora lo veo con claridad.

Sus rasgos son salvajes y aristados, y reflejan dureza. Aun así, puedo ver cómo a través de ellos consigue asomarse un ápice de afabilidad. Su constitución delgada y su porte erguido le prestan un aire de distinción que le vuelve aún más irresistible a mis ojos. Lleva el oscuro pelo despeinado, como si no hubiera modo alguno de arreglarlo, y hay una arruga de concentración cruzando su entrecejo.

Parece alguien severo y autoritario, con una gran predisposición a fruncir el ceño. Un líder, quizá, acostumbrado a que la gente le siga y le obedezca en todo momento.

—Oye, ¿te encuentras bien? —me pregunta con voz cálida, al ver que no me dispongo a abrir la boca.

Sacudo la cabeza para ahuyentar mis pensamientos.

—Supongo que sí. Quiero decir, sí, me resulta tranquilizador mirar. ¡Las luces! —chillo, convencida de que mis palabras podrían adquirir un doble sentido para alguien como él—. Me resulta tranquilizador contemplar *las luces* —apostillo en un susurro.

Una sonrisa pícara roza la esquina derecha de su boca.

—Por supuesto que las luces. Es de lo que estábamos hablando, ¿no?

Carraspeo, bastante incómoda a causa de mi creciente ansiedad.

—Desde luego —musito, y me sonrojo. Inexplicablemente.

Durante un breve momento, se queda paralizado, contemplando concentrado cada uno de mis rasgos, como si pretendiera absorberlos.

—Estás muy guapa cuando te ruborizas. Deberías hacerlo más a menudo. Soy Robert, por cierto.

Bajo los ojos hacia la mano que me ofrece y la miro con recelo, como si dudara sobre si tocarla o no. Tengo la molesta sensación de que la arteria del cuello va a estallarme si mi pulso sigue acelerándose de este modo. «*Si tan solo dejara de mirarme tan intensamente...*»

—Adeline —murmuro, al tiempo que me dispongo a estrecharle por fin la mano.

Pego un brinco cuando las puntas de mis dedos rozan su piel. Su contacto abrasa y me provoca una deliciosa sacudida. Me dedica una sonrisa lenta, llena de misterio, peligrosa, y yo me apresuro a soltarle.

—No te asustes, *Adeline* —formula mi nombre con gran deleite, como si quisiera comprobar cómo suena en sus labios. Desde luego, suena bien. Demasiado bien—. Tan solo eran unas cuantas chispas.

«*Dios mío...*»

—Ya. —Fuerzo una sonrisa, y él me guiña un ojo y me sonríe de vuelta.

Me pone nerviosa. Hay algo en él que me atrae, y no sé el qué.

En un intento por calmar mis nervios, cada vez más descontrolados, desvío los ojos hacia la noche neoyorquina, con la esperanza de que Robert lleve razón. Quizá resulte tranquilizador mirar las luces.

—¿Puedo invitarte a una copa? —me distrae la suavidad de su voz.

Permanezco inmóvil por unos momentos, y luego muevo el cuello para mirarle. Este hombre tan increíble quiere que tomemos una copa. Juntos, él y yo. Y a mí no se me ocurre una idea mejor. Lo paradójico de todo es que la *idea* de que esto me parezca una buena *idea* es, en sí, una *idea* espantosa.

—Solo si mi novio puede acompañarnos —contesto con fingida gravedad.

Sus labios se curvan en una sonrisa seductora. Muy lenta. Felina. Si yo fuese un poco más delicada, este sería un excelente momento para desmayarse. Pero no es mi estilo.

—¿Tu novio? —acota con gélido desdén—. ¿Te refieres a ese mocoso que está compitiendo en una guerra de chupitos?

No puedo apartar los ojos de los suyos, y eso me incomoda un poco.

—Veo que te mueres por hacer amistades esta noche, ¿eh? —me burlo.

El desconocido tuerce la boca en un gesto de desprecio.

—¡Amistades! —bufa, y luego me mira, todo seriedad—. Deberías salir con hombres de verdad, Adeline.

No consigo frenar a tiempo la sonrisa que se extiende en mis labios.

—Como... ¿tú? —le propongo, con una ceja alzada.

Se humedece los labios muy despacio y asiente con gran convicción. Es un auténtico seductor. Lo delatan sus movimientos, su mirada, su sonrisa ladeada. Estoy ante un *playboy* con clase, no me cabe duda de ello. Quizá Lily llevara razón. Quizá fuera cierto todo lo que dicen sobre él.

—Yo no te dejaría sola en una fiesta para ir a emborracharme con mis amigos.

Es tan arrogante y tan seguro de sí mismo que no puedo dejar de sonreír.

—¿Ah, no? ¿Y qué harías tú?

Durante el tiempo que permanece callado, con las dos manos hundidas despreocupadamente en los bolsillos de su pantalón de

sastre, su penetrante mirada se arrastra por todo mi rostro. De pronto, sus ojos se detienen sobre mi boca, y algo en mi interior se incendia ante ese modo de mirarme. A juzgar por cómo se oscurecen sus pupilas, la respuesta involucra algo ilegal, y no estoy demasiado segura de si tengo bastante edad como para conocerla.

Para mi desesperación, esa idea me hace sonrojarme de nuevo. Él repara en el rubor que incendia mis mejillas y una sonrisa un tanto socarrona se adueña de sus labios. «*¡Ay, mi madre!*»

—Quizá te lo cuente, Adeline, pero este no es un buen lugar. —Me tiende una mano, y es de locos lo mucho que deseo tocarle—. ¿Nos vamos?

La hija prometida de un ultra católico senador de los Estados Unidos le diría que no. Pero ¿quién es esa? ¿Alguien la conoce?

Hechizada por el infinito azul marino en el que fácilmente podría ahogarme, cojo la mano que me ofrece y me voy con él. Este hombre desata mi locura. Sin duda alguna.

—Y bien, ¿me lo vas a contar ahora? —pregunto, en la acera—. ¿O seguirás haciéndote el misterioso?

Sin que esa inquietante media sonrisa abandone sus labios, ladea un poco la cabeza, agarra mi cintura con ambas manos y me arrastra hacia él hasta que nuestros pechos colisionan, como dos trenes de alta velocidad. Prácticamente soy capaz de vislumbrar las chispas que estallan a nuestro alrededor.

Chispas...

¿Qué tendrán las chispas que me fascinan tanto?

Mi pulso empieza a latir enloquecido, y respirar hondo ya no sirve de nada para calmarlo. Él desvía la mirada hacia mi cuello, repara en ese alterado latido, y noto por su modo de torcer los labios que mi nerviosismo le hace una gracia tremenda.

No es propio de mí comportarme como una adolescente llena de hormonas, y me irrita descubrir que no puedo evitarlo ni mantenerlo bajo control.

—Nunca viene mal un poco de misterio, señorita —susurra contra mi boca.

Las yemas de sus dedos se arrastran por mi espalda, muy despacio; recorren mi piel desnuda de un extremo al otro y se

detienen en la parte baja de mi espina dorsal.

Pese a que la piel está ardiéndome, bajo su roce empiezo a temblar, aunque el frío nada tiene que ver con las reacciones de mi cuerpo. Todo esto es causa de ese deseo caliente, irresistible, desconocido e irracional que invade mi bajo vientre. Nunca me he sentido así.

—¿Vas a besarme? —me sorprendo a mí misma murmurando.

Me ruborizo en cuanto esas palabras nacen en mis labios. «*¡Mierda! ¿Pero qué diablos pasa conmigo?*»

—¿Es eso lo que quieres?, ¿que te bese? —repone él, incapaz de reprimir una sonrisa dulce.

Es narcótico el modo en el que sus ardientes ojos enfocan mis labios. Me los muerdo por dentro, muy avergonzada. Ojalá pudiera actuar como lo haría un ser racional. Pero no puedo. Mi capacidad de raciocinio queda anulada por completo en su presencia. Nunca he conocido a nadie tan magnético como él.

—¡Por supuesto que no quiero que me beses! —declaro en un tono jocoso que, sin embargo, no consigue enmascarar mi nerviosismo—. Como te he dicho, estoy saliendo con alguien.

La energía que ruge entre nosotros es innegable.

Con la respiración súbitamente pausada, Robert extiende la mano y recorre el contorno de mi boca con la yema de su pulgar. Un gemido muere en alguna parte de mi garganta.

—Mentir está muy mal, señorita Adeline —musita con aire absorto—. Es evidente que quieres que te bese. ¿Por qué no me haces un favor y lo admites de una vez?

Cuando alza la mirada y esos devastadores iris azules vuelven a clavarse en los míos, soy incapaz de disimular un pequeño suspiro.

Presa de la exasperación, entorno los ojos, mosqueada conmigo misma por permitir que él tenga este efecto en mí.

—Vale, sí. Un poco —confieso sonrojada, tras algunos segundos de reflexión.

—¿Un poco? —Lo niega y, con aire divertido, se inclina sobre mí para susurrarme algo al oído—. Realmente detesto decepcionarte, carita de ángel —me dice con esa voz rasgada, que deja bien claro

que no lo detesta en absoluto—, pero mucho me temo que yo no sé besar *un poco*.

—¿Y cómo sabes besar entonces?

Se endereza, enarca una ceja lentamente y su sonrisa se intensifica.

—¿Que cómo sé besar? —Su mirada es tan abrasadora que el corazón se me detiene, para luego pegar un violento brinco entre las paredes de mi pecho—. Así —murmura.

Sin demasiados miramientos, me agarra la nuca con una mano y aplasta los labios contra los míos.

Antes de que pueda entender lo que está pasando, me abre la boca con la suya, me mete la lengua dentro y me besa. Ya lo creo que me besa. Me besa como nunca, en mis veinte años, he sido besada. La pasión se intercala con la ternura, formando una unión tan inquebrantable y extraordinaria que temo no volver a ser capaz de sentir nunca más.

La oscuridad nos envuelve, tan atrayente y deliciosa, y se apodera de mi cuerpo y mi mente como una marea imparable. No hago el más mínimo esfuerzo por oponer resistencia. Todo lo contrario. Me dejo arrastrar hacia un torbellino peligroso, excitante, imposible de controlar; un lugar diferente a todo cuanto jamás he conocido. Este hombre es capaz de llevarme a sitios que nadie más conoce.

Su boca sobre la mía me reclama febril, ansiosamente. Me absorbe. No puedo hacer más que devolverle el beso. No me deja otra alternativa, no tengo elección. Mi lengua se enrosca con la suya y se une a una danza de lo más erótica, mientras mi cuerpo se disuelve en un océano de sensaciones.

Como si estuviera luchando por contenerse, se detiene por un momento, con mi cabeza entre las manos, y respira tan fuerte que se le dilatan las aletas de la nariz.

Cuando busco sus ojos, me encuentro con que sus hermosas facciones lucen devastadas, supongo que igual de alteradas que las mías. A nuestro alrededor, algunos transeúntes aminoran la marcha para poder observarnos mejor. Robert me mira los labios hinchados y sacude la cabeza, no sé si arrepentido, asombrado o excitado. Quizá sea una mezcla de las tres cosas.

—Nos están mirando —le susurro, ya que él no reacciona—. Podría haber *paparazzi*...

Está muy cerca de mí, tan cerca que lo siento, lo respiro. Nuestros alientos se mezclan y el deseo que late entre nuestros cuerpos se vuelve inaguantable. Sus ojos están clavados en los míos, y me parecen aún más azules que antes. Me quedo inmóvil, mirándolo, disfrutando de su proximidad.

—Que se jodan —murmura, antes de volver a abalanzarse sobre mí.

Agarrándome por la nuca con ambas manos, me hace retroceder hasta apoyarme contra el muro del local, donde, arropados por las sombras de la noche, vuelve a tomar posesión sobre mi boca, besándome aún más profundamente.

No me muevo cuando se pega a mí y me atrapa bajo la dura presión de sus músculos. Su boca baja por mi cuello, ávida, caliente y húmeda, aferrada a cada centímetro de mi piel. No puedo apartarme de él, ni puedo controlar mi excitación, que aumenta gradualmente a medida que el calor de su cuerpo derrite al mío. Me está rompiendo en pedazos. La sangre de mis venas empieza a bullir, y unas intensas oleadas de deseo fluyen por todo mi ser, recordándome que he perdido todo el control. Ahora mismo dejaría que hiciera conmigo lo que él quisiera.

—Por favor... —musito débilmente, aunque no sé si para que me suelte o para que se apiade de mí. Estoy pidiéndole algo que no sabría definir.

Una brutal descarga eléctrica sacude todo mi interior cuando me aferro a sus brazos y percibo cómo, por debajo de su camisa, sus bíceps se tensan. Su corazón empieza a latir tan acelerado contra mi pecho que tengo claro que esto le afecta tanto como me está afectando a mí.

Levanta la cabeza hacia mis ojos y mueve las manos para agarrarme el rostro.

—Por favor, ¿qué? —murmura.

—Yo... solo quiero...

—Que te bese. ¿Es eso lo que quieres?

—Yo... —No me sale nada inteligente, así que me mantengo callada.

Sin aflojar la presión del cuerpo que me mantiene atrapada contra la pared, sus labios chocan de nuevo con los míos en un beso devastador. Parece tomarse todo el tiempo del mundo para dedicarse a este momento, y yo me siento embargada por un placer sin remordimientos.

En un singular momento de lucidez, intento apartarme, pero él me besa, y me besa, y me besa, como si no fuera capaz de detenerse, y acabo rindiéndome. Me rindo porque no se puede luchar contra una fuerza así de arrolladora.

—A partir de este momento, eres solo mía —me informa cuando, por fin, se despegan nuestros labios.

Ahogo un gemido cuando su mano recorre la curva de mi trasero y me atrae hacia sus caderas, para que note su deseo. Me siento embriagada de excitación, y eso es abrumador.

Por encima de nuestras cabezas, una ráfaga de viento desprende unas cuantas hojas doradas y las hace flotar en el aire. Apenas reparo en la gracia de su baile. El mundo que nos envuelve se ha vuelto borroso e insignificante; irreal.

Permanezco ausente, intentando estabilizarme a pesar de las frenéticas espirales por las que aún giro. Tengo los labios hinchados y ardiéndome, la respiración alterada y la mente completamente perdida en este momento transcendental. Una parte de mí sabe que después de estos besos, nada, nunca, volverá a ser como antes. No creo que yo vuelva a ser la de antes.

—Tonterías —susurro con aire distraído. Apoyo una mano contra la pared para no perder el equilibrio, pues me tiemblan las rodillas—. Yo no soy de nadie. No te pertenezco ni te perteneceré jamás. No vayas a pensar que después de un beso voy a convertirme en uno de tus numerosos juguetes.

No debería estar aquí con él, y aun así, no soy capaz de apartarme. Hay algo en él. ¿Qué es? Levanto los ojos hacia los suyos y estudio su mirada, pero mi exhausta mente no consigue encontrar la respuesta a esa pregunta.

Los llameantes pozos, que me contemplan con el mismo interés, no desvelan nada en absoluto. Lo único que sé es que este desconocido me atrae como nadie lo ha hecho jamás.

Su mano tira de mí y, sin darme cuenta, estoy con la cabeza apoyada contra su hombro y sus brazos me rodean en un gesto protector. Alguien silba a sus espaldas, no sé si para llamar nuestra atención o por cualquier otra cosa.

—Te equivocas —susurra, más bien para sí mismo, y su abrazo se vuelve aún más fuerte—. Eres mía. Es evidente que tú y yo tenemos algo. Y no pretendo convertirte en uno de mis *numerosos juguetes*. Pretendo convertirte en mi juguete favorito.

Su olor es lo más excitante que he olido jamás. Huele como un bosque durante una fuerte tormenta, a algo terrenal e irresistible; a tentación, supongo.

—Mi novio está esperándome ahí dentro —comento abruptamente, quizá en un torpe intento de recordármelo a mí misma.

Robert baja la mirada hacia la mía. Sonríe, incluso cuando lo único que se refleja en sus ojos es un brillo de feroz excitación. Vuelvo a percibir en él ese *algo* tan perturbador que soy incapaz de señalar. Puede que sea su forma de tocarme lo que impacta tanto. Su palma está apoyada contra la mía, sus delgados dedos están curvados sobre mis nudillos, y yo siento como si un extraño hormigueo fluyera por todas las venas de mi cuerpo.

Desde luego, cualquier chica se merece ser tocada y besada de este modo, aunque fuera por una sola vez en la vida.

—¿Tu novio? —repite como si el asunto no tuviera importancia alguna para él, mientras su pulgar se entretiene acariciando suavemente al mío—. Mmmm. Tienes que dejarlo, me temo. Lo primero que debes conocer acerca de mí es que no soporto compartir lo que es mío.

—Yo no soy tuya.

Mis esfuerzos por aferrarme a la negación parecen divertirle.

—Ah, claro que sí. Te acabo de besar. No me habría cogido semejantes libertades contigo de no haber estado plenamente convencido de ello, ¿no te parece?

—A ti se te va la pinza, ¿a que sí?

Su pulgar frota al mío hasta que este termina por devolverle las caricias. Me ha desarmado una vez más.

—Algunas veces. Pero esta noche no es el caso, señorita. Te garantizo que estoy en pleno uso de mis facultades mentales. Y ahora, teniendo en cuenta que ya te he mostrado cómo besamos los hombres —sonríe y se pasa la lengua por los labios, muy despacio, como si estuviera rememorando nuestro beso—, dime, bella Adeline, ¿qué quieres hacer a continuación?

«*¿Volver a besarte así por el resto de mis días?*»

—Dijiste que ibas a invitarme a una copa. Hazlo.

No sé de qué parte de mi cerebro ha salido eso. Tenía que haberle gritado un *¡suéltame!* y salir corriendo de vuelta a los brazos de Josh. Hay tantas cosas que tenía que haber hecho, y, sin embargo, nunca las hice. Así es el ser humano, supongo. De un modo u otro, siempre acaba rindiéndose ante la tentación.

—Está bien. —Su cálida boca roza el pulso de mi cuello, y de nuevo puedo notar esa excitación recorriendo mis venas cual devoradoras llamas—. Relájate —me susurra al oído—. Yo cuidaré de ti. Siempre cuidaré de ti. Vamos.

Cuando me quiero dar cuenta, ya me ha hecho cruzar la acera y ahora está sosteniéndome la puerta de su coche, un Maserati oscuro, masculino, sin duda alguna, veloz. Subo, sin pensármelo demasiado. Es una locura, lo sé. Ni siquiera me ha dicho adónde vamos. ¿Acaso importa? Supongo que no.

Sobrecogida por todo, observo en silencio cómo rodea el coche, se desliza en el asiento del conductor y gira la llave dentro del contacto. El bólido se pone en marcha con un suave ronroneo, sin tardar más de unos pocos segundos en adquirir una velocidad preocupante.

—¿Adónde vamos? —pregunto de pronto, al advertir que llevamos varios minutos en silencio.

Una pequeña, casi imperceptible sonrisa aparece en los extremos de su boca.

—A cualquier parte.

No hay demasiado tráfico, lo que le permite sortear los demás coches y conducir deprisa. Odio que la gente conduzca tan rápido, pero con él, por alguna razón, me siento a salvo. Tengo la sensación de que, estando con este hombre que acabo de conocer, nada malo podría pasarme. Hay algo en su forma de mirarme que me dice que él jamás me lastimaría. Aunque es posible que sus ojos mientan.

Pasan los minutos sin que ninguno de los dos hable. Nueva York vuela a ambos lados, lejana e indiferente, con sus luces titilantes y sus aceras transitadas por cientos de personas. ¿Qué sabe Nueva York sobre nosotros? Nada. El hombre de ojos azules y yo somos uno de los múltiples misterios que se ocultan entre las sombras de esta enorme ciudad.

—¿Qué haces con ese niño de papá? —me sorprende su voz.

Me encojo de hombros.

—Ya te lo dije, es mi novio.

—Lo era —repone con hosquedad.

Nos volvemos a sumir en un profundo silencio. Conforme avanzamos en el tráfico de la noche de domingo, me entretengo examinándolo de reojo. Mis ojos se arrastran por la curva de su mejilla sin afeitar, por las facciones duras, sumidas en penumbra. Intento adivinar su edad. Debe de rodar la treintena. Puede que me saque diez años. Tal vez, unos cuantos más.

—Y tú, misterioso desconocido que todo parece saberlo, ¿por qué estabas en esa fiesta tan aislado de los demás?

Me doy cuenta de que le divierte mi sarcasmo. Las esquinas de su boca se alzan levemente.

—Así que has estado observándome, ¿eh, señorita?

Como no contesto, gira el cuello para lanzarme una mirada insistente, antes de volver a centrar los ojos en la carretera.

—El que me estaba observando eras tú —contesto por fin.

Sacude la cabeza lentamente, decepcionado por mi respuesta.

—Yo diría que, más bien, nos estábamos observando mutuamente, Adeline. ¿No opinas tú lo mismo?

Mis labios se fruncen en un gesto de indiferencia.

—Quizá. ¿A quién le importa?

—A mí. Vamos, sabes que llevo razón. Incluso una chica mala y rebelde como tú ha de admitirlo.

Giro el cuello hacia él y le lanzo una mirada fulgurante. Estoy harta de la gente que me juzga por mi maquillaje oscuro y la música rock que me acompaña a todas partes, y no por lo que realmente soy.

—¿Chica mala y rebelde? Tú no sabes nada acerca de mí.

—Y, sin embargo, desearía saberlo todo —repone con aplomo, y esas palabras me dejan tan completa y absolutamente descolocada que mi incipiente cólera empieza a disiparse—. ¿Qué te parece este lugar para tomar esa copa que te he prometido?

Desplazo los ojos hacia la ventanilla y veo que estamos aparcando delante del *Bemelmans Bar*. Pese a lo famoso que es este sitio, nunca he estado aquí. Lo único que sé es que es un bar clásico donde sirven los mejores martinis del mundo.

—Supongo que me parece bien —farfullo, empeñada en no abandonar tan pronto mi actitud beligerante.

—Con un suponer me basta.

Me sonríe y, de un modo imperceptible, mi rostro pasa de mostrar una expresión enfurruñada a lucir una sonrisa bobalicona. Se apea del coche, me abre la puerta y me lleva de la mano hasta la entrada del bar.

Me invita a pasar, extendiendo cortésmente la palma, y yo obedezco en silencio. Me descoloca todo esto, a la vez que me preocupa el control que parece ejercer sobre mí.

Una vez cruzada la entrada, apoya una mano en la parte baja de mi espalda y me guía hacia la mesa más alejada de todas. Por supuesto, me estremezco cuando sus dedos rozan mi piel, y creo que él lo nota.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —me susurra al oído, y yo sacudo la cabeza a modo de respuesta—. ¿Qué te parece entonces?

—Es espectacular —murmuro distraída, contemplando el pequeño interior, tan cálido y acogedor que arrastra los últimos vestigios de mi malhumor. Una no puede estar de malas pulgas aquí dentro, y mucho menos si va acompañada por alguien como él.

—Espectacular... —repite para sí mismo como si estuviera sopesando la palabra—. No puedo más que coincidir.

Su voz es tan baja que apenas se le escucha a causa de la música y las conversaciones de la gente.

Tomamos asiento cara a cara. Las mesas y las sillas son del mismo tono de marrón que los divanes de cuero. Examino impresionada las lámparas que hay encima de cada mesa. Tienen unos dibujos curiosos, muy originales. Sonrío al ver que la nuestra muestra a un conejo con traje, durmiendo de pie.

—¿Sabías que esos dibujos de ahí los hicieron a mano?

Sigo la dirección de sus ojos y observo los grabados de las paredes. Imitan el estilo de las lámparas, de modo que no me cabe duda de que fueran realizados por el mismo artista.

—No tenía ni idea —contesto con voz baja.

El ambiente que nos envuelve es íntimo. Aquí estamos los dos, ajenos a todo cuanto nos rodea. La amarillenta luz de la lámpara se derrama sobre nuestros rostros como oro líquido, y su mirada está clavada en la mía. Este modo de contemplarme hace que la excitación burbujee en mi interior como si en cualquier momento fuera a estallar. Bajo el embrujo de esas profundidades azules, mi mente clasifica el bar de lugar elegante, incluso sensual y, hasta cierto punto, enigmático.

En el piano que hay a tres mesas de distancia de la nuestra, está sentada una mujer muy atractiva interpretando *Burning Desire*. Giro el cuello y durante algunos segundos contemplo distraída aquellos dedos oscuros que se deslizan por la palidez de las teclas.

—Qué adecuado —comento, volviendo los ojos hacia él.

Me observa en silencio, concentrado, a juzgar por la arruga que cruza su ceño. Quizá esté intentando adivinar si me refiero a la letra de la canción o al piano como mero objeto de decoración. Lo cierto es que yo también intento adivinarlo.

—¿Te gusta esta canción? —me susurra.

Tengo la sensación de que está contemplándome como si no existiera nada aparte de mí en el universo entero. Nunca he visto tanta intensidad en una mirada, tanta concentración, tanto interés.

Toda chica también se merece ser mirada así, aunque sea una sola vez.

—Me encanta —susurro, un poco intimidada por ese imperturbable azul.

Durante algunos segundos, nos embebemos el uno en el otro. La química de nuestras miradas es impresionante.

—A mí también me suele gustar la música de Lana del Rey. Me parece… decadente. Muy adecuada para algunos momentos *especiales* —me ruborizo al entender de qué momentos está hablando, y él sonríe con picardía, divertido por mi recato—. Mmmm. Interesante. Me va a encantar hacerlo.

Lo miro sin entender.

—¿El qué?

Sacude la cabeza despacio como si no tuviera importancia alguna.

—Nada. Dime, Adeline, ¿vas a tomar otro *Manhattan*?

Frunzo el ceño. Nada más llegar a esa fiesta me tomé un *Manhattan*, pero él no estaba ahí. ¿O sí?

—¿Cómo sabes tú eso?

Disimula una sonrisa digna de un niño travieso que acaba de hacer alguna maldad que ahora se muere por compartir.

—Estuve observándote desde que entraste por la puerta.

Me vuelvo a sonrojar, sin poder evitarlo, y empiezo a removerme inquieta en mi asiento.

—¿Y puede saberse por qué? —murmuro, intentando escapar de su mirada, que todo parece verlo, incluso los recovecos más profundos de mi alma.

Su sonrisa se intensifica, lo cual me hace sentirme cada vez más agitada.

—El asunto es de una terrible simplicidad. Eras la chica más guapa de toda esa absurda fiesta, y yo no podía apartar mis ojos de ti. —Me estremezco en lo más profundo de mi ser cuando coge mi mano por encima de la mesa, haciendo que mi piel entre en lenta combustión de inmediato—. Parecías un ángel recién caído del Edén.

—Ya. —Suelto una risita nerviosa—. Un ángel oscuro, quizá. Mírame.

—Curiosamente, es lo que llevo toda la noche haciendo —susurra, con esa rasposa voz que vibra a través de mi cuerpo.

Su pulgar recorre mis nudillos uno a uno. Trago en seco, sorprendida por el contacto de su cálida y suave piel. ¿Cómo puede estar quemando?

—Seré directo contigo, Adeline —dice despacio, con muchísimo aplomo, como si estuviera sopesando cada una de sus palabras—. No me gustan las situaciones complejas, así que desvelaré mis cartas desde el principio. Te diré qué es lo que quiero de ti, para que no haya sorpresas después.

—¿Es que quieres algo de mí? —balbuceo.

Levanto la cabeza para mirarlo a la cara. Sonríe, sin que su dedo deje de acariciarme la mano. Me derrito, pero consigo fingir indiferencia. Se me da muy bien fingir que nada me afecta.

—Evidentemente. De lo contrario, no estaríamos aquí.

—Ya veo.

Sabía que fugarme con él era una malísima idea. Si no me flaquearan tanto las rodillas, me levantaría ahora mismo. Me preocupa lo que vaya a decirme. No, no es eso, en realidad. Lo que me preocupa es que yo vaya a aceptar cualquier cosa que él me proponga.

—¿Te da miedito preguntar qué es lo que quiero de ti? —La sorna que tiñe su voz basta para que mi cerebro active todas mis autodefensas.

—*¿Miedito?* —bufo, con ambas cejas arqueadas y las pupilas, de pronto oscurecidas, taladrando las suyas—. Déjame decirte algo, Robert Black. —Me inclino sobre la mesa, para resultar más intimidante—. Cuando tenía doce años, di un discurso en el Capitolio. Iba sobre la paz mundial, un asunto que siempre me ha preocupado. Ahí delante de todos los pesos pesados de la política americana, expuse todas mis ideas. *De memoria* —subrayo entre dientes—. No me tembló la voz siquiera. Te equivocas si piensas que alguien como tú podría intimidarme.

Se muerde el labio por dentro para frenar una sonrisa lenta y de lo más sexy.

—Así que, Adeline, eres una chica dura. Mejor aún. Detestaría tener que pasar por todo ese rollo de damisela que se desmaya ante mi declaración de intenciones.

—Tranquilo. No me he desmayado en mi vida. No voy a empezar ahora. ¿Qué es lo que quieres?

—Está bien. Te lo diré. Quiero que seas mía, con todo lo que eso conlleva.

¡Guau! Es un hombre que no se anda con tonterías. ¿Para qué perder el tiempo?

—Y esperas que yo te diga que sí a eso —afirmo, aunque él no se inquieta en absoluto ante la sequedad de mi voz.

—Sin duda, lo harás, tarde o temprano, de un modo u otro. No le demos más vueltas al asunto. Mañana quiero verte en mi despacho para que negociemos detenidamente los términos del acuerdo.

Me quedo mirándolo boquiabierta. ¿Se puede ser más jodidamente arrogante?

Retiro la mano de inmediato, lo cual parece sorprenderle. ¿Y qué demonios esperaba? Tiene suerte de que no me haya largado aún.

—*¿El acuerdo?* ¿Eso es lo que supone para ti? ¿Un jodido acuerdo?

Sus ojos brillan impenetrables, aunque juraría haber distinguido una débil chispa de confusión en lo más hondo de sus órbitas.

—¿Es que te disgusta el término?

—¿Realmente me acabas de preguntar si me disgusta el término?

Lo miro totalmente perpleja y él frunce el ceño.

—Entiendo. Vaya. Así que eres de las que leen libros de Nicholas Sparks.

Lo dice como si aquello fuera un poco decepcionante para él.

—No sé quién demonios es Nicholas Sparks.

Mi respuesta le asombra. Lo veo en sus ojos.

—Todo el mundo sabe quién es Nicholas Sparks, Adeline.

—Yo no soy todo el mundo, Black.

Las comisuras de su boca se curvan hacia arriba.

—Llevas razón. No lo eres. Tú eres especial —se queda meditabundo, como si acabara de caer en la cuenta de algo

importante—. ¿Sabes qué? Ignora todo lo que te he dicho. Lo siento. Me he precipitado contigo. Empecemos de cero, ¿vale?

¿Es bipolar? Otra explicación no se me ocurre.

—¿Lo sientes y ya está? ¿No vas a darme más explicaciones al respecto?

Deja escapar un suspiro airado.

—¿Más explicaciones? ¿Para qué? ¿No es obvio? Me he equivocado al pensar que estás preparada para llevar nuestra relación al siguiente nivel. Claramente, no lo estás, así que reculo. Haremos las cosas a tu manera. ¿Quieres un héroe romántico? Pues seré el héroe romántico que necesitas, preciosa. Durante un tiempo.

—¿Y por qué harías tamaño *sacrificio*? —escupo, de lo más sarcástica.

—Hay causas que valen la pena. Tú eres una de ellas. Lo que realmente me importa es alcanzar los resultados deseados, de modo que estoy dispuesto a hacer borrón y cuenta nueva.

—¿Borrón y cuenta nueva? —repito con la voz cargada de escepticismo.

—Ya me has oído. Y, cambiando de tema, ¿cuántos años tienes, Adeline?

«*Es bipolar*».

—Cumplí los veinte en abril —rezongo. «*¿Bipolar diagnosticado y medicado, o sin diagnosticar?*» —. ¿Y tú?

Los músculos de su mandíbula se endurecen y su cuerpo se vuelve rígido, como si de repente estuviera incómodo. Se remueve el pelo con los dedos y, en unos pocos segundos, su mirada se torna completamente inexpresiva.

—Muchos más.

Fin de la conversación.

—Eso me había quedado obvio desde que te vi.

—Sí, supongo que es obvio —gruñe malhumorado—. Entonces, ¿un *Manhattan*?

Tiene el ceño fruncido y me observa pasándose la mano por la oscura barba incipiente que cubre su mentón. Por un momento, contemplo la idea de irme. Al mismo tiempo, contemplo la idea de quedarme. No sé exactamente cómo actuar. Es decir, se merece que

me vaya. Por el otro lado, irme significa no volver a verle. Es una decisión difícil, sin duda.

—¿Adeline? —la suavidad de su voz interrumpe la sarta de pensamientos que se agolpan dentro de mi mente.

Suelto un interminable suspiro de rendición. Supongo que la decisión era obvia desde el principio.

—De acuerdo. Un *Manhattan*, y me largo.

—Quizá no quieras irte después de tomar una copa conmigo.

¡El colmo de la arrogancia!

—O quizá quiera irme incluso antes de acabarla.

Frunce el ceño de nuevo, como si estuviera sopesando atentamente esa eventualidad.

—Mmmm. No descartemos esa posibilidad. Por si acaso.

Pide mi bebida y un *brandy* para él. Qué convencional. Prefiero a los chicos que beben cerveza de barril. Directamente del barril, quiero decir.

La camarera no tarda demasiado en servirnos las bebidas, y yo, agradecida, cojo la mía y le doy un buen trago. Necesito calmar el hueco que su propuesta me ha provocado en el estómago.

—Seamos amigos, Adeline —propone de pronto, dejando su copa encima de la mesa, después de tomar más de la mitad, así, de golpe.

—¿Quieres ser mi amigo?

—No, realmente, no. Es decir, sí. Para empezar.

—Me confundes.

—Lo siento.

—No pareces arrepentido.

—Pues lo estoy. ¿Siempre llevas las uñas pintadas de negro?

—¿Siempre cambias de tema tan bruscamente?

Sus ojos se clavan en los míos como en un interrogatorio, aunque no consiguen intimidarme.

—No has contestado a mi pregunta, Adeline.

—Ni tú a la mía, Black.

—Dios. —Me lanza una mirada divertida—. Eres dura de pelar, jovencita.

Suelto una carcajada.

—Estoy acostumbrada a los debates.

—¿Y eso por qué?

Bajo la mirada hacia mis dedos, aferrados en torno a la elegante copa.

—No es asunto tuyo. Y mis uñas no están pintadas de negro. Esto es azul marino. Como tus hermosos ojos.

Sonrío cuando me doy cuenta de que se ha ruborizado como un chico tímido.

—Perdona, ¿te ha incomodado mi sinceridad? —me burlo.

—No, claro que no.

Se aclara la voz discretamente, antes de desviar la mirada. No necesito más indicios para saber que quiere cambiar de tema. Considera adecuado observarme fijamente y hacerme propuestas tan directas y escandalosas, pero ser observado no lo gusta tanto. ¡Mira tú por dónde! Esto está poniéndose interesante.

—Y cuéntame, ¿cómo es la vida de una chica de veinte años hoy en día? —inquiere al cabo de unos segundos—. ¿Qué haces para divertirte?

—¿Aparte de fingir ser alguien que no soy? —Me muerdo la lengua nada más soltar esa barbarie—. Dios, lo siento. Eso ha sido inapropiado.

—Oye... —Extiende el brazo y me levanta la barbilla para mirarme a los ojos. Sin poder evitarlo, pego un brinco por la suavidad con la que sus dedos me tocan—. No te disculpes nunca por decir lo que piensas. No conmigo. Si los demás no son capaces de valorar tu sinceridad, será que son idiotas.

Se me escapa una carcajada cargada de nerviosismo.

—Desde luego. No obstante, debería sentirme ofendida. Acabas de llamar *idiotas* a mis padres, mis amigos y, prácticamente, a todos los que conozco.

Ríe entre dientes.

—Entiendo a lo que te refieres. Por desgracia, la mayoría de mis conocidos también se incluyen en esa categoría.

Se toma un trago, sin que sus penetrantes ojos se aparten de los míos.

—Increíble. Dos inadaptados socialmente se juntan en un bar —comento con sorna—. Hollywood podría convertir esto en una peli taquillera.

Se mantiene callado y serio mientras recorre mi rostro con una mirada de lo más concentrada.

—Supongo que llevas razón —admite, pasado un tiempo—. Lo nuestro podría ser elevado a la categoría de *bonita tragedia romántica*.

Una expresión de desconcierto ilumina la oscuridad de mis pupilas.

—¿Y por qué iba a ser una tragedia?

Sus ojos me examinan con fascinante interés. Para eludirlos, me distraigo bebiendo un sorbo de mi cóctel.

—Porque lo bueno siempre acaba destruyéndote, Adeline. Nunca juegues con fuego. No me digas que no te han contado eso de pequeña. A toda niña bien se lo debe contar su madre.

Una expresión sardónica curva mi boca.

—*Nunca juegues con fuego*. ¡Guau! ¿Qué es?, ¿alguna especie de advertencia?

Sus ojos brillan diabólica, peligrosamente.

—Un sabio consejo.

—Inquietante consejo, me atrevería de decir. ¿Y qué me dices de ti? —me esfuerzo por preguntar, para acabar con ese escrutinio que empieza a ponerme nerviosa—. ¿Qué hace un hombre de tu edad… sea cuál sea… para divertirse?

Se toma toda la copa de golpe y coloca el vaso, ruidosamente, encima de la mesa.

—Yo no me divierto, Adeline. Nunca.

Finjo una mueca de disgusto con los labios.

—Así que viejo y, encima, aburrido —bromeo.

—¡Oye! ¡No te pases, señorita! —me riñe, simulando sentirse muy ofendido—. Lo de aburrido es un grave insulto.

—¿Y lo de viejo? —Con una ceja enarcada, le doy un sorbo a mi copa mientras espero su respuesta.

Sus ojos destellan pura diversión, y unas pequeñas arrugas se forman en sus esquinas. Es arrasador.

—Pensaba que había quedado evidente que eso es cierto.

Estallo en carcajadas.

—Lo siento. —Sin embargo, no consigo dejar de reírme.

—No lo sientas. Me gusta el sonido de tu risa.

Está tan mortalmente serio que dejo de reírme como una idiota y lo evalúo en silencio. Me invade el repentino impulso de preguntar si es cierto lo que dicen sobre él.

Abro la boca, pero cambio de opinión en el último instante, de modo que vuelvo a cerrarla. Si él no lo menciona, no pienso preguntárselo. Alguien sabio dijo una vez que nunca viene mal un poco de misterio.

—¿Llevas mucho tiempo con él? —sus palabras salen de un modo abrupto, como si se tratara de un impulso que no ha conseguido reprimir.

Sorprendida por la pregunta, alzo de nuevo la mirada hacia la suya.

—¿Con Josh? Oh, desde, bueno... siempre. Nos prometieron al nacer.

Puedo leer en su rostro la magnitud de la perplejidad que se apodera de él. Baja la mirada al suelo y se toma unos momentos para asimilar la noticia.

—¿Prometieron...? —Levanta los ojos con estudiada lentitud, aún en estado de *shock*—. A ver si me aclaro. ¿Estás diciéndome que ese necio va a ser tu marido?

Por alguna razón, siento la necesidad de defender a Josh. Si hay alguien que pueda insultarle, ese alguien soy yo. A fin de cuentas, Josh es familia. Puede que familia algo agobiante… algunas veces pesada e insufrible, lo admito, pero no deja de ser mi familia, y para mí eso es muy importante.

—¿Por qué demonios le insultas? Ni siquiera le conoces. Tú no sabes una mierda sobre nosotros, ni sobre nuestro mundo. No eres más que un intruso. La gente como tú tiene la posibilidad de irse. Josh y yo, no. Deberías aprovechar y mantenerte al margen de todo esto.

Me dispongo a levantarme, pero él agarra mi muñeca por encima de la mesa, con bastante brusquedad, y me detiene. Pese a la tenue

luz del local, puedo ver cómo sus ojos oscurecen, se vuelven peligrosamente oscuros.

—No necesito conocerle. Posee algo que me pertenece.

Alzo ambas cejas, sin dar crédito.

—¿En serio? ¿El qué?

Si bien hago repetidos intentos por liberar mi mano, no me lo permite.

—A ti.

Me quedo sin palabras. Tengo que hablar, tengo que replicar algo caustico, pronunciarme de un modo u otro, y, sin embargo, no me muevo. ¿Por qué demonios no soy capaz de abrir la boca y decir algo inteligente? Me he quedado tan paralizada que las palabras se niegan a brotar. No hago más que contemplar cómo sus ojos se convierten en oscuros y profundos pozos, tan amenazadores y peligrosos como las aguas de un océano durante una tempestad. Tan imposibles de domar...

Solo por un segundo, diviso algo en su mirada.

«*Una chispa de peligro*».

Es la primera que siento estando a su lado. La sensación de seguridad se ha esfumado, y esto es lo único que me inspira en este momento: peligro.

La imagen de la chimenea de nuestra casa acude a mi mente. Recuerdo con qué pasión la madera era engullida por aquellas llamas devoradoras, con qué arte la consumían, sin detenerse hasta reducirla a meras cenizas.

Él es como el fuego, ahora lo sé. Es pura pasión, es locura, es peligro, es misterio, es aventura.

Pero, por encima de todo eso, es destrucción.

Ahora ya sé por qué me resulta tan magnético. Como solía hacer con las llamas, podría pasarme interminables horas contemplando sus abrasadores ojos, fascinada e hipnotizada por su persona.

Y eso es malo. Muy malo. Porque si me descuido, acabaré ardiendo en llamas. ¿Acaso no me lo ha advertido él mismo? *Nunca juegues con fuego.* Alguien inteligente le haría caso.

—Suéltame —ordeno entre dientes, con voz baja, aunque potente.

Arrepentido, deja caer los párpados y maldice entre dientes.

—Lo siento. Probablemente estarás pensando que soy un capullo, y me disculpo por mi comportamiento. Ha sido... —carraspea, esforzándose por encontrar la palabra adecuada— inapropiado. *Muy* inapropiado.

Sus dedos liberan mi muñeca con suavidad y yo retiro la mano de inmediato.

—Lo ha sido. Y sabes sobradamente que todo lo que ha pasado entre nosotros dos esta noche ha sido inapropiado. No estoy acostumbrada a que la gente se tome esta clase de libertades conmigo, por no mencionar lo poco que me ha gustado tu propuesta. —Me pongo en pie, sin que mi mirada desvele nada de lo que está sucediendo en las profundidades de mi alma—. Y ahora, si me disculpas, voy a retirarme. Buenas noches, Black.

Resopla con fastidio, se levanta y me acerca el bolso.

—Te llevaré a casa.

—Gracias, pero ya soy mayorcita.

Aprieta la mandíbula y los puños, con el cuerpo cada vez más tenso y el ceño aún más fruncido. Tiene las aletas de la nariz dilatadas, a causa de lo fuerte que está respirando. Sé que se siente furioso. Y, francamente, yo también.

—Adeline, lo siento. No era mi intención ofenderte, ni nada parecido. No suelo comportarme así.

Me mira como un niño perdido, pero no me dejo impresionar tan fácilmente.

—Me importa una mierda lo que suelas hacer. Buenas noches —digo tajantemente.

—Buenas noches, Adeline —le escucho susurrar a mis espaldas.

Y, por primera vez, me parece vulnerable y, quizá, un poco dolido.

Camino hacia la salida sin volver la mirada atrás. Ya en la calle, me detengo a unos pocos metros de la puerta del local para buscar el paquete de cigarrillos dentro de mi bolso. No me gusta demasiado fumar, solo es un acto de rebeldía, pero en este momento lo necesito para calmar mis nervios.

Retiro un cigarrillo largo y fino, lo enciendo con dedos torpes y empiezo a dar largas caladas. Resulta agradable su sabor a menta.

Es como Black, dulce y picante al mismo tiempo.

—No, no hagas eso. Los angelitos como tú deberían mantenerse alejados de todo veneno.

Me giro hacia él con cara de exasperación. Está en un ángulo alejado de la luz de las farolas. Su rostro se mantiene oculto por esa oscuridad a la que parece pertenecer, y su hombro derecho está insolentemente apoyado contra la pared. Me pregunto qué habrá sido de esos modales sureños tan envidiados por los del norte. ¿Los habrá perdido al mudarse a Nueva York?

—Si los desconocidos como tú no hubiesen sido bordes con los *angelitos*, tal vez estos no necesitaran un jodido cigarrillo.

Se endereza y camina hacia mí. Si piensa que voy a retroceder, lo lleva claro.

—No digas palabrotas, Adeline.

Una risa de incredulidad brota de mi garganta.

—¡No me lo creo! Me agredes, insultas a mi novio y encima me ordenas cosas, por no hablar de cómo me has tratado sin siquiera conocerme. ¿Quién coño te crees que eres? Y entérate de esto, Matusalén: si quiero decir *jodido*, diré *jodido* todas las *jodidas* veces que me dé la *jodida* GANA. ¡JO-DER!

Se muerde el labio inferior para aguantarse la risa.

—Gran dominio de los tacos, señorita, tengo que admitirlo. Supongo que en la escuela dominical estarán orgullosos de ti.

Doy otra larga calada. Me tiemblan las manos.

—Nunca he ido a la escuela dominical.

Sus ojos brillan con una expresión de lo más socarrona.

—Tu pulsera de la *Liga Cristiana* indica todo lo contrario.

Me muerdo la mejilla por dentro. ¡Puta pulsera! Y, sí, he dicho *puta.*

—Es un regalo —miento.

—¿De tu *cristiano* prometido? —inquiere, con una ceja alzada de forma burlona.

—No es asunto tuyo. Y ahora me gustaría fumar mi jodido cigarrillo en paz, si no te importa.

Le doy la espalda y finjo indiferencia, aunque lo cierto es que tengo todas las moléculas de mi cuerpo centradas en él y en sus

movimientos. Durante un tiempo irritantemente largo, no se mueve.

—¿Sabes cuál es tu problema, Adeline?

Escucho sus pasos acercándoseme por detrás. Sé que debería irme, pero me siento completamente paralizada por la expectativa de algo que sé que va a suceder como siga avanzando.

—Apuesto mi cuello a que piensas decírmelo.

Se detiene, demasiado lejos como para que su cuerpo roce el mío, y, aun así, tan cerca que noto su aliento removiendo el oscuro pelo de mi nuca. Vuelvo a sentir escalofríos. Trato de reprimir el impulso de girarme y suplicarle que me bese otra vez. De un modo irónico, lo peligroso resulta demasiado magnético. ¿Cómo se supone que debo mantenerme alejada del fuego, si sus llamas me cautivan de este modo?

—Sí, señorita Adeline, de apellido desconocido. Voy a decírtelo. —Me agarra por los hombros y me vuelve de cara a él—. Tu problema es que deberías ser besada más a menudo por hombres como yo.

—Qu...

No me permite acabar la frase. Me coge por la nuca, su boca busca a la mía y separa mis labios suavemente.

Sin embargo, no me besa. Tan solo me absorbe, me respira; me siente.

Coloco las palmas sobre la rigidez de su pecho, pero no encuentro las fuerzas de empujarle hacia atrás cuando noto el latido de su corazón. El calor que desprende su piel empieza a descongelarme, a derretir mi corazón de un modo demasiado peligroso. ¿Cómo consigue desarmarme tan fácilmente?

Aprovechando mi momento de debilidad, sus brazos me rodean la cintura y me acercan delicadamente al cuerpo que arde en llamas por debajo de su camisa, hasta que dejo caer las manos y ya no hay más barreras interponiéndose entre nosotros dos.

Y entonces, por fin, me besa. Su lengua se abre camino entre mis labios y penetra mi boca, una y otra vez, acariciando, saboreando lentamente.

Para mi sorpresa, su beso no es agresivo. Vista la demostración de violencia del bar, esperaba que fuera implacable y exigente, que

intentara someterme de algún modo. Pero no lo hace. Es un acto lento, pasional, lleno de promesas; algo tan demoledor que despierta en mí un desconocido placer que no tarda nada en propagarse a través de cada fibra de mi cuerpo.

No sé el tiempo que dura el beso. De lo que sí soy consciente es de lo profundo que se vuelve conforme pasan los segundos. Nuestras bocas no parecen capaces de despegarse. Sus manos descienden despacio por mis costados, esparciendo una línea de atrayentes llamas, que se expanden por todo mi ser con más y más rapidez, hasta que terminan envolviéndome por completo.

Excitación.

El fuego también es excitación. Es lujuria, uno de los peores pecados capitales; el que desencadena todos los demás.

Cuando me suelta, apenas consigo mantener el equilibrio. Mi cabeza da vueltas, todo lo que me rodea da vueltas. Besarle es como montar en un carrusel que seduce y asusta a partes iguales.

—Ahora que hemos solucionado el problema de tu malhumor, acompáñame.

Sé que me adentraría hasta los confines del Infierno si él me lo pidiera.

—No pienso ir contigo a ninguna parte.

—Pero lo harás, Adeline.

—¿Porque me lo exiges? —pregunto sarcástica.

Su rostro exhibe una expresión tierna. Muy suave. Mueve la cabeza despacio, y en sus ojos hay más vulnerabilidad de la que jamás creí posible en alguien como él.

—No. Porque te lo estoy pidiendo. Amablemente.

Quiero negarme, pero, una vez más, soy incapaz. No es solo que sea el hombre más atractivo que conozco. No. Es más que eso. Mucho más. Él supone la promesa de una vida diferente. No sé aún si es mi Mesías o mi Anticristo, no sé si promete libertad o condena. Cielo o Infierno. Lo que sí sé es que es diferente a todo cuanto conozco, para lo bueno y para lo malo.

—¿Adónde vas a llevarme esta vez?

Una parte rebelde de mí quiere que él diga *a mi casa.* Me horroriza esa parte de mí, e intento reprimirla siempre que me es

posible.

—A un sitio especial —susurra.

Se inclina sobre mí y apoya tiernamente los labios contra mi mejilla. Trascurren unos cuantos segundos hasta que se aparta y recupera la compostura.

—¿Me harías el honor de acompañarme? —vuelve a susurrar, cogiendo mi rostro entre las manos para evaluar mi mirada—. ¿Por favor? Prometo comportarme como un caballero esta vez.

—Claro —musito. No sé qué otra cosa podría decir cuando sus ojos me reclaman de este modo.

Complacido por mi respuesta, me coge de la mano y se asegura de deshacerse de mi cigarrillo de camino al coche. Apenas puedo reprimir la sonrisa. Es muy tierno su intento por mantenerme alejada de los *venenos*.

Ojalá fuera consciente de que el único veneno del que debo mantenerme apartada es él mismo.

[1] Canción *You Want It Darker*, Leonard Cohen
[2] Trad. inglés: Oye, tú, ahí fuera en el frío. Aislándote, envejeciendo ¿Puedes sentirme? (Hey you, Pink Floyd)
[3] Trad. inglés: Oye, tú, ¿me ayudarías a llevar la piedra? Abre tu corazón, estoy regresando a casa (Hey you, Pink Floyd)
[4] Pistola
[5] Canción *Another Brick In The Wall*, Pink Floyd
[6] Trad. inglés: Te amo, nena, y si eso está bien, te necesito, nena para calentar mis noches solitarias. Te amo, nena. Créeme cuando digo. (*Can't Take My Eyes Off You*, Frankie Valli)
[7] Trad. inglés: Te amo, nena, y si eso está bien, te necesito, nena…(*Can't Take My Eyes Off You*, Frankie Valli)
[8] Trad. inglés: Habla de ti en sueños y no hay nada que yo pueda hacer para evitar llorar cuando dice tu nombre, Jolene (canción Jolene, Dolly Parton)
[9] Trad. inglés: Ahora que estás fuera de mi vida, estoy mucho mejor. Creías que sería débil sin ti, pero soy más fuerte. Creías que estaría arruinado sin ti, pero soy más rico (canción *Survivor*,Destiny's Child)
[10] Trad. inglés: Soy un superviviente, no voy a rendirme (canción *Survivor*,Destiny's Child)
[11] Trad. inglés: Oh, pensando en todos nuestros años de juventud. Solo estábamos tú y yo (canción Heaven, Bryan Adams)
[12] Trad. inglés: Te amo, nena. Y si eso está bien, te necesito, nena, para calentar las noches solitarias (canción *Can't Take My Eyes off You, Frankie Valli*)